Cuentos completos

Thomas Hardy

Lectulandia

Este volumen reúne los cuatro libros de cuentos que Thomas Hardy publicó en vida —*Cuentos de Wessex, Un grupo de nobles damas, Pequeñas ironías de la vida* y *Un hombre cambiado y otros relatos*— más algunos otros, no publicados o publicados en revistas, que nunca fueron incorporados a un libro. Muchos de ellos inéditos en español, y por primera vez juntos

Los *Cuentos completos* de Thomas Hardy son un auténtico compendio de maestría narrativa, presentación de personajes, inventiva y manejo de la trama. Inspirados en su mayoría por la tradición oral, figuran entre ellos leyendas históricas, relatos con elementos fantásticos, cuentos de ingenio y astucia al estilo bocacciano, y dramáticas historias de desarraigo y deseo de instrucción.

Esta edición es mejor que cualquier guía de escritura: ofrece las enseñanzas de uno de los mejores narradores de la historia de la literatura.

Lectulandia

Thomas Hardy

Cuentos completos

ePub r1.0
Titivillus 23.01.15

Título original: *Cuentos completos*
Thomas Hardy, 2013

Traducción: de todos los cuentos excepto los señalados a continuación, Catalina Martínez Muñoz; de «Los tres desconocidos», «El brazo marchito», «El predicador desconcertado», «El violinista ambulante» y «La tumba de la encrucijada», Javier Marías; de «Un asunto de conciencia», «Una tragedia de dos ambiciones», «Por el circuito occidental» y «Para contentar a su mujer», Carlos Mayor; de «Una mujer con imaginación», José Luis López Muñoz; de «El veto del hijo», Marta Salís

Diseño de cubierta: Pepe Moll de Alba

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota al texto

Este volumen incluye los cuatro libros de cuentos publicados en vida por Thomas Hardy y otros cuentos, no publicados o publicados en revistas, que nunca fueron incorporados a un libro. Hardy corrigió y reordenó el contenido de sus libros de cuentos en 1912, en la llamada edición Wessex, publicada en Londres por MacMillan, que se reeditó varias veces y sobre la que se basa nuestra edición. No hemos incluido aquí la novela corta para niños escrita en 1883 *Our Exploits at West Poley* ni los tres cuentos que escribió en colaboración («The Spectre of the Real», de 1894, con Florence Henniker; «Blue Jimmy: The Horse Stealer» y «The Unconquerable», ambos de 1911, con su segunda mujer Florence Dugdale, aunque los críticos discuten si realmente Hardy fue coautor de ellos o solo los corrigió).

El primero de los libros, *Cuentos de Wessex (Wessex Tales)*, se publicó originalmente en 1888 y constaba de cinco de los siete cuentos aquí reunidos. En 1912, para la edición Wessex, Hardy incorporó «Una tradición de 1804» y «El húsar melancólico de la legión germana», que previamente habían aparecido en *Pequeñas ironías de la vida*. Los siete cuentos habían sido publicados con anterioridad en revistas: «Los tres desconocidos» («The Three Strangers»), en *Longman's Magazine* en marzo de 1883 y también en Estados Unidos en la revista *Harper's Weekly* el mismo mes; «Una tradición de 1804» («A Tradition of Eighteen Hundred an Four»), en *Harper's Christmas* en diciembre de 1882, con el título de «A Legend of the Year Eighteen Hundred and Four»; «El húsar melancólico de la legión germana» («The Melancholy Hussar of the German Legion»), con el título de «The Melancholy Hussar», en *Bristol Times and Mirror* en enero de 1890; «El brazo marchito» («The Withered Arm»), en *Edinburgh Magazine* en enero de 1888; «Vecindad» («Fellow Townsmen»), en *New Quarterly Magazine* en abril de 1880 y también, en abril y mayo, en *Harper's Weekly*; «Intrusos en La Loma» («Interlopers at the Knap»), en *The English Illustrated Magazine*, en mayo de 1884; y «El predicador desconcertado» («The Distracted Preacher»), con el título de «The Distracted Young Preacher», en *New Quarterly Magazine* en abril de 1879, y también, en abril y mayo, en *Harper's Weekly*.

Un grupo de nobles damas (A Group of Noble Dames) se publicó en 1891. Seis de los relatos que lo componen habían aparecido por primera vez en el número especial de Navidad de 1890 de la revista *Graphic*. Los cuatro restantes también habían sido publicados previamente en revistas: «La primera condesa de Essex» («The First Countess of Wessex»), en *Harper's New Monthly Magazine* en diciembre de 1880; «Lady Penelope», en *Longman's Magazine* en enero de 1890; «La duquesa de Hamptonshire» («The Duchess of Hamptonshire»), en *Light* en abril de 1878, con el título de «The Impulsive Lady of Croome Castle»; y «La honorable Laura» («The Honourable Laura»), en *Bolton Weekly Journal* en diciembre de 1881, con el título de «Benighted Travellers».

Pequeñas ironías de la vida (Life's Little Ironies) se publicó en 1894 e incluía nueve cuentos. Como ya se ha dicho, «Una tradición de 1804» y «El húsar melancólico de la legión germana» fueron trasladados más tarde a *Cuentos de Wessex*. Por su parte, «Una mujer con imaginación», que en 1896 había aparecido en Estados Unidos dentro de *Cuentos de Wessex*, fue incorporada a *Pequeñas ironías de la vida* en la edición Wessex. Por lo demás, todos los cuentos habían aparecido previamente en revistas: «Una mujer con imaginación» («An Imaginative Woman»), en *Pall Mall Magazine* en abril de 1894; «El veto del hijo» («The Son's Veto»), en *Illustrated London News* en diciembre de 1891; «Un asunto de conciencia» («For Conscience's Sake»), en *Fortnightly Review* en marzo de 1891; «Una tragedia de dos ambiciones» («A Tragedy of Two Ambitions»), en *Universal Review* en diciembre de 1888; «Por el circuito occidental» («On the Western Circuit»), en *English Illustrated Magazine* en diciembre de 1891, y también en *Harper's Weekly* en Estados Unidos en el mes de noviembre; «Para contentar a su mujer» («To Please His Wife»), en *Black and White* en junio de 1891; «El violinista ambulante» («The Fiddler of the Reels»), en *Scribner's Magazine* (Nueva York) en mayo de 1893; y «Un batiburrillo de personajes» («A Few Crusted Characters»), con el título de «Wessex Folk», en *Harper's Monthly Magazine* de marzo a junio de 1891.

Un hombre cambiado y otros relatos (A Changed Man and Other Tales) fue la última colección de cuentos publicada por Hardy. Apareció en 1913 y reunía doce cuentos previamente publicados en revistas: «Un hombre cambiado» («A Changed Man»), en *Sphere* en abril de 1900; «La cena espera» («The Waiting Supper»), en *Murray's Magazine* en enero y febrero de 1888, y en *Harper's Weekly* en Estados Unidos de diciembre de 1887 a enero de 1888; «El diario de Alicia» («Alicia's Diary»), en *Manchester Weekly Times* en octubre de 1887; «La tumba de la encrucijada» («The Grave by the Handpost»), en *St James's Budget* en noviembre de 1897, y ese mismo mes en Estados Unidos en *Harper's Weekly*; «Entra un sargento del cuerpo de dragones» («Enter a Dragoon»), en *Harper's Monthly Magazine* (Nueva York) en diciembre de 1900; «Una cita en un antiguo baluarte» («A Tryst at an Ancient Earthwork»), con el título de «Ancient Earthworks and What Two Enthusiastic Scientists Found Therein», en *Detroit Post* en marzo de 1885, y ocho años después, con el título de «Ancient Earthworks at Casterbridge», en *English Illustrated Magazine* en diciembre de 1893; «Lo que vio el pastor» («What the Shepherds Saw»), en *Illustrated London News* en diciembre de 1881; «Un miembro del comité del Terror» («A Committee-Man of "The Terror"»), en *Illustrated London News* en noviembre de 1896; «Sir John Horseleigh, caballero real» («Master John Horseleigh, Knight»), en *Illustrated London News* en junio de 1893, y en *McClure's Magazine* en Estados Unidos un mes después; «El regreso del duque» («The Duke's Reappearance») en *Saturday Review* en diciembre de 1896, y en *The Chap-Book* (Chicago) el mismo mes; «Un mero interludio» («A Mere Interlude»), en *Bolton Weekly Journal*, en octubre de 1885; y «Los amoríos de una lechera» («The Romantic

Adventures of a Milkmaid»), en *Graphic* en junio de 1883, y en Estados Unidos en *Harper's Weekly* de junio a agosto del mismo año.

Finalmente, las piezas reunidas bajo el epígrafe «Cuentos fuera de colección» fueron publicados como sigue: «El destino y una capa azul» («Destiny and a Blue Coak»), en *New York Times* en octubre de 1874; «Los ladrones que no podían dejar de estornudar» («The Thieves Who Couldn't Help Sneezing»), en *Father Christmas* en 1877; «La anciana señora Chundle» («Old Mrs Chundle»), escrito alrededor de 1888-1890, nunca fue publicado en vida de Hardy, sino póstumamente en *Ladies' Home Journal* (Filadelfia) en febrero de 1929; y «La leyenda del doctor», que probablemente se pensó como parte de *Un grupo de nobles damas*, en *Independent* (Nueva York) en marzo de 1891.

Cabe recordar, por último, que Wessex, la región en que ocurren todos estos cuentos, era el nombre de uno de los siete antiguos reinos anglosajones (Heptarquía, aproximadamente entre los años 500 y 850), formado por el actual Dorset —lugar natal de Hardy— y una gran parte del suroeste de Inglaterra.

Cuentos de Wessex (1888)

Prefacio

Pudiera ser obligada una disculpa para explicar el contraste, susceptible de ser tomado por descuido, que entraña el presentar dos cuentos de ahorcados y uno de una ejecución militar en una pequeña selección de narraciones como la que aquí se ofrece. En lo que concierne a los primeros, debo señalar que el tema del ahorcamiento formaba parte sustancial de la tradición local en las pequeñas ciudades del condado, y aun cuando nunca llegase a conocer personalmente a ninguno de los protagonistas de tales escenas, el autor de estas páginas sí tuvo, siendo niño, el privilegio de tratar a un hombre que aspiraba a ser verdugo real, cayó en una incurable melancolía al no conseguir el puesto y halló cierto alivio a su pena interesándose por los episodios más llamativos de las vidas de otros individuos más afortunados que ejercieron el cargo con éxito y renombre. Causaba no poco asombro en quienes escuchaban el relato de su decepción que sus ambiciones hubiesen cobrado una forma tan poco propicia, por cifrarse en una profesión que solo un hombre podía ejercer en Inglaterra al mismo tiempo, cuando podría haber aspirado a un puesto más corriente —y que le habría procurado mejores oportunidades—, como el de juez, obispo o incluso parlamentario, cuya nobleza jamás se cuestionaba. También en esos tiempos seguía viva una anciana que, con el fin de curar cierta dolencia estomacal, fue sometida en su juventud a un «cambio de sangre» extraída del cadáver de un convicto, tal como se relata en «El brazo marchito».

Desde que escribí este cuento, hace ya algunos años, un amigo que conoció a Rhoda Brook me ha recordado que, al relatar su sueño, olvidé consignar algunos de los hechos en los que se basa esta narración. Lo que ocurrió en verdad fue que, una tarde muy calurosa, estando ella acostada, el íncubo se apoderó de su cuerpo, y la mujer lo expulsó, con las consecuencias para su organismo que en el relato se describen. Tengo para mí que la posibilidad de que dicha visión pueda producirse en pleno día es mucho más sobrecogedora que la de un simple sueño a media noche. Encarezco por tanto a los lectores a corregir la distorsión, que por lo demás ofrece un buen ejemplo de cómo nuestra imperfecta memoria formaliza de manera inconsciente la frescura de los hechos, alejándose lentamente de ellos tal como los objetos de fabricación mecánica se alejan poco a poco del molde original de factura manual.

Entre los abundantes recursos para esconder mercancía de contrabando en cuevas y fosas, la de plantar un manzano en la boca de la fosa es, a mi juicio, única, y por eso se detalla en «El predicador desconcertado» tal como me lo contó un viejo «cargador de toneles», un hombre que más tarde trabajó para mi padre por espacio de treinta años. Por sus recuerdos, nunca acerté a entender cómo llegó a plantarse el árbol que, con sus raíces, tierra y receptáculo, debía de alcanzar un peso considerable. No hay duda, sin embargo, de que esta práctica fue muy común durante muchos años. Mi informador también hablaba a menudo de la horrorosa y sofocante sensación que causaban las dos cubas de alcohol atadas respectivamente al pecho y a la espalda, con

las que había que cargar muchos kilómetros tierra adentro, campo a través y en la oscuridad. Me aseguró que, si bien había pasado largos años de su juventud y de su inmediata madurez en este negocio irregular, las ganancias que le había reportado, sumadas todas ellas, no alcanzaban el salario medio que podría haber obtenido con un empleo fijo, mientras que las fatigas y los riesgos eran de todo punto excesivos.

Cabe añadir que la acción de este relato tiene su origen en ciertas operaciones de contrabando acontecidas entre los años de 1825 y 1830, que concluyeron en esta segunda fecha con el juicio de sus principales artífices en los Assizes, en presencia del barón Bolland, tras haber opuesto los contrabandistas una desesperada resistencia armada a los guardias de aduanas durante el desembarco del cargamento de licor. Esto sucedió muy poco después de que se produjeran los hechos consignados en el relato, en el que también se representan algunos de los incidentes ocurridos en el curso del juicio.

En el momento culmen del altercado, el personaje que lleva el nombre de Owlett resultó gravemente herido, y varios de los guardias de costas habrían perdido la vida, al verse desbordados por la fuerza numérica de los contrabandistas, de no haber sido por la hombría y la presencia de ánimo con que se condujo dicho personaje. Esta circunstancia obró en su favor al celebrarse la audiencia pública, en la que el joven Erskine ofició el papel de fiscal, mientras que la defensa de los contrabandistas le fue confiada a Erle. La recapitulación del barón Bolland fue muy favorable para la defensa; simplemente se ordenó a los acusados que hiciesen promesa de enmendar su conducta, tras lo cual quedaron absueltos de todos los cargos. (En cuanto a la literalidad de los hechos, véase también la nota final del relato.)

De todos modos, estos relatos son tan solo sueños; no son crónicas. Se recopilaron y publicaron por vez primera con el presente título, en dos volúmenes, en 1888.

Abril de 1896-mayo de 1912

Una experiencia del autor relacionada con la narración titulada «Una tradición de 1804» es lo bastante singular para que se mencione aquí de manera expresa. El incidente de la visita de Napoleón a la costa inglesa en plena noche, con el propósito de localizar el lugar idóneo para el desembarco de su ejército invasor, fue una invención del escritor, y suscitó en él ciertas dudas por lo improbable de su ocurrencia real. Esto aconteció en 1882, cuando el relato salió de la imprenta. Grande fue su sorpresa cuando, años más tarde, supo que se trataba de una leyenda tradicional. Ignora cuánta verdad encierra.

T.H.

Junio de 1919

Los tres desconocidos

Entre los pocos rasgos de la Inglaterra agrícola que conservan un aspecto apenas modificado por el transcurso de los siglos pueden contarse las extensas dunas, barrancas o pastizales de ovejas, como son llamadas según su género, que, pobladas de hierba y de retama, ocupan una gran superficie de terreno en ciertos condados del sur y del sudoeste. Si se encuentra en ellas algún signo de ocupación humana, es, por lo general, bajo la forma de la cabaña solitaria de algún pastor.

Hace cincuenta años, una de esas cabañas solitarias estaba en una de esas dunas, y es muy posible que todavía esté allí ahora. A pesar de su aislamiento, el lugar, de hecho, no distaba cinco kilómetros de una ciudad rural. Pero de poco le servía. Casi cinco kilómetros de terreno elevado e irregular, durante las largas estaciones hostiles, con sus celliscas, nieves, lluvias y nieblas, proporcionan un margen de retirada suficiente para aislar a un Timón o a un Nabucodonosor[1]; mucho menor durante el buen tiempo, para complacer a esa tribu menos repelente, los poetas, filósofos, artistas y demás, que «imaginan y meditan acerca de cosas agradables».[2]

En la edificación de estas viviendas desamparadas se suele aprovechar algún viejo campamento o túmulo de tierra, algún grupo de árboles, al menos algún trozo derruido de una antigua valla. Pero en el presente caso tal clase de cobijo había sido desechado. Higher Crowstairs, como se llamaba la casa, estaba totalmente aislada y carecía de defensas. La única razón de su preciso emplazamiento parecía ser el cercano cruce de dos senderos en ángulo recto, que muy bien pueden llevarse cruzando así y allí sus buenos quinientos años. Por consiguiente, la casa estaba expuesta a los elementos por sus cuatro costados. Pero aunque aquí arriba el viento soplaba de manera inconfundible cuando soplaba, y la lluvia calaba hondo cuando caía, los diferentes tiempos de la estación invernal no eran tan inclementes en la duna como los habitantes de tierras más bajas suponían. Las crudas escarchas no eran tan perniciosas como en las depresiones, y las heladas probablemente no eran tan severas. Cuando se compadecía al pastor que arrendaba la casa, y a su familia, por estar sometidos a las intemperies, decían que, en conjunto, las ronqueras y las flemas les molestaban menos que cuando habían vivido junto al torrente de un abrigado valle cercano.

La noche del 28 de marzo de 1829 era precisamente una de aquellas noches que solían provocar estas expresiones de conmiseración. La lluvia de la tormenta, que caía sesgada, batía los muros, las pendientes y los vallados como las flechas de una vara de longitud de Senlac y Crecy. Las ovejas y demás animales, sin refugio, aguantaban fuera con las grupas al viento, mientras las colas de los pajarillos que trataban de sostenerse sobre alguna delgada espina se abrían y cerraban como paraguas, azotadas por el vendaval. El hastial de la cabaña estaba manchado de humedad, y el agua que resbalaba desde los aleros golpeaba la pared. Pero nunca fue

la conmiseración por el pastor menos adecuada. Porque aquel alegre rústico estaba dando una gran fiesta para celebrar el bautizo de su segunda hija.

Los invitados habían llegado antes de empezar a llover, y ahora estaban todos reunidos en la habitación principal o sala de estar de la morada. Una ojeada al lugar, a las ocho en punto de esta noche llena de acontecimientos, habría dado como resultado la opinión de que aquél era el rincón más cómodo y acogedor que se podría desear en un día de tiempo turbulento. La vocación del inquilino estaba indicada por una serie de cayadas de pastor sin palo, muy pulidas, que estaban colgadas encima de la chimenea a manera de adorno; la curva de cada resplandeciente cayada era distinta: desde el tipo anticuado, del que había grabados en las ilustraciones patriarcales de las viejas biblias familiares, hasta el estilo más aceptado de la última feria local de ganado. La habitación estaba iluminada por media docena de bujías, cuyas mechas eran solo un poco más pequeñas que el sebo que las envolvía, puestas en unas palmatorias que no se utilizaban más que en días señalados, fiestas de guardar o fiestas familiares. Las luces estaban esparcidas por la habitación, dos de ellas colocadas sobre la repisa de la chimenea. La colocación de las bujías era en sí significativa: las bujías sobre la repisa de la chimenea siempre indicaban que había fiesta.

En el hogar, delante de un tizón, puesto al fondo para dar sustancia, resplandecía un fuego de espinos, que crepitaba «como la risa de los locos».[3]

Diecinueve personas estaban allí reunidas. De éstas, cinco mujeres, que llevaban vestidos de variados y vivos colores, estaban sentadas en sillas a lo largo de la pared; muchachas tímidas y no tímidas se apiñaban en el banco de la ventana; cuatro hombres, entre ellos Charley Jake, el carpintero; Elijah New, el sacristán de la parroquia, y John Pitcher, un lechero de la vecindad, suegro del pastor, estaban repantigados en un banco largo; un joven y una mocita, que se sonrojaban en sus tentativas de *pourparlers*[4] acerca de una vida en común, estaban sentados debajo de la rinconera; y un hombre entrado en años (de cincuenta o más), prometido con una joven, iba sin descanso de los lugares en que su novia no estaba al lugar en que ella estaba. El contento era bastante general, y tanto más prevalecía al no verse estorbado por restricciones convencionales. La total confianza de cada uno en la buena intención del otro engendraba una perfecta naturalidad, mientras que las acabadas maneras, que daban pie a una serenidad verdaderamente principesca, procedían en la mayoría de ellos de la ausencia de toda expresión o rasgo que denotara que deseaban triunfar en la vida, ampliar sus conocimientos o hacer alguna otra cosa deslumbrante: cosas que en la actualidad cortan con tanta frecuencia el brote y la *bonhomie* de todo el mundo, a excepción de los dos extremos de la escala social.

El pastor Fennel había hecho una buena boda; su mujer era hija de un lechero de un valle no muy cercano, que había traído cincuenta guineas en el bolsillo —y las había guardado allí hasta que hubieran de ser requeridas para satisfacer las necesidades de una familia venidera—. Esta previsora mujer tenía ya alguna

experiencia en relación con el carácter que se le debía dar a la fiesta. Una reunión en la que los invitados permanecieran tranquilamente sentados tenía ya sus ventajas; pero una imperturbable quietud en las sillas y en los bancos podía conducir a los hombres a una desmesura tal en la bebida que a veces se bebían prácticamente la casa entera. Una fiesta con baile era la alternativa, pero ésta, si bien eliminaba el anterior reparo en cuestión de bebida, tenía, en cambio, una desventaja en cuestión de comida, pues el ejercicio provocaba hambres famélicas que hacían estragos en la despensa. La pastora Fennel recurrió a la solución intermedia de alternar bailes cortos con cortos períodos de charla y canciones, para impedir así todo entusiasmo desenfrenado en cualquiera de los dos. Pero este esquema funcionaba exclusivamente en su propia y moderada cabecita: el mismo pastor se sentía inclinado a hacer gala de la más despreocupada hospitalidad.

El violinista era un muchacho de la región, de unos doce años, que tenía una maravillosa destreza para las gigas y los *reels*[5], a pesar de que sus dedos eran tan pequeños y cortos que tenía que cambiar de postura constantemente para llegar a las notas altas, de las que regresaba a la primera postura a duras penas y con sonidos que no eran de una absoluta pureza de tono. A las siete había empezado el estridente forcejeo de este jovencito, acompañado por los bajos atronadores de Elijah New, el sacristán de la parroquia, que, previsoramente, se había traído su instrumento musical favorito, el serpentón. El baile había sido instantáneo, con el encargo de la señora Fennel a los músicos, en privado, de que de ninguna manera dejaran que durara más de un cuarto de hora cada vez.

Pero Elijah y el muchacho, dejándose llevar por el entusiasmo de su quehacer, se olvidaron por completo de la orden. Además, Oliver Giles, un joven de diecisiete años, uno de los bailarines, que estaba enamorado de su pareja, una chica rubia de treinta y tres ajetreados años, había alargado a los músicos, con gran osadía, una nueva moneda de corona, a manera de soborno, para que siguieran tocando mientras tuvieran fuerzas y aliento. La señora Fennel, al ver que el sudor empezaba a asomar a los semblantes de sus invitados, cruzó la habitación y tocó en el codo al violinista, al tiempo que ponía una mano en la boquilla del serpentón. Pero ellos no se dieron por enterados, y ella, temiendo poder perder su imagen de anfitriona complaciente si intervenía de manera demasiado visible, se retiró y se volvió a sentar, impotente. Y así la danza siguió zumbando con cada vez más furia, los ejecutantes moviéndose como planetas en sus trayectorias, hacia delante y hacia atrás, de apogeo a perigeo, hasta que la manecilla del maltratado y viejo reloj que estaba al fondo de la habitación hubo viajado por espacio de más de una hora.

Mientras estos alegres sucesos tenían lugar dentro de la morada pastoril de Fennel, un incidente que tiene considerable relación con la fiesta había ocurrido fuera, en la lóbrega noche. La inquietud de la señora Fennel por la creciente violencia de la danza coincidía en el tiempo con la ascensión de una figura humana, procedente de la dirección de la lejana ciudad rural, por la solitaria colina que llevaba a Higher

Crowstairs. Este personaje andaba a zancadas, sin pausa, a través de la lluvia, siguiendo la poco hollada senda que, en una parte más avanzada de su curso, pasaba junto a la cabaña del pastor.

Era casi la hora de luna llena, y por esta razón, a pesar de que el cielo estaba cubierto por una uniforme sábana de nubes que goteaban, los objetos más conocidos del campo eran fácilmente discernibles. La triste luz macilenta revelaba que el solitario caminante era un hombre de complexión flexible; su forma de andar indicaba que había dejado algo atrás la edad en que la agilidad es perfecta e instintiva, aunque no tan atrás como para que sus movimientos fuesen otra cosa que rápidos cuando la ocasión lo requería. A primera vista podría tener unos cuarenta años. Parecía alto, pero un sargento de reclutamiento u otra persona acostumbrada a calcular a ojo la altura de la gente habría notado que tal apreciación se debía principalmente a su delgadez, y que no medía más de un metro setenta.

No obstante la regularidad de sus pisadas, había cautela en ellas, como en las de alguien que tantea mentalmente el camino; y a pesar de que no llevaba puesto un abrigo negro ni ningún otro tipo de prenda oscura, había algo en torno a él que sugería que pertenecía, por naturaleza, a la tribu de hombres que llevan abrigo negro. Sus ropas eran de fustán y sus botas, de tachuelas, y sin embargo no tenía, en su avance, los andares acostumbrados al barro de la gente de campo que viste fustán y calza botas con tachuelas.

En el momento de llegar a las posesiones del pastor la lluvia caía, o más bien volaba, con más resuelta violencia aún. Las inmediaciones del pequeño lugar amortiguaban parcialmente la fuerza del viento y de la lluvia, y esto le indujo a detenerse. De las edificaciones caseras del pastor, la que más llamaba la atención era una pocilga vacía que había en la esquina delantera del jardín abierto, pues en estas latitudes se desconocía el principio de esconder tras una fachada convencional las partes más feas del edificio. La mirada del viajero se sintió atraída por esta construcción a causa del pálido brillo de las lastras de pizarra mojadas que lo cubrían. Se acercó y, al encontrarlo vacío, se refugió debajo del cobertizo.

Mientras estaba allí, el estruendo del serpentón en el interior de la casa adyacente y las más tenues melodías del violinista llegaron hasta el lugar como un acompañamiento al silbido ondulante de la lluvia voladora cayendo sobre la hierba, batiendo con mayor fuerza sobre las hojas de col del jardín y sobre las cubiertas de paja que había encima de ocho o diez colmenas de abejas, que apenas se divisaban desde la senda; el agua goteaba desde los aleros sobre una hilera de cubos y cacerolas colocados junto a los muros de la cabaña. Sí, pues en Higher Crowstairs, como en todo hogar de elevado emplazamiento, la gran dificultad para los quehaceres domésticos era la insuficiencia de agua; y se aprovechaba la caída de una lluvia repentina para sacar todos los utensilios que hubiera en la casa y utilizarlos de recipientes. Se podrían contar algunas historias curiosas acerca de los inventos que para economizar agua al lavarse y al fregar los platos se tienen que hacer en las

viviendas de las tierras altas durante las sequías del verano. Pero durante esta estación no había tales exigencias; aceptar simplemente lo que los cielos otorgaban bastaba para tener una abundante provisión.

Por fin, cesaron las notas del serpentón y el silencio se hizo en la casa. Este cese de actividad despertó al caminante solitario del ensueño en que se había dejado sumir, y, saliendo del cobertizo, aparentemente con una nueva intención, fue hasta la puerta de la casa. Una vez allí, su primera acción fue arrodillarse sobre una gran piedra que había junto a la fila de recipientes y beber un copioso trago de uno de ellos. Apaciguada su sed, se incorporó y levantó la mano para llamar, pero se detuvo con la mirada en la puerta. Puesto que la oscura superficie de madera no revelaba nada en absoluto, era evidente que tenía que estar mirando con su imaginación a través de la puerta, como si deseara así calcular las posibilidades que una casa de este tipo podría ofrecerle y prever las reacciones que su aparición podría suscitar.

En su indecisión, se volvió y examinó el panorama que había a su alrededor. No se veía un alma por ninguna parte. La senda del jardín se extendía desde sus pies hasta abajo, lanzando destellos, como si fuera el rastro dejado por un caracol; el tejado del pequeño pozo (casi seco), la tapa del pozo, la barra superior de la portezuela del jardín, estaban barnizados por la misma capa líquida deslucida; mientras, a lo lejos, en el valle, una débil blancura que ocupaba una extensión más que corriente mostraba que los ríos corrían caudalosos en las praderas. Más allá unas luces turbias parpadeaban a través de las gotas de lluvia —luces que indicaban la situación de la ciudad rural, de donde él parecía haber venido—. La ausencia de todo signo de vida en aquella dirección pareció reafirmarle en sus propósitos, y llamó a la puerta.

Dentro, una charla deshilvanada había sustituido a la música y al movimiento. El carpintero estaba proponiendo a la compañía cantar una canción, y nadie en aquel instante se había ofrecido para empezar, de modo que la llamada proporcionó un motivo de distracción que no fue mal recibido.

—¡Adelante! —dijo el pastor puntualmente.

El picaporte se movió hacia arriba, y nuestro caminante, saliendo de la noche, apareció sobre el felpudo. El pastor se puso en pie, despabiló las dos bujías que tenía más a mano y se volvió para mirarle.

La luz de las bujías dejó ver que el desconocido era moreno y que sus facciones eran más bien agraciadas. El sombrero, que mantuvo puesto por un momento, le caía sobre los ojos, pero no ocultaba que éstos eran grandes, abiertos y decididos, que se movían más con un relampagueo que con un destello a lo largo y ancho de la habitación. Pareció complacido con su inspección y, descubriéndose la cabeza peluda, dijo con voz cálida y profunda:

—La lluvia es tan espesa, amigos, que pido permiso para entrar y descansar un rato.

—Cómo no, forastero —dijo el pastor—. Y a fe que ha tenido usted suerte al

escoger la ocasión, porque estamos celebrando una pequeña fiesta por un feliz motivo, aunque, desde luego, un hombre difícilmente podría desear que ese feliz motivo tuviera lugar más de una vez al año.

—Ni menos —dijo una mujer—. Porque cuanto antes empieces y acabes con la familia, antes te quitarás un buen peso de encima.

—¿Y cuál es ese feliz motivo? —preguntó el desconocido.

—Un nacimiento y un bautizo —contestó el pastor.

El desconocido dijo que esperaba que su anfitrión no llegara a ser desdichado ni por demasiados ni por demasiado pocos acontecimientos de aquella índole, y, al ser invitado con un ademán a tomar un trago del pichel, consintió de buena gana. Sus maneras, que antes de entrar habían sido tan vacilantes, eran ahora, por el contrario, las de un hombre cándido y despreocupado.

—Tarde para estar rondando por esta barranca, ¿eh? —dijo el hombre de cincuenta años que estaba prometido a una joven.

—Tarde es, amigo, como dice usted. Tomaré asiento en el rincón de la chimenea, si no tiene usted inconveniente, señora; estoy un poco mojado por el lado que más cerca estaba de la lluvia.

La señora del pastor Fennel asintió e hizo sitio para el recién llegado, el cual, tras encajonarse de lleno en el rincón de la chimenea, estiró las piernas y los brazos con la desenvoltura del que se siente como en su propia casa.

—Sí, necesito un buen remiendo —dijo con franqueza al ver que los ojos de la mujer del pastor se habían posado sobre sus botas—, y tampoco voy muy acicalado que digamos. He tenido una mala racha últimamente y me he visto obligado a ponerme lo que he podido encontrar por ahí, pero tengo que conseguir un traje de a diario que me siente mejor cuando llegue a casa.

—¿Su casa es alguna de las de por aquí?

—No exactamente… Está algo más lejos, más hacia el interior.

—Eso me suponía. Pues de por ahí soy yo; y por el acento calculo que debe de ser usted de mi vecindad.

—Pero difícilmente habrá oído hablar de mí —dijo él rápidamente—. Ya ve usted que mis tiempos fueron muy anteriores a los suyos, señora.

Este homenaje a la juventud de la anfitriona tuvo el efecto de interrumpir el interrogatorio.

—Solo me falta una cosa para ser feliz del todo —prosiguió el recién llegado—. Y es un poco de tabaco, que, lamento decirlo, se me ha acabado.

—Le llenaré la pipa —dijo el pastor.

—Tengo que pedirle que también me deje una pipa.

—¿Un fumador que no lleva pipa?

—Se me cayó en algún lugar del camino.

El pastor llenó una pipa nueva de arcilla y se la alargó, al tiempo que decía:

—Deme su tabaquera. Se la llenaré también, ahora que estoy en ello.

El hombre se puso a buscarse en los bolsillos.

—¿También se le ha perdido? —dijo su anfitrión con cierta sorpresa.

—Eso me temo —dijo el hombre con alguna confusión—. Póngamelo en un rollo de papel.

Encendió la pipa con una vela y le dio una chupada que aspiró toda la llama en la cazoleta; se volvió a acomodar en el rincón y dirigió su mirada hacia el leve vapor que despedían sus piernas húmedas, como si ya no quisiera decir nada más.

Entretanto, la masa de los invitados, en general, no había prestado mucha atención al visitante, a causa de una absorbente discusión que habían estado sosteniendo con la banda acerca de la canción para el siguiente baile. Zanjada ya la cuestión, estaban a punto de levantarse para empezar cuando tuvo lugar una interrupción en la forma de otra llamada a la puerta.

Al oír el ruido de los golpes, el hombre del rincón de la chimenea cogió el atizador del fuego y se puso a remover las brasas como si el hacer tal cosa a conciencia fuera el único fin de su existencia; y por segunda vez el pastor dijo:

—¡Adelante!

Otro hombre apareció sobre el felpudo de paja al cabo de unos segundos. También era un desconocido.

Este individuo era de un tipo radicalmente opuesto al del primero. Había más vulgaridad en su porte, y sus facciones expresaban cierto cosmopolitismo jovial. Era varios años mayor que el primero, tenía el pelo ligeramente cubierto de escarcha, las cejas hirsutas y las patillas recortadas. La cara era más bien blanda y rellena, pero no era una cara enteramente carente de fuerza. Las inmediaciones de su nariz estaban señaladas por unas cuantas manchitas rojas producidas por el grog. Se quitó su largo gabán gris pardusco revelando que debajo llevaba un traje de un tinte gris ceniza, y colgando de su faltriquera, a modo de único adorno personal, grandes y pesados sellos, de alguna clase de metal que de buena gana habría admitido una limpieza. Sacudiendo las gotas de agua de su lustroso sombrero de copa baja, dijo:

—Debo pedir cobijo durante unos minutos, camaradas, si no quiero llegar a Casterbridge calado hasta los huesos.

—Está usted en su casa, compañero —dijo el pastor un poco menos cordialmente que en la primera ocasión. No es que Fennel tuviera el menor ingrediente de tacañería en la composición de su carácter, pero la habitación distaba de ser grande, las sillas sin ocupar no eran numerosas y para las mujeres y muchachas, con sus vestidos de vivos colores, no era muy apetecible que digamos estar en la apretada compañía de unos hombres que llegaban empapados.

Pero el segundo visitante, después de quitarse el gabán y colgar el sombrero de un clavo que asomaba de una de las vigas del techo —como si hubiera sido invitado a dejarlo concretamente allí—, avanzó y se sentó junto a la mesa. La habían corrido hasta muy cerca del rincón de la chimenea para dejar libre a los bailarines todo el espacio del que se pudiera disponer, de manera que el borde más metido de la mesa

rozaba el codo del hombre que se había acomodado al lado del fuego; y así los dos desconocidos se encontraron prestándose mutua compañía. Se hicieron un gesto con la cabeza el uno al otro para romper las barreras impuestas por la falta de presentación, y el primer desconocido le pasó a su vecino el pichel de la familia, un enorme recipiente de barro marrón, con el borde superior tan gastado como un umbral por el roce de generaciones enteras de labios sedientos que ya habían seguido el camino de toda la carne, y con la siguiente inscripción grabada a fuego y con letras amarillas sobre la parte circular:

NO HAY DIVERSIÓN
HASTA QUE LLEGO YO

El otro hombre, nada remiso, se llevó el pichel a los labios, y bebió, y bebió, y bebió… hasta que un azul extraño se extendió por el semblante de la mujer del pastor, que había observado, con no poca sorpresa, el libre ofrecimiento del primer desconocido al segundo de lo que no le correspondía administrar a él.

—¡Lo sabía! —le dijo el borrachín al pastor con gran satisfacción—. Al atravesar el jardín, antes de entrar, y ver las colmenas todas en fila, me dije: «Donde hay abejas hay miel, y donde hay miel hay aloja». Pero, con franqueza, no esperaba encontrar ni en mi vejez una aloja tan reconfortante como ésta.

Tomó otro trago más del pichel y bebió hasta que éste adoptó una peligrosa inclinación.

—¡Me alegro de que le guste! —dijo el pastor con calor.

—Es una aloja bastante buena —asintió la señora Fennel con una falta de entusiasmo que parecía estar diciendo que a veces los elogios de la bodega propia se tenían que comprar a un precio demasiado elevado—. Bastante problema es hacerla… y, con franqueza, creo que apenas haremos más. Porque la miel se vende bien, y nosotros nos las podemos arreglar con unas gotas de aloja floja y de aguamiel que saquemos de los lavados del panal para el uso diario.

—¡Oh, pero no será capaz! —gritó con reproche el desconocido del traje gris ceniza después de coger el pichel por tercera vez y dejarlo, vacío, sobre la mesa—. Me encanta la aloja, cuando es añeja como ésta, tanto como me encanta ir a misa los domingos o ayudar al necesitado cualquier día de la semana.

—¡Ja, ja, ja! —rió el hombre del rincón de la chimenea, que, a pesar de la taciturnidad que le había imbuido la pipa llena de tabaco, no pudo o no quiso contenerse y brindó este ligero homenaje al humor de su camarada.

La vieja aloja de aquellos tiempos, elaborada con la más pura miel de un año o miel doncella, a cuatro libras el galón —con su debido complemento de claras de huevo, canela, jengibre, dientes de ajo, macis, romero, levadura, más los procesos de elaboración, embotellamiento y bodega—, tenía un sabor extraordinariamente fuerte; pero el sabor no era tan fuerte como de hecho lo era la bebida. De aquí que, al cabo de un rato, el desconocido del traje gris ceniza que estaba sentado junto a la mesa,

inducido por la progresiva influencia del brebaje, se desabrochara el chaleco, se repantigara en su silla, estirara las piernas e hiciera notar su presencia de varias formas.

—Bien, bien; como dije —volvió a empezar—, voy a Casterbridge, y a Casterbridge he de ir. Casi debería estar ya allí, pero la lluvia me condujo a su morada, y la verdad es que no lo siento.

—Usted no vive en Casterbridge, ¿verdad? —dijo el pastor.

—Todavía no, aunque pienso trasladarme allí dentro de poco.

—¿A establecerse con algún negocio, tal vez?

—No, no —dijo la mujer del pastor—. Se puede ver con facilidad que el caballero es rico y no necesita trabajar en absoluto.

El desconocido del traje gris ceniza hizo una pausa, como para considerar si debía aceptar aquella definición de él. Al cabo de unos segundos la rechazó, al decir:

—Rico no es la palabra apropiada para mí, señora. Yo trabajo y tengo que trabajar. E incluso aunque llegara a Casterbridge a medianoche, mañana tendría que estar trabajando allí a las ocho de la mañana. Sí, llueva o nieve, haga frío o calor, haya hambre o guerra, mi jornada de trabajo ha de hacerse mañana.

—¡Pobre hombre! Entonces, a pesar de las apariencias, ¿está usted peor que nosotros? —replicó la mujer del pastor.

—Es la índole de mi oficio, damas y caballeros. Es la índole de mi oficio más que mi pobreza… Pero, franca y verdaderamente, debo levantarme e irme, o no encontraré alojamiento en el pueblo. —Sin embargo, el hombre no se movió y añadió en el acto—: Hay tiempo para un trago más de amistad antes de que me vaya; y lo tomaría inmediatamente si el pichel no estuviera seco.

—Aquí hay un pichel de aloja floja —dijo la señora Fennel—. Floja la llamamos, aunque, en verdad, es solo del primer lavado de los panales.

—No —dijo el desconocido con desdén—. No echaré a perder su primera gentileza al tomar de la segunda.

—Desde luego que no —intervino Fennel—. No crecemos y nos multiplicamos todos los días, y llenaré el pichel de nuevo.

Y fue al oscuro lugar bajo la escalera, donde estaba el barril. La pastora le siguió.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? —le dijo con reproche en cuanto estuvieron solos—. Ya lo ha vaciado una vez, y eso que había suficiente para diez personas; y ahora no se contenta con la floja, ¡sino que tiene que pedir más de la fuerte! Y un forastero al que ninguno de nosotros conoce. Por mi parte, no me gusta en absoluto el aspecto de ese hombre.

—Pero está en casa, cariño, y es una noche de lluvia, y hay un bautizo. Vamos, ¿qué es una copa de aloja más o menos? Tendremos mucha más en la próxima recogida de miel.

—Muy bien… Por esta vez, pues —contestó ella mirando el barril con ansiedad —. Pero ¿cuál es su profesión y de dónde procede, para entrar y unirse así a nosotros?

—No lo sé. Se lo preguntaré otra vez.

La señora Fennel se cuidó esta vez de evitar eficazmente la catástrofe de encontrarse con el pichel seco después de un solo trago del desconocido del traje gris ceniza. Le echó su ración en una jarra pequeña, manteniendo la grande a una distancia prudente. Cuando el hombre se hubo bebido su parte de un tirón, el pastor repitió su pregunta acerca de la ocupación del desconocido.

Éste no respondió inmediatamente, y el hombre de la chimenea, con súbita simpatía, dijo:

—El que quiera puede saber mi profesión: soy carretero.

—Una profesión muy buena en estos parajes —dijo el pastor.

—Y el que quiera puede saber la mía… si tiene la habilidad de averiguarla —dijo el desconocido del traje gris ceniza.

—Por lo general, se puede decir lo que un hombre es por sus garras —observó el carpintero mirándose las propias manos—. Mis dedos tienen tantas astillas como alfileres un alfiletero viejo.

Las manos del hombre de la chimenea buscaron la sombra instintivamente, y se puso a mirar el fuego mientras volvía a su pipa. El hombre de la mesa se hizo eco de la observación del carpintero, y agregó pícaramente:

—Cierto; pero lo curioso de mi profesión es que, en vez de dejar una señal en mí, deja una señal en los clientes.

Al no ofrecer nadie solución alguna que aclarara este enigma, la mujer del pastor propuso, una vez más, que alguien cantara una canción. Se presentaron los mismos inconvenientes que la primera vez —el uno no tenía voz, el otro había olvidado la primera estrofa—. El desconocido de la mesa, cuyo grado de animación había alcanzado ahora buena temperatura, solventó la dificultad al exclamar que, con el fin de que la compañía se animara después, él mismo cantaría. Introduciendo el pulgar en la sobaquera del chaleco, agitó la otra mano en el aire y, con una mirada improvisada y rápida a las brillantes cayadas de pastor que estaban sobre la repisa de la chimenea, empezó:

Mi profesión es la más sorprendente,
sencillos pastores todos.
Mi profesión es algo que vale la pena ver;
porque a mis clientes ato, y muy alto los levanto.
Y por el aire los llevo hasta un lejano país.

La habitación permaneció en silencio cuando terminó la estrofa, con unaexcepción, la del hombre de la chimenea, que, a la voz de «¡Coro!» del cantante, se unió a él con una voz grave y profunda, con gusto para la música:

Y por el aire los llevo hasta un lejano país.

Oliver Giles, John Pitcher el lechero, el sacristán de la parroquia, el hombre de

cincuenta años que estaba prometido a una jovencita, las chicas que estaban alineadas contra la pared, todos parecían estar perdidos en pensamientos de la índole más ominosa. El pastor miraba meditativamente al suelo, la pastora miraba inquisitivamente al cantante, con algún recelo; dudaba si el desconocido estaba simplemente cantando una canción de memoria o si bien estaba componiendo una, allí y entonces, para la ocasión. Todos estaban perplejos ante la oscura revelación, como los invitados de la fiesta de Baltasar,[6] excepto el hombre de la chimenea, que dijo tranquilamente:

—Segunda estrofa, caballero. —Y siguió fumando.

El cantante se humedeció los labios a conciencia y prosiguió con la segunda estrofa, tal como se le había pedido:

Mis herramientas son muy vulgares,
sencillos pastores todos.
Una pequeña cuerda de cáñamo y un poste en el que colgar
son instrumentos suficientes para mí.

El pastor Fennel miró a su alrededor. Ya no cabía duda de que el desconocido estaba respondiendo rítmicamente a su pregunta. Todos los invitados dieron un respingo, con exclamaciones sofocadas. La joven que estaba prometida al hombre de cincuenta años medio se desmayó, y lo habría hecho del todo, pero, al darse cuenta de que él estaba presto a recogerla, se sentó temblando.

—¡Oh, es él!… —susurró la gente que estaba más al fondo, mencionando el nombre de un siniestro funcionario público—. ¡Ha venido para hacerlo! Tiene que estar en la cárcel de Casterbridge mañana… El hombre que robó una oveja… El pobre relojero del que nos contaron que vivía en Shottsford y nunca tenía trabajo… Timothy Summers, su familia se estaba muriendo de hambre, y entonces él salió de Shottsford por la carretera y cogió una oveja en pleno día, desafiando al granjero, y a la mujer del granjero, y al chico del granjero, y a todos los mozos que estaban con ellos. Éste —y señalaron con la cabeza al hombre de la profesión fatal— ha venido del interior para hacerlo porque en su propio pueblo no hay bastante trabajo, y ahora que el de nuestro condado se ha muerto, éste ha conseguido el puesto de aquí; va a vivir en la misma casucha que está junto a los muros de la prisión.

El desconocido del traje ceniza no hizo caso de esta cadena de susurros y comentarios, y de nuevo se volvió a humedecer los labios. Viendo que su amigo del rincón de la chimenea era el único que de alguna manera respondía a su jovialidad, elevó su copa en dirección a aquel grato camarada, que también levantó la suya. Las hicieron chocar; los ojos del resto de la habitación, pendientes de los movimientos del cantante. Éste abrió la boca para dar comienzo a la tercera estrofa, pero en aquel instante llamaron a la puerta una vez más. Esta vez la llamada era débil e indecisa.

La compañía pareció asustarse; el pastor miró hacia la entrada con consternación, y tuvo que hacer cierto esfuerzo para resistir la mirada suplicante de su amada mujer

y pronunciar por tercera vez la expresión de bienvenida:

—¡Adelante!

La puerta se abrió suavemente y otro hombre apareció sobre el felpudo. Era, como los que le habían precedido, un desconocido. Esta vez se trataba de un hombre bajo, menudo, de tez blanca y vestido con un traje de tela oscura muy decoroso.

—¿Podrían indicarme el camino para…? —empezó, pero se interrumpió cuando, al pasear la mirada por la habitación para observar en qué clase de compañía se encontraba, sus ojos se posaron sobre el desconocido del traje gris ceniza. Fue justo en el instante en que éste, que estaba tan entusiasmado con su canción que apenas si había hecho caso de la interrupción, acalló todos los murmullos y preguntas al prorrumpir en la tercera estrofa:

Mañana es mi día de trabajo,
sencillos pastores todos.
Mañana es un día de trabajo para mí:
porque a la oveja del granjero han matado, y al joven
[que lo hizo cogido.
¡Y que de su alma tenga Dios piedad!

El desconocido del rincón de la chimenea, brindando con el cantante con tanta energía que la aloja se desparramó salpicando el fuego del hogar, repitió con su voz grave, como antes:

¡Y que de su alma tenga Dios piedad!

Durante todo este rato, el tercer desconocido había permanecido de pie en la entrada. Al ver ahora que ni pasaba ni continuaba hablando, los invitados se volvieron para mirarle. Vieron con sorpresa que frente a ellos estaba el vivo retrato del terror más abyecto: las rodillas le temblaban, su mano se agitaba con tanta violencia que el picaporte de la puerta, sobre el cual se apoyaba para no caer, sonaba como una matraca; tenía los labios blancos separados, y los ojos fijos en el alegre encargado de la justicia, que estaba en el centro de la habitación. Un segundo más tarde, el tercer desconocido había dado media vuelta, cerrado la puerta y huido.

—¿Quién sería? —dijo el pastor.

Los demás, ante el temor de su reciente descubrimiento y la extraña conducta del tercer visitante, parecían no saber qué pensar y no dijeron nada. Instintivamente se fueron apartando más y más del cruel caballero del centro, a quien algunos parecían tomar por el mismísimo príncipe de las tinieblas, hasta que se retiraron del todo, formando un círculo, y quedó un espacio de suelo vacío entre ellos y él:

… *circulus, cuius centrum diabolus.*[7]

La habitación estaba tan en silencio —a pesar de que había más de veinte personas en ella— que no se oía más que el repiqueteo de la lluvia en los postigos,

acompañado por el ocasional chisporroteo de alguna gota perdida que caía por la chimenea al fuego y por las acompasadas bocanadas del hombre del rincón, que ahora, de nuevo, estaba fumando su larga pipa de arcilla.

El silencio se vio roto inesperadamente. El ruido lejano de un arma de fuego repercutió a través del aire: procedía, aparentemente, de la dirección del pueblo.

—¡Maldición! —gritó el desconocido que había cantado la canción, dando un salto.

—¿Qué sucede? —preguntaron varios.

—Un preso se ha escapado de la cárcel; eso es lo que sucede.

Todos prestaron atención. El ruido se repitió, y nadie habló, a excepción del hombre del rincón de la chimenea, que dijo pausadamente:

—Me habían contado a menudo que en este condado disparan un tiro en ocasiones como ésta, pero hasta ahora nunca lo había oído.

—Me pregunto si no habrá sido mi hombre —murmuró el personaje del traje gris ceniza.

—¡Seguro que sí! —dijo involuntariamente el pastor—. ¡Y además lo hemos visto! ¡El hombre menudo que miró desde la puerta hace un momento y se echó a temblar como una hoja al verle a usted y escuchar la canción!

—Los dientes le castañeteaban y se quedó sin habla —dijo el lechero.

—Y pareció que dentro el corazón se le hundía como una piedra —dijo Oliver Giles.

—Y salió corriendo como si le hubieran disparado un tiro —dijo el carpintero.

—Es verdad. Los dientes le castañeteaban, y pareció que se le hundía el corazón; y salió corriendo como si le hubieran disparado un tiro —recapituló lentamente el hombre del rincón de la chimenea.

—No me di cuenta —reparó el verdugo.

—Todos nos estábamos preguntando qué le habría hecho salir corriendo tanespantado —balbuceó una de las mujeres que estaban junto a la pared—. ¡Y ahora está bien claro!

Las descargas de la pistola de alarma, hondas y sombrías, siguieron sucediéndose a intervalos, y las sospechas se hicieron ciertas. El siniestro caballero del traje gris se espabiló.

—¿Hay aquí algún guardia? —preguntó con voz espesa—. Si así es, dejadlo avanzar.

El hombre de cincuenta años que estaba prometido avanzó, trémulo, desde la pared, en tanto que su novia empezaba a sollozar sobre el respaldo de la silla.

—¿Es usted un guarda jurado?

—Lo soy, señor.

—Entonces consiga ayuda y persiga al criminal inmediatamente; y tráigalo aquí. No puede haber ido muy lejos.

—Lo haré, señor. Lo haré… en cuanto coja mi porra. Iré a casa a por ella y

vendré aquí volando, y nos pondremos en marcha juntos.

—¡La porra!… ¡La porra da igual! ¡El hombre se habrá largado!

—Pero no puedo hacer nada sin la porra, ¿verdad, William, y John, y Charles Jake? No; porque lleva pintada en amarillo y oro la corona real del rey, y el león y el unicornio, de modo que cuando la levanto para pegar al prisionero el golpe que le doy es un golpe legal. Nunca trataría de apresar a un hombre sin mi porra… No, yo no. Si no tuviera a la ley para darme valor, ¡toma!, en vez de apresarle yo a él, él me podría apresar a mí.

—Está bien, yo mismo soy un hombre del rey y estoy al servicio de la Corona, y puedo darle la autoridad necesaria para esto —dijo el tremendo funcionario del traje gris—. Así, pues, todos vosotros, preparaos. ¿Tenéis linternas?

—Sí, ¿tenéis linternas? ¡Os lo pregunto yo! —dijo el guardia.

—Y el resto de vosotros, que sois hombres forni…

—¡Hombres fornidos! ¡Sí! ¡El resto de vosotros! —dijo el guardia.

—¿Tenéis algunas varas recias y algunas horcas?

—¡Varas y horcas… en nombre de la ley! ¡Cogedlas e id en su busca, y haced lo que os decimos nosotros, la autoridad!

Los hombres, así arengados, se dispusieron a dar caza al fugitivo. Las pruebas, aunque circunstanciales, eran, en efecto, tan convincentes que apenas si hicieron falta argumentos para hacer ver a los invitados del pastor que, después de lo que habían contemplado, aquello tendría aspecto de confabulación si no se lanzaban inmediatamente a perseguir al tercer y desdichado forastero, que todavía no podía haberse alejado más que unos cientos de metros por un terreno tan desigual.

Un pastor está siempre bien provisto de linternas, y así los hombres, tras encenderlas apresuradamente, y con varas de zarzo en las manos, se precipitaron al exterior y tomaron la dirección de la cima de la colina, opuesta a la del pueblo. La lluvia, por fortuna, había amainado un poco.

Despertada por el ruido, o posiblemente por desagradables sueños relacionados con el bautizo, la niña que había sido bautizada empezó a llorar angustiosamente en la habitación del piso de arriba. Estas notas de dolor llegaron, a través de las rendijas del suelo, a los oídos de las mujeres que estaban abajo, que subieron corriendo una tras otra y parecieron alegrarse de tener aquel pretexto para ir arriba a consolar a la criatura, pues los incidentes de la última media hora las habían hecho sentirse enormemente desasosegadas. Así, en cuestión de dos o tres minutos la habitación del piso inferior se quedó totalmente desierta.

Pero no por mucho tiempo. Apenas se había apagado el ruido de las pisadas cuando un hombre, que venía de la dirección que habían tomado los perseguidores, dobló la esquina de la casa. Atisbó desde la puerta y, al ver que no había nadie dentro, entró cautelosamente. Era el desconocido del rincón de la chimenea, que había salido con los demás. El motivo de su regreso se pudo ver cuando se sirvió un pedazo, ya cortado, del pastel de nata que había encima de un anaquel, al lado de donde él había

estado sentado y que parecía haber olvidado llevarse. También se echó media copa más de la aloja que quedaba, y comió y bebió con voracidad y sed mientras permanecía allí. No había terminado cuando entró, de manera igualmente silenciosa, otra figura: era su amigo del traje gris ceniza.

—Oh, ¿está usted aquí? —dijo éste, sonriendo—. Creí que se había ido para ayudar en la captura. —Y reveló, asimismo, el objeto de su regreso al buscar ansiosamente con la mirada el fascinante pichel de aloja añeja.

—Pues yo creí que se había ido usted —dijo el otro, que seguía devorando con algún esfuerzo su pastel de nata.

—Bueno, me lo pensé dos veces y decidí que ya eran bastantes sin mí —dijo el primero de manera confidencial—; y, además, en una noche como ésta. Por otra parte, ocuparse de los criminales es asunto del gobierno, no mío.

—Cierto, así es. Pues yo decidí lo mismo que usted, que eran bastantes ya sin mí.

—No quiero romperme las piernas corriendo por los montículos y los hoyos de esta región salvaje.

—Ni yo tampoco, entre nosotros.

—Estas gentes pastoras están acostumbradas (ya sabe, almas sencillas que enseguida se excitan por cualquier cosa). Me lo tendrán listo antes de que llegue el alba, y sin que yo me haya tomado ninguna molestia en absoluto.

—Lo cogerán, y nosotros nos habremos ahorrado todo el trabajo de este asunto.

—Cierto, cierto. Bueno, yo voy a Casterbridge, y ya harán mucho mis piernas si me llevan hasta allí. ¿Lleva usted el mismo camino?

—No, lamento decirlo. Tengo que irme a casa, por ahí. —Hizo con la cabeza un gesto indefinido hacia la derecha—. Y siento lo que usted, que ya es bastante distancia para que la recorran mis piernas antes de la hora de acostarse.

El otro ya había acabado con la aloja que había en el pichel, de modo que los dos se estrecharon la mano con calor en el umbral y, deseándose el uno al otro que les fuera bien, cada cual se fue por su camino.

Mientras tanto, el grupo de perseguidores había llegado al final del escarpado cerro que dominaba esta parte de la duna. No se habían decidido por ningún plan de ataque en particular y, al darse cuenta de que el hombre de la funesta profesión no se encontraba ya en su compañía, parecían totalmente incapaces de configurar ahora plan alguno de ofensiva. Descendieron por la colina en todas direcciones, y unos segundos después varios miembros de la partida cayeron en la trampa puesta por la naturaleza a todo aquel que se extravía a medianoche por esta zona de la formación cretácea. Los *lanchets* o desniveles de pedernal, que rodeaban la escarpadura con espacios de unos doce metros entre sí, cogieron por sorpresa a los menos cautos, que, al perder pie en el despeñadero, infestado de cascotes, se deslizaron violentamente hacia abajo; las linternas rodaron —desde sus manos hasta el fondo— y se quedaron allí, tumbadas, hasta que sus astas se chamuscaron.

Cuando se hubieron agrupado de nuevo, el pastor, que era el hombre que mejor

conocía la región, se puso en cabeza y guió a los demás por aquellos traicioneros declives. Las linternas, que más que ayudarles en la exploración parecían deslumbrarles y advertir de su presencia al fugitivo, fueron apagadas. Se observó el debido silencio. Y con este orden más racional se adentraron por la cañada. Era un desfiladero poblado de hierba, zarzas y humedad, que podría proporcionar refugio a cualquier persona que lo buscara; pero la partida lo recorrió en vano y ascendió por el otro lado. De aquí prosiguieron la búsqueda por separado para volverse a reunir después de un rato y dar parte de sus progresos. La segunda vez que se juntaron lo hicieron cerca de un fresno solitario, el único árbol de aquella parte de la barranca, plantado probablemente por algún pájaro de paso por allí cincuenta años antes. Y allí, de pie a uno de los lados del tronco, tan inmóvil como el mismo tronco, apareció el hombre que andaban buscando, su silueta bien dibujada contra el cielo. El grupo se acercó sin hacer ruido y se puso frente a él.

—¡La bolsa o la vida! —dijo con aspereza el guardia a la inmóvil y silenciosa figura.

—No, no —le susurró John Pitcher—. Nosotros no somos los que tenemos que decir eso. Ésa es la fórmula de los maleantes como él, y nosotros estamos del lado de la ley.

—Bueno, bueno —respondió el guardia con impaciencia—; tengo que decir algo, ¿no?, y si tuvieras sobre ti la responsabilidad y todo el peso de la empresa, también a lo mejor te equivocarías de frase… ¡Prisionero del tribunal, entrégate, en nombre del Padre… de la Corona, quiero decir!

El hombre que estaba bajo el árbol pareció ahora advertir la presencia de aquellos hombres por primera vez y, sin darles otra oportunidad para que demostraran su arrojo, echó a andar lentamente hacia ellos. Era, en efecto, el hombre menudo, el tercer desconocido; pero su terror había desaparecido en gran medida.

—Bueno, viajeros —dijo—, ¿se han dirigido ustedes a mí?

—Sí. ¡Tiene usted que venir aquí a hacerse nuestro prisionero inmediatamente! —dijo el guardia—. Queda detenido bajo la acusación de no aguardar de manera adecuada y decente en la cárcel de Casterbridge para ser colgado mañana por la mañana. ¡Vecinos, cumplid con vuestro deber y prended al reo!

Al oír la acusación, el hombre pareció caer en la cuenta de lo que se trataba y, sin decir ni una palabra más, se sometió con extraordinaria docilidad al pelotón de búsqueda, cuyos componentes, con sus varas en la mano, le rodearon por los cuatro costados y le hicieron ponerse en marcha, de regreso a la cabaña del pastor.

Cuando llegaron eran las once en punto. La luz que se veía brillar a través de la puerta abierta y el sonido de voces masculinas en el interior les avisaron, mientras se aproximaban a la casa, de que algunos nuevos acontecimientos habían tenido lugar durante su ausencia. Al entrar, descubrieron que la sala de estar del pastor había sido invadida por dos oficiales de la cárcel de Casterbridge y por un conocido magistrado que vivía en la sede más vecina. La noticia de la fuga se había hecho del dominio

público.

—Caballeros —dijo el guardia—, les he traído a su hombre, no sin riesgo ni peligro; pero ¡cada cual debe cumplir con su deber! Está en medio de ese círculo de gente fornida, que me han prestado una ayuda muy valiosa, teniendo en cuenta su desconocimiento de los métodos de la Corona. ¡Hombres, haced que se adelante el prisionero!

Y el tercer desconocido fue llevado hasta un lugar en el que le diera la luz.

—¿Quién es éste? —preguntó uno de los oficiales.

—El hombre —dijo el guardia.

—Desde luego que no —dijo el carcelero; y el primero confirmó su declaración.

—Pero ¿cómo puede no ser así? —preguntó el guardia—. ¿Y por qué, si no, se quedó tan aterrado al ver cantando al instrumento de la ley que estaba ahí sentado? —Y entonces relató el extraño comportamiento del tercer desconocido cuando había entrado en la casa mientras el verdugo estaba cantando su canción.

—No lo puedo entender —dijo el oficial con frialdad—. Lo único que sé es que éste no es el condenado. Es un sujeto completamente distinto de este otro; un tipo delgaducho, con ojos y pelo negro, bastante bien parecido y con una voz musical grave, que si la oyeran una sola vez no la confundirían en toda su vida.

—Pues ¡almas del… era el hombre del rincón de la chimenea!

—¿Eh?… ¿Qué? —dijo el magistrado adelantándose después de haberle preguntado los pormenores al pastor, que estaba en el fondo—. ¿No han cogido a ese hombre después de todo?

—Verá, señor —dijo el guardia—; es el hombre que estábamos buscando, eso es verdad; y, sin embargo, no es el hombre que estábamos buscando. Porque el hombre que estábamos buscando no era el hombre que había que buscar, señor, si entiende usted mi habla vulgar; ¡porque el hombre que había que buscar era el hombre del rincón de la chimenea!

—¡Un buen lío en cualquier caso! —dijo el magistrado—. ¡Mejor será que vayan a buscar al otro hombre inmediatamente!

El prisionero habló entonces por primera vez. La mención del hombre de la chimenea pareció haberle conmovido mucho.

—Señor —dijo avanzando hacia el magistrado—, no se tomen más molestias por mi causa. Ha llegado el momento de que yo también pueda hablar. Yo no he hecho nada; mi delito es el de ser hermano del condenado. Esta tarde, a primera hora, salí de mi casa de Shottsford para darme una caminata hasta la cárcel de Casterbridge y decirle adiós. La noche me sorprendió, y llamé aquí para descansar un rato y que me indicaran el camino. Al abrir la puerta vi ante mis ojos al mismísimo hombre (mi hermano) que pensaba ver en la celda de los condenados de Casterbridge. Estaba en este rincón; y pegado a él, de tal manera que no podría haber salido de haberlo intentado, estaba el verdugo que había venido para quitarle la vida, cantando una canción sobre ello y sin saber que el que estaba a su lado era su víctima, que le

acompañaba para guardar las apariencias. Mi hermano me lanzó una mirada angustiosa, y comprendí lo que quería decir: «No reveles lo que estás viendo; mi vida depende de ello». Estaba yo tan aterrado que apenas si podía mantenerme en pie, y, sin saber lo que hacía, di media vuelta y salí corriendo.

Las maneras y el tono del narrador tenían el sello de la verdad, y su relato causó una honda impresión en todos los que estaban a su alrededor.

—¿Y sabe usted dónde está su hermano en estos momentos? —preguntó el magistrado.

—No lo sé. No lo he vuelto a ver desde que cerré esta puerta.

—Yo puedo atestiguar eso, porque hemos estado entre los dos desde entonces —dijo el guardia.

—¿Adónde piensa huir? ¿Cuál es su profesión?

—Es relojero, señor.

—Dijo que era carretero… el muy bribón —dijo el guardia.

—Sin duda se refería a las ruedas de los relojes —dijo el pastor Fennel—. Pensé que sus manos estaban paliduchas para su profesión.

—Bueno, me parece que no se puede ganar nada con retener a este pobre hombre bajo custodia —dijo el magistrado—; indudablemente, su asunto va con el otro.

Y así, sin más, el hombre menudo quedó en libertad; pero no pareció, en absoluto, menos triste por ello; y descifrar las preocupaciones que estaban escritas en su cerebro era algo que estaba más allá del poder del magistrado o del guardia, porque estaban relacionadas con otra persona, alguien en quien pensaba con más inquietud que en sí mismo. Una vez hecho esto, y cuando el hombre se hubo ido por su camino, se encontraron con que la noche estaba tan avanzada que consideraron inútil reanudar la búsqueda antes de la mañana siguiente.

Al día siguiente, en consecuencia, la búsqueda del ladrón de ovejas se hizo general y tenaz, al menos según todas las apariencias. Pero el castigo pretendido era brutalmente desproporcionado en comparación con la transgresión, y las simpatías de una gran cantidad de campesinos de aquel distrito estaban firmemente del lado del fugitivo. Además, su maravillosa frialdad y su osadía al codearse con el verdugo bajo las inauditas circunstancias de la fiesta del pastor se ganaron su admiración. De tal modo que puede ponerse en duda que todos aquellos que de manera ostensible estuvieron tan ocupados en batir los bosques, los campos y los caminos se mostraran tan concienzudos a la hora de registrar en privado sus propias dependencias y pajares. Circularon historias acerca de una figura misteriosa que se veía en ocasiones en algún viejo sendero abandonado, apartado de las carreteras de peaje; pero cuando se llevaba una batida por cualquiera de estas comarcas sospechosas nunca se encontraba a nadie. Y así pasaron sin noticias los días y las semanas.

En resumen, el hombre de voz grave del rincón de la chimenea nunca fue vuelto a capturar. Algunos decían que había cruzado el océano; otros, que no, que se había sumergido en las profundidades de alguna ciudad populosa. De cualquier forma, el

caballero del traje gris ceniza nunca realizó su trabajo de aquella mañana en Casterbridge, y tampoco se encontró, en ninguna parte, para asuntos de negocios, con el afable compañero que había pasado con él una hora de relajamiento en la solitaria casa de la cuesta de la barranca.

Hace ya tiempo que la hierba crece verde sobre las tumbas del pastor Fennel y su previsora mujer; los invitados a la fiesta del bautizo, en su mayoría, han seguido a sus anfitriones a la tumba; la niña en cuyo honor se habían reunido todos es ahora una matrona otoñal. Pero la llegada de los tres desconocidos a la casa del pastor aquella noche —así como los detalles relacionados con ello— es una historia que se conoce en la zona rural cercana a Higher Crowstairs, tan bien o mejor que entonces.

Marzo de 1883

Una tradición de 1804

La tan traída y llevada discusión sobre la posibilidad de una invasión deInglaterra a través de un túnel en el Canal de La Mancha me ha hecho evocar en más de una ocasión la historia del anciano Solomon Selby.

La oportunidad de escucharlo se me presentó una tarde en que estaba él sentado en el soporífero rincón del hogar de la cocina de la posada, en compañía de otros allí reunidos, cuando entré a refugiarme de la lluvia. Retirando la boquilla de la pipa de la hendidura dental en la que ésta acostumbraba reposar, Solomon Selby se recostó en el hueco que tenía a su espalda y le sonrió al fuego. La sonrisa no era ni alborozada ni triste, ni exactamente cómica ni del todo cavilosa. Quienes lo conocíamos bien sabíamos identificarla al punto: era su sonrisa narradora. Interrumpimos nuestros deslavazados comentarios para acercarnos a él, y Solomon dio comienzo a su relato:

—Mi padre, como quizá sepan ustedes, fue pastor toda su vida, y vivía junto a The Cove, a seis kilómetros y medio de aquí, donde nací y me crié hasta que vine a esta zona, poco antes de casarme. La casa que me vio nacer se encontraba en la cima de un monte, cerca del mar, y era la única en dos kilómetros a la redonda. Se había construido sin más propósito que dar cobijo al pastor. Tengo entendido que la han derribado, pero todavía se aprecia su emplazamiento en los montículos de tierra, entre algunos ladrillos desperdigados y rotos. Era un lugar inhóspito y lóbrego en invierno, pero en verano no estaba mal, a pesar de que el huerto nunca llegó a ser un huerto como es debido, porque no conseguimos levantar un buen muro para las hortalizas y los arbustos frutales, y éstos no prosperan donde sopla el viento.

»Los años de mi niñez de los que guardo un recuerdo más claro fueron los de 1803, 1804 y 1805. Y esto es así por dos razones: yo acababa de llegar a una edad en la que los ojos y los oídos de un muchacho toman nota de todo cuanto sucede alrededor, y había entonces más cosas en las que reparar de las que ha vuelto a haber para mí desde esas fechas. Fueron, como bien saben, los días en que Bonaparte planeaba su invasión de Inglaterra, tras la firma de la primera paz. Había cruzado los Alpes, combatido en Egipto, aniquilado a los turcos, a los austríacos y a los prusianos, y pensó que era el momento de aplastarnos a nosotros. Al otro lado del Canal, apenas escondido y fielmente entregado a un hombre que ya tenía un pie en nuestras costas, el ejército francés, integrado por ciento sesenta mil hombres y quince mil caballos llegados de todos los rincones, realizaba maniobras a diario. Bonaparte llevaba tres años preparando la ofensiva, y había dispuesto una flota de mil naves de quilla plana para el transporte de las tropas, los cañones y los caballos en la travesía del Canal. Eran embarcaciones pequeñas, aunque de excelente construcción. Muchas de ellas contaban con un pequeño establo para los dos caballos que tiraban del cañón instalado en la popa. Con el fin de poner en orden estos y otros pertrechos necesarios, Bonaparte había reunido en las costas de Francia a cinco o seis mil artesanos entre carpinteros, herreros, carreteros, talabarteros y qué se yo. ¡Eran tiempos muy

distintos!

»Todas las mañanas, nuestro vecino Boney[1] reunía a su multitud de soldados en la playa y los hacía formar para practicar la maniobra de embarque, con caballos incluidos, hasta que lograron ejecutarla a pedir de boca. Ese año, mi padre llevó a Sussex un rebaño de ovejas y, al alcanzar la cima del camino de los arrieros, más o menos por ahí, pudo ver las prácticas que se hacían en la otra orilla: el resplandor de las tropas formadas como una mancha de plata bajo el sol. Se pensaba, y así lo decía siempre mi tío Job, sargento de infantería, muy ducho en estos asuntos, que Bonaparte se proponía cruzar el Canal a remo una noche serena. La gran pregunta que todos nos hacíamos era: "¿Dónde desembarcará el caballero?". Entre la gente de a pie, muchos pensaban que sería en Dover; otros, los que sabían que era improbable que un general tan hábil como él tuviese intención de desembarcar justo donde se esperaba, decían que o bien entraría por el Támesis, al este, o bien buscaría un lugar más propicio al oeste, muy probablemente en alguna de las pequeñas ensenadas de la isla de Portland, entre el faro y la punta de St. Alban, y una vez allí escogería esa cala en forma de concha y oculta a la vista de todo mortal, que parecía hecha a la medida de sus fines, cerca de nuestra casa, por la que yo trepaba con dos cubas de brandy de contrabando cargadas a los hombros en las noches oscuras de mi juventud. Algunos decían que una parte de la flota francesa bordearía las costas de Escocia para aparecer luego en algún puerto idóneo del Canal. Lo cierto, y no es de extrañar, es que había muchas dudas a este respecto, y los años posteriores confirmaron que el propio Bonaparte no llegaba a decidirse sobre la importante y decisiva cuestión de dónde desembarcar. Sus dudas respondían a la circunstancia de que no había logrado averiguar dónde y cómo lo esperaban nuestras tropas, y a que sus conocimientos de los posibles lugares en que las embarcaciones de quilla plana podían aproximarse a la costa sin hacer ruido, para reunir allí a los hombres que transportaban, eran exiguos en grado sumo. Este tipo de embarcaciones no necesitaban un puerto para el desembarque de las tropas; les bastaba con una playa recóndita, de aguas someras, y con un buen camino hasta Londres. Cómo analizó la cuestión el gran tirano corso (así lo llamábamos por aquel entonces), cuánto tuvo que esforzarse para resolverla y, sobre todo, qué peligros arrostró una noche en particular, cuando intentaba dilucidarla, son cosas que solo saben un puñado de hombres aquí y allá; y desde luego las ignoran los editores de periódicos y los impresores de libros, pues en caso contrario mi relato de los hechos no habría suscitado la incredulidad de tantos hombres gentiles que únicamente dan crédito a lo que ven impreso.

»Los rebaños de mi padre tenían abundantes pastos en las colinas próximas a nuestra casa, desde donde se avistaban kilómetros y kilómetros de costa y de mar en todas direcciones. En invierno y a comienzos de la primavera, mi padre tenía mucho quehacer por las noches, vigilando y atendiendo a los corderos. Se acostaba por lo general temprano y se levantaba a eso de las doce o la una, pero otras veces no se iba a la cama hasta esa hora. Empecé a ayudar a mi padre en cuanto tuve edad suficiente,

echando un ojo a las hembras cuando él se retiraba a descansar. Eso estaba haciendo un mes del año 1804 o 1805, no lo recuerdo exactamente, aunque fue mucho antes de que me apartaran del pastoreo para mandarme a aprender un oficio. Me pasaba las noches en el redil, a unos tres kilómetros de nuestra casa, o puede que un poco menos, sin otra compañía que la de las ovejas y los corderos. ¿Tenía miedo? No. Nunca tenía miedo de estar solo en aquellos tiempos, porque me había criado en un lugar tan apartado que la ausencia de seres humanos de noche se me hacía menos temible que su presencia. Ver la silueta de un hombre en un paraje solitario cuando ya había oscurecido me llenaba de pánico.

»Una noche de ese mes recibimos una visita inesperada de mi tío Job, sargento del 61º regimiento de infantería, acampado a unos kilómetros al oeste de nuestra casa, en la cima de los montes del balnerario de King George. Apareció cuando ya se ponía el sol y estuvo un par de horas con mi padre en el redil. Después vino a casa y tomó un trago de la cuba que nos daban los contrabandistas por guardarles el licor cuando tenían que huir y por quemarlo en caso de peligro. Luego se echó a dormir encima del arcón. Yo me fui a la cama: mi padre volvió a la una y me despertó para que tomase el relevo, como teníamos por costumbre. Al salir de casa, pasé al lado de mi tío Job. Abrió los ojos y, cuando le dije adónde iba, contestó que era una vergüenza que un muchacho tan joven tuviera que subir solo al monte. Dicho esto se ajustó el cinturón, se ciñó el fusil y se vino conmigo, llevándose un poco de licor en una petaca que había en la alacena.

»Subimos al redil, comprobamos que todo estaba en orden y, para calentarnos, nos acomodamos en un montón de paja arrimado a la valla de juncos que habíamos levantado para cortar el viento. Esa noche, sin embargo, no soplaba viento alguno. Era una de esas noches tranquilas en que desde cualquier punto de los montes, a tres o cuatro kilómetros del mar, se oía el ir y venir de las olas rompiendo en la costa al compás, como el ronquido del mundo dormido. Una leve neblina cubría las tierras bajas, pero en las cumbres el aire era muy claro, y la luna, que estaba en cuarto creciente, iluminaba muy bien los pastos y la paja del redil.

»Estando allí acostados, el tío Job me entretuvo con extrañas historias de las guerras en las que había participado y las heridas que en ellas había recibido. Ya había combatido contra los franceses en los Países Bajos, y confiaba en volver a enfrentarse con ellos. Tanto duraron sus relatos que al final ya no sabía yo decir si también era un soldado y había visto las cosas de las que me hablaba. Maravillado por sus historias, terminé por quedarme dormido y soñé con la batalla, el humo y el avance de las tropas, tal como él me lo había descrito.

»No sé cuánto tiempo pasé dormido. Me despertó un rumor, al inquietarse las ovejas en su lecho de paja, además del balido de los corderos y el tintineo de los cencerros. El tío Job seguía a mi lado, pero también se había quedado dormido. Vi entonces lo que me había despertado. Dos hombres, con capote de marinero, bicornios y sables a la cintura, se encontraban junto a la valla, a unos veinte metros

de nosotros.

»Agucé el oído para captar lo que estaban diciendo, pero, aunque oía sus palabras, no entendía ni una sola. Hablaban en un idioma que no era el nuestro, en francés, según supe más tarde. A pesar de que no comprendía lo que decían, era un muchacho lo bastante sagaz para hacerme una idea de la conversación que tenían los desconocidos. A la luz de la luna vi que uno de ellos llevaba un papel enrollado en la mano, hablaba muy deprisa con su compañero y señalaba con la otra mano distintos lugares de la costa situados a derecha e izquierda. No cabía duda de que le estaba explicando al otro caballero las características del litoral. Lo que ocurrió a continuación me confirmó que estaba en lo cierto.

»No había despertado al tío Job, pero empezaba a temer que nos descubrieran, por el ruido que hacía al respirar por la nariz. Le puse una mano en el oído y lo llamé con un susurro.

»—¿Qué pasa, hijo? —preguntó, como si no se hubiera quedado dormido.

»—¡Chsss! —contesté—: Dos generales franceses…

»—¿Franceses?

»—Sí. ¡Han venido a ver dónde van a desembarcar!

»Los señalé con la mano, pero no puede decir más, porque en ese momento la pareja se acercó hacia donde estábamos. A unos ocho o diez metros de nosotros, el que tenía el papel en la mano se inclinó sobre una parte de la valla que estaba inclinada y se sirvió de ella para desplegarlo. De buenas a primeras enfocó con un farol, y el papel resultó ser un mapa.

»—¿Qué están mirando? —le susurré al tío Job.

»—Una carta del Canal —dijo el sargento, que entendía mucho de esas cosas.

»El otro oficial se inclinó sobre el mapa, y los dos acercaron la cabeza para deliberar por espacio de un buen rato, señalando aquí y allá, sobre el papel, distintos puntos situados a lo largo de la costa que se extendía a nuestros pies. Reparé en la actitud de respeto que mostraba uno de los dos oficiales hacia el otro, que parecía su superior, y en que le daba un tratamiento cuyo significado me era desconocido. El superior, por su parte, trataba al otro con mucha familiaridad, y en más de una ocasión le dio una palmadita en el hombro.

»El tío Job lo había visto todo igual que yo, pero, aunque el farol iluminaba el mapa, los rostros de los hombres estaban velados por la oscuridad. Cuando por fin se incorporaron, la luz del farol apuntó hacia lo alto y alumbró directamente las facciones de uno de ellos. El tío Job se quedó sin aliento y se desplomó, como si le hubiese dado un síncope.

»—¿Qué pasa… qué pasa, tío Job? —pregunté.

»—¡Ay, Dios mío! —dijo, escondido debajo de la paja.

»—¿Qué? —repetí.

»—¡Es Boney!

»—¿Quién?

»—Bonaparte —dijo—. El ogro de Córcega. ¡Ah, si hubiese traído mi nuevo trabuco de chispa, ese hombre moriría aquí mismo! Pero no tengo mi trabuco, así que no podrá morir. ¡Agáchate bien, si es que aprecias tu vida!

»Me agaché, como pueden imaginar. Pero no pude resistir las ganas de asomarme. Y también yo, aun siendo un chiquillo, supe que aquél era el rostro de Bonaparte. ¿Acaso no conocía a Boney? ¡Vaya si lo conocía! Tendría que haberlo reconocido a la media luz del farol. No una vez, sino más de cien veces había visto su retrato. La cabeza redonda como una bala, el cuello corto, la barbilla y los pómulos carnosos y cetrinos, la expresión sombría y los ojos grandes y centelleantes. Se quitó el sombrero para darse aire, y allí estaba el mechón en el centro de la frente, tal cual se representaba en todos los dibujos. El capote se entreabrió al moverse el hombre, y, por un momento, distinguí la guerrera blanca y uno de los galones.

»Pero todo ocurrió muy deprisa. En cuestión de un minuto, Bonaparte y su general enrollaron el mapa, apagaron el farol y dieron media vuelta para regresar a la costa.

»El tío Job por fin pudo volver en sí.

»—¡Se escabulle de noche para ver dónde va a desembarcar a sus hombres! —dijo—. ¡Los ojos fríos de ese hombre no volverán a ver la luz! Sobrino, tengo que intervenir sin pérdida de tiempo, ¡o Inglaterra estará perdida!

»Nos arrastramos cuando los vimos alcanzar la cima del cerro y los seguimos un trecho desde allí. A medio camino se les unieron otros dos hombres, y en seis o siete minutos llegaron a la playa. Una embarcación escondida tras una roca se acercó a la orilla a la luz de la luna, y todos subieron a bordo de un salto. La barca se alejó al instante, y en pocos minutos había desaparecido entre las dos rocas que jalonan la embocadura de la cala, tal como la conocemos. Volvimos a la cima y desde allí avisté una embarcación más grande, aunque no demasiado, que aguardaba a escasa distancia. La barca se arrimó a un costado de la nave mayor, se amarró, supongo que a la popa, y la nave se marchó rápidamente. No volvimos a verla.

»Mi tío informó a sus superiores en cuanto regresó a su campamento, pero nunca supe qué pensaron, ni él tampoco. Para mi fortuna, el ejército de Napoleón no llegó a desembarcar en nuestras costas, pues la cala que había a los pies de la casa de mi padre era el lugar elegido, tal como demostró esta visita secreta. De haber sido así, todos los costeños habríamos muerto, y hoy no estaría aquí contando esta historia.

Quienes escuchamos esa noche al anciano Selby llevamos ya diez años visitando su sencilla sepultura. Debido a la incredulidad de la época, su relato rara vez ha vuelto a contarse. Pero, si hay algo, aparte del testimonio de sus propios ojos, capaz de persuadir a un oyente de que Bonaparte visitó en persona estas costas con la intención de comprobar si el desembarco era factible, ese algo sería el relato de Solomon Selby, por su manera de narrar la aventura que vivió en aquellos montes.

Navidad de 1882

El húsar melancólico de la legión germana

I

Aquí se extienden los montes, altos, ventosos y verdes, intactos desde aquellos tiempos convulsos. Nunca un arado ha rasgado la turba, y la primera capa de tierra sigue estando en su sitio. Aquí estaba el campamento; aún quedan restos visibles de los terraplenes que levantaban para los caballos, y en algunos puntos se aprecian los montículos donde se vertían los desechos. De noche, cuando paseo por este paraje solitario, es imposible no oír, bajo el roce del viento en los cardos y el heno gris, la vieja trompeta, los toques de clarín y el silbido de los ronzales; imposible no ver las hileras espectrales de las tiendas y la impedimenta de la soldadesca. Del interior de las lonas llegaban sílabas guturales pronunciadas en lenguas extranjeras y fragmentos de canciones de la madre patria, pues eran principalmente soldados de los regimientos reales de la legión germana los que aquí pernoctaban en torno al palo que sostenía las tiendas de campaña.

Han pasado casi noventa años. El uniforme británico de la época, de hombreras inmensas, bicornios, bombachos, polainas, cartuchera, zapatos de hebilla y qué sé yo, resultaría hoy extraño y bárbaro. Las ideas han cambiado; los inventos han sucedido a los inventos. Los soldados eran en esa época objetos monumentales. Una divinidad aún protegía en aquel entonces a los monarcas aquí y allá, y la guerra se tenía por una ocupación gloriosa.

Apartadas aldeas y casas solariegas salpican los barrancos y las hondonadas de estos montes en los que rara vez se había visto a un extranjero hasta que el rey eligió este lugar para tomar las aguas todos los años en el balneario marítimo que se encuentra a unos kilómetros al sur, y a raíz de eso los batallones descendieron por los campos circundantes envueltos en una nube de polvo. ¿Hace falta añadir que los ecos de tantos relatos que datan de aquellos tiempos pintorescos aún resuenan por estos pagos en versiones más o menos incompletas para el oído atento? He contado algunos; he olvidado la mayoría. Hay uno que nunca he contado, y ciertamente no consigo olvidar.

Oí esta historia de labios de Phyllis. Ella era a la sazón una anciana de setenta y cinco años, y quien la escuchaba un muchacho de quince. Quería guardar en secreto su participación en el incidente hasta el día en que estuviera «muerta, enterrada y olvidada». Vivió doce años más desde que me contó esta historia, y hoy lleva muerta casi veinte. El olvido que por modestia y humildad deseaba para sí solo lo ha alcanzado en parte, con la triste secuela de causar una injusticia a su memoria, pues los retazos de la historia que entonces se conocieron y que hoy siguen vivos son precisamente los más desfavorables para ella.

Todo empezó con la llegada de los húsares de York, uno de los regimientos

extranjeros a los que se ha aludido anteriormente. Hasta la fecha, apenas se había visto un alma en los alrededores de la casa de su padre desde hacía semanas. Cuando se oía en la puerta un rumor de telas, se trataba en realidad del roce de una hoja; cuando un coche parecía acercarse a la casa, era su padre afilando la hoz en la piedra del jardín para practicar su afición favorita de recortar los bojs. El ruido de un baúl lanzado desde un carruaje era el disparo de un cañón a lo lejos, en el mar; y lo que parecía un hombre alto, detenido junto a la cancela al atardecer, era la extraña silueta de un tejo con su forma atenuada. Ahora no hay tanta soledad en el campo como en aquellos tiempos.

Entretanto, el rey Jorge y su corte se encontraban en el balneario favorito del monarca, a no más de ocho kilómetros. La reclusión de la hija era grande, y a ella se sumaba la del padre. Si el crepúsculo era la condición social de la muchacha, la del padre era la oscuridad. Pero, mientras que él disfrutaba de la oscuridad, ella se ahogaba en su crepúsculo. El doctor Grove era un hombre con una tendencia a la meditación en solitario sobre cuestiones metafísicas que poco a poco lo llevó a descuidar el ejercicio de su profesión, hasta el extremo de no ganar lo suficiente para seguir practicándola. Fue entonces cuando renunció a la medicina y alquiló por una renta simbólica la pequeña y dilapidada vivienda, mitad granja, mitad casa solariega, en este recóndito rincón del país, donde obtenía unos ingresos que en una ciudad no habrían bastado para su subsistencia y la de su hija. Pasaba la mayor parte del día en el jardín, y se mostraba cada vez más irritable, al comprender que había desperdiciado su vida en la persecución de vanas ilusiones. Veía cada vez menos a sus amigos. Phyllis se volvió tan tímida que, si en el curso de sus breves excursiones se encontraba con un desconocido, se avergonzaba al saberse mirada, se volvía torpe en sus andares y se ruborizaba hasta la raíz del pelo.

Sucedió sin embargo que, incluso en un rincón tan solitario como aquél, Phyllis fue descubierta por un admirador que inesperadamente la pidió en matrimonio.

El rey, como ya se ha dicho, se encontraba en la ciudad vecina, alojado en Gloucester Lodge, y su presencia, como es natural, concitaba la llegada de muchas gentes del campo. Entre estas personas ociosas —que en muchos casos se preciaban de tener relaciones e intereses en la corte—, figuraba un tal Humphrey Gould, un hombre soltero, ni joven ni viejo, ni apuesto ni decididamente feo. Demasiado cauto para ser un «petimetre» (como se llamaba entonces a los solteros de costumbres disolutas), era un caballero más o menos moderno y agradable. Este soltero de treinta años llegó un buen día al pueblo situado en el monte, vio a Phyllis, se las ingenió para conocer a su padre con la intención de hacerla suya, y, por una u otra razón la muchacha prendió en su corazón el ardor suficiente para que él pasara por allí casi a diario, hasta que se prometió con ella en matrimonio.

Como el señor Gould pertenecía a una antigua familia local, y algunos de sus parientes eran muy respetados en el condado, se pensó que Phyllis, al rendirlo a sus pies, había ejecutado lo que a la luz de su modesta posición se juzgó como una

brillante maniobra. Cómo lo consiguió es algo que ni siquiera la propia Phyllis llegó a comprender. En aquella época, los matrimonios entre personas de distinta condición se veían como una violación de las leyes de la naturaleza, más que como una simple infracción de las convenciones sociales, de acuerdo con la visión más moderna: de ahí que, cuando Phyllis fue la elegida por este caballero entre toda la burguesía del balneario, la noticia se recibiese como si la muchacha fuera a subir a los cielos. Bien es verdad que los menos informados no habrían apreciado demasiada diferencia en las respectivas posiciones de la pareja, porque el citado Gould era pobre como las ratas.

Esta condición pecuniaria fue la excusa, probablemente cierta, esgrimida por el caballero para aplazar su casamiento, y, al acercarse el invierno, cuando el rey dio por concluida su estancia en el balneario, el prometido se marchó a Bath, con la promesa de regresar en pocas semanas. Llegó el invierno, pasó la fecha señalada para el regreso, y Gould pospuso su visita aduciendo que no podía dejar a su padre en la ciudad donde estaban pasando la temporada, pues era anciano y no tenía ningún pariente cerca. Phyllis, a pesar de su profunda soledad, estaba contenta. El hombre que la había pedido en matrimonio era un marido deseable en muchos sentidos. Su padre había aprobado plenamente la petición de mano, aunque esta muestra de desatención por parte de su prometido resultaba molesta, si no dolorosa para Phyllis. Amarlo, en el auténtico sentido de la palabra, me aseguró que nunca lo amó, pero sentía por él un sincero aprecio. Admiraba el método con que se entregaba a sus placeres, valoraba sus conocimientos de lo que ocurría, había ocurrido o estaba a punto de ocurrir en la corte, y no dejaba de experimentar cierto orgullo por el hecho de que la hubiese escogido a ella, cuando sin duda podía haber hecho una elección más ambiciosa.

Pero Humphrey seguía sin dar señales de vida, y llegó la primavera. Sus cartas eran frecuentes, aunque formales, y no es de extrañar por tanto que la incierta posición de Phyllis Grove, sumada a la escasa pasión que en ella despertaba su prometido, causara un tedio indescriptible en el corazón de la muchacha. La primavera dio paso al verano, el verano trajo consigo al rey, pero Humphrey Gould no regresaba. Entretanto, el compromiso epistolar seguía vigente.

En esta época del año, un resplandor dorado iluminaba la vida de las gentes de la región y cargaba de interés emocional los pensamientos juveniles. Los responsables de este resplandor eran los ya mencionados húsares de York.

II

La generación actual quizá tenga una noción muy vaga de lo que los célebres húsares de York representaban hace noventa años. Integraban uno de los regimientos de la legión real británica, y (aunque en fechas posteriores se volvieron algo

degenerados) sus vistosos uniformes, sus espléndidos caballos y, sobre todo, su aire extranjero y sus grandes bigotes (raros apéndices en aquellos tiempos) concitaban multitudes de admiradores de ambos sexos allá por donde pasaban. El regimiento de húsares, en compañía de otros regimientos, acampó en los montes y los prados, por la presencia del rey en la ciudad vecina.

El campamento se instaló en una explanada del monte que ofrecía amplias vistas de Portland —la isla de Slingers— a sus pies, hasta la punta de St. Aldhelm, al este, y casi hasta el Start, al oeste.

Phyllis, sin ser exactamente una joven del pueblo, mostraba por esta plaza militar el mismo interés que las demás muchachas. La casa de su padre se encontraba algo apartada, en el punto más alto del camino, casi a la misma altura que la torre de la iglesia, construida en la zona más baja de la parroquia. Al otro lado del jardín, las hierbas se perdían en la distancia, cortadas por un sendero que pasaba muy cerca de la tapia. Desde los días de su niñez, Phyllis disfrutaba trepando a esta tapia para sentarse en lo alto, una hazaña que no era tan difícil como puede parecer, ya que en esa parte del condado los muros se construían sin mortero y la piedra ofrecía abundantes resquicios para los dedos de unos pies pequeños.

Allí se encontraba un día, contemplando lánguidamente los prados, cuando una figura solitaria que se acercaba por el camino llamó su atención. Era uno de los famosos húsares germanos y caminaba con la vista en el suelo y el aire de quien no desea compañía. Es probable que hubiera llevado la cabeza agachada, lo mismo que los ojos, de no haber sido por el sobrecuello rígido. Al acercarse el desconocido, Phyllis reparó en la profunda tristeza que velaba sus facciones. El joven siguió avanzando por el camino sin fijarse en ella hasta que llegó a ese punto de la tapia.

Phyllis se sorprendió mucho de ver a un soldado tan alto y apuesto en semejante estado de abatimiento. Tenía de los militares en general, y de los húsares de York en particular, la teoría (formada completamente de oídas, porque jamás en la vida había hablado con un soldado) de que sus corazones eran tan alegres como sus uniformes.

El húsar levantó la vista entonces y la vio encaramada en el muro. Phyllis se había quitado el chal de muselina blanca con que se cubría los hombros y el cuello, que asomaban desnudos por encima de su vestido largo y también blanco, y parecía resplandecer bajo la luz del sol de aquel día de verano. El joven se ruborizó un poco por lo inesperado del encuentro y pasó de largo sin detenerse siquiera un instante.

El resto del día, Phyllis no pudo dejar de pensar en el rostro del soldado. Tenía un aspecto tan fabuloso, tan apuesto, y unos ojos tan azules y tristes y abstraídos… Quizá fuera natural que al día siguiente, a la misma hora, regresara al mismo lugar con la esperanza de verlo por segunda vez. En esta ocasión iba leyendo una carta y, al ver a Phyllis, reaccionó como si en parte lo esperase o lo deseara. Casi llegó a pararse, sonrió y se inclinó con mucha cortesía. El encuentro concluyó con un breve intercambio de palabras. Ella le preguntó qué leía y él le explicó al punto que estaba releyendo una carta que le enviaba su madre desde Alemania. No las recibía con

demasiada frecuencia, y por eso volvía a leer las antiguas muchas veces. Ese día no ocurrió nada más, pero hubo otros encuentros parecidos a continuación.

Phyllis solía decir que el inglés de aquel joven, sin ser del todo bueno, era bastante inteligible, de ahí que el problema del idioma nunca fuera un obstáculo para que pudieran llegar a conocerse. Cuando la conversación se volvía demasiado delicada, sutil o tierna, y el soldado no encontraba las palabras en inglés, sus ojos acudían con prontitud en ayuda de su lengua y, pasado algún tiempo, también los labios ayudaron a los ojos. El caso es que esta relación, entablada sin malicia aunque con precipitación por parte de ella, se fue volviendo poco a poco más profunda. Phyllis, como Desdémona, se compadeció de él al conocer su historia.

Su nombre era Matthäus Tina, y Saarbrücken su ciudad natal, donde seguía viviendo su madre. Tenía veintidós años y ya ostentaba el rango de cabo, aun cuando no llevaba mucho tiempo en el ejército. Phyllis aseveraba que no había entre las tropas de los regimientos ingleses un joven más refinado y bien educado, y que algunos de aquellos soldados extranjeros se parecían más a nuestros oficiales nativos, por su gracia y su presencia, que al común de nuestras tropas.

Con el tiempo, Phyllis tuvo conocimiento a través de su amigo extranjero de una circunstancia que nunca hubiera sospechado que pudiera darse entre los húsares de York. Lejos de ser tan alegres como sus uniformes, el regimiento había caído en las garras de una lúgubre melancolía, una nostalgia crónica del hogar que sumía a muchos en el abatimiento, al extremo de no poder realizar su instrucción. Los que más sufrían eran los soldados más jóvenes, los que llevaban menos tiempo lejos de su país. Aborrecían Inglaterra y el modo de vida inglés; no sentían el más mínimo aprecio por el rey Jorge y su reino insular, y lo único que querían era marcharse para no volver nunca. Sus cuerpos estaban allí, pero su corazón y sus pensamientos siempre se hallaban muy lejos, en su querida patria, de la que, aun siendo valientes y estoicos en muchos sentidos, hablaban con los ojos llenos de lágrimas. Uno de los más afectados por esta angustia del hogar, como él la llamaba en su propio idioma, era Matthäus Tina, cuya naturaleza soñadora y reflexiva acusaba la tristeza del exilio con mayor intensidad si cabe por el hecho de haber dejado a su madre sola, sin nadie que la animase.

Conmovida por las circunstancias e interesada por la historia de su amigo, Phyllis no desdeñaba esta relación, si bien se negó a permitir (al menos según su propio relato) que el joven traspasara la línea de la mera amistad por espacio de un buen lapso de tiempo, el que juzgó prudente antes de atreverse a pensar que quizá estuviese preparada para entregarse a otro hombre, aunque es muy probable que hubiera perdido la cabeza por Matthäus mucho antes de darse cuenta de haberlo hecho. El muro de piedra era un lugar poco propicio para la intimidad, y él nunca se aventuró a entrar en el jardín, y tampoco pidió permiso para hacerlo, de tal modo que todas sus conversaciones tenían lugar en aquella frontera.

III

A través de un amigo del padre de Phyllis, llegaron al pueblo noticias relacionadas con el señor Humphrey Gould, el frío y paciente prometido de la joven. Se había oído comentar a este caballero en Bath que su acercamiento a la señorita Phyllis Grove se encontraba para él en una fase de entendimiento solo parcial, y a la vista de su forzosa ausencia, por causa de su padre, demasiado impedido para ocuparse de sus asuntos, el señor Gould creía que era preferible para ambas partes no cerrar por el momento una promesa definitiva. Lo cierto es que no estaba seguro de no acabar poniendo sus ojos en alguna otra parte.

La noticia —aunque fuese de oídas y por tanto no mereciera crédito alguno— casaba tan bien con la infrecuencia de sus cartas y la falta de calidez que en ellas demostraba que Phyllis no dudó por un momento de su veracidad; y desde ese instante se sintió libre para entregar su corazón a quien quisiera. No pensó lo mismo su padre, quien afirmó que aquella historia era falsa de arriba abajo. Conocía a la familia del señor Gould desde que era niño y, si había un refrán que expresara cómo se entendía el matrimonio en dicha familia, sin duda era «Quiéreme poco, pero mucho tiempo». Humphrey era un hombre de honor y nunca se tomaría su compromiso a la ligera.

—Espera, sé paciente, y todo se arreglará con el tiempo —le dijo a su hija.

Por estas palabras Phyllis se figuró en un principio que su padre se escribía con el señor Gould, y se le cayó el alma a los pies, porque, al margen de cuáles hubieran sido sus intenciones iniciales, experimentó un gran alivio al saber que su compromiso no significaba nada. Posteriormente constató que su padre no tenía más noticias de Humphrey de las que tenía ella, pero tampoco quiso escribir al prometido de su hija para tratar el asunto directamente, no fuera a tenerse por una afrenta al honor del caballero.

—Tú quieres un pretexto para alentar a alguno de esos extranjeros a que te halaguen con sus frivolidades —le reprochó su padre, que de un tiempo a esta parte se había vuelto muy cruel con ella—. Yo veo más cosas de las que digo. No vuelvas a poner el pie en esa tapia del jardín sin mi permiso. Si quieres ver el campamento, yo mismo te llevaré un domingo por la tarde.

Phyllis no tenía la más mínima intención de desobedecerlo en sus actos, pero se sentía independiente en lo que tocaba a sus sentimientos. Dejó de refrenar su capricho por el húsar, aunque ni mucho menos lo veía como un amante en el sentido en que a un inglés podía tenérselo por tal. El joven extranjero era para ella un ser casi ideal, desprovisto de cualquiera de los atributos del común de los mortales, un hombre surgido de no sabía dónde y que en cualquier momento podía esfumarse sin dejar rastro alguno, como un sueño fascinante: nada más.

Para entonces se veían de continuo, casi siempre al caer la tarde, en el breve intervalo que mediaba entre la puesta de sol y el último toque de clarín en el cuartel,

cuando el húsar regresaba a su tienda. Es posible que Phyllis se mostrara algo menos contenida últimamente, y sin duda tal era el caso de Matthäus, que cada día se revelaba más tierno, y en el momento de despedirse, tras uno de estos apresurados encuentros, ella le tendía la mano desde lo alto de la tapia para que él pudiera estrecharla. Una tarde la retuvo mucho tiempo, y Phyllis dijo:

—La tapia es blanca, y alguien podría ver tu silueta desde los campos.

Tanto se rezagó esa noche Matthäus que solo a duras penas pudo cruzar a la carrera el trecho que lo separaba del campamento para llegar a su hora. La siguiente ocasión en que fue a verla, Phyllis no estaba en el lugar de siempre a la hora de costumbre. La decepción del muchacho fue indecible, y se quedó mirando el muro con expresión ausente, como si estuviera en trance. Los clarines llamaron a retreta, pero Matthäus no se movió de allí.

Phyllis se había retrasado por mero accidente. Llegó ansiosa, por lo avanzado de la hora, pues también había oído el toque que avisaba del cierre de la plaza militar. Le imploró que se marchara de inmediato.

—No —dijo él, con tristeza—. No voy a volver cuando acabas de llegar. Llevo todo el día esperando este momento.

—¿No te castigarán por no llegar a tu hora?

—Eso me da igual. Tendría que haber desaparecido de este mundo hace tiempo si no hubiera sido por dos personas: mi amada, que está aquí, y mi madre, en Saarbrücken. Aborrezco el ejército. Me interesa más un minuto a tu lado que todos los ascensos del mundo.

Así se quedó, conversando con Phyllis, y le contó interesantes detalles de su tierra natal, episodios de su niñez, hasta que ella empezó a bullir de inquietud por la temeridad de su retraso. Únicamente cuando Phyllis insistió en darle las buenas noches y retirarse de la tapia se avino él a regresar al cuartel.

Al día siguiente, Matthäus no llevaba los galones que adornaban la manga de su guerrera. Lo habían degradado a soldado raso por el retraso de la noche anterior, y, sabiéndose la causa de esta deshonra, Phyllis sintió una pena muy honda. Pero la posición se había invertido, y esta vez fue él quien trató de animarla.

—¡No te apenes, *meine Liebliche!*[1] —dijo—. Tengo un remedio para todo lo que venga. En primer lugar, aun suponiendo que recuperase mis galones, ¿consentiría tu padre en que te casaras con un oficial de reclutamiento de los húsares de York?

Phyllis se sonrojó. Esta circunstancia de índole práctica jamás se le había pasado por la cabeza, porque el joven era para ella un ser irreal, y un momento de reflexión le bastó para comprenderlo.

—Mi padre no lo aceptaría… desde luego que no —respondió sin vacilación—. ¡Ni pensarlo! Querido amigo, por favor, olvídate de mí: temo estar arruinando tu vida y tu futuro.

—¡Ni mucho menos! —exclamó él—. Haces que tu país me interese lo suficiente para querer seguir con vida. Si mi tierra estuviera también aquí, y mi madre contigo,

sería feliz y haría cuanto estuviera en mi mano por ser un buen soldado. Pero no es así. Y, ahora, escúchame bien. Tengo un plan. Que vengas conmigo a mi país y te conviertas en mi mujer, que vivas allí con mi madre y conmigo. No soy hanoveriano, como sabes, pero ingresé en el ejército en calidad de tal. Mi país se encuentra a orillas del Saar y está en paz con Francia, y si pudiera volver sería libre.

—Pero ¿cómo vas a volver? —preguntó Phyllis. Estaba más sorprendida que escandalizada por la proposición de su joven amigo. La situación en casa de su padre se le hacía cada vez más insufrible y penosa en extremo. El cariño paterno parecía haberse agotado por completo. Además, ella no era del pueblo, como las felices muchachas que la rodeaban, y por alguna razón Matthäus Tina le había contagiado la añoranza de su tierra, de la madre y del hogar—. Pero ¿cómo? —insistió, al ver que no respondía—. ¿Pagarás por tu dispensa?

—No —dijo él—, eso es imposible en estos tiempos. No; he venido aquí en contra de mi voluntad. ¿Por qué no puedo escaparme? Ha llegado la hora, porque no tardaremos en levantar el campamento y podría no volver a verte. Éste es mi plan. Me esperarás en el camino, a tres kilómetros de aquí, una noche tranquila de la semana próxima, que habremos acordado previamente. No temas que pueda ser indecoroso o motivo de vergüenza para ti, porque no iremos solos. Mi buen amigo Christoph, un alsaciano que se ha incorporado recientemente al regimiento, está dispuesto a colaborar en esta empresa. Antes de que se haga de noche habremos ido al puerto a examinar los barcos, y buscaremos el más idóneo para nuestros fines. Christoph ya ha conseguido una carta náutica del Canal. Bajaremos al muelle a medianoche, cortaremos las amarras y rodearemos la punta a remo hasta perdernos de vista. A la mañana siguiente estaremos en las costas de Francia, cerca de Cherburgo. Lo demás será fácil. He ahorrado para el viaje por tierra y podré cambiarme de ropa. Escribiré a mi madre para que se encuentre con nosotros en el camino.

Fue añadiendo otros detalles, en respuesta a las preguntas de Phyllis, hasta que no quedó en ella duda alguna acerca de la viabilidad de la aventura. Pero la magnitud de la empresa casi la horrorizaba, y es cuestionable que hubiera seguido adelante con un plan tan descabellado si esa noche, al volver a casa, su padre no la hubiese atacado con tanta brusquedad.

—¿Cómo están los húsares de York? —preguntó.

—Siguen en el campamento, pero creo que se marchan pronto.

—Es inútil que trates de encubrir tus acciones. Te has estado viendo con uno de esos hombres; te han visto paseando con él… ¡Bárbaros extranjeros, no mucho mejores que los franceses! He tomado una decisión. ¡No digas una sola palabra hasta que haya terminado, por favor! He tomado la decisión de que te vayas de aquí mientras los soldados sigan cerca. Te irás con tu tía.

De nada sirvió que Phyllis protestara, ya que nunca había salido a pasear con ningún soldado, ni con otro hombre que no fuera su padre. Además, sus protestas tampoco fueron firmes, pues, sin ser literalmente cierta, la afirmación de su padre

tampoco era del todo errada.

La casa de su tía paterna era para Phyllis como una prisión. Había pasado recientemente por la experiencia de vivir en lugar tan lúgubre, y al decirle su padre que fuese preparando el equipaje con todo lo necesario, sintió que se moría por dentro. En los años posteriores nunca intentó excusar su conducta a lo largo de aquella semana de agitación, pero, tras debatir consigo misma, decidió sumarse al plan ideado por su amado en compañía del amigo y fugarse a un país que en su imaginación se representaba teñido de magníficos colores. Siempre sostuvo que, si algo le hizo superar sus dudas, fue la pureza y la sinceridad de las intenciones de Matthäus al formularle la propuesta. Le había demostrado que era un hombre bueno y virtuoso, la trataba con un respeto al que ella no estaba acostumbrada, y le inspiraba la confianza necesaria para arrostrar los evidentes peligros del viaje.

IV

Fue una noche apacible y oscura de la semana siguiente cuando se embarcaron en su aventura. Matthäus iría a buscarla a la bifurcación del camino que llevaba al pueblo. Christoph se adelantaría al puerto, donde los esperaba el barco, bordearía a remo el Fuerte Nothe, conocido por entonces como la Atalaya, y los recogería al otro lado del promontorio, adonde ellos llegarían cruzando el puente a pie y trepando la loma de la Atalaya.

En cuanto oyó que su padre subía a su habitación, Phyllis salió de casa, con un hatillo, y echó a andar a paso ligero. A esas horas no había ni un alma despierta en el pueblo, y llegó a la bifurcación del camino sin que nadie la viese. Una vez allí se apostó en la oscuridad que ofrecía el ángulo de una cerca, para ver sin ser vista a cualquiera que se acercara al cruce.

No llevaba siquiera un minuto esperando a su amado —aunque por la tensión nerviosa hasta un lapso tan breve ponía a prueba su paciencia—, cuando, en lugar de los pasos esperados, oyó la diligencia que bajaba por el monte. Sabía que Matthäus no aparecería hasta que el camino estuviera despejado, y esperó con impaciencia a que el coche pasara de largo. Al acercarse al rincón donde se encontraba ella, la diligencia aminoró la velocidad y, en vez de seguir de largo, como de costumbre, se detuvo a pocos metros. Se apeó un viajero, y Phyllis oyó su voz. Era Humphrey Gould.

Venía con equipaje, y en compañía de un amigo. Dejaron sus baúles en la hierba, y el cochero continuó su ruta hasta el balneario real.

—¿Dónde estará ese joven con el carro? —preguntó su antiguo admirador al hombre que lo acompañaba—. Confío en que no tengamos que esperar mucho tiempo. Le dije que estuviera aquí a las nueve y media en punto.

—¿Llevas el regalo a buen recaudo?

—¿El de Phyllis? Claro que sí. Está en este baúl. Espero que le agrade.

—Le agradará, sin duda. ¿A qué mujer no le agradaría un ofrecimiento de paz tan bonito?

—Bueno, ella se lo merece. La he tratado muy mal. Pero estos últimos dos días la he tenido presente mucho más de lo que me gustaría reconocer. En fin; no voy a hablar más de eso. No puede ser tan mala como dicen. Estoy seguro de que una muchacha de buen juicio como ella no se enredaría con uno de esos soldados hanoverianos. No la creo capaz, y con eso está todo dicho.

De esta guisa siguieron conversando tranquilamente mientras esperaban. Yaquellas palabras le revelaron a Phyllis, como un fogonazo, la atrocidad que estaba cometiendo. La conversación se interrumpió por fin con la llegada del carro. Cargaron el equipaje, subieron y se alejaron en la misma dirección por la que ella había venido.

Tanto le remordía la conciencia que al principio estuvo tentada de seguirlos, pero un momento de reflexión la llevó a concluir que era un acto de elemental justicia esperar a Matthäus y explicarle con toda sinceridad que había cambiado de parecer, por difícil que fuera decírselo a la cara. Se reprochó amargamente haber dado crédito a las noticias que presentaban a Humphrey Gould como un hombre infiel a su compromiso, ahora que, al haber oído la historia de sus propios labios, se daba cuenta de que confiaba plenamente en ella. Mas no por eso dejaba de saber quién había conquistado su amor. La vida sin Matthäus se le antojaba tristísima, y al mismo tiempo, cuanto más pensaba en su proposición, más temor le inspiraba, por lo descabellado, lo incierto y lo azaroso de la aventura. Se había prometido a Humphrey Gould, y había sido la supuesta infidelidad de él lo que la había llevado a tomar su compromiso por una nadería. La conmovía la solicitud que él demostraba al traerle aquellos obsequios, y llegó a la conclusión de que debía guardar su promesa y aceptar que el aprecio sustituyera al amor. Tenía que preservar su dignidad. Se quedaría en casa, se casaría con él, y sufriría.

Phyllis había logrado imbuirse de una fortaleza excepcional cuando, minutos más tarde, la silueta de Matthäus Tina se perfiló por detrás de una valla, que saltó con agilidad mientras ella se acercaba. Estrechó a Phyllis contra su pecho, sin que ella pudiera evitarlo.

«¡Es la primera y la última vez!», se dijo con frenesí, al verse en sus brazos.

Nunca alcanzó a recordar con claridad cómo pudo resistir el suplicio de esa noche. Siempre atribuyó el cumplimiento de su decisión al honor de su amado, pues en el mismo instante en que con la voz entrecortada le comunicó que había cambiado de opinión, que no podía, que no se atrevía a huir con él, Matthäus se abstuvo de insistir, pese a lo mucho que le dolía la determinación de Phyllis. De haberla apremiado sin escrúpulos, sabiendo del cariño que ella le profesaba, sin duda habría logrado inclinar la balanza a su favor. Pero no hizo nada por tentarla indebida e injustamente.

Ella, a su vez, temía por su seguridad, y le suplicó que se quedara. Él dijo que eso no podía ser.

—No puedo faltar a la promesa que le he dado a mi amigo —respondió. Si hubiera estado solo, dijo, habría renunciado a su plan, pero Christoph lo esperaba en la costa, con el barco, la brújula y la carta náutica. Se acercaba la hora del cambio de la marea. Y su madre ya estaba al corriente de su partida. Tenía que marcharse.

Perdió unos minutos muy valiosos al demorarse, incapaz de separarse de Phyllis. Ella no cejó en su decisión, por más que le doliera. Por fin se separaron, y él echó a andar monte abajo. Antes de que el ruido de sus pasos se apagara por completo, Phyllis quiso contemplar su silueta por última vez y echó a correr tras él sin ser oída hasta que lo vio empequeñecerse poco a poco. Tal era su emoción que, por un momento, a punto estuvo de alcanzarlo para unir su destino al de él. Pero no pudo. El valor que en el instante decisivo no asistió a Cleopatra en Egipto difícilmente podía esperarse de Phyllis Grove.

Una figura oscura, semejante a la de Matthäus, se unió a éste en el camino. Era su amigo Christoph. Phyllis no vio nada más, porque apretaron el paso en dirección al puerto, a más de seis kilómetros por delante. Con un sentimiento muy próximo a la desesperación, Phyllis dio media vuelta y volvió a casa despacio.

El toque de retreta sonó en el campamento, pero el campamento ya había dejado de existir para ella. Estaba muerto como el campo de los asirios tras el paso del Ángel de la Destrucción[2].

Entró en su casa con mucho sigilo, no vio a nadie y se fue a la cama. La pena, que al principio no la dejó dormir, terminó por envolverla en un sueño profundo. A la mañana siguiente su padre la esperaba al pie de la escalera.

—¡Ha venido el señor Gould! —exclamó en tono triunfal.

Humphrey se alojaba en la posada, y ya había pasado a preguntar por ella. Le había traído un regalo muy bonito, un espejo con el marco de plata repujado, que su padre sostenía en la mano. Había prometido volver en el plazo de una hora, para pedirle que diese un paseo con él.

Los espejos bonitos eran una rareza en las casas de campo por aquel entonces, y el que Phyllis tenía delante despertó su admiración. Se miró en el espejo, vio que tenía los ojos hinchados, y se esforzó por iluminarlos. Se sentía presa de ese desconsuelo que lleva a una mujer a seguir adelante mecánicamente por el camino que considera que le ha tocado en suerte. A su manera poco efusiva, el señor Gould había cumplido con lo convenido; lo mismo tenía que hacer ella, y no decir una palabra de su desliz. Se puso el sombrero y el chal, y cuando él llegó a la hora señalada, ya lo estaba esperando en la puerta.

V

Phyllis le dio las gracias por el precioso regalo, pero fue él quien llevó la voz cantante en la conversación durante el paseo. Le habló de las últimas novedades del mundo de la moda —un asunto que ella acogió de buen grado puesto que se alejaba del terreno personal—, y su lenguaje comedido contribuyó a aplacar la inquietud de su corazón y sus pensamientos. De no haber estado sumida en su tristeza quizá habría reparado en lo incómodo que estaba él. De buenas a primeras cambió de tema con brusquedad.

—Me alegra que te agrade mi pequeño obsequio. La verdad es que lo he traído con el ánimo de concitar tu simpatía, para que me ayudes a resolver un problema muy grave.

Era inconcebible para Phyllis que un hombre tan independiente, al que admiraba en algunos aspectos, pudiese tener un problema.

—Voy a contarte mi secreto sin más dilación. Tengo un secreto monstruoso y debo confiártelo antes de pedirte consejo. El caso es que estoy casado: sí, me he casado a escondidas con una joven muy bella. Si la conocieras, como espero que llegue a ocurrir, no tendrías más que palabras de elogio para ella. Pero no es lo que mi padre habría elegido para mí. Sabes lo mismo que yo cómo piensan los padres, y por eso lo he guardado en secreto. Será un escándalo monumental, no me cabe duda, pero creo que con tu ayuda puedo salir airoso. Si me hicieras el favor, cuando se lo haya contado a mi padre, de decir que no puedes casarte conmigo, o lo que se te ocurra, seguro que eso facilitaría las cosas enormemente. Deseo decididamente ganarme su comprensión para evitar un distanciamiento.

Phyllis apenas supo qué contestar o cómo aconsejarlo en tan inesperada situación, pero no pudo disimular el alivio que le causó la noticia. Confiarle a su vez su propio dilema era lo que anhelaba su corazón atormentado, y de haber sido Humphrey una mujer, le habría abierto su pecho al instante. Pero temía sincerarse con él, y tenía una buena razón para guardar silencio, hasta que hubiera pasado el tiempo suficiente para que su amado y el amigo estuvieran a salvo.

De vuelta en casa buscó un rincón y pasó el día lamentando no haberse marchado y evocando los momentos vividos con Matthäus Tina, desde el principio hasta el final. Cuando estuviera en su tierra, rodeado de las mujeres de allí, posiblemente no tardaría en olvidarla, y hasta su nombre se borraría de su memoria.

Cayó en tal estado de abatimiento que no salió de casa en varios días. Y llegó una mañana en la que el humo y la niebla apenas permitían discernir el cielo gris verdoso del amanecer, las siluetas de las tiendas de campaña y las reatas de la caballería. El humo denso de las fogatas se esparcía por el aire.

Aquel rincón del fondo del jardín donde Phyllis se encontraba con Matthäus era el único centímetro de Inglaterra que despertaba el interés de la muchacha, y, aunque todo estaba envuelto en una bruma muy desapacible, dirigió sus pasos al lugar que tan bien conocía. El peso del rocío vencía cada brizna de hierba y el campo estaba cubierto de caracoles y babosas. Oyó el rumor de costumbre en el campamento

militar, y el trote de los campesinos al otro lado, por el camino de la ciudad, pues era día de mercado. Reparó en que sus frecuentes visitas a esa parte del jardín habían aplastado la hierba en el ángulo del muro y dejado restos de tierra en las piedras donde se apoyaba para asomarse a mirar por encima. Como muy raras veces iba allí antes de anochecer, no había pensado que su rastro pudiera ser visible de día. Quizá fue eso lo que permitió a su padre descubrir el lugar de sus citas.

Se detuvo a contemplar la escena con melancolía y tuvo la sensación de que los ruidos que llegaban del cuartel eran distintos. Aunque le importaba muy poco lo que ocurriese en el campamento, se asomó a mirar por encima de la tapia, y lo que vio la dejó sobrecogida y perpleja. Se quedó rígida, con los dedos clavados en el muro como ganchos, los ojos desorbitados y el rostro endurecido como la piedra.

Todos los regimientos habían formado en la explanada que tenía delante, y en el centro había dos ataúdes vacíos. La causa del ruido que acababa de oír era el paso de una procesión. La integraba la banda de los húsares de York al son de una marcha fúnebre, seguida de dos soldados de este regimiento con uniforme de luto, flanqueados por dos sacerdotes. Tras ellos se congregaba una multitud de lugareños atraída por el acontecimiento. La triste procesión recorrió la primera línea de las tropas, regresó al centro de la explanada y se detuvo junto a los ataúdes, donde vendaron los ojos a los dos condenados y les hicieron arrodillarse junto a los ferétros; hubo una pausa de unos minutos, mientras se decían los rezos.

Un pelotón de fusilamiento compuesto por veinticuatro hombres ya estaba apuntando con las carabinas. El oficial de mando, sable en mano, ejecutó algunos de los lances del ejercicio de la espada hasta asestar el golpe descendente, y a esta señal el pelotón descargó una salva de disparos. Los dos hombres cayeron, el uno de bruces sobre su ataúd, el otro de espaldas.

Mientras resonaba el eco de los disparos, un grito estalló en el muro del jardín del doctor Grove, y alguien cayó al suelo, pero ninguno de los espectadores lo advirtió en ese momento. Los dos húsares ejecutados eran Matthäus Tina y su amigo Christoph. Los soldados de guardia metieron sus cadáveres en los ataúdes casi al instante, pero el coronel del regimiento, un inglés, llegó a caballo y exclamó con voz severa:

—Sacadlos, ¡que sirva de escarmiento para los demás!

Levantaron los féretros de un extremo, y los germanos muertos dieron de bruces contra la hierba. Los regimientos desfilaron entonces sucesivamente por delante de los cadáveres. Terminada la inspección, volvieron a meterlos en los ataúdes y se los llevaron.

Atraído por la salva de fusilería, el doctor Grove salió corriendo al jardín y vio a su desdichada hija en el suelo, inmóvil, a los pies del muro. La llevó a casa, pero tardó un buen rato en recobrar el conocimiento y por espacio de muchas semanas se perdió la esperanza de que recuperase la razón.

Más tarde se supo que los infortunados desertores de los húsares de York cortaron las amarras del barco en el puerto, según lo planeado, y surcaron a salvo el Canal en

compañía de otros dos camaradas resentidos por el mal trato del coronel. Pero perdieron el rumbo y llegaron a Jersey, creyendo que se encontraban en las costas de Francia. Allí los identificaron como desertores y los entregaron a las autoridades. Matthäus y Christoph intercedieron por sus compañeros ante el tribunal militar, alegando que ellos los habían inducido a la fuga. Así, los dos seguidores recibieron un castigo de flagelación, mientras que la pena de muerte se reservó para los cabecillas.

Quien hoy visite el famoso y antiguo balneario del rey Jorge y quiera dar un paseo hasta el pueblo vecino, al pie de los montes, puede consultar el registro de defunciones, donde encontrará dos entradas con las siguientes palabras:

Matthäus Tina (soldado raso), del Regimiento de los Húsares de York de Su Majestad, fusilado por deserción, fue enterrado el 30 de junio de 1801, a la edad de 22 años. Nacido en Saarbrücken, Alemania.

Christoph Bless, miembro del Regimiento de los Húsares de York de Su Majestad, fusilado por deserción, fue enterrado el 30 de junio de 1801, a la edad de 22 años. Nacido en Lothaargen, Alsacia.

Cavaron sus sepulturas al pie del muro del pequeño cementerio de la iglesia. Ninguna lápida señala el lugar del enterramiento, pero Phyllis me enseñó dónde se encontraba, y no dejó de cuidar los montículos mientras siguió con vida, aunque la tierra hoy está aplastada e invadida por las ortigas. Sin embargo, los ancianos del lugar, que tuvieron conocimiento de estos sucesos a través de sus padres, aún recuerdan dónde yacen los soldados. Phyllis descansa muy cerca de allí.

Octubre de 1889

El brazo marchito

I. UNA LECHERA ABANDONADA

Era una granja de ochenta vacas, y toda la tropa de ordeñadores, los permanentes y los provisionales, estaban trabajando; porque, a pesar de que la época del año no era aún sino primeros de abril, el alimento crecía ya abundante en los pastizales, y las vacas estaban «llenando los cubos hasta los topes». La hora era alrededor de las seis de la tarde y, habiendo ya terminado con tres cuartos de los grandes, rojos, rectangulares animales, había ocasión de charlar un poco.

—He oído decir que mañana se trae a la novia a casa. Hoy han llegado a Anglebury.

La voz parecía salir del vientre de la vaca llamada Cherry, pero la que hablaba era una ordeñadora que tenía la cara hundida en el costado de aquel plácido animal.

—¿La ha visto ya alguien? —dijo otra.

La primera respondió negativamente.

—Pero dicen que es una muchachita de mejillas sonrosadas que parece una flor —añadió; y mientras hablaba, la ordeñadora volvió la cabeza para poder mirar, porencima del rabo de la vaca, al otro extremo del establo, donde una mujer de unos treinta años, delgada y desvaída, estaba ordeñando, algo apartada de los demás.

—Dicen que es varios años más joven que él —prosiguió la segunda, lanzando, asimismo, una mirada llena de intención en aquella dirección.

—¿Cuántos años le echas a él?

—Unos treinta o así.

—Más bien unos cuarenta —intervino un viejo ordeñador que estaba cerca, con un largo delantal o mandil blanco y el ala del sombrero echada hacia abajo y atada,de tal forma que parecía una mujer—. Nació antes de que se construyera la gran presa, y yo no tenía jornal de hombre cuando sacaba agua de allí.

La discusión se hizo tan acalorada que el murmullo de los chorros de leche se hizo espasmódico, hasta que una voz que salió del vientre de otra vaca gritó con autoridad.

—¡Ya está bien! ¿Qué diablos nos importa a nosotros la edad del granjero Lodge o la nueva mujer del granjero Lodge? Tendré que pagarle nueve libras al año por el alquiler de cada una de estas vacas lecheras, sea la que sea su edad o la de ellas. Seguid con vuestro trabajo o se nos hará de noche antes de que hayamos terminado. Ya se está poniendo rosa el cielo.

El que así habló era el dueño de la vaquería en persona, el que daba empleo a los ordeñadores.

Ya no se dijo nada más acerca de la boda del granjero Lodge en voz alta, pero la primera mujer le susurró, por debajo de la vaca, a su vecina más próxima:

—Es muy duro para *ella* — refiriéndose a la lechera flaca y ajada, antes mencionada.

—Oh, no —dijo la segunda—. Hace varios años que él no se habla con Rhoda Brook.

Cuando acabaron de ordeñar lavaron los cubos y los colgaron de una especie de perchero con muchos ganchos, hecho, como era de costumbre, de la rama descortezada de un roble puesta verticalmente sobre el suelo: parecía una descomunal asta de ciervo. Después, la mayoría se dispersó por diferentes direcciones hacia sus casas. Un muchacho de unos doce años recogió a la mujer delgada, que no había dicho nada, y los dos se fueron también, campo arriba.

La ruta que siguieron estaba apartada de las que seguían los demás y conducía a un paraje solitario que estaba más arriba de los pastizales y no lejos de los confines del erial de Egdon, cuyo oscuro perfil podían ver en la lejanía al acercarse a casa.

—Acaban de decir en el establo que tu padre se trae mañana a casa a su joven esposa desde Anglebury —comentó la mujer—. Quiero que vayas al mercado a comprar unas cuantas cosas, y seguro que te los encontrarás.

—Sí, madre —dijo el muchacho—. Entonces, ¿se ha casado padre?

—Sí… Podrás echarle un vistazo a ella y decirme cómo es, si la ves.

—Sí, madre.

—Si es morena o rubia, y si es alta… tan alta como yo. Y si tiene aspecto de ser una mujer que ha trabajado siempre para ganarse la vida o de una que siempre ha tenido dinero y nunca ha hecho nada, y si tiene aire de dama, como espero que tenga.

—Sí.

Treparon por la colina bajo la luz del crepúsculo y entraron en la cabaña. Los muros eran de barro; muchas lluvias habían bañado sus superficies, produciendo en ellos canalillos y depresiones que hacían invisibles las lisas fachadas originales, mientras que aquí y allá, en la barda que hacía las veces de tejado, sobresalía una viga como un hueso que asoma entre la piel.

Ella se arrodilló junto a la chimenea, delante de dos matojos de turba puestos juntos con brezos en medio; los encendió y sopló las cenizas candentes hasta que la turba ardió. El resplandor iluminó sus pálidas mejillas e hizo que sus ojos oscuros, que una vez habían sido hermosos, parecieran hermosos otra vez.

—Sí —prosiguió—, mira si es morena o rubia y, si puedes, fíjate en si sus manos son blancas; si no lo son, mira a ver si son como las de la mujer que siempre ha hecho faenas caseras únicamente, o si son manos de lechera, como las mías.

El muchacho volvió a asentir, esta vez sin prestar atención, y sin que su madre se diera cuenta de que estaba haciendo, con su navaja, una incisión en la silla con respaldo de madera de haya.

II. LA JOVEN ESPOSA

La carretera que va de Anglebury a Holmstoke es llana en general, pero hay un lugar en el que una brusca elevación rompe su monotonía. Los granjeros que regresan a casa desde el mercado del pueblo mencionado en primer lugar, que hacen trotar a sus caballos durante el resto del camino, les hacen ir al paso durante esta breve cuesta o pendiente.

Al día siguiente por la tarde, cuando el sol aún resplandecía, un soberbio birlocho nuevo de color limón y ruedas rojas iba por la llana carretera en dirección oeste tirado por una poderosa yegua. El conductor era un pequeño terrateniente de edad viril, pulcramente afeitado como un actor, y su rostro tenía esa tonalidad bermejo azulada que con tanta frecuencia agracia las facciones de los granjeros prósperos cuando van de vuelta a sus casas después de haber hecho un buen negocio en la ciudad. A su lado iba sentada una mujer bastantes años más joven que él —casi, de hecho, una muchacha—. También su cara tenía buen color, pero era de una calidad totalmente distinta: suave y evanescente, como la luz a través de un puñado de pétalos de rosa.

Poca gente viajaba por aquel camino, pues la carretera no era principal; y la larga faja blanca de gravilla que se extendía ante los ojos de la pareja estaba vacía excepto por una pequeña mancha en el horizonte que apenas se movía, y que al cabo de unos instantes se reveló como la figura de un muchacho, que subía a paso de caracol y miraba hacia atrás continuamente, llevando un pesado bulto que era el pretexto, si no la causa, de su dilación. Cuando los ocupantes del oscilante birlocho aminoraron la marcha al principio de la cuesta ya mencionada, el caminante estaba solo unos pocos metros delante de ellos. Sujetó el enorme bulto poniéndose una mano sobre la cadera y se volvió para mirar fijamente a la mujer del granjero, como si estuviera leyendo a través de ella, mientras seguía caminando, de lado junto al caballo.

El sol poniente daba de lleno en la cara de la joven, haciendo que cada rasgo, cada sombra, cada perfil, fuera claro y preciso, desde la curva de su naricilla hasta el color de sus ojos. El granjero, aunque pareció sentirse molesto por la insistente presencia del muchacho, no le ordenó que se quitara de en medio; y así el chico les fue precediendo, sin dejar nunca de escudriñar a la dama, hasta que llegaron a la cima de la elevación, donde el granjero hizo trotar a la yegua con cierta expresión de alivio en el rostro, si bien, en apariencia, no le había hecho al muchacho el menor caso.

—¡De qué manera tan fija me miraba ese pobre chico! —dijo la joven esposa.

—Sí, querida; ya me he fijado.

—Supongo que será del pueblo, ¿no?

—Es de la vecindad. Creo que vive con su madre a un par de kilómetros del pueblo.

—Sabe quiénes somos, ¿verdad?

—Sí, claro. Tienes que acostumbrarte a que te miren fijamente al principio, mi preciosa Gertrude.

—Ya lo estoy… aunque tal vez el pobre chico nos haya mirado con la esperanza de que le aligerásemos de su pesada carga, más que por curiosidad.

—Oh, no —dijo su marido con naturalidad—. Estos chicos del campo cargan con un quintal una vez que se lo han echado sobre la espalda; además, su fardo tenía más volumen que peso. Bueno, otro kilómetro y medio más y te podré mostrar nuestra casa desde lejos, si para cuando lleguemos allí no ha oscurecido demasiado.

Las ruedas siguieron girando, y las piedrecillas volvieron a saltar a su alrededor como antes, hasta que apareció en lontananza una casa blanca de grandes dimensiones, con niaras y construcciones granjeras a su espalda.

Mientras tanto, el muchacho había avivado el paso, y, torciendo por una vereda que estaba a unos dos kilómetros de la granja blanca, ascendió en dirección a los pastos más pobres hasta llegar a la cabaña de su madre.

Ella había llegado ya a casa después de su jornada de ordeño en la vaquería de las afueras y estaba lavando coles en la entrada, a la luz del crepúsculo.

—Sujeta la red un momento —dijo sin preámbulos mientras el muchacho llegaba.

Éste dejó su paquete en el suelo, sujetó uno de los extremos de la red en que estaban las coles, y ella, mientras la llenaba con las hojas mojadas, añadió:

—Bueno, ¿la has visto?

—Sí; perfectamente.

—¿Parece una dama?

—Sí, y más. Una verdadera dama.

—¿Es joven?

—Bueno, ya está crecida y tiene bastante aire de mujer.

—Por supuesto. ¿De qué color tiene el pelo y la cara?

—El pelo es claro, y su cara es tan bonita como la de una muñeca de carne y hueso.

—Entonces, ¿no tiene los ojos castaños, como yo?

—No, son de un tono azulado, y la boca es muy linda y roja; y cuando sonríe se le ven unos dientes muy blancos.

—¿Es alta? —dijo la mujer bruscamente.

—No lo pude ver. Estaba sentada.

—Pues entonces irás mañana por la mañana a la iglesia de Holmstoke: seguro que ella estará allí. Ve pronto y fíjate cuando entre, y vienes a casa a decirme si esmás alta que yo.

—Muy bien, madre. Pero ¿por qué no vas tú y así lo ves por ti misma?

—¿*Yo*, ir a verla? No la miraría ni aunque fuera a pasar por delante de mi ventana en este mismo instante. Iba con el señor Lodge, por supuesto. ¿Qué te dijo o qué hizo él?

—Lo mismo que de costumbre.

—¿No prestarte la menor atención?

—Ninguna.

Al día siguiente la madre le puso al muchacho una camisa limpia y le hizo ir a la iglesia de Holmstoke. El chico llegó al antiguo y pequeño edificio de piedra cuando

estaban abriendo las puertas, y fue el primero en entrar. Cogió un asiento cerca de la pila bautismal y observó la entrada en fila de todos los feligreses. El acomodado granjero Lodge llegó de los últimos; y su joven esposa, que le acompañaba, atravesó el pasillo con la timidez natural en una mujer recatada que aparecía allí por primera vez. Como todas las demás miradas se posaron en ella, la del mozalbete pasó esta vez desapercibida.

Cuando llegó a casa su madre le dijo, antes de que hubiera entrado en la habitación:

—¿Y bien?

—No es alta. Es más bien baja —respondió él.

—¡Ah! —dijo la madre con satisfacción.

—Pero es muy bonita. Mucho. En realidad es guapísima. —La juvenil fragancia de la esposa del hacendado había, evidentemente, causado sensación hasta en la naturaleza algo tosca del muchacho.

—Eso es todo lo que quiero saber —dijo su madre rápidamente—. Ahora pon el mantel. La liebre que atrapaste con alambres está muy tierna; pero ándate con cuidado, no te vaya a pescar alguien. No me has dicho nunca cómo son sus manos.

—Nunca se las he visto. No se ha quitado nunca los guantes.

—¿Qué llevaba puesto esta mañana?

—Un sombrerito blanco y un vestido plateado. Crujía y silbaba tanto al rozar los bancos de la iglesia que la dama se puso más colorada que nunca de pura vergüenza que le daba el ruido, y tiró del vestido hacia sí para evitar que rozara; pero cuando se sentó, el vestido crujió más que nunca. El señor Lodge parecía estar complacido, y le asomaba el chaleco, y sus enormes sellos dorados le colgaban como si fuera un lord; pero ella parecía estar deseando que su ruidoso vestido estuviera en cualquier parte menos en ella.

—¿Ella? ¡No! Bueno, con eso basta por hoy.

El muchacho continuó haciendo estas descripciones de la pareja de recién casados, a petición de su madre, de vez en cuando: cada vez que tenía algún encuentro fortuito con ellos. Pero Rhoda Brook, aunque podría haber visto con facilidad a la joven señora Lodge con solo haber recorrido un par de kilómetros, nunca habría tratado de hacer una excursión hasta las cercanías de la granja. Ni tampoco hablaba jamás, mientras ordeñaba a diario en el establo de la segunda granja de Lodge, en las afueras, del tema del nuevo matrimonio. El dueño de la vaquería, que le alquilaba las vacas a Lodge y conocía a la perfección la historia de la lechera de elevada estatura, siempre impedía, con varonil gentileza, que los cotilleos del establo importunasen a Rhoda. Pero el ambiente estaba impregnado de aquel tema durante los primeros días de la llegada de la señora Lodge, y Rhoda Brook, a través de las descripciones de su chico y de las palabras que oía al azar en boca de los demás ordeñadores, pudo reconstruir una imagen de la inocente señora Lodge tan real como una fotografía.

III. UNA VISIÓN

Una noche, dos o tres semanas después del regreso nupcial, cuando su hijo ya se había acostado, Rhoda permaneció sentada durante largo rato junto a las cenizas del fuego de turba. Estaba frente a ellas, las había estado atizando para apagarlas, y ahora contemplaba con tanta intensidad, por encima de los rescoldos, a la recién casada tal como se le presentaba en su imaginación que se olvidó del tiempo. Finalmente, cansada por el trabajo del día, se retiró también.

Pero la figura que tanto la había obsesionado durante aquel día y los anteriores no iba a verse desterrada durante la noche. Por primera vez Gertrude Lodge visitó en sueños a la mujer que había suplantado. Rhoda Brook soñó —pues sus afirmaciones de que realmente la había visto, antes de quedarse dormida, no iban a ser creídas— que la joven esposa, con su pálido vestido de seda y su sombrerito blanco, pero con las facciones espantosamente desfiguradas y arrugadas como por la edad, estaba sentada encima de su tórax mientras ella yacía dormida en la cama. La presión del cuerpo de la señora Lodge se hizo mayor: los azules ojos observaban cruel y furtivamente el rostro de Rhoda, y entonces la figura extendió su mano izquierda en un gesto de burla, como para hacer que el anillo de casada que llevaba puesto centelleara ante los ojos de Rhoda. La mujer dormida, enloquecida mentalmente y casi asfixiada por la presión, forcejeó; el personaje de la pesadilla, mirándola todavía, se retiró hasta los pies de la cama, solo, sin embargo, para volver a aproximarse poco a poco, ocupar de nuevo su lugar y hacer brillar su mano izquierda como antes.

Anhelando en busca de aire, Rhoda, en un último esfuerzo desesperado, sacó su mano derecha, agarró por su entrometido brazo izquierdo al espectro que le hacía frente y lo hizo rodar hasta el suelo mientras se levantaba rápidamente con un grito sofocado.

—¡Oh, Dios misericordioso! —gritó, empapada de sudor frío, sentándose en el borde de la cama—. ¡No ha sido un sueño… ella estaba aquí!

Aún podía sentir el brazo de su antagonista mientras lo agarraba: parecía en verdad de carne y hueso. Miró hacia el suelo, al lugar al que había hecho rodar al espectro, pero no vio nada, no había nada.

Rhoda Brook no volvió a dormirse aquella noche, y al ir a ordeñar a la mañana siguiente todos advirtieron cuán pálida y ojerosa estaba. La leche que extraía caía en el cubo temblorosa; ni siquiera su mano se había tranquilizado todavía, y aún conservaba el tacto del brazo. Volvió a casa para desayunar tan cansada como si hubiera sido la hora de cenar.

—¿Qué fue ese ruido que hubo esta noche en tu cuarto, madre? —le preguntó su hijo—. ¿Te caíste de la cama?

—¿Oíste caer algo? ¿A qué hora?

—Justo cuando el reloj estaba dando las dos.

Ella no se lo pudo explicar, y cuando hubieron terminado de desayunar Rhoda se

puso a hacer sus quehaceres domésticos en silencio, ayudada por el muchacho, pues éste detestaba ir al campo, a las granjas, y ella era indulgente con sus aversiones. Entre las once y las doce oyó que alguien abría la portezuela del jardín y levantó la mirada hasta la ventana. A la entrada del jardín, pasada ya la portezuela, estaba la mujer de la visión. Rhoda se quedó traspuesta.

—¡Ah, dijo que vendría! —exclamó el muchacho, al reparar también en ella.

—¿Dijo eso? ¿Cuándo? ¿Cómo nos conoce?

—La vi y hablé con ella. Hablé con ella ayer.

—Te tengo dicho —dijo la madre enrojeciendo de indignación— que nunca hables con nadie de esa casa, y que no vayas por allí.

—Yo no le hablé hasta que ella me habló. Y no fui por allí. Me la encontré en la carretera.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Ella me dijo: «¿No eres tú el pobre chico que tenía que llevar aquel pesado bulto desde el mercado?», y me miró las botas, y dijo que no conservarían secos mis pies si llovía, porque estaban muy agrietadas. Le dije que vivía con mi madre y que nos daba bastante quehacer mantenernos, y así fue todo; y ella dijo entonces: «Iré a tu casa y te llevaré unas botas mejores, y veré a tu madre». Da cosas a la gente de los prados vecinos.

La señora Lodge estaba ya al lado de la puerta —no con seda, como Rhoda había soñado en su alcoba, sino con un sombrero de mañana y un vestido ligero de tela corriente, que le sentaba mejor que la seda—. Llevaba una cesta colgada del brazo.

La impresión que le quedaba de la experiencia nocturna era todavía fuerte. La Brook casi había esperado ver las arrugas, el desprecio y la crueldad en el rostro de la visita. Habría escapado del encuentro, si la huida hubiera sido posible. Pero no había puerta trasera en la cabaña, y unos instantes después el muchacho había levantado el picaporte ante la suave llamada de la señora Lodge.

—Veo que he venido a la casa indicada —dijo ésta, mirando al chico y sonriendo —. Pero no he estado segura hasta que has abierto tú la puerta.

La figura y los movimientos eran los del fantasma; pero su voz era tan indescriptiblemente dulce, su mirada tan encantadora, su sonrisa tan tierna, tan distinta de la del visitante nocturno de Rhoda, que ésta apenas podía creer en la evidencia que le mostraban sus sentidos. Se alegró sinceramente de no haberse escondido por pura aversión, como se había sentido inclinada a hacer. La señora Lodge traía en su cesta el par de botas que le había prometido al muchacho y otras prendas de vestir de utilidad.

Ante esta demostración de buenos sentimientos hacia ella y los suyos, el corazón de Rhoda le hizo amargos reproches. Aquella joven inocente tenía que recibir su bendición y no su maldición. Cuando se marchó pareció que una luz se había ido del lugar. Dos días después volvió para saber si las botas eran del número adecuado; y, antes de que pasaran dos semanas desde ese día, hizo otra visita a Rhoda. En esta

ocasión el muchacho no estaba.

—Ando mucho —dijo la señora Lodge—, y su casa es la más cercana fuera de nuestro distrito. Espero que se encuentre usted bien. No tiene muy buen aspecto.

Rhoda le dijo que se encontraba bastante bien; y, en efecto, aunque era la más pálida de las dos, había más fuerza y más resistencia en sus bien dibujadas facciones y en su cuadrado esqueleto que en la joven mujer de suaves mejillas que estaba frente a ella. La conversación se hizo bastante confidencial en lo referente a las fuerzas y flaquezas de ambas y, cuando la señora Lodge ya se iba, Rhoda dijo:

—Espero que no le siente mal el aire de por aquí, señora, y que no le haga daño la humedad de los pastizales.

La más joven contestó que no se preocupara por ello, ya que su salud era buena por lo general.

—Aunque, ahora que me acuerdo —añadió—, tengo una pequeña dolencia que me tiene perpleja. No es nada grave, pero no lo puedo entender.

Se descubrió la mano y el brazo izquierdos; y la forma de éste se apareció ante la vista de Rhoda como el exacto original del miembro que había contemplado y agarrado en su sueño. Sobre la superficie rosa y redondeada del brazo había unas débiles señales de un color malsano, como producidas por un agarrón brutal. Los ojos de Rhoda parecieron quedarse clavados en las manchas; se le antojó que discernía en ellas las huellas de sus propios cuatro dedos.

—¿Cómo sucedió? —dijo de manera lacónica.

—No puedo decírselo —contestó la señora Lodge, negando con la cabeza—. Una noche, cuando estaba profundamente dormida, soñando que estaba lejos, en algún lugar extraño, sentí un dolor repentino ahí, en el brazo, tan agudo que me despertó. Debo de haberme dado un golpe durante el día, supongo, aunque no recuerdo habérmelo dado. —Y añadió, riéndose—: Le digo a mi marido que parece como si él hubiera tenido un arrebato de cólera y me hubiera pegado ahí. ¡Oh, supongo que desaparecerá pronto!

—¡Ja, ja! Sí… ¿Y qué noche sucedió?

La señora Lodge pensó, y dijo que haría dos semanas al día siguiente.

—Cuando me desperté no podía recordar dónde estaba —añadió—, hasta que el reloj, que en aquel momento estaba dando las dos, me lo recordó.

Había mencionado la noche y la hora del encuentro de Rhoda con el espectro, y la Brook sintió un escalofrío de culpabilidad. El mero descubrimiento lasobrecogió; no razonó acerca de los caprichos del azar y todas las circunstancias de aquella horrible noche volvieron a su mente con redoblada intensidad.

—Oh ¿es posible —se dijo a sí misma cuando su visita hubo partido— que yo ejerza un poder maligno sobre la gente en contra de mi propia voluntad?

Sabía que desde que había caído en desgracia se la había llamado bruja a sus espaldas, pero como nunca había comprendido por qué razón se le había atribuido aquel estigma en particular no había hecho ningún caso. ¿Podría ser aquello la

explicación? ¿Habrían sucedido alguna vez, antes, cosas como aquélla?

IV. UNA SUGERENCIA

El verano se aproximaba, y Rhoda Brook casi temía volver a ver a la señora Lodge, aun cuando sus sentimientos por la joven esposa estaban muy próximos al cariño. Algo en su interior parecía declararla culpable de un crimen. Pero la fatalidad dirigía a veces sus pasos hacia las inmediaciones de Holmstoke: cada vez, de hecho, que salía de casa con otra intención que la de ir al trabajo diario. Y así ocurrió que su siguiente encuentro tuvo lugar en la calle. Rhoda no pudo evitar sacar el tema que tanto la había ofuscado, y tras las primeras frases de cortesía balbuceó:

—Espero que su… brazo esté ya bien, señora. —Había advertido con consternación que Gertrude Lodge llevaba yerto el brazo izquierdo.

—No, no está nada bien. De hecho, no está mejor en absoluto; está bastante peor. A veces me duele terriblemente.

—Tal vez lo mejor sería que fuera usted a ver a un médico, señora.

Ella contestó que ya había ido a ver a un médico. Su marido había insistido en que fuera a uno. Pero el cirujano no parecía haber entendido en absoluto la aflicción del miembro; le había dicho que lo bañara en agua caliente, y ella lo había bañado, pero el tratamiento no había servido de nada.

—¿Me deja verlo? —dijo la lechera.

La señora Lodge se subió la manga y descubrió el lugar, que estaba a unos pocos centímetros de la muñeca. Tan pronto como lo vio, Rhoda apenas si pudo guardar la compostura. No tenía ningún aspecto de herida, sino que el brazo, a aquella altura, tenía un aire marchito, y la huella de los cuatro dedos aparecía más clara que la vez anterior. Además, a Rhoda se le antojó que estaban impresos precisamente en la misma posición que sus propios dedos habían tenido al agarrar el brazo durante el trance: el primero cerca de la muñeca de Gertrude, y el cuarto cerca del codo.

La semejanza de la señal parecía haber afectado a la misma Gertrude desde su último encuentro.

—Casi parecen huellas de dedos —dijo; y añadió con una débil risa—: Mi marido dice que es como si alguna bruja, o el diablo en persona, me hubiera cogido por ahí y hubiera podrido la carne.

Rhoda sintió un escalofrío.

—Eso son imaginaciones —dijo apresuradamente—. Yo de usted no haría caso.

—No les haría tanto caso —dijo la más joven, con un titubeo— si no tuviera la sensación de que hace que mi marido… me aborrezca… No, me quiera menos. Los hombres piensan tanto en el aspecto físico.

—Algunos sí… Él, por ejemplo.

—Sí. Y estaba muy orgulloso de mí al principio.

—Mantenga el brazo tapado ante su vista.

—Ah… ¡él sabe que la desfiguración está allí! —Trató de ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—Bueno, señora, espero de veras que desaparezca pronto.

Y así la mente de la lechera se vio nuevamente encadenada a aquel tema, al volver a casa, por una especie de horrible encantamiento. La sensación de ser culpable de un acto de perversión aumentó, por mucho que hiciera para ridiculizar sus supersticiones. En el fondo de su corazón Rhoda no se oponía enteramente a una ligera disminución de la belleza de su sucesora, hubiera aquélla tenido lugar por los medios que fuera; pero no deseaba infligirle dolor físico. Porque, aun cuando aquella bonita mujer había hecho imposible que Lodge reparara de alguna forma su pasada conducta para con ella, cualquier cosa que se pareciera al resentimiento por aquella inconsciente usurpación había desaparecido por completo de la mente de la mayor de las dos mujeres.

¿Qué pensaría la dulce y gentil Gertrude si tuviera conocimiento, tan solo, de la escena del sueño del dormitorio? No hablarle de aquello le parecía a Rhoda una traición a la amistad existente entre ambas; pero no podía decírselo espontáneamente… y tampoco podía inventar un remedio.

Reflexionó acerca del asunto durante la mayor parte de la noche y al día siguiente, después del ordeño matinal, se puso en camino con el fin de ver nuevamente a Gertrude —si podía—, atraída hacia ella por una horrible fascinación. Mientras vigilaba la casa a cierta distancia, pudo discernir, al cabo de un rato de estar allí, a la mujer del granjero cabalgando a solas, probablemente para reunirse con su marido en algún campo alejado. La señora Lodge la vio, y fue en su dirección a medio galope.

—¡Buenos días, Rhoda! —dijo Gertrude al llegar junto a ella—. Iba a hacerte una visita.

Rhoda notó que la señora Lodge sujetaba las riendas con cierta dificultad.

—Espero que… el brazo malo… —dijo Rhoda.

—Me han dicho que tal vez haya un medio de averiguar la causa, y por tanto quizá también de hallar el remedio —contestó la otra con excitación—. Hay que ir a ver a un hombre muy habilidoso del erial de Egdon. No sabían si vive todavía… y no puedo acordarme de su nombre en este momento, pero me dijeron que tú sabías más acerca de sus movimientos que ninguna otra persona de por aquí, y que me podrías decir si aún se le pueden hacer consultas. Dios mío, ¿cómo se llamaba? Tú lo tienes que saber.

—No será el brujo Trendle, ¿verdad? —dijo su delgada interlocutora, empalideciendo.

—Trendle… eso es. ¿Vive todavía?

—Creo que sí —dijo Rhoda a regañadientes.

—¿Por qué le llamas el brujo?

—Bueno… se dice… solía decirse que era un… que tenía poderes que la demás gente no tiene.

—Oh, ¡cómo ha podido mi gente ser tan supersticiosa como para recomendarme a un hombre de esos! Creí que se referían a un médico. No pensaré más en ello.

Rhoda pareció sentirse aliviada, y la señora Lodge reanudó su paseo a caballo. La lechera se había dado cuenta en su interior, desde el momento en que oyó que se la mencionaba como intermediaria de aquel hombre, de que los trabajadores de la granja habían insinuado sarcásticamente que una hechicera conocería el paradero del exorcista. Sospechaban de ella, entonces. Poco tiempo antes esto no habría sido motivo de preocupación para una mujer de sentido común como ella. Pero ahora tenía una obsesionante razón para ser supersticiosa; y la embargó un repentino temor a que aquel brujo Trendle pudiera mencionarla como el influjo maligno que estaba marchitando la inmaculada persona de Gertrude, y a que, en consecuencia, esto pudiera hacer que su amiga la odiara para siempre y la tratara como a un demonio con forma humana.

Pero no todo había terminado. Dos días después apareció una sombra en la forma de la ventana, proyectada en el suelo de Rhoda Brook por el sol de la tarde. La mujer abrió la puerta inmediatamente, casi sin aliento.

—¿Estás sola? —dijo Gertrude. No parecía menos atormentada y ansiosa que la misma Brook.

—Sí —dijo Rhoda.

—La mancha de mi brazo parece que está peor y me inquieta —prosiguió la joven esposa del granjero—. ¡Es tan misteriosa! Espero que no sea una herida incurable. He estado pensando otra vez en lo que me dijeron acerca del brujo Trendle. Realmente no creo en esos hombres, pero no me importaría hacerle una visita, por curiosidad… aunque bajo ninguna circunstancia debe enterarse mi marido. ¿Está lejos el lugar donde vive?

—Sí… a ocho kilómetros —dijo Rhoda de mala gana—. En el corazón de Egdon.

—Bueno, pues tendré que andar. ¿No podrías venir conmigo para enseñarme el camino… digamos mañana por la tarde?

—Oh, yo no, es decir… —murmuró la lechera, a punto de desfallecer. De nuevo la embargó el temor a que algo que tuviera que ver con su bárbara acción del sueño fuera revelado y a que su figura se desplomara sin remisión a los ojos de la amiga más beneficiosa que había tenido nunca.

La señora Lodge insistió, y Rhoda, finalmente, asintió, si bien con mucho recelo. Triste como iba a ser el viaje para ella, no podía, de manera consciente, poner dificultades en el camino de un posible remedio para la extraña aflicción de su protectora. A fin de evitar que se sospechara su místico propósito, decidieron encontrarse a la entrada del erial, en el rincón de un plantío que se podía ver desde el lugar que ellas ocupaban ahora.

V. EL BRUJO TRENDLE

Al día siguiente, por la tarde, Rhoda habría hecho cualquier cosa para eludir aquel compromiso. Pero había prometido ir. Además, sentía en algunos momentos una horrible fascinación por convertirse en el instrumento que arrojara sobre su propia persona una luz que podría revelar que, en el mundo de lo desconocido, Rhoda Brook era algo más grande de lo que ni ella misma había sospechado nunca.

Partió justo antes de la hora que habían acordado, y al cabo de treinta minutos de paso veloz se encontró en la extensión sudoriental —donde estaba el plantío de abetos— del erial de Egdon. Una delicada figura envuelta en una capa y un velo estaba allí ya. Rhoda comprobó, casi con un estremecimiento, que la señora Lodge llevaba el brazo en cabestrillo.

Cruzaron muy pocas palabras e inmediatamente se pusieron en marcha en su escalada hacia el interior de esta región solemne, mucho más alta que el fértil terreno aluvial que habían dejado atrás media hora antes. El paseo era largo; las espesas nubes oscurecían la atmósfera, a pesar de que todavía era solo prima tarde; y el viento aullaba lúgubremente sobre los desniveles del erial (acaso el mismo erial que contempló la agonía del rey de Wessex, Ina, conocido como Lear por la posteridad). Gertrude Lodge era la que más hablaba de las dos, y Rhodarespondía con monosílabos que denotaban su preocupación. Le daba una extraña repugnancia caminar a la izquierda de su acompañante, donde colgaba el brazo afligido, y se cambiaba al otro cada vez que, sin darse cuenta, se encontraba junto a él. Sus pies habían rozado ya mucho brezo cuando descendieron hasta un camino de carretas, al lado del cual estaba la casa del hombre que buscaban.

Éste no practicaba abiertamente sus experimentos terapéuticos y tampoco se ocupaba en absoluto de su continuidad, pues sus principales ingresos provenían del tráfico de retama, turba, «arena menuda» y otros productos locales. Afectaba, de hecho, no creer demasiado en sus propios poderes, y cuando, por ejemplo, verrugas que le habían sido enseñadas para que las curase desaparecían milagrosamente —lo cual, ha de reconocerse, sucedía de manera infalible—, él decía con ligereza: «Oh, pero si lo único que hice fue beberme un vaso de grog por ellas a tu costa: quizá sea todo una casualidad», y acto seguido cambiaba de tema.

Estaba en casa cuando ellas llegaron, y en realidad ya las había visto descender hasta el valle. Era un hombre de barba gris y cara rojiza, y miró a Rhoda de una forma singular desde el primer momento en que la vio. La señora Lodge le contó su problema, y entonces, con unas palabras de descrédito hacia sí mismo, examinó el brazo.

—La medicina no lo puede curar —dijo inmediatamente—. Esto es obra de un enemigo.

Rhoda se encogió y retrocedió.

—¿Un enemigo? ¿Qué enemigo? —preguntó la señora Lodge.

Él hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Eso lo tiene usted que saber mejor que yo —dijo—. Si quiere, puedo mostrarle a la persona, aunque yo no sabré quién es. No puedo hacer más, y no me gusta hacer esto.

Ella le apremió, ante lo cual él le dijo a Rhoda que esperara fuera, donde estaba, y llevó a la señora Lodge al cuarto. La puerta daba directamente a él, y al quedar entornada, Rhoda Brook pudo ver los manejos sin tomar parte en ellos. El hombre tomó un vaso del aparador, lo llenó casi hasta el borde de agua y, cogiendo un huevo, lo preparó, en secreto, de alguna forma, hecho lo cual lo partió contra el borde del vaso de tal manera que la clara cayera dentro y la yema se quedara fuera. Como oscurecía, cogió el vaso con su contenido y lo llevó hasta la ventana, y le dijo a Gertrude que mirara de cerca la mescolanza. Se inclinaron juntos sobre la mesa, y la lechera pudo ver el color opalino del fluido del huevo cambiando de forma al sumergirse en el agua. Pero no estaba lo bastante cerca para ver la forma que adquiría.

—¿Ve cierto parecido con algún rostro o figura? —le preguntó el brujo a la joven.

Ella susurró una respuesta en un tono tan bajo que resultó inaudible para Rhoda, y siguió mirando intensamente dentro del vaso. Rhoda dio media vuelta y se alejó unos pasos.

Cuando la señora Lodge salió, y la luz le dio en la cara, ésta tenía un color excesivamente pálido —tan pálido como el de la cara de Rhoda— en contraste con las tristes y oscuras sombras de la vegetación de aquel elevado terreno. Trendle cerró la puerta tras ellas, y las dos se pusieron juntas en camino, hacia casa. Pero Rhoda advirtió que su acompañante estaba muy cambiada.

—¿Le ha cobrado mucho? —preguntó, a modo de tanteo.

—Oh, no, nada. No cogió ni un cuarto de penique —dijo Gertrude.

—¿Y qué es lo que ha visto usted? —inquirió Rhoda.

—Nada que… de lo que valga la pena hablar. —La constricción de su actitud era considerable; la expresión de su rostro era tan rígida que le daba un aspecto envejecido, que débilmente sugería la expresión del sueño de Rhoda—. ¿Fuiste tú quien primero propuso venir aquí? —preguntó de repente la señora Lodge después de un largo silencio—. ¡Qué curioso, si así fue!

—No fue así. Pero no lamento que hayamos venido, después de todo —respondió la otra. Por primera vez una sensación de triunfo se apoderó de ella, y no lamentó, en conjunto, que aquella joven que marchaba a su lado se hubiera enterado de que sus vidas se habían visto enemistadas por otras influencias, ajenas a sus respectivas voluntades.

No se aludió más al tema durante el largo y pesado recorrido de vuelta. Pero, de alguna forma, aquel invierno se susurró, en la tierra baja de las muchas granjas, una historia que decía que la pérdida gradual del uso del brazo izquierdo de la señora Lodge se debía al «mal de ojo» que le había hecho Rhoda Brook. Ésta se guardó su

propia opinión acerca del personaje de la pesadilla, pero su rostro se fue haciendo más triste y delgado; y durante la primavera ella y su hijo desaparecieron de las inmediaciones de Holmstoke.

VI. UNA SEGUNDA TENTATIVA

Media docena de años pasaron, y la experiencia matrimonial del señor y la señora Lodge se hundió en el prosaísmo y en otras cosas peores. El granjero estaba por lo general meditabundo y callado; la mujer que había cortejado por su gracia y belleza tenía deformado y desfigurado el brazo izquierdo; además, no le había dado hijos, lo que hacía probable que él fuera el último descendiente de una familia que había habitado en el valle durante cerca de doscientos años. Pensaba en Rhoda Brook y en su hijo, y temía que todo aquello pudiera ser un castigo del cielo caído sobre él.

La una vez jovial y sensata Gertrude se estaba convirtiendo en una mujer irritable y supersticiosa, que dedicaba todo su tiempo a experimentar con el primer remedio de curandero que se le cruzara en el camino con el fin de acabar con su dolencia. Se sentía sinceramente ligada a su marido, y en secreto estaba siempre esperando, desesperadamente, reconquistar de nuevo su corazón si recobraba parte, al menos, de su belleza personal. El resultado era que su armario estaba lleno de botellas, cacharros y frascos de ungüentos de todo tipo… qué digo, de manojos de hierbas medicinales, amuletos y libros de magia negra, que en sus tiempos de colegiala habría ridiculizado considerándolos tonterías.

—Ojalá te envenenes algún día con esas pócimas de hechicero y esos mejunges de bruja —decía su marido cuando su vista recaía por casualidad sobre la numerosa formación.

Ella no contestaba, pero volvía hacia él su triste, dulce mirada de angustioso reproche, y entonces él parecía arrepentirse de sus palabras y añadía:

—Ya sabes que solo lo digo por tu bien, Gertrude.

—Me desharé de todo el lote y lo destruiré —decía ella con sequedad—, ¡y no volveré a probar estos remedios!

—Necesitas alguien que te alegre —observaba él—. Una vez pensé en adoptar a un muchacho; pero ahora es demasiado mayor. Y no sé dónde está.

Ella adivinaba a quién se refería, porque con el paso de los años había llegado a saber la historia de Rhoda Brook; pero nunca había cruzado con su marido ni una sola palabra acerca del tema. Ni tampoco le había hablado jamás de su visita al brujo Trendle ni de lo que aquel solitario hombre de los brezos le había revelado, o ella pensaba que le había revelado.

Tenía ella ahora veinticinco años, pero parecía mayor.

—Seis años de matrimonio y solo unos pocos meses de amor —murmuraba a veces para sí. Y entonces pensaba en la causa evidente, y se decía, echándole una

trágica mirada a su descarnado miembro—: ¡Ojalá pudiera volver a ser como era la primera vez que él me vio!

Obediente destruyó sus panaceas y amuletos, pero le quedó un anhelante deseo de probar algo más: algún otro tipo de remedio. No había vuelto a visitar a Trendle desde que Rhoda, en contra de su propia voluntad, la había llevado a la casa del solitario; pero ahora, de pronto, a Gertrude se le ocurrió que podía dirigirse de nuevo, en un último esfuerzo desesperado por librarse de aquella aparente maldición, a aquel hombre, si aún vivía. Había que concederle un cierto crédito, porque la forma indistinta que había hecho surgir del vaso se había sin duda asemejado a la única mujer del mundo que —como sabía ahora, aunque no entonces— podía tener un motivo para guardarle rencor. Debía hacer aquella visita.

Esta vez fue sola. Estuvo a punto de perderse en el erial y erró, apartada de su camino, durante un trecho considerable. Por fin llegó, sin embargo, a casa de Trendle: no estaba dentro, y Gertrude, en vez de esperarle en la cabaña, fue, al verle desde lejos, hasta el lugar en que se encontraba su figura agachada, trabajando. Trendle se acordaba de ella, y, dejando en el suelo el puñado de raíces de retama que estaba juntando y amontonando, se ofreció a acompañarla de regreso a casa, ya que la distancia era considerable y los días eran cortos. Así pues, caminaron juntos, la cabeza de él inclinada, mirando al suelo, y su figura del mismo color que la tierra.

—Usted puede curar verrugas y otras excrecencias, lo sé —dijo ella—, ¿por qué no puede curar esto? —Y se destapó el brazo.

—Cree usted demasiado en mis poderes —dijo Trendle—, y yo, además, ya estoy viejo y débil. No, no, es demasiado para mí el intentarlo personalmente. ¿Qué ha probado?

Ella enumeró algunos de los cientos de medicamentos y antídotos que había tomado de vez en cuando. Él hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Algunos eran bastante buenos —dijo con aprobación—; pero no mucho para una cosa como ésta. Esto tiene la naturaleza de un… marchitamiento, no la naturaleza de una herida; y, si se le quita alguna vez, no será poco a poco, sino todo de una vez.

—¡Si supiera cómo!

—Solo conozco una forma de hacerlo posible. Nunca ha fallado en aflicciones semejantes… que yo sepa. Pero es duro de llevarse a cabo, y en especial para una mujer.

—¡Dígame cuál es! —exclamó ella.

—Tiene que tocar con el brazo el cuello de un hombre que haya sido ahorcado.

Ella dio un pequeño respingo ante la imagen que él había sugerido.

—Antes de que esté frío… Inmediatamente después de que hayan cortado la soga y lo hayan bajado —prosiguió el brujo, impasible.

—¿Cómo puede eso hacer algún bien?

—Transformará la sangre y cambiará la constitución. Pero, como digo, hacerlo es muy duro. Debe usted ir a la cárcel cuando haya una ejecución, y esperar a que bajen

el cuerpo del patíbulo. Muchos lo han hecho, aunque no tal vez mujeres tan bonitas como usted. Solía enviar a docenas con enfermedades de la piel. Pero aquello fue en otros tiempos. El último que envié fue en el año 13, hace ya casi doce.

No tenía nada más que decirle, y, tras depositarla en una senda que llevaba a casa directamente, dio media vuelta y se marchó, rehusando aceptar ningún dinero, como en la primera ocasión.

VII. UN RECORRIDO A CABALLO

Aquella revelación se afincó en las profundidades de la mente de Gertrude. Su carácter era más bien tímido, y, probablemente, de entre todos los remedios que el mago blanco pudiera haber sugerido, no había ninguno que le produjera tanta aversión como éste, sin contar con los enormes obstáculos que encontraría en el camino de su realización.

Casterbridge, la ciudad del condado, estaba a diecinueve o veinticuatro kilómetros, y aunque en aquellos tiempos, en que se ejecutaba a la gente por robar caballos, provocar incendios y desvalijar casas, rara vez pasaba una sesión del tribunal de justicia en la que no hubiera un ahorcamiento, no era probable que ella pudiera tener acceso al cadáver del criminal sin ningún tipo de ayuda. Y el miedo a la cólera de su marido hacía que no se atreviera a decir, ni a él ni a nadie que tuviera que ver algo con él, ni una palabra acerca de la sugerencia de Trendle.

No hizo nada durante meses, y llevó con resignación, como antes, su deformidad. Pero su naturaleza de mujer, que anhelaba la reconquista del amor mediante la reconquista de la belleza (solo tenía veinticinco años), estaba siempre incitándola a probar lo que, en cualquier caso, difícilmente podría hacerle daño alguno. «Lo que vino con un hechizo se irá seguramente con un hechizo», se decía. Cada vez que su imaginación le presentaba el hecho, ella se estremecía de horror ante la mera posibilidad de llevarlo a la práctica: entonces las palabras del brujo «transformará la sangre» se aparecían, susceptibles de una interpretación no menos científica que espectral; el imperioso deseo retornaba, y de nuevo la apremiaba.

En aquella época no había más que un solo periódico en el condado y el marido de Gertrude solo lo adquiría de vez en cuando. Pero aquellos tiempos anticuados tenían sus anticuados medios de difusión, y las noticias se transmitían ampliamente de viva voz, de mercado en mercado, o de feria en feria; de modo que, cada vez que un acontecimiento de la importancia de una ejecución iba a tener lugar, pocos, dentro de un radio de treinta y dos kilómetros, dejaban de enterarse de que iba a haber un buen espectáculo; y, solo en lo que se refería a Holmstoke, se sabía de algunos entusiastas que habían recorrido el camino hasta Casterbridge y habían vuelto en un solo día, con el único fin de ser testigos del espectáculo. Las próximas sesiones del tribunal de justicia eran en marzo, y cuando Gertrude se enteró de que ya se habían

celebrado, fue a escondidas a la posada a preguntar por el resultado en cuanto pudo encontrar una ocasión.

Era, sin embargo, demasiado tarde. La hora de que se cumplieran las sentencias había llegado ya, y hacer el viaje y conseguir tener acceso a la prisión en un plazo tan corto requería, por lo menos, la ayuda de su marido. No se atrevió a decírselo, pues sabía, por delicada experiencia, que la sola mención de aquellas ocultas creencias de aldea le enfurecían, en parte porque él mismo las tomaba en consideración. Había por tanto que esperar otra oportunidad.

Su decisión se vio reafirmada al enterarse de que dos niños epilépticos de la misma aldea de Holmstoke habían acudido, muchos años antes, con resultados beneficiosos, aunque el experimento había sido severamente condenado por el clero de la vecindad. Pasó abril, mayo, junio; y no es una exageración decir que hacia el final del último mes mencionado Gertrude casi anhelaba la muerte de un semejante. En lugar de las obligadas oraciones de cada noche, su inconsciente oración era: «Oh, Señor, ¡ahorca pronto a alguien, sea culpable o inocente!».

Esta vez hizo antes sus indagaciones y fue mucho más sistemática en sus preparativos. Además, la estación era verano, entre el henaje y la cosecha, y su marido, durante la temporada de inactividad que atravesaba gracias a esto, se tomaba de vez en cuando algunos días de vacaciones fuera de casa.

Las sesiones del tribunal eran en julio, y fue a la posada como la vez anterior. Iba a haber una ejecución —solo una— por un delito de incendio.

Su mayor problema no era ahora cómo llegar hasta Casterbridge, sino qué medios debería emplear para conseguir acceso a la prisión. Aunque el acceso para aquella clase de fines nunca había sido denegado en otros tiempos, la costumbre había caído en desuso; y al sopesar las posibles dificultades con que se encontraría, estuvo otra vez a punto de verse impelida a recurrir a su marido. Pero cuando le sondeó acerca de las sesiones del tribunal de justicia él se mostró tan poco comunicativo, tan frío —más que de costumbre—, que ella no continuó y decidió que, hiciera lo que hiciese, lo haría sola.

La fortuna, adversa hasta entonces, se mostró inesperadamente favorable. El jueves que precedía al sábado fijado para la ejecución, Lodge le comunicó que pensaba ausentarse otros dos o tres días por una cuestión de negocios relacionada con una feria, y que lamentaba no poder llevarla con él.

Ella exteriorizó en esta ocasión tal presteza a quedarse en casa que él la miró con sorpresa. En otro tiempo se habría mostrado profundamente decepcionada por perderse la excursión. Pero él volvió a sumirse en su acostumbrada taciturnidad, y el día mencionado partió de Holmstoke.

Ahora le tocaba a ella. Al principio había pensado ir en carro, pero después de reflexionar juzgó que no le convenía ya que aquello la obligaría a mantenerse dentro de la carretera principal, multiplicando así por diez el riesgo de que su horripilante misión fuera descubierta. Decidió ir a caballo y eludir así la trillada senda, aun

cuando no había en los establos de su marido, en aquellos momentos, ningún animal que pudiera considerarse, por mucho esfuerzo de imaginación que se hiciera, montura apropiada para una dama —a pesar de la promesa que él le había hecho antes de casarse de que siempre tendría una yegua para ella—. Tenía, en cambio, muchos caballos de tiro, buenos para su género; y entre los demás había una bestia aprovechable: un caballo de amazona con el lomo tan ancho como un sofá, en el cual Gertrude había dado de vez en cuando algún paseo cuando no se encontraba bien. Eligió este caballo.

El viernes por la tarde uno de los hombres de la granja se lo trajo. Ella ya estaba preparada y, antes de salir, se miró el brazo marchito.

—¡Ah! —le dijo—. ¡De no haber sido por ti me habría ahorrado esta terrible prueba!

Mientras el criado liaba con unas cuerdas el paquete que ella llevaba con alguna ropa, Gertrude aprovechó para decirle:

—Me llevo esto por si acaso no regreso esta misma noche de casa de la persona que voy a visitar. No os alarméis si no estoy de vuelta a las diez, y cerrad la casa con llave como de costumbre. Mañana, sin ninguna duda, estaré en casa.

Entonces, pensaba, se lo contaría todo a su marido, a solas: el acto ya realizado no era lo mismo que el acto proyectado. Estaba casi segura de que él la perdonaría.

Y así, la hermosa y palpitante Gertrude salió de la casa solariega de su marido; pero aunque su destino era Casterbridge no tomó la ruta que iba allí directamente y que pasaba por Stickleford. La dirección que astutamente tomó al principio era precisamente la opuesta. Pero en cuanto estuvo fuera del alcance de la vista torció a la izquierda por un camino que llevaba a Egdon, y al entrar en el erial hizo girar al caballo sobre sus cascos y se puso en marcha en la verdadera dirección, hacia el oeste. No se podría imaginar camino más solitario que aquél en todo el condado; y en cuanto a la dirección que tenía que seguir, simplemente había de mantener la cabeza del caballo mirando hacia un punto un poco a la derecha del sol. Además, sabía que de vez en cuando se encontraría con algún cortador de retama o campesino que podría hacerle rectificar la orientación.

Aunque la época es relativamente reciente, Egdon tenía entonces un carácter mucho más fragmentario que ahora. Los ensayos —afortunados y de los otros— de labranza en las vertientes más bajas, que penetran y roturan el primitivo erial convirtiéndolo en pequeños eriales individuales, no habían llegado muy lejos; las leyes de cercado no estaban en vigor, y aún no se habían erigido los márgenes y vallas que en la actualidad impiden el paso del ganado de los aldeanos que en otros tiempos disfrutaban de los derechos de pastos y el de los carros de los que gozaban del privilegio de extraer turba, actividad que los mantenía ocupados durante todo el año. Gertrude, por tanto, cabalgaba sin más obstáculos que los espinosos arbustos de retama, las alfombrillas de brezos, los blancos arroyos y los declives y pendientes naturales del terreno.

El caballo era tranquilo, de marcha pesada y lenta, y aunque era un animal de tiro, era fácil de dominar; ella era una mujer que, de no haber sido tan dócil su montura, no podría haberse arriesgado a cabalgar por aquella parte de la región con un brazo medio inútil. Eran ya cerca de las ocho, en consecuencia, cuando aflojó las riendas para que el animal descansara un poco antes de bajar por la última pendiente del camino de brezos que conducía a Casterbridge, la última antes de dejar Egdon por los valles cultivados.

Se detuvo delante de una poza llamada la Charca de los Juncos, flanqueada por los extremos de dos setos; una cerca atravesaba el centro de la charca, dividiéndola en dos mitades. Por encima de la cerca vio la verde tierra baja; por encima de los verdes árboles los tejados del pueblo; por encima de los tejados una lisa fachada blanca que indicaba la entrada a la cárcel del condado. Sobre el tejado de esta fachada se movían unas pequeñas manchas; parecían obreros erigiendo algo. Gertrude sintió un escalofrío. Descendió lentamente y pronto se encontró entre pastos y campos de cereales. Media hora más tarde, cuando ya casi era de noche, Gertrude llegó al Cervatillo Blanco, la primera posada del pueblo que se veía llegando por este lado.

Su llegada provocó poca sorpresa; por entonces las mujeres de los granjeros iban a caballo con más frecuencia que ahora, aunque, en tal sentido, nadie se imaginó en absoluto que la señora Lodge fuera casada; el posadero supuso que sería alguna joven atolondrada que había venido a presenciar la «feria de ahorcados» del día siguiente. Ni su marido ni ella hacían nunca negocios en el mercado de Casterbridge, de modo que allí no era conocida. Mientras desmontaba vio un tropel de muchachos en la puerta de la tienda de un guarnicionero —que estaba justo al lado de la posada— mirando dentro con profundo interés.

—¿Qué pasa ahí? —le preguntó al mozo de cuadra.

—Están haciendo la cuerda para mañana.

Ella se estremeció en respuesta y contrajo el brazo.

—Después se vende por centímetros —prosiguió el hombre—. Si quiere le puedo conseguir un trozo, señorita, por nada.

Ella rechazó apresuradamente cualquier deseo parecido, más que nada por una singular sensación que iba en aumento de que el destino del miserable que habían condenado se estaba entrelazando con el suyo propio, y después de dejar apalabrada una habitación para pasar la noche, se sentó a reflexionar.

Hasta aquel momento no había tenido más que muy vagas ideas acerca de los medios que emplearía para tener acceso a la prisión. Las palabras del habilidoso solitario volvieron a su mente. Él había dado por supuesto que ella habría de utilizar su belleza, aunque estuviera deteriorada, como llave maestra. En su inexperiencia, sabía poco acerca de los funcionarios de una cárcel; había oído hablar de un jefe superior y de un subjefe, pero confusamente. Lo que sí sabía es que tenía que haber un verdugo, y al verdugo decidió recurrir.

VIII. EL ERMITAÑO DE LA RIBERA

En aquella fecha, y durante varios años después, había —casi— un verdugo para cada cárcel. Gertrude hizo indagaciones y averiguó que el funcionario de Casterbridge vivía en una cabaña solitaria a la vera de un río lento y profundo que manaba del risco sobre el cual estaban situados los edificios de la prisión (la corriente, aunque ella lo ignoraba, era la misma que, en una parte más baja de su curso, regaba los prados de Stickleford y Holmstoke).

Después de cambiarse de vestido, y antes de comer o beber nada —pues no podría estar tranquila hasta que hubiera averiguado algunos pormenores—, Gertrude prosiguió su camino, por un sendero a lo largo de la ribera, hasta la cabaña indicada. Al pasar por las inmediaciones de la cárcel, divisó, sobre el tejado plano, encima de la entrada, tres líneas rectangulares que se dibujaban contra el cielo, en el lugar donde, como había visto desde la lejanía, las pequeñas manchas se habían estado moviendo; reconoció la forma y pasó junto a ella rápidamente. Otros cien metros la condujeron hasta la casa del verdugo, que un muchacho le señaló. Estaba al lado de la misma corriente, y muy cerca de una presa cuyas aguas emitían un rugido continuo.

Mientras se decidía, la puerta se abrió, y apareció un viejo protegiendo la llama de una vela con la mano. El viejo cerró la puerta con llave por fuera, se volvió hacia una escalerilla de madera que estaba apoyada contra uno de los lados de la cabaña, y empezó a subir los peldaños; era, evidentemente, la escalera que conducía a su dormitorio. Gertrude avanzó apresuradamente hacia él, pero cuando llegó a los pies de la escalerilla él ya estaba arriba. Le llamó en voz lo bastante alta como para que se la oyera por encima del bramido de la presa; él miró hacia abajo y dijo:

—¿Qué busca usted aquí?

—Quiero hablar un minuto con usted.

La luz de la vela, a pesar de ser muy tenue, iluminó el rostro suplicante, pálido, vuelto hacia arriba de Gertrude, y Davies (así se llamaba el verdugo) volvió a bajar por la escalerilla.

—Iba a acostarme ya —dijo—; «cuanto antes te acuestes, antes te levantarás», pero no me importa esperar un minuto por alguien como usted. Entremos en la casa. —Abrió la puerta de nuevo y precedió a Gertrude hasta el interior de la habitación.

Las herramientas de su trabajo cotidiano, que era el de un jardinero eventual, estaban en un rincón, y él, probablemente al ver que ella tenía un aspecto rural, dijo:

—Si quiere usted contratarme para que trabaje en el campo no puedo ir, porque nunca salgo de Casterbridge ni por propios ni por extraños: no, yo no. Mi verdadera profesión es la de encargado de la justicia —añadió con solemnidad.

—¡Sí, sí! Eso es. ¡Mañana!

—¡Ah! Ya me lo suponía. Bueno, ¿qué pasa con eso? No sirve de nada venir aquí a hablar del nudo. La gente viene continuamente, pero yo les digo siempre que un nudo es tan clemente como cualquier otro si se lo pones debajo de la oreja. ¿Es el

desdichado algún pariente? ¿O debería decir, quizá —añadió mirándole el vestido—, alguien que trabajaba para usted?

—No. ¿A qué hora es la ejecución?

—A la misma que de costumbre. A las once en punto, o en cuanto llegue el coche con el correo de Londres. Siempre lo esperamos, por si hay un aplazamiento.

—Oh… un aplazamiento… ¡espero que no lo haya! —dijo ella involuntariamente.

—¡Bueno, ji, ji! ¡Considerándolo como un asunto de negocios, así lo espero también yo! Pero, con todo, si alguna vez algún joven mereció que lo dejaran libre, es éste; acaba de cumplir los dieciocho, y lo único que hizo fue estar presente por casualidad cuando incendiaron el montón de paja. De cualquier forma, no hay mucho riesgo de que lo haya. Ha habido últimamente tanta destrucción de propiedad por este método que están obligados a dar con él un escarmiento.

—Quiero decir —explicó ella— que quiero tocarlo por un hechizo, para curar una aflicción por consejo de un hombre que ha probado la eficacia del remedio.

—¡Ah, ya lo entiendo, señorita! Ahora comprendo. He tenido gente así que venía en años anteriores. Pero no me pegaba su aspecto con el de los que vienen a pedir transformaciones de la sangre. ¿Cuál es el mal? Apuesto a que no es del tipo indicado para esto.

—Mi brazo. —Gertrude le enseñó, de mala gana, la piel descarnada.

—¡Ah! ¡Está todo podrido! —dijo el verdugo, examinándolo.

—Sí —dijo ella.

—Bueno —prosiguió él con interés—, ¡*ésa* es la clase de cosa, tengo que admitirlo! Me gusta el aspecto del daño; es realmente el más apropiado que he visto nunca para el tratamiento. El hombre que la envió sabía de esto, fuera quien fuese.

—¿Puede usted procurarme todo lo que sea necesario? —dijo ella casi sin aliento.

—En realidad debería usted haber ido a ver al gobernador de la prisión, y con usted su médico, y haber dado su nombre y dirección; así es como solía hacerse si no recuerdo mal. Pero quizá se lo pueda arreglar yo por una propina insignificante.

—¡Oh, gracias! Prefiero hacerlo así, porque me gustaría que quedara en secreto.

—Que no se entere el novio, ¿eh?

—No… el marido.

—Ajá. Muy bien, conseguiré que toque el cadáver.

—¿Dónde está ahora? —preguntó ella con un estremecimiento.

—¿El cadáver? El *hombre*, querrá decir; todavía vive. Está justo detrás de aquel ventanuco de allá arriba, en la sombra. —Y señaló la cárcel, que estaba encima del risco.

Gertrude pensó en su marido y en sus amigos.

—Sí, claro —dijo—; ¿y qué tengo que hacer?

Él la acompañó hasta la puerta.

—Verá, esté usted esperando no más tarde de la una en punto junto a la portezuela

que hay en el muro. La encontrará subiendo por esa calle. Yo la abriré desde dentro, pues no volveré a casa para almorzar hasta que lo hayan bajado. Buenas noches. Sea puntual; y si no quiere que la reconozca nadie, lleve un velo. ¡Ah!… ¡Una vez tuve una hija que se parecía a usted!

Gertrude se fue y subió por la calle que Davies le había indicado para asegurarse de que podría encontrar la portezuela al día siguiente. Pronto vio la forma rectangular: era una estrecha abertura que había en el muro exterior del recinto de la prisión. La calle estaba tan en cuesta que, al llegar a la altura de la portezuela, Gertrude se detuvo un momento para descansar, y, al volverse para mirar hacia la choza de la ribera, vio al verdugo subiendo de nuevo por la escalera exterior. El viejo entró en el desván o dormitorio a que conducía, y al cabo de unos segundos apagó la luz.

El reloj del pueblo dio las diez, y Gertrude regresó al Cervatillo Blanco como había venido.

IX. UN ENCUENTRO INESPERADO

El sábado, a la una en punto, Gertrude Lodge, después de haberse introducido en la cárcel de la manera antes descrita, estaba sentada en una sala de espera pasada la segunda puerta; ésta se hallaba debajo de una arcada clásica de sillería, entonces relativamente moderna, que llevaba la inscripción «Cárcel del condado: 1793». Ésta era la fachada que ella había visto el día anterior desde el erial. Muy cerca de la joven esposa había una especie de pasadizo vertical que llegaba hasta el techo de la habitación, sobre el cual estaba el patíbulo.

El pueblo estaba abarrotado y habían cerrado el mercado, pero Gertrude apenas había visto un alma. Había esperado encerrada en su habitación hasta la hora de la cita, y entonces se había dirigido al lugar por un camino que evitaba tener que pasar por el amplio espacio abierto que estaba bajo el risco, donde los espectadores se habían congregado; pero podía, incluso ahora, oír el parloteo de sus numerosas voces, y una voz aislada que a intervalos se elevaba por encima de las demás y, con un ronco graznido, gritaba la frase «¡Últimas palabras del condenado y confesión!». No había habido aplazamiento, y la ejecución se había efectuado, pero la multitud esperaba todavía para ver cómo bajaban el cadáver.

Pronto la persistente mujer oyó varias pisadas encima de su cabeza, y entonces una mano le hizo una seña y Gertrude, siguiendo la dirección que ésta le indicaba, salió de allí y atravesó el patio interior pavimentado que estaba pasada la puerta principal; las rodillas le temblaban tanto que casi no podía andar. Llevaba el brazo fuera de la manga del vestido y solo cubierto por un chal.

En el lugar al que ahora había llegado había dos caballetes, y antes de que pudiera pensar en su posible finalidad oyó que unos pies pesados descendían por una escalera

que estaba en algún sitio detrás de ella. No quiso, o no pudo, volver la cabeza, y, en aquella rígida postura, notó que un áspero ataúd, llevado por cuatro hombres, pasaba por encima de uno de sus hombros. Estaba abierto, y en su interior yacía el cuerpo de un joven que llevaba una camisa de rústico y pantalones de fustán. El cadáver había sido arrojado al interior del ataúd con tanta precipitación que el faldón de la camisa colgaba por fuera. La carga fue depositada provisionalmente encima de los caballetes.

Para entonces el estado de la joven era tal que una niebla grisácea parecía estar flotando delante de sus ojos, a causa de lo cual —y del velo que llevaba puesto— Gertrude apenas podía discernir nada: era como si estuviera casi muerta pero se sostuviera de pie por una especie de galvanismo.

—¡Ahora! —dijo una voz que estaba a su lado. Gertrude solo pudo darse cuenta de que aquella palabra iba dirigida a ella.

Haciendo un último esfuerzo sobrehumano avanzó, mientras, al mismo tiempo, oía que algunas personas se aproximaban por detrás de ella. Desnudó su pobre brazo maldecido, y Davies, descubriendo el rostro del cadáver, cogió la mano de Gertrude y la sostuvo de manera que el brazo se posara sobre el cuello del muerto, sobre una línea que lo rodeaba y que tenía el color de una mora que todavía no está madura.

Gertrude dio un alarido. «La transformación de la sangre» predecida por el brujo había tenido lugar. Pero en aquel instante un segundo alarido desgarró el aire del recinto: Gertrude no lo había dado, y tuvo el efecto de hacer que ella se volviera sobresaltada.

Inmediatamente detrás de ella estaba Rhoda Brook, su rostro contraído y sus ojos enrojecidos por el llanto. Detrás de Rhoda estaba el propio marido de Gertrude; su semblante arrugado, sus ojos oscurecidos pero sin una sola lágrima.

—¡Maldita seas! ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo él, roncamente.

—¡Zorra! ¡Interponerte, ahora, entre nosotros y nuestro hijo! —gritó Rhoda—. ¡Éste es el significado de lo que Satanás me mostró en la visión! ¡Al fin eres como ella! —Y agarrando del brazo a aquella mujer, más joven que ella, la empujó sin que la otra pudiera oponer resistencia y la golpeó contra la pared. En cuanto la Brook hubo soltado el brazo de su agarrón la joven y frágil Gertrude se dejó caer a los pies de su marido. Cuando él la levantó del suelo, ella estaba inconsciente.

La simple visión de aquella pareja había sido suficiente para indicarle que el joven muerto era el hijo de Rhoda. En aquellos tiempos los parientes de un reo ejecutado tenían derecho a reclamar el cuerpo para enterrarlo si lo deseaban; y con aquel propósito estaba Lodge aguardando con Rhoda a que se hiciera la pesquisa judicial. Rhoda le había llamado en cuanto el joven fue apresado por el delito, y varias veces más desde entonces; y había estado presente en la sala durante el juicio. Aquellas eran las «vacaciones» que Lodge se había estado tomando en los últimos tiempos. Los desdichados padres habían deseado permanecer en la sombra; y por eso habían ido ellos mismos, con un carro —que estaba esperando fuera— para transportarlo y una sábana para cubrirlo, a recoger el cuerpo.

El caso de Gertrude era tan grave que se estimó aconsejable que la viera el médico más cercano. La llevaron desde la cárcel al pueblo; pero nunca llegó a su casa con vida. Su delicada vitalidad, desgastada tal vez por el brazo paralizado, se desplomó bajo la doble impresión que siguió al tremendo esfuerzo, físico y mental, a que se había sometido durante las veinticuatro horas previas. Su sangre, en efecto, había sido «transformada»… demasiado. Su muerte tuvo lugar en el pueblo tres días después.

Su marido no volvió a ser visto en Casterbridge; solo una vez en la vieja plaza del mercado de Anglebury, que tanto había frecuentado, y muy rara vez en público. Cargado al principio con el peso de la tristeza y el remordimiento, al cabo de cierto tiempo cambió para bien, y reapareció como un hombre redimido y considerado. Poco después de asistir al funeral de su pobre y joven esposa dio los pasos necesarios para deshacerse de las granjas de Holmstoke y del distrito colindante, y, habiendo vendido todas las cabezas de ganado, se marchó a Port-Bredy, en el otro extremo del condado, y vivió allí, en unos retirados aposentos, hasta su muerte, que acaeció dos años más tarde como consecuencia de una tisis que no fue dolorosa. Fue entonces cuando se descubrió que había legado la totalidad de sus considerables propiedades a un reformatorio de menores, que a su vez quedaba obligado a pasar una pequeña cantidad anual a Rhoda Brook, si se podía dar con ella para entregársela.

No se pudo dar con ella durante algún tiempo; pero finalmente reapareció en su antiguo distrito… negándose, sin embargo, a tener nada que ver en absoluto con el legado que se le había hecho. Volvió a su monótono trabajo de ordeñadora en la vaquería y continuó ejerciéndolo durante muchos y largos años, hasta que su figura se hizo encorvada y su cabello, una vez negro y abundante, se le puso blanco y se le empezó a caer por encima de la frente… tal vez por haber tenido ésta apretada contra las vacas durante mucho tiempo. Aquí, a veces, los que sabían de sus experiencias se detenían a observarla y se preguntaban qué sombríos pensamientos estarían latiendo detrás de aquella frente arrugada e impasible, al ritmo de los intermitentes chorros de leche.

Enero de 1888

Vecindad

I

El pastor de la colina del este podía anunciar el nacimiento de los corderos al pastor de la colina del oeste alzando la voz por encima de las dos chimeneas sin que ésta hallara grandes obstáculos, ya que los pastos de la ladera casi invadían los patios de la vecindad. Y de noche, si uno se detenía en el centro del pueblo, acertaba a oír el suave mugido de las novillas en las granjas de los prados de las tierras bajas, incluso el jadeo de su respiración profunda y cálida. Sin embargo, la comunidad arracimada en este valle flanqueado por los montes constituía un verdadero municipio, con su corporación y su alcalde, además de una fábrica textil.

Cierta tarde lluviosa, hace ya treinta y cinco años, poco antes de la caída del crepúsculo, un caminante con aspecto de profesional, provisto de un maletín y un alto paraguas, bajaba por uno de estos montes desde la bifurcación del camino cuando fue alcanzado por un faetón.

—Eh, Downe… ¿es usted? —preguntó el que conducía el vehículo, un joven de aspecto pálido y refinado—. Suba y lo llevaré hasta su puerta.

El interpelado se volvió a mirar por encima del hombro, mostrando un rostro carnoso, alegre y despreocupado.

—Ah, buenas tardes, señor Barnet… gracias —dijo, y se sentó junto a su conocido.

Eran vecinos del pueblo tendido a sus pies y amigos desde antiguo, aunque de muy distinta posición social. Barnet era más rico que el joven y modesto abogado Downe, y dicha circunstancia se advertía en cierta manera en la actitud de éste con su compañero, mientras que en nada se revelaba en la de Barnet con el abogado. La posición de Barnet en la comunidad no se debía a sus propios méritos. Su padre había sido un próspero comerciante de lino de la localidad, donde esta industria continuaba practicándose con la misma eficiencia en la medida en que la pequeña capacidad del lugar lo permitía. Tras amasar una fortuna considerable, el anciano señor Barnet se retiró del negocio y crió a su hijo como un caballero además de, todo hay que decirlo, como un joven bien educado y de mentalidad liberal.

—¿Cómo está la señora Barnet? —preguntó Downe.

—Se encontraba muy bien cuando la dejé en casa —se sintió en la obligación de responder su compañero, trocando la contemplación meditativa del caballo por la de sus propias circunstancias.

El señor Downe dio muestras de arrepentirse de la pregunta y al punto dirigió la conversación por otros derroteros. Felicitó a su amigo por su reciente elección como concejal, pues creía no haberlo visto desde que se produjo el acontecimiento. La señora Downe pensaba pasar a ver a la señora Barnet, explicó, con la intención de

felicitarla, aunque se temía que aún no había tenido tiempo.

Las respuestas de Barnet parecían forzadas.

—Nos hubiera agradado mucho. Yo… ya sabe usted que mi mujer recibirá con mucho gusto la visita de la señora Downe en cualquier momento… Sí, soy miembro de la corporación municipal, bastante inexperto a decir de algunos. Y no les falta razón. Tendría que haber renunciado a este honor, por prematuro, y también porque en este momento tengo otros asuntos entre manos, pero me han instado vivamente a aceptarlo.

—Nunca alcanzo a comprender la necesidad de uno de los asuntos que se trae entre manos —se permitió replicar Downe con mucha jovialidad—. ¿Por qué diantre quiere construir esa nueva mansión, si ya tiene una casa estupenda?

El semblante de Barnet cobró un matiz más encendido pero, como el abogado había formulado la pregunta a la ligera, mientras contemplaba los prados y los campos aledaños, pasado un momento respondió sin dar muestras de incomodidad.

—Bueno, ya sabe que queríamos salir del pueblo. La casa en la que vivo es algo antigua e incómoda.

El señor Downe señaló que había elegido un hermoso emplazamiento para la nueva vivienda. Disfrutarían de unas vistas fabulosas. ¿Pensaba darle un nombre? Así lo suponía él.

Barnet dijo que no. No había otra casa cercana con la que pudiera confundirse. Y el nombre le traía sin cuidado.

—Pues ¡yo creo que ya tiene nombre! —afirmó el abogado—. Pasé por allí… ¿cuándo fue… esta mañana?, y algo vi. «Château Ringdale», creo que decía, en un tablón.

—Es una idea que tuvo ella por algún tiempo —contestó Barnet apresuradamente —. Pero al final hemos decidido pasarnos sin nombre, al menos sin un nombre así. Debió de verlo hace una semana. Retiraron el cartel el sábado pasado… ¡Me he mostrado muy firme en ese asunto! —añadió con pesar.

Downe musitó con escaso convencimiento que creía haberlo visto el día anterior.

De esta guisa llegaron al pueblo. La calle estaba insólitamente tranquila para ser las siete de la tarde; una llovizna creciente llegaba desde el mar desde hacía algunas horas y en ese momento formaba un halo alrededor de las farolas amarillas y caía con un suave chapoteo en los tejados de pizarra, combando los caballetes bajo su peso y abombando en algunos casos las paredes de la planta superior. Su ruta los llevó por delante del pequeño Ayuntamiento, el Hotel Toro Negro y el cruce de una callejuela a la derecha, ocupada por una hilera de esas características construcciones de ladrillo, con dos ventanas arriba y dos abajo, que no se corresponden con ninguna época en particular y son exactamente iguales en todas partes, diferenciándose solo en las personas que en ellas viven.

—Espere, lo llevaré hasta su puerta —dijo Barnet, cuando Downe ya se disponía a apearse en la esquina. Se adentró por la estrecha callejuela cuando el rostro de tres

niñas asomó en una ventana iluminada, a unos pasos más adelante, por debajo del de una madre joven, y las cuatro miraron ávidamente la calle desierta—. Es usted un hombre afortunado, Downe —prosiguió Barnet, cuando la madre y las hijas desaparecieron de la ventana para correr a la puerta—. Debe de ser feliz, si es que un hombre puede serlo. Yo daría cien casas como la que estoy construyendo por un hogar como el suyo.

—Bueno, vivimos con bastante comodidad —replicó Downe en tono de suficiencia.

—Esa casa, Downe, no es una disposición mía —dijo Barnet inesperadamente, revelando la amargura hasta entonces contenida y refrenando al caballo unos momentos para terminar su confesión antes de dejar a su pasajero—. A mí me basta con la casa que tengo, tal como usted ha supuesto. Es de mi entera propiedad. La construyó mi abuelo y es sólida como un castillo. Mi padre nació allí, vivió allí y murió allí. Yo nací allí y siempre he vivido allí. Y sin embargo, me veo en la necesidad de construir una casa nueva.

—¿Y eso por qué? —preguntó Downe.

—¿Por qué? En aras de la paz doméstica. Soy capaz de hacer cualquier cosa por eso, aunque nunca lo consigo. Eso sí, me he negado rotundamente a bautizarla con el nombre de Château Ringdale, no porque no pudiese tolerar un nombre tan absurdo, sino porque considero un exceso bautizar una casa con el nombre de lord Ringdale por la sencilla razón de que mi mujer se encaprichara con él. Si supiera usted todo lo que ha pasado, juzgaría inútil cualquier intento de reconciliación. No ha tenido usted esas experiencias en su feliz hogar, y Dios quiera que no las tenga nunca. ¡Ahí están todas para recibirlo!

—¡Desde luego! Y también su mujer lo estará esperando —respondió Downe—. ¡Créame que así es! Y con la cena preparada, mucho mejor que la mía.

—Eso espero —asintió Barnet en tono dubitativo.

Acercó el faetón a la puerta de la casa del abogado, que su familia ya había abierto. Al bajar del carro, impedido por el paraguas y el maletín, Downe resbaló y cayó de rodillas en la reguera de la calle.

—¡Ay, Charles, querido! —lamentó su mujer mientras se apresuraba a bajar los escalones y, ajena a la presencia de Barnet, cogía a su marido, lo ayudaba a levantarse y lo besaba al tiempo que decía—: ¡Espero que no te hayas hecho daño, cariño! —Las niñas se arremolinaron alrededor y repicaron al unísono: «¡Pobre papá!».

—Está bien —dijo Barnet, viendo que Downe solo se había manchado de barro, aunque más atento a la mujer que al marido. En cualquier otro momento, sin duda en sus exigentes años de soltería, habría tomado a la señora Downe por una mujer efusiva en exceso, pero las recientes circunstancias de su propia vida a las que acababa de aludir volvían tan conmovedora a sus ojos la solicitud de la mujer que éstos se llenaron de lágrimas al presenciar el incidente. Tras desear buenas noches al abogado y a su familia, volvió despacio a la calle principal y continuó hasta su casa.

Tenía Barnet un corazón lo suficientemente impresionable para dejarse influir por la profecía final de Downe, cuando éste había dicho que quizá en casa lo esperaban para dispensarle una acogida mejor de la que imaginaba. Bien pudiera ser que, al menos en esta ocasión, por lo desapacible de la noche, el pronóstico de su amigo resultara ser cierto. De ahí que se detuviera en la puerta presa de una intriga que a duras penas hubiera creído posible. No vio a su mujer en ninguna parte, y preguntó por ella. El criado le informó de que la señora se encontraba con su modista, y aún estaría un rato ocupada.

—¡La modista a estas horas!

—La señora cenó pronto, señor, y confía en que la disculpe usted por no acompañarlo esta noche.

—Pero ¿estaba al corriente de mi llegada?

—Sí, señor.

—Suba y dígale que estoy aquí.

Así lo hizo el criado, pero la señora de la casa se limitó a transmitir las mismas palabras.

Barnet no dijo nada más, y se sentó a cenar en soledad, distraído por completo, pues la hogareña escena que acababa de presenciar seguía impresionándolo, en contraste con la situación de su propia casa. Volvió la vista hacia años pasados y evocó la imagen de cierto rostro dulce y agradable, que en momentos como aquél emergía entre las brumas del tiempo. Con la mirada perdida, ladeó la cabeza y miró hacia el sur, como si no viese la estancia sino un lugar muy lejano.

—¡Me gustaría saber si ella seguirá viviendo allí! —dijo en voz alta.

II

Se levantó, con repentina rebeldía, se puso el abrigo y el sombrero, salió de casa y echó a andar por la acera brillante cuando el reloj daba las ocho en la torre de St. Mary y los aprendices y los tenderos echaban el cierre de punta a punta del pueblo. En cuestión de dos minutos, solo los comercios que se jactaban de no contar con más servicio que el de su dueño o su dueña seguirían con los ojos abiertos. Estos comercios parecían menos dispuestos a excluir a sus clientes, pues la hora del cierre no tenía para los oídos de los propietarios la misma nota alegre que para los dependientes contratados de los demás establecimientos. Ahora bien, en una noche tan desapacible, tampoco éstos tardarían en cerrar sus puertas, y sus escaparates se irían apagando uno tras otro.

Entretanto, Barnet se encaminaba con paso decidido a un punto del pueblo situado en ángulo recto con la amplia vía principal, por una calle larga que llevaba directamente al sur. En esta zona del pueblo, aun cuando su familia ya no tenía ninguna relación con la manufactura del lino, su apellido lo saludaba de vez en

cuando en cancelas y almacenes, empleado alusivamente por pequeños comerciantes en auge a la manera de carta de presentación, en leyendas como «Smith, de Barnet y Cía.», o «Robinson, exdirector de Barnet». Y la visión de estos rótulos lo llevó a reflexionar sobre la atareada vida de su padre y a preguntarse si no habría sido mucho más feliz que la suya.

Las casas que jalonaban la carretera comenzaron a espaciarse, hasta que los campos se abrieron a ambos lados, donde la senda que quedaba a mano derecha ascendía hasta lo alto de una loma. En su cima, una hilera de postes de andamios se clavaba como lanzas en el cielo difuso, y a los pies del andamiaje se distinguían los progresos de un edificio en construcción. Barnet aflojó el paso y se detuvo unos momentos sin apartarse del centro del camino, mostrando escaso interés por lo que veía, hasta que su mirada se posó en una estaca, colocada a la entrada de la finca, que sostenía un cartel blanco. Se acercó a la verja, saltó por encima y se acercó lo suficiente para entrever las palabras escritas en el cartel: «Château Ringdale».

Estas dos palabras parecían encerrar una ironía siniestra y tenían el don de sacarlo de sus casillas. Downe estaba en lo cierto. Hundió el paraguas en el barro y asió el poste con las dos manos, como si quisiera arrancarlo. Acto seguido, como apabullado por una fuerza contraria que no dejaría de existir por más que él se empeñara en eliminar sus manifestaciones, dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Que así sea —se dijo para sus adentros—. Estoy resuelto a que haya paz, en la medida de lo posible.

Cogió su paraguas, salió tranquilamente del recinto y continuó su camino, de espaldas al pueblo. Avanzó con mayor decisión cuando hubo dejado atrás su nueva residencia, y pronto llegó a sus oídos un rumor bronco en la oscuridad; era el sonido del mar. La carretera conducía al puerto, a kilómetro y medio del pueblo, y aquélla era la ruta de la que se nutría el comercio del distrito. Tras la visión del odioso cartel, Barnet se había olvidado de abrir el paraguas, y la lluvia repiqueteaba con fuerza en su sombrero, salpicándole la cara ocasionalmente.

Pese a que las farolas seguían iluminando el camino, se encontraban en esta zona más separadas las unas de las otras, y el pavimento daba paso a la grava. Cada vez que se acercaba a una farola, un creciente resplandor alumbraba sus hombros hasta que brillaban con la humedad. El rumor de la costa se volvió más intenso, aunque seguía lejos de allí cuando se detuvo delante de una de las casas más pequeñas que bordeaban el camino, construida en mitad de un jardín separado del tránsito por una cerca de madera. Examinó el lugar para cerciorarse de que no se equivocaba, abrió la cancela y llamó suavemente a la puerta.

Tras esperar el tiempo suficiente para que cualquier hombre en circunstancias normales repitiera la llamada, oyó que la puerta se abría, aunque era imposible ver quién lo hacía, porque el pasillo estaba a oscuras.

—¿Vive aquí la señorita Savile? —preguntó Barnet al azar.

Una voz infantil le contestó que sí y, tras un momento de reflexión, lo invitó a que

pasara. Enseguida encendería la luz, dijo. Y explicó que, como era una noche de lluvia, su madre había pensado que no valía la pena prender la lámpara del pasillo.

—No te molestes en encender ninguna luz por mí —se apresuró a decir Barnet—. No es necesario en absoluto. ¿Dónde está la sala de la señorita Savile?

La pequeña, vestida con un mandil blanco apenas perceptible en la oscuridad, señaló una puerta al fondo del pasillo, y Barnet echó a andar sin pérdida de tiempo, para evitar que la luz le iluminase el rostro. Entró en la estancia, cerró la puerta a sus espaldas y se detuvo hasta que oyó alejarse los pasos de la niña.

Se encontró en una sala bien cuidada y sencilla, aunque no pobremente amueblada. Todo en ella, desde el chifonier en miniatura hasta el pequeño daguerrotipo que constituía el principal ornamento de la repisa de la chimenea, estaba escrupulosamente ordenado. Un marco de cartulina bordada —sin duda obra de unas manos femeninas— encuadraba el semblante delgado de un anciano teniente de marina. Por detrás de la lámpara de mesa se incorporó la silueta de una joven que guardaba un apreciable parecido con el rostro del retrato. Estaba tan absorta en alguna ocupación que apenas tuvo tiempo de reparar en la llegada de su visitante.

Se miraron unos segundos sin hablar. El rostro que Barnet tenía delante era de un corte muy hermoso. El contorno ovalado de estilo rafaelesco era infrecuente en un semblante inglés, y más en uno alojado en un remoto camino rural que llevaba a un puerto desconocido. Sus rasgos, sin embargo, no hacían justicia a tan espléndido comienzo. La naturaleza era consciente de que no estaba en Italia, y las facciones de la joven, sin ser desproporcionadas hasta el punto de restarle atractivo, podían tenerse más por agradables que por perfectas. La expresión preocupada que, como las imágenes en la retina, se demoró un instante después de que la causa que la había producido se diluyera, se tornó entonces en gesto reservado, no exento de orgullo y de leve indignación, al tiempo que la sangre se aprestaba a teñir las mejillas y un brillo repentino iluminaba la sombra de los ojos más bien apagados.

—Sé que nada se me ha perdido aquí —dijo Barnet, en respuesta a esa mirada—. Pero tenía un gran deseo de verla y de saber cómo estaba. ¿Puede darme la mano que tantas veces tuve entre las mías en tiempos pasados?

—Yo prefiero olvidar ese recuerdo por completo, señor Barnet —respondió la joven, que no obstante accedió con frialdad a esta petición—. Cuando pienso en las circunstancias que rodearon nuestro último encuentro, difícilmente puedo tener por una amabilidad de su parte cualquier alusión a un pasado común, y mucho menos esta visita.

—No hay ningún mal en ello. No la importuno con frecuencia, Lucy.

—No he tenido el honor de su visita desde hace mucho tiempo, y lo cierto es que no la esperaba —contestó ella, con el mismo envaramiento—. Espero que la señora Barnet se encuentre muy bien.

—¡Sí, sí! —dijo él con impaciencia—. Al menos eso supongo, aunque es pura deducción.

—Pero ella es su mujer, señor —replicó la joven con voz trémula.

El insólito timbre de una voz masculina en aquella estancia femenina sobresaltó al canario, encaramado al palo de su jaula junto a la ventana; el pájaro se despertó precipitadamente y batió las alas contra los barrotes. Ella fue a tranquilizarlo, acercando una mejilla a la jaula y murmurando unas palabras de consuelo. Es posible que en parte las dijera para su propia tranquilidad.

—No he venido a hablar de la señora Barnet —prosiguió él—. He venido a hablar de usted, solo de usted. A interesarme por cómo se encuentra a raíz de su terrible pérdida —dijo. Y se volvió a mirar el retrato paterno.

—Me encuentro bastante bien, gracias.

La actitud de la joven no se compadecía con la firmeza de su afirmación, pese a lo cual Barnet se reprochó amablemente no haber adivinado algo tan natural y, para disipar todo asomo de incomodidad, se inclinó sobre la mesa y añadió:

—¿Qué estaba haciendo cuando he llegado? ¿Pintar flores a la luz de la vela?

—No. No las pintaba, solo dibujaba los contornos. Lo hago de noche para ganar tiempo. Tengo que tener listas tres docenas para finales de mes.

Barnet hizo un gesto de hondo pesar.

—Se agotará la vista —dijo, con más sentimiento del que hasta entonces había mostrado—. Eso no le conviene. Yo tendría que habérselo advertido en otro tiempo. Lo cierto es que, cuando pienso en lo ocurrido, casi desearía no haber visto jamás la luz con mis propios ojos.

—¿Es éste el momento o el lugar de recordar esas cosas? —dijo ella con dignidad —. Siempre se portó usted con respeto y caballerosidad, conmigo y consigo mismo. No vuelva a hablar de ese modo, y no vuelva nunca por aquí. No puedo creer que ésta sea una visita seria o que lo haya considerado usted con atención.

—¿Considerado? Bueno, he venido a verla como un viejo y buen amigo… Por decirlo sin rodeos, no he venido a visitar a una mujer a la que amé. ¡No se enfade! No he podido evitarlo; son muchas las cosas que me hacen pensar en usted… Esta noche he coincidido con un conocido y, al verlo tan feliz con su mujer y sus hijas, que lo esperaban en casa con tanta ilusión, aunque no tiene ni la décima parte de mis ingresos y oportunidades, he pensado cuál podría haber sido mi situación, he faltado a mi discreción y he venido aquí. Ahora tengo la sensación de haberme equivocado en cierto modo, pero el impulso de verla y de hablar de las cosas que teníamos en común ha podido más que yo.

—Para que eso pueda ocurrir tiene que pasar un poco más de tiempo —respondió sin alterarse la señorita Savile—. El tiempo suficiente para que yo pueda considerar con calma lo que hoy todavía recuerdo con demasiada impaciencia, aunque es posible que usted ya lo haya olvidado. Lo cierto es que debió de olvidarlo mucho antes de actuar de esta manera. —Su voz cobró más fuerza y más vivacidad al añadir—: Pero yo también hago cuanto está en mi mano por olvidarlo, y a juzgar por los progresos realizados, estoy segura de conseguirlo.

No se había movido hasta ese momento. Dicho esto dio media vuelta y se sentó de perfil.

Barnet la observó con tristeza.

—Sí, lo tengo bien merecido —asintió—. La ambición se apoderó de mí… ¡No, no fue ambición, fue terquedad! Si hubiera reflexionado… —exclamó con vehemencia—. Solo le pido que recuerde una cosa, Lucy. Si me hubiera escrito usted una sola línea tras ese malentendido, le aseguro que habría vuelto a su lado. ¡Esto ha sido mi ruina! —Se alejó unos pasos, todo cuanto el tamaño de la sala le permitía, y fijó la vista en el rodapié.

—Pero ¿cómo iba yo a escribirle, señor Barnet? Nada me daba pie para hacerlo.

—Pues tendría que haberlo hecho —respondió él, acercándose de nuevo—. ¡Fue culpa mía!

—Bueno, yo no sé nada de eso, pero nunca dije nada que requiriese una explicación por carta, y por eso no mandé ninguna. Todo era muy vago, y al saber que su posición era muy superior a la mía, me figuré que había malinterpretado su actitud. Y cuando supe de esa otra dama, una mujer de la que incluso su familia de usted podía sentirse orgullosa, pensé que había sido una estúpida y no quise decir nada.

—En ese caso supongo que fue el destino, un accidente, no sé cómo llamarlo, lo que nos separó, querida Lucy. Sea como sea, era usted la mujer a la que tendría que haber tomado como esposa, y dejé que se me escapara, ¡tonto de mí!

—Por favor, señor Barnet —dijo ella casi llorando—, no me diga eso. Yo no soy la persona indicada para consolarlo, piénselo bien. No debería estar aquí, ¡sería una gran desgracia para mí si llegara a saberse!

—Lo sería, lo sería sin duda —se apresuró a asentir—. No está bien que haga esto y no volverá a ocurrir.

—Es un desatino muy común en la naturaleza humana, sabe usted, pensar que el camino que uno no tomó habría sido el mejor —prosiguió ella con amable solicitud, mientras lo acompañaba a la puerta de la sala—. No sabe si yo lo habría aceptado, aunque me hubiese pedido que fuera su mujer. —En ese instante sus ojos se encontraron, y Lucy bajó la mirada. Era consciente de que su voz la delataba. Hubo un silencio hasta que levantó la vista para añadir, en tono alegre y tranquilizador—: Mi familia era mucho más pobre que la suya, incluso antes de la muerte de mi querido padre, y… es posible que su gente no lo hubiera aceptado, a la vista de mis carencias.

—Estoy seguro de que no habría tardado en ganárselos con su carácter —dijo Barnet.

—Mi carácter es lo de menos a estas alturas —respondió ella con aire de superioridad—. ¡Procure hacer las paces con su mujer! Ésas son mis órdenes. Yahora, haga el favor de dejarme inmediatamente.

—Así lo haré. Tengo que procurarlo por todos los medios —contestó, más

animado que hasta el momento—. Pero ¡nunca encontraré a una muchacha tan encantadora como usted! —Y con estas palabras, sin más, abrió la puerta y la dejó a solas. Cuando volvió a ver las farolas que jalonaban el lúgubre camino, sus ojos se habían llenado de motas de luz semejantes a briznas de paja que irradiaban sus llamas al aire.

Al otro lado de la carretera, vio a un hombre debajo de un paraguas que iba andando en paralelo. Poco a poco se fue acercando hasta alcanzar a Barnet. Resultó ser Charlson, un médico del pueblo que le debía dinero. Aunque era un hombre no exento de habilidad, Charlson no había prosperado en la vida. Diversas circunstancias se habían interpuesto en su práctica profesional. Se encontraba en una situación de necesidad; no era un consentido, chismorreaba con los hombres en lugar de con las mujeres, se había casado con una extranjera en vez de con una joven del pueblo, y era propenso a las payasadas. Su físico tampoco lo beneficiaba. No había heredado los únicos rasgos favorecedores de la familia, la mirada serena y los labios rectos, finos y desapasionados, que jamás se movían en público, ya fuera para reírse o para mostrar desdén. Tenía la boca en curva y unos ojos negros y enérgicos que ponían nerviosas a las personas tímidas. Sus compañeros eran lo que entonces se llamaba amigos del alma, una expresión que, aunque de irreprochable raíz, sugiere una relación de confraternidad llevada al extremo de la falta de escrúpulos. Todo esto obraba en contra de él en su localidad de adopción.

Charlson había tenido algunas dificultades. Barnet, por hacerle un favor, le ofreció su aval para solicitar un préstamo y, tal como esperaba, tuvo que saldar la deuda cuando llegó el momento de su vencimiento. Era cuestión de solo cincuenta libras, una cantidad que Barnet bien podía permitirse perder, y no guardaba ningún rencor al médico por su tendencia al derroche. Pero Charlson tenía un talante atolondrado y no era precisamente una compañía deseable.

—Espero poder saldar ese asuntillo pendiente en el plazo de tres semanas, señor Barnet —dijo con campechanía.

Barnet respondió afablemente que no había ninguna prisa.

Esas tres semanas iban siempre por delante de Charlson con la precisión de una sombra.

—He tenido un sueño —continuó Charlson. Barnet supo, por el tono empleado, que el médico se disponía a contar alguna majadería, como tenía por costumbre, y no quiso darle pie—. He tenido un sueño —repitió Charlson, que no necesitaba que lo animasen—. He soñado que un caballero, que siempre ha sido muy amable conmigo, contrajo matrimonio precipitadamente con una mujer altiva, antes de haber olvidado a una muchacha muy simpática a la que había conocido primero, y que una noche lluviosa, como ésta, cuando iba yo por el camino del puerto, lo veía salir de casa de esa joven tan querida para él.

Barnet miró al médico. El resplandor de una farola envuelta en la llovizna atravesó el paraguas de Charlson lo suficiente para iluminar sus facciones a contraluz

y revelar un movimiento ascendente de los párpados inferiores para lanzar una mirada aviesa, con jocosa picardía, empujando la lengua contra uno de sus carrillos.

—No vuelva a decir eso —dijo Barnet con mucha gravedad.

—No, no, claro que no —se apresuró a aclarar Charlson, viendo que su humor lo había llevado demasiado lejos, como en tantas ocasiones. Se deshizo en disculpas, pero Barnet no dijo nada. De una sola cosa estaba seguro: de que el escándalo es una planta que arraiga en un abrir y cerrar de ojos, y de que tenía que obedecer el mandamiento de Lucy por el bien de Lucy.

III

Así lo hizo, al pie de la letra, y aunque el azafrán de primavera sucedió a la nieve y el narciso al azafrán de primavera en el jardín de Lucy, y el camino del puerto era un paseo muy agradable, Barnet jamás volvió a pisarlo, y mucho menos a acercarse a su puerta. Evitaba pasar por allí como se evita un sueño peligroso, y encaminaba sus pasos en dirección contraria, entre los campos de cultivo estrictamente parcelados, por donde nunca pasaba nadie. A veces bordeaba por las sendas más bajas de los alrededores, donde se encontraban las atarazanas que en otro tiempo habían pertenecido a su familia, y veía a los cordeleros andando de espaldas, impedidos por los manzanos y los arbustos e importunados por las vacas y los terneros, como si esa industria que allí se había establecido no fuese del agrado de la naturaleza.

Una mañana, cuando el sol calentaba tanto que producía vapor en las laderas de los montes alzados de un modo tan hermoso sobre los viejos tejados, y las chimeneas de las casas lanzaban una humareda comparable a la que se vio en Tofet[1], Barnet se puso a mirar por una ventana del Ayuntamiento, sin interés por lo que sucedía entre sus paredes. Varios miembros de la corporación municipal andaban por allí, pero no había mucho que hacer, y minutos más tarde Downe pasó a saludarlo, diciendo que últimamente nunca lo veía.

Barnet reconoció que se dejaba ver poco.

Downe se fijó en la cortina granate que cubría el cristal y les teñía el rostro de cálidos colores, y acto seguido miró por la ventana. En ese momento pasaba por la calle una mujer alta e imperiosa, en quien el abogado reconoció a la mujer de Barnet. Barnet también la había visto, y se había vuelto de espaldas.

—Ya verá cómo todo se arregla algún día —dijo Downe, con simpatía y afán de levantar el ánimo de su amigo.

—¿Está al corriente de su último arrebato?

El buen humor de Downe se trocó al instante en todo lo contrario.

—No, no he tenido noticia de nada reseñable —dijo, poniendo una cara tan larga como era posible y natural adoptar en tan breve lapso de tiempo—. Apenas he oído vagos rumores.

—Es posible que a usted le parezca bien —replicó Barnet secamente—, pero yo tengo una opinión muy distinta… No, Downe, afrontemos la situación. Ni adormidera ni mandrágora. Pero, dígame, ¿cómo están su mujer y las niñas?

Downe respondió que muy bien, gracias. Esa mañana habían salido. Se había acercado con intención de verlas. Ah, ahí estaban, bajando la calle. Y señaló a dos niñas, con una niñera, y a la mujer que iba tras ellas.

—¿Quiere salir a saludarla? —preguntó.

—Hoy no —dijo Barnet—. Lo cierto es que no tengo ganas de hablar con nadie.

—Es usted demasiado sensible, señor Barnet. Recuerdo que en el colegio siempre se ponía como un tomate cuando alguien decía algo que hería sus sentimientos.

—Sí —musitó Barnet—. Hay algo de verdad en lo que dice. Por eso siempre intento hacer las paces en casa. Si lo consiguiera, la vida sería al menos tolerable, aunque siguiera sin ser especialmente luminosa.

—He pensado un par de veces en proponerle un pequeño plan —dijo Downe con cierta vacilación—. No sé si lo verá con buenos ojos, pero puede tomarlo o dejarlo, a su elección. De hecho, es mi mujer quien lo ha sugerido. Dice que le gustaría mucho visitar a la señora Barnet y tener más confianza con ella. Cree que está muy sola en el pueblo, y no tiene quién la aconseje. Piensa que atenderá a razones. Emily tiene un don para ganarse el cariño de las personas de su mismo sexo.

—Y de las del otro también, me parece a mí. Es una mujer encantadora, y usted ha tenido mucha suerte al encontrarla.

—Sí, puede que sí —sonrió Downe, procurando adoptar el aire de quien no tiene motivo alguno para enorgullecerse—. El caso es que tal vez ella pueda averiguar por qué la señora Barnet está tan inquieta. Podría tratarse de un malentendido, ya sabe usted, algo que no se atreve a pedirle por orgullo, o algún detalle de su parte que le causa irritación porque no llega a comprenderlo bien. La verdad es que Emily está más que dispuesta a intentarlo si tuviera la certeza de que la señora Barnet la juzgará digna de su amistad, estando acostumbrada a tratar con gente de Londres de muy buena posición. Eso hace que Emily no se atreva a entrometerse.

Barnet le dio las gracias de todo corazón por la buena intención de la propuesta. La señora Downe tenía razones para mostrarse temerosa… eso lo reconocía.

—Pero que vaya a verla —dijo—. No hay otra mujer en Inglaterra en quien yo confiaría más para un asunto de esta naturaleza. Me temo que el resultado no será brillante. Aun así, lo acepto como una muestra de la máxima bondad y simpatía, si está dispuesta a intentarlo sin temor a verse rechazada.

Cuando se despidieron, Barnet fue a la Caja de Ahorros, de la que era consejero, y trató de olvidar sus cuitas en la contemplación de pequeñas cantidades de dinero y números anotados en una tabla de líneas rojas y azules.Estando allí sentado, se fijó en los trabajadores que iban a hacer los depósitos que él mismo firmaba periódicamente. Esa tarde, antes de que se hubiera marchado, Downe volvió a asomar la cabeza por la puerta.

—Emily ha visto a su mujer —anunció en voz baja—. La señora Barnet le ha prometido que mañana la llevará a dar un paseo en coche por la costa, si hace buen tiempo. ¡Buenas tardes!

Barnet estrechó la mano de Downe sin decir nada, y Downe se fue de inmediato.

IV

El día siguiente hacía buen tiempo, tal era el requisito del acuerdo. Cuando el sol cruzó el meridiano y emprendió su descenso hacia el oeste, las altas sombras de los postes de los andamios de la residencia en construcción de Barnet se proyectaban hasta el centro de la carretera. El propio Barnet estaba allí, supervisando el avance de las obras por primera vez en varias semanas. Un edificio en un pueblo anticuado no se levantaba hace treinta y cinco años de la noche a la mañana como una cabina de feria, al estilo moderno. Los cimientos y las plantas inferiores se dejaban asentar por espacio de muchas semanas antes de construir la estructura superior, y todo un verano de secado apenas bastaba para hacer justicia a los complicados procedimientos del trabajo. Barnet se encontraba en el vano de una ventana, todavía sin marco, que miraba a una pendiente del camino. Oyó las ruedas de una silla de paseo y acto seguido vio pasar a su atractiva Jantipa[2] en compañía de la señora Downe, camino de la costa. Iban despacio. Una luz muy agradable iluminaba las facciones de la mujer del abogado y parecía reflejarse débilmente en el rostro de su compañera: esa *politesse du coeur*[3] que tan natural le era a la señora Downe quizá ya había empezado a dar sus frutos. Fuera cual fuese la situación, Barnet estaba resuelto a no interferir y a no hacer nada que pudiera poner en peligro la promesa del día. Hacía bien en dejar el asunto en manos de otra persona, puesto que hasta la fecha lo único que había conseguido era perjudicarse. La mano con que su mujer sujetaba la rienda, enfundada en un guante de color limón, su figura erguida, envuelta en terciopelo y encaje, y su rostro de marcados contornos pasaron de largo, mostrando a la dueña de tales atributos como una mujer que siempre estaría por encima de su compañera, en lo social, por su esmerada educación, y en lo material, por ir sentada sobre un cojín más alto.

Decidió dejarlas un rato a solas, y bajar luego dando un paseo hasta la costa para llevarlas a casa. Se quedó así una hora más en la casa antes de cumplir con esta intención. A unos cientos de metros del Château Ringdale se encontraba la casa donde vivía la hija del difunto teniente. Barnet llevaba mucho tiempo sin pasar por allí y, al acercarse a ese terreno prohibido, experimentó una extraña calidez interior y comprendió que, si no se andaba con cuidado, volvería a verse en pugna consigo mismo por culpa de Lucy. Ese día, sin embargo, tenía una mínima excusa para justificar su presencia en el camino.

Al pasar por delante de la vivienda volvió la vista un momento al pequeño jardín

que se extendía desde la cerca de madera hasta la entrada. Allí estaba Lucy, inclinada para recoger unas flores, posiblemente con el propósito de pintarlas, pues se movía con premura, como deseosa de ahorrar tiempo. Ella no lo vio. Podía haber pasado de largo, pero una sensación que no armonizaba estrictamente con los sentimientos anteriores del día lo llevó a detenerse para observarla. Se movía con agilidad entre los arriates de anémonas, tulipanes, junquillos, petunias y otras flores pasadas de moda, y Barnet pensó que estaba encantadora con su tocado de medio luto y un ramillete incompleto en la mano izquierda. Al incorporarse tras arrancar un ramo de lilas vio a Barnet.

—¡Señor Barnet! —dijo, sonriendo con inocencia—. He pensado en usted muchas veces desde que vi pasar a su mujer en el faetón, ¡y aquí está!

—Sí, Lucy.

Ella dio muestras de recordar los detalles de su último encuentro, y Barnet creyó que se ruborizaba, aunque quizá fueran imaginaciones suyas, derivadas de un exceso de sensibilidad.

—Voy al puerto —añadió.

—¿Ah sí? —dijo Lucy con sencillez—. Mucha gente empieza a ir ahora que se acerca el verano.

Se había aproximado mientras hablaba, y Barnet notó que estaba mucho más pálida y delgada que la última vez.

«Lucy, ¡parece muy cansada! ¿Puedo ayudarla?», estuvo a punto de gritar, pero pensó que eso sería la ruina para ambos. Se limitó a decir que hacía muy buena tarde y siguió su camino.

De pronto notó una ráfaga de viento que bajaba del monte, como si quisiera contradecir sus palabras y estropear la hasta entonces apacible escena. El viento había cambiado bruscamente, y traía consigo el olor del mar.

El camino del puerto pronto empezó a justificar su nombre. Se abrió una brecha entre las montañas que ocultaban el mar, y a la izquierda se alzó un acantilado vertical teñido por el sol de un naranja muy intenso, mientras la sombra bañaba de una tonalidad violácea el acantilado de la derecha. Entre ambas paredes, como la bahía libia que dio abrigo a los troyanos tras el naufragio de sus naves, había un pequeño puerto que parecía el comienzo natural de una dársena perfecta: quien lo veía tenía la impresión de que bastaba un pequeño esfuerzo humano para completarla y hacerla famosa; el terreno que, a ambos lados, llegaba hasta las laderas cubiertas de margaritas que enmarcaban el valle interior, estaba formado por una simple capa de arena arrastrada por el viento. Los vecinos de Port-Bredy, a un kilómetro y medio tierra adentro, habían respondido muchas veces a lo largo de diez siglos a esa llamada silenciosa, pero lo único que habían conseguido era que las mareas sepultaran invariablemente sus esfuerzos bajo la arena y los guijarros poco después de terminar las obras. No había muchas casas en aquella zona: un tosco embarcadero, un puñado de barcos, algunos almacenes, una posada, un par de residencias y un queche que

descargaba en el muelle eran los principales rasgos. En un espacio abierto, muy cerca de la costa, Barnet vio la silla de paseo de su mujer, vacía, y al muchacho que esperaba con el caballo sujeto de la brida.

Al acercase un poco más, distinguió un punto de color índigo que se movía muy deprisa al pie del radiante acantilado oriental y que resultó ser un hombre, vestido con un jersey, que venía corriendo con todas sus fuerzas. Levantó la mano haciendo una señal a Barnet, y se acercaron el uno al otro. Era un vecino del lugar, aunque Barnet no lo conocía.

—¿Qué ocurre, amigo? —preguntó Barnet.

—¡Una terrible calamidad! —explicó apresuradamente el barquero. Dos señoras se habían quedado atrapadas en una barca, la señora Downe y la señora Barnet, del pueblo antiguo. Habían llegado por la tarde y, como hacía tan buen tiempo, después de dar un paseo habían querido navegar por los alrededores del acantilado. Justo cuando regresaban a la orilla, el viento había cambiado de repente, la barca había volcado y se temía que las dos se hubiesen ahogado. No alcanzaba a imaginarse el barquero cómo había podido ocurrir, porque John Green era un buen marinero, como todos los hombres del lugar.

—¿Dónde está la barca? —preguntó Barnet.

Estaba justo al otro lado del acantilado.

—Vaya corriendo a buscar el carro y dígale al muchacho que lo traiga cuanto antes. Luego vaya a la posada del puerto y pídales que avisen al pueblo para que venga un médico. ¿Las han sacado del agua?

—Solo a una.

—¿A quién?

—A la señora Barnet. Se teme que el mar se haya llevado a la señora Downe.

Barnet bajó corriendo a la zona de la orilla que el acantilado no le había dejado ver hasta ese momento, y divisó a lo lejos a un grupo de pescadores. Un par de pescadores lo reconocieron nada más verlo y, no queriendo encontrarse con él, se apartaron con recelo. Al llegar donde estaba el grupo, Barnet vio un pequeño velero varado en la orilla y, en la pendiente de la playa, cubierta de guijarros, la silueta de su mujer empapada y manchada de arena, con su vestido de terciopelo y sus guantes amarillos.

V

Se hizo todo cuanto podía hacerse. La señora Barnet ya estaba en su casa, al cuidado de los médicos, aunque el desenlace seguía siendo incierto. Barnet se condujo entretanto como si la devoción por su mujer fuera la pasión dominante de su existencia. Hubo mucho que decidir: si reanimar el cuerpo aparentemente sin vida que yacía en la orilla, si llevarla a la posada del puerto o, por el contrario, trasladarla

a su casa de inmediato. La primera decisión, a falta de la ayuda de un especialista y de los instrumentos necesarios, se juzgó inútil. La segunda habría requerido casi tanto tiempo como el viaje hasta el pueblo, puesto que había que subir la pendiente de guijarros y luego cruzar el puerto en barca para llegar a la posada, a lo que había que añadir el compás de espera hasta la llegada del médico. Al trasladarla a su propia casa en la silla de paseo se perdieron momentos muy valiosos, pero en cuestión de siete minutos la habían acostado en su cama, un médico estaba con ella y le habían practicado todas las maniobras de reanimación posibles.

¡Como una exhalación condujo Barnet el carro por el camino de vuelta, bajo la luz dorada del atardecer, entre las sombras que aleteaban cansinamente cada vez que algún objeto se interponía entre él y el sol del oeste! Los que volvían a casa fatigados, con sus cestos a la espalda, se paraban a mirarlo, sorprendidos de la velocidad. A mitad del camino entre la costa y Port-Bredy se había encontrado con Charlson, que fue el primer médico en enterarse del accidente. Iba en una calesa, acompañado de su ayudante. Barnet envió a este último a la costa, con la idea de que para entonces quizá hubieran recuperado el cuerpo de la pobre mujer de Downe, y se fue a casa con Charlson.

Barnet no hacía ninguna falta allí, y pensó que tenía el deber de salir en busca de Downe, para ser él quien le diera la noticia.

Estaba seguro de no haber dejado pasar ninguna oportunidad de salvar a la señora Downe por alejarse del lugar del accidente. Una vez instalada la señora Barnet en el coche, se había formado un grupo suficiente para emprender la búsqueda de la otra mujer, por lo que su presencia era superflua. Ni que decir tiene que el deber de transmitir la noticia se le hacía doblemente doloroso, puesto que la desgracia que acababa de acontecer a la señora Downe era lisa y llanamente consecuencia de la amabilidad y el aprecio que ella y su marido le profesaban.

Encontró a Downe en su despacho. Al comprender la situación, el abogado palideció, se puso en pie y se quedó un momento completamente inmóvil, como privado de sus facultades; seguidamente se estremeció, sacó su pañuelo y rompió a llorar como un niño. Sus sollozos se oían en la habitación contigua. No parecía tener la menor intención de ir a la costa, ni de hacer nada en absoluto, pero cuando Barnet lo cogió de la mano suavemente y le propuso partir de inmediato, aceptó en silencio, sin pronunciar una sola palabra ni hacer esfuerzo alguno por contener el llanto.

Barnet lo acompañó hasta el lugar del accidente y, al saber que aún no se tenía el menor rastro de la desaparecida, y que de nada serviría quedarse allí, dejó a Downe en compañía de sus amigos y el joven médico y una vez más regresó al pueblo sin pérdida de tiempo.

En la puerta de su casa se encontró con Charlson.

—¡Bien! —dijo Barnet.

—Acabo de bajar —respondió el médico—. Hemos hecho todo lo posible, pero no ha dado resultado. Mis condolencias.

Barnet no apreciaba la compasión de Charlson, y le sonó como una burla por venir de los labios de un hombre que estaba al corriente de su complicada situación conyugal. Incluso creyó advertir un extraño brillo en los ojos oscuros del médico mientras decía estas palabras, aunque quizá fueran figuraciones suyas.

—Y, señor Barnet —añadió Charlson—, ese asuntillo que tenemos pendiente. Espero resolverlo definitivamente en el plazo máximo de tres semanas.

—Eso no tiene ninguna importancia en este momento —replicó Barnet con brusquedad. Ordenó al médico que fuera al puerto, por si pudieran necesitarlo allí, y entró en su casa.

Los criados salieron de la habitación de su mujer y lo miraron con impotencia; también se miraban los unos a los otros con la misma expresión. Pasó junto a ellos, entró en la estancia y se quedó unos minutos contemplando la figura acostada en la cama; después fue a su vestidor, en la puerta contigua, y se puso a dar vueltas. Transcurridos uno o dos minutos reparó en el silencio total que reinaba en la planta superior de la casa; sus propios movimientos, amortiguados por la alfombra, parecían inaudibles, y tuvo la sensación de que sus pensamientos perturbaban el aire como frases articuladas. Volvió la vista a la ventana. Un tejado a lo lejos, en el camino del puerto, reclamó su atención: del tejado se alzaba una chimenea roja, y de la chimenea un penacho de humo, como si un fuego hubiese vuelto a avivarse. Había visto esa imagen en muchas ocasiones. En aquella casa vivía Lucy Savile, y el humo procedía del fuego que ella encendía todos los días a esa misma hora para hacer el té.

Volvió entonces al dormitorio de su mujer y estuvo un rato contemplando su silueta muda. Ella era unos años mayor que él, aunque ni mucho menos había perdido su atractivo y su vigor. Sus rasgos enérgicos, bien definidos, firmes y esculturales en vida, parecían serlo doblemente ahora: la boca y la frente, enmarcadas por el pelo negro caoba, revelaban a las claras que la turbulencia de ese carácter que había convertido su hogar en una casa de locos no era una fase temporal en su existencia. En sus meditaciones, Barnet se preguntó de pronto si de verdad se había hecho todo lo posible.

Lo asaltó esta idea al observar que las facciones de su mujer no tenían la expresión definitiva que había visto otras veces en los rostros de aquellos cuerpos que el alma ha abandonado para siempre. La extinción de la vida no parecía tan acusada, y se dijo que, de haber entrado allí sin saber nada de lo ocurrido, habría pensado que estaba dormida. Tenía el color del cutis como esos retratos apagados de sir Joshua Reynolds, pálido en comparación con la vida, pero si se observaba con atención aún se advertía un leve rubor; conservaba cierta tonalidad en las mejillas y en las cavidades del rostro, aunque no hubiese verdadero color. Los rayos largos y anaranjados del sol entraban a hurtadillas por las rendijas de las persianas, incidían en el espejo y se reflejaban en las colgaduras de color granate y en el recio cabecero de la cama de madera tallada: gracias a este efecto, el tono de la luz era de una calidez extraordinaria, y es posible que algo influyera en la tonalidad que creía ver en el

semblante de su mujer. Aun así, seguía pareciéndole extraño. Hacía más de un cuarto de hora que Charlson se había marchado: ¿era posible que hubiera desistido demasiado pronto y que sus intentos de reanimación hubieran tenido un efecto tan lento que solo entonces empezaran a hacerse visibles? Barnet puso una mano en el pecho de su mujer y le pareció que una palpitación leve y suave, como las alas de una mariposa, alteraba de vez en cuando la quietud del cuerpo, se interrumpía temporalmente, pugnaba por reanudarse, fallaba por la debilidad y cesaba de nuevo.

La madre de Barnet había practicado activamente el arte de la curación entre sus vecinos más pobres, y toda su inspiración la había sacado de un volumen en octavo de medicina doméstica que en ese momento, como hacía tantos años, se encontraba en un estante del gabinete de Barnet. Se apresuró a ir en su busca y, bajo el titulo de «Ahogamiento», leyó:

> Los ejercicios de reanimación de una persona que no haya estado sumergida más de media hora deben prolongarse un mínimo de cuatro horas, pues han sido muchos los casos en los que la vuelta a la vida se ha manifestado tras un intervalo aún mayor.
>
> De apreciarse alguna actividad de los órganos corporales cuando el caso parece casi perdido, han de redoblarse los esfuerzos para cuidar de esa pequeña llama que sin duda se apagará si se abandona la labor.

Barnet miró el reloj. Habían pasado dos horas y media escasas desde que tuvo noticia del accidente. Dejó el libro y dio media vuelta para coger un estimulante que ya había empleado en ocasiones anteriores. Mientras subía la persiana para tener más luz, miró un momento por la ventana. Vio aquella chimenea roja que seguía humeando alegremente en su tejado, y se imaginó a la persona que vivía allí. Sus movimientos mecánicos se interrumpieron y su mano se detuvo en el cordón de la persiana como si le faltase el aliento, como si de repente se sorprendiera andando sobre una cuerda tendida en el aire.

Un gorrión se posó en el alféizar, vio a Barnet y huyó volando. Al poco pasaron un hombre y un perro por uno de los montes cubiertos de verdor que asomaban sobre los tejados del pueblo. Pero Barnet no prestaba atención.

Quizá nos preguntemos qué imágenes exactas pasaron por su cabeza en el curso de esos minutos de contemplación de la casa de Lucy Savile, del gorrión, del hombre y el perro, y de nuevo de la casa de Lucy. Hay hombres honrados que no reconocerán en su fuero interno, siquiera como meras hipótesis, visiones del futuro en las que dan por realizada una hazaña que jamás se atreverían a acometer; y hay hombres igualmente honrados, para quienes la moralidad concluye en la superficie de sus pensamientos, que se entregarán a reflexionar sobre aquello que los primeros ni por asomo se atreven a imaginar. Barnet estaba casado con una mujer cuya presencia trastocaba por completo la vida doméstica; en ese momento yacía como si estuviera muerta. Le bastaba con no hacer nada —con no desmentir la noticia que ya se había propagado— para que se produjera una liberación que jamás había esperado y se abriera una oportunidad que hasta entonces no había soñado. No sabía si la coyuntura

era fruto de un impulso desaprensivo y poco meditado en Charlson, tendente a sacar de un apuro al amigo que tenía la amabilidad de no apremiarlo para resarcir su deuda. No había manera de demostrarlo, y tampoco podía hacerse esa pregunta. Lo único claro era la situación triangular: él, su mujer y Lucy Savile.

De las acciones de Barnet podemos inferir que, por un momento, «imaginó» tal o cual resultado, aunque no se detuvo a pensarlo. Apartó de la escena exterior sus ojos de color avellana, se volvió tranquilamente y tocó la campana para llamar al servicio, resuelto a averiguar si la vida seguía latiendo en aquel armazón inmóvil. Poco después llegó otro médico, y la suposición de Barnet resultó ser cierta. La vida se alzaba de nuevo lenta y tímidamente, si bien serían precisos muchos cuidados y mucha paciencia para retenerla y aún pasaría un tiempo considerable hasta que pudiera afirmarse con certeza que la señora Barnet se recuperaría. Cuando esto ocurrió, y no quedó espacio para la duda, Barnet abandonó la estancia. El humo azulado que salía de la chimenea de Lucy se había convertido en un hilillo imperceptible, y, mientras Barnet bajaba las escaleras, musitó para sus adentros: «Mi mujer estaba muerta y ha vuelto a la vida».

Downe no tuvo la misma suerte. Su mujer había pasado tres horas sumergida en el mar antes de que encontraran su cuerpo, y para entonces, como es natural, la vida se había extinguido por completo. Barnet fue derecho a casa de su amigo y allí se enteró del desenlace. El dolor de Downe era inconsolable, por momentos incluso se mostraba histérico. Fue muy poco lo que Barnet acertó a decir, pero, viendo que aquella casa asolada por la pérdida necesitaba de una mano que la guiase, resolvió hacerse cargo de la situación hasta que Downe se hallara en condiciones de tomar las riendas.

VI

Una tarde de septiembre, cuatro meses más tarde, cuando la señora Barnet se había restablecido por completo y la señora Downe no era ya más que un recuerdo progresivamente atenuado, un recadero se detuvo a descansar en la puerta de casa de Barnet y dejó su cesta en uno de los alféizares. Las farolas de la calle aún no estaban encendidas, pero había luz en el interior de la casa, y una sombra fugaz se filtraba de vez en cuando por la persiana y rozaba su brazo. De la misma estancia llegaban los ecos de lo que parecía un altercado violento. Pero el muchacho no entendía el sentido de las palabras, y siguió su camino.

Al cabo de diez minutos se abría la puerta de la casa de Barnet, y una mujer cubierta con un velo, ataviada con ropa de viaje, bajaba los escalones de la entrada. Un criado, desde el umbral, la vio alejarse con paso mesurado. Pasados unos momentos, Barnet salió a la puerta, donde seguía el criado.

—¿Ha dejado recado la señora de adónde iba? —preguntó.

—No, señor.

—¿Ha dado orden al cochero de que la recoja en alguna parte?

—No, señor.

—¿Se ha llevado la llave de la casa?

—No, señor.

Barnet entró de nuevo y se recostó en su butaca. Allí, en silencio y soledad, se puso a cavilar en las amargas emociones que colmaban su corazón. ¡Para eso le había devuelto a ella la vida, negándose la posibilidad de unirse a otra mujer! El resto de la tarde transcurrió sin que nadie lo importunase. Llegada la hora de acostarse dio permiso a los criados para que se retiraran y dijo que él se quedaría esperando a la señora. Y, nuevamente a solas, apoyó la cabeza en la mano y pasó horas dando vueltas a sus pensamientos.

El reloj dio la una, y las dos. Su mujer seguía sin dar señales de vida y, con impaciencia añadida al abatimiento, Barnet estuvo paseando de habitación en habitación por espacio de una hora más. La situación no era del todo nueva, aunque ella nunca había tardado tanto en regresar. Al final volvió a sentarse y se quedó dormido.

Se despertó a las seis de la mañana y vio que no había vuelto. Buscando en las habitaciones, descubrió que se había llevado un joyero que era suyo antes de la boda. A las ocho le entregaron una nota. Era de ella. Decía que se encontraba en casa de un pariente lejano, en las inmediaciones de Londres, y pedía que le enviasen de inmediato ciertas cajas y prendas de vestir. La nota la entregó un camarero del Hotel Toro Negro, y la señora Barnet la había escrito antes de emprender el viaje.

Esa misma tarde, tras haber cumplido con la petición de su mujer, Barnet salió a dar un paseo por el pueblo con sensación de alivio. Ese día se había celebrado una feria, y una luna grande y clara, suspendida sobre el más alto de los montes, iluminaba las casetas y los tenderetes que aún seguían en la calle, combinando sus rayos de un modo muy curioso con el resplandor de las farolas de nafta. El pueblo estaba a rebosar de personas llegadas de los contornos para disfrutar de la fiesta, y gracias a eso Barnet pudo pasear sin llamar la atención de nadie. Con un punto de inquietud, tomó el camino del puerto, llegó a la costa y una vez allí buscó el lugar donde su amable amiga, la señora Downe, había perdido la vida mientras que su mujer se había salvado. Una trémula estela de luz de luna surcaba el agua que en su día se tragó a las dos mujeres, y no había ni un alma en los alrededores.

Allí pensó en la personalidad de ambas, y acto seguido en la muchacha por la que ahora sentía un interés más afectuoso que cuando era libre para casarse con ella. Nunca, de manera consciente, había dado muestras con sus actos de la existencia de dicho interés. Había puesto todo su empeño en ocultar ese sentimiento para que en modo alguno pudiera influir en su actitud con su mujer, y lo cierto es que ella le había facilitado las cosas, ya que apenas reclamaba la atención de su marido, es más, siempre había mostrado el mayor desprecio por sus atenciones, dándole así la

satisfacción de saber que aquella ruptura nada tenía que ver con los celos, ni tampoco con ningún detalle de su comportamiento. A ella le traían sin cuidado él y sus sentimientos, como le había manifestado en tantas ocasiones; había sucedido simplemente que, en un momento de flaqueza, se había arrojado en brazos de un simple burgués, cuando podía haber aspirado a un par del reino. Sus frecuentes comentarios despectivos cobraban en ocasiones tal intensidad que él, profundamente herido, se había visto tentado de responder a tanta egolatría reconociendo que el amor que sentía por ella era tan exiguo como su posición social, pero se había abstenido, por prudencia, y ahora daba las gracias por haber obrado así.

Le pareció oír un ruido en los guijarros, a sus espaldas, por encima de la línea de la marea. Volvió la cabeza, y una tenue silueta juvenil apareció muy cerca de él. No le vio la cara, porque estaba de espaldas a la luna.

—¿Señor Barnet? —dijo la paseante con cohibida sorpresa. Era la voz de Lucy Savile.

—Sí —respondió él—. ¿Cómo puedo corresponder a este placer?

—He venido porque hacía una noche muy clara. Voy camino de casa.

—Me alegra que nos hayamos encontrado. Quisiera saber si me permitiría hacer algo por usted, si me daría una ocupación, puesto que soy un hombre ocioso. Tengo la convicción de que debo ayudarla, porque sé que apenas cuenta con amigos.

Lucy vaciló unos instantes.

—¿Por qué me dice eso? —preguntó.

—Con la esperanza de que sea franca conmigo.

—No me faltan amigos aquí, pero estoy a punto de hacer un pequeño cambio en mi vida. Quiero ser profesora de dibujo libre y perspectiva técnica, de una manera muy modesta, claro está, porque no me he educado para ejercer esa profesión. Pero estoy segura de que me gustará mucho.

—¿Ha encontrado una oportunidad?

—No exactamente, pero he puesto un anuncio, ofreciéndome.

—¡Lucy, debe dejarme que la ayude!

—En absoluto.

—No piense que eso puede comprometerla y no lo tome por indelicadeza. Soy consciente de nuestra situación. Es muy poco probable que encuentre usted trabajo como profesora en ese campo, por eso le ruego que me permita hacerle otro favor. Diga que sí y estará hecho.

—No. Si no encuentro trabajo como profesora de dibujo o como institutriz, me marcharé a la India con mi hermano.

—¡Ojalá yo también pudiera marcharme, a donde fuera, a cualquier parte con usted, Lucy, y dejar para siempre este lugar y todo lo que aquí ha ocurrido!

Lucy se puso a jugar con el extremo del lazo de su sombrero y al momento se apartó de golpe.

—No vuelva a decir eso —dijo, con una severidad no exenta de rabia—.

Sencillamente, me resulta imposible verlo a usted y mucho menos recibir ningún consejo suyo. No, gracias, señor Barnet. No puede hacer nada por mí en este momento y, como supongo que esta situación de incertidumbre terminará con mi partida a la India, me temo que nunca podrá. Si alguna vez pienso que puede usted hacer algo, me tomaré la molestia de pedírselo. Hasta entonces, adiós.

El tono con que pronunció estas últimas palabras fue equívoco, y mientras él trataba de dilucidar si había o no una dulce ironía entreverada en su voz, ella giró ágilmente sobre sus pies y lo dejó a solas. Barnet la vio empequeñecerse poco a poco por la húmeda franja de arena que dejaba la pleamar en su retirada, y, cuando por fin desapareció tras el acantilado para tomar la carretera del puerto, encaminó sus pasos en la misma dirección.

Que el único hilo capaz de retener a Lucy Savile en Inglaterra fueran las esperanzas depositadas en un anuncio era demasiado para Barnet. De vuelta en el pueblo fue derecho a casa de Downe, que ahora era un viudo con cuatro hijas. La joven prole huérfana se había acostado alrededor de un cuarto de hora antes, y, al entrar Barnet, encontró a su amigo solo. La estancia era la misma que a comienzos del año, esa tarde en que la familia se asomó a la ventana para esperar a Downe, éste resbaló en la reguera y su mujer lo trató con un cariño envidiable. La casa había perdido su pulcritud de antaño; se veían objetos en lugares que en modo alguno justificaban su presencia, como si los hubieran dejado allí un instante meses atrás y los hubieran olvidado desde entonces. No había flores; lo que debía estar guardado en las alacenas estaba amontonado en los aparadores, y en general se respiraba ese aire estancado que suele invadir el mutilado hogar del viudo.

Downe no tardó en entregarse al usual y prolijo lamento por su difunta esposa, y aun después de estallar en llanto prosiguió con locuacidad, como si un oyente fuera un lujo del que no podía privarse cuando lograba cazarlo.

—¡Ella era un tesoro incomparable, señor Barnet! Nunca verán mis ojos otro igual. Y ahora no tengo quien me cuide, quien me consuele en estos momentos tan duros. Y bien sabe usted, Barnet, cuánto necesita ese consuelo un hombre como yo. No está bien afligirse, porque su espíritu residía en otra parte… La tierna luz de su mirada así lo demostraba. Pero tengo por delante un tiempo aterrador, y nadie puede llenar el vacío que su pérdida ha dejado en mi corazón… nadie… ¡nadie! —Y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Era una buena mujer en el mejor de los sentidos —respondió gravemente Barnet, quien, aunque experimentó una sincera compasión por Downe al oír estas palabras, no podía dejar de pensar que una simple insinuación afectuosa habría sido mejor tributo a las incalculables virtudes de la señora Downe que aquel lamento de segunda categoría.

—Quiero enseñarle algo —dijo Downe, sobreponiéndose a su pena. Y sacó de un cajón una cuartilla con el boceto de un extravagante mausoleo—. Me lo ha enviado el arquitecto, pero no es exactamente lo que quiero.

—Veo que se lo ha pedido a Jones, el hombre que está construyendo mi casa —señaló Barnet, al ver la firma que llevaba el dibujo.

—Sí, pero no es lo que quiero. Quiero algo más imponente, algo parecido a una tumba que he visto en la catedral de San Pablo. ¡Otra cosa no haría justicia a mis sentimientos!

Barnet pensó que el proyecto ya era bastante imponente, incluso descabellado, por su ornamentación, pero se dijo que no tenía ningún derecho a criticar, y respondió con amabilidad.

—¿No cree, Downe, que debería vivir más pendiente de sus hijas en este momento, y suavizar el dolor del pasado pensando en el futuro de ellas?

—Sí, sí. Pero ¿qué más puedo hacer? —preguntó Downe, frunciendo la frente con desesperación.

Con temor y cautela se aventuró Barnet a formular el secreto propósito de su visita.

—¿No dijo un día que tenía que buscar una institutriz para las niñas?

Downe admitió que lo había dicho, pero que no encontraba la manera de hacerlo.

—La persona que me gustaría estará fuera de mis posibilidades. No. Creo que las enviaré a la escuela en cuanto tengan edad para ir solas.

—Yo tengo una propuesta mejor. La hija del difunto teniente Savile, Lucy, quiere ganarse la vida con la enseñanza. No le saldrá caro, y podría servirle a usted tan bien como cualquiera por espacio de seis o doce meses. Probablemente vendría a diario, si usted se lo pidiera, y podría ocuparse de poner orden en la casa.

—Creía que se había marchado —musitó el abogado—. ¿Dónde vive?

Barnet se lo dijo y añadió que, si estaba interesado, tenía que avisarla lo antes posible, antes de que se marchara.

—Si la ve, será mejor que no me nombre. Se ha formado una opinión muy rígida de mí, y eso podría predisponerla a no aceptar la oferta, si llegara a saber que yo la he recomendado.

Downe prometió que consideraría el asunto, y nada más se dijo en ese momento. Pero, cuando Barnet se levantó para marcharse, insistió en recordarle la sugerencia, antes de encaminarse a su casa solitaria con la satisfacción de haber llevado a cabo una prometedora acción diplomática en aras de una buena causa.

VII

Los muros de la nueva residencia ya estaban casi terminados. Debido a una extraña aunque no infrecuente reacción, los sentimientos de Barnet por aquella construcción innecesaria habían cambiado; empezó a interesarse por el progreso de las obras como quien retoma una tarea que ha descuidado durante mucho tiempo, pues, ya antes de su partida, su mujer se había cansado de aquel capricho. Además, la

casa constituía una excelente distracción para un hombre en sus tristes circunstancias, aislado en una pequeña ciudad de provincias sin nada que hacer. Barnet era quizá el primer varón de su familia que había pasado un día entero sin trabajar, y es posible que un instinto heredado descalifique a esta clase de hombres para llevar una vida de placentradoa inacción, a diferencia de aquellos para quienes la ociosidad no es un accidente personal sino una dilatada herencia que ha llegado a calar en su naturaleza.

Así, Barnet empezó a pasar muchas de sus horas ociosas en la casa nueva, y casi a diario estaba allí golpeando las juntas con la punta de su bastón para tomar la temperatura del mortero, contemplando la veta de la madera que cubriría el suelo y preguntándose sobre su procedencia, o imaginando en qué circunstancias se avivaría la lumbre en las chimeneas todavía sin estrenar. Un día vio pasar a tres niñas con una joven, y su súbita aparición le hizo ruborizarse visiblemente.

«Ah, ahí está —pensó—. Qué suerte.»

Lucy Savile y las niñas miraron con curiosidad la casa en construcción y a los hombres que allí trabajaban, y pasaron de largo. A partir de ese día se convirtió en una costumbre regular, aunque inconsciente, de Barnet espiar a la institutriz por los huecos de las ventanas aún sin instalar cuando pasaba con las niñas camino de la costa, cosa que hacía casi todas las tardes si hacía buen tiempo. En una de estas ocasiones, Barnet llevaba un rato dando vueltas por el rellano del primer piso, cerca del hueco que ocuparían las escaleras, cuando un pequeño sombrero apareció a ras del suelo, seguido de una cabeza menuda.

Barnet se retiró por una puerta y la niña subió los peldaños y llamó a sus hermanas y a la señorita Savile para que la siguieran. Otra cabeza asomó entonces, y una tercera, hasta que apareció la propia Lucy. La pequeña tropa correteó por las habitaciones sembradas de virutas, y Barnet salió a su encuentro.

Lucy lanzó una exclamación entrecortada: sentía mucho haber entrado sin permiso. No sabía que el señor Barnet estuviese allí. Al ver que las niñas subían, las había seguido.

Barnet contestó que se alegraba mucho de verlas.

—Permítame que les enseñe las habitaciones —dijo.

Lucy asintió pasivamente, y emprendieron la ronda por la casa. No había mucho que ver en aquel esqueleto desnudo, pero Barnet supo sacarle el mejor partido y explicar los distintos ornamentos que pronto se pondrían aquí y allá. Lucy hizo muy pocos comentarios, aunque parecía complacida con la visita, y finalmente se escabulló por las escaleras, seguida de las pequeñas.

A raíz de este encuentro, Barnet se aficionó todavía más a pasar el tiempo supervisando las obras. Las hijas de Downe no olvidaron aquella visita, y, cuando las ventanas se cubrieron de cristales y la elegante escalera desplegó sus amplios peldaños desde el vestíbulo, volvieron a entrar y a corretear infatigables por toda la casa, desde la planta principal hasta la buhardilla, mientras Lucy las esperaba en la puerta. Barnet, que rara vez dejaba pasar un día sin ir por allí, salió de la sala de estar.

—No he podido retenerlas —se disculpó Lucy, ruborizada—. Lo he intentado por todos los medios, pero son muy obstinadas, y tenemos que pasar por aquí obligatoriamente para ir a la costa.

—Permítales que conviertan la casa en un patio de recreo, y haga usted lo mismo —dijo Barnet—. No hay mejor lugar que una casa vacía para que los niños retocen y se desfoguen, sobre todo cuando llueve y todo se llena de barro; pronto empezará a llover. Esta casa tardará mucho tiempo en estar amueblada, incluso puede que nunca llegue a estarlo. Aún no me he decidido.

—Pues ¡tiene que hacerlo! —exclamó Lucy, recorriendo el vestíbulo con la mirada—. Las habitaciones son excelentes, el doble de altas que las nuestras, y las vistas son maravillosas.

—Sí, yo también lo creo —contestó él con aire distraído.

—¿Serán nuevos todos los muebles?

—¿Si serán nuevos? La verdad es que no lo he pensado. Solo vengo a pasar el rato. La casa de mi padre tiene un tamaño suficiente para mí, pero otra persona tenía voz en este asunto, y se empeñó en construir. El caso es que me voy acostumbrando. Últimamente asocio esta casa con momentos muy gratos, y está empezando a gustarme.

Cierta inquietud en Lucy delató que la conversación había tomado un cariz demasiado personal.

—De todos modos, los gustos modernos requieren más espacio para satisfacerlos —respondió. Se retiró en busca de las niñas y, tras desearle buenas tardes, con serenidad, siguió su camino.

La vida de Barnet era singularmente solitaria en esta época, y sin embargo se sentía más feliz de lo esperado. El alejamiento y la ausencia de su mujer, que prometían ser definitivos, le daban libertad para moverse como un chiquillo, y sus paseos en soledad le procuraban una buena oportunidad para reflexionar cómo habría sido su suerte de haber tenido la sabiduría de pedir la mano de Lucy Savile cuando no había entre ellos ningún obstáculo y ella esperaba la petición. De vez en cuando pasaba por casa de Downe, a pesar de que no compartían, por naturaleza, lo necesario para ser amigos de esa excelente especie cuya afinidad y mutuo conocimiento resulta siempre en un exceso de intimidad, por lo que no era probable que surgiera entre ellos un conflicto de sentimientos, como sucede cuando la intimidad se lleva demasiado lejos. Lucy nunca se dejaba ver en esas ocasiones. Siempre estaba ocupada con las niñas en la sala de estudio o había salido con ellas a tomar el aire. Pero saber que estaba contenta y que había renunciado a la idea, deprimente para Barnet, de marcharse a la otra punta del planeta, era para él motivo de alegría.

Las obras habían avanzado tanto que los jardineros ya empezaban a sembrar el césped. Una tarde, mientras Barnet trazaba la curva de la avenida del jardín, vio subir a Lucy desde la carretera con paso decidido. Hasta entonces solo había entrado en la finca furtivamente, y Barnet creyó percibir en esta aparición una señal de que sus

escrúpulos se habían venido abajo.

Una sonrisa cobró fuerza en el rostro de la muchacha a medida que se acercaba, se volvió radiante al detenerse ante él, y dijo sin asomo de rubor:

—Creo que le debo un millar de gracias, ¡y lo cierto es que me sorprende mucho! Gracias a su amabilidad he conseguido trabajar para el señor Downe. Créame, señor Barnet, que no lo supe hasta ayer mismo, de lo contrario le habría dado las gracias hace mucho tiempo.

—Creo que en ese momento la ofendí un poquitín, y era preferible que usted no lo supiera —sonrió Barnet.

—Sí, sí —dijo ella apresuradamente—. Olvídelo; lo pasado pasado está.Dejémoslo así. La casa ya está casi terminada, ¿verdad? ¡Estará preciosa cuando crezcan las plantas! ¿Le gusta a usted el estilo palladiano, señor Barnet?

—Bueno… en realidad no sé lo que es. Sí, será palladiano, seguramente. Le preguntaré al arquitecto, al señor Jones. A decir verdad no había pensado mucho en el estilo. No tuve nada que ver en su elección, lamento decirlo.

Lucy no dejó que Barnet insistiera en este triste recuerdo, y llevó la conversación por derroteros más alegres hasta que sacó un pequeño rollo de papel que llevaba en la mano, y en el que Barnet ya se había fijado.

—El señor Downe me ha pedido que le enseñe este dibujo para la sepultura de su mujer. El arquitecto acaba de enviárselo y le gustaría conocer su opinión.

Las niñas se acercaron con sus aros, y Lucy se fue con ellas, como siempre, por la carretera del puerto. Barnet se alegró mucho de oír tales palabras de agradecimiento; llevaba meses pensando que le gustaría que ella supiera que había mediado para encontrarle un empleo. Ese día regresó con paso ligero a su antigua casa desolada, aunque no acertaba a explicarse el motivo de tanta ligereza.

Al examinar el boceto, Barnet comprobó que, en lugar del gigantesco mausoleo con altar y dosel por el que Downe había manifestado sus preferencias en su último encuentro, finalmente parecía decantarse por un monumento incluso más modesto de lo sugerido por el arquitecto. Una tumba cubierta, de sólida construcción, sin ornamentos inútiles. Barnet se alegró sinceramente de que Downe hubiese entrado en razón por sí solo, y le devolvió el boceto con una nota de aprobación.

Continuó supervisando las obras de la casa y, cuando deambulaba por las habitaciones, asomándose de vez en cuando a las ventanas para contemplar los montes verdes y el apacible puerto tendido a sus pies, murmuraba palabras y fragmentos de palabras que, de haber sido oídas, habrían revelado todos los secretos de su existencia. Fuera cual fuese su razón para ir, Lucy no volvió a aparecer: la carretera de la costa parecía abandonada. Ella debió de pensar que era lo mejor para los dos, puesto que él tampoco se apartaba de los lugares que frecuentaba normalmente con la intención de forzar un encuentro.

VIII

Pasó el invierno, pasó la primavera, y la casa por fin estuvo terminada. Era una hermosa mañana de primeros de junio, y Barnet, aunque no solía madrugar, salió a dar un largo paseo antes del desayuno y de regreso pasó por delante de la casa nueva. La inquietud que experimentaba quizá tuviera su origen en la noticia que había recibido la noche anterior: que Lucy Savile se iba a la India finalmente, a pesar de que sus amigos insistían en que semejante viaje no era aconsejable, por muchas razones, para una joven inexperta, y solo podía justificarse por la certeza de que hubiera de reportarle beneficios definitivamente mayores de lo que parecía ser el caso. El abatimiento de Barnet se delataba en su manera de subir la cuesta que llevaba a la casa. Apenas reparó en que el rocío confería una frescura insólita a los árboles y los arbustos, que acababan de ataviarse con su veraniego traje de hojas, y daba al césped, recién sembrado, la apariencia de una antigua pradera señorial. La residencia se había emplazado muy atinadamente entre seis altos olmos que ya crecían en el terreno y parecían verdaderos árboles centenarios; y los grajos, viejos y jóvenes, lo recibieron con sus graznidos melodiosos.

La puerta no estaba cerrada con llave, y Barnet entró. No parecía que los albañiles hubiesen llegado: empezó a pasear de ventana en ventana por las habitaciones soleadas y vacías, con una sensación de aislamiento que le habría parecido muy placentradoa de no haber sabido que su interés casi paternal por Lucy Savile estaba a punto de verse pisoteado por la obstinación de la muchacha. Oyó el eco de unos pasos en la habitación contigua y, al volverse, vio al señor Jones, el arquitecto. Había pasado a supervisar el edificio antes de entregarle al constructor el certificado final. Recorrieron juntos la vivienda. Todo estaba a punto, menos el papel de las paredes: se había dotado a la casa de los últimos adelantos de la época en cuestión de campanas, ventilación, salidas de humos, parrillas y puertas vidrieras. Jones no tardó en cumplir con su cometido y, tras llamar la atención de Barnet sobre un muestrario de papel pintado que le había dejado en una mesa de caballete para que pudiese elegir, se despidió para atender otros compromisos.

—¿Ha terminado ya la sepultura de la señora Downe? —preguntó Barnet cuando el arquitecto ya se marchaba.

—Bueno, sí. Por fin está acababa —dijo el señor Jones volviendo sobre sus pasos, con el tono de quien se dispone a hacer una confidencia—. No sabe los quebraderos de cabeza que me ha dado y, si le soy sincero, me alegro profundamente de haber terminado.

Barnet expresó su sorpresa.

—Yo creía que el pobre Downe ya había renunciado a esas ideas tan estrafalarias que tenía al principio. ¿No me diga que ha vuelto al altar y el dosel? Bueno, ¡pobre hombre! Hay que disculparlo.

—No, no ha vuelto a eso, todo lo contrario —se apresuró a explicar Jones—. Ha

ido simplificando el diseño, boceto tras boceto, hasta que todo se ha reducido a una pérdida de tiempo para mí. Finalmente ha optado por una lápida normal y corriente, y un albañil la construyó en medio día.

—¿Una lápida normal y corriente? —dijo Barnet.

—Sí. Intenté convencerlo para que añadiese al menos una estela. Y me dijo que no, que no podía permitírselo.

—Claro, sus hijas están creciendo… pobre hombre. Y cada vez tiene más gastos.

—Sí, exactamente —dijo Jones, como si el asunto no fuera de su incumbencia. Y, tras volver a llamar la atención de Barnet sobre el muestrario, el atareado arquitecto se fue a atender sus asuntos.

«Una lápida normal y corriente», musitó Barnet al verse a solas. Estuvo unos minutos cavilando, y luego se puso a hojear y a seleccionar muestras de papel. Apenas había empezado cuando oyó pasos en la grava del jardín y poco después en el porche.

Barnet salió a la puerta. Era su mayordomo, que lo buscaba.

—Llevo un buen rato tratando de encontrarlo, señor —dijo—. Ha llegado esta carta por correo, y tiene sello urgente. Y esta otra del señor Downe, que ha pasado a verlo. —Buscó un momento en el bolsillo.

Barnet cogió la primera carta, que tenía una esquela negra y llevaba matasellos de Londres. La letra no era de su mujer, ni de nadie que conociese, pero sus conjeturas cesaron de inmediato al leer la misiva en la que se le informaba, muy brevemente, de que la señora Barnet había fallecido de repente el día anterior, en su residencia de las afueras de Londres.

Barnet miró con aire ausente el vestíbulo vacío, las paredes desnudas y el jardín al otro lado de la puerta. Tembloroso, tomó aliento, agachó la mirada, dio media vuelta y subió despacio las escaleras, como si dudara de su equilibrio. El hecho de que su mujer ya hubiese muerto una vez y recobrado la vida, por así decir, lo había llevado a descartar por completo una muerte real. Llegó al pasillo de la primera planta, se apoyó en la barandilla y, tras un intervalo de ensoñación que no sabía decir cuánto había durado, se acercó a la ventana y miró la casita de campo a la orilla del camino, de la que Lucy seguía saliendo a diario para ir a casa del abogado por un atajo. Las débiles palabras que salieron de sus labios fueron sencillamente: «¡Por fin!».

Casi involuntariamente, Barnet se arrodilló y murmuró unas incoherentes frases de agradecimiento. ¡Estaba seguro de que su buena acción, al devolverle la vida a su mujer, se había visto recompensada! Pero, como si el impulso le golpease en la conciencia de una manera molesta, se levantó deprisa, se sacudió el polvo de los pantalones y se dispuso a pensar cuál sería su paso siguiente. No podía partir a Londres hasta pasadas unas horas y, como le bastaba con media hora para hacer los preparativos necesarios, bajó mecánicamente y volvió a hojear las muestras de papel. Todas se habían vuelto más luminosas. Todo había cambiado. ¿Quién se sentaría en las habitaciones que ese papel terminaría por vestir? Pensó en las frecuentes visitas de

Lucy a la casa en compañía de las niñas, en cómo se sonrojaba a veces, en su evidente interés por él. ¿Qué mujer, a la larga, no se interesa por un hombre al que sabe entregado? Si la petición de un hombre tenía alguna influencia en las cosas, no habría ya viaje a la India para Lucy. Las muestras de papel que había elegido previamente se le antojaron ahora impropias, y empezó a seleccionarlas de nuevo.

En ésas estaba cuando oyó un forzado «¡Ejem!» en el porche, con el que alguien trataba de llamar su atención, y unos pasos que otra vez se acercaban a la puerta. Su mayordomo, del que se había olvidado por completo en este torbellino mental, seguía a la espera.

—Disculpe, señor —dijo el hombre desde el umbral—, pero no ha recogido usted la nota del señor Downe. Pasó a verlo poco después de que saliera y, como no podía esperar, entró en su estudio para dejarle esto.

Le entregó la misiva, sin borde negro, una nota de apariencia corriente, escrita con la familiar caligrafía del abogado.

Querido Barnet:

Quizá esté preparado para la noticia que me dispongo a anunciarle: Lucy Savile y yo vamos a casarnos esta mañana. No he confesado mis planes a ninguno de mis amigos, por razones que estoy seguro comprenderá usted perfectamente. La crisis estalló al comunicarme su intención de irse con su hermano a la India. En ese momento comprendí que no sabría qué hacer sin ella.

Será una boda muy íntima, pero deseo especialmente que pase usted discretamente a las diez y nos acompañe en la iglesia. Su presencia en la ceremonia será muy grata para mí, y creo que también lo será para Lucy. He pasado muy temprano para pedírselo personalmente, con la esperanza de encontrarlo en casa, pero ha madrugado usted todavía más que yo.

Sinceramente,

C. DOWNE

—¿Debo esperar, señor? —preguntó el mayordomo, tras un silencio sepulcral.

—No es necesario, William. No hay respuesta —respondió Barnet tranquilamente.

Cuando el hombre se hubo marchado, Barnet releyó la carta. Luego se acercó a las muestras de papel que había escogido con tanto esfuerzo, las rompió en dos y en cuatro y las tiró a la chimenea vacía. Salió de la casa, cerró con llave y se quedó un rato en el porche. En vez de volver al pueblo, tomó el camino del puerto y estuvo paseando por la orilla del mar, muy pensativo, cerca del lugar donde encontraron el cadáver de la mujer de Downe y lo llevaron a la costa.

Barnet era un hombre dotado de una inmensa capacidad de sufrimiento, y no cabe la menor duda de que en ese momento la estaba ejerciendo plenamente. Los acontecimientos que se habían precipitado en un lapso de media hora revelaban esa crueldad singularmente refinada que a menudo procede del corazón de un dios caprichoso y otras veces se conoce como ciego azar. La inmensidad del sufrimiento que experimentaba se situaba en el polo opuesto de la cumbre de felicidad que había alcanzado en los pocos minutos de esperanza comprendidos entre la lectura de la primera y la segunda carta. El sol que iluminaba sus facciones habría revelado a

quien lo hubiese visto de cerca en ese instante que una línea horizontal, ausente hasta entonces, pero que ya nunca desaparecería, empezaba a formarse despacio en su frente tersa. La extraña expresión que se advertía en sus ojos solo podía calificarse de herida, y la tristeza se conjugaba en ellos con la sorpresa de quien se ha visto desprevenido.

Los detalles secundarios de la posición en la que se encontraba no eran menos extraños, aunque por algún tiempo apenas reclamaron su atención. Nadie en el pueblo sabía de la muerte de su mujer, y, por deferencia a Downe, Barnet resolvió no darla a conocer hasta que terminara el día: la coyuntura era tan singular, a la luz de las circunstancias que rodearon la muerte de la señora Downe, que, de haberse sabido, habría bastado para empañar la felicidad del impresionable abogado a un extremo cruel. Pero, como Barnet no podía emprender el viaje a Londres hasta unas horas más tarde, pues en esos tiempos no había una estación de tren en muchos kilómetros a la redonda, no tenía motivos para abandonar el pueblo de inmediato.

Barnet se caracterizaba por la impulsividad en todas sus variantes, y cuando oyó, a lo lejos, que el reloj daba las diez, sus pasos lo llevaron hasta el camino del puerto, como si tuviera que hacer algo para volver a la vida. Pasó por delante de la casa de Lucy Savile, por delante de su casa nueva, y vio de lejos la iglesia. Fue entonces cuando se sobresaltó a las claras y dejó de actuar mecánicamente. Había dos coches en la puerta de la iglesia, y Barnet comprendió que el matrimonio de Downe y Lucy ya se estaba solemnizando. Se apoderó de él un repentino sentimiento de orgullosa confianza, un indómito deseo de seguir adelante, inconmovible, a pesar de las lúgubres circunstancias, y abrió el portillo de la verja sin esfuerzo aparente. Recorrió el camino enlosado, entró en la iglesia y se detuvo unos momentos en el pasillo central. Vio un grupo de personas en la puerta de la sacristía, se abrió paso entre ellas y entró en la estancia, donde en ese momento estaban ocupados con las firmas.

Al ver que Downe estaba a punto de volver la cabeza, Barnet apartó por unos instantes su rostro ligeramente alterado. Cuando volvió a mirar de frente estaba sereno y sonriente. Esta encomiable victoria en el combate contra sus sentimientos merece ser recordada en su pueblo natal. Saludó y felicitó efusivamente a Downe.

Barnet casi esperaba ver un atisbo de culpa en Lucy, pero no fue así. Aparte del acaloramiento y de los nervios naturales, por la ceremonia que acababa de celebrarse, no había en su actitud nada que denotase la más mínima alteración: en sus ojos, entre castaños y grises, se apreciaba la conocida expresión de sentido común y de rectitud que nunca se convertía en dureza. Se dieron la mano.

—Siento que no haya podido venir antes —dijo Downe con mucho cariño—. Fui a su casa expresamente para pedírselo. ¿Quiere volver en el coche con nosotros?

—No, no —dijo Barnet—. No estoy preparado en absoluto. Solo he querido pasar un momento a saludarlos; ni siquiera he tenido tiempo de ir a casa a cambiarme de ropa. Me quedaré en la calle, los veré pasar y observaré el efecto del espectáculo entre el público.

Lucy y su marido se echaron a reír, Barnet también se rió y se retiró seguidamente. El pequeño grupo cruzó la nave en dirección al pórtico. El vestido de seda de Lucy, recién estrenado, produjo un agradable rumor al rozar la peana de la pila bautismal, y las hijas de Downe cerraron el cortejo mirando a Lucy, su amiga y profesora, con los ojos llenos de asombro.

Downe por fin había encontrado consuelo tras la muerte de su querida Emily, acaecida hacía doce meses, dos semanas y tres días.

Cuando los coches se alejaron y los espectadores se dispersaron, Barnet salió a la luz del sol. Dejó de esforzarse por aparentar compostura y echó a andar con paso vacilante, desigual, casi convulso; los leves cambios de coloración que se observaban en sus facciones parecían el resplandor de una intensa llama interior. En el cementerio de la iglesia se puso pálido como una nube de verano y, al notar que apenas se tenía en pie, se sentó en una de las tumbas y se sujetó la cabeza con la mano.

A pocos pasos estaba un enterrador, rellenando una tumba que no había tenido tiempo de terminar la tarde anterior. Al ver a Barnet, se le acercó y, al reconocerlo, dijo:

—¿Le ayudo a volver a casa, señor?

—No, muchas gracias —respondió, incorporándose y poniéndose en pie. El enterrador volvió a la sepultura, seguido de Barnet, quien, después de quedarse un rato mirando, se metió en la tumba, que ya estaba casi cubierta, y ayudó al enterrador a apisonar la tierra.

El otro hombre se quedó muy sorprendido por esta conducta, si bien se abstuvo de hacer ninguna observación, y, cuando la tumba quedó llena de tierra, Barnet se detuvo, miró al horizonte, se alejó hacia la verja con paso decidido y desapareció. El sacristán se apoyó en la pala y lo observó unos momentos, antes de empezar a formar el montículo.

Mientras pisaba la tierra que cubría al difunto, Barnet tomó una decisión que sus vecinos aún tardarían mucho tiempo en imaginar. Volvió a su casa, redactó varias cartas de carácter oficial, llamó al anciano abogado que había sido el asesor legal de su padre y, antes de caer la tarde, había revisado una gran cantidad de correspondencia y documentos. A eso de las once, el montón de papeles que fue acumulando en la chimenea había alcanzado dimensiones considerables antes de que Barnet lo quemase. No le resultó tan fácil como esperaba, debido a su volumen, y se quedó sentado hasta bien avanzada la noche contemplando cómo se consumía.

A la mañana siguiente partió a Londres, dejando una nota para Downe en la que le informaba de la súbita muerte de la señora Barnet y le decía que había ido a enterrarla. Sin embargo, cuando hubo transcurrido más del triple de tiemponecesario para cumplir con este cometido, nadie volvió a verlo dando sus paseos de costumbre, ni en su casa nueva, ni tampoco en la antigua. Se había marchado definitivamente, nadie sabía adónde. No tardó en saberse que había otorgado poderes a su abogado

para que liquidase todos sus bienes inmobiliarios y personales en el municipio e ingresara la cantidad resultante en una cuenta a nombre de una persona desconocida, en uno de los principales bancos de Londres. Algunos pensaban que dicha persona era él mismo, bajo un nombre supuesto, pero pocos, si es que había alguien, lo sabían a ciencia cierta.

La elegante residencia de nueva planta se vendió con el resto de sus posesiones, y su comprador no fue otro que Downe, que empezaba a prosperar notablemente en el distrito y, al tener una familia en crecimiento y una nueva esposa, necesitaba más espacio del que le ofrecía su pequeña vivienda en una estrecha calleja. La casa antigua de Barnet fue adquirida por el Consejo de la Congregación Baptista de la localidad, que derribó el añoso edificio para construir una capilla. Llegada la última hora de aquel año tan turbulento en la vida de Barnet, no quedaba ni rastro de él en el lugar que lo vio nacer, y su apellido se extinguió en el distrito de Port-Bredy tras haber sido una fuerza viva más de doscientos años.

IX

Veintiún años y seis meses no transcurren sin dejar huella, hasta en la piedra y el bronce más duraderos; en las personas, semejante lapso de tiempo opera una transformación en toda regla. En el pueblo natal de Barnet, los niños vivaces con huesos de goma se habían convertido en hombres y mujeres, hombres y mujeres cuya piel se había secado, endurecido, marchitado y sumido en la decrepitud, y muchos vecinos, de toda condición social, descansaban para siempre en el cementerio de las afueras. El mayor de los cambios inorgánicos era el ferrocarril que invadió el pueblo, comunicándolo con una línea principal a diecinueve kilómetros. La casa de Barnet, en la carretera del puerto, tan flamante en su día, había cobrado una pátina añeja y estaba cubierta de yedra, parra virgen, líquenes y manchas de humedad, y hasta sufría dolencias constitucionales propias, como sus habitantes. Su arquitectura, tan adelantada y moderna en su momento, había quedado anticuada, sin alcanzar la dignidad de las cosas antiguas. Los árboles que flanqueaban el camino del puerto habían ensanchado sus copas o desaparecido a golpe de sierra, y la iglesia había sido víctima de las fechorías de algún restaurador guasón, a tal punto que sus viejos amigos apenas podían reconocerla.

Ni una sola vez, en todos esos años, se había visto a George Barnet o se habían recibido noticias de él en el pueblo de sus padres.

El día de mercado tocaba a su fin, y una media docena de agricultores y ganaderos de mediana edad se habían reunido en el bar del Hotel Toro Negro, cruzando de vez en cuando un comentario escueto, aunque por lo general más atentos a las dos camareras que servían con aire mecánico detrás de la barra de peltre, suspirando y haciéndose la una a la otra alguna observación de tarde en tarde sobre

experiencias más interesantes que el momento presente.

—Ya se ve que los días acortan —dijo uno de los ganaderos, mirando la calle, al ver pasar al farolero.

Los agricultores se limitaron a responder con gesto afirmativo y, viendo que nadie decía nada, una de las camareras respondió con un «sí», en el tono de quien cumple con una dolorosa obligación.

—El próximo día de feria tendremos que encender los candiles antes de volver a casa.

—Es verdad —asintió con mirada inexpresiva el que estaba a su lado.

—Y luego ya no se notará la diferencia en todo el invierno.

Los demás no quisieron seguir por ese camino.

La camarera volvió a suspirar y levantó una de las manos de la barra, donde las había apoyado, para rascarse un punto de la cara con el dedo meñique. Miró hacia la puerta.

—Creo que está llegando el ómnibus de la estación —dijo.

Los presentes volvieron la vista a la puerta de cristal que separaba el local del porche, y en menos de dos minutos el ómnibus paró delante. Se descargó el equipaje, y un desconocido entró en el bar, seguido de un mozo con un carro en el que llevaba un baúl de viaje que dejó encima de un banco.

El desconocido era un hombre entrado en años, con el pelo rizado, blanco ceniza, hondas arrugas en las comisuras de los párpados y la piel tostada por innumerables soles hasta cobrar el color de la terracota, lo que formaba un marcado contraste entre el calor que evocaba la piel y el frío que evocaba el cabello. Entró despacio y pensativo, como si temiese alterar su propio equilibrio mental. Pero, tuviera lo que tuviese guardado en lo más hondo de su pecho, parecía tan acostumbrado a su situación que ésta apenas lo importunaba en el terreno práctico.

Se detuvo en silencio y miró a las camareras con gesto reservado y caviloso. Al momento se dirigió a ellas y solicitó alojamiento para la noche. Mientras esperaba, recorrió el bar con ojos curiosos, pero no dijo nada. En cuanto lo invitaron a subir, desapareció por las escaleras, precedido de una doncella y una vela y seguido por un mozo con su baúl. Nadie lo había reconocido.

Un cuarto de hora más tarde, cuando los agricultores y los ganaderos habían vuelto a sus casas de labor, el desconocido bajó al bar, tomó un panecillo y un vaso de vino y salió a la calle, donde el brillo de los escaparates se había acentuado asombrosamente en los últimos años, bañando de alegres colores los carros, las carretillas, los puestos del mercado y a quienes paseaban tranquilamente por las aceras, tanto a los elegantes como a los mal vestidos. Su principal interés en ese momento parecía residir en los nombres que ostentaban las puertas y las fachadas de los comercios, en la medida en que alcanzaba a distinguirlos. Eran distintos, a un extremo inquietante, de los que había veintiún años atrás.

Siguió adelante hasta la librería y escudriñó por el escaparate. Un hombre lozano

y joven se encontraba detrás del mostrador, pero el establecimiento estaba vacío. El viajero de pelo gris entró en la tienda, pidió un periódico para justificar su presencia y, acodado en el mostrador empezó a pasar las páginas, aunque era obvio que no estaba leyendo.

—¿Vive aún el anciano señor Watkins? —preguntó al fin, con una voz que aún conservaba una peculiar cadencia juvenil.

—Mi padre murió, señor —respondió el joven.

—Lo siento mucho —dijo el extranjero—. Hace muchos años que no venía por aquí, y no podía esperar que todo estuviese igual. —Tras un breve silencio, continuó —: ¿Y sigue existiendo la empresa de Barnet, Browse y Compañía? Tenían aquí un negocio de lino muy importante y dos hilanderías…

—La empresa sigue funcionando, señor, pero ya no lleva el nombre de Barnet… Al menos yo nunca he conocido a ningún Barnet. Ahora se llama Browse y Cía.

—¿Y sigue Andrew Jones ejerciendo como arquitecto?

—Murió, señor.

—¿Y el vicario de St. Mary, el señor Melrose?

—Lleva muerto muchos años.

—¡Madre mía! —exclamó el viajero. Y tras una pausa más prolongada, se aclaró la voz para preguntar—: ¿Y el señor Downe, el abogado, todavía ejerce?

—No, señor. Está muerto. Murió hará unos siete años.

El silencio fue esta vez más prolongado, y un observador atento habría reparado en que el imperceptible temblor con que el desconocido sujetaba el periódico se incrementó hasta tornarse en una sacudida visible. El propio caballero fue consciente, y dejó el periódico en el mostrador.

—¿Y la señora Downe? ¿Sigue viva? —preguntó, apretando los labios con fuerza y bajando los ojos nada más pronunciar estas palabras.

—Sí, señor. Viva y con buena salud. Sigue viviendo en su casa de siempre.

—¿En East Street?

—No. En el Château Ringdale. Creo que la residencia pertenece a la familia desde hace varias generaciones.

—¿Vive con sus hijos?

—No tiene hijos propios. Tengo entendido que las señoritas Downe eran hijas de un matrimonio anterior de su marido, pero todas se han casado y se han marchado del pueblo. La señora Downe vive sola.

—¿Completamente sola?

—Sí, señor. Completamente sola.

El caballero volvió al hotel, cenó, se cambió de ropa, se afeitó la barba a la usanza de veinte años antes, cuando era joven e interesante, y una vez más salió a la calle y encaminó sus pasos hacia el puerto. Justo antes de llegar al lugar donde el pavimento daba paso al camino de tierra y las casas comenzaban a desperdigarse, se cruzó con un hombre encorvado y sin afeitar que andaba arrastrando los pies y a primera vista

parecía un vagabundo. La luz de una farola reveló la pátina de mugre que le cubría los hombros. Ambos caminantes volvieron la cabeza para mirarse un momento, y el que parecía un vagabundo se paró en seco.

—¡Pero bueno! ¿Es usted, señor Barnet? ¡Claro que sí, es el señor Barnet!

—Sí. ¿Y usted es Charlson?

—Sí. Me ha reconocido. Los hados me han tratado muy mal. Por cierto, esas cincuenta libras… Nunca llegué a devolvérselas. ¡No me tome por un desagradecido! —dijo, poniendo una mano con mucho énfasis en la palma de su viejo conocido—. Le ofrecí una oportunidad, señor Barnet, que muchos hombres habrían sabido apreciar en lo que valía… la oportunidad de casarse con su Lucy. A ojos de todo el mundo, su mujer «se había ahogado», ¿recuerda?

—¡Dios nos libre, Charlson!

—Bueno, bueno, supongo que no era la mejor manera de demostrarle mi gratitud. ¡Deme usted algo para beber a la salud de un viejo conocido! La señora Barnet vuelve a estar libre. Tiene usted una nueva oportunidad, si es que le interesa… ¡ja, ja! —dijo. Y adoptó su gesto característico, empujando el carrillo con la punta de la lengua al tiempo que lo miraba de reojo.

—Ya lo sé —se apresuró a decir Barnet. Deslizó una dádiva en las manos de aquel hombre menesteroso, apenándose de él, reanudó la marcha y no tardó en dejar el pueblo atrás.

En la carretera del puerto, se detuvo en la entrada de la casa que tan bien conocía. Eran tantos los árboles y los arbustos que se habían plantado desde su construcción que apenas reconocía el antiguo terreno desangelado y en pendiente. Abrió la cancela, la cerró sin hacer ruido y echó a andar por la avenida semicircular que aún conservaba la forma exacta que Barnet le había dado aquella mañana en que Lucy Savile vino corriendo para darle las gracias por haberle conseguido un trabajo como institutriz de las hijas de Downe. Sin embargo, la altura que alcanzaban los árboles y los arbustos, que se revelaba a cada paso, superaba con creces todas las expectativas: una bóveda de enramadas a prueba de sol y a prueba de luna cubría los senderos, y la fachada lucía una frondosa barba de plantas trepadoras que llegaban hasta las ventanas del primer piso.

Tras demorarse unos instantes en la penumbra de las ramas, el visitante llamó a la puerta y, al ser recibido por una criada, se presentó como «un viejo amigo de la señora Downe».

El recibidor estaba iluminado, aunque la luz era tenue, como si las visitas fuesen un acontecimiento raro en la casa. El ambiente cargado de la vivienda insinuaba una sensación de espera. ¿De verdad lo estaba esperando? Las paredes, que Barnet había comprobado con la punta de su bastón cuando el mortero aún estaba fresco, habían cobrado con los años un lustre oscuro, y la escalera de madera, que recién instalada tenía un brillo amarillo pálido, se había vuelto del color de un vino añejo. Mientras la criada iba a anunciar su llegada, Barnet acertó a oír la conversación que se estaba

produciendo al otro lado de la puerta del salón.

—¿No ha dicho su nombre?

—Solo ha dicho que era «un viejo amigo», señora.

—¿Qué clase de caballero es?

—Serio, de pelo cano.

La segunda de las voces que llegaba desde el salón parecía afectar inmensamente al hombre que aguardaba en el vestíbulo.

—Muy bien, lo recibiré —dijo la señora tras una pausa.

Y el desconocido se vio frente a frente con la Lucy que había sido Lucy Savile. Los pómulos redondeados de la juventud se habían aplanado de un modo alarmante en la mujer madura; una tonalidad gris invadía por completo el pelo que antes era castaño oscuro, lo mismo que cubre el brezo la escarcha de la mañana. La raya al centro se había vuelto más ancha y quebrada, muy distinta de la antigua línea fina y blanca semejante a una estrecha hendidura entre dos taludes en sombra, aunque aún conservaba el cabello suficiente para lucir un moño elegante con algunos rizos sueltos, entreverados con unas hebras de plata muy favorecedoras. Seguía siendo juvenil a pesar de todo, una muchacha gratuitamente lastrada por una carga de cuarenta y cinco años, en lugar de los veinte que le correspondían.

—Lucy, ¿no me reconoce? —preguntó, cuando la criada hubo cerrado la puerta.

—¡Lo he reconocido nada más verlo! —dijo ella con alegría—. No sé por qué, pero siempre he pensado que algún día volvería.

Le tendió la mano, y se sentaron.

—Decían que había muerto —continuó Lucy—, pero yo nunca lo creí. De haber sido así lo habríamos sabido con certeza.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Sí. ¡Cuántas cosas ha debido de ver usted, señor Barnet, en todos estos años de vida errante, en comparación con lo que hemos visto en este lugar tan tranquilo! —Adoptó una expresión más seria—. ¿Sabe que mi marido murió hace muchos años? Ahora soy una mujer mayor y solitaria, ¡con lo que yo he sido! Aunque las hijas del señor Downe, que ya están todas casadas, me dan muchas alegrías.

—Y yo soy un hombre mayor y solitario, como lo he sido siempre en estos veinte años.

—Dígame, ¿dónde ha estado? ¿Y por qué se marchó tan misteriosamente?

—Verá, Lucy, he pasado algún tiempo en América, algún tiempo en Australia, otro poco en la India y otro poco en Ciudad del Cabo. No he parado mucho en ninguna parte, me parece a mí, y resulta que han pasado más de veinte años. Pero cuando se llega a esta edad, dos años pasan como si fueran uno. Y con respecto a su segunda pregunta… ¿Por qué me fui tan misteriosamente? Seguro que no hace falta que se lo diga. Usted lo sabía, ¿no es así?

—No, nunca lo adiviné —dijo con sencillez—. Y Charles tampoco. Ni nadie que yo sepa.

—¡Mejor así! Y ahora, vuelva a pensarlo, míreme y dígame si no lo adivina.

Lucy lo miró a los ojos con una sonrisa indagadora.

—¿No sería por mí? —preguntó. Y se detuvo en el umbral de la sorpresa.

Barnet asintió y volvió a sonreír, pero su sonrisa era más triste que la de ella.

—¿Porque me casé con Charles?

—Sí, únicamente porque se casó con él el día en que yo me vi libre para pedirle que se casara conmigo. Mi mujer murió veinticuatro horas antes de que usted fuese a la iglesia con Downe. Dispuse aquel viaje para asistir a su funeral, pero entonces comprendí que no tenía ningún motivo para regresar, y obré en consecuencia.

Lucy adoptó un gesto de amable reflexión y miró a Barnet de hito en hito con un vivo interés.

—¡Nunca lo hubiera imaginado! —dijo—. Desde luego, sabía que usted me insinuó una vez que albergaba ciertos sentimientos por mí, pero creí que eso era agua pasada. Y siempre he tenido la impresión de que su mujer estaba viva cuando yo me casé. ¡Qué estupidez de mi parte! ¿Quiere tomar un té o alguna otra cosa? Nunca ceno tarde, desde que murió mi marido. He tomado la costumbre de tomar algo con el té. Tomará usted un poco de té conmigo, ¿verdad que sí?

El viajero asintió con prontitud, y enseguida les sirvieron el té. Charlaron animadamente, sin darse cuenta de que el tiempo volaba.

—Bueno, bueno —dijo Barnet, cuando por primera vez se permitió observar la estancia tranquilamente—. ¡Qué parecido está todo, y qué distinto sin embargo! Ahí, justo donde está el piano, la última vez que estuve aquí había un tablero sobre un par de caballetes con un muestrario de papel pintado. Los estaba seleccionando cuando mi criado vino a entregarme una nota. Era de Downe y me anunciaba que iba usted a casarse con él. Dejé de elegir más papeles. Rompí los que había elegido y me fui de aquí. No he vuelto a entrar hasta hoy.

—Vaya, por fin lo entiendo todo —murmuró ella.

Se habían levantado los dos, y estaban junto a la chimenea. La repisa quedaba casi a la altura del hombro de Lucy, que se apoyó suavemente, y Barnet posó una mano en el estante, cerca de su hombro.

—Lucy —dijo—. Más vale tarde que nunca. ¿Quiere casarse conmigo ahora?

Lucy se apartó ligeramente, sobresaltada, y su sorpresa fue tan notoria que asombró a Barnet mucho más de lo debido. Le costaba creer que hubiese podido estar tan ciega, y al mismo tiempo, todo indicaba que no estaba fingiendo.

—¡Su petición me ha pillado completamente desprevenida! —dijo, con una risa incómoda y forzada. Era la primera vez que traslucía alguna incomodidad—. No podría casarme con usted, por nada del mundo.

—¡Después de tantas cosas! ¿Por qué no?

—Verá… yo… creo que puedo decirlo… preferiría casarme con usted, señor Barnet, antes que con cualquier hombre al que haya conocido, si es que soñara con volver a casarme. Pero eso es algo que ni siquiera se me pasa por la cabeza, no entra

en mis planes. No tengo la más mínima intención de casarme de nuevo.

—¿Y… no podría cambiar sus planes un poco, por mí? ¡Vamos!

—Querido Barnet —dijo, con un punto de agitación—, si por alguien lo hiciera, sería por usted. Pero no es usted consciente de lo que está pidiendo… Es imposible… No diré que es ridículo, ni mucho menos, puesto que veo que lo dice usted en serio, y a mí la seriedad nunca me parece ridícula.

—Sí —dijo Barnet más despacio, soltando la mano de Lucy, que había tomado en el momento de hacerle su petición—. Lo digo en serio. La decisión de volver aquí la tomé hace dos meses, estando en El Cabo. Es verdad que fue bastante repentina, pero ahora veo que no hice mal. Y se lo pido muy en serio.

—Y yo le digo que no. Con mis mejores sentimientos y toda la bondad del mundo, permítame decirle que soy contraria a las segundas nupcias.

—Bueno, no he hecho ningún daño al pedírselo —respondió él, con el mismo buen humor, tierno y contenido del que había hecho gala en ocasiones similares—. Si de verdad no quiere aceptarme, supongo que tendré que aguantarme. —Miró el reloj mientras hablaba—. ¿Tenía usted idea de lo tarde que es? ¡Me he distraído por completo!

Lucy lo acompañó al vestíbulo, lo ayudó a ponerse el abrigo y lo despidió en la puerta.

—Buenas noches —dijo Barnet en el umbral, con el rostro bañado por la luz de la lámpara—. Espero no haberla ofendido.

—Por supuesto que no. Y yo espero no haberlo ofendido a usted.

—Eso tendré que pensarlo —respondió amablemente—. Buenas noches.

Lucy lo vio cruzar la verja y, cuando sus pasos se perdieron en la distancia, cerró la puerta con suavidad y volvió al salón.

La recatada viuda consideró atentamente las palabras de Barnet, recordando que, al dirigirse a ella, apenas la había mirado a los ojos, de una manera impropia de él. Le impresionó vivamente la cortesía con que él había encajado el golpe de su negativa. Tras revelársele que su largo período de prueba de nada había servido, Barnet no se enfadó, sino que se tomó con filosofía las palabras con que ella había respondido, como si no mereciese nada mejor. Se había comportado sin duda con mucha caballerosidad, más aún, con heroísmo y grandeza. Cuanto más cavilaba, más dudaba Lucy de la virtud de su decisión de rechazarlo tan imperiosamente, y se fue a su dormitorio muy disgustada. Al mirarse en el cristal comprendió que era muy poco lo que quedaba de su belleza para que la franca declaración de Barnet pudiera tomarse por un impulsivo homenaje natural a sus mejillas y a sus ojos; era indudable que su actitud estaba animada por un sentimiento incondicional y muy antiguo, que merecía considerarse con la mayor ternura. Se acordó con agrado de que él había dicho que se alojaba en el Hotel Toro Negro, y pensó que, si pasados uno o dos días él no volvía a buscarla, por pudor, podría enviarle una nota agradable. Distaba mucho de su intención modificar su postura por el momento, pero estaba dispuesta a dejarse

inducir a reconsiderar la propuesta, tal como debía hacerlo una mujer generosa.

Pasó el día siguiente, y Barnet no dio señales de vida. Cada vez que oía un golpe en la puerta, las mejillas de Lucy se teñían de un color juvenil, y se mostraba distraída en presencia de las visitas. A última hora de la tarde se puso a dar vueltas por la casa, sin saber qué hacer. La vida se le antojaba completamente distinta a como era apenas veinticuatro horas antes. Lo que empezó siendo un sentimiento elusivo y tentador, empezaba a cristalizar en una esperanza definitiva, y todo su ser iba impregnándose progresivamente de esta emoción, al punto de que, llegadas las diez, casi podría haberse tomado como el rasgo más característico de su personalidad. En resumidas cuentas, un interés por Barnet muy semejante al de sus días de juventud llevó a Lucy a desdecirse de sus palabras del día anterior, y solo anhelaba volver a verlo.

Al día siguiente salió temprano, con la esperanza de encontrarse con él en la calle. La creciente belleza del amor acaparaba por completo su atención, y de la calle pasó a los campos, y de los campos al mar, sin conciencia del camino recorrido hasta que el cansancio le indicó que no podía seguir adelante. Barnet no aparecía. Esa tarde Lucy dio un paso que, dadas las circunstancias, entendió justificable. Envió una nota al hotel para invitar a Barnet a tomar el té a las seis en punto, y firmó «Lucy».

Pasado un cuarto de hora, el mensajero regresó con la noticia de que el señor Barnet había dejado el hotel a primera hora de la mañana o el día anterior, aunque había manifestado que volvería probablemente en el transcurso de la semana.

Volvió a enviar al recadero con la nota, para que se la entregasen en cuanto regresara.

No hubo señal del hotel que confirmara el acontecimiento deseado, ni al día siguiente ni al otro. Lucy pasó esas dos noches presa de una gran inquietud, y apenas logró dormir más de media hora.

El sábado, desprendiéndose de su timidez, se presentó en el Toro Negro e interrogó rigurosamente al personal.

El señor Barnet había dicho sucintamente que quizá volviera el jueves o el viernes, aunque indicó que no le reservaran una habitación a menos que escribiese para pedirlo expresamente.

No había dejado ninguna dirección.

Hondamente afligida, Lucy recuperó su nota, volvió a casa y resolvió esperar.

Esperó, años y años, pero Barnet nunca regresó.

Abril de 1880

Intrusos en La Loma

I

El camino del norte que viene de Casterbridge es tedioso y solitario, especialmente en invierno. En un determinado punto se une con Long-Ash Lane, un sendero monótono sin un solo pueblo o aldea en muchos kilómetros a la redonda y casi completamente recto. Los viajeros desavisados, demasiado viejos, demasiado jóvenes o demasiado débiles en otros sentidos para cubrir esta distancia, que por una u otra razón se ven forzados a emprender el viaje, ponen la vista al frente con añoranza y piensan: «En cuanto llegue a la cima del cerro ¡seguramente veré el final de Long-Ash Lane!». Pero alcanzan la cima, y Long-Ash Lane continúa extendiéndose sin piedad.

Hace algunos años, cierto hacendado cabalgaba por este camino en la penumbra de una tarde invernal en compañía de su amigo, un ganadero. Unos pasos por detrás los seguía un mozo del hacendado. Montaban los tres buenas yeguas, fuertes y anchas como toneles, y llevar una buena montura suponía afrontar el camino con mejor ánimo que los pobres caminantes.

El hacendado no hablaba mucho con su amigo. Iba enfrascado en la empresa que lo llevaba hasta allí, pues era en verdad un asunto importante. Quizá no fuera tan importante si se juzgaba por el valor que podía tener para la sociedad en su conjunto; sin embargo, si la medida de una hazaña se considera proporcional al espacio que ocupa en el corazón de quien la emprende, la empresa que esa noche se traía entre manos el hacendado Charles Darton bien podía tenerse legítimamente por una hazaña de reyes.

Charles Darton era un rico hacendado. Su facturación alcanzaba probablemente las treinta mil libras anuales. Tenía un sinfín de caballos de tiro, un sinfín de vacas lecheras y ovejas a cientos. Esta holgada posición no era, sin embargo, fruto de su esfuerzo personal, sino obra de su padre, un hombre de naturaleza muy distinta del actual representante del linaje familiar.

Darton, el padre, había sido un personaje intransigente, avaro y dotado de un olfato muy sutil para los negocios. Esta sutileza comercial se había trasmutado en el hijo en sutileza emocional, al tiempo que la severidad había desaparecido por completo. Podría decirse que era un hombre triste, de no ser por el empeño que ponía en no distanciarse de sus alegres amigos, para lo cual se abstenía de dar la nota discordante. Tenía un carácter contemplativo, y había convertido sus pensamientos en un apacible lugar de encuentro de recuerdos y esperanzas. Fue por tanto natural que, desde el momento en que decidió seguir la llamada de la agricultura y hasta su actual edad de treinta y dos años, no hubiese ni avanzado ni retrocedido en su condición de capitalista, acomodándose en un estado estacionario que no inquietaba a un hombre

como él, desprovisto de ambiciones y de planes estratégicos, pues tenía todo cuanto deseaba. El motivo de esta expedición denotaba la misma ausencia de afán de ser el número uno.

El grupo cabalgaba despacio, a un trote suave, como correspondía a la noche y a los malos caminos, y Darton brincaba en la silla de una manera muy poco romántica, perfilado contra el fondo del cielo, mientras su amigo Japheth Johns repetía sus movimientos con mayor brío, parodiado a su vez por las bruscas sacudidas del muchacho que los acompañaba, aún menos suavizadas por la destreza ecuestre. Un par de bultos de color blanquecino colgaban de los flancos de la cabalgadura de este último, chocando con sus piernas a cada paso y restando si cabe más gracia a su porte. Vistos de cerca podía apreciarse que los bultos eran cestos de junco; uno contenía un pavo y el otro varias botellas de vino.

—¿Crees que podrás arrostrar tu destino como un hombre, amigo Darton? —preguntó Johns, rompiendo un silencio que se prolongó mientras dejaban atrás veinticinco árboles.

—Sí —murmuró Darton, con un remedo de risa—. ¡Llámalo mi destino! La horca y el matrimonio son cosa del destino. —Y dicho esto volvieron a guardar silencio.

La oscuridad se espesaba por momentos, ensombreciendo a intervalos la tierra con un temblor perceptible, como un batir de alas. La opacidad del aire aceleraba el final del día. Con la caída de la noche había descendido una neblina suficiente para incomodar a los jinetes, aunque no para empaparlos. Siendo como eran hombres de campo, podía decirse que, separados de las cuatro estaciones solo por una puerta desde el día en que nacieron, la niebla no era para ellos más que un oscurecimiento adicional, por lo que hicieron caso omiso de su húmeda presencia.

Viajaban por una ruta poco transitada por el tráfico moderno, y el destino de la peregrinación de Darton era una antigua localidad de los Hintocks —varios pueblos compartían el mismo nombre con un prefijo o sufijo distintivo— donde se elaboraba la mejor sidra y el mejor vino de sidra de todo Wessex y donde los estercoleros olían a pulpa de manzana en vez de a residuos de los establos como en todas partes. El camino se estrechaba tanto a veces que las ramas de los matorrales, lanzadas como cañas de pescar sobre un arroyo, les arañaban los sombreros y se enredaban en sus patillas. Este camino olvidado había sido en su día una importante vía de tránsito para los súbditos de la reina Isabel y las caballerías de tiempos pasados. Su plenitud se había extinguido y su historia como arteria nacional había concluido para siempre.

—Si he decidido casarme con ella —prosiguió Darton, en un tono de confianza mesurado y musical que revelaba mucho de su talante, volviendo la cabeza por encima del hombro para asegurarse de que el mozo no estuviera demasiado cerca— no es solo porque me agrade, sino porque no podría hacer nada mejor, incluso desde una perspectiva puramente práctica. Tal vez podría picar más alto, pero eso no son más que tonterías. Ya he buscado lo suficiente por encima de mi posición. Hasta que un buen día, ya sabes cuándo, me dije: «Se acabaron las mujeres superiores». Sally es

una mujer encantadora, independiente, sencilla y sin ninguna afectación, que me considera tan superior a ella como yo consideraba a esa otra persona. Ya sabes de quién hablo.

—Sí —asintió Johns—. Sin embargo, yo no diría que Sally Hall es sencilla. Primero porque ninguna Sally lo es; segundo, porque, si alguien pudiera serlo, ten por seguro que no es ella. Me parece un error aplicar el calificativo de sencilla a una mujer, Charles, y eso me cae como un jarro de agua fría, puesto que soy tu mejor amigo. Es como recomendar una obra de teatro porque en ella no hay ni asesinato, ni vileza ni daño de ninguna especie, cuando resulta que uno ha pagado media corona para ver precisamente eso.

—Bueno, que te aproveche tu opinión. La mía es diferente. —Y derivando la conversación del terreno filosófico al práctico, Darton manifestó la esperanza de que la citada Sally hubiese recibido el paquete que le había enviado con el carretero ese mismo día.

Johns quiso saber de qué se trataba.

—Es un vestido —dijo Darton—. No exactamente un vestido de novia, aunque podría llevarlo para la ocasión si lo deseara. Es más práctico que ostentoso, muy idóneo para el invierno.

—Eso está muy bien —observó Johns—. Un novio práctico es un hombre sabio. Te felicito, Charles.

—¿Por qué tiene que vestirse una mujer como una equilibrista en el momento de realizar el acto más solemne de su vida, aparte de la muerte?

—¿Cómo puedes preguntar algo así? Lo hará porque le gusta, digo yo.

—Hmm —dijo Darton.

El camino discurría casi en línea recta por espacio de varios kilómetros, pero lo abandonaron en un punto para adentrarse por una senda que iba, durante un buen trecho, trazando curvas dubitativamente antes de bifurcarse. Los caminos rurales son dados a revelar en la noche enigmas que de día pasan desapercibidos, y aunque Darton ya había tomado esta ruta en alguna ocasión, no lo había hecho con frecuencia, porque había cortejado a Sally mientras ésta pasaba una temporada en casa de un familiar que vivía cerca de la residencia del hacendado. No recordaba haber visto nunca en ese punto otro par de vías alternativas que parecieran igualmente probables. Johns avanzó unos pasos.

—No te apures, amigo —gritó—. Aquí hay una señal. Ezra, sube al poste y dinos cuál es el camino.

El muchacho descabalgó y se adentró de un salto entre los arbustos donde se encontraba el poste, debajo de un árbol.

—¡Desátate esas cestas o romperás el vino! —le ordenó Darton, al ver que el joven empezaba a trepar espasmódicamente con las cestas a cuestas.

—¡Dónde se ha visto una cabeza con tan poca sesera! —protestó Johns—. Déjalo, Ezzy, que ya lo hago yo. —Bajó del caballo y, con muchos resoplidos, trepó por el

poste y prendió un fósforo, desplazando el brazo para alumbrar el letrero mientras el muchacho contemplaba el espectáculo—. ¡Veinte años llevo resistiendo a las tentaciones con un temperamento dulce como la leche —exclamó—, pero esto parece cosa de brujería! —Y volvió al suelo tras arrojar el fósforo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Darton.

—Ni una sola letra, ni sagrada ni pagana… Nada que nos indique por dónde se va a Smokeyhole. Una de dos, o el musgo y el moho se han comido las palabras, o hemos llegado a una región donde sus habitantes han perdido el arte de la escritura, y tendríamos que haber traído una brújula, como Cristóbal Colón.

—Vayamos por el camino más recto —propuso Darton sin alterarse—. Tengo ganas de llegar cuanto antes. Es un viaje muy pesado. De haberlo sabido, habría venido en coche.

—Lo mismo digo —contestó Ezra—. Estas correas me están arando los hombros. Si aún queda mucho para llegar a casa de su prometida, señor Darton, tendré que pedirle que me permita llevar la mitad de estas provisiones en las tripas, ¡je, je!

—No seas insolente, Ezra —dijo Johns con severidad—. Dame el pavo, yo lo llevaré.

Hecho esto continuaron por el camino de la derecha, que subía por un monte, mientras el de la izquierda corría sinuoso por un bosque. El repiqueteo de los cascos de los caballos se atenuó durante el ascenso, y el irónico poste se quedó a solas como antes, con sus brazos en blanco tendidos en la brisa que traía un ronquido del bosque, como si allí durmiera el gigante Skrymir[1].

II

A casi cuatro kilómetros a la izquierda de los viajeros, en el camino que no habían seguido, había una casa antigua, con parteluz en las ventanas de piedra traída de Ham-Hill y espléndidas chimeneas. Se alzaba en lo alto de una loma próxima a la calle principal de King’s-Hintock, a no más de tres kilómetros de King’s-Hintock Court, aunque completamente aislada de dicha mansión y sus terrenos. Justo delante de la fachada crecía un falso plátano de gran tamaño, cuyas raíces al aire formaban una cómoda escalera desde el pie del camino hasta la puerta principal de la vivienda. En razón de su ubicación, la casa había recibido un nombre tan poco distintivo como La Loma. A unos cuarenta metros pasaba un arroyo muy ruidoso. Detrás de la vivienda había un establo para las vacas lecheras, al que los vehículos y el ganado accedían por un paso lateral. Nada más podía adivinarse del carácter de esta finca vista desde fuera en una noche tan oscura.

De puertas adentro había luz en abundancia para ver, tal como se interpreta la abundancia en un lugar como Hintock. Junto a una chimenea Tudor, con su arco apuntado casi oculto por una tela estampada en tonos azules, se encontraban dos

mujeres, madre e hija: la señora Hall, y Sarah, o Sally, pues era aquél un lugar del mundo donde esta última variante del nombre aún no se había borrado por considerarse vulgar a la luz del progreso intelectual. Quien así se llamaba era la joven con la que el señor Darton se proponía poner fin a su condición de hombre soltero en los próximos días.

Los padecimientos de la madre habían sido superados hacía ya mucho tiempo, de tal suerte que apenas habían dejado rastro en sus facciones o en su indumentaria. Volvía a lucir la cofia de sus tiempos de recién casada, avivando su blancura con unos lazos de ese estampado rosa asalmonado que se conoce como rose-du-Barry. Sally no necesitaba aditamentos cromáticos. Una lozana tonalidad rosada iluminaba su mirada, sus rasgos denotaban resolución y sentido común, y con escaso margen de error podía tomársela por una muchacha guapa, de buen corazón y de genio vivo.

Era ella quien llevaba la voz cantante en la conversación: su madre escuchaba con aire distraído mientras separaba las brasas candentes con unas tenazas para apilarlas sobre los troncos. La cantidad de frases que intercambiaban era muy escasa en comparación con su significado. Tan bien se conocían la una a la otra que podían adivinar el curso de sus pensamientos sin necesidad de pronunciar una palabra. Detrás de ellas, en el centro de la estancia, la mesa estaba dispuesta para la cena, y de vez en cuando llegaban de la cocina los vapores grasos que daban cuenta de los preparativos que allí se estaban haciendo.

—Ese vestido que iba a mandarte sigue en camino, igual que él —estaba diciendo la madre de Sally.

—Sí, supongo que no lo habrán terminado —contestó Sally, restándole importancia—. ¡No sería de extrañar que al final no llegase! Los jóvenes hacen amables promesas cuando están cerca, pero se olvidan de ellas en cuanto dan media vuelta. De todos modos, no era un traje de novia, es solo un vestido para que me lo ponga cuando me apetezca, algunos lo llamarían un traje de viaje. Tanto da que llegue pronto como que llegue tarde. Ya tengo otro vestido preparado. Pero ¿qué hora es?

Se acercó al reloj de pared y abrió la vitrina, pues de otro modo era imposible ver la esfera de noche, y lo cierto es que en cualquier momento había que escudriñarlo, sin que bastara con mirarlo de lejos, pues había en la casa más paredes que ventanas.

—Son casi las ocho —dijo.

—Las ocho y ni vestido ni hombre —replicó la señora Hall.

—Madre, si crees que vas a atormentarme con comentarios así estás muy equivocada. Que llegue cuando quiera, o que no llegue. Me trae sin cuidado —contestó Sally. Sin embargo, un leve temblor en sus palabras delató que se trataba de una afirmación forzada.

La señora Hall lo detectó y observó secamente que no estaba tan segura de que le trajese sin cuidado.

—Aunque puede que no te preocupe tanto como a mí —dijo—. Por que yo veo

algo que tú no ves: es una boda buena y próspera para ti, una oferta muy honorable por parte del señor Darton. Y creo ver en él a un buen marido. Así que pidamos a Dios que todo vaya bien y acabe bien.

Sally no quería oír los recelos maternos.

—Pues ¡claro que irá bien! —afirmó—. ¡Siempre estás a vueltas con las cosas, madre! Seguro que en este momento, sea lo que sea lo que lo está retrasando, nosotras no estamos tan ansiosas de verlo como lo está él de llegar. Se estará anticipando mentalmente, posando sus pensamientos en nosotras como la estrella de Oriente. ¡Escucha! —dijo, con una exhalación de alivio y los ojos centelleantes—. He oído algo. Sí… ¡ya están aquí!

Al momento, el oído más retardado de la madre también distinguió la reverberación familiar de unos pasos que subían por las raíces del falso plátano.

—Sí, parece que por fin son ellos. En realidad no es tan tarde, teniendo en cuenta la distancia.

Los pasos cesaron, y madre e hija se levantaron esperando la llamada en la puerta. Empezaban a pensar que podía tratarse de algún vecino que se hallaba bajo la influencia de Baco y trataba de eludir el camino principal, cuando la aparición del recién llegado despejó sus dudas. La puerta de la estancia se abrió con suavidad, dando paso no a los viajeros a quienes ya conocemos sino a un hombre de tez pálida y aspecto de extrema pobreza, casi harapiento.

—¡Válgame Dios, es un vagabundo! —exclamó Sally con sobresalto.

Los pómulos y las cuencas de los ojos del desconocido eran profundas cavidades, quizá por una debilidad constitucional congénita más que por causa de una vida azarosa, aunque a la vista estaba que no había llevado una vida prudente. Miró fijamente a las dos mujeres por unos instantes y, luego, con actitud avergonzada y humillada, bajó la vista y se desplomó en una butaca sin pronunciar palabra.

Adelantándose a su madre, que seguía junto a la chimenea, Sally trató de vislumbrar al visitante a la luz de las bujías.

—¡Fíjate, madre! —dijo con un hilo de voz, volviéndose a la señora Hall—. Es Phil, ¡ha vuelto de Australia!

La señora Hall se contrajo y palideció, y un ataque de tos hizo presa en el hombre harapiento.

—¡Cómo te presentas así! —exclamó la madre—. ¡Ay, Philip! ¿Estás enfermo?

—No, no, madre —respondió el joven con impaciencia, en cuanto le fue posible hablar.

—¡Por el amor de Dios, dime cómo has venido, precisamente en este momento!

—Bueno, aquí estoy. Cómo he llegado es difícil saberlo. He vuelto a casa, madre, porque he sentido el impulso de regresar. Las cosas se me pusieron de cara y todo me iba de mal en por.

—¿Por qué no nos avisaste? No has escrito una línea desde hace dos o tres años.

El hijo reconoció con tristeza que no había escrito. Primero había esperado, con la

esperanza de que su mala racha pasaría pronto y entonces podría dar buenas noticias. Finalmente se había visto obligado a renunciar a dicha esperanza y a emprender el regreso por pura necesidad, tras un intento de empezar de nuevo.

—Sí, las cosas se me han torcido —repitió, al ver las miradas de conmiseración que su hermana y su madre dirigían a su vestimenta.

Lo acercaron al fuego, le quitaron el sombrero de la mano flaca, en cuya pequeñez y suavidad se revelaba que sus intentos de salir adelante no habían tomado la vía del trabajo manual. La madre reanudó su interrogatorio y le preguntó con recelo si había escogido esa noche en particular por alguna razón.

Por ninguna razón, dijo él. Su llegada había sido completamente fortuita. Philip Hall miró entonces la estancia y reparó por vez primera en que la mesa estaba dispuesta con lujo y para más comensales que su madre y su hermana, y que un aire de celebración se adivinaba en su indumentaria. Se apresuró a preguntar qué sucedía.

—Sally se casa dentro de unos días —replicó la madre. Y explicó, junto a otros detalles, que el señor Darton, el futuro marido, llegaría esa noche con el padrino, el señor Johns.

—Cuando te oímos llegar pensamos que eran ellos —dijo la señora Hall.

El menesteroso vagabundo volvió a poner la vista en el suelo.

—Comprendo, comprendo —musitó—. ¿Por qué he tenido que aparecer precisamente esta noche? La gente como yo no es bienvenida en ocasiones como ésta, naturalmente. Aquí no pinto nada. Solo he venido para arruinar la felicidad de los demás.

—Phil —dijo la madre, con una lágrima en los ojos, pero apretando los labios y con una severidad presumiblemente justificada por acontecimientos pasados—, ya que me hablas así, yo también te hablaré con franqueza. Te has olvidado de nosotras desde hace tres años. Te fuiste de casa con una importante suma de dinero, además de salud y buena educación, y tendrías que haber hecho buen uso de todo eso. Pero vuelves aquí como un mendigo, y en un momento muy inoportuno para nosotras; eso no lo niego. Tu presencia puede hacernos mucho daño esta noche. De todos modos, eres bienvenido en esta casa mientras siga siendo mía. No voy a darte la espalda. Afrontaremos la situación y haremos lo que se pueda. Y confío en que no estés enfermo.

—No. Solo tengo esta tos infernal.

Ella lo miró con preocupación.

—Creo que será mejor que te acuestes enseguida.

—Sí, me quitaré de en medio —contestó con hastío—. Ya que me he arruinado, no debéis permitir que os arruine dejándome ver así, de punta en blanco. ¿Con quién dices que va a casarse Sally? ¿Con un hacendado llamado Darton?

—Sí, un caballero, un hombre de notable fortuna. En posición mucho mejor de lo que ella podía esperar. Es muy buena cosa.

—¡Bien hecho, pequeña Sal! —dijo Phil, animándose y mirando a su hermana

con una sonrisa—. Ya sé que tendría que haber escrito, pero he pensado mucho en vosotras. Dejadme que me retire. Preferiría tirarme al río antes que dejarme ver aquí. Pero ¿podría beber algo? Estoy sediento después de la caminata.

—Sí, sí. Te subiremos algo al dormitorio —contestó Sally, con gesto apenado.

—Me vendrá muy bien. Pero, Sally, y madre… —Se interrumpió, y ellas esperaron—. Madre, no te lo he dicho todo —continuó, despacio, sin apartar la vista del suelo—. Si lo que ves ya te parece triste, hay algo todavía peor.

Su madre lo miró con consternada expectación, y Sally fue a apoyarse en el *bureau*, suspirando y atenta al más leve sonido. De buenas a primeras dio media vuelta y dijo:

—¡Que vengan cuando sea, me da igual! Philip, di lo que tengas que decir y no tengas prisa.

—Bueno —dijo el desdichado Phil—, no soy el único que está metido en este apuro. ¡Ojalá lo fuera! Pero…

—¡Ay, Phil!

—Tengo una mujer, tan indigente como yo.

—¿Una mujer? —repitió su madre.

—¡Desgraciadamente!

—¡Una mujer! Sí, ¡así son los hijos! —exclamó la madre.

—Y además… —continuó Phil.

—¡Además! Ay, Phil, no irás a…

—Tengo dos hijos.

—¡Mujer e hijos! —murmuró la señora Hall, anonadada.

—¡Pobres criaturas! —dijo Sally sin querer.

—Supongo que esos seres indefensos se habrán quedado en Australia… —dijo la madre.

—No, están en Inglaterra.

—Bueno, por lo menos los habrás dejado en un lugar respetable.

—No los he dejado en ninguna parte. Están aquí, a unos metros de nosotros. Están en el establo.

—¿Dónde?

—En el establo. No he querido que entrasen antes de darte las malas noticias. Están muy cansados. Se han acostado en el heno.

La fortaleza de la señora Hall se derrumbó. La habían educado no sin finura, y semejante hundimiento de las aspiraciones gentiles la afectó más de lo que de ordinario habría afectado a la acaudalada viuda de un ganadero.

—¡Bueno, habrá que afrontarlo! —murmuró en voz baja—. ¡Un hijo hambriento, una mujer hambrienta y unos niños hambrientos! —dijo, retorciéndose las manos—. ¡Qué le vamos a hacer! Pero ¿por qué nos pasa todo esto hoy, esta noche? ¿No podía haberles ocurrido a dos mujeres indefensas otro infortunio que no fuera éste, que trastocará por completo la oportunidad de mi pobre hija de llevar una vida feliz? ¿Por

qué nos haces tanto daño, Phil? ¿Qué hombre respetable vendría aquí para casarse y formar parte de una familia de vagabundos?

—¡Eso es absurdo, madre! —protestó Sally con decisión y visible acaloramiento—. Charley no es un hombre capaz de abandonarme. Y si lo fuera no querría casarme con él. Que se case con otra. No pienso avergonzarme de los que son de mi propia sangre por ningún hombre en toda Inglaterra. ¡Faltaría más! —Y, apartándose, estalló en llanto.

—Dentro de veinte años no contarás la misma historia —respondió su madre.

El hijo se puso en pie.

—Madre —dijo con amargura—, me iré tal como he venido. Solo te pido que nos permitas, a mí y a los míos, pasar la noche en el establo. Te doy mi palabra de que nos iremos al rayar el día y no te pondremos en más aprietos.

La señora Hall cambió de actitud al oír estas palabras.

—No —se apresuró a decir—. Que nunca se diga que eché de mi casa a mi propia familia. Tráelos aquí, Phil. O llévame con ellos.

—Los instalaremos a todos en el dormitorio grande —dijo Sally, recobrando el ánimo—. Y encenderemos la chimenea. Vamos a ayudarlos, y que avisen a Rebekah. —Rebekah era la mujer que ayudaba en las tareas domésticas y en la granja; vivía en una construcción anexa con su marido, que atendía a las vacas.

Sally fue a la trascocina en busca de un candil, pero su hermano dijo:

—No hace falta. He encendido el farol que había en el establo.

—¿Cómo tenemos que llamar a tu mujer? —preguntó la señora Hall.

—Helena —dijo Philip.

Con un chal en la cabeza, madre e hija salieron por la puerta trasera.

—Un momento —dijo Philip—. No lo he confesado todo.

—¡Dios nos asista! —exclamó la señora Hall, cerrando la puerta y entrelazando las manos con serena desesperación.

—De camino aquí pasamos por Evershead —explicó el hijo—, y me asomé un momento a La Cerda y La Bellota, para ver si el bueno de Mike seguía trabajando allí como de costumbre. El carretero acababa de llegar de Sherton Abbas en ese momento y, adivinando que venía hacia aquí, pues creo que me reconoció, me pidió que trajera un paquete de la modista para Sally, con la inscripción de «entrega inmediata». Mi mujer se había adelantado con los niños. Era un paquete frágil y el papel se había rasgado. Al mirar en su interior vi que era un vestido de abrigo. No quería que vieseis a la pobre Helena en un estado tan andrajoso. Me daba vergüenza que… ella no ha nacido así. Abrí el paquete por el camino, fui al establo, donde Helena me estaba esperando, y le dije que era para ella, y que no hiciera preguntas. La pobre ha debido de pensar que lo he obtenido por buenos medios, porque aquí soy conocido, y se lo puso muy contenta. Lo lleva puesto. Supongo que Sally tiene más vestidos.

Sally se quedó sin habla y miró a su madre.

—Tú tienes más vestidos —repitió Phil, con la impaciencia de un hombre

enfermo—. Pensé: «Mejor que Sally llore a que Helena se hiele de frío». Bueno, ¿tan importante es ese vestido? No me ha parecido demasiado vistoso.

—No, no. No es nada importante —dijo Sally con tristeza, y añadió con dulzura —. ¿No te disgustarás si le damos otro en vez de ése?

La agitación que se apoderó de Phil mientras hacía esta última confesión terminó por desencadenar otro ataque de tos, que sacudió su cuerpo como si fuera a romperlo en pedazos. Era evidente que no estaba en condiciones de sentarse, así que lo llevaron sin tardanza al piso de arriba, le hicieron tomar un tónico, encendieron el fuego del dormitorio y bajaron de nuevo para ir a buscar a sus infortunados familiares.

III

Con los más extraños sentimientos que quepa imaginar salieron madre e hija, tan alegres momentos antes, a la noche impregnada de aromas a heno y a la herbácea respiración de las vacas. Había empezado a lloviznar, y cruzaron el patio a paso rápido. La puerta del establo estaba abierta; una luz brillaba en su interior: la del farol que siempre estaba allí y que Philip había encendido. La señora Hall se acercó a la puerta con suavidad y dijo:

—¡Helena!

No hubo respuesta por unos instantes. La señora Hall se asomó al establo y se llevó una sorpresa mayúscula. Dos personas aparecieron delante de ella. Para empezar, en lugar de la mujer harapienta a la que esperaba, vio a una joven pálida, de ojos oscuros y aspecto refinado, cuya personalidad imperaba sobre su atuendo, en lugar de lo contrario. Llevaba un vestido bonito y nuevo, el vestido de Sally, y un bonete viejo. Parecía muy agitada, cogida de la mano de su acompañante, que no era otro que el prometido de Sally, el hacendado Charles Darton, en cuya elegante figura había posado sus ojos la pálida muchacha, igual que los de él se habían posado en ella. Darton sostenía con la otra mano la rienda de su caballo, que seguía ensillado, como si acabase de llegar.

Al ver a la señora Hall, los dos se volvieron y la miraron de una manera que no era del todo consciente o inconsciente y sin dar muestras de recordar que había que decir algo para poner fin a la extraña situación. Un momento después también había entrado Sally, y el señor Darton soltó la mano de la desconocida, apartó el caballo a un lado y se acercó a saludar a su prometida y a la señora Hall.

—¡Ah! —dijo, sonriendo, con forzada compostura—. Dirá usted que es una extraña manera de llegar, mi querida señora Hall. Nos perdimos, y eso nos ha retrasado. Vi una luz encendida y me acerqué con mi caballo. Mi amigo Johns y el mozo que nos acompaña se han ido a la posada, por no invadirles la casa. Nada más entrar vi que esta dama se había refugiado aquí, y acabo de enterarme de que era una intrusa.

—Es mi nuera —dijo tranquilamente la señora Hall—. Mi hijo también está en casa, pero se ha acostado porque no se encontraba bien.

Sally se había quedado observando la escena, desconcertada hasta ese momento, sin reparar apenas en el temblor que sacudía la mano de Darton. El hechizo se rompió al ver a los dos niños sentados en un montón de paja. Corrió a hablar con ellos y cogió a uno en brazos y al otro de la mano.

—¿Y dos niños? —dijo el señor Darton, dejando ver que no llevaba allí el tiempo suficiente para comprender la situación.

—Mis nietos —respondió la señora Hall, con la misma tranquilidad fingida.

La mujer de Philip Hall, tras esta interrupción de su primer encuentro inesperado, parecía tan afectada que apenas podía reparar en la presencia de nadie que no fuese el señor Darton. Sin embargo, se recompuso rápidamente, dirigió una mirada inquisitiva con sus ojos tristes a la señora Hall y, juzgándola al parecer de su agrado, se acercó a ella con sumisa iniciativa. Acto seguido, Sally intercambió unas palabras amables con la desconocida y se fue con los niños a la casa. La señora Hall y Helena los siguieron, y Darton las siguió a ellas, contemplando el vestido y la silueta de Helena y escuchando su voz como un hombre en trance.

Cuando los tres llegaron a la casa, Sally ya había subido con los niños. Dio unos golpes en la pared para que Rebekah fuera en su ayuda, pues la pequeña vivienda de adobe estaba adosada a la recia construcción de mampostería. Tras la llegada de Rebekah prepararon una cama para los pequeños y les dieron algo de cenar. Hecho todo esto, Sally bajó al salón. Su cuñada entraba justo en ese momento, tras haberse retirado con su suegra para quitarse el bonete y adecentarse un poco. Era por tanto evidente que no había vuelto a hablar con el señor Darton desde su breve encuentro en el establo.

Llegó entonces muy oportunamente el señor Japheth Johns, y alivió el ambiente cohibido después de intercambiar con la señora Hall las consabidas observaciones meteorológicas a modo de presentación. Enseguida se sentaron a cenar, sin que los invitados ofrecieran el vino y el pavo para consumirlos esa noche, no queriendo que la prematura exhibición de estos obsequios pudiera arrojar dudas sobre la capacidad de la anfitriona para agasajar a sus comensales.

—Beba usted cuanto quiera, señor Johns. Beba cuanto quiera —dijo la señora Hall generosamente—. Tenemos para beber en abundancia. No sé si el vino de sidra será de su grado, pero le aseguro que tiene cuerpo.

—Todo lo contrario, señora, todo lo contrario —respondió el ganadero—. Aunque he heredado de mi padre sus principios sobre el licor de malta, soy bebedor de sidra por parte de madre. Ya sabe usted que ella era de por aquí. Y hay que decir, en honor a esta bebida, que es un licor más apacible y no embota a un hombre como otros licores más fuertes. Con un poco de cuidado, uno puede pasarse doce meses bebiendo sidra sin derribar a un vecino ni terminar con un ojo morado a manos de un conocido.

La conversación que así había comenzado transcurrió animadamente, aunque en general no participaban en ella más que la señora Hall y Japheth, que ciertamente no necesitaban ayuda de nadie. Siendo escasas las invitaciones para que Sally pudiera sumarse a la charla, la joven tuvo amplias oportunidades para entregarse a lo que más deseaba en ese momento, que era observar a su futuro marido y a su cuñada con la intención de esclarecer la extraña escena que su madre y ella habían interrumpido al entrar en el establo. Si algo significaba tal escena, era como mínimo que los dos ya se conocían de antes. Sally comprendió que no habían tenido tiempo para explicarse, pues cada uno de ellos seguía reprimiendo su sorpresa por la presencia del otro. Darton no quitaba los ojos del vestido de Helena, como si se tratara de un acertijo añadido a su perplejidad, mientras que para Sally aquél era el único detalle del caso que no encerraba ningún misterio. El prometido parecía sentir que el destino había cambiado pícaramente su *vis-à-vis* en la giga nupcial que estaba a punto de interpretar, pues del corpiño del vestido que debía cubrir a Sally asomaba el rostro de Helena, y de sus mangas, una mano perdida mucho tiempo atrás, salía al encuentro de la suya.

Sally notó que, con independencia de lo que Helena pudiera saber de Darton, ignoraba por qué éste parecía tan incómodo al verla con ese vestido. Y, por momentos, casi llegaba a convencerse de que las miradas que su prometido dirigía a su cuñada eran enteramente fruto de esta prenda. Otras veces, sin embargo, advertía en los ojos de Darton una gama de especulaciones y sentimientos más variados, imposibles de atribuir únicamente al vestido.

Aun cuando Sally era una mujer independiente y nada celosa, había algo en la relación de estas dos personas que requería una explicación.

Japheth Johns seguía conversando a su manera, intercalando algunas reflexiones personales sobre la posición de Darton y Sally. Y aunque a juzgar por el brillo de sus ojos la conversación era sumamente entretenida para él, no lograba transmitir el mismo entusiasmo a los demás comensales. Finalmente se despidió para volver a la posada, a ochocientos metros de distancia, y Darton prometió que lo seguiría en pocos minutos.

Pasada media hora, el señor Darton también se puso en pie, y Sally y su cuñada le dieron simultáneamente las buenas noches antes de retirarse a sus habitaciones. Sin embargo, al llegar a la puerta principal, en compañía de la señora Hall, se desató un fuerte chaparrón, por lo que la viuda sugirió al prometido que volviera a sentarse junto al fuego hasta que pasara la tormenta.

Darton aceptó la invitación, pero insistió en que, como empezaba a ser tarde, y era evidente que la señora Hall estaba cansada, no hacía falta que se quedara acompañándolo; podría salir él solo de la casa, y mientras tanto disfrutaría de una pipa al calor de la chimenea. La señora Hall asintió, y Darton se quedó a solas. Se acercó al fuego, encendió su pipa, tal como había dicho, y se sentó a contemplar las llamas y las muescas en el tiro de la chimenea.

De cuando en cuando, una gota de lluvia entraba por el tiro con un silbido, y Darton seguía fumando, pero no como un hombre que está en paz con sus pensamientos. Al cabo de un rato, a pesar de sus cavilaciones, el madrugón del día y el largo viaje a caballo obraron sus efectos naturales. Empezó a adormilarse.

No supo cuánto tiempo pasó en aquella duermevela. Abrió los ojos de repente. El leño que sostenía el fuego se había partido por la mitad y había dejado de llamear; la vela que había dejado en la repisa de la chimenea casi se había consumido. Había sin embargo un resplandor en la estancia, aunque procedía de otra parte. Darton volvió la cabeza y vio a la mujer de Philip Hall en el umbral de la puerta, con un candelabro en una mano y un hervidor de té en la otra, y el vestido de Sally todavía puesto.

—¡Helena! —dijo, sobresaltándose.

El rostro de Helena denotó consternación y sus primeras palabras fueron de disculpa:

—Yo… no sabía que estaba usted aquí, señor Darton —dijo, mientras sus mejillas se teñían de rubor—. Creía que todos se habían retirado. He venido a hervir un poco de agua. Parece que mi marido está peor. Aunque puedo avivar el fuego de la cocina.

—No se vaya por mí. Por favor, hierva el agua aquí, tal como era su intención —dijo él—. Pero permítame que la ayude. —Se acercó para quitarle el hervidor de la mano, pero Helena no se lo permitió y lo puso ella misma encima del fuego.

Se quedaron en esa postura, separados por la vela, cada uno a un lado de la chimenea, a la espera de que el agua hirviese. Helena no apartaba la vista del hervidor. Fue Darton quien rompió el silencio.

—¿Quiere que avise a Sally? —preguntó.

—No, no. Ya le hemos causado suficientes molestias. No tenemos derecho a estar aquí. Pero somos un juguete en manos del destino, y nos hemos visto obligados a venir.

—¡Cómo que no tienen derecho a estar aquí! —exclamó Darton, sorprendido.

—Ninguno. Ahora no puedo explicárselo —dijo Helena—. Este hervidor es muy lento.

Hubo otro silencio, y la proverbial tardanza de un cacharro de cocina nunca se ejemplificó con mayor claridad.

El semblante de Helena era de los que parecen pedir ayuda sin que su dueña se dé cuenta, todo lo contrario del de Sally, que denotaba una gran confianza en sí misma. Los ojos de Darton iban del hervidor al rostro de Helena, de nuevo al hervidor y de nuevo al rostro, deteniéndose ahí más tiempo.

—¿No voy a descifrar entonces el misterio que me ha tenido enfrascado toda la noche? —preguntó—. ¿Cómo es que una mujer que me rechazó porque, así lo supongo, mi posición no era de su agrado, se casa con un hombre que a todas luces se encuentra en una posición mucho peor que la mía?

—Él me lo había pedido antes —contestó Helena.

—¿Qué? ¿Ya lo conocía entonces?

—Sí, sí. Se marchó a Australia y después me pidió que me fuera con él.

—¡Ah! ¡Ése era el misterio!

—Por favor, no diga nada más —le imploró ella—. ¡Si he cometido errores, hace ya cinco años que estoy pagando por ellos!

Las emociones de Darton se desbordaron de repente. Era bondadoso hasta el exceso.

—Lo siento mucho —dijo, acercándose involuntariamente. Helena retrocedió unos pasos, y él, consciente de su retirada, volvió sin pausa a su sitio de antes. Guardó silencio, y el hervidor empezó a silbar—. Podrías haberte casado conmigo, si hubieras querido —dijo al cabo de un rato, pasando del usted al tú—. Aunque eso ya es agua pasada. Pero, si te encuentras en apuros o en necesidad, con mucho gusto me gustaría ser útil. Además, la relación que ahora nos une, por tu matrimonio, me concede ese derecho. ¿Está tu tío al corriente de tu situación?

—Mi tío ha muerto. Me dejó sin un penique. Y ahora tenemos dos hijos que alimentar.

—¿Dices que no te dejó nada? ¿Cómo pudo ser tan cruel?

—A sus ojos yo me había deshonrado.

—Deja que me ocupe de los niños, al menos hasta que te hayas asentado —dijo Darton con sinceridad—. Eres la mujer de otro, y no puedo cuidar de ti.

—Sí que puedes —dijo una voz; y una tercera persona apareció a su lado. Era Sally—. Puedes, puesto que parece que lo deseas —repitió—. Ya no pertenece a otro hombre… ¡Mi pobre hermano ha muerto!

Estaba enardecida, echaba chispas por los ojos, y sacó por completo a la mujer que llevaba dentro.

—¡Lo he oído todo! —le dijo a Darton con ardor—. ¡Puedes protegerla tanto a ella como a sus hijos! —Se volvió entonces a su alterada cuñada—. Oí algo —explicó, con un murmullo suave, muy distinto del tono encendido de sus palabras anteriores— y fui a su habitación. Debió de ser cuanto usted salió. Ha bajado usted tan deprisa, tan inesperadamente, que ni siquiera he tenido tiempo de avisarla.

De la confusa explicación que siguió a estas palabras, Darton acertó a deducir que, mientras él dormía junto al fuego, el hermano de Sally, al que nunca había llegado a conocer, había empeorado y, al ausentarse Helena para hervir el agua, se había producido el insólito desenlace. Las dos jóvenes salieron apresuradamente, y Darton volvió a quedarse a solas.

Al cabo de un rato se acercó a la entrada principal, se asomó unos instantes y, cerrando suavemente la puerta a sus espaldas, avanzó unos pasos y se detuvo debajo del falso plátano. Las estrellas parpadeaban, frías, y la humedad que acababa de caer sobre la tierra en forma de lluvia producía en ella un escalofrío. Darton se encontraba en una situación muy singular, y lo sabía. La inesperada aparición, en un estado de suma pobreza, de Helena —una joven de buena familia, hija de un difunto oficial de marina, criada por su tío, abogado, que había rechazado su proposición de

matrimonio unos años antes—, la vehemencia, casi la ira, de Sally al descubrirlos, el brusco anuncio de la viudedad de Helena… todo esto componía una coyuntura difícil de sobrellevar serenamente, y se preguntó si debía ofrecer su ayuda o abandonar la casa. A juzgar por la reacción de Sally, debería optar por lo primero sin vacilación.

Seguía debajo del árbol cuando la puerta se abrió, dando paso a la señora Hall. Ésta, sin verlo, dio un rodeo y se acercó a la cancela lateral del jardín. Darton la siguió, con la intención de hablar con ella. Tras cruzar la cancela, la señora Hall se detuvo un momento, como si reflexionara, y siguió andando hasta un punto que era el primero en recibir los rayos del sol en primavera, donde el viento del norte nunca soplaba. Era allí donde se encontraba la hilera de colmenas, al pie de la cerca. Al comprender el propósito de la mujer, Darton esperó hasta que hubiese terminado.

Era costumbre extendida en los alrededores despertar a las abejas con unos golpes suaves en las colmenas cuando una muerte acontecía en la casa, en la creencia de que, de no cumplir con este rito, las abejas se consumirían de añoranza y morirían al año siguiente. En cuanto oyó el zumbido que respondía a la llamada en la primera colmena, la señora Hall pasó a la segunda, y así continuó hasta completar la hilera. Al verla regresar, Darton salió a su encuentro.

—¿Qué puedo hacer en esta dificultad, señora Hall?

—Pues… nada, gracias, nada —dijo ella con voz llorosa, cayendo en la cuenta de su presencia—. Hemos avisado a Rebekah y a su marido. Ellos se ocuparán de todo. —En pocas palabras le relató los detalles de la llegada de su hijo, muy enfermo, de hecho a las puertas de la muerte, aunque no lo habían sospechado, y sugirió que, después de haberlo hablado con su hija, la boda debía posponerse.

—Naturalmente —dijo Darton—. Creo que iré a la posada para contarle a Johns lo ocurrido. —Ya le había estrechado la mano cuando se volvió con vacilación y añadió—: ¿Querrá decirle a la madre de los niños que, puesto que se han quedado huérfanos, con mucho gusto me ocuparía del mayor, si a ustedes les parece bien?

La señora Hall prometió comunicar el ofrecimiento a la viuda de su hijo, y con esto se despidieron. Darton bajó los peldaños que formaban las raíces del árbol y desapareció camino de la posada, donde informó a Johns de las circunstancias. La señora Hall, entretanto, volvió a entrar en la casa. Sally estaba sola en la sala de estar, y su madre le explicó que Darton había aceptado sin reparos el aplazamiento.

—Seguro que sí —respondió la hija con triste énfasis—. No se ha aplazado por una semana o por un mes o por un año. Nunca me casaré con él. ¡Ella será su mujer!

IV

Pasó el tiempo, y la vida en La Loma volvió a tranquilizarse bajo las distintas influencias de los quehaceres diarios. Comenzó entonces una larga y desganada correspondencia entre Sally Hall y Darton, quien, no sabiendo cómo interpretar las

petulantes palabras de su prometida en la noche de la muerte de su hermano, se dejó llevar pasivamente por los acontecimientos. Helena y sus hijos se quedaron en la casa familiar, por pura necesidad, y Darton juzgó aconsejable no acercarse por allí.

Un día, cuando ya habían pasado siete meses, Darton estaba en su granja, a treinta y dos kilómetros de King's-Hintock, cuando recibió una nota de Helena. Le daba las gracias por el amable ofrecimiento concerniente a su hijo mayor, que su suegra le había comunicado, y se mostraba dispuesta a aceptarlo. Lo cierto es que Helena no tenía más remedio, pues su tío la había dejado sin un penique y todas sus peticiones a algunos parientes afincados en el norte habían caído en saco roto. No había, además, ningún buen colegio cerca de Hintock al que pudiera enviar a su hijo.

Un hermoso día de verano llegó el niño. Sally y Helena lo acompañaron la mitad del camino, hasta el Caballo Blanco, la antigua y elegante posada isabelina de Chalk Newton[2], donde quedó al cuidado del administrador de Darton, que esperaba al pequeño con un flamante birlocho.

Matricularon al huérfano como alumno externo en una conocida escuela de Casterbridge, a unos cinco o seis kilómetros de casa de Darton, después de que éste le hubiera enseñado a montar un percherón para cubrir a medio galope la distancia de ida y vuelta hasta la citada fuente de saber, de donde (así lo esperaba Darton) regresaba a diario con la cabeza llena de prometedores conocimientos. La presencia del chiquillo disipó en buena medida la actitud taciturna en la que Darton había caído en los últimos tiempos.

Llegadas las vacaciones de Navidad, se decidió que el pequeño las pasaría con su madre. Por una u otra razón, el viaje volvió a hacerse en dos etapas, con la diferencia de que esta vez fue Darton quien sustituyó al administrador, y partió con el muchachito a caballo.

A su llegada al Caballo Blanco Darton preguntó si la joven señora Hall y la señorita habían ido a recibir a Philip, tal como habían acordado. Fue Helena quien, apareciendo sola en la puerta, respondió a su pregunta.

—Sally no ha podido venir en el último momento —dijo con voz entrecortada.

Ese día quedó fijado el destino hacia el que estas dos personas, separadas desde hacía mucho tiempo, se estaban aproximando. Pero nada se dijo hasta mucho después. Fue Sally quien, al negarse a acompañar a Helena, dio el primer impulso decisivo a los acontecimientos. Poco después daría el segundo, al redactar la siguiente nota.

(Privado)

Estimado Charles:

En el tiempo que llevo viviendo con Helena y compartiendo su intimidad, he tenido ocasión, como es natural, de conocer su historia, especialmente en lo que a usted concierne. Estoy convencida de que lo aceptará como marido a su debido tiempo, y creo que debería darle la oportunidad. En una nota anterior me preguntaba usted si lamentaba haber perdido los estribos (cosa que no es cierta) esa noche cuando le oí hablando con ella. No, Charles, no lamento en absoluto lo que dije esa noche.

Sinceramente,

SALLY HALL

Una vez activados los acontecimientos, que el corazón de Darton regresara a sus cuarteles de origen fue solo cuestión de tiempo. El mes de julio siguiente acudió a su amigo Japheth para solicitarle su presencia en la ceremonia nupcial aplazada por doce meses desde el pasado enero.

—¡De todo corazón, hombre perseverante! —fue la cordial respuesta de Johns—. Cierto es que he perdido buena parte de mi elegante tez blanca segando el heno con estos calores, pero cumpliré mi cometido tan bien como cualquiera con mejor facha que la mía. Gracias a Dios que aún quedan en el mundo fragancias y buenos aceites para el pelo, y a buen seguro que suavizarán lo tosco de mi apariencia. Le presentaré a ella mis felicitaciones. «Más vale tarde que nunca, Sally», eso voy a decirle.

—No es Sally —se apresuró a señalar Darton—. Es la joven señora Hall.

La expresión de Japheth, al comprender los propósitos de su amigo, se tornó en la viva imagen del reproche y la consternación.

—¿Que no es Sally? ¿Por qué no es Sally? ¡No puedo creerlo! ¡La joven señora Hall! Bueno, bueno, ¿qué ha sido de tu buen juicio?

Darton le explicó brevemente los detalles, pero Johns no dio su brazo a torcer.

—Sally es una mujer con la que merece la pena casarse, si es que alguna lo merece —protestó—. ¡Y tú la dejas escapar!

—Digo yo que podré casarme con quien quiera —replicó Darton.

—Hmm —dijo el granjero, enarcando las cejas con un gesto muy expresivo—. Eso no te conviene, Charles, te lo digo yo. Si la situación fuera la inversa, ahora mismo estarías tildándome de imbécil norteño y tratando de apartarme del aroma de ese señuelo irresistible.

El hacendado Darton respondió con tanta dureza a la lacónica opinión del amigo que finalmente se separaron de una manera insólita en ellos. Johns no sería el padrino de Darton. Se negó rotundamente. Darton se fue muy disgustado, incluso triste, porque Japheth estaba a punto de abandonar esa zona del condado, y no tendrían ocasión de explicar o suavizar las palabras que los habían dividido.

Poco después de este encuentro, Darton se unió a Helena en una ceremonia sencilla y práctica, y Helena y su hija se reunieron con el chiquillo que ya había aceptado la casa de Darton como su propio hogar.

Por espacio de algunos meses, el hacendado experimentó una felicidad y una satisfacción sin precedentes. Había cometido un error, pero lo había enmendado con la mayor pulcritud posible. Pasada esta primera etapa, el curso de los acontecimientos dejó de parecerle tan evidente como al principio, y algunas sombras comenzaron a velar sus momentos de ensoñación diurna. Helena era una mujer frágil, con escaso aguante físico o moral, y desde que él la conoció —ocho o diez años antes—, había pasado muchas penalidades. Había perdido su amor propio y a veces se mostraba muy alicaída, hablaba con nostalgia de las comodidades de su vida de soltera, y, en lugar de comparar su posición presente con la que había sido su condición como mujer del infortunado Hall, se dedicaba a evocar cómo eran las cosas antes de dar el

paso fatal de casarse con él en secreto. No se esforzaba en agradar a las personas con las que se veía en la obligación de relacionarse como mujer de un próspero hacendado. Pasaba por alto las gratas menudencias de la vida agrícola como si se tratara de asuntos muy penosos, y, de no haber sido por la presencia de los niños, la casa de Darton no habría sido un lugar más alegre de lo que era antes de su casamiento.

Esto era causa a menudo de situaciones desagradables, y Darton a veces se decía que sus esfuerzos por rectificar las desviaciones de su corazón, regresando al punto de partida, habían fracasado en su mayor parte. «Puede que Johns tuviera razón —pensaba—. Tendría que haberme casado con Sally. Más vale dejarse llevar por la corriente y sacar el mayor provecho de su curso que oponerse a ella con el riesgo de volcar la barca.» Pero se guardaba para sí estas perturbadoras reflexiones y ofrecía por fuera una fachada amable y considerada.

Esta fase de aridez vital se había prolongado menos de un año y medio cuando sus meditaciones se vieron cortadas en seco por la pérdida de la mujer que las ocasionaba. Tras darle sepultura, Darton pasó a tener mejor opinión de Helena que cuando estaba viva, y le pareció que, a fin de cuentas, la granja era un lugar peor sin ella que con ella. Ninguna mujer, a menos que fuese casi divina, habría podido superar una experiencia como la de ella con su primer marido sin que su carácter se agriara mínimamente. Los paralizados sentimientos de Helena, su conducta a veces insensata, eran la máscara de un corazón franco y bienintencionado, cálido y rebosante de esperanzas por naturaleza. Helena dejó a Darton un diminuto y rubicundo infante envuelto en mantillas blancas. Hacer la vida todo lo fácil que le fuera posible a esta criatura enternecedora se convirtió al momento en el objetivo del viudo.

Mientras su hijo aprendía a andar y a hablar, Darton iba esbozando cierto plan que era muy de su agrado. Analizando el experimento que hasta entonces había hecho con su vida, llegó a la conclusión de que había aprendido de sus errores sabiduría y cautela.

No requiere demasiada sagacidad adivinar cuál era dicho plan. Una vez más se le presentaba la ocasión de corregir y rectificar sus desacertadas decisiones y regresar a Sally Hall, que seguía viviendo tranquilamente bajo el techo materno en Hintock. Helena había dado al hogar de Darton pasión y refinamiento; Sally sería la mujer que lo iluminaría. Ella no despreciaría, como Helena, la sencillez de la vida rural al calor de la lumbre; no había mujer más deseable que Sally para convertirse en madre de los hijos de su hermano y el vástago del propio Darton, y, ahora que Helena ya no estaba, él sería para Sally un marido más prometedor que en ese otro momento, cuando ella, con una herida abierta, aún podría haberle afeado su conducta.

Darton no era dado a actuar con premura, por lo que el esbozo de este plan reparador podría haberse demorado sustancialmente. Pero llegó una tarde de invierno, idéntica a la que había ensombrecido aquel otro viaje del hacendado a Hintock, en la

que se preguntó por qué seguir posponiendo su decisión más tiempo, si hasta el mismo paisaje parecía reclamar la repetición de aquel primer intento.

Ordenó a un mozo que ensillara su yegua, se pertrechó de botas y espuelas, como un jinete más joven y apuesto, besó a los dos hijos menores y se puso en camino. De buen grado habría emprendido el viaje en compañía de su viejo amigo Japheth Johns, para que fuese en todo idéntico al primero. Pero Johns, lamentablemente, no estaba allí. La brecha que los había separado seguía abierta desde que se trasladó a otro lugar del condado, y, aunque Darton lo había perdonado un centenar de veces, como seguramente Johns lo había perdonado a él, era poco probable que ninguno de los dos hiciera el esfuerzo de reconciliarse, dadas las circunstancias.

Resuelto a hacer acopio del mejor ánimo posible en ausencia de su amigo, se contentó con sus propios pensamientos, a falta de las palabras de un compañero. El sol se estaba poniendo; las ramas se dibujaban contra el cielo como grabadas al aguafuerte, y ancianos encorvados bajo el peso de los haces de leña saludaban a Darton con un «Buenas noches, señor», a lo que él respondía con la misma cordialidad.

Cuando llegó a la bifurcación del camino, la oscuridad era tan densa como el día en que Johns trepó el poste para ver la señal. Darton no se equivocó esta vez. «Y tampoco habré de equivocarme, a Dios gracias, cuando llegue a mi destino», murmuró. Le procuraba una satisfacción singular centrar sus pensamientos en que esta proposición de matrimonio, lo mismo que la primera, era la manera de poner en orden lo que en su día se había torcido, y no un capricho súbito y pasajero.

Nada entorpeció su recorrido, que esta vez le pareció la mitad de corto. A pesar de la oscuridad, no habían dado las seis cuando las grandes chimeneas de la residencia de la señora Hall asomaron por detrás del falso plátano.

Cambiando de idea, se alejó para tomar el camino de la posada como en aquella otra ocasión y, tras contemplarse en el espejo, pidió que le llevasen algo de beber, se esforzó en borrar las arrugas de incipiente preocupación y a paso ligero fue andando hasta la casa.

V

Esa noche Sally estaba haciendo delantales para las ordeñadoras, que ahora eran dos más, desde que ella y su madre no se ocupaban de ordeñar a las vacas. Por lo demás, era muy poco lo que había cambiado en la economía doméstica y en el aspecto de la casa, aparte de pequeños detalles como que la grieta sobre una ventana, tras cien años de gestación, se había ensanchado ligeramente, que las vigas tenían un tono más oscuro, que la influencia del modernismo había suplantado la chimenea abierta por una chimenea empotrada, que Rebekah, que llevaba una cofia cuando tenía pelo en abundancia, había abandonado esta prenda y apenas conservaba el pelo,

y que en las facciones de Sally se observaba el cambio natural obrado por la madurez y la experiencia.

La señora Hall estaba cogiendo los tizones con unas tenazas, como tenía por costumbre.

—¡Esta noche hace cinco años, si no me equivoco! —dijo con énfasis.

—No es exactamente esta noche —señaló Sally—, aunque hará cinco años esta semana.

—Bueno, falta muy poco. Hace cinco años el señor Darton vino a casarse contigo, y mi pobre Phil volvió a casa para morir —suspiró la madre—. ¡Ay, Sally —se lamentó—, si hubieras hecho las cosas bien, el señor Darton se habría casado contigo, con Helena o sin Helena!

—No te pongas sentimental, madre. No quise tomarme la molestia de hacer las cosas bien, dadas las circunstancias. Reconozco que me agradaba, pero tampoco estaba tan ansiosa por casarme. Por nada del mundo podía casarme con él en una situación tan complicada —añadió con decisión—. Y creo que tampoco me casaría con él ahora, si me lo pidiera.

—De eso no estoy segura, a menos que le hayas echado el ojo a otro.

—No me casaría, y te diré por qué. En este momento no podría casarme por amor. Y puesto que tenemos lo suficiente para vivir si el día de mañana decidimos cerrar la lechería, no tengo necesidad de casarme por razones mezquinas… Estoy muy bien como estoy, y no hay más que decir.

Al poco de producirse este diálogo se oyó un golpe suave en la puerta, y Rebekah entró en el salón como si acabase de ver un fantasma. La mujer encargada de separar la nata y batir la mantequilla, que ahora vivía en la casa principal, había oído sin querer los comentarios de la madre y la hija, y, al abrirle la puerta al señor Darton, la coincidencia se le antojó espeluznante. La señora Hall recibió al granjero con cálida sorpresa, lo mismo que Sally, y por un momento se quedaron sin palabras.

—¿Podría abrir el tiro de la chimenea, señor Darton? A veces se engancha —dijo la madre. Darton lo hizo, y este pequeño gesto doméstico borró de su conciencia la incomodidad de haber sido un extraño por espacio de cuatro años.

La señora Hall no tardó en adivinar el motivo de la visita de Darton, dejó a solas a los protagonistas, para preparar algo de comer a su invitado, y sonrió al recordar las recientes y apresuradas afirmaciones de su hija, al ver con cuánta cortesía se estaba conduciendo. Pensó que Darton no parecía tan confiado como en el momento de su llegada, pero Sally hizo gala de un humor excelente y la comida transcurrió de una manera muy agradable.

A eso de las siete, Darton se despidió de sus anfitrionas. La señora Hall lo acompañó para alumbrarle en su salida. En el umbral de la puerta, el hacendado habló con franqueza:

—He venido a pedirle a su hija que se case conmigo. He elegido esta noche con miras a recibir una respuesta favorable. Pero ella no querrá.

—¡En ese caso será una muchacha muy desagradecida! —respondió la señora Hall.

Darton se detuvo, para formular la pregunta que deseaba hacer.

—Yo… espero que no haya otro pretendiente en mejor posición…

—No puedo decirle si lo hay o no lo hay. Mi hija es muy reservada para algunas cosas. Sin embargo, estoy de su parte, señor Darton, y hablaré con ella.

—Gracias, gracias —dijo el hacendado, en un tono más alegre. Y con esta promesa terminó la no demasiada satisfactoria visita. Darton bajó la escalera que formaban las raíces del árbol, la luz se retiró y la puerta se cerró. Al pie de la escalera casi se da de bruces con un hombre que se disponía a subir.

—¿Puede un hombre de escaso raciocino dar crédito a lo que ven sus ojos en una noche tan oscura? —exclamó una voz que Darton reconoció al instante, aunque no esperaba oírla—. ¡No me atrevería a jurar que puede, aunque vive Dios que me gustaría! —Quien así hablaba era Johns.

Darton dijo que se alegraba mucho, por mala que fuese la ocasión, de acabar con un silencio de años, y le preguntó al granjero qué lo llevaba por allí.

Japheth respondió con la confianza y la jovialidad de siempre.

—Voy a ver a tus… parientes… que es lo que siempre me han parecido que son. A la señora Hall y a Sally. Verás, Charles, la verdad es que he descubierto que esa tendencia natural del hombre a la barbarie se agudiza notablemente con la soltería y, como ocurre que las cosas que tú desechas a mí siempre me han parecido buenas, vengo aquí en busca de civilización. —Señaló con la cabeza hacia la casa.

—No será con Sally… ¿Pretendes casarte con ella? —preguntó Darton, sintiendo como si un reguero de agua helada le recorriese los hombros.

—Sí, con la ayuda de la Providencia y mi encanto personal. Y creo que voy a conseguirlo. Paso por aquí todas las semanas. Ya sabes que mi granja actual está a poco más de seis kilómetros. Y la veo por la ventana. Es muy raro que haya venido esta noche a proponérselo por primera vez. ¿Acabas de visitarla?

—Sí, he estado un rato. Pero no ha dicho ni una palabra de ti.

—Buena señal, buena señal. Eso me refuerza en mi decisión. Haré el intento y tendré su respuesta esta misma noche, como había planeado.

Tras intercambiar unos breves comentarios, Darton, en un tono levemente jocoso, deseó a su amigo que tuviera suerte con Sally, y le dijo adiós. Johns prometió escribirle para informarle del desenlace, subió los peldaños y se perdió en la sombra de la casa y el árbol. Un rectángulo de luz se dibujó a los pies de la puerta al entrar Johns, y todo volvió a sumirse en la oscuridad.

—¡Caramba con Japheth! —dijo Darton—. ¡Esto lo explica todo!

Decidió volver a casa esa misma noche. En cuestión de un cuarto de hora había salido del pueblo, y al día siguiente siguió recolectando y almacenando nabos como si nada hubiese ocurrido.

Esperó y esperó noticias de Johns, impaciente por averiguar si se había fijado la

fecha de la boda, pero no recibió ninguna carta. Nada supo hasta que, al encontrarse un día con su viejo amigo en la subasta de caballos, Darton exclamó en un tono muy amistoso, mucho más amistoso de lo que sentía:

—¿Cuándo es el feliz día?

Para su sorpresa, Johns no correspondió con la misma alegría.

—No hay tal —dijo, con una voz muy apagada—. Mal asunto. No me ha aceptado.

Darton contuvo la respiración antes de decir con falsa solicitud:

—Vuelve a intentarlo… Será por timidez.

—Qué va —contestó Johns—. No ha sido por eso. Lo hemos hablado docenas de veces con la mayor franqueza. Me ha dicho a las claras que no le convengo. Pedírselo de nuevo sería importunarla. ¡Ah, Charles, no te imaginas lo que perdiste hace cinco años, cuando la dejaste escapar!

—Lo sé… lo sé —asintió Darton.

Regresó de la subasta con nuevas emociones. Estaba claro que había cometido un error al pensar que Johns podía ser un rival a tener en cuenta. Aún tenía motivos para albergar la esperanza de conquistar a Sally.

En esta ocasión, apremiado por las circunstancias, tomó papel y tinta para hacerle la proposición más sincera y varonil que pudiera desear una mujer. La respuesta no se hizo esperar:

Estimado señor Darton:

Soy sensible, como cualquier mujer, a la buena intención que lo mueve a hacerme esta proposición por segunda vez. Mujeres superiores a mí se sentirían muy honradas por su ofrecimiento, pues, cuando leo sus interesantes y extensos discursos sobre la remolacha y otros asuntos similares en el Club de Agricultores de Casterbridge, le aseguro que las siento como un honor. Mi respuesta, sin embargo, es la misma de siempre. No trataré de explicar lo que, en realidad, me es imposible explicar: mis motivos. Simplemente le digo que declino casarme con usted. Con mis mejores deseos, como en otros tiempos, sigo siendo su fiel amiga,

SALLY HALL

Darton dejó la carta con abatimiento. Además de la negativa, detectaba un posible sarcasmo: esa alusión a los «interesantes y extensos discursos sobre la remolacha» tenía una nota sospechosa. De todos modos, con sarcasmo o sin él, ésa era la respuesta y tenía que aguantarse.

Buscó consuelo en un asunto que en aquel momento absorbía buena parte de su atención, el de aclarar el pintoresco y falso rumor que circulaba por el condado de que la reciente quiebra de un banco local lo había dejado casi en la ruina. Un hacendado llamado Darton había sufrido graves pérdidas, y la coincidencia del apellido era quizá la causa del error. Fue tanta la credibilidad que se dio a la noticia que Darton pasó varios días escribiendo cartas con el fin de desmentirla y convencer al mundo de que su solvencia seguía intacta. Apenas había concluido esta penosa tarea cuando, para su deleite, recibió otra misiva, con la letra de Sally.

Darton la abrió con expectación. Era muy breve.

Querido señor Darton:

Hemos pasado los últimos días tan alarmadas por la noticia de que se había arruinado usted por la quiebra del Banco X que, ahora que por fin se ha desmentido, me apresuro, por deseo de mi madre, a manifestarle lo mucho que nos alegra saber que se trata de un rumor sin fundamento. Tras la bondad con que acogió usted a los pobres hijos de mi hermano, no puedo por menos que escribirle en este momento. Hace unos días recibimos carta de los dos niños.

Su fiel amiga,

SALLY HALL

«¡Mujer interesada! —se dijo con una sonrisa—. Ésa era la razón secreta de su rechazo. Pensó que estaba en la ruina.»

Pero, siendo como era Darton, conforme pasaban las horas se dejó llevar por sentimientos demasiado generosos para condenarla por esta actitud. ¿Qué buscaba él en una mujer?, se preguntó. Amor e integridad. ¿Qué más? Sentido común. ¿Y qué había sino sentido común en la negativa de Sally a embarcarse en un navío que se estaba hundiendo? Ahora ella sabía que no era cierto. «Como que me llamo Charles que volveré a intentarlo.»

Lo cierto es que había puesto su corazón en Sally, y solo en Sally, y no estaba dispuesto a consentir que nada se interpusiera en su camino, por lo que su razonamiento fue puramente formal.

Viendo que los aniversarios no habían sido propicios, esperó hasta un luminoso día de finales de mayo, una tarde en que toda la naturaleza animada parecía pensar, a su manera absurda y confiada, que disfrutaría eternamente de aquel cielo azul. Darton apenas reconocía en el paisaje de Long-Ash Lane la ruta de sus dos viajes anteriores en invierno. Esta vez no podía equivocarse, aun con los ojos cerrados. El canto del cuco alcanzaba su mejor momento en esta época del año, entre la indecisión de abril y la decrepitud de mediados de verano, y los reptiles tomaban el sol, encantadores como gatitos al calor del fuego. Aunque la tarde ya estaba avanzada y la hora era aproximadamente la misma que en la última ocasión, Darton llegó a Hintock con plena luz del día, y los detalles de la casa se hicieron visibles desde muy lejos. Vio a Sally en el jardín, y algo empezó a bullir dentro de él. Tenía intención de pasar primero por la posada, pero cambió de idea: «No. Ataré mi caballo a la cancela del jardín. Si todo va bien pronto lo llevarán al establo; de lo contrario montaré y daré media vuelta».

La alta sombra del jinete oscureció la habitación donde se encontraba la señora Hall, que se estremeció al verlo, ya que Darton se había acercado por un sendero lateral por el que rara vez pasaba nadie. En pocos segundos salió al jardín con Sally.

En cinco, no, en tres minutos, se dio el asunto por zanjado, detrás de la hilera de las colmenas. Aunque había llegado la primavera y un azul celestial consagraba la escena, Darton no logró su propósito.

—No —dijo Sally tajantemente—. Nunca me casaré con usted, señor Darton. Quise hacerlo una vez, pero ahora ya no puedo.

—¡Pero…! —imploró él. Y en un arranque de auténtica elocuencia le dijo todas

las cosas que estaba dispuesto a hacer por ella. La llevaría a visitar a su madre todas las semanas… La llevaría a Londres… Le daría tanto dinero… Dios sabe qué no prometió, propuso y ofreció para tentarla. Todo fue en vano. Ella interpuso una firme negativa que cerró el paso a sus argumentaciones como una verja de hierro en mitad de un camino. Darton hizo una pausa—. Entonces ¿no sabía usted nada de mi supuesta ruina cuando me rechazó por última vez? —preguntó.

—No lo sabía. Que me crea usted capaz de rechazarlo por semejante razón no favorece su causa.

—¿Y no será que sigue dolida porque la desprecié hace unos años?

—No. Esa herida se cerró hace mucho tiempo.

—¡Entonces… usted me desprecia, Sally!

—No —respondió ella con calma—. No lo desprecio en absoluto. Ya no lo veo como un héroe, como lo veía antes, nada más. La verdad es que soy feliz tal como estoy, y no tengo intención de casarme. Y ahora ¿puedo pedirle un favor, señor? —Habló con un encanto indescriptible, que llevaría a Darton a maldecirse mientras vivió por haberla perdido, cada vez que evocaba este momento.

—Lo que sea.

—Por favor, no vuelva a pedírmelo. Amigos, todo lo que usted quiera, pero amantes y casados nunca.

—Nunca se lo pediré —dijo él—. Aunque viva cien años.

Y nunca lo hizo. A la vista estaba que el corazón de Sally se había cerrado definitivamente para él.

Cuando los hijos adoptados crecieron y siguieron su propio camino en la vida, la relación entre Darton y la familia Hall cesó por completo. Solo años más tarde supo, por casualidad, que Sally, pese a las muchas atenciones que recibía por su atractivo, había rechazado varias ofertas de matrimonio y seguía fiel a su intención de seguir soltera.

Mayo de 1884

El predicador desconcertado

I. CÓMO SE CURÓ UN RESFRIADO

Algo retrasó la llegada del ministro wesleyano[1], y un joven vino temporalmente en su lugar. Era el 13 de enero de 183… cuando el señor Stockdale, el joven en cuestión, hizo (ignorado y casi desapercibido) su humilde entrada en la aldea. Pero cuando los vecinos que se consideraban de su secta entraron en contacto con él se sintieron más complacidos que lo contrario con el sustituto, a pesar de que la personalidad del joven Stockdale apenas si había adquirido todavía el aplomo suficiente para tranquilizar las conciencias de los ciento cuarenta metodistas de pura sangre que en aquella época vivían en Nether-Moynton y prestar, además, apoyo suplementario a la raza mixta que iba a la iglesia por la mañana y a la capilla por la tarde[2] o cuando había té: entonces había que añadir unas ciento diez personas más en conjunto y contando al sacristán de la parroquia durante la estación invernal, cuando la oscuridad era demasiado grande para que el vicario pudiera ver quién subía por la calle a las siete en punto, cosa que, para ser justos con él, nunca tenía afán por hacer.

Que aquel famoso rompecabezas de población destacara de entre la compacta clase media del distrito al que pertenecía Nether-Moynton se debía a esta amalgama de credos: ¿cómo era posible que una parroquia que contaba con trescientos episcopalianos convencidos y desarrollados y con cerca de doscientos sesenta disidentes (asimismo mayores de edad) apenas contara con cuatrocientos adultos en total?

El joven era interesante como persona, y por eso los que entraron en contacto con él no tuvieron el menor reparo en dejar de lado, por el momento, aquella otra cuestión, más importante: la de su eficacia. Se dice que en aquella época de su vida tenía una mirada afectuosa, aunque sin el menor destello de ligereza; que su pelo era rizado y su figura esbelta; que era, en definitiva, un joven adorable que se ganó a la audiencia femenina en cuanto ellas le vieron y escucharon, y que les hizo decir: «¿Por qué motivo no se nos avisó de esto antes de que él viniera para que pudiéramos haberle dado una bienvenida más calurosa?».

El caso era que, sabiendo que se le había escogido solo de manera provisional y no esperando nada fuera de lo común ni de su persona ni de su doctrina, ellas, y con ellas los demás miembros de la congregación de Stockdale en Nether-Moynton, se habían sentido, ante su llegada, casi tan indiferentes como si ellos hubieran sido los feligreses con la conciencia más tranquila de la región y él su verdadero y designado párroco. Así, cuando Stockdale se presentó en el lugar, nadie se había ocupado de buscarle alojamiento, y, a pesar de que el viaje le había producido un fuerte resfriado,

se vio obligado a resolver aquel asunto por sí mismo. Preguntó y le dijeron que el único lugar de la aldea en el que podría encontrar alojamiento era la casa de una tal señora Lizzy Newberry, al final de la calle.

Fue un muchacho quien le dio esta información, y Stockdale le preguntó quién era la señora Newberry.

El chico le dijo que era una mujer viuda que no tenía marido porque éste había muerto. El señor Newberry, añadió, había sido granjero y un hombre bastante acomodado, según se decía; pero se había muerto durante una mala racha. Apoyándose en esta severa imagen de la señora Newberry, Stockdale dedujo que debía de ser una de las contemporizadoras que iban tanto a la iglesia como a la capilla.

—Iré allí —dijo Stockdale, pensando que, ante la falta de un alojamiento metodista puro, no podría encontrar nada mejor.

—Es un poco especial, y no quiere a gente del gobierno, ni a sacerdotes, ni a amigos del párroco, o gente por el estilo —dijo el chico con cierta inseguridad.

—Ah, eso puede ser un indicio prometedor; iré. O no: mejor sube tú y pregúntale primero si puede hospedarme. Tengo que ver a una o dos personas para otro asunto. Me encontrarás en casa del recadero.

Un cuarto de hora después el chico volvió, y dijo que la señora Newberry no tendría inconveniente en hospedarle, de modo que Stockdale fue a la casa. Estaba rodeada por un jardín con valla, y parecía espaciosa y cómoda. Stockdale vio allí a una mujer de edad avanzada, con la que se puso de acuerdo para ir aquella misma noche, ya que no había ninguna posada en el lugar y él deseaba instalarse tan pronto como le fuera posible; la aldea era un centro local desde el que él tenía que atender, a un mismo tiempo, a las diferentes capillas de la vecindad. Envió inmediatamente su equipaje desde la casa del recadero, donde había encontrado cobijo momentáneo, hasta la de la señora Newberry, y por la tarde se encaminó hacia el que iba a ser su hogar por una temporada.

Puesto que ahora, ya, vivía allí, Stockdale consideró innecesario llamar a la puerta; y, mientras entraba silenciosamente, oyó con agrado unos pasos que se alejaban, presurosos como ratones, hacia la parte posterior de la casa. Avanzó hasta la sala de estar, como se llamaba a la habitación delantera a pesar de que el suelo de piedra apenas estaba disimulado por la alfombra, que solamente cubría las zonas en las que se pisaba con mayor frecuencia, dejando al descubierto verdaderos desiertos de arena bajo los muebles. Pero la habitación tenía un aspecto alegre y acogedor. La luz del fuego resplandecía brillante, agitándose sobre las salientes molduras de las patas de la mesa, jugando con los picaportes y pomos de bronce, acechando con gran celo la superficie inferior de la repisa de la chimenea. Un hundido sillón, tapizado con tela de crin y tachonado con gran cantidad de clavos de bronce, había sido colocado a un lado de la chimenea. Las cosas del té estaban encima de la mesa, la tapa de la tetera estaba levantada y había una pequeña campanilla puesta en el lugar

preciso hacia el que sería de esperar que una persona que estuviera sentada en el sillón extendiera instintivamente la mano.

Stockdale, sin tener hasta aquel momento ningún reparo que poner a la habitación, se sentó y dio por empezada su estancia en aquella casa haciendo sonar la campanilla. Una muchacha menuda entró con cautela ante la llamada y le preparó el té. Dijo que se llamaba Martha Sarah y que vivía allá fuera, señalando con un gesto de la cabeza la calle y la aldea en general. Antes de que Stockdale hubiera tenido tiempo de empezar a disfrutar de su merienda llamaron a la puerta que había tras él, y, al decirle al visitante que pasara, el frufrú de un vestido le hizo volver la cabeza. Vio ante sí a una joven muy hermosa y extremadamente bien formada, de cabello oscuro, con una frente amplia, sensata, bella, unos ojos que encendieron en Stockdale algo parecido a una pasión antes de que él mismo lo supiera, y una boca que era en sí misma un retrato para todas las almas que lo pudieran apreciar.

—¿Puedo ofrecerle alguna otra cosa para el té? —dijo, dando uno o dos pasos hacia delante, con una expresión de vivacidad en el rostro y al tiempo que con la mano, apoyada sobre el borde, hacía girar la puerta sobre sus goznes.

—Nada más, gracias —dijo Stockdale, pensando menos en su respuesta que en la relación que la joven podría tener con la casa.

—¿Está completamente seguro? —dijo la joven, que parecía haberse dado cuenta de que él no había meditado su contestación.

Stockdale inspeccionó escrupulosamente con la mirada las cosas del té y comprobó que todas estaban allí.

—Completamente seguro, señorita Newberry —dijo.

—Es señora Newberry —dijo ella—. Lizzy Newberry. Solía ser Lizzy Simpkins.

—Oh, le ruego que me disculpe, señora Newberry.

Y antes de que él tuviera ocasión de decir nada más ella salió de la habitación.

Stockdale se quedó con algunas dudas hasta que Martha Sarah vino a recoger la mesa.

—¿De quién es esta casa, pequeña? —le preguntó él.

—De la señora Lizzy Newberry, señor.

—¿Entonces la señora Newberry no es la vieja dama que vi esta tarde?

—No. Ésa es la madre de la señora Newberry. La señora Newberry es la que acaba de entrar donde usted, porque quería ver si era usted bien parecido.

Más tarde, por la noche, cuando Stockdale estaba a punto de empezar a cenar, ella volvió a entrar.

—He venido yo en persona, señor Stockdale —dijo. El pastor se puso en pie como agradecimiento a tal honor—. Me temo que no podría haberse hecho entender con Martha Sarah. ¿Qué desea para cenar? Hay conejo frío y un jamón sin cortar.

Stockdale dijo que aquellas viandas le parecían muy bien, y la cena fue servida. Solo había cortado un pedazo cuando llamaron otra vez a la puerta. El pastor ya se había fijado en que aquel especial ritmo en los golpes delataba los dedos de su

atractiva patrona, y el malhadado joven enterró su primer bocado bajo una mirada de acogedora inocencia.

—Tenemos un pollo en la casa, señor Stockdale. Antes me olvidé por completo de mencionarlo. ¿Le gustaría que Martha Sarah se lo trajera?

Stockdale sabía lo suficiente acerca del arte de ser joven como para decir que no quería el pollo a menos que se lo trajera ella en persona, pero una vez que lo hubo dicho se sonrojó ante la atrevida galantería de la frase, tal vez un poco demasiado picante para un hombre serio que además era pastor de almas. Tres minutos después apareció el pollo, pero, para su gran sorpresa, en las manos de Martha Sarah. Stockdale se sintió decepcionado, y tal vez todo aquello se había hecho con la intención de que se sintiera así.

Había acabado ya su cena, y no esperaba en absoluto ver de nuevo a la señora Newberry aquella noche cuando ésta llamó y entró una vez más como en las anteriores ocasiones. La agradecida mirada con que Stockdale la obsequió vino a decir que ella no había perdido ningún punto por no haber aparecido cuando se la había esperado. El resfriado que el joven padecía había empeorado con la proximidad de la noche, y sucedió que, antes de que ella pudiera decir nada, él se vio acometido por una serie de violentos estornudos que no pudo controlar de ninguna manera.

La señora Newberry parecía sentir compasión.

—Su resfriado está muy mal esta noche, señor Stockdale.

Stockdale contestó que era bastante molesto.

—Y creo que… —añadió ella, algo divertida, mirando el triste vaso de agua que había encima de la mesa y que el abstemio pastor se disponía a beber.

—¿Sí, señora Newberry?

—Creo que para curárselo debería usted tomar algo más adecuado que ese frío brebaje.

—Bueno —dijo Stockdale mirando el vaso—, como aquí no hay posada, y no se puede encontrar nada mejor en la aldea, esto, desde luego, servirá.

A esto ella respondió:

—Hay algo mejor; no está lejos, aunque sí fuera de la casa. Realmente creo que debe usted probarlo, o si no se pondrá enfermo. Sí, señor Stockdale, lo probará usted. —Levantó un dedo al ver que él iba a decir algo—. No pregunte qué es; espere y lo verá.

Lizzy salió y Stockdale se quedó aguardándola con cierta complacencia. Ella regresó al momento con un sombrero y una capa encima y dijo:

—Lo lamento de veras, pero tendrá usted que ayudarme a cogerlo. Mi madre se ha acostado ya. ¿Sería usted tan amable de abrigarse y venir por aquí? Y, por favor, lleve esa taza.

Stockdale, un joven solitario, que durante las últimas semanas había anhelado tener alguien a quien dedicar el interés que no ocupaban sus obligaciones, alguien a quien profesar, incluso, cariño, no lamentó tener que acompañarla; y siguió a su guía

por la puerta trasera, por el jardín, hasta llegar al final del recorrido, que tenía como límite una tapia. Esta tapia era baja, y por encima de ella Stockdale discernió, entre las sombras de la noche, varias lápidas de color gris y las siluetas de la torre y el tejado de la iglesia.[3]

—Por aquí se puede pasar con facilidad —dijo ella subiéndose a un banco que había junto a la tapia; luego puso un pie sobre el borde de ésta y pasó al otro lado de un salto. Allí el terreno era más elevado, como suele suceder en los cementerios. Stockdale hizo lo propio y la siguió a oscuras a través de aquel terreno desigual, hasta que llegaron a la puerta de la torre, que, después de entrar, ella cerró cuidadosamente tras de sí.

—¿Puede usted guardar un secreto? —dijo con voz musical.

—¡Como si fuera un cofre de hierro! —dijo él con fervor.

Entonces ella sacó de debajo de su capa una pequeña linterna ya encendida que el pastor no había advertido en absoluto que llevara. La luz les reveló que estaban junto a la escalera del coro, debajo de la cual había un montón de maderos de todo tipo, consistentes en su mayoría en armazones, bancos, tableros y trozos de suelo inservibles que de vez en cuando eran quitados de sus emplazamientos originales en el cuerpo del edificio y llevados allí para ser sustituidos por otros nuevos.

—¿Le importaría apartar algunas de esas tablas? —dijo ella, sosteniendo la linterna por encima de la cabeza para que él tuviera más luz—. ¿O prefiere sujetar la linterna mientras yo las quito?

—Puedo hacerlo yo mismo —dijo el joven; y, al hacer lo que ella le había ordenado, descubrió, ante su sorpresa, una fila de pequeños barriles sujetos por aros de madera. Cada barril era casi tan grande como el cubo de la pesada rueda de una carreta. Una vez al descubierto, Lizzy miró a Stockdale como preguntándole qué iría a decir él.

—¿Sabe usted qué son? —le preguntó al ver que él no decía nada.

—Sí, barriles —dijo Stockdole sencillamente. Era un hombre de tierra adentro, hijo de unos padres respetables que le habían educado exclusivamente con el fin de que fuera pastor; y lo que veía no le sugería sino que aquellos objetos estaban allí.

—Tiene usted toda la razón, son barriles —dijo ella con un enfático tono de candor que no estaba desprovisto de un dejo de ironía.

Stockdale la miró con ojos de repentina desconfianza.

—No será licor de contrabando, ¿verdad? —dijo.

—Sí —dijo ella—. Son toneles llenos de alcohol que por accidente han llegado desde Francia flotando en la oscuridad.

En aquellos tiempos las gentes de Nether-Moynton y la vecindad siempre esbozaban una sonrisa ante la mención del tipo de pecado que en el mundo exterior se llamaba tráfico ilegal; y aquellos pequeños cuñetes de ginebra y de coñac les resultaban a los habitantes de la zona tan familiares como los nabos. Por ello la inocente ignorancia de Stockdale y su mirada de alarma al adivinar en qué consistía

el sombrío misterio le parecieron a Lizzy primero ridículas y después muy comprometedoras para sus deseos de causarle al joven una buena impresión.

—Algunas gentes de por aquí practican el contrabando todavía —dijo con voz dulce y como disculpándose—. Lo han practicado a través de generaciones y no creen hacer ningún mal. Por favor, ¿quiere hacer rodar uno de los toneles?

—¿Qué vamos a hacer con él? —dijo el pastor.

—Sacar un poco de su contenido y curar así su resfriado —respondió ella—. Es tan terriblemente fuerte que acaba con ese tipo de cosas en un santiamén. Oh, no pasa nada por que lo cojamos. Puedo coger cuanto quiera; el dueño de los toneles me lo permite. Debería haber tenido un poco en casa y así me hubiera ahorrado esta molestia, pero yo no bebo en absoluto, y por eso me olvido a menudo de guardar algo en casa.

—Supongo que se le permite servirse lo que quiera para que así no pueda usted decir dónde está el escondite, ¿no?

—Pues no; no es eso exactamente, pero puedo coger lo que quiera si así lo deseo. De modo que sírvase usted mismo.

—Lo haré por complacerla, ya que tiene derecho a tomar cuanto desee —murmuró el pastor; y aunque no estaba muy satisfecho con el papel que le había tocado en la representación hizo rodar uno de los toneles desde el rincón hasta el centro del suelo de la torre—. ¿Cómo quiere que lo saque… con un taladro, supongo?

—No, le enseñaré —dijo su sugestiva compañera; y cogió con la mano que tenía libre una lezna de zapatero y un martillo—. Nunca se debe hacer esto con un taladro, porque el polvo de la madera penetra en el interior y cuando los compradores vierten el coñac eso les revela que el tonel ha sido espitado. Una lezna no produce polvo, y el agujero casi se cierra otra vez. Ahora levante un poco uno de los aros.

Stockdale cogió el martillo y lo hizo.

—Ahora haga el agujero en el lugar que estaba tapado por el aro.

Hizo el agujero como se le había indicado.

—No saldrá —dijo.

—Oh, sí que lo hará —dijo ella—. Póngase el tonel entre las rodillas y apriete ambos lados, yo sostendré la taza.

Stockdale obedeció, y al hacer efecto la presión sobre el tonel, que parecía ser ligero, el alcohol salió disparado en un gran chorro. Cuando la taza estuvo llena, él dejó de hacer presión y el torrente se detuvo en el acto.

—Ahora tenemos que llenar el cuñete hasta arriba con agua —dijo Lizzy—, o sonará como cuarenta gallinas cloqueando cuando lo muevan, y se notará que no está lleno del todo.

—Pero ¿no le han dicho ellos que puede coger lo que quiera?

—Sí, los *contrabandistas;* pero los *compradores* no deben saber que los contrabandistas han sido amables conmigo a su costa.

—Ya veo —dijo Stockdale con indecisión—. Debo poner en duda la honestidad

de tal procedimiento.

Siguiendo las instrucciones de ella, Stockdale levantó el tonel de manera que el agujero quedara arriba, y, mientras él proseguía con el método de hacer presión y dejar de hacerla alternativamente, ella sacó una botella de agua, de la que empezó a tomar traguitos que fue pasando al cuñete aplicando sus bonitos labios al agujero, por donde el tonel, cada vez que se recuperaba de la presión, los chupaba hacia dentro. Cuando estuvo lleno de nuevo, él taponó el agujero, le dio al aro un golpe hacia abajo para que volviera a su posición y enterró el tonel bajo los maderos, dejándolo todo tal como estaba antes de la complicada operación.

—¿No temen los contrabandistas que hable usted? —preguntó mientras atravesaban, ya de regreso, el cementerio.

—Oh, no, eso no lo temen en absoluto. Yo no podría hacer tal cosa.

—La han puesto en una situación difícil —dijo Stockdale con énfasis—. Usted, por supuesto, como persona honrada, debe de sentir a veces que su obligación es delatarlos…; realmente tiene que sentirlo así.

—Bueno, nunca lo he sentido exactamente como un deber; y, por otro lado, mi primer marido… —se interrumpió con cierta confusión en la voz.

Stockdale era tan honesto y poco sutil que no se dio cuenta, en el acto, del motivo por el que ella hacía una pausa, pero por fin cayó en la cuenta de que aquellas palabras eran un desliz, y de que ninguna mujer habría dicho «mi primer marido», a menos que hubiera pensado con mucha frecuencia en un segundo. Advirtió la confusión de Lizzy y le dio tiempo para recobrarse y proseguir.

—Mi marido —dijo con tono de rectificación— solía conocer sus actividades, y también mi padre, y guardaban el secreto. No puedo, en definitiva, delatar a nadie.

—Ya entiendo el problema —continuó él, como si fuera un hombre que llegara hasta el fondo de la moral de las cosas—. Y es muy cruel que usted se vea zarandeada y atormentada por sus recuerdos y su conciencia. Espero, señora Newberry, que vea pronto la manera de salir de esta desagradable situación.

—Pues de momento no la veo —murmuró ella.

Habían saltado la tapia y habían entrado en la casa y, ya allí, ella le trajo un vaso y agua caliente, y se fue, dejándole con sus propias reflexiones. Él contempló la figura de la joven mientras desaparecía, preguntándose si él, como hombre respetable, como pastor de almas, como luz que brillaba —aun cuando solo fuera todavía con la intensidad de una vela de medio penique—, podría justificar de manera cabal el beber aquello. Un estornudo dirimió la cuestión, y Stockdale se encontró con que el ardiente licor, una vez suavizado por la adición de dos o tres veces su cantidad en agua, era uno de los remedios más eficaces que había conocido nunca para curar un resfriado (especialmente en aquella gélida época del año).

Stockdale permaneció sentado en el hundido sillón, dando sorbitos y meditando durante casi veinte minutos, hasta que, finalmente, adquirió una más cálida visión de las cosas y sintió un vivo deseo de que llegara el día siguiente, en que vería de nuevo

a la señora Newberry. Tuvo entonces la sensación de que, aunque muy cerca en el tiempo, pasaría mucho, en cierto sentido emocional, antes de que llegara el nuevo día, y se puso a andar con impaciencia por la habitación. Su mirada se vio atraída por un dechado, que estaba enmarcado y cubierto por un cristal en el que un bordado continuo de abetos y pavos reales circundaba el siguiente —encantador— trocito de sentimiento:

Las hojas de la rosa huelen cuando las flores florecen.
Aquí estará mi obra mientras con vida esté;
las hojas de la rosa huelen cuando lloran y se encogen.
Aquí estará mi obra cuando muerta esté.
Lizzy Simpkins. Sed temerosos de Dios. Honrad al rey.
Edad: 11 años.

—Es de ella —se dijo a sí mismo Stockdale—. ¡Cielos, cómo me gusta ese nombre!

Antes de que hubiera acabado de pensar que ningún otro nombre, desde Abigail a Zenobia, le habría sentado tan bien a su joven patrona, llamaron otra vez a la puerta y el pastor dio un respingo al ver aparecer el rostro de Lizzy una vez más, con una expresión tan desinteresada que hasta el hombre más ingenioso del mundo se habría guardado de afirmar que ella venía para influir, por medio de sus seductores ojos, en los sentimientos del pastor.

—Señor Stockdale, ¿le gustaría tener fuego en la habitación? Lo digo por su resfriado.

El pastor, que todavía no tenía la conciencia totalmente tranquila por haberla ayudado a aguar el alcohol, vio aquí una ocasión para imponerse a sí mismo un castigo.

—No, se lo agradezco mucho —dijo con firmeza—; no es necesario. No lo he necesitado en toda mi vida, y sería un lujo excesivo.

—Entonces no insistiré —dijo ella, y le dejó desconcertado al desaparecer inmediatamente.

Preguntándose si ella se habría sentido ofendida por su negativa, Stockdale deseó haber aceptado el fuego, aun cuando el calor le habría hecho salir de la cama y habría puesto en peligro su autodisciplina durante una docena de días. Sin embargo, se consoló con lo que, en verdad, era una extraña consolación para un enamorado tan reciente como él: pensó que estaba bajo el mismo techo que Lizzy; que, de hecho, era su invitado —para adoptar una visión poética del término inquilino—, y que la vería, con certeza, al día siguiente.

Llegó el nuevo día, y Stockdale se levantó, temprano, con su resfriado completamente curado. Jamás en la vida había deseado que llegara la hora del desayuno con tanto ardor como aquel día, y, puntualmente, a las ocho, después de dar un corto paseo para inspeccionar el lugar, volvió a entrar por la puerta de lo que ya era su morada. Llegó el desayuno, y Martha Sarah se lo sirvió; pero nadie vino, por

propia iniciativa, a preguntarle, como en la noche anterior, si necesitaba alguna otra cosa que no hubiera mencionado y que ella trataría de satisfacer. Se sintió decepcionado, y salió, esperando verla durante la comida. Llegó la hora del almuerzo; Stockdale se sentó a la mesa, comió y, cuando hubo terminado (y a pesar de que en aquel momento dos profesores nuevos, a quienes había citado, le estaban esperando en la puerta de la capilla para hablar con él), se quedó allí, aguardando, durante una hora entera. Era inútil esperar más, y entonces Stockdale se encaminó lentamente hacia su destino, calle abajo, consolado por el pensamiento de que, al fin y al cabo, vería a Lizzy por la noche y tal vez se dedicarían nuevamente a la deliciosa tarea de espitar toneles en la vecina torre de la iglesia; y resolvió hacer más moral el procedimiento exigiendo de manera inquebrantable que no se introdujera agua para llenarlos del todo por mucho que los toneles sonaran como si todas las gallinas de la cristiandad estuvieran cloqueando. Pero nada pudo disfrazar el hecho de que aquello era un negocio turbio, y su ánimo decayó al pensar hasta qué punto su cerebro estaba mucho más interesado por aquel asunto que por sus propios —y serios— deberes.

Pero los remordimientos se desvanecieron con la llegada de la noche. La noche hizo, en efecto, acto de presencia con su té y su cena, pero sin Lizzy Newberry y sin dulces tentaciones. Finalmente, el pastor no pudo contenerse más y le preguntó a Martha Sarah, la curiosa y menuda criada:

—¿Dónde está hoy la señora Newberry? —Mientras, sabiamente, le alargaba un penique.

—Está ocupada —dijo Martha.

—¿Ha sucedido algo grave? —preguntó Stockdale, alargándole otro penique y dejando ver que tenía más preparados.

—Oh, no, nada en absoluto —dijo ella en tono confidencial y casi sin respirar—. Nunca le sucede nada. Simplemente está arriba, en la cama, porque a veces es allí donde le gusta estar.

Siendo un joven de cierto honor, no preguntó más, y suponiendo que, a pesar de lo que la muchacha le había dicho, Lizzy tendría un fuerte dolor de cabeza o algún otro leve malestar, el pastor se fue a la cama lleno de insatisfacción, sin tan siquiera despedirse de la anciana señora Simpkins.

«Anoche dije que hoy la vería —reflexionó—; pero ¡tal cosa no iba a suceder!»

Al día siguiente tuvo mejor —o peor— suerte, pues se la encontró por la mañana al pie de la escalera, y a lo largo del día se vio obsequiado con una o dos de sus visitas (una vez para hacer atentas indagaciones acerca de su comodidad, y la otra para colocar sobre su mesa un ramo de violetas imperiales, prometiendo renovárselas cuando se marchitaran). En estas ocasiones había algo en la sonrisa de Lizzy que delataba que ella era consciente del efecto que producía, aunque debe decirse que se trataba de una conciencia que tenía más de capricho que de plan preconcebido, y que tenía más el sabor de la satisfacción que el de la vanidad.

En cuanto a Stockdale, él se daba perfecta cuenta de que poseía una ilimitada

capacidad de reincidencia, y hubiera deseado que los santos tutelares no les estuvieran negados a los disidentes. Trató de desentenderse del asunto por espacio de hora y media, después de lo cual comprendió que era inútil luchar más y se rindió a la evidencia. «El otro pastor estará aquí dentro de un mes —se dijo, estando sentado junto al fuego—. Yo me iré entonces y ella no volverá a turbar la paz de mi mente… Y entonces, ¿seguiré viviendo siempre solo? No. Cuando hayan finalizado mis dos años de prueba tendré una casa amueblada, en la que viviré; con una puerta barnizada y un llamador de bronce, y volveré a ella directamente y se lo preguntaré sin ambages. ¡En cuanto el último plato esté colocado en el aparador!»

Así pasó el joven Stockdale dos titilantes semanas, y durante este tiempo las cosas siguieron un curso muy parecido al que estos asuntos han seguido siempre desde el comienzo de la historia. Un día veía varias veces al objeto de sus deseos; al siguiente, no la veía en absoluto; se encontraba con ella cuando menos lo esperaba; no la hallaba cuando los datos y alusiones acerca del lugar en que habría de estar a una hora determinada equivalían, casi, a una cita concertada. Este tenue coqueteo era —quizá— bastante razonable, teniendo en cuenta que se alojaban el uno tan cerca del otro, y Stockdale se resignaba a ello con tanta filosofía como le era posible. Puesto que estaba en su propia casa, ella podía, después de irritarle o decepcionarle privándole de su presencia, volver a conquistarle con facilidad abrumándole con aquellas atenciones que su condición de patrona le daba poder para dispensar. Cuando Stockdale había estado esperando en casa con el fin de verla durante medio día, y al comprobar que ella no se dejaría ver, se iba enojado a dar un paseo por la zona más húmeda e inhóspita que pudiera encontrar, ella restablecía la armonía por la tarde con un: «Señor Stockdale, se me ha ocurrido pensar que por la noche deben entrar corrientes de aire a través de la ventana de su dormitorio, y por eso he estado poniendo unas cortinas más gruesas esta tarde, mientras estaba usted fuera»; o un: «De nuevo le he oído estornudar esta mañana, señor Stockdale; dos veces. Deduzco de ello que ese resfriado suyo está rondándole todavía; seguro que sí… He estado pensándolo todo el rato, y debe usted permitirme que le prepare un remedio a base de leche caliente y licor».

A veces, al volver a casa, se encontraba su sala de estar cambiada: las sillas puestas donde había estado la mesa, y la mesa, adornada con unas cuantas flores y hojas frescas típicas de la estación, que daban a la habitación un toque de novedad. Otras veces ella estaba fuera, subida en una silla, tratando de sujetar con unos clavos alguna rama del rosal chino que el viento invernal había tirado al suelo, y, por supuesto, él se acercaba para ayudarla, y entonces las manos de uno y otro se rozaban al pasarse entre sí los trozos y los clavos. De esta manera volvían a hacer las paces después de una desavenencia. En tales ocasiones ella solía pedirle disculpas, mediante alguna encantadora observación, por tener que causarle molestias otra vez, y entonces él contestaba, inmediatamente, que haría aquello mismo cien veces más si ella se lo pidiera.

II. CÓMO VIO A OTROS DOS HOMBRES

Al estar el asunto en un punto tan avanzado, Stockdale se sorprendió bastante, una noche nublada, estando sentado en su habitación, cuando oyó hablar a Lizzy con alguien, en la puerta, en voz baja y con tono disuasorio. Era casi de noche, pero aún no se habían cerrado los postigos ni se habían encendido las velas, y Stockdale cayó en la tentación de asomarse a mirar por la ventana. Vio, delante de la puerta, a un joven que iba vestido de un color blancuzco, y, después de reflexionar un instante, creyó reconocer en él al fornido y bastante bien parecido molinero que vivía un poco más abajo. La voz del molinero era alternativamente baja y recia, y a veces alcanzaba el tono de una verdadera súplica; pero lo que de ninguna forma Stockdale podía oír eran las palabras.

Antes de que la conversación hubiera terminado, un segundo incidente distrajo la atención del pastor. Enfrente de la casa de Lizzy crecía un grupo de laureles que formaban una sombra espesa y permanente. En un momento dado, una de las ramas del laurel se movió, dibujándose contra el resplandeciente fondo del cielo, y, al instante, apareció la cabeza de un hombre, que miró subrepticiamente y se quedó quieto. Parecía estar también muy interesado por la conversación junto a la puerta, y, evidentemente, estaba allí apostado con el fin de vigilar y escuchar. De haber tenido Stockdale con Lizzy cualquier otra relación menos la de enamorado, el pastor podría haber salido para investigar el significado de todo aquello, pero, al ser tan solo, hasta aquel momento, un aliado sin privilegios, lo único que hizo fue ponerse de pie y hacer que su presencia, contrastada por la luz del fuego de la habitación, fuera advertida, a consecuencia de lo cual el espía desapareció y Lizzy y el molinero bajaron la voz.

Stockdale se había quedado tan intranquilo por la circunstancia que, en cuanto el molinero se hubo marchado, le dijo a Lizzy:

—Señora Newberry, ¿se ha dado usted cuenta de que hace un momento la estaban espiando y de que su conversación ha sido escuchada?

—¿Cuándo? —dijo ella.

—Cuando estaba hablando con ese molinero. Un hombre la estaba mirando desde los laureles con tal expresión de celos que daba la impresión de estar dispuesto a comérsela a usted.

Ella mostró más preocupación de la que el insignificante suceso parecía merecer, y él añadió:

—¿Estaba usted hablando, tal vez, de cosas que no deseaba que fueran oídas por un desconocido?

—Solo estaba hablando de negocios —dijo ella.

—¡Lizzy, sea sincera! —dijo el joven—. Si solo hablaba de negocios, ¿por qué habría nadie de desear escuchar su conversación?

Ella le miró con curiosidad.

—¿De qué cree usted, entonces, que podía estar hablando?

—Pues… de la única cosa que entre una joven y un hombre puede divertir a una persona que escucha subrepticiamente.

—Ah, ya —dijo ella sonriendo, a pesar de su preocupación—. Bien, mi primo Owlett me ha hablado alguna vez de matrimonio, eso es verdad, pero ahora no estaba hablando de eso. Desearía de todo corazón haber estado hablando de ello. Habría sido mucho menos grave para mí.

—¡Oh, señora Newberry!

—Mucho menos, sí. No es que hubiera aceptado su proposición, desde luego. Lo deseo por otros motivos. Me alegro, señor Stockdale, de que me haya usted hablado de ese espía. Es un aviso muy oportuno, y tendré que ver de nuevo a mi primo.

—Pero no se vaya usted hasta que yo le haya dicho una cosa —dijo el pastor—. Se lo diré de una vez y me dejaré de tonterías. Lizzy… usted y yo… ¡Diga sí o no, por favor, hágalo! —Y Stockdale extendió una mano, sobre la cual ella, libremente, dejó descansar la suya sin decir nada.

—¿Quiere usted decir que sí con esto? —preguntó él, tras esperar un poco.

—Puede usted ser mi enamorado, si lo desea.

—¿Por qué no decir ya que me esperará hasta que tenga un hogar propio y pueda volver para casarme con usted?

—Porque ahora estoy pensando… pensando en otra cosa —dijo ella con confusión—. Todo se me echa encima al mismo tiempo, y yo tengo que hacer cada cosa a su vez.

—De cualquier forma, querida Lizzy, ¿puede usted asegurarme que no permitirá que el molinero le hable de otra cosa que no sean negocios? Usted nunca le ha alentado directamente, ¿verdad?

Ella esquivó la pregunta diciendo:

—Verá, él y su cuadrilla tienen por costumbre dejar a veces las cosas en mi propiedad y, como yo tampoco le he rechazado, esto le hace albergar bastantes esperanzas.

—Cosas… ¿qué cosas?

—Los toneles… Aquí los llaman «las cosas».

—Pero ¿y por qué no le rechaza usted, mi querida Lizzy?

—No puedo, no estaría bien.

—Es usted demasiado tímida. Lo que no está bien por parte de él es comprometerla a usted así y poner en peligro su buen nombre con sus tretas de contrabandista. ¿Me promete que la próxima vez que él quiera dejar aquí sus toneles me permitirá que los eche rodando calle abajo?

Ella negó con la cabeza.

—No osaría ofender de ese modo a los vecinos —dijo— ni hacer nada que pudiera arrojar al pobre Owlett en manos de los carabineros.

Stockdale suspiró y dijo que creía que su generosidad era una equivocación

cuando llegaba al extremo de ayudar, incluso, a unos hombres que le escamoteaban sus derechos al rey.

—En cualquier caso —añadió—, ¿me permite que le obligue a guardar las distancias en sus pretensiones y que le diga sin ambages que usted no es para él?

—De momento, no, por favor —dijo ella—. No deseo ofender a mis antiguos vecinos. Este asunto no concierne solamente al señor Owlett.

—Esto ya es demasiado —dijo Stockdale con impaciencia.

—Le doy mi palabra de honor de que no le haré concebir esperanzas de ser mi enamorado —contestó Lizzy con seriedad—. Un hombre razonable se daría por satisfecho con eso.

—Pues yo soy un hombre razonable —dijo Stockdale, y su semblante se despejó.

III. EL ABRIGO MISTERIOSO

Stockdale empezó a advertir con mayor detalle una característica —que había observado casualmente, pero en la que antes no había apenas pensado— de la vida de su hermosa casera. Era la señalada irregularidad de sus horas de levantarse. Durante una o dos semanas era tolerablemente puntual, llegando al piso bajo unos pocos minutos después de la siete y media. Entonces, de repente, tal vez durante tres o cuatro días sucesivos, no se la veía hasta las doce del mediodía; y por dos veces él tuvo pruebas irrefutables de que Lizzy no había salido de su habitación hasta las tres y media de la tarde. La segunda vez que Stockdale observó esta extremada tardanza fue un día en el que había deseado verla especialmente para hablar con ella acerca de sus planes futuros; y supuso, como hacía siempre, que estaría resfriada, le dolería la cabeza o estaría aquejada de alguna otra dolencia, a menos que no se hubiera dejado ver a fin de evitar encontrarse y hablar con él, lo cual a duras penas podía creer. La primera suposición, sin embargo, se vio desechada cuando, unos días después, mientras estaban hablando acerca de un asunto de salud, ella dijo inocentemente que no había padecido ni un solo instante de depresión, jaqueca o malestar de ningún tipo desde enero del año anterior.

—Me alegra oír eso —dijo él—. Yo me imaginaba lo contrario.

—¿Por qué? ¿Tengo acaso aspecto enfermizo? —preguntó ella levantando la cabeza para demostrar que era imposible que él, viéndola, pudiera mantener tal creencia durante un solo minuto más.

—En absoluto, solo lo pensaba porque a veces se ve usted obligada a quedarse en su cuarto durante la mejor parte del día.

—Oh, es por eso… No quiere decir nada —murmuró ella con una mirada que algunos podrían haber calificado de fría y que era la mirada que a Stockdale menos le gustaba ver en Lizzy—. Es puro sueño, señor Stockdale.

—¡No es posible!

—Lo es, se lo aseguro. Cuando me quede en mi cuarto hasta las tres y media de la tarde, puede usted estar siempre seguro de que he estado durmiendo profundamente hasta las tres en punto, o no hubiera permanecido allí.

—Es terrible —dijo Stockdale pensando en los desastrosos efectos que tal indulgencia podría tener sobre la casa de un ministro de convertirse en una costumbre diaria.

—Pero —dijo ella, adivinando sus buenos y previsores pensamientos— solo me sucede cuando me he pasado toda la noche en vela. A veces no me acuesto hasta las cinco o las seis de la madrugada.

—Ah, eso ya es otra cuestión —dijo Stockdale—. Un insomnio de proporciones tan alarmantes es una verdadera enfermedad. ¿Se lo ha dicho a algún médico?

—Oh, no… no es necesario… Todo tiene su explicación para mí. —Y, sin más comentarios, salió de la habitación.

Stockdale podría haber tenido que esperar mucho tiempo antes de saber la verdadera causa del insomnio de Lizzy, de no haber sido porque una oscura noche se vio obligado a permanecer sentado en su dormitorio, tomando notas —sin mucho interés— para un sermón, durante un rato considerable después de que los demás miembros de la casa se hubiesen retirado. No se acostó hasta la una. Y antes de que se hubiera quedado dormido oyó que llamaban a la puerta principal, primero más bien con timidez y después más fuerte. Nadie respondió, y el visitante volvió a llamar. Como la casa permanecía impasible, Stockdale se levantó de la cama, fue hasta la ventana, desde donde se podía ver la puerta y, abriendo aquélla, preguntó quién estaba allí.

La voz de una mujer joven respondió que allí estaba Susan Wallis y que había venido para preguntarle a la señora Newberry si podría darle un poco de polvo de mostaza para hacer un sinapismo, pues su padre se había puesto muy malo del pecho.

Al no disponer de campanilla ni de criada a quien llamar, el pastor se vio obligado a actuar personalmente.

—Llamaré a la señora Newberry —dijo.

Se vistió a medias, atravesó el pasillo y dio unos golpecitos en la puerta de Lizzy. Ella no contestó, y él, pensando en sus excéntricas costumbres en lo referente al sueño, aporreó la puerta con insistencia, hasta que, al ver que ésta se entreabría suavemente bajo el impacto de sus llamadas, descubrió que solo había estado entornada. Como ahora su voz podía penetrar a través del espacio abierto, dejó de llamar y, en cambio, dijo en tono suave:

—Señora Newberry, alguien la necesita.

La habitación estaba completamente en silencio; ni un susurro, ni un crujido salían del interior. Stockdale profirió entonces un verdadero grito a través de la puerta entreabierta:

—¡Señora Newberry!

En el interior no hubo respuesta ni movimiento alguno. El pastor oyó entonces

ruidos procedentes de la habitación que estaba enfrente, la de la madre de Lizzy, como si su griterío la hubiese despertado —si bien no a Lizzy— y se estuviera vistiendo apresuradamente. Stockdale cerró cuidadosamente la puerta de la alcoba de la joven y fue hacia la otra. La señora Simpkins la abrió antes de que él llegara a llamar. Iba vestida con la ropa que solía ponerse durante el día y tenía una luz en la mano.

—¿Quién llama? ¿Qué quiere? —dijo alarmada. Stockdale le transmitió la petición de la muchacha, agregando con seriedad:

—No puedo despertar a la señora Newberry.

—No importa —dijo la madre—. Puedo darle a esa muchacha lo que quiere igual que mi hija. —Y salió de la habitación y bajó la escalera.

Stockdale se retiró a su cuarto, pero antes de entrar le dijo a la señora Simpkins desde el rellano de la escalera, como si lo hubiera pensado detenidamente:

—Supongo que no le pasará nada a la señora Newberry. Como no he podido despertarla…

—Oh, no —dijo con prontitud la anciana dama—. En absoluto.

Pero el pastor no se dio aún por satisfecho.

—¿Le importaría entrar a mirar? —dijo—. Me quedaría más tranquilo.

La señora Simpkins volvió a subir, entró en la habitación de su hija y volvió a salir casi inmediatamente.

—A Lizzy no le pasa nada en absoluto —dijo, y bajó de nuevo para atender a la chica, la cual, al haber visto luz dentro, había permanecido callada durante todo este rato.

Stockdale se metió en su cuarto y se echó, como antes, sobre la cama. Oyó a la madre de Lizzy abrir la puerta delantera y dejar pasar a la chica, y después llegó hasta él el murmullo de la conversación de las dos mujeres mientras se dirigían hacia el aparador en busca del medicamento. La muchacha se fue, la puerta se cerró, la señora Simpkins subió una vez más y la casa quedó de nuevo en silencio. Pero el pastor no se durmió todavía. No podía apartar de su mente una extraña sospecha que era doblemente inquietante desde el momento en que, de ser cierta, se convertiría en el hecho más inexplicable de cuantos le habían acaecido. No podía convencerse —por ningún medio— de que Lizzy Newberry estuviera en su dormitorio cuando él había armado todo aquel alboroto delante de su puerta (a pesar de que la había oído subir a la hora de costumbre, entrar en su alcoba y encerrarse de la manera acostumbrada). Pero todos sus razonamientos rechazaban la idea de que ella pudiera estar en alguna otra parte, por muy inverosímil que fuera la teoría de un sueño muy profundo y a pesar de no haber oído salir de la habitación —en medio de un griterío y un aporreo de tal calibre, que los siete durmientes se hubieran despertado— ni un suspiro ni un movimiento.

Antes de llegar a ninguna conclusión positiva se quedó dormido, y no se despertó hasta que se hizo de día. No vio a la señora Newberry antes de salir, muy de mañana,

a encontrarse con el sol naciente, como le gustaba hacer cuando el tiempo era bueno; pero, como esto no era nada infrecuente, no le llamó la atención. A la hora del desayuno advirtió que Lizzy no andaba muy lejos, al oírla hablar en la cocina, y, aunque no la veía —pues aquella parte trasera de la casa estaba rigurosamente vedada a los ojos de Stockdale—, le dio la impresión de que estaba charlando, dando órdenes y trajinando con platos y cacharros con tanta naturalidad que decidió que no había razón alguna para seguir perdiendo el tiempo con infructuosas cavilaciones.

El pastor sufría con estas irregularidades y, en consecuencia, sus improvisados sermones se resentían. Ya decía a menudo romanos por corintios en el púlpito, y distribuía himnos de extraña y complicada métrica que siempre se habían evitado porque la congregación no podía encontrar melodías que se ajustaran a ellos. Decidió que en cuanto se avecinara el fin de las pocas semanas que le quedaban por permanecer allí, dejaría todo bien claro, obligándose a un compromiso matrimonial definitivo, pensando que ya tendría tiempo de arrepentirse si fuera necesario.

Con este fin en perspectiva, le sugirió a Lizzy, al día siguiente de su misterioso y profundo sueño, por la tarde, que dieran juntos un paseo antes del anochecer (esta última parte de la proposición hecha con el propósito de poder volver a casa sin ser vistos). Ella accedió, y ambos salieron, saltaron una tapia y llegaron hasta una senda apartada, ideal para la ocasión. Pero, a pesar de que los dos lo intentaron, no lograron hacer que el paseo estuviera presidido por una gran animación. Ella estaba bastante más pálida que de costumbre y a veces volvía la cabeza hacia un lado.

—Lizzy —le dijo Stockdale con cierto acento de reproche después de haber caminado en silencio durante bastante rato.

—¿Sí? —dijo ella.

—Ha bostezado usted. ¡Muy aburrida debe resultarle mi compañía! —Él lo planteó de este modo, pero en realidad se estaba preguntando si el bostezo de la joven no tendría, tal vez, más que ver con el cansancio, consecuencia de la noche anterior, que con el aburrimiento del momento presente. Lizzy se disculpó y reconoció que estaba bastante cansada. Esto le permitía a Stockdale hacer alguna pregunta directamente relacionada con el particular; pero su recato se lo impidió, y el pastor, de mala gana, decidió esperar.

El mes de febrero transcurrió con alternativas de barro y hielo, lluvias y celliscas, vientos del este y galernas del noroeste. Las zonas más cóncavas de los campos de labranza se aparecían como grandes charcos de agua, que se había instalado allí, procedente de las tierras más altas, y aún no había tenido tiempo de infiltrarse en los suelos y desaparecer. Los pájaros empezaron a volar ligeros, y un mismo y solitario tordo venía todas las tardes justo antes del anochecer y cantaba esperanzadoramente sobre el gran olmo que estaba cerca de la casa de la señora Newberry. Los vientos fríos y la fragilidad de la tierra habían dado lugar a una humedad fangosa que en realidad era más desagradable que el hielo; pero anunciaba la llegada de la primavera, y las molestias que ocasionaba eran soportables.

Stockdale había tratado, por lo menos media docena de veces, de llegar a un entendimiento práctico con Lizzy, pero cada vez que quería hablarle del misterio de su aparente ausencia durante la noche de la visita de la vecina y de su extraña costumbre de estar en la cama a horas inexplicables, sentía que algo en su interior le frenaba. Así, pues, siguieron viviendo como enamorados indefinidamente prometidos, y a duras penas se reconocían, el uno al otro, el derecho a ostentar el nombre de elegido. Stockdale se convenció de que su indecisión era debida al aplazamiento de la llegada del pastor designado, y al consiguiente retraso de su propia marcha, que eliminaba toda necesidad de apresurar el noviazgo, pero lo que quizá sucedía era, simplemente, que su discreción estaba reafirmándose y diciéndole que le convenía tener una idea más clara acerca de la manera de ser de Lizzy antes de comprometerse al gran contrato de su vida con ella. Ella, por su parte, parecía estar siempre dispuesta a —en lo referente a este asunto— dejarse llevar más lejos de lo que él, hasta aquel momento, había intentado ir, pero Lizzy no por ello era menos independiente, y lo era en tal grado que hubiera impedido que la pasión de un hombre mucho más inconstante que Stockdale se entibiara.

El primero de marzo por la tarde, al anochecer, Stockdale, sin ningún propósito determinado, fue a su habitación, y vio allí, encima de una silla, un abrigo, un sombrero y unos pantalones. No recordando haber dejado ninguna prenda suya en aquel lugar, se acercó y las examinó lo mejor que pudo, a la luz del crepúsculo, y descubrió que no le pertenecían. Se quedó quieto un momento para pensar cómo podrían haber llegado hasta allí. Él era el único hombre que vivía en la casa, y, sin embargo, aquellas ropas no eran suyas, a menos que se hubiera equivocado. No, no eran suyas. Llamó a Martha Sarah.

—¿Cómo han llegado estas cosas a mi habitación? —dijo, dejando caer al suelo las impertinentes prendas.

Martha dijo que la señora Newberry se las había dado para cepillar y que ella las había llevado al cuarto pensando que, puesto que no había ningún otro caballero alojándose allí, serían del señor Stockdale.

—Desde luego —dijo Stockdale—. Ahora llévaselas a la señora y dile que he encontrado aquí estas ropas y que no sé nada de ellas.

La puerta quedó abierta y Stockdale pudo oír la conversación del piso inferior.

—¡Qué estúpida! —decía la señora Newberry con voz confundida—. Caramba, Martha Sarah, ¿te dije acaso que las llevaras al cuarto del señor Stockdale?

—Es que, como estaban tan llenas de barro, pensé que serían de él —contestó Martha humildemente.

—Deberías haberlas dejado en el perchero —dijo la joven señora con severidad; y subió al piso de arriba con las prendas en el brazo, pasó rápidamente por delante del cuarto de Stockdale y las arrojó violentamente a un ropero que había al final del pasillo. Así acabó el incidente, y la casa volvió a quedarse en silencio.

Encontrar aquellas ropas en casa de una viuda no habría tenido nada de extraño si

hubieran estado limpias, o apolilladas, o arrugadas, o enmohecidas a fuerza de estar guardadas durante tanto tiempo, pero que estuvieran salpicadas de barro aún fresco molestó bastante a Stockdale. Cuando un joven pastor está en la fase de susceptibilidad que antecede a la consecución de algo, y se muestra propenso a excitarse por la menor insignificancia, una incongruencia de este tamaño, cuando además es sustancial, es algo verdaderamente turbador. Nada más, sin embargo, sucedió de momento, pero Stockdale se hizo desconfiado y dado a hacer conjeturas, y no pudo olvidar el incidente.

Una mañana, al mirar por la ventana, vio a la señora Newberry en persona cepillando los faldones de un gran abrigo grisáceo, que, si no se equivocaba, era exactamente la misma prenda que había adornado la silla de su habitación. Estaba salpicado —por todas partes— de lodo procedente de las cercanías de Nether-Moynton, a juzgar por el color, y Stockdale podía ver claramente las manchas a la luz del sol. Puesto que el abrigo había estado mojado uno o dos días antes, la inferencia de que el que se lo ponía había andado una distancia considerable hacía muy poco, por las veredas y los campos, era irrebatible. Stockdale abrió la ventana y se asomó, y la señora Newberry se volvió. Gradualmente, su rostro fue enrojeciendo; nunca había estado tan bonita ni tan impenetrable. Él la saludó afectuosamente agitando la mano y le dio los buenos días; ella contestó confundida y, habiendo interrumpido su tarea al verle a él, dobló el abrigo, que solo había limpiado a medias.

Stockdale cerró la ventana. Cabía dentro de lo posible que hubiera alguna explicación simple del proceder de Lizzy, pero a él no se le podía ocurrir ninguna; y lamentó que ella no hubiera despejado sus temores acerca de aquello diciendo, allí y entonces, algo referente al asunto.

Pero, aunque Lizzy no se ofreció a dar ninguna explicación en aquel momento, sacó el tema la siguiente vez que se vieron. Estaban los dos charlando acerca de algún otro suceso cuando ella señaló que aquello había tenido lugar mientras desempolvaba unas ropas viejas que habían pertenecido a su pobre marido.

—¿Las tiene limpias por respeto a su memoria? —dijo Stockdale, tanteando.

—Las aireo y les quito el polvo de vez en cuando —dijo ella con la inocencia más encantadora del mundo.

—¿Los muertos salen de sus tumbas y caminan sobre el lodo? —musitó el pastor con un sudor frío, provocado por la decepción que ella le estaba deparando.

—¿Cómo ha dicho usted? —preguntó Lizzy.

—Nada, nada —respondió él con tristeza—. Simples palabras… Una frase que me servirá para el sermón del domingo que viene.

Estaba más que claro que Lizzy no sabía que él había visto recientes salpicaduras de lodo en los faldones del abrigo delator y que se imaginaba que él creía que la prenda había salido directamente de algún baúl o cajón.

El caso presentaba ahora un aspecto bastante más oscuro. Stockdale estaba tan abatido que no le refutó la explicación, y tampoco la amenazó con irse de misionero a

convertir nativos infieles, ni le hizo ninguna clase de reproche. Simplemente se despidió de ella cuando Lizzy hubo terminado, y siguió viviendo en la perplejidad, hasta que, poco a poco, su habitual talante se hizo triste y afligido.

IV. EL TIEMPO DE LUNA NUEVA

El jueves siguiente hizo un tiempo inseguro, húmedo y sombrío, y se adivinaba que la noche iba a ser borrascosa y desagradable. Stockdale se había ido por la mañana a Knollsea para asistir allí a alguna conmemoración religiosa, y a su regreso se encontró, en el pasillo, con la atractiva Lizzy. Tal vez contagiado de la marea de alegría que le había rodeado durante el día, tal vez animado por el paseo en coche descubierto, tal vez impelido por su natural disposición a perdonar el pasado, consintió en dejarse fascinar hasta el extremo de olvidarse del incidente del abrigo, y, en conjunto, pasó una velada muy agradable; no tanto en compañía de Lizzy como en la del sonido de su voz, ya que ella estuvo sentada en la salita posterior, hablando con su madre, hasta que ésta se fue a la cama. Un poco más tarde, la señora Newberry se retiró y entonces Stockdale se dispuso a hacer lo propio, pero antes se quedó un rato en la habitación, junto a las brasas que se extinguían, pensando en esto y aquello; y solo salió de su ensimismamiento al ver que de repente la llama de la vela vacilaba para luego descender y apagarse. Sabiendo que en su dormitorio había un chisquero, cerillas y otra vela, subió a oscuras tanteando el camino. Al llegar a la alcoba pasó la mano por todos los sitios y rincones en que pudiera estar el chisquero, pero sin éxito durante un rato bastante largo. Por fin lo encontró e hizo saltar una chispa. Y estaba prendiendo el azufre cuando le pareció oír un ruido en el pasillo. Sopló con más fuerza y la mecha soltó una llamarada. Miró por la puerta, que había permanecido abierta todo este rato, con la ayuda de la luz azulada, y se sorprendió al ver desaparecer por el final de la escalera —con la clara intención de salir de la casa sin ser vista— una figura masculina. El personaje llevaba la ropa que Lizzy había estado cepillando, y había algo en su porte y en su manera de andar que hizo que el pastor pensara que se trataba de la propia Lizzy.

Pero no estaba seguro de ello, y enormemente excitado Stockdale decidió desvelar el misterio por sus propios medios. Apagó la mecha, no encendió la vela, salió al pasillo y fue de puntillas a la habitación de Lizzy. Al acercarse vio un cuadrado de débil luz gris que le reveló que la puerta estaba abierta y, por consiguiente, que la dueña del dormitorio había salido. Dio media vuelta y golpeó con el puño el pasamanos de la escalera.

¡Era ella con el abrigo y sombrero de su difunto marido!

Algo aliviado al descubrir que no había ningún intruso en el caso, aunque no por ello menos sorprendido, el pastor se deslizó por la escalera, se puso las botas, el abrigo y el sombrero, y trató de abrir la puerta principal. Como de costumbre, estaba

cerrada con llave: fue a la puerta trasera, la encontró sin el cerrojo echado y salió al jardín. La noche era apacible y no había luna, y la lluvia, que había estado cayendo hasta hacía poco rato, había cesado de momento. De vez en cuando caían unas gotas repentinas de los árboles y las matas: cada vez que una ráfaga de viento sacudía las ramas. Mezclado con estos ruidos, Stockdale oyó un débil sonido de pasos en la carretera exterior, y dedujo por el ritmo que los pasos eran de Lizzy. Guiado por este sonido y ayudado por la circunstancia de que el viento soplaba desde la dirección en que se movía el caminante, lo alcanzó, prácticamente, y se mantuvo a cierta distancia para evitar el riesgo de ser descubierto. Seguía a Lizzy de esta forma por la calle o vereda —como se la podía llamar indistintamente, pues había más setos que casas a ambos lados— cuando una figura salió por la puerta de una cabaña y se acercó a ella. Lizzy se detuvo; el pastor se metió en la hierba y se paró también.

—¿Es la señora Newberry? —dijo el hombre que había salido. Stockdale identificó su voz con la de uno de los miembros más devotos de su feligresía.

—Sí —dijo Lizzy.

—Yo ya estoy listo. Llevo aquí un cuarto de hora.

—Ay, John —le dijo ella—, tengo malas noticias; nuestra operación corre peligro esta noche.

—¡No me lo diga! Soñé que pasaría esto.

—Sí —dijo ella apresuradamente—. Y debes ir ahora mismo a donde estén los muchachos esperando y decirles que no los necesitaré hasta mañana por la noche, a la misma hora. Yo voy a hacerle al lugre las señales.

—De acuerdo —dijo él, e inmediatamente desapareció por un camino que había detrás de una valla, y Lizzy reanudó la marcha.

Siguió andando con paso ligero hasta que la vereda desembocó en el camino real; lo cruzó y tomó la senda que llevaba a Ringsworth. Ascendió la colina sin el menor titubeo, atravesó la solitaria aldea de Holworth y descendió hacia el valle por el otro lado de la colina. Stockdale no había hecho recorridos muy grandes en aquella dirección, pero sabía que si Lizzy mantenía aquel rumbo durante mucho más tiempo llegaría hasta muy cerca de la costa, que estaba a una distancia de entre tres y cinco kilómetros de Nether-Moynton, y como se habían puesto en marcha alrededor de las once y cuarto, parecía que su intención era llegar a la playa alrededor de la medianoche.

Poco después Lizzy subió una pequeña loma, que Stockdale, al mismo tiempo, bordeó astutamente por la izquierda; y entonces oyó el rugido sordo y monótono de las olas. El altozano estaba a unos cincuenta metros del borde de los acantilados, y de día, presumiblemente, dominaba toda la vista de la bahía. Había luz suficiente para distinguir la disfrazada figura de Lizzy dibujándose contra el cielo en el momento de alcanzar la cima; se detuvo allí y después se sentó. Stockdale, no deseando alarmarla en aquel instante bajo ninguna circunstancia, pero, al mismo tiempo, deseoso de estar cerca de ella, se puso a cuatro patas, trepó hasta un poco más arriba y se quedó allí,

inmóvil.

El viento era helador, el terreno estaba húmedo y el pastor no estaba dispuesto a permanecer durante mucho tiempo en aquel lugar. Pero, antes de haber tomado la decisión de abandonarlo, oyó unas voces detrás de él. No sabía qué significaba aquello, pero, temeroso de que Lizzy estuviera en peligro, estaba a punto de echar a correr para advertirle que podía ser vista, cuando ella se escondió detrás de un pequeño arbusto —que sin duda llevaba una precaria existencia en aquel lugar desguarnecido—; la oscura y achaparrada silueta del arbusto absorbió la figura de Lizzy como si ella hubiera pasado a formar parte de él. Evidentemente, la joven había oído a los hombres tan bien como Stockdale. Éstos pasaron cerca del pastor, hablando en voz alta y despreocupada, que se podía oír por encima del continuo rugir del mar e indicaba que ellos no corrían ningún riesgo en todo aquel asunto. Lo que viene a continuación lo probó: algunas de sus palabras llegaron flotando hasta Stockdale, y le hicieron olvidarse instantáneamente del frío que estaba pasando en aquel lugar.

—¿Qué tipo de embarcación es?

—Un lugre, de unas cincuenta toneladas.

—Procedente de Cherbourg, supongo.

—Sí, creo que sí.

—Pero no todo le pertenecerá a Owlett, ¿no?

—Oh, no. Él solo se lleva una parte. Están complicados uno o dos más. Un granjero y gente por el estilo, pero no sé cómo se llaman.

Las voces se alejaron y las cabezas de los hombres fueron disminuyendo de tamaño a medida que se acercaban al acantilado, hasta que estuvieron fuera del alcance de la vista.

«Mi amada ha caído en la tentación de comprar una parte por culpa de ese descreído de Owlett —gimió el pastor. Su sincero afecto por Lizzy había alcanzado su más alta cota de intensidad en aquellos momentos de peligro para su nombre y persona—. Por eso está aquí —se dijo—. ¡Oh, será su ruina!»

La turbación de Stockdale se vio interrumpida por el súbito fulgor de una luz resplandeciente, cada vez mayor, que procedía del lugar en que Lizzy estaba escondida. Unos segundos después, y antes de que la luz hubiera alcanzado las proporciones de una hoguera, el pastor la oyó precipitarse, como una piedra lanzada por una onda, colina abajo, en dirección a casa. La luz despedía ahora inmensas llamaradas y mostraba con claridad de dónde procedía. Lizzy había prendido una rama de tojo y la había metido en el arbusto bajo el cual había estado agazapada. El viento abanicaba la llama, que crepitaba con furia y amenazaba con consumir no solo la rama, sino también el arbusto. Stockdale permaneció quieto el tiempo justo para advertir esta circunstancia y entonces, rápidamente, siguió el rumbo tomado por la joven. Tenía la intención de alcanzarla y revelarle que era amigo, pero, por mucho que corrió, no pudo ver ni rastro de ella. Voló a través de los campos vecinos a Holworth, torciéndose los tobillos en grietas y declives inesperados, hasta que, al

llegar a la verja que separaba las dunas de la carretera, se vio obligado a detenerse para tomar aliento. No se podía oír ruido ni movimiento alguno ni delante ni detrás de él, y entonces comprendió que Lizzy no había corrido más deprisa que él, sino que, al oírle pisándole los talones, y creyendo que sería uno de los recaudadores de impuestos, se había escondido en algún lugar del camino y le había dejado pasar.

Siguió andando, ya más reposadamente, en dirección a la aldea. Al llegar a casa comprobó que sus suposiciones eran acertadas, pues ni la cancela ni la puerta tenían echado el cerrojo: estaban tal como él las había dejado. Stockdale cerró la puerta tras de sí y se quedó esperando, en silencio, en el pasillo. Al cabo de unos diez minutos oyó los mismos ligeros pasos que había oído al salir; se detuvieron al llegar a la cancela, que se abrió y volvió a cerrar con suavidad, y entonces Lizzy levantó el picaporte de la puerta y entró.

Stockdale dio unos pasos hacia ella y dijo:

—Lizzy, no tema. He estado esperándola.

Ella se sobresaltó, aunque había reconocido la voz.

—Es el señor Stockdale, ¿verdad? —dijo.

—Sí —contestó él, enfadándose ahora que Lizzy estaba en casa, a salvo y nada alarmada—. ¡Y en bonito lío me la he encontrado metida a usted esta noche! ¡Va vestida de hombre y me siento avergonzado de usted!

Lizzy apenas si pudo encontrar voz para responder a aquel inesperado reproche.

—Solo voy vestida de hombre en parte —balbuceó, retrocediendo hacia la pared—. Lo único que llevo son su abrigo, su sombrero y sus pantalones, y no hay ningún mal en ello, puesto que era mi propio marido; y solo lo hago porque una capa se la lleva el viento con tanta facilidad que hay que sujetarla continuamente y no se pueden tener los brazos libres. Debajo llevo puesto mi propio vestido, igual que siempre, con la única diferencia de que lo llevo recogido. ¿Le importaría subir y dejarme pasar? ¡Yo no quería que usted me viese a estas horas!

—Pero ¡yo tengo derecho a verla! ¿Cómo cree que podrá existir, ahora, algo entre nosotros? —Lizzy permaneció callada—. Es usted una contrabandista —añadió él con tristeza.

—Yo solo me llevo una parte de la mercancía —dijo ella.

—Eso no cambia nada. ¿Para qué se metió usted en un negocio como éste? ¿Y por qué me lo ha estado ocultando durante todo este tiempo?

—No lo hago siempre. Solo en invierno, cuando hay luna nueva.

—Bueno, me imagino que eso será porque no se podrá hacer en ninguna otra época del año… Me ha trastornado por completo, Lizzy.

—Lo lamento de veras —replicó Lizzy sumisamente.

—Bien —dijo él, con más ternura—, hasta ahora no se ha hecho ningún daño a nadie. ¿Está usted dispuesta a renunciar de manera definitiva, por mí, a esta actividad vituperable y peligrosa?

—Tengo que hacer cuanto pueda para salvar esta mercancía —dijo ella, con voz

un poco áspera—. No quiero renunciar a usted, lo sabe muy bien; pero tampoco quiero perder la mercancía. ¡No sé qué hacer! Si le he ocultado esto ha sido porque temía que se enfadara si se enteraba.

—¡Yo también me lo hubiera temido! Supongo que, si me hubiera casado con usted sin saber nada acerca de esto, usted habría seguido lo mismo. ¿No?

—No lo sé. Nunca pensé con tanta antelación. Esta noche fui, simplemente, a hacerles señales de fuego a los muchachos porque nos enteramos de que los carabineros sabían dónde iban a ser desembarcados los toneles.

—Está usted metida en un buen lío —dijo el joven y desconcertado pastor—. Bueno, ¿qué piensa hacer ahora?

Lizzy musitó lentamente los pormenores del plan, pormenores que consistían principalmente en lo que sigue: pensaban probar suerte en algún otro punto de la playa a la noche siguiente; antes de intentar efectuar el desembarco de la mercancía, siempre se fijaban tres lugares posibles para llevar a cabo la descarga, y se acordaba que, si se le hacían al barco señales luminosas —como ella había hecho aquella noche — desde el primer lugar acordado —que era Ringsworth—, la tripulación tenía que intentarlo, a la noche siguiente, en el segundo —que era la ensenada de Lulwind—; y, si allí también había peligro, tenían que intentarlo, a la tercera noche, en el tercer lugar, que estaba más al oeste, detrás de un farallón.

Stockdale había seguido con tanta atención los detalles de aquel interesante programa que se olvidó momentáneamente de su preocupación por la participación de Lizzy en el asunto y dijo:

—Supongamos que los guardias impiden el desembarco allí también.

—Entonces no lo intentaremos, de momento, en ningún otro sitio; quiero decir, mientras duren estas noches tan oscuras (es lo que llamamos tiempo entre luna y luna). Y los muchachos, seguramente, harán una línea dispersa con los toneles; es decir, los mantendrán unidos por una cuerda, pero separados entre sí por una distancia relativa. Entonces los sumergirán en algún lugar cercano a la playa y harán unas señales que luego les indiquen la posición; y después, a la primera oportunidad, irán a rastrearlos.

—¿Qué es eso?

—Oh, cogerán un bote y pasarán, por el fondo, una rastra, es decir, un ancla pequeña, hasta que ésta enganche la cuerda que une los toneles entre sí.

El pastor se quedó pensativo; no se oía nada en el interior de la casa excepto el tictac del reloj de la escalera y la agitada respiración de Lizzy, motivada en parte por el esfuerzo de la caminata y en parte por la excitación general. Ella seguía pegada a la pared, en la penumbra, si bien él podía discernir, resaltando contra la blanqueada superficie del muro, el abrigo, los pantalones y el ancho sombrero que llevaba puestos.

—Lizzy —dijo Stockdale—, todo esto está muy mal. Acuérdese de la lección de la moneda: «Dad al César lo que es del César». Seguro que se lo leyeron más de una

vez durante su infancia.

—Él está muerto —dijo ella con un mohín de disgusto.

—Pero el mensaje del texto tiene la misma vigencia que entonces.

—Mi padre lo hacía, y también mi abuelo, y en Nether-Moynton casi todo el mundo vive gracias a ello. Y la vida, sin ello, sería tan monótona que me daría absolutamente igual vivir que no vivir.

—Yo no soy algo por lo que valga la pena vivir, por supuesto —replicó Stockdale con amargura—. Usted cree que no valdría la pena renunciar a este negocio incivilizado y vivir solo por mí, ¿verdad?

—Nunca he pensado en ello de esta manera.

—Prométame que lo dejará y que esperará a que yo pueda volver en su busca.

—Esta noche no puedo prometerle nada.

Y mientras miraba pensativamente al suelo, Lizzy se fue apartando poco a poco hasta llegar a la puerta de la habitación contigua; entonces se metió dentro y cerró, dejando fuera a Stockdale. Permaneció allí, a oscuras, hasta que él se hartó de esperar y subió a su alcoba.

Al día siguiente, el pobre Stockdale estaba terriblemente deprimido por los descubrimientos de la noche anterior. Lizzy, indudablemente, era una mujer fascinante, pero era difícil imaginársela como mujer de un pastor.

«¡Si me hubiera quedado con el pequeño negocio de ultramarinos de mi padre, en vez de seguir la carrera eclesiástica, ella me habría venido como anillo al dedo!», se dijo con tristeza, hasta que cayó en la cuenta de que en ese caso nunca habría salido de su lejano hogar para ir a Nether-Moynton ni la habría conocido.

El distanciamiento que se produjo entre ellos no fue total, pero sí suficiente para que cada uno evitara la compañía del otro. Se encontraron una sola vez durante el día, en la senda del jardín, y Stockdale le dijo, con una mirada de reproche:

—¡Prométame que lo dejará, Lizzy! ¿Me lo promete?

Pero ella no le contestó. La tarde avanzaba, y él sabía perfectamente que Lizzy repetiría la excursión por la noche. Su aire medio ofendido le había demostrado que, por el momento, no tenía la menor intención de alterar sus planes. Stockdale no quería volver a tomar parte en la aventura, pero, hiciera lo que hiciese, su intranquilidad por la suerte que Lizzy pudiera correr aumentó con la llegada de la noche. Si ella sufría algún accidente, él no se podría perdonar jamás el no haber estado allí para ayudarla; a pesar de lo mucho que le desagradaba la idea de parecer que aprobaba aquellas travesuras ilegales.

V. CÓMO FUERON A LA ENSENADA DE LULWIND

Como el pastor había supuesto Lizzy salió de casa por la noche, a la misma hora, y esta vez pasó por delante de la puerta de la habitación de Stockdale sin el menor

sigilo, como si supiera muy bien que estaría acechándola, y estuviera decidida a desafiarle tanto a él como a su desaprobación. Stockdale estaba preparado; salió de su cuarto rápidamente y llegó a la puerta trasera casi al mismo tiempo que ella.

—Entonces, ¿va a ir usted, Lizzy? —le dijo cuando estuvo a un paso de ella, que ahora parecía un hombre menudo con una cara totalmente inapropiada para las ropas que llevaba puestas.

—Tengo que ir —dijo ella, frenada por el tono autoritario del pastor.

—Entonces iré yo también —dijo él.

—¡Ya verá cómo lo pasa usted bien! —exclamó ella en un tono más alegre—. Todo el que lo prueba disfruta.

—¡Dios no lo permita! —dijo él—. Pero tengo que cuidar de usted.

Abrieron el portillo y salieron a la carretera, el uno al lado del otro, pero a cierta distancia, sin apenas cruzar palabra entre sí. La noche era bastante menos propicia que la anterior para llevar a cabo una operación de contrabando, pues el viento soplaba a menor altura y el cielo presentaba algunos claros por el norte.

—Hoy hay bastante más luz —dijo Stockdale.

—Sí, por desgracia —respondió ella—. Pero es solo por aquellas estrellas de más arriba. Hoy a las cuatro había luna nueva, y yo esperaba nubes. Confío en que podamos hacerlo esta semana, porque, cuando nos vemos obligados a tener durante mucho tiempo los toneles sumergidos, el alcohol, luego, no tiene un sabor tan fuerte y a la gente le gusta mucho menos.

La ruta que siguieron fue diferente de la de la noche anterior; en cuanto salieron de la vereda y atravesaron el camino real, se metieron por una bifurcación que había a la izquierda, pasado Lord’s Barrow. Al llegar a las dunas de Shaldon, Stockdale, que, desconcertado, había estado pensando qué debería decirle a Lizzy, decidió no tratar de disuadirla de momento, mientras ella estuviera excitada por la aventura, sino esperar a que ésta hubiera terminado para procurar entonces convencerla de que en el futuro abandonara aquella clase de actividades. Una o dos veces, mientras avanzaban, se le ocurrió que, de ser sorprendidos por los carabineros, él se vería en una situación mucho más comprometida que ella, pues le sería sin duda muy difícil probar el verdadero motivo que le había impulsado a estar en el lugar del delito; pero aquel riesgo era una consideración carente de importancia comparado con sus deseos de estar junto a Lizzy.

Llegaron a una hondonada que había en las afueras de Shaldon, aldea que estaba a unos tres kilómetros de la zona de la playa que ellos buscaban. Esta vez fue Lizzy la que quebró el silencio:

—Tengo que esperar aquí para reunirme con los porteadores. No sé si habrán llegado ya. Como le dije, esta noche vamos a la ensenada de Lulwind, que está tres kilómetros más lejos que Ringsworth.

Los hombres, en efecto, ya habían llegado; mientras Lizzy decía esto, dos o tres docenas de cabezas fragmentaron la línea del promontorio, y acto seguido un grupo

de hombres salió de entre los arbustos: allí, escondidos, habían estado esperando. Estos porteadores o cargadores eran hombres que Lizzy y otros propietarios contrataban regularmente para llevar los toneles desde los botes hasta un escondite del interior. Eran todos jóvenes de Nether-Moynton, Shaldon y los alrededores, gente tranquila e inofensiva —aun cuando algunos llevaban gruesos palos— que simplemente se comprometían a transportar los cargamentos de Lizzy y de su primo, Owlett, igual que se podían comprometer a hacer cualquier otro trabajo por el que se les pagara bien.

A una palabra de ella todos se agruparon.

—Lo mejor será que os lo dé ahora —dijo Lizzy, y les entregó un paquetito a cada uno. Dentro había seis chelines, su paga por la noche de trabajo, que se les daba por adelantado, independientemente del éxito o del fracaso de la operación; pero además gozaban del privilegio de hacer de agentes comerciales en la venta si la descarga de la mercancía de contrabando se hacía con éxito. Una vez dado el dinero a todos, Lizzy dijo—: El lugar es el de antes, la Tumba del Puñal, cerca de la ensenada de Lulwind. —Los hombres no habían sabido hasta aquel momento, por razones obvias, adónde tenían que dirigirse—. El señor Owlett se reunirá allí con vosotros —agregó Lizzy—. Yo iré detrás, para comprobar que no somos vigilados.

Los porteadores se pusieron en marcha. Stockdale y la señora Newberry les seguían a un tiro de piedra.

—¿Qué hacen estos hombres durante el día? —preguntó él.

—Doce o catorce son obreros. Algunos son ladrilleros, otros carpinteros, otros zapateros, otros bordadores. Los conozco bien a todos. Nueve de ellos son de su propia congregación.

—Yo no se lo puedo impedir —dijo Stockdale.

—Oh, ya sé que no puede. Solo se lo decía. Los demás se inclinan más por la iglesia establecida, porque proveen al párroco de todo el alcohol que necesita y, como es un buen cliente, no quieren ser descorteses con él.

—¿Cómo los escoge? —preguntó Stockdale.

—Los escogemos por su lealtad, por su fuerza y por su aguante. Tienen que ser capaces de llevar una carga pesada sin cansarse durante mucho tiempo.

Stockdale suspiraba cada vez que Lizzy le daba detalles acerca de la operación o del oficio, pues aquello le hacía pensar que una mujer que sabía tan bien cuáles eran las condiciones y las necesidades de aquel negocio tenía que estar, por fuerza, muy metida en él. Y, sin embargo, en aquel momento sentía por ella más ternura de la que había sentido el día anterior. Tal vez fuera porque su experto proceder y su fría indiferencia despertaban en Stockdale —a su pesar— cierta admiración.

—Cójame del brazo, Lizzy —musitó el pastor.

—No quiero —dijo ella—. Además, nunca podremos volver a ser, el uno para el otro, lo que una vez fuimos.

—Eso depende de usted —dijo él; y los dos siguieron andando como antes.

Los porteadores contratados para el trabajo marchaban por las dunas de Shaldon con tanta decisión como si fuera de día, evitando pasar por el camino de carros y dejando a la izquierda la aldea de East Shaldon con el fin de alcanzar la cima de la colina por un lugar solitario y apartado que no estaba lejos del viejo terraplén conocido como Round Pound. Un cuarto de hora más de paso rápido les llevó hasta el lugar llamado la Tumba del Puñal, que estaba a unos pocos cientos de metros de la ensenada de Lulwind y desde el cual se escuchaba ya el sonido del mar. Allí hicieron un alto, y Lizzy y Stockdale los alcanzaron; y a partir de entonces ya marcharon todos juntos hacia el borde del acantilado. Al llegar, uno de los hombres sacó una barra de hierro, la clavó firmemente en el suelo, a un metro del borde, y le ató una cuerda que llevaba enrollada al cuerpo. Todos empezaron a bajar por ella, apoyando los pies en la pendiente, o bien deslizándose por ella, mientras la cuerda resbalaba entre sus manos.

—No irá usted a bajar, ¿verdad, Lizzy? —dijo Stockdale con ansiedad.

—No. Yo me quedo aquí para vigilar —dijo ella—. El señor Owlett está ahí abajo.

Los hombres se quedaron en silencio al llegar a la playa y lo primero que Stockdale y Lizzy pudieron oír a continuación fue un zambullir de remos pesados y el embate de las olas contra la proa de un bote. Poco después la quilla tocó suavemente la arena, y el pastor pudo oír las pisadas de los treinta y seis cargadores corriendo sobre los guijarros hacia el lugar de desembarco.

Hubo un chapoteo en el agua —semejante al que produce una camada de pavos al zambullirse— que indicaba que los hombres no habían tenido reparo en mojarse las piernas —e incluso la cintura— con el agua del mar, pero resultaba imposible ver qué estaban haciendo, y al cabo de unos minutos se oyeron de nuevo pisadas en la arena. La barra de hierro que sostenía la cuerda, sobre la cual Stockdale tenía puesta una mano, se inclinó un poco, y al instante los cargadores empezaron a aparecer, uno tras otro, trepando por el escarpado acantilado y chorreando agua, de manera bien audible, mientras subían ayudados por la cuerda, que además les había servido de guía. Cuando llegaron arriba, Stockdale vio que cada hombre llevaba un par de toneles —uno sobre la espalda y otro sobre el pecho— unidos entre sí por unos cordeles que pasaban a través de los aros del jable y que descansaban sobre los hombros del porteador. Algunos hombres, los más fuertes, llevaban tres —el tercero encima del que iba a la espalda—, pero lo normal era que llevaran dos, carga ya lo bastante pesada para que el porteador, después de una caminata de siete u ocho kilómetros, tuviera la sensación de que el pecho estaba en contacto con la espina dorsal.

—¿Dónde está el señor Owlett? —le preguntó Lizzy a uno de ellos.

—No va a subir por aquí —respondió el cargador—. Va a esperar en la playa hasta que estemos fuera de peligro.

Y entonces, sin aguardar a los demás, los hombres que iban delante se adentraron

en las dunas; y, cuando el último hubo subido, Lizzy tiró de la cuerda, se la enrolló a un brazo, sacó la barra de la hierba y se dispuso a seguir a los porteadores.

—Está usted muy inquieta por la seguridad de Owlett —dijo el pastor.

—¡Nunca había conocido a un hombre así! —exclamó Lizzy—. Es mi primo, ¿no?

—Sí. Bueno, hace mala noche para trabajar —dijo Stockdale lentamente—. Pero le llevaré la barra y la cuerda.

—Gracias a Dios que los toneles han llegado hasta aquí sin que haya pasado nada —dijo ella.

Stockdale sacudió la cabeza negativamente y, cogiendo la barra, siguió andando al lado de ella en dirección a las dunas; el lamento del mar no se volvió a oír más.

—¿Se refería a esto el otro día, cuando dijo que tenía negocios con Owlett? —preguntó el joven.

—Sí —respondió ella—. Nunca nos vemos con otro motivo.

—Una asociación de esa clase con un hombre joven es algo desusado.

—La iniciaron mi padre y el suyo, que eran cuñados.

Stockdale no podía cerrar los ojos al hecho de que en una relación como la que sostenían Lizzy y Owlett, en la que los gustos y las metas eran tan semejantes, en la que, como sucedía con ellos, se compartían los riesgos de cada empresa, sería peculiarmente apropiado que Lizzy respondiera de manera afirmativa a la petición de matrimonio de Owlett, que aún seguía en pie. Esto intranquilizaba al pastor, pues por lo general tendía a despertarse en él un afán por hacer a la pareja tan inadecuada como fuera posible, conquistar a Lizzy, apartarla de aquella cuadrilla nocturna, hacerle seguir una conducta correcta y depositarla en la salita de estar de la casa de un pastor, en algún condado del interior y lejos de allí.

Habían ido andando lo bastante cerca de la fila de porteadores para que Stockdale advirtiera que, al llegar a la carretera que conducía a la aldea, los hombres se dividían en dos grupos de distinto número y proseguían la marcha por diferentes caminos. Uno de los dos grupos, el menos numeroso, se fue en dirección a la iglesia y, cuando Lizzy y Stockdale llegaron a su casa, este grupo de hombres había escalado ya la tapia del cementerio y marchaba, sin hacer ningún ruido, sobre la hierba que rodeaba las tumbas.

—Veo que el señor Owlett ha conseguido que le dejen esconder, otra vez, una parte de la mercancía en la iglesia —observó Lizzy—. ¿Se acuerda usted de cuando le traje aquí la noche de su llegada?

—Sí, por supuesto —dijo Stockdale—. Es evidente que tenía usted autorización para espitar los toneles. Eran de él, ¿verdad?

—No, no eran de él… eran míos; tenía mi propia autorización. Al día siguiente hicieron un viaje de varios kilómetros al interior, en un carro cargado de estiércol, y se vendieron muy bien.

En aquel momento, los hombres del grupo que poco antes se había desviado a la

izquierda empezaron a saltar, uno tras otro, desde la valla que había enfrente de la casa de Lizzy; y el hombre que iba en primer lugar —que no llevaba ningún tonel sobre los hombros— se acercó a ellos.

—La señora Newberry, ¿verdad? —dijo precipitadamente.

—Sí, Jim —dijo ella—. ¿Qué sucede?

—No podemos dejar ningún tonel en el Terrón del Tejón esta noche, Lizzy —dijo Owlett—. El lugar está vigilado. Tenemos que retirar el manzano del huerto, si hay tiempo todavía. No podemos poner debajo de las tablas de la iglesia más de los que ya he enviado allí, y entre el estiércol ya hay más de lo que es aconsejable.

—Muy bien —dijo ella—. Daos prisa, eso es todo. ¿Puedo hacer algo yo?

—No, nada, por favor… ¡Ah, es el pastor! Será mejor que ustedes dos, que no pueden hacer nada, entren en casa y no se dejen ver.

Mientras Owlett hablaba de esta manera, en un tono tan lleno de inquietud por la suerte de la mercancía de contrabando y tan desprovisto de los celos de un enamorado, los hombres que le seguían habían ido pasando, uno tras otro, por encima de la valla; y, desgraciadamente, sucedió que, al saltar el último, el cordel que sujetaba los toneles se soltó: el resultado fue que los dos cuñetes cayeron en medio de la carretera, y uno de ellos se rompió con el golpe.

—¡Maldición! —exclamó Owlett retrocediendo rápidamente.

—Supongo que ese tonel debe valer lo suyo —dijo Stockdale.

—Oh, no… Nosotros sacaríamos por él unas dos guineas y media —dijo Lizzy con excitación—. No se trata de eso. Es el olor. Es tan fuerte antes de rebajarlo con agua que, cuando se esparce así por la carretera, como ahora, luego huele espantosamente. Espero que Latimer no pase por aquí hasta que el olor se haya ido.

Owlett y uno o dos más recogieron los restos del tonel, que se había hecho añicos, y se pusieron a restregar los pies y echar tierra sobre el lugar en que había caído, con el fin de dispersar el licor tanto como fuera posible; y después todos entraron en el huerto de Owlett, que estaba al lado del jardín de Lizzy (a la derecha de éste). Stockdale no se molestó en seguirles, pues algunos hombres, al reconocerle, se habían mirado preguntándose el porqué de su presencia, aunque no habían dicho nada. Lizzy, dejándole solo, fue hasta el fondo del jardín, desde donde pudo ver por encima de la valla el huerto adyacente y a los hombres moviéndose en la oscuridad y, presumiblemente, escondiendo los toneles, pues todo se hizo sin el menor ruido y sin ninguna luz; los porteado-res, una vez finalizada la operación, se dispersaron en diferentes direcciones. Los que habían llevado su parte de la carga a la iglesia ya se habían separado e ido a casa.

Lizzy volvió a la cancela del jardín. Stockdale estaba todavía allí, apoyado distraídamente sobre la verja.

—Ya hemos terminado: me voy a casa —dijo ella suavemente—. Dejaré la puerta entreabierta para que pueda usted entrar luego.

—Oh, no, no hace falta —dijo Stockdale—. Yo también voy a entrar ya.

Pero antes de que ninguno de los dos hubiera dado un paso se oyó en la lejanía el ruido de unos cascos de caballos. Parecía venir del lugar en que la senda que atravesaba las dunas se unía con la carretera principal.

—¡Han llegado demasiado tarde! —exclamó Lizzy con voz triunfal.

—¿Quiénes? —preguntó Stockdale.

—Latimer, el oficial de a caballo, y una especie de ayudante suyo. Será mejor que entremos en casa.

Así lo hicieron y Lizzy cerró la puerta con llave.

—Por favor, no encienda ninguna luz —añadió Lizzy.

—Por supuesto que no pensaba hacerlo —protestó él.

—Creía que estaba usted de parte del rey —dijo ella, en un casi imperceptible tono de sarcasmo.

—Y lo estoy —dijo Stockdale—. Pero la quiero, Lizzy Newberry, y usted lo sabe perfectamente; y debería saber, si es que no lo sabe, lo mucho que ha sufrido mi conciencia durante los últimos días por su culpa.

—Me lo imagino muy bien —dijo ella apresuradamente—. Pero no veo por qué motivo. ¡Ah, usted es mejor que yo!

El trote de los caballos parecía haberse alejado de nuevo, y Lizzy y Stockdale, al darse las frías «buenas noches» que se dan aquellos a quienes algo separa seriamente, se rozaron los dedos. Estaban al pie de la escalera, pero, antes de que hubieran dado tres pasos en sus respectivas direcciones, el ruido de los jinetes se volvió a oír de repente, esta vez muy cerca de la casa. Lizzy se acercó a la ventana que había en la escalera, la abrió un par de centímetros y pegó la cara a la ranura.

—Sí, uno de ellos es Latimer —susurró—. Siempre va montado en un caballo blanco. Es el último color que a uno se le ocurriría para un hombre como él.

Stockdale miró y vio pasar la blanca silueta del animal; pero antes de que los dos jinetes hubiesen avanzado diez metros más, Latimer tiró de las riendas de su caballo y le dijo algo —que ni Stockdale ni Lizzy pudieron oír— a su acompañante. Su significado, sin embargo, se hizo pronto evidente: el otro hombre se detuvo también, y los dos, haciendo dar media vuelta a sus caballos, volvieron sobre sus pasos cautelosamente. Cuando se encontraron otra vez justo enfrente del jardín de la señora Newberry, Latimer desmontó, y el hombre del caballo oscuro, acto seguido, hizo lo propio.

Lizzy y Stockdale, mientras escuchaban y observaban atentamente los movimientos de los oficiales, pusieron sus cabezas tan cerca del resquicio formado por la ligera abertura de la ventana como era posible, y de esta manera sucedió que, finalmente y por primera vez, sus mejillas entraron en contacto. Siguieron escuchando como si no se hubieran dado cuenta de que sus rostros habían sufrido un singular percance, y la presión de una mejilla a otra, lejos de disminuir, más bien aumentó a medida que el tiempo fue pasando.

Podían oír a los carabineros husmeando el aire como sabuesos mientras recorrían

detenidamente el lugar. Al llegar al sitio en que el tonel se había hecho añicos, los dos se detuvieron instantáneamente.

—Uf, aquí es muy fuerte —dijo el segundo oficial—. ¿Llamamos a la puerta?

—No —contestó Latimer—. Tal vez solo sea una treta para despistarnos. No se les ocurriría nunca dejar esta peste en un lugar que estuviera cerca del escondite. Ya he visto otras veces trucos como éste.

—De todas formas, deben haber traído las cosas por aquí, o al menos parte de ellas —dijo el otro.

—Sí —respondió Latimer pensativamente—. A menos que lo hayan hecho para llevarnos por una pista falsa. Creo que esta noche debemos volver a casa, no decir una palabra y regresar mañana temprano con más hombres. Sé que tienen verdaderos almacenes por aquí, pero no podemos hacer nada con esta oscuridad. Vamos a mirar por la parroquia y comprobar si todo el mundo está acostado, John; y, si todo está en calma, haremos mañana lo que he dicho.

Los oficiales reanudaron su ronda, y Lizzy y Stockdale, detrás de la ventana, pudieron oírles pasar, sin ningún sigilo, por toda la aldea. La calle torcía al final y se unía con el camino real, y los dos hombres se fueron en esta dirección; el ruido de los cascos de los caballos desapareció definitivamente.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó Stockdale a Lizzy al tiempo que se apartaba de ella.

Lizzy se dio cuenta de que el pastor mencionaba la inminente búsqueda de la mercancía por parte de los oficiales con el fin de desviar la atención de ella del tierno incidente que había tenido lugar junto a la ventana; y también advirtió que él deseaba que aquello pasara desapercibido: más como algo que hubieran soñado que como algo que les hubiera sucedido realmente.

—Oh, nada —respondió ella con la mayor frialdad de que fue capaz, decepcionada por el comportamiento de su enamorado—. Tormentas como ésta las tenemos con frecuencia. No tendría usted ningún miedo si supiera lo tontos que son. Imagíneselos cabalgando por el lugar; por supuesto que no oirán ni verán nada sospechoso mientras hagan ese ruido; pero no se atreven nunca a desmontar. Tienen miedo de que alguno de nuestros muchachos salte sobre ellos y los ate al poste de una verja, como ya han hecho alguna otra vez. Buenas noches, señor Stockdale.

Lizzy cerró la ventana y se fue a su habitación. Allí, una lágrima resbaló por su mejilla; y no precisamente porque los oficiales de a caballo hubiesen encontrado una pista.

VI. LA GRAN PESQUISA DE NETHER-MOYNTON

Stockdale estaba tan excitado por los acontecimientos de la noche y por el dilema que se le planteaba entre su conciencia y el amor, que no durmió —ni tan siquiera se

quedó adormilado—, sino que permaneció con los ojos tan abiertos como si fueran las doce de la mañana. En cuanto la luz gris empezó a iluminar débilmente los objetos más blancos del dormitorio se levantó, se vistió, bajó y salió a la calle.

La aldea ya estaba en movimiento. Algunos de los porteadores habían oído, la noche anterior, mientras se desvestían en la oscuridad, el familiar medio galope del caballo de Latimer, y ya se habían puesto en contacto unos con otros —y con Owlett — para ver qué se hacía al respecto. La única duda parecía estar en la seguridad de los toneles que habían dejado bajo la escalera que subía a las tribunas de la iglesia y, tras una breve discusión que tuvo lugar en el rincón del molino, se decidió sacarlos de allí antes de que hubiera más luz y esconderlos en medio de una doble fila de seto vivo que separaba los terrenos de Owlett del campo adyacente. Pero, antes de que nada de esto pudiera llevarse a efecto, se oyeron las pisadas de muchos hombres bajando por la vereda procedentes de la carretera.

—Maldita sea, ya están aquí —dijo Owlett, que, habiendo abierto ya la compuerta y puesto en movimiento el molino para la faena del día, estaba de pie, impasible, cubierto de harina, a la entrada, como si todo el interés de su vida estuviera centrado en las temblorosas paredes que había a su alrededor.

Los dos o tres hombres que habían estado hablando con él se dispersaron y se pusieron a realizar sus habituales quehaceres; y cuando los carabineros y el formidable contingente de hombres que habían reclutado llegaron al cruce —a mitad de camino entre la casa de la señora Newberry y el molino—, la aldea presentaba el aspecto normal de un lugar en el que están dando comienzo las faenas de la mañana.

—Bueno —dijo Latimer, dirigiéndose a sus subordinados, que eran trece hombres en total—, lo único que sé es que las cosas están por aquí, en alguna parte. Tenemos todo el día por delante y será muy difícil que no las hayamos encontrado y llevado a la Casa de la Aduana de Budmouth antes de que sea de noche. Primero miraremos en los depósitos de combustible, y después en las chimeneas, y luego en las niaras y en los establos, y así por toda la zona. No tendréis más guía que vuestras narices, tenedlo en cuenta. De modo que haced uso de ellas hoy aunque no lo hayáis hecho nunca en la vida.

Y entonces empezó el registro. Owlett, al principio, lo observaba desde la ventana de su molino; Lizzy, con la mayor serenidad, desde la puerta de su casa. Un granjero que vivía más abajo y que también tenía su parte en la mercancía iba de un lado a otro con un ojo puesto en sus campos y el otro en Latimer y sus esbirros, dispuesto a ponerles sobre una pista falsa si le preguntaban algo. Stockdale, que era cualquier cosa menos un contrabandista, estaba más intranquilo que el peor de ellos, y se fue a estudiar con el corazón angustiado; pero se interrumpía con frecuencia e iba hasta la puerta para hacerle preguntas a Lizzy acerca de las consecuencias que el posible descubrimiento de los toneles tendría para ella.

—Las consecuencias —le dijo la joven tranquilamente— serían simplemente que los perdería. No pueden hacerme nada personalmente, puesto que no hay ningún

tonel escondido ni en mi casa ni en mi jardín.

—Pero sí hay algunos en el huerto, ¿verdad?

—El señor Owlett me lo alquila, y él se lo presta a otros. De modo que, aun en el caso de que los encontraran, sería muy difícil determinar quién puso los toneles allí.

Nunca se oyó hablar de un olfateo semejante al que tuvo lugar aquel día en la parroquia de Nether-Moynton y sus alrededores. Los carabineros trabajaban metódicamente, y durante la mayor parte del tiempo a cuatro patas. Tenían diferentes planes para las diferentes horas del día. Desde el amanecer hasta la hora del desayuno los oficiales y sus secuaces solo hicieron uso de su olfato de una manera directa y exigente, sin detenerse en ningún lugar excepto en aquellos en los que se suponía que los toneles podrían estar escondidos provisionalmente para ser trasladados durante la noche. Entre los lugares registrados e inspeccionados se contaban los siguientes:

Árboles huecos	Alacenas
Fosas de patatas	Cajas de relojes
Depósitos de combustible	Cañones de chimenea
Dormitorios	Almacenes de manzanas
Pocilgas	Almiares

Después del desayuno reanudaron la búsqueda con renovado vigor, adoptando una nueva línea, es decir, dirigiendo su atención hacia prendas de vestir que podrían haber estado en contacto con los toneles durante su traslado desde la playa. Las que hubieran llevado puestas los porteadores estarían, probablemente, manchadas de licor, pues éste solía derramarse por entre las duelas. Ahora olfatearon lo siguiente:

Monos	Mandiles de herrero y de zapatero
Camisas y chalecos raídos	Rodilleras y guantes de podar
Abrigos y sombreros	Capotes
Pantalones y polainas	Capas para ir al mercado
Chales y vestidos de mujer	Espantapájaros

Y en cuanto terminaron el almuerzo encaminaron sus pesquisas hacia lugares donde se hubiera podido tirar el licor al oír la alarma:

Abrevaderos de caballos	Pilas de carbón	Vertederos de los corrales
Desagües en las cuadras	Estercoleros	Montones de arena
Sumideros	Letrinas	Abollones traseros

Pero, sin embargo, aquellos infatigables carabineros no encontraron nada, a

excepción del delator olor original que había en la carretera, justo enfrente de la casa de Lizzy, y que todavía no había desaparecido.

—Os diré lo que vamos a hacer, muchachos —dijo Latimer sobre las tres de la tarde—. Hay que volver a empezar. Pienso encontrar esos toneles.

Los hombres, que solo habían sido contratados para aquel día, se miraron las manos y las rodillas, llenas de barro por haberse estado arrastrando a cuatro patas durante tantas horas, y se restregaron las narices, como si ya estuvieran hartos de aquello; la cantidad de aire pestilente que había pasado por las fosas nasales de cada uno era tal que las había dejado casi tan insensibles como el cañón de una chimenea. Sin embargo, tras un momento de vacilación se dispusieron a empezar de nuevo: todos menos tres, cuyos olfatos habían sucumbido definitivamente ante la avalancha de olores de la jornada, que los había desgastado.

En aquel momento no se podía ver un solo aldeano varón en toda la parroquia. Owlett no estaba en el molino, los granjeros no estaban en los campos, el párroco no estaba en su jardín, el herrero había dejado la fragua y la tienda del carretero estaba en silencio.

—¿Dónde diablos se ha metido todo el mundo? —dijo Latimer, al advertir la deserción y mirando a su alrededor—. ¡Pienso denunciarlos por esto! ¿Por qué no vienen a ayudarnos? No hay ni un solo hombre en todo el lugar a excepción del pastor metodista, y él es como una vieja. ¡En nombre del rey exijo que se nos preste ayuda!

—Antes de poder exigir eso tenemos que encontrar a la gente —le dijo su lugarteniente.

—Está bien, está bien, nos las arreglaremos mejor sin ellos —contestó Latimer, que enseguida cambiaba de actitud—. Pero este silencio y el que nadie se deje ver me parece muy sospechoso, y lo tendré en cuenta. Vamos ahora al huerto de Owlett a ver si podemos encontrar algo allí.

Stockdale, al oír esta conversación desde la cancela del jardín, sobre la que había estado apoyado, se alarmó bastante, y pensó que era un error por parte de los habitantes de la aldea el mantenerse tan apartados del lugar. Él mismo, como los carabineros, se había estado preguntando durante la última media hora qué podría haber sido de ellos. Algunos trabajadores necesariamente estarían ocupados en los lejanos campos de labranza, pero los artesanos deberían estar en sus casas; sin embargo, todos a una, tras dejarse ver un momento en sus tiendas, parecían haberse marchado para no volver en todo el día. Entró para ver a Lizzy, que estaba sentada cosiendo al lado de una ventana, y le preguntó:

—¿Dónde están los hombres, Lizzy?

Lizzy se echó a reír.

—Donde suelen estar cuando se les persigue con tanto ahínco como hoy. —Y elevó su mirada al cielo—. Allí arriba —dijo.

Stockdale siguió la dirección de la mirada de Lizzy y exclamó:

—¿Cómo? ¿En lo alto de la torre de la iglesia?

—Sí.

—Pues me temo que van a tener que bajar pronto —dijo él con gravedad—. He oído hablar a los oficiales y van a registrar otra vez el huerto, y después todos los rincones de la iglesia.

Lizzy pareció alarmada por primera vez.

—¿Quiere usted ir a decírselo a nuestra gente? —dijo—. Deben saberlo. —Al ver que la conciencia de Stockdale bullía en su interior como una olla hirviendo, agregó —: No, no se preocupe, iré yo misma.

Salió, atravesó el jardín y saltó por encima del muro del cementerio en el mismo instante en que los carabineros subían por la carretera, en dirección al huerto. Stockdale no pudo por menos de seguirla. Cuando ella llegó a la puerta de la torre él ya estaba a su lado, y los dos entraron juntos.

La torre de la iglesia de Nether-Moynton, como las de muchas aldeas, carecía de torrecillas laterales, y la única manera de llegar a lo alto era subiendo hasta el coro, y desde allí, ayudándose de una escalera de mano, hasta una trampilla cuadrada que había en el suelo del campanario; allí había una escalera fija, puesta entre las campanas, que llegaba hasta un agujero que había en el techo. Cuando Lizzy y Stockdale llegaron al coro, miraron hacia arriba, pero solo vieron la trampilla y los cinco agujeritos de las cuerdas de las campanas. La escalera de mano había desaparecido.

—No se puede subir —dijo Stockdale.

—Oh, sí, ya lo verá —dijo ella—. En este instante unos ojos nos están mirando a través de un agujero que hay en esa trampilla.

Y mientras decía esto, la trampilla se abrió y los dos vieron descender la oscura silueta de la escalera de mano resaltando contra la pared blanquecina. Cuando tocó el suelo Lizzy la cogió y la arrastró hasta ponerla en su sitio.

—Suba usted, yo iré detrás —le dijo a Stockdale.

El joven ascendió, y al cabo de unos segundos se encontró, por primera vez en su vida —pues el inconformismo[4] corría por la sangre de los Stockdale desde hacía varias generaciones—, entre campanas sacras. Las miró con cierto desasosiego y se volvió para ver dónde estaba Lizzy. A quien vio fue a Owlett, que estaba allí sujetando el final de la escalera.

—¡Cómo! ¿Es usted realmente uno de los nuestros? —dijo el molinero.

—Eso parece —contestó Stockdale con tristeza.

—No lo es —intervino Lizzy, que había oído el diálogo—. No está ni a favor ni en contra nuestra. Pero no nos hará ningún daño.

La joven acabó de subir, y entonces los tres ascendieron hasta el piso siguiente, que, después de trepar por los polvorientos soportes de las campanas, tenía una fácil subida que conducía al agujero —a través del cual se podía ver el pálido cielo— que a su vez llevaba al exterior. Owlett se quedó atrás un momento para quitar la escalera

de mano y subirla.

—Vosotros, agachad la cabeza —dijo una voz en el mismo instante en que Lizzy y Stockdale ponían los pies en terreno llano.

Stockdale vio allí a todos los parroquianos echados en falta; estaban tumbados boca abajo en el tejado de la torre, y unos pocos, a cuatro patas, miraban, ocultos, por las aspilleras del parapeto. Stockdale les imitó, y vio la aldea extenderse como un mapa ante sus ojos. Las figuras de los carabineros iban de un lado a otro, escorzadas hasta el punto de parecer unos raros objetos con forma de cangrejo: las copas de sus sombreros hacían que se vieran, como suspendidos sobre ellos, unos discos circulares. Algunos hombres se habían vuelto para mirar a Stockdale en el momento en que la figura del joven predicador había aparecido en medio de la reunión.

—¿Cómo, el señor Stockdale aquí? —dijo Matt Grey con voz de sorpresa.

—Sería mejor que no hubiese venido —dijo Jim Clarke—. Si el párroco lo viera aquí, metido en su torre, los que saldríamos peor parados seríamos nosotros. Acordaos de cómo odia a los metodistas. No nos volvería a comprar un solo tonel, y es el mejor cliente que hemos tenido nunca a este lado de Warm'ell.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lizzy.

—Estará en su casa, seguro, para así no poder ver nada de lo que está pasando. Ahí es donde deberían estar todas las personas honradas, incluyendo a ese joven.

—Está bien, el señor Stockdale nos ha traído algunas noticias —dijo Lizzy—. Van a registrar el huerto y la iglesia. ¿Se puede hacer algo en caso de que los encuentren?

—Sí —dijo Owlett, el primo de Lizzy—. De eso es de lo que hemos estado hablando y ya hemos decidido qué vamos a hacer. ¡Maldición!

El motivo de tal exclamación era que acababa de ver que algunos carabineros, habiendo entrado en el huerto y después de estar durante un rato a cuatro patas arrastrándose de aquí para allá, se habían detenido en el centro, justo donde crecía un árbol que era más pequeño que los demás. Los carabineros se acercaron todavía más y pegaron sus caras al suelo.

—¡Oh, los toneles! —dijo Lizzy desmayadamente al verlos por encima del parapeto.

—Creo que los han encontrado —dijo Owlett.

El interés por los movimientos de los oficiales era tan profundo que ni un solo ojo estaba mirando en ninguna otra dirección; pero en aquel instante un grito procedente de la planta inferior de la iglesia atrajo la atención de los contrabandistas, y también la de los hombres que estaban en el huerto, que se incorporaron de un salto y salieron corriendo hacia la tapia del cementerio. Al mismo tiempo, los carabineros que habían penetrado en la iglesia sin ser vistos por los contrabandistas gritaron con fuerza:

—¡Por fin hemos encontrado algunos!

Los contrabandistas permanecieron en absoluto silencio, inseguros de si la palabra «algunos» se referiría a los hombres o a los toneles; pero al mirar

cautelosamente otra vez por encima del borde de la torre comprendieron que lo que habían sido descubiertos eran los toneles: vieron cómo los carabineros iban sacando, uno por uno, aquellos objetos malditos del escondite de la escalera y los iban poniendo en medio del cementerio.

—¡Van a dejarlos sobre el panteón de los Hinton hasta que encuentren los demás! —dijo Lizzy con desesperación.

Los carabineros, en efecto, se habían puesto a amontonar los toneles encima de una enorme losa de piedra que había allí; y cuando los hubieron sacado todos del interior de la torre dos o tres hombres se quedaron junto a ellos vigilándolos mientras los demás volvían al huerto.

El interés de los contrabandistas por las siguientes maniobras de sus enemigos se hizo angustiosamente intenso. Bajo los maderos de la torre solo habían ocultado una treintena de toneles, pero en el huerto había escondidos setenta, que completaban la totalidad de los que hasta aquel momento habían llevado a tierra. El resto del cargamento lo habían atado a unas pesas de plomo y lo habían lanzado al agua con el fin de ir a buscarlo otra noche. Los carabineros, ya de nuevo en el interior del huerto, se comportaron como si tuvieran la certeza de que los demás toneles, que estaban decididos a encontrar antes de que se hiciera de noche, estaban allí escondidos. Se desplegaron y rodearon el lugar, y, avanzando a cuatro patas como antes, volvieron a inspeccionar todos y cada uno de los manzanos que había en el recinto. Se detuvieron, otra vez, delante del árbol más joven y finalmente toda la compañía se agrupó allí, demostrando de esta manera que una segunda cadena de razonamientos les había dado el mismo resultado que la primera.

Después de examinar la hierba que había alrededor durante unos minutos, uno de los hombres se puso en pie, fue corriendo hasta una parte poco frecuentada de la iglesia en la que se guardaban las herramientas y regresó con el pico y la pala del sacristán; y con estos utensilios se pusieron manos a la obra.

—¿Están realmente enterrados ahí? —preguntó el pastor, pues la hierba estaba tan verde y lisa que era difícil creer que se pudiera haber cavado allí con anterioridad.

Los contrabandistas estaban demasiado absortos para contestarle; y poco después vieron, con gran dolor, que varios oficiales se ponían a ambos lados del árbol, se agachaban y, tirando con las manos, lo sacaban a la fuerza junto con la turba que había alrededor. Entonces se vio que el manzano crecía dentro de una caja de poco fondo con asas a los cuatro lados que servían para levantarla. Donde había estado el árbol había ahora un hoyo cuadrado. Uno de los oficiales bajó a mirar.

—Se acabó —dijo Owlett con serenidad—. Ahora lo que tenéis que hacer todos vosotros es bajar antes de que se den cuenta de que estamos aquí; y estad preparados para nuestro próximo movimiento. Será mejor que yo me quede aquí hasta que oscurezca, porque si no, al estar los toneles en terreno mío, me podrían detener como sospechoso. Me reuniré con vosotros en cuanto empiece a anochecer.

—¿Y yo? —dijo Lizzy.

—Tú ocúpate de las pezoneras y los tornillos; después te vas a casa y no sabes nada de nada. Los muchachos harán lo demás.

Volvieron a colocar la escalera de mano y todos, menos Owlett, bajaron. Los hombres salieron, de uno en uno, por la parte posterior de la iglesia y desaparecieron por sus respectivos caminos. Lizzy, con gran osadía, fue por la calle, seguida muy de cerca por el pastor.

—¿Va usted a casa, señora Newberry? —le dijo éste.

Ella supo por las palabras «señora Newberry» que el distanciamiento entre ellos se había hecho aún mayor de lo que era.

—No voy a casa —dijo—. Antes tengo que hacer un par de cosas. Martha Sarah le servirá el té.

—Oh, no lo digo por eso —replicó Stockdale—. Pero ¿qué más puede usted tener que hacer en relación con este vergonzoso asunto?

—Solo una cosa más.

—¿Qué cosa? Iré con usted.

—No, iré yo sola. ¿Quiere hacer el favor de marcharse a casa? Estaré allí antes de una hora.

—No correrá usted ningún peligro, ¿verdad, Lizzy? —dijo el joven: su amor por ella se estaba reafirmando de repente.

—Ninguno del que valga la pena hablar —contestó ella, y se encaminó hacia el cruce.

Stockdale entró en el jardín y se quedó allí, mirando. Los carabineros estaban todavía ocupados con el huerto, y el pastor, finalmente, cedió a la tentación de pasar para ver qué estaban haciendo. Al acercarse descubrió que la bodega secreta, de cuya existencia él no había sabido nada antes, estaba formada por unos maderos colocados transversalmente de un lado a otro del hoyo a unos treinta centímetros de profundidad, que luego habían sido tapados con hierba.

Los oficiales levantaron la cabeza para mirar el semblante dulce y bondadoso de Stockdale, y, pensando evidentemente que estaba fuera de toda sospecha, siguieron trabajando. En cuanto acabaron de sacar los toneles se pusieron a arrancar la turba, quitar los maderos y forzar los bordes del hoyo hasta que la bodega quedó completamente desmantelada e informe; el manzano, tirado en el suelo, mostraba sus raíces al viento. Sin embargo, el hoyo que en su tiempo albergó tanta mercancía de contrabando nunca desapareció del todo, ni entonces ni después, y una depresión en la hierba señala, aún hoy, el lugar que ocupó.

VII. LA MARCHA HASTA EL CRUCE DE WARM’ELL Y LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS

Como la mercancía tenía que ser llevada a Budmouth aquella misma noche, el

siguiente objetivo de los carabineros era encontrar caballos y carretas para efectuar el traslado, y con este propósito recorrieron la aldea. Latimer iba de un lado a otro con un pedazo de tiza en la mano, señalando con saetas[5] todos los carromatos y arreos que encontraba a su paso (y lo hacía con tanta energía que daba la impresión de que iba a pintar saetas hasta en las vallas y calzadas). El dueño de cada vehículo así señalado estaba obligado a entregarlo para servir a los fines del gobierno. Stockdale, que ya había visto bastante de la escena, se metió en casa, pensativo y deprimido. Lizzy ya se encontraba allí. Había entrado por la parte de atrás y todavía tenía el sombrero puesto. Parecía cansada y su estado de ánimo no era mucho mejor que el del propio Stockdale. Muy poco tenían que decirse el uno al otro, y el pastor se fue al salón y trató de leer; pero no lo consiguió y tocó la campanilla para que le trajeran el té.

Lizzy en persona le trajo la bandeja, pues la muchacha se había ido por la tarde a la aldea, demasiado excitada por los acontecimientos para acordarse de su condición social. Sin embargo, antes de que los tristes enamorados hubieran tenido tiempo de decirse prácticamente nada, Martha Sarah llegó en un estado de enorme excitación.

—¡Oh, señora Newberry, señor Stockdale, vaya alboroto! ¡Los oficiales del rey no pueden aparejar los carros ni a la de tres! Primero llevaron los de Thomas Artnell, William Rogers y Stephen Sprake a la carretera, y al hacerlo, las ruedas se salieron y los carros se desplomaron; resultó que no había pezoneras en las ruedas delanteras; después probaron con la carreta de Samuel Shene, y los tornillos habían desaparecido; y finalmente fueron a buscar el carro del lechero, ¡y tampoco allí quedaba ningún tornillo! Ahora han ido a la tienda del herrero para que les haga unos cuantos, pero no le encuentran por ningún lado.

Stockdale miró a Lizzy, que se sonrojó ligeramente y salió de la habitación, seguida por Martha Sarah. Pero antes de que se hubieran adentrado en el pasillo se oyó una llamada en la puerta principal. La señora Newberry se volvió para abrir y Stockdale reconoció la voz de Latimer.

—Por Dios, señora Newberry, ¿ha visto usted por ahí a Hardman, el herrero? Si pudiera echarle la vista encima me lo llevaría a rastras, por una oreja, hasta su yunque, que es donde debería estar.

—Es un holgazán, señor Latimer —dijo Lizzy traviesamente—. ¿Para qué lo quiere ver?

—¿Para qué? No hay en todo el lugar un solo caballo con más de tres herraduras, y los hay que solo tienen dos. Las ruedas de los carros no tienen tornillos ni pezoneras. Entre esto y que todos los arreos están inservibles, lo cual es una molestia, no saldremos antes del anochecer, no podremos, se lo juro. Menuda cuadrilla la que tienen ustedes por aquí suelta, señora Newberry, pero algún día se arrepentirán de haber jugado a este juego. Acuérdese de mis palabras, ya lo verá. No hay un solo hombre en toda la parroquia que no merezca ser azotado.

Sucedía que, en aquel momento, Hardman estaba en la vereda, un poco más

arriba, fumándose una pipa escondido detrás de unos arbustos. Cuando Latimer dio por finalizada la conversación se fue en aquella dirección, y Hardman, al oír los pasos del oficial de aduanas, descubrió que la curiosidad es más fuerte que la prudencia. Se asomó por entre los arbustos justo en el instante en que Latimer posaba la mirada en ellos. Hardman no tuvo más remedio que salir de allí con aire despreocupado.

—¡Llevo una hora buscándote! —le dijo Latimer mirándole con furor.

—No sabe cuánto lo siento —contestó Hardman—. Salí a dar una vuelta, a ver si encontraba más toneles que entregarles a ustedes.

—Oh, sí, Hardman, lo sabemos —dijo Latimer con amargo sarcasmo—. Sabemos que nos los hubieras entregado. Sabemos que la parroquia en pleno nos está prestando una gran ayuda y que lleva haciéndolo todo el día. Ahora, por favor, ten la amabilidad de acompañarme a tu tienda y permitir que, en nombre del rey, alquile tus servicios.

Bajaron los dos juntos por la vereda, y un rato después unos martillazos dados sin mucho entusiasmo se oyeron resonar, procedentes de la fragua. Sin embargo, al final se logró que los caballos y los carros estuvieran —más o menos— en condiciones de viajar; pero esto no sucedió hasta después de que el reloj hubiera dado las seis, y, para entonces, las fangosas carreteras brillaban ya bajo la luz horizontal del día que acababa. Los toneles de contrabando fueron rápidamente colocados en los carros de transporte, y Latimer, con tres ayudantes, salió lentamente de la aldea en dirección al puerto de Budmouth, que estaba a un número de kilómetros bastante considerable. Los demás carabineros se quedaron para acechar el resto del cargamento, que sabían que estaba sumergido en algún lugar entre Ringsworth y la ensenada de Lulwind, y buscar a Owlett, la única persona que estaba claramente implicada en el caso merced al descubrimiento de la guarida.

Las mujeres y los niños se asomaron a las puertas de las casas cuando los carros, con las horquillas del gobierno pintadas a tiza, pasaron por delante bajo la luz del crepúsculo que avanzaba, y, al hacerlo, echaron una mirada de melancolía a la propiedad confiscada que revelaba con demasiada claridad cuál era su relación con la mercancía.

—Bien, Lizzy —dijo Stockdale cuando el rechinar de las ruedas se hubo casi apagado—, éste es el final adecuado a su aventura. Le estoy francamente agradecido a Dios por el hecho de que haya salido de esto sin que se sospeche de usted y con la sola pérdida del licor. ¿Quiere usted tomar asiento ahora? Me gustaría hablar con usted seriamente.

—Luego —dijo ella—. Ahora tengo que salir

—No. ¿Otra vez a esa horrible playa? —dijo él empalideciendo.

—No, no voy allí. Solo voy a ver cómo acaba todo.

Él no respondió, y ella se fue yendo lentamente hacia la puerta, como si estuviera aguardando a que él dijera algo más.

—No se ofrece usted a venir conmigo —añadió Lizzy por fin—. ¡Supongo que

porque después de todo esto me detesta!

—¿Cómo puede usted decir eso, Lizzy, cuando sabe que lo único que deseo es apartarla de esa clase de actividades? ¡Ir con usted! Por supuesto que iré, aunque solo sea para cuidarla. Pero ¿para qué va a salir otra vez?

—Porque no puedo permanecer en casa. Algo está sucediendo y tengo que saber qué es. ¡Vámonos! —Y los dos salieron a la oscuridad juntos.

Al llegar al camino real ella torció a la derecha, y Stockdale pronto se dio cuenta de que estaban siguiendo la ruta que habían tomado los carabineros y su carga. Él le había dado el brazo a Lizzy, y ella, de vez en cuando, lo retiraba de repente para indicarle que se tenían que parar a escuchar. Habían andado bastante rápido durante los primeros cuatrocientos metros, y la segunda o tercera vez que se detuvieron para escuchar ella dijo:

—Los oigo ahí delante. ¿Usted no?

—Sí —contestó él—, oigo las ruedas. Pero ¿qué importancia tiene eso?

—Solo quiero saber si logran salir de la comarca sin que les pase nada.

—Ah —dijo Stockdale, al tiempo que se hacía una luz en su mente—. ¡Van a intentar algo a la desesperada! Y, ahora que me acuerdo, no había ni un solo hombre en la aldea cuando salimos de allí.

—¡Escuche! —susurró ella.

El ruido de las ruedas de los carros había cesado y ahora se oían sonidos de otra clase.

—¡Es una refriega! —exclamó Stockdale—. ¡Habrá muertos! Lizzy, suélteme del brazo, voy a ir allá. ¡Mi conciencia me impide quedarme aquí sin hacer nada!

—No habrá ningún muerto, ni tan siquiera una cabeza rota —dijo ella—. Los nuestros son cuarenta y ellos solo cuatro; nadie sufrirá ningún daño.

—Pero ¡entonces el ataque existe! —gritó Stockdale—. ¡Y usted sabía que lo iba a haber! ¿Por qué está usted de parte de unos hombres que infringen la ley de este modo?

—¿Por qué está usted de parte de unos hombres que quitan a los comerciantes rurales lo que honradamente han comprado en Francia con su propio dinero?

—No lo pueden comprar honradamente —dijo él.

—Sí lo hacen —le contradijo ella—. El señor Owlett y yo, y los demás, pagamos treinta chelines por cada tonel antes de que sean embarcados en Cherbourg y, si un rey que para nosotros no significa nada envía a su gente para robarnos lo que nos pertenece, ¡entonces nosotros tenemos derecho a volvérselo a robar a ellos!

Stockdale no se quedó a discutir el asunto por más tiempo, sino que se encaminó rápidamente hacia el lugar de donde procedía el ruido, y Lizzy le siguió.

—No irá a intervenir, ¿verdad, querido Richard? —dijo ella con ansiedad cuando ya estaban cerca—. No vayamos más allá: es en el cruce de Warm’ell donde los han asaltado. Usted no puede hacer nada, y en cambio se puede encontrar con un buen golpe.

—Vamos a ver primero qué es lo que está pasando —dijo el pastor.

Pero antes de que hubieran dado un paso más volvieron a oír el ruido de las ruedas de los carros, y Stockdale, al instante, advirtió que esta vez venían en su dirección. Un minuto después los tres carros aparecieron, y Stockdale y Lizzy se metieron en la cuneta para dejarlos pasar.

En vez de ir conducidos por cuatro hombres, como había sucedido al salir de la aldea, los caballos y los carros iban ahora acompañados por un contingente de entre veinte y treinta individuos, todos los cuales, como Stockdale observó con estupefacción, llevaban la cara ennegrecida. Entre ellos había seis u ocho figuras femeninas, que Stockdale adivinó, por sus grandes zancadas, como hombres disfrazados. En cuanto la partida divisó a Lizzy y a su acompañante cuatro o cinco se quedaron rezagados y, cuando los carros hubieron pasado, se acercaron a la pareja.

—No se puede andar por aquí de momento —dijo una de las espigadas mujeres, a la que rizos de treinta centímetros de largo, a la usanza de la época, colgaban a ambos lados de la cara. Stockdale reconoció, en la voz de aquella dama, la de Owlett, el molinero.

—¿Por qué no? —dijo—. Ésta es una vía pública.

—Mire, jovenzuelo… —dijo Owlett—. ¡Oh, pero si es el párroco metodista! ¡Cómo, y la señora Newberry! Bueno, será mejor que no vayan por ahí, ¿eh, Lizzy? Los hemos puesto en fuga y hemos recuperado lo que nos pertenecía.

Y, después de decir esto, el molinero echó a correr y alcanzó a sus camaradas. Stockdale y Lizzy se dispusieron a regresar también.

—Ojalá no nos hubieran obligado a hacer esto —dijo ella con pesar—. Pero si esos carabineros llegan a llevarse los toneles media parroquia hubiera pasado hambre durante los dos próximos meses.

Stockdale no estaba prestando mucha atención a las palabras de Lizzy, y dijo:

—Creo que no puedo volver así como así. Por todo lo que he escuchado, esos cuatro pobres carabineros pueden haber sido asesinados.

—¡Asesinados! —dijo Lizzy impacientándose—. Nosotros no asesinamos a nadie.

—Bueno, iré hasta el cruce de Warm’ell a ver qué ha pasado —dijo el joven pastor con decisión; y, sin desearle a Lizzy que llegara a casa sana y salva ni nada por el estilo, Stockdale volvió atrás. Lizzy se quedó mirándole hasta que las sombras envolvieron su figura, y entonces, invadida por la tristeza, se encaminó hacia Nether-Moynton.

La carretera era solitaria, y en aquella época del año —y de noche— podían transcurrir varias horas sin que nadie pasara por allí. Stockdale prosiguió la marcha sin oír más sonido que el de sus propios pasos, y, a su debido tiempo, se encontró bajo los árboles de la plantación que rodeaban la encrucijada de Warm’ell. Antes de llegar al punto de intersección oyó unas voces procedentes de la espesura.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Socorro! ¡Auxilio!

Las voces no eran ni lánguidas ni desesperadas, pero tenían el tono inequívoco de la ansiedad. Stockdale no llevaba armas, de modo que, antes de adentrarse en la plantación, cogió una estaca de una valla para utilizarla en caso de necesidad. Cuando estuvo ya entre los árboles gritó:

—¿Qué sucede? ¿Dónde están ustedes?

—Aquí —contestaron las voces. Y Stockdale, abriéndose paso entre las zarzas, se llegó hasta muy cerca de donde estaban los hombres que andaba buscando.

—¿Por qué no vienen ustedes hasta aquí? —dijo.

—¡Estamos atados a los árboles!

—¿Quiénes son ustedes?

—¡El pobre de Will Latimer, el oficial de aduanas! —respondió una voz quejumbrosa—. Venga a cortar estas cuerdas, buen hombre. Temíamos que nadie pasara por aquí esta noche.

Stockdale los desató inmediatamente, y los oficiales pudieron estirar las piernas y desentumecerse.

—¡Los muy canallas! —dijo Latimer, enfureciéndose repentinamente; había parecido muy sumiso al principio, cuando Stockdale llegó—. Eran los mismos tipos. Estoy seguro de que era gente de Moynton, hasta el último hombre.

—Pero no podríamos jurarlo —dijo otro carabinero—. Ninguno abrió la boca.

—¿Qué piensan hacer? —dijo Stockdale.

—Yo estoy dispuesto a volver a Moynton y apoderarnos otra vez de los toneles —dijo Latimer.

—Nosotros también —dijeron sus camaradas.

—¡Lucharemos hasta la muerte! —exclamó Latimer.

—¡Sí! ¡Hasta la muerte! —respondieron sus hombres.

—Pero —dijo Latimer, ya con más frialdad, cuando hubieron salido de la plantación— no tenemos la certeza de que aquellos tipos de las caras negras fuesen hombres de Moynton, ¿verdad? Y probarlo es muy difícil.

—Sí —dijeron los otros.

—Y, por consiguiente, será mejor que no hagamos nada en absoluto —añadió Latimer, ya sin el menor apasionamiento—. Por mi parte, preferiría estar en su lugar. Las marcas de las cuerdas que nos pusieron aquellas dos mujeronas me duelen como si me estuvieran ardiendo los brazos. Mi opinión es, ahora que he tenido tiempo para pensar en ello, que puedes pagar un precio demasiado alto por servir al gobierno. No he tenido ni un solo momento de reposo durante las últimas cuarenta y ocho horas y, si Dios no tiene inconveniente, voto por que volvamos a casa.

Los otros oficiales apoyaron con entusiasmo la moción, y, tras darle las gracias a Stockdale por su oportuna ayuda, se despidieron de él en el cruce y se fueron por la carretera que iba hacia el oeste. Stockdale se dispuso a regresar a Nether-Moynton.

Mientras duró el paseo el pastor estuvo ensimismado, y sus pensamientos eran de lo más sombrío que se pueda imaginar. Al llegar a casa —y antes de pasar por sus

propios aposentos— se acercó a la puerta del saloncito posterior, donde Lizzy solía sentarse a charlar con su madre. El pastor la encontró allí, sola. Avanzó hacia ella y, como si fuera el personaje de un sueño, posó su mirada sobre la mesa que había entre él y la joven; ella tenía todavía puestos la capa y el sombrero. Como Stockdale no decía nada, Lizzy levantó la mirada de la silla en que estaba sentada y le observó con cierto recelo.

—¿Adónde se han ido? —dijo entonces él, con indiferencia.

—¿Quiénes?… No lo sé. No los he vuelto a ver. Vine aquí directamente.

—Si sus hombres se las ingenian para deshacerse de esos toneles usted sacará bastantes beneficios, supongo.

—Una parte será para mí, otra para mi primo Owlett, otra para cada uno de los dos granjeros, y otra más se repartirá entre los hombres que nos han ayudado.

—Y usted todavía tiene la intención —prosiguió él lentamente— de no dejar este negocio, ¿verdad?

Lizzy se levantó y puso una mano en el hombro de Stockdale.

—No me pida usted eso —susurró—. No sabe usted lo que me está pidiendo. Tengo que decírselo, aunque no quería hacerlo: lo que saco de este comercio es todo lo que tengo para mantenernos a mi madre y a mí.

Stockdale se quedó atónito.

—No tenía la menor idea —dijo—. Pero yo, de haber sido usted, hubiera preferido trabajar en las calles como un obrero. ¿Qué es el dinero comparado con una conciencia tranquila?

—Yo tengo la conciencia tranquila. Conozco a mi madre, y en cambio nunca he visto al rey. Sus deudas no significan nada para mí. En cambio, que mi madre y yo podamos vivir es algo de gran importancia para mí.

—Cásese conmigo y prométame que lo dejará. Yo mantendré a su madre.

—Es usted muy bueno —dijo Lizzy un poco emocionada—. Déjeme pensar en ello. Preferiría no contestarle ahora mismo.

Ella se guardó la contestación hasta el día siguiente, y entonces fue a la habitación de Stockdale con una expresión solemne en el rostro.

—¡No puedo hacer lo que usted desea! —dijo apasionadamente—. Es pedir demasiado. Llevo viviendo así toda mi vida.

Sus palabras y sus maneras revelaban que antes de entrar había estado luchando a solas consigo misma y que la pugna había sido muy reñida.

Stockdale empalideció, pero habló con sosiego.

—Entonces, Lizzy, debemos decirnos adiós. No puedo ir, en este asunto, en contra de mis principios, y tampoco puedo hacer de mi profesión una farsa. Usted sabe cómo la quiero y de lo que sería capaz por usted; pero esto, precisamente, no puedo hacerlo.

—Pero ¿por qué ha de pertenecer a esa profesión? —estalló ella—. Yo tengo esta enorme casa; ¿por qué no puede casarse conmigo, vivir aquí con nosotras y dejar de

ser un predicador metodista? ¡Oh, Richard, se lo aseguro, no hacemos ningún daño, y solo desearía que pudiera verlo de la misma forma que yo lo veo! Solo lo hacemos en invierno; nunca en verano. Nos anima la monótona vida de esta época del año y le da emoción. Estoy ya tan acostumbrada que casi no sabría qué hacer si me faltara. Por las noches, cuando el viento sopla, en vez de aburrirte estúpidamente, sin siquiera enterarte de si el viento sopla o no, tu mente está fuera, en los campos, aun cuando tú no lo estés; y te estás preguntando cómo les irá a los muchachos; y paseas de un lado a otro de la habitación, y miras por la ventana, y entonces sales también, y te conoces el camino tan bien de noche como de día, y escapas por los pelos del viejo Latimer y sus secuaces, que son demasiado estúpidos para que alguna vez nos atemoricen realmente y que solo sirven para hacernos llevar los ojos un poco más abiertos.

—Sin embargo, anoche los atemorizó un poco: Lizzy, le aconsejo que deje todo esto antes de que la cosa empeore.

Ella negó con la cabeza.

—No, debo seguir como he empezado. Nací para eso. Es algo que está en mi sangre y que no se puede curar. ¡Oh, Richard, no puede imaginarse qué difícil es lo que me ha pedido! ¡No sabe de qué manera tan cruel me pone a prueba al obligarme a escoger entre esto y mi amor por usted!

Stockdale había apoyado los codos en la repisa de la chimenea y se tapaba los ojos con las manos.

—Nunca debimos habernos conocido, Lizzy —dijo—. ¡Aquél fue un día fatal para nosotros! Poco podía imaginarme que nuestro noviazgo iba a ser algo tan desesperado e imposible. Bueno, ahora ya es demasiado tarde para lamentarlo. Al menos he tenido la felicidad de verla y de conocerla.

—Usted está en desacuerdo con la Iglesia, y yo estoy en desacuerdo con el Estado —dijo ella—. No sé por qué no hemos de hacer buena pareja.

Él sonrió con tristeza y Lizzy permaneció con la mirada baja: las lágrimas de sus ojos empezaban a desbordarse.

Aquélla fue una triste noche para ambos, y los días que siguieron fueron tristes también. Lizzy y Stockdale iban mecánicamente a sus ocupaciones, y varios feligreses de la secta del pastor —los que tuvieron contacto con él durante aquellos días— señalaron en la aldea su estado de depresión. Pero no se sospechaba que Lizzy, que se pasaba el día encerrada en casa, fuera la causa: pues la opinión general era que entre ella y su primo Owlett existía un tácito compromiso matrimonial desde hacía bastante tiempo.

Así transcurrió —con incertidumbre— la semana; hasta que una mañana Stockdale le dijo a Lizzy:

—He recibido una carta, Lizzy. Debo tutearte hasta que me vaya.

—¿Hasta que te vayas? —dijo ella, empalideciendo.

—Sí —dijo él—. Me voy de este lugar. Pensé que sería mejor para los dos que no me quedara después de lo que ha pasado. De hecho, no podía permanecer aquí,

viéndote día tras día, sin debilitarme y vacilar en mi carrera. Acabo de enterarme de que se ha podido arreglar que el otro pastor llegue aquí dentro de una semana, más o menos; entonces yo podré irme a cualquier otro lugar.

El hecho de que él hubiera permanecido tan inamovible en su resolución durante todo aquel tiempo representó para Lizzy una dolorosa sorpresa.

—¡Nunca me quisiste! —dijo con amargura.

—Yo podría decir lo mismo —contestó él—, pero no lo haré. Concédeme un favor, Lizzy: me gustaría que fueras a escuchar mi último sermón la víspera de mi marcha.

Lizzy, que iba a la iglesia los domingos por la mañana, acudía con frecuencia a la capilla de Stockdale por la tarde, con el resto de los indecisos, y se lo prometió.

Empezó a saberse que Stockdale iba a marcharse, y muchas personas que no eran de su secta lo lamentaron. Los días que faltaban para su partida volaron rápidamente, y la tarde del domingo que precedía a la fecha fijada para su marcha Lizzy fue a la capilla para oírle hablar por última vez. El pequeño edificio estaba lleno a rebosar, y Stockdale atacó el tema que todos habían esperado: el del tráfico de contrabando, tan ampliamente practicado por ellos. La audiencia, al proyectar las palabras de Stockdale en sus propios corazones, no advirtió que iban dirigidas, más en particular, a Lizzy; hasta que el sermón se hizo más y más acalorado y Stockdale, alterado por la emoción, estuvo a punto de perder el control y echarse a llorar. En verdad, su propia gravedad y los ojos de Lizzy mirándole desde abajo con tristeza fueron demasiado para la ecuanimidad del joven. Apenas si se enteró de cómo había terminado. Vio a Lizzy, como en una nube, volverse y salir con el resto de la congregación; y un poco después él la siguió hasta casa.

Ella le invitó a cenar, y los dos se sentaron solos a la mesa, pues la madre de Lizzy, como solía hacer los domingos, se había acostado temprano.

—Nos separaremos amigos, ¿verdad? —dijo Lizzy con alegría forzada y sin hacer ninguna alusión al sermón en toda la velada: reticencia que a Stockdale más bien decepcionó.

—Sí —dijo a su vez sonriendo forzadamente, y se sentaron a la mesa.

Era la primera comida que compartían, y probablemente sería también la última. Cuando acabaron, y la conversación banal no pudo ya dar más de sí, él se puso en pie y la cogió de la mano.

—Lizzy —dijo—, ¿eres tú quien dice que tenemos que separarnos? ¿Eres tú quien lo dice?

—Lo dices tú —respondió ella con solemnidad—. Yo ya no puedo decir más.

—Yo tampoco —dijo él—. Si ésa es tu respuesta, ¡adiós!

Stockdale se inclinó y la besó, y ella, involuntariamente, le devolvió el beso.

—Me iré temprano —dijo él apresuradamente—. No volveré a verte.

Y se fue temprano. Le pareció ver, al salir a la luz gris de la mañana para subir al carromato que iba a llevarle, una cara entre los semiabiertos visillos de la ventana de

Lizzy, pero la luz era muy tenue y los cristales mojados lanzaron destellos y reflejos; no pudo estar seguro. Stockdale montó en el vehículo y desapareció, y al domingo siguiente el nuevo pastor ya predicó en la capilla de los wesleyanos de Nether-Moynton.

Un día, dos años después de la separación, Stockdale, por entonces establecido en una ciudad del interior, llegó en carromato, a la antigua usanza, a Nether-Moynton. Aquella tarde, en medio del continuo traqueteo del carro, le había estado haciendo al cochero algunas preguntas, y las respuestas que éste le había dado habían interesado profundamente al pastor. Tales respuestas tuvieron como resultado que Stockdale, al llegar, se dirigiera sin la menor vacilación a su antiguo lugar de residencia. Eran alrededor de las seis de la tarde, y la época del año era la misma que cuando se había marchado; ahora también el suelo estaba mojado y lanzaba destellos, al oeste refulgía y las campanillas blancas de Lizzy mantenían la cabeza erguida en el arriate de la pared.

Lizzy debió de verle desde la ventana, porque cuando llegó a la puerta ella ya estaba allí, sosteniéndola abierta; y entonces, como si no hubiera considerado lo suficiente el efecto que su salida podría producir, dio unos pasos hacia atrás mientras decía con cierto embarazo:

—¡Señor Stockdale!

—Sabía que era yo, ¿no? —dijo Stockdale cogiéndola de la mano—. Le escribí para decirle que pensaba hacerle una visita.

—Sí, pero no decía usted cuándo.

—No lo hice porque no sabía con absoluta certeza en qué fechas iban a traerme mis negocios a esta zona.

—¿Solo ha venido porque sus negocios le traían por aquí?

—Bueno, el hecho es ése, pero muchas veces he pensado en venir con el único propósito de verla a usted… Pero ¿qué me dice de todo lo que ha pasado? Ya le dije lo que iba a suceder, pero usted no quiso hacerme caso.

—No, no quise —dijo ella con tristeza—. Pero yo me había educado para esa vida; y aquello era una segunda naturaleza para mí. Pero ahora todo ha terminado. Los oficiales perciben grandes cantidades de dinero por atrapar a un hombre, vivo o muerto, y el tráfico se ha quedado en nada. Nos cazaron como a ratas.

—He oído decir que Owlett se ha marchado para siempre.

—Sí. Está en América. Hubo una lucha feroz aquella última vez, cuando trataron de capturarlo. Es un verdadero milagro que pudiera salir con vida; y es asombroso que no me mataran a mí. Me dieron en una mano. No fue intencionadamente, el tiro en realidad era para mi primo, pero yo estaba detrás, vigilando, como de costumbre, y la bala me alcanzó. La herida sangraba terriblemente, pero llegué hasta casa sin desmayarme, y al cabo de cierto tiempo se curó. ¿Sabe usted cómo sufrió Owlett?

—No —dijo Stockdale—. Solo he oído que escapó con vida por los pelos.

—Le dieron en la espalda, pero una costilla desvió el proyectil. Estuvo muy

malherido. Nosotros no íbamos a dejar que lo apresaran, de modo que los hombres cargaron con él durante toda una noche hasta llegar a Kingsbere, y le escondieron en un granero. Le vendaron la herida como pudieron y cuidaron de él hasta que estuvo lo suficientemente recuperado para levantarse y andar por sí solo. Pero entonces lo apresaron, y le juzgaron con los demás en los tribunales; sin embargo, todos lograron escapar con bien. Hacía ya algún tiempo que había dejado el molino, y finalmente se marchó a Bristol, y allí sacó un pasaje y se fue a América, donde está establecido ahora.

—Y usted, ¿qué piensa ahora del contrabando? —dijo el pastor con seriedad.

—Admito que estábamos equivocados —respondió ella—. Pero ya he pagado por ello. Ahora soy muy pobre, y mi madre murió hace un año… Pero ¿no quiere usted pasar, señor Stockdale?

Stockdale pasó, y es de suponer que llegaron a un entendimiento, pues dos semanas después los muebles de Lizzy fueron vendidos, y unos días más tarde se celebró la boda en una capilla de un pueblo vecino.

Él la sacó de su antigua morada para llevársela al hogar que se había construido en su condado natal, y allí ella se dedicó a estudiar las obligaciones propias de la esposa de un pastor con una aplicación digna de encomio. Se dice que años más tarde Lizzy escribió un excelente folleto titulado *Dad al César, o Los aldeanos arrepentidos*, en el que, anónimamente, hacía uso de sus propias experiencias a manera de introducción. Stockdale lo llevó a imprimir después de hacer algunas correcciones y añadir unas cuantas y vigorosas sentencias de su propia cosecha, y la pareja distribuyó muchos cientos de ejemplares a lo largo de su vida matrimonial.

Abril de 1879

NOTA. El final de este relato, con la boda de Lizzy y el pastor, era, en la época en que fue escrito, casi *de rigueur* para que la obra pudiera ser publicada en una revista inglesa. Pero en la actualidad, treinta años después, sería oportuno ofrecer el final que el escritor hubiera preferido en vez de hacer uso de la convención antes citada. Este otro final, además, sería más fiel a los hechos reales en los que el cuento, de una forma vaga y vacilante, está inspirado. De hecho, Lizzy no se casó con el pastor, sino que prefirió a Jim, el contrabandista —lo cual dice mucho a su favor, según la opinión del autor—, y emigró después de casarse con él. Esta decisión de expatriarse era casi obligada para Owlett, a causa de sus aventureros antecedentes. Los dos murieron en Wisconsin entre 1850 y 1860. (Mayo de 1912.)

Un grupo de nobles damas (1891)

Prefacio

Los linajes de las familias de nuestro condado, representados en diagramas en las páginas de los libros que cuentan historias de esta región, parecen a primera vista tener tan poca vida como una tabla de logaritmos. Pero basta con una pequeña pista, un levísimo indicio de lo que sucedía entre bambalinas, para que la capa de polvo que los cubre se transforme en palpitante drama. Además, un cotejo riguroso de las fechas —las de nacimiento con las de matrimonio, las de matrimonio con las de defunción, las de un matrimonio, un nacimiento o una defunción con un matrimonio, un nacimiento o una defunción similares— suele producir la misma transformación, y cualquiera que esté acostumbrado a evocar imágenes a partir de estas genealogías se sorprenderá encajando inconscientemente en el cuadro los motivos, las pasiones y las cualidades individuales que parecen constituir la única explicación posible de las extraordinarias coincidencias de fechas, eventos y personajes que a veces caracterizan estas reticentes crónicas de familia.

La mayoría de las historias que se refieren a continuación han surgido y cobrado forma a partir de estas genealogías.

Quisiera aprovechar la ocasión que me brinda este prefacio para expresar mi reconocimiento y simpatía por algunas nobles damas de carne y hueso, rebosantes de vida y energía, que desde hará unos seis o siete años, cuando estos relatos se publicaron por entregas, me han aportado interesantes comentarios y han manifestado sus conjeturas al respecto de ciertas narraciones en las que detectan alguna relación con sus propias familias, residencias o tradiciones. Sus observaciones han demostrado una falta de prejuicios verdaderamente filosófica en el análisis de determinados incidentes cuya descripción ha tendido claramente a dramatizar antes que a ensalzar a sus antepasados. Temo que los esbozos no menos singulares de sucesos acaecidos a sus familias, que estas damas me han proporcionado para que yo componga con ellos un segundo *Grupo de nobles damas,* no lleguen a verse plasmados por mí en una página impresa, si bien es mi intención conservarlos como recuerdo de la buena voluntad de mis confidentes.

Estos relatos se recogieron y publicaron tal como aquí se presentan en 1891.

T. H.

Junio de 1896

Primera parte. Antes de la cena

Dama primera: primera condesa de Wessex, por el historiador local

King's-Hintock Court (dijo el orador, consultando sus notas) es, como todos sabemos, una de las mansiones más imponentes de las que dominan nuestro hermoso Blackmoor o Blakemore Vale. En la ocasión particular que me dispongo a referir se alzaba este edificio, como siempre, en el silencio perfecto de una noche serena y clara, iluminada únicamente por el frío fulgor de las estrellas. Sucedió un invierno de hace mucho tiempo, cuando el siglo xviii apenas había pasado de su primer tercio. Norte, sur y oeste, todas las ventanas cerradas, todas las cortinas corridas; solo una ventana del flanco este de la planta superior estaba abierta y una muchacha de unos doce o trece años se encontraba inclinada sobre el alféizar. Bastaba verla para comprender que no se había asomado a contemplar el paisaje, pues se cubría los ojos con las manos.

Se hallaba la muchacha en la última de una serie de habitaciones, a las que solo se accedía a través de un amplio dormitorio anexo. Llegaban de esta estancia las voces de una disputa, mientras el resto de la mansión se sumía en el silencio. Para no oír aquellas voces la muchacha había salido de la cama, se había cubierto con un manto y se había asomado a respirar el aire de la noche.

No podía, por más que lo intentaba, eludir la conversación. Se oían las palabras cargadas de dolor; la frase que una voz masculina, la de su padre, repetía sin cesar.

—¡Te digo que no se sellará ese compromiso matrimonial! ¡No se sellará! ¡Es una niña!

La muchacha sabía que era ella la causa de la riña. Una impasible voz femenina, la de su madre, replicó:

—Tranquilízate y procura ser sensato. Él está dispuesto a esperar cinco o seis años para la boda, y no hay hombre que pueda comparársele en todo el condado.

—¡No lo permitiré! Tiene más de treinta años. Es una perversidad.

—Solo tiene treinta y no existe hombre mejor en el mundo; es la pareja perfecta para ella.

—¡Es pobre!

—Pero su padre y sus hermanos mayores son muy respetados en la corte. Nadie pasa más tiempo en palacio. Y con nuestra fortuna, ¿quién sabe? Tal vez consiguiera un título de barón.

—¡Creo que la que está enamorada de él eres tú!

—¡Cómo te atreves a insultarme de ese modo, Thomas! ¿No te parece monstruoso hablar de perversidad cuando tú tienes un plan similar? Lo tienes. Algún gañán de tu elección, algún insignificante caballero de los que viven cerca de ese estrafalario rincón tuyo, Falls-Park, alguno de los hijos de tus compañeros de taberna.

Estalló el marido en imprecaciones en lugar de ofrecer nuevos argumentos. En cuanto le fue posible pronunciar una frase coherente, dijo:

—Presumes y avasallas, señora, porque eres la única heredera de todo esto. Estás

en tu casa; estás en tus tierras. Pero permíteme decirte que si me instalé yo aquí, en lugar de llevarte conmigo, fue tan solo por comodidad. ¡Qué diablos! ¡No soy ningún mendigo! ¿No tengo también yo mis tierras? ¿No es mi avenida tan larga como la tuya? ¿No son mis hayedos tan buenos como tus robledales? Bien contento y bien tranquilo habría vivido yo en mi casa y en mis tierras si no me hubieras apartado de ellas con esos aires y esas gentilezas tuyas. A fe mía que vuelvo allá. ¡No seguiré contigo por más tiempo! ¡De no haber sido por nuestra Betty hace mucho que me habría marchado!

No hubo más palabras a continuación, pero, al oír que una puerta se abría y se cerraba en el piso de abajo, la muchacha se asomó de nuevo a la ventana. Resonaron pisadas en la gravilla de la avenida y una figura enfundada en un gris apagado, en la que sin dificultad reconoció a su padre, se alejó de la casa. Tomó el camino de la izquierda, y la muchacha lo vio empequeñecerse mientras se perdía por la larga fachada oriental, hasta que dobló la esquina y desapareció. Seguramente iba a los establos.

Cerró la ventana y se acurrucó en la cama, donde lloró hasta quedarse dormida. Aquella niña, su única hija, Betty, amada con ambición por su madre y con incalculada pasión por su padre, a menudo sufría a causa de incidentes similares, pero era demasiado joven para que le preocupase en exceso, por su propio bien, que su madre la prometiese o no con el caballero en cuestión.

No era la primera vez que el hidalgo abandonaba la casa de esta manera, asegurando que jamás volvería, y siempre aparecía a la mañana siguiente. Esta vez, sin embargo, no iba a ser así. Al día siguiente se le comunicó a Betty que su padre había salido a caballo a primera hora de la mañana a su finca de Falls-Park, donde debía resolver algunos asuntos con su administrador, y no regresaría hasta pasados unos días.

Falls-Park se encontraba a unos treinta kilómetros de King’s-Hintock Court y era a todas luces una residencia más modesta en una finca más modesta. Sin embargo, al verla esa mañana de febrero, el hidalgo Dornell pensó que había sido un idiota por marcharse de allí, aunque hubiera sido por la mayor heredera de Wessex. Su fachada de estilo paladiano, de la época de Carlos I, ostentaba por su simetría una dignidad que la heterogénea y enorme mansión de su mujer, con sus muchos tejados, no podía eclipsar. Se hallaba el ánimo del hidalgo afectado, y la penumbra que el frondoso bosque proyectaba sobre la escena no contribuía a aliviar el abatimiento de aquel hombre rubicundo, de cuarenta y ocho años, que montaba con fatiga su caballo castrado. La niña, su querida Betty; ésa era la causa de su tribulación. Era infeliz cerca de su mujer y era infeliz lejos de su hija; y era éste un dilema de difícil solución. Se entregaba por ello con prodigalidad a los placeres de la mesa, había llegado a convertirse en bebedor de tres botellas diarias y resultaba en la estimación de su mujer cada vez más difícil presentarlo ante sus refinados amigos de la ciudad.

Lo recibieron los dos o tres criados viejos que se ocupaban del solitario lugar,

donde solo unas pocas habitaciones estaban habilitadas para el uso del hidalgo y sus amigos, que participaban en las partidas de caza; a lo largo de la mañana llegó de King’s-Hintock su fiel servidor, Tupcombe, y el hidalgo se sintió mucho más cómodo. Pasados uno o dos días en soledad empezó a pensar que había sido un error instalarse en sus tierras. Al marcharse de King’s-Hintock con tanto encono había echado a perder su mejor baza para contrarrestar la absurda idea de su mujer de otorgar la mano de su pobre Betty a un hombre al que apenas había visto. Tendría que haberse quedado para protegerla de un trato tan repugnante. Casi le parecía una desgracia que la muchacha fuese a heredar tanta riqueza. Eso la convertía en blanco de todos los aventureros del reino. ¡Cuánto mejores habrían sido sus perspectivas de felicidad si hubiera sido tan solo la heredera de una sencilla propiedad como Falls!

Su mujer estaba sin duda en lo cierto cuando insinuó que él tenía sus propios planes para la hija. El hijo de un difunto amigo muy querido, que vivía a dos kilómetros de donde el hidalgo se encontraba en ese momento, un joven un par de años mayor que su hija, era en opinión del padre la única persona en el mundo capaz de hacerla feliz. Pese a todo, en ningún momento se le pasó por la cabeza comunicar sus proyectos a ninguno de los dos jóvenes, con una precipitación tan indecente como la que había mostrado su mujer; no pensaba decir nada hasta pasados unos años. Los jóvenes ya se habían visto, y el hidalgo creyó detectar en el muchacho una ternura muy prometedora. Era grande la tentación de seguir el ejemplo de su mujer y anticipar la futura unión convocando allí a la pareja. La muchacha, aunque casadera según las costumbres de la época, era demasiado joven para enamorarse, pero el chico tenía ya quince años y manifestaba cierto interés por ella.

Mucho mejor que vigilarla en King’s-Hintock, donde por fuerza se hallaba demasiado influida por la madre, sería traer a la chica a Falls por algún tiempo, bajo su tutela exclusiva. Pero ¿cómo lograrlo sin recurrir a la fuerza? La única posibilidad era que su mujer, por mor de las apariencias, consintiera, como ya había hecho en otras ocasiones, que Betty fuera a visitar a su padre, en cuyo caso él hallaría el modo de retenerla hasta que Reynard, el pretendiente a quien su mujer deseaba favorecer, hubiese partido al extranjero, como se esperaba que hiciera la semana siguiente. El hidalgo Dornell resolvió regresar a King’s-Hintock con esta intención. En el supuesto de recibir una negativa, estaba prácticamente resuelto a coger a Betty y llevársela de allí.

El viaje de vuelta, a despecho de sus vagas y quijotescas intenciones, lo realizó con ánimo mucho más ligero. Vería a Betty y conversaría con ella, y ya se vería después en qué quedaba su plan.

De este modo recorrió el llano que se extiende entre las colinas que circundan Falls-Park y aquellas que delimitan la población de Ivell, cruzó al trote este municipio y salió al camino de King’s-Hintock, para, una vez pasado el pueblo, tomar la larga avenida que conducía a la mansión a través de la finca. Por tratarse de un paseo abierto, el hidalgo discernía sin dificultad la fachada norte y la puerta de la

mansión a gran distancia y él mismo era visible desde las ventanas de ese lado, razón por la cual confió en que Betty acaso lo viera llegar, como hacía a veces a su regreso de un viaje, y corriese a la puerta o lo saludara con su pañuelo.

Pero nada de esto ocurrió. Preguntó por su mujer en cuanto puso pie en tierra.

—La señora ha salido. Ha tenido que ir a Londres, señor.

—¿Y la señorita Betty? —inquirió el hidalgo un tanto confundido.

—También se ha marchado, señor, por cambiar de aires. La señora ha dejado una carta para usted.

La nota nada explicaba; se limitaba a comunicar que partía para Londres por asuntos propios y que se llevaba con ella a la niña para que disfrutara de unas vacaciones. Incluía el escrito unas palabras de Betty al mismo efecto, redactadas indiscutiblemente en un estado de júbilo ante la perspectiva del viaje. El señor Dornell murmuró algunos improperios y se rindió a su decepción. Su mujer no decía cuánto tiempo pensaba quedarse en la ciudad, aunque ciertas pesquisas le permitieron averiguar que había cargado el coche con equipaje suficiente para una estancia de dos o tres semanas.

En tales circunstancias King's-Hintock Court resultaba tan lúgubre como Falls-Park. Últimamente había perdido todo interés por la caza y apenas había asistido a una sola partida en toda la temporada. Leyó y releyó los garabatos de Betty y reunió otras notas similares de su hija, como si éste fuera el único placer que le quedase. Que de verdad estaban en Londres lo supo al cabo de unos días, por otra carta de la señora Dornell, en la que le decía que confiaba en estar de vuelta en el plazo de una semana y que no tenía la menor idea de que fuese él a regresar tan pronto a King's-Hintock, pues de haberlo sabido no se habría marchado sin avisarle.

Dornell se preguntó si, a la ida o a la vuelta, su mujer tendría intención de visitar a Reynard en Melchester, ciudad por la que había de pasar en su camino. Era posible que la madre se propusiera afianzar su proyecto, y a Dornell le embargó la sensación de que el suyo iba perdiendo la partida.

No sabía cómo distraerse, hasta que se le ocurrió invitar a algunos amigos a cenar para librarse de aquella pesadumbre y ahogar sus preocupaciones en vino y en grog. Pensar en el jolgorio y organizarlo fue todo uno. La mayoría de los invitados eran terratenientes vecinos, todos ellos de condición inferior a la suya y aficionados a la caza. Acudirían también el médico de Evershead y otros hombres por el estilo, algunos jóvenes y muy animados, cuya presencia su mujer no hubiera aprobado si se encontrase allí. «¡Cuando el gato se marcha…!», dijo Dornell.

Llegaron los invitados, y algo revelaba en su actitud que se proponían pasarlo en grande. Baxby, de Sherton Castle, se retrasó y tuvieron que esperarlo un cuarto de hora. Era uno de los amigos más alegres de Dornell, sin cuya presencia ninguna cena se consideraba completa y en cuya presencia, cabría añadir, ninguna cena en la que participaran personas de ambos sexos podía desarrollarse con estricto decoro. Acababa de regresar de Londres, y Dornell estaba ansioso de hablar con él, por

ninguna razón en particular; acaso porque venía de respirar el mismo aire que Betty.

Oyeron finalmente que Baxby llegaba a la puerta, y el anfitrión y los invitados pasaron al comedor. Al momento los alcanzaba Baxby presuroso, disculpándose por la tardanza.

—Llegué anoche mismo —dijo— y lo cierto es que he tenido más trabajo del que podía permitirme. —Se volvió a Dornell y añadió—: Bueno, Dornell, parece que ese astuto Reynard te ha robado a tu ovejita. ¡Ja, ja!

—¿Cómo dices? —inquirió Dornell con expresión ausente desde el otro lado de la mesa, en torno a la cual estaban todos en pie; el frío sol de marzo iluminaba su rostro amplio y pulcramente afeitado.

—Seguro que a estas alturas ya lo sabe todo el mundo. ¿No has recibido una carta? Que Stephen Reynard se ha casado con tu hija. Sí, como que estoy vivo. Ha sido un arreglo muy minucioso; se separaron de inmediato y no podrán verse hasta pasados cinco o seis años. ¡Por Dios, tienes que saberlo!

Un golpe en el suelo fue la única respuesta de Dornell. Al punto se volvieron todos. El anfitrión se había desplomado como un fardo y yacía inmóvil sobre la tarima de roble.

Los que estaban más cerca se acercaron rápidamente y la confusión se apoderó de todos. Comprobaron que el hidalgo estaba inconsciente, aunque resollaba y jadeaba como el fuelle de un herrero. Tenía el rostro lívido, las venas hinchadas y la frente empapada en sudor.

—¿Qué le ocurre? —preguntaron algunos.

—Ha sufrido una apoplejía —explicó el doctor Evershead con preocupación.

Por lo común solo iba a la mansión para tratar dolencias menores, y advirtió la importancia de la situación. Levantó la cabeza de Dornell, le aflojó la corbata y la ropa y avisó a los criados, que se llevaron al señor al piso de arriba.

Parecía como si estuviera narcotizado. El médico le extrajo un cuenco de sangre, aunque el enfermo no volvió en sí hasta cerca de las seis. La cena se vio alterada por completo y algunos ya se habían marchado hacía tiempo; pero dos o tres se quedaron.

—¡Dios mío —repetía Baxby sin cesar—, no sabía que las cosas hubiesen llegado a este punto entre Dornell y su mujer! Yo pensaba que la fiesta de hoy era en honor del acontecimiento, aunque se mantuviera en secreto por el momento. ¡Y resulta que esa muchachita se ha casado sin que él lo supiera!

Dornell recuperó la conciencia y exclamó jadeante:

—¡Esto es secuestro! ¡Es un delito capital! ¡Podrían ahorcarlo por ello! ¿Dónde está Baxby? Me encuentro perfectamente. ¿Qué detalles has sabido, Baxby?

El portador de las adversas nuevas no deseaba en modo alguno alterar más a su amigo, por lo que al principio apenas añadió nada. Transcurrida una hora, cuando Dornell, parcialmente recuperado, estaba ya sentado, Baxby le contó cuanto sabía: el dato principal era que la madre de Betty estuvo presente en la boda y manifestó su completo consentimiento.

—Todo parecía tan normal que yo, naturalmente, pensé que lo sabías —dijo.

—¡No tenía más noticia de la que pueden tener los muertos de que algo así se estaba tramando! ¡Una niña de apenas trece años! ¡Cómo me ha engañado Sue! ¿Sabes si Reynard se fue a Londres con ellas?

—No lo sé. Solo sé que tu mujer y tu hija iban andando por la calle, seguidas por el lacayo, que entraron en una joyería, donde las esperaba Reynard, y que allí, en presencia del joyero y de tu sirviente, a quien llevaron con ellas expresamente, tu Betty le dijo a Reynard, según se cuenta (aunque te aseguro que yo no doy fe de la veracidad), tu Betty dijo: «¿Quieres casarte conmigo?» o «Quiero casarme contigo: ¿me aceptas… ahora o nunca?».

—Lo que ella pudiese decir no significa nada —murmuró Dornell con los ojos llenos de lágrimas—. Su madre puso esas palabras en su boca para eludir las graves consecuencias que pudieran derivarse de cualquier sospecha de coacción. Esas palabras no son de la niña… A ella no se le pasaba por la cabeza casarse. ¡Cómo iba a imaginarlo, la pobre chiquilla! Continúa.

—Bueno, sea como fuere, al parecer todos estaban de acuerdo. Compraron el anillo en ese mismo momento y la boda se celebró media hora más tarde en la iglesia más cercana.

Uno o dos días después llegó una carta de la señora Dornell para su marido, escrita antes de conocer su desmayo. Refería en ella las circunstancias de la boda de la manera más delicada y ofrecía razones y excusas convincentes para haber consentido esta prematura unión, que era ya un hecho consumado. No tuvo idea, hasta que se vio apremiada de una manera tan insistente, de que Reynard quisiera ejecutar el acuerdo con tanta prontitud y, así de repentinamente sorprendida, había accedido a sus requerimientos tras saber que Stephen Reynard, ahora su yerno, empezaba a ser un gran favorito en la corte y con toda probabilidad no tardaría en concedérsele la dignidad de lord. No podía causar ningún daño a la hija este temprano contrato matrimonial, puesto que su vida continuaría igual que hasta ese momento, bajo la tutela de sus padres, aún por algunos años. En resumidas cuentas, le pareció que otra oportunidad tan propicia de contraer un buen matrimonio con un hábil cortesano y un avispado hombre de mundo, renombrado además por sus excelentes cualidades personales, no entraba en el orden de lo probable en un entorno rústico como era King’s-Hintock. Por eso había cedido a la solicitud de Stephen y confiaba en recibir el perdón de su marido. Escribía, en suma, como mujer que, habiéndose salido con la suya, está dispuesta a hacer cualquier concesión en materia de palabras y en conducta futura.

Todo esto lo tomó Dornell en su justo valor, o mejor dicho tal vez en menos de su justo valor. Como su vida dependía de no ceder a un arrebato de ira, dominó sus perturbadas emociones en la medida en que fue capaz, mientras deambulaba por la casa como un alma en pena, convertido en un hombre completamente distinto. Tomó todas las precauciones necesarias para evitar que su mujer tuviera noticia de su

repentina enfermedad, movido por cierto sentimiento de vergüenza por tener un corazón tan sensible, pues de cierto lo vería ella como una característica ridícula, tan imbuida como estaba de las ideas de la ciudad. Pese a todo, llegaron a oídos de su mujer los rumores de aquel ataque, y se apresuró a comunicarle que volvía para cuidar de él. Dornell dispuso entonces su equipaje y regresó a su casa de Falls-Park.

Pasó allí algún tiempo recluido. Su malestar era demasiado intenso para disfrutar de compañía, salir de caza o aceptar cualquier otra distracción, pero era sobre todo la aversión a los rostros tanto conocidos como desconocidos, ya que para entonces todos estaban al corriente de la jugarreta de su mujer, lo que le hacía apartarse de los demás.

De ningún modo podía censurar a Betty por su participación en aquella hazaña. Ni una sola vez creyó que su hija hubiese actuado por voluntad propia. Ansioso por saber cómo se encontraba, envió a su fiel Tupcombe al municipio de Evershead, próximo a King's-Hintock, planificando su viaje al abrigo de la oscuridad. El emisario llegó discretamente, desprovisto de su librea, y tomó asiento en el rincón de la chimenea de La Cerda y La Bellota.

La conversación de los parroquianos versaba, como es natural, sobre la reciente boda, que había causado sensación. Mientras escuchaba, fumando tranquilamente, supo el criado que la señora Dornell y la muchacha habían regresado a King's-Hintock para pasar allí solo uno o dos días, que Reynard se había marchado al continente y que Betty había vuelto a la escuela. No comprendía la niña su posición como esposa de Reynard —según se decía— y, aunque al principio se mostró sobrecogida por la ceremonia, no tardó en recobrar el ánimo al saber que su libertad no iba a verse coartada.

Comenzó entonces el cruce de mensajes formales entre Dornelll y su mujer, mostrándose él ahora tan conciliador como ella previamente autoritaria. Pero el rústico, simple y bravucón marido seguía guardando las distancias. El afán de reconciliación de la señora Dornell —de obtener su perdón por esta argucia—, sumado a la ternura y el deseo genuinos de consolarlo, la acuciaban de tal modo que terminaron por llevarla un día hasta Falls-Park.

No habían vuelto a verse desde la noche en que tuvieron el altercado, antes de que ella se marchara a Londres y de que él sufriera aquel ataque. A ella le impresionó verlo tan cambiado. Había perdido su rostro toda expresión, era el rostro sin vida de un títere, pero aún más le preocupó ver que vivía encerrado en un cuarto, entregado al consumo de estimulantes sin freno y desobedeciendo por completo las órdenes del médico. A la vista estaba que no podía permitirle vivir de un modo tan zafio.

Se compadeció entonces de él, le suplicó su perdón y logró convencerlo. Y,aunque a partir de esa fecha su distanciamiento dejó de ser tan rotundo, se veían solo ocasionalmente, pues Dornell siguió instalado en su cuartel general de Falls.

Así transcurrieron tres o cuatro años. Un día apareció ella, con aspecto algo más animado, y conmovió al marido de inmediato con el sencillo anuncio de que Betty

había terminado sus estudios; estaba en casa, muy apenada por la ausencia de su padre. Le enviaba un mensaje con estas palabras: «Pídele a papá que vuelva a casa con su querida Betty».

—¡Eso significa que es muy infeliz! —exclamó Dornell.

Su mujer guardó silencio.

—¡Es por ese maldito matrimonio! —prosiguió el hidalgo.

Tampoco esta vez ella le contradijo.

—Está fuera, en el coche —anunció con dulzura la señora Dornell.

—¿Quién? ¿Betty?

—Sí.

—¿Por qué no me lo has dicho? —Dornell salió corriendo y allí estaba la muchacha, aguardando su perdón, pues pensaba ella que le había contrariado no menos que su madre.

Sí, Betty había terminado sus estudios y estaba de nuevo en King's-Hintock. Tenía casi diecisiete años y se había convertido en una mujercita. No parecía sentirse ajena a la familia por culpa de su temprano contrato matrimonial, una circunstancia que casi parecía haber olvidado por completo. Era para ella como un sueño: aquel día frío y claro del mes de marzo, la iglesia de Londres, con sus espléndidos bancos tapizados de paño verde y el monumental órgano en la galería oeste, tan distinta de su pequeña capilla en el bosque de King's-Hintock Court; el hombre de treinta años, cuyo semblante había mirado atemorizada, y que le pareció feo y temible; el hombre al que no había vuelto a ver desde entonces, aun cuando mantenían una cortés correspondencia y cuya existencia le resultaba ahora tan indiferente que, si llegaran a comunicarle que había muerto y que no volvería a verlo nunca más, se habría limitado a responder: «¿De veras?». Así de dormidas seguían las pasiones de Betty.

—¿Has tenido recientemente noticias de tu marido? —preguntó el hidalgo cuando entraron en la casa, con una risa cariñosa y cargada de ironía que no precisaba respuesta.

La joven parpadeó y el hidalgo se percató de que su mujer lo miraba con expresión suplicante. Como en el curso de la conversación había parecido que Dornell no se ahorraría la expresión de sentimientos perjudiciales para una situación que no admitía cambios, la señora Dornell sugirió que Betty los dejara a solas para que pudieran acabar de hablar, a lo que la muchacha accedió obedientemente.

Dornell dio rienda suelta a su animadversión.

—¿Has visto cómo se ha asustado solo de oír su nombre? —Y se apresuró a añadir—: Si tú no lo has visto, yo sí. ¡Caray! ¡Qué futuro le espera a esta pobre hija mía! Date cuenta, Sue, eso no fue un matrimonio, no fue moral, y, si fuera yo una mujer en semejante posición, no lo consideraría como tal. Betty podría amar, sin incurrir en pecado, a cualquier hombre de su elección como si no estuviera encadenada a otro. Ésa es mi opinión, para que lo sepas; no puedo evitarlo. ¡Ah, Sue, mi hombre era mucho mejor! Él le habría convenido.

—Yo no lo creo —repuso su mujer en tono incrédulo.

—Si lo vieras, ten por seguro que lo creerías. Se ha convertido en un hombre excelente.

—¡Calla! ¡Baja la voz! —le reprendió ella, levantándose para acercarse a la puerta de la habitación contigua, donde se había retirado su hija. Se alarmó al encontrar a Betty allí sentada, como sumida en un trance, los ojos fijos en el vacío, tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera advirtió que su madre había entrado. Lo había oído todo y estaba digiriendo esta información que era nueva para ella.

La madre pensaba que Falls-Park era un lugar peligroso para una joven en edad tan delicada y en la particular posición de Betty, mientras que Dornell razonaba en sentido contrario. La madre llamó a Betty, y se marcharon. El hidalgo no hizo promesa clara de regresar a King’s-Hintock y establecer allí su residencia permanente, aunque la presencia de Betty, como en otros tiempos, bastó para que accediese a visitarla pronto.

Todo el camino de vuelta a casa, Betty siguió pensativa y en silencio. Era evidente para la inquieta madre que las libres opiniones del hidalgo habían causado en la muchacha el efecto de un despertar.

Fue muy breve el intervalo que medió desde este día hasta que Dornell cumplió su promesa. Se presentó una mañana, a eso de las doce, conduciendo él mismo los dos caballos negros de su faetón de paneles amarillos y ruedas rojas, como tenía por costumbre, seguido de cerca por su fiel Tupcombe a caballo. Un joven iba sentado junto al hidalgo, y la señora Dornell apenas pudo ocultar su consternación cuando, irrumpiendo bruscamente en la casa con su acompañante, su marido lo presentó como su amigo Phelipson, de Elm-Cranlynch.

Dornell salió al jardín en busca de Betty y la besó con ternura.

—¡Aguijonea la conciencia de tu madre, hija mía! —le susurró—. Aguijonea su conciencia fingiendo que Phelipson te ha impresionado y que podrías amarlo, como candidato de tu padre, mucho más que a ese que ella te ha impuesto.

El incauto padre dio en creer que solo por obedecer sus instrucciones dirigía Betty furtivas miradas al franco e impulsivo Phelipson durante el almuerzo, y reía para sus adentros viendo cómo su broma, pues así se lo figuraba él, turbaba la serenidad de la señora de la casa. «¡Ahora Sue se da cuenta del error que ha cometido!», pensó.

La señora Dornell estaba en verdad alarmada y le reprendió en cuanto tuvo ocasión de cruzar con él una palabra a solas.

—No deberías haberlo traído aquí. Ay, Thomas, ¿cómo puedes ser tan desconsiderado? Por Dios, ¿no te das cuenta, cariño, de que lo hecho ya no tiene remedio; no ves que esta payasada pone en peligro la felicidad de Betty con su marido? Hasta que tú interferiste y hablaste de este Phelipson, ella se mostraba paciente y dócil como un corderillo y esperaba con sincera ilusión el regreso del señor Reynard. Desde su visita a Falls-Park está ensimismada y sumida en un silencio monstruoso. ¿No ves el daño que puedes causar? ¿Cómo acabará esto?

—Reconoces entonces que mi hombre le convenía mucho más. Solo lo he traído para que te convencieras.

—Sí, sí; lo admito. Pero, por favor, ¡llévatelo inmediatamente! ¡No le permitas seguir aquí! Temo que ya se sienta atraída por él.

—Tonterías, Sue. Ha sido solo una broma para tomarte el pelo.

Sin embargo, no era fácil engañar el ojo de la madre y, de ser cierto que Betty ese día tan solo fingía estar enamorada, su actuación alcanzó la perfección de una Rosalinda y aun los mejores profesores habrían llegado a creer que no había allí trampa ni cartón. El hidalgo, que ya había obtenido su victoria, aceptó llevarse enseguida al joven demasiado atractivo y a primera hora de la tarde emprendieron el camino de regreso.

El hombre silencioso que cabalgaba tras ellos tenía tanto interés como el propio Dornell en aquel experimento. Era el incondicional Tupcombe, quien, con los ojos puestos en las espaldas del hidalgo y el joven Phelipson, pensaba en lo bien que este último le habría venido a Betty y en lo mucho que el primero había cambiado, a peor, en el curso de los dos o tres últimos años. Maldijo a la señora como causante de este cambio.

Tras esta memorable visita con la que el padre se proponía demostrar que tenía razón, la vida de los Dornell siguió apaciblemente su curso por espacio de doce meses, la del hidalgo principalmente en Falls y la de Betty yendo y viniendo entre las dos casas y alarmando a su madre en más de una ocasión por no regresar de casa de su padre hasta la medianoche.

Turbó la quietud de King’s-Hintock la llegada de un emisario especial. El hidalgo Dornell había tenido un ataque de gota muy violento, y la cosa parecía grave. Deseaba ver a Betty: ¿por qué llevaba tanto tiempo sin visitarlo?

Mientras que la señora Dornell se mostraba muy reacia a llevar a Betty a menudo a casa del padre, la joven estaba ansiosa por ir allá y últimamente parecía que todo su interés se concentraba en Falls-Park y en su vecindario, por lo que no hubo más remedio que permitirle acompañar a su madre.

El hidalgo aguardaba su llegada con impaciencia. Lo encontraron muy enfermo e irritable. Había adquirido la costumbre de tomar medicamentos muy fuertes para combatir al enemigo, pero esta vez no surtían ningún efecto.

La presencia de su hija lo alivió mucho, como de costumbre, aun cuando también como de costumbre le entristeciera, pues no podía olvidar que había dispuesto de su vida para siempre en contra de sus deseos, por más que ella le asegurase en secreto que jamás habría consentido si hubiera tenido la edad que tenía ahora.

Como en otras ocasiones, su mujer quiso hablar a solas con él acerca del futuro de la hija, pues se acercaba la fecha prevista para que Reynard acudiese a reclamarla. Por su parte, éste ya habría hecho valer sus derechos de no haber sido por la insistencia de la propia joven en que no lo hiciera, pues coincidía con sus padres en la condición impuesta en torno a la edad. Reynard accedió respetuosamente a sus deseos

en este punto, y llegaron al acuerdo de que no la visitaría hasta que hubiera cumplido dieciocho años, a menos que tuviera el consentimiento de todas las partes. Sin embargo, la situación no podía prolongarse por más tiempo y no cupo ninguna duda, a tenor de su última carta, de que el marido pronto tomaría posesión de la joven, quisiéranlo o no.

Con el fin de apartar a Betty de esta delicada discusión, la enviaron al piso de abajo y pronto la vieron adentrarse en el bosque, preciosa con su vestido de vuelo verde y una pamela ancha y aleteante, adornada con una pluma.

Tras exponer el asunto, la señora Dornell encontró a su marido tan remiso como siempre a dar una respuesta afirmativa a la carta de Reynard.

—¡Le faltan tres meses para cumplir los dieciocho! —exclamó—. Es demasiado pronto. ¡Ni hablar! Lo alejaré de ella espada en mano si es preciso; tendrá que esperar.

—Pero, querido Thomas —objetó la mujer—, ¡piensa que, si algo nos ocurriera a ti o a mí, cuánto mejor sería que ella estuviese ya instalada con él en su casa!

—¡He dicho que es demasiado pronto! —protestó el hidalgo; empezaban a hinchársele las venas de la frente—. Si se acerca por aquí antes de la Candelaria, lo retaré… ¡te lo juro! Volveré a King’s-Hintock en dos o tres días y no la perderé de vista de día ni de noche.

Temerosa de alterar aún más a su marido, la señora Dornell optó por ceder y le aseguró obedientemente que, en el caso de que Reynard volviese a escribir antes de que él regresara al palacio, le entregaría la carta para que obrase como mejor le pareciera. Siendo esto cuanto tenían que discutir en privado, salió en busca de Betty, con la esperanza de que no hubiese oído las voces de su padre.

No las oyó esta vez. La señora Dornell siguió el camino por el que se había alejado su hija y recorrió una buena distancia sin verla por ninguna parte. Estaba dando la vuelta para acercarse al otro lado de la casa por un atajo a través del césped cuando, con gran sorpresa y consternación, vio al objeto de su búsqueda sentado en la rama de un cedro en compañía de un joven que la abrazaba por la cintura. El muchacho se apartó un poco y ella lo reconoció: era el joven Phelipson.

Por desgracia no se equivocaba. El amor supuestamente fingido era real. Huelga decir cómo calificó la señora Dornell en ese momento a su marido por haber cometido la locura de propiciar que los jóvenes se conocieran. Decidió en un segundo no dejar que los amantes supieran que los había visto. Se retiró para alcanzar la fachada de la casa por otro camino y desde una ventana llamó a la chica con todas sus fuerzas: «¡Betty!».

Por primera vez desde que planeara el estratégico matrimonio de su hija, Susan Dornell dudó de haber tomado una decisión acertada. Le pareció que el destino, por así decir, acudía en ayuda del marido para validar una objeción que originalmente solo había sido trivial. Vio una tormenta en el horizonte. ¿Por qué se había inmiscuido Dornell? ¿Por qué había insistido en presentarse con ese muchacho? Esto

explicaba las súplicas y las dilaciones de Betty cada vez que se mencionaba el regreso del marido; esto explicaba su apego a Falls-Park. Era posible que el encuentro que acababa de presenciar se hubiese acordado previamente por carta.

Tal vez la muchacha no se hubiera apartado en ningún momento de la decisión tomada si el padre no le hubiese llenado la cabeza de ideas para que repudiase su temprana unión, aduciendo que la habían coaccionado; tal vez hubiera recibido a su marido con los brazos abiertos en el día señalado.

Al cabo de un rato apareció Betty a lo lejos, pálida, pero con aire inocente, sin dar muestras de haber visto ni un alma. A la madre le dolió en lo más hondo esta duplicidad en la niña de su corazón. ¡En eso se había convertido la criatura sencilla cuya transformación en mujer habían aguardado todos con tanta ternura! ¡En una fresca con edad suficiente no solo para tener un amante, sino también para ocultar su existencia con la habilidad de cualquier mujer en el mundo! La señora Dornell lamentó amargamente no haberle permitido a Stephen Reynard que se llevara a su hija en la fecha que él proponía.

Madre e hija hicieron el viaje de vuelta a King’s-Hintock casi en completo silencio. Las pocas palabras que se dijeron salieron de Betty y su formalismo denotaba hasta qué punto se hallaban su corazón y sus pensamientos ocupados en otros asuntos.

La señora Dornell era una madre demasiado astuta para enfrentarse abiertamente con su hija por lo ocurrido. Eso solo serviría para avivar el fuego. Juzgó imprescindible encerrar a la traidora bajo llave hasta que su marido se la quitara de las manos. Deseaba ardientemente que Reynard no tuviese en cuenta la oposición de Dornell y se presentara a la mayor brevedad.

Vio como una feliz coincidencia el hecho de que al llegar a casa le entregasen una carta de Reynard. Iba dirigida tanto a ella como a su marido y comunicaba con la mayor cortesía su llegada a Bristol, además de proponer una visita a King’s-Hintock en el plazo de unos días, para reunirse al fin con su querida Betty si los padres no tenían ninguna objeción.

También Betty había recibido una carta del mismo tenor. Le bastó a su madre mirarla a la cara para ver cómo acogía esta noticia. Se puso blanca como una sábana.

—Debes darle la mejor bienvenida esta vez, mi querida Betty —le dijo su madre con dulzura.

—Pero… pero… yo…

—Ya eres una mujer —añadió la madre severamente—, y es hora de acabar con los aplazamientos.

—Pero mi padre… ¡ay, estoy segura de que no lo permitirá! No estoy preparada. Si él pudiese esperar al menos un año más… ¡si pudiera esperar unos meses! ¡Ay, quisiera… quisiera que mi querido padre estuviese aquí! Le enviaré recado de que venga de inmediato. —Se interrumpió bruscamente y, arrojándose al cuello de la madre, estalló en llanto y dijo—: Por favor, madre, apiádate de mí. ¡No amo a ese

hombre, a mi marido!

Esta súplica de agonía llegó al corazón de la señora Dornell con demasiada intensidad, y no pudo oírla sin conmoverse. Sin embargo, una vez que las cosashabían llegado a ese punto, ¿qué podía hacer? Estaba distraída y por un momento se puso del lado de Betty. Su primera idea fue enviar a Reynard una respuesta afirmativa, permitirle que viniera a King's-Hintock, mantener al hidalgo en la ignorancia hasta que un buen día llegase de Falls, cuando se hubiera recuperado, y dejar que se enterase entonces de que todo estaba ya zanjado y de que Reynard y Betty vivían juntos y en armonía. Pero los acontecimientos del día y el arrebato sentimental de su hija dieron al traste con sus intenciones. Seguramente que Betty cumpliría su amenaza de avisar a su padre de inmediato, incluso era posible que intentase marcharse con él. Además, la carta de Reynard iba dirigida conjuntamente a ella y al señor Dornell, y no podía en conciencia ocultársela a su marido.

—Voy a enviarle esta carta a tu padre ahora mismo —respondió, en tono tranquilizador—. Actuará a su entera elección y ya verás que no será en contra de tus deseos. Él prefiere tu desgracia antes que tu frustración. Solo espero que se encuentre en condiciones de resistir la agitación que esta noticia va a causarle. ¿Te parece bien?

La pobre Betty asintió, con la condición de ver por sí misma que la carta se despachaba efectivamente. La madre no tuvo nada que objetar a este ruego, pero en cuanto el jinete salió al galope por la avenida, en dirección al camino, la simpatía de la señora Dornell ante la obstinación de su hija empezó a esfumarse. El cariño que la muchacha sentía en secreto por el joven Phelipson no tenía perdón. Entraba en lo posible que Betty intentara comunicarse con él, incluso verse con él. Eso traería consigo la ruina. Urgía que Stephen Reynard se instalara de inmediato con Betty en su propia casa.

Se sentó a escribir una carta a Reynard, en la que le desvelaba sus planes.

Debo decirle ahora lo que nunca he mencionado —lo que incluso es posible que haya dado a entender en sentido contrario—, y es que las objeciones del padre a la unión con usted persisten todavía. No siendo mi deseo exigirle nuevos aplazamientos —tenga por seguro que espero con tanta impaciencia como usted su llegada, pues solo deseo el bien de mi hija—, no me queda otra salida que asistirlo en su causa sin el conocimiento de mi marido. Se encuentra lamentablemente enfermo en este momento, en su casa de Falls-Park, pero me he sentido en la obligación de hacerle llegar su carta de usted. Es probable que responda con la orden perentoria de que vuelva usted a marcharse por donde ha venido hasta que hayan transcurrido unos meses, cuando venza al fin el plazo estipulado por él en un principio. Mi consejo es, en el caso de que llegara usted a recibir una carta semejante, que no le preste atención y venga aquí tal como ha propuesto, haciéndome saber el día y la hora (a ser posible después de que haya oscurecido) en que debo esperarlo. Betty está conmigo, y le garantizo que la encontrará usted en casa a su llegada.

Tras enviar esta misiva sin despertar las sospechas de nadie, la señora Dornell se ocupó de que su hija no saliera de la mansión, evitando por todos los medios despertar en ella la sospecha de hallarse retenida. Pero, como si tuviera dotes adivinatorias, Betty leyó en el rostro de su madre la llegada inminente del marido.

—¡Va a venir! —exclamó.

—¡Todavía falta una semana! —le aseguró la madre.

—Entonces… ¿será inevitable?

—Pues sí.

Betty se retiró precipitadamente a su habitación, con intención de alejarse de todo.

Encerrarla allí y entregarle la llave a Reynard cuando se presentara le pareció a la madre un plan muy seductor, por su simplicidad, hasta que, al intentar abrir la puerta del dormitorio de su hija, descubrió que Betty ya se había encerrado por dentro y había dado instrucciones de que le sirvieran allí sus comidas, que un criado debía dejar junto a la puerta en absoluto silencio.

La señora Dornell se sentó entonces sin hacer ruido en su tocador —que era, como su propio dormitorio, una habitación de paso a las dependencias de Betty—, resuelta a no abandonar su puesto ni de día ni de noche, hasta el momento en que apareciera el marido de su hija, para lo cual también dispuso que le sirvieran allí el desayuno, la comida y la cena. Sería así imposible que Betty pudiese escapar sin su conocimiento, aun cuando lo deseara, pues no había otra puerta a excepción de la que daba a un pequeño vestidor interior desprovisto de cualquier otro acceso.

Era evidente, sin embargo, que la joven no tenía intenciones de huir. Sus ideas tendían más bien al atrincheramiento; estaba dispuesta a soportar el asedio, si bien descartaba la fuga. Esto al menos garantizaba que allí estaba segura. En cuanto a cómo se las arreglaría Reynard para ver a la evasiva muchacha mientras ésta persistiera en su actitud defensiva, pensó la madre que eso debía resolverlo el marido con su propio ingenio.

Betty se había puesto tan pálida y mostrado tan fuera de sí ante el anuncio de la llegada de Reynard que la señora Dornell, algo inquieta, no se atrevía a dejarla sola. Una hora más tarde miró por el ojo de la cerradura. La hija estaba tumbada en el sofá, mirando al techo con expresión ausente.

—Pareces enferma, hija —se lamentó—. Últimamente has tomado poco el aire. Ven conmigo a dar un paseo en el coche.

Betty no se opuso. Poco después cruzaban el parque en dirección al pueblo, sin que la hija abandonara aquel silencio empecinado y tenso en el que se había instalado. Salieron de la finca para regresar por otro camino, y una vez en éste pasaron junto a una casita de campo.

Betty se fijó en una de las ventanas. Vio a una muchacha de su misma edad a la que conocía de vista, sentada en una silla y recostada sobre una almohada. Tenía el rostro cubierto de escamas que brillaban con el sol. Se recuperaba de la viruela, una enfermedad cuya incidencia causaba en aquella época un terror que hoy a duras penas podemos imaginar.

Un pensamiento animó de pronto los rasgos apáticos de la muchacha. Observó a su madre; la señora Dornell miraba hacia otra parte. Le dijo que le gustaría pasar un momento por la casa de campo para hablar con una joven por la que se interesaba. La

señora Dornell se mostró reacia, pero, viendo que la casa no tenía puerta de atrás y que Betty no podía escapar sin ser vista, accedió a detener el coche. Betty bajó corriendo y entró en la casa, de la que salió un minuto más tarde para ocupar de nuevo su asiento. Mientras se alejaban de allí miró a su madre a los ojos y dijo:

—Ya está. ¡Ya lo he hecho! —Había bajo su palidez una emoción turbulenta, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué has hecho? —preguntó la madre.

—Nanny Priddle tiene la viruela. La vi por la ventana y he entrado a darle un beso, para que me contagie; ¡ahora yo también pasaré la enfermedad y él no podrá acercarse a mí!

—¡Qué perversa! —exclamó la madre—. ¡Ah, qué voy a hacer! ¡Cómo se te ocurre… contraer una enfermedad tan contagiosa y usurpar la sagrada prerrogativa de Dios, porque no aceptas al hombre con el que te has casado!

La escandalizada mujer dio orden de regresar inmediatamente y una vez en casa hizo que Betty, que para entonces también estaba algo asustada de su propia temeridad, se metiera en una bañera para ser desinfectada y tratada por todos los medios que la madre fue capaz de discurrir, a fin de prevenir la terrible enfermedad que había intentado contraer en su arrebato.

Ahora tenía una doble razón para aislar a la esposa rebelde en su dormitorio, y allí pasó Betty en consecuencia el resto del día y los días que siguieron, hasta que se tuvo la certeza de que su astucia no había tenido resultados adversos.

Entretanto la primera carta de Reynard, en la que anunciaba a la señora Dornell y a su marido su llegada en el plazo de unos días, llegó velozmente a Falls-Park. Iba dirigida por precaución a Tupcombe, el criado de confianza, con instrucciones de no entregarla al señor hasta que éste se hubiera reconfortado tras un buen sueño. Tupcombe lamentó mucho este cometido, pues las cartas que así llegaban siempre llenaban de inquietud al hidalgo; pero, conjeturando que a la postre sería infinitamente peor retener las noticias que revelarlas, eligió su momento, que fue la primera hora del día siguiente, para entregar la misiva.

Esperaba la señora Dornell que, en el peor de los casos, su marido respondiera a Reynard con la orden tajante de esperar unos meses más. Pero lo que hizo el hidalgo fue anunciar su partida para Bristol, con intención de hacer frente a Reynard y de cantarle unas cuantas verdades.

—Pero, señor —protestó Tupcombe—, no puede usted. No puede salir de la cama.

—¡Sal de aquí, Tupcombe, y no digas en mi presencia que «no puedo»! Que ensillen a Jerry para dentro de una hora.

El paciente y fiel Tupcombe creyó que el hidalgo había perdido el juicio, tan fuera de sí parecía hallarse en ese momento, y se marchó de mala gana. En cuanto hubo salido el criado, Dornell se estiró con gran dificultad para alcanzar la cómoda que había junto a la cama, la abrió y sacó un frasco. Contenía un remedio para la

gota, en contra del cual le había advertido reiteradamente su médico de siempre, pero el enfermo abandonó esta vez toda precaución.

Se tomó una dosis doble y esperó media hora. No parecía que le hiciera efecto. Sirvió entonces una dosis triple, se la tragó y aguardó recostado en la cama. El milagro esperado se obró al fin. Tuvo la impresión de que el segundo trago no solo había actuado con su propio poder, sino que también había despertado a las fuerzas latentes de la primera dosis. Dejó el frasco y tocó la campanilla para llamar a Tupcombe.

En menos de media hora una de las criadas, que como es natural estaba al corriente de la gravedad de la dolencia, se sorprendió al oír unos pasos decididos y fuertes que bajaban las escaleras procedentes del dormitorio del señor Dornell, acompañados de una voz que tarareaba una melodía. Sabía que el médico no había pasado a visitarlo esa mañana, y que las pisadas eran demasiado poderosas para tratarse del mayordomo o de cualquier otro sirviente masculino. Alzó la vista y vio al hidalgo perfectamente vestido, con su chaqueta gris y sus botas de montar, con el ágil balanceo en el andar de sus tiempos juveniles. Se dibujó el asombro en el rostro de la doncella.

—¿Qué narices estás mirando? —le espetó el hidalgo—. ¿Es que no has visto nunca a un hombre saliendo de su casa, muchacha?

Reanudando su tarareo —que tenía un matiz desafiante— se dirigió a la biblioteca, tocó la campana, preguntó si los caballos estaban listos y pidió que se los llevasen. Diez minutos más tarde cabalgaba hacia Bristol, seguido de Tupcombe, que temblaba pensando en lo que depararía aquel viaje.

Cruzaron los páramos ventosos y los monótonos caminos rectos sin variar el paso. Llevaban recorridos unos veinte kilómetros cuando Tupcombe se percató de que su señor empezaba a acusar el cansancio; su fatiga era la misma de diez años antes después de recorrer a caballo tres veces la misma distancia. Pese a todo, llegaron a Bristol sin contratiempos y se hospedaron en la posada donde solía parar el hidalgo. Casi al momento de haber llegado, Dornell se dirigió a pie al lugar que Reynard indicaba en su carta; eran cerca de las cuatro.

Reynard ya había cenado —la gente cenaba temprano en aquel entonces— y descansaba en la posada. Había recibido la respuesta de la señora Dornell a su carta, pero, en lugar de seguir su consejo y ponerse rumbo a King’s-Hintock, decidió esperar un día más, a fin de que el padre de Betty tuviera al menos tiempo de escribirle si era ésa su intención. Tanto anhelaba el viajero obtener el consentimiento de ambos padres para visitar a su joven esposa que no quería dar la impresión de ser rudo o forzado en sus maneras con tal de ocupar su posición como uno más de la familia. Y, aunque tras la advertencia de la señora Dornell auguraba que su suegro formularía alguna objeción, se sorprendió mucho cuando le anunciaron la visita del hidalgo en persona.

Stephen Reynard resultó ofrecer el mayor de los contrastes imaginables a Dornell

cuando se encontraron frente a frente en el mejor salón de la taberna de Bristol. El hidalgo, irascible, gotoso, impulsivo, generoso y temerario; el joven, pálido, alto, sereno y contenido, un hombre de mundo, justificaba plenamente al menos uno de los dísticos del epitafio, que aún se conserva en la iglesia de King's-Hintock, en el que se consigna su repertorio de virtudes:

> Mente cultivada y modales gratos,
> ornado con letras y en cortes refinado.

Tenía a la sazón treinta y cinco años, si bien una vida prudente y ordenada y un temperamento poco proclive a la emoción le hacían parecer mucho más joven.

El hidalgo fue directo al grano, sin preámbulos ni ceremonias.

—Soy su humilde servidor, señor —dijo—. He leído la carta que nos escribió a mi esposa y a mí, y juzgué que la mejor manera de responderle era hablar con usted en persona.

—Me siento muy honrado por su visita, señor —respondió Stephen Reynard, con una reverencia.

—Bueno, lo hecho, hecho está —dijo el señor Dornell—, aunque haya sido sumamente prematuro y no fuese mía la iniciativa. Mi hija es su mujer, y acordamos un plazo. Ahora bien, señor, en resumidas cuentas, ella es demasiado joven para que usted la reclame; no debemos fijarnos en los años, sino en la naturaleza. Sigue siendo una niña. Es una descortesía de su parte presentarse en este momento; incluso el año próximo será aún demasiado temprano para que usted se la lleve.

A pesar de su gentileza, Reynard era algo obstinado una vez había tomado una decisión. El acuerdo establecía el límite máximo para su materialización en los dieciocho años de la muchacha; incluso contemplaba una fecha anterior, si ella gozaba de buena salud. La madre había fijado el plazo a su entera discreción, sin ninguna interferencia de su parte. Estaba cansado de deambular por las cortes europeas. Betty era ya una mujer, si es que estaba en ella serlo alguna vez, y no había en opinión del joven excusa alguna para que tuviera que seguir esperando. Y así, fortalecido por el respaldo de la madre, sin brusquedad pero con firmeza, le expresó al hidalgo que por deferencia a sus suegros se había abstenido hasta el momento de hacer valer sus derechos, si bien ahora, en justicia para sí y para su prometida, debía insistir en reclamarlos. Y, puesto que la muchacha no había ido a Bristol para reunirse con él, en el plazo de unos días iría él a buscarla a King's-Hintock.

Este anuncio, pese al civismo con que fue formulado, desató la ira de Dornell.

—¡Maldito sea, señor! ¡Habla usted de derechos, usted, que me ha robado a mi hija, a una niña, en contra de mi voluntad y mi conocimiento! Ni aun cuando le hubiéramos rogado y suplicado que se la llevara estaría justificada su osadía.

—Por mi honor debo decirle que esa acusación es una bajeza, señor —respondió el yerno—. Ha de saber usted ya… y si aún no lo sabe, ha sido una injusticia monstruosa y cruel haber permitido esa mancha sobre mi persona en sus

pensamientos… Ha de saber que jamás he recurrido a seducción o tentación de ninguna clase. Su madre dio su pleno consentimiento; lo dio. Y yo le tomé la palabra. No supe que usted se oponía al matrimonio hasta mucho después.

Dornell le aseguró que no creía una sola palabra.

—No la tendrá usted hasta que haya cumplido los dieciocho… ¡Ninguna muchacha debería casarse antes de los dieciocho!… ¡Y no toleraré que se trate a mi hija contra natura! —así siguió vociferando el hidalgo hasta que Tupcombe, que escuchaba muy alarmado en la habitación contigua, irrumpió de pronto en el salón para hacerle saber a Reynard que la vida de su señor correría peligro si la entrevista se prolongaba por más tiempo, pues era dado a sufrir ataques de apoplejía en circunstancias similares. Reynard respondió al punto que por nada del mundo deseaba él causar ningún daño al hidalgo, dicho lo cual abandonó la sala, y Dornell, en cuanto hubo recuperado el aliento y la ecuanimidad, salió de la posada apoyado en el brazo de Tupcombe.

Tupcombe era partidario de pasar la noche en Bristol, pero el hidalgo, que parecía dueño de una energía tan invencible como repentina, insistió en regresar de inmediato a Falls-Park, para continuar viaje hasta King’s-Hintock al día siguiente. Partieron a las cinco, por el camino de Mendip Hills. La tarde era seca y ventosa, y con la salvedad de que no brillaba el sol, el ambiente le recordaba mucho a Tupcombe esa otra tarde del mes de marzo de hacía unos cinco años, cuando llegó a King’s-Hintock Court la noticia de la boda de Betty en Londres, que había causado en su señor el peor de los efectos conocidos hasta la fecha y afectado también de manera indirecta a la familia y al conjunto de los miembros de la casa. Antes de ese día los inviernos eran muy animados tanto en Falls-Park como en King’s-Hintock, aunque el hidalgo no residiera ya en la mansión de manera permanente. La casa estaba siempre abierta y los invitados a las cacerías iban y venían continuamente. Tupcombe sentía antipatía por el astuto cortesano que había puesto fin a todo aquello, arrebatándole al hidalgo el único tesoro que él de veras apreciaba.

Oscureció mientras recorrían los caminos, y Tupcombe se percató, por la manera de montar del señor Dornell, de que las fuerzas empezaban a fallarle. Espoleó su montura para alcanzarlo y le preguntó cómo se encontraba.

—¡Mal, terriblemente mal, Tupcombe! Apenas puedo sostenerme en la silla. ¡Temo que esta vez no voy a recuperarme! ¿Hemos pasado ya Three-Man-Gibbet?

—Aún queda un buen trecho, señor.

—Ojalá no fuera así. Casi no lo resisto. —El hidalgo no podía contener un gemido de cuando en cuando, y Tupcombe sabía que el dolor era fuerte—. Desearía estar bajo tierra… ¡ahí es donde deben estar los idiotas como yo! De buen grado lo estaría si no fuera por la señorita Betty. Ese hombre irá mañana a King’s-Hintock… No está dispuesto a esperar más tiempo. Mañana por la noche se presentará allí, sin detenerse en Falls, y la pillará desprevenida. Por eso quiero llegar antes que él.

—Espero que esté usted en condiciones de lograrlo, señor. Pero lo cierto es que…

—¡No tengo alternativa, Tupcombe! No te haces idea de mi tribulación… No es tanto que ella se haya casado con ese hombre sin mi consentimiento, pues a fin de cuentas nada que yo sepa puede decirse en su contra; pero ella no lo quiere, incluso parece temerlo… lo cierto es que no siente nada por él; y presentarse allí para llevársela por la fuerza será una crueldad repugnante. ¡Dios quiera que algo se lo impida!

Tupcombe casi no sabía decir cómo llegaron a casa esa noche. Tales eran los dolores del hidalgo que necesitó tumbarse en el caballo, y el criado temía que pudiese caer en cualquier momento. Llegaron pese a todo, y al instante acostaron al señor Dornell.

No cupo duda a la mañana siguiente de que el hidalgo no estaría en condiciones de realizar el viaje a King's-Hintock hasta pasados unos días, y tuvo que quedarse en cama, maldiciendo la imposibilidad de cumplir una misión tan personal y delicada que a nadie podía encomendarse. Deseaba oír de boca de Betty si su aversión por Reynard era de veras tan intensa como para que la presencia de éste le resultara decididamente desagradable. En tal caso, estaba dispuesto a subirla en su caballo y llevársela de allí.

Pero nada podía hacer en ese momento y cien veces repitió ante Tupcombe, la enfermera y otros criados: «¡Dios quiera que le pase algo!».

Este sentimiento que el hidalgo reiteraba en su agonía, provocada por el potente medicamento ingerido el día anterior, caló hondamente en el alma de Tupcombe y de cuantos se sentían parte de la casa de Dornell antes que de la mansión de su mujer en King's-Hintock. Tupcombe, hombre excitable, no estaba menos alarmado por la llegada de Reynard que el propio hidalgo. A medida que transcurría la mañana y avanzaba la tarde en la que con toda probabilidad Reynard pasaría cerca de Falls camino de la mansión, los dolores del hidalgo se acrecentaron y el sensible Tupcombe a duras penas podía acercarse a él. El criado dejó al enfermo al cuidado del médico y salió un rato al jardín, pues casi no podía respirar, contagiado por la agitación de su señor, que lo había convertido en su confidente. Vivía con los Dornell desde que era un niño; había crecido entre aquellas paredes y toda su vida se hallaba ligada y unida a la vida de la familia de una manera sin parangón en estos tiempos.

Lo llamaron para comunicarle que se había decidido mandar aviso a la señora Dornell: su marido corría un gran peligro. Había en el servicio al menos dos o tres hombres que hubiesen podido cumplir esta misión, pero el hidalgo deseaba que fuese Tupcombe quien se hiciera cargo, por una razón que se reveló cuando, en el momento en que se disponía a partir, le hizo subir a su cámara y le pidió que se inclinara para poder susurrarle al oído:

—Pon a Peggy a buen paso, Tupcombe, y haz por llegar allí antes que él, ya lo sabes… antes que él. Hoy es el día señalado. No ha pasado todavía por Falls Cross. Si lo haces así podrás conseguir que Betty venga contigo, ¿te das cuenta?… cuando su madre ya se haya puesto en camino, pues mi enfermedad le impedirá quedarse a

esperarlo. Tú vuelve con Betty por el camino de abajo… él tomará el de arriba. Tu tarea consiste en impedir que se encuentren… ¿lo comprendes? Pero nadie debe saberlo.

Cinco minutos más tarde Tupcombe montaba su caballo y emprendía el camino que había recorrido tantas veces desde que el amo, un joven y rubicundo hombre de campo, comenzara su cortejo en King's-Hintock Court. En cuanto hubo cruzado las lomas en las inmediaciones de las tierras del hidalgo, tomó el camino del llano, que discurría esencialmente en línea recta por espacio de varios kilómetros. En los mejores momentos, cuando la alegría reinaba en las dos casas, ese tramo del camino resultaba siempre tedioso. Ahora que lo recorría de noche y a solas, en cumplimiento de semejante encargo, se le antojaba lúgubre.

Iba sumido en sus cavilaciones. Si el hidalgo llegase a morir, él se quedaría solo en el mundo y sin amigos, pues no figuraba entre los favoritos de la señora Dornell; y, si no lograba cumplir su cometido, tal como estaba resuelto a hacer, era muy probable que el hidalgo muriese. Así pensando, detenía de cuando en cuando su caballo para ver si oía llegar al marido de Betty. Se acercaba el momento en que se esperaba el paso de Reynard por ese mismo camino. Tupcombe no había dejado de vigilar la ruta en toda la tarde y había preguntado a los taberneros a medida que avanzaba, por lo que tenía la certeza de que el prematuro asalto del marido-forastero sobre la señorita no se había producido por el momento.

Además de la madre, Tupcombe era el único miembro de la casa que sospechaba los sentimientos de Betty por el joven Phelipson, que tan infelizmente habían surgido al regresar la muchacha de la escuela, y podía por tanto imaginar, incluso mejor que su querido padre, cuáles serían sus emociones ante el repentino anuncio de la llegada del señor Reynard a King's-Hintock Court esa noche.

Y así siguió cabalgando, abatido unas veces y esperanzado otras. Casi estaba seguro de que, mientras no se diera la desafortunada circunstancia de que el yerno le pisara los talones, la señora Dornell no podría evitar que Betty acudiera junto al lecho de su padre.

Eran cerca de las nueve cuando, tras recorrer treinta kilómetros, pasó por la entrada de la finca más próxima a Ivell y al pueblo de King's-Hintock y tomó la larga avenida, semejante a un camino de peaje, que atravesaba el parque hasta la mansión. Aunque había muchos árboles, muy pocos bordeaban el camino, que se tendía a la luz pálida de la noche como una larga viruta de madera desenroscada. Se hizo visible en ese momento la fachada irregular del edificio, dilatada y baja salvo en un punto en el que se elevaba para trazar el perfil de una torreta cuadrada.

Cuando estuvo más cerca, guió el caballo por el césped con intención de asegurarse en lo posible, antes de que se advirtiese su presencia, de que era el primero en llegar. La mansión ofrecía un aspecto oscuro y somnoliento, en modo alguno como si se esperase la llegada de un novio.

Se detuvo y oyó con claridad los cascos de un caballo a sus espaldas, y por un

momento perdió toda esperanza de llegar a tiempo; ¡seguramente se trataba de Reynard! Acercándose al más frondoso de los árboles que encontró a mano, aguardó y pudo constatar que había hecho bien en apartarse, pues también el segundo jinete evitaba el camino de grava y pasaba muy cerca de él. Reconoció en su perfil al joven Phelipson.

Antes de que tuviera tiempo de pensar qué hacer, Phelipson pasó de largo, pero no hacia la puerta de la casa. Torció a la izquierda por el ala este, donde, según sabía Tupcombe, se encontraban las habitaciones de Betty. El emisario descabalgó, amarró el caballo a una rama y siguió al recién llegado.

Vio al punto un artilugio que explicaba sin lugar a dudas la maniobra del joven. Una escalera de mano asomaba bajo los árboles, muy próximos a la casa en esa zona del jardín, junto a una ventana del primer piso: la que iluminaba los aposentos de la señorita Betty. Sí, era el dormitorio de Betty; Tupcombe conocía bien todas las dependencias de la mansión.

Tras dejar su corcel en algún lugar, al abrigo de los árboles, el jinete que lo había adelantado apareció en lo alto de la escalera, justo delante de la ventana de Betty. Una silueta femenina cubierta bajo una capa asomó tímidamente en el alféizar, y los jóvenes descendieron con cautela: los brazos de Phelipson encajonaban a la muchacha entre su cuerpo y la escalera, para que no se cayera. No bien llegaron al suelo, el joven retiró rápidamente la escalera y la ocultó entre los arbustos. La pareja desapareció entonces hasta que, transcurridos unos minutos, Tupcombe distinguió un caballo que salía de algún lugar más alejado de la espesura. Iba provisto el animal de doble silla, y la joven montaba detrás de su amante.

Tupcombe no supo qué hacer o qué pensar; en todo caso, aunque no fuera ésa exactamente la fuga planeada, la muchacha había escapado. Regresó junto a su montura y cabalgó hasta la puerta de servicio, donde hizo entrega de la carta para la señora Dornell. No podía ya dejar recado verbal para Betty.

Los criados insistieron en que se quedara a pasar la noche, pero él declinó el ofrecimiento; deseaba regresar junto al hidalgo lo antes posible y contarle lo que había visto. No sabía si tendría que haber interceptado a la pareja y llevado a Betty en presencia del padre. Era ya tarde para pensar en eso, y, sin siquiera humedecer los labios o probar bocado, emprendió el camino de vuelta.

Había cubierto una distancia considerable cuando, al detenerse bajo el farol de una posada del camino con intención de abrevar a su caballo, vio pasar a un viajero en dirección contraria, en silla de posta. El farol iluminó el rostro del forastero antes de que el carruaje se internara en la oscuridad. Tupcombe se entusiasmó por un momento, por más que nada justificara tanta alegría. El viajero era Reynard; y otro se le había adelantado.

Querrán ustedes saber, llegado este punto, de la fortuna de la señorita Betty. Había pasado en soledad los días previos y gozado de tiempo en abundancia para reflexionar sobre su desesperado intento de contraer la viruela, una estratagema que

al parecer se vio frustrada por la pronta intervención de su madre. No alcanzaba a imaginar otra manera de ganar tiempo. Llegaron así el día y la hora previstos para la visita del marido.

Había caído la noche, no podía precisar la muchacha el momento exacto, cuando oyó un toque en la ventana, y un segundo, y un tercero. Se sobresaltó, pues no se le ocurría que pudiera visitarla otro que aquel cuya llegada tanto había temido, al punto de arriesgar su salud y su vida con tal de ahuyentarlo. Se acercó con sigilo a la ventana y oyó un susurro en el exterior.

—Soy yo… Charley —dijo la voz.

El semblante de Betty se encendió de emoción. Empezaba a dudar de la devoción de su admirador, imaginando que su amor se perdería en meras atenciones que ni a él ni a ella comprometían de un modo demasiado profundo. Abrió la ventana al tiempo que susurraba con alegría: «Ah, Charley, ¡ya creía que me habías abandonado!».

El joven le aseguró que no había hecho tal cosa y que tenía un caballo esperando, si estaba dispuesta a marcharse con él. «Debes venir inmediatamente, porque Reynard está en camino.»

Le bastó a Betty un segundo para envolverse en una capa y, tras cerciorarse de que la puerta estaba cerrada para evitar cualquier sorpresa, trepar al alféizar de la ventana y descender con el joven como ya se ha visto.

Entretanto su madre recibía la nota de Tupcombe y apreciaba en las noticias relativas a la enfermedad del marido una gravedad que apartó de su pensamiento la inminente llegada del yerno y la empujó rápidamente a comunicar a Betty la peligrosa situación del hidalgo, convencida de que era deseable llevarla junto a su lecho. Intentó abrir la puerta del cuarto de su hija y comprobó que seguía cerrada. La llamó, sin obtener respuesta. Presa del peor presentimiento, buscó en privado al mayordomo y le pidió que forzara la puerta, orden esta que en modo alguno resultaba fácil de ejecutar, pues la carpintería de la mansión era de muy sólida construcción. La cerradura saltó finalmente, y la señora Dornell pudo entrar en las habitaciones de Betty, donde solo encontró la ventana abierta por la que el pájaro había volado.

Se quedó pasmada un momento. Se le ocurrió entonces que la hija tal vez hubiera sabido por Tupcombe de la grave situación de su padre y, temerosa de que la obligasen a quedarse allí para reunirse con el marido, se hubiera marchado a Falls-Park con el obstinado y tendencioso sirviente. Cuanto más lo pensaba, más plausible se le antojaba esta suposición, y, exigiendo al mayordomo que guardara en secreto la ausencia de la muchacha, ya fuese por las razones que ella conjeturaba o por otras, se preparó para partir.

No sospechaba ella a qué extremo había agravado la enfermedad del marido el viaje a caballo hasta Bristol, y sus pensamientos estaban más puestos en los asuntos de Betty que en los suyos propios. Era posible que Reynard llegase esa noche por otro camino y se encontrara con que ni su mujer ni su suegra le esperaban para recibirlo y sin haber dejado tampoco explicaciones de su ausencia; pero, confiando en

el azar, la señora Dornell se concentró en el camino y antes de llegar a Ivell vislumbró a la luz del farol de su propio carruaje el coche de posta que traía a Reynard.

El cochero se detuvo, obedeciendo la orden que la señora le había dado en el momento de partir; se hizo parar al otro cochero, se intercambiaron unas palabras y Reynard apareció junto a la ventanilla de la señora Dornell.

—Suba al coche —le dijo—. Deseo hablarle en privado. ¿Por qué se ha retrasado tanto?

—Se han presentado algunos imprevistos —se disculpó él—. Tenía intención de llegar como muy tarde a las ocho. Le estoy muy agradecido por su carta. Confío en que…

—No debe intentar ver a Betty en este momento —le anunció ella—. Han surgido desde el momento en que le escribí nuevas razones para que no la vea.

Las circunstancias eran tales que la señora Dornell no podía ocultarlas por completo; solo el conocimiento de algunos detalles podía impedir que él actuara ciegamente, de una manera que podría ser fatal para el futuro. Además, hay situaciones en las que incluso personas más intrigantes que la señora Dornell se ven obligadas a revelar algunas verdades, aunque sea solo por autocompasión. Llegó así a participarle recientes sorpresas, como que el corazón de Betty se sentía atraído por otro hombre, y que su insistencia en verla en ese momento sumiría a la muchacha en la desesperación.

—Lo cierto es que Betty ha huido a casa de su padre para evitar encontrarse con usted —le explicó—. Pero, si espera usted un poco, no tardará en olvidarse de ese joven y no tendrá usted nada que temer.

Como mujer y como madre no podía permitirse mayores revelaciones, de tal modo que el desesperado intento de Betty por enfermar la semana anterior, con la intención de ahuyentar al marido, así como la alarmante posibilidad de que la muchacha no hubiese ido a reunirse con su padre, sino con su amante, fueron silenciados.

—Bueno —suspiró el diplomático, en un tono inesperadamente tranquilo—, estas cosas ya han ocurrido anteriormente. A la postre, es posible que ella llegue a preferirme algún día, cuando piense en que podría haberme comportado de un modo muy distinto a como me propongo comportarme con ella. Pero no hablemos más de eso ahora. ¿Puedo disponer de una cama en su casa esta noche?

—Esta noche desde luego. Ahora bien, ¿se marchará usted mañana temprano? —le rogó ella con inquietud, pues quería evitar a toda costa que hiciera nuevos descubrimientos—. Mi marido está lamentablemente enfermo —continuó—, de ahí que mi ausencia y la de Betty a su llegada estén debidamente justificadas.

Reynard prometió marcharse temprano y escribir pronto.

—Y cuando considere que el momento es oportuno le escribiré también a ella. Tal vez pueda decirle algo que me procure su benevolencia.

Era casi la una de la madrugada cuando la señora Dornell llegó a Falls-Park. Un doble revés la esperaba. Betty no había llegado; se había fugado a saber dónde, y la afligida madre sabía con quién. Subió a la habitación del marido, donde recibió con consternación la noticia de que el médico había abandonado toda esperanza. El hidalgo se apagaba y su condición de extrema debilidad casi había obrado un cambio en su carácter, menos en la particularidad de que conservaba la misma obstinación de siempre y se negaba a recibir la visita de un clérigo. Lloraba por cualquier palabra y sollozó al ver a su mujer. Preguntó por Betty y la señora Dornell tuvo que comunicarle con gran pesar que la joven no la había acompañado.

—¿No la estará reteniendo él?

—No, no. Se ha marchado… No volverá hasta pasado algún tiempo.

—¿Qué la detiene entonces? ¡Cruel y desnaturalizada muchacha!

—No, Thomas, no; está… No ha podido venir.

—¿Por qué razón?

La solemnidad de estos últimos momentos otorgaba de algún modo al enfermo la facultad de mostrarse inquisitorial, y la señora Dornell, pese a su gran frialdad, no pudo ocultarle la fuga que había tenido lugar esa noche en King’s-Hintock.

Recibió con asombro el efecto electrizante que la noticia causó en su marido.

—¡Ah, Betty ha sabido jugar su baza! ¡Hurra! ¡Es digna hija de su padre! ¡Es valiente! ¡Ha sabido reconocer la elección de su padre! ¡Ha querido que ganase mi candidato! ¡Bien hecho, Bet!… ¡Ja! ¡Ja! ¡Hurra!

Se había ido incorporando poco a poco en la cama mientras decía estas palabras, y cayó entonces exhausto. No volvió a pronunciar una sola palabra, y murió antes del alba. La gente dijo que hacía muchos años que nadie moría tan indignamente en una buena familia del condado.

Volvamos ahora al momento en que Betty huía a caballo con su amante. Abandonaron la finca por una oscura cancela situada al este y salieron al solitario tramo del camino por el que discurría la antigua calzada romana, conocido hoy como Long-Ash Lane.

Para entonces estaban asustados de su propia osadía, pues eran los dos jóvenes e inexpertos. Continuaron su camino a partir de ahí casi en silencio, hasta que llegaron a una posada de mala muerte que aún no había cerrado sus puertas. Betty, que hasta ese momento se había sujetado con fuerza al joven no sin desconfianza, dijo entonces que se sentía muy mal y que necesitaba acostarse.

Desmontaron por consiguiente del animal extenuado y no tardaron en verse en una estancia pequeña y oscura, donde permanecieron torpemente en pie, el uno junto al otro, como fugitivos que eran. Les llevaron enseguida una luz y quedaron a solas, momento en el que Betty se quitó la capa que la envolvía. Nada más ver su rostro el joven Phelipson profirió una exclamación de alarma.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Tienes la viruela! —gritó.

—¡Vaya… lo había olvidado! —balbució Betty. Y le refirió entonces que, al saber

de la llegada del marido la semana anterior, en un intento desesperado por apartarlo de su lado, intentó contraer la enfermedad, si bien hasta el momento había pensado que su acción no había tenido efecto alguno y había atribuido la fiebre a su estado de excitación.

Las consecuencias que esta revelación tuvo sobre Phelipson fueron abrumadoras. Hombres mucho más avezados no habrían superado semejante trance, y él era apenas un poco mayor que ella.

—¡Y has venido cogida a mí! —dijo—. ¿Y si empeoras y enfermamos los dos? ¿Qué vamos a hacer? ¡Dentro de uno o dos meses te habrás vuelto un adefesio! ¡Ay, pobre, pobre, Betty!

Presa del horror, intentó reír, pero su carcajada terminó en una risa tonta. Betty era para entonces más mujer que niña, y comprendió cómo se sentía él.

—¡Vaya! ¿Por intentar ahuyentarlo a él he terminado ahuyentándote a ti? —dijo, con desesperación—. ¿Me odias porque voy a enfermar y me volveré fea?

—¡No, no! —quiso tranquilizarla él—. Solo me pregunto si está bien lo que hacemos. Date cuenta, querida Betty, de que todo sería distinto si no estuvieses casada. Es verdad que moralmente no estás casada con él, como hemos dicho tantas veces, pero legalmente le perteneces y no puedes ser mía mientras él esté vivo. Y ahora que se ha manifestado esta terrible enfermedad tal vez fuese mejor que te llevara a casa y volviera a trepar por esa ventana.

—¿Es éste tu amor? —le reprochó Betty—. Si fueses tú el que hubiera enfermado y fueras a volverte feo como la máscara de Ooser[1] que hay en la sacristía de la iglesia, yo no…

—¡No, no, te confundes, créeme!

Pero Betty, con el corazón destrozado, ya había vuelto a envolverse en la capa y salía por la puerta. El caballo seguía esperando. Lo montó, encaramándose a una piedra, y, viendo que él la había seguido, le dijo:

—No te acerques a mí, Charley, para que si todavía no te has contagiado no te contagies en el camino de vuelta, pero por favor guía al caballo. A fin de cuentas, lo que te ahuyenta a ti también lo ahuyentará a él. Vamos.

Phelipson no pudo resistirse a sus órdenes, y regresaron por donde habían venido, mientras Betty lloraba amargamente por el castigo que ella misma se había impuesto, pues, a despecho de los reproches que acababa de hacerle al joven, su devoción le impedía en secreto culparlo por haber manifestado que su amor era tan solo superficial. Detuvieron al animal en el bosque y cruzaron el césped en silencio, hasta que llegaron a los arbustos donde habían ocultado la escalera.

—¿Quieres hacer el favor de levantarla? —le pidió ella, con voz lastimera.

El joven colocó la escalera sin decir palabra, pero cuando ella se disponía a subir dijo:

—¡Adiós, Betty!

—¡Adiós! —Y sin querer volvió su rostro hacia el de él. El joven se apartó para

evitar el beso esperado, y Betty subió entonces la escalera como si le hubiesen asestado una puñalada. Tan rápido fue su movimiento que él apenas tuvo tiempo de seguirla para evitar que cayera.

—¡Dile a tu madre que avise al médico enseguida! —le dijo con inquietud.

Ella entró en el cuarto sin mirar atrás; él descendió, retiró la escalera y desapareció.

Una vez en sus habitaciones, Betty se arrojó de bruces sobre la cama y estalló en llanto. Pese a todo, no podía dejar de pensar que la conducta de su amante estaba justificada; era su propio acto impulsivo de la semana anterior lo que estaba mal. Nadie la había oído entrar y se encontraba demasiado agotada, física y anímicamente, para pensar en recibir ayuda médica. Transcurrida una horaempezó a sentirse peor, decididamente enferma, y nadie acudía a verla a la horade acostarse. Miró a la puerta. Vio entonces las señales de que había sido forzada y se mostró reacia a llamar a ningún criado. Salió del cuarto con cautela y bajó a la planta principal.

La enferma y entristecida Betty se asombró mucho al encontrarse en el comedor a una hora tan avanzada no a su madre, sino a un hombre tranquilamente sentado, terminando de cenar. No había ningún sirviente. Al volverse el caballero, Betty reconoció a su marido.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó sin ningún preámbulo.

—Se ha marchado a ver a su padre. ¿Es usted…? —El joven se interrumpió, atónito.

—¡Sí, señor, esta cosa llena de manchas es su mujer! ¡Lo he hecho porque no quiero que se acerque usted a mí!

Él era dieciséis años mayor; tenía edad suficiente para compadecerse de ella.

—¡Mi pobre niña! ¡Debes acostarte ahora mismo! No tengas miedo de mí… yo te llevaré arriba y llamaré al médico enseguida.

—¡No sabe usted quién soy! He tenido un amante, aunque ahora se ha marchado. No he sido yo quien lo ha abandonado. Él me ha abandonado; ¡no ha querido besarme porque estoy enferma, aunque yo quería que me besara!

—¿No ha querido? En tal caso es un hombre inútil y desconsiderado. Betty, yo nunca te he besado desde que te convertiste en mi pequeña esposa, ¡cuando tenías apenas trece años! ¿Puedo besarte ahora?

Aunque Betty de ninguna manera deseaba los besos de él, conocía muy bien el espíritu de Cunigonde en la balada de Schiller[2] y quiso ponerlo a prueba.

—¡Sí, señor, si tiene usted el valor de hacerlo! —dijo—. Pero ¡tenga en cuenta que puede morir por ello!

Él se acercó a la muchacha para imprimir un beso lento en sus labios, y dijo a continuación:

—¡Ojalá vengan muchos más!

Betty negó con la cabeza y se apartó con premura, aunque en secreto se sentía complacida por esta muestra de audacia. La excitación la había mantenido en pie los

escasos minutos que llevaba en su presencia y ahora apenas tenía fuerzas para regresar a sus habitaciones. Su marido avisó a los criados y tras indicarles que se ocuparan de ella salió en busca de un médico.

Reynard esperó en la mansión al día siguiente hasta que supo por el doctor que la dolencia de Betty sería muy leve —«benigna» fue la palabra que empleó el médico—, y antes de marcharse le escribió una nota a su esposa.

Debo partir. Le he dado palabra a tu madre de que no te vería y podría enojarse si me encontrara aquí. ¿Prometes verme en cuanto te hayas recuperado?

Era, de todos los hombres vivos, el más capaz de afrontar una situación tan inoportuna como aquélla. Un hombre ingenioso, sagaz y de dulces modales, un filósofo consciente de que el único atributo constante de la vida es el cambio y convencido de que no hay nada definitivo en la actitud que pueda adoptar una mujer, aun la más desapasionada, mientras esté viva. En doce meses el enamoramiento pasajero de su esposa le desagradaría a ella tanto como le desagradaba a él en ese momento. En unos años su propia carne se habría transformado, eso decían los científicos; su espíritu, mucho más efímero, era por eso mismo más capaz de cambiar. Betty era suya, y cómo efectuar ese cambio era simple cuestión de medios.

La señora Dornell cerró los ojos de su marido y regresó a la mansión en el transcurso del día. Le causó un gran alivio encontrar allí a su hija, aunque estuviese enferma y en la cama. La viruela siguió su curso y Betty pasó entonces su convalecencia sin que las secuelas de la enfermedad le afectasen demasiado: no le quedaron más marcas que un hoyuelo detrás de la oreja y otro debajo de la barbilla.

El hidalgo no fue trasladado a King’s-Hintock. Era su deseo que lo enterrasen donde había nacido y donde había vivido antes de casarse con su Sue. Como les sucede a algunas viudas, la señora Dornell sintió con esta muerte que nunca le había demostrado a su marido el suficiente afecto en vida, despertó repentinamente a las múltiples virtudes del difunto y abrazó con sumo celo la opinión de demorar la unión de Betty, por la que antes había combatido con tanto denuedo. «¡Pobre hombre! ¡Cuánta razón tenía y cuán equivocada estaba yo!» En ningún caso debía el señor Reynard reclamar a su hija antes de los dieciocho años… ¡no, era demasiado pronto! ¡Demasiado pronto!

Tan deseosa estaba de honrar los sentimientos de su llorado esposo que escribió a su yerno para sugerirle que, en parte por la pena de Betty ante la pérdida del padre y no menos en consideración a los deseos del difunto, la muchacha debía seguir en casa hasta haber cumplido los diecinueve años.

A despecho de la culpa que pudiera imputarse a Stephen Reynard por este matrimonio, el hombre merecía a estas alturas compasión por su paciencia. Primero la veleidad de Betty y ahora el cambio radical de la madre arrepentida: era suficiente para exasperar a cualquiera. Y escribió a la madre en un tono que introdujo cierta frialdad en lo que hasta entonces había sido una amistad tan sólida. Pese a todo,

convencido de que a su mujer debía ganársela y no llevársela por la fuerza, y enterado de que Phelipson se había hecho a la mar, por decisión de su familia, Stephen se mostró complaciente en cierta medida; regresó a Londres para alejarse de Betty y de su madre, quien decidió por el momento seguir en el campo. Una vez en la ciudad sufrió un leve acceso de viruela, si bien en sus cartas a Betty se cuidaba de no hacer hincapié en la levedad de la dolencia. Ella empezaba entonces a compadecerse de él por el daño que le había infligido con aquel beso, y su correspondencia adquirió en lo sucesivo un sabor de inequívoca amabilidad.

Tanto rechazo terminó por despertar en Reynard un amor verdadero, a su manera plácida y duradera, un afecto que en conjunto tiende a ocuparse del bienestar de la mujer en la institución del matrimonio, si no particularmente de su éxtasis. Le importunó la exageración con que la señora Dornell se empeñó en honrar los deseos del marido respecto al aplazamiento de su vida en común, pese a lo cual no quiso contravenir sus órdenes abiertamente. Siguió escribiendo a Betty afectuosamente y pronto le hizo saber que tenía una pequeña sorpresa para ella. El secreto era que el rey había tenido la deferencia de comunicarle en privado, por mediación de un pariente, que se disponía a otorgarle una baronía. ¿Le gustaría a ella adscribirla al territorio de Ivell? Tenía además razones para creer que en el plazo de unos años la dignidad se elevaría a la de conde, para lo cual estimaba sumamente apropiado el título de Wessex, puesto que era allí donde se encontraban buena parte de sus propiedades comunes. Así las cosas, en su calidad de lady Ivell y de futura condesa de Wessex, por tercera vez le pedía que le entregase ella su corazón.

No añadió, como tal vez hubiera podido añadir, en qué medida había influido en tan deseable honor la consideración de las grandes fincas de King’s-Hintock y otras que habrían de heredar primero Betty y sus hijos después de ella.

Si esta noticia tuvo en verdad algún efecto en la estima de Betty es cosa que no puedo asegurar, pues era el suyo uno de esos caracteres cerrados que nunca desvelan su opinión sobre nada. Es, sin embargo, cierto que tal distinción fue para ella del todo inesperada, y no pudo negar que Stephen le había demostrado bondad, tolerancia y hasta magnanimidad; le había perdonado una pasión descarriada que bien hubiera podido denunciar con todo derecho, por encima de su cruel situación como niña atrapada en un matrimonio antes de haber desarrollado la capacidad necesaria para comprender lo que éste entrañaba.

La madre, en su dolor y remordimiento por la vida carente de amor que había llevado con su tosco aunque bondadoso marido, convertía en credo aun el menor de los caprichos que él hubiera podido manifestar, y así seguía insistiendo en que, por respeto a sus deseos, no debía su yerno residir con Betty hasta que hubiese pasado al menos un año desde la muerte del padre, fecha para la cual la joven tendría aún diecinueve años. Debía contentarse Stephen hasta entonces con su correspondencia.

—Es excesivo imponerle una espera tan larga —dijo Betty un día, con vacilación.

—¡Cómo! —exclamó su madre—. ¿Tú? ¿Cómo te atreves a contradecir los

deseos de tu querido y difunto padre…?

—Naturalmente que así debe ser —se apresuró a responder Betty—. No lo discuto. Solo pensaba que… que…

En los largos y lentos meses del intervalo estipulado la madre instruyó minuciosamente a Betty en sus futuros deberes. Plenamente consciente ahora de las muchas virtudes de su querido y difunto esposo, entre otros piadosos actos de devoción en su memoria mandó reconstruir la iglesia local de King's-Hintock y fundó importantes organizaciones benéficas en todas las parroquias del municipio, hasta Little-Hintock, a varios kilómetros al este.

Betty la acompañó en todo momento en la supervisión de estos trabajos, particularmente en la reconstrucción de la iglesia, y fueron sin duda las incidencias de su ejecución de no poco consuelo para el ánimo de la joven. Había pasado bruscamente de niña a mujer, y muy pocos habrían reconocido en su semblante reflexivo a la misma persona que, un año antes, parecía no tener la menor noción de la responsabilidad, ya fuese moral o de otra índole. Transcurrió así un año desde el día en que el hidalgo pasara a descansar en el panteón familiar, y la señora Dornell recibió una carta del paciente Reynard en la que éste preguntaba si accedía ya a su llegada. No deseaba alejar a Betty de su madre si se sentía ésta demasiado sola, pero de buen grado aceptaría vivir una temporada con ellas en King's-Hintock.

Antes de que la viuda hubiese respondido a esta misiva, observó un día a Betty, que caminaba por la terraza a la luz del sol, sin manto ni sombrero, y quedó impresionada por la figura de su hija. La señora Dornell la hizo entrar y le preguntó al momento:

—¿Has visto a tu marido desde que murió tu pobre padre?

—Bueno… sí, señora —dijo Betty, sonrojándose.

—¡Cómo…! ¡En contra de mis deseos y de los del querido difunto! ¡Me horroriza tu desobediencia!

—Pero mi padre dijo a los dieciocho, madre, y has sido tú quien lo ha prolongado.

—Naturalmente… ¡por consideración hacia ti! ¿Cuándo lo has visto?

—Bueno —tartamudeó Betty—. En sus cartas me decía que yo le pertenecía y que si nadie sabía que nos veíamos no ocurriría nada. Y decía también que no te lo dijera, por no herir tus sentimientos.

—¿Y?

—Fui a Casterbridge esa vez que tú te marchaste a Londres, hará unos cinco meses…

—¿Y allí le viste? ¿Cuándo regresaste?

—Se hizo muy tarde, querida madre, y él dijo que era mejor aplazar la vuelta para el día siguiente, pues los caminos eran peligrosos; y como tú no estabas en casa…

—¡No quiero oír una palabra más! ¿Es éste el respeto que demuestras por tu difunto padre? —tronó la viuda—. ¿Cuándo volviste a verlo?

—No hace más de quince días.

—¡Quince días! ¿Cuántas veces lo has visto en total?

—Estoy segura, madre, de que no lo he visto más de una docena de veces… quiero decir a solas y sin contar…

—¡Una docena! ¡Y apenas tienes dieciocho años y medio!

—Dos veces nos encontramos por casualidad —explicó Betty en tono de súplica —. Una vez en Abbot's-Cernel, en la habitación en ruinas que hay en la casa del guarda, y otra vez en el León Rojo de Melchester.

—¡Serás mentirosa! —exclamó la señora Dornell—. ¡Una casualidad te llevó a la taberna del León Rojo mientras yo estaba en White Hart! Recuerdo… me pregunté qué había podido ocurrir y tú llegaste a casa a las doce de la noche y dijiste que habías estado contemplando la catedral a la luz de la luna.

—¡Y eso hice, mi muy honrada madre! Solo fui con él al León Rojo después.

—¡Ay, Betty, Betty! ¡Que mi propia hija me haya engañando en mi viudedad!

—Pero, madre querida, ¡fuiste tú quien quiso que me casara con él —exclamó Betty con ardor— y, como es natural, ahora debo obedecerlo a él antes que a ti!

La señora Dornell suspiró.

—Solo puedo decir que más vale que tu marido venga lo antes posible. No puedes seguir fingiendo que eres una doncella… ¡me avergüenzo de ti!

Al instante escribió a Stephen Reynard con las siguientes palabras: «Me desentiendo de todo lo que concierna a los dos, si bien es mi consejo que se unan abiertamente a la mayor brevedad… si es su deseo evitar el escándalo».

Se presentó Reynard, aunque no antes de haberle sido otorgado el prometido título y de poder llamar a Betty maliciosamente «mi lady».

La gente decía al cabo de los años que ambos fueron muy felices. Fuera esto cierto o no, el caso es que tuvieron una familia muy numerosa y ella se convirtió a su debido tiempo en la primera condesa de Wessex, tal como él había predicho.

El pequeño vestido con que se casó a la tierna edad de trece años se ha conservado celosamente entre las reliquias de King's-Hintock Court, donde aún pueden contemplarlo los curiosos: un testimonio amarillento y patético de lo poco que contaba la felicidad de una niña inocente en la estrategia social de aquellos tiempos y que podría haber conducido, aunque providencialmente no fue así, a una gran infelicidad.

A la muerte del conde, Betty escribió para él un epitafio en el que lo calificaba del mejor de los maridos, de los padres y de los amigos, y se llamaba a sí misma su desconsolada viuda.

Así son las mujeres; o, mejor dicho (por no ofender a nadie con una generalización tan abarcadora), así era Betty Dornell.

Fue en el curso de una reunión del Club de Naturaleza y Arqueología de Wessex donde la historia precedente, en parte contada de viva voz, en parte leída de un manuscrito, sustituyó a los textos reglamentarios sobre mariposas deformes, cuernos

de buey fosilizados, montículos de excrementos prehistóricos y otros asuntos afines que por lo común ocupaban la rigurosa atención de sus miembros.

Tenía este club un carácter inclusivo e intersocial y era por ello ciertamente notable en aquella zona de Inglaterra en la cual se hallaba establecido: el querido y delicioso Wessex, cuyas dinastías comienzan apenas ahora a sentir la agitación de ese espíritu nuevo y extraño, llegado de fuera, como la que se adueñó del solitario valle donde Ezequiel tuvo su visión e hizo que se movieran los huesos secos[3]; donde honrados hidalgos, comerciantes, párrocos, dependientes y vecinos en general continúan alabando al Señor con una sola voz por haberles ofrecido el mejor de los mundos posibles.

El encuentro en cuestión, que se prolongó por espacio de dos días, se había iniciado con una visita a los edificios y dependencias del museo municipal. Tras el almuerzo, cuando los socios se disponían a emprender su excursión vespertina, empezó a caer un aguacero persistente que no daba muestras de cesar pronto. Mientras esperaban a que escampase, empezaron a sentir fresco, a pesar de que solo era otoño; de ahí que se encendiera la chimenea y el fuego proyectara un alegre resplandor sobre los cráneos barnizados, las urnas, los penachos, las teselas, los vestidos, las sacas del correo, las armas, los misales y los fósiles de ictiosaurios e iguanadontes, al tiempo que los ojos muertos de las aves disecadas —ejemplares nunca ausentes en este tipo de colecciones, aunque exterminados fuera de aquel recinto— brillaban como seguramente debieron de hacerlo al elevarse el sol sobre los páramos circundantes en la mañana fatal en que el gatillo de un arma puso fin a su breve vuelo. Fue entonces cuando el historiador sacó este manuscrito, que había preparado, según dijo, con vistas a su publicación. Concluido el relato, tal como aquí se ha consignado, el orador expresó la esperanza de que las inclemencias climáticas y la escasez de documentos más científicos excusaran la inoportunidad de su narración.

Algunos socios observaron que un club confinado por una tormenta no podía permitirse ser selectivo, y todos le agradecieron sobremanera aquel curioso capítulo de la historia íntima del condado.

El presidente, que con aire melancólico miraba caer la lluvia junto a la ventana, interrumpió un breve silencio para señalar que, si bien el club se encontraba reunido, parecía poco probable que pudieran visitar los lugares de interés que figuraban en sus planes.

El tesorero señaló que al menos tenían un techo, y aún disponían de todo el día siguiente.

Un socio de temperamento sentimental, arrellanándose en su sillón, declaró que él no tenía ninguna prisa por salir de allí y que nada le agradaría tanto como escuchar otra historia del condado, con o sin manuscrito.

El coronel añadió que debía versar sobre una dama, como la anterior, a lo cual un caballero conocido como Chispas se apresuró a decir:

—¡Eso! ¡Eso!

Aunque hablaban en broma, un deán rural que estaba presente observó con cierta acritud que no había escasez de material en ese sentido. Eran muchas por cierto las leyendas y tradiciones de dulces y nobles damas, famosas en tiempos pasados en aquella zona de Inglaterra, cuyas acciones y pasiones estaban ya, salvo en la memoria de los hombres, enterradas bajo la breve inscripción de alguna tumba o perdidas bajo una entrada de fechas en una árida genealogía.

Otro de los socios, un médico anciano, personaje algo serio aunque sociable, era de la misma opinión de quien así había hablado, y estaba plenamente convencido de que la memoria del reverendo abundaba en historias igualmente curiosas de hermosas damas, de sus amores y de sus odios, de sus alegrías y de sus desdichas, de su belleza y de su destino.

El deán, ligeramente confundido, repuso que su amigo el médico, por ser también hijo de médico, era a buen seguro el más versado de los presentes en esta tradición, como hombre que había visto mucho y oído todavía más tanto en el curso de su propia práctica profesional como por vía paterna.

Ratón de Biblioteca, el coronel, el historiador, el vicepresidente, el coadjutor, los dos clérigos, el comerciante, el hombre sentimental, el destilador rubicundo, el caballero tranquilo, el hombre de familia, Chispas y muchos otros coincidieron plenamente y le rogaron que recordara alguna historia. Respondió el anciano médico que, si bien una reunión del Club de Naturaleza y Arqueología de Wessex era el último lugar en el que se le hubiera ocurrido que pudiera verse instado de esta manera, no tenía objeción alguna; y el párroco añadió que él sería el siguiente. Reflexionó el médico unos instantes y decidió referir la historia de una dama llamada Barbara, que vivió hacia el final del siglo anterior, disculpándose de antemano por el carácter acaso excesivamente profesional de su relato. El destilador rubicundo le hizo un guiño a Chispas al oír esta disculpa, y el médico dio comienzo a su narración.

Diciembre de 1880

Dama segunda. Barbara de la casa de Grebe, por el anciano médico

Fue al parecer un pensamiento, antes que una pasión, lo que inspiró en lord Uplandtowers la resolución de conquistarla. Nadie llegó a saber jamás en qué momento tomó esta decisión o de dónde le vino el convencimiento de que lo conseguiría, a la vista del disgusto manifiesto que ella sentía por él. Es posible que no ocurriera antes de este importante suceso en la vida de la muchacha que me dispongo a relatar. La madurez y la cínica obstinación que este caballero mostraba ya a la edad de diecinueve años, cuando el impulso gobierna sobre el cálculo en la mayoría de los casos, era de cierto notable y acaso obedeciera tanto al hecho de haber heredado en su infancia el título de conde, con sus correspondientes honores locales, como al carácter familiar. Esta distinción lo elevó a la madurez, por así decir, sin haber conocido la adolescencia. Acababa de cumplir los doce años cuando su padre, el cuarto conde, murió tras un tratamiento termal en Bath.

En todo caso, el carácter familiar tuvo mucho que ver en ello. La determinación era un rasgo hereditario entre quienes ostentaban este blasón; unas veces para bien, otras veces para mal.

Se hallaban las residencias de ambas familias a unos quince kilómetros de distancia, comunicadas por el hoy viejo, entonces nuevo, camino de peaje que unía Havenpool y Warborne con la ciudad de Melchester; un camino que, si bien era tan solo un ramal de lo que a la sazón se conocía como la Gran Calzada Occidental, muy probablemente siga siendo, incluso en estos días, lo mismo que ha sido en el curso de los últimos cien años: uno de los más notables ejemplos que pueden encontrarse en Inglaterra del uso del macadán en la ingeniería.

La mansión del conde, como la de su vecino, el padre de Barbara, se alzaba a cosa de un kilómetro de la calzada, con la cual se comunicaban ambas por una avenida y un pabellón, como es habitual. Fue esta calzada en particular la que recorrió el joven conde cierta noche de las navidades de allá por 1780 para asistir a un baile en Chene Manor, residencia de Barbara y de sus padres, sir John y lady Grebe. La de sir John era una baronía creada pocos años antes de que se declarase la Guerra Civil y eran sus tierras mucho más extensas que las del propio lord Uplandtowers, pues comprendían la antedicha mansión de Chene, otra en la costa cercana, la mitad del Centenar de Cockdene, además de algunas tierras bien cercadas en algunas otras parroquias, principalmente la de Warborne y otras poblaciones aledañas. Barbara tenía por entonces apenas diecisiete años y fue este baile la primera ocasión en la cual tenemos noticia de que lord Uplandtowers intentase acercarse a ella con fines galantes; y bien sabe Dios que fue muy pronto.

Se dice que un amigo íntimo —uno de los Drenkhard— había almorzado ese día con el conde y, por asombroso que pueda parecer, lord Uplandtowers confió a su invitado las secretas intenciones de su corazón.

—Amigo mío, no la conseguirá nunca… estoy seguro; ¡no la conseguirá nunca!

—dijo el invitado en el momento de despedirse—. Ella no siente ninguna inclinación amorosa por su señoría, y en cuanto a la posibilidad de que pudiera buscar un buen casamiento, le aseguro que no hay en esta dama cálculo alguno.

—Eso ya se verá —respondió impasible lord Uplandtowers.

Es muy posible que pensara en este pronóstico mientras recorría el camino en su berlina tirada por cuatro caballos, pero el reposo escultural de su perfil sobre la mano derecha, a la luz del día que ya declinaba, habría revelado al amigo que la ecuanimidad del conde no se veía alterada en absoluto. Arribó a la solitaria taberna del camino llamada Posada de Lornton, lugar de encuentro de más de un osado cazador furtivo dispuesto a ejercitar sus actividades en el bosque colindante; y, de haberse tomado la molestia de mirar, tal vez habría reparado en una desconocida silla de posta detenida a la puerta. Pasó a gran velocidad y media hora más tarde cruzaba la pequeña localidad de Warborne. A un kilómetro y medio de allá se encontraba la residencia donde iban a recibirlo.

Era en ese entonces un edificio imponente —o mejor dicho, un conjunto de edificios—, tan extenso como la mansión del propio conde, aunque mucho menos regular. Una de las alas era manifiestamente de una antigüedad extrema y se hallaba dotada de enormes chimeneas cuyas estructuras se proyectaban como torres desde la fachada; disponía de una cocina de amplísimas dimensiones donde (según se decía) se habían preparado desayunos para Juan de Gante. Ya en el patio llegó a sus oídos el ritmo de las trompas y los clarinetes, los instrumentos favoritos de aquellos días en tales diversiones.

Al entrar en el gran salón, donde lady Grebe acababa de abrir el baile con un minueto —eran las siete en punto, según la tradición—, el conde fue recibido con la bienvenida correspondiente a su posición y buscó a Barbara con la mirada. La joven no estaba bailando y parecía preocupada, casi se diría que lo estuviese esperando. Barbara era en esos días una muchacha buena y hermosa, que jamás hablaba mal de nadie y detestaba lo menos posible a las demás mujeres bellas. No rechazó al conde cuando éste le pidió el siguiente baile popular y poco después aceptó ser su pareja en un segundo.

La velada transcurría envuelta en la alegre melodía de las trompas y los clarinetes. Barbara no manifestaba una clara preferencia por su pretendiente, pero tampoco daba muestras de aversión, pese a lo cual unos ojos bien experimentados habrían detectado que cavilaba algo. Desapareció después de la cena, aduciendo un dolor de cabeza. Por pasar el rato mientras la muchacha estaba ausente, lord Uplandtowers entró en una pequeña estancia contigua a la larga galería, donde algunos caballeros de cierta edad se habían reunido junto a la chimenea —el baile por el baile no casaba con el carácter flemático del conde— y, corriendo las cortinas, miró por la ventana hacia el jardín y el bosque, oscuros ya como una caverna. Algunos invitados se marchaban ya, pese a ser tan temprano, pues vio dos luces que se alejaban de la puerta y se perdían en la distancia.

La anfitriona asomó la cabeza en busca de parejas para las damas, y lord Uplandtowers accedió a su solicitud. Lady Grebe le informó de que Barbara no había regresado al salón de baile; había tenido que acostarse por pura necesidad.

—Ha estado tan nerviosa por el baile todo el día —continuó la madre— que adiviné que se cansaría pronto… Pero supongo, lord Uplandtowers, que no irá usted a dejarnos todavía.

El conde respondió que eran casi las doce y que otros ya se habían marchado.

—Le aseguro que nadie se ha marchado por el momento —dijo lady Grebe.

Por complacer a la dama se quedó hasta la medianoche. No había progresado en su cortejo, pero sí se había asegurado de que Barbara no daba preferencia a otros invitados, y eso que estaba allí el vecindario casi al completo.

«Es tan solo cuestión de tiempo», se dijo tranquilamente el joven filósofo.

Al día siguiente no se levantó hasta cerca de las diez, y se disponía a bajar las escaleras cuando oyó ruido de cascos en la gravilla de la avenida; en unos momentos se abría la puerta, y sir John Grebe lo esperaba ya en el vestíbulo cuando el conde puso el pie en el último peldaño.

—Mi lord… ¿Dónde está mi hija, Barbara?

Ni siquiera el conde de Uplandtowers pudo contener su asombro.

—¿Qué sucede, mi querido sir John? —preguntó.

Las noticias fueron ciertamente inquietantes. De la inconexa explicación del barón coligió lord Uplandtowers que, tras su partida y la de otros invitados, sir John y lady Grebe se retiraron a descansar sin haber visto a Barbara; dieron por hecho que su hija se había acostado cuando envió recado de que no podía seguir sumándose al baile. Antes de ese momento le comunicó a su doncella que no precisaría de sus servicios por esa noche, aunque todo indicaba que la dama no había llegado a acostarse, pues su cama estaba intacta. Las circunstancias parecían indicar que la astuta muchacha había fingido hallarse indispuesta para abandonar el baile y salir de la casa diez minutos más tarde, presumiblemente mientras se reanudaba la fiesta después de cenar.

—Yo la vi partir —anunció lord Uplandtowers.

—¡No es posible! —exclamó sir John.

—Sí. —Y contó cómo vio alejarse las luces de un carruaje, a pesar de que lady Grebe le aseguró que ningún invitado se había marchado todavía.

—¡Seguro que fue así! —dijo el padre—. Pero ¡no se ha ido sola, como bien puede usted suponer!

—Ah… ¿quién es el joven?

—No puedo asegurarlo. El peor de mis temores es la más plausible de mis sospechas. No diré más. Pensé, aunque me costaba creerlo, que tal vez fuera usted el pecador. ¡Ojalá lo hubiera sido! Pero ha sido el otro, ha sido el otro, ¡por Dios! ¡Debo ir en su busca!

—¿De quién sospecha usted, señor?

Sir John no quería dar ningún nombre y, más aturdido que agitado, lord Uplandtowers lo acompañó de vuelta a Chene. Una vez más preguntó hacia quién se dirigían las sospechas del barón, y el impulsivo sir John no pudo resistir su insistencia. Dijo al fin:

—Me temo que sea Edmond Willowes.

—¿Quién es?

—Un joven de Shottsford-Forum, hijo de una viuda —dijo el barón, y explicó que el padre de Willowes, o su abuelo, fue el último de los pintores de vidrieras del lugar, donde (como es posible que ustedes sepan) este arte ha perdurado después de que se hubiese extinguido en el resto de Inglaterra.

—¡Por Dios, eso es terrible! —exclamó lord Uplandtowers, desplomándose en el asiento con glacial desesperación.

Se enviaron emisarios en todas las direcciones: uno por el camino deMelchester, otro por Shottsford-Forum y otro a la costa.

Pero los amantes les llevaban diez horas de ventaja, y saltaba a la vista que habían elegido con buen criterio el momento de su fuga, pues esa noche en particular un carruaje desconocido no podía levantar la menor sospecha ni en la propia finca ni en los caminos de los alrededores, habida cuenta del intenso tráfico de vehículos. La silla de posta que se había visto esperando a la puerta de la Posada de Lornton era, sin lugar a dudas, la que utilizaron para escapar, y parecía muy probable que el par de cerebros que habían concebido un plan tan astuto ya se las hubiera ingeniado para contraer matrimonio.

Los temores de sir John y lady Gerbe resultaron fundados. Una carta de Barbara, enviada a través de un mensajero especial en la noche de ese mismo día, informaba brevemente a los padres de que se encontraba con su amante camino de Londres, y antes de que esta comunicación llegase a sus manos se hallarían ya unidos como marido y mujer. Si había dado la joven un paso tan extremo era porque amaba a su querido Edmond como no podría amar a ningún otro y porque se veía sentenciada a casarse con lord Uplandtowers, a menos que eliminara personalmente, obrando como había obrado, toda posibilidad de sufrir semejante destino. Había sopesado debidamente su decisión y estaba dispuesta a vivir como cualquier esposa de un hombre sencillo, de campo o de ciudad, si su padre la repudiaba por esta acción.

—¡Maldita sea! —exclamó lord Uplandtowers cuando volvía a casa esa noche—. ¡Maldita imbécil! —Lo cual demuestra la calidad del amor que sentía por ella.

Sir John ya había salido en persecución de la pareja, considerando que tal era su deber, y como un poseso llegó a Melchester y allí tomó el camino directo hasta la capital. No tardó en darse cuenta de que actuaba sin sentido alguno y poco después, al saber que la boda ya se había celebrado, renunció a cualquier intento de encontrarlos en la ciudad, regresó a casa y se sentó con su esposa para digerir lo ocurrido de la mejor manera posible.

Estaba en su mano querellarse contra ese Willowes por el rapto de la heredera,

pero, una vez examinados los hechos, para entonces irrevocables, se abstuvieron de reclamar un castigo violento. Transcurrieron unas seis semanas, en el curso de las cuales los padres de Barbara, aun cuando lamentaban profundamente la pérdida, no establecieron comunicación de ninguna clase con la fugitiva, ya fuese para reprocharle sus actos o para perdonarla. Siguieron pensando en la desgracia que la muchacha había atraído sobre sí, pues aunque el joven fuese un hombre honrado, e hijo de un padre honrado, este último había fallecido prematuramente, y achacaron la imperfecta educación del muchacho a los apuros de la viuda para subsistir. Carecía además su linaje de toda distinción, mientras que el de Barbara, por descendencia materna, se componía de los mejores fluidos de la antigua destilación nobiliaria y contenía tinturas de Maundeville, de Mohun, de Syward, de Peverell, de Culliford, de Talbot, de Plantagenet, de York, de Lancaster y sabe Dios de cuántos más, que sería una pena grandísima echar a perder.

Sentados junto a la chimenea encastrada en un arco Tudor que lucía en los flancos los escudos de la familia, los padres se lamentaban de viva voz, lady Grebe más que sir John.

—¡Quién nos iba a decir que podría ocurrirnos una cosa así a esta edad tan avanzada! —dijo sir John.

—¡Habla por ti! —protestó su mujer entre sollozos—. ¡Yo solo tengo cuarenta y uno! ¿Por qué no corriste más para alcanzarlos?

Mientras tanto los recién casados, sin prestar más atención a su sangre que al agua de una acequia, eran inmensamente felices… felices, claro es, en la escala descendente que, como todos sabemos, ha dispuesto el Cielo en su sabiduría para semejantes situaciones de arrebato; quiere esto decir que la primera semana se encontraron en el séptimo cielo, la segunda en el sexto, la tercera se mostraron comedidos, la cuarta reflexivos y así sucesivamente, pues el corazón de un amante, una vez posee el objeto de su anhelo, es comparable a la Tierra en sus etapas geológicas, tal como a veces nos las describe nuestro apreciado presidente: magma primero incandescente, después tibio, más tarde rescoldos frescos y finalmente fríos… no es menester ampliar el símil. Sucedió, en resumidas cuentas, que un día llegó una carta para sir John y lady Grebe que llevaba el sello de su hija, y al abrirla supieron que la joven pareja suplicaba el perdón de sir John y prometía caer de rodillas y comportarse en lo sucesivo como hijos modélicos.

Volvieron a sentarse los padres junto a la chimenea de arco Tudor, deliberaron y leyeron nuevamente la carta. Sir John Grebe, si hay que decir verdad, amaba la felicidad de su hija mucho más, pobre hombre, que su nombre o su linaje; evocó mentalmente las costumbres y maneras de la muchacha y exhaló un suspiro. Y acostumbrado para entonces a la idea del matrimonio, señaló que lo hecho no tenía vuelta atrás y expresó la idea de que no debían mostrarse demasiado severos con ella. Era posible que Barbara y su marido estuvieran en una situación de verdadera necesidad; ¿cómo podían dejar que su única hija pasara hambre?

Recibieron además, inesperadamente, una noticia consoladora. A través de una fuente digna de toda credibilidad supieron que un antepasado del plebeyo Willowes se había visto honrado por su matrimonio con la descendiente de una familia aristocrática venida a menos. Tal es la estupidez de los padres distinguidos, y a veces también de los corrientes, que ese mismo día escribieron a la dirección que Barbara indicaba para comunicarle que podía volver a casa y traer consigo a su marido; no se negarían a recibirlo, no le harían a ella ningún reproche y se esforzarían en darles la bienvenida a ambos, así como en organizar lo mejor para el futuro de la pareja.

Pasados tres o cuatro días una maltrecha silla de posta llegó a las puertas de Chene Manor, y nada más oírla el bondadoso barón y su esposa salieron corriendo como si fuesen a recibir a un príncipe y una princesa. Vieron con júbilo que su malcriada hija regresaba sana y salva, por más que solo fuera la señora Willowes, mujer de Edmond Willowes, un don nadie. Barbara estalló en lágrimas de arrepentimiento y ambos se mostraron bastante contritos, pues no contaban con una sola guinea que pudiesen considerar propia.

Cuando los cuatro se hubieron tranquilizado, y sin que la joven pareja recibiera una sola palabra de censura, discutieron la situación con sobriedad, Willowes sentado en un discreto segundo plano hasta que lady Grebe le invitó a acercarse en un tono que nada tenía de frío.

«¡Qué apuesto es! —se dijo la madre—. No me sorprende que Barbara haya perdido la cabeza.»

Cierto es que era uno de los hombres más atractivos que jamás hayan puesto sus labios en los de una muchacha. Casaca azul, chaleco púrpura oscuro y medias calzas grises componían una figura que difícilmente podía superarse. Tenía unos ojos grandes y oscuros, preocupados en ese momento, que miraban a Barbara, luego a sus padres y regresaban con ternura a la muchacha, a quien bastaba observar, aun en esa circunstancia de inquietud, para comprender por qué la *sang froid* de lord Uplandtowers había adquirido una temperatura superior a la de la simple tibieza. Su hermoso rostro (a decir de las mujeres de avanzada edad) aparecía bajo un sombrero cónico de color gris, ribeteado con plumas de avestruz, y las puntas de sus pies menudos asomaban por debajo de la enagua ocre oculta bajo un vestido morado. Su rasgos no eran corrientes: eran casi infantiles, como puede verse en algunas miniaturas de la familia; la boca denotaba una gran sensibilidad, y saltaba a la vista que entre sus defectos no figuraba el mal genio, excepto en situaciones extremas.

Analizaron las circunstancias en las que se encontraban, y el deseo de obtener la benevolencia de aquellos de quienes dependían literalmente para todo indujo a la pareja a aceptar cualquier medida acomodaticia, siempre que no fuera ésta irritante en demasía. Y así, como llevaban ya casi dos meses unidos en matrimonio, no se opusieron a la propuesta de sir John de proveer a Edmond Willowes de los fondos necesarios para pasar un año viajando por el continente en compañía de un tutor, a condición de que el joven se comprometiera a seguir las instrucciones de aquél con la

mayor diligencia, en tanto se iba puliendo por dentro y por fuera hasta alcanzar el grado requerido para el marido de una dama como Barbara. Tendría que aplicarse en el estudio de idiomas, costumbres, historia, sociedad, ruinas y todo cuanto pasara ante sus ojos, para que a su regreso pudiera ocupar sin sonrojo su lugar junto a su mujer.

—Y para entonces —señaló el encomiable sir John— tendré todo dispuesto en mi casa de Yewsholt para que Barbara y tú la ocupéis a tu regreso. La casa es pequeña y está algo apartada, pero será suficiente para una pareja joven por algún tiempo.

—¡Aunque no fuese más grande que una casa de verano bastaría igualmente! —observó Barbara.

—¡Aunque no fuese más grande que una silla de mano! —exclamó Willowes—. Y mejor cuanto más solitaria.

—Podemos soportar la soledad —dijo Barbara, con algo menos de entusiasmo—. Seguro que nos visitarán algunos amigos.

Una vez dispuesto todo lo anterior se hizo venir a un tutor —un hombre de muchos talentos y gran experiencia—, y una hermosa mañana discípulo y maestro emprendieron su viaje. Se adujo una importante razón en contra de que Barbara acompañase a su joven marido, siendo ésta que la atención natural que el joven dispensaba a su mujer le impediría dedicar con el celo necesario cada hora de su tiempo al aprendizaje, y resultó este argumento de una sabiduría y una clarividencia incontestables. Se establecieron unos días determinados para la correspondencia, Barbara y Edmond intercambiaron en la puerta sus últimos besos, y la silla de posta pasó bajo el arco de entrada para alejarse por la avenida.

El joven escribió desde Le Havre, nada más llegar a puerto tras siete largos días de travesía, a causa de los vientos adversos; escribió desde Rouen y desde París; describió sus impresiones del rey y de la corte en su visita a Versalles, así como los magníficos espejos y trabajos en mármol que viera en este palacio; escribió después desde Lyon y a continuación desde Turín, tras un intervalo algo más prolongado, relatando la azarosa aventura del paso del Mont Cenis a lomos de una mula y la aterradora tormenta de nieve que les sorprendió en el camino, que a punto había estado de acabar con su vida, la de su tutor y la de sus guías. Luego escribió deslumbrado por Italia, y Barbara pudo ver reflejada en sus cartas mes a mes la evolución que estaba experimentando su marido, además de admirar profundamente a su padre por haber dispuesto esta educación para Edmond. Sin embargo, la muchacha suspiraba a veces —no estando presente el marido para fortalecerla en la decisión que había tomado al elegirlo— y empezaba a temer los tormentos que el futuro acaso le reservara en razón de esta *mésalliance*[1]. Salía muy rara vez, pues en una o dos ocasiones en que se había visto con sus amigos de antes los notó muy distintos en su trato, como si pensaran: «¡Ah, mujer de un simple paisano, has caído en una trampa!».

Las cartas de Edmond eran tan cariñosas como siempre, incluso lo fueron más, pasado algún tiempo, que las de ella a él. Barbara se percataba de su creciente

frialdad, y como muchacha buena y honrada que era sus propios sentimientos le causaban horror y pesar, pues era su único deseo conducirse con fidelidad y rectitud. Tanto se atormentaba que rogaba en sus oraciones que le fuese concedido un corazón más afectuoso, y terminó por pedir a su marido, ahora que se encontraba en el país del Arte, que le enviara su retrato, muy pequeño, para que pudiera ella mirarlo a todas horas y todos los días y no olvidar su rostro en ningún momento.

Willowes no se mostró reacio y respondió diciendo que haría algo mejor todavía: había trabado amistad con un escultor de Pisa, que manifestaba un hondo interés por él y su historia, y le había encargado un busto de mármol, que le enviaría en cuanto estuviera terminado. Barbara deseaba algo más inmediato, si bien se abstuvo de manifestar ninguna objeción por el retraso; pero, en su siguiente carta, Edmond le decía que el escultor, por decisión propia, se proponía ampliar el busto a una escultura de tamaño natural, tal era su anhelo de ver cómo una muestra de su arte atraía la atención de la aristocracia inglesa. La escultura avanzaba a buen ritmo y satisfactoriamente.

Barbara se ocupaba entretanto de su hogar de Yewsholt Lodge, la vivienda que su bondadoso padre había dispuesto para el momento en que el marido regresara. Era una construcción pequeña sobre la planta de una mayor: una casa de campo edificada a la manera de una mansión, provista de un vestíbulo central circundado por una galería de madera y de habitaciones no mayores que armarios para sustentar esta estructura. Se alzaba en una ladera solitaria, rodeada de árboles tan frondosos que los pájaros que poblaban sus ramas cantaban a horas extrañas, pues apenas lograban discernir el día de la noche.

Barbara visitó con frecuencia la casa mientras se realizaban las reformas. Pese a encontrarse tan aislada en el bosque, ésta no estaba lejos del camino, y un día, mientras miraba desde la cerca, vio pasar por allí a lord Uplandtowers a caballo. La saludó él con cortesía, aunque con un envaramiento mecánico, y no se detuvo. Barbara volvió a casa y una vez más rezó por no dejar de amar a su marido. Enfermó a continuación, y no pudo salir en mucho tiempo.

El año de formación de Edmond se había ampliado a catorce meses y la casa estaba lista para acogerlo a su regreso, en compañía de Barbara, cuando, en lugar del habitual correo para ella, llegó una carta para sir John Grebe escrita por el tutor, en la que se informaba de la terrible desgracia que les había ocurrido en Venecia. El señor Willowes y el tutor acudieron una noche al teatro la semana previa de Carnaval, con intención de presenciar una comedia italiana, y, por el descuido de uno de los apagavelas, el teatro se había incendiado y venido abajo. Muy pocos perdieron la vida, gracias a los esfuerzos sobrehumanos de algunos de los miembros del público por rescatar a los heridos inconscientes, y de todos ellos fue el señor Willowes el que más heroicamente arriesgó su vida. Cuando entraba por quinta vez para salvar a sus congéneres, cayeron sobre él algunas vigas en llamas, y se le dio por muerto. Se recuperó, sin embargo, por obra de la Providencia, y aún conservaba la vida, si bien

había sufrido quemaduras muy graves; y casi milagrosamente había logrado sobrevivir, pues era su constitución de una fortaleza extraordinaria. Naturalmente, no se hallaba en condiciones de escribir, pero estaba recibiendo los cuidados de los mejores médicos. Tendrían más noticias con el siguiente correo o por emisario privado.

El tutor no detallaba el sufrimiento del pobre Willowes, pese a lo cual, nada más conocer la noticia, Barbara comprendió lo terrible que debió de ser para él y fue su instinto inmediato correr junto a su marido; pero, tras sopesar la posibilidad, juzgó imposible emprender tal viaje. Su salud estaba muy debilitada, y cruzar Europa en esa época del año o aventurarse a la travesía del golfo de Vizcaya en un velero eran empresas que difícilmente podían justificarse por su resultado. Estaba sin embargo ansiosa por partir, hasta que releyendo el final de la misiva cayó en la cuenta de que el tutor de su marido se mostraba de todo punto contrario a esta decisión, si es que llegaba a contemplarse, y los médicos eran de la misma opinión. Y, aunque el compañero de Willowes se abstenía de exponer las razones, no tardaron éstas en descubrirse poco después.

Sucedió que las peores quemaduras afectaron a la cabeza y el rostro del muchacho —ese rostro tan hermoso que a ella le había robado el corazón— y tanto el tutor como los cirujanos sabían que verlo antes de que las heridas hubiesen cicatrizado causaría en una dama joven y sensible más sufrimiento, por la impresión, que la felicidad que a él pudieran procurarle los cuidados de su esposa.

Fue lady Grebe quien expresó lo que sir John y Barbara también pensaban, pero no se atrevían a decir por delicadeza.

—Es un golpe terrible para ti, querida Barbara, que el único rasgo que podía justificar tu precipitada elección, su extraordinario atractivo, se vea así arrebatado, dejándote sin excusa alguna ante los ojos del mundo… ¡Ah, ojalá te hubieses casado con el otro! —suspiró la dama.

—No tardará en recuperarse —terció el padre, con ánimo tranquilizador.

Comentarios como éstos no eran continuos, pero se formulaban con la frecuencia suficiente para causar en Barbara una desagradable sensación de atrofia. Resolvió no prestarles oídos y, puesto que la residencia de Yewsholt ya estaba a punto, se trasladó allá con sus criados, donde por vez primera pudo sentirse dueña y señora de una casa que sería exclusivamente suya y de su marido, cuando éste hubiera regresado.

Largas semanas después Willowes se había recuperado lo suficiente para escribir personalmente, y despacio y con ternura participó a su esposa la magnitud de sus heridas. Era una bendición, así decía, no haber perdido la vista por completo, y podía manifestar lleno de agradecimiento que aún conservaba la visión plena en uno de sus ojos, aun cuando el otro se hubiera oscurecido para siempre. La parquedad con que refería los detalles de su situación permitió a Barbara hacerse idea de lo atroz que esta experiencia había sido para él. Le agradecía que ella le asegurase que nada podía hacerle cambiar, pero temía que no fuera plenamente consciente de lo desfigurado

que se encontraba, al extremo de dudar que pudiera reconocerlo. No obstante, y pese a todo, su amor por ella seguía intacto.

Dedujo Barbarba, por la angustia que él manifestaba, lo mucho que había detrás de sus palabras. Le respondió diciendo que acataba los decretos del Destino y que era su voluntad darle la bienvenida lo antes posible, cualquiera que fuese su estado. Le hablaba de cómo había transformado su casa en un precioso refugio, solo pendiente de que pudieran volver a estar juntos, y no le reveló cuánto había suspirado al saber que su belleza se había esfumado para siempre. Mucho menos le comunicó la extrañeza que sentía ante su llegada, pues las semanas que habían pasado juntos fueron muy breves en comparación con su prolongada ausencia.

Llegó así poco a poco el momento en que Willowes se halló en condiciones de volver a casa. Arribó a Southampton y tomó allí un coche hasta Yewsholt. Barbara quiso esperarlo en la Posada de Lornton, entre el bosque y Chase Manor, donde se habían citado la noche de la fuga. Allá se dirigió a la hora señalada en el calesín tirado por un poni que su padre le había obsequiado por su cumpleaños para su uso particular en la nueva casa; tenía intención de devolverlo nada más llegar a la posada y regresar desde allí en el coche de su marido.

No era esta taberna lugar para una dama, pero a Barbara no le importó, aquella hermosa noche de principios del verano, quedarse paseando fuera, con la mirada puesta en el camino a la espera de su marido. Sucedió sin embargo que tras cada nube de polvo que crecía en la distancia y se acercaba poco a poco aparecía un vehículo que no era el de él. Esperó hasta dos horas después de lo acordado para la cita y empezó a temer entonces que algún viento adverso en el Canal de La Mancha le hubiese impedido desembarcar.

Tomó conciencia durante la espera de una curiosa inquietud que no era enteramente solicitud y tampoco llegaba a ser temor; era un estado de incertidumbre y de tensión en el que la decepción se entremezclaba con el alivio.Había vivido apenas seis o siete semanas con un marido atractivo, aunque imperfectamente educado, al que llevaba diecisiete meses sin ver y que había cambiado tanto a raíz del accidente que estaba casi segura de que no podría reconocerlo. ¿Es posible asombrarse de esta ambivalencia de ánimo?

Ahora bien, su preocupación inmediata era alejarse de la Posada de Lornton, pues la dilatada espera empezaba a ser embarazosa. Como muchos de los actos de Barbara, esta excursión había sido concebida con muy escasa reflexión. Con la confianza de que no tendría que esperar más de unos minutos la llegada del coche de posta, no había vacilado en enviar de vuelta a casa su calesín, quedando de este modo aislada. Comprendió entonces que, por ser bien conocida en el vecindario, su presencia en ese lugar, en espera del marido tanto tiempo ausente, suscitaba un enorme interés. Fue consciente de que eran más los ojos que la observaban desde las ventanas de la posada que los que ella veía. Había resuelto regresar contratando cualquier vehículo que pudieran ofrecerle en la taberna cuando, al mirar por última vez hacia el camino

ya oscurecido, se percató de que otra nube de polvo se aproximaba. Se detuvo; un carruaje se acercaba a la posada y habría pasado de largo de no haber visto su ocupante a Barbara con aire expectante. Los caballos frenaron al punto.

—¿Usted aquí… sola, mi querida señora Willowes? —dijo lord Uplandtowers, a quien pertenecía el carruaje.

Barbara le explicó el motivo por el que se encontraba en tan solitario lugar, y, como él iba en dirección a su casa, aceptó el asiento que le ofrecía a su lado. La conversación fue inicialmente torpe y fragmentaria, aunque cuando llevaban recorridos cosa de tres kilómetros le sorprendió la confianza y la cordialidad con que estaba hablando con él: su impulsividad era tan solo una consecuencia natural de la vida que llevaba de un tiempo a esta parte, algo desolada en razón del extraño matrimonio que había contraído; y no existe ánimo más indiscreto que el de una mujer sorprendida en una conversación tras haberse impuesto voluntariamente una política de discreción. Así su ingenuo corazón le subió de un salto a la garganta cuando, en respuesta a las primeras preguntas, o más bien a las insinuaciones, se permitió confesar todas sus preocupaciones. Lord Uplandtowers la llevó hasta su misma puerta, aunque para ello tuviera que desviarse cinco kilómetros de su camino, y, mientras le ofrecía la mano para descender del coche, ella le oyó pronunciar entre susurros un severo reproche: «¡No habrían sido así las cosas si usted me hubiese escuchado!».

Barbara no respondió, y entró en la casa. Una vez allí, a medida que avanzaba la noche, lamentó cada vez más haberse mostrado tan franca con el conde. Y es que él había aparecido de la manera más inesperada: de haber podido prever aquel encuentro, ¡con toda seguridad se habría trazado un plan de actuación bien definido! Rompió a sudar de pura agitación al pensar en su falta de recato y con intención de castigarse resolvió esperar hasta la medianoche, por si se diera la remota posibilidad de que Edmond regresara, y dispuso en consecuencia que se sirviese la cena para él, por improbable que fuese su llegada antes del día siguiente.

Pasaron las horas y un silencio mortal cayó sobre la casa de Yewsholt y sus alrededores. Solo se oía el rumor de los árboles cuando, cerca ya de la medianoche, el ruido de unos cascos y unas ruedas se fue aproximando a la puerta. Sabiendo que solo podía tratarse de Edmond, Barbara corrió al vestíbulo para recibirlo, pese a lo cual no pudo contener una sensación de desfallecimiento, ¡tantas eran las cosas que habían cambiado desde que se separaran! Y debido a aquel encuentro casual con lord Uplandtowers, la voz y la imagen de éste seguían estando aún con ella, excluyendo a su marido del círculo interior de sus impresiones.

Se acercó pese a todo a la puerta, y una figura de la cual reconoció el perfil y poco más entró en la casa. Iba el marido ataviado con una capa amplia y negra y un sombrero flexible, con el aspecto de un completo extranjero, en nada parecido al inglés de ascendencia burguesa que meses antes se había despedido de ella. Al acercarse a la luz de la lámpara, se percató con asombro, casi con miedo, de que

llevaba puesta una máscara. En un principio no lo había notado, pues no había nada en el color de la careta que indujera a pensar a quien la mirase sin demasiado detenimiento que lo que veía no era un rostro real.

Edmond debió de advertir el sobresalto y la consternación de su mujer ante lo inesperado de su aspecto, pues se apresuró a decir:

—No era mi intención presentarme así… te suponía ya acostada. ¡Qué buena eres, querida Barbara! —La abrazó, mas no intentó besarla.

—Ah, Edmond… ¿eres tú? Tienes que serlo —dijo ella, entrelazando las manos, pues, aunque su figura y sus movimientos casi bastaban para demostrarlo, y el tono de voz no era distinto del antiguo, la dicción sonaba tan transformada que parecía la de un desconocido.

—Voy así cubierto para ocultarme de las miradas curiosas —explicó él en voz baja—. Despediré al cochero. Vuelvo en un momento.

—¿Has venido solo?

—Completamente. Mi compañero se encuentra en Southampton.

Oyó alejarse la silla de posta mientras entraba en el comedor, donde se había servido la cena, y al momento apareció él. Se había quitado la capa y el sombrero, pero aún conservaba la máscara, y Barbara comprobó entonces que estaba hecha de un material especial, de alguna materia flexible como la seda, y pintada con el fin de que pareciese carne; se confundía con naturalidad bajo el pelo en la frente y era por lo demás de ejecución muy ingeniosa.

—Barbara… pareces enferma —dijo, desprendiéndose de uno de sus guantes para cogerle la mano.

—Sí… he estado enferma.

—¿Es nuestra esta preciosa casita?

—Ah… sí. —Apenas fue consciente de sus palabras, pues la mano que Edmond acababa de desenfundar para tomar la suya estaba deformada y le faltaban uno o dos dedos; por otra parte, a través de la máscara solo discernía el parpadeo de un ojo.

—¡Daría cualquier cosa por besarte, querida, ahora, en este momento! —continuó él, con una pasión cargada de tristeza—. Pero no puedo… con esta careta. Se han acostado los criados… supongo.

—Sí. Pero puedo avisarlos. ¿Querrás cenar?

Él dijo que tomaría algo, pero que no era necesario molestar a nadie a esas horas. Se acercaron por tanto a la mesa y se sentaron el uno frente al otro.

Pese a hallarse Barbara tan asustada, no pudo por menos de advertir que su marido temblaba tanto como ella, si no más, temeroso de la impresión que estaba produciendo o estaba a punto de producir. Se aproximó para cogerle la mano de nuevo.

—Pedí que me hicieran esta máscara en Venecia —empezó a decir, con evidente incomodidad—. Mi querida Barbara… mi queridísima esposa… ¿crees que… puede disgustarte que me la quite? ¿No te desagradará verme?

—Naturalmente que no me disgustará, Edmond. Lo que te ha ocurrido es nuestra desgracia, pero estoy preparada para ello.

—¿Estás segura de que estás preparada?

—¡Claro que sí! Eres mi marido.

—¿De veras tienes la certeza de que nada externo puede afectarte? —insistió él, con una voz que se había vuelto vacilante a causa de la inquietud.

—Creo que la tengo… por completo —respondió ella con un hilo de voz.

Él inclinó la cabeza.

—Confío en que así sea —susurró.

En la pausa que siguió a sus palabras el tictac del reloj del vestíbulo pareció aumentar de intensidad, y el joven se volvió un poco para quitarse la máscara. Conteniendo la respiración aguardó Barbara la operación, que resultó algo tediosa, observándolo un momento y apartando el rostro al momento siguiente, y, una vez completada la maniobra, cerró los ojos al atroz espectáculo que se desveló ante sus ojos. Un rápido espasmo de terror la atravesó; aun así, sobreponiéndose al pánico, se impuso mirarlo de nuevo y contuvo el grito que de manera natural habría escapado de sus labios secos como la ceniza. Incapaz de contemplarlo por más tiempo, se desplomó en el suelo junto a la silla y se cubrió los ojos.

—¡No puedes mirarme! —se lamentó él con desolación—. ¡Soy una cosa demasiado aterradora para que puedas soportarla! Lo sabía, aunque aún conservaba alguna esperanza. ¡Ah, qué amargo destino! ¡Malditos sean esos médicos venecianos que me han salvado la vida!… ¡Mírame, Barbara —continuó, suplicante—; mírame bien, di que me aborreces, si es que me aborreces, y que termine todo para siempre entre nosotros!

La infeliz esposa hizo un esfuerzo desesperado por recomponerse. Aquél era su Edmond; jamás le había hecho ningún mal, y había sufrido mucho. Asistida por un momentáneo sentimiento de devoción, levantó los ojos tal como él le pedía y contempló por segunda vez los restos de aquel hombre, de aquel *écorché*[2]. Pero la visión resultaba insoportable. Sin querer, volvió a apartar la vista y se echó a temblar.

—¿Crees que puedes acostumbrarte a esto? —preguntó él—. ¡Sí o no! ¿Puedes soportar a tu lado la presencia de esta calavera? Juzga por ti misma, Barbara. ¡Mira en lo que se ha convertido tu Adonis, tu hombre incomparable!

La pobre muchacha estaba inmóvil junto a él, aunque sus ojos no podían parar quietos. Una especie de pánico la privaba por completo de cualquier sentimiento natural de afecto o de piedad; la embargaban la misma repulsión y el mismo temor que hubiera podido experimentar ante una aparición. De ninguna manera era capaz de imaginar que aquello era su elegido, el hombre al que había amado; se había transformado en un ejemplar de otra especie.

—No te aborrezco —dijo, temblorosa—. Pero estoy horrorizada… ¡impresionada! Deja que me reponga. ¿Quieres cenar? Mientras tanto iré a mi dormitorio para… recuperar mis antiguos sentimientos por ti. Lo intentaré, si me

permites estar a solas un rato. ¡Sí, lo intentaré!

Sin esperar respuesta, y sin mirar a su marido en ningún momento, la aterrada mujer se acercó con sigilo hasta la puerta y salió de la estancia. Oyó que él se sentaba a la mesa, como si empezase a cenar, pero bien sabe Dios que había perdido el apetito tras esta recepción que vino a confirmar sus peores sospechas. Barbara subió a su cuarto y una vez allí se arrojó sobre la cama y hundió el rostro entre las sábanas.

Se quedó allí un buen rato. El dormitorio se encontraba encima del comedor, y, poniéndose de rodillas, Barbara oyó que Willowes retiraba la silla y se levantaba para salir al vestíbulo. Era probable que en unos minutos aquella aparición subiera y tuviera que volver a enfrentarse a ella; esa cosa, esa forma desconocida y terrible, no era su marido. En la soledad de aquella noche, sin su doncella y sin amigos, la muchacha perdió por completo todo control y, al oír que él ponía un pie en las escaleras, se echó un manto sobre los hombros y huyó del dormitorio, corrió por la galería hasta la escalera posterior y salió por la puerta de atrás. Apenas cobró conciencia de lo que había hecho hasta que se encontró en el invernadero, acuclillada detrás de una jardinera.

Allí se quedó, sin apartar del jardín los ojos grandes y asustados, con las faldas levantadas por miedo a los ratones de campo que a veces correteaban por allí. A cada instante temía oír los pasos que por ley debía anhelar y la voz que debía ser como música para su alma. Pero Edmond Willowes no apareció. Las noches empezaban a acortarse en esa época del año y no tardó en llegar el amanecer, con los primeros rayos del sol. El temor de Barbara menguó un poco a la luz del día. Pensó que podía volver a verlo y acostumbrarse al espectáculo.

Y así la muchacha sometida a semejante prueba abrió la puerta del invernadero y regresó por el camino que había tomado unas horas antes. Pensó que su pobre marido estaría seguramente durmiendo, pues el viaje había sido largo, y entró en la casa haciendo el menor ruido posible. Lo encontró todo tal como lo había dejado; buscó con la mirada la capa y el sombrero de Edmond en el vestíbulo, y no los vio; tampoco estaba el pequeño baúl que había traído consigo, pues había dejado el resto del equipaje en Southampton para enviarlo con un carromato. Se armó de valor para subir las escaleras; la puerta del dormitorio estaba abierta, como ella la dejó al salir. Se asomó, temerosa, y comprobó que la cama estaba intacta. Tal vez se hubiera acostado en el sofá del comedor. Bajó en su busca; no estaba. Sobre la mesa, junto al plato que no había tocado, reposaba una nota apresuradamente escrita en la hoja de una libreta. Decía algo de este tenor:

Mi siempre amada esposa:

Mi pavoroso aspecto ha causado en ti el efecto que yo suponía. Albergaba la esperanza de que pudiese ser de otra manera, mas ahora veo que era en vano. Era consciente de que ningún amor humano podía sobrevivir a tal catástrofe. Confieso que te creía yo divina, si bien tras una ausencia tan prolongada acaso no quedara en ti afecto suficiente para superar la comprensible aversión. Ha sido un experimento y ha fracasado. No te culpo; es posible que sea mejor así. Adiós. Me marcho de Inglaterra por espacio de un año. Volverás a verme entonces, si sigo con vida. Llegado ese momento podré determinar cuáles son tus verdaderos sentimientos y, si entonces me rechazaras,

me iré para siempre.
E. W.

Una vez recuperada de la sorpresa, los remordimientos de Barbara fueron tales que creyó no tener perdón posible. Se culpó por no haberlo mirado como a un hombre enfermo en lugar de dejarse dominar, como una niña, por lo que veían sus ojos. Seguirlo y convencerlo para que regresara fue su primer impulso. Hizo averiguaciones y constató que nadie lo había visto: Edmond desapareció calladamente.

Era imposible borrar la escena de la noche anterior. Ella no había podido disimular su terror, y era poco probable que a un hombre como él le convencieran los esfuerzos de Barbara por cumplir con su deber. Fue a casa de sus padres para confesarles lo ocurrido, que pronto se supo también fuera de la familia.

Pasó el año prometido, y Edmond no regresó; se ignoraba si seguía vivo. Tal era para entonces el arrepentimiento de Barbara por no haber sabido dominar su aversión que quiso construir una capilla o erigir un monumento y entregarse a las obras de caridad para el resto de sus días. Acudió a tal efecto al excelente sacerdote bajo cuyo púlpito se sentaba los domingos, a una distancia vertical de casi cuatro metros. Se limitó el hombre a ajustarse la peluca y a dar un golpecito en su caja de rapé; tan grande era el entusiasmo que suscitaba la religión en aquellos días que ninguna parroquia del condado necesitaba capilla, campanario, porche, ventana oriental, tabla de los Diez Mandamientos, león y unicornio o candelabro de bronce como ofrenda votiva de un alma trastornada: fue el último siglo en este sentido muy distinto a los tiempos alegres que hoy vivimos, en los que a diario se despachan con el correo matinal urgentes llamamientos a la contribución de los feligreses y la mayoría de las iglesias presentan un aspecto depauperado. Viendo la pobre dama que no podía descargar su conciencia de esta manera, optó por dedicarse a la caridad y en breve tuvo la satisfacción de encontrar cada mañana en su puerta a los vagabundos más harapientos, ociosos, ebrios, hipócritas y despreciables de toda la cristiandad.

Son, sin embargo, los corazones humanos tan proclives al cambio como las hojas de la parra y, a medida que pasó el tiempo sin noticia alguna del marido,Barbara fue capaz de no sentirse afectada cuando su madre y sus amigos decían en su presencia: «Lo que ha ocurrido ha sido lo mejor». Ella misma empezaba a pensar de este modo, pues aún entonces seguía sin poder evocar la imagen de aquel fantasma lisiado y mutilado sin sentir un escalofrío, por más que cuando dejaba volar sus recuerdos a los primeros días de su vida conyugal la memoria del hombre que entonces estaba a su lado la estremecía con una ternura que, de haberse visto avivada por su presencia, tal vez se hubiera fortalecido. Era joven e inexperta, y cuando él regresó tras el accidente ella apenas había dejado atrás las caprichosas fantasías de la adolescencia.

Pero él no volvió y, como le había dado su palabra de regresar si seguía con vida, lo dio por muerto, pues no le pareció probable que faltara a su promesa. Lo mismo hicieron sus padres, y lo mismo hizo otra persona: ese hombre silencioso, de una

agudeza irresistible, de semblante sereno, despierto como siete centinelas cuando parecía dormir tan profundamente como las estatuas de su panteón familiar. Aunque no había cumplido aún los treinta años, lord Uplandtowers rió entre dientes como un viejo cáustico de sesenta cuando tuvo noticia del terror de Barbara y de su huida a la llegada del marido, que al punto había vuelto a marcharse. Estaba sin embargo convencido de que Willowes, por más que hubiesen herido sus sentimientos, habría regresado al término de los doce meses anunciados, de haber seguido con vida, para reclamar su codiciada propiedad.

Puesto que no tenía marido, Barbara renunció a la casa que su padre había acondicionado para ella y se instaló de nuevo en Chene Manor, como en los días de su niñez. Paulatinamente, el episodio vivido con Edmond Willowes llegó a parecerle no más que un sueño febril, y a medida que los meses daban paso a los años la amistad de lord Uplandtowers con la familia —que se había enfriado un tanto tras la fuga de Barbara— revivió notablemente, convirtiéndose el joven caballero en visitante habitual de lord y lady Grebe. No acometía el conde ninguna reforma o mejora en su residencia de Knollingwood Hall, por trivial que pudiera ser, sin coger su caballo para consultar antes con su amigo sir John, y, al ser sus visitas tan frecuentes, Barbara terminó por aclimatarse a su presencia y conversaba con él con la misma libertad con que conversaría con un hermano. Incluso empezó a mirarlo como una persona de autoridad, juicio y prudencia, y, aunque la severidad con que el conde combatía desde su escaño a cazadores furtivos, contrabandistas y robaperas en general era pública y notoria, pensaba que mucho de lo que de él se decía podía estar distorsionado.

Así vivieron mientras la ausencia del marido se prolongaba durante años y no cupo entonces duda alguna de que había muerto. No estaba por tanto fuera de lugar que lord Uplandtowers reanudase su cortejo exento de pasión. Barbara no lo amaba, pero era su naturaleza como la del guisante o la correhuela, necesitada de una rama de fibra más recia de la que colgar y en la que florecer. Además había crecido y reconocía en su fuero interno que un hombre cuyos ancestros habían dado muerte a docenas de sarracenos en su combate por el Santo Sepulcro era un marido más deseable y socialmente apto que aquel que tan solo podía afirmar con certeza que su padre y su abuelo habían sido respetables burgueses.

Sir John buscó la ocasión para comunicar a su hija que podía considerarse legalmente viuda. Poco después el conde expuso a Barbara sus intenciones y ésta accedió a casarse con él, si bien no logró que admitiera que lo amaba como había amado a Willowes. Conocí de niño a una anciana dama cuya madre asistió a esta boda, y contaba que lord y lady Uplandtowers se alejaron esa noche de la casa paterna en un coche tirado por cuatro caballos y que la novia vestía de verde y plata y llevaba el sombrero de plumas más alegre que jamás se había visto, pero que, ya fuese porque el verde no la favorecía o por alguna otra razón, estaba muy pálida y todo lo contrario de radiante. Tras la boda, el conde llevó a su esposa a Londres,

donde disfrutaron de las diversiones de la temporada; regresaron luego a Knollingwood Hall y así transcurrió un año.

Antes de la boda no parecía preocupar a lord Uplandtowers que Barbara no lo amara apasionadamente. «Deja que te conquiste —le había dicho—, y yo me someteré a todo.» Pero ahora su frialdad parecía irritarle y empezó a tratarla con un resentimiento que condujo a muchas horas compartidas en doloroso silencio. El presunto heredero del título era un pariente lejano a quien lord Uplandtowers no dispensaba del disgusto que le inspiraban tantas otras personas, de ahí que hubiese puesto sus miras en un heredero de sangre. Le reprochaba a su mujer que no le diese un hijo y le preguntaba si acaso valía para algo.

Cierto día de su triste vida lady Uplandtowers recibió una carta dirigida a la señora Willowes, procedente de una dirección inesperada. Un escultor de Pisa, que nada sabía de su segundo matrimonio, le comunicaba que la largamente aplazada escultura del señor Willowes, que en el momento en que éste abandonó la ciudad le dio instrucciones de custodiar hasta que él mandase recado, continuaba en su estudio. Comoquiera que aún se adeudaba parte del encargo y la estatua ocupaba en el taller un espacio muy valioso, le agradaría ver saldada la deuda y recibir indicaciones de adónde enviarla. Y, al llegar esta carta en un momento en que la dama empezaba a tener pequeños secretos (cierto es que de naturaleza inofensiva) que no compartía con su marido en razón de su progresivo distanciamiento, respondió a la misiva sin decirle a éste una sola palabra, saldó la deuda con el escultor y le indicó que le enviase la escultura sin dilación.

Tardó el envío algunas semanas en llegar y se dio la singular coincidencia de que en el intervalo lady Uplandtowers recibió por vez primera noticias concluyentes acerca de la muerte de su Edmond. Se había producido el fallecimiento años antes, en tierras extranjeras, unos seis meses después de su partida: el sufrimiento que ya había experimentado para entonces, sumado a una profunda depresión del ánimo, le había hecho sucumbir a una dolencia menor. Un pariente de los Willowes le comunicaba estas nuevas desde otro lugar de Inglaterra, en una carta breve y formal.

El dolor de la dama se tornó así en ardiente piedad por los infortunios del difunto y tampoco dejaba de reprocharse no haber sabido dominar, recordando cómo lo había dotado originalmente la Naturaleza, la aversión que le inspiró tras el accidente. La triste aparición que había dejado esta tierra jamás había sido para ella su Edmond. ¡Ah, si hubiese podido volver a verlo como era al principio! Así cavilaba Barbara. Unos días más tarde llegó un carro tirado por dos caballos, cargado con un cajón de tamaño gigantesco, al que lord y lady Uplandtowers vieron rodear la casa rumbo a la puerta trasera mientras tomaban el desayuno, y poco después se les anunciaba que una caja con el rótulo de «Escultura» acababa de llegar para la señora.

—¿Qué puede ser? —preguntó lord Uplandtowers.

—Es la estatua del pobre Edmond, que me pertenece, pero que hasta ahora no han enviado —respondió ella.

—¿Dónde piensas ponerla?

—Aún no lo he decidido —dijo la condesa—. En cualquier lugar donde a ti no te importune.

—No ha de importunarme —fue la respuesta de él.

Una vez desembalado el envío en una de las habitaciones traseras de la casa, marido y mujer fueron juntos a examinarlo. Era una escultura a tamaño natural, del mejor mármol de Carrara, que representaba a Edmond Willowes en toda su belleza original, tal como era cuando se despidió de ella en el momento de emprender su viaje; una muestra de virilidad casi perfecta en cada uno de sus rasgos y contornos. Se trataba de una obra realizada con fidelidad absoluta.

—Apolo-Efebo, sin lugar a dudas —observó el conde de Uplandtowers, que nunca hasta ese momento había visto a Edmond Willlowes, ni al natural ni representado.

Barbara no lo oyó. Se hallaba como en un trance frente a su primer marido, como si no tuviera conciencia de la presencia del otro que tenía al lado. Los rasgos mutilados de Willowes se habían borrado de su recuerdo; era el ser perfecto que tenía ante sus ojos el hombre al que había amado, no esa penosa aparición en que se había convertido posteriormente, y en quien la ternura y la verdad tendrían que haber visto siempre esta imagen, pero no lo hicieron.

No volvió en sí hasta que oyó decir a lord Uplandtowers con aspereza:

—¿Piensas quedarte aquí venerándolo toda la mañana?

No tenía el conde hasta el momento la menor sospecha de que fuera aquél el aspecto de Edmond Willowes y cayó en la cuenta de cuán profundos habrían sido sus celos caso de haber llegado a conocerlo. Al volver a casa esa tarde encontró a su mujer en la galería, adonde se había trasladado la estatua.

Estaba Barbara fascinada y absorta en su contemplación, igual que por la mañana.

—¿Qué haces? —preguntó el conde.

Ella se sobresaltó y dijo:

—Estaba mirando a mi ma… mi estatua, comprobando si está bien hecha —tartamudeó—. ¿Acaso no debo?

—No hay razón para ello —repuso él—. ¿Qué piensas hacer con semejante mostrenco? No quiero verlo aquí eternamente.

—No es mi intención que se quede aquí. Le buscaré un sitio.

Había en su tocador un rincón de buen tamaño y, aprovechando que el conde se ausentaría uno o dos días la semana siguiente, Barbara hizo venir del pueblo a unos carpinteros que siguiendo sus instrucciones taparon el hueco con una puerta de madera. En este tabernáculo mandó colocar la estatua, y dotó a la puerta de una cerradura cuya llave llevaba siempre en el bolsillo.

Al regresar su marido reparó en que la estatua no estaba ya en la galería y, concluyendo que la habían retirado de allí por deferencia a sus sentimientos, no hizo ningún comentario. Sin embargo, en algunos momentos advertía en la expresión de

su esposa algo que jamás había visto hasta entonces. No acertaba a definirlo; era una especie de éxtasis silente, de íntima beatitud. No adivinaba qué había sido de la estatua y, acuciado por una creciente curiosidad, la buscó por todas partes, hasta que pensó en los aposentos privados de su mujer, y allá se dirigió. Llamó antes de entrar y mientras esperaba en el pasillo oyó el sonido de una puerta que se cerraba y el de una llave al girar en la cerradura, pero una vez dentro encontró a su mujer sentada, trabajando en lo que entonces se conocía como labores de pasamanería. Lord Uplandtowers reparó en la puerta recién pintada donde antes solo había un hueco.

—Veo que has hecho obras de carpintería en mi ausencia, Barbara —comentó con aire despreocupado.

—Así es, Uplandtowers.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer un armario de tan mal gusto, echando a perder el arco tan bonito de la alcoba?

—Necesitaba más espacio para mi ropa, y pensé que estas habitaciones me pertenecían.

—Naturalmente —respondió él. Supo entonces dónde estaba la estatua de Willowes.

Una noche, o mejor dicho ya de madrugada, notó que la condesa no estaba a su lado. Como no era un hombre dado a imaginaciones nerviosas volvió a quedarse dormido sin prestar demasiada atención y a la mañana siguiente había olvidado el incidente. Ocurrió lo mismo al cabo de unos días. Esta vez el conde se desveló, aunque antes de que pudiera levantarse para ir en busca de su mujer, ésta regresó al dormitorio con una vela en la mano, que apagó al acercarse, creyéndole dormido. Por su manera de respirar advirtió que estaba extrañamente agitada, pero tampoco esta vez le reveló que la había visto. De hecho, cuando ella se acostó, fingió despertarse y le hizo alguna pregunta trivial: «Sí, Edmond», respondió ella en tono ausente.

Lord Uplandtowers llegó al convencimiento de que su mujer había adquirido la costumbre de abandonar el dormitorio de esta extraña manera con mayor frecuencia de la que él había observado, y decidió vigilarla. La noche siguiente fingió que dormía a pierna suelta y poco después se percató de que se levantaba y salía del cuarto en la oscuridad. Se cubrió con lo que encontró a mano y la siguió. Tras alcanzar el extremo del pasillo, donde el choque del acero y el pedernal no podía llegar a oídos de quien se encontrara en el dormitorio, la condesa encendió una luz. El marido se escondió en una habitación vacía hasta que ella encendió una vela y entró en su tocador. El conde la siguió pasados uno o dos minutos. Desde el umbral del tocador vio que la puerta del hueco que había ordenado cerrar estaba abierta y Barbara se encontraba dentro, abrazada con fuerza al cuello de su Edmond, con su boca en la de él. El chal se había deslizado de sus hombros, de tal manera que el camisón largo y blanco, además de su semblante pálido, transformaban a la mujer en una segunda estatua que abrazaba a la primera. Entre sus besos susurraba con infantil ternura:

—Mi único amor… ¿cómo he podido ser tan cruel contigo, mi amor perfecto, tan bondadoso y sincero…? ¡Sigo siéndote fiel, a pesar de mi aparente infidelidad! Pienso en ti a todas horas… Sueño contigo… en las largas horas del día y en la vigilia de la noche. ¡Ah, Edmond, siempre seré tuya! —Palabras como éstas, entremezcladas con los sollozos y las lágrimas, y el pelo alborotado, daban cuenta de una intensidad de sentimientos que lord Uplandtowers no hubiese siquiera soñado que ella pudiera poseer.

«Vaya, vaya —se dijo—. Aquí es donde los dos nos evaporamos… Aquí es donde se esfuman mis esperanzas de un heredero para el título… ¡Vaya, vaya! ¡Esto no puede quedar así!»

El conde actuaba siempre con sutileza una vez diseñada su estrategia, si bien en este caso en ningún momento pensó en recurrir al simple ardid de la ternura constante. Tampoco entró en la estancia para sorprender a su mujer como hubiese hecho un idiota, sino que volvió a su dormitorio con el mismo sigilo con que había salido. Cuando la fugitiva volvió a su lado, aún temblorosa por los sollozos y los suspiros, él fingió que dormía a pierna suelta, como de costumbre. Al día siguiente el conde comenzó sus maniobras, indagando sobre el paradero del tutor que acompañó en su viaje al primer marido de su esposa. Descubrió que este caballero dirigía entonces una escuela secundaria, no lejos de Knollingwood. Allá se desplazó a la primera oportunidad y solicitó una entrevista con él. El director del colegio se sintió muy honrado de recibir la visita de un vecino tan distinguido y se mostró dispuesto a revelar cualquier cosa que su señoría desease saber.

Luego de conversar durante un rato sobre la marcha del colegio, el visitante señaló que creía que el director había viajado en otro tiempo con el infortunado señor Willowes y que lo acompañaba cuando le acaeció aquel accidente. Lord Uplandtowers tenía mucho interés por saber lo que había sucedido en esa ocasión, y más de una vez había querido averiguarlo. Y supo entonces el conde de primera mano no solo lo que deseaba saber, sino que, al adquirir su charla un tono más íntimo, el director sacó un boceto de la cabeza desfigurada y con aliento entrecortado explicó algunos detalles del dibujo.

—¡Debió de ser terrible! —observó el conde, tomando el boceto entre sus manos —. ¡Ni nariz, ni oídos, ni apenas labios!

Un pobre hombre del pueblo más próximo a Knollingwood Hall, que combinaba el arte del rotulismo con ingeniosas ocupaciones mecánicas, fue convocado cierto día por el conde aprovechando que su mujer se había ausentado esa semana para visitar a sus padres. Lord Uplandtowers hizo saber al artesano que el asunto para el cual precisaba de su asistencia debía considerarse privado y para garantizar el cumplimiento de esta petición le entregó cierta suma de dinero. Se abrió con una ganzúa la puerta del armario, y el ingenioso mecánico y pintor, con ayuda del boceto que el director le mostró al conde y que éste se había guardado en el bolsillo, se aplicó a la tarea de transformar el rostro de la estatua de acuerdo con las indicaciones

de su señoría. La misma mutilación que el fuego causara en el original la causó el cincel en la copia de mármol. Fue un acto de desfiguración brutal, implacablemente ejecutado, y para mayor impacto se tiñó con un pigmento que simulaba los tonos de la carne, tal como quedó ésta a raíz de la desgracia.

Seis horas más tarde, cuando el artesano ya se había marchado, lord Uplandtowers contempló el resultado, sonrió lúgubremente y dijo:

—Una estatua debe representar a un hombre tal como era en la vida real, y así era él. ¡Ja! ¡Ja! Pero esta acción se ha realizado con buenas intenciones, y no por pasar el rato.

Cerró la puerta del armario con una llave maestra y se fue a recoger a la condesa.

Esa noche la condesa durmió, mientras que él la pasó despierto. Según la leyenda ella murmuraba en sus sueños dulces palabras y el conde sabía que el interlocutor de esa tierna e imaginaria conversación era aquel al que él había suplantado en todo menos en nombre. La condesa despertó de su sueño y repitió la escena de noches anteriores. El marido se quedó muy quieto y a la escucha. Sonaron dos campanadas en el reloj del frontón mientras, dejando entreabierta la puerta del dormitorio, cruzaba ella el pasillo hasta la otra punta y, una vez allí, como de costumbre, encendía una luz. Tan profundo era el silencio que el conde, desde la cama, la oyó soplar la yesca para avivar la llama después de rascar el acero. La condesa entró en el tocador y su marido oyó, o creyó oír, el giro de la llave en la cerradura del armario. Al instante un grito intenso y prolongado resonó hasta en el último rincón de la casa. Se repitió el grito y se oyó a continuación un golpe seco.

Lord Uplandtowers saltó de la cama. Corrió por el pasillo a oscuras hasta la puerta del tocador, que estaba entreabierta, y a la luz de la vela distinguió a la pobre condesa en camisón, desplomada en el suelo como un fardo al pie del armario. Sus temores se vieron aliviados al comprobar que solo había sufrido un desvanecimiento, pues se temía algo peor. Cerró rápidamente la puerta delarmario, echó la llave para ocultar la odiosa imagen responsable de aquellafechoría y cargó en sus brazos a la condesa, que en unos instantes abrió los ojos. Sin decir palabra hundió su rostro en el rostro del marido, que así la llevó hasta el dormitorio mientras de camino se empeñaba en espantar su terror riendo en su oído, con una risa extraña que se componía de causticidad, intención y brutalidad.

—¡Ja, ja, ja! ¿Asustada, querida mía? ¡Qué niña eres! ¡No es más que una broma, Barbara… una broma espléndida! Pero una niña no debería abrir los armarios a media noche en busca del fantasma de su difunto amado. ¡Si lo hace, debe estar preparada para llevarse un buen susto… ja, ja, ja!

Una vez en el dormitorio, cuando ella ya había vuelto en sí, aunque aún con los nervios muy agitados, el conde le habló con mayor severidad.

—Ahora, mi lady, respóndeme: lo amas… ¿no es cierto?

—¡No… no! —balbució ella, temblando, con los ojos muy abiertos y pendientes del marido—. ¡Me da terror… no, no!

—¿Estás segura?

—¡Completamente! —respondió la pobre mujer, con el alma rota.

Se advertía, pese a todo, la resistencia de la condesa. A la mañana siguiente, el conde volvió a interpelarla:

—¿Lo amas ahora? —La condesa se echó a temblar al ver la mirada de su marido y no ofreció ninguna respuesta—. ¡Eso significa que aún lo amas!

—Significa que no diré una mentira y que no deseo despertar la ira de mi señor —repuso ella con dignidad.

—En ese caso, ¿qué te parece si vamos a verlo otra vez? —Mientras pronunciaba estas palabras, la sujetó con fuerza de la muñeca y dio media vuelta, como si se dispusiera a llevarla hasta el armario donde se encontraba el fantasma.

—¡No, no! ¡Oh, no! —gritó ella, y la desesperación con que logró zafarse de la mano del conde reveló que el terror de la noche anterior había dejado en su delicada alma una huella más profunda de lo que parecía.

«Con un par de dosis más estará curada», se dijo el conde.

Para entonces todo el mundo estaba al corriente de que el conde y la condesa no vivían en armonía, pues él no se esforzó demasiado en ocultar las medidas que había tomado en este asunto. Ese mismo día hizo venir a cuatro hombres provistos de cuerdas y de una plataforma con ruedas. Se abrió el armario y se cubrió con una tela la parte superior de la estatua. El conde ordenó que trasladaran el mármol al dormitorio. Lo que ocurrió a continuación es objeto de más o menos conjeturas. Tal como me contaron a mí esta historia, parece ser que, cuando lady Uplandtowers se retiró esa noche con su marido, vio a los pies de la sólida cama de roble un armario alto y oscuro que antes no estaba allí, aunque se abstuvo de preguntar nada.

—Me he permitido un pequeño capricho —le explicó él, con la luz ya apagada.

—¿Un capricho?

—Levantar un pequeño altar, podríamos decir.

—¿Un pequeño altar?

—Sí; a alguien a quien ambos adoramos. Te enseñaré lo que contiene.

Tiró de una cuerda que colgaba tras las cortinas de la cama, y las puertas del armario se abrieron muy despacio: en el interior, desprovisto de anaqueles, se alzaba el fantasma como antes en el tocador, con la diferencia de que ahora una vela encendida a cada lado de la estatua daba relieve a sus rasgos mutilados y desfigurados. La condesa se agarró con fuerza al conde, profirió un grito ahogado y hundió el rostro entre las sábanas.

—¡Llévatelo… llévatelo, por favor! —le imploró.

—Todo se andará a su debido tiempo, es decir, cuando me prefieras a mí —respondió él tranquilamente—. Todavía lo prefieres a él, ¿verdad?

—No lo sé… Creo que… por favor, Uplandtowers, ten piedad… No puedo soportarlo… ¡Por compasión, llévatelo de aquí!

—Tonterías. Uno se acostumbra a todo. Míralo otra vez.

En resumidas cuentas, dejó el armario abierto a los pies de la cama y las velas encendidas, y tal era la extraña fascinación que aquella truculenta imagen era capaz de producir que una curiosidad morbosa se apoderó de la condesa y, al repetir él su petición, ella asomó los ojos por encima de la colcha, se estremeció, volvió a cubrirse la cara y miró de nuevo, todo esto sin dejar de suplicarle que se lo llevara de allí, pues de lo contrario iba a enloquecer. Pero él no estaba dispuesto a acceder por el momento, y el armario siguió abierto hasta el amanecer.

La misma escena se repitió a la noche siguiente. Firme en la aplicación de su cruel correctivo, prosiguió el conde este tratamiento hasta que los nervios de la pobre dama temblaron de agonía ante las virtuosas torturas que su marido le infligía con el propósito de que su descarriado corazón recobrase la fidelidad.

La tercera noche, cuando, ante el armario abierto como de costumbre, la condesa contemplaba con ojos aterrados desde la cama este atroz objeto de fascinación, salió de sus labios una risa extraña; empezó a reír más y más, sin apartar la vista de la estatua, hasta que llegó a retorcerse literalmente de risa; se hizo entonces el silencio y el conde constató que su esposa estaba inconsciente. La creyó víctima de un desmayo, aunque no tardó en descubrir que la situación era peor: estaba sufriendo un ataque epiléptico. Se sobresaltó, consternado al comprender que, como tantos otros personajes sutiles, había llevado su severidad demasiado lejos. Se avivó en ese instante todo el amor que era capaz de sentir, aun cuando fuese más un deleite egoísta que una solicitud afectuosa. Cerró el armario con la polea, cogió a la mujer en sus brazos y la llevó dulcemente hasta la ventana, donde hizo cuanto pudo por reanimarla.

Tardó un buen rato la condesa en volver en sí, y pareció que un cambio muy notable se había obrado en sus emociones. Lanzó los brazos al cuello de su marido y entre jadeos de temor lo besó servilmente repetidas veces, hasta que al fin rompió a llorar. Era la primera vez que lloraba en este escenario.

—¡Llévatelo de aquí, cariño, por favor! —suplicaba con voz quejumbrosa.

—Si me quieres.

—Sí, te quiero, te quiero.

—¿Y lo odias a él y a su recuerdo?

—Sí, sí.

—¿Completamente?

—¡No soporto siquiera evocarlo! —gritó la pobre condesa, humillada ante él—. Me llena de vergüenza. ¡Cómo he podido ser tan depravada! No volveré a portarme mal, Uplandtowers, y tú no volverás a poner esa odiosa estatua ante mis ojos.

El conde creyó entonces que podía formular su promesa con absoluta seguridad.

—Nunca más —aseguró.

—Y entonces yo te amaré —continuó ella con avidez, como si temiera verse castigada de nuevo—. Y jamás soñaré siquiera con tener un solo pensamiento que pueda parecer infiel a mis votos matrimoniales.

Lo extraño del caso fue que este falso amor, arrancado por puro pánico, cobró, por la mera costumbre de fingirlo, ciertos visos de realidad. La condesa adoptó en lo sucesivo una actitud de servil apego al conde, acompañada de una repugnancia sincera por el recuerdo del difunto marido. Su afecto creció paulatinamente y no se enfrió cuando la estatua fue retirada. Sentía una repulsión inalterable que se intensificó con el paso del tiempo. Cómo el miedo pudo efectuar semejante cambio en su idiosincrasia es cosa que solo los médicos más doctos pueden explicar, si bien tengo para mí que estos casos de reacción instintiva no son infrecuentes.

El resultado fue que la cura, por su propio carácter permanente, se convirtió en una nueva enfermedad. Se aferró la condesa a su marido con tal ansia que no aceptaba perderlo de vista ni un segundo. No toleraba que tuviera cada uno su propio cuarto de estar, aunque no pudiera evitar sobresaltarse cuando él entraba de improviso. Casi en ningún momento apartaba sus ojos del conde. Si se ausentaba, se empeñaba en acompañarlo; el menor gesto de cortesía con otras mujeres la volvía loca de celos, hasta que a la larga tanta fidelidad empezó a ser una carga para él, pues absorbía su tiempo, coartaba su libertad y le obligaba a maldecir y blasfemar. Si alguna vez le hablaba con brusquedad, ella no se vengaba retirándose a su propio mundo mental; todo el afecto que antes había sentido por el otro, que tanta fuerza le había infundido, era ahora tan solo un montón de ceniza negra y fría.

A partir de ese momento la vida de esta dama aterrada y alterada —cuya existencia bien pudiera haberse encarrilado a propósitos más elevados, de no haber sido por la innoble ambición de sus padres y las convenciones de la época— se transformó en amorosa obsequiosidad con un hombre perverso y cruel. Sobrevino entonces una rápida sucesión de pequeños acontecimientos personales: seis, ocho, nueve, diez acontecimientos… hasta once hijos le dio al conde en los nueve años que siguieron, aunque la mitad de ellos llegaron al mundo antes de término o murieron a los pocos días de nacer; solo una niña alcanzó la madurez para convertirse, andando el tiempo, en la esposa del honorable señor Beltonleigh, quien, como quizá recuerden, amigos míos, fue nombrado lord D’Almaine.

No tuvo por tanto el conde un hijo varón y un heredero. Y así, agotada tanto física como anímicamente, lady Uplandtowers marchó con su marido al extranjero en busca de un clima más favorable para su delicada salud. Nada le permitió recuperar sus fuerzas y murió en Florencia, pocos meses después de su llegada a Italia.

Contra todo pronóstico, el conde de Uplandtowers no volvió a casarse. Era su afecto al parecer intransferible —pese a lo extraño, duro y brutal de su naturaleza—, y el título, como es sabido, pasó a su muerte a su sobrino. Lo que tal vez no sea tan conocido es que, durante las obras de ampliación de la residencia del sexto duque, mientras se excavaban los nuevos cimientos, se hallaron los fragmentos de una estatua de mármol. Fueron sometidos al examen de varios anticuarios, quienes concluyeron que, en la medida en que el mal estado de los restos permitía emitir un dictamen, la estatua parecía ser la de un sátiro romano mutilado, o una representación

alegórica de la Muerte. Solo uno o dos ancianos del lugar sabían a qué estatua correspondían aquellos fragmentos.

Debiera haber añadido que poco después de la muerte de la condesa pronunció el deán de Melchester un magnífico sermón, cuyo asunto, si bien no desveló ningún nombre, estaba indudablemente inspirado en los hechos que acabo de referir. Versó esta homilía sobre el desatino de incurrir en el amor sensual por una mera forma hermosa, y demostró que solo sobre la base del valor intrínseco puede crecer y desarrollarse un afecto virtuoso y racional. En el caso de la bondadosa aunque algo fatua dama cuya vida, amigos míos, he relatado para ustedes, no cabe duda de que fue únicamente su caprichosa pasión por el joven Willowes el principal sentimiento que la indujo a casarse con él, impulso tanto más deplorable cuanto que la belleza del joven, a tenor de los datos disponibles, era la menor de sus virtudes, pues confirman todas las fuentes el extremo de que fue un hombre de naturaleza inquebrantable, brillante inteligencia y futuro prometedor.

Los caballeros agradecieron al anciano médico este relato y el deán señaló que no podría contar él una historia más asombrosa. Uno de los presentes de mayor edad, a quien apodaban Ratón de Biblioteca, observó que el natural instinto de fidelidad femenino llevaba a la mujer a unir su corazón con el de un hombre aun después de muerto éste, a veces de una manera prodigiosa, cuando sucedía algo que por fuerza le hacía apreciar el amor que había habido entre ambos y ponía ante sus ojos la imagen física de su amado, por más que hubiera sido éste inferior en lo social o en otro sentido; y la conversación general se centró entonces en la facultad que tienen las mujeres para percibir lo real en lo figurado, la realidad en el sueño, una facultad que (en opinión del hombre sentimental) los hombres no son capaces de igualar.

El deán manifestó que casos como el referido por el médico eran más la expresión de una pasión revivida a raíz de un calambrazo que de un amor latente y sincero. Le había sugerido este relato una historia que oyó en su juventud muy a menudo y que ofrecía un ejemplo de esa última y mejor variedad de afecto. Su heroína era también una dama que contrajo matrimonio en contra de su voluntad, si bien se temía el narrador que su historia no alcanzase la altura de la del médico. Los miembros del club le rogaron que procediese, y el deán comenzó su narración.

Mayo de 1891

Dama tercera. La marquesa de Stonehenge, por el deán rural

Les diré que hace muchos años vivió en una clásica mansión que visitaba yo con mucha frecuencia, a menos de ciento cincuenta kilómetros de la ciudad de Melchester, una dama de encantos tan singulares e incomparables que todos los jóvenes aristócratas y caballeros de esa zona de Wessex la cortejaban, adulaban y agasajaban. Y fueron muy gratas para ella estas atenciones por algún tiempo. Sin embargo, en palabras del buen Robert South (cuyos sermones debieran leerse mucho más de lo que se leen), aun el más apasionado amante de la caza, si se viera forzado a seguir a sus halcones y a sus sabuesos todos y cada uno de los días de su vida, terminaría por hallar en la persecución el peor de los tormentos y los males, y de buena gana correría a las minas o a las galeras en busca de esparcimiento, como hizo al cabo de algún tiempo esta dama hermosa y altiva que, saciada de la constante repetición de lo que antes disfrutara por novedoso, y casi por repugnancia natural, desvió sus intereses hacia posiciones inferiores en la escala social. De un modo apasionado y perverso centró sus afectos en un joven no especialmente agraciado, de humilde nacimiento y sin ninguna posición, aunque de carácter dulce y delicado, de buena disposición y corazón sin malicia. En resumidas cuentas, era hijo de un párroco, trabajaba como ayudante del administrador de las fincas del padre de la dama, el conde de Avon, y albergaba la esperanza de convertirse algún día en administrador. Preciso es señalar que la pasión de la dama Caroline (que así se llamaba) tal vez se viera estimulada por el descubrimiento de que una muchacha del pueblo amaba a este joven y de que él le prodigaba algunas atenciones, por más que ocasionales e inspiradas únicamente por su instinto bondadoso.

Como su ocupación lo llevaba con frecuencia a la mansión y las tierras de la familia, lady Caroline gozaba de amplias oportunidades de ver al muchacho y conversar con él. Dominaba, empleando una expresión de Chaucer, «todas las artes amatorias» con destreza suma, y siendo él de corazón predispuesto a las pasiones no tardó en advertir la ternura en la voz y en las miradas de la dama. Al principio no daba crédito a su buena fortuna, pues ignoraba el hartazgo que hombres más artificiales habían llegado a causar en la joven; ahora bien, llega siempre el momento en que hasta el más estúpido percibe en una mirada la mirada de su otra mitad, y este momento le llegó al ayudante del administrador, que de tonto no tenía un pelo. Conforme crecía la confianza entre ambos los encuentros accidentales dieron paso a encuentros deliberados, hasta que finalmente desaparecieron todas las reservas cuando se hallaban a solas. Se susurraban ternezas, como hacen los amantes, y eran la pareja más unida que jamás se hubiera visto. Pese a todo, no permitían que un solo resquicio o señal de su amor se mostrase al mundo exterior.

A medida que ella mostraba con él menos escrúpulos bajo la influencia de sus sentimientos y él más reverencia por la misma razón, analizaron la situación y la juzgaron intolerable, pues su amor carecía de esperanza. Tanto si ella pedía permiso

para casarse como si callaba y renunciaba a él en silencio, las alternativas eran igualmente inconcebibles. Optaron por seguir una tercera vía que no ofrecía ninguna de las desventajas de las otras dos: casarse en secreto y continuar viviendo como antes de cara a los demás. En este punto difieren de los amantes de la historia de nuestro amigo el médico.

Nadie en la casa paterna adivinó que un día, cuando lady Caroline regresó tranquilamente de visitar a una tía suya, los amantes habían aprovechado la salida para unirse hasta que la muerte los separase. Lo cierto es que así fue. La joven que montaba espléndidos caballos, que conducía su calesín tirado por un poni y que era saludada con la mayor deferencia por todo el mundo, y el joven que iba a pie de un lado a otro, que dirigía las talas y el trazado de los estanques en el jardín, eran marido y mujer.

Tal como habían planeado, se ciñeron a su acuerdo al pie de la letra por espacio de más de un mes, reuniéndose clandestinamente cuando y donde podían, y estaban ambos sumamente felices y contentos. Cierto es que hacia el final de ese mes, enfriado ya el primer ardor de su amor, lady Caroline se preguntaba a veces cómo ella, que podía haber elegido por marido a un par del reino, a un barón o a un caballero investido, o, puestos a mostrar inclinaciones más serias, a un obispo o a un juez de esa especie más galante que prefiere esposas jóvenes, había cedido al arrebato de contraer semejante matrimonio, singularmente cuando, al verse los dos a solas, se percataba de que, a pesar de estar su esposo lleno de ideas y ser un joven bien leído, no compartía con él una sola experiencia social. Acostumbraba a visitarla él después de caer la noche, en su propia casa, cuando no encontraba la ocasión de verla en otro momento y lugar, y con este fin dejaba la muchacha sin cerrar una ventana del piso de abajo que daba al jardín, del que partía una escalera trasera, de tal modo que el joven podía escalar hasta la habitación de su dama y ser recibido en audiencia cuando la casa estaba en calma.

Una medianoche oscura, como no habían podido verse en el transcurso del día, el joven se sirvió de este método secreto igual que en ocasiones anteriores, y al cabo de una hora en mutua compañía declaró que era el momento de marcharse.

Se hubiera quedado más tiempo, pero este encuentro resultó algo doloroso. Lo que ella le dijo esa noche lo llenó de inquietud y de encono, pues revelaba un cambio manifiesto. Había recibido su altiva esposa la visita de la fría razón y comenzaba a mostrarse más preocupada por su posición y su futuro que apegada a él con ardor. Fuese o no la agitación resultante de esta percepción la causa del accidente, lo cierto es que el joven sufrió un espasmo; se quedó sin aliento, se levantó y, acercándose a la ventana en busca de aire, exclamó con un susurro breve y denso: «¡Ah, mi corazón!».

Con una mano en el pecho cayó al suelo antes de poder dar un paso más. Cuando lady Caroline volvió a encender la vela, que habían apagado para que nadie pudiese verlo salir desde el otro lado del jardín, comprobó que el corazón de su marido había dejado de latir, y al punto recordó lo que los amigos de él le habían contado en cierta

ocasión: que era proclive a sufrir fallos cardíacos y uno de ellos podía acabar con su vida en cualquier momento, según les había informado el médico.

Aunque estaba acostumbrada a dispensar tratamientos a los feligreses, ninguna de sus intervenciones en este sentido causó efecto alguno, y la progresiva rigidez y frialdad en las manos y los pies revelaron a la aterrada muchacha sin ningún género de duda que el joven estaba ciertamente muerto. Por espacio de más de una hora perseveró no obstante en sus esfuerzos por reanimarlo, hasta que, aceptando plenamente el hecho de que era cadáver, se inclinó sobre el cuerpo inerte, trastornada, perpleja y sin saber qué hacer a continuación.

Sus primeros sentimientos fueron de indiscutible dolor por su pérdida, aunque los segundos se centraron en su posición como hija de un conde. «¡Ah, por qué, por qué, mi infortunado esposo, mueres en mi dormitorio a esta hora! —le dijo al cadáver con voz lastimera—. ¡Por qué si habías de morir no has muerto en tu propia casa! ¡Así nadie habría sabido jamás de nuestra imprudente unión, y jamás podría pronunciarse una sola palabra de censura por lo impropio de mi amor por ti!»

Al anunciar el reloj del patio la solitaria hora de la una, lady Caroline despertó del letargo en el que se había sumido, se puso en pie y se acercó a la puerta. Avisar a su madre para darle la noticia le pareció la única salida para su terrible situación, pero se retractó nada más poner la mano en la llave. No era posible solicitar la ayuda de la condesa sin correr el riesgo de que el suceso llegase a oídos de todo el mundo a través de los criados; en cambio, si lograba sacar de allí el cadáver por sus propios medios, disiparía cualquier sospecha sobre su unión. Esta idea de inmunidad a las consecuencias sociales que podrían derivarse de su impulsivo matrimonio, esta sensación de libertad recobrada, le causó un alivio innegable, pues, como ya se ha dicho, las restricciones y los peligros de su posición ya habían empezado a afectarle los nervios.

Se preparó para realizar aquel esfuerzo, se vistió y vistió el cadáver. Atando las manos del difunto con un pañuelo, se echó sus brazos alrededor del cuello y así lo sacó al pasillo y bajó con él por la angosta escalera. Una vez llegó a la ventana del primer piso, dejó que el cuerpo sin vida se deslizara despacio sobre el alféizar hasta que cayó al suelo. Saltó a continuación por la ventana y, dejándola entreabierta, lo arrastró por el césped sin producir más ruido que el roce de una escoba. Cuando se hubo alejado un poco de la casa, lo sujetó mejor y se internó con él bajo los árboles, cargándolo de nuevo por las manos atadas.

Al verse fuera del recinto de la finca pudo aplicarse con mayor vigor a su tarea, que aun siendo ella fuerte le resultaba muy pesada; el miedo y el esfuerzo ya hacían mella cuando llegó al extremo de un campo de remolacha que mediaba entre la residencia y el pueblo. Tan exhausta se sentía que temió tener que dejarlo allí mismo. Sin embargo, reanudó su lento avance al cabo de un rato y, avanzando sobre la hierba siempre que le era posible, al fin se detuvo junto a la cancela del jardín del pobre muchacho, donde éste vivía con su padre el párroco. Nunca llegó a saber lady

Caroline cómo logró concluir esta empresa, y a fin de no dejar huellas en la tierra, arrastró el cuerpo por la gravilla y lo dejó en la puerta de la casa. Como conocía muy bien las costumbres del joven en sus idas y venidas, buscó la llave de la vivienda detrás de un postigo y se la puso en la mano fría. Lo besó entonces por última vez y se despidió de él entre sollozos quedos.

Volvió sobre sus pasos y llegó a casa sin contratiempos, encontrando la ventana, con gran alivio, tal como la había dejado. Una vez dentro de la casa prestó atención un momento, cerró la ventana y subió sigilosamente las escaleras hasta su habitación, donde puso todo en orden y se metió en la cama.

A la mañana siguiente se propagó la noticia de que el amable y bondadoso muchacho había sido hallado muerto en la puerta de su casa, que al parecer se disponía a abrir cuando cayó fulminado. Tan insólitas circunstancias justificaban una investigación, de resultas de la cual se determinó que un síncope cardíaco había sido sin lugar a dudas la causa de la muerte y nada más se dijo al respecto. Ahora bien, después del funeral, corrió el rumor de que un hombre que regresaba tarde a casa tras asistir a una feria ecuestre en una población lejana había visto en la penumbra de la noche a una persona, aparentemente una mujer, arrastrando hacia la cancela un objeto pesado, que a la luz de los acontecimientos posteriores bien pudiera tratarse del cadáver del muchacho. Se examinó entonces con mayor detenimiento la ropa que llevaba el difunto y se hallaron en ella marcas visibles de fricción en algunos puntos, en todo similares a las que hubiera producido el ser arrastrado por el suelo.

Presa de una gran consternación, nuestra ingeniosa y bella dama empezó a pensar que, a fin de cuentas, tal vez hubiese sido preferible confesar honradamente la verdad. No obstante, puesto que había llegado hasta ahí sin ser descubierta ni levantar sospechas, resolvió hacer un nuevo esfuerzo para seguir adelante con su ocultación y se le ocurrió una idea brillante. Creo haber mencionado ya que, antes de que se fijara en el infortunado ayudante del administrador, el joven era objeto de los amores de cierta damisela del pueblo, hija del leñador, vecino del muchacho, a la cual éste había dispensado algunas atenciones, y era muy posible que ella lo amase todavía. En cualquier caso, como la influencia de lady Caroline en las tierras de su padre era considerable, se procuró una entrevista con la joven en interés del plan para salvar su reputación, asunto que para entonces le preocupaba profundamente. Y es que a estas alturas, una vez pasado el arrebato, empezaba a avergonzarse de la loca pasión que había sentido por su difunto marido, y casi deseaba no haberlo conocido.

No le fue difícil dar con la muchacha en el curso de sus visitas parroquiales y la encontró pálida y triste, cubierta con un sencillo vestido negro por respeto a la memoria del joven al que amaba con ternura a pesar de que él no la correspondiese.

—¡Ah, Milly, has perdido a tu amado! —dijo lady Caroline.

La muchacha no pudo contener las lágrimas.

—En realidad no era mi amado, señora. Pero yo lo amaba, ¡y ahora que ha muerto ya no deseo seguir viviendo!

—¿Podrías guardar un secreto? —preguntó la dama—. ¿Un secreto que atañe a su honor, que solo yo conozco, pero que también tú debes conocer?

La muchacha dio al punto su promesa y cierto es que bien podía confiársele cualquier cosa, tan profundo era su amor por el joven al que lloraba.

—En ese caso, ve esta noche a su tumba, media hora después de que se ponga el sol, y te lo contaré.

En el crepúsculo de esa noche de primavera, las sombras de las dos mujeres convergieron junto al montículo de turba bajo el que yacía el ayudante del administrador. Y en ese lugar y a esa hora solemnes, intencionadamente escogidos por lady Caroline, desveló su secreto la mujer dotada de belleza y de cuna: cómo lo había amado y se había casado con él a escondidas; cómo había muerto él en su habitación; y cómo, para que nada se supiera, lo había arrastrado hasta la puerta de su casa.

—¡Usted, señora, casada con él! —exclamó con sobresalto la sencilla muchacha.

—Así es —repuso lady Caroline—. Pero fue una locura y un paso errado. Él tendría que haberse casado contigo. Eras tú, Milly, quien le correspondía. Y ahora lo has perdido.

—Sí —respondió la pobre infeliz—, y por eso se burlaban de mí. «Ja, ja, estás loca por él, Milly, pero él nunca te querrá», me decían.

—Sería dulce cosechar una victoria sobre quienes se han mofado de ti con tanta crueldad —observó lady Caroline—. No lo tuviste en vida, pero podrías tenerlo muerto como si hubiese sido tuyo, de ese modo se volverían las tornas.

—¿Cómo? —inquirió la muchacha, apenas sin aliento. Lady Caroline le expuso entonces su plan, que consistía en que Milly declarase que el joven había contraído matrimonio en secreto (como efectivamente hizo) y que se había casado con ella, su amor; que en la noche de su muerte fue a visitarla a su casa; que al saberlo muerto ella lo sacó de allí para evitar que sus padres la descubriesen, y que era su intención no divulgar lo ocurrido, si bien los rumores la obligaban ahora a confesar.

—¿Y cómo podré demostrarlo? —preguntó la hija del leñador, pasmada por la audacia de la propuesta.

—Muy fácilmente. Puedes decir, en caso necesario, que te casaste con él en la iglesia de San Loquesea de Bath, y que usaste mi nombre, pues fue el primero que te vino a la cabeza para no ser descubierta. Fue allí donde él se casó conmigo. Yo respaldaré tu confesión.

—Bueno… no me gusta la idea…

—Si lo haces —dijo la dama en tono perentorio—, yo seré siempre amiga tuya y de tu padre; si no lo haces, sucederá lo contrario. Y te daré mi alianza, para que la lleves como propia.

—¿La ha llevado usted, señora?

—Solo de noche.

No tenía Milly mucha elección, y terminó por aceptar. Sacó entonces la noble

dama de su pecho el anillo que nunca pudo exhibir abiertamente y, tomando la mano de la muchacha, se lo puso en el dedo, junto a la tumba del amado.

Milly se estremeció y dijo:

—¡Me siento como si acabara de convertirme en la novia de un cadáver!

Puso la muchacha a partir de ese momento todo su corazón y toda su alma en la suplantación. Una serenidad absoluta se instaló en su espíritu. Le parecía poseer en la muerte a quien en vida solo pudo idolatrar en vano, y se sentía casi contenta. Lady Caroline entregó a la nueva esposa todos los pequeños recuerdos y las baratijas que el joven le había regalado, incluido un broche con un mechón de su pelo.

Al día siguiente la muchacha hizo su falsa confesión, que se vio reforzada por el luto que llevaba sin explicar por quién, y la historia del romance pronto se difundió por el pueblo y la comarca, hasta llegar a Melchester. Fue un hecho curioso desde el punto de vista psicológico que, una vez formulada su promesa, Milly pareciese poseída por un espíritu de éxtasis ante su propia posición. Con la generosa suma que le dio lady Caroline, pudo adquirir el atuendo que correspondía a una viuda y acudía puntualmente a la iglesia con su ropa de luto, enmarcado en crepé su rostro sencillo con tanta dulzura que las otras muchachas del pueblo casi envidiaban su situación. Y es que, cuando el dolor de una mujer por la pérdida de su amado mutila su joven vida de una manera tan evidente como ocurrió en el caso de Milly, es poco probable que alguien sospeche engaño alguno. Sus explicaciones concordaban tan bien con los detalles de los últimos movimientos del difunto —cuyas extrañas ausencias y repentinas apariciones habían desconcertado a sus amigos en más de una ocasión— que nadie imaginó siquiera por un momento que fuese otra mujer la contrayente de aquellas nupcias secretas. La estricta verdad de los hechos a buen seguro se habría tenido por una explicación ridícula al lado de esta otra mucho más verosímil, en razón de la altiva conducta de lady Caroline y las sencillas costumbres del difunto. No habiendo ninguna herencia de por medio, nadie se tomó la molestia de acudir a la iglesia de la ciudad, a sesenta kilómetros del pueblo, para comprobar la inscripción de tan modesto amorío en el registro matrimonial.

Poco después Milly ordenó erigir en la tumba de su falso marido una estela decente, donde se afirmaba que la lápida había sido dispuesta por su desconsolada viuda, lo cual, si se tiene en cuenta que el pago de la estela correspondía a lady Caroline y el dolor a Milly, era tan cierto como lo son por lo común este tipo de inscripciones; tan solo requería pluralización para que resultase aún más veraz.

La impresionable y complaciente Milly se deleitaba en su personaje de viuda, visitando la tumba a diario, y abandonarse a la tristeza era decididamente un lujo para ella. Colocaba flores frescas en la sepultura y tal era la fuerza de su imaginación que casi llegaba a creer que había estado de veras casada cuando iba de un lado a otro vestida de luto. Una tarde en que Milly se encontraba atareada como de costumbre en sus labores de amor junto a la tumba, lady Caroline pasó junto a la tapia del cementerio en compañía de un grupo de amigos que, al ver a Milly, se detuvieron a

contemplar con interés la actividad de la muchacha y comentaron la carga dramática de la escena, así como el profundo afecto que el joven debió de sentir por una criatura tan tierna. Los ojos de lady Caroline irradiaron un extraño fogonazo de dolor, como si por vez primera envidiase la posición que Milly había llegado a ocupar merced a sus esfuerzos por transferírsela; lo cual demostraba que aún albergaba un rescoldo de amor por su marido, bien que oscurecido y sofocado por consideraciones sociales.

La repentina aparición de lady Caroline en el cementerio puso fin a este cómodo arreglo entre las jóvenes un día en que Milly se encontraba allí cumpliendo con su habitual cometido de poner flores. Lady Caroline la esperó ansiosamente junto a la cancela, con un semblante agitado y pálido.

—¡Milly, ven aquí! —la llamó—. No sé cómo decirte lo que voy a decirte. ¡Estoy medio muerta!

—Lo siento por usted, señora —respondió Milly, sin comprender muy bien.

—¡Devuélveme el anillo! —ordenó la dama, sujetando a la muchacha de la mano izquierda.

Milly se zafó rápidamente.

—¡Te digo que me lo des! —insistió Caroline, casi con virulencia—. ¡Claro, no sabes por qué! ¡Siento una pena y una inquietud con las que no contaba! —Y le susurró unas palabras a la muchacha.

—¡Ay, señora! —exclamó la atónita Milly—. ¿Qué se propone?

—Dirás que tu declaración fue una mentira infame, una invención, un escándalo, un pecado mortal… ¡que yo te lo pedí para protegerme! Que fui yo quien se casó con él en Bath. En resumidas cuentas, tenemos que decir la verdad, de lo contrario estoy arruinada… en cuerpo, en alma y en mi reputación… ¡para siempre!

Pero la flexibilidad de las mujeres de buen corazón tiene un límite. Para entonces Milly se había apegado tanto a la idea de ser una sola carne con el difunto, de ostentar por derecho su apellido, a tal punto había llegado a considerarlo su marido, a soñar con él como su marido, a hablar de él como su marido, que no podía renunciar a él, por más que se lo ordenasen.

—¡No, no! —dijo con desesperación—. ¡No puedo, no renunciaré a él! Usted, señora, me lo quitó en vida y me lo devolvió cuando ya estaba muerto. ¡Ahora es mío! Yo soy su verdadera viuda. ¡Mucho más que usted, señora! Pues yo lo amo y lo lloro y me hago llamar por su querido apellido, mientras que usted, señora, no hace ninguna de estas cosas!

—¡Yo sí lo amo! —gritó lady Caroline, con ojos encendidos—. ¡Estoy unida a él y no consentiré que se vaya con una como tú! ¿Cómo voy a consentirlo, cuando él es el padre de la pobre criatura que estoy esperando? ¡Tengo que recuperarlo! Milly, Milly, ¿es que no puedes comprenderme y compadecerme, muchacha perversa, por la terrible situación en que me encuentro? ¡Ah, esta precipitación es la ruina de las mujeres! ¡Por qué no lo pensé mejor y esperé un poco! ¡Vamos, devuélveme todo lo que te di y promete que me respaldarás cuando confiese la verdad!

—¡Jamás, jamás! —repitió Milly, con angustiado ardor—. ¡Mire esa estela! ¡Mire mi vestido y mi velo de crepé… este anillo! ¡Fíjese en el nombre por el que todos me llaman! ¡Mi persona es tan valiosa para mí como la suya para usted! He proclamado que mi amor era mío, que yo era suya, he adoptado su apellido, haciendo de su muerte mi pena particular, ¿cómo voy a decir que no fue así? ¡No aceptaré ese deshonor! Juraré en contra de su testimonio, señora, y todos me creerán. Mi historia es mucho más creíble, mientras que la suya la tomarán por falsa. ¡Señora, por favor, no me obligue a hacer esto! ¡Por piedad, no me lo quite!

Tal era la angustia de la supuesta viuda ante una proposición que con toda seguridad supondría una amarga humillación para ella que logró despertar la compasión de lady Caroline, pese a su propio estado de ánimo.

—Sí, comprendo tu posición —respondió—. Pero ¡piensa tú en la mía! ¿Qué voy a hacer? Sin tu ayuda todo parecerá una invención para eludir la deshonra; aunque mostrara el registro, tal es el gusto de la multitud por el escándalo que nadie se abstendrá de difamarme, todos dirán que lo mío es falsedad y te creerán a ti. ¡No sé quiénes fueron los testigos, ni el nombre de la iglesia, ni nada!

En pocos minutos las desdichadas jóvenes se convencieron, como sucede a las personas en apuros, de que la unión era su mayor fortaleza, incluso en ese momento, y deliberaron con ánimo más sereno. El resultado de sus reflexiones fue que Milly volvió a casa como de costumbre y lo mismo hizo lady Caroline, quien esa misma noche le confesó a su madre la condesa y a nadie más en el mundo el secreto de su matrimonio. Algún tiempo después madre e hija se marcharon a Londres, donde posteriormente se reunieron con Milly, que salió del pueblo con el pretexto de que iba a tomar las aguas en un balneario del norte para recuperar la salud a expensas de la marquesa y de su hija, quienes se habían tomado un gran interés por ella en su solitaria e indefensa viudedad.

A principios del año siguiente la pretendida viuda volvió a casa con un bebé en los brazos, mientras que la familia de Manor House se marchaba al extranjero. No regresaron hasta el otoño, momento para el cual Milly y su hijo ya habían dejado la casa del leñador y disfrutaban del privilegio de una casita propia, a muchos kilómetros al este de su pueblo natal; se dispuso además una asignación mensual de por vida para Milly y el niño.

Así transcurrieron dos o tres años y lady Caroline se casó con un noble —el marqués de Stonehenge— notablemente mayor que ella, quien la había cortejado larga y pacientemente. Aunque no era un hombre rico, la marquesa vivió a su lado una vida plácida por espacio de muchos años, si bien el matrimonio nunca tuvo hijos. Entretanto, el chico de Milly, como se llamaba al pequeño y como lo llamaba la propia Milly, creció y se desarrolló magníficamente, y quiso a su madre tal como ésta merecía por su devoción, y en él advertía ella con mayor nitidez cada día los rasgos del hombre que conquistó su corazón de muchacha y se lo llevó consigo a la tumba.

Lo educó lo mejor que pudo con los limitados medios de que disponía, pues la

asignación mensual no se incrementó en ningún momento, y lady Caroline, o la marquesa de Stonehenge como ahora se llamaba, se desentendió progresivamente de lo que hubiera sido de ellos. Milly se había vuelto muy ambiciosa desde que naciera su hijo; se privaba incluso de lo más necesario para enviarlo a la escuela secundaria en la ciudad donde vivían, y cumplidos los veinte años el muchacho se alistó en un regimiento de caballería con el firme propósito de hacer carrera en el ejército y no por simple indolencia. Sus excepcionales logros, su porte viril y su recta conducta le permitieron ascender rápidamente, a lo cual contribuyó la importante guerra en que se hallaba inmerso el país en ese momento. A su regreso a Inglaterra, una vez terminada la contienda, había ascendido al rango de capitán y poco después subió un peldaño más en el escalafón al ser nombrado intendente, a pesar de que era aún muy joven.

Su madre —su madre corpórea, es decir, la marquesa de Stonehenge— tuvo noticia de estos progresos realizados por méritos propios, que reavivaron su instinto maternal y la llenaron de orgullo. Manifestó un hondo interés por los éxitos militares del joven y a medida que se hacía mayor creció en ella el deseo de volver a verlo, particularmente cuando, al morir el marqués, se convirtió en una viuda solitaria y sin hijos. No sabría yo afirmar si la dama lo buscó expresamente, pero lo cierto es que un día, cuando paseaba en coche descubierto por los alrededores de una población vecina, las tropas estacionadas en el cuartel cercano pasaron junto a ella en formación. Las observó con mucho interés y en el más apuesto de los jinetes pudo reconocer a su hijo, habida cuenta del gran parecido que guardaba con su primer marido.

Esta imagen del joven intensificó las emociones maternales adormecidas por espacio de tantos años, y desesperada se preguntó cómo había podido desatenderlo de ese modo. ¡Ojalá hubiese poseído la verdadera valentía del amor que debiera haber profesado en su primer matrimonio y hubiese criado a su hijo! ¿Qué habría importado que jamás llegase a obtener su preciosa diadema de perlas y hojas de oro en comparación con haber podido gozar del amor y de la protección de un hijo tan noble y valioso? Estas y otras apesadumbradas reflexiones hirieron a la abatida y solitaria marquesa en lo más profundo de su corazón, y lamentó amargamente el orgullo que le impidió reconocer su primer matrimonio mucho más de lo que nunca había lamentado la caprichosa pasión que la empujó a casarse con él.

Tan hondo era su anhelo que terminó por parecerle que no podía seguir viviendo sin comunicar al muchacho que ella era su verdadera madre. Tenía que hacerlo, a despecho de lo que pudiese ocurrir. Por tarde que fuese, lo alejaría de aquella mujer a la que ya odiaba con la fiereza de un corazón abandonado por haber usurpado el papel de madre de su único hijo. Se convenció de que éste cambiaría de buen grado a una simple campesina por una marquesa. Libre en su viudedad de ir y venir a su antojo, sin que nadie le hiciese preguntas, lady Stonehenge fue al día siguiente hasta el pueblo donde vivía Milly, aún de luto riguroso por su perdido amor de juventud.

—Es mi hijo —le dijo la marquesa en cuanto estuvo a solas con ella en la casita

—. Tienes que devolvérmelo ahora que me encuentro en posición de desafiar la opinión del mundo. Supongo que vendrá a verte con frecuencia.

—Todos los meses desde que regresó de la guerra, señora. ¡A veces se queda dos o tres días y me lleva a todas partes! —Hablaba con serena sensación de victoria.

—Pues tendrás que renunciar a él —señaló la marquesa sin alterarse—. No será tan malo para ti… podrás verlo cuando lo desees. Me propongo reconocer mi primer matrimonio y tener a mi hijo conmigo.

—Olvida usted, señora, que son dos los que tienen que aceptar. No solo yo, sino él.

—Eso se puede arreglar. No pensarás que él… —pero no quiso insultar a Milly comparando sus respectivas posiciones, y optó por decir—: ¡Lleva mi sangre, no la tuya!

—¡La sangre no significa nada! —replicó Milly, manifestando en un instante todo el desprecio que una campesina puede mostrar a una dama de noble condición, que en este caso no era tan pequeño como cabría suponer—. De todos modos, estoy dispuesta a comunicárselo para que él decida por sí mismo.

—Es lo único que pido —respondió lady Stonehenge—. Dile que venga y nos veremos aquí.

Se envió una carta al soldado, y se celebró el encuentro. El joven no se mostró tan asombrado de este parentesco como se figuraba lady Stonehenge, pues sabía desde hacía años que su nacimiento no había estado exento de cierto misterio. Su actitud con la marquesa, aunque respetuosa, fue menos cálida de lo que ella esperaba. Se expuso entonces la alternativa de su elección. La respuesta del joven la dejó pasmada.

—No, señora —dijo el intendente—. Muchas gracias, pero prefiero que las cosas continúen como hasta ahora. En cualquier caso, el apellido de mi padre me pertenece. Comprenda usted, señora, que se desentendió de mí cuando era débil e indefenso; ¿por qué habría de acercarme a usted ahora que soy fuerte? Ella —dijo señalando a Milly—, esta mujer tan devota y querida por mí, me atendió desde que nací, se ocupó de mí en todo momento, me cuidó cuando estaba enfermo y se privó de muchas pequeñas comodidades para sacarme adelante. No puedo amar a otra madre como la amo a ella. ¡Ella es mi madre y yo siempre seré su hijo! —Pasó mientras hablaba su brazo viril por el cuello de la madre y la besó con la mayor ternura.

La agonía de la pobre marquesa era digna de lástima.

—¡Me matas! —exclamó, estallando en sollozos—. ¿No puedes… quererme… también… a mí?

—No puedo, señora. He de decirle que si usted se avergonzó un día de mi pobre padre, que era un hombre sincero y honrado, hoy soy yo quien se avergüenza de usted.

Nada conmovía al joven, y la desesperada mujer musitó al fin:

—¿No puedes… no puedes darme un beso… como se lo has dado a ella? ¡No es mucho… es lo único que te pido… nada más!

—Naturalmente que puedo —respondió él.

La besó, pero de una manera muy distinta, con bastante frialdad, y con esto concluyó la dolorosa escena. Ese día se firmó la sentencia de muerte de la infortunada marquesa de Stonehenge. Y tal es la perversidad del corazón humano que el hecho de que él la despreciase no hizo sino avivar en ella el fuego del anhelo de su amor. Desconozco cómo vivió la marquesa en lo sucesivo, aunque sé que no vivió mucho tiempo. Esa angustia más afilada que los colmillos de una serpiente acabó pronto con ella. Sin importarle en lo más mínimo el mundo, sus costumbres o sus opiniones, reveló la verdad de su historia, y cuando sobrevino el ansiado final (momento en el cual, lamento decir, se negó a recibir el consuelo de la religión), no hubo expresión más exacta para resumir su causa que la de un corazón partido.

Tras concluir el deán su relato se realizaron algunas observaciones, tal como correspondía. El hombre sentimental señaló que la historia de lady Caroline ofrecía un triste ejemplo de cómo un noble sentimiento humano puede verse manchado por la vergüenza y la mezquindad por culpa de la división entre las clases y de los prejuicios sociales. Tal vez mereciese la marquesa alguna compasión, aunque no cabía duda de que su hijo la mereció más que ella antes de convertirse en un hombre. No hay sufrimiento que pueda compararse al de la infancia cuando un niño se encuentra un mundo en el que su presencia no es bienvenida sin que él alcance a comprender el porqué. Quien así había hablado se ofreció a relatar al hilo de ésta otra historia que ilustraba el mismo asunto, aunque esta vez con resultados diferentes.

Mayo de 1891

Dama cuarta. Lady Mottisfont, por el hombre sentimental

De todas las localidades románticas de Wessex, Wintoncester es probablemente la más idónea para las personas de carácter meditativo, pues cuenta con una catedral dotada de una nave de notables dimensiones, que ofrece un buen espacio para que uno pueda pasear y sumirse en los pensamientos más profundos sin necesidad de volver continuamente sobre sus pasos o sin que parezca que hace algo más que dar un paseo vespertino a cubierto de la lluvia o del sol. En mitad de aquellas tumbas espléndidas, en un recorrido de casi trescientos pasos sin interrupción en dirección este y otros casi trescientos en dirección oeste, puede uno, por ejemplo, comparar pausadamente el polvo seco que en última instancia termina por corromper a reyes y obispos con el polvo más húmedo que es por lo común la sustancia que finalmente adquieren plebeyos y clérigos en su lugar de reposo al aire libre. Si uno está enamorado puede deambular por las capillas y por detrás del coro episcopal en compañía de su amada, sumergido en un éxtasis tan dulce y profundo ante la solemnidad del entorno que este estado del alma cobrará un tinte más fino y raro, tanto más grato al entendimiento, si no a los sentidos, que esa otra forma de emoción que la misma compañía puede procurar en lugares donde todo es vida, crecimiento y fecundidad.

Fue en este lugar solemne, al cual se habían retirado en busca de intimidad una fría tarde de marzo, donde sir Ashley Mottisfont pidió en matrimonio como segunda esposa a Philippa, la dulce hija del sencillo hidalgo Okehall. Había sido la de ella una vida oscura hasta el momento, mientras que sir Ashley, sin ser un hombre rico, gozaba de cierta distinción, de tal manera que a todos pareció esta unión conveniente y favorecedora para una muchacha de condición inferior, esto es, todo el mundo la bendijo. Nadie se alegró tanto como la propia Philippa. Tales eran sus sentimientos que, ese día, mientras recorría las naves de la catedral a su lado, no reparaba en la dureza del suelo que pisaban sus pies. Era una joven de corazón apasionado que no alcanzaba a entender cómo merecía un amante tan ilustre, un personaje tan viajado, un hombre tan apuesto.

Formuló sir Ashley su petición en un lenguaje nada torpe, como el que acostumbraban a emplear los bucólicos terratenientes ordinarios en ocasiones igual de estremecedoras, con tanta elegancia como si se hubiese instruido en *El orador de Enfield*[1]. No obstante, vaciló un poco, pues tenía algo que añadir.

—Mi hermosa Philippa —dijo (a decir verdad no era ella demasiado hermosa)—, como sabes tengo una hijita que depende de mí, una niña abandonada a la que encontré un día en un campo de avena silvestre —tal era el talante de este respetable caballero— cuando volvía a casa a caballo: una pequeña criatura sin apellido a la que es mi deseo cuidar y educar de una manera sencilla hasta que tenga edad suficiente para cuidarse por sí misma. Tiene tan solo quince meses y actualmente está al cuidado de una buena mujer de mi parroquia. ¿Tendrás reparo en ofrecer un poco de

atención a esta niñita en su indefensa situación?

Ni que decir tiene que nuestra inocente y joven dama, pues tanto lo amaba, respondió que haría cuanto estuviera en su mano por la niña sin nombre, y poco después la pareja contraía matrimonio en la misma catedral que se hiciera eco de esta declaración susurrada. Fue oficiado el casamiento por el propio obispo, un hombre venerable y de muy amplia experiencia, tan versado en la tarea de unir a las personas dispuestas a someterse a esta clase de experimento, que no sin cierta sorpresa los contrayentes se sintieron fundidos en uno cuando aún se contemplaban vagamente el uno al otro como dos seres independientes.

Tras esta operación se instalaron en Deansleigh Park, donde llevaron en lo sucesivo una vida muy feliz. Lady Mottisfont, fiel a su promesa, en las semanas que siguieron bajaba a diario al pueblo para visitar a la pequeña que su marido había encontrado de un modo tan misterioso camino de su casa y sobre cuyo interesante descubrimiento se había formado ella su propia opinión; pero era tan amable y bondadosa que, si le hubieran faltado seres vivos a los que dispensar su amor, habría amado a los troncos y a las piedras, por lo cual se guardaba para sí todos sus pensamientos. La niñita, a la que se había bautizado con el nombre de Dorothy, se apegó a lady Mottisfont como si la joven esposa del barón fuese su propia madre; y con el tiempo Philippa se encariñó tanto con ella que se aventuró a pedir a su marido si podía tenerla en su propia casa y criarla con todos los cuidados necesarios, como si fuese su propia hija. A esto respondió el marido que, si bien podían formularse algunas observaciones, no tenía él nada que objetar: bien se veía que sir Ashley estaba más que complacido con esta petición.

Vivieron así dos o tres años tranquilos y sin sucesos dignos de mención en la residencia que el barón tenía en esa región de Inglaterra, tan cerca de la felicidad perfecta como lo permite el clima en este país. La pequeña fue para Philippa un regalo del cielo, pues no parecía probable que pudiera tener hijos propios, y sabiamente consideró la presencia de Dorothy como una gracia especial de la Providencia, sin preocuparse en absoluto por el posible origen de la niña. Era una joven sensible e impulsiva que amaba a su marido sin criticarlo nunca, plena y religiosamente, y no era menor su afecto por la pequeña. Cuidaba de ella como si fuese su propia hija y su compañía le resultaba un gran consuelo cuando el marido se ausentaba por asuntos de negocios o de placer, y, cuando éste volvía a casa, le complacía ver cómo se había ganado la una el corazón de la otra. Sir Ashley besaba a su mujer, su mujer besaba a la pequeña Dorothy y la pequeña Dorothy besaba a sir Ashley, y tras esta ronda triangular de afectos, lady Mottisfont decía:

—¡Ay, me olvido de que no es mía!

—¿Y eso qué más da? —respondía él—. La Providencia es sabia. Nos ha enviado a esta niña porque no tiene intención de enviarnos otro hijo.

La vida del matrimonio era de lo más sencilla. Sir Ahsley disfrutaba con la caza y la agricultura, mientras que Philippa era un modelo de domesticidad. Disfrutaban allí

de todos sus placeres. Se retiraban a descansar temprano y se levantaban con el bullicio de los caballos y el silbato de las carretas. Conocían los nombres de todos los pájaros y todos los árboles que no fuesen en exceso insólitos y predecían el tiempo casi con tanta exactitud como los campesinos pendientes de sus cosechas o los viejos con llagas.

Cierto día sir Ashley recibió una carta, que leyó y dejó sobre la mesa con aire pensativo, sin hacer ningún comentario.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó su mujer, mirando el papel.

—Es de un viejo abogado de Bath al que conozco. Me recuerda algo que le dije hace cuatro o cinco años (antes de que nos casáramos), acerca de Dorothy.

—¿De qué se trata?

—Fue una observación sin importancia que le hice cuando pensaba que tú tal vez no quisieras aceptarla; le dije que, si sabía de alguna dama que deseara adoptar una niña y pudiera ofrecerle un buen hogar a Dorothy, me lo hiciese saber.

—Pero eso fue cuando no tenías quién se ocupase de ella —se apresuró a decir Philippa—. ¡Qué absurdo que escriba ahora! ¿Acaso no sabe que te has casado? Por fuerza ha de saberlo.

—¡Sí, naturalmente!

Sir Ashley le tendió la carta a su mujer. El abogado señalaba que una viuda de cierta posición, una dama que no deseaba revelar su nombre, a la que había conocido recientemente tomando las aguas y que se había convertido en cliente suya, le había dicho que le gustaría adoptar a una niña y criarla como a su propia hija, si tuviera la certeza de encontrar a una pequeña de disposición agradable; y, para mayor seguridad, no deseaba que la niña fuese demasiado pequeña, pues en tal caso no podría juzgar sus cualidades. El abogado había recordado la consulta de sir Ashley hacía ya algún tiempo, de ahí que le plantease ahora este asunto. Sería un hogar excelente para la pequeña —de eso estaba seguro—, si ésta para entonces no había encontrado una familia.

—Pero ¡es absurdo que escriba después de tanto tiempo! —insistió lady Mottisfont, sintiendo un nudo en la garganta al pensar en lo mucho que Dorothy significaba para ella—. Supongo que fue al encontrarla cuando le hiciste esa observación.

—Exacto… fue entonces.

Sir Ashley se mostró reflexivo, pero ni él ni lady Mottisfont se tomaron la molestia de responder la carta del abogado, y ahí quedó todo por el momento.

Un día, a su regreso de una breve estancia en la ciudad, adonde fueron a ver en qué se ocupaba el mundo, oír lo que por ahí se comentaba y ponerse un poco a la moda después de tanto tiempo de aislamiento en su entorno rural, en esta ocasión, como digo, supieron por un amigo que habían invitado a cenar que Fernell Hall —la mansión de la finca contigua a la suya, que se encontraba disponible debido a la impecunia de su propietario— había sido adquirida temporalmente por una dama

viuda, una condesa italiana, cuyo nombre no habré de mencionar por razones que se sabrán más adelante. Lady Mottisfont expresó su sorpresa e interés ante la posibilidad de tener una vecina de estas características.

—Aunque de haber nacido yo en Italia, creo que hubiese preferido quedarme allí —observó.

—No es italiana, aunque su marido lo era —explicó sir Ashley.

—¿Cómo? ¿Ya habías oído hablar de ella?

—Sí; hablaban de ella en Grey's, la otra noche. Es inglesa. —Y, como el barón no añadiera nada más sobre la dama, el amigo que cenaba con ellos le indicó a lady Mottisfont que el padre de la condesa había especulado durante mucho tiempo en la Bolsa de las Indias orientales, donde por aquel entonces se cosechaban enormes fortunas; de esta manera la hija se vio convertida en una mujer inmensamente rica a la muerte de su padre, que acaeció apenas unas semanas después de la muerte de su marido. Se sospechaba que la unión entre la hija de un especulador inglés y un conde extranjero sin posibles había sido pura conveniencia. No bien pasara algún tiempo, sin duda la viuda se convertiría en blanco de todos los arribistas, pues seguía siendo bastante joven. Por el momento, sin embargo, ella parecía desear quietud y evitaba el trato social.

Algunas semanas después de este incidente sir Ashley Mottisfont observó a su mujer un buen rato, y finalmente dijo:

—Habría sido mejor para Dorothy que la condesa la hubiese adoptado. Es mucho más rica que nosotros y podría introducir a la niña en el gran mundo mucho mejor de lo que nosotros podremos hacer jamás.

—¿La condesa? ¿Llevarse a Dorothy? —preguntó lady Mottisfont, desconcertada —. ¿Acaso era ella la dama que deseaba adoptarla?

—Sí; se encontraba en Bath cuando el señor Gayton me escribió esa carta.

—Pero ¿cómo sabes tú todo eso, Ashley?

Él mostró cierta vacilación.

—Bueno, la he visto —dijo—. Ya sabes que a veces sale a pasear en coche, aunque no monta a caballo, y me ha comunicado que ella era la dama que le hizo esta petición a Gayton.

—¿Has hablado entonces con ella además de verla?

—Sí; varias veces. Como todo el mundo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Se me ha olvidado por completo pasar a visitarla. Iré mañana, o pronto… Pero no comprendo, Ashley, cómo puedes decir que hubiese sido mejor para Dorothy irse con ella; esa niña es tan nuestra que no puedo tolerar semejantes conjeturas, ni siquiera en broma. —Sus ojos le acusaban con tanta elocuencia que sir Ashley Mottisfont no respondió nada.

Lady Mottisfont salía de casa tan poco como la condesa angloitaliana; a decir verdad, se hallaba tan absorta en sus tareas domésticas y en el bienestar de Dorothy que no tenía un momento que perder en distracciones vanas. Como le había señalado

a su marido, hablar tan a la ligera de cuál sería el mejor destino para una niña de la que tanto se habían encariñado le parecía un disparate de tal calibre que no alcanzaba a comprender cómo podía él considerar la cuestión siquiera de manera abstracta; pues, como probablemente habrán adivinado, caballeros, lady Mottisfont ya sabía a estas alturas, si es que no lo supo desde el principio, cuál era la verdadera relación de sir Ashley con Dorothy. Pese a todo, era tan discreta y complaciente que jamás le participó sus sospechas, y aceptó sin reparos lo que el Cielo quiso enviarle: su generosidad se había visto ampliamente recompensada por la nueva vida que había hallado en su amor por la pequeña.

El marido volvió a sacar a colación este incómodo asunto al cabo de unos días, mientras planeaban un viaje al extranjero. Dijo que era una lástima, si de verdad iban a marcharse, no haber aceptado los deseos de la condesa. La dama le había comentado que había visto a Dorothy mientras paseaba con su niñera, y que jamás le había gustado una niña tanto.

—¿Cómo… es que sigue codiciándola? ¡Qué impertinencia de su parte! —exclamó lady Mottisfont.

—Al parecer así es… Verás, querida Philippa, habría sido una ventaja para Dorothy que la condesa la hubiese adoptado legalmente, convirtiéndola así en su propia hija; mientras que nosotros no hemos hecho eso… solo la estamos criando y educando por caridad.

—Pero ¡yo estoy dispuesta a adoptarla plenamente… a hacerla legalmente mía! —exclamó su mujer en tono ansioso—. ¿Qué hay que hacer para ello?

—Hmm —reflexionó él. Pero no le dio una respuesta, y lady Mottisfont se quedó muy intranquila y preocupada.

El día siguiente, sin pérdida de tiempo, lady Mottisfont fue a Fernell Hall a hacer la olvidada visita a su vecina. La condesa se encontraba en casa y la recibió con gran cortesía. Lady Mottisfont creyó morir nada más ver a su vecina. Jamás había contemplado una belleza tan extraordinaria y perfecta en las líneas de un rostro humano. Parecía refulgir con toda la luz y toda la gracia que una mujer puede poseer. Sus refinados modales continentales, su mente abierta, su ingenio rápido, componían un conjunto que causó en la pobre dama el mayor de los desánimos, pues ella, y últimamente también el propio sir Ashley, eran bastante rústicos en sus maneras, y se avergonzaba al escuchar idiomas o ideas de fuera. Apenas sabía tres palabras en otra lengua que no fuese la suya, mientras que aquella criatura divina, aunque originariamente inglesa, al parecer podía decir lo que se le antojara en francés o en italiano, lo cual por aquel entonces se consideraba una importante cualidad, y ciertamente así sigue siendo en nuestros días.

—¡Qué extrañísima historia la de esa niñita! —le dijo la condesa a lady Mottisfont en su tono siempre jovial—. Qué casualidad que la niña que me recomendó el abogado fuese precisamente la que usted, que ahora es mi vecina, había adoptado poco antes. ¿Cómo está creciendo? Tengo que ir a verla.

—¿Aún la quiere? —preguntó lady Mottisfont con recelo.

—¡Sí, me gustaría mucho tenerla conmigo!

—Pero ¡no puede usted! ¡Es mía! —dijo la otra con avidez.

La condesa se mostró abatida a partir de ese momento.

También lady Mottisfont se sentía muy desgraciada ese día, cuando volvió a casa. Su vecina era tan encantadora en todos los sentidos que había fascinado a esta dulce dama. ¿Acaso era posible que no hubiese logrado hechizar también a sir Ashley? Además, un extraño pensamiento empezaba a cobrar forma en Philippa. Nada más llegar a casa corrió al cuarto de Dorothy y, abalanzándose sobre ella, la abrazó y la besó frenéticamente; luego, apartándola un poco, escudriñó atentamente los rasgos de la niña. Con un hondo suspiro, dejó a la desconcertada Dorothy y se marchó corriendo.

Había visto en el rostro de la pequeña no solo los rasgos del marido, como ya había contemplado muchas veces, sino otros de un matiz, una forma y una expresión que se correspondían con los de su nueva vecina.

Vio entonces la pobre mujer en su totalidad la perturbadora secuencia de hechos, y se preguntó cómo había sido tan rematadamente simple para no haber caído antes. Pese a todo, no pasó mucho tiempo reprendiéndose por su cortedad de miras, tal era su desdicha al verse de pronto como una intrusa. A decir verdad, en modo alguno podía haber previsto semejante coyuntura, aunque saberlo no aliviaba su dolor. Esa mujer que había sido a un tiempo la dicha y la desgracia de su marido reaparecía ahora libre cuando él ya no lo estaba, y saltaba a la vista que se moría por reclamar a Dorothy, quien entretanto se había convertido casi en la única fuente de alegría diaria para lady Mottisfont, pues le ofrecía algo de lo que ocuparse, colmaba su instinto maternal y tanto reflejaba la naturaleza de su marido que casi llegaba a engañarla, haciéndole creer gratamente que también se parecía a ella.

Si en algo se equivocó esta dama devota y virtuosa fue en su exceso de sumisión. Cuando todo está dicho y hecho, y al fin se descubre la verdad, los hombres rara vez sobresalen en voluntad de sacrificio como dueños y señores de las pobres mujeres que se han ligado a ellos de por vida, y acaso (bien es verdad que lo digo con la mayor cautela) de haberse encendido ella ante el marido como una aulaga cuando él llegó a casa ese día, tal vez habría podido ayudarse un poco a sí misma. Pero bien sabe Dios que esto es pura suposición; en todo caso, ella no reaccionó de este modo, sino que esperó y rezó para no despreciar nunca a quien, no tenía más remedio que admitirlo, siempre había sido bueno y amable con ella; y confió en que no le quitasen a Dorothy.

Aumentó gradualmente la relación entre las dos casas, y rara vez pasaba una semana sin que se viesen los unos y los otros. Por más que lo intentaba, y a sabiendas de lo peligrosa que podía ser esta relación, lady Mottisfont no detectaba ningún defecto o falta en su nueva amiga. Claro estaba que Dorothy había sido el imán que había atraído a la condesa, y no sir Ashley. Jamás había visto Philippa en ninguna

mujer semejante belleza, combinada con tal inteligencia y esplendor; de ahí que intentara convencerse (ignoro si con éxito o sin él) de que no le importaba la proximidad, pues una mujer tan rica, tan hermosa y con semejante nómina de pretendientes no podía albergar el deseo de arruinar la felicidad de una persona tan insignificante como ella.

Llegó la temporada en que era costumbre entre las familias distinguidas visitar los balnearios, y sir Ashley persuadió a su esposa para que lo acompañase con Dorothy. Todas las personas de renombre acudirían ese año a la cita. De esa misma región de Inglaterra irían muchos conocidos, entre otros lord y lady Purbeck, el conde y la condesa de Wessex, sir John Grebe, los Drenkhard, lady Stourvale, el anciano duque de Hamptonshire, el obispo de Melchester, el deán de Exonbury y otras luminarias menores de la corte, el púlpito y la campiña. Y allí estaba también la hermosa condesa, cortejada por jóvenes caballeros, circunstancia que impidió razonablemente a lady Mottisfont sospechar que abrigase en conciencia nuevos planes para sir Ashley.

La condesa gozaba allí de mejores oportunidades que nunca para ver a Dorothy, pues lady Mottisfont a menudo se encontraba indispuesta y aun en otras ocasiones no podía honradamente obstaculizar una relación que ofrecía a la niña inteligentes ideas acerca de las cosas. Dorothy acogía a su nueva conocida con una extraña e instintiva disposición que traslucía la asombrosa sutileza de los lazos que unen sangre con sangre.

Y finalmente estalló la crisis, precipitada por un accidente. Dorothy salió un día a tomar el aire con su niñera, dejando a solas a lady Mottisfont. Mientras la dama cavilaba lúgubremente que la condesa no perdería oportunidad para encontrarse con la niña en alguna parte e intercambiar con ella unas tiernas palabras, apareció sir Ashley e informó de que Dorothy había escapado de la muerte por los pelos. Unos albañiles se disponían a minar una casa que iba a ser demolida cuando, sin previo aviso, una de las paredes empezó a desplomarse lentamente, justo cuando pasaban por allí la niñera y la niña. El derrumbe fue momentáneamente contenido por el andamiaje. La condesa, que presenciaba la tragedia inminente desde el otro lado de la calle, cruzó de un salto, cogió rápidamente a Dorothy para evitar que el muro se le viniese encima y tiró a continuación de la niñera; las tres alcanzaron a duras penas el centro de la calle antes de quedar envueltas en la densa nube de polvo que produjo la mole en su caída, pero sin que una sola piedra llegase a tocarlas.

—¿Dónde está Dorothy? —preguntó lady Mottisfont presa de una gran agitación.

—Está con ella… se quedará con ella un rato…

—¿Que se quedará con ella? Pero la niña es mía… ¡es mía! —vociferó lady Mottisfont.

Sus ojos vivos y dulces detectaron en ese instante que su marido había olvidado casi por completo su existencia, que era como una intromisión, para centrarse en la de Dorothy, la condesa y la suya propia; se hallaba en un estado de exaltación en el que

no reconocía nada necesario para su bienestar más allá del círculo que contenía sus tres vidas.

Dorothy regresó al fin, totalmente fascinada por la condesa y sin ver nada trágico en lo ocurrido, sino más bien convencida de que todo era delicioso. Esa noche, una vez pasada la excitación, cuando acostaron a la niña, sir Ashley dijo:

—Ha salvado a Dorothy y a mí me gustaría saber qué puedo hacer yo para reconocer su heroísmo. ¿No crees que podríamos dejarle a Dorothy para que la críe, puesto que aún lo desea? Sería muy ventajoso para la niña. Debemos considerarlo bajo esa luz, y no de manera egoísta.

Philippa le cogió una mano.

—¡Ashley, Ahsley! No es posible que hables en serio… que me pidas que renuncie a mi preciosa hijita… la única que tengo. —Lo miró con un gesto lastimero y una expresión de dolor en los ojos llenos de lágrimas que obligaron a sir Ahsley a apartar la vista.

A la mañana siguiente, antes de que Dorothy se despertara, lady Mottisfont fue a hurtadillas hasta su cama y se sentó a mirarla. Cuando la niña abrió los ojos observó un buen rato los rasgos de Philippa y al fin dijo:

—Mamá… ¿verdad que tú no eres tan guapa como la condesa?

—No lo soy, Dorothy.

—¿Por qué no, mamá?

—Dorothy… ¿con quién preferirías vivir para siempre, conmigo o con ella?

La niña parecía inquieta.

—Lo siento, mamá; no quiero ser mala, pero preferiría vivir con ella, si a ti no te apenara y pudiéramos seguir todos igual.

—¿Te ha hecho ella esta pregunta alguna vez?

—Nunca, mamá.

Eso era lo más hiriente de todo: la condesa parecía ser la encarnación del honor y la bondad en este asunto, por más que lady Mottisfont intentase ponerla a prueba. Esa tarde fue a ver a su marido con una firmeza singular en su rostro dulce.

—Ashley, llevamos casados casi cinco años y jamás te he reprochado algo que sé perfectamente… Hablo del origen de Dorothy.

—Nunca lo has hecho, querida Philippa, aunque vi que lo sabías desde el primer momento.

—Supe desde el primer momento quién era el padre, aunque no sabía quién podía ser la madre. A ella no la conocía, pero ahora la conozco.

—¡Ah! ¿También has descubierto eso? —respondió sir Ashley, sin demasiada sorpresa.

—¿Acaso podía evitarlo? Sí, lo he descubierto y he estado pensando. Y he hablado con Dorothy. Acepto que se vaya con ella. No puedo por menos de acceder a los deseos de la condesa, viendo la amabilidad que ha mostrado con mi… tu… su… hija.

Dicho lo cual, esta mujer que estaba realizando un grandísimo sacrificio salió a toda prisa para que su marido no viese cómo le estallaba el corazón; y fue así, antes de que abandonaran la ciudad, como Dorothy cambió de madre y de hogar. La condesa se fue a Londres con Dorothy por algún tiempo, mientras sir Ashley y su esposa regresaban sin la niña a su solitaria residencia de Deansleigh Park.

Renunciar a Dorothy en el bullicio de Bath era muy distinto a vivir sin ella en aquella casa tan tranquila. Una tarde sir Ashley no encontró a su esposa en la mesa a la hora de la cena; la veía tan pensativa y triste de un tiempo a esta parte que su ausencia lo alarmó de inmediato. No dijo nada, pero la buscó por los alrededores de la casa y distinguió su silueta en el jardín, por donde últimamente paseaba sola muy a menudo. En la parte inferior había un estanque alimentado por un pequeño arroyo, y a este lugar llegó sir Ashley a tiempo de oír una zambullida. Echó a correr y en la penumbra vislumbró el vestido claro de su mujer flotando en el agua. La sacó del agua en cuestión de segundos, la llevó a su cuarto y allí la desvistió, sin que nadie en la casa se enterase del incidente. No había estado sumergida el tiempo suficiente para perder el conocimiento, y no tardó en recuperarse. Reconoció que lo había hecho porque la condesa se había llevado a su hija, y al mismo tiempo no cesaba de llamar a Dorothy. Su marido se mostró muy severo y le afeó su debilidad al comportarse de esa manera, cuando todo lo ocurrido había sido para bien. Ella aceptó los reproches con mansedumbre y admitió su falta.

A partir de ese momento se mostró más resignada, aunque sir Ashley con frecuencia la sorprendía llorando junto a una muñeca, un zapato o una cinta de la niña, y decidió entonces llevársela al norte de Inglaterra para cambiar de entorno y de aires. Tuvo esta decisión sus efectos benéficos, tanto físicos como anímicos, como demostrarían los acontecimientos posteriores, si bien lady Mottisfont seguía manifestando reacciones fuera de lo común cada vez que se nombraba casualmente a la niña. Volvieron a casa. La condesa y Dorothy seguían lejos de Fernell Hall, adonde regresaron pasados uno o dos meses. Un día, sir Ahsley irrumpió en el gabinete de su mujer cargado de noticias.

—¡No vas a creerlo, Philippa! ¡Después de desesperarte tanto porque Dorothy se iba con ella!

—¿Qué sucede?

—Nuestra vecina, la condesa, va a casarse de nuevo. Con alguien a quien ha conocido en Londres.

Lady Mottisfont se mostró muy sorprendida; en ningún momento había soñado con semejante posibilidad. El conflicto por la posesión de Dorothy había apartado de su pensamiento esta contingencia sin duda tan probable, puesto que la condesa aún no había cumplido los treinta años y era una mujer excepcionalmente hermosa.

—Lo que resulta más interesante para nosotros, o para ti —prosiguió su marido —, es la oferta que ha hecho. Desea que Dorothy vuelva contigo. Viendo el dolor que te ha causado su pérdida está dispuesta a pasarse sin ella.

—No es por eso, no es por consideración hacia mí —replicó al punto lady Mottisfont—. ¡Es muy fácil ver por qué lo hace!

—Bueno, eso es lo de menos; los mendigos no pueden elegir. La razón o el propósito nada significan para nosotros, con tal de que tú obtengas lo que deseas.

—Yo ya no soy una mendiga —respondió lady Mottisfont con misterioso orgullo.

—¿Qué quieres decir?

Lady Mottisfont vaciló. Era evidente, sin embargo, que no estaba dispuesta a acoger de nuevo con los brazos abiertos a quien meses atrás le había partido el alma.

La explicación de este cambio de actitud se reveló plenamente muy poco después. Tras cinco años de vida conyugal, lady Mottisfont esperaba por fin ser madre y muchas cosas habían cambiado para ella de manera sustancial. Entre los cambios principales figuraba que ya no sentía que Dorothy fuese absolutamente indispensable para su existencia.

Entretanto, a la vista de su futuro enlace, la condesa decidió abandonar Fernell Hall para regresar a su bonita casa de Londres. No pudo, sin embargo, marcharse tan pronto como esperaba, y pasó aún medio año entre el campo y la ciudad hasta que dejó definitivamente el vecindario. Antes de su partida tuvo una entrevista con sir Ashley, tres días después de que lady Mottisfont le hubiese dado a éste un hijo y heredero.

—Quería hablarte —dijo la condesa, mirándolo abiertamente a la cara— de la querida niña a la que he adoptado por un tiempo y a la que me proponía adoptar de manera permanente, pero comprenderás que es un riesgo demasiado grande para mi matrimonio.

—Eso mismo pensaba yo —respondió él, mirándola con la misma franqueza y observando que dos lágrimas asomaban a sus ojos al oírse a sí misma calificar a Dorothy de este modo.

—No me juzgues —se apresuró a decir ella; y, recomponiéndose, continuó—: Si lady Mottisfont pudiese aceptarla, tal como he sugerido, sería mejor para mí y ciertamente no le causaría a Dorothy ningún mal. Para todo el mundo menos para nosotros ella no es más que una niña con la que yo me he encaprichado. Lady Mottisfont la adoraba y se mostraba tan reacia a dejarla ir… que estoy segura de que querrá adoptarla de nuevo —concluyó con ansiedad.

—Volveré a proponérselo —respondió el barón—. ¿Dejas a Dorothy aquí por el momento?

—Sí, aunque me marcho conservaré la casa hasta dentro de un mes.

Sir Ashley no le contó a su mujer esta propuesta hasta pasados unos días, cuando se encontraba casi recuperada del parto y les llegaron noticias de la boda de la condesa en Londres. No bien mencionó el nombre de Dorothy, lady Mottisfont dio muestras de inquietud.

—No es que le haya cogido manía a Dorothy —dijo—, pero ahora tengo un hijo más cercano. Recuerda que ella optó por irse con la condesa cuando yo le pedí que

eligiese entre ella o yo.

—Pero, mi querida Philippa, ¿cómo puedes decir eso cuando se trata de una niña, y cuando esa niña es nuestra Dorothy?

—No es nuestra —repuso la condesa señalando la cuna—. El nuestro está aquí.

—Entonces, ¿qué, Philippa? —dijo él muy sorprendido—. ¿No quieres recuperar a Dorothy después de que casi mueres por haberla perdido?

—No deseo discutir, querido Ashley. Preferiría no volver a tener ninguna responsabilidad sobre Dorothy. Su lugar ha sido ocupado por otro.

El marido suspiró y salió de la habitación. Estaba ya previsto anteriormente que Dorothy fuese ese día a visitarlos, pero en lugar de llevarla con su mujer sir Ashley prefirió que ésta no se enterara de la presencia de la niña. La entretuvo él mismo lo mejor que pudo y salió con ella al jardín, donde dieron un paseo juntos. Se sentó el barón en la raíz de un olmo y sentó a la pequeña en sus rodillas.

—Entre ese marido y ese bebé, pequeña Dorothy, tú que antes tenías dos casas te has quedado ahora a la intemperie —dijo.

—¿No puedo ir a Londres con mi guapa mamá? —preguntó Dorothy, detectando en la actitud de sir Ashley algún inconveniente.

—Me temo que no, hija. Solo te llevó a vivir con ella porque se sentía sola.

—Entonces, ¿puedo volver a Deansleigh Park con mi otra mamá y contigo?

—Me temo que eso tampoco sea posible —dijo él con tristeza—. Ahora tenemos un bebé en casa. —Y concluyó su respuesta inclinándose para besar a la pequeña, con una lágrima en los ojos.

—Entonces, ¡nadie me quiere! —exclamó Dorothy con gran dramatismo.

—Sí, alguien te quiere —le aseguró él—. ¿En qué otro lugar te gustaría vivir?

Siendo tan limitadas las experiencias de la niña, solo acertó a mencionar el otro lugar en el mundo que conocía un poco, la casita de la mujer que cuidó de ella antes de que lady Mottisfont la llevase a su residencia.

—Sí, allí estarás mejor y más independiente —respondió sir Ashley—. Y yo iré a visitarte, mi querida niña, y te llevaré cosas bonitas, y es posible que allí seas igual de feliz.

Sucedió sin embargo que, cuando se produjo el cambio y Dorothy se instaló en la modesta casita, empezó a echar de menos el lujo y la amplitud de Fernell Hall y Deansleigh Park, y durante algún tiempo sus piececitos acostumbrados a las alfombras y los suelos de roble acusaron el frío de las losas de piedra donde ahora era su destino vivir y jugar, y en las manos le salieron sabañones de lavarse en la bomba del patio. Unos zapatos más gruesos, provistos de remaches, remediaron un poco el frío de los pies, y las quejas y lágrimas por éstas y otras cosas fueron menguando hasta desaparecer por completo a medida que la pobre niña se habituaba de nuevo a las duras condiciones de vida en la granja y crecía al menos fuerte, si no hermosa. Nunca dejó de ver del todo a sir Ashley, pero se vio privada de la sistemática educación que lady Mottisfont había dispuesto y comenzado para ella, igual que se

vio privada de su verdadera madre, la entusiasta condesa. Esta última pronto tuvo otras Dorothys en las que pensar, que ocupaban su tiempo y sus afectos tan plenamente como ocupaban los de lady Mottisfont su precioso niño. Andando el tiempo, la doblemente deseada y doblemente rechazada Dorothy se casó, creo, con un respetable contratista de caminos —el mismo, si mal no recuerdo, que reparó y mejoró la vieja carretera que va de Wintoncester hacia el suroeste pasando por New Forest— y en el corazón de este honrado empresario halló la pobre muchacha el nido que los de su propia sangre y más alta condición le habían negado.

Algunos de los presentes quisieron que el hombre sentimental contase otra historia tras oír ésta, a lo cual el interpelado dijo no recordar ninguna más en ese momento; le parecía además que el amigo que se sentaba al otro lado de la chimenea tenía algo que decir, a juzgar por su expresión.

El aludido miembro era un respetable coadjutor, que tenía un párpado casi cerrado —posiblemente a raíz de un accidente— y era asiduo a las reuniones del club. Comentó que debía su aspecto principalmente a las dos damas de este relato, que, aunque pasaban por mujeres de fuerte instinto maternal, no era su ternura incondicional ni auténtica. Su historia le recordaba un ejemplo de afecto más sólido por el lado paterno, en un carácter por lo demás culpable. Temía no estar bien dotado para contarlo, aunque lo intentaría si sus amigos lo deseaban.

El presidente intervino entonces para señalar que empezaba a hacerse tarde y tal vez fuese el momento de que los caballeros se marchasen a cenar a sus respectivos alojamientos y posadas, tras lo cual quien lo deseara podía regresar y reanudar estas curiosas tradiciones locales en lo que quedaba de noche, que prometía ser ciertamente fastidiosa. El conservador del museo había dicho que la sala se encontraba a su disposición. El coadjutor, que empezaba a sentir hambre, se mostró partidario de esta propuesta, por lo que los miembros del club acordaron reunirse allí al cabo de una hora y media. Acudieron los más fieles a la hora señalada, entre los cuales no figuraba el presidente, ni tampoco el deán rural y los dos clérigos, mientras que el coronel y el hombre de familia, provistos de un buen cigarro, tuvieron a bien regresar después de ver que su hotel era un lugar muy deprimente. El museo no disponía de medios de iluminación, de ahí que se colocara sobre la mesa una solitaria vela, menos potente que las llamas del fuego. Alguno de los miembros más considerados se presentó con botellas y vasos para todos. El coadjutor, bien dispuesto para entonces, procedió a relatar con sus propias palabras lo que a continuación se consigna en lo esencial, mientras algunos de los presentes fumaban.

Mayo de 1891

Segunda parte. Después de la cena

Dama quinta. Lady Icenway, por el coadjutor

En el reino de su excelentísima majestad el rey Jorge III, defensor de la fe y de las colonias americanas, vivía «en una hermosa heredad» (como según tengo entendido lo llamaba Leland[1] en su época), en uno de los parajes de mayor verdor de los bosques situados entre Bristol y la ciudad de Exonbury, una joven dama semejante por sus muchas virtudes y su grandísima belleza a las que hoy ya hemos conocido. Combinaba con estos dones un temperamento algo imperioso y un talante arbitrario, por más que su experiencia del mundo no fuese en realidad tan amplia como su categórica actitud pudiese llevar a suponer a un extraño. Era huérfana y vivía con un tío suyo, quien, aunque se ocupaba suficientemente de su bienestar, se entrometía muy poco en lo que pudiese hacer.

Sucedió que, cuando la muchacha tenía alrededor de diecinueve años, salió un día a caballo (era una intrépida amazona) por uno de los bosques cercanos sin más compañía que la de un mozo de cuadras, y el animal tropezó con la raíz de un árbol talado. Cayó la joven a tierra, sin sufrir heridas graves, y fue llevada a casa por un caballero que acertó a pasar por allí en el momento del accidente. Resultó que el caballero, un completo desconocido para ella, se encontraba de visita en la casa de un terrateniente vecino. Era de origen holandés y venía a Inglaterra ocasionalmente por motivos de negocios o de placer desde sus plantaciones en la Guyana, en la costa norte de América del Sur, donde tenía su residencia habitual.

Por esta razón era poco conocido en Wessex y tampoco era demasiado estrecha su relación con el caballero en cuya mansión se hospedaba. Creció gradualmente su amistad con los Heymere —que así se llamaban el tío y la sobrina—, pues había en los alrededores muy pocas personas de alguna distinción en ese entonces, de ahí que un forastero, siempre que fuese sociable y contase con buenas credenciales, podía tener la certeza de ser bienvenido. Un tierno sentimiento (como tienen por costumbre decir los románticos) despertó entre los jóvenes y dio paso a una mayor intimidad. Anderling, el extranjero, era un hombre de temperamento sentimental, y por más que procuraba disimular sus emociones bien se veía que la señorita Maria Heymere le había impresionado mucho más hondamente de lo que podría representarse con un arañazo en una piedra. Parecía del todo incapaz de liberarse de la fascinación que la muchacha ejercía sobre él, y esta debilidad, por más que él intentase ocultarla —seguro de que no tenía la más remota posibilidad de conquistarla—, le proporcionaba a ella el placer de saberse poderosa, si bien se compadecía del caballero cuando le oía lanzar aquellos suspiros tan hondos y prolongados que él suponía que no advertían los demás.

Tras prorrogar su estancia con todas las excusas concebibles, se armó de valor y le ofreció a la dama su mano y su corazón. Como ella sintiera también cierta inclinación por el joven, aunque no fuesen sus sentimientos tan ardientes, y como su tío no formulase ninguna objeción al matrimonio, la joven aceptó compartir su

destino con este extranjero, en lo bueno y en lo malo, en la lejana colonia donde, según le aseguraba él, su arroz, su café, su maíz y su madera le procuraban unos ingresos muy sustanciales, extremo este que fue confirmado por su amigo el terrateniente y vecino del tío. En resumidas cuentas, se fijó la fecha de la boda antes de lo que suele ser habitual o deseable entre personas relativamente extrañas, en razón de la necesidad que tenía el caballero de regresar a América para ocuparse de sus tierras.

Celebrado el enlace, Maria abandonó la mansión de su pariente en compañía de su marido; tras una escala en Londres, pasaron cerca de una quincena surcando el gran océano hasta su lejano hogar, donde al parecer no residirían por mucho tiempo, pues él le aseguraba que tenía intención de deshacerse de sus intereses en aquella región del mundo no bien hubiese terminado la guerra; esperaba que la operación resultara muy ventajosa, y podrían entonces regresar a Europa e instalarse en alguna de las mejores capitales.

A medida que avanzaban en la lenta travesía fue observando Maria que su marido se mostraba cada vez más retraído, al punto de que, cerca del Ecuador, parecía tan deprimido como antes de pedirla en matrimonio. Uno o dos días antes de arribar a Paramaribo la abrazó apasionado y lloroso y declaró que deseaba hacerle una confesión. Tuvo la desgracia, dijo, de haberse casado previamente en Quebec con una mujer cuya reputación resultó escandalosa y perversa en todos los sentidos. Este descubrimiento casi acaba con su vida, pero finalmente se separó de ella y no había vuelto a verla desde entonces. Confiaba en que hubiese muerto y rezaba por que así fuese, pero al pasar por Londres, justo antes de emprender aquel viaje, supo que seguía con vida. Había querido al principio que la noticia no llegase jamás a oídos de su amada esposa, pero no era capaz de ocultárselo. Solo esperaba que la situación no cambiara sus sentimientos, pues en nada tenía por qué afectar al curso de sus vidas.

El espíritu de esta orgullosa y autoritaria dama quedó atrapado en un violento torbellino, comparable a la furia de un temporal del noroeste, que bien sabe Dios lo terrible que puede llegar a ser. Era, sin embargo, demasiado obstinada para dejarse abatir por esta revelación, como tal vez les hubiera ocurrido a muchas damas a las que conozco viéndose lejos de casa y expuestas al fuego del sol tropical. Pero era él quien más sufría y más afligido estaba de los dos, pues la amaba intensamente y (habiendo en su constitución un rasgo extranjero) había cometido aquel delito por su extraordinaria belleza, frente a la cual se había resistido día y noche hasta que no le quedaron más fuerzas. Fue ella quien tomó la decisión de lo que había de hacerse; no es mi intención juzgar si fue sabia.

—Te conmino —le dijo, después de que él se culpara y lamentara inútilmente—, te conmino, si es que queda en ti un poco de hombría, a que hagas lo que a mi juicio es lo mejor para mí después de haberme metido en este aprieto.

Él prometió aceptar cualquier cosa que le pidiera. Maria le exigió entonces que le permitiese regresar a Inglaterra y anunciar que su marido había muerto de unas

malignas fiebres palúdicas nada más llegar a Paramaribo; ella se presentaría en consecuencia vestida de luto, como atañe a una viuda; él jamás volvería a molestarla y tampoco regresaría por esa parte del mundo en lo que le quedaba de vida, aduciendo como buena razón las graves consecuencias legales que podían derivarse de todo ello.

El caballero aceptó sin ningún reparo, como hubiese aceptado cualquier cosa con tal de desagraviar a quien adoraba tan profundamente, aunque tuviese que dar la vida. Con el fin de garantizar su independencia económica le entregó una suma considerable en bonos y joyas (pues en modo alguno se han exagerado sus bienes materiales), y ella zarpó en el siguiente navío con rumbo a Inglaterra, sin haber salido de Paramaribo. En el momento de la despedida él manifestó la intención de liquidar todas sus propiedades y vagar por el mundo en arrepentimiento por su conducta.

Maria llegó puntualmente a Inglaterra y nada más desembarcar envió recado a su tío de su regreso, y se presentó en su casa vestida de luto. Fue compadecida por todos sus vecinos no bien se supo la historia, pero a su tío quiso revelarle tanto la verdad de los hechos como sus razones para desear ocultarla. Y es que, aunque fuese inocente de haber causado mal alguno, su orgullo era de esa veta que no tolera la menor apariencia de haber sido burlada, engañada o enredada en sus aspiraciones.

Llevó por algún tiempo una vida tranquila en compañía de su tío y llegado el momento dio a luz a un hijo. Era muy respetada por su dignidad y discreción, y la riqueza que su fugaz marido le había dejado le permitía vivir cómodamente en un ala de la mansión, sin necesitar de ninguna ayuda del señor Heymere. Sin embargo, sabiendo que no era lo que aparentaba ser, no podía vivir tranquila y a menudo se preguntaba: «¿Y si llegara a saberse que él sigue con vida y se descubrieran los orgullosos motivos que me han empujado a ocultar mi humillación? Sería peor que haber contado la verdad desde el principio, como era mi deber, aunque solo fuera por respeto a este niño».

Reflexiones tan graves como éstas ocupaban su pensamiento con creciente intensidad, y entretanto conoció a un hombre muy respetable, de noble cuna y título —lord Icenway era su nombre—, que residía más allá de Wintoncester, en el otro extremo de Wessex. Él se mostraba ansioso por cortejarla y ella aceptó de muy buen grado sus galanterías, pese a que era poco agraciado y mayor que ella, pues creía ver en un segundo matrimonio la manera de fortalecer su posición frente a cualquier descubrimiento humillante. En pocos meses se celebró la boda. Maria pudo entonces alzar la cabeza al convertirse en lady Icenway y partió con su marido y su hijo al lugar que ya se ha mencionado, donde nadie la conocía.

La justificación o la condena por haber dado este paso (según el entender de cada cual) se comprendería poco después, cuando recibió noticia de Anderling, su primer marido. Le enviaba una carta atropellada y tierna y acaso fue una suerte que llegara durante una ausencia temporal de lord Icenway. Su indigna esposa, anunciaba Anderling, acababa de fallecer en Quebec; había viajado hasta allá para cerciorarse

personalmente y había asistido al entierro de aquella desgraciada. Se apresuraba a regresar a Inglaterra para reparar el daño causado a su querida Maria. Le rogaba que lo esperase en Southampton, su puerto de llegada, y que no tuviera miedo de hacerlo, pues había cambiado de nombre y era casi completamente desconocido en Europa. Volvería a casarse con ella de inmediato y vivirían en cualquier país del continente, tal como habían planeado inicialmente, pues por el gran amor que aún le profesaba era su deseo consagrarse a su servicio el resto de sus días.

A pesar de su entereza lady Icenway quedó muy alterada por estas noticias, y corrió a su encuentro, sola, en cuanto supo que se había avistado el barco. Nada más verse frente a frente se dio cuenta de que seguía ejerciendo la misma influencia sobre él, mientras que él había perdido por completo toda su capacidad de fascinarla. Arrepentido por su ofensa, se había convertido en un hombre de estrictas costumbres religiosas, abnegado como el más austero de los santos, después de haber sido un vividor dichoso y pródigo. Tras hacerle jurar que aceptaría todas las enmiendas que ella propusiera (a lo cual él se figuró que se refería a un verdadero matrimonio), la dama le comunicó que había vuelto a casarse con un hombre excelente, de alcurnia y posesiones, que le había dado un título del que se enorgullecía sobremanera.

El semblante del caballero se volvió frío como la arcilla y sintió el pobre hombre que su corazón se marchitaba, pues, si bien habían sido el porte y la belleza de aquella mujer los que en su día lo habían incitado a pecar por conquistarla, ahora que su belleza era aún más plena y su actitud más altiva a raíz de su éxito, la fascinación que ejercía sobre él le resultaba casi insoportable. Sin embargo, puesto que había dado su palabra, se comprometió a obedecer las órdenes de la dama, que podían resumirse en una simple renovación de su anterior solicitud: que se marchara a otro país y que jamás revelase su existencia a sus amigos, a su marido o a cualquier persona en Inglaterra; que no volviese a molestarla, a la vista del gran daño que podía causarle en la elevada posición que ahora ocupaba.

Él agachó la cabeza.

—¿Y el niño… nuestro hijo? —preguntó.

—Está bien. Muy bien.

Con esto partió el infeliz caballero, mucho más triste que en su viaje hasta Inglaterra, pues en ningún momento había dado en suponer que una mujer que apreciase su honor tanto como Maria había demostrado y que fuese la madre de su hijo pudiese recurrir a semejantes medios para restablecer dicho honor, y con tanta premura por demás. Había contado con convertirla en su esposa conforme a la ley y la verdad, y en vivir felizmente con ella y con su hijo, por quien sentía una honda y creciente ternura, aunque jamás lo hubiese visto. Lady Icenway regresó a su mansión en las afueras de Wintoncester y nada dijo de esta entrevista a su noble marido, quien por fortuna había salido ese día a cazar cerca de Weydon Priors y no se enteró de su escapada. Había despachado al pobre Anderling perentoriamente, aunque en lo sucesivo observaría a menudo el rostro de su hijo y apreciaría en sus facciones

numerosos rasgos del padre. Tuvo amplias oportunidades de entregarse a esta observación en los meses del otoño y el invierno siguientes, toda vez que su marido era un aristócrata de los que dedican la mayor parte de su tiempo a la agricultura y las actividades al aire libre.

Un día de invierno, mientras lord Icenway participaba en una partida de caza bastante lejos de casa —tenía por costumbre salir a cazar tres o cuatro veces por semana en esa época del año—, su mujer paseaba al sol por la terraza, delante de las ventanas, cuando cayó a sus pies un pequeño objeto blanco lanzado desde una tapia cercana. Resultó ser una minúscula nota envuelta en una piedra. La abrió, leyó su contenido y de inmediato (mientras en su semblante de reina se imprimía un gesto de extremada severidad) salió a toda prisa y cruzó la cancela para adentrarse entre los arbustos, de donde había salido la nota. Allí, entre las matas, se encontró con su primer marido. Su aspecto denotaba sin lugar a dudas que algo le había ocurrido.

—Adviertes un cambio en mí, mi bien amada. Sí, Maria, he perdido todas las riquezas que poseí un día, principalmente en imprudentes juegos de azar en ese infierno al que me desterraste, pero una cosa en el mundo sigue perteneciéndome: mi hijo; y por él he venido hasta aquí. ¡No temas nada de mí, querida! No te importunaré por mucho tiempo, ¡te amo demasiado! Pero pienso en el niño día y noche sin poder evitarlo; no puedo contener mis sentimientos. ¡Ansío verlo y poder intercambiar con él una palabra al menos una vez en mi vida!

—Pero ¿y tu juramento? Prometiste no revelar jamás de palabra o de obra…

—No diré nada. Solo permíteme verlo. Bien sé lo que te he jurado, cruel señora, y respetaré mi juramento. De lo contrario habría recurrido a cualquier subterfugio para ver a mi hijo. Sin embargo, prefiero obrar con franqueza y solicitar tu permiso.

Protestó ella, con esa altiva severidad que había pasado a ser parte de su carácter y que la obtención de un título nobiliario no había hecho sino incrementar en lugar de disminuir. Respondió que lo consideraría y que le daría una respuesta en el plazo de dos días, a la misma hora y en el mismo lugar, cuando su marido se hubiera ausentado de nuevo con su jauría.

El caballero aguardó pacientemente. Lady Icenway, que para entonces no sentía ya ninguna clase de amor consciente por él, sopesó debidamente la cuestión y juzgó conveniente no llevar a extremos a un hombre de corazón tan apasionado. En el día y la hora acordados fue a verlo, tal como había prometido.

—Lo verás —dijo—, con la estricta condición de que no le digas quién eres; y en lo sucesivo, aunque tú puedas verlo, él no debe verte, de lo contrario tu actitud terminará por delatarnos a los dos. Esta tarde lo arrullaré para que duerma un rato, después vendré aquí y te haré pasar por una entrada privada.

El desdichado padre, cuyo delito seguía pertinazmente vivo en algún rincón de su cabeza, prometió ceñirse a las órdenes de la dama y esperó entre las matas a que volviese a llamarlo. Así lo hizo ella a eso de las tres de la tarde, y a continuación lo acompañó por una puerta del jardín y a través de unas escaleras hasta la habitación

donde se encontraba el pequeño. Estaba en su cunita, respirando tranquilamente, con un brazo por encima de la cabeza y sus rizos sedosos hundidos en la almohada. El padre, a quien casi daba lástima ver, se inclinó sobre el niño, y una lágrima rodó por su mejilla y mojó la colcha.

Lady Icenway levantó un dedo en señal de advertencia al ver que acercaba su boca a los labios del niño.

—¿Por qué no? —le imploró.

—De acuerdo, adelante —consintió ella—. Pero ten mucho cuidado.

Anderling besó al niño sin despertarlo, dio media vuelta, lo miró por última vez y siguió a la mujer, que lo condujo hasta la salida por el mismo camino de antes.

Este remedio para su corazón compungido, al ver que era un extraño para su propio hijo, tuvo el efecto de agudizar su enfermedad en vez de curarla; pues, aunque hasta el momento había sentido por el hijo al que no conocía ni había visto jamás un amor imaginario y difuso, ahora se sentía ligado a él en cuerpo y alma, como cualquier padre, y la sensación de que en el mejor de los casos solo podría verlo en rarísimas y breves ocasiones, si es que alguna vez se le permitía, lo sumió en un estado de desvarío que amenazaba con malograr la promesa que le había hecho de desaparecer de su vista. Tal era sin embargo su caballeroso respeto por lady Icenway, así como su remordimiento por haberla engañado, que adiestró a su pobre corazón hasta que logró someterlo. En su soledad, todo el fervor que era capaz de sentir —y era por cierto mucho— se vio encauzado así en el amor paterno y marital por un hijo que ni siquiera lo conocía y por una mujer que había dejado de amarlo.

Este singular castigo se convirtió con el tiempo en tan grande tortura para el pobre extranjero que resolvió buscar a toda costa un alivio escrupulosamente compatible con el buen nombre de la dama que había sido su esposa, por quien sus sentimientos parecían incrementarse en proporción directa al trato punitivo que de ella recibía. En cierto momento de su vida se había interesado mucho por el cultivo del tulipán, así como por la jardinería en general, y desde que se arruinó y regresó a Inglaterra había hecho de este conocimiento un medio para obtener una modesta fuente de ingresos en algunos invernaderos y jardines. Animado por esta nueva idea se aplicó celosamente a su trabajo, de tal suerte que al cabo de unos meses había adquirido habilidades muy notables en el ámbito de la horticultura. Aguardó el momento en que el noble marido de lady Icenway necesitara un ayudante de jardinero con conocimientos generales, se ofreció entonces para el puesto y de inmediato fue contratado en razón de sus buenos modales y de su inteligencia, sin que ella supiera nada de este asunto. Grande fue su sorpresa cuando un día se lo encontró en los invernaderos de su propia casa, una o dos semanas después de su llegada. Su impulso inicial fue despedirlo en el acto, y así le amenazó muy altivamente en un primer momento, pero, pensándolo mejor, juzgó más conveniente no aplicar este castigo. Mientras él trabajara a su servicio, no podría causarle ningún daño de palabra, mientras que, si lo expulsaba, el disgusto podía inducirle a revelar en un momento de

desesperación lo que un trato más amable tal vez le ayudase a ocultar.

Le permitió por tanto que siguiera a su servicio, y él pasó a ocupar una casita adosada a la tapia del jardín que había sido el domicilio de alguno de sus predecesores en la misma ocupación. Allí vivió en la más absoluta soledad, dedicando buena parte de su tiempo libre a la lectura, pero sobre todo vigilando las ventanas y los jardines de la casa a la espera de ver un atisbo del niño. Por él abandonó el jardinero los principios de la Iglesia católica romana en los que fue educado y pasó a convertirse en el más asiduo de los feligreses de la parroquia, donde se sentaba detrás de la familia Icenway y podía estudiar atentamente los rasgos y movimientos del pequeño a unos metros de distancia, sin obstáculos y sin despertar sospechas.

Desempeñó su trabajo más de dos años y en él halló algún alivio a pesar de su tristeza, pues lady Icenway no le perdonaba ni le permitía ser para el hijo otra cosa que «el jardinero», y eso que el niño comentó en un par de ocasiones: «¡Qué ojos tan tristes tiene ese jardinero! ¿Por qué me mira con tanta pena?». Él se solazaba en el desprecio que la dama le manifestaba como si fuese amor y sus oídos bebían con deleite los ásperos monosílabos que ella le dirigía como si de tiernas rapsodias se tratara. Curiosamente, la misma frialdad que ella le mostraba empezó a apreciarse en el trato que lord Icenway dispensaba a su esposa. Era para él de la mayor importancia tener un heredero por línea directa y por el momento tal sucesor no daba indicios de querer aparecer. Un día se lamentó de su suerte con palabras muy agrias. «¡Todo será para ese imbécil de mi sobrino! ¡Antes preferiría ver mi apellido y mis posesiones en el fondo del mar!»

Su esposa le tranquilizó, se quedó pensativa y no le recriminó nada. Pero un día, poco después, se acercó hasta la casita del jardinero para interesarse por su salud, pues últimamente había tenido algún achaque, a pesar de que se suponía que no era nada grave. Aunque visitaba con cierta frecuencia al pobre caballero, nunca había entrado en su vivienda y le sorprendió mucho —incluso le apenó y le causó consternación— ver que se hallaba demasiado enfermo para levantarse de la cama. Volvió a la mansión y regresó con una sopa ligera, por tener un pretexto para verlo.

Tan débil se encontraba, tanto había enflaquecido su rostro y tan alarmante era su estado que impresionó y ablandó el corazón de la dama. Ésta lo miró un momento y dijo:

—¡Tienes que curarte… es preciso! Hay una razón. Sé que he sido muy dura contigo hasta ahora. No volveré a tratarte así.

El enfermo y agonizante caballero —pues ciertamente estaba agonizando—, le cogió una mano y se la llevó a los labios.

—¡Demasiado tarde, cariño, demasiado tarde! —murmuró.

—¡No puedes morir! ¡No puedes! —insistió ella. Y movida por un impulso se inclinó para susurrarle unas palabras al oído, ruborizándose como cuando era una muchacha.

Él replicó, con una sonrisa tenue y pálida:

—Ah… ¿por qué no lo dijiste antes? Ha habido tiempo… pero ya no lo hay. ¡Voy a morir!

Y murió, días más tarde, cuando el sol se ocultaba por detrás de la tapia del jardín. Ella lamentó entonces su dureza por triplicado y en secreto y a solas se culpaba y expresaba sus remordimientos. Su único deseo era erigir algún tributo en memoria del jardinero sin que nadie lo reconociera como obra suya. Vio su plan satisfecho pasados unos meses, cuando llegó una preciosa vidriera para la iglesia. Lord Icenway paseaba por este lugar de culto en compañía de su esposa cuando se desembaló e instaló la vidriera.

—«Erigida en su memoria por su desconsolada viuda» —leyó. Así rezaba la leyenda grabada en la vidriera—. No sabía que estuviera casado. A ella no la he visto nunca.

—Sí. Has tenido que saberlo, Icenway, solo que lo has olvidado —respondió su mujer en tono inocuo—. Pero no vivía con él y nunca le visitaba; había diferencias entre ellos, y, como suele ocurrir en estos casos, ella lo lamenta ahora mucho más.

—Y por eso se arruina encargando esta carísima vidriera azur y rubí.

—No es pobre, según dicen.

Lord Icenway se volvió cada vez más malhumorado con el paso de los años, y cuando veía al hijo que su mujer había tenido con su anterior marido le espetaba con aire taciturno:

—Es muy extraño, mi lady, que pudieras complacer a tu primer marido y no hayas podido complacerme a mí.

—¡Ah, si se me hubiese ocurrido antes! —musitó ella.

—¿Qué dices?

—Nada, querido —repuso lady Icenway.

El coronel fue el primero en comentar el relato del coadjutor y observó que el destino había sido muy duro con el pobre caballero.

El comerciante no opinaba que fuese para tanto. El caballero no tenía ningún vínculo legal con ella y su comportamiento había sido vergonzoso. Si de verdad hubiese sido su marido, todo habría sido muy distinto.

Ratón de Biblioteca señaló que lord Icenway debía de ser un hombre muy poco desconfiado, en lo cual coincidió un hombre gordo y de rostro rubicundo. Cierto que su mujer era una persona muy reservada, y eso tal vez ayudase un poco. De haber sido dada a hablar imprudentemente, él tal vez se hubiese maliciado algo, como sucedió en el caso de otra dama que vivía en Stapleford Park en tiempos de su abuelo. Si bien en esta circunstancia concurrieron algunas consideraciones que hicieron al marido afrontar la situación con bastante filosofía.

Algunos de los presentes expresaron sus dudas en cuanto a que tal cosa fuera posible en casos parecidos.

El hombre rubicundo, que era un destilador de holgada posición, ya jubilado,

barrigudo y de escasa estatura, se aclaró la garganta, expulsó el aire superfluo y se dispuso a ofrecer un ejemplo de la aludida posibilidad, disculpándose de antemano porque su heroína carecía de título, pues nunca tuvo la fortuna de conocer a ningún miembro de la nobleza. Lo que sigue es tan solo una aproximación de su estilo narrativo.

Mayo de 1891

Dama sexta. Dama del terrateniente Petrick, por el destilador rubicundo

Quienes conozcan las tradiciones de Stapleford Park sabrán que esta finca pertenecía a mediados del siglo pasado a ese gran triunfador entre los acreedores hipotecarios que fue Timothy Petrick, cuya destreza en apropiarse de espléndidas fincas mediante el préstamo de cierta suma de dinero sobre los títulos de propiedad rara vez ha sido igualada en esta región de Inglaterra, si es que ha llegado a serlo. Timothy era abogado de profesión y representante de algunos aristócratas, de ahí que esta especial posibilidad de negocio se abriese para él como una suerte de revelación. Se dice que un pariente suyo, un muy hondo pensador que a la postre tuvo la desgracia de ser deportado de por vida a raíz de ciertas manipulaciones en la firma de un testamento, le impartió amplios conocimientos de tradición legal que de manera muy encomiable él resolvió no malgastar en beneficio de otros, sino reservar enteramente para sí.

No tengo nada en particular que decir de sus primeros tiempos de profesión, sino más bien de esa otra época en la que, siendo ya anciano, se había convertido en propietario de grandísimas fincas merced al procedimiento que ya he destacado, entre las cuales figuraba la gran heredad de Stapleford, donde el caballero residía en la espléndida mansión hoy desaparecida, además de fincas en Marlott, en las inmediaciones de Sherto Abbas, en casi la totalidad del vecindario de Millpool y diversas propiedades cerca de Ivell. Lo cierto es que no alcanzo a recordar la mitad de sus tierras y no creo que eso importe gran cosa a día de hoy, puesto que lleva ya muchos años muerto y enterrado. Se dice que cuando adquiría una finca no decidía el precio que había de pagar por ella hasta haber recorrido a pie hasta el último acre y horadado su suelo con la punta del bastón para comprobar su calidad, lo que, habida cuenta de la extensión de sus tierras, debió de ser una tarea sumamente ardua.

En el momento al que ahora me refiero era un hombre de casi ochenta años, y su hijo había muerto. Tenía, sin embargo, dos nietos, el mayor de los cuales y homónimo suyo se había casado y esperaba descendencia en breve. Enfermó entonces el abuelo, al parecer de muerte, por lo avanzado de su edad. El anciano había incluido en su testamento una provisión (creo que es así como lo llaman los abogados) por la cual se legaban las tierras en su totalidad al mayor de sus nietos y a su descendiente varón, a falta del cual pasarían a manos del menor de los nietos y de su hijo varón, a falta del cual quedarían en posesión de otros parientes más lejanos a los que no es preciso mencionar aquí.

Mientras el anciano Timothy Petrick se hallaba enfermo, la mujer del nieto mayor, Annetta, dio a luz al hijo que esperaba, y quiso la fortuna que se tratase de un varón. Timothy, su marido, aunque pertenecía a una familia de intrigantes, era poco dado a las intrigas; de hecho, era el único de los Petrick que por entonces quedaba con vida cuyo corazón no se veía siempre animado por sentimientos que discurrieran por el camino de las ambiciones, y por esta razón no se había casado bien, como

suele decirse. Su mujer procedía de una familia de orígenes no mejores que los suyos —el padre era un profesional de una pequeña ciudad de provincias—, aunque era muy hermosa, a decir de todas las informaciones, y el marido la había conocido, cortejado y desposado arrastrado por un torbellino de pasiones, tras un noviazgo muy breve y conociendo muy poco su historial amoroso. No había tenido nunca razones para lamentar su elección hasta la fecha, y deseaba verla recuperada pronto.

Se la suponía ya fuera de peligro, y todo indicaba que la madre y el niño progresaban bien, cuando se produjo un cambio inesperado y su estado se agravó tan deprisa que pronto se abandonó toda esperanza. Consciente de que iba a morir, Annetta quiso ver a su marido, y no bien se presentó éste velozmente, tras asegurarse de que se hallaban a solas, le hizo prometer solemnemente que dispensaría a su hijo todos los cuidados en cualquier circunstancia si llegaba el Cielo a llevársela de este mundo. Así, como es natural, lo prometió él de inmediato. Luego, con cierta vacilación, la mujer le dijo que no podía morir con una mentira sobre su alma y un funesto engaño en su vida; debía hacerle una terrible confesión antes de que sus labios quedaran sellados para siempre. Le refirió entonces un incidente relativo al origen del bebé, que no era el que se suponía.

Timothy Petrick, aun siendo de genio vivo, no tenía por costumbre perder los nervios, de ahí que soportara con el mayor heroísmo posible aquel difícil trance. Esa misma noche murió su esposa, y mientras yacía ya cadáver, antes del funeral, él corrió junto al lecho del abuelo enfermo y le contó lo ocurrido: el nacimiento del niño, la confesión de su mujer y su muerte, y suplicó al anciano, pues lo quería mucho, que se levantase, a las once de la noche, y modificase su testamento para desheredar al intruso. El anciano, que compartía la visión del nieto, no necesitaba que nadie le instase a impedir que algo se interpusiera en su legítima herencia, por lo que redactó un nuevo testamento en el que se limitaba la provisión a su nieto Timothy, mientras viviese éste, y a sus herederos varones nacidos en lo sucesivo; y en segundo lugar a su nieto Edward y a sus posibles herederos. Y así el recién nacido, en el que tantas esperanzas se habían depositado, se vio desposeído y despreciado.

El anciano vivió muy poco tiempo después de esto, pues la noticia le afectó de una manera muy considerable, y fue a reunirse con sus antepasados con la fama de ser el hombre más caritativo de la región. Tras enterrar a su esposa y a su abuelo, Timothy reanudó su vida de siempre como mejor pudo, satisfecho por haber desbaratado con su intervención inmediata las consecuencias de una traición conyugal tan abyecta, y resolvió casarse de nuevo en cuanto encontrase una mujer de su agrado.

Pero a veces los hombres no se conocen a sí mismos. La amargura se instaló en su alma, alimentando progresivamente tal odio y tal desconfianza hacia las mujeres que, aunque se presentaron ante sus ojos algunas damas de gran atractivo, no fue capaz de llegar al punto de pedirlas en matrimonio. Temía verse por segunda vez en el papel de marido, pues detectaba una trampa en cada enagua y un abismo de desesperación en

sus posibles herederos. «Lo que ya ha ocurrido una vez, cuando todo parecía perfecto, puede volver a ocurrir —se decía—. No volveré a poner mi apellido en peligro.» De manera que se abstuvo de volver a contraer matrimonio y dominó el deseo de tener un descendiente directo que heredase la finca de Stapleford.

Apenas se fijaba en el infortunado hijo que su mujer había traído a este mundo, más allá de disponer lo necesario para cumplir exiguamente con la promesa de cuidar del pequeño, criándolo en su propia casa. De cuando en cuando recordaba la palabra dada y se acercaba a ver al niño, comprobaba que todo iba bien, daba algunas instrucciones y regresaba a su vida solitaria. Así vivieron en Stapleford por espacio de dos o tres años. Un día salió a pasear por el jardín y olvidó su cajita de rapé en un banco. Cuando volvió a por ella se encontró allí al pequeño; se había escapado de la niñera y estaba jugando con la caja, a pesar de los convulsos estornudos que el juego le producía. El hombre de corazón endurecido se interesó entonces por la insistencia del pequeño en aquel juego a pesar de sus incómodas consecuencias. Observó su rostro y apreció en él la expresión de su mujer, pero no vio la suya, y se sumió en una reflexión sobre lo triste que era la infancia, particularmente para los niños despreciados y rechazados como el que tenía ante sus ojos.

Desde entonces, por más que intentase dominar este sentimiento, la necesidad humana de amar una cosa u otra terminó por ganar la batalla a lo que él había llamado su sabiduría y cobró la forma de una tierna preocupación por el pequeño Rupert. Fue la madre quien le puso este nombre cuando agonizaba, y a petición suya se bautizó al niño allí mismo, pues no esperaba sobrevivir para su bautizo público; el marido no prestó importancia alguna al nombre del pequeño hasta que, más o menos por esta época, supo accidentalmente que así se llamaba el joven marqués de Christminster, hijo del duque de Southwesterland, por quien Annetta había albergado tiernos sentimientos antes de casarse con él. Rememorando algunas frases sueltas que pronunció su esposa en sus últimos momentos y que él no llegó a comprender entonces, dedujo al fin que ése era el caballero a quien ella había aludido, en un intento de ofrecerle un indicio de la ascendencia de Rupert.

Pasaba horas sentado en silencio con el niño, pues no era muy hablador siquiera en sus mejores momentos, mientras que el pequeño se mostraba muy dispuesto a hacer uso de su lengua cada vez que se producía una pausa, viendo que Petrick no tenía nada que decir. Así transcurrían sus mañanas y Petrick se retiraba luego a su habitación, donde blasfemaba con susurros largos y sonoros y no cesaba de dar vueltas, acusándose de ser el mayor imbécil que jamás hubiera pisado esta tierra y declarando que nunca volvería a acercarse al pequeño, decisión que lograba mantener por espacio de un día a lo sumo. Casos como el suyo no son felizmente ajenos a la naturaleza humana, aunque nunca se supo de un hombre que se dejara engañar a tal extremo.

Crecía el niño y con él el afecto de Timothy, hasta que Rupert llegó a convertirse prácticamente en su única razón para vivir. Quedaba aún latente en él alguna

ambición familiar, la suficiente para sentir cierta envidia cuando, algún tiempo después de esta fecha, su hermano Edward fue aceptado por la honorable Harriet Mountclere, hija del segundo vizconde del mismo nombre y título, aunque, tras haber descubierto que la paternidad de Rupert había de buscarse en una esfera social más elevada, como ya se ha dicho, estos sentimientos de envidia se diluyeron rápidamente. A decir verdad, cuanto más reflexionaba acerca del matrimonio de su hermano con una aristócrata, más contento se ponía. Su difunta esposa cobraba en su memoria unos contornos más suaves cuando pensaba que había demostrado tener gustos tan elevados, aunque no fuese sino la hija de un simple burgués, y halló una justificación para su debilidad por el niño —la justificación que tanto había anhelado — en el hecho que éste fuese por naturaleza, aunque no por apellido, representante de una de las casas más nobles de Inglaterra.

«A fin de cuentas, era una mujer de gran instinto —se decía con orgullo—. ¡Escoger al sucesor directo de esa línea ducal fue un plan bien concebido! De haberse tratado de un hombre de baja extracción, como yo o mis parientes, acaso hubiera merecido el severo castigo que le he aplicado tanto a ella como a su hijo. ¡Cuánto menos lo merece si se piensa que esos gustos humillantes estaban muy alejados de su sensibilidad! El hombre al que Annetta amaba era noble, y mi hijo lo es a pesar de mi condición.»

Las consecuencias eran inevitables, y no tardaron en manifestarse. «A decir verdad —razonaba Petrick—, en lugar de privar a este niño de la herencia de mis tierras, tal como he hecho, debiera haberme regocijado de que me pertenezca. Es de sangre azul, al menos en una parte, mientras que de haber seguido las cosas su curso ordinario sería un plebeyo hasta la médula.»

Como era, a pesar de sus defectos, un hombre adepto a las buenas y antiguas creencias en la divinidad de los reyes y de quienes se hallaban en su esfera más próxima, cuanto más analizaba la situación bajo esta luz, más se le antojaba la conducta de su pobre mujer acreedora de su afecto, por haber mejorado la sangre y la casta de la familia Petrick. Pensaba en lo feos, lo vagos, lo granujas y lo borrachos que habían sido muchos de sus parientes; en los miserables escribanos, usureros y prestamistas que figuraban entre sus antepasados y en la probabilidad de que alguno de estos defectos se hubiera transmitido a un hijo de sus entrañas para causarle dolor en su vejez, volver su pelo negro gris, su pelo gris blanco, hasta que el último leño del fuego se hubiera consumido y Dios sabe qué más cosas, de no haber sido él, o mejor dicho su buena mujer, como un hábil jardinero que presta atención al arte del injerto y con ello renueva o modifica la especie. Y así, este hombre juicioso terminó por hincarse de rodillas todas las noches y todas las mañanas para dar gracias a Dios por no ser en tales asuntos como algunos de sus mezquinos antepasados.

Se hallaba en la peculiar disposición de la familia Petrick que una satisfacción como la que en última instancia anidó en el pecho de Timothy terminara por arraigar en su ánimo. Los Petrick adoraban a la nobleza, al tiempo que la desplumaban. Los

sentimientos que albergaba por los peces un hombre tan excelente como Izaak Walton[1] se asemejaban mucho a los del anciano Timothy Petrick, y sus descendientes en menor grado, por la aristocracia terrateniente. Torturar y amar simultáneamente es un procedimiento que resulta extraño a la razón, si bien es posible practicarlo, como demuestran estos ejemplos.

De ahí que, cuando Edward, su hermano, comentó un día de pasada que el hijo de Timothy no contaba sino con tiendas y oficinas en sus antecedentes históricos, mientras que los suyos, si llegaba a tenerlos, serían muy diferentes por venir de una madre como la honorable Harriet, Timothy se sintió rebosante de triunfo al pensar que en su mano estaba la facultad de contradecir semejante afirmación si así se le antojaba.

Tanto se interesaba por el niño en este nuevo aspecto que le dio por leer las crónicas de ilustres familias nobles como los duques de Southwesterland, desde los comienzos de los gloriosos tiempos de la Restauración del bendito rey Carlos hasta ese mismo día. Tomaba buena nota de los obsequios que habían recibido de la realeza, las concesiones de tierra, las adquisiciones, los matrimonios, las plantaciones y los inmuebles, y más singularmente de sus conquistas políticas y militares, que habían sido notables, así como de sus hallazgos en el terreno de las artes y las letras, que en modo alguno eran desdeñables. Estudiaba las copias de los retratos de la familia y, como un químico que presenciara un proceso de cristalización, daba en examinar los rasgos del joven Rupert en busca de aquellas curvas y matices históricos perpetuados en lienzo por pintores como Van Dyk y Lely.

Al alcanzar el niño esa fascinante edad de la infancia en que su risa llenaba todos los rincones de Stapleford House, los remordimientos que oprimían a Timothy Petrick no conocían límite. No concebía a ningún otro mejor en el mundo que Rupert para legarle sus propiedades, y por culpa de su desesperada estrategia en el momento del nacimiento lo había privado de la posibilidad de heredarlas; y, en vista de que no tenía intención de volver a casarse, las fincas quedarían en manos de su hermano y los hijos de éste, que nada significarían para él y cuyo elogiado abolengo por línea materna en nada podía compararse con el de su Rupert.

¡Ojalá no hubiese modificado las últimas voluntades de su abuelo!

Pensaba de continuo en los dos testamentos; ambos existían, y el primero, el invalidado, obraba en su poder. Noche tras noche, cuando los criados se retiraban a descansar y el chasquido de las cerraduras de seguridad resonaba con gran estrépito, leía ese primer testamento y lamentaba haberlo cambiado.

Finalmente estalló la crisis. Una noche, tras haber disfrutado durante horas de la compañía del niño, no pudo soportar por más tiempo que su muy querido Rupert de sangre aristocrática quedase desposeído, y cometió la felonía de alterar la fecha del primer testamento por la de quince días más tarde, de tal manera que su redacción pareciese posterior a la del segundo. Y tuvo luego la osadía de presentar el primer testamento como el definitivo.

Su hermano Edward se rindió ante lo que parecía no solo un hecho incontestable, sino además una disposición mucho más comprensible del destino de las propiedades del abuelo, pues, como a muchos otros, le habían desconcertado las limitaciones reflejadas en el otro testamento y no alcanzaba a comprender cuál podía ser su causa. Secundó a su hermano Timothy en la invalidación del documento que hasta la fecha se había dado por bueno y las cosas siguieron su curso habitual, toda vez que no figuraba en el documento sustituido ninguna disposición diferente a las demás, salvo en lo relativo a un futuro que por el momento no había llegado.

Pasaron los años. Rupert no había revelado aún esas peculiaridades históricas ansiosamente esperadas por Petrick que debían prefigurar las habilidades políticas de la mencionada familia ducal, cuando un día tuvo ocasión de conocer a un renombrado médico de Budmouth que había asistido durante muchos años a la familia de la difunta señora Petrick, con la cual le unía una estrecha amistad, aunque después de que Annetta se casara y se trasladara a Stapleford no había vuelto a verla, pues pasó entonces a ser su médico el profesional que atendía a los Petrick, como es natural. Impresionaron a Timothy la perspicacia y los conocimientos que el doctor Budmouth reveló en su conversación y, pasado algún tiempo, cuando su trato derivó en una mayor intimidad, el médico aludió a cierta clase de alucinaciones que habían padecido la madre y la abuela de Annetta, que les hacían tomar por reales determinados sueños. Inquirió con mucha delicadeza si Timothy había advertido alguna vez síntomas parecidos en su mujer, pues le había parecido a él detectar en ella indicios de esta misma peculiaridad cuando la atendió en su niñez. Una cosa llevó a la otra, y el pasmado Timothy Petrick se convenció finalmente de que la confesión de Annetta había sido fruto de un delirio.

—Se ha quedado usted mudo —comentó el médico, haciendo una pausa.

—Un poco amedrentado. Me ha sorprendido mucho —suspiró Timothy.

Pero se resistía a creerlo posible y, convencido de que lo mejor era ser franco con el doctor, le contó la historia que hasta ese momento no había revelado a nadie, salvo a su abuelo agonizante. Para su sorpresa el médico le explicó que ésa precisamente era la clase de ilusión que cabía esperar en Annetta, a la luz de sus antecedentes familiares, en un momento crítico de su vida.

Petrick prosiguió sus indagaciones por otras vías y sus esfuerzos no tardaron en dar fruto: resultó que la comparación de fechas y lugares indicaba de manera irrefutable que la afirmación de su pobre esposa carecía por completo de fundamento. El joven marqués de sus fantasías amorosas, un noble de elevada moral y notable inteligencia, se había marchado al extranjero un año antes de que Annetta se casara y no regresó hasta después de su muerte. El amor de la muchacha no había sido más que un evanescente sueño ideal.

Timothy volvió a casa y el niño corrió a su encuentro; sintió que un extraño y sombrío descontento se apoderaba de su espíritu. Después de todo no fluía sino sangre plebeya por las venas del heredero de su apellido y de sus tierras; su sucesor

no era de noble linaje. Rupert era hijo de su sangre, pero esa gloria y ese halo, esa herencia de siglos que el padre creía heredada por el hijo y que eclipsaba a los descendientes de su hermano había abandonado su frente para siempre. El padre no podía ya leer en el rostro del niño la historia pasada y apreciar en sus ojos centurias de dominación.

Su actitud con el chico se enfrió progresivamente a partir de ese día y con gran amargura fue discerniendo en sus facciones los rasgos distintivos de los Petrick. En lugar de la elegante nariz afilada tan característica de los duques de Southwesterland, empezaba a perfilarse en el rostro del chiquillo la nariz del abuelo Timothy, amplia y con el puente nasal hundido. No prometían sus ojos azul grisáceo dar continuidad a una ilustre estirpe de políticos, pues comenzaban a adoptar la expresión de un primo paterno singularmente reprobable; y, en lugar de esas líneas labiales que estremecieron al público parlamentario con discursos hoy encuadernados en piel y presentes en toda biblioteca bien nutrida, se observaba el labio belfo del tío que tuvo aquella desgracia con la firma del testamento de un noble por la que fue deportado de por vida.

¡Y pensar que él había cometido el mismo pecado de falsificar un testamento por favorecer a esa mera reproducción de un tío carnal viejo y desgraciado cuyo nombre desearía olvidar! Hasta el nombre de pila del niño era una impostura y una ironía, pues insinuaba una fuerza y un esplendor hereditarios que sencillamente jamás llegaría a alcanzar. Le quedaba sin duda a Petrick el consuelo de que era su propio hijo, pero no podía dejar de lamentarse: «¿Por qué no puede un hijo ser de uno y de otro al mismo tiempo?».

El marqués pasó poco después por los alrededores de Stapleford y Timothy Petrick tuvo ocasión de conocerlo y de admirar la nobleza de su semblante. Al día siguiente, cuando se encontraba en su gabinete, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Rupert.

—¡Ah, Rupert, joven impostor! ¡No eres más que un pobre y plebeyo Petrick! —gruñó el padre—. ¿Por qué no tienes una voz como la del marqués a quien conocí ayer? —continuó diciendo, mientras el muchacho entraba en la estancia—. ¿Por qué no tienes su físico y sus dotes de mando, como si lo llevaras en la sangre desde hace siglos, eh?

—¿Por qué? ¿Cómo quieres que lo tenga, padre, si no estoy emparentado con él?

—¡Ya! ¡Pues tendrías que estarlo! —protestó el padre.

Cuando el narrador hizo una pausa, el médico, el coronel, el historiador, Chispas y algunos otros exclamaron que estudios tan sutiles e instructivos en lo psicológico (ahora que la psicología empezaba a estar tan en boga) eran precisamente los relatos que deseaban escuchar como miembros de un club científico, y rogaron al destilador que les refiriese otro curioso ejemplo de delirio.

El aludido negó con la cabeza, pues temía carecer del refinamiento necesario para

relatar otra historia de la elevación moral que al club correspondía; prefería que un hombre más versado se ocupara de la siguiente.

El coronel se mostró pensativo. Cierto era, observó, que la naturaleza femenina, más impulsiva y dada a la ensoñación, tenía la facultad de generar en las mujeres erráticas fantasías que a menudo las llevaban por caminos extraños, que luego abandonaban, movidas por una honda repugnancia, siguiendo los dictados del sentido común… a veces con consecuencias de lo más absurdas. Los acontecimientos que empujaron a cierta dama a tomar en su vida determinado rumbo podrían reafirmar esa clase de conducta, de no ser porque, en el caso que había acudido a su memoria, la dama en cuestión giró de buenas a primeras como un rodillo en sentido contrario, para terminar en el mismo punto del que había partido.

El vicepresidente rió y aplaudió la observación del coronel, añadiendo que a buen seguro se ocultaba una buena historia tras ese sentimiento, si no se equivocaba.

Adoptó el coronel una buena pose narrativa y sin más preámbulos inició su relato.

Mayo de 1891

Dama séptima. Anna, lady Baxby, por el coronel

Sucedió en los tiempos de la Guerra Civil, aunque siendo como soy leal a la corona tal vez debiera referirme a ella como la Gran Rebelión, siguiendo el ejemplo de Clarendon[1]. Sucedió, digo, en ese infortunado período de nuestra historia, que hacia el otoño de un determinado año las tropas parlamentarias asediaron el castillo de Sherton con unos siete mil hombres a pie y cuatro piezas de artillería. El castillo, como todos sabemos, era en aquel tiempo propiedad y residencia de uno de los condes de Severn y se hallaba guarnecido en su defensa por cierto marqués que comandaba las tropas del rey en esta región. El citado conde, así como el joven lord Baxby, su primogénito, se encontraban ausentes en ese momento, alzados en armas al servicio del monarca en otra parte del país. Estaban, en cambio, presentes en el castillo cuando se produjo el asedio la hermosa esposa del joven lord, lady Baxby, y sus criados, en compañía de algunos amigos y parientes cercanos del marido; no se creían, sin embargo, a merced de un gran peligro, ya que contaban con una defensa capaz y bien planificada.

Las fuerzas parlamentarias se encontraban al mando de un lord —pues en modo alguno toda la nobleza estaba de parte del rey en aquel momento de la guerra—, y tanto al acercarse por la noche como al pasar revista a las tropas por la mañana se veía a este caballero muy triste y abatido. Y es que, por un extraño designio del destino, se daba la circunstancia de que la fortaleza que debía reducir era el hogar de su propia hermana, a la que había querido mucho en su doncellez y a la que seguía queriendo entonces, pese al distanciamiento que se había producido entre ellos por la hostilidad de la familia de su marido. Creía además que, no obstante esta cruel separación, ella seguía queriéndolo sinceramente.

La vacilación que mostraba a la hora de dirigir su artillería contra las murallas resultaba inexplicable para todos los que desconocían su historia familiar. Se apostó en una explanada del flanco norte del castillo (que a día de hoy sigue llevando su nombre, por ser allí donde estableció su campamento) hasta que se le ocurrió enviar un mensajero con una carta para su hermana Anna, en la cual le rogaba encarecidamente que, si en algo apreciaba su vida, saliese de allí por la pequeña puerta del sur, y huyese a la residencia de algunos amigos.

Poco después, con gran sorpresa, vio que una dama salía a caballo de la fortaleza en compañía de un único guardia. Cruzó la explanada al galope y subió la loma donde se hallaban acampadas las tropas. El joven lord no reconoció en esta amazona a su hermana Anna hasta que la tuvo muy cerca, y le alarmó mucho que saliese al encuentro de su ejército sin conocer sus tácticas, pues en cualquier momento podían lanzar una descarga que acabaría con su vida. Descabalgó antes de llegar junto al hermano y vio éste que su semblante estaba muy pálido, aunque no lloraba, como hubiera hecho cuando eran más jóvenes. A decir verdad, si hemos de dar crédito a los detalles tal como han llegado hasta nosotros, era él el que lloraba, preocupado por la

muchacha. La hizo pasar a su tienda para evitar las miradas de los soldados, pues, aunque muchos de ellos eran hombres serios y honrados, no podía soportar que la que había sido su querida compañera de la infancia quedara expuesta al escrutinio de los curiosos en un momento de gran dolor.

Una vez a solas la abrazó con fuerza, pues no la veía desde aquellos tiempos más felices en que, en los comienzos de la guerra, este lord compartía con su cuñado una misma opinión acerca de la arbitraria conducta del rey y estaba convencido de que juntos se embarcarían en lo que fuera necesario. Ella se mostraba más serena, como ya se ha dicho, y fue la primera en hablar de lo que correspondía.

—William, he venido a ti, no para salvar mi vida como imaginas. ¿Por qué, ay, por qué persistes en respaldar esta causa desleal y así nos entristeces a todos?

—No digas eso —se apresuró a responder el hermano—. Si la verdad se halla oculta en el fondo de un pozo, ¿por qué supones que la justicia reside en los lugares más elevados? Defenderé la justicia a toda costa. Sal del castillo, Anna. Eres mi hermana. ¡Márchate y salva tu vida!

—¡Nunca! —exclamó ella—. ¿De veras piensas emprender este ataque y arrasar el castillo?

—Naturalmente. ¿Por qué crees que está aquí este ejército que nos rodea?

—En ese caso hallarás los huesos de tu hermana enterrados entre las ruinas que tú mismo causes —dijo ella. Y sin añadir una palabra más dio media vuelta y salió.

—¡Anna… quédate conmigo! —suplicó él—. La familia es lo primero y ¿qué hay ahora en común entre tú y tu marido?

Ella negó con la cabeza y no quiso escucharle. Salió con premura, montó su caballo y regresó al castillo por donde había venido. ¡Cuántas veces, al cabalgar por ese campo en las partidas de caza, he pensado en esta escena!

Cuando lady Baxby se hubo alejado de la explanada y rodeado el bastión, de tal suerte que su hermano ya no veía siquiera la punta de la cola de su yegua blanca, éste se sintió mucho más conmovido y preocupado por su bienestar que mientras la tuvo delante. Se reprochó con vehemencia no haberla retenido por la fuerza, por su propio bien, de manera que ocurriera lo que ocurriese, Anna se hallara bajo su protección y no bajo la del marido, cuya naturaleza impulsiva lo exponía demasiado a reacciones impremeditadas y súbitos cambios de planes; tan pronto servía a una causa como a la contraria y carecía de la frialdad de juicio necesaria para proteger a una mujer en momentos tan convulsos. Recordó una y otra vez las palabras de la hermana, suspiró y aun reflexionó si una hermana no valía más que un principio y si no habría sido más natural unir su suerte a la de ella.

Se dice que la demora en el ataque al castillo se debió enteramente a esta distracción de su líder, que al tiempo que mantenía el cerco intentaba algunas maniobras indecisas y parlamentaba con el marqués, cuyas fuerzas eran sustancialmente inferiores, en el interior del castillo. No se le ocurrió que entretanto lady Baxby, su hermana, se encontrase en un estado de ánimo muy similar. La voz y

los ojos de su hermano, tan fatigados y erosionados por la contienda y las preocupaciones familiares derivadas de aquella desdichada enemistad, no la abandonaron esa tarde en ningún momento, y a medida que declinaba el día se fue adhiriendo más y más a los principios parlamentarios, aunque no atendía a más argumentos que a los lazos familiares.

Se esperaba ese día el regreso del general lord Baxby de su incursión al este del país, después de que le hubiera sido enviado un mensaje en el que se le informaba de lo ocurrido en casa; y ya de anochecida llegó el marido con refuerzos en número inesperado. El hermano se replegó entonces a una colina próxima a Ivell, a unos ocho kilómetros del castillo, para procurar algún reposo a sus hombres y a sí mismo. Lord Baxby desplegó debidamente sus tropas, evitando de este modo cualquier peligro inmediato. Para entonces los sentimientos de lady Baxby eran más leales que nunca al Parlamento, y el rostro extenuado del hermano, derrotado por el marido, se le aparecía en la imaginación para reprocharle su cruel actitud. Cuando lord Baxby entró en sus aposentos, rubicundo, embravecido y rebosante de esperanzas, ella lo recibió con tristeza, y, como él pronunciara con la mayor tranquilidad ciertas palabras despectivas acerca de la retirada del hermano, en las que se apreciaba imputación de cobardía, se ofendió y le señaló que él, el propio lord Baxby, también se había mostrado en un principio contrario al partido del rey, y que habría sido más honroso de su parte no haber modificado su actitud; alabó asimismo la coherencia del hermano al no respaldar la política de mentiras del rey (así las calificó lady Baxby) en aras de un estéril principio de lealtad que no era sino una vacua expresión cuando un rey no era uno con su pueblo. Se enconaron así las disensiones entre marido y mujer, al punto de enzarzarse en una encendida pelea, pues eran los dos de genio vivo.

Lord Baxby se encontraba muy cansado tras las emociones y el largo día de viaje, por lo que se retiró pronto a descansar. Lady Baxby lo siguió poco después. Su esposo dormía a pierna suelta, mientras que ella no podía conciliar el sueño; se sentó cavilosa junto a la ventana y retiró la cortina para ver las colinas.

En el silencio solo interrumpido por las pisadas de los centinelas distinguió débiles sonidos procedentes del campamento de su hermano, donde la soldadesca apenas había tenido tiempo de instalar su vivac desde su retirada a última hora de la tarde. Las primeras heladas del otoño cubrían la hierba y marchitaban las hojas más delicadas de las enredaderas. Pensaba que su hermano tendría que dormir en aquel suelo helado y soportar aquellos rigores. Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar la acusación de cobardía que había formulado su marido, como si alguien pudiese dudar del valor de lord William después de todo lo que había hecho en el pasado.

La respiración profunda y tranquila de lord Baxby, que dormía en su confortable lecho, la llenó de indignación y, movida por un impulso repentino, tomó una determinación. Se apresuró a encender una vela y escribió en un trozo de papel: «La familia es lo primero, querido William… iré contigo». Y con esta nota en la mano se dirigió a la puerta del dormitorio y salió a las escaleras; pensándolo mejor, volvió un

momento a cubrirse con un sombrero y una capa del marido —no los que usaba él a diario— para, en el caso de ser vista en la penumbra, pasar por un muchacho o algún miembro del séquito de las damas del castillo; así ataviada bajó un tramo de la escalera circular, a cuyo pie había una puerta que daba a la terraza por el flanco oeste, donde se hallaban las posiciones de su hermano. Se proponía escabullirse sin ser vista por el centinela, llegar a los establos, despertar a uno de los criados y enviarle por delante con la nota para advertir al hermano de su llegada y de su intención de unir su suerte a la de él.

Seguía aún en la sombra del muro de la terraza, a la espera de que el centinela se apartase del camino, cuando llegó a sus oídos una voz procedente de algún lugar muy próximo en las sombras.

—¡Aquí estoy!

La voz pertenecía a una mujer. Lady Baxby no respondió y permaneció pegada al muro.

—Mi lord Baxby —prosiguió la voz; y la dama reconoció en ella el acento local de alguna muchacha de la pequeña población cercana de Sherton—. ¡Estoy cansada de esperar, mi lord Baxby! Ya empezaba a temer que su señoría no viniese.

Lady Baxby se encendió de ira hasta la punta de los pies.

«¡Cuánto lo ama esta moza!», razonó por el tono de la voz, que era quejumbroso, dulce y tierno como la voz de un pajarillo. En cuestión de segundos dejó de ser la fugitiva para convertirse en la esposa estratégica.

—¡Chsss! —ordenó.

—Mi lord dijo que vendría a las diez y son casi las doce —continuó la mujer—. ¿Cómo me hace esperar tanto si me ama como dice? ¡Tendría que haber seguido fiel a mi amante de las tropas parlamentarias en lugar de acercarme a su señoría!

No cabía la menor duda de que la intrigante damisela confundía a lady Baxby con su marido. ¡Un asunto muy turbio! ¡Astutas maniobras! ¡Una infidelidad! ¡Una cita clandestina descubierta por azar! ¡Cómo podía hacerle una cosa así su malvado marido, a quien hasta ese momento había creído digno de confianza!

Lady Baxby se retiró rápidamente a la puerta de la torreta, la cerró con candado y subió un tramo de escaleras hasta un lugar en el que había una tronera.

—No voy a ir. ¡Yo, lord Baxby, te desprecio a ti y a todo tu clan libertino! —exclamó entre dientes; y subió con sigilo las escaleras, tan afianzada en su lealtad al rey como cualquiera de los hombres del castillo.

El marido seguía durmiendo el sueño de los fatigados, los bien alimentados y los bien bebidos, si no de los virtuosos. Lady Baxby se desvistió sin ayuda, pues su dama la creía descansando desde hacía mucho tiempo. Antes de acostarse cerró la puerta sin hacer ruido y guardó la llave debajo de la almohada. Hizo algo más: cogió un cordón y, acercándose con sigilo a su marido, anudó firmemente un extremo a un mechón de su pelo y ató el extremo contrario a uno de los postes de la cama, pues se sentía entonces muy cansada y temía quedarse dormida. Si el marido llegaba a

despertarse, ésa sería una delicada señal que le haría saber que ella lo había descubierto todo.

Se dice que, para asegurarse por triplicado, esta dulce dama le cogió una mano a su marido al acostarse y la retuvo en la suya toda la noche. Pero éstos son cuentos de viejas y no se han corroborado. Tampoco podemos afirmar con fundamento lo que lord Baxby diera en pensar al despertar a la mañana siguiente y verse amarrado de un modo tan extraño, aunque no hay razón para suponer que su ira fuera grande. Su culpabilidad en la intriga se reducía a lo siguiente: al detenerse ese día cerca del cruce de Sherton había flirteado con una hermosa muchacha que no pareció resistirse a su galantería y la había invitado a la terraza del castillo una vez hubiese caído la noche… una invitación que, al volver a casa, olvidó por completo.

Las relaciones entre lord y lady Baxby no se vieron enturbiadas a partir de entonces, hasta donde se tiene noticia, por grandes disputas, aun cuando la conducta del marido fuese ocasionalmente excéntrica y las vicisitudes de su carrera pública culminaran en un largo exilio. El asalto al castillo no se consumó hasta pasados dos o tres años de la fecha a la que me he referido, momento en el que lady Baxby y el resto de las damas, con la excepción de la esposa del entonces gobernador, fueron prudentemente evacuadas. Aquel memorable asedio liderado por Fairfax duró quince días, y la rendición de esta antigua plaza una noche de agosto es un asunto que la historia ya se ha ocupado de consignar, por lo que no es necesario que yo lo repita aquí.

El hombre de familia elogió el relato del coronel, después de que el club lo recibiera con mucho agrado, y señaló que era una fiel narración de una página de la historia, según tenía él fundadas razones para creer, puesto que algunosmiembros de su familia habían participado en esa conocida escaramuza. Preguntó al coronel si conocía esa otra historia igualmente contrastada, aunque menos marcial, sobre cierta lady Penelope que vivió en el mismo siglo y a menos de treinta kilómetros del mismo lugar.

El coronel no la conocía, como ninguno de los presentes a excepción del historiador local, y el hombre de familia se vio animado a proceder de inmediato.

Mayo de 1891

Dama octava. Lady Penélope, por el hombre de familia

Saliendo de Casterbridge por el camino que conduce a la ciudad de Ivell, se encuentra a mano derecha una mansión tapizada de hiedra y flanqueada por torres almenadas, que destaca por el tamaño de sus numerosas ventanas con parteluz. Aunque sigue teniendo una capacidad notable, ha visto algo reducidas sus espléndidas dimensiones originales y ha quedado despojada de las extensas tierras que en otro tiempo pertenecieron a su señor, de las cuales solo conserva hoy unos acres de jardines en torno a la casa. Ésta fue en su día la residencia de la antigua y noble familia de los Drenghard o Drenkhard, hoy extinguida por línea masculina, cuyo apellido, a decir de las crónicas locales, significaba al parecer *Strenuus miles, vel potator*[1], si bien algunos miembros de la familia detestaban este último significado, razón por la cual uno de ellos se batió en duelo, como es bien sabido. Esta circunstancia, sin embargo, no viene al caso.

Durante la primera parte del reinado del rey Jacobo i, visitó las inmediaciones de la residencia de los Drenghard una dama dotada de abolengo y espléndida belleza. Figuraba su linaje entre los más puros. ¡Ah, no queda ya en nuestros días sangre como la suya! Se dice que no poseía grandes riquezas, si bien disponía de recursos en cantidad suficiente. Tan perfecta era su belleza y tan cautivadoras sus maneras que parecían brotar los pretendientes de la tierra a su paso, lo que era motivo de preocupación para su madre la condesa, única de sus parientes directos que quedaba con vida. Tres de estos caballeros en particular no se arredraban ni ante las protestas de la madre, que consideraba prematura una relación de esta naturaleza, ni ante las agudas chanzas de la propia muchacha. Eran los citados galanes un tal sir John Gale, un tal sir William Hervy y el afamado sir George Drenghard, miembro de la familia antes mencionada. Curiosamente, todos ellos habían sido honrados con la distinción de sir, y sus planes de conquistar a la dama eran múltiples, pues todos temían que algún otro le tomase la delantera. No contentos con pasar de visita con la menor excusa imaginable, por la casa de una pariente donde la joven se alojaba, la abordaban en sus paseos a pie o a caballo, y, si por azar alguno de ellos sorprendía a otro en el acto flagrante de cortejarla, el encuentro concluía a menudo en un altercado de gran violencia. Tales cotas alcanzaban su pasión y su vehemencia que la dama difícilmente podía sentirse segura en su compañía en estas circunstancias, pese a que era una muchacha valiente y vivaz, que no se dejaba intimidar fácilmente, y no carecía de un atrevido sentido del humor, si no de coquetería.

En uno de estos altercados que tuvieron como escenario las propiedades de su pariente y que por su dureza fuera de lo común estuvo a punto de concluir en un duelo, la dama juzgó necesario hacerse valer. Volviéndose altivamente hacia los litigantes les advirtió que el primero en romper la paz, con independencia de cuál fuese la provocación, no volvería a ser admitido jamás en su presencia, y con ello impidió eficazmente todo intento de agresión o promoción de una pelea, pues el

responsable se vería expuesto a tan rotunda prohibición.

Mientras los dos caballeros se mostraban muy compungidos por esta reprimenda, el tercero, que nunca se hallaba muy lejos, apareció en escena y la dama le repitió su advertencia. Viendo entonces lo mucho que les preocupaba a todos esta actitud perentoria, suavizó sus maneras y con una sonrisa pícara dijo:

—¡Tened paciencia, tened paciencia, insensatos! ¡Aguardad el momento oportuno y os doy mi palabra de que me casaré con todos por turno!

Los pretendientes rieron de buena gana esta ocurrencia, como si fuesen excelentes amigos, a lo cual ella se ruborizó y pareció algo avergonzada, cayendo en la cuenta de lo extraña que sonaba su maliciosa chanza. En todo caso, el encuentro tuvo sus efectos benéficos y refrenó las rivalidades, y todos empezaban a repetir animadamente esta expresión de la joven en presencia de parientes y amigos con una frecuencia y una publicidad que la dama difícilmente sospechaba, pues de haberlo sabido su rubor y su vergüenza habrían sido aún mayores.

La situación se resolvió con el paso del tiempo cuando la bella Penelope (que así se llamaba) tomó una decisión; escogió al mayor de los tres caballeros, sir George Drenghard, propietario de la mansión que ya se ha descrito, y allá se instaló la pareja. Siendo un hombre agradable y de una familia, aunque no tan noble, sí tan reputada como la de ella, todo parecía indicar que había sido la dama muy sabia al honrarlo con su elección.

Ahora bien, nadie puede predecir lo que esconde el futuro tras su silencioso velo. En el curso de unos meses, el marido murió a consecuencia de sus excesos con la bebida, como si con ello hiciese honor a su apellido, y lady Penelope quedó sola como señora de su casa. Para entonces al parecer había olvidado por completo la imprudente declaración que hiciera a sus tres amantes, mientras que ellos la recordaban muy bien, y viendo que la mujer estaba libre para aceptar a alguno de los otros dos, sir John Gale se presentó en su puerta tan pronto como su viudedad lo permitió sin faltar al decoro y a la decencia.

Ella le dio pocas esperanzas, pues de los dos pretendientes prefería a sir William, en quien a decir verdad había pensado muy a menudo durante su breve vida conyugal. Éste, sin embargo, aún no había dado señales de vida. Los sentimientos de la dama se centraron entonces en él, a tal punto que se las ingenió para transmitirle, mediante insinuaciones indirectas de amigos, que no le desagradaría que reanudara sus atenciones. No obstante, sir William malinterpretó estas dulces señales y por excelentes aunque errados motivos de delicadeza demoró acercarse a ella por mucho tiempo. Entretanto sir John, que para entonces había obtenido la dignidad de barón, se mostraba infatigable, y lady Penelope empezó a sentirse ofendida por la inhibición del que ella prefería en secreto que se adelantara.

—No hay por qué preocuparse —le decían en broma sus amigos, que como todo el mundo estaban al corriente de su divertida promesa de casarse con los tres si tenían paciencia—. No hay por qué preocuparse. ¿Qué más da el orden? Acéptalos

conforme vayan llegando.

Estos comentarios no hacían sino aumentar su irritación y, lamentando profundamente haber pronunciado una frase tan imprudente, algo que le sucedía a menudo, terminó por ceder al asedio de sir John y le concedió su mano. Se casaron una hermosa mañana de primavera, más o menos a la misma hora en que el infortunado sir William descubrió al fin que ella lo prefería a él y salió precipitadamente desde una corte extranjera con la intención de declararle su devoción intacta. A su llegada a Inglaterra tuvo conocimiento de la triste verdad.

Si sir William sufría por la actitud precipitada de la dama al juzgar que él no tenía ningún interés, ella sufría aún más. Al poco de haberse casado con sir John Gale éste empezó a vengarse de ella por las trabas y obstáculos que le había puesto para conquistarla. Con creciente frecuencia le decía que no era ella un bien que mereciese tanto esfuerzo como había invertido para conseguirlo, ni que justificase los desaires de sus rivales que por la misma causa tuvo que soportar. Repetía éstas y otras crueldades hasta que la dama lloraba amargamente y lograba quebrar su ánimo, pese a lo fogosa que ella había sido hasta entonces. Poco a poco fue notorio para todos sus amigos que su vida era muy infeliz, y su destino resultaba aún más terrible toda vez que la pareja residía en la magnífica mansión de la hermosa dama, legado de su primer marido, de la cual disfrutaba el segundo porque su propia casa era un lugar humilde y precario.

Pero tal es la ligereza de los amigos que cuando veían a lady Penelope y ella les confiaba en secreto sus penas, le decían alegremente: «No te preocupes, querida; ¡aún te queda un tercero!». Ella reaccionaba con gran indignación a este torpe comentario y les reprendía por tomarse a chanza un asunto tan serio. Pese a todo, resultaba dolorosamente obvio que la pobre mujer se habría casado de muy buen grado con el tercero en lugar de aceptar a sir John, y algunos la culpaban por haber tomado una decisión tan insensata. Sir William, por su parte, regresó al extranjero al saber de su reciente matrimonio y nada más volvió a saberse de él.

De este modo lady Penelope vivió dos o tres años de sufrimiento como esposa despreciada y reprobada por sir John, entre acusaciones por haberle engañado de semejante modo y suspiros por el tercer pretendiente al que ella creía que jamás volvería a ver, hasta que el marido cayó enfermo de una dolencia menor. Al día siguiente, mientras ella lo velaba en su habitación, al mirar por la ventana la explanada que se extendía por delante de la casa, vio una figura que se acercaba a pie y a la que conocía bien. Se retiró en silencio de la habitación del enfermo, bajó al vestíbulo y desde allí, tal como suponía, vio pasar a sir William Hervy entre las dos torretas que en aquel tiempo flanqueaban la entrada, enflaquecido y agotado por sus viajes. Salió al patio a recibirlo.

—Pasaba por Casterbridge, señora —dijo, con titubeante cortesía—, y me he acercado para interesarme por su salud. Era lo menos que podía hacer, y naturalmente deseaba presentar mis respetos a su buen marido y conocido mío de tanto tiempo…

Pero ¡parece usted enferma y apenada, Penelope!

—Solo estoy abatida, nada más.

Advertían el uno en el otro una emoción que ninguno deseaba expresar y así estuvieron un buen rato, con lágrimas en los ojos.

—He oído decir que no la trata bien —dijo sir William en voz baja—. ¡Que Dios lo perdone, aunque eso es mucho pedir!

—Calle, calle —se apresuró a decir ella.

—No; diré lo que sinceramente he de decir —respondió él—. No me encuentro bajo su techo y mi lengua es libre. ¿Por qué no me esperó, Penelope, o me envió una carta más concluyente? ¡Habría viajado sin descanso hasta llegar aquí!

—Ya es demasiado tarde, William; no debe usted hacer esas preguntas —respondió ella, tratando de tranquilizarlo como en los viejos tiempos—. Mi marido está indispuesto en este momento. Es posible que se encuentre mejor dentro de uno o dos días. Debe pasar usted a visitarlo antes de marcharse de Casterbridge.

Se cruzaron entonces sus miradas. Los dos pensaban en las palabras que ella había pronunciado con despreocupación, cuando habló de casarse con los tres por turno, y los dos sabían que dos tercios de aquella promesa ya se habían cumplido. En todo caso, como si a lady Penelope le resultase desagradable este recuerdo, intervino una vez más rápidamente:

—Vuelva dentro de uno o dos días, cuando mi marido esté en condiciones de verlo.

Sir William se despidió sin haber llegado a entrar en la casa, y ella regresó a la habitación de sir John. Incorporándose sobre la almohada, el marido preguntó:

—¿Con quién hablabas en el patio, mujer? He oído voces.

Como ella vacilaba, sir John repitió la pregunta con mayor impaciencia.

—No deseo decírtelo.

—¡Lo sabré de todos modos!

A lo que ella respondió:

—Con sir William Hervy.

—¡Por Dios, lo imaginaba! —exclamó sir John, con el rostro blanco perlado de sudor—. ¡Un villano desabrido! Has de saber, señora, que los oídos de un hombre enfermo son muy agudos. Me ha parecido oír tonos propios de amantes, y te ha llamado por tu nombre de pila. ¡A estas intrigas te dedicas en cuanto no puedo levantarme!

—Te juro por mi honor que te equivocas. ¡No sabía nada de su visita!

—Jura lo que quieras —le espetó sir John—. No te creo. —Y dicho esto empezó a zaherirla, enardeciéndose de un modo que agudizó su dolencia. Ella empezó a cavilar. Se apreciaba en su semblante una expresión insólita desde que se casó, y parecía pensar de nuevo en aquellas palabras dichas a la ligera en sus días de libertad, cuando tres pretendientes la codiciaban al mismo tiempo.

—Me equivoqué. Elegí mal desde el principio —murmuró—. ¡Dios mío… así ha

sido!

—¿Qué? —dijo el marido.

—Nada. Hablaba sola.

Fue extraño que a partir de este día, mientras lady Penelope deambulaba por la casa con una expresión todavía más triste de lo acostumbrado, su grosero marido empeorase y, para sorpresa de todos, aunque muy pocos lo lamentaran, muriese en el plazo de quince días. Sir William no pasó a verlo según lo prometido, pues recibió una comunicación privada de lady Penelope que le desaconsejaba la visita, habida cuenta del mal humor de su marido.

Ahora que sir John había fallecido y sus restos habían sido trasladados al cementerio familiar en otro lugar de Inglaterra, la viuda empezó a preguntarse pasado algún tiempo si sir William se habría marchado. Para entonces estaba curada de toda precipitación (si es que alguna mujer consigue curarse de eso) y dispuesta a esperar la vida entera como viuda si el citado sir William no volvía a aparecer. Su vida transcurría entonces esencialmente dentro de casa o paseando entre el recinto del jardín y el campo de bochas, y muy rara vez se alejaba hasta el camino alto donde se hallaba la entrada a la finca por el norte, que hoy, y desde hace muchos años, se ha desplazado al flanco sur. Su paciencia se vio recompensada (si es que el amor puede ser en algún caso una recompensa), pues un día, muchos meses después de la muerte de su segundo marido, un mensajero llegó a su puerta con el recado de que sir William Hervy se encontraba nuevamente en Casterbridge y deseaba saber si autorizaba su visita.

Ni que decir tiene que la dama accedió con regocijo a esta petición y en menos de dos horas su amado estaba delante de ella, convertido en un hombre más circunspecto, aunque esencialmente el mismo en todos los sentidos: generoso, modesto hasta el pudor y sincero. Los reparos que el decoro femenino imponía sobre la actitud de lady Penelope eran demasiado artificiales y cuando él dijo «Los designios de la Providencia son muy extraños», ella añadió, luego de un pausa: «Y también misericordiosos». No alcanzaba a ocultar su agitación y rompió a llorar abrazada a su cuello.

—Es demasiado pronto —dijo, sobresaltándose y apartándose de él.

—No lo es —replicó sir William—. Llevas ya once meses viuda y sir John no fue un buen marido contigo.

Se volvieron muy frecuentes las visitas del caballero, como es de suponer, y en cuestión de uno o dos meses empezó a insistir en que se casaran cuanto antes. Ella juzgaba conveniente esperar un poco más.

—¿Por qué? —preguntaba sir William—. ¡Creo que ya he esperado demasiado! La vida es corta, cada día que pasa nos hacemos viejos, y soy el último de los tres.

—Sí —respondió la dama con absoluta franqueza—. Precisamente por eso no deseo que te precipites. Nuestro matrimonio causaría la extrañeza de todos tras ese comentario tan desafortunado que me permití hacer en aquella ocasión, ese

comentario que ambos conocemos tan bien y que otros conocen igualmente, gracias a los chismosos.

Sir William se avino a respetar un margen de tiempo, por el buen nombre de ella. Llegó al fin la fecha señalada para la boda y fue un día muy feliz para todos los vecinos y amigos; las campanas de la iglesia repicaron desde el mediodía hasta la noche. Y de esta manera lady Penelope se vio por fin unida al hombre que la había amado más que ninguno y que bien pudiera haber sido el primero en conquistarla de no haber sido por su exceso de recato. Muchas veces él se decía: «¡Es prodigioso que sus palabras se hayan cumplido! ¡Cuántas verdades se han dicho siempre en broma, pero ninguna tan notable como ésta!». Ella, por su parte, prefería no pensar en esa coincidencia y cierta timidez, cuando no vergüenza, velaba su expresión cada vez que se aludía al incidente.

Pero la gente siempre tiene algo que decir, con delicadeza o sin ella, y cobraron las habladurías en esta tercera ocasión una forma singular: «Seguramente —murmuraban— hay algo más que puro azar en todo esto… Es posible que la muerte del primero fuese natural, pero ¿qué decir de la muerte del segundo, puesto que la maltrataba, y además, amando ella tan desesperadamente al tercero, no es lógico suponer que quisiera verse libre de él?».

Así fueron sumando diversos detalles triviales sobre la enfermedad de sir John y dieron en creer como verdad incuestionable que su estado empeoró tras la inesperada visita del amante, y de este modo se construyó una siniestra teoría en torno a la posible intervención de lady Penelope en la prematura muerte de sir John. Ahora bien, ninguna de estas sospechas se declaraba abiertamente, pues se trataba de una dama de muy noble cuna —más noble, a decir verdad, que ninguno de sus maridos— y la gente temía expresarlo en una acusación formal.

La mansión que ocupaba desde la muerte de su primer marido le había sido legada para que residiera en ella todo el tiempo que quisiera y, como le había tomado cariño, convenció a sir William para que viviesen allí. Fue una decisión muy poco afortunada, pues un día, cuando se encontraba en la cumbre de su felicidad, mientras paseaba entre los sauces próximos a los jardines, su marido oyó por casualidad una conversación entre unas canasteras que cortaban mimbres para sus cestos. Por vez primera se revelaron a sir William en este diálogo fatal las sospechas de los vecinos.

—Un armario al lado de la cama de él, y la llave en el bolsillo de ella —decía una.

—Y en el armario una ampolla de color azul… —decía la otra.

—Y hojas de falso laurel entre las cenizas de la chimenea. ¡Ay, ay! —añadía una tercera.

Sir William regresó a casa con aspecto de haber envejecido muchos años. Sin embargo, no dijo nada; en verdad era imposible. A partir de ese momento dio comienzo un espantoso alejamiento entre marido y mujer. Lady Penelope no lograba comprenderlo y sencillamente esperaba. Un día él dijo:

—He de marcharme al extranjero.

—¿Por qué? ¿Te he ofendido en algo, William?

—No, pero he de marcharme.

Ella intentó sonsacarle algo más, aunque en realidad no había nada extraño en este viaje, puesto que el marido siempre había viajado desde su juventud. Se puso en camino en pocos días, transformado en un hombre completamente distinto del que corriera a su lado con tanta devoción apenas hacía unos meses.

Se desconoce cuándo o cómo los rumores que impregnaban el ambiente llegaron a oídos de lady Penelope, si bien no cabe duda de que al fin los conoció. Era inevitable. Bullían por todo el vecindario, cargando el aire de susurros como los malos augurios de las aves nocturnas. Horrorizada, comprendió entonces la causa de la partida de su esposo y al punto perdió la salud. Adelgazó su rostro y se dibujaron nítidamente las venas en sus sienes. Parecía consumirla un fuego interior. Se le caían los anillos de los dedos y sus brazos colgaban como mayales de trillador, esos mismos brazos que hasta entonces habían sido flexibles y bien torneados. Escribió repetidamente a sir William, suplicándole que regresara, pero él se veía acuciado por espantosas y grandísimas dudas, no sabía nada de la enfermedad de ella y en ningún momento imaginó que los rumores hubiesen llegado también a sus oídos, por lo que juzgó que su ausencia era lo mejor y pospuso su vuelta, aduciendo fundadas y diversas razones.

Algún tiempo después, cuando lady Penelope dio a luz a un hijo que nació muerto, su madre, la condesa, dirigió una carta a sir William en la que le conminaba a regresar de inmediato si deseaba ver a su esposa con vida, pues se estaba consumiendo por una misteriosa enfermedad que parecía ser más anímica que física. Era evidente que la suegra no estaba al corriente del secreto, pues vivía lejos de allí, y sir William no tardó en presentarse junto al lecho de su mujer agonizante.

—Créeme, William —le dijo en cuanto se quedaron a solas—, soy inocente… ¡inocente!

—¿De qué? —preguntó él—. ¡Dios me libre de acusarte de nada!

—Pero ¡me acusas… en silencio! —respondió ella, apenas sin voz—. No me ha sido posible explicártelo por escrito y pedirte que me escucharas. Para mí es demasiado degradante. ¡Ojalá hubiese sido menos orgullosa! ¡Sospechan que yo lo envenené, William! ¡Te aseguro, mi amado esposo, que soy inocente de ese crimen perverso! Murió de muerte natural. Yo te amaba… y no esperé; pero ése fue mi único delito.

Nada pudo salvarla. Llevaba demasiado tiempo atormentándose para que el regreso de sir William pudiese remediar algo, y en cuestión de semanas exhaló su último aliento. Después de su muerte la gente se permitió hablar en voz alta y la conducta de lady Penelope pasó a ser objeto del escrutinio público. Pasado algún tiempo, el médico que había atendido al difunto sir John se enteró de los rumores y volvió desde el lugar cercano a Londres al que se había retirado recientemente, con el

deseo expreso de visitar a sir William Hervy, que para entonces vivía en Casterbridge.

Le comunicó que a instancias de un pariente de sir John, que en razón de lo repentino de la enfermedad deseaba asegurarse a este respecto, él mismo había examinado el cadáver inmediatamente después de la muerte, y había podido comprobar que ésta se produjo por causas enteramente naturales. En ningún momento se tuvo la sospecha de que se hubiese cometido un hecho delictivo, de ahí que no se dijera nada que pudiera a partir de entonces defender la inocencia de la dama.

Quedó así confirmado sin ningún género de duda que esta hermosa y noble dama había enfermado y muerto por culpa de un escándalo vil y sin el menor fundamento. El marido, acuciado por terribles remordimientos por su papel en esta desgracia, abandonó de nuevo el país, esta vez para no regresar con vida. Sir William sobrevivió a su mujer apenas unos años y sus restos mortales fueron traídos a Inglaterra para ser enterrados junto a lady Penelope, en la misma sepultura, donde ambos reposan en el cementerio parroquial. Hasta hace poco se conservaba un buen retrato de esta dama, vestida de novia con ocasión de su primer enlace, con una cruz en la mano, en la residencia ancestral de su familia, donde recibió la compasión que merecía. Algunos, sin embargo, cayeron en la severidad de afirmar —y eso que no eran personas injustas en otros aspectos— que, si bien lady Penelope era indiscutiblemente inocente del crimen del que se le acusaba, su comportamiento fue indecoroso y libertino al contraer tres matrimonios en rápida sucesión, por lo que la falsa sospecha tal vez fuese ordenada por la Providencia (que a menudo se expresa de manera indirecta) como castigo por esta indulgencia. Sobre este extremo no tengo ninguna opinión que manifestar.

El reverendo vicepresidente, una vez concluido el relato, sí opinó que en el destino de esta dama se reconocía con toda claridad un castigo. Del mismo parecer eran el coadjutor y el caballero tranquilo. Este último sabía de muchos otros casos del mismo tenor, uno de los cuales podía narrarse con pocas palabras.

Enero de 1890

Dama novena. La duquesa de Hamptonshire, por el caballero tranquilo

Hará unos cincuenta años el quinto duque de Hamptonshire era sin discusión el hombre más importante de este condado, singularmente en la zona de Batton. Procedía de la antigua familia de Saxelbye, siempre leal a la Corona, una familia que antes de obtener sus títulos nobiliarios ya contaba entre sus varones con muchos hidalgos y clérigos célebres. Un historiador minucioso tardaría una tarde entera en obtener los calcos de las múltiples efigies y emblemas heráldicos grabados en su honor en placas de bronce, tablillas y sepulturas en las naves de la iglesia parroquial. El propio duque era un hombre al que preocupaban muy poco las crónicas antiguas en piedra o en metal, aun cuando guardaran relación con los orígenes de su linaje. Dirigía preferentemente sus intereses hacia los placeres toscos y poco edificantes que su posición le ponía al alcance. No le importaba, llegado el caso, cerrar la boca de alguno de sus criados con un juramento que estallaba como una bomba, y se obstinaba en discutir con el párroco sobre las virtudes de las peleas de gallos y el tormento de toros.

Era el aspecto de este caballero un tanto impresionante. Tenía su piel el color cobrizo de las hayas. Su constitución era robusta, aunque ligeramente encorvada; la boca grande; y gastaba como bastón una simple vara sin pulir, excepto cuando lo reemplazaba por una pica para cortar las zarzas que encontraba en sus paseos. Su castillo se alzaba en mitad de un jardín, rodeado de olmos oscuros por todos sus lados menos por el sur, y cuando brillaba la luna la fachada de piedra, festoneada por recias ramas, se veía desde el camino alto como una mancha blanca en la superficie de la oscuridad. Aunque recibía el nombre de castillo, el edificio contaba con escasas fortificaciones y había sido concebido ante todo para la comodidad de sus moradores, a diferencia de esas otras construcciones defensivas a las cuales corresponde en puridad este nombre. Era en realidad una mansión almenada de planta regular, cuadrada como un tablero de ajedrez, ornamentada con falsos bastiones y con troneras por detrás de las cuales pasaba el tiro de las chimeneas. En la quietud del amanecer, a la hora en que se encendía el fuego, cuando las criadas recorrían como espectros los pasillos y los finos haces de luz que se filtraban por las rendijas de los postigos arrancaban sonrisas y nerviosos parpadeos a los ancestros retratados en lienzo, doce o quince delgadas volutas de humo azul brotaban de las chimeneas y se desplegaban formando un dosel en el cielo. Rodeaban la mansión diez mil acres de la mejor tierra, fértil y densa, abundante en cañadas y praderas visibles desde todas las ventanas del castillo, que se fundían con sembrados pequeños, protegidos de las miradas curiosas por plantaciones de ingenioso trazado.

El segundo en importancia de la parroquia, bastante por detrás del propietario de todos estos bienes, era el rector, el honorable y reverendo señor Oldbourne, un hombre viudo, en exceso estirado y severo para ser clérigo; su rígido alzacuellos blanco, su cuidado pelo cano y su rostro de líneas rectas carecían por completo de

esos amables rasgos de los que tanto depende la capacidad de un sacerdote para hacer el bien entre sus feligreses. El último de los notables, muy a la zaga de los otros dos —el Neptuno de esta tríada de personalidades locales—, era el coadjutor, el señor Alwyn Hill, un diácono joven y muy bien parecido, de pelo ensortijado, ojos soñadores —tanto, a decir verdad, que adentrarse en ellos era como elevarse y flotar entre nubes estivales—, una piel fresca como una flor y un mentón completamente imberbe. Pese a que rondaba los veinticinco años, no aparentaba mucho más de diecinueve.

El rector tenía una hija llamada Emmeline, de carácter tan dulce y sencillo que su belleza ya había sido detectada, evaluada y glosada por todos los habitantes de la región antes de que ella misma sospechara de su existencia. Se había criado en relativa soledad y el trato con los hombres le causaba inquietud y confusión. Cada vez que un desconocido entraba en la casa paterna, Emmeline se escabullía en el jardín y allí se quedaba hasta que el visitante se había marchado, burlándose de su timidez, aunque incapaz de dominarla. No residían sus virtudes tanto en la fuerza de carácter como en una inapetencia natural por las cosas malas, que eran para ella tan poco seductoras como la carne para una criatura herbívora. Los encantos de su presencia, sus modales y su sensibilidad no habían pasado inadvertidos al joven clérigo semejante a un Antínoo y tampoco al duque, quien, pese a ignorar de un modo escandaloso lo que era la delicadeza, mostrarse torpe en el trato con el bello sexo y no ser en absoluto hombre para una dama, se encendió de un modo casi terrible cuando vio de repente a Emmeline poco después de que la joven cumpliera los diecisiete años.

Sucedió una tarde, en un rincón del bosquecillo que se extendía entre el castillo y la casa rectoral, mientras el duque observaba la construcción de un dique y la muchacha pasaba por allí a una distancia de escasos metros, a plena luz del sol, sin gorro ni sombrero. El duque volvió a casa como quien ha visto un fantasma. Subió a la galería del castillo y allí pasó algún tiempo contemplando a las antiguas bellezas de su familia como si hasta ese momento jamás hubiese reparado en la importancia que aquellos exponentes del género femenino habían tenido en la evolución de la estirpe de los Saxelbye. Cenó solo, bebió a discreción y se hizo la promesa de que Emmeline Oldbourne sería suya.

Entretanto había surgido entre el joven clérigo y la muchacha cierto dulce y secreto entendimiento. Nada se sabe de los detalles de esta relación, aunque era evidente que el padre de ella no la consentía. Su proceder era frío, severo e inexorable. El coadjutor no tardó en desaparecer de la parroquia, tras una noche en la que se cruzaron muy duras y amargas palabras en el jardín de la rectoría entre el rector y el joven, puntuadas por el llanto suplicante de la muchacha, semejante a los gritos del moribundo en el fragor de la batalla. Poco después de este día, con insólita celeridad, se anunció solemnemente la boda entre el duque y la señorita Oldbourne.

Llegó el día nupcial, y pasó éste, y la muchacha se convirtió en duquesa. Nadie

pareció acordarse en esa fecha del hombre desterrado, y si alguien lo recordó optó por callar sus reflexiones. Los menos serviles estaban dispuestos a hablar jocosamente del augusto matrimonio, mientras que otros se expresaban con corrección y donosura, de acuerdo con su sexo y condición. Llegada la noche, los campaneros partidarios de Alwyn se atrevieron a manifestar su opinión sobre el amable muchacho y el posible arrepentimiento de la mujer a la que éste amaba.

—¿No veis algo malo en todo este asunto? —señaló el tercer campanero, enjugándose el sudor del rostro—. Bien sé dónde le habría gustado a ella estabular sus caballos esta noche, una vez hecho el viaje.

—Quieres decir que lo sabrías si supieras dónde vive el señor Hill, cosa que nadie sabe en la parroquia.

—Con la excepción de la dama en cuyo honor ofrecemos este triple repique.

Muy lejos estaban entonces estos amables lugareños de sospechar la verdadera magnitud de la desgracia de Emmeline, como tampoco podían imaginarla quienes se hallaban en más estrecha comunión con la muchacha, tan bien había ocultado ésta su pena. No mucho después de que los recién casados comenzaran a vivir juntos en el castillo, la infelicidad de la joven duquesa resultó más que notoria. Los criados aseguraban que tenía la costumbre de volverse contra la pared y derramar estúpidas y ardientes lágrimas a una hora en que una dama en su sano juicio debiera estar revisando su guardarropa. Rezaba con fervor en el amplio banco que ocupaba en la iglesia, donde se sentaba insignificante y solitaria como un ratón en una celda, en lugar de contar sus anillos, dormitar o entretenerse riendo en silencio de la pintoresca congregación de ancianos feligreses, como habían hecho antes que ella otras beldades de la familia. Parecía importarle tan poco comer y beber en vajilla de plata y cristal como en servicio de barro. Tenía la cabeza en otra parte y su distracción resultaba evidente para el duque, su marido. Al principio éste se limitaba a burlarse de ella por haberse encaprichado de aquel sacerdote de tres al cuarto, si bien con el paso del tiempo sus acusaciones cobraron un tono más enérgico. No la creía cuando ella le aseguraba que en ningún momento se había comunicado con su amado, ni él con ella, desde el día en que se separaron en presencia de su padre. Los recelos del duque dieron lugar a algunas escenas extrañas que no es preciso pormenorizar; los acontecimientos cobraron pronto el cariz de la catástrofe.

Una noche oscura y silenciosa, unos dos meses después de la boda, un hombre franqueó la entrada de la finca y se adentró por la avenida que conducía a la casa a través del jardín. Llegó hasta doscientos metros de la fachada, abandonó allí el camino de gravilla y se acercó al castillo por un sendero circular que discurría entre los arbustos. Allí se detuvo. En pocos minutos sonaron las campanadas en el reloj de la mansión y una figura femenina apareció, por el lado contrario, en el mismo rincón apartado. Las dos siluetas se unieron de golpe como dos gotas de rocío sobre una hoja; luego se separaron y quedaron frente a frente. La mujer no despegaba la vista del suelo.

—¡Emmeline, me has suplicado que viniese y aquí estoy! ¡Que Dios me perdone! —dijo el hombre con aspereza.

—Te dispones a emigrar, Alwyn —dijo ella con la voz entrecortada—. Lo he sabido; ¿es cierto que zarpas de Plymouth en el Western Glory dentro de tres días?

—Sí. No puedo seguir viviendo en Inglaterra. Vivir aquí es lo mismo que estar muerto.

—Mi vida es aún peor… peor que la muerte. La muerte no me habría llevado a este extremo. Escúchame bien, Alwyn, te he pedido que vinieras para rogarte que me permitas ir contigo, o al menos estar cerca de ti, lo que sea antes que quedarme en este lugar.

—¿Venir conmigo? —preguntó él, con sobresalto.

—Sí, sí… o seguir tus instrucciones, pero contar de algún modo con tu ayuda. No me mires con ese horror… ten la bondad de escuchar lo que te imploro. Solo la crueldad ha podido llevarme a esto. Soportaría mi destino en silencio si nadie me importunara, pero él me tortura, y, si no salgo de aquí, pronto me veré en la tumba.

Él preguntó aterrado cómo la torturaba su marido, y la duquesa respondió que lo hacía por celos.

—Intenta arrancarme confesiones sobre ti y no quiere creer que no me he comunicado contigo desde el día en que mi padre acordó mi compromiso y yo tuve que aceptarlo por la fuerza.

El pobre coadjutor respondió que las noticias no podían ser peores.

—¿No te habrá maltratado físicamente?

—Sí —dijo ella, con un susurro.

—¿Qué ha hecho?

Miró temerosa alrededor y, entre sollozos, dijo:

—Cuando intenta obligarme a confesar lo que nunca he hecho recurre a procedimientos que no me atrevo a describir, para aterrorizarme y quebrar mi ánimo y que así reconozca yo cualquier cosa. Decidí escribirte, puesto que no tengo ningún otro amigo. —Y con siniestra ironía añadió—: Me pareció que de este modo daba algún fundamento a sus sospechas y acreditaba su juicio.

—¿De verdad me estás diciendo, Emmeline —preguntó él con voz temblorosa—, que tú… que quieres fugarte conmigo?

—¿Crees que podría no hablar en serio en un momento así?

El joven guardó silencio por espacio de más de un minuto.

—No debes venir conmigo —dijo al fin.

—¿Por qué?

—Sería pecado.

—No puede ser pecado, puesto que yo no he deseado pecar en toda mi vida y tampoco lo deseo ahora; rezo a diario para morir y subir al cielo para verme libre de mi desgracia.

—Pero está mal, Emmeline, de todos modos.

—¿Está mal huir del fuego que te abrasa?

—Se vería mal, en este caso.

—¡Alwyn, Alwyn, llévame contigo, te lo suplico! —le imploró—. Sé que en general no está bien, pero ésta es una situación excepcional. ¿Por qué se me somete a una prueba tan ardua? Yo jamás he hecho ningún mal, jamás he herido a nadie, he ayudado a muchas personas y esperaba ser feliz; ¡y mira mi desgracia! ¿Es posible que Dios quiera castigarme? No tenía quien me defendiera… y acepté; y ahora la vida es para mí una carga y una vergüenza… ¡Ay, si supieras cuánto significa para mí este ruego que te hago, cómo depende de él mi vida, no podrías negármelo!

—Esto es intolerable… que el cielo nos asista —exclamó el joven entre dientes—. Emmy, eres la duquesa de Hamptonshire, la esposa del duque de Hamptonshire. ¡No puedes venir conmigo!

—¿Me rechazas entonces? ¿De veras me rechazas? —gritó, llevada por la desesperación—. ¿De veras me estás diciendo eso, Alwyn?

—Sí, eso te digo, dulce corazón mío. Lo digo con la mayor de las tristezas. No puedes acompañarme. Perdóname, pues no tengo otra alternativa que la de rechazarte. Aunque yo muera, aunque tú mueras, no podemos fugarnos. La ley de Dios lo prohíbe. ¡Adiós para siempre!

Se apartó con brusquedad, abandonó el sendero a la carrera y se perdió entre los árboles.

Tres días después de este encuentro y esta despedida se habían grabado en las dulces y atractivas facciones de Alwyn un abatimiento y una dureza mayores que tras diez años de trabajos y fatigas en el mundo, y una mañana de llovizna zarpó de Plymouth en el Western Glory. Cuando la tierra se hubo perdido de vista, Alwyn se impuso mecánicamente una actitud estoica. Este propósito, respaldado por la misma fuerza de resistencia moral que le había permitido vencer sin flaqueza la apasionada tentación a la que Emmeline, en su imprudente confianza, le había expuesto, se vio recompensado por un moderado triunfo, a pesar de que la rumorosa extensión de las aguas que contemplaba día tras día parecía traer a sus oídos con demasiada insistencia esa voz femenina que no podía olvidar.

Se ciñó a estas reglas de conducta en el curso de la travesía a fin de mitigar hasta niveles soportables los remordimientos febriles que lo asaltaban en los momentos en que se atrevía a imaginar cómo habrían sido las cosas si él no hubiese seguido los dictados de su conciencia. Muchas horas al día centraba sus pensamientos en los pasajes filosóficos de los volúmenes que llevaba consigo, y de cuando en cuando se permitía pensar en Emmeline por espacio de unos minutos, con la estricta cicatería con que el sibarita enfermo tiene que administrarse los repugnantes brebajes que son la causa de su enfermedad. El viaje estuvo marcado por los incidentes habituales en un velero de pasaje en aquellos tiempos: la tempestad, la calma, un hombre que cae por la borda, un nacimiento y una defunción, luctuosa circunstancia esta última que, por ser el único clérigo a bordo, tuvo que solemnizar con la lectura del

correspondiente oficio de difuntos. El navío llegó al puerto de Boston en la fecha prevista, a principios del mes siguiente, y desde allí Alwyn viajó a Providence en busca de un pariente lejano.

Tras una breve estancia en esta ciudad regresó a Boston, donde se aplicó en una ocupación seria y progresó notablemente en la tarea de desprenderse de la funesta melancolía que aún envolvía su espíritu. Distraído y debilitado en sus creencias religiosas por las recientes experiencias, decidió que por algún tiempo no podía desempeñar con dignidad el oficio de ministro de la Iglesia y se presentó a un puesto de director de escuela. Algunas cartas de recomendación que obtuvo en Inglaterra le resultaron muy útiles en este momento, y pronto fue introducido como erudito y caballero muy respetable ante los miembros del consejo de administración de uno de los colegios universitarios. Esto le permitió, pasado algún tiempo, abandonar la escuela e instalarse en la universidad como profesor de retórica y oratoria.

De esta manera vivió en lo sucesivo, animado en su esfuerzo solo por la firme determinación y la conciencia del deber. Pasaba las noches de invierno componiendo sonetos y elegías y a menudo daba voz a sus pensamientos en «Versos a una dama infeliz», mientras que en verano dedicaba los ratos de ocio a esa misma hora a contemplar desde la ventana cómo se alargaban las sombras y a compararlas en su imaginación con esas otras sombras de su propia vida. Si alguna vez paseaba, se preguntaba cuál era el extremo oriental del paisaje y pensaba en las dos mil millas de agua que se extendían en aquella dirección y en lo que había al otro lado. En una palabra, dedicaba todos sus momentos de libertad a soñar con quien ya no era sino un recuerdo para él y probablemente nunca sería nada más.

Transcurrieron nueve años de desgaste y de dolor, y el rostro de Alwyn Hill perdió buena parte del atractivo por el que se había distinguido en otro tiempo. Era afectuoso con sus alumnos y amable con todo el que acudía a él, pero el núcleo esencial de su vida, su secreto, lo guardaba cerrado a cal y canto, como si fuese mudo. Cuando conversaba con sus conocidos acerca de Inglaterra y de la vida que allá había llevado, omitía el episodio de Emmeline y Batton Castle, como si jamás hubiesen existido en su calendario. Aunque esta parte de su vida era de la máxima importancia para él, había colmado apenas un brevísimo fragmento de tiempo, un momento efímero que incluso a sus ojos habría resultado casi imperceptible, a tanta distancia, de no haber sido por el incidente que no podía olvidar.

Un día, por estas fechas, mientras hojeaba someramente un viejo periódico inglés, le llamó la atención un párrafo que, pese a su brevedad, contenía para él volúmenes enteros de información estremecedora… y con resonancias rítmicas que agitaban su pasión mucho más que los cantos reunidos de todos los poetas. Era el anuncio de la muerte del duque de Hamptonshire, que dejaba viuda, pero no hijos.

Se alteró por completo el rumbo de los pensamientos de Alwyn. Comprobó que se trataba de un periódico que había recibido hacía mucho tiempo y no se había tomado la molestia de leer. Y si ese día no le hubiera dado por revisar la prensa

atrasada que almacenaba en su estudio, podría no haberse enterado del suceso hasta pasados muchos años. Cuando lo leyó el duque llevaba ya siete meses muerto. Tuvo la sensación de que no podía seguir atado por más tiempo a sinécdoques, antítesis y clímax de fabricación mecánica, pues tenía la cabeza repleta de ejemplos espontáneos de estas figuras retóricas que no se atrevía a pronunciar. ¿A quién puede asombrar que sus pensamientos se deleitasen en la dulce posibilidad que al fin se presentaba por primera vez en tantos años? Y es que Emmeline era lo que más quería en el mundo, como siempre lo había sido. El resultado de estas fantasías silenciosas fue la decisión de regresar a su lado lo antes posible.

Sin embargo, no podía dejar su trabajo de un día para otro. Lo cierto es que no se vería libre de compromisos hasta pasados cuatro meses y, aunque la impaciencia le causaba un permanente estado de angustia, todos los días se recordaba: «Si ha seguido amándome estos nueve años, me amará también diez; pensará en mí con más ternura cuando las horas de soledad que ahora está viviendo hayan hecho su labor; revivirá los tiempos pasados al ver interrumpida su experiencia reciente y cada día que pase deseará mi regreso».

El intervalo forzoso transcurrió rápidamente y Alwyn llegó a Inglaterra y al pueblo de Batton un día de invierno, entre doce y trece meses después de la muerte del duque.

Ya había anochecido, pero era tal su impaciencia que esa misma noche quiso pasar por el castillo al que Emmeline había llegado diez años antes para convertirse en su infeliz dueña y señora. Anduvo entre los árboles, contemplando a su paso los perfiles familiares dibujados sobre el cielo en penumbra, y pronto cayó en la cuenta de que muchos vecinos de aspecto animado, en grupos de dos y de tres, lo precedían o le iban a la zaga por la sinuosa avenida que conducía al castillo. Como se sabía a salvo de ser reconocido, trabó conversación con uno de ellos.

—Su excelencia ofrece un baile esta noche para los arrendatarios. Desea conservar la costumbre iniciada por el padre del duque y perpetuada por éste.

—Eso está muy bien. ¿Ha vivido aquí sola desde que falleció el duque?

—Completamente sola. Aunque no desea compañía, le agrada que la gente del pueblo se divierta y la invita muy a menudo.

«¡Tan bondadosa como siempre!», se dijo Alwyn.

Al acercarse al castillo vio que las grandes puertas por las que entraban los proveedores estaban abiertas de par en par, como si no hubiera intención devolver a cerrarlas. Los pasillos y las habitaciones de esa ala del edificio se habían iluminado brillantemente con un sinfín de velas, y algunas derramaban la cera fundida sobre las hojas verdes que las decoraban y sobre los vestidos de seda de las felices esposas de los hacendados, que pasaban del brazo de sus maridos. No tuvo dificultad para entrar con los demás invitados, pues el acceso al castillo era libre esa noche. Se instaló en un discreto rincón del gran salón donde iba a celebrarse el baile.

—Aunque aún no se ha quitado el luto, mi lady abrirá el baile con el vecino Bates

—dijo uno de los invitados.

—¿Quién es el vecino Bates? —inquirió Alwyn.

—Un anciano al que ella respeta mucho… el más viejo de los arrendatarios. El año pasado cumplió setenta y ocho años.

—¡Ah, claro! —dijo Alwyn muy tranquilizado—. Lo recuerdo.

Los invitados formaron en fila. Se abrió una puerta en el otro extremo del salón, por la que entró una dama con traje de seda negra. Se inclinó, sonrió y se situó en cabeza de la fila.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Alwyn con desconcierto—. No me había dicho usted que la duquesa de Hamptonshire…

—Es la duquesa.

—Pero ¿hay otra duquesa?

—No; no la hay.

—Pero ésa no es la duquesa de Hamptonshire… Ella era… —Las palabras se ahogaron en su garganta antes de ser pronunciadas. No pudo continuar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó su acompañante. Alwyn se había retirado para apoyarse en la pared.

El desdichado murmuró que tenía una punzada en el costado, por la caminata. Sonó la música y comenzó el baile, y su compañero se puso a observar con gran interés los movimientos de la desconocida duquesa entre los bailarines, olvidándose de Alwyn por un momento.

Esto le permitió recomponerse. Había sufrido mucho y podía volver a sufrir.

—¿Cómo llegó esa mujer a convertirse en la duquesa? —preguntó, esta vez en un tono mucho más claro y firme, una vez recuperado el dominio de sí—. ¿Qué ha sido de la otra duquesa de Hamptonshire? Porque hubo otra. Lo sé.

—¡Ah, la otra! Sí, sí. Se fugó hace muchos años con el joven coadjutor. El señor Hill, si mal no recuerdo.

—¡No! No es posible. ¿Qué significa eso?

—Sí, se fugó. Se reunió con él en el jardín, apenas unos meses después de casarse con el duque. Algunos vecinos los vieron y oyeron su conversación. Acordaron marcharse y zarparon de Plymouth un par de días más tarde.

—Eso no es verdad.

—Si no es verdad es la mentira más extraña que se haya contado nunca. El padre de ella así lo creía y sostuvo hasta el día de su muerte que su hija se había marchado con él; y lo mismo pensaba el duque, y todo el mundo por aquí. Se armó un buen revuelo en su momento. El duque le siguió el rastro hasta Plymouth.

—¿Que le siguió el rastro hasta Plymouth?

—Sus espías le siguieron el rastro hasta Plymouth. Ella había preguntado en las oficinas de la naviera si el señor Alwyn Hill se había registrado como pasajero en el Western Glory, y al saber que así había sido compró un pasaje en el mismo barco, aunque con un nombre falso. Cuando el barco ya había partido el duque recibió una

carta en la que se lo confesaba todo. No volvió nunca por aquí. El duque vivió solo unos cuantos años y se casó con esta dama apenas doce meses antes de su muerte.

Alwyn se hallaba en un estado de perplejidad indescriptible. Pese a su carácter apocado, al día siguiente solicitó ver a la ilegítima duquesa de Hamptonshire. En un primer momento ésta se alarmó por las palabras de Alwyn; después se mostró fría y finalmente, conquistada por la desesperación del caballero, accedió a retribuir sus confidencias con confidencias. Le enseñó una carta que había encontrado entre los papeles de su difunto esposo que corroboraba la detallada versión que Alwyn ya conocía. Era una carta de Emmeline, fechada el mismo día en que zarpó el Western Glory, en la que le comunicaba escuetamente que se marchaba a Estados Unidos.

A partir de ese momento, Alwyn se entregó en cuerpo y alma a desentrañar el resto del misterio. Todas sus averiguaciones confirmaban la misma historia: «Emmeline se había fugado con el coadjutor». Sus pesquisas le permitieron dar poco después con una extraña información de carácter circunstancial. Le remitieron a un barquero de Plymouth que en el momento de la desaparición de Emmeline, cuando se supo que el marido la estaba buscando, declaró haberla llevado al atardecer a bordo del Western Glory, en la víspera de que zarpase el navío.

Tras varios días de búsqueda por todos los muelles y callejones de la fortaleza de Plymouth, mientras las imposibles palabras «Se fugó con el coadjutor» se grababan progresivamente en su cerebro, Alwyn encontró al fin a este importante testigo. Su relato parecía concluyente y veraz; recordaba muy bien el incidente y describió con detalle cómo iba vestida la dama, con las mismas palabras con que en su día declaró ante el duque. Su descripción se correspondía plenamente con el vestido que llevaba Emmeline en la noche de su encuentro y despedida.

Antes de cruzar de nuevo el Atlántico para proseguir allí sus investigaciones, el perplejo y confundido Alwyn quiso localizar al capitán Wheeler, el hombre que comandaba el Western Glory cuando él emprendió su viaje, y de inmediato le escribió una carta.

Las únicas circunstancias en relación con aquella historia que el marino recordaba o podía verificar consultando sus documentos eran que una mujer con el falso nombre que Alwyn mencionaba ciertamente había embarcado en esa fecha; que había ocupado un camarote de tercera, compartido con los emigrantes más pobres; que había muerto en el curso de la travesía, unos cinco días después de que zarparan de Plymouth; y que parecía una dama, a juzgar por sus modales y su educación. Ignoraba por qué no había comprado un pasaje de primera clase y por qué no llevaba equipaje, pues, aunque apenas se encontró dinero en sus bolsillos, todo parecía indicar que era una mujer con posibles. «Le dimos sepultura en la mar —continuaba el capitán—. Un joven clérigo que iba a bordo leyó el oficio de difuntos. Lo recuerdo muy bien.»

En cuestión de segundos la escena cobró vida en la memoria de Alwyn con todos sus detalles. Era una hermosa mañana de brisa en aquella travesía tan lejana, y

navegaban a una media de cien millas diarias. Circuló el rumor de que una de las pobres mujeres que viajaban en las bodegas estaba delirando de fiebre. La noticia causó no poca alarma entre los pasajeros, pues las condiciones sanitarias del navío distaban mucho de ser satisfactorias. Poco después el médico de a bordo informó de su fallecimiento. Se disponían a celebrar el funeral con la mayor premura, por el peligro que entrañaba cualquier dilación. Y a continuación se desplegó ante sus ojos la escena del funeral y el destacado papel que él mismo desempeñó en la solemne ceremonia. El capitán había ido en su busca para solicitarle que oficiase el servicio, pues no había capellán a bordo. Alwyn había aceptado al punto y, con el resplandor del sol poniente en su rostro, leyó estas palabras en presencia de la congregación: «Así entregamos su cuerpo a las profundidades, donde se descompondrá esperando la resurrección de la carne, y entonces el mar la devolverá».

El capitán le facilitaba además la dirección de la matrona del barco y de otras personas que trabajaban en él en esa fecha. A todas ellas acudió Alwyn a su debido tiempo. Sus inequívocas descripciones de la ropa que llevaba la fugitiva, así como el color de su pelo y otras peculiaridades, destruyeron definitivamente toda esperanza de que pudiera tratarse de un error de identidad.

De esta manera se aclaró por fin el curso de los acontecimientos. Debió desobedecerlo ella esa noche aciaga en que se citaron en el jardín y él le prohibió que lo acompañase porque sería pecado. Debió de seguirlo sigilosamente en la oscuridad, como un pobre perro que se resiste a ser abandonado. No tuvo ocasión de preparar el viaje y se marchó con lo puesto; y así, provista de medios tan exiguos, había embarcado. Sin duda se proponía revelarle su presencia a bordo en cuanto lograse juntar el valor necesario.

Así concluía para Alwyn Hill un amor que había durado diez años. Nunca se hizo público que la pobre mujer que viajaba en las bodegas del barco fuese la duquesa de Hamptonshire. Alwyn carecía ya de razones para quedarse en Inglaterra, y poco después zarpó de la costa de su país con la intención de no regresar. Antes de su partida le confió su historia a un viejo amigo de su ciudad natal, el abuelo de quien ahora la refiere para ustedes.

Algunos de los miembros, entre quienes figuraba Ratón de Biblioteca, parecían impresionados por la narración del caballero tranquilo, mientras que el caballero al que llamaban Chispas —quien, por cierto, empezaba a impregnarse de la luz de los tiempos pasados y se sentía como si tuviese treinta y ocho años— paseaba con finura por la habitación en lugar de sentarse junto al fuego como la mayoría. Comentó que prefería algo más alegre, una historia en la que los amantes terminaran unidos tras una larga separación. Le gustaban también las historias que transcurrían en tiempos más modernos que las que había escuchado ese día.

Los miembros del club le pidieron de inmediato que ofreciese algún ejemplo, a lo cual respondió que no tenía ningún inconveniente. Y aunque el vicepresidente, el hombre de familia, el coronel y algunos otros consultaron el reloj y dijeron que iba

siendo hora de retirarse a sus respectivas habitaciones en el hotel, todos decidieron quedarse a escuchar la narración de Chispas.

Abril de 1878

Dama décima. La honorable Laura, por Chispas

Era un día oscuro y frío, la víspera de Navidad. La masa de nubes parecía impenetrable a la escasa claridad que aún retenía el cielo; una capa de nieve de casi un palmo de grosor cubría la tierra y los copos que seguían cayendo amenazaban con aumentar considerablemente su espesor antes de la mañana. El Hotel Prospect, un edificio situado cerca de la agreste costa norte del bajo Wessex, presentaba un aspecto tan solitario e inútil que quien acertara a pasar por allí a buen seguro olvidaría la función que desempeñaba en el verano y se asombraría de que alguien pudiese invertir su capital, en consonancia con el gusto popular por lo pintoresco, en un país expuesto a tales rigores climáticos. El hecho de que el distrito se animara en el mes de agosto con la llegada de un buen número de visitantes parecía una tradición en declive en un momento en el que el tiempo incitaba a no salir de casa. Pese a todo, allí estaba el hotel, inamovible; y los arrecifes, las calas y los promontorios que constituían los principales atractivos del lugar, visibles en toda su magnitud al otro lado del valle, mostraban sus perfiles severos y angulosos, mientras que la pequeña población emplazada a sus pies se teñía de mugre y suciedad, y no de esa tonalidad gris perla que en el verano le confería tanta belleza.

En el interior del hotel que dominaba este panorama, el propietario paseaba ociosamente con las manos en los bolsillos, sin la menor expectativa de que llegase un huésped, pero incapaz de emplearse en alguna ocupación que pudiese compensar de algún modo las pérdidas que la inactividad invernal acarreaba en su negocio. Tan pocas eran las expectativas de que apareciese algún cliente que el camarero de la cafetería —un muchacho elegante, embutido en una chaqueta corta de botones dorados ceñidos hasta el cuello, como los guisantes en el interior de una vaina— se encontraba en el patio trasero, irreconociblemente transformado en un tosco campesino con pantalones de pana y botas con tachuelas, retirando la nieve y hablando en el más puro dialecto local, completamente ajeno al refinado acento que en verano aprendía de los distinguidos huéspedes. La puerta principal estaba cerrada y, como con intención de expresar de un modo aún más rotundo que el establecimiento se encontraba sellado y en su fase de crisálida, se había colocado en el umbral un saco terrero para evitar la insidiosa ventisca, pues el viento soplaba en esa dirección.

El hostelero entró en su salón privado, se acercó a la gran chimenea que era imprescindible para su confort, pues no había otro fuego encendido ni en la cafetería ni en ningún otro sitio, y tras avivar la lumbre regresó a la mesa del vestíbulo en la que reposaba el libro de visitas, ahora cerrado y apartado contra la pared. Lo abrió con indiferencia; ni un solo nombre se le había incorporado desde el día 19 del pasado mes de noviembre, y se trataba de un hombre que había llegado en un triciclo y al que en ningún momento se había invitado a alojarse.

La tarde oscurecía rápidamente, aunque, antes de que se hiciera demasiado oscuro

para distinguir los objetos en el sinuoso camino que discurría por detrás de los acantilados, el propietario avistó en la blanca distancia una mancha negra que se agrandaba rápidamente a medida que se aproximaba. Era probable que aquel vehículo, pues por fuerza debía de tratarse de alguna clase de vehículo, pasara de largo y siguiera su camino hacia la estación de ferrocarril, como otros anteriormente. Sin embargo, en contra de las expectativas del hostelero, que lo observaba desde las ventanas con los postigos aún abiertos, el objeto solitario giró en dirección al hotel y se acercó hasta la entrada.

Se trataba de un transporte singularmente impropio en ese clima y esa época del año, pues era poco más que un carro abierto, con caja de mimbre y tirado por un único caballo. Lo ocupaban dos personas de distinto sexo, como no tardó en verse pese a la cantidad de ropa que llevaban. La mujer se protegía de la tormenta arrimándose al costado del hombre. El conductor tiró de las riendas. El hostelero tocó la campana para advertir al mozo de cuadras, pues la nieve había hecho inaudible la llegada de los viajeros, y, al acercarse el palafrenero al caballo, el caballero y la dama se apearon y el dueño del hotel los recibió en el vestíbulo.

El hombre, de unos veintiocho años, tenía aspecto de extranjero. Iba pulcramente afeitado, aunque llevaba mostacho, y sus rasgos resultaban agradables, incluso atractivos. La dama, que se ocultaba tímidamente a sus espaldas, parecía mucho más joven y acaso no pasaba de los dieciocho años, si bien era difícil precisar su edad o su apariencia bajo aquella indumentaria.

El caballero manifestó su deseo de alojarse hasta el día siguiente y explicó, de un modo algo superfluo en un lugar como un hotel, que la noche los había sorprendido en el camino. El hostelero les dispensó la mejor bienvenida que pudo en un momento tan poco propicio, dio orden de que se encendiera el fuego en el salón y en la cafetería y salió al patio en busca del camarero, que al momento se aseó, rescató su chaqueta de la caja en que la guardaba, se lustró los botones con la manga y se presentó en el vestíbulo con aire civilizado. Se le indicó a la dama una habitación en la que podía quitarse la ropa empapada por la nieve, que enseguida fue puesta a secar, mientras su acompañante, dejando sobre la mesa un par de soberanos, como impaciente por que todo marchase agradablemente y bien desde el principio, preguntaba si sería posible disponer de un salón privado. El hostelero le aseguró que el mejor salón del piso de arriba —normalmente público— sería un espacio privado esa noche, y envió a una doncella a que encendiese las velas. Se preparó la cena para ellos, que por deseo del caballero les fue servida en ese mismo salón, donde la dama se reunió con él y juntos pudieron disfrutar del descanso y el refrigerio de los que tan necesitados parecían.

En más de una ocasión se fijó el hostelero en que la pareja tenía una relación peculiar, si bien no era fácil determinar en qué residía dicha peculiaridad. Que el caballero era de los que pagaban de inmediato ya había quedado demostrado por sus actos, por lo que el dueño del hotel descartó toda conjetura y se centró en los asuntos

prácticos.

A eso de las nueve, concluida la tarea del día, el hostelero volvió al vestíbulo y se dedicó a pasear, mirando de cuando en cuando por la puerta vidriera para ver cómo evolucionaba el tiempo fuera. En contra de lo previsto había dejado de nevar y, al salir la luna, el cielo se había aclarado parcialmente; ligeros vellones de nubes cruzaban el disco de plata. Todo parecía indicar que la noche traería heladas. El camino resultaba ahora más visible en sus zonas altas de lo que había sido en la penumbra del día. Ni una rodada interrumpía la superficie virgen del manto blanco, pues las huellas dejadas por los huéspedes que habían llegado a última hora habían sido rápidamente borradas por la nieve.

Y el hostelero divisó entonces a la luz de la luna una escena muy similar a la que había visto a la luz del día. Una mancha negra avanzaba por el camino que bordeaba la costa. Enseguida pudo reconocer que el vehículo se desplazaba a mayor velocidad que el carro ligero que lo había precedido; vio después que se trataba de un cupé tirado por dos briosos caballos, y que también este carruaje se acercaba a la puerta del hotel. Tan oportuna coincidencia hizo que el hostelero retirase una vez más el saco terrero de la puerta y saliese al porche.

El primero en apearse fue un anciano caballero, seguido de otro más joven, y ambos avanzaron con vacilación.

—¿Ha llegado recientemente una dama de menos de diecinueve años en compañía de un hombre algo mayor? —preguntó el anciano precipitadamente—. ¿Un hombre pulcramente afeitado, con bigote y aspecto de cantante de ópera, que se hace llamar signor Smittozzi?

—Han llegado algunos huéspedes en las últimas horas —respondió el propietario, como si fuesen lo menos veinte, pues no deseaba revelar el precario estado de su negocio en invierno.

—¿Y recuerda entre ellos a dos personas como las que he descrito?… ¿Un hombre con pinta de barítono?

—Sin duda hay una pareja así alojada en el hotel, pero no me es posible pronunciarme sobre el timbre de voz del caballero.

—Claro, claro; es natural. Estoy bastante alterado. ¿Llegaron en un coche ligero y mal pertrechados?

—Llegaron en coche, creo, como todos nuestros huéspedes.

—Sí, sí. Tengo que verlos de inmediato. Disculpe mi falta de ceremonia y llévenos con ellos.

—Tenga en cuenta, señor, que la dama y el caballero a los que me refiero podrían no ser lo mismos a los que se refiere usted. Sería una descortesía de mi parte permitir que se presente usted en este momento, cuando están cenando. Podría perderlos como futuros clientes.

—Cierto, cierto. Podrían no ser las mismas personas. ¡Comprendo que la ansiedad me lleva a precipitarme en mis suposiciones!

—Creo que podrían ser ellos, tío Quantock —terció el joven que lo acompañaba, que no había dicho nada hasta ese momento. Y, volviéndose al hostelero, añadió—: No es posible que tenga usted tantos huéspedes en una noche tan desapacible como para haber olvidado cómo llegó esta pareja y qué ropa llevaba la dama —pronunció estas palabras en un tono de tranquilidad glacial, no exento de ironía.

—¡Ah! Lo que llevaba. Eso es, James. ¿Qué ropa llevaba?

—No acostumbro a fijarme en la indumentaria de mis clientes —replicó el propietario con sequedad, pues los dos soberanos que el huésped le había ofrecido nada más llegar lo inclinaban decididamente en favor de aquel caballero—. Pueden comprobarlo ustedes mismos si lo desean —añadió con aire despreocupado—. La ropa se está secando en la cocina.

Antes de terminar la frase, el anciano ya había exclamado «¡Ah!» y se había precipitado por un pasillo que parecía conducir a la cocina, pero que resultó ser solo el acceso a una alacena donde se guardaba la vajilla; regresó con la misma premura, tras advertir su error al colisionar con la loza.

—Le ruego que me disculpe. Si supiera usted cuáles son mis sentimientos (que en este momento no me es posible describir), se mostraría indulgente. Pagaré con mucho gusto todo lo que haya roto.

—No es necesario, señor —respondió el hostelero. Y mostrándoles el camino los condujo a la cocina, sin más conversación. El anciano cogió al instante la capa de la dama que colgaba de un burro, al tiempo que exclamaba:

—Ay, James, es suya. Sabía que los encontraríamos.

—Sí, es suya —respondió tranquilamente el sobrino, que parecía mucho menos alterado que su acompañante.

—Indíquenos su habitación inmediatamente —dijo el anciano.

—¿Han terminado de cenar la dama y el caballero que están en el salón principal? —preguntó el hostelero.

—Sí, señor, hace ya un buen rato —respondió el joven de los cien botones dorados.

—En ese caso, acompañe a estos caballeros. ¿Debo entender que se quedarán ustedes a pasar la noche, señores? ¿Desean que se ocupen de los caballos?

—Que les den de comer y de beber. Que nos quedemos o no dependerá de las circunstancias —dijo el joven tranquilo, mientras seguía a su tío y al camarero hacia la escalera.

—Creo, James —señaló el anciano, deteniéndose en el primer peldaño—, que será mejor que no nos anuncien, para pillarlos por sorpresa. ¡Ella sería capaz de saltar por la ventana o cometer cualquier locura!

—Tienes mucha razón. Llegaremos sin previo aviso. —Y así se lo indicó al camarero que los precedía.

—¡No sé cómo agradecerte tu eficaz ayuda en esta persecución! —exclamó el anciano, tomando la mano del sobrino—. Mis muchos achaques me habrían impedido

darle alcance esta noche de no haber sido por tu oportuna colaboración.

—Para mí es un placer poder ayudarte en éste o en cualquier otro asunto, tío. Solo lamento no poder acompañarte en un viaje más grato. En todo caso, más vale que subamos cuanto antes, para que no nos oigan. —Y subieron la escalera en silencio.

Al otro lado de la puerta abierta había un salón demasiado grande para resultar acogedor, iluminado con las mejores velas del hotel, y la pareja de fugitivos se encontraba sentada junto al fuego con un aire de lo más inocente, hojeando el álbum de recortes del establecimiento, en el que podían verse imágenes de los alrededores. No bien hubo entrado el anciano, la dama —que en ese momento se reveló tan joven como se ha descrito y de facciones extraordinariamente agradables— palideció ostensiblemente. Al entrar el sobrino se puso todavía más pálida, como si fuera a desmayarse. El joven con aspecto de cantante de ópera se puso en pie con adusta cortesía y ofreció asiento a los recién llegados.

—¡Gracias a Dios que os he atrapado! —dijo el anciano sin resuello.

—Sí, señor; mala suerte —murmuró Smittozzi con un acento londinense levemente teñido de italiano, pues había llegado al mundo como hijo del señor y la señora Smith en las proximidades de City Road—. Mañana habría sido mía. Y creo que dadas las peculiares circunstancias sería mucho más inteligente… sabiendo cómo enturbia el escándalo la reputación de una dama… que lo sea de todos modos.

—¡Jamás! —respondió el anciano—. Es una muchacha menor de edad y sin ninguna experiencia… una niña en su inocencia y su virtud, a la que has engatusado con malas artes, hasta que hoy, al amanecer…

—Lord Quantock, si no me viera en la obligación de respetar sus canas…

—Hasta que hoy, al amanecer, la tentaste a huir de la casa de su padre. ¿Qué culpa puede tener ella que, tras una plena explicación de lo ocurrido, no recaiga enteramente sobre ti? Laura, te vienes conmigo inmediatamente. Lo cierto es que no habría podido alcanzarte de no haber sido por la ayuda desinteresada de tu primo, el capitán Northbrook, quien, cuando me percaté de tu fuga esta mañana, se ofreció a acompañarme en mi viaje con una prontitud que nunca podré agradecerle lo suficiente, por ser el único pariente varón que tengo cerca de mí. Nos vamos, ¿has oído? Recoge tus cosas; nos vamos ahora mismo.

—¡No quiero ir! —dijo la muchacha, poniendo un mohín.

—Eso ya lo supongo —replicó el padre con aspereza—. Pero los hijos nunca saben lo que es mejor para ellos. Ven conmigo y confía en mi criterio.

Laura guardó silencio y no se movió. El joven con aspecto de cantante de ópera contemplaba el fuego con aire de impotencia, y el primo de la dama seguía en su asiento, tranquilo y pensativo, como si fuera el único de los cuatro en situación de analizar la escapada con la frialdad de quien es relativamente ajeno.

—Laura, como tu padre que soy y puesto que eres menor de edad, te digo que vengas conmigo de inmediato. ¿Vas a obligarme a recurrir a la fuerza física?

—¡No quiero volver! —repitió Laura.

—Te informo de que es tu obligación regresar aunque no quieras, y de inmediato.

—¡No quiero!

—Escucha lo que te digo, querida Laura: vuelve conmigo y con tu primo James sin resistencia, como una buena chica arrepentida, y no se sabrá nada. De momento nadie lo sabe y, si volvemos enseguida, estaremos en casa antes de que amanezca. Vamos.

—¡No estoy obligada a hacer lo que a ti se te antoje, padre, y no quiero volver!

Mientras el padre y la hija dialogaban de este modo, James, el primo, empezó a dar muestras de inquietud, incluso de impaciencia. En más de una ocasión había abierto los labios con intención de decir algo, pero alguna idea se lo había impedido. Sin embargo, llegó el momento en que no pudo seguir callado por más tiempo.

—¡Vamos, señora mía! Creo que esta farsa ya ha llegado demasiado lejos. No pongas más objeciones y ven con nosotros.

Ella respondió con un respingo de obstinación, sin decir palabra.

—¡No estoy dispuesto a tolerarlo, Laura! —dijo entonces el primo, muy enojado —. Ve a por tus cosas ahora mismo, antes de que tenga que obligarte. Esta conversación es completamente infantil. Vamos… ¡ahora mismo te digo!

El anciano lord se volvió a su sobrino y le dijo con suavidad:

—Permíteme que insista, James. No te corresponde hacerlo a ti. También yo puedo hablarle con dureza si quiero.

Pero James hizo caso omiso de la recomendación de su tío y una vez más se dirigió a la díscola muchacha:

—¡Dices que no quieres venir! ¡Muy bonito! Sal ahora mismo de esta habitación y deja que yo me ocupe de esta bestia. Vamos, rápido… ¡sal! —Y se acercó a ella como si fuera a sujetarla de la mano.

—No, no —terció el padre, muy sorprendido ante esta inesperada conducta del sobrino—. Ya has hecho demasiado. Déjalo de mi cuenta.

—¡No pienso hacerlo!

—James, no tienes derecho a dirigirte ni a ella ni a mí de esta manera; haz el favor de medir tus palabras. Ven, querida.

—¡Tengo todo el derecho! —insistió James.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Tengo el derecho de un marido.

—¿Marido de quién?

—De ella.

—¿Qué?

—Ella es mi esposa.

—¡James!

—Bueno, en resumidas cuentas, baste decir que se casó conmigo en secreto hará unos tres meses, pese a la prohibición de usted. Y debo añadir que, aunque su ardor se enfrió bastante deprisa, todo fue como la seda entre nosotros por algún tiempo,

aunque solo pudiéramos vernos a escondidas. Estábamos esperando el momento para dar la noticia, cuando apareció este indolente Adonis y, después de envenenarla y de volverla contra mí, le ha traído esta deshonra.

A esto la estrella operística, que hasta ese momento se había mostrado bastante abstraído y sereno, se enfureció y gritó:

—¡Declaro ante Dios que no sabía que estuviese casada! La encontré en casa de su padre y vi que era muy infeliz; infeliz, creo, por lo deprimente y solitaria que es esa casa y por la falta de compañía, y nada más. Perplejo me deja, señor, que ella pueda ser su mujer, tal como usted afirma. ¿De verdad te casaste con él, Laura?

Laura asintió, escondida tras el pañuelo con el que se enjugaba las lágrimas.

—Me sentía infeliz en casa por haberme casado con él en secreto —dijo entre sollozos— y… además ya no me gustaba tanto como al principio… ¡y quería salir del lío en el que me había metido! ¡Y entonces te vi unas cuantas veces y cuando tú dijiste: «Nos fugaremos», me pareció encontrar la salida y acepté ir contigo, ay, ay!

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Es cierto todo eso? —murmuró el pasmado anciano, pasando su mirada de James a Laura, de Laura a James, como si fuesen tan solo producto de su imaginación—. ¿Es éste el secreto de tu bondad, James? ¿Por eso has ayudado a tu tío a encontrar a su hija? ¡Dios mío! ¡Qué nuevos abismos de duplicidad no descubriría aún un hombre!

—Tío Quantock, estoy casado con ella —respondió James con frialdad—. Hecho está, y por mucho que hablemos de ello ya no tiene remedio.

—¿Dónde os casasteis?

—En la iglesia de St. Mary de Toneborough.

—¿Cuándo?

—El 29 de septiembre, cuando ella estuvo allí de visita.

—¿Quién os casó?

—No lo sé. Uno de los curas… nadie nos conocía. Por eso, tal como yo te he ayudado a recuperarla, tú también debes ayudarme.

—¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó lord Quantock—. Señora y señor, lamento comunicarles que me lavo las manos. Si sois marido y mujer, como al parecer lo sois, reconciliaos como podáis. No tengo nada más que decir ni deseo saber nada de ninguno de los dos. Te dejo, Laura, en manos de tu marido, y espero que le ofrezcas muchas alegrías, aunque bien se ve que la situación no es nada halagüeña.

Dicho esto, el indignado anciano empujó su silla contra la mesa con tal fuerza que las velas se tambalearon, y salió de la habitación.

Laura miraba alternativamente a los dos jóvenes, que en ese momento se encontraban frente a frente, y muy asustada por la expresión de ambos se escabulló con sigilo tras los pasos de su padre. Oyó que éste salía del hotel y, sin saber dónde cobijarse, se internó en la oscuridad de una habitación contigua y allí esperó algún desenlace con el corazón palpitante.

Los dos hombres siguieron en el salón, más cerca el uno del otro, hasta que el

cantante de ópera rompió el silencio diciendo:

—¿Cómo ha podido insultarme de ese modo, tratarme como a un cualquiera y acusarme de haberla envenenado contra usted, cuando sabía perfectamente que yo desconocía por completo cuál era su relación?

—Sí, claro; lo desconocía por completo. No me cuesta creerlo —respondió con desdén el marido de Laura.

—¡Pongo al Cielo por testigo de que no lo sabía!

—Buen recitativo: el ritmo excelente y el tono bien sostenido. ¿Es posible que un hombre pueda ganarse la confianza de una joven idiota y no sonsacárselo? ¡Absurdo! Eso cuénteselo a los palcos.

—¡Capitán Northbrook, sus insinuaciones son tan despreciables como su miserable persona! —tronó el barítono, perdiendo la paciencia. Y con un salto adelante propinó una bofetada al capitán con la palma de la mano.

Northbrook se estremeció ligeramente y, sacando su pañuelo con parsimonia para comprobar si sangraba por la nariz, dijo:

—Esperaba este insulto, y he venido preparado. —Y de un maletín negro que llevaba en la mano sacó un juego de pistolas.

El barítono se sobresaltó ante la inesperada visión de las armas, pero, sobreponiéndose a la sorpresa, respondió:

—Muy bien, como guste —aunque su tono delataba cierta vacilación.

—Dejaremos a un lado los formalismos —continuó el marido, con plena confianza—; comprenderá usted que no tiene sentido. ¿Prescindiremos por tanto de los padrinos?

El *signor* asintió con la cabeza.

—¿Conoce usted bien esta parte del país? —prosiguió el primo James, en el mismo tono imperturbable y frío—. Yo sí la conozco. Al final de esas rocas cae una cascada, y justo al pie, en la orilla del mar, hay una buena extensión de arena, no tan cerrada para que no llegue la luz de la luna; se accede a ella por unos escalones tallados en el acantilado. No nos será difícil llegar hasta allí. Los dos encontraremos el modo de bajar, pero solo uno de nosotros podrá subir, ¿lo comprende?

—Perfectamente.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en camino; cuanto antes mejor. Podemos pedir la cena antes de salir… cena para dos, pues aunque en este momento seamos…

—¿Tres?

—Sí; usted y yo, y ella…

—Claro.

—No tardaremos en ser dos. Por tanto, como digo, pediremos cena para dos; para la dama y un caballero. El que regrese de los dos llamará a su puerta y la invitará a compartir el ágape. Ella aún sigue en el hotel. Sin embargo, no debemos alarmarla. Y, sobre todo, nadie debe vernos salir. Resultaría muy extraño que salgan dos y regrese

solo uno. ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja! Exacto.

—¿Está preparado?

—Completamente.

—Vuelvo enseguida.

Salió tranquilamente del salón y bajó las escaleras. Pidió cena para dos, en el plazo de una hora. Fingió que regresaba al salón, avisó al cantante, y juntos se escabulleron por una puerta lateral.

El cielo estaba despejado y las rodadas del cupé en el que se había marchado lord Quantock se apreciaban nítidamente. No tardaron en alcanzar el borde del promontorio: el capitán abría la marcha y el barítono lo seguía en silencio, mirando furtivamente a su compañero y el paisaje. Al cabo de un rato alcanzaron la brecha en el acantilado por la que caía la cascada. El panorama era agreste y pintoresco en grado sumo y justificaba plenamente el sinfín de elogios, pinturas y tomas fotográficas que había inspirado. Lo que en verano era deliciosamente verde y gris, cobraba con la nieve un aspecto misterioso y fantástico.

La cascada caía casi en vertical desde una altura aproximada de trescientos metros y se perdía finalmente en la arena, y, aunque su caudal no era demasiado abundante, se dividía en su descenso, al golpear contra las rocas afiladas, en cientos de chorros y salpicaduras, formando un velo de vaho alrededor. Algunos regueros se habían congelado como carámbanos, pero por el centro el agua corría sin obstáculos.

El barítono se detuvo en el borde y miró hacia abajo, aunque sus pensamientos no se centraban como es natural en la belleza de la escena. Su compañero, que era quien llevaba las pistolas, se encontraba justo delante de él, y no había barandilla en el lado del camino que conducía hacia el abismo. Obedeciendo a un impulso inmediato, el cantante alargó un brazo y con un esfuerzo sobrehumano empujó al marido de Laura. El flujo de la majestuosa cascada se vio alterado por estos incidentes: un cuerpo cayó girando como un remolino y se empequeñeció gradualmente a la luz de la luna hasta hacerse invisible; se oyó entonces un golpe contra los salientes de la roca, al principio más intenso y pesado que el del salto de agua, luego apenas indistinguible de éste; finalmente se extinguió por completo y solo quedó el zumbido de la cascada, acompañado por el rumor del mar.

El cantante no se movió durante unos minutos, dio media vuelta y volvió rápidamente sobre sus pasos por el promontorio; se dirigió al camino, y en menos de un cuarto de hora llegó a la puerta del hotel. Entró tranquilamente cuando el reloj daba las diez y le dijo al propietario a través de la ventanilla del mostrador:

—Prepáreme la cuenta, en cuanto le sea posible. Incluya la cena que hemos pedido, aunque lamento decir que no podemos quedarnos. —Y con forzada alegría añadió—: El padre y el primo de la dama han preferido no impedir el matrimonio y después de pelearse el uno con el otro se han marchado cada uno por su cuenta.

—¡Bien hecho, señor! —dijo el hostelero, que seguía prefiriendo a este cliente a

los otros que le habían causado problemas y apenas le habían pagado la comida de los caballos—. «¡El amor siempre triunfa!», como reza el dicho. ¡Le deseo mucha felicidad, señor!

El *signor* Smittozzi subió las escaleras y al entrar en el salón vio que Laura había salido de la habitación contigua durante su ausencia. Lo miró con ojos enrojecidos por el llanto y una expresión alarmada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está? —preguntó con temor.

—El capitán Northbrook se ha ido. Ha dicho que no desea saber más de ti.

—¡Me han abandonado los dos!… ¡Y me olvidarán, y nadie se ocupará de mí! —Empezó a llorar de nuevo.

—Es lo mejor que podía haber pasado. Todo vuelve a ser como era antes de que vinieran a molestarnos. Tendrías que haberme contado lo de ese matrimonio en secreto, Laura, aunque eso ahora da lo mismo. Se disolverá, por supuesto. Ahora eres viu… casi una viuda.

—De nada sirve reprocharme algo pasado. ¿Qué voy a hacer?

—Saldremos de inmediato hacia Cliff-Martin. El caballo ha descansado estas tres horas y no tendrá dificultad en recorrer otros nueve kilómetros. Estaremos allí antes de las doce. Hay tabernas que cierran muy tarde, no te preocupes. Mañana venderemos el caballo y el carro y viajaremos a Downstaple en coche de postas. Una vez en el tren estaremos a salvo.

—No estoy de acuerdo con nada de eso —respondió Laura con desgana.

En cuestión de diez minutos el caballo estaba listo, la cuenta abonada y la dama vestida con su ropa seca. Reanudaron el viaje.

Tras haber recorrido cosa de kilómetro y medio vieron una luz en la distancia.

—¿Qué será? —preguntó el barítono, que empezaba a dar muestras de nerviosismo y volvía la cabeza a cada cosa que oía o que veía.

—No es más que una barrera de peaje —respondió ella—. Es la luz de la lámpara que ilumina la caseta.

—Claro, claro, querida. ¡Qué estúpido soy!

Al acercarse a la barrera vieron a un hombre que se aproximaba andando, al parecer por un camino distinto, y hablaba con el guarda.

—Es imposible que haya caído por accidente o por voluntad de Dios en una noche tan clara —decía el recién llegado—. Esos dos niños de los que le he hablado vieron a dos hombres por el camino que va a la cascada, y al cabo de diez minutos uno de ellos volvió solo, muy deprisa, como quien quiere quitarse de en medio porque ha hecho algo raro. No cabe duda de que empujó al otro, y ya verás cómo no tarda en causar un gran revuelo.

La vela iluminaba el rostro del *signor,* sobre el que se había posado un velo espectral. Laura lo observó con mucha atención un momento, hasta que el guarda abrió la barrera mecánicamente, el barítono continuó su camino y el faetón quedó pronto envuelto en el silencio blanco.

Smittozzi le había dicho a Laura apenas un minuto antes que al llegar a la barrera preguntaría qué dirección debían tomar, pero pasó sin preguntar nada.

Esta omisión, ya fuese o no intencionada, no tardó en tener sus consecuencias. Un poco más adelante de la solitaria zona que atravesaban había otro camino más frecuentado, donde podrían avanzar sin dificultad puesto que probablemente la nieve se habría fundido allí debido al tránsito frecuente de vehículos; pero aún no habían llegado a este camino, y a falta de indicaciones el viaje no parecía tan factible como antes de emprenderlo. La situación se complicó cuando el desvío que habían tomado comenzó a ascender por otra colina en dirección contraria a la ruta de Cliff-Martin. Desde que oyó la conversación de los dos hombres en la barrera, Laura guardaba un silencio absoluto e incluso se apartaba un poco de su amado.

—¿Por qué no hablas, Laura? —preguntó él, con forzado optimismo—. ¿Por qué no me dices qué camino debemos seguir?

—Sí, claro —respondió ella, con un extraño temor en la voz.

Pronunció luego algunas frases sin importancia, a fin de que él no advirtiese sus sospechas. Poco después, el barítono tiró de las riendas y detuvo el carro.

—Estamos en un aprieto —dijo.

Ella se apresuró a responder:

—Yo sujetaré las riendas mientras subes hasta la cima del risco y compruebas si el camino gira allí en otra dirección. Así el caballo podrá descansar unos minutos. Si ves que continúa en la misma dirección, volveremos por donde hemos venido y tomaremos el otro desvío.

Parecía un buen recurso, dadas las circunstancias, y se vio reforzado por una singular ansiedad en la voz de Laura, por lo que, dejando las riendas en sus manos —precaución por lo demás innecesaria habida cuenta del estado del caballo—, el joven se apeó y echó a andar sobre la nieve hasta perderse de vista.

En cuanto hubo desaparecido, Laura aseguró las riendas a un extremo del faetón, con una rapidez que contrastaba singularmente con la quietud que había observado hasta ese momento, saltó del coche por el otro lado y echó a correr colina abajo hasta que encontró un hueco en la cerca, se coló por él y se internó en el bosquecillo que bordeaba aquella parte del camino. Allí se detuvo un momento, escondida entre los arbustos, agarrándose a sus frondas hasta parecer parte de su masa y prestando atento oído a cualquier indicio de persecución. Nada alteraba el silencio: solo el deslizamiento ocasional de la nieve acumulada en las ramas de los árboles o las pisadas de algún animal sobre la capa crujiente que cubría la hierba. Convencida al fin de que su compañero bien no lograba encontrarla, bien no se esforzaba demasiado después del extraño rumbo que había tomado la situación, salió de entre las matas y en menos de una hora se encontraba cerca del Hotel Prospect.

Lejos de hallarlo envuelto en la oscuridad, tal como esperaba, vio no pocasseñales de vigilancia por parte de todos sus ocupantes y que algunas luces se movían en la entrada. Su rostro se cubrió de satisfacción al comprobar que la causa de aquella

actividad no era el regreso del barítono, aunque este sentimiento no tardó en dar paso al dolor y la consternación al ver que dos hombres entraban en el hotel transportando una camilla, en la que iba tendido un tercero.

—Soy la causante de todo esto —murmuró con labios trémulos—. ¡Lo ha asesinado! —Y corriendo hacia la puerta se apresuró a preguntar a la primera persona con la que se cruzó si el hombre de la camilla estaba muerto.

—No, señorita —respondió el empleado al que se había dirigido, mirándola de hito en hito como si se tratase de una aparición—. Dicen que está vivo, pero inconsciente. No se sabe si cayó o si lo empujaron desde la cascada, aunque se cree que lo empujaron. Es el caballero que llegó hace un rato con el anciano y salió poco después (según se dice) con un desconocido que había llegado poco antes. Al menos eso me han dicho.

Entró en el hotel y, presentándose sin el menor reparo como esposa del herido, se instaló junto a su lecho para atenderlo. Cuando llegaron los dos médicos a los que se había avisado, supo que las heridas eran tan graves que apenas dejaban un resquicio de esperanza a su recuperación, pues era casi un milagro que no hubiese muerto en la caída, tal como su enemigo sin duda deseaba. Laura sabía quién era dicho enemigo, y se estremeció.

Pasó la noche en vela, aunque el marido no tenía noción de su presencia. Al día siguiente la reconoció vagamente y llegada la noche fue capaz de hablar. Relató a los médicos que, tal como se suponía, el *signor* Smittozzi lo había empujado desde lo alto de la cascada, si bien nada de esto le dijo a su mujer, a cuyas preguntas ni siquiera respondía. Se limitaba a asentir cortésmente a las atenciones que ella le dispensaba.

Transcurridos un par de días se apreció en el herido una recuperación favorable, pese a la gravedad de su estado. Se dictó orden de búsqueda contra Smittozzi, de cuyo paradero seguía sin tenerse noticias pese a que la arrepentida Laura confesó todo cuanto sabía. Solo cabía conjeturar que el fugitivo había vuelto al faetón después de explorar el camino y, al no encontrar a la dama, la buscó hasta que, cansado de no encontrarla, continuó trayecto hasta Cliff-Martin, vendió el caballo y el vehículo a la mañana siguiente y desapareció, probablemente en alguno de los coches de postas que partían a la estación más próxima, con la única diferencia con respecto a su plan original de que lo hizo todo solo.

A lo largo de los días y las semanas de la larga y costosa recuperación, Laura no se apartó del lecho del marido para atenderlo con un celo y una constancia que habrían mitigado cualquier falta que no tuviera la magnitud de la suya. Pronto se vio que el marido no la perdonaba. Por más que ella ahuecaba las almohadas, le ayudaba a encontrar una postura más cómoda, le cambiaba los vendajes o le administraba los medicamentos, no obtenía de él sino unas escuetas palabras de agradecimiento, idénticas a las que podría dirigir a cualquier mujer de la tierra que le prestara los mismos servicios.

—Querido, querido James —le dijo ella un día, inclinándose sobre su lecho movida por una emoción incontenible—. ¡Cuánto has sufrido! Ha sido una crueldad atroz. No acierto a expresar cuánto me alegra que te encuentres mejor. He rezado por ti… y siento muchísimo lo que te he hecho; soy inocente de la peor parte… ¡y confío en que no me creas tan malvada, James!

—Claro que no. Al contrario. Creo que eres muy buena enfermera —respondió el marido en un tono manifiestamente severo y cáustico, pese a su debilidad.

Laura derramó unas lágrimas en silencio y no dijo más ese día.

De un modo u otro Smittozzi parecía haber salido airoso en su huida. Se supo que no había comprado billete en ninguno de los coches que se imaginaba, si bien era evidente que había salido del país; la posibilidad de localizarlo era incierta.

El capitán Northbrook no solo sobrevivió al accidente, sino que en el curso de pocas semanas se vería que en poco, si no en nada, le había afectado la catástrofe. Era evidente que Laura, que secretamente confiaba en obtener su perdón por una locura cuya enormidad apreciaba con mayor claridad cada día, tenía grandes dudas respecto a su relación en el futuro. Para colmo de males, al tiempo que ella como esposa fugada no recibía el perdón de su marido, tampoco ambos, por haberse casado en secreto, obtenían el perdón del padre, que ni una sola vez se había comunicado con ninguno de los dos desde el día en que se marchó del hotel. Su deseo más inmediato era ser perdonada por el marido, quien muy posiblemente recordase en su lecho de enfermo las conocidas palabras de Brabantio: «Ha engañado a su padre y puede engañarte a ti»[1].

Así discurrieron los acontecimientos hasta que el capitán Northbrook fue capaz de andar. Se trasladó entonces en compañía de su esposa a un lugar más tranquilo, en la costa sur, y su recuperación fue rápida una vez allí. Un día, mientras paseaba por los acantilados, apoyado como de costumbre en el brazo de su esposa, ésta le dijo con sencillez:

—James, si sigo portándome como hasta ahora, y atiendo siempre la menor de tus peticiones y no pienso en nada más que en entregarte toda mi devoción, ¿podrás… intentar apreciarme un poco?

—Es un asunto que debo considerar atentamente —respondió él, con la lúgubre aspereza que impregnaba todas sus palabras—. Te lo haré saber cuando lo haya estudiado.

Nada le dijo esa noche, pese a que Laura se entretuvo más de la cuenta en la rutina de preparar la habitación para que estuviese cómodo, colocando la luz de manera que no le diese en los ojos, esperando hasta que se quedase dormido y retirándose luego con sigilo a su propia habitación. Cuando se encontraron en el desayuno a la mañana siguiente y ella le preguntó como cada día cómo había pasado la noche, se permitió añadir tímidamente, en el silencio que siguió a su respuesta:

—¿Lo has considerado?

—No lo suficiente para darte una contestación.

Laura suspiró, sin resultado alguno; el día transcurrió para ella con intensa pesadumbre, mientras él recobraba un poco más de fuerza.

A la mañana siguiente le formuló la misma pregunta, mirándole a la cara con desesperación, como si su vida entera dependiese de la respuesta.

—Sí, lo he considerado —dijo él.

—¡Ah!

—Debemos separarnos.

—¡Ay, James!

—No puedo perdonarte; ningún hombre podría. Cuentas con lo suficiente para vivir con comodidad, al margen de lo que decida tu padre. Me marcharé de este hemisferio.

—¿Estás de verdad decidido? —preguntó Laura en tono lastimero—. No tengo a nadie de quien c-c-cuidar…

—Estoy completamente decidido —replicó él con brusquedad—. Lo mejor será que nos separemos aquí. Volverás con tu padre. No hay razón para que te acompañe, puesto que mi presencia solo sería un obstáculo para obtener su perdón, que te otorgará si te presentas sola. Nos despediremos dentro de tres días. Calculo estar en condiciones de partir para entonces.

Vencida por la desazón Laura se retiró a su cuarto, mientras el capitán pasaba esos tres días escribiendo cartas y atendiendo a otros asuntos, sin dirigirle apenas una palabra. Llegó la mañana de la partida, pero, antes de que se engancharan los caballos que los llevarían a cada uno en una dirección, llegó el cartero con el correo matinal.

Había una carta para el capitán; ninguna para Laura… nunca había carta para ella. La carta dirigida al capitán contenía esta vez un sobre para ella, que le entregó al momento. Laura lo leyó y anunció con impotencia:

—¡Mi querido padre… ha muerto! —Y segundos después añadió con un suspiro —: Debo volver a casa para enterrarlo… ¿Vendrás conmigo, James?

Y así partieron juntos, en lugar de separados como habían previsto. No es necesario consignar los detalles de este viaje, ni tampoco de la triste semana que siguió en la casa paterna. La residencia de lord Quantock era una espléndida mansión construida en mitad de un parque, por lo que marido y mujer gozaban de amplias oportunidades tanto para evitarse como para reconciliarse si así lo deseaban, cosa que al menos uno de los dos quería. El capitán Northbrook no asistió a la lectura del testamento. Laura fue después a buscarlo y lo encontró recogiendo sus papeles, pues tenía intención de marcharse a la mañana siguiente, ahora que ella se había sobrepuesto a la agitación causada por la muerte de su padre.

—¡Me ha dejado todo cuanto ha podido! —le dijo a su marido—. James, ¿me perdonarás ahora y te quedarás conmigo?

—No puedo quedarme.

—¿Por qué?

—No puedo quedarme —repitió.

—Pero ¿por qué?

—No te aprecio.

Y cumplió su palabra. Cuando ella despertó al día siguiente, supo que él se había marchado.

Laura sobrellevó la doble pérdida como mejor pudo. La enorme mansión en la que había vivido hasta la fecha, con todo su contenido histórico, fue a parar al heredero de su padre en el título, pero la casa que le dejó a su hija no carecía de alicientes. Se hallaba en mitad de un parque ondulado, tachonado de árboles doce veces más viejos que la muchacha, y al fondo se extendía el bosque; y tras el bosque, las granjas. Todo aquel paraje hermoso y sereno le pertenecía. Pese a todo, no dejó de ser una mujer solitaria, arrepentida y triste, que habría dado la mayor parte de cuanto poseía a cambio de la presencia y el afecto del marido, cuya flema y austeridad —cualidades que en su momento habían sido la causa de su distanciamiento— se le antojaban ahora rasgos adorables de su carácter.

Esperó y esperó en vano. El capitán Northbrook no cambió de opinión y no regresó. Era de esos hombres que no mudan de parecer, o eso al menos se veía ella desesperadamente forzada a admitir. Pasado algún tiempo abandonó toda esperanza y se instaló en una rutina mecánica que en cierta medida alivió su dolor, bien que a expensas de su alegría natural y de esa enérgica obstinación que cautivaba a quienes la conocieron en otro tiempo y que acaso fuera un factor que había intervenido en su infelicidad.

Decir que su belleza desapareció en silencio con el paso de los años sería exagerar la verdad. El tiempo no es un amo compasivo, como bien sabemos, y no actuó de manera excepcional en el caso de una mujer que soportaba un gran dolor además del peso ordinario de los años. Sea como fuere, transcurrieron así once inviernos y Laura Northbrook continuó siendo la solitaria señora de la casa y de las tierras, sin que una sola vez se tuvieran noticias del marido. La probabilidad favorecía la idea de que había muerto en algún país extranjero y no le faltaron a Laura peticiones de mano a medida que el tiempo en su andadura hacía más cierto lo probable. Sin embargo, ni por un momento se le pasó por la cabeza la idea de casarse de nuevo. No es fácil afirmar con certeza si aún esperaba el regreso del capitán. Su vida no sufrió el menor cambio con respecto a los seis primeros meses de ausencia.

Este duodécimo año de soledad para Laura, y el trigésimo de su vida, corrió muy deprisa y se aproximaba la época que había sido testigo de la infortunada aventura por la que tanto había sufrido. Las navidades prometían ser más húmedas que frías y los árboles que delimitaban la finca goteaban monótonamente día tras día sobre el camino de peaje. Una tarde de esa semana, entre las tres y las cuatro, pasó por el camino un coche de alquiler que se detuvo al alcanzar la cima de la colina. Un caballero de mediana edad se apeó del vehículo.

—No hace falta que continúe —le indicó al cochero—. Parece que casi ha dejado de llover. Caminaré un rato y volveré paseando al hotel para cenar.

El cochero se llevó una mano al sombrero, hizo girar al caballo y se marchó como se le había dicho. Cuando el coche se hubo perdido de vista el caballero echó a andar, y, aunque la lluvia arreció con furia casi al momento, al caminante no parecía importarle, pues continuó tranquilamente hasta la verja de la casa de Laura y se adentró en la finca. Las nubes eran densas y los días breves, por lo que cuando llegó a la puerta de la casa ya había oscurecido. El caballero, que en el momento de apearse del coche tenía una apariencia impecable, parecía ahora un viajero empapado y no demasiado bendecido por los dioses de este mundo. Se detuvo apenas un momento ante la entrada principal y rodeó la casa en dirección a las dependencias del servicio, como si tuviera la idea preconcebida de actuar de este modo. Allí tocó la campana. Un paje salió a abrir, y el desconocido preguntó si tendrían la bondad de permitirle secarse junto al fuego de la cocina.

El paje se retiró, se le oyó hablar entre susurros y regresó con la cocinera, quien informó al hombre empapado y cubierto de barro que, si bien no era su costumbre recibir a desconocidos, no tenía ninguna objeción en que entrara a secarse en una noche tan lúgubre y lluviosa. De este modo el caminante entró y se sentó junto al fuego.

—El propietario de esta casa debe de ser sin duda un caballero muy rico —comentó el desconocido, mientras contemplaba el asado que giraba en su espetón.

—No es un caballero, sino una dama —respondió la cocinera.

—Una viuda, ¿supongo?

—Una especie de viuda. Pobrecilla. Su marido se marchó al extranjero y no se ha sabido de él en muchos años.

—¿Tendrá mucha compañía para compensar su ausencia?

—En absoluto… apenas un alma. Servir aquí es casi tan terrible como servir en un convento.

En muy poco tiempo, el desconocido, que al principio fue recibido con tanta frialdad, logró con su talante franco y seductor que las mujeres de la cocina se enzarzaran en una conversación más confidencial, en el curso de la cual le detallaron por lo menudo la historia de Laura, desde el día en que su marido se marchó hasta la fecha. Lo más destacado de su relato fue la inagotable devoción de la mujer a la memoria del marido.

Enterado de todo cuanto deseaba saber —entre otras cosas de que en ese momento ella vivía sola, como siempre—, el caminante dijo que ya se le había secado la ropa, agradeció a los criados su hospitalidad y se marchó tal como había llegado. Una vez en el exterior no se encaminó hacia la avenida, sino que rodeó la casa hasta la entrada principal. Llamó a la puerta y fue recibido por un mayordomo al que no había visto en las otras dependencias de la casa.

Al preguntarle el criado a quién debía anunciar, el caballero dijo ceremoniosamente:

—¿Quiere decirle a la honorable señora Northbrook que el hombre al que cuidó

hace muchos años tras un terrible accidente ha venido a darle las gracias?

El mayordomo se retiró y pasó un buen rato sin que nadie apareciese. Finalmente le hicieron pasar al salón, y la puerta se cerró a sus espaldas.

Vio a Laura sentada en un sofá, temblorosa y pálida. Entreabrió los labios y tendió las manos hacia él, mas no pudo pronunciar palabra. Él no necesitaba discursos, y al momento estaban el uno en brazos del otro.

Circularon en los días que siguieron extraños rumores por la mansión y el vecindario, pero el mundo sabe acostumbrarse a todas las cosas y la noticia del regreso del marido de la honorable señora Northbrook, ausente desde hacía tantos años, no tardó en ser aceptada con relativa tranquilidad.

Llegó la Navidad y el triste hogar de Laura se iluminó de luz y de alegría desde el sótano hasta el desván. No es que estuviera la casa abarrotada de invitados, pero fueron muchos los que allí se reunieron y la apatía de una docena de años concluyó por fin. La animación con que se despidió el año viejo no decayó con la llegada del año nuevo y doce meses después un hijo se había sumado al reducido linaje de la familia Northbrook.

Se agradeció a Chispas este relato no sin cierta sorpresa, pues nadie lo creía dotado para la narración. Aunque habían acordado que esta historia sería la última, algunos de los oyentes recluidos por el mal tiempo se mostraron partidarios de continuar allí con sus pipas y sus bebidas hasta la madrugada, desenterrando nuevos episodios de historias familiares, pero la mayoría adujo razones para retirarse.

Todo estaba oscuro en el exterior, aunque tenues farolas iluminaban el barrio contiguo y en las aceras algunos locales seguían abiertos a esa hora, pese a que era improbable que algún cliente se aventurase a recorrer las calles embarradas.

De a uno, de a dos y de a tres, los miembros del club, sorprendidos por la noche, se levantaron de sus asientos, se estrecharon la mano, acordaron futuros encuentros y se dirigieron a sus alojamientos respectivos, como clientes o como huéspedes, con la esperanza de que el tiempo mejorase al día siguiente. La intimidad que en ese momento existía entre todos ellos no volvería a repetirse probablemente hasta su reunión del próximo verano, muchos meses por delante. El destilador rubicundo, por ejemplo, sabía que, si el próximo día de mercado se cruzaba en la calle con sus amigos el presidente, el coronel, el deán y Ratón de Biblioteca, lo saludarían con un mínima y cortés inclinación de cabeza, los dos primeros por razones sociales, el tercero por razones intelectuales y el cuarto por razones morales, pues era este último un riguroso abstemio que había declarado la muerte al grano de cebada. El hombre sentimental sabía que cuando en sus paseos se topara con su amigo Ratón de Biblioteca, con un libro en el bolsillo o pegado a la nariz, éste no disfrutaría de su compañía como lo había hecho hoy; mientras que el presidente, el aristócrata y el hacendado sabían que asuntos políticos, cinegéticos, domésticos o agrícolas les impedirían durante mucho tiempo dedicar un solo pensamiento a esas damas convertidas en polvo desde hacía docenas de años, por muy nobles y hermosas que

hubiesen sido en su día.

Cuando se hubo retirado el último de los miembros, el encargado del museo apagó el fuego, el conservador cerró la sala y pronto solo quedó una única llama danzando sobre una brasa, a cuyo resplandor parecían saltar los huesos del ictiosaurio, parpadear las aves disecadas y sonreír los cráneos barnizados de la soldadesca vespasiana.

Diciembre de 1881

Pequeñas ironías de la vida (1894)

Nota preliminar

De los relatos de la siguiente recopilación, el primero, «Una mujer con imaginación», apareció originalmente en *Cuentos de Wessex*, pero se ha trasladado, por ser su emplazamiento idóneo, a este volumen, puesto que se basa en un ardid de la naturaleza, por así llamarlo, una posibilidad física que puede darse en una mujer casada de intensas figuraciones, como es bien sabido entre profesionales de la medicina y demás observadores de este tipo de manifestaciones.

Los relatos titulados «Una tradición de 1804» y «El húsar melancólico de la legión germana», que se habían incluido anteriormente dentro de esta obra, han pasado a su vez a *Cuentos de Wessex*, donde encajan con mayor naturalidad.

Aunque se habían publicado por separado en fechas precedentes, las narraciones y esbozos que aquí se presentan se reunieron por primera vez en un mismo volumen en 1894.

T. H.

Mayo de 1912

Una mujer con imaginación

Cuando William Marchmill hubo terminado en Solentsea —un lugar de veraneo muy conocido de Upper Wessex— sus averiguaciones acerca de un alojamiento, volvió al hotel y se encontró con que Ella, su mujer, junto con los niños, había salido a pasear por la orilla del mar. Marchmill tomó la dirección que le indicó el portero, un personaje de aire militar.

—¡Diantre, qué lejos os habéis ido! Me he quedado sin aliento —exclamó Marchmill, más bien molesto, cuando llegó a la altura de su mujer, que leía mientras caminaba. Los tres pequeños, por su parte, acompañados de la niñera, le habían sacado una considerable delantera.

La señora Marchmill salió de la ensoñación en la que la había sumido el libro.

—Sí —dijo—, es que has tardado mucho. Estaba cansada de esperar en ese hotel tan deprimente. Siento que no hayas dado conmigo cuando me buscabas.

—Bueno; me ha costado trabajo encontrar algo que me pareciese bien. Cuando finalmente ves las habitaciones que te han descrito como espaciosas, aireadas y cómodas, descubres que están mal ventiladas, que son estrechas y desde luego todo menos cómodas. ¿Quieres venir y ver si lo que he elegido servirá? No hay demasiado sitio, mucho me temo, pero no he podido dar con nada mejor. La ciudad está llena hasta rebosar.

El matrimonio dejó que sus hijos y la niñera siguieran su paseo y regresaron juntos.

De edades parecidas, buena pareja por su aspecto físico y bien avenidos en lo relativo a las necesidades domésticas, diferían en temperamento, aunque tampoco en este caso chocaran con frecuencia, por ser él ecuánime, o incluso indiferente, y ella decididamente nerviosa e impulsiva. En sus preferencias y fantasías, en cambio, en esos detalles que son lo más pequeño y lo más grande, era donde resultaba imposible aplicarles un denominador común. Marchmill consideraba los gustos e inclinaciones de su mujer un tanto ridículos; a ella le parecía él sórdido y materialista. La ocupación del marido era fabricar armas de fuego en una floreciente ciudad septentrional y sus energías las dedicaba por completo a su trabajo; a Ella Marchmill se la caracterizaba de la mejor manera posible definiéndola —mediante una anticuada frase para describir la elegancia— como «devota de las musas». Era una criatura impresionable, vehemente, que, cuando reflexionaba sobre el hecho de que todo lo que William fabricaba tenía como finalidad la destrucción de la vida, rehuía, dados sus sentimientos humanitarios, tener conocimiento detallado de las actividades de su marido. Solo lograba recuperar la ecuanimidad diciéndose que, al menos, algunas de las armas se utilizaban, antes o después, para el exterminio de horribles alimañas y de criaturas casi tan crueles con sus inferiores en el reino animal como los seres humanos con quienes estaban por debajo de ellos.

Con anterioridad nunca había considerado que aquella ocupación fuese una

objeción para tenerlo por marido. A decir verdad, la necesidad de asegurarse la vida a toda costa, una virtud cardinal que enseñan todas las buenas madres, había hecho que no pensara en ello hasta después de casada, hasta después de haber superado la luna de miel y de haber alcanzado la etapa de la reflexión. Luego, como una persona que ha tropezado a oscuras con algún objeto, se preguntó qué era lo que había encontrado; mentalmente caminó a su alrededor, estimando su valor, calculando si se trataba de algo singular o de algo corriente, si contenía oro, plata o plomo, si era un zueco o un pedestal, todo para ella o nada en absoluto.

Llegó a algunas vagas conclusiones y a partir de aquel momento mantuvo con vida su corazón por el procedimiento de apiadarse de la cerrilidad y falta de refinamiento de su dueño y señor, de compadecerse de sí misma y de dar rienda suelta a sus delicados y etéreos sentimientos en ocupaciones imaginativas, ensueños y suspiros nocturnos que quizá tampoco habrían molestado mucho a William en caso de haber tenido conocimiento de ellos.

La señora Marchmill era una mujer pequeña, elegante y esbelta, airosa, o más bien saltarina, en sus movimientos. De ojos oscuros, poseía ese brillo maravilloso y transparente en las pupilas que caracteriza a las personas con el temple de Ella Marchmill, temple que es con demasiada frecuencia causa de sufrimientos para los amigos varones de quienes lo poseen y en última instancia, a veces, para esas mismas personas.

Su marido era un hombre alto, de cara alargada y barba castaña, mirada reflexiva y, de ordinario, hay que añadir, amable y tolerante con su esposa. Hablaba utilizando frases sencillas y directas y estaba por completo satisfecho con una situación de las cosas terrestres que convertía las armas en una innegable necesidad.

Marido y mujer caminaron aquel día hasta llegar a la casa que buscaban, situada entre otras en hilera frente al mar y provista de un jardincito delantero con plantas de hoja perenne a prueba del viento y de la sal, y unos escalones de piedra que llevaban hasta el porche. Tenía su número dentro de la fila de casas, pero, por ser bastante más grande que las otras, la dueña insistía en distinguirla con el nombre de Coburg House, aunque las demás personas la llamaran «el número 13 de New Parade». El sitio era en aquel momento luminoso y alegre; pero en invierno se hacía necesario colocar sacos de arena delante de la puerta, y taponar el ojo de la cerradura contra el viento y la lluvia, que, con su insistencia, habían acabado por adelgazar la pintura hasta el punto de que, por debajo, se veían la imprimación y los nudos de la madera.

La dueña, que había estado esperando el regreso de Marchmill, salió a recibirlos en el corredor y les enseñó las habitaciones. Les informó de que su marido había ejercido una profesión liberal, pero que, debido a su muerte repentina, ella había quedado en una situación económica difícil; acto seguido procedió a hablar con ansiedad de los beneficios del alquiler que les ofrecía.

La señora Marchmill dijo que le gustaban la situación y la casa; pero que, por ser más bien pequeña, carecerían del sitio necesario si no disponían de todas las

habitaciones. La dueña caviló con aire desilusionado. Tenía muchas ganas de que aquellos visitantes se convirtieran en sus inquilinos, y lo dijo con evidente sinceridad. Pero por desgracia dos de las habitaciones las ocupaba de manera permanente un caballero soltero. No pagaba precios de temporada, era cierto, pero alquilaba su parte de la casa el año entero y se trataba de un joven en extremo simpático e interesante que no causaba ningún problema, de manera que no querría despedirlo por el alquiler de un mes, aunque la renta fuese elevada.

—Quizá, sin embargo —añadió—, se ofrezca a marcharse durante un tiempo.

Los Marchmill rechazaron semejante posibilidad y regresaron al hotel con intención de volver a la agencia inmobiliaria para hacer nuevas pesquisas. Apenas se habían sentado a tomar el té cuando llamó la dueña. Su inquilino, explicó, se había mostrado tan servicial que se ofrecía a ceder sus habitaciones durante tres o cuatro semanas y evitar así que los posibles nuevos ocupantes tuvieran que renunciar.

—Es muy amable por su parte, pero no quisiéramos molestarlo hasta ese punto —dijeron los Marchmill.

—Oh, no, ¡no será una molestia para él, se lo aseguro! —exclamó la propietaria con mucha elocuencia—. Dense cuenta, es un joven muy diferente de la mayoría, soñador, solitario, bastante melancólico y, mejor que ahora, en la temporada de verano, prefiere estar aquí cuando los vendavales del suroeste llaman a la puerta y las olas suben hasta el paseo y no hay un alma en la ciudad. Vivirá casi más a gusto en el sitio donde, de hecho, se marchará de manera provisional para cambiar un poco: una casita en la isla frente a nuestra costa.

La dueña esperaba, por tanto, que aceptaran su oferta.

La familia Marchmill, en consecuencia, tomó posesión del nuevo alojamiento al día siguiente y la casa pareció satisfacer sus necesidades. Terminado el almuerzo, el señor Marchmill salió a pasear en dirección al embarcadero, mientras su mujer, después de enviar a los niños a sus diversiones al aire libre en la playa, se instaló de manera más definitiva, examinando este y aquel objeto y probando la capacidad de reflejar imágenes del espejo de la puerta del armario ropero. En la salita de estar de la parte trasera, que era la utilizada por el joven soltero, encontró muebles de unas características más personales que en el resto. Libros muy usados, de ediciones más bien corrientes, estaban apilados en los rincones de manera extrañamente reservada, como si su propietario no hubiera concebido la posibilidad de que las personas que llegaran con la temporada de verano pudieran sentir deseos de consultarlos. La casera, en el umbral, permanecía atenta para rectificar cualquier cosa que la señora Marchmill pudiera encontrar poco satisfactoria.

—La voy a utilizar como mi habitación personal —dijo la nueva inquilina—, porque es aquí donde están los libros. Por cierto, la persona que se ha marchado parece disponer de un buen número. No le importará que lea alguno, señora Hooper, ¿qué le parece?

—Por nada del mundo, señora. Sí, es cierto, tiene muchos libros. Él mismo

pertenece de algún modo al mundo de la literatura. Es poeta; sí, un poeta de verdad, y dispone de alguna renta propia, lo suficiente para escribir versos pero no lo bastante para llamar la atención, aunque le apeteciera hacerlo.

—¡Poeta! No lo sabía.

Ella Marchmill abrió uno de los libros y vio el nombre del propietario escrito en la portada.

—¡Santo cielo! —continuó—; conozco muy bien este nombre, Robert Trewe, ya lo creo que sí, y también las cosas que escribe. ¿Así que le hemos despojado de sus habitaciones y es a él a quien hemos echado de su casa?

Al sentarse a solas unos minutos más tarde, Ella Marchmill pensó con sorpresa e interés en Robert Trewe. La historia de sus últimos tiempos será la mejor manera de explicar ese interés. Hija única de un hombre de letras en dificultades, había empezado, durante el último o los dos últimos años, a escribir poemas, en un intento de encontrar un canal apropiado por el que dejar fluir sus emociones dolorosamente represadas, emociones cuya antigua limpidez y brillo parecían perdidos en el estancamiento producido por la rutina de las tareas del hogar y la tristeza de dar hijos a un padre vulgar. Aquellos poemas, firmados con un seudónimo masculino, habían aparecido en distintas publicaciones más bien oscuras, y solo en dos casos en otras bastante destacadas. En la segunda de este último grupo, la página que reproducía sus versos en la parte inferior, y en letra más pequeña, publicaba encima, con letra más grande, otra composición sobre el mismo tema precisamente de Robert Trewe. A los dos, de hecho, les había impresionado un trágico incidente, recogido en la prensa diaria, y lo habían utilizado de manera simultánea como inspiración, por lo que el editor señalaba en una nota la coincidencia, y explicaba que la excelencia de los dos poemas le había impulsado a reproducirlos juntos.

A partir de entonces, Ella Marchmill, «John Ivy» por otro nombre, había estado pendiente de la publicación de versos firmados por Robert Trewe, quien, con la indiferencia de los varones por las cuestiones de sexo, nunca había pensado en hacerse pasar por mujer. Como es lógico, la señora Marchmill, para hacer lo contrario, se había justificado interiormente con algo semejante a una razón: la de que nadie creería en su inspiración si se descubría que los sentimientos expresados procedían de la esposa de un comerciante ambicioso, de la madre de los tres hijos de un fabricante de armas pequeñas, un hombre con mucho sentido práctico.

En contraste con la tónica general de los poetas menores de la última hornada, los versos de Trewe destacaban por ser apasionados más que ingeniosos, exuberantes más que refinados. Ni simbolista ni decadente, era pesimista en tanto en cuanto esa característica se aplique a un hombre que examinaba por igual las mejores y las peores potencialidades de la condición humana. Poco atraído por las excelencias de la forma y el ritmo al margen del contenido, perpetraba a veces, cuando el sentimiento se adelantaba a su velocidad artística, sonetos a la manera isabelina, rimados sin excesivo rigor, algo que, según todos los críticos en su sano juicio, nunca debería

haber hecho.

Con envidia, tristeza y desesperanza, Ella Marchmill repasaba una y otra vez la obra del poeta rival, dotada de una fuerza de la que carecían sus propios versos. Lo había imitado, y su incapacidad para alcanzar el nivel de Trewe le producía ataques de abatimiento. Fueron pasando los meses, hasta que descubrió, por las listas de los editores, que Trewe había reunido sus piezas fugitivas en un volumen, acopio debidamente publicado, y más o menos alabado según los casos, que alcanzó las ventas suficientes para pagar la impresión. Aquel paso adelante había sugerido a John Ivy la idea de reunir también sus poemas o, al menos, de confeccionar un libro con sus rimas por el procedimiento de añadir otras todavía inéditas a las pocas que habían visto la luz, porque Ella Marchmill no había conseguido que llegaran muchas a la imprenta. Hubo que pagar un costo exorbitante por los gastos de publicación; algunas publicaciones señalaron la aparición de su pobre volumen insignificante; pero nadie habló de él, nadie lo compró, y cayó muerto en un par de semanas… si es que alguna vez había estado vivo. Precisamente en aquel momento los pensamientos de la autora se desviaron por otro canal al descubrirse que iba a tener su tercer hijo, y el fracaso de su empresa poética tuvo quizá un menor efecto sobre su espíritu por el hecho de estar ocupada en la esfera doméstica. Su marido pagó la factura del editor junto con la del médico, y allí acabó todo por el momento. Pero, sin llegar a ser uno de los poetas de su siglo, Ella Marchmill era algo más que una simple repetición de su especie, y en los últimos tiempos había empezado una vez más a sentir la antigua inspiración. Ahora, además, por una extraña coincidencia, se encontraba en las habitaciones de Robert Trewe.

Se alzó de la silla pensativamente y exploró el apartamento con el interés de un comerciante por otro de su gremio. Sí; el volumen con los versos de Trewe estaba entre los demás libros. Aunque muy familiarizada con su contenido, lo leyó en aquella casa como si le hablara en voz alta; luego llamó a la señora Hooper, la casera, para que le hiciera un servicio sin importancia y le preguntó de nuevo por el joven inquilino.

—Vaya, estoy segura de que lo encontraría usted interesante, señora, si llegara a conocerlo, aunque es tan tímido que no creo que eso suceda. —La señora Hooper no parecía tener reparo alguno en satisfacer la curiosidad de su inquilina.

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Sí, casi dos años. Conserva las habitaciones cuando se ausenta: el aire suave de este lugar le sienta bien al pecho, y le gusta poder regresar en cualquier momento. Casi siempre está escribiendo o leyendo, y no ve a mucha gente, aunque, a ese respecto, es un joven tan bondadoso y amable que la gente estaría encantada de ser amiga suya si lo conociera. No se tropieza uno todos los días con personas de tan buen corazón.

—Ah, tiene buen corazón… y es buena persona.

—Sí; siempre está dispuesto a hacer cualquier cosa si se lo pido. «Señor Trewe —

le digo algunas veces—, está usted bastante desanimado.» «Es cierto, señora Hooper —me responde él—, aunque no sé cómo lo descubre usted.» «¿Por qué no cambia un poco de aires?», le pregunto. Y luego, un día o dos después hace un viaje a París, o a Noruega, o a algún otro sitio; y le aseguro que siempre regresa mucho más animado.

—¡Ah! ¿Es eso cierto? Debe de ser un hombre de gran sensibilidad, sin duda alguna.

—Sí. Aunque de todos modos es extraño en ciertas cosas. En una ocasión, después de terminar un poema que había compuesto a altas horas de la noche, estuvo paseándose arriba y abajo por su habitación, leyéndolo en voz alta; y como los suelos son tan delgados, casas mal construidas, ¿sabe?, aunque esté mal que yo lo diga, me tuvo despierta hasta hacerme desear que se fuera lejos… Pero nos entendemos muy bien.

Aquélla no fue más que la primera de una serie de conversaciones sobre el prometedor poeta. En una de aquellas ocasiones la señora Hooper llamó la atención de Ella sobre algo que su inquilina no había notado aún: diminutos garabatos a lápiz en el papel pintado detrás de las cortinas de la cabecera de la cama.

—¡Déjeme ver! —exclamó la señora Marchmill, incapaz de ocultar una oleada de tierna curiosidad mientras acercaba el rostro a la pared.

—Son —dijo la señora Hooper, con el aire de una persona que está al tanto de las cosas— los comienzos mismos y las primeras ideas de donde salen sus versos. Ha tratado de borrarlos en su mayor parte, pero todavía se pueden leer. Creo que se despierta por la noche, ¿sabe usted?, con alguna rima en la cabeza y la anota ahí en la pared, no sea que se le haya olvidado al despertarse. Algunos de esos versos los he visto después impresos en revistas. Otros son muy recientes; ése, de hecho, no lo había visto antes. Debe de haberlo anotado hace muy pocos días.

—¡Sí, claro!

Ella Marchmill se ruborizó sin saber por qué, y quiso de repente que su acompañante se marchara, ahora que ya le había proporcionado la información. La inconfesable conciencia de un interés personal más que literario dio pie a grandes deseos de leer aquellas palabras a solas; y esperó, en consecuencia, hasta poder hacerlo así, con el sentimiento de que disfrutaría en aquel acto de todo un cúmulo de emociones.

Quizá porque el mar estaba picado si se abandonaba la protección de la isla, el marido de Ella encontró mucho más agradable navegar a vela y en lancha de motor sin su mujer, muy poco marinera. No tenía inconveniente en embarcarse solo en los vapores de los excursionistas con poco dinero, donde se bailaba a la luz de la luna, y donde las parejas caían de repente uno en brazos de otro tras un bandazo del barco; porque, como le explicó a Ella sin ninguna gracia, el pasaje era demasiado variopinto para convertirla a ella en testigo de semejantes escenas. De manera que, mientras el próspero fabricante disfrutaba en abundancia del cambio de ambiente y de la brisa marina durante su estancia en Solentsea, la vida de Ella, al menos la externa, era

bastante monótona, y consistía sobre todo en pasar a diario cierto número de horas bañándose y paseando arriba y abajo por un segmento de la playa. Pero, dado que el impulso poético había germinado de nuevo, estaba poseída por una llama interior que apenas la dejaba tomar conciencia de lo que sucedía a su alrededor.

Leyó hasta aprendérselo de memoria el último volumen de Trewe, y pasó mucho tiempo intentando en vano rivalizar con algunos de sus poemas, hasta que, al reconocer su fracaso, se le saltaron las lágrimas. El elemento personal en la magnética atracción ejercida por aquel maestro suyo, inalcanzable, pero presente a su alrededor, era hasta tal punto más fuerte que el intelectual y abstracto que Ella no llegaba a entenderlo. Cierto, estaba rodeada de día y de noche por el entorno habitual de Trewe, que, literalmente, le hablaba sin descanso, en susurros, del poeta; pero se trataba de alguien a quien no había visto nunca, y que la necesidad de fijar una emoción en suspenso sobre la primera cosa adecuada que tuviera a mano fuese la causa de aquella atracción era una posibilidad que, por supuesto, no se le ocurría a Ella Marchmill ni por lo más remoto.

Según la manera natural en que funciona la pasión en las condiciones demasiado prácticas que la civilización ha concebido para que se manifieste, el amor de su marido no había sobrevivido, excepto en la forma de amistad intermitente, como tampoco el suyo por él, o no en mayor medida; y, por ser una mujer de ardores muy vivos, que requerían sustento de alguna clase, empezaron a alimentarse con aquel material encontrado por casualidad, material que era, sin duda, de una calidad muy superior a lo que la suerte ofrece de ordinario. Un día en que los niños habían estado jugando al escondite en un armario, sacaron fuera, en su agitación, algunas prendas. La señora Hooper explicó que pertenecían al señor Trewe, y procedió a colgarlas de nuevo. Dominada por su fantasía, Ella Marchmill volvió por la tarde, cuando no había nadie en aquella parte de la casa, abrió el armario, descolgó una de las prendas, un impermeable, y se lo puso, con la gorra, también impermeable, que lo acompañaba.

—¡El manto de Elías![1] —dijo—. ¡Ojalá me inspire para rivalizar con él, genio glorioso que es!

Los ojos se le humedecían siempre que pensaba así, y se volvió para verse en el espejo. El corazón de Trewe había latido dentro de aquella prenda, y su cerebro había trabajado bajo aquel sombrero a niveles de inteligencia que ella no alcanzaría nunca. La conciencia de su insignificancia al lado del poeta la hizo sentirse muy mal. Antes de que hubiera podido quitarse aquellas prendas se abrió la puerta y entró su marido en la habitación.

—¿Qué demonios…?

Su mujer se sonrojó y se quitó el impermeable.

—Lo he encontrado ahí, en el armario —dijo—, y me lo he puesto sin saber por qué. ¿Qué quieres que haga? ¡Estás siempre fuera!

—¡Siempre fuera! Vaya…

Aquella noche, Ella volvió a tener una conversación con la señora Hooper, que posiblemente miraba también con cierta ternura al poeta, tal era su disposición a charlar sobre él con considerable entusiasmo.

—A usted le interesa el señor Trewe, me he dado cuenta, señora —dijo—; y acaba de enviar un mensaje para decir que nos hará una visita mañana por la tarde si voy a estar aquí porque, en el caso de que se le permita entrar a buscarlos en la habitación de usted, querría consultar algunos libros suyos.

—¡Claro que sí!

—Podría usted conocer entonces al señor Trewe, si le parece bien estar presente.

Ella Marchmill, secretamente complacida, así lo prometió y se fue a la cama cavilando sobre el poeta.

A la mañana siguiente su marido hizo el siguiente comentario:

—He estado pensando en lo que dijiste, Ella: que me marcho con demasiada frecuencia y te dejo sin distracciones. Es posible que sea verdad. Hoy, si el mar no está revuelto, te puedo llevar conmigo a bordo del yate.

Por primera vez en su vida, Ella no se alegró de una oferta como aquélla. Pero aceptó por el momento. Al acercarse la hora de ponerse en camino, fue a prepararse. Pero se detuvo a reflexionar. El intenso deseo de ver al poeta del que ya estaba claramente enamorada borró cualquier otra consideración.

«No quiero ir —se dijo—. ¡No soporto marcharme! Y no voy a ir.»

Le dijo a su marido que había cambiado de idea sobre el deseo de navegar. A él le era indiferente, y se fue solo.

El resto del día la casa estuvo en silencio, porque los niños habían salido a la playa. Los estores se agitaban al sol con los golpes suaves, incansables, de la brisa del mar al otro lado de la pared; y por otra parte las notas de la banda Green Silesian, un grupo de músicos extranjeros contratados para la temporada, habían alejado de las proximidades de Coburg House a casi todos los residentes y paseantes. Se oyó que alguien llamaba a la puerta.

A la señora Marchmill no le pareció que ningún criado saliera a abrir y se impacientó. Los libros estaban en la habitación donde se encontraba ella, pero nadie se presentó. Tocó la campanilla.

—Hay alguien esperando en la puerta —dijo.

—No, no, señora. Se marchó hace rato. Le abrí yo.

Acto seguido apareció la señora Hooper.

—¡Qué desilusión! —dijo—. El señor Trewe no viene después de todo.

—Pero ¡me había parecido oírle llamar, creo yo!

—No; era alguien que preguntaba por unas habitaciones y se había equivocado de casa. Me olvidé de contarle a usted que el señor Trewe mandó una nota inmediatamente antes del almuerzo para decir que no tendría que prepararle el té, porque ya no necesitaba los libros y no vendría a buscarlos.

Ella Marchmill quedó desconsolada y durante mucho tiempo ni siquiera pudo

releer la triste balada del señor Trewe *Vidas truncadas*, tanto era lo que le dolía su errático corazoncito y tanto se le habían llenado de lágrimas los ojos. Cuando los niños regresaron con los calcetines mojados, y corrieron a su encuentro para contarle sus aventuras, no llegó a sentir que sus hijos le importaran ni la mitad que de ordinario.

—Señora Hooper, ¿tiene usted una fotografía de… del caballero que vivía aquí? —Empezaba a mostrarse curiosamente tímida a la hora de decir su nombre.

—Claro que sí. Está en un marco decorativo sobre la repisa de la chimenea en su propio dormitorio, señora.

—No; ahí están los duques de la familia real.

—Sí, es cierto; pero encontrará detrás al señor Trewe. Su sitio es en ese marco, que compré a propósito; pero antes de marcharse dijo: «Escóndame de esos desconocidos que van a llegar, por el amor de Dios. No quiero que se me queden mirando, y estoy seguro de que tampoco ellos querrán que yo los mire». Por eso coloqué delante provisionalmente al duque y a la duquesa, que carecían de marco, porque una fotografía de los miembros de la familia real me parecía más apropiada para una casa que se alquila amueblada que el retrato de un particular. Si saca su foto encontrará debajo la del señor Trewe. ¡No señora, claro que no, a él no le importaría si lo supiera! No se le ocurrió que el inquilino siguiente fuese una señora tan atractiva como usted, porque de lo contrario no hubiera pensado en ocultarse; quizá.

—¿Es bien parecido? —preguntó Ella, tímidamente.

—Yo así lo considero. Algunas personas, quizá, no estarían de acuerdo.

—¿También lo pensaría yo? —preguntó su interlocutora con gran interés.

—Me parece que sí, aunque algunos dirían que es más llamativo que apuesto; una persona de grandes ojos meditabundos, ¿sabe usted?, con un destello muy electrizante cuando se vuelve a mirar, como se supone que tiene que ser un poeta que no se gana la vida con sus versos.

—¿Qué edad tiene?

—Varios años más que usted, señora; unos treinta y uno o treinta y dos, me parece.

Ella Marchmill, en realidad, había cumplido los treinta unos meses antes, pero parecía bastante más joven. Muy inmadura por carácter, estaba entrando en esa zona de la vida en la que las mujeres emotivas empiezan a sospechar que el último amor puede ser más intenso que el primero; y por desgracia, entraría pronto en esa otra zona todavía más melancólica en la que al menos las más presumidas evitan recibir a un visitante varón si no están de espaldas a la ventana o con los estores bajados a medias. Ella Marchmill reflexionó sobre la observación de la señora Hooper y no dijo nada más sobre edades.

Precisamente en aquel momento llegó un telegrama. Su marido le anunciaba que había descendido en el yate con sus amigos por el Canal hasta Budmouth, y que no estaría en condiciones de volver a casa hasta el día siguiente.

Después de una comida ligera, Ella holgazaneó por la orilla del mar con los niños hasta el crepúsculo, pensando en la fotografía de su dormitorio, todavía oculta, con una serena sensación de algo extático en un futuro inmediato. Porque, con el sutil lujo imaginativo en el que era experta, al enterarse de que su marido faltaría aquella noche, se abstuvo de subir la escalera precipitadamente y de abrir el marco donde estaba la fotografía, prefiriendo reservar la inspección para un momento en que estuviera sola, y la ceremonia —gracias al silencio, las velas, la solemnidad del mar y las estrellas en el exterior— adquiriese un matiz más romántico del que proporcionaba la estridente luz del sol a primera hora de la tarde.

Después de mandar a los niños a la cama, no tardó en seguirlos, aunque no habían dado aún las diez. Antes de satisfacer su apasionada curiosidad hizo ya todos los preparativos que consideró necesarios, librándose primero de la ropa superflua y poniéndose la bata; luego colocó una silla delante de la mesa y leyóvarias páginas de los versos más tiernos de Trewe. A continuación llevó el marco con la fotografía hasta la luz, retiró la parte trasera, sacó el retrato y se lo colocó delante. Fue un semblante llamativo el que contempló. El poeta lucía un hermoso y abundante bigote negro así como una perilla, además de un sombrero flexible que le sombreaba la frente. Los grandes ojos oscuros, descritos por la dueña de la casa, mostraban una ilimitada capacidad de sufrimiento, y miraban —desde debajo de unas cejas bien dibujadas— como si estuvieran leyendo el universo en el microcosmos del rostro de quien los contemplaba, sin que fueran del todo felices con lo que presagiaba aquel espectáculo.

Ella Marchmill murmuró con su voz más honda, suave, tierna: «¡Y eres tú quien me ha eclipsado tan cruelmente todas estas veces!». Mientras contemplaba durante mucho tiempo el retrato, se hundió en sus pensamientos hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas, y rozó con los labios el cartón de la fotografía. Luego rió con una ligereza nerviosa y se secó las lágrimas.

Pensó en lo malvada que era, en cómo una mujer con marido y tres hijos abandonaba su alma a un extraño de aquella manera tan desaprensiva. ¡No, no era un extraño! Conocía sus ideas y sus sentimientos tan bien como los suyos propios; eran, de hecho, los mismos; ideas y sentimientos de los que, sin ningún género de duda, carecía su marido; quizá por suerte para él, considerando que su misión era sufragar los gastos de la familia.

«Está más cerca de mi yo verdadero, al fin y a la postre, tiene mayor intimidad conmigo que Will, pese a no haberlo visto nunca», se dijo.

Colocó el libro y el retrato del poeta en la mesilla de noche y, recostada en la almohada, volvió a leer los versos de Robert Trewe que había ido marcando de cuando en cuando como los más conmovedores y auténticos. Dejándolos luego a un lado, colocó la fotografía en posición vertical sobre el cobertor y la estuvo contemplando tumbada. Luego repasó de nuevo a la luz de la vela las líneas medio borradas escritas a lápiz en el papel de la pared junto a su cabeza. Allí estaban, frases,

pareados, tandas de rimas, principios y mitades de versos, ideas en borrador, como fragmentos de Shelley, y hasta el más insignificante era tan intenso, tan dulce, tan palpitante, que parecía como si el aliento mismo de Trewe, cálido y amoroso, le acariciara las mejillas desde aquellas paredes, paredes que habían rodeado la cabeza del poeta muchas, muchísimas veces, como ahora rodeaban la suya. Con frecuencia tenía que haber alzado la mano así, empuñando un lápiz. Cierto, la escritura estaba de lado, lo más lógico por ser obra de alguien que extendía el brazo de aquella manera.

Las formas grabadas del mundo del poeta,

> Formas más reales que los seres vivos,
> semillas de inmortalidad[2],

eran, sin duda, las ideas y batallas espirituales que se le habían presentado a Trewe a altas horas de la noche, cuando podía dejarse llevar, sin miedo a la escarcha de la crítica. Sin duda habían sido escritas con frecuencia de manera apresurada a la luz de la luna, o bajo los rayos de la lámpara, o en un amanecer gris azulado, quizá nunca en la plena claridad del día. Y ahora los cabellos de Ella se deslizaban por donde su brazo se posaba cuando Trewe fijaba sus fugitivas fantasías; Ella dormía sobre los labios de un poeta, inmersa en su esencia misma, impregnada por su espíritu como por un éter celestial.

Mientras iban así pasando los minutos entre ensoñaciones, se oyó ruido en la escalera y al cabo de un momento los fuertes pasos de su marido en el descansillo que precedía inmediatamente al dormitorio.

—Ella, ¿dónde estás?

Lo que se apoderó de su alma no habría podido describirlo, pero, decidida a impedir que William supiera lo que había estado haciendo —justo en el momento en que él abría la puerta de golpe, con el aire de un hombre que ha cenado a gusto—, escondió la fotografía debajo de la almohada.

—Vaya, discúlpame —dijo William Marchmill—. ¿Te duele la cabeza? Siento haberte molestado.

—No, no; no me duele la cabeza —respondió su mujer—. ¿Cómo es que has vuelto?

—Bueno; vimos que podíamos regresar en menos tiempo del que pensábamos, y yo no quería gastar un día más, porque mañana prefiero ir a otro sitio.

—¿Quieres que baje?

—No. Estoy rendido. He cenado bien y me voy a acostar ahora mismo. Mañana quiero salir a las seis si puedo… No te molestaré cuando me levante; será mucho antes de que te despiertes. —Y entró para quedarse ya en el dormitorio.

Mientras seguía con los ojos sus movimientos, Ella empujó suavemente la fotografía para ocultarla más.

—¿Seguro que no estás enferma? —preguntó William, inclinándose sobre ella.

—No, ¡solo caprichosa!

—Eso no tiene importancia. —Y se inclinó para besarla.

A la mañana siguiente despertaron a Marchmill a las seis; y mientras se desperezaba y bostezaba, su mujer le oyó murmurar para sus adentros: «¿Qué demonios es esto que crujía debajo de mí?». Como creía dormida a su mujer buscó a su alrededor y retiró algo. Con los ojos medio cerrados, Ella Marchmill se dio cuenta de que era el señor Trewe.

—¡Vaya! ¿Qué demonios es esto? —exclamó William.

—¿Qué, cariño? —preguntó su mujer.

—Ah, ¿estás despierta? ¡Qué cosa tan graciosa!

—¿A qué te refieres?

—La fotografía de un tipejo; algún amigo de nuestra casera, imagino. Me pregunto cómo ha llegado hasta aquí; caída de la mesilla por accidente mientras hacían la cama.

—La estuve viendo ayer, y se me debió de caer entonces.

—¿Algún amigo tuyo? ¡Parece un personaje francamente pintoresco!

La lealtad de Ella Marchmill al objeto de su admiración no soportó oír que se le ridiculizara.

—¡Se trata de un hombre inteligente! —dijo, con un temblor en su agradable voz que ella misma encontró injustificado—. Un poeta con mucho porvenir, la persona que ocupaba dos de las habitaciones de esta casa antes de que llegáramos nosotros, aunque es verdad que no lo he visto nunca.

—¿Cómo lo sabes, si no lo has visto nunca?

—La señora Hooper me lo contó cuando me enseñó la fotografía.

—Ah. Bueno, me tengo que levantar y marcharme. Estaré de vuelta bastante pronto. Siento no poder llevarte hoy, cariño. Ten cuidado de que los niños no se ahoguen.

Aquel día la señora Marchmill preguntó si era posible que el señor Trewe visitara la casa en algún otro momento.

—Sí —respondió la señora Hooper—. Regresará de la isla dentro de ocho días y se quedará con un amigo hasta que se marchen ustedes. Sin duda me hará una visita.

Marchmill regresó muy pronto aquella tarde; y, al abrir algunas cartas que habíanllegado en su ausencia, anunció de repente que tendrían que marcharse todos una semana antes de lo que habían planeado: en pocas palabras, al cabo de tres días.

—Seguro que nos podemos quedar una semana más, ¿no te parece? —suplicó ella —. Me gusta este sitio.

—A mí no. Se está marchando casi todo el mundo.

—¡Entonces nos puedes dejar a los niños y a mí!

—¡Qué cabezota eres, Ella! ¿Quedaros para qué? ¡Tendría que volver a buscarte! No: nos volveremos juntos; y compensaremos el tiempo perdido yendo al norte de Gales o a Brighton un poco más adelante. Además, aún te quedan tres días.

Ella Marchmill parecía condenada a no conocer al hombre por cuyo talento, que

tanto quería emular, sentía una admiración sin límites y de cuya persona ya estaba completamente prendada. Decidió, sin embargo, hacer un último esfuerzo; y, después de informarse por su casera de que Trewe vivía en un sitio solitario no lejos de la población de moda en la isla frente a la costa, la tarde siguiente cruzó en el paquebote desde el muelle vecino.

¡Qué viaje tan inútil! Sabía solo vagamente dónde estaba la casa y, cuando imaginaba haberla encontrado y se aventuró a preguntarle a un peatón si Trewe vivía allí, la respuesta fue que lo ignoraba. Y, si vivía allí, ¿cómo presentarse ante él? Algunas mujeres tendrían la presencia de ánimo necesaria, pero ella no. El poeta pensaría que estaba completamente loca. Podría quizá haberle pedido que fuese a visitarla; pero tampoco tenía valor para eso. Se quedó, dominada por la tristeza, en el pintoresco promontorio junto al mar hasta que llegó la hora de volver a la ciudad, embarcarse y entrar en su casa a la hora de la cena sin que nadie la hubiera echado de menos.

En el último momento, de manera bastante inesperada, su marido dijo que no tendría inconveniente en permitir que su mujer y los niños se quedaran hasta el final de la semana, puesto que ése era su deseo, si Ella se sentía capaz de regresar a casa sin él. La interesada ocultó la alegría que le produjo aquella prórroga, y William se marchó solo a la mañana siguiente.

Pero pasó la semana y Trewe no apareció.

El sábado por la mañana los demás miembros de la familia abandonaron el lugar que había producido tanto fervor en Ella Marchmill. El monótono, deprimente tren, el sol que brillaba en rayos moteados sobre los almohadones calientes, la polvorienta vía del ferrocarril, las mezquinas alambradas, aquellas cosas fueron las que la acompañaron mientras del otro lado de la ventanilla el intenso azul del mar desaparecía de su vista y con él el hogar de su poeta. Con el corazón apesadumbrado trató de leer, pero lo que hizo fue llorar.

Al señor Marchmill le iban francamente bien los negocios, y vivía con su familia en una casa nueva muy amplia que se alzaba en una finca bastante extensa a pocos kilómetros de la ciudad donde desarrollaba sus actividades comerciales. Allí la vida de Ella Marchmill era solitaria, como es corriente cuando se vive en las afueras, sobre todo en determinadas épocas del año; y disponía de tiempo sobrado para satisfacer su gusto por la composición lírica y elegíaca. Nada más regresar encontró en el nuevo número de su revista favorita un poema de Robert Trewe que tenía que haberse compuesto casi inmediatamente antes de la estancia de Ella en Solentsea, porque incluía el mismo pareado que había visto escrito a lápiz en el papel pintado al lado de la cama, y que la señora Hooper había calificado de reciente. No pudo resistirse más y, apoderándose de la pluma de manera impulsiva, le escribió —utilizando el seudónimo de John Ivy— como hermano en la poesía, para felicitarle por sus triunfales plasmaciones en metro y ritmo de ideas que lo conmovían, y que procedía a comparar con sus forzados intentos en el mismo oficio, de resultados patéticos.

Aquella misiva obtuvo una respuesta a los pocos días, pese a las pocas esperanzas que la joven madre se había permitido concebir: una breve nota cortés en la que el poeta manifestaba que, pese a no conocer bien los versos del señor Ivy, recordaba haber visto su apellido unido a algunas poesías muy prometedoras; se alegraba, además, de relacionarse por carta con él y afirmaba que en el futuro vería, sin duda, con mucho interés sus producciones poéticas.

Algo debía de sonar juvenil o tímido en la carta que ella le había escrito, se dijo Ella Marchmill, teniendo en cuenta que procedía en apariencia de un varón; porque Trewe, en su respuesta, adoptaba el tono de una persona de más edad y superiores conocimientos. Pero ¿qué más daba? Había contestado; le había escrito de su puño y letra desde la habitación que ella conocía tan bien, porque el poeta estaba ya de vuelta en su alojamiento de siempre.

La correspondencia así iniciada se prolongó por espacio de dos meses o más; Ella Marchmill enviaba a Trewe de cuando en cuando algunos de los que consideraba sus mejores versos, que él aceptaba muy amablemente aunque sin decir que los leyera con diligencia, ni responder con el envío de ninguno de sus poemas.

Ella Marchmill se sentía menos herida dado que Trewe creía mantener correspondencia con un hombre.

La situación, sin embargo, era muy poco halagüeña. Una vocecita aduladora le decía que si Trewe llegara a verla las cosas serían distintas. Sin duda le habría ayudado a conseguir tal resultado una sincera confesión, para empezar, de su condición de mujer; sucedió algo, sin embargo, para alegría suya, que lo hizo innecesario. Un amigo de su marido, el director del periódico más importante de la ciudad y del condado, que cenó con ellos una noche, señaló, en el curso de la conversación que tuvieron acerca del señor Trewe, que su hermano (el del director), pintor paisajista, era amigo del poeta y que los dos estaban en aquel momento juntos en Gales. Ella Marchmill conocía un poco al hermano del director. A la mañana siguiente le escribió para invitarle a una breve estancia en su casa al regreso de su viaje, pidiéndole que, si era factible, se hiciera acompañar de su amigo, el señor Trewe, a quien estaba deseosa de conocer. La respuesta llegó pocos días después. El pintor paisajista y su amigo Trewe aceptaban con gran placer su invitación, de camino hacia el sur, y llegarían tal día de la semana siguiente.

Ella Marchmill se sintió feliz y optimista. Su plan había sido un éxito; su amado, a quien seguía sin conocer, vendría por fin a su casa. «Vedlo, que está ya detrás de nuestros muros, mirando por las ventanas, atisbando por entre las celosías —pensó extática—. Que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias. Ya han brotado en la tierra las flores, ya ha llegado el tiempo de la poda y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.»[3]

Pero era necesario considerar los detalles de alojamiento y manutención, por lo que atendió a esos extremos con la mayor solicitud, y después se dispuso a esperar los trascendentales día y hora.

Serían alrededor de las cinco de la tarde cuando oyó que llamaban a la puerta y la voz del hermano del periodista en el vestíbulo. Pese a su condición de poetisa, porque al menos como tal se consideraba ella, aquel día no llegó a mostrarse tan sublime como para no lucir —cuidando hasta los más pequeños detalles— un vestido a la moda, de una tela suntuosa, que tenía una ligera semejanza con el quitón de los griegos, un estilo por entonces en boga entre las señoras de inclinaciones artísticas y románticas; lo había comprado en su modisto de Bond Street en su última visita a Londres. Su invitado entró en el salón. La anfitriona miró tras él; nadie más atravesó el hueco de la puerta. ¿Dónde, en el nombre del Dios del Amor, estaba Robert Trewe?

—Ah, lo siento mucho —dijo el pintor después de saludar con las frases de rigor —. Trewe es un tipo curioso, ¿sabe, señora Marchmill? Dijo que vendría; y luego que no le era posible. Llevaba encima el polvo del camino. Hemos hecho bastantes kilómetros con nuestras mochilas; y quería llegar a su casa.

—¿No… no viene entonces?

—No; no viene; y me ha pedido que le presente sus excusas.

—¿Cuándo se ha se… separado de él? —preguntó Ella Marchmill; el labio inferior empezaba a temblarle tanto que fue como si hubiera hecho una pausa para un trémolo. Su deseo más intenso era alejarse corriendo de aquel espantoso pelmazo para poder llorar a lágrima viva.

—Ahora mismo, en la barrera de portazgo cerca de aquí.

—¡Cómo! ¿Ha pasado por delante de las puertas de mi casa?

—Así es. Cuando estábamos ya delante de ellas, muy hermosas, además, el mejor ejemplo de trabajo moderno en hierro forjado que conozco, cuando estábamos ya delante de ellas, como le decía, nos hemos detenido y, después de charlar unos momentos, se ha despedido de mí y ha seguido su camino. La verdad es que se encuentra un poquito deprimido en estos momentos, y no quiere ver a nadie. Es una excelente persona y un amigo entrañable, pero un poco inseguro y pesimista a veces; les da demasiadas vueltas a las cosas. Su poesía es más bien demasiado erótica y apasionada, ¿sabe?, para el gusto de algunos; y acaba de recibir un terrible varapalo en el último número de la revista *XXX*, publicado ayer; vio un ejemplar en la estación de ferrocarril por pura casualidad. ¿Quizá la ha leído usted?

—No.

—Tanto mejor. No merece la pena pensar en ello; uno de esos artículos escritos por encargo, para complacer al grupo de suscriptores intolerantes de los que depende la circulación de la revista. Pero Trewe está muy afectado. Dice que es la tergiversación de sus intenciones lo que más le duele; que, si bien acepta un ataque imparcial, no soporta las mentiras que él no puede hacer nada para refutar ni tampoco impedir que se propaguen. Ése es precisamente el punto débil de Trewe. Vive tan metido en sí mismo que esas cosas lo afectan mucho más de lo que lo harían si participara en el ajetreo de la vida social y comercial. De manera que no ha querido

entrar aquí, con la excusa de que todo le parecía muy nuevo y adinerado… si perdona usted la expresión…

—Pero… tiene que haber sabido… ¡que iba a encontrar comprensión! ¿No ha dicho nunca nada de las cartas recibidas desde esta dirección?

—Sí, sí, es cierto, de John Ivy, ¿quizá un familiar de usted, pensaba Trewe, que la visitaba por entonces?

—¿Le gustaba Ivy, dijo algo?

—Bueno; no me consta que sintiera un gran interés por Ivy.

—¿Ni por sus poemas?

—Ni por sus poemas… hasta donde se me alcanza, claro está.

A Robert Trewe no le interesaban ni su casa, ni sus poemas, ni la persona que los escribía. Tan pronto como le fue posible desaparecer, Ella Marchmill se refugió en el cuarto de los niños y trató de dar rienda suelta a sus emociones besando innecesariamente a los pequeños, hasta que tuvo una repentina sensación de desagrado al percatarse de lo poco agraciados que eran, tan parecidos a su padre.

El pintor de paisajes —obtuso y de ideas fijas— nunca advirtió en el curso de las conversaciones con su anfitriona que era solo a Trewe a quien ella había querido tener en su casa. Sacó todo el partido que pudo a su visita y dio la sensación de disfrutar con la compañía de William Marchmill, que también pareció simpatizar mucho con él, y procedió a enseñarle todos los alrededores, sin que ni uno ni otro repararan en el estado de ánimo de la dueña de la casa.

Había pasado un día, o quizá dos, desde la marcha del pintor cuando, hallándose sola una mañana en el piso alto, Ella Marchmill echó un vistazo al periódico de Londres que acababa de llegar y leyó el siguiente párrafo:

Suicidio de un poeta. El señor Robert Trewe, conocido desde hace unos años como uno de nuestros autores líricos de brillante porvenir, se quitó la vida en su alojamiento de Solentsea en la noche del sábado disparándose en la sien con un revólver. No hará falta recordar a nuestros lectores que el señor Trewe había atraído recientemente la atención de un público mucho más amplio del que lo apreciaba con anterioridad gracias a la publicación de un nuevo volumen de poemas, en su mayor parte de tono apasionado, con el título de *Poemas a una desconocida,* que ha sido ya favorablemente comentado en estas páginas por su recurso a tan extraordinaria gama de sentimientos y que, por otra parte, ha sido objeto de una crítica severa, se podría decir incluso que feroz, de la revista *XXX*. Se supone, aunque no se sabe con seguridad, que ese artículo ha podido conducir en parte a la triste decisión de Trewe, dado que un ejemplar de la revista en cuestión se ha encontrado en el escritorio del poeta, del que se sabía que se encontraba un tanto deprimido desde la aparición de la crítica.

A continuación venía un reportaje sobre la pesquisa judicial, en el curso de la cual se había dado lectura a la siguiente carta, dirigida a un amigo de Trewe en otra ciudad:

Querido X:

Antes de que estas líneas lleguen a tus manos habré quedado libre de los inconvenientes de tener que ver, oír y saber todo lo que sucede a mi alrededor. No voy a molestarte explicándote las razones que me llevan a dar este paso, aunque puedo asegurarte que son sólidas y lógicas. Quizá si hubiera tenido la suerte de contar con una madre, o una hermana, o una amiga que sintiera un tierno afecto por mí, quizá habría considerado que merecía la pena continuar mi existencia presente. Sueño desde antiguo con semejante criatura inalcanzable, como sabes, y ha

sido ella, esa mujer inencontrable, inaprensible, quien inspiró mi último volumen; solo una mujer imaginaria, porque, pese a lo que se ha dicho en algunos círculos, no existe ninguna mujer real detrás del título. Ha seguido hasta el final inédita, nunca encontrada, jamás conquistada. Considero deseable decirlo a fin de que no se culpe a ninguna mujer de carne y hueso de haber sido la causa de mi muerte por haberme dado un trato cruel o displicente. Dile a mi casera que me disculpe por haberle causado este disgusto; si bien el hecho de que yo haya ocupado estas habitaciones pronto se olvidará. Hay en el banco fondos suficientes a mi nombre para cubrir todos los gastos.

R. TREWE

Ella Marchmill se quedó un rato inmóvil como aturdida, luego corrió a la habitación vecina y se arrojó sobre la cama.

Su dolor y desconsuelo la destrozaron; y estuvo en aquel frenesí de amargura más de una hora. Palabras entrecortadas brotaban de vez en cuando de sus labios temblorosos: «¡Ah! ¡Ojalá hubiera… si hubiera sabido… de mí! ¡Si nos hubiéramos visto… solo una vez; y le hubiera puesto la mano en la frente, le hubiese besado, le hubiera dicho que lo amaba, que habría soportado vergüenza y desprecio, que habría vivido y muerto por él! ¡Quizá le habría salvado la vida!… Pero no, ¡esto era inadmisible! Dios es un Dios celoso; y esa felicidad no era ni para él ni para mí». Todas las posibilidades se habían esfumado; su encuentro ya no tenía sentido. Sin embargo, todavía era casi real en su fantasía incluso ahora, aunque no pudiera ya producirse nunca…

La hora que podría haber sido, y sin embargo no llegó a ser,
la que el corazón del hombre y de la mujer concibieron y dieron a luz,
no tiene otro resultado que una vida estéril.[4]

Escribió a la señora Hooper en Solentsea como si fuera una tercera persona, y en el estilo más contenido que le fue posible; adjuntó un giro postal por valor de un soberano e informó a su antigua casera de que la señora Marchmill había visto en los periódicos el triste relato de la muerte del poeta y de que, por haber estado, como la señora Hooper sabía bien, muy interesada en el señor Trewe durante su estancia en Coburg House, quedaría muy agradecida si la señora Hooper cortaba un mechón de sus cabellos antes de que cerrasen el ataúd, y se lo enviaba como recuerdo, junto con la fotografía que aún seguía dentro del marco.

A vuelta de correo llegó una carta con los recuerdos solicitados. Ella Marchmill lloró al ver el retrato y lo puso a buen recaudo en su cajón privado; el mechón lo ató con una cinta blanca y se lo colocó sobre el pecho, de donde lo sacaba de cuando en cuando en algún rincón para besarlo cuando creía que nadie la veía.

—¿Qué te sucede? —preguntó su marido en una de aquellas ocasiones, al alzar los ojos del periódico—. ¿Lloras por algo? ¿Un mechón? ¿De quién?

—¡Está muerto! —murmuró su mujer.

—¿Quién?

—Prefiero no decírtelo, Will, en este momento, a no ser que insistas —respondió ella, con un sollozo a punto de estallarle en la voz.

—Ah, como quieras.

—¿Te da igual que no lo haga? Te lo contaré algún día.

—No tiene la menor importancia, por supuesto.

Marchmill se alejó silbando unos compases de una melodía inexistente; y cuando llegó a su fábrica en la ciudad el comportamiento de su mujer le vino de nuevo a la cabeza. También él estaba al tanto de que se había producido un suicidio en la casa que habían ocupado en Solentsea. Como en los últimos tiempos había visto el volumen de poemas en las manos de su mujer y había oído fragmentos de las conversaciones con la señora Hooper sobre Trewe cuando eran sus inquilinos, se dijo de inmediato: «¡Vaya, se trata de él, por supuesto! ¿Cómo demonios llegó Ella a conocerlo? ¡Qué animales tan astutos son las mujeres!».

A continuación se olvidó del asunto, sin darle más vueltas, para dedicarse a su trabajo de todos los días. Para entonces Ella, en casa, había tomado una decisión. La señora Hooper, al enviarle el mechón y la fotografía, le había informado además de la fecha del funeral; y, a medida que pasaban la mañana y el mediodía, un deseo irresistible de saber dónde lo enterraban se apoderó de aquella mujer tan en sintonía con el poeta. Sin preocuparle apenas ya lo que su marido o cualquier otra persona pudiera pensar de sus excentricidades, dejó una breve nota explicando que tenía que ausentarse durante la tarde y la noche, pero que regresaría a la mañana siguiente. La dejó sobre el escritorio de su marido y, después de dar la misma información a los criados, salió a pie de su casa.

Cuando Marchmill regresó aquella tarde antes de lo habitual, los criados parecían preocupados. La niñera procedió a hacer un aparte con su señor e insinuó que la tristeza de su señora en los últimos días había sido tanta que temía que hubiera abandonado la casa para quitarse la vida. Marchmill reflexionó. En líneas generales no creía que Ella hubiera hecho lo que la niñera temía. Sin decir adónde iba se puso también en camino y dijo a la servidumbre que no lo esperase. Fue en coche hasta la estación de ferrocarril y tomó el tren para Solentsea.

Aunque ya era de noche cuando llegó a la ciudad de la costa, sabía, por haber viajado en un tren rápido, que aunque su mujer lo hubiera precedido su tren era más lento, y apenas habría llegado antes que el suyo. La temporada en Solentsea había terminado ya: el paseo principal carecía de animación y los coches de alquiler eran pocos y baratos. Preguntó por el camino al cementerio y tardó poco en llegar. Las puertas estaban cerradas, pero el encargado le dejó entrar, afirmando, de todos modos, que no había nadie dentro. Aunque no era demasiado tarde, ya era intensa la oscuridad otoñal, y le costó cierto trabajo no salirse del camino sinuoso que llevaba a la zona donde, según el guarda le había explicado, se habían llevado a cabo los dos o tres entierros de la jornada. Avanzó sobre la hierba y, aunque tropezaba con algunas estaquillas, se agachaba de vez en cuando para descubrir, si era posible, alguna figura recortada contra el cielo. No pudo ver ninguna; pero al llegar a un sitio donde el suelo era más desigual distinguió una forma agachada junto a una sepultura recién

terminada. Su mujer le oyó y se puso en pie de un salto.

—¡Ella, qué tontería es ésta! —dijo Marchmill, rebosante de indignación—. Escaparte de casa… ¡nunca había visto nada semejante! Por supuesto que no estoy celoso de ese pobre desgraciado; pero ¡es demasiado ridículo que tú, una mujer casada con tres hijos y un cuarto en camino, vayas por ahí perdiendo la cabeza de esa manera por un amante muerto!… ¿No te has dado cuenta de que te habían encerrado? Podía haberte tocado pasar aquí toda la noche.

Ella Marchmill no respondió.

—Espero, por tu propio bien, que las cosas no llegaran muy lejos entre tú y ese sujeto.

—No me insultes, Will.

—Pues escúchame, no pienso volver a tolerar cosas así; ¿me oyes?

—Muy bien —dijo ella.

La cogió del brazo y la sacó del cementerio. Era imposible regresar aquella noche; y con pocas ganas de que pudieran reconocerlos en su triste situación presente, la llevó a un miserable café cercano a la estación, desde donde se pusieron en camino a primera hora de la mañana. Viajaron casi sin hablar, con la sensación de que era una de esas deprimentes situaciones que se producen en la vida matrimonial que las palabras son incapaces de arreglar. Cuando llegaron a la puerta de su casa era ya mediodía.

Pasaron los meses y ninguno de los dos se aventuró nunca a iniciar una conversación sobre aquel episodio. Ella Marchmill parecía estar con demasiada frecuencia de humor triste y apático, algo que también podría haberse definido como vivir consumida por la añoranza. Se acercaba el momento en que tendría que padecer por cuarta vez la tensión del parto, y aquello, al parecer, no contribuía a darle ánimos.

—¡Creo que esta vez no voy a resistirlo! —dijo un día.

—¡Bah! ¡Qué presentimiento tan pueril! ¿Por qué no tendría que ir todo tan bien como las veces anteriores?

Ella Marchmill agitó la cabeza.

—Estoy casi segura de que me voy a morir; y me alegraría si no fuera por Nelly, Frank y Tiny.

—¡De mí no te acuerdas!

—Tú encontrarás pronto alguien que ocupe mi sitio —murmuró su mujer con una triste sonrisa—. Y tendrás perfecto derecho a hacerlo; te lo aseguro.

—Ella, ¿no estarás todavía pensando en aquel… poético amigo tuyo?

Su mujer ni admitió ni rechazó la acusación.

—Esta vez no voy a superar mi enfermedad —insistió—. Algo me dice que no podré.

Aquella actitud era desde luego un mal principio, como suele suceder; y, de hecho, seis semanas después, en el mes de mayo, yacía en su habitación, sin pulso y casi sin vida, con apenas fuerza para respirar débilmente, acompañada de un bebé

robusto y sano, por cuya vida innecesaria estaba lentamente despidiéndose de la suya.

Momentos antes de morir se dirigió a Marchmill en voz muy baja:

—Will, quiero confesarte todas las circunstancias de aquello, ya sabes de lo que hablo, cuando estuvimos en Solentsea. No sé decirte lo que se apoderó de mí, ¡cómo pude olvidarme tanto de ti, mi marido! Pero me había hundido en un estado morboso: pensaba que habías sido cruel conmigo, que me habías desatendido, que no estabas a mi nivel intelectual, mientras que él sí lo estaba, e incluso muy por encima. Más que otro amante buscaba, quizá, alguien que me apreciara mejor…

No pudo seguir ya por simple agotamiento; y se apagó para siempre en un repentino colapso pocas horas después, sin haber dicho nada más a su marido sobre su historia de amor con el poeta. A William Marchmill, a decir verdad, como a la mayoría de los hombres con varios años de vida matrimonial, le afectaban poco los celos retrospectivos y no había manifestado la menor tendencia a insistir para sacarle confesiones sobre un hombre muerto y desaparecido y sin el menor poder ya de causarle inconveniente alguno.

Pero, cuando Ella llevaba un par de años enterrada, sucedió que un día, al revolver algunos documentos olvidados que se proponía destruir antes de que su segunda mujer entrara en la casa, se tropezó con un mechón de pelo en el interior de un sobre, junto con la fotografía del poeta muerto, y una fecha escrita detrás, con la caligrafía de su difunta mujer. Era de la temporada que habían pasado en Solentsea.

Marchmill contempló mucho tiempo y entre cavilaciones los cabellos y el retrato, porque algo le llamó la atención. Cogiendo al pequeño que le había costado la vida a su madre, convertido ya en un ruidoso niñito, se lo puso sobre las rodillas, sostuvo el mechón al lado de la cabeza del infante, y colocó la fotografía de Trewe en la mesa de detrás, a fin de poder comparar de cerca los rasgos de las dos fisonomías. Existían sin duda fuertes indicios de parecido; la soñadora y peculiar expresión del rostro del poeta se reproducía, como una idea transmitida, en la del niño, y los cabellos eran del mismo color.

«¡Que me aspen si no lo había pensado! —murmuró Marchmill—. ¡De manera que me engañó con aquel fulano en la casa alquilada! Vamos a ver: las fechas. Segunda semana de agosto… tercera semana de mayo… Sí, claro… ¡Fuera de aquí, mocoso! ¡No eres nada para mí!»

1893

El veto del hijo

I

Para un hombre que lo contemplara por detrás, aquel pelo castaño era un prodigio y un misterio. Bajo el oscuro sombrero de castor, coronado de un penacho de plumas negras, los largos bucles, enroscados y trenzados como los juncos de un cesto, constituían un raro ejemplo, si bien algo rudimentario, de artístico ingenio. Uno podía entender que semejantes ondas y tirabuzones se hicieran para durar intactos un año, o por lo menos un mes de calendario; pero que fueran deshechos regularmente a la hora de acostarse, después de un único día de existencia, parecía un despilfarro innecesario de una obra tan lograda.

Y la pobre se había peinado sin ayuda de nadie. No tenía doncella, y era casi la única habilidad de la que podía vanagloriarse. Por eso se esmeraba tanto.

Se trataba de una joven dama inválida (aunque no en grado extremo) en una silla de ruedas; alguien la había subido a la parte delantera de un parterre de césped, muy cerca de un quiosco de música donde, en una cálida tarde del mes de junio, se celebraba un concierto. Éste tenía lugar en uno de los pequeños parques o jardines privados de las afueras de Londres, y estaba organizado por una asociación local con el fin de recaudar fondos para alguna sociedad benéfica. Hay mundos y mundos en la gran ciudad, y, a pesar de que nadie en las inmediaciones había oído hablar de esa sociedad benéfica, de esa banda o de ese parque, el recinto estaba lleno de un público interesado que sabía lo suficiente de todo aquello.

Mientras los compases se sucedían, eran muchos los oyentes que observaban a la dama de la silla de ruedas, pues la parte posterior de su peinado, a causa de su posición prominente, invitaba a ser examinado. Su rostro apenas resultaba visible, pero los cabellos ingeniosamente entrelazados que hemos mencionado antes, la blancura de sus orejas y de su nuca, y la curva de una mejilla que no era flácida ni amarillenta, sugerían la idea de que era realmente hermosa contemplada de frente. No es infrecuente que esa clase de expectativas se desvanezcan tan pronto como se descubre la realidad; y, en este caso, cuando la dama, al mover la cabeza, exhibió finalmente sus facciones, éstas no resultaron tan bellas como la gente a sus espaldas había supuesto, o incluso esperado… sin saber por qué.

Por un motivo (¡ay, con cuánta frecuencia se oye esa queja!): era menos joven de lo que habían imaginado. Y, sin embargo, era indudable que su rostro era atractivo y reflejaba buena salud. Sus detalles fueron revelándose cada vez que se volvía para hablar con un muchacho de doce o trece años que la acompañaba, y cuya gorra y chaqueta evidenciaban que era alumno de un conocido internado. Los espectadores más próximos podían oír que la llamaba «madre».

Cuando se acabó el recital y el público abandonó el recinto, fueron muchos los

que pasaron por delante de ella. Y casi todos volvieron la cabeza para observar de cerca a la interesante mujer, que continuó inmóvil en su silla hasta que el camino estuvo suficientemente despejado para avanzar sin obstáculos. Como si esperase sus miradas, y no le molestara satisfacer su curiosidad, sus ojos se encontraron con los de algunos de sus observadores; y eran dulces, castaños y muy afectuosos, aunque de expresión algo triste.

Fue conducida fuera del parque, y siguió por la acera hasta desaparecer en la distancia, con el colegial a su lado. A algunas personas que la vieron alejarse y preguntaron quién era, se les respondió que se trataba de la segunda esposa del pastor de una parroquia vecina, y que era coja. Por lo general, todos creían que era una mujer con una historia… inocente, pero historia de uno u otro género.

Mientras conversaba con ella, durante el trayecto de vuelta a casa, el muchacho, que caminaba a su lado, dijo que esperaba que su padre no les hubiera echado en falta.

—Seguro de que ha estado tan cómodo estas últimas horas que no nos ha echado en falta —respondió ella.

—Seguro que, querida madre, no seguro de que —exclamó el colegial con una impaciencia quisquillosa y casi cruel—. ¡Tendría que saberlo a estas alturas!

La madre se apresuró a corregir el error, y no pareció ofenderse por sus palabras, ni querer vengarse de él, como podía haber hecho, ordenándole que se limpiara la boca; pues estaba llena de migajas, debido a sus intentos disimulados de comer un trozo de pastel que llevaba escondido en el bolsillo. Después de esto, la hermosa mujer y el muchacho siguieron avanzando en silencio.

Esa cuestión gramatical estaba muy relacionada con su historia, y la dama cayó en una especie de ensueño, más bien melancólico, según todos los indicios. Era como si estuviera preguntándose a sí misma si había actuado sabiamente organizando su vida del modo en que lo había hecho.

En un remoto rincón de Wessex del Norte, a unos sesenta kilómetros de Londres y cerca de la próspera ciudad de Aldbrickham, había un bonito pueblo con una iglesia y una rectoría que ella conocía bien, pero que su hijo nunca había visto. Era su aldea natal, Gaymead, y el primer suceso relacionado con su actual situación había ocurrido en ese lugar cuando solo era una joven de diecinueve años.

Qué bien recordaba el primer acto de su pequeña tragicomedia, la muerte de la primera mujer de su reverendo marido. Ésta ocurrió en un anochecer de primavera, y ella, que durante tantos años había ocupado el lugar de la difunta, en aquel entonces no era más que una criada de la rectoría.

Después de haber hecho todo lo posible por salvarla y de anunciar su muerte, la muchacha había salido en medio de la oscuridad para visitar a sus padres, que vivían muy cerca, y darles la triste noticia. Al empujar la verja blanca y mirar hacia los árboles que crecían al oeste, impidiendo ver la tenue luz del cielo nocturno, distinguió, sin sorprenderse demasiado, la figura de un hombre junto al seto.

—¡Ay, Sam! ¡Qué susto me has dado! —exclamó con picardía para salvar las apariencias.

Era un jardinero que conocía. Después de contarle los detalles de lo ocurrido, los dos jóvenes guardaron silencio, con ese estado de ánimo exaltado y sosegadamente filosófico que suele experimentarse cuando una tragedia se produce muy cerca, pero no se cierne directamente sobre los filósofos. No obstante, tenía mucho que ver con sus relaciones.

—Y ¿seguirás trabajando en la rectoría como hasta ahora? —preguntó Sam.

A ella no se le había ocurrido pensar en eso.

—¡Sí, supongo que sí! —contestó—. Imagino que todo seguirá igual…

El muchacho la acompañó a casa de su madre. No tardó en rodear la cintura de la joven con su brazo. Ella lo rechazó dulcemente; pero él insistió y ella acabó cediendo.

—Verás, querida Sophy, aún no sabes si continuarás allí. Es posible que necesites un hogar; algún día yo te ofreceré uno, pero todavía no estoy preparado.

—¡No tengas tanta prisa, Sam! Jamás he dicho que me gustaras; ¡eres tú el que me persigues!

—Pero sería absurdo que no probara suerte contigo, como los demás —exclamó el joven, inclinándose para darle un beso de despedida, pues habían llegado a casa de la madre.

—No, Sam; ¡de ningún modo! —protestó ella, tapándole la boca con su mano—. Tendrías que ser más serio en una noche como ésta.

Y le dijo adiós sin permitir que la besara o que entrase dentro.

El pastor que acababa de enviudar era por aquel entonces un hombre de unos cuarenta años, de buena familia y sin hijos. Había llevado una vida muy solitaria en aquel cargo eclesiástico, debido en parte a que ningún terrateniente residía en la zona; y la pérdida de su mujer no hizo sino reforzar su costumbre de huir de la observación de los demás. La gente lo vio aún menos que antes, y fue alejándose cada vez más del ritmo y alboroto de los movimientos que, en el mundo exterior, reciben el nombre de progreso. Muchos meses después de la muerte de su mujer, la organización de su hogar seguía siendo la misma de siempre; y la cocinera, las dos doncellas y el lacayo realizaban o no sus tareas, según les apetecía… sin que el vicario se diera cuenta. Más tarde comprendió que sus criados no parecían tener nada que hacer en su pequeña familia de un solo miembro. Y lo vio con tanta claridad que decidió reducir su número. Pero se le anticipó Sophy, la segunda doncella, quien una tarde le comunicó que deseaba abandonar su servicio.

—¿Y por qué motivo? —inquirió el pastor.

—Sam Hobson me ha pedido que me case con él, señor.

—Y tú… ¿quieres casarte?

—No mucho, señor. Pero así tendré un hogar. Y hemos oído decir que uno de nosotros tendrá que marcharse.

Un día o dos más tarde, la joven le dijo:

—No deseo irme todavía, señor, si a usted no le importa. Sam y yo nos hemos peleado.

Él levantó la cabeza para mirarla. Apenas la había observado hasta entonces, aunque a menudo había sido consciente de su dulce presencia en el cuarto. ¡Qué criatura tan silenciosa y delicada! ¡Parecía un gatito! Era la única de sus criadas a la que veía con frecuencia. ¿Qué haría si Sophy se marchaba?

Sophy no se marchó, aunque sí lo hizo una de sus compañeras, y todo volvió a ser como antes.

Cuando el señor Twycott, el vicario, se puso enfermo, Sophy se encargaba de subirle la comida, y un día, nada más salir de la habitación, éste oyó un ruido en la escalera. La joven se había resbalado con la bandeja, y se había torcido de tal modo el tobillo que no podía levantarse. Llamaron al médico del pueblo; el pastor mejoró, pero Sophy estuvo mucho tiempo impedida; y se le informó de que jamás podría volver a caminar demasiado ni tener una ocupación que le exigiera estar largo tiempo en pie. Tan pronto como la joven se sintió un poco mejor, habló a solas con el vicario. Puesto que le prohibían andar y trajinar de aquí para allá, y lo cierto es que era incapaz de hacerlo, su deber era marcharse de la casa. Podría trabajar en algo que le permitiera estar sentada, y tenía una tía costurera.

El rector se había sentido profundamente conmovido por todo lo que ella había sufrido por su causa, y se apresuró a exclamar:

—¡De ningún modo, Sophy! Cojees o no cojees, no puedo consentir que te vayas. ¡Nunca volverás a dejarme!

Se acercó a ella, y, aunque la joven jamás supo decir cómo había ocurrido, sintió los labios de él en su mejilla. Entonces le pidió que se casara con él. Sophy no le amaba exactamente, pero le profesaba un respeto rayano en la veneración. Aunque hubiera querido alejarse de él, difícilmente se habría atrevido a rechazar a un personaje a sus ojos tan venerable y augusto; de modo que aceptó en el acto ser su mujer.

Así, pues, una hermosa mañana, mientras las puertas se hallaban abiertas para que la iglesia se ventilara, y los pájaros cantaban, revoloteaban y se posaban sobre las vigas maestras del tejado, se celebró una boda, de la que casi nadie tuvo noticia, en el reclinatorio donde los fieles reciben la comunión. El pastor y un clérigo vecino habían entrado por una puerta, y Sophy por otra, seguida de los dos testigos; y en breve salieron convertidos en marido y mujer.

El señor Twycott sabía perfectamente que, al dar ese paso, había cometido un suicidio social, a pesar del carácter sin tacha de Sophy; de ahí que hubieratomado ciertas medidas. Había cambiado su beneficio eclesiástico con uncompañero que se ocupaba de una parroquia al sur de Londres; y el matrimonio se trasladó allí tan pronto como pudo, abandonando su preciosa casa de campo, rodeada de árboles, arbustos y terreno de su propiedad, por una vivienda pequeña y polvorienta, en medio

de una calle larga y recta, y el hermoso repicar de sus campanas por el estruendo más monótono y horrible que jamás haya torturado los oídos de un hombre. El vicario lo hizo por ella. Vivían, sin embargo, lejos de cuantos conocían su situación anterior; y se sentían mucho menos observados que en una parroquia rural.

Sophy la mujer era la compañera más encantadora que cualquier hombre podía tener, aunque Sophy la dama tenía sus defectos. Mostraba una habilidad innata por los pequeños refinamientos domésticos, siempre que estuvieran relacionados con los objetos y los buenos modales; pero en lo que llamamos cultura era menos intuitiva. Llevaba casada más de catorce años, y su marido se había preocupado mucho de su educación; pero ella seguía sin comprender muy bien algunos usos gramaticales, lo que no le granjeaba el respeto de las pocas personas que conocía. Lo que más le apenaba de esto era que su único hijo, en cuya educación no se había escatimado ni se escatimaría jamás el menor gasto, era ya lo bastante mayor para percibir esas deficiencias en su madre; y no solo para verlas sino para sentirse irritado por su existencia.

De modo que vivió en la ciudad, y pasó las horas trenzando sus preciosos cabellos, hasta que sus mejillas, antaño como manzanas, se volvieron rosa pálido. Su pie jamás se había recuperado del todo tras el accidente, y se vio prácticamente obligada a dejar de andar. A su marido había llegado a gustarle Londres por su libertad y la intimidad de su vida hogareña; pero era veinte años mayor que Sophy y, últimamente, se veía aquejado de una grave enfermedad. Ese día, sin embargo, parecía encontrarse lo bastante bien para dejar que ella acompañara a su hijo Randolph al concierto.

II

Cuando vislumbramos de nuevo a Sophy, está de luto por su marido.

El señor Twycott jamás se recuperó, y ahora yacía en un abarrotado cementerio al sur de la gran ciudad, donde, si todos los muertos allí enterrados se hubieran levantado con vida, ninguno de ellos habría sabido quién era ni habría reconocido su nombre. El muchacho le había acompañado obedientemente hasta la tumba, y luego había regresado al internado.

Durante todos esos cambios, Sophy fue tratada como la niña que era por temperamento, aunque no por edad. Y se quedó sin ningún control sobre los bienes de su marido, más allá de su modesta renta personal. Éste había tenido miedo de que la inexperiencia de su mujer la empujara a correr riesgos, y había dejado cuanto había podido en manos de un fideicomisario. Había previsto y organizado que el niño pudiera terminar sus estudios en el internado, y que, a su debido tiempo, fuera a Oxford y se ordenara; así que Sophy no tenía más preocupaciones que comer y beber, convertir la indolencia en una ocupación, y seguir trenzando y enroscando sus

cabellos castaños, limitándose a tener una casa abierta para que el hijo pudiera visitarla en vacaciones.

Adivinando que su mujer le sobreviviría muchos años, el pastor había comprado una casa adosada en la misma calle interminable donde se hallaban, frente a frente, la iglesia y la vivienda del párroco, que sería de Sophy mientras deseara vivir en ella. Y era allí donde residía ahora, contemplando el trozo de césped que tenía delante, y el intenso tráfico que había siempre al otro lado de la verja; o asomándose al alféizar de la ventana del primer piso, y abarcando con la vista el panorama de árboles cubiertos de hollín, aire brumoso y fachadas grises, entre los que resonaban los ruidos habituales en una importante calle de la periferia.

De algún modo, el hijo, con sus aristocráticos conocimientos escolares, sus gramáticas y sus aversiones, estaba perdiendo todas aquellas devociones infantiles, que se extendían hasta el sol y la luna, con las que, al igual que otros niños, había nacido, y que su madre, que seguía siendo una criatura, tanto había amado en él. Estaba circunscribiendo su ámbito a unos pocos miles de individuos nobles y adinerados, la simple capa de barniz de los más de mil millones de seres que no le interesaban en absoluto. Y cada vez fue alejándose más de ella. Como el *milieu*[1] de Sophy era un barrio de pequeños comerciantes y humildes oficinistas, y apenas tenía más compañía que la de sus dos criadas, no fue extraño que, tras la muerte de su marido, perdiera enseguida los pequeños refinamientos que él le había inculcado, y se convirtiese, para su hijo, en una madre de cuyos errores y de cuyo origen un caballero como él tenía que avergonzarse. Pues aún estaba lejos de ser lo bastante hombre (si es que algún día llegaba a serlo) para dar a los pecados de ella su verdadero valor, que era mínimo al lado del tierno cariño que brotaba de su corazón, y que guardaba celosamente en su pecho hasta que él, o cualquier otra persona o cosa, se mostrara mejor dispuesto a aceptarlo. Si el muchacho hubiera vivido en casa con ella, lo habría tenido todo; pero en las actuales circunstancias parecía necesitar muy poco ese cariño, que continuaba almacenado.

La vida de Sophy se hizo insoportablemente aburrida; no podía dar paseos, y no le atraía salir en carruaje ni viajar a ninguna parte. Pasaron casi dos años sin que ocurriera nada, y ella seguía contemplando aquella calle de la periferia, recordando el pueblo donde había nacido, y al que habría vuelto —¡y con cuánta alegría!— incluso para trabajar en los campos.

Como no hacía ningún ejercicio físico, era frecuente que no pudiera conciliar el sueño; y se levantaba en medio de la noche o con las primeras luces del día y contemplaba la calle, entonces vacía, donde las farolas se alzaban como centinelas que esperasen el paso de un desfile. Algo muy parecido a ese desfile se producía todas las mañanas, hacia la una de la madrugada, cuando los vehículos del campo pasaban cargados de verduras y hortalizas para el mercado de Covent Garden. Sophy los veía a menudo a esa hora silenciosa y oscura, avanzando lentamente, un carro tras otro, llevando verdes bastiones de coles que inclinaban la cabeza como si fueran a

caer y que, sin embargo, nunca caían, murallas de cestas repletas de judías y guisantes, pirámides de nabos blancos como la nieve, *howdahs* [2] bamboleantes con toda clase de productos… avanzando lentamente detrás de unos viejos caballos nocturnos, que parecíanpreguntarse pacientemente, en medio de sus huecos resoplidos, por qué tenían que trabajar siempre a aquella hora silenciosa en que todas las demás criaturas sensibles tenían el privilegio de descansar. Envuelta en un manto, se consolaba mirándolos y sintiéndose cerca de ellos cuando el abatimiento o el nerviosismo le impedían dormir, y viendo cómo todas aquellas verduras frescas parecían cobrar vida al pasar junto a las farolas, y cómo los animales sudorosos exhalaban humo y brillaban después de tantos kilómetros de viaje.

Para Sophy, aquellas gentes y vehículos medio rurales, que se movían en un ambiente urbano y que llevaban una vida tan diferente de quienes trabajaban durante el día en esa misma calle, estaban llenos de interés, casi de encanto. Cierta madrugada, un hombre que pasaba acompañando un carro de patatas miró con bastante dureza la fachada de la casa, y Sophy pensó con extraña emoción que su figura le resultaba familiar. Decidió estar atenta por si lo veía de nuevo. Como era un carromato muy anticuado y tenía la parte delantera pintada de amarillo, era fácil de reconocer, y tres noches después lo vio por segunda vez. El hombre que iba junto a él, tal como había imaginado, era Sam Hobson, antes jardinero en Gaymead, que en otro tiempo había querido casarse con ella.

A veces se había acordado de él y se había preguntado si la vida en una pequeña casa de campo con Sam no habría sido más feliz que la vida que había elegido. No había pensado en él apasionadamente, pero su triste situación aumentó el interés por su resurrección… un tierno interés imposible de exagerar. Volvió a la cama y empezó a pensar. Aquellos hortelanos que iban a la ciudad con tanta regularidad a la una o a las dos de la mañana, ¿a qué hora regresaban? Recordó vagamente haber visto pasar sus carros vacíos, apenas perceptibles entre el tráfico del día, en algún momento antes de las doce.

No era más que el mes de abril, pero aquella mañana, después del desayuno, dejó la ventana abierta y se quedó mirando al exterior, mientras la débil luz del sol la iluminaba. Fingía coser, pero sus ojos no se apartaban nunca de la calle. Entre las diez y las once, el ansiado carro, ahora vacío, reapareció en su viaje de vuelta. Pero Sam no miraba a uno y otro lado, y parecía absorto en sus pensamientos.

—¡Sam! —grito ella.

El hombre se volvió sobresaltado, y su rostro se iluminó. Llamó a un niño para que sujetara el caballo y, después de apearse, se colocó bajo su ventana.

—Si pudiera bajar con facilidad, Sam, ¡lo haría! —dijo Sophy—. ¿Sabías que vivía por aquí?

—Bueno, señora Twycott, sabía que vivía en algún lugar de los alrededores. La he buscado a menudo.

Sam le explicó brevemente su presencia en el lugar. Hacía mucho tiempo que

había abandonado su trabajo de jardinero en la aldea cercana a Aldbrickham, y ahora era el encargado de unos huertos en el sur de Londres; una de sus obligaciones era llevar el carro lleno de verduras y hortalizas a Covent Garden dos o tres veces por semana. Respondiendo a su curiosa pregunta, admitió haberse dirigido a ese barrio porque, uno o dos años antes, había leído en el periódico de Aldbrickham la muerte del anterior vicario de Gaymead en el sur de Londres; la noticia había despertado en él un interés por saber dónde vivía que había sido incapaz de dominar y que le había llevado a rondar esa localidad hasta conseguir su actual puesto de trabajo.

Hablaron de su pueblo natal en el viejo y querido Wessex del Norte, y de los lugares donde habían jugado juntos de niños. Ella trató de recordar que ahora era una persona distinguida, y que no debía mostrar demasiada familiaridad con Sam. Pero no podía impedirlo, y las lágrimas que asomaban a sus ojos se reflejaban en su voz.

—Me temo que no es usted feliz, señora Twycott —dijo Sam.

—¡Claro que no! Solo hace dos años que perdí a mi marido.

—No quería decir eso. ¿Le gustaría volver a su hogar?

—Éste es mi hogar… y lo será siempre. La casa es mía. Pero comprendo… —se le escapó entonces—. Sí, Sam. ¡Echo de menos mi hogar… nuestro hogar! Me encantaría estar en él, y no haberme marchado nunca, y morir allí. Pero no es más que un sentimiento momentáneo —añadió, recordando su deber—. Tengo un hijo, ¿sabes?, un buen muchacho. Ahora está en el colegio.

—Muy cerca de aquí, ¿no? He visto muchos por esta calle.

—¡Oh, no! En ninguno de esos horribles agujeros. Está en un internado… uno de los mejores de Inglaterra.

—¡Por supuesto! Había olvidado, señora, que lleva usted muchos años siendo una dama.

—No, no soy una dama —respondió tristemente—. Nunca lo seré. Pero él es un caballero, y eso… lo hace todo… ¡ay, qué difícil para mí!

III

La amistad que volvieron a entablar de un modo tan extraño progresó rápidamente. Sophy se asomaba a menudo a la ventana para charlar un poco con él, de noche o de día. Le entristecía no poder acompañar a su viejo amigo durante un pequeño trecho, y hablarle con más libertad que cuando se detenía ante su casa. Cierta noche, a principios de junio, mientras ella esperaba por si lo veía después de una ausencia de varios días, él abrió la verja y le dijo dulcemente:

—¿No cree que un poco de aire fresco le sentaría bien? Apenas llevo media carga esta mañana. ¿Por qué no viene conmigo hasta Covent Garden? Hay un buen sitio entre las coles, donde he extendido un saco. Puede regresar a casa en carruaje antes de que nadie se levante.

Ella se negó al principio, pero luego, temblando de excitación, terminó de vestirse rápidamente, se arrebujó en un manto y se cubrió la cabeza con un velo; después bajó sigilosamente las escaleras con la ayuda del pasamanos, como podía hacer en caso de emergencia. Cuando abrió la puerta, encontró a Sam en el escalón de entrada, y él la levantó en sus fuertes brazos y la llevó a través del patio delantero hasta su carromato. No se veía ni se oía un alma en aquella calle interminable, con sus farolas en constante espera convergiendo a ambos lados. El aire era tan fresco como en el campo a aquellas horas, y las estrellas brillaban, excepto al nordeste, donde se veía una luz blanquecina… el alba. Sam la depositó cuidadosamente en el asiento y siguió adelante.

Los dos hablaron como en los viejos tiempos, Sam reprendiéndose a sí mismo cuando creía portarse con demasiada familiaridad. En más de una ocasión, a ella le asaltó la duda de si habría hecho bien en satisfacer aquel capricho.

—Pero me siento tan sola en casa —añadió—, y ¡esto me hace tan feliz!

—Tiene que volver, querida señora Twycott. Es la mejor hora para tomar el aire.

Empezó a clarear. Los gorriones invadieron las calles y la ciudad se llenó de gente y de carruajes. Cuando se acercaron al río era de día; y en el puente contemplaron todo el resplandor del sol de la mañana en dirección a San Pablo, y el centelleo del agua, en cuya superficie no se movía ni una sola embarcación.

Cerca de Covent Garden, Sam la dejó en un carruaje de alquiler, y se separaron mirándose como lo hacen dos viejos amigos. Sophy llegó a casa sin el menor contratiempo, fue cojeando hasta la puerta y entró con sus llaves sin que nadie la viera.

El aire puro y la presencia de Sam la habían hecho revivir: sus mejillas se habían vuelto sonrosadas… y estaba casi hermosa. Tenía algo más por lo que vivir además de su hijo. Era una mujer intuitiva por naturaleza, y sabía que no había nada malo en su paseo, pero sospechaba que socialmente había sido una temeridad.

No tardó, sin embargo, en ceder a la tentación de volver a acompañarlo, y en esa ocasión su conversación fue inequívocamente afectuosa, y Sam dijo que nunca la olvidaría, a pesar de lo mal que le había tratado en el pasado. Después de muchas dudas, le contó un proyecto que podía llevar a cabo, y en el que le gustaría embarcarse, puesto que no le convencía el trabajo de Londres: establecerse como frutero en Aldbrickham, la capital del condado donde habían nacido. Sabía de una oportunidad… la tienda de unos ancianos que querían retirarse.

—Y ¿por qué no lo haces, Sam? —preguntó ella, sintiendo que se le encogía el corazón.

—Porque no estoy seguro de… si vendrías conmigo. Sé que no lo harías… ¡no podrías! Has sido una dama durante tanto tiempo que ya no podrías casarte con alguien como yo.

—¡Supongo que sería difícil para mí! —asintió Sophy, también asustada con la idea.

—Si pudieras hacerlo —prosiguió Sam con vehemencia—, no tendrías más que sentarte en la salita trasera y mirar por el tabique de vidrio cuando yo no estuviese… para vigilar un poco. La cojera no te lo impediría… y yo te daría todos los caprichos que pudiese, querida Sophy… ¡Si tuviera alguna esperanza! —le suplicó.

—Seré franca contigo, Sam —dijo ella, acariciando su mano—. Lo haría si no tuviera a nadie, y con mucho gusto, aunque pierda todo lo que tenga si vuelvo a casarme.

—¡Qué más da! ¡Así seremos más independientes!

—Querido, querido Sam, ¡qué bueno eres! Pero hay algo más. Tengo un hijo… Cuando me siento muy desgraciada, a veces imagino que no es realmente mío sino de mi difunto marido, que lo dejó a mi cuidado. ¡Tiene tan poco que ver conmigo y se parece tanto a su padre! Ha recibido una educación tan esmerada, y yo soy tan ignorante, que no me siento digna de ser su madre… Pero tendría que decírselo.

—Desde luego —exclamó Sam, que leyó sus pensamientos y percibió su miedo.

—A pesar de todo, Sophy… señora Twycott, puedes hacer lo que desees —añadió—. El hijo es él, no tú.

—¡Ay, no lo entiendes! Si pudiera casarme contigo, Sam, lo haría… algún día. Pero debes esperar un poco y dejarme reflexionar.

Aquello era suficiente para él, y estaba radiante cuando se separaron. Pero ella no. Contárselo a Randolph parecía imposible. Podía esperar hasta que él fuera a Oxford, cuando lo que ella hiciera apenas afectara a su vida. Pero ¿toleraría esa idea algún día? Y, de no hacerlo, ¿sería capaz ella de desafiarlo?

No le había dicho nada cuando llegó el torneo anual de cricket en Lord's[3], aunque Sam ya había regresado a Aldbrickham. La señora Twycott se sentía más fuerte de lo habitual: acompañó a Randolph al partido, y estuvo en condiciones de abandonar su silla de ruedas y andar un poco. Se le ocurrió la brillante idea de abordar despreocupadamente el asunto cuando fueran de un lado a otro entre los espectadores; mientras el muchacho estuviera concentrado en el partido, cualquier asunto doméstico le parecería insignificante comparado con la victoria del día. Pasearon bajo el caluroso sol de julio, aquellos dos seres humanos, tan alejados el uno del otro y, al mismo tiempo, tan próximos; y Sophy contempló un elevado porcentaje de niños como el suyo, con anchos cuellos de camisa blancos y sombreros puntiagudos, todos alrededor de las hileras de grandes carruajes bajo los que se amontonaban los *débris*[4] de exquisitos almuerzos: huesos, migajas de hojaldre, botellas de champaña, vasos, platos, servilletas y la plata familiar. Entretanto, en los coches se sentaban los orgullosos padres; pero nunca una pobre madre como ella. Si Randolph no se hubiera relacionado con aquellas personas, ni hubiera concentrado todo su interés en ellas, ni se hubiera preocupado únicamente por la clase a la que pertenecían, ¡qué fáciles habrían sido las cosas! Un gran ¡hurra! se elevó entre la multitud de parientes para aclamar una pequeña jugada con el bate, y Randolph saltó como un loco para ver lo ocurrido. Sophy recordó la frase que había preparado; pero

fue incapaz de pronunciarla. La ocasión era, quizá, inoportuna. El contraste entre la historia de su relación con Sam y el despliegue de elegancia que Randolph identificaba consigo mismo sería nefasto. Decidió esperar un momento mejor.

Una tarde en que los dos estaban solos en su sencilla residencia suburbana, donde la vida no era de color azul sino pardo, ella rompió finalmente su silencio, si bien resaltó, al anunciarle un probable segundo matrimonio, que no se celebraría en mucho tiempo, hasta que él llevara una vida independiente.

Al muchacho le pareció una idea muy razonable, y quiso saber si ya había elegido a alguien. La madre vaciló; y él pareció tener un presentimiento.

—Confío en que mi padrastro sea un caballero —dijo.

—No lo que tú consideras un caballero —respondió ella tímidamente—. Yo era de su misma clase antes de conocer a tu padre.

Y poco a poco fue poniéndole al corriente de todo. El joven escuchó con rostro impasible durante un rato; y luego enrojeció, se apoyó en la mesa y rompió a llorar con desconsuelo.

La madre se acercó a él y, deshaciéndose también en llanto, le besó cuanto pudo el rostro y le dio palmaditas en la espalda como si aún fuera el niño pequeño de antaño. Cuando Randolph se hubo recuperado de su paroxismo de rabia y dolor, corrió a su dormitorio y se encerró con llave.

Se intentaron toda clase de argumentos por el ojo de la cerradura, pues la madre se quedó esperando y escuchando al otro lado de la puerta. Transcurrió mucho tiempo antes de que él contestara, y, cuando lo hizo, fue para exclamar con dureza desde su cuarto:

—¡Me avergüenzo de usted! ¡Será mi ruina! ¡Un despreciable patán! ¡Un palurdo! ¡Un payaso! ¡Me degradará ante los ojos de todos los caballeros de Inglaterra!

—No sigas… ¡es posible que me equivoque! ¡Trataré de evitarlo! —sollozó tristemente Sophy.

Antes de que Randolph se marchara aquel verano, ella recibió una carta de Sam. Le comunicaba que había tenido la suerte de hacerse inesperadamente con la tienda. Ya era de su propiedad; era la más grande de la ciudad, tenía tanto verduras como frutas, y algún día sería un hogar incluso digno de ella. ¿Le dejaba ir corriendo a la ciudad para verla?

Se encontró con él a escondidas, y le dijo que debía seguir esperando una respuesta definitiva. El otoño pasó lentamente y, cuando Randolph regresó a casa en Navidad, ella sacó a relucir el asunto de nuevo. Pero el joven caballero se mostró inflexible.

Nadie habló del tema durante meses; luego volvió a abordarse, y se dejó a un lado debido a la aversión del hijo; se produjo un nuevo intento; y la dulce criatura estuvo alegando razones y suplicando hasta que pasaron cuatro o cinco años. Entonces el leal Sam repitió su oferta de matrimonio con cierta perentoriedad. El hijo de Sophy,

ahora en la universidad, había venido de Oxford una Semana Santa cuando ella comentó el asunto. Tan pronto como él se ordenara, argumentó, tendría una casa propia, en la que ella, con sus errores gramaticales y su ignorancia, sería un estorbo. Mucho mejor tenerla lo más lejos posible.

La ira de Randolph fue mucho menos infantil, pero siguió sin dar su consentimiento. Sophy, por su parte, se mostró más insistente, y él dudó que pudiera confiar en ella cuando estuviese lejos. Sin embargo, con la indignación y el desprecio por su gusto, logró mantener su influencia; y acabó llevándola ante una pequeña cruz y un altar que había instalado en su dormitorio para rezar en privado, y le ordenó arrodillarse y jurar que no se casaría con Samuel Hobson sin su permiso.

—¡Se lo debo a mi padre! —exclamó el joven.

La pobre mujer le obedeció, pensando que su hijo se ablandaría tan pronto como recibiera las órdenes sagradas y se dedicase de lleno al trabajo eclesiástico. Pero no fue así. Por aquel entonces, su humanidad había sido suficientemente arrinconada por su educación para que no se tambaleara su firmeza; aunque su madre habría podido llevar una vida idílica con su fiel frutero, sin que nada hubiera empeorado en el mundo.

La cojera de Sophy se agravó con el paso del tiempo, y rara vez o nunca abandonaba la casa en la larga calle del sur, donde su corazón parecía languidecer.

—¿Por qué no puedo decirle a Sam que me casaré con él? ¿Por qué? —murmuraba lastimeramente cuando no había nadie cerca.

Alrededor de cuatro años después, un hombre de mediana edad esperaba en la entrada de la frutería más importante de Aldbrickham. Era el propietario, pero aquel día, en lugar de su ropa habitual de trabajo, llevaba un elegante traje negro; y su escaparate tenía los postigos medio cerrados. Un cortejo fúnebre fue acercándose desde la estación de tren: pasó por delante de su puerta y salió de la ciudad en dirección a la aldea de Gaymead. El hombre, con lágrimas en los ojos, sostuvo el sombrero en su mano mientras avanzaban los carruajes; y desde el coche fúnebre, un joven clérigo, pulcramente afeitado y con un amplio chaleco, dirigió una mirada cargada de odio al tendero.

Diciembre de 1891

Un asunto de conciencia

I

Tanto si se defiende la teoría utilitaria de la moralidad como si se prefiere la intuitiva, no cabe duda de que existen ciertas personas de alma delicada para quienes la completa gratuidad de un acto de desagravio supone un incentivo para llevarlo a cabo, mientras que la exhortación a realizarlo como obligación engendraría excusas para no hacerlo. El caso concreto del señor Millborne y la señora Frankland permite ilustrar este fenómeno y tal vez algo más.

Pocas figuras había más conocidas para el barrendero de la esquina que la del señor Millborne, gracias a sus idas y venidas diarias por una conocida y tranquila calle de Londres, en la que residía tras la puerta señalada con el número once, si bien no como propietario. En edad alcanzaba la cincuentena como mínimo, y era de costumbres tan rutinarias como pueden serlo en una persona que no tiene más quehacer que el estudio de cómo mantenerse ocupado. Prácticamente siempre doblaba a la derecha al llegar al final de la calle y después continuaba por Bond Street hasta el club, de donde regresaba siguiendo exactamente la misma ruta hacia la seis de la tarde, a pie, o, en los casos en los que salía a cenar, más tarde y en coche de alquiler. Se sabía que era un hombre relativamente pudiente, aunque al parecer no acaudalado. Por estar soltero, prefería no disponer de casa propia y mantener aquella forma de vida, como inquilino de las mejores habitaciones de la señora Towney, donde disfrutaba de un mobiliario que ya había pagado más de diez veces en alquiler a lo largo de su estancia.

De entre sus conocidos, ninguno trataba de entablar una relación íntima, pues su actitud y sus cambios de humor no fomentaban la curiosidad ni una amistad profunda. Era hombre que no daba la impresión de tener nada rondándole la cabeza, nada que ocultar, nada que transmitir. A raíz de algún que otro comentario se creía de forma generalizada que había nacido en el campo, en alguna parte de Wessex, que había ido a Londres de joven para trabajar en una casa de banca y que había ascendido hasta ocupar un cargo de responsabilidad; posteriormente, a la muerte de su padre, que había tenido fortuna con sus inversiones, el hijo había heredado una renta que le había permitido jubilarse de la vida financiera a una edad un tanto temprana.

Una noche, cuando hacía ya varios días que se encontraba indispuesto, fue a visitarlo después de cenar el doctor Bindon, del centro médico colindante, que se quedó a fumar con él delante del fuego. La dolencia del paciente no requería excesiva ponderación y se dedicaron a charlar de distintas cuestiones.

—Me encuentro solo, Bindon; muy solo —confesó Millborne aprovechando la ocasión, mientras agitaba la cabeza de un lado a otro con aire melancólico—. No

conoce usted soledad como la mía… Además, a medida que me hago mayor me siento más descontento conmigo mismo. Durante el día de hoy, por accidente, me ha obsesionado más de lo habitual una cosa que, por encima de todos los acontecimientos de mi vida, produce ese descontento: el recuerdo de una promesa que hice hace veinte años y que incumplí. En los asuntos corrientes se me ha considerado siempre hombre de palabra y acaso por ello un compromiso concreto que suscribí en una ocasión y que quebranté me viene a la cabeza con una magnitud totalmente desproporcionada (creo yo) con respecto a su gravedad real, en especial a estas alturas. ¿Se hace usted a la idea de la incomodidad que a uno le asalta en plena noche cuando se halla en un duermevela por la impresión de que una puerta o una ventana han quedado sin cerrar, o durante el día por el recuerdo de las cartas que no ha contestado? Pues así me obsesiona esa promesa de vez en cuando y hoy ha sido uno de los peores días.

Se produjo una pausa y siguieron fumando. Los ojos de Millborne, aunque fijos en el fuego, contemplaban en realidad con mucha atención una localidad del oeste de Inglaterra.

—En efecto —prosiguió por fin—, jamás he llegado a olvidarlo, pese a que en los años más ajetreados de mi vida quedó postergado y sepultado bajo la presión de mis actividades. Y, como digo, hoy en particular un incidente de índole judicial y características un tanto similares me lo ha recordado con intensidad. Puedo contarle los hechos en sí en bien pocas palabras y sin duda usted, como hombre de mundo que es, se sonreirá al comprobar cuán susceptible soy… Llegué a Londres a la edad de veintiún años, procedente de Toneborough, en Outer Wessex, donde nací y donde, antes de mi partida, me gané el corazón de una jovencita de mi edad. Le prometí matrimonio, me aproveché de esa promesa y… sigo soltero.

—La vieja historia.

Millborne asintió antes de añadir:

—Me marché de allí y en aquel momento me pareció que había demostrado gran sagacidad al eludir un enredo con tanta facilidad. Sin embargo, he vivido lo suficiente para que esa promesa resurja y me atosigue. Para ser sincero, no se trata en líneas generales de un remordimiento, sino más bien de un descontento conmigo mismo como espécimen de ese montón de carne llamado humanidad. Si le pidiera que me prestara cincuenta libras con el compromiso de devolvérselas a mediados del verano próximo y no lo hiciera así, me quedaría con la impresión de ser un individuo vil, sobre todo si usted necesitara el dinero con urgencia. Pues bien, la promesa que hice a esa muchacha fue igual de clara y después con total sangre fría falté a mi palabra, como si eso fuera una conducta inteligente más que un acto infame, por el que la pobre víctima, cargada con una criatura, y no yo, fue quien tuvo que pagar en realidad la pena, a pesar de cierta ayuda pecuniaria que le fue entregada… Ya está, ésta es la preocupación retrospectiva que desentierro constantemente, y puede que le cueste creer que, por muchos años que hayan pasado, y por mucho que todo haya

quedado atrás y ella deba de estar haciéndose mayor ya, lo mismo que yo, lo cierto es que con frecuencia sigue socavando mi sentido del amor propio.

—Bueno, lo entiendo muy bien. Todo depende del temperamento. Miles de hombres lo habrían olvidado por completo. Eso mismo habría hecho usted, tal vez, si se hubiera casado y tuviera familia. ¿Encontró ella marido?

—Me parece que no. Bueno, no, seguro. Se marchó de Toneborough y más adelante resurgió con otro nombre en Exonbury, en el condado vecino, donde nadie la conocía. Muy raramente me desplazo a esa parte del país, pero al pasar por Exonbury en una ocasión me enteré de que se había instalado muy bien, como profesora de música o alguna cosa por el estilo. Me enteré por casualidad cuando estuve por allí hará dos o tres años. De todos modos, no he vuelto a ponerle la vista encima desde la época en que nos tratamos y no la reconocería si me la cruzara.

—¿Y la criatura vivió? —quiso saber el médico.

—Durante varios años, con certeza —repuso su amigo—. No sabría decirle si vive aún. Era una niña. Ya podría estar casada a estas alturas, con los años que han transcurrido.

—¿Y la madre? ¿Se trataba de una muchacha decente y respetable?

—Sí, sí; una joven sensata y tranquila, que no era ni atractiva ni dejaba de serlo a simple vista; sencillamente, una muchacha común y corriente. Su posición en la época en que tuvimos relaciones no era tan buena como la mía. Mi padre era abogado, diría que ya se lo había mencionado, mientras que ella estaba empleada en una tienda de música, y se me dejó claro que no me convenía casarme con alguien de ese nivel social. De ahí el resultado.

—Bueno, lo único que se me ocurre es que después de veinte años probablemente es demasiado tarde para plantearse la reparación de un asunto así. Sin duda en todo este tiempo ya se ha solucionado solo. Lo mejor será que se lo quite de la cabeza, que lo considere un acto de maldad cuyo control se le escapa. Por descontado, si madre e hija siguen con vida, o incluso solo una de las dos, podría liquidarles alguna cantidad, si siente esa inclinación y puede permitírselo.

—La verdad es que no me sobra el dinero y tengo familiares en situación complicada, quizá más que la suya. De todos modos, no se trata de eso. Por muy pudiente que fuera, tengo la impresión de que no podría rectificar el pasado a base de dinero. No prometí enriquecerla. Al contrario, le dije que probablemente viviríamos sumidos en una pobreza extrema. Lo que sí le prometí fue hacerla mi mujer.

—Pues búsquela y hágalo —replicó el médico en tono de guasa mientras se levantaba para marcharse.

—Ay, Bindon. Ésa es, por descontado, la chanza más evidente, pero no siento el más mínimo deseo de casarme; estoy muy satisfecho viviendo como he vivido. Soy soltero por naturaleza, por instinto, por costumbre y por todo. Además, aunque sigo respetándola (pues no tuvo un ápice de culpa), no siento ni rastro de amor por ella. La tengo por una de esas mujeres de las que uno piensa bien, pero que le parecen poco

interesantes. Si fuera tras su pista sería puramente al objeto de subsanar el error cometido, para proponerle una reparación improvisada.

—¿No lo dirá en serio? —se sorprendió su amigo.

—A veces pienso que si fuera practicable lo haría, sencillamente, como le digo, para recuperar la sensación de ser hombre de honor.

—Le deseo suerte en la empresa —se despidió el doctor Bindon—. Pronto podrá levantarse de ese sillón y poner a prueba su impulso, si bien, tras veinte años de silencio, le recomendaría que se abstuviera.

II

El consejo del médico se encontraba en el pensamiento de Millborne con el contrapeso de la mencionada idea de gravedad y de respeto a los principios, que a menudo se aproximaba al sentir religioso y que había ido desarrollándose dentro de él a lo largo de varios meses e incluso años.

Sin embargo, la sensación no tuvo efecto inmediato en los actos del señor Millborne, que pronto se recuperó de la insignificante afección y se enfadó consigo mismo por haber confiado a alguien tal cuestión de conciencia por un arrebato momentáneo.

Aunque latente, la fuerza que lo había ocasionado sobrevivió en su interior y acabó cobrando ímpetu. El resultado fue que, unos cuatro meses después de la fecha de la dolencia y de la revelación, una mañana de primavera en la que el tiempo era relativamente bueno, Millborne se presentó en la estación de Paddington y se subió a un tren que se dirigía al oeste. La multitud de recuerdos intermitentes de su promesa incumplida, que se revelaban a aquellas horas en que la soledad lo dejaba cara a cara con su propia personalidad, había tenido por fin esa consecuencia.

El estímulo decisivo había surgido al descubrir, uno o dos días antes gracias a una consulta a un directorio de la oficina de correos, que la mujer que no veía desde hacía veinte años seguía viviendo en Exonbury con el mismo nombre que había adoptado en el momento en que, uno o dos años después de desaparecer de la localidad natal de ambos, había regresado del extranjero con su hija asegurando ser viuda y se había instalado en la mencionada ciudad. Al parecer su condición apenas había cambiado y su hija estaba a su lado, ya que sus nombres aparecían en el directorio de la siguiente forma: «Leonora Frankland y señorita Frankland, profesoras de música y danza».

El señor Millborne llegó a Exonbury por la tarde y su primer cometido, antes incluso de mandar trasladar el equipaje, fue buscar la casa que ocupaban las profesoras. Por estar situada en un lugar céntrico y despejado, no fue difícil de encontrar; una placa de latón bien bruñida indicaba sus nombres de forma prominente en la puerta. Titubeó antes de entrar sin otra noticia y acabó buscando alojamiento encima de una juguetería situada enfrente, donde había una salita que daba a una sala

de estar o salón de características similares de casa de la señora y la señorita Frankland, en la que se impartían las clases de danza. Allí instalado, y de forma indirecta y sin levantar sospechas, tuvo oportunidad de hacer averiguaciones sobre el carácter de las dos mujeres y observarlas, todo con la mayor premeditación.

Se enteró así de que la viuda, la señora Frankland, que tenía una única hija, Frances, disfrutaba de una excelente reputación y era alegre, vigorosa y concienzuda con sus alumnos, que no le faltaban y en cuya educación colaboraba la muchacha. Se trataba de una ciudadana bastante distinguida y, si bien la rama danzarina de su profesión era acaso un poco mundana, se la tenía por una mujer formal que, viéndose obligada a vivir de lo que sabía enseñar, compensaba la situación echando una mano en las ventas benéficas, arrimando el hombro en los conciertos religiosos y ofreciendo recitales musicales para recaudar fondos con los que dejar perplejos a felices salvajes, a lo que se sumaban otras actividades del mismo cariz habituales en este país ilustrado. Su hija era una de las más destacadas del grupo de jovencitas que decoraban las iglesias por Pascua y Navidad, tocaba el órgano en uno de esos templos y había contribuido al obsequio de una sopera de plata que se había entregado al reverendo Walker como muestra de gratitud por sus fieles y entusiastas entonaciones en los seis meses que había sido chantre secundario de la catedral. En líneas generales, madre e hija parecían una pareja corriente e inocente entre los habitantes refinados de Exonbury.

Como forma natural y sencilla de participar su profesión, dejaban entreabiertas las ventanas de la sala de música, de modo que uno tenía el placer de oír por toda la calle, a cualquier hora entre el alba y el atardecer, fragmentos de joyas de la música clásica interpretados por los jóvenes de doce o catorce años que allí recibían clases. Sin embargo, se decía que la mayor parte de los ingresos de la señora Frankland procedía del alquiler de pianos, así como de su venta, en la que actuaba de representante de los fabricantes.

El informe agradó a Millborne; era sumamente halagador y mucho mejor de lo que esperaba. Sentía curiosidad por ver a las dos mujeres que llevaban una vida tan intachable.

No tuvo que esperar mucho para echar una ojeada a Leonora. Apareció en la puerta de su casa y allí abrió una sombrilla la mañana posterior a la llegada de su antiguo amante. Estaba delgada, aunque no demacrada, y un buen rostro, bien conservado y reflexivo, había ocupado el lugar del que lo había atraído temporalmente cuando aún no era un adulto. Iba vestida de negro, lo que le daba aspecto de viuda. La hija salió a continuación; era una copia suavizada y con más formas de Leonora, con la misma determinación en el semblante y un modo de andar casi a brincos en el que detectó un leve parecido con el que tenía él a su edad.

Por primera vez se decidió firmemente a visitarlas, pero antes dio un primer paso y a la mañana siguiente hizo llegar a Leonora una nota con una propuesta de reunión en la que sugería que se celebrase al final de la tarde, pues ella parecía sumamente

ocupada por su vertiente profesional durante el día. De forma deliberada redactó la nota para que no requiriese de ella una respuesta que pudiera incomodarla.

No hubo contestación. Por descontado, no debería haberse sorprendido, pero lo cierto es que se sintió un poco rechazado, aunque lo único que había hecho Leonora había sido abstenerse de dar una respuesta no solicitada.

A las ocho, la hora que había señalado, cruzó la calle y la criada le dejó entrar con cierta pasividad. La señora Frankland, como se hacía llamar, lo recibió en el gran salón de música y danza de la parte delantera del primer piso, y no en una salita privada, que era lo que él esperaba. El entorno dio un aire penoso y empresarial a su reencuentro tras tantos años de separación. La mujer a la que había abandonado se presentó ante él bien vestida, incluso para unos ojos acostumbrados a la metrópoli, y su actitud al acercarse fue solemne y hasta rigurosa. Quedaba claro que no se alegraba en absoluto de verlo, pero ¿qué podía esperarse tras veinte años de negligencia?

—¿Cómo está usted, señor Millborne? —lo saludó en tono jovial, como a cualquier visita de cortesía—. Me veo obligada a recibirlo aquí porque mi hija tiene un amigo abajo.

—Su hija… y la mía.

—Ah… Sí, sí —respondió ella con precipitación, como si lo hubiera pasado por alto debido a un olvido—, aunque quizá cuanto menos se hable de ese asunto mejor, hágame el favor. Considéreme viuda, si no le importa.

—Por descontado, Leonora…

No logró continuar debido a la frialdad y la indiferencia de su anfitriona. No había ni rastro de la escena que se había imaginado, de tristes reproches transformados en delicadeza por el curso de los años. Se veía obligado a entrar en materia sin mayores preámbulos.

—¿Disfruta usted de total libertad, Leonora…? Libertad para contraer matrimonio, quiero decir. ¿No hay nadie a quien se haya prometido ni…?

—Sí, sí, disfruto de total libertad, señor Millborne —contestó ella, un tanto sorprendida.

—En ese caso voy a decirle para qué he venido. Hace veinte años prometí hacerla mi mujer y aquí estoy para cumplir mi palabra. Ojalá el cielo perdone mi tardanza.

Estaba cada vez más asombrada, pero no se alteró. Parecía sombría, negativa.

—No podría considerar una idea así en este momento de mi vida —aseguró pasado un momento—. Complicaría las cosas en exceso. Disfruto de muy buenos ingresos y no necesito ayuda de ninguna clase. No deseo casarme… ¿Qué puede haberlo empujado a venir a verme con semejante propósito a estas alturas? ¡Me parece algo extraordinario, si me lo permite!

—Me lo imagino… Y me atrevo a decir que lo es —contestó Millborne distraídamente—. Debo señalar que el impulso (y con ello me refiero a la pasión) tiene poco que ver con todo esto. Deseo casarme con usted, Leonora; lo deseo con

mucho afán, pero se trata de un asunto de conciencia, de un caso de resarcimiento. Se lo prometí y fue deshonroso por mi parte abandonarla. Me gustaría desprenderme de esa sensación de deshonor antes de morir. Sin duda podríamos volver a querernos con la misma intensidad que en los viejos tiempos, ¿verdad?

Leonora negó con la cabeza, recelosa.

—Aprecio sus motivos, señor Millborne, pero debe usted tener en cuenta mi posición, y ya ve que, si personalmente no tengo deseos de casarme, que no los tengo, no existe motivo alguno para que cambie de estado civil, por mucho que eso sirviera para apaciguar su conciencia. En esta ciudad soy una persona respetable, algo que he conseguido únicamente con un gran esfuerzo propio, y, sinceramente, no pretendo cambiar en nada mi situación. Por otro lado, mi hija está a punto de prometerse en matrimonio con un joven que será un excelente marido. Es en todos los sentidos un partido inmejorable. En este momento se encuentra en el piso de abajo.

—¿Y ella sabe…? ¿Sabe algo de mí?

—Ah, no, no. ¡Líbreme Dios! Cree que su padre está muerto y enterrado. Ya ve, pues, que las cosas nos van estupendamente y no deseo alterar su porvenir.

—Muy bien —asintió él, y se levantó para marcharse. Una vez en la puerta, sin embargo, dio media vuelta e insistió—: De todos modos, Leonora, he venido con una decisión clara y no veo en qué podría perjudicarle esta boda. Sencillamente contraería usted matrimonio con un viejo amigo. ¿No quiere pensárselo? Si pensamos en la muchacha, lo correcto sería desde luego que estuviéramos casados.

Leonora movió la cabeza y dio unos golpes impacientes con el pie en el suelo.

—Bueno, pues no la entretengo —concluyó él—. No tengo previsto irme todavía de Exonbury. ¿Me permitirá volver a verla?

—Sí, no será una molestia —respondió ella de mala gana.

Si bien no reavivaron la pasión ya difunta por Leonora, los obstáculos con los que se había encontrado Millborne volvieron indispensable para su tranquilidad mental vencer aquella displicencia. Empezó a visitarla con frecuencia. El primer encuentro con la hija fue una dura prueba, pese a que la joven no le impresionó como había imaginado; no despertó sus simpatías. La madre confesó a Frances la petición de su «antiguo amigo», que la hija vio con muy malos ojos. Por resultar, pues, su objetivo antipático para ambas, durante mucho tiempo Millborne no logró causar la más mínima impresión positiva en la señora Frankland. Sus atenciones más que complacerla la fastidiaban. Millborne se sorprendía ante su tenacidad y solo conseguía que reaccionara cuando apuntaba las razones morales para unirse en matrimonio.

—En un sentido estricto —le dijo en una ocasión—, deberíamos, como personas de bien que somos, casarnos. No tiene vuelta de hoja, Leonora.

—He sopesado ese argumento —respondió ella rápidamente—. Al principio me conmovió, pero lo cierto es que no se sostiene. Niego rotundamente que, después del tiempo que ha pasado, esté obligada a casarme contigo por motivos de honor. Lo

habría hecho, como bien sabes, en su momento, pero ¿de qué sirven a estas alturas los remedios?

Estaban junto a la ventana, en el primer piso. Un joven de barba rala y atuendo clerical llamó a la puerta de entrada de la casa. Leonora se ruborizó de emoción.

—¿Quién es? —preguntó el señor Millborne.

—El pretendiente de mi Frances. Cuánto lo lamento: ¡ha salido! ¡Ah! Le han dicho dónde está y ha ido en su busca… En fin, espero que el noviazgo llegue a buen puerto.

—¿Por qué iba a ser de otro modo?

—Bueno, el muchacho aún no puede casarse y Frances lo ve muy poco ahora que se ha ido de Exonbury. Anteriormente desempeñaba aquí sus funciones, pero hoy es pastor de la iglesia de St. John, en Ivell, a ochenta kilómetros de aquí. Tienen un acuerdo tácito, pero… algunos amigos suyos se oponen, debido a la vocación de mi hija y mía. Sin embargo, él entiende que tal objeción es absurda y no se deja influir.

—Casarte conmigo favorecería que el joven pidiera la mano de Frances, y no al contrario, como me has dicho en alguna ocasión.

—¿Tú crees?

—Sin duda alguna, ya que te permitiría dejar esta profesión para siempre.

Por azar había dado con la forma de interesarla un poco y decidió seguir por ese camino. La hija escuchó la premisa de labios de la señora Frankland y acabó por suavizar su oposición. Millborne, que había dejado ya los aposentos de Exonbury, hizo el trayecto de ida y vuelta con frecuencia hasta finalmente superar todas las negativas y sonsacar un consentimiento reticente.

Contrajeron matrimonio en la iglesia más cercana y traspasaron la actividad comercial (por su valor correspondiente) de las clases de música y danza a una sucesora que ardía en deseos de ocupar su puesto. Los Millborne habían decidido residir en Londres.

III

El señor Millborne había adquirido una casa en su antiguo barrio, aunque no en la misma calle, y su esposa y la hija de ambos se habían convertido en damas londinenses. Frances había acabado aceptando el traslado ante la satisfacción que había causado en su pretendiente, para quien resultaba más oportuno desplazarse ciento sesenta kilómetros desde Ivell para verla en Londres, donde acostumbraba a tener otros compromisos, que recorrer ochenta en dirección contraria para ir a un lugar donde nada más que la presencia de su amada lo reclamaba. Allí estaban, pues, instalados por completo, en una de las calles menores pero de moda de la zona oeste de la ciudad, en una casa cuya fachada, que hasta hacía poco parecía el rostro de un deshollinador, había sido objeto de un buen raspado para exhibir ante el sorprendido

caminante el ladrillo rojo y amarillo intenso que había pasado cincuenta años oculto bajo el hollín.

El ascenso social logrado por las dos mujeres a raíz del enlace fue considerable, pero, cuando pasó el regocijo que acompaña a una mudanza a Londres, esa sensación de hallarse en el eje del mundo, la vida que se abrió ante ellas prometía ser un tanto más lacia que en la despreciada Exonbury, donde conocían a tres cuartas partes de la población lo suficiente para saludarse con una inclinación de cabeza. El señor Millborne no criticaba a su mujer; era incapaz. Pasando por alto los defectos de dureza y acidez que habían podido desarrollarse en ella a raíz de la promesa incumplida y del transcurso de los años, la sensación de haber hecho realidad su empeño, de haber recuperado el amor propio, impulsaba al caballero a dejar que la balanza se inclinara siempre del lado de ella y anulara toda objeción.

Habría transcurrido un mes desde que se habían instalado en la capital cuando la familia decidió pasar una semana en un balneario de la isla de Wight, y durante su estancia fue a visitarlos el reverendo Percival Cope (esto es, el joven pastor ya mencionado), a Frances en particular. No se había anunciado todavía el compromiso formal, pero estaba claro que su mutuo entendimiento debía terminar en boda si no se quería que al menos una de las partes se llevara una gran decepción. Eso no quiere decir que Frances fuera sentimental. Más bien se trataba de una muchacha imperiosa, a decir verdad. Si hay que decirlo todo, cabe señalar también que no había cumplido las expectativas de su padre, pese a que éste deseaba su bienestar y lo procuraba con la misma sinceridad que cualquier padre.

El señor Cope conoció entonces al nuevo cabeza de familia y estuvo con los Millborne en la isla dos o tres días. La última jornada de su visita decidieron aventurarse a navegar dos horas en uno de los pequeños veleros que se ofrecían en alquiler. No había progresado mucho el viaje cuando todos, con la excepción del pastor, cayeron en la cuenta de que navegar con brisa no acababa de sentarles bien; sin embargo, dado que él parecía disfrutar con la experiencia, los otros tres sobrellevaron su estado todo lo bien que pudieron sin mueca o queja alguna, hasta que por fin el joven se percató de su mortificación y de inmediato dio instrucciones de virar. El trayecto de regreso a puerto lo hicieron en silencio, sentados unos frente a otros.

Las náuseas en estas circunstancias, como la vigilia, la fatiga, la preocupación o el miedo, tienen su claro reflejo en el semblante, hasta el punto de que suelen destacarse las divergencias del individuo respecto a lo que es norma en su raza y acentuarse las peculiaridades superficiales frente a las distinciones radicales. En tales momentos rasgos inesperados quedan al descubierto en rostros bien conocidos, la expresión se ve invadida por la presencia espectral de los ancestros sepultados y olvidados y las facciones familiares de cariz especial o exclusivo, que en momentos corrientes se ven enmascaradas por un semblante estereotipado, salen a la superficie con tosca insistencia.

Frances, sentada junto al marido de su madre y delante del señor Cope, fue naturalmente objeto de muchas miradas del pastor durante el tedioso regreso, primero con sonrisas compasivas y después, a medida que el padre maduro y su hija iban poniéndose grisáceos, a medida que el hermoso tono rosáceo de las mejillas de Frances se desintegraba en motas dispersas y la fina redondez de su fisonomía se alejaba de la belleza conocida y reposada y se desdibujaba en líneas elementales, Cope fue reparando gradualmente en el parecido entre una y otro en aquel momento de indisposición, por mucho que cuando se encontraban bien no tuvieran, a la vista, nada en común. Mareados, el señor Millborne y Frances se parecían de forma extraña y llamativa.

Este hecho inexplicable llamó mucho la atención de Cope, que se olvidó de sonreír a su amada, de cogerla de la mano, hasta el punto de que al llegar a puerto no se levantó y estuvo un momento como si hubiera entrado en trance.

Cuando emprendieron el camino a casa y recuperaron su color y sus facciones habituales, las similitudes fueron desapareciendo una a una y Frances y el señor Millborne se vieron una vez más enmascarados por las diferencias comunes del sexo y la edad. Había sido como si, durante la travesía, hubiera caído un velo que revelara temporalmente una extraña pantomima del pasado.

En el curso de la velada, Cope preguntó con aire despreocupado a su amada:

—¿Acaso es tu padrastro primo de tu madre, Frances querida?

—No, no —respondió ésta—. No existe parentesco alguno. Es un viejo amigo suyo, sin más. ¿Cómo se te ha ocurrido una cosa así?

El pastor no contestó y a la mañana siguiente partió para proseguir con sus obligaciones en Ivell.

Se trataba de un joven honrado, pero también astuto. Ya en sus tranquilos aposentos de Saint Peter’s Street, en Ivell, caviló un buen rato y con fastidio sobre los descubrimientos de la singladura. La historia que encerraban quedaba bien clara y por vez primera se encontró en una posición incómoda. Había conocido a madre e hija en Exonbury porque eran feligresas de la congregación, se había sentido atraído por Frances y se había dejado llevar a un compromiso que solamente era indefinido porque aún no estaba en disposición de casarse. El pasado de las profesoras de música siempre había estado envuelto en cierto halo de misterio, pero el juicio del joven pastor no le permitía contraer matrimonio con alguien de una familia cuyo misterio era del género que se intuía. Suspirando, se debatió entre sus reticencias de perder a Frances y su rechazo instantáneo a entablar relaciones con personas cuyos antecedentes no pudieran soportar una investigación estricta.

Acaso un amante ferviente, de los chapados a la antigua, no se habría detenido a sopesar tales dudas, pero, pese a ser miembro de la Iglesia, los sentimientos de Cope eran quisquillosos y estaban claramente templados con las aleaciones de la decadencia del siglo. Aplazó una temporada su siguiente carta a Frances, pues no podía forzarse a manifestar entusiasmo cuando lo intranquilizaban sospechas de aquel

calibre.

Mientras, los Millborne habían regresado a Londres y Frances iba acumulando motivos para angustiarse. Hablando de Cope con su madre hizo mención con toda la inocencia del mundo a la curiosa pregunta sobre el parentesco del matrimonio, y la Leonora le pidió que repitiera sus palabras. Frances las pronunció de nuevo y observó con ojos inquisitivos el efecto que tenían en la nueva señora Millborne.

—Pero ¿qué tiene de alarmante esa pregunta? —quiso saber—. ¿Puede estar relacionada con el hecho de que no me escriba?

Leonora se estremeció, pero no respondió, por lo que también Frances se vio inmersa en la atmósfera de las sospechas. Aquella noche, al pasar casualmente por delante de la puerta del dormitorio de sus padres, oyó por primera vez sus voces enzarzadas en un áspero altercado.

La manzana de la discordia había caído, en efecto, en casa de los Millborne. La escena del interior del cuarto era la siguiente: la señora estaba de pie ante el tocador y observaba a su marido, que había entrado en el vestidor adyacente, donde se había sentado y había clavado los ojos en el suelo.

—¿Por qué tuviste que venir a trastocar mi vida por segunda vez? —le preguntaba con severidad—. ¿Por qué me incordiaste con tu conciencia hasta que me vi arrastrada a aceptarte para librarme de su persistencia? A Frances y a mí nos iban bien las cosas: el único deseo de mi vida era que se casara con ese joven tan bueno. ¡Y ahora su noviazgo se rompe por tu cruel indiferencia! ¿Por qué volviste a presentarte en mi mundo y por qué has manchado de escándalo la respetabilidad que tanto me había costado ganarme, a costa de años de esfuerzo que han sido agotadores hasta lo indecible?

Echó la cabeza sobre la mesita del tocador y prorrumpió en un llanto desconsolado. No hubo respuesta del señor Millborne. Frances pasó casi toda la noche en vela y, cuando a la hora del desayuno tampoco apareció carta alguna del señor Cope, suplicó a su madre que se trasladara a Ivell para ver si el muchacho estaba enfermo.

La señora Millborne accedió y regresó el mismo día. Frances, angustiada y ojerosa, fue a esperarla a la estación.

¿Pasaba algo malo? Su madre no sabía decírselo, pero estaba claro que el pastor gozaba de buena salud.

Una cosa que sí había descubierto era que suponía un error ir detrás de un hombre cuando se sentía inclinado a mantener las distancias. De regreso con su madre en el coche de alquiler, Frances insistió en saber cuál era aquel misterio que sin duda la apartaba de Cope. No fue capaz de convencer a su madre para que reprodujera, con palabras exactas, su entrevista en Ivell, pero llegó a reconocer que el distanciamiento se debía fundamentalmente al hecho de que el señor Millborne hubiera ido a buscarla y se hubiera casado con ella.

—Pero ¿por qué fue a por ti y por qué te viste forzada a casarte con él? —

preguntó la afligida jovencita.

En este momento los indicios encajaron en su inteligencia despierta y, mientras el color iba intensificándose en su rostro, preguntó a Leonora si lo que parecían insinuar era en efecto cierto. Ésta reconoció que sí.

Tras haber enrojecido de vergüenza, el rostro de la joven enrojeció dehumillación. ¿Cómo podría un pastor de la Iglesia y un pretendiente de corrección tan escrupulosa como el señor Cope pedirle que fuera su mujer tras haber tenido noticia de su nacimiento anómalo? Se tapó los ojos con las manos, sumida en una callada desesperación.

En presencia del señor Millborne primero contuvieron su angustia, pero poco a poco se dejaron llevar por los sentimientos y, estando el caballero dormido en su sillón después de cenar, la irritación de su mujer estalló por fin. Con amargura, Frances se unió a los reproches dirigidos al hombre que había llegado como un espectro al banquete de Himeneo que pretendían celebrar y había convertido sus esperanzas en un estrepitoso fracaso.

—¿Por qué fuiste tan débil, madre, que abriste las puertas de tu casa a un enemigo así, cuando era tan evidente que sería tu perdición, y por si eso fuera poco lo aceptaste como marido, después de tanto tiempo? ¡Si me lo hubieras contado todo, podría haberte aconsejado! ¡En fin, supongo que no tengo derecho a recriminarle nada, por mucha que sea mi amargura y por mucho que haya malogrado mi vida para siempre!

—Frances, me resistí y mucho. Comprendí que era un error hablar siquiera con un hombre que había sido una auténtica maldición en mi vida, pero no atendía a razones, no dejaba de hablar de su conciencia y de la mía y acabó apabullándome hasta que acepté… ¡Y obligarnos a abandonar una ciudad tranquila donde se nos conocía y se nos respetaba, qué acto tan poco meditado! Allí teníamos relaciones sociales, gente de nuestra misma posición que no esperaba de nosotras más de lo que esperábamos nosotras de ellos. ¡Para venir aquí, donde tanto hay y no hay nada! Decía que la sociedad londinense era tan viva y tan deslumbrante que sería como un nuevo mundo. Quizá para los que participan de ella sí, pero ¿qué es para nosotras, que somos dos mujeres solitarias? ¡Solo la vemos pasar ante nuestras narices…! ¡Ah, qué insensatez la mía, qué insensatez!

En realidad, el señor Millborne no estaba tan dormido como para no oír estas reprobaciones, casi a la altura de execraciones, y muchas más del mismo estilo. En vista de que no hallaba la paz en su hogar, regresó al club, donde desde su reencuentro con Leonora raramente o incluso nunca se lo veía. Sin embargo, también allí la sombra de las preocupaciones de su familia interfería en su sosiego y no lograba, como antaño, acomodarse en su sillón preferido con el periódico vespertino ni la tranquilidad que da al célibe saber que allí donde esté se halla también el centro de su mundo. Millborne se había trasladado a un mundo de forma elíptica que tenía dos centros, y el suyo no era el principal.

El joven pastor de Ivell seguía guardando las distancias y atormentando a Frances con tan esquivo comportamiento. Era evidente que esperaba a ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Millborne soportaba los reproches de su mujer y su hija prácticamente en silencio, pero de forma gradual fue sumiéndose en un estado meditabundo, como si diera vueltas a una idea. El amargo grito que le reprochaba haber malogrado la vida de ambas fue adquiriendo tal efervescencia que un día el cabeza de familia propuso con serenidad que regresaran al campo, quizá no a Exonbury, sino, en caso de que aceptaran, a una casa solariega antigua y no muy grande que, según había descubierto, iba a ponerse en alquiler a un poco más de un kilómetro de Ivell, donde residía el señor Cope.

Madre e hija se llevaron una sorpresa y, pese a que lo consideraban el portador de todos los males, se mostraron dispuestas a acceder.

—De todos modos, supongo —le dijo la señora Millborne— que lo que conseguiremos será que el señor Cope te pregunte sin ambages por el pasado y te veas obligado a contárselo, lo cual dará al traste con todas las esperanzas que como madre tenía depositadas en Frances. Cada día que pasa se te parece más, en especial cuando está de mal humor. La gente os verá juntos y se dará cuenta; ¡y ya sabemos en qué puede acabar eso!

—No creo que lleguen a vernos juntos —replicó él, y se negó a entablar una discusión cuando ella insistió en lo contrario.

Se decidió finalmente el traslado, se vendió la casa de la capital y una vez más se produjo la invasión de los hombres de la mudanza y sus furgones, hasta que desaparecieron todos los muebles y los criados. Millborne mandó a su mujer y a su hija a un hotel en el proceso y viajó personalmente dos o tres veces a Ivell para supervisar las reformas, así como las mejoras realizadas en el terreno. Cuando estuvo todo listo fue a buscarlas a Londres.

La casa estaba lista para recibirlas, les dijo, y lo único que faltaba era que se trasladaran. Las acompañó con su equipaje personal solamente hasta la estación, pues, según les dijo, debía quedarse durante un breve espacio de tiempo en la gran ciudad para solucionar unos asuntos con su abogado. Así se marcharon las mujeres, recelosas y descontentas, en vista de que el adorado Cope no había dado señales de vida.

—¡Ojalá nos fuéramos a vivir ahí las dos solas —dijo la señora Millborne a su hija en el tren—, sin una presencia entrometida y delatora! Pero ¡qué remedio!

La casa era un grato rincón en un bosquecillo de olmos y les encantó. La primera persona que acudió a visitar a las recién llegadas fue el señor Cope. Se alegraba mucho de que se hubieran instalado tan cerca y (aunque no lo dijera) de que tuvieran previsto vivir con tanta elegancia. Sin embargo, no volvió a adoptar la actitud de pretendiente.

—¡Tu padre lo echa todo a perder! —exclamó entre dientes la señora Millborne.

No obstante, al cabo de tres días recibió una carta de su marido que la dejó en un

grado nada exiguo de estupefacción. Estaba fechada en Boloña.

Empezaba con una larga explicación de liquidaciones de sus propiedades, a lo cual se había entregado desde la partida de mujer e hija. La principal conclusión de la empresa era que Leonora era dueña y señora de una holgada suma en bienes inmuebles y Frances, de una renta vitalicia procedente de una suma mayor, cuya parte principal debía dividirse entre sus hijos en caso de que los tuviera. El resto de la misiva decía lo siguiente:

He descubierto que existen ciertas negligencias del deber que no pueden borrarse con una reparación tardía. Nuestras malas acciones no quedan aisladas en el pasado, a la espera de que las corrijamos: como si fueran plantas invasivas, se propagan y vuelven a echar raíces, hasta el punto de que destruir el tronco original no permite alcanzar en absoluto el objetivo de su erradicación. Cometí un error al ir en tu busca, lo reconozco; sea cual sea el remedio en un caso así, no es el matrimonio, por lo que lo más indicado para ambos es que no vuelvas a verme. No intentes, por favor, ir detrás de mí, pues tienes pocas posibilidades de dar conmigo: tus necesidades están atendidas y podríamos hacernos más mal que bien si nos viéramos nuevamente.

F. M.

En pocas palabras, Millborne desapareció a partir de aquel día. En cualquier caso, una investigación habría desvelado que, poco después de que madre e hija se trasladaran a Ivell, se instaló en Bruselas un inglés que no dio ese apellido pero que habría sido reconocido por Leonora si lo hubiera visto. Una tarde del verano siguiente, mientras hojeaba los periódicos ingleses, aquel caballero vio el anuncio del casamiento de Frances Frankland, que había pasado a ser la señora del reverendo Cope.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

Esta satisfacción momentánea distaba mucho, sin embargo, de equivaler a la felicidad. Del mismo modo que anteriormente había pesado sobre él como una losa la mala conciencia, ahora lo angustiaba la idea que había abrumado a Antígona: después de haber cumplido un rito de forma honrosa, era recompensado con una laxitud deshonrosa. De vez en cuando debía ayudarlo a llegar a sus aposentos el criado que tenía en el *Cercle* que frecuentaba, tras haber ingerido un exceso de licor que le impedía valerse por sí mismo, pero lo cierto es que era inofensivo e incluso cuando había bebido decía bien poca cosa.

Marzo de 1891

Una tragedia de dos ambiciones

I

El griterío de los chavales del pueblo se colaba por la ventana, acompañado de la risa entrecortada de los haraganes apostados en la puerta de la taberna; sin embargo, los hermanos Halborough seguían trabajando.

Estaban en un dormitorio de la casa del maestro reparador de molinos, entregados a la lectura sin guía del griego y el latín. No era ninguna historia de golpes y embestidas homéricos, de desplazamientos argonáuticos o de tribulaciones familiares tebanas, que avivara su imaginación y los espoleara para seguir su camino: batallaban con el Nuevo Testamento, inmersos en un capítulo de la compleja y enrevesada Epístola a los Hebreos.

El sol canicular, en su descenso, alcanzaba el bajo techo, de vertientes inclinadas, y las sombras del gran sauce cabruno se mecían y se mezclaban sobre las paredes como un ejército espectral en plenas maniobras. La ventana abierta de par en par, que recogía los ruidos más lejanos, dejó entrar de repente la voz de alguien de las proximidades. Era su hermana, una hermosa jovencita de catorce años, que gritaba desde el patio:

—¡Se os ve la coronilla! ¿De qué os vale estar ahí arriba encerrados? Me parece muy bien que no vayáis con los chavales de la calle, pero ¡salid a jugar conmigo!

La trataron como a una interlocutora incompetente y se deshicieron de ella con algún desaire. La muchacha se marchó desilusionada. Al poco rato se oyeron unos fuertes pasos en el lateral de la casa y uno de los hermanos se incorporó.

—Me parece que se acerca —musitó, con la vista clavada en la ventana.

Un hombre ataviado con el traje marrón claro de un anticuado comerciante rural se acercaba desde la esquina, tambaleándose. El hijo mayor se puso rojo de ira, se levantó de la mesa donde estaban sus libros y bajó la escalera. El menor se quedó en su silla hasta que, transcurridos unos minutos, el otro regresó al cuarto.

—¿Lo ha visto Rosa?

—No.

—¿Ni nadie?

—No.

—¿Qué has hecho con él?

—Está en el pajar. Lo he metido ahí con alguna que otra dificultad y se ha quedado dormido. ¡Ya me imaginaba que sería ése el motivo de su ausencia! No ha preparado las piedras para el molinero Kench, la gran rueda del aserradero sigue esperando las paletas nuevas y ni siquiera ha llegado a cambiarles las ruedas a las carretas de los pobres.

—Pero ¿para qué darle más vueltas? —exclamó el menor mientras cerraba de

golpe el diccionario de griego de Donnegan—. ¡Ay, lo que podríamos haber hecho si hubiéramos conservado las novecientas libras de madre!

—¡Qué bien calculó la suma necesaria! Cuatrocientas cincuenta por cabeza, se dijo. Y no dudo de que con eso podríamos haber salido adelante, con la debida precaución.

La pérdida de las novecientas libras era la espina más punzante de la corona que llevaban. Se trataba de una suma que su madre había reunido con gran esfuerzo y abnegación, añadiendo a una herencia fortuita todas las pequeñas cantidades de las que podía echar mano de vez en cuando. Con la cantidad atesorada pretendía satisfacer el mayor deseo de su corazón: enviar a sus hijos varones, Joshua y Cornelius, a una universidad, después de haberse informado de que con una suma entre cuatrocientas y cuatrocientas cincuenta libras podrían mantenerse mientras estudiaban si se atenían a la frugalidad de la que los sabía capaces. Sin embargo, había muerto hacía uno o dos años, agotada por su excesiva entrega a la consecución de ese objetivo, y el dinero había acabado incondicionalmente en manos de su padre, que lo había derrochado casi por completo. Con su desaparición se había esfumado también cualquier oportunidad y esperanza de un título universitario para sus hijos.

—Me hierve la sangre solo de pensarlo —reconoció Joshua, el primogénito—. Nos dejamos la piel con torpeza, a nuestro aire, y lo máximo a lo que podemos aspirar es pasar una serie de años como maestros de un colegio nacional[1] y una posible admisión en un seminario del que saldríamos ordenados como licenciados de segunda.

La rabia del hermano mayor se reflejaba simplemente en forma de tristeza en el semblante del menor.

—Podemos predicar el Evangelio igual de bien sin capucha en la sobrepelliz que con ella —apuntó a modo de poco convincente consuelo.

—Predicar el Evangelio… Cierto —reconoció Joshua frunciendo ligeramente la boca—, pero ¡no podemos ascender de rango!

—Vamos a conformarnos con todo lo que tenemos y a seguir hincando los codos.

Su hermano guardó silencio y con fastidio volvieron ambos a encorvarse sobre los libros.

El causante de todo este desconsuelo, el reparador de molinos Halborough, que roncaba en aquellos momentos en el pajar, había sido un próspero maestro mecánico, a pesar de su temperamento independiente y despreocupado, hasta que la ingestión de una cantidad mayor de lo recomendable de alcohol se había convertido en algo habitual; desde entonces sus hábitos habían influido en su trabajo con tristes resultados. Los molineros iban ya a otra parte para sus reparaciones y solo funcionaba la mitad de la maquinaria de antaño. Había empezado, pues, a tener dificultades para sufragar la paga semanal de sus hombres y, pese a que habían quedado reducidos en número, apenas quedaba trabajo suficiente para los que conservaba.

El sol descendió aún más y desapareció, los gritos de los niños del pueblo dejaron

de resonar, la oscuridad envolvió con su manto la habitación de los estudiantes y en apariencia se respiraba una atmósfera de paz. Nadie estaba al tanto de las febriles ambiciones juveniles que latían en dos pechos recluidos entre los tranquilos muros cubiertos de enredadera de la casa del reparador de molinos.

Unos meses después, los hermanos se marcharon de la aldea que los había visto nacer para ingresar en una escuela de formación de maestros, tras dejar a la pequeña Rosa en una localidad costera de moda, donde iba a recibir la mejor educación que podían permitirse con los medios de los que disponían.

II

Un individuo de atuendo semiclerical avanzaba por la carretera que llevaba de una estación de ferrocarril a una ciudad de provincias. Al andar leía constantemente y apenas levantaba la vista de vez en cuando para asegurarse de que no se salía del sendero peatonal y no se tropezaba con los demás transeúntes. En esos momentos, quien hubiera conocido a los antiguos estudiantes de la casa del reparador de molinos se habría percatado de que el lector ambulante era Joshua Halborough, uno de ellos.

Lo que había sido una fuerza elemental en el gesto del joven era juicio y energía en el del hombre. Su carácter iba plasmándose de forma gradual en su semblante. Gracias a lo que en él se distinguía podría haberse aventurado que calculaba su carrera profesional con un interés cada vez mayor, que de manera constante daba vueltas a su futuro y a poca cosa más prestaba atención. Sus ambiciones eran, en verdad, grandes, aunque las controlaba, y por eso en él se incubaban los gérmenes de muchos más proyectos de los que jamás llegarían a madurar; las visiones anticipadas se mantenían expresamente a media luz, para evitar distracciones.

Hasta la fecha los acontecimientos habían sido alentadores. Poco después de tomar las riendas de su primer colegio había conseguido que lo presentaran al obispo de una diócesis alejada de su condado, quien lo había considerado un joven prometedor y lo había acogido bajo su ala. Se encontraba en aquel momento en el segundo año de residencia en el seminario de la ciudad catedralicia y faltaba poco para que lo presentaran como candidato a la ordenación.

Entró, pues, en la ciudad, dobló por una calle secundaria y se metió después en un patio, y hasta que no puso los pies bajo el arco de acceso no apartó los ojos del libro. Por encima de ese arco se leía «Colegio nacional», y la cantería de las jambas estaba desgastada como solo pueden desgastarla los muchachos y las olas del mar. Enseguida lo envolvió el tono cantarín de los escolares.

Su hermano, Cornelius, que era el maestro de aquella institución, dejó a un lado el puntero con el que estaba indicando los cabos de Europa y se acercó.

—¡Es su hermano Jos! —susurró uno de los alumnos de sexto curso—. Va para clérigo y ahora está en el seminario.

—Pues Corney piensa hacer lo mismo, cuando haya ahorrado suficiente dinero —apuntó otro.

Después de saludar a su hermano, al que no veía desde hacía varios meses, Cornelius empezó a explicarle su sistema de enseñanza de geografía, pero el primogénito de los Halborough no mostró interés.

—¿Y tus estudios personales cómo van? —preguntó—. ¿Recibiste los libros que te envié?

El hermano menor los había recibido y le dijo a qué se dedicaba.

—Aprovecha el tiempo por las mañanas. ¿A qué hora te levantas?

—A las cinco y media.

—Dormir hasta las cuatro y media es más que suficiente en esta época del año. No hay mejor momento que la mañana para el discernimiento. No sé por qué, pero cuando estoy demasiado fatigado incluso para leer una novela no me cuesta traducir: tiene algo de mecánico, supongo. En fin, Cornelius, vas bastante retrasado y tienes por delante varias lecturas de peso si pretendes salir de aquí en navidades.

—Eso me temo, sí.

—Pronto habrá que ir a ver al obispo. Estoy convencido de que conseguirás su apoyo sin dificultad cuando lo sepa todo. El subdeán, que es el director del seminario, opina que lo más oportuno es que vayas cuando su ilustrísima esté presente en un examen; asegura que te conseguirá audiencia. Cuida de causarle buena impresión. En mi caso descubrí que eso lo era todo y la doctrina, casi nada. Tienes madera de diácono, Corney, y quién sabe si no de sacerdote.

El hermano menor se quedó pensativo y por fin preguntó:

—¿Has sabido algo de Rosa últimamente? Esta mañana he recibido carta.

—Sí. La muy pícara escribe con excesiva frecuencia. Echa de menos Inglaterra, y eso que Bruselas debe de ser un lugar con bastantes alicientes. Tiene que aprovechar al máximo el tiempo que pase allí. Me pareció que un año bastaría, después de aquel colegio de categoría de Sandbourne, pero he decidido que se quede otro más y haga las cosas bien, por muy caro que sea el centro.

Los dos rostros, bastante adustos, se habían relajado de inmediato al empezar a hablar de su hermana, a la que querían con más ambición aún que a sí mismos.

—Pero ¿de dónde va a salir el dinero, Joshua?

—Ya cuento con él. —Miró a un lado y otro y, al percatarse de que había algunos alumnos cerca, se apartó unos pasos—. Se lo he pedido prestado al cinco por ciento al granjero que ocupaba los terrenos contiguos a los nuestros. Seguro que lo recuerdas.

—¿Y para devolvérselo?

—Le pagaré a plazos con una cantidad de mi estipendio. No, Cornelius, no tenía sentido hacer las cosas a medias. Promete ser una joven muy atractiva, por no decir hermosa. Hace años que lo veo; y, si su rostro no es su fortuna, lo será la combinación de rostro y cerebro, si observo y procuro acertadamente. Llegar a ser, de la cabeza a los pies, una mujer preparada y refinada era algo imprescindible para el

cumplimiento de su destino, y para que avanzara y ascendiera con nosotros. Y lo conseguirá, ya lo verás. Preferiría privarme de la mitad de mi sustento a sacarla de ese colegio a estas alturas.

Echaron un vistazo al recinto en el que se encontraban. Para Cornelius era un lugar común y bien conocido, pero para Joshua, que tenía más bien pocas simpatías por la raza humana y venía de un establecimiento superior, el panorama era enervante y desagradable, algo que ya había superado.

—Respiraré tranquilo el día que te hayas ido de aquí —dijo— y estés en tu púlpito, bien avanzado tu primer sermón.

—Ya puestos, podrías referirte tranquilamente a la buena vida que llevaré.

—Ay, bueno, no saques conclusiones precipitadas de la Iglesia, que ofrece una excelente labor para cualquier hombre de ímpetu, como descubrirás —replicó con vehemencia—. Torrentes de infidelidad que atajar, nuevas perspectivas sobre antiguos asuntos que exponer, verdades en espíritu que sustituir por verdades al pie de la letra…

Se quedó absorto en la visión de su carrera, convencido de que el fervor por el cristianismo era lo que lo espoleaba, y no el orgullo del cargo. Se había echado al hombro un conjunto de doctrinas y estaba preparado para defenderlas a brazo partido, puramente por el honor y la gloria que obtienen los guerreros.

—Si la Iglesia es flexible y se adapta a la forma de los tiempos, sobrevivirá, supongo —señaló Cornelius—. En caso contrario… Piensa solo una cosa: el otro día compré en un puesto de libros un ejemplar de las *Evidencias* de Paley, en la mejor edición, con márgenes amplios y una presentación excelente, por… nueve peniques. Me dije que el cristianismo debe de gozar de una salud muy deficiente.

—¡No, no! —exclamó su hermano, casi con furia—. Eso únicamente quiere decir que tales defensas ya no son necesarias. Los ojos de los hombres alcanzan a ver la verdad sin ayuda de fuera. Además, hemos tomado partido por el cristianismo y tenemos que salvaguardarlo pase lo que pase. Precisamente ahora estoy leyendo la *Biblioteca de los padres* de Pusey.

—¡Acabarás de obispo, Joshua, antes de terminar!

—¡Ah! —suspiró su hermano con amargura mientras negaba con la cabeza—. Acaso podría haberlo logrado… Podría haberlo logrado… Pero ¿dónde está mi doctorado en Teología o en Derecho? ¿Y cómo ser obispo sin tal apéndice? El arzobispo Tillotson era hijo de un sastre de Sowerby, pero lo mandaron a Clare College. Tener Oxford o Cambridge como alma máter no ha sido mi destino, no ha sido nuestro destino. ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que podríamos haber llegado a ser, en la bella esperanza malograda por ese individuo maldito, despreciable y…

—¡Calla, calla! En fin, también yo lo pienso, en el mismo grado que tú. Últimamente lo he visto aún de forma más intensa. Tú ya habrías conseguido tu título hace tiempo, tal vez estarías dando clases en la universidad, y yo iría camino de conseguir el mío.

—No me lo recuerdes. Hay que aprovechar al máximo lo que tenemos.

Miraron por la ventana con tristeza, por los cristales polvorientos, tan altos que solo se divisaba el cielo. De nuevo, poco a poco, surgió la preocupación que los obsesionaba y Cornelius rompió el silencio con un susurro:

—¡Ha venido a verme!

El semblante de Joshua se quedó sin pulso vital, árido como un ladrillo.

—¿Cuándo ha sido eso? —se apresuró a preguntar.

—La semana pasada.

—¿Y cómo llegó hasta aquí? Son muchos kilómetros…

—Vino en ferrocarril. Me pidió dinero.

—¡Ah!

—Dice que irá a verte a ti.

Joshua contestó con resignación. El tema de la conversación destruyó su optimismo para lo que quedaba de tarde. Regresó a última hora y Cornelius lo acompañó hasta la estación; sin embargo, no leyó en el tren que lo devolvió al seminario de Fountall, como había hecho a la ida. Aquella preocupación imposible de erradicar seguía presente como una terrible mancha en el curso de su vida. Al día siguiente participó con los demás alumnos en el coro de la catedral, pero el recuerdo del conflicto oscureció el esplendor morado que las vidrieras dibujaban en el suelo.

Había empezado ya la tarde. En el huerto de la catedral todo estaba tranquilo, todo lo tranquilo que un huerto así puede estar entre un oficio dominical y otro; el graznido incesante de los grajos era lo único que se oía. Joshua Halborough había terminado su ascético almuerzo y se había dirigido a la biblioteca, donde se había detenido un instante para mirar por el ventanal que daba al huerto. Por él vio acercarse a paso lento a un hombre con un abrigo de fustán y un raído sombrero blanco de pelo muy arrugado que llevaba del brazo a una cíngara alta y con grandes pendientes de latón. El individuo miraba socarronamente la fachada occidental de la catedral y Halborough reconoció en él la figura y los rasgos de su padre. De la identidad de la mujer nada sabía. Prácticamente en el mismo instante en que se percataba de todas esas cosas, el subdeán, que ocupaba asimismo el cargo de director del seminario y despertaba en el joven más admiración que el mismísimo obispo, apareció por la verja y echó a andar por un sendero que atravesaba el recinto. La pareja se topó con él y, para horror de Joshua, su padre se volvió y le dirigió la palabra.

No tenía forma de saber de qué hablaban, pero petrificado y entre sudores fríos vio cómo su padre le ponía la mano en el hombro al subdeán con familiaridad; la manera en que éste se encogió y se apartó al momento dejaba claros sus sentimientos. Daba la impresión de que la mujer no decía nada. Una vez hubo pasado de largo el religioso, la pareja siguió su camino hasta la entrada del seminario.

Halborough echó a correr por el pasillo y salió por una puerta lateral con la intención de cerrarles el paso antes de que llegaran a la principal, que era su objetivo.

Los alcanzó tras un macizo de laureles.

—¡Por los clavos de Cristo, pero si aquí está el chaval! Bueno, bueno, menudo pieza estás hecho, Jos, que nunca mandas a tu padre ni un mal rollo de tabaco y lo obligas a patearse tantísimos kilómetros para venir a verte!

—Para empezar, ¿ésta quién es? —preguntó Joshua Halborough con cierta dignidad, señalando con la mano a la mujer de formas rotundas que llevaba los grandes aros en las orejas.

—¡Pues la parienta, hombre! ¡Tu madrastra! ¿No sabías que me había casado? Una tarde me acompañó a casa al salir del mercado, hicimos buenas migas y acabamos cerrando el trato. ¿Verdad que sí, Selinar?

—Verdad de la buena, por todo lo más santo del altísimo que sí —repuso la aludida con una sonrisa afectada.

—A ver, ¿en qué clase de sitio estás viviendo? —quiso saber su acompañante—. Una especie de reformatorio, parece.

Joshua escuchó abstraído, con los rasgos contraídos en un gesto de resignación. Asqueado, estaba a punto de preguntarles si les hacía falta algo de primera necesidad, comida, cuando su padre lo interrumpió:

—En fin, que hemos venido a pedirte que te vengas a ver qué nos echan de comer en El Gallo y la Botella, donde nos hemos aposentado por un día, que vamos de camino a ver a los amigos de aquí la parienta en la feria de Binegar, donde van a estar un par de días acampados en una tienda. En cuanto a las vituallas de El Gallo, la verdad es que no puedo dar fe de ellas, pero si me preguntas por la bebida te digo que tienen la mejor Old Tom que he probado en los últimos años.

—Gracias, pero soy abstemio. Y además ya he almorzado —informó Joshua, a quien no le costaba creer el testimonio de su padre sobre la ginebra, a juzgar por su aliento—. Resulta que aquí tenemos que cumplir un horario estricto y en este momento no estaría bien que me vieran en El Gallo y la Botella.

—Hombre, pues entonces no venga usted, reverencia, pero a lo mejor no le importa invitar a los que nos da igual que nos vean por allí.

—Ni un penique —replicó su hijo con severidad—. Ya ha bebido bastante.

—Muchísimas gracias. Oye, por cierto, ¿quién era ese larguirucho de los zapatos con hebillas con el que acabamos de toparnos? ¡Cualquiera diría que le daba miedo que lo envenenáramos!

Joshua observó con frialdad que se referían al director del seminario y a continuación inquirió con cautela:

—¿Le ha dicho a quién venía a ver?

Su padre no respondió. Su fornida mujer cíngara (si es que se trataba de su mujer) y él no se entretuvieron más y desaparecieron en dirección a la calle mayor. Joshua Halborough regresó a la biblioteca. Pese a ser de naturaleza resuelta, derramó sus buenas lágrimas sobre los libros y se sintió infinitamente más desdichado aquella tarde que el inoportuno visitante. A última hora se sentó a escribir a su hermano una

carta en la que, tras contarle lo sucedido y explayarse sobre la nueva desgracia de la cíngara, proponía reunir el dinero suficiente para animar a la pareja a emigrar a Canadá. «Es nuestra única oportunidad —señalaba—. Tal como está la situación en este momento, es exasperante. Para un pintor, un escultor, un músico o un escritor de éxito que cautiva a toda la sociedad no es una desventaja, e incluso en ocasiones se convierte en una recomendación romántica, ser hijo de marginados y libertinos, pero ¡para un clérigo de la Iglesia de Inglaterra! ¡Cornelius, es una catástrofe! Si quieres triunfar en la Iglesia la gente tiene que creer en ti, primero como caballero, segundo como hombre de recursos económicos, tercero como erudito, cuarto como predicador y quinto, tal vez, como cristiano, pero siempre primero como caballero, con todo el empuje, el alma y la fuerza que eso supone. Habría sido capaz de soportar que mi padre fuera un mecánico de poca monta y habría sobrellevado la carga si hubiera sido, de un modo u otro, un hombre respetable y decente. La esencia del cristianismo es la humildad y con ayuda de Dios habría plantado cara a la situación, pero ¡ese terrible vagabundeo y esas relaciones vergonzosas! Si no acepta mis condiciones y se marcha de Inglaterra, acabará con nuestra reputación y con mi vida. ¿Cómo podemos vivir con esto, renunciar a la alta vida que esperamos y rebajar a nuestra querida hermana Rosa al nivel de hijastra de una cíngara?»

III

La congregación de la parroquia de Narrobourne estaba emocionada. Acababa de terminar el oficio matinal y todas las conversaciones se centraban en el nuevo coadjutor, el señor Halborough, que había pronunciado su primer sermón, en ausencia del párroco.

Hasta la fecha jamás se habían acercado los sentimientos de los aldeanos a un nivel semejante de emoción en un asunto así. Las peroratas que habían sido la norma en aquel tranquilo pueblo durante un siglo parecían haber pasado por fin a la historia. Se repetían el texto unos a otros como una cantinela: «¡Oh, Señor, acude en mi ayuda!». Nadie recordaba que antes de aquel día lo tratado en el sermón hubiera sido tema de conversación de la puerta de la iglesia a la de la verja del cementerio y se hubieran dejado a un lado los comentarios personales sobre los asistentes y sobre las noticias de la semana en general.

Las apasionantes frases del predicador les rondaron por la cabeza todo el día. En aquella parroquia impregnada de indiferentismo aconteció que los mozos y las mozas, los feligreses de mediana edad y los ancianos que habían ido a la iglesia aquella mañana repetían como movidos por una fascinación lo que había dicho Halborough, y lo hacían más o menos indirectamente, e incluso con el subterfugio de una leve risa que no era auténtica, pues hasta ahí llegaba su timidez ante la singularidad de su experiencia.

Más curioso que la emoción de aquellos aldeanos poco convencionales ante un pastor de una nueva escuela, después de cuarenta años escuchando al veterano que había estado a cargo de sus almas, era el efecto de las palabras de Halborough en los ocupantes del banco de la casa señorial, incluido el propietario de las tierras. Estos últimos creían saber cómo restar valor al simple sermón efectista, cómo reducir la oratoria estridente a sus mínimas proporciones; sin embargo, se habían rendido como los demás miembros de la congregación a los encantos del recién llegado.

El señor Fellmer, el terrateniente, era un joven viudo cuya madre, aún en la flor de la vida, había vuelto a ocupar su antiguo puesto en la mansión familiar a la muerte de su nuera, que se había producido un año después de casada, en el momento de dar a luz a una frágil chiquilla. Desde el día de la tragedia, Fellmer había llevado una vida inactiva, recluido en el distrito parroquial; parecía apático y carente de toda motivación. Había devuelto de buen grado a su madre su antiguo cometido en la lúgubre casa y su principal ocupación había pasado a ser la administración de la hacienda, que no era grande. La señora Fellmer, que se había sentado a su lado a los pies de Halborough aquella mañana, era una mujer jovial y franca que iba al mercado y daba las limosnas en persona, sentía predilección por las flores tradicionales y se paseaba por la aldea los días en que llovía mucho para visitar a los lugareños. Eran las dos únicas personas de alta cuna de Narrobourne, y se habían quedado tan impresionadas con la elocuencia de Joshua como los plebeyos.

Al llegar éste, hacía unos días, se lo habían presentado brevemente; como había suscitado su interés, esperaron unos instantes a que saliera de la sacristía para recorrer con él el sendero del camposanto. La señora Fellmer elogió el sermón, señaló la buena fortuna que era para la parroquia su incorporación y manifestó la esperanza de que hubiera hallado buen alojamiento.

Un tanto ruborizado, Halborough contestó que había encontrado excelente hospedaje en la amplia casa de un granjero, a quien nombró.

La señora Fellmer expresó el temor de que se sintiera muy solo, en especial por la noche, y afirmó que esperaban verlo muy a menudo. ¿Cuándo podía ir a cenar con ellos? ¿Tal vez aquel mismo día? El primer domingo por la noche en el campo se le haría muy aburrido, sin duda.

Halborough respondió que sería para él todo un placer, pero se temía que debía rechazar la invitación.

—No me encuentro completamente solo —aclaró—. Mi hermana, que acaba de regresar de Bruselas y que, al igual que usted, pensó que me sentiría muy desamparado estando solo, me ha acompañado y pasará conmigo unos días para poner orden en mis habitaciones y encauzar mi estancia. Estaba demasiado fatigada para venir a la iglesia y me espera en la granja.

—Pero, bueno, traiga a su hermana. ¡Mejor que mejor! Será todo un placer conocerla. ¡Ojalá hubiera estado al tanto de la situación! Hágame el favor de decirle que no teníamos ni idea de su presencia.

Halborough garantizó a la señora Fellmer que transmitiría el mensaje, sin la más mínima duda, pero añadió que no estaba tan seguro de que su hermana pudiera acompañarlo. Lo cierto es que iba a decidirlo él, ya que Rosa sentía un respeto casi filial por sus deseos. Sin embargo, no tenía muy claras las condiciones del vestuario de su hermana y no le cabía duda de que no debía entrar en la casa señorial en situación de desventaja aquella noche, cuando probablemente en el futuro se darían muchas oportunidades para hacerlo de modo favorecedor.

Se dirigió a la granja a grandes zancadas. Aquél había sido, pues, el resultado de su primera mañana de trabajo como coadjutor. Las cosas le habían salido bastante bien. Se había ordenado y estaba en una parroquia cómoda que iba a supervisar prácticamente solo, pues el párroco tenía achaques. Había causado una impresión óptima nada más empezar y la ausencia de capucha no parecía haberlo perjudicado. Por otro lado, y gracias a una labor de persuasión y un pago considerables, había logrado enviar a su padre y a la mujer de tez morena a Canadá, donde no tenían muchas posibilidades de interferir en sus intereses.

Rosa salió a recibirlo.

—¡Ah! Tendrías que haber sido buena chica y haber venido al oficio —la riñó.

—Sí… Después me he arrepentido, pero le tengo, por norma, tanta manía a la Iglesia que no he dado la importancia que merecía a que fueras tú el que pronunciaba el sermón. ¡Qué mal me he portado!

La muchacha que hablaba en este tono jocoso era hermosa y alta, cubría su figura de sílfide con un vestido de muselina y tenía el toque justo de coqueta *désinvolture* que se traen las jóvenes inglesas del extranjero y que pierden después de unos meses de existencia autóctona. Joshua era cualquier cosa menos bromista: el mundo le preocupaba demasiado para permitirse estados de ánimo bulliciosos. La informó de la invitación con fraseología decidida y práctica.

—Vamos a ver, Rosa, tenemos que ir, eso ni se discute, siempre y cuando cuentes con un vestido conveniente para una situación improvisada como ésta. ¿No se te ocurriría, por casualidad, traer un traje de noche a un lugar tan apartado?

En realidad, y por llegar de la ciudad que llegaba, habría costado coger a Rosa desprevenida en estos detalles.

—Pues sí —contestó—. Nunca sabe una lo que puede surgir.

—¡Bien hecho! Bueno, entonces salimos a las siete.

Fue cayendo la tarde y al anochecer emprendieron camino a pie. Rosa llevaba el borde de la falda agarrado bajo la capa para que no se mojara, por lo que iba formando una gran bolsa de gaita a su alrededor, y los zapatos de satén bajo el brazo. Joshua no le dejó esperar a haber entrado para cambiárselos, como proponía ella, e insistió en que efectuara la operación bajo un árbol, para que al entrar pareciera que no había ido andando. El joven manifestaba una formalidad nerviosa respecto a esas nimiedades, mientras que para Rosa todo el proceso (paseo, vestido, cena y demás) era un pasatiempo. Para Joshua se trataba de un paso importante en su vida.

Jamás se ha presentado en una cena a una hermana de coadjutor más lejos de lo esperado. La sorpresa de la señora Fellmer no pudo disimularse. Se había imaginado a una Dorcas, o a una Martha, o a una Rhoda a lo sumo, y una sombra de recelo cruzó su rostro. Era posible que, en caso de haber acompañado la muchacha a su hermano a la iglesia, no hubiera habido cena en Villa Narrobourne aquella noche.

No causó el mismo efecto en el joven viudo, su hijo, que recordaba a quien abre los ojos a las doce un día de verano convencido de que aún está amaneciendo. Apenas podía dejar de estirar los brazos y bostezar delante de todo el mundo, tan intensa era la sensación de haber despertado de repente para encontrarse con algo imprevisto. Una vez se hubieron sentado a la mesa empezó a dirigirse a Rosa con cierto aire de dueño y señor de aquellas tierras, pero la mujer que acechaba tras su invitada enseguida lo puso en su sitio y la joven de Bruselas le vio mirarle la boca, las manos y el contorno como si no acabara de entender su origen: después el señor Fellmer se sumió en ese estado más satisfactorio en el que no se perciben los detalles.

Él habló poco; ella dijo mucho. La llaneza de los Fellmer, a su parecer, por mucho que por aquellos lares se les tuviera un respeto reverencial, la animó a dejar a un lado la vergüenza. El terrateniente había perdido tanto la práctica, se había adentrado tanto en las sombras el último año de su vida, que casi se había olvidado de lo que existía en el mundo hasta que la velada se lo había recordado. Su madre, pasados los primeros momentos de duda, pareció creer que lo mejor era dejarlo seguir su propio criterio, por lo que centró la atención en Joshua.

A pesar de todas sus previsiones y de la tenacidad de sus propósitos, éste comprobó que el resultado de la cena superaba sus expectativas. Al urdir sus ambiciones había considerado a Rosa una chiquilla menuda y vivaz que podría llamar la atención con su ayuda, pero aquella noche empezó a darse cuenta de que los dones físicos que le había otorgado la naturaleza podrían ayudarlos a los dos más que los intelectuales que le había concedido a él. Mientras Joshua se dedicaba a perforar con paciencia un túnel, Rosa parecía estar a punto de sobrevolar la montaña.

Al día siguiente escribió una carta a su hermano, que ocupaba las que habían sido sus habitaciones en el seminario, para contarle exultante el imprevisto *début* de la muchacha en la casa señorial. A vuelta de correo le llegó una felicitación, contrarrestada por la mala noticia de que a su padre no le gustaba Canadá; la cíngara con la que se había casado lo había abandonado y estaba tan hundido que se planteaba volver a casa.

La reciente satisfacción por los éxitos obtenidos había hecho a Joshua Halborough olvidar prácticamente su eterna preocupación, que en los últimos tiempos la distancia había ocultado. Sin embargo, volvía a caer sobre sus hombros, pues deducía de aquel breve anuncio más de lo que parecía ver su hermano. Era una nube no mayor que la mano de un hombre, pero anunciaba tormenta.

IV

Una mañana del mes de diciembre, uno o dos días antes de Navidad, la señora Fellmer y su hijo paseaban por el amplio sendero de grava que lindaba con la fachada oriental de la casa. Había lloviznado hasta hacía media hora y acababan de salir a dar una vueltecita antes de almorzar.

—Resulta, madre querida —decía el hijo—, que es precisamente la peculiaridad de mi posición la que hace que la vea tan deseable. Si tienes en cuenta cómo me he visto lisiado en un buen principio, cómo ha sido mutilada mi vida, que cualquier cosa parecida a la vida pública me resulta desagradable, que no tengo ambiciones políticas y que mi principal objetivo y mi esperanza es la educación de esa cosita que me dejó Annie, tienes que comprender cuán apetecible resulta una mujer como la señorita Halborough, para evitar que me convierta en un mero vegetal.

—¡Si la adoras, supongo que debes hacerla tuya! —replicó su madre de forma indirecta e irónica—. No obstante, ya verás cómo no se queda satisfecha viviendo aquí como vives tú y dedicando toda su atención a una criatura.

—Ahí es precisamente donde no estamos de acuerdo. Lo que podría descalificarla, por no ser nadie, como dices tú, es a mi juicio su mejor recomendación. Su falta de parientes influyentes limita sus ambiciones. Por lo que sé de ella, vivir en este lugar colmaría sus aspiraciones. Jamás sentiría deseos de cruzar la verja del parque si fuera necesario quedarse dentro.

—Como estás enamorado de ella, Albert, y pretendes hacerla tu mujer, te inventas esos motivos prácticos para que la propuesta parezca respetable. Bueno, haz lo que quieras; no tengo autoridad sobre ti, así que ¿por qué ibas a requerir mi consejo? Pretendes pedir su mano ahora mismo, sin duda. ¿Acaso no estoy en lo cierto?

—En absoluto. Solo doy vueltas a la idea. Si cuando la conozca mejor resulta tan maravillosa como me ha parecido hasta la fecha… Bueno, ya veré lo que hago. Reconoce, de todos modos, que la aprecias.

—Lo reconozco sin titubear. Es totalmente cautivadora a simple vista, pero imaginármela como madrastra de tu hija es otra cosa bien distinta. ¡Te veo con muchas ganas, Albert, de librarte de mí!

—De ningún modo. Y no soy tan temerario como crees. No tomo decisiones con precipitación. Sin embargo, una vez he tenido la idea te la digo de inmediato, madre. Si te parece mal, dímelo.

—Yo no digo nada. Trataré de llevarlo lo mejor posible si estás convencido. ¿Cuándo llega?

—Mañana.

En ese preciso instante se ultimaban grandes preparativos en la casa que dirigía el coadjutor. Rosa, que en sus dos estancias anteriores de aquel año, de dos o tres semanas cada una, tanto había impresionado al terrateniente, iba a visitar de nuevo a Joshua, así como el menor de sus hermanos, Cornelius, para celebrar las fiestas en

familia. La joven, procedente de las Midlands, no podía llegar hasta última hora de la tarde, pero el primogénito esperaba a Cornelius bastante antes y pensaba ir a buscarlo para recorrer juntos los campos que separaban la estación de su casa.

Cuando estuvo todo dispuesto en su humilde morada, Joshua emprendió el camino con el corazón más henchido de optimismo y gratitud que en cualquier otro momento de su vida. Su reputación era tan envidiable que el camino de su hermano a la ordenación prometía ser inesperadamente llano. Tenía ganas de comparar experiencias con él, aunque lo preocupaba un asunto aún más emocionante. Desde joven había considerado que en las zonas rurales y tradicionales la Iglesia confería prestigio social hasta cierto grado por un precio inferior al de cualquier otra profesión u ocupación, y parecía que los acontecimientos le daban la razón.

Llevaba andando una media hora cuando vio a Cornelius acercarse por el sendero; los hermanos se encontraron al cabo de unos minutos. Las experiencias del menor habían sido, a simple vista, menos interesantes que las del mayor, pero su posición personal era buena y nada podía explicar su actitud extraordinariamente apagada, que en un principio Joshua atribuyó a la fatiga ocasionada por un exceso de estudio, por lo que sin más empezó a hablarle de la llegada de Rosa aquella misma tarde y de las probables consecuencias de su tercera visita.

—Antes de Pascua será su mujer, hermano mío —afirmó con un júbilo sereno.

Sin embargo, Cornelius hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¡Llega demasiado tarde! —respondió.

—¿Qué quieres decir?

—Mira esto.

Le enseñó el periódico de Fountall y puso un dedo encima de un párrafo que Joshua leyó. Se trataba de un breve de la crónica de sucesos en torno a un caso común y corriente de alteración del orden público por el que un individuo había sido condenado a siete días de cárcel por romper cristales en esa localidad.

—¿Y bien?

—Sucedió una noche en que me encontraba en la calle; el delincuente es nuestro padre —señaló Cornelius.

—No… ¿Cómo…? Pero si le envié más dinero a cambio de que prometiera quedarse en Canadá.

—Pues está aquí, no cabe duda —contestó el menor de los hermanos, y ofreció el resto de la información con el mismo tono lúgubre.

Había sido testigo de los hechos, sin que su padre reparara en su presencia, y lo había oído decir que se dirigía a visitar a su hija, que iba a casarse con un caballero de posibles. Lo único bueno del desafortunado incidente era que el nombre del reparador de molinos había aparecido como «Joshua Alborough», sin la hache inicial.

—¡Derrotados! ¡Vamos a ser derrotados cuando tan cerca está la victoria que ansiábamos! —se lamentó el primogénito—. ¿Cómo se habrá enterado de que Rosa tenía posibilidades de casarse? Cielo santo, Cornelius, parece que estás condenado a

traer siempre malas noticias, ¿no es cierto?

—Sí que lo es. ¡Pobre Rosa!

Casi con lágrimas en los ojos, tales eran su consternación y su vergüenza, los hermanos prosiguieron su camino hasta la casa de Joshua. A última hora salieron a recoger a Rosa y regresaron con ella a la aldea en una calesa. Una vez entró por la puerta y se sentó con ellos casi se olvidaron de su secreta inquietud al contemplar a la muchacha, que nada sabía del asunto.

Al día siguiente los visitaron los Fellmer y las dos o tres jornadas posteriores fueron animadas. Sin duda el terrateniente estaba cediendo a sus impulsos, tomando una decisión. El domingo Cornelius hizo las lecturas y Joshua se encargó del sermón. La señora Fellmer se mostraba muy maternal con Rosa y daba la impresión de que había resuelto aceptar lo inevitable con buen talante. La hermosa joven iba a pasar otra tarde con la señora, supervisando una recepción a los parroquianos que se celebraba en la mansión con motivo de las navidades, para quedarse luego a cenar. Sus hermanos irían a recogerla por la noche, pues, aunque también estaban invitados a compartir el ágape, no podían aceptar debido a un compromiso.

Este compromiso era de cariz sombrío. Iban a ver a su padre, que aquel día debía salir de la cárcel de Fountall, para tratar de convencerlo de que no se acercara a Narrobourne. Pensaban redoblar esfuerzos para que regresara a Canadá, o a su antigua casa de las Midlands, donde fuera, con tal de que no se entrometiera desastrosamente en sus trayectorias y diera al traste con las posibilidades de boda de su hermana, que en aquel momento pendían de un hilo.

En cuanto sus amigos de la casa señorial fueron a buscar a Rosa, los hermanos dieron inicio a su expedición, sin entretenerse con el almuerzo ni con el té. Cornelius, a quien el padre dirigía siempre las escasas cartas que escribía, extrajo del bolsillo y releyó sin detenerse la escueta nota que había ocasionado aquel viaje; la había enviado su padre la noche previa, inmediatamente antes de su liberación, y en ella indicaba que salía para Narrobourne tras escribirla, que por no disponer de dinero se vería obligado a andar todo el camino y que calculaba que hacia las seis del día siguiente pasaría por la ciudad de Ivell, donde pensaba cenar en La Posada del Castillo y donde esperaba que fueran a verlo en un landó con dos caballos, o algún otro vehículo por el estilo, a fin de que no los avergonzara apareciendo como un vagabundo.

—Se diría que le preocupa mínimamente nuestra posición social —observó Cornelius.

Joshua era consciente del fondo satírico de las palabras paternas y no contestó. Se impuso el silencio la mayor parte del viaje. Los faroles estaban encendidos en Ivell cuando entraron en sus calles y Cornelius, que era bastante desconocido en aquellas partes y, además, no llevaba atuendo clerical, decidió que era mejor que se dirigiera él a La Posada del Castillo. En respuesta a la pregunta hecha en la oscuridad de la entrada le indicaron que un hombre como el que describía había salido de allí haría

un cuarto de hora, tras haber cenado algo en el banco de la cocina. Al parecer, iba cargado de alcohol.

—Entonces —concluyó Joshua cuando su hermano salió con la noticia—, ¡debemos de habernos cruzado! Ahora que lo pienso, es verdad que hemos visto a alguien que andaba tambaleándose bajo los árboles, al otro lado de Hendford Hill, aunque estaba tan oscuro que no se veía quién era.

Volvieron sobre sus pasos a toda prisa pero durante un largo trecho del camino de regreso no vieron a nadie. Sin embargo, cuando ya llevaban recorridos unos tres cuartos de la distancia se fijaron en unas pisadas irregulares delante de ellos y vislumbraron una figura blanquecina en la penumbra. Se acercaron con recelo. La figura se topó con otro caminante (el único en aquel camino solitario) y oyeron claramente que le preguntaba por dónde ir a Narrobourne. El desconocido contestó (lo cual era bien cierto) que el camino más corto era girar al llegar a los escalones del siguiente puente y seguir el sendero que nacía allí y cruzaba los prados.

Al llegar a los escalones también los hermanos enfilaron el sendero, pero no alcanzaron al causante de su desasosiego hasta haber cruzado dos o tres prados. En aquel punto alcanzaban a verse ya las luces de la casa señorial de Narrobourne entre los árboles. Su padre ya no andaba, sino que se había sentado con la espalda apoyada en el húmedo terraplén de un seto vecino. Al divisar sus siluetas gritó:

—Me dirijo a Narrobourne. ¿Quién va?

Se acercaron y se presentaron; acto seguido le recordaron que había sido él quien había propuesto en su nota esperarlos en Ivell.

—¡Por los clavos de Cristo, pero si se me había ido de la cabeza! Bueno, ¿qué queréis que le haga? —preguntó en un tono claramente pendenciero.

Siguió una larga conversación que se agrió en cuanto los hijos dieron a entender que el padre no podía entrar en la aldea. Él se sacó una botella de un cuarto de galón del bolsillo y los retó a beber si iban en son de paz y si eran hombres. Ninguno de los dos había tocado el alcohol desde hacía años, pero por una vez les pareció mejor aceptar, para no provocar a su padre innecesariamente.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Joshua.

—Unas gotas de ginebra suave, diluida con agua. No te va a hacer nada. Bebe a morro.

El primogénito accedió, pero su padre empujó el culo del recipiente para obligarlo a tragar una buena cantidad. Le cayó directo al estómago como plomo fundido.

—¡Ja, ja, así se hace! —se rió el viejo Halborough—. Pero ¡era alcohol puro, ja, ja!

—¿Por qué me ha engañado de esa manera? —se quejó el otro, perdiendo los nervios, a pesar del esfuerzo que hacía para mantener la calma.

—Pues porque el primero que me la pegó fuiste tú, muchacho, cuando me desterraste a ese maldito país haciéndome creer que era por mi bien. Menudos hipócritas fuisteis con esas historias. Lo que queríais era libraros de mí, ni más ni

menos. Pero, por los clavos de Cristo, ¡ahora sí que voy a plantaros cara! Os voy a dejar sin ganas de soltar sermones. Mi hija va a casarse con el terrateniente de este sitio, que me he enterado. ¡Lo ha dicho un periódico!

—Es prematuro…

—Sé que es cierto y soy su padre, así que pienso llevarla al altar o si no montaré una buena, ¡eso os lo aseguro! ¿Ahí es donde vive el caballero?

Joshua Halborough se estremeció de desesperación e impotencia. Fellmer todavía no se había declarado formalmente y su madre no estaba ni mucho menos convencida del todo; una escena con el reparador de molinos en la aldea hundiría el más hermoso castillo jamás levantado en el aire.

—Si ahí es donde vive el terrateniente, voy a hacerle una visita —anunció su padre tras levantarse—. ¡Acabo de llegar de Canadá con la fortuna de la joven casadera, ja, ja! Yo a ese señor no le deseo ningún mal y él a mí tampoco me lo deseará. Lo que pasa es que me gustaría ocupar mi lugar en la familia, defender mis derechos y bajar los humos a según qué gente.

—¡Eso ya lo ha conseguido! ¿Dónde está esa mujer que se llevó a…?

—¡«Esa mujer»! Era mi legítima esposa, tan legítima como la Constitución… ¡y muchísimo más que tu madre hasta pasado un tiempo de tu nacimiento!

Durante muchos años, Joshua había oído rumores de que su padre había engatusado a su madre al poco de conocerla, para desagraviarla después con cierta tardanza, pero jamás de los mismísimos labios de su padre. Fue la gota que colmó el vaso, no lo aguantaba más. Hundió la espalda contra el seto.

—¡Se acabó! —dijo—. ¡Este hombre será nuestra ruina!

El reparador de molinos echó a andar, agitando el bastón con gesto triunfal, y los dos hermanos se quedaron inmóviles. Veían la triste figura alejarse airada por el sendero y por encima de su cabeza las luces del invernadero de Villa Narrobourne, donde Albert Fellmer quizá estuviera en compañía de Rosa en aquel mismo instante, tomándola de la mano y pidiéndole que compartiera su hogar con él.

La silueta tambaleante, de un marrón blanquecino, siguió su camino, dispuesta a estropearlo todo, y fue menguando entre las sombras hasta desaparecer repentinamente junto a un canal. Se oyó un chapoteo.

—¡Se ha caído al agua! —exclamó Cornelius echando a correr.

Joshua despertó entonces de su ensimismamiento y se lanzó hacia su hermano antes de que éste hubiera dado diez pasos.

—Detente, detente, ¿qué pretendes? —susurró con voz ronca mientras lo agarraba del brazo.

—Pues ¡sacarlo!

—Sí, sí… Lo mismo que yo, pero… espera un momento…

—Pero… ¡Joshua!

—La vida y la felicidad de Rosa, piénsalo, Cornelius… Y tu reputación y la mía… Y nuestra oportunidad de ascender juntos, los tres…

Apretó a su hermano del brazo hasta notar el hueso y, mientras seguían sin moverse y sin aliento, el chapoteo de la lucha de su padre por mantenerse a flote continuaba en el canal; más allá veían las luces prometedoras del invernadero de la casa señorial parpadear entre los árboles, mientras las ramas desnudas se agitaban de un lado a otro. En esta pausa habrían tenido tiempo de salvarlo dos veces.

El chapoteo fue perdiendo fuerza y oyeron unas débiles palabras:

—¡Socorro, me ahogo! ¡Rosie, Rosie!

—Vamos, es nuestra obligación salvarlo. ¡Ay, Joshua!

—¡Sí, sí! ¡Es nuestra obligación!

Sin embargo, seguían sin moverse. Esperaron, agarrados el uno al otro, pensando exactamente lo mismo. Era como si tuvieran pesas de plomo atadas a los pies y éstos hubieran dejado de obedecer las órdenes de sus amos. El prado quedó en silencio. Al fondo creyeron ver siluetas que se movían en el invernadero. El aire parecía emitir amables besos.

Cornelius avanzó por fin y Joshua también, casi al mismo tiempo. Apenas tardaron dos o tres minutos en llegar a la orilla del canal. Al principio no vieron nada, aunque ni la profundidad del agua ni la oscuridad de la noche habrían impedido reconocer el abrigo de lana fina de su padre, de color claro, si hubiera yacido en el fondo. Joshua miró a izquierda y derecha.

—¡Se ha metido por la tajea! —señaló.

Al pasar por debajo del puente pedestre, el canal reducía bruscamente su anchura a la mitad y discurría por dentro de una tajea con forma de arco de cañón, construida para que los carros pudieran llegar hasta el centro del prado en la época de la siega del heno. Aquellos días las aguas habían alcanzado su altura máxima y el arco estaba lleno hasta la corona, contra la cual chasqueaban las ondas a cada tanto. El coadjutor acababa de ver un objeto de color claro que se colaba por debajo. Un momento después había desaparecido.

Bajaron hasta el pie de la tajea, pero no vieron salir nada. Durante un buen rato trataron desde ambos lados de establecer alguna comunicación con el interior, pero fue en vano.

—¡Tendríamos que haber venido antes! —dijo Cornelius, agobiado por los remordimientos, cuando ya estaban del todo agotados y empapados hasta los huesos.

—Supongo que sí —contestó Joshua, apesadumbrado. Vio el bastón de su padre en la orilla y rápidamente lo cogió y lo hundió en el barro, entre las juncias. Entonces echaron a andar.

—¿No tendríamos que… decir algo de este accidente? —musitó Cornelius cuando ya se acercaban a la puerta de la casa de Joshua.

—¿Para qué? Sería inútil. Tenemos que esperar a que lo encuentren.

Entraron y se cambiaron de ropa; luego se dirigieron a la casa señorial, adonde llegaron hacia las diez. Aparte de su hermana había únicamente tres invitados más: un terrateniente de la vecindad, su esposa y el viejo párroco achacoso.

Aunque se había separado de ellos hacía bien poco, Rosa les estrechó las manos de un modo eufórico, desbordado y jubiloso, como si llevara años sin verlos.

—Estáis blancos como el papel —observó.

Los hermanos explicaron que un largo paseo los había dejado algo cansados. Todos los presentes parecían estar al tanto de alguna noticia interesante: el vecino del señor y su mujer miraban sabiamente a su alrededor y el propio Fellmer hacía el papel de anfitrión con un gesto absorto que se aproximaba al fervor. Se marcharon a las once, tras declinar el carruaje que se les ofrecía, pues la distancia era muy corta y los caminos no estaban mojados. El señor Fellmer se adentró bastante en la oscuridad para acompañarlos, más de lo necesario, y finalmente dio las buenas noches a Rosa con aire misterioso, algo apartado de los demás.

Cuando ya iban los tres solos, Joshua preguntó, en un intento desesperado de aparentar jovialidad:

—¿Qué sucede, Rosa?

—Ay, bueno… —empezó la joven con un grito ahogado y una risilla—. Es que…

—Da igual. Déjalo si te incomoda.

Estaba tan emocionada que al principio le costó hablar con coherencia; el aire de mujer experimentada del que había hecho gala había desaparecido. Después de calmarse añadió:

—No me incomoda y no ha sucedido nada. Es sencillamente que me ha dicho que quería pedirme «una cosa», algún día; le he contestado que no se preocupara. Aún no me lo ha pedido y tiene intención de ir a hablar contigo. Iba a hacerlo esta noche, pero le he rogado que no se dejara llevar por las prisas. ¡Vendrá mañana, estoy segura!

V

Ya era verano, seis meses después, y los segadores trabajaban en la recolección del heno de los prados. La casa señorial, que tenían delante, servía con frecuencia de pretexto para entablar una conversación durante la faena, y las actividades del terrateniente, y de su joven esposa, la hermana del coadjutor (en aquellos momentos objeto de admiración de casi todos y de interés de todos sin excepción), se comentaban con la dosis de crítica pertinente.

Rosa era feliz, si feliz puede decirse que es alguna vez una mujer. No sabía nada del destino de su padre y de vez en cuando se preguntaba (tal vez con cierto alivio) por qué no le escribía desde su supuesta residencia en Canadá. Su hermano Joshua había obtenido un beneficio eclesiástico en una ciudad pequeña, al poco de la boda de la joven, y Cornelius había ocupado el puesto de coadjutor vacante en Narrobourne.

Los dos clérigos habían esperado con gran incertidumbre el hallazgo del cadáver de su padre, que no había llegado a producirse. Todos los días se imaginaban a un

hombre o un muchacho a la carrera, procedente de los prados, trayendo la noticia, pero eso no había ocurrido. Los días se habían sucedido hasta convertirse en semanas y meses, los esponsales habían pasado ya, Joshua había ocupado su puesto en la nueva parroquia y en ningún momento se había oído un grito de asombro tras la aparición de los restos de su padre.

Sin embargo, en aquella época, llegado junio, cuando se segaban los prados, había que abrir las compuertas para vaciar el agua de los canales y facilitar lalabor de los recolectores. Fue entonces cuando se produjo el hallazgo. Un hombre, agachado guadaña en mano, vio la tajea por todo lo largo y se fijó en que había algo enredado entre las hierbas recién expuestas de su lecho. Un par de días después hubo una vista, pero el cadáver había quedado irreconocible. Los peces y las aguas habían hecho su trabajo con aquel individuo, que no llevaba ni reloj ni ningún objeto característico que pudiera identificarse; un veredicto de ahogamiento accidental zanjó la cuestión.

Dado que el cadáver se había hallado en Narrobourne, debía enterrarse allí. Cornelius escribió una carta a Joshua en la que le rogaba que fuera a oficiar el entierro o en su defecto enviase a alguien; él se sentía incapaz. Antes que implicar a un desconocido, Joshua se presentó en su antigua parroquia y leyó en silencio la orden del juez de instrucción que le entregó el enterrador: «Yo, Henry Giles, juez de instrucción de la división central de Outer Wessex, ordeno por la presente el entierro del cuerpo expuesto en esta ocasión ante al jurado de la vista como cadáver de persona adulta de sexo masculino e identidad desconocida…», etcétera.

Joshua Halborough logró terminar el oficio sin saber muy bien cómo y volvió a casa de Cornelius. Ninguno de los dos aceptó la invitación para almorzar en casa de su hermana; querían tratar asuntos de la parroquia. Por la tarde se presentó ella, aunque ya habían ido a visitarla previamente y no esperaban volver a verla. Sus ojos luminosos, su cabello castaño, su sombrero floreado, sus guantes amarillo limón y su belleza resplandeciente irrumpieron como un soplo de aire fresco en la casa, lo cual fue difícil de soportar para los desmoralizados hermanos.

—Me había olvidado de contaros —empezó la joven— una historia curiosa que me pasó un par de meses antes de la boda y que podría haber tenido alguna relación con el accidente del pobre hombre que tú, Joshua, has enterrado hoy. Fue aquella noche en que fui de visita a la casa señorial y vosotros teníais que ir a recogerme; mientras os aguardaba, sentada en el invernadero con Albert sin que mediara palabra entre los dos, nos pareció oír un grito. Abrimos la puerta y, cuando él corrió a buscar el sombrero y me dejó allí sola, el grito se repitió; alterada como estaba, los sentidos me hicieron creer que oía mi propio nombre. Cuando regresó Albert todo estaba en silencio y concluimos que habría sido sencillamente un alarido de borracho, y no un grito de socorro. Los dos olvidamos el incidente y hasta el día de hoy, con lo del entierro, ni se me había pasado por la cabeza que podría haber sido la llamada de ese desconocido. Lo de creer que me llamaba, por descontado, no fueron más que imaginaciones mías, o puede que tuviera una mujer o una hija de nombre parecido, el

muy desgraciado.

Una vez se hubo marchado los hermanos guardaron silencio, hasta que Cornelius sentenció:

—Escúchame bien, Joshua: tarde o temprano se enterará.

—¿Cómo?

—Por uno de los dos. ¿Acaso crees que los corazones humanos son cajas de caudales acorazadas, que seremos capaces de guardar este secreto eternamente?

—Sí, estoy seguro de que a veces lo son —afirmó Joshua.

—No. Saldrá a la luz. Se lo contaremos.

—¿Para qué? ¿Para acabar con ella, para matarla? ¿Para deshonrar a sus hijos y hundir a toda la casa de Fellmer, que tan propicia nos ha sido? ¡No! ¡Prefiero ahogarme donde se ahogó él antes de hacer una cosa así! Jamás, jamás. ¡Sin duda tú dirás lo mismo, Cornelius!

El hermano menor pareció convencido y no se pronunció una palabra más. Desde ese día y durante mucho tiempo no vio a Joshua, y antes de que concluyera el siguiente año los Fellmer tuvieron un hijo varón, un heredero. Los aldeanos tocaron las tres campanas todas las tardes más de una semana y lo celebraron con alegría brindando con la cerveza del señor. Cuando llegó el momento del bautizo, Joshua visitó de nuevo Narrobourne.

De toda la gente que se reunió aquel día, los hermanos clérigos eran los menos interesados. Les obsesionaba un espíritu ataviado con un abrigo de lana fina. Por la noche salieron a dar un paseo por los campos.

—A Rosa le sonríe la vida —aseguró Joshua—, pero aquí estás tú haciendo un trabajo rutinario, Cornelius, en el que probablemente seguirás hasta el fin de tus días, me imagino. Y lo mismo yo, con la vida de tres al cuarto que llevo… ¿Qué soy en realidad? A decir verdad, la Iglesia es una pobre y vana esperanza para la gente sin influencia, en especial cuando empieza a flaquear el entusiasmo. Un regenerador social tiene más posibilidades en el ancho mundo, libre de los estorbos del dogma y la tradición. Yo, personalmente, preferiría haberme quedado a reparar molinos, con mi mendrugo de pan y mi libertad.

Como movidos por un resorte, habían dirigido sus pasos hacia la orilla del canal; allí se detuvieron, en el lugar que tan bien conocían. Allí estaban las compuertas y también la tajea, y las aguas cristalinas permitían ver el lecho de guijarros. Se oían las notas de las campanas de la iglesia, que los entusiastas vecinos seguían tocando.

—Pero ¡mira, ahí fue donde oculté su bastón! —exclamó Joshua, mirando hacia las juncias.

Entonces una brisa pasajera desveló un destello de blanco en el punto al que había dirigido la atención Cornelius. Entre las juncias se erguía un álamo plateado, pequeño y bien recto, y eran precisamente sus hojas las que producían el centelleo blanquecino.

—¡El bastón ha echado raíces! —añadió Joshua—. Estaba sin pulir, recién

cortado de un seto, lo recuerdo.

Con cada nueva ráfaga el árbol se volvía blanco y llegó un momento en que se sintieron incapaces de seguir mirándolo, así que se alejaron.

—Lo veo todas las noches —musitó Cornelius—. ¡Ah, qué poco aprovechamos la lectura de la Epístola a los Hebreos, Jos! *Υπέμεινε σταυρόν, αι'χύνηζ καταφρονήσαζ.* [2] Haber sufrido en la cruz, despreciando la humillación: ¡he ahí la grandeza! Ahora siento a menudo el impulso de poner fin a mis preocupaciones aquí mismo.

—También yo lo he pensado.

—Y tal vez que lo hagamos, algún día.

—Tal vez —repitió Joshua con aire taciturno.

Con la perspectiva de considerar semejante contingencia en el silencio de sus noches y sus días, dirigieron sus pasos hacia la casa.

Diciembre de1888

Por el circuito occidental

I

El hombre que se convertiría en el elemento desestabilizador de las dos tranquilas vidas que van a presentarse a continuación (y que no era un gran hombre, en ningún sentido, dicho sea de paso) trabó conocimiento con ellas una noche de octubre en la ciudad de Melchester. Llevaba un rato en el recinto de la catedral, en un vano intento de ver en plena oscuridad la mole de arquitectura medieval más homogénea de toda Inglaterra, que se erguía en la extensión de hierba húmeda y llana que tenía delante e iba afilándose en su ascenso. Desde aquella posición la presencia de los muros de la catedral se hacía evidente gracias al oído y no a la vista; el ojo no los percibía, pero en ellos rebotaba con fuerza un clamor que se colaba en el recinto por una calle procedente de la plaza mayor y que, al chocar contra el edificio, se proyectaba sobre el visitante.

Pospuso hasta el nuevo día el intento de examinar la desamparada construcción y dirigió la atención hacia el ruido. Lo formaban los organillos de vapor, el estruendo metálico de los gongs, el tañido de las campanillas, el tableteo de las matracas y los gritos incomprensibles de los hombres. Una luz refulgente impregnaba el aire por donde se oía el tumulto. Y hacia allí se encaminó; pasó por el arco de la portalada, recorrió una calle recta y entró en la plaza.

En toda Europa no habría hallado mayor contraste entre escenas yuxtapuestas. El espectáculo, en color y llamas, era el del octavo abismo del *Infierno* y, en alborozo, una recreación del cielo homérico. Un resplandor cargado de humo, de la tonalidad de los empastes de latón, subía de las lenguas ardientes de innumerables lámparas de nafta clavadas en casetas, tenderetes y otras construcciones efímeras que atestaban la amplia plaza del mercado. Ante tal irradiación, hacinas de figuras humanas, más o menos de perfil, iban de un lado a otro, de arriba abajo, de derecha a izquierda y en círculo, como los mosquitos al atardecer.

Sus movimientos eran tan rítmicos que parecían accionados por una maquinaria. De pronto se hizo evidente que, en efecto, los accionaba una máquina, pues las figuras eran las de los clientes de los columpios, de los balancines y, sobre todo, de los tres tiovivos movidos por motores de vapor que ocupaban el centro de la plaza. De estos últimos surgía el estrépito de los organillos.

La humanidad palpitante a plena luz era, pensándolo bien, mejor que la arquitectura a oscuras. Tras encender una pipa corta, colocarse el sombrero de lado y meterse una mano en el bolsillo, para armonizar con el nuevo hábitat, el joven se acercó al más voluminoso y más concurrido de los tiovivos, o «circos de vapor», como los llamaban sus dueños. Tenía un revestimiento brillante y estaba en aquel momento en plena rotación. El instrumento musical en torno al cual, siguiendo su

ritmo, giraban los falsos jinetes dirigía sus trompetillas de latón hacia el recién llegado, y los largos espejos de vidrio cilindrado colocados en distintos ángulos, que daban vueltas junto con la máquina, despedían ante sus ojos, como si de un caleidoscopio se tratara, los destellos de los personajes y los caballitos rotatorios.

Se veía ahora que aquel individuo no era como la mayoría. Se trataba de un joven con porte de caballero, de esa especie que se encuentra únicamente en las grandes ciudades, y en Londres en particular, de rasgos delicados y vestido con corrección si bien no a la moda; tenía aspecto de pertenecer a la clase profesional y no había nada anguloso ni práctico en su estampa, y sí mucho curvilíneo y sensual. De hecho, algunos habrían dicho que no era en conjunto el típico hombre de clase media de un siglo en el que la ambición mezquina es la pasión dominante que parece ocupar el sitio consagrado del amor.

Las figuras giratorias pasaban ante sus ojos con una elegancia inesperada y serena entre una multitud cuyos movimientos naturales no sugerían, por regla general, ni elegancia ni serenidad. De algún modo, el funcionamiento del artilugio aportaba a los distintos caballitos un movimiento que constituía de hecho el triunfo y la perfección del ingenio aplicado a los tiovivos: subían y bajaban al galope con tal precisión que de cada par de corceles uno daba un brinco mientras el otro tomaba impulso. Los jinetes estaban totalmente entusiasmados con aquellas ondulaciones equinas de la atracción de feria más fascinante de nuestros tiempos. Algunos tenían apenas seis años y otros llegaban a los sesenta, y entre unos y otros estaban todas las edades. Al principio costaba distinguir a una persona en concreto, pero poco a poco los ojos del observador se centraron en la muchacha más hermosa de todas las bellezas del tiovivo.

No era la joven del vestido y el sombrero claros la que primero le había llamado la atención; no, era la de la capa parda, la falda carmesí, los guantes claros y… No, tampoco ésa, sino la de detrás, la de la falda negra, la chaqueta gris, el sombrero blanco y negro y los guantes de algodón blancos. Sin duda alguna aquélla era la muchacha más hermosa.

Después de haberla elegido por fin, el espectador ocioso la examinó todo lo bien que pudo en sus breves tránsitos por su campo de visión. La joven no prestaba la menor atención a nada que no fuera cabalgar a lomos del animal de madera: sus facciones se hallaban sumidas en un estado de ensoñación estática y no recordaba ni su edad, ni su historia, ni sus peculiaridades, ni mucho menos sus preocupaciones. Él, a su vez, cargaba con las vagas tristezas y melancolías tan habituales en nuestros días, por lo que contemplar a aquella criatura en aquel instante y en aquel lugar, feliz como si se encontrara en el paraíso, era una sensación reconfortante.

Temiendo el momento en el que el implacable fogonero, que debía de acechar lúgubremente tras la resplandeciente decoración rococó, decidiera que aquel grupo de clientes ya había recibido la diversión correspondiente al dinero abonado y obrara la pausa y el silencio de todo el conjunto de motor de vapor, caballitos, espejos,

trompetas, tambores, platillos y demás, el hombre no dejó de esperar las reapariciones de la muchacha, pasando la vista con indiferencia por encima de las formas intermedias, entre otras las de dos criaturas menos atractivas, la anciana acompañada de un niño, los dos jovencitos, la pareja de recién casados, el viejo de la pipa de cerámica, el vivaz muchacho del anillo, las señoritas acomodadas en el carro y el par de aprendices de carpintero, hasta que la belleza rural que había elegido aparecía detrás de ellos, siempre en su puesto. Jamás había contemplado más hermosa creación de la naturaleza y en cada vuelta dejaba una huella más profunda en sus sentimientos. Llegó por fin la interrupción y se oyeron claramente los suspiros de los clientes.

El individuo se dirigió hasta el punto donde calculó que se apearía el objeto de su atención, pero la joven no se movió de su montura. Las sillas vacías empezaron a llenarse de nuevo y se hizo evidente que había decidido dar otra vuelta. Se acercó al costado de su corcel y le preguntó con simpatía si había disfrutado de la atracción.

—¡Muchísimo! —exclamó ella sin dejar de mover los ojos—. ¡En la vida había sentido una cosa así!

No resultaba difícil entablar conversación con ella. Espontánea (en exceso) por naturaleza, carecía de experiencia suficiente para ser reservada por disciplina, y tras cierta insistencia respondió a sus preguntas de buena gana. Estaba viviendo en Melchester, aunque procedía de un pueblo de la gran llanura, y era la primera vez que veía un circo de vapor; no alcanzaba a comprender cómo funcionaban aquellas máquinas tan maravillosas. Había llegado a la ciudad gracias a una invitación de la señora Harnham, que la había acogido en su hogar para prepararla como criada, en caso de que demostrara aptitudes. La señora Harnham era una dama aún joven que de soltera se había llamado Edith White y había vivido en el campo cerca de la casita de quien daba las explicaciones; le mostraba una gran bondad porque la había conocido muy bien de niña. Incluso se tomaba el trabajo de educarla. La señora Harnham era la única amiga con la que contaba en el mundo y, como no había tenido hijos, había preferido situar a la muchacha a su lado antes que a cualquier otra persona, si bien su llegada era bastante reciente. Le permitía hacer casi todo lo que quería y disfrutar de vacaciones siempre que lo solicitaba. El marido de tan caritativa señora era un rico vinatero de la localidad, pero la señora Harnham no estaba muy ligada a él. De día se veía la casa desde allí. A ella le gustaba Melchester más que el campo, tan solitario, y para el domingo siguiente iba a comprarse un sombrero nuevo que le costaría quince peniques con nueve.

A continuación preguntó al individuo dónde residía y éste contestó que en Londres, ciudad añeja y cargada de humo en la que vivía todo el que vivía de verdad, antes de morir porque resultaba imposible vivir allí. Iba a Wessex dos o tres veces al año por motivos profesionales, había llegado de Wintoncester el día anterior y tenía previsto dirigirse al siguiente condado al cabo de una o dos jornadas. Tenía un motivo para preferir el campo a la ciudad, y era que en él había muchachas como ella.

Entonces entró en funcionamiento una vez más el mecanismo de placer y, para la alegre jovencita, la figura del atractivo londinense, la plaza del mercado con sus luces y su multitud, las casas de la ciudad y el mundo entero empezaron a dar vueltas como antes, y a moverse en dirección contraria en los espejos giratorios de su derecha, como si fuera ella, por así decir, el punto fijo de un universo ondulante, cegador y refulgente en el que destacaba entre todas las cosas la silueta de quien acababa de ser su interlocutor. Cada vez que se aproximaba a la mitad de su órbita, cuando más cerca de él la llevaba, se miraban entre sonrisas y con esa expresión inconfundible que tan poco significa en el momento y que, sin embargo, tan a menudo conduce a la pasión, al desengaño, a la unión, a la desunión, a la devoción, a la sobrepoblación, a la pena, a la alegría, a la resignación y a la desesperanza.

Cuando los caballitos volvieron a reducir la marcha el galán se subió a su lado y propuso otra ronda.

—¡Al diablo con los gastos por una vez! —exclamó—. ¡Pago yo!

Ella se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas y él le preguntó:

—¿Por qué se ríe, cariño?

—Pues porque… es usted tan refinado que seguro que tiene mucho dinero y solo lo dice para hacer una gracia.

—¡Ja, ja!

Entre carcajadas, el joven sacó galantemente el dinero que la permitió volver a montar.

Al verlo reír así entre el variopinto gentío, pipa en mano y vestido con el basto chaquetón de lana y el sombrero de fieltro de ala ancha que se había puesto para dar el paseo, ¿quién se habría imaginado que se trataba de Charles Bradford Raye, todo un señor abogado, aunque de los que aún llevaban toga de tela y no de seda, educado en Wintoncester, licenciado en Lincoln’s Inn,[1] que en aquel momento se encontraba por el circuito occidental formando parte del tribunal itinerante y únicamente se había detenido en Melchester por un arbitraje menor una vez sus compañeros se habían trasladado a la capital del siguiente condado?

II

En la esquina más alejada de la plaza quedaba la casa de la que había hablado la jovencita, una residencia majestuosa de dimensiones considerables, con varias ventanas en cada piso. Tras una de las del primero, perteneciente a un gran salón, había una señora que por su aspecto tendría entre veintiocho y treinta años. Las persianas no estaban aún bajadas y la dama miraba distraídamente la peculiar escena del exterior con una mejilla apoyada en una mano. En el salón no había ninguna luz encendida, pero el resplandor de la plaza bastaba para hacer visible su rostro. Era lo que suele denominarse una criatura interesante y no una mujer atractiva; tenía los

ojos marrones, aire meditabundo y labios cargados de sensibilidad.

Por detrás de ella, andando despacio, entró un hombre en la estancia y se le acercó.

—Ah, Edith, no te había visto. ¿Qué haces aquí a oscuras?

—Miro la feria —respondió ella con voz lánguida.

—¿Ah, sí? ¡El mismo incordio horrible de todos los años! Ojalá pudiera hacerse algo para prohibirlo.

—A mí me gusta.

—Hum. Cada uno es muy suyo.

Miró por la ventana al lado de su mujer un instante, por cortesía, y después salió del salón. Al cabo de unos minutos, la señora Harnham tocó la campanilla.

—¿Anna no ha regresado todavía? —quiso saber.

—No, señora.

—Ya tendría que estar aquí. Creía que solo iba a salir diez minutos.

—¿Quiere que vaya a buscarla, señora? —se ofreció la criada.

—No. No es necesario; es buena chica y volverá enseguida.

Sin embargo, cuando la sirvienta se hubo marchado la señora Harnham se levantó, se dirigió a su cuarto, se puso la capa y el sombrero y bajó la escalera, al pie de la cual se encontró con su marido.

—Me apetece ver la feria —anunció— y me voy a buscar a Anna. Me he hecho responsable de ella y tengo que encargarme de que no le pase nada. No tendría que estar en la calle. ¿Me acompañas?

—Bah, seguro que está perfectamente. Al entrar la he visto en uno de esos chismes que dan vueltas, iba hablando con su pretendiente. Pero, bueno, tú ve si quieres; yo preferiría ir cien kilómetros en dirección contraria.

—Por mí no dejes de hacerlo. En fin, no me pasará nada si voy sola.

Salió de la casa y se adentró en la multitud que atestaba la plaza mayor, donde pronto vio a Anna, todavía sentada en el caballito. En cuanto se detuvo, se acercó a ella y preguntó con severidad:

—Anna, ¿cómo puedes ser tan cabeza hueca? Creía que solo ibas a estar diez minutos aquí fuera.

La joven se quedó perpleja y su acompañante, que se había colocado en un segundo plano, acudió en su ayuda.

—No la culpe, por favor —intervino cortésmente—. Si se ha quedado ha sido por culpa mía. Estaba tan elegante subida al caballito que la he animado a volver a montar. Le aseguro que no ha corrido ningún peligro.

—En ese caso, la dejo en sus manos —replicó la señora Harnham, antes de dar media vuelta.

Sin embargo, en aquel instante el regreso no era tan sencillo. Algo había atraído a la muchedumbre hacia un punto a sus espaldas y la mujer del vinatero, atrapada entre sus sacudidas, acabó apretujada contra el galán de Anna sin posibilidad de apartarse.

Sus rostros apenas distaban unos centímetros el uno del otro y el aliento del joven acariciaba la mejilla de la dama, además de la de Anna. Su único recurso era sonreír ante el accidente; ninguno de los dos dijo una palabra y se limitaron a esperar pasivamente. Entonces la señora Harnham notó que una mano de hombre le estrechaba los dedos y de la mirada de complicidad del desconocido dedujo que era la suya; también se dio cuenta, por la posición de la muchacha, de que su acompañante estaba convencido de estar estrechando la mano de su sirvienta. Le habría costado decir qué la impulsó a no sacarlo de su confusión. Además, no contento con sujetar la mano ajena, introdujo con gesto travieso dos dedos en el guante de la señora Harnham, contra la palma. Y allí estuvieron hasta que se redujo la presión de la masa, pero pasaron varios minutos antes de que se dispersara lo suficiente para permitirle retirarse.

«A saber cómo se habrán conocido —se dijo mientras se alejaba—. La verdad es que Anna es muy atrevida y él, muy pícaro y encantador.»

La actitud y la voz del desconocido, así como la ternura del roce ocioso, la habían estimulado con tal delicadeza que en lugar de entrar en casa giró sobre sus talones y se dedicó a observar a la pareja desde un rincón discreto. En realidad, razonó (pues era poco menos impulsiva que la propia Anna), era muy aceptable que Anna lo hubiera alentado, fuera cual fuese el modo en que había llegado a conocerlo; era tan caballero, tan fascinante y tenía unos ojos tan hermosos… La idea de que también fuera varios años menor que ella le arrancó un suspiro inexplicable.

Finalmente la pareja abandonó el tiovivo para dirigirse hacia la puerta de la casa de la señora Harnham y se oyó al joven decir que la acompañaba. Anna había encontrado, pues, un pretendiente, al parecer muy abnegado. La señora Harnham sentía un gran interés por él. Ya cerca de la entrada, lugar relativamente desierto a aquellas alturas, se hicieron invisibles unos instantes gracias a la sombra de un muro, donde se despidieron. Entonces Anna se dispuso a entrar en la casa y su acompañante volvió a cruzar la plaza en dirección contraria.

—Anna —la llamó la señora Harnham al acercarse—. ¡Te he visto! Ese muchacho te ha dado un beso al despedirse, estoy prácticamente segura.

—Es que… —tartamudeó la muchacha—. Bueno, ha dicho que, si no me importaba, ¡a mí no me haría ningún daño y a él, muchísimo bien!

—¡Ah, ya decía yo! ¿Y hasta esta noche no lo conocías?

—No, señora.

—Y sin embargo no me cabe duda de que le has dicho tu nombre y todo lo que hay que saber de ti.

—Es que me lo ha preguntado.

—¿Y él no se ha presentado?

—¡Sí, señora, claro que sí! —exclamó Anna, victoriosa—. Se llama Charles Bradford y es de Londres.

—Bueno, si es un caballero respetable por descontado que no tengo nada que

objetar a que lo trates —aseguró su señora, predispuesta, en contra de todas las normas, a favor del individuo—. De todos modos, tendré que recapacitar si insiste en prolongar esa amistad. ¡Quién iba a decir que una chica de campo como tú, que nunca había vivido en Melchester hasta este mes y que en contadas ocasiones había visto a un hombre de las clases profesionales, sería tan espabilada y conquistaría a un joven londinense!

—Yo no lo he conquistado. Yo no he hecho nada —se excusó Anna, confundida.

Una vez dentro y a solas, la señora Harnham pensó en lo educado y caballero que parecía el joven pretendiente. Se había producido cierta magia al contacto de su mano galante y se quedó con la duda de qué le habría atraído de la muchacha.

A la mañana siguiente, la impulsiva Edith Harnham asistió al habitual oficio de los días laborables en la catedral de Melchester. Al cruzar el recinto entre la niebla volvió a toparse con el hombre que le había interesado la noche anterior; estaba observando pensativo la arquitectura vertical de la nave y en cuanto la señora ocupó su sitio entró y se sentó en una silla de coro justo enfrente.

El caballero no le prestó una atención especial, pero ella tuvo la mirada pendiente de él en todo momento y siguió preguntándose con más afán que nunca qué lo habría cautivado de su bisoña criada. Estaba casi tan poco acostumbrada como la doncella a jóvenes mundanos como él, pues de otro modo no le habría dado tantas vueltas a la cuestión. Al cabo de un rato, Raye se marchó bruscamente, sin reparar en el oficio en curso, y la señora Harnham (que era una criatura solitaria e impresionable) perdió todo interés en alabar al Señor. Le entraron ganas de haberse casado con un hombre de Londres que conociera las sutilezas de las artes amatorias como, sin lugar a dudas, las dominaba quien por error le había acariciado la palma de la mano.

III

La lista de juicios pendientes en Melchester había sido corta, apenas había requerido del tribunal unas horas, y Raye no tenía cometido alguno en las sesiones en Casterbridge, la siguiente parada del circuito occidental, por lo que no había tenido que viajar más. En la ciudad posterior el tribunal no se constituiría hasta el lunes siguiente, para empezar los juicios el martes por la mañana. Siguiendo el orden natural de los acontecimientos, Raye habría tenido que llegar el lunes por la tarde, pero hasta mediados del miércoles nadie vio su toga y su peluca gris, con sus distintas capas de rizos al mejor estilo de los bajorrelieves asirios, agitadas por el viento y por el balanceo de su rápido paso al salir de su alojamiento y empezar a recorrer la calle mayor. Sin embargo, aunque entró en el edificio ocupado por el tribunal itinerante, nada tenía que hacer; sentado a la mesa de paño azul de la zona correspondiente a los abogados, se dedicó a reparar plumas estilográficas, muy alejado mentalmente del caso que se juzgaba. Ideas de actos no premeditados, de las que una semana antes no

se habría considerado capaz, lo habían sumido en un estado de abatimiento e insatisfacción.

Se las había ingeniado para volver a ver a Anna, la hermosa doncella rústica, el día después de la feria. Había salido de la ciudad para ir con ella hasta los terraplenes del viejo Melchester y, presa de una intensa atracción, se había quedado en la ciudad el domingo, el lunes y el martes. A base de persuasión había logrado sacarla de paseo y verla seis o siete veces en ese tiempo y, en pocas palabras, la había hecho suya en cuerpo y alma.

Se imaginaba que la reclusión en la que había vivido en Londres en los últimos tiempos era el motivo por el que se había entregado con tal desenfreno a esa pasión por una criatura tan sencilla, cuya inexperiencia la había llevado, desde el primer momento, a ponerse en sus manos sin objeciones. En gran medida deploraba haber jugado con los sentimientos de la muchacha por un deseo pasajero y abrigaba la esperanza de que ésta no acabara sufriendo por su culpa.

Le había rogado que volviera a su lado, había suplicado, llorado. Raye se lo había prometido y pensaba cumplir su palabra. No podía dejarla así. Por muy incómoda que fuera una vinculación involuntaria de ese género, la distancia de más de ciento cincuenta kilómetros (que para una joven de capacidades limitadas como ella eran en realidad mil) impediría en la práctica que semejante pasión veraniega se convirtiera en una traba importante para su vida. Al mismo tiempo, pensar en su amor humilde podría tener la ventaja negativa de apartarlo de los placeres ociosos de Londres cuando lo que pretendía era trabajar intensamente. Los viajes por el circuito lo llevarían a Melchester tres o cuatro veces al año y ya la vería en esas ocasiones.

El seudónimo, o más bien el nombre parcial, que le había dado antes de saber hasta dónde iba a conducirlo aquella relación había sido improvisado, sin la más mínima intención oculta. Después no había corregido el error de Anna, pero al marcharse se había sentido obligado a darle la dirección de una papelería no muy alejada de su residencia, a la que podía escribirle con las iniciales «C. B.».

A su debido tiempo, Raye regresó a sus habitaciones londinenses, tras haberse detenido en Melchester de camino y haber pasado unas cuantas horas más con su fascinante criatura de la naturaleza. En la capital los días pasaron monótonamente uno tras otro. A menudo, tanto sus aposentos como él se veían envueltos en una niebla parda que lo aislaba del mundo exterior, y cuando encendía el gas para leer o escribir su situación le resultaba tan poco natural que se quedaba mirando el fuego y pensando sin parar en la muchacha confiada de Melchester. A menudo, aquejado de una absurda añoranza, penetraba en la sombría y religiosa nave de los tribunales de justicia por la puerta norte, se abría paso a codazos entre otros abogados jóvenes vestidos como él, y como él carentes de contrato, y lograba entrar en uno de los juzgados que veían algún caso escandaloso, lo mismo que si participara en él, aunque los agentes de policía apostados a la puerta sabían tan bien como Raye que no tenía más relación con la causa que el público paciente y ocioso que se agolpaba a las

puertas de la galería y que llevaba desde las ocho de la mañana esperando porque, al igual que él, pertenecía a las clases que se alimentaban de la expectación. Sin embargo, hacía esas cosas sin propósito alguno y pensaba en el enorme contraste entre los personajes de tales escenas y la sonrosada y despreocupada Anna.

Un detalle inesperado de la conducta de la doncella campesina era que no le había escrito todavía, a pesar de haberle dicho que podía hacerlo si lo deseaba. Sin duda jamás una jovencita se había mostrado tan reticente en tales circunstancias. Finalmente le hizo llegar una breve nota en la que la animaba claramente a escribir. No recibió respuesta a vuelta de correo, pero un día después el individuo de la papelería le hizo entrega de una carta con letra femenina y pulcra y matasellos de Melchester.

Solo recibirla bastó para satisfacer sus sentimientos imaginativos. No tuvo prisa por abrirla y de hecho tardó casi media hora en ponerse a leerla, esperando con ilusión sus intensos recuerdos y sus tiernos requerimientos. Cuando por fin puso los pies delante de la chimenea y desplegó las hojas, se quedó sorprendido y satisfecho al no encontrar en ellas rastro ni de extravagancia ni de vulgaridad. Era la carta más deliciosa que había recibido nunca de una mujer. Cierto, el lenguaje resultaban simple y las ideas, escasas, pero desprendía tanta serenidad y era tan claramente obra de una jovencita segura de que su feminidad bastaba para alcanzar la dignidad que la leyó de principio a fin dos veces. Había llenado cuatro caras, con algunas líneas escritas transversalmente, según la moda de tiempos pasados; además, el papel era común y corriente, y no del tono y el acabado en boga. Sin embargo, ¿qué más daba todo eso? Había recibido cartas de mujeres que con justicia se llamaban damas, pero nunca en la vida una tan acertada y tan humana como aquélla. No habría sido capaz de destacar una única frase y decir que fuera en absoluto notable o ingeniosa; el *ensemble*[2] de la carta era lo que lo había conquistado y, aparte de un único ruego para que le escribiera o fuera a verla pronto, ningún pasaje indicaba que la muchacha quisiera reclamarle nada.

Contestar e iniciar una relación epistolar era la última reacción que había previsto Raye para sí mismo en una situación así; sin embargo, acabó mandando unas líneas, concisas y alentadoras, que firmó con su seudónimo y que dedicó a solicitar otra carta y a prometer en tono alentador que trataría de verla de nuevo en fecha cercana y que jamás olvidaría lo mucho que habían significado el uno para el otro durante su breve trato.

IV

Volvamos ahora al momento en que Anna recibió la nota de Raye en Melchester.

Se la entregó directamente en mano el cartero en el curso de su ronda matutina. La joven se ruborizó hasta el cuello al cogerla y le dio varias vueltas.

—¿Para mí? —preguntó.

—Pues claro. ¿Es que no lo ves? —sonrió el cartero, que adivinaba la naturaleza del documento y el motivo de la confusión.

—¡Ah, sí, claro! —respondió ella mientras examinaba la carta, soltaba una risita y se sonrojaba aún más.

El bochorno no la abandonó con la partida del cartero. Abrió el sobre, besó su contenido y se lo guardó todo en el bolsillo; así se quedó ensimismada hasta que se le saltaron las lágrimas.

Al cabo de unos minutos subió una taza de té a la señora Harnham, que se encontraba en su dormitorio.

—Qué cara tan triste tienes esta mañana, Anna —observó la dama nada más verla —. ¿Qué sucede?

—No estoy triste, sino feliz. Lo que pasa es que… —Se detuvo para reprimir un sollozo.

—¿Y bien?

—He recibido una carta… pero ¿de qué me sirve si no soy capaz de leer una sola palabra de lo que dice?

—Pero, niña, ya te la leo yo si hace falta.

—Bueno, es que es de alguien… ¡No quiero que la lea nadie más que yo!

—No se lo contaré a nadie. ¿Es de aquel joven?

—Creo que sí. —Se la entregó con gesto parsimonioso mientras añadía—: Entonces, ¿me la lee usted, señora?

Éste era el secreto del bochorno y la agitación de Anna: no había aprendido a leer y escribir. Se había criado al cuidado de una tía política, en una de las aldeas solitarias de la gran llanura central de Wessex, donde, incluso en tiempos de generalización de la enseñanza pública, no había ningún colegio a menos de tres kilómetros. Su tía era un mujer ignorante y nadie había indagado en las circunstancias de Anna, nadie se había encargado de que adquiriera unasnociones básicas; no obstante, como suele suceder en estos casos, no le habían faltado ni comida ni vestido, ni la habían tratado mal. Desde que vivía en Melchester, la señora Harnham, que demostraba un amable interés por ella, la había enseñado a hablar con corrección, tarea para la que la muchacha había manifestado una disposición considerable, como no es extraño entre los analfabetos, y no había tardado en hacer gala de una gran soltura en el empleo de la fraseología de su señora. Asimismo, su bienhechora había insistido en que tuviera un cuaderno de caligrafía y empezara a practicar. La alumna se había revelado más lenta en esta rama de su educación y en ésas había llegado la carta.

Los grandes ojos castaños de Edith Harnham expresaron cierto interés por lo que decía, pero, fiel a su cometido de mera intérprete, puso en su tono de voz toda la pasividad mecánica de la que fue capaz. Leyó, pues, la breve epístola hasta la última frase, en la que se requería a Anna sin formalidad que respondiera con todo su cariño.

—Vaya… Lo hará usted por mí, ¿verdad, mi querida señora? —rogó la joven con impaciencia—. Y lo hará todo lo bien que pueda, ¿a que sí? Se lo ruego. No podría aguantar que se creyera que soy incapaz de hacerlo por mí misma. ¡Si se enterara se me tragaría la tierra y me moriría de vergüenza!

Algunas palabras de la carta llevaron a la señora Harnham a hacer ciertas preguntas, y las respuestas que recibió confirmaron sus sospechas. Una intensa preocupación se apoderó de ella al ver hasta qué punto la chica había supeditado su felicidad a aquel reciente idilio. Se sintió culpable por no haberse inmiscuido en un amorío que tan graves consecuencias había tenido para la pobre criatura a su cargo, pese a que en su momento, al verlos juntos, había tenido la impresión de que no le correspondía cortar aquel brote de amor juvenil aún por florecer. Fuera como fuera, ya no había vuelta atrás y en aquel momento era su obligación, como única protectora de Anna, ayudarla en la medida de lo posible. A la emotiva solicitud de que redactara la respuesta a la misiva de aquel joven londinense, la señora Harnham se veía, pues, obligada a acceder para no debilitar su vínculo con la chica, aunque en otras circunstancias habría propuesto a la cocinera como amanuense.

De este modo se fraguó una tierna réplica que Edith Harnham escribió de su puño y letra y que fue la carta que recibió Raye y la que tanto lo satisfizo. Se redactó por descontado en presencia de Anna, con su propio y humilde papel y hasta cierto punto siguiendo sus indicaciones, pero la vida, el alma y la individualidad pertenecían a Edith Harnham.

—¿No quieres al menos firmarla tú? —propuso al terminar—. A estas alturas eso ya sabrás hacerlo.

—No, no —se negó la muchacha, dando un paso atrás—. Lo haría muy mal. ¡Se avergonzaría de mí y no querría volver a verme!

La nota, que con tanta elegancia solicitaba respuesta de él, tuvo en sus hojas, como hemos visto, la fuerza necesaria para obtenerla. El abogado manifestaba que saber de ella era un placer tan grande que debía escribir todas las semanas. Así pues, Anna y su señora repitieron el mismo proceso, que prosiguió regularmente durante varias semanas: Edith concebía y escribía las cartas mientras la muchacha esperaba de pie a su lado, y también leía y comentaba las respuestas, de nuevo mientras Anna escuchaba atenta.

Una noche de invierno, tras el envío de la sexta carta, la señora Harnham se encontraba a solas delante de los rescoldos de la chimenea. Su marido ya se había retirado y ella había entrado en ese estado de profunda abstracción que prescinde de la hora o de la temperatura. El embelesamiento de Edith obedecía a algo extraño que había hecho aquel mismo día. Por vez primera desde la visita de Raye, Anna se había ido a pasar una o dos noches con sus amistades de la aldea de la llanura, y en su ausencia había llegado, inesperadamente, una carta de su pretendiente a la que había contestado por su cuenta, desde lo más profundo de su corazón, sin esperar la colaboración de su sirvienta. El lujo de escribir aquellas palabras de las que

únicamente Raye tendría conocimiento había sido grande y se había entregado a él.

¿Por qué era un lujo?

Edith Harnham llevaba una vida solitaria. Movida por esa idea de los padres británicos de que una mala boda con sus aspectos aborrecibles es mejor que la feminidad libre con sus intereses, su dignidad y su ocio, había accedido a casarse con el anciano vinatero como último recurso, a la edad de veintisiete años (unos tres antes de los hechos que nos ocupan), para darse cuenta con el tiempo de que había cometido un error. Aquel contrato había determinado que siguiera siendo una mujer cuya naturaleza más íntima nunca se había despertado.

Empezaba a darse cuenta con claridad de que se había entregado hasta el fondo del alma a la imagen de un hombre para quien, como mucho, era un simple nombre. Al principio la habían atraído de él su prestancia y su voz, su tierna caricia, y luego, y con todo lo anterior como acicate, la redacción de una carta tras otra y la lectura de sus gratas respuestas habían encendido en ella, de modo imperceptible, una emoción que avivaba la de él: de este modo había surgido una reciprocidad magnética entre los corresponsales, por más que uno de ellos escribiera con una personalidad que no era la suya. Que hubiera sido capaz de seducir a otra mujer en dos días suponía para él la consumación de una fascinación inconsciente por ella como animal femenino.

Eran sus propias ideas apasionadas pero encajonadas (reducidas a una fraseología monosilábica a fin de no desvelar el disfraz) las que Edith vertía en las cartas que firmaba con otro nombre, para gran satisfacción de Anna, quien, con su escasa profundidad, ni remotamente habría podido sin su ayuda concebir aquellas hermosas locuciones para conquistarlo, ni aunque hubiera sido capaz de escribirlas. Edith consideraba que a eso precisamente, a sus sentimientos personales, era a lo que respondía el joven abogado. Las pocas frases de labios de Anna que de vez en cuando añadía no parecían dejar huella en él.

De lo escrito en su ausencia la muchacha nada supo, pero a su regreso a la mañana siguiente anunció que deseaba ver a su pretendiente de inmediato para tratar cierto asunto y rogó a la señora Harnham que le pidiera que fuera a visitarla.

Su comportamiento dejaba entrever un desasosiego extraño que Edith no pasó por alto y que acabó desembocando en un torrente de lágrimas. Se echó sobre las rodillas de su señora y confesó que pronto sería necesario revelar el resultado de las relaciones mantenidas con su pretendiente.

Edith Harnham era lo bastante generosa para no plantearse ni mucho menos poner a Anna de patitas en la calle ante semejante situación. Ninguna mujer que lo sea de verdad se inclina jamás a hacer algo así por convicciones personales, por mucha prisa que se dé en tomar tales medidas cuando se trata de proteger a su familia. Aunque hacía muy poco que había escrito a Raye, de inmediato redactó otra nota con la firma de Anna en la que daba a entender de forma clara, aunque con tacto, el estado de la cuestión.

Raye contestó con unas líneas apresuradas para informarla de lo mucho que le

había afectado la noticia: creía que debía ir a verla prácticamente de inmediato.

Sin embargo, una semana después la muchacha se presentó en el cuarto de su señora con otra nota que, una vez leída, reveló que, después de todo, el caballero no disponía de tiempo para el viaje. Anna, rota de dolor, siguió no obstante los consejos de la señora Harnham y se abstuvo por completo de lanzarle los reproches y la amargura que suelen sacar a relucir las jovencitas en su posición. Una cosa era fundamental: que el interés romántico del joven no decayera. Por consiguiente, y en nombre de su protegida, Edith procedió a rogarle que en modo alguno se afligiera por culpa del acontecimiento inminente y no fuera a verla con precipitación si no le parecía propicio. Ante todo deseaba no ser una carga para su carrera profesional, un obstáculo para sus ilustres actividades. Le había parecido conveniente informarlo de lo acontecido, pero le pedía que no se dedicara a pensar en ello. Lo único que deseaba era que siguiera escribiéndole aquellas cartas tan cariñosas; cuando volviera a pasar por la región en el circuito primaveral ya habría tiempo de intercambiar opiniones sobre la mejor solución.

Puede suponerse sin temor a equivocarse que los sentimientos reales de Anna no acababan de ajustarse a tan generosas expresiones, pero se impuso el criterio de la señora y la criada consintió:

—Lo único que me gustaría es saber decir todas esas cosas bonitas que pone usted tan bien en las cartas, mi querida, querida señora. ¡Todo lo que yo no consigo de ninguna de las maneras sacar de la cabeza, aunque quiera decir lo mismo y sean ésos mis sentimientos cuando lo escribe usted!

Cuando se envió la carta y Edith Harnham se quedó sola, se encorvó sobre el respaldo de la silla y se echó a llorar.

—¡Ojalá fuera mío! ¡Ojalá! —murmuró—. Pero ¿cómo puedo decir algo tan siniestro?

V

La carta conmovió considerablemente a Raye cuando la recibió. La noticia en sí le había afectado menos que la forma inesperada en que lo trataba la muchacha con respecto al asunto en cuestión. La completa falta de reproches, la devoción a los intereses de su amado, el sacrificio manifiesto en todas y cada una de las líneas: todo desvelaba una nobleza de carácter que jamás había soñado encontrar en una mujer.

—Que Dios me perdone —exclamó con voz trémula—. Menudo sinvergüenza he sido. ¡No sabía que era un tesoro de semejante calibre!

La tranquilizó al instante asegurando que, por descontado, no iba a abandonarla, que le proporcionaría un hogar en alguna parte. Por el momento, debía quedarse donde estaba mientras su señora lo permitiera.

Sin embargo, sobrevino una desgracia que lo impidió. No puede decirse si rondó

o no por la cabeza del marido de la señora Harnham una vaga idea de las circunstancias de Anna, pero lo cierto es que la joven se vio obligada, pese a las súplicas de Edith, a dejar la casa. Por elección propia, regresó durante una temporada a la casita rural de la llanura, lo que llevó a entablar negociaciones para el mantenimiento de la correspondencia. Dado que la chica era incapaz de continuar personalmente lo que se había iniciado en su nombre, y teniendo en cuenta las dificultades para seguir trabajando de común acuerdo como hasta la fecha, solicitó a la señora Harnham (la única amistad bien situada que tenía en el mundo) que fuera recibiendo las cartas y contestándolas a vuelta de correo, aunque enviándoselas también a ella en la llanura, donde al menos podría pedirle a alguna vecina que se las leyera, si es que daba con una de confianza. Anna y su arcón partieron entonces rumbo a su antiguo hogar.

Así Edith Harnham se encontró en la extraña posición de tener que mantener correspondencia, sin la supervisión de la interesada, con un hombre que no era su marido y en condiciones que en la práctica eran las de una mujer casada, para tratar un estado corporal que no era en absoluto el suyo; además, sentía en secreto por el individuo en cuestión, en gran medida tras la afinidad surgida mientras representaba su papel, cierta predilección, sutil y llena de imaginación sin duda, pero no por ello menos intensa y absorbente. Abría las cartas a su llegada, las leía como si fueran para ella y contestaba movida por las emociones de su corazón y no por otras.

A lo largo del proceso, desarrollado en ausencia de la muchacha, Edith Harnham, muy nerviosa, vivió en el éxtasis de la fantasía; aquellas relaciones íntimas indirectas engendraron un torrente de ardor jamás superado. Obedeciendo a su conciencia, en un principio hacía llegar a Anna todas las cartas de su pretendiente, e incluso copias en borrador de sus contestaciones, pero más adelante esas supuestas copias empezaron a abreviarse cada vez más y en muchos casos no llegaron a enviarse ni la carta ni la respuesta.

A pesar de ser hombre sensual y, al menos en la superficie, infestado por los vicios y excesos de la sociedad artificial, el carácter de Raye tenía un sustrato de sinceridad y franqueza. Albergaba realmente cariño por aquella muchacha de campo, un sentimiento que fue creciendo a medida que vio cómo parecía capaz de expresar la sensibilidad más profunda con las palabras más sencillas. Meditó y vaciló y por fin resolvió consultar a su hermana, que era soltera y mucho mayor que él, una mujer muy comprensiva y con buenas intenciones. Al hacerle esta confidencia le enseñó algunas de las cartas.

—Parece relativamente educada —comentó la señorita Raye—. Y de ideas perspicaces. Se expresa con un gusto que por fuerza tiene que ser innato.

—Sí. Escribe con mucha elegancia, ¿no es cierto?, gracias a esos colegios de educación primaria.

—Le enternece a una el corazón, a pesar de como son las cosas, pobrecita.

El resultado de la charla fue que, aunque su hermana no se lo había aconsejado

directamente, Raye escribió, con su verdadero nombre, lo que nunca habría decidido escribir por iniciativa propia; es decir, que no podía vivir sin ella y que iría a verla en primavera y pondría solución a los obstáculos que se avecinaban casándose con ella.

Anna tuvo noticia de aquella gallarda aceptación de la situación a través de la señora Harnham, que partió de inmediato hacia la casita de la llanura. La joven se puso a dar saltos de alegría como una chiquilla y, a continuación, ofreció indicaciones torpes y burdas para la redacción de una respuesta adecuada. A su regreso a la ciudad, Edith Harnham las puso en práctica con un énfasis afectuoso.

—¡Ay! —gimió al soltar la pluma—. Anna, pobrecita, tan buena y tan ingenua, no tiene la inteligencia necesaria para apreciarlo. ¿Cómo iba a tenerla? Y mientras yo… ¡no llevo a su hijo en mi seno!

Estaban ya en febrero. La correspondencia se había prolongado cuatro meses en total y en su siguiente carta Raye aludía sin ahondar en ello a su posición y a sus expectativas. Señalaba que, al ofrecerse a casarse con ella, al principio se había planteado retirarse de una profesión que hasta el momento le había reportado emolumentos muy escasos y que, dicho sin rodeos, le había parecido difícil seguir ejerciendo si se casaba con ella. No obstante, el filón inesperado de inteligencia y fervor que aquellas cartas le habían revelado oculto en la afectuosa personalidad de Anna lo había empujado a descartar tal idea, un tanto lúgubre. Había llegado a la conclusión de que, con su capacidad de perfeccionamiento, después de unas sesiones particulares de preparación para las formalidades sociales de Londres supervisadas por él, o con ayuda de una preceptora si era necesario, se convertiría en la mujer más que adecuada para un hombre con sus posibilidades profesionales, incluso si llegara a ser lord canciller. Muchas mujeres casadas con los hombres que habían ocupado ese puesto habían tenido menos intuición sobre lo que suponía ser una señora de la que había demostrado ella en las líneas que le había escrito.

—¡Ay, pobre hombre, pobre hombre! —se lamentó Edith Harnham.

Su angustia bramaba ya con la misma fuerza que su pasión. Era ella quien lo había llevado hasta ese punto, hasta una boda que iba a ser su ruina; sin embargo, no podía, pues se compadecía de su criada, hacer nada para entorpecer los planes del caballero. Anna iba a trasladarse a Melchester aquella semana, pero en modo alguno podía enseñarle aquella última carta de su prometido, que tanto desvelaba de la segunda personalidad que había ocupado el lugar de la primera.

Llegó, pues, la joven y su señora se la llevó a su habitación para hablar con confianza. Anna empezó diciendo con cierta inquietud que se alegraba de que la boda fuera a celebrarse pronto.

—¡Ay, Anna! Creo que tenemos que contárselo todo, que quien ha escrito tus cartas he sido yo, para que no lo descubra todo cuando ya estés casada y eso cree discordias y recriminaciones…

—¡Ay, señora, mi querida señora, no se lo cuente ahora, se lo pido por favor! —gritó Anna, angustiada—. Tal vez no quiera casarse conmigo, y entonces ¿qué iba a

ser de mí? ¡Lo que me pasaría sería terrible! Y además sigo practicando la caligrafía. He traído el cuaderno que me regaló usted con tanta bondad y practico todos los días. Y, bueno, aunque es muy, muy difícil, al final conseguiré hacerlo bien, estoy segura, si sigo intentándolo.

Edith echó un vistazo al cuaderno. Los ejercicios los había preparado ella misma y el progreso que había hecho la muchacha consistía en imitaciones grotescas de su escritura. De todos modos, aunque hubiera logrado reproducir su fluida caligrafía la inspiración siempre habría sido harina de otro costal.

—Usted lo hace estupendamente —prosiguió Anna— y dice todo lo que quiero decir yo mucho mejor, ¡y por eso espero que no me deje ahora en la estacada!

—Muy bien, pero me… me parece indicado no seguir escribiéndole.

—¿Por qué?

El firme deseo de confesar sus sentimientos empujó a Edith a responder con sinceridad:

—Por el efecto que provoca en mí.

—Pero ¡eso no puede ser!

—¿Por qué, hija mía?

—¡Pues porque ya está usted casada! —exclamó la joven con una simplicidad cargada de lucidez.

—No, claro que no puede ser —reconoció su señora apresuradamente, aunque se alegraba, a pesar de lo que le dictaba la conciencia, de tener todavía por delante dos o tres composiciones—, pero tú tienes que concentrar toda la atención en escribir tu nombre como lo escribo yo aquí.

VI

Raye no tardó en mandar una carta para hablar de la boda. Decidido a sacar el máximo partido a lo que había temido que fuera una locura romántica, se había entusiasmado más con el extraordinario experimento. Quería que la ceremonia se celebrase en Londres, para que fuera más íntima. Edith habría preferido Melchester; Anna no se pronunciaba. Se impuso el razonamiento del novio y la señora Harnham se entregó con un celo y aflicción a los preparativos de la partida de su pupila. En un último impulso desesperado de asistir contra viento y marea al momento de la muerte de su sueño, así como de ver de nuevo al hombre que por una especie de telepatía había ejercido semejante influencia en ella, se ofreció a acompañar a Anna para estar a su lado en la ceremonia («para estar con ella hasta el final», se dijo con una alegría forzada), oferta que la joven aceptó de buen grado, pues no contaba con ninguna otra amistad capaz de desempeñar el papel de acompañante y testigo ante un novio que era un caballero, y no quería que alguien se formara precipitadamente la opinión de que éste había cometido un error social gravísimo e irremediable.

En una mañana de marzo en que todo estaba embarrado Raye se apeó de un coche de alquiler de cuatro ruedas a la puerta de un registro civil del distrito suroccidental de Londres y ayudó a bajar con delicadeza a Anna y a su acompañante, la señora Harnham. La novia hacía honor a su atractivo con el traje de novia relativamente a la moda que Edith la había ayudado a comprar, aunque ese atractivo era un tanto menor que el día en que, siendo una niña inocente, había aparecido con su vestido de campo a lomos del caballito de madera de la feria de Melchester.

La señora Harnham había llegado la misma mañana en tren a primera hora. Un joven, amigo de Raye, se encontró con ellos en la puerta y juntos entraron en el edificio. Hasta hacía una hora, el novio no había visto nunca a la mujer del vinatero, con la excepción de aquel primer encuentro casual, y con el revuelo de la ceremonia apenas tuvo oportunidad de intercambiar unas palabras. El contrato de matrimonio en un registro civil requiere poco tiempo, pero de algún modo, en el curso de su celebración, Raye detectó una atracción extraña y furtiva entre la amiga de Anna y él.

Una vez concluidas las formalidades del enlace (o, mejor dicho, de la ratificación de una unión anterior), los cuatro se desplazaron en un coche de alquiler a la nueva zona residencial donde se encontraban las habitaciones del novio, a las que se había trasladado recientemente después de descartar el alquiler de una casa, que mal podía permitirse en aquel momento. Una vez allí, Anna cortó el pastel, de dimensiones reducidas, que Raye había comprado en una repostería al volver de Lincoln’s Inn la tarde anterior. Aparte de eso, no hizo gran cosa. El padrino se vio obligado a excusarse casi de inmediato y en cuanto se hubo marchado apenas quedaron otros que Edith y Raye, que intercambiaron opiniones con gran animación. La conversación era, en efecto, cosa suya, ya que Anna parecía un animalillo doméstico que escuchaba con humildad pero no entendía. Raye se extrañó al reparar en esa circunstancia y empezó a sentirse insatisfecho con la falta de aptitudes de su mujer.

—Señora Harnham, mi mujercita está tan inquieta que no sabe ni lo que hace ni lo que dice —dijo por fin, más decepcionado de lo que quería reconocer—. Ya veo que después de este lance será necesario un poco de calma antes de que verbalice la tierna filosofía con la que me deleitaba en sus cartas.

Tenían previsto salir a primera hora de la tarde hacia Knollsea, para pasar allí los primeros días de su vida de casados, y, en vista de que se aproximaba el momento de partir, Raye pidió a Anna que fuera al escritorio de la habitación contigua para escribir unas líneas a su hermana, que no había podido asistir a la boda por una indisposición, para informarla de que la ceremonia había concluido, agradecerle el detalle que les había enviado y expresarle su deseo de conocerla bien, pues desde entonces era su hermana, además de la de Charles.

—Dilo con ese hermoso tono poético que tan bien conoces —añadió—, pues tengo especial interés en que la cautives y os hagáis buenas amigas.

Anna parecía intranquila, pero se fue a cumplir con su tarea, mientras Raye se quedó a charlar con la invitada. La recién casada estuvo ausente un buen rato y por

fin su marido se puso en pie de repente y fue a buscarla.

La encontró aún encorvada sobre el escritorio, a punto de que se le saltaran las lágrimas. Raye miró entonces la hoja de papel de carta con cierto interés, con ganas de ver con qué tacto había expresado su buena voluntad en tan delicadas circunstancias, pero se sorprendió al comprobar que apenas había avanzado unas líneas, con la letra y la ortografía de un niño de ocho años y las ideas de un ganso.

—Anna, ¿qué es esto? —preguntó, mirándola extrañado.

—Lo que pasa es que… ¡no sé hacerlo mejor! —gimió ella entre lágrimas.

—¿Eh? ¡Qué tontería!

—¡Es cierto! —insistió, con triste y sollozante atrevimiento—. Aquellas… Aquellas… ¡Aquellas cartas no las escribí yo, Charles! ¡Lo único que hice fue decirle a ella lo que tenía que poner! ¡Y a veces ni eso! Pero estoy aprendiendo, y muy rápido, mi querido, querido marido. Y me perdonarás, ¿verdad?, por no habértelo contado antes.

Cayó de rodillas, lo sujetó por la cintura sin rastro de dignidad y pegó la cara a su cuerpo.

Raye no se movió durante unos instantes, luego la levantó, dio media vuelta abruptamente, le cerró la puerta en las narices y volvió al salón con Edith, que enseguida se percató de que había sucedido algo funesto. Se miraron el uno al otro.

—¿Estoy en lo cierto? —preguntó, pálido y apagado—. ¿Ha sido usted quien le ha escrito las cartas todo este tiempo?

—Era necesario —respondió Edith.

—¿Le dictó una por una todas las palabras que me escribió?

—No todas.

—¿En realidad, muy pocas?

—Muy pocas.

—¡Redactó gran parte de esas páginas semana tras semana a partir de sus propios sentimientos, aunque con su firma!

—Sí.

—¿Y quizá muchas las escribió sola, sin comunicarse con ella?

—En efecto.

Raye se volvió hacia la librería, se apoyó en ella y se llevó la mano al rostro. Al ver su aflicción, Edith se quedó blanca como el papel.

—¡Me ha engañado, ha destrozado mi vida! —musitó él.

—¡Ay, no diga eso! —exclamó ella, atormentada, mientras se ponía en pie de un salto y le colocaba la mano sobre el hombro—. ¡No puedo aguantarlo!

—¡Me ha conquistado con ardides! ¿Por qué lo ha hecho? Dígame, ¿por qué?

—¡Empecé para hacerle un favor! ¿Cómo podía negarme a tratar de salvar del sufrimiento a una muchacha tan simple? Pero reconozco que continué por placer personal.

Raye levantó la vista y preguntó:

—¿Y por qué era un placer?

—No puedo contestar.

Siguió observándola y vio que de repente empezaban a temblarle los labios ante semejante reconocimiento a fondo y asomaban lágrimas a sus ojos lánguidos. Edith se apartó y anunció que debía irse a la estación para coger el tren. ¿Podía pedirle un coche de inmediato?

Sin embargo, Raye se dirigió hasta ella y tomó su mano sumisa.

—¡Bueno, quién iba a imaginarse una cosa así! —exclamó—. Resulta que usted y yo somos amigos… amantes… amantes abnegados… por correspondencia.

—Sí, supongo que sí.

—Más.

—¿Más?

—Está claro que más. De nada sirve negarlo. Legalmente he contraído matrimonio con ella (¡Dios se apiade de nosotros!), pero en alma y en espíritu me he casado con usted ¡y con ninguna otra mujer de este mundo!

—¡Calle!

—¡No, me niego a callar! ¿Por qué quiere disfrazar toda la verdad cuando ya ha reconocido la mitad? Sí, el vínculo existe entre usted y yo, y no entre ella y yo. No voy a añadir nada más, pero, ay, mi cruel amada, creo que tengo derecho a pedirle una cosa.

Edith no abrió la boca y Raye la acercó y se inclinó sobre ella.

—Si las cartas han sido pura invención, ponga solo la mejilla —ordenó categóricamente—. Si lo ha dicho todo de corazón, que sean los labios. ¡Es por primera y última vez, recuerde!

Ella le ofreció la boca y Raye la besó prolongadamente.

—¿Me perdona? —pidió, llorosa.

—Sí.

—¡Pero esto es su fin!

—¿Y qué mas da? —Se encogió de hombros—. ¡Me lo merezco!

Edith se apartó, se enjugó las lágrimas y entró en la habitación contigua para despedirse de Anna, que seguía batallando con la carta de agradecimiento y no esperaba verla irse tan pronto. Raye la acompañó a la calle y al cabo de tres minutos ya estaba en un coche de caballos rumbo a la estación de Waterloo.

Regresó junto a su mujer y con delicadeza le ordenó:

—Olvídate por hoy de la carta, Anna. Arréglate, porque también nosotros debemos irnos enseguida.

La simple muchacha, animada por la sensación de estar casada de verdad, manifestó su alegría al ver que la trataba con el mismo afecto de siempre después de semejante revelación. No sabía que a ojos de su marido su existencia era como una galera en la que él, exigente hombre de ciudad, se había encadenado de por vida, compartiendo pena con aquella campesina analfabeta encadenada a su lado.

Edith regresó a Melchester aquel día con un semblante que reflejaba el intenso estupor del tormento y unos labios que aún se estremecían por la fuerza desesperada del beso de Raye. Había llegado al final de su sueño de pasión. Cuando al anochecer llegó a la estación de Melchester su marido la esperaba, pero, entre el desinterés de él y la preocupación de ella, no se encontraron, de modo que salió a la calle sola.

Echó a andar mecánicamente hacia su casa sin llamar a una calesa. Al entrar el silencio le resultó insoportable y subió a oscuras al cuarto donde había dormido Anna, en el que se quedó un tiempo, pensando. Después fue al salón y, sin saber qué hacía, se acurrucó en el suelo.

«¡Le he destrozado la vida! —no dejaba de repetirse—. Le he destrozado la vida por no haber querido traicionar a Anna.»

Media hora después, una figura abría la puerta de la estancia.

—Ah, ¿quién anda ahí? —preguntó, sobresaltada, pues estaba a oscuras.

—Tu marido. ¿Quién si no? —dijo el respetable vinatero.

—Ah, ¡mi marido! ¡Me había olvidado de que lo tenía! —susurró ella para sí.

—No te he visto en la estación —prosiguió él—. ¿Te has encargado de que Anna quedara casada y bien casada? Espero que sí, porque ya era hora.

—Sí. Anna se ha casado.

Mientras Edith volvía en tren a su casa, Anna y su marido subían a un vagón de segunda clase que se dirigía a toda velocidad a Knollsea. Iban sentados cada uno en un lado. Él llevaba en la mano un cuaderno repleto de hojas dobladas y escritas con letra apretada. Las abrió una tras otra y se puso a leerlas en silencio mientras suspiraba.

—¿Qué haces, querido Charles? —preguntó tímidamente Anna desde la otra ventanilla, antes de acercarse a él como si fuera un dios.

—Releo todas esas cartas maravillosas que recibí con la firma de «Anna» —contestó él con lóbrega resignación.

Otoño de 1891

Para contentar a su mujer

I

El interior de la iglesia de St. James, en la localidad de Havenpool, se oscurecía poco a poco bajo el efecto de las densas nubes de una tarde de invierno. Era domingo: el oficio acababa de terminar, en el púlpito el pastor tenía el rostro hundido en las manos, y la congregación, con un jovial suspiro de alivio, se levantaba del suelo en el que se había arrodillado y se disponía a marcharse.

En aquel momento el silencio era tan grande que se oía el chapoteo del mar en el muelle. Lo interrumpieron los pasos del sacristán al dirigirse a la puerta occidental con la intención de abrirla, según la costumbre, para la salida de la congregación. Antes de que la alcanzara, sin embargo, alguien descorrió el pestillo desde fuera, y apareció recortada contra la luz la silueta oscura de un individuo vestido de marinero.

El sacristán se hizo a un lado y el marinero cerró la puerta con cuidado y avanzó por la nave hasta detenerse en el escalón del coro y el presbiterio. El pastor levantó la vista, interrumpiendo la breve oración personal que con toda justicia se reservaba después de las muchas dedicadas a la parroquia; se puso en pie y observó al intruso.

—Le ruego me perdone —se disculpó el marinero, dirigiéndose al eclesiástico con voz claramente audible para toda la congregación—. He venido a dar gracias por haberme salvado de milagro de un naufragio. Tengo entendido que se trata de lo procedente, si no tiene usted objeción.

Tras una breve pausa, el pastor contestó con titubeos:

—No tengo objeción, desde luego. Lo habitual es mencionar estos deseos antes del oficio, para que puedan incluirse las referencias oportunas en la acción de gracias, pero si quiere podemos leer la fórmula acostumbrada tras una tormenta en alta mar.

—Ah, pues muy bien. No tengo manías —respondió el marinero.

A continuación el sacristán le indicó la página del devocionario donde se encontraba la oración de gracias y el rector empezó a leerla. El recién llegado se arrodilló allí mismo y la repitió tras él palabra por palabra, con voz clara. La concurrencia, boquiabierta e inmóvil ante lo sucedido, se arrodilló también mecánicamente, aunque sin dejar de observar la figura aislada del marinero, que, en el centro justo del escalón del coro, estaba paralizado con las piernas flexionadas en el suelo, el cuerpo orientado hacia el este, el sombrero a un lado y las manos unidas, sin prestar la menor atención a la impresión que pudiera causar.

Una vez terminada la oración de gracias se levantó, lo mismo que el resto de la congregación, y todos abandonaron la iglesia. En cuanto salió el marinero y la poca luz natural que quedaba le iluminó el semblante, los veteranos del lugar lo reconocieron: era nada menos que Shadrach Jolliffe, un joven que hacía varios años que no pasaba por Havenpool. Era hijo de la localidad y había perdido a sus padres a

temprana edad, por lo que se había hecho a la mar antes de lo que era habitual para trabajar en la ruta de Terranova.

Habló con algún que otro lugareño sin dejar de andar y explicó que, desde su partida hacía años, había llegado a ser capitán y propietario de un pequeño queche costero que, providencialmente, también se había salvado del temporal. Al poco se acercó a dos muchachas que salían del cementerio algo más adelante. En el momento de su aparición estaban en la nave y lo habían observado con profundo interés; luego, al salir juntas del templo, se habían puesto a hablar de él. Una era una criatura menuda y delicada; la otra, una joven alta, recia y decidida. El capitán Jolliffe observó los rizos sueltos de la melena, la espalda y los hombros, y hasta los talones, durante un buen rato.

—¿Quiénes son esas dos muchachas? —susurró a su vecino.

—La pequeñita es Emily Hanning; la alta, Joanna Phippard.

—¡Ah! Ahora me acuerdo, por supuesto.

Se acercó, se detuvo a su lado y las miró de reojo con gesto cordial.

—Emily, ¿no me conoce? —preguntó, dirigiendo los ojos, castaños y radiantes, hacia ella.

—Creo que sí, señor Jolliffe —repuso la joven con timidez.

Su acompañante lo miraba con sus ojos oscuros.

—La cara de la señorita Joanna no la recuerdo con la misma facilidad —prosiguió el recién llegado—, pero sé de sus orígenes y de su familia.

Siguieron andando y charlando. Jolliffe les contó los detalles de su última salvación milagrosa hasta que llegaron a la esquina de Sloop Lane, donde residía Emily Hanning y donde, con una inclinación de cabeza y una sonrisa, la joven los dejó. Al poco el marinero se despidió también de Joanna, pero, al no tener recado o cometido concreto que requiriera su presencia, dio media vuelta y volvió a casa de Emily. La muchacha vivía con su padre, que se hacía llamar contable, si bien la hija llevaba una pequeña papelería como medio de subsistencia complementario, para compensar las lagunas de la actividad un tanto incierta de su progenitor. Al entrar, Jolliffe se los encontró a punto de tomar el té.

—Ah, no sabía que fuera tan tarde —dijo—. En fin, acepto una taza encantado.

Se quedó a tomar el té y mucho rato más, y se puso a contar aventuras de su vida de marinero. Se acercaron a escucharlo varios vecinos a los que invitaron a entrar. En cierto modo, Emily Hanning cayó a los pies del joven aquella velada de domingo. En el transcurso de una o dos semanas, la pareja llegó a un entendimiento romántico.

Una noche de luna del mes siguiente, Shadrach subía la cuesta que salía de la ciudad en dirección este, dirigiéndose a la zona residencial de las afueras en la que estaban las casas a la moda (si es que podía hablarse en esos términos de algo situado cerca de aquel viejo puerto), cuando vio delante de él una figura a la que, debido a la forma en que se volvía para mirar, tomó por Emily. Sin embargo, al acercarse descubrió que se trataba de Joanna Phippard. Le dedicó un saludo cortés y siguió

andando a su lado.

—¡Siga su camino o Emily se pondrá celosa! —recomendó la chica.

Al marinero no pareció gustarle el consejo y siguió con ella. Shadrach jamás logró recordar con claridad lo que se dijo y se hizo durante aquel paseo, pero de un modo u otro Joanna se las arregló para alejarlo de su más delicada y más joven rival. A partir de esa semana se vio cada vez más a Jolliffe en compañía de Joanna Phippard y menos en la de Emily, y pronto empezó a rumorearse por el muelle que el hijo del viejo Jolliffe, que había regresado tras surcar los mares, iba a casarse con la primera de esas dos jovencitas, para gran decepción de la segunda.

Inmediatamente después de que empezara a circular esta noticia, Joanna se vistió una mañana para dar un paseo y se encaminó a casa de su amiga, en la mencionada bocacalle. La historia del profundo pesar de Emily por la pérdida de Shadrach también había llegado a sus oídos y la conciencia le reprochaba habérselo arrebatado.

Por su parte, no estaba del todo contenta con el marinero. Agradecía sus atenciones y perseguía la dignidad del matrimonio, pero no había llegado a sentir un amor profundo por él. Para empezar, era ambiciosa, y socialmente la posición de Jolliffe no era ni mucho menos tan buena como la suya; siempre existía, para una mujer hermosa, la posibilidad de casarse con un hombre de un nivel considerablemente superior. Hacía tiempo que le rondaba por la cabeza la idea de que no se opondría rotundamente a devolvérselo a Emily si su amiga estaba realmente muy encaprichada de él. A tal efecto había escrito una carta de renuncia a Shadrach, carta que llevaba en la mano con la intención de enviarla si alguna observación personal de Emily la convencía de que la pobre estaba sufriendo.

Joanna tomó por Sloop Lane y fue hasta la papelería, que estaba por debajo del nivel de la calle. El padre de Emily nunca se encontraba en casa a aquella hora del día y parecía que también ella había salido, pues la visitante no consiguió que nadie respondiera a su saludo. Los clientes se acercaban tan poco a menudo al negocio que cinco minutos de ausencia de la propietaria no tenían gran importancia. Joanna esperó en la tiendecita, donde Emily había expuesto artículos que de por sí tenían poco valor con un buen gusto (como saben hacer las mujeres) que disimulaba la precariedad de las existencias. De pronto vio una figura que se detenía delante del escaparate, al parecer absorta en la contemplación de libritos de a seis peniques, paquetes de papel y grabados colgados de un cordel. Era el capitán Shadrach Jolliffe, que escudriñaba el local para ver si Emily estaba sola. Movida por el impulso de no verse con él en un lugar donde se respiraba la presencia de su amiga, Joanna se metió por la puerta que comunicaba con la trastienda. Era algo que ya había hecho con frecuencia, pues gracias a su trato con Emily tenía libertad para moverse por la casa sin ceremonias.

Jolliffe entró entonces. A través de la fina cortina que tapaba el cristal divisorio, Joanna comprobó que lo decepcionaba no encontrar a Emily. El marinero iba a salir ya cuando la silueta de la muchacha oscureció el umbral. Volvía con prisas de hacer algún recado y al toparse con el capitán dio un paso atrás como si fuera a salir otra

vez.

—¡No huyas, Emily, por favor! —pidió él—. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo, Shadrach, pero es que… Es que te he visto así, de repente, y… me has dado un susto.

Su voz indicaba que el corazón le había dado un brinco mayor que el resto del cuerpo.

—He entrado porque pasaba por aquí… —dijo él.

—¿Querías papel? —preguntó la muchacha mientras se colocaba a toda prisa tras el mostrador.

—No, no, Emily. ¿Por qué te pones ahí detrás? ¿Por qué no te quedas a mi lado? Se diría que me odias.

—No es verdad. ¿Cómo iba a odiarte?

—Pues entonces sal, para que podamos hablar como Dios manda.

Emily obedeció con una risita y se puso de nuevo a su lado en la parte pública de la tienda.

—Así se hace, cariño.

—No debes decir eso, Shadrach, porque esas palabras son para otra.

—¡Ah! Te entiendo bien, pero, Emily, juro por mi vida que hasta esta mañana no he sabido que me tenías el más mínimo aprecio; de otro modo nunca habría actuado así. Tengo en gran estima a Joanna, pero sé que desde el principio no me ha querido más que como se quiere a un amigo, y ahora veo delante de mí a la que debería haber pedido en matrimonio. ¿Sabes una cosa, Emily? Cuando un hombre vuelve a tierra tras un largo viaje por mar está completamente ciego: es incapaz de saber qué mujer le interesa. Todas le parecen iguales, hermosas criaturas, y acepta con facilidad a la primera que se presenta, sin pensar si ella lo ama o si él puede amar más a otra al poco tiempo. Desde el principio me sentí más inclinado por ti, pero eras tan tímida y retraída que imaginé que no querías que te molestara, así que me decanté por Joanna.

—¡No digas nada más, Shadrach, hazme el favor! —rogó ella, casi sin aliento—. Vas a casarte con ella el mes que viene y no está bien que… que…

—¡Ay, Emily, cariño mío! —exclamó el capitán, y sin darle tiempo a reaccionar rodeó su menuda figura con los brazos.

Joanna, detrás de la cortina, palideció y trató de apartar la vista, pero no lo logró.

—Solamente a ti te quiero como debe querer un hombre a la mujer con la que va a casarse, ¡y por lo que me ha dicho Joanna sé que no pondrá reparos a darme la libertad! Quiere casarse con un hombre de mejor posición, lo sé, y solo ha aceptado mi propuesta por cortesía. Una muchacha alta y hermosa como ella no es candidata para ser la mujer de un simple marinero: tú serías la más indicada.

La besó una y otra vez, y la flexible figura de la joven se estremeció ante el ímpetu de sus abrazos.

—No sé… ¿Estás seguro… de que Joanna va a romper el compromiso? Ay, ¿estás seguro? Porque…

—Sé que no querrá hacernos desgraciados. Me dará la libertad.

—¡Ay, eso espero! ¡Ojalá! Pero ¡no te entretengas, Shadrach!

Sin embargo, el capitán se quedó hasta que llegó un cliente en busca de una barrita de lacre de a penique, momento que aprovechó para marcharse.

Joanna, verde de envidia ante semejante escena, buscaba una salida por donde escapar. Salir de allí sin que Emily supiera que había ido era indispensable. Fue sigilosamente de la trastienda al pasillo y de allí a la puerta de entrada de la vivienda, por la que salió a la calle sin hacer ruido.

La caricia de la que había sido testigo había dado al traste con todas sus resoluciones. No podía dejar libre a Shadrach. Al llegar a casa quemó la carta e informó a su madre de que si se presentaba el capitán Jolliffe estaba indispuesta y no podía recibirlo.

Sin embargo, el marinero no fue a verla. Se limitó a hacerle llegar una nota en la que expresaba con palabras sencillas el estado de sus sentimientos y le pedía permiso para acogerse a sus insinuaciones de que también su afecto por él era poco más que amistoso, lo que le permitiría anular el compromiso.

Contemplando el puerto y la isla situada más allá esperó y esperó en su cuarto una respuesta que no llegaba. La incertidumbre se hizo tan insoportable que, cuando ya había oscurecido, enfiló la calle mayor. No podía contenerse: tenía que ver a Joanna para averiguar el destino que le aguardaba.

La madre le informó de que estaba indispuesta y, ante sus preguntas, reconoció que era por culpa de una carta suya que había recibido y que la había angustiado sobremanera.

—Tal vez esté usted al tanto de lo que decía en ella, señora Phippard —aventuró Shadrach.

Ella confesó que sí y añadió que se veían en una posición muy dolorosa. Así pues, y temiendo ser culpable de una atrocidad, el marinero explicó que, si su nota había hecho sufrir a Joanna, habría sido por un malentendido, pues él había creído que más bien sería un alivio. En caso contrario, cumpliría la palabra dada y la muchacha podría considerar que aquellas líneas no se habían escrito nunca.

A la mañana siguiente recibió un recado de la joven, transmitido de palabra, para que fuera a recogerla aquella tarde a la salida de una reunión. Así lo hizo y, mientras andaban del Ayuntamiento a casa de Joanna, ésta le dijo, cogiéndolo del brazo:

—Todo sigue igual que antes entre nosotros, ¿verdad, Shadrach? ¿Tu carta fue un error?

—Todo sigue igual —repuso él— si tú dices que así debe ser.

—Es mi deseo —musitó ella, con el gesto endurecido y pensando en Emily.

Shadrach era un hombre religioso y escrupuloso, que respetaba sus promesas como si le fuera la vida en ello. La boda se celebró poco después, tras haber expresado a Emily con toda la delicadeza posible el error que había cometido al creer que la actitud de Joanna era un reflejo de su indiferencia.

II

Un mes después de las nupcias falleció la madre de Joanna y la pareja se vio obligada a concentrarse en asuntos muy prácticos. Sin otra familia, la recién casada no podía ni pensar en que su marido volviera a embarcarse, así que la cuestión era qué podía hacer el marinero en Havenpool. Finalmente decidieron encargarse de una tienda de comestibles de la calle mayor que a la sazón estaba en traspaso. Shadrach no sabía nada de cómo llevar un comercio y Joanna, muy poco, pero esperaban aprender.

A regentar la tienda de ultramarinos dedicaron a partir de entonces todas sus energías, y desde entonces siguieron a su cargo durante muchos años, sin excesiva fortuna. De su unión nacieron dos hijos, ambos varones, a los que la madre adoraba hasta la idolatría, aunque nunca hubiera querido al padre con pasión; se desvivía por ellos y les dedicaba toda su atención. No obstante, la tienda seguía sin prosperar y los grandes sueños de Joanna sobre la educación y la carrera profesional de sus hijos se vieron menguados por la dura realidad. Sus estudios fueron muy limitados, pero, al vivir junto al mar, se interesaron por todas las artes y empresas náuticas atractivas para los muchachos de su edad.

El principal interés de la vida matrimonial de los Jolliffe, fuera de los asuntos inmediatos de su hogar, se había centrado en el casamiento de Emily. Por una de esas casualidades de la vida que encuentran a quienes se esconden en rincones inesperados, pasando por alto a quienes están en lugares más visibles, la delicada joven había llamado la atención de un acomodado comerciante de la localidad, que era viudo y algunos años mayor que ella, aunque estaba en la flor de la vida y muy enamorado. Al principio Emily había declarado que jamás de los jamases se casaría con nadie, pero el señor Lester había perseverado con discreción y por fin había conseguido un consentimiento con reservas. También esa unión tuvo como fruto dos criaturas, y a medida que fueron creciendo y prosperando Emily confesó que nunca se había imaginado llegar a ser tan feliz.

La casa del respetable comerciante, una de esas mansiones de ladrillo visto, grandes y macizas, que con frecuencia abundan en las ciudades tradicionales, daba directamente a la calle mayor, casi enfrente de la tienda de comestibles de los Jolliffe; de este modo, Joanna tuvo que soportar que la mujer cuyo puesto había usurpado por pura avaricia contemplara desde su posición de relativa riqueza el humilde escaparate, con sus panes de azúcar polvorientos, sus montones de pasas y sus latas de té, del comercio que le había tocado en suerte regentar. Además, el negocio había menguado hasta el punto de que Joanna se veía obligada a despachar personalmente, y se sentía molesta y humillada al pensar que, desde su gran salón en la acera de enfrente, Emily Lester pudiera ser testigo de sus idas y venidas tras el mostrador, siempre a la disposición de desdichados clientes de tres al cuarto, cuyas visitas se veía obligada a agradecer poniendo buena cara. Eran gente a la que debía tratar con

cortesía por la calle, mientras Emily paseaba tranquilamente con sus hijos y la institutriz y charlaba con las personas más refinadas de la ciudad y del barrio. Aquello era lo que había conseguido al no permitir que Shadrach Jolliffe, al que amaba con tan poco afán, destinara su afecto a otra mujer.

El antiguo marinero era un hombre bueno y honrado, y le había sido fiel de corazón y de obra. El tiempo había cortado las alas de su amor por Emily al entregarse a la madre de sus hijos: había olvidado en gran medida la impulsiva atracción de antaño y Emily se había convertido a sus ojos en una mera amiga. Lo mismo le había sucedido a ella. Tal vez, si hubiera tenido el más mínimo motivo para estar celosa, Joanna se habría sentido casi satisfecha, pues lo cierto es que era el sometimiento absoluto tanto de Emily como de Shadrach a las consecuencias de lo que ella misma había tramado lo que nutría su descontento.

Shadrach no estaba dotado de la fina perspicacia necesaria para explotar un comercio entre tanta competencia. Cuando un cliente preguntaba si el tendero podía recomendar sinceramente el maravilloso sucedáneo de huevo que un representante pertinaz lo había obligado a incluir entre sus productos, respondía que cuando no se ponían huevos en un pastel resultaba «difícil notar su sabor»; y, si le preguntaban si su «auténtico café moca» era moca auténtico, replicaba con gesto serio que solo en el sentido que se le daba «en los negocios pequeños». Ése no era el camino de la riqueza.

Un día de verano, mientras el caserón de ladrillo de la acera de enfrente proyectaba el sofocante calor del sol en el interior de la tienda, donde estaban solos marido y mujer, Joanna dirigió la vista hacia la puerta de Emily, delante de la cual se había detenido el carruaje de un visitante adinerado. Últimamente había reconocido, en la actitud de Emily, indicios de condescendencia.

—Shadrach, lo cierto es que no has nacido para comerciante —señaló Joanna con tristeza—. No te educaron para llevar una tienda y es imposible que un hombre haga fortuna en un oficio al que ha llegado por casualidad y con precipitación, como tú en este caso.

Jolliffe le dio la razón, como hacía siempre en todo.

—No es que me importe un comino hacer fortuna —añadió alegremente—. Ya soy lo bastante feliz y más o menos vamos tirando.

Joanna volvió a mirar el caserón entre la cortina de botellas de encurtidos.

—Vamos tirando… Sí —repitió con amargura—. Pero mira la de dinero que tiene Emmy Lester, con lo pobre que era. Sus hijos irán a la universidad, sin duda; y piensa en los tuyos, que se ven obligados a ir a la escuela de la parroquia.

—Nadie le ha hecho mejor favor a Emily —replicó Shadrach con buen humor, después de pensar en su antiguo amor— que tú, Joanna, cuando le aconsejaste que se apartara de mí y pusiste fin a aquel devaneo sin sentido entre ella y yo, algo que la dejó en disposición de darle el sí a Lester cuando apareció en su vida.

Aquel comentario casi la enfureció.

—¡No hables de lo que ya ha pasado! —suplicó con amarga tristeza—. Dedícate mejor a pensar, por el bien de los niños y por el mío propio, cuando no por el tuyo, en cómo vamos a hacernos más ricos.

—Bueno —contestó Shadrach, poniéndose serio—, a decir verdad nunca me he sentido capacitado para este trabajo, aunque no me haya atrevido a decirlo. Creo que necesito más sitio para desplegar las alas, un lugar más despejado para alzar el vuelo, cosa que aquí no puedo hacer, rodeado de amigos y vecinos. Podría enriquecerme como el que más si hicieras las cosas a mi manera.

—¡Ojalá! ¿Y cuál es tu manera?

—Volver a hacerme a la mar.

Había sido precisamente ella la que lo había retenido en tierra, pues aborrecía la vida de semiviudedad de las mujeres de los marineros, pero en ese momento la ambición pudo con el instinto y preguntó:

—¿De verdad crees que ése es el camino para triunfar?

—Estoy convencido de que no hay otro.

—¿Quieres marcharte, Shadrach?

—No por gusto, eso te lo digo bien claro. No existe en la mar placer como el que puedo tener aquí en mi trastienda, Joanna. Para ser sincero, no siento ningún apego por el agua salada. Nunca me ha gustado mucho. Pero, si de lo que se trata es de hacer fortuna para ti y para los chavales, eso ya es otra cosa. Es la única posibilidad para un hombre como yo, nacido y criado como navegante.

—¿Tardarías mucho en ganar dinero?

—Bueno, depende. Puede que no.

A la mañana siguiente Shadrach sacó de una cajonera la chaqueta náutica que había llevado los primeros meses al regresar, le quitó las polillas con un buen cepillado, se la puso y se dirigió al muelle. El puerto seguía haciendo buen negocio con el comercio de Terranova, aunque no tanto como en otro tiempo.

No tardó mucho en invertir todo lo que tenía en la adquisición de una participación en la propiedad de un bergantín del que fue nombrado capitán. Dedicó unos meses al comercio costero, intervalo en el que se quitó de encima la herrumbre acumulada durante la etapa de tendero, y en primavera el bergantín zarpó rumbo a Terranova.

Joanna se quedó en casa con sus dos hijos, que estaban convirtiéndose en fuertes muchachotes y se ocupaban en distintas tareas por el puerto y el muelle.

«Da igual, hay que dejarlos trabajar un poco —se decía su siempre complaciente madre—. Nuestras necesidades lo imponen ahora, pero cuando vuelva Shadrach apenas tendrán diecisiete y dieciocho años y podremos apartarlos del muelle y buscar a un buen tutor que se ocupe a fondo de su educación; con el dinero que tendrán quizá lleguen a parecerse a dos caballeros de verdad, igual que los maravillosos hijos de Emmy Lester, siempre con su álgebra y su latín.»

La fecha del retorno de Shadrach iba acercándose y por fin llegó, pero él no

apareció. En el puerto tranquilizaron a Joanna asegurándole que no había motivo de preocupación, pues era difícil calcular el regreso de un barco de vela, y estaban en lo cierto, ya que a última hora de un día lluvioso, aproximadamente un mes después de la fecha prevista, se anunció que la nave se acercaba. Al poco se oyeron por el pasillo las botas de marinero de Shadrach, que por fin hizo su entrada. Los chicos habían salido antes de conocer la noticia y Joanna estaba sola.

Pasada la primera emoción del reencuentro, Jolliffe explicó que el retraso se había debido a un pequeño contrato especulativo que había dado buenos frutos.

—¡Tenía muy claro que no podía decepcionarte y me parece que tendrás que reconocer que no lo he hecho! —exclamó.

Con esas palabras sacó un enorme bolsón de lona, repleto y abultado como la bolsa de dinero del gigante al que mató Juan, el de las habichuelas, la desató y la volcó encima de su mujer, que estaba sentada en la silla baja cercana al fuego. Un montón de soberanos y guineas (en aquellos días había guineas en esta tierra) cayó de golpe en su regazo, y el peso ahuecó el vestido hasta tocar el suelo.

—¡Ahí tienes! —exclamó Shadrach, satisfecho—. Ya te había dicho que lo conseguiría, cariño, ¿y lo he conseguido o no?

No obstante, el rostro de su mujer, después de la primera impresión, no retuvo la gloria de la posesión.

—Esto es mucho oro, desde luego —reconoció—. Pero… ¿no hay más?

—¿Más? A ver, querida Joanna, ¿te das cuenta de que en ese montón hay trescientas piezas? ¡Es una fortuna!

—Sí, sí… Una fortuna… para los cálculos de la mar, pero para los de tierra…

Aun así, de momento dejó a un lado las consideraciones sobre el dinero. Los muchachos regresaron al poco rato y el domingo siguiente Shadrach volvió a expresar su gratitud a Dios, en aquella ocasión por el medio más habitual de la acción de gracias general. Sin embargo, unos días después, cuando surgió la cuestión de cómo invertir el dinero, el marinero le dijo a su mujer que no la veía tan satisfecha como habría sido de esperar.

—Bueno, Shadrach, es que nosotros contamos de cien en cien, pero ellos —subrayó, señalando con la cabeza la acera de enfrente— van de mil en mil. Desde que te fuiste se han hecho con un carruaje de dos caballos.

—No me digas.

—Mi querido Shadrach, tú no sabes cómo funciona el mundo. En fin, haremos lo que podamos, pero que quede claro que ellos son ricos y nosotros no hemos salido de pobres.

La mayor parte del año pasó sin mucho entusiasmo. Joanna iba de un lado a otro de la casa y la tienda con aire triste y sus hijos seguían haciendo trabajos por el puerto y sus alrededores.

—Joanna, veo por tus movimientos que no es suficiente —dijo Shadrach un día.

—No es suficiente —admitió ella—. Mis chicos van a tener que ganarse la vida al

timón de los barcos propiedad de los Lester. ¡Y pensar que en tiempos yo estaba por encima de ella!

Jolliffe, que no era amigo de las discusiones, se limitó a murmurar que podía hacerse a la mar de nuevo. Lo meditó varios días y, viniendo del muelle una tarde, anunció de improviso:

—Podría conseguírtelo, amor mío, con un viaje más, sin duda, si… si…

—¿Conseguir el qué, Shadrach?

—Pues que pudieras contar de mil en mil y no de cien en cien.

—¿Si qué?

—Si pudiera llevarme a los muchachos.

Joanna se quedó blanca como el papel.

—No digas esas cosas, Shadrach —replicó apresuradamente.

—¿Por qué?

—¡Pues porque no me gusta oírlas! La mar es peligrosa. Quiero que sean jóvenes refinados, no que corran peligros. No puedo permitir que se jueguen la vida en alta mar. ¡No, de ninguna de las maneras, jamás!

—Muy bien, cariño, no se hable más.

Al día siguiente, tras un silencio, su mujer preguntó:

—En el caso de que te acompañaran, se notaría mucho la diferencia, supongo, en los beneficios, ¿verdad?

—Pues se triplicaría lo que podría sacar de la empresa yo solo. Bajo mi supervisión, rendirían igual que dos más como yo.

—Cuéntame más —le pidió ella algo más tarde.

—¡Bueno, los muchachos tienen casi tanta maña como un capitán en el manejo de una embarcación, vive Dios! No hay, en todos los mares del norte, lugar más endiablado que los bancos de arena de este puerto, y ahí han practicado desde la infancia. Además, son muy formales. No encontraría esa formalidad y esa honradez en media docena de hombres que les doblaran la edad.

—Pero en alta mar hay muchos, muchos peligros. Ahora, además, corren rumores de guerra, ¿no? —apuntó ella, nerviosa.

—Sí, bueno, riesgos habrá. Claro que…

La idea fue creciendo y desarrollándose, angustiando y aplastando el corazón de la madre. Los aires de superioridad de Emmy ya no tenían parangón; resultaban insoportables. La mujer de Shadrach no podía evitar acuciarlo hablando de cuán pobres eran en comparación. Al recibir la propuesta de un viaje comercial, los dos jóvenes, afables como su padre, se mostraron bien dispuestos a zarpar; aunque, al igual que su padre, no sentían un gran fervor por la mar, se entusiasmaron bastante al conocer los detalles del proyecto.

Todo dependía ya únicamente del consentimiento de su madre, que lo negó una buena temporada hasta que por fin cedió: los muchachos podían acompañar a su padre. Shadrach se puso muy contento: el cielo había velado por él hasta la fecha y

por ello había dado gracias. Dios no abandonaría a quienes le eran fieles.

Todo lo que los Jolliffe poseían en este mundo se invirtió en la empresa. Las existencias de la tienda se redujeron al mínimo para garantizar el sustento básico de Joanna en su ausencia, que debía prolongarse durante toda la llamada «temporada de Terranova». No sabía muy bien cómo iba a resistir la larga espera, pues la vez anterior los chicos se habían quedado con ella, pero se armó de valor para la prueba.

Cargaron el barco de botas y zapatos, ropa ya confeccionada, aparejos de pesca, mantequilla, queso, cordaje, lona para las velas y muchos otros bienes. El objetivo era volver con aceite, pieles, pescado, arándanos y todo lo que encontrasen a lo largo de la ruta, pero iban a comerciar mucho en otros puertos antes de emprender el camino de regreso, con lo que ganarían mucho dinero.

III

El bergantín zarpó una mañana de lunes de primavera, pero Joanna no presenció la partida. No podía ver con sus propios ojos la escena de la que había sido responsable. Consciente de ello, Shadrach la avisó de un día para otro de que iban a levar anclas a la mañana siguiente, antes del almuerzo; cuando se despertó a las cinco y los oyó trajinar en el piso de abajo no se apresuró a descender, sino que se quedó en la cama tratando de reunir fuerzas para la despedida, imaginando que saldrían hacia las nueve, como en el viaje anterior.Cuando por fin bajó se topó con unas palabras escritas con tiza en la superficie inclinada del buró, pero ni rastro de su marido y sus hijos. En las frases, garabateadas a toda prisa, el capitán la informaba de que se había ido de aquel modo para ahorrarle el sufrimiento de la despedida. Debajo, sus hijos habían añadido: «¡Adiós, madre!».

Salió a la carrera hacia el muelle y miró desde el puerto el borde azul del mar, pero apenas alcanzó a ver los palos y las velas hinchadas del Joanna; ninguna figura humana.

—¡Soy yo la que los ha obligado a partir! —exclamó fuera de sí, y se echó a llorar.

En la casa, el «Adiós» escrito con tiza casi le partió el alma, pero cuando entró en la tienda y miró la casa de Emily, allí enfrente, un destello de triunfo iluminó su delgado rostro, ante la perspectiva de liberarse de la servidumbre de la subordinación.

Para ser justos con Emily Lester, hay que reconocer que sus aires de superioridad eran fundamentalmente producto de la imaginación de Joanna. Lamujer del comerciante no podía ocultar que sus circunstancias eran másespléndidas que las de su antigua amiga, pero cada vez que se cruzaban, cosa que ya no sucedía muy a menudo, se esforzaba por atenuar las diferencias en la medida de lo posible.

Transcurrió el primer verano y Joanna siguió a duras penas al frente de la tienda, que consistía ya en poco más que un escaparate y un mostrador. Emily era, en

realidad, su única clienta de relevancia, si bien su amable predisposición a comprar cualquier cosa sin poner en duda la calidad de los productos resultaba un tanto hiriente: su actitud acrítica era la de una protectora, si no la de una benefactora. Pasó luego el largo e inhóspito invierno; el buró, puesto contra la pared, protegía la despedida escrita con tiza, pues Joanna no había tenido valor para borrarla y a menudo la contemplaba con lágrimas en los ojos. Los apuestos hijos de Emily habían vuelto a casa a pasar las vacaciones navideñas y se habló de su ingreso en la universidad; mientras, Joanna seguía sobreviviendo como quien dice conteniendo la respiración, como quien se sumerge en el agua. Apenas quedaba un verano para que terminara la «temporada». Al acercarse el fin del plazo estipulado, Emily fue a visitar a su amiga de otro tiempo. Le habían dicho que empezaba a impacientarse, porque hacía varios meses que no recibía carta ni de su marido ni de sus hijos. Las sedas de su vestido susurraron con arrogancia cuando, en respuesta a la invitación prácticamente inaudible de Joanna, se coló por el hueco del mostrador y entró en la trastienda.

—¡Tú eres el éxito y yo, lo contrario! —clamó Joanna.

—Pero ¿por qué dices eso? Si van a volver con una fortuna, por lo que he oído.

—¡Ah! ¿Acaso van a volver? La duda me puede. Los tres en un mismo barco… ¡Solo de pensarlo…! Ya hace meses que no sé nada de ellos.

—Pero aún no se ha cumplido el plazo. No llames al mal tiempo.

—¡Nada me compensará de la angustia de su ausencia!

—Entonces ¿por qué los dejaste marchar? Os iban bastante bien las cosas.

—¡Los obligué! —gritó, mientras se volvía enérgicamente hacia Emily—. ¿Y sabes por qué? Pues porque no soportaba ver que nosotros íbamos tirando simplemente mientras vosotros erais tan ricos y prosperabais. ¡Ahora que te lo he dicho, ódiame si quieres!

—Jamás te odiaré, Joanna.

Y posteriormente demostró la verdad de sus palabras. Llegó el fin del otoño y, aunque el bergantín ya tendría que haber arribado a puerto, nada semejante al Joanna había aparecido en el canal formado entre las arenas. Era ya momento de inquietarse. Acurrucada junto al fuego, Joanna Jolliffe tenía un escalofrío cada vez que corría una ráfaga de viento. Siempre había temido y detestado la mar, le parecía una criatura traicionera, impaciente y viscosa que ganaba su gloria a costa del sufrimiento de las mujeres.

—Sin embargo —repetía—, ¡tienen que venir, tienen que venir!

Recordó entonces que Shadrach había dicho antes de emprender el viaje que, en caso de regresar sanos y salvos, con su empresa rematada por el triunfo, iría a la iglesia como ya había hecho después del naufragio y se arrodillaría con sus hijos para dar gracias por haber sobrevivido. Así pues, la mujer empezó a frecuentar la iglesia, mañana y tarde, y a sentarse en el banco más adelantado, el más próximo al escalón del coro y el presbiterio, del que rara vez apartaba los ojos. Allí se había arrodillado

Shadrach en la flor de su juventud: conocía hasta el último centímetro el sitio en el que se habían clavado sus rodillas veinte inviernos atrás; veía su silueta al colocarse allí, el sombrero en el escalón junto a él. Dios era bueno. Sin duda su marido volvería a arrodillarse en ese mismo lugar, con un hijo a cada lado como había dicho: George en el de acá y Jim en el de allá. De tanto observar el escalón mientras rezaba, casi le parecía ver a los tres ya de vuelta y arrodillados en él, las dos figuras esbeltas de sus muchachos y la otra, más corpulenta, entre uno y otro. Se imaginaba las manos unidas y las cabezas dibujadas contra el muro oriental. La fantasía llegó a convertirse prácticamente en una alucinación: ya no podía dirigir los cansados ojos hacia aquel punto sin verlos.

Y, sin embargo, no volvían. Dios era misericordioso, pero aún no había tenido a bien apaciguar el alma de Joanna. Era su expiación del pecado de haberlos convertido en esclavos de su ambición, pero no tardó en ser algo más y su ánimo se aproximaba a la desesperación. Habían pasado ya meses de la fecha prevista, y el bergantín seguía sin aparecer.

Joanna oía o veía constantemente indicios de su regreso. Cuando subía por la colina de detrás del puerto, desde donde se veía todo el canal, estaba segura de que un puntito del horizonte, que rompía la inmensidad eternamente serena de las aguas en dirección sur, era el disco del palo mayor del Joanna. Y, si estaba en casa, un grito o un alboroto cualquiera en la esquina de la bodega municipal, donde la calle mayor iba a morir en el muelle, la empujaba a ponerse en pie de un brinco y exclamar:

—¡Son ellos!

Pero no eran ellos. Las figuras imaginarias se arrodillaban todos los domingos por la tarde en el escalón del coro, pero las reales no. Mientras, la tienda se había quedado en los huesos, por así decirlo. Por culpa de la apatía en que habían desembocado su soledad y sus sufrimientos, había dejado de adquirir las más mínimas existencias, y con ello ahuyentado a su última clienta.

Ante tan apurada situación, Emily Lester intentaba por todos los medios ayudar a la desdichada Joanna, pero se topaba con rechazos constantes.

—¡No me caes bien! ¡No puedo ni verte! —gritaba entre dientes y con voz ronca la que había sido su amiga cada vez que acudía a ella con algún ofrecimiento.

—Pero es que quiero ayudarte y tranquilizarte, Joanna —argumentaba Emily.

—¡Eres una dama, con un marido rico e hijos bien criados! ¿Qué puedes querer de un espantajo reconcomido como yo?

—Joanna, lo que quiero es lo siguiente: que te vengas a vivir a mi casa y no te quedes sola en este sitio deprimente ni un día más.

—¿Y si vienen y no me encuentran en casa? ¡Pretendes separarme de los míos! No, aquí me quedo. ¡No me caes bien y no pienso darte las gracias por muy bien que decidas portarte conmigo!

No obstante, el tiempo fue pasando y Joanna dejó de poder permitirse el pago del alquiler de la tienda y la casa sin ingreso alguno. Le aseguraron que cualquier

esperanza de ver regresar a Shadrach y a sus hijos era en vano y así, a regañadientes, aceptó el asilo de la residencia de los Lester, donde le asignaron una habitación en el segundo piso, con libertad para entrar y salir según le pareciera, sin contacto con la familia. Se le volvió el pelo primero entrecano y finalmente blanco por completo, profundas arrugas surcaron su frente y su figura demacrada se encorvó, pero no dejó de esperar a los desaparecidos y cuando se cruzaba con Emily por la escalera exclamaba malhumorada:

—¡Ya sé por qué me tienes aquí! Van a venir y se llevarán una decepción cuando no me encuentren en casa, y es posible que vuelvan a irse. ¡Y así te habrás vengado por haberte quitado a Shadrach!

Emily Lester cargaba con los reproches de aquel espíritu vencido por el dolor. No le cabía la menor duda (como a todos los habitantes de Havenpool) de que Shadrach y sus hijos habían naufragado. Hacía años que su embarcación se daba por perdida. A pesar de todo, cuando por la noche la despertaba algún ruido, Joanna se levantaba del lecho y se quedaba mirando la tienda por la ventana, a la luz de un farol parpadeante, para asegurarse de que no eran ellos.

Llegó una noche húmeda y oscura de diciembre, seis años después de la partida del bergantín Joanna. El viento venía del mar y arrastraba una bruma que olía a pescado y se pegaba al rostro como una manopla mojada. Joanna había rezado su habitual oración por los ausentes con más fervor y convicción que en los últimos meses y se había dormido hacia las once. Sería entre la una y las dos de la madrugada cuando se despertó de repente. Estaba segura de haber oído pasos en la calle y las voces de Shadrach y sus hijos, que llamaban a la puerta de la tienda de comestibles. Se levantó apresuradamente y, casi sin darse cuenta de cómo se vestía, bajó a la carrera la amplia escalera alfombrada de Emily, dejó la vela en la mesita del recibidor, descorrió los pestillos y la cadena y salió a la calle. La neblina, que subía por la calle procedente del muelle, le impedía distinguir la tienda, aunque estaba bien cerca, así que cruzó y al cabo de un momento estuvo delante de ella. ¿Cómo podía ser? No había nadie. La desdichada echó a andar de un lado a otro como loca y con los pies descalzos, pero no se veía ni un alma. Regresó a la puerta que en otros días había sido la de su casa y la aporreó con todas sus fuerzas. Tal vez los hubieran dejado entrar para que pasaran la noche, porque no querían molestarla hasta la mañana siguiente.

Algunos minutos después, el joven que se había quedado con la tienda se asomó a una ventana del piso superior y vio el esqueleto de algo humano en plena calle y a medio vestir.

—¿Ha venido alguien? —preguntó la figura.

—Ah, señora Jolliffe, no la había reconocido —respondió el muchacho con cordialidad, pues estaba al tanto del efecto que tenían en ella sus vanas esperanzas—. No, no ha venido nadie.

Junio de 1891

El violinista ambulante

—Hablando de exposiciones, ferias mundiales y demás —dijo el anciano caballero—, en la actualidad no iría ni a la vuelta de la esquina para ver una docena de ellas. La única exposición que causó (y que causará) cierta impresión en mi imaginación fue la primera de la serie, la madre de todas ellas; ahora ya algo que ha pasado a formar parte de la historia: la Gran Exposición de 1851 en Hyde Park, Londres. Ninguna de las generaciones posteriores puede hacerse una idea de la sensación de novedad que produjo en los que por entonces estábamos en la flor de la edad. Un nombre sustantivo llegó tan lejos que se convirtió, para la época, en un calificativo que honraba la ocasión. Se decía que era un sombrero «de exposición», un suavizador de navajas «de exposición», vinos, novias, esposas, bebés «de exposición». Para Wessex del Sur aquel año representó en muchos aspectos una frontera o hito cronológico extraordinario en el que tuvo lugar lo que uno podría llamar un precipicio del tiempo. Como en una «falla» geológica, tuvimos ocasión de contemplar una repentina toma de contacto de lo antiguo con lo moderno que probablemente no se había podido presenciar, en esta parte del país y de manera tan absoluta, en ningún otro año desde la Conquista.

A partir de estas observaciones empezamos a hablar de los diferentes personajes, nobles y plebeyos, que vivían y actuaban dentro de nuestro estrecho y pacífico horizonte de aquella época, y de tres personas en particular, cuyas raras y pequeñas historias estaban extrañamente salpicadas, en algunos pasajes, por la Exposición, y tenían más que ver con ella que la de cualquier otro habitante de esas remotas sombras del mundo que son Stickleford, Mellstock y Egdon. De aquellos tres el más interesante era Wat Ollamoor —en caso de que éste fuera su verdadero nombre—, a quien los más viejos de la reunión habían conocido bien.

Era un hombre muy galante con las mujeres, según se decía; eminentemente eso, aparte de eso muy poco más. A los hombres no les resultaba atractivo, tal vez un poco repulsivo de vez en cuando. Músico, dandy y cortejador en la práctica, cirujano veterinario en la teoría, residió durante algún tiempo en la aldea de Mellstock sin que nadie supiera de dónde era, aunque algunos decían que su primera aparición en la vecindad la había hecho como violinista de un espectáculo de la feria de Greenhill.

Muchos aldeanos respetables le envidiaban su poder sobre las doncellas inexpertas, poder que a veces parecía tener algo de mágico y sobrenatural. Físicamente no era feo, aunque nada inglés, pues su tez parecía una rica aceituna y su abundante pelo, negro y pegajoso (ciertas lociones misteriosas lo hacían aún más pegajoso y eran la causa de que, cuando Ollamoor llegaba limpio y fresco a una fiesta, oliera a «amor de adolescente» —como se llamaba con frecuencia al abrótano macho— empapado en aceite). En algunas ocasiones llevaba rizos —una doble hilera—, que le rodeaban la cabeza casi horizontalmente. Pero como a veces los rizos faltaban (de manera bien ostensible) de su cabellera, se llegó a la conclusión de que

no eran, en absoluto, obra de la naturaleza. Algunas muchachas, que habían tornado en odio su amor por él, le habían apodado Greñas por la abundancia de su cabello, que era lo bastante largo para descansar sobre los hombros de su propietario, y a medida que el tiempo fue pasando, el mote fue prevaleciendo cada vez más.

Era posiblemente su manera de tocar el violín lo que más tenía que ver con la fascinación que ejercía, porque, para hablar con justicia, su propia habilidad podía alardear de poseer la calidad más singular y personal imaginable, semejante a la que posee el predicador capaz de conmover a su auditorio. Había tonos en aquel violín que suscitaban la inmediata convicción de que lo único que se interponía entre Greñas y la carrera de un segundo Paganini eran la indolencia y la aversión al estudio sistemático.

Cuando tocaba cerraba invariablemente los ojos; no hacía caso de las notas, y —como fuera— permitía que el violín se extraviara a su antojo por los pasajes más desgarradores que un hombre del campo haya podido escuchar jamás. Había cierto carácter lingual en las implorantes expresiones que arrancaba a su instrumento, que casi habrían sido capaces de provocar dolor en el corazón de una piedra. Podía hacer que cualquier niño de la parroquia que fuera mínimamente sensible a la música se echara a llorar con solo tocar al violín durante unos minutos cualquiera de los viejos pasos de baile que casi exclusivamente constituían su repertorio: gigas rurales, *reels* y «pasos rápidos favoritos» del siglo pasado, de los que, incluso ahora, en rigodones y galops nuevos, se encuentran como fantasmas anónimos, restos mutilados que tan solo son reconocidos por los curiosos o por las personas chapadas a la antigua y cada vez más infrecuentes que en su juventud han tenido contacto con hombres como Wat Ollamoor.

Su época era algo posterior a la de la vieja banda coral de Mellstock, que incluía a los Dewy, a Mail y a los otros. De hecho, Ollamoor hizo su aparición en el horizonte musical de la región cuando aquellos populares músicos ya se habían dispersado y se habían convertido en funcionarios eclesiásticos. Éstos, llevados de su sincero aprecio por la seriedad profesional, despreciaban el estilo del nuevo violinista. Theophilus Dewy (el hermano pequeño de Reuben, el cosario) solía decir que carecía de suavidad —ni arco ni solidez—, que todo era una ilusión. Y aquello, probablemente, era verdad. En cualquier caso, Greñas, obviamente, no había tocado en su vida una sola nota de música religiosa. Ni una sola vez se sentó en la tribuna de la iglesia de Mellstock, donde los otros habían entonado su venerable salmodia tantos cientos de veces; con toda probabilidad, no había entrado nunca en una iglesia. Todas las melodías de su repertorio eran diabólicas. «Era tan incapaz de tocar el salmo número cien a su verdadero ritmo como de hacer sonar un serpentón de bronce», decía el cosario. (En Mellstock se suponía que el serpentón de bronce era un instrumento musical particularmente difícil de tocar.)

En ocasiones Greñas era capaz de producir aquel conmovedor efecto, ya antes mencionado, en el alma de las personas mayores, en especial en el de las jovencitas

provistas de un organismo frágil y comunicativo. Caroline Aspent era una de ellas. A pesar de que ya estaba prometida en matrimonio antes de conocerle, Caroline fue, de entre todas, la que —para su infortunio; qué digo, para su verdadera desesperación y vejación final— más se dejó influir por las arrebatadoras melodías de Greñas Ollamoor. Era una bonita muchacha, enternecedora y de expresión indecisa, cuyo principal defecto, por otra parte frecuente entre su sexo, era una propensión a ser de vez en cuando descontentadiza. En aquella época no vivía en la parroquia de Mellstock, donde Greñas residía, sino a unos cuantos kilómetros, en Stickleford, río abajo.

Cómo y dónde se encontró por primera vez con él —y con la música de su violín — es algo que no se sabe con certeza, pero se decía que todo empezó, o se intensificó, una tarde de primavera, cuando, al pasar por Lower Mellstock, Caroline acertó a detenerse, con el fin de descansar, en el puente que había al lado de la casa del violinista, y se apoyó lánguidamente en la barandilla. Greñas, como de costumbre, estaba a la puerta de su casa arrancándole a la cuerda prima de su violín la traicionera cadena de fusas y semicorcheas —para solaz de los transeúntes— y riéndose mientras las lágrimas resbalaban por las mejillas de los niñitos que le rodeaban. Caroline fingió estar absorta con el murmullo de la corriente que pasaba bajo los arcos, pero en realidad estaba escuchándole a él, y él lo sabía. De repente la angustia, simultáneamente con un salvaje deseo de adentrarse, etéreamente, por los laberintos de una danza sin fin, se apoderó de ella. Decidió reanudar la marcha para así liberarse de aquella fascinación, aunque para hacerlo tenía que pasar por delante de él: y él estaba tocando. Al echarle al ejecutante una mirada furtiva, descubrió con alivio que éste, abandonándose a la interpretación de su música, había cerrado los ojos, y Caroline, por consiguiente, avanzó con decisión. Pero cuando estuvo más cerca de él su andar se hizo apocado, sus pasos se hicieron cada vez más convulsos a medida que se aceleraba el ritmo de la melodía, hasta que estuvo a punto de ponerse a bailar. Cuando estaba justo enfrente de Greñas se atrevió a echarle otra mirada, y entonces vio que *uno* de sus ojos estaba abierto y la observaba, sonriendo burlonamente, en medio de su estado emocional. Los andares de Caroline no pudieron deshacerse de sus obligadas cabriolas hasta que se encontró a bastante distancia de la casa del músico; y la joven fue incapaz de sacudirse aquel extraño y enloquecido apasionamiento por espacio de varias horas.

A partir de aquel día, cada vez que en la vecindad iba a tener lugar algún baile al que ella pudiera considerarse invitada y en el que Greñas Ollamoor fuera a tocar el violín, Caroline se las ingeniaba para asistir, aun cuando a veces el lograrlo representaba darse una caminata de varios kilómetros, pues Greñas no acostumbraba tocar en Stickleford con tanta frecuencia como en los demás sitios.

Las siguientes manifestaciones visibles de la influencia que Greñas ejercía sobre ella fueron bastante singulares y sería necesario el concurso de un neurólogo para poder darles una explicación totalmente satisfactoria. Por las tardes, después del

anochecer, Caroline solía sentarse tranquilamente junto a la chimenea en casa de su padre, el sacristán de la parroquia. La casa estaba en la calle mayor de la aldea de Stickleford, y dicha calle era, además, paso obligado para todos los caminantes de la carretera principal que enlazaba Lower Mellstock con Moreford, un pueblo que estaba a ocho kilómetros en dirección este. Sucedía que, encontrándose allí, y en medio de la intrascendente conversación de turno entre su padre, su hermana y el joven al que antes se aludió (que la cortejaba devotamente, ignorante del alocado embelesamiento de ella), Caroline, sin previo aviso, salía disparada desde su asiento del rincón de la chimenea —como si hubiera recibido una fuerte sacudida eléctrica— y empezaba a dar saltos hacia el techo de manera convulsiva; después se echaba a llorar y no volvía a tranquilizarse hasta que había pasado alrededor de media hora. Su padre, sabedor de sus histéricas inclinaciones, estaba siempre excesivamente preocupado por este rasgo de su hija menor, y temía que el arrebato fuese una especie de ataque epiléptico. No así su hermana Julia. Julia había descubierto la causa de su enajenación. Solo una persona situada junto al rincón de la chimenea, y con un oído excepcionalmente agudo, podría haber percibido —justo en el momento anterior a que Caroline saltara— el ruido, que el cañón de la chimenea transmitía, de unos pasos masculinos que pasaban por la carretera. Y, sin embargo, era en aquellas pisadas, que ella había estado esperando, en donde residía el origen del involuntario brinco de Caroline. El caminante era Greñas Ollamoor, como muy bien sabía la muchacha, pero el motivo de su paso por allí no era el de visitarla a ella. Él iba en busca de otra mujer, de la que solía hablar como de su «pretendida», que vivía en Moreford, a unos tres kilómetros más allá de Stickleford. En una —y solo en una— ocasión sucedió que Caroline no pudo controlar la exclamación; fue una vez en la que dio la casualidad de que solo su hermana estaba delante.

—¡Oh!… ¡Oh!… ¡Oh!… —gritó—. ¡Él va a ella y no viene a *mí!*

Para hacerle justicia al violinista, diremos que, en un principio, él no había pensado en (ni había hablado mucho con) aquella muchacha de impresionable carácter. Pero pronto se enteró de su secreto, y no pudo resistir la tentación de tener un breve aparte con el corazón (demasiado fácil de herir) de Caroline: como un entreacto de sus más serios amoríos de Moreford. Los dos empezaron a verse con frecuencia, aunque solo de manera furtiva, y así, a excepción de Ned Hipcroft, su enamorado, y de su hermana Julia, no había en todo Stickleford un alma que estuviera enterada del asunto. El padre de Caroline desaprobaba su frialdad para con Ned; su hermana, además de eso, tenía la esperanza de que lograra sobreponerse a aquella pasión nerviosa, que, para colmo, sentía por un hombre del que se sabía muy poco. El resultado final de todo aquello fue que Edward, el sencillo y viril pretendiente de Caroline, se dio cuenta de que sus intenciones habían llegado a no tener prácticamente la menor esperanza de verse realizadas. Era un respetable artesano, con una posición mucho más sólida que la de Greñas, el veterinario titular; pero cuando, antes de tomar la determinación de dejarla para siempre, Ned le hizo a

Caroline una pregunta directa y definitiva (¿iba a casarse con él, allí y entonces, entonces o nunca?), fue con pocas esperanzas de obtener algo más que la negativa que ella le dio. Aunque el padre de Caroline le apoyaba, y la hermana de Caroline le apoyaba, Ned no podía tocar el violín —como hacía Greñas— de tal manera que sacara de su cuerpo el alma de Caroline, como el hilo de una araña, hasta que ella se sintiera tan libre como una enredadera y suspirase por algo a lo que agarrarse. De hecho, Hipcroft no tenía el menor oído para la música: no era capaz de cantar dos notas seguidas sin desafinar, y mucho menos de tocarlas.

El «no» que había esperado y, a pesar de haber sido alentado en un principio, recibido de ella fue para Ned como un nuevo punto de partida en su vida. Aquel «no» había sido pronunciado en un tono tal de triste súplica que decidió no asediarla más; ella no habría de verse importunada ni tan siquiera por la visión de su figura andando por el lejano horizonte de la calzada. Ned se marchó del lugar y, evidentemente, la dirección que tomó fue la de Londres.

El ferrocarril de Wessex del Sur estaba en proceso de construcción, pero todavía no estaba abierto al tráfico, y Hipcroft llegó a la capital tras seis días de penosa marcha a pie, como antes que él habían hecho muchos hombres ilustres. Ned fue uno de los últimos artesanos que utilizó aquel (ahora ya extinguido, pero entonces, y desde tiempo inmemorial, tan corriente) medio de transporte para llegar hasta los grandes centros industriales.

Vivió en Londres, y allí trabajó, con regularidad, en su oficio. Más afortunado que muchos otros, su desinteresada voluntad le hizo acreedor de confianza desde un principio. Durante los cuatro años que siguieron jamás estuvo sin empleo. Ni subió ni bajó, en el sentido moderno de ambas palabras; es decir, mejoró como trabajador, pero no ascendió un solo peldaño de la escala social. En cuanto a su amor por Caroline, mantenía un rígido silencio acerca del asunto. Sin duda pensaba en ella a menudo, pero, al estar siempre muy ocupado y no tener parientes en Stickleford, no guardaba ningún contacto con aquella parte del país y no mostraba deseos de volver. Después de las horas de trabajo se desenvolvía en su tranquilo alojamiento de Lambeth con la facilidad de una mujer. Él mismo cocinaba, remendaba los talones de sus medias y, poco a poco, iba adquiriendo las formas y los hábitos de un solterón empedernido. Para explicar esta conducta uno se ve obligado a apuntar como causa la muy generalizada de que el tiempo no podía borrar de su corazón la imagen de la pequeña Caroline Aspent, y puede que en parte esto sea verdad; pero también se podría inferir que la suya no era una naturaleza que, para su bienestar, dependiera en gran medida de los favores del otro sexo.

El cuarto año de su residencia en Londres como artesano fue el año de la Exposición de Hyde Park, ya mencionada, y él trabajó a diario en la construcción de aquella enorme casa de cristal, entonces sin precedente en la historia de la humanidad. Aquélla era una época de gran esperanza y actividad entre las naciones y las industrias. Aunque Hipcroft era, a su modo, un hombre al que estos movimientos

afectaban de manera muy directa, siguió trabajando con ahínco y con su acostumbrada y aparente placidez. Pero el año le reservaba también sorpresas a él; pues, en efecto, cuando el bullicio de los preparativos para que el edificio estuviera en condiciones el día de la apertura ya había pasado, cuando las ceremonias inaugurales ya se habían celebrado y la gente, procedente de todas las partes del globo, ya se agolpaba allí, Ned recibió una carta de Caroline. Nunca, hasta aquel día, el silencio de cuatro años entre Stickleford y Ned se había visto roto.

Caroline informaba a su antiguo novio —con una letra confusa, que delataba una mano temblorosa— acerca de las dificultades que había tenido para averiguar sus señas y, acto seguido, entraba de lleno en el tema que la había impulsado a escribirle. Cuatro años antes, decía Caroline con la mayor delicadeza de que era capaz, ella había sido tan necia como para rechazarle. Aquella voluntaria equivocación suya había sido desde entonces, en muchas ocasiones y en particular últimamente, un motivo de pesar para ella. En cuanto al señor Ollamoor, había estado ausente casi tanto tiempo como Ned, y ella ignoraba su paradero. Se casaría con Ned, ahora, de muy buen grado, si él se lo pidiera de nuevo, y podía asegurar que sería para él una dulce mujercita hasta el fin de sus días.

Una oleada de cálidos sentimientos debió recorrer el esqueleto de Ned Hipcroft al recibir esta noticia, a juzgar por las consecuencias que la tal noticia tuvo. Sin duda, él todavía la quería, aunque no cifrara ya en este amor sus esperanzas de ser feliz en la vida. Aquella carta de su Caroline, de ella, que para él había estado muerta durante todos aquellos años, viva de nuevo a sus ojos como antiguamente, era ya, por sí sola, algo muy agradable y que valía la pena. Ned estaba tan resignado ya a su solitario sino (o tan satisfecho con él) que probablemente no habría mostrado mucho júbilo por nada. Sin embargo, cierto ardor de preocupación, que sustituyó a la inicial sorpresa, le reveló cuán hondamente la confesión que de fe en él le hacía Caroline le había perturbado. Moderado y metódico en sus acciones, no contestó a la carta aquel día, ni al siguiente, ni al otro. Estaba «pensándoselo bien». Cuando finalmente contestó, los razonamientos sensatos que en gran medida animaban la carta estaban muy mezclados con la inequívoca ternura de la respuesta; pero esta ternura, por sí sola, bastaba para revelar que la franqueza y la sinceridad de Caroline le habían complacido, y que el dardo que una vez ella le había clavado en el corazón podía volverse a clavar, si es que no había permanecido allí, firme, desde entonces.

Él le dijo —y al escribir las pocas y suaves palabras que redactó en tono de chanza, entre las demás frases, sus labios sonrieron burlonamente— que para ella era muy cómodo presentarse a aquellas alturas. ¿Por qué no le había aceptado cuando él había querido? Sin duda, ella se había enterado de que él no se había casado, pero ¿y si desde entonces su afecto se hubiera centrado en otra persona? Caroline tenía que pedirle perdón. Por otra parte, él no era de la clase de hombres que olvida. Pero teniendo en cuenta de qué manera se le había utilizado y lo mucho que había sufrido, ella no podía esperar, en absoluto, que él fuera a Stickleford y se la llevara consigo a

Londres. Pero si ella viniera a él y le dijera que lo sentía… —lo cual no era mucho pedir—, entonces sí que se casaría con ella, sabedor de que, en el fondo, era una muy buena mujercita. Agregó que la condición de que ella viniera a él era mucho menos difícil de cumplir de lo que lo hubiera sido en los tiempos en que él se fue de Stickleford, o incluso de lo que hubiera sido tan solo unos meses antes, porque el nuevo ferrocarril, que llegaba hasta Wessex del Sur, había sido ya inaugurado, y se acababan de poner en circulación unos trenes especiales, muy bien ideados, llamados trenes de excursión, a fin de que la gente pudiera ir a visitar la Gran Exposición; de modo que ella podría venir sola con suma facilidad.

Ella le dijo en su contestación que su generoso trato era una muestra más de su bondad, sobre todo cuando ella, realmente, se había portado con él como una verdadera veleta; que, aunque la magnitud del viaje la asustaba y nunca había puesto los pies en un tren —solamente había visto pasar uno en la lejanía—, aceptaba de todo corazón su ofrecimiento, y que, efectivamente, estaba dispuesta a admitir, delante de él, que lo sentía mucho y a pedirle perdón, y agregaba que trataría de ser siempre una buena esposa y de compensarle por el tiempo perdido.

Pronto se fijaron los demás detalles de tiempo y lugar. Caroline le comunicó que, para que pudiera identificarla rápidamente entre la multitud, llevaría puesto «mi nuevo vestido de algodón, color lila, con dibujo de ramitas», y Ned le respondió alegremente que se casarían al día siguiente de su llegada, por la mañana, y que lo celebraría llevándola a ver la Exposición. Así, pues, una tarde de comienzos de verano, al salir del trabajo, Ned se fue corriendo a la estación de Waterloo para recibirla. Era un día tan frío y húmedo como lo pueden ser de vez en cuando los días de junio en Inglaterra; pero mientras esperaba en el andén, bajo la llovizna, por dentro sentía arder una llama y le invadía la sensación de que de nuevo tenía algo por lo que valía la pena vivir.

El «tren de excursión» —un punto de partida absolutamente nuevo en la historia de la locomoción— era todavía una novedad en la línea de Wessex, y probablemente lo era aún en todas partes. Masas de personas se habían apiñado en todas las estaciones del trayecto para presenciar la insólita visión del paso de un tren tan largo: incluso en aquellas en las que no había posibilidad de aprovechar las oportunidades que ofrecía. Los asientos destinados a la clase más humilde de viajeros estaban, en aquellos tempranos experimentos de la locomoción a vapor, en unos furgones descubiertos, sin ningún tipo de protección contra la lluvia y el viento, y como aquel día el tiempo húmedo había hecho su aparición con la llegada de la tarde, los desgraciados ocupantes de aquellos vehículos se encontraban, al acercarse el tren a la estación terminal de Londres, en unas condiciones verdaderamente lamentables, después de tan largo viaje: las caras azuladas, los cuellos rígidos, estornudando, azotados por la lluvia, helados hasta los tuétanos, muchos hombres sin sombrero; en fin, más que excursionistas en viaje de placer por el interior, lo que parecían era un grupo de gente que se hubiera pasado toda la noche en un bote de remos bogando por

una mar encrespada. Las mujeres se habían protegido, hasta cierto punto, levantándose las faldas de sus vestidos y poniéndoselas por encima de la cabeza; pero, como con esta solución eran las caderas las que se veían doblemente expuestas, todas se hallaban, más o menos, en un estado digno de la mayor compasión.

En medio del alboroto y el agolpamiento de formas de ambos sexos que bajaban del tren —que fue lo que siguió a la entrada de la enorme fila de vagones en la estación—, Ned Hipcroft divisó enseguida la menuda y frágil figura que su mirada estaba buscando: con el vestido lila rameado, tal como se le había descrito. Caroline se acercó a él con una sonrisa asustadiza. Todavía bonita, a pesar de estar empapada, azotada por el temporal y tiritando de frío, tras haber permanecido durante tanto tiempo expuesta al viento y a las inclemencias en general.

—¡Oh, Ned! —balbuceó—. Yo… yo…

Él la ciñó con sus brazos y la besó, y entonces ella prorrumpió en un torrente de lágrimas.

—Estás muy mojada, pobrecita mía. Espero que no te resfríes —dijo él. Y al separarse para contemplarla, a ella y a los múltiples bultos que la rodeaban, advirtió que Caroline llevaba cogida de la mano a una criatura que se tambaleaba (una niñita de unos tres años) con la capucha tan empapada y la dulce cara tan azul como las de los demás pasajeros.

—¿Quién es ésta? ¿Alguna conocida? —preguntó Ned con curiosidad.

—Sí, Ned. Es mía.

—¿Tuya?

—Sí, mi propia…

—¿Tu propia hija?

—¡Sí!

—Pero ¿quién es el padre?

—El hombre con el que estuve después de que tú me cortejaras.

—¡Bueno! ¡Como hay Dios que…!

—Ned, no lo mencioné en la carta porque, ya ves, ¡habría sido tan difícil explicártelo! ¡Pensé que cuando nos viéramos te podría contar, mucho mejor que por escrito, cómo fue el que naciera! ¡Espero que me perdones por esta vez, querido Ned, y que no me regañes mucho, ahora que ya he llegado después de recorrer tantísimos kilómetros!

—Supongo que esto es obra del señor Greñas Ollamoor, ¿verdad? —dijo Hipcroft, empalideciendo y mirándolas con asombro desde una distancia de uno o dos metros, hasta donde había retrocedido para dar un respingo.

Caroline emitía sonidos entrecortados.

—Pero ¡si hace años que se marchó! —imploró—. ¡Y yo no había estado antes con ningún hombre! ¡Tuve la mala suerte de quedarme la primera vez que él se aprovechó de mí! Y, en cambio, algunas chicas de por allí siguen como si nada.

Ned permaneció en silencio, pensativo.

—¿Me perdonarás, querido Ned? —añadió ella, y acto seguido se puso a sollozar —. Después de todo, todavía no te he ganado, porque… ¡porque puedes hacernos volver otra vez si quieres! ¡Aunque sean cientos de kilómetros, y llueva tanto, y se nos esté echando la noche encima, y yo no tenga dinero!

—¿Qué demonios puedo hacer yo? —gimió Hipcroft.

Nunca se vio, en un día lluvioso, un cuadro más digno de compasión que el que ofrecían aquellas dos criaturas desvalidas, de pie en el inhóspito y encharcado andén, con algunas gotas de llovizna cayéndoles de vez en cuando desde el tejado; las bonitas ropas con que habían salido de Stickleford muy de mañana estaban manchadas de barro y empapadas, el cansancio dibujado en sus rostros, sus ojos expresaban miedo de Ned; daba la impresión de que la niña hubiera empezado a pensar que ella también había hecho algo malo. Aterrada, permaneció en silencio hasta que las lágrimas bajaron rodando por sus mofletes.

—¿Qué te pasa, pequeña? —le dijo Ned de manera mecánica.

—¡Quiero irme a casa! —exclamó la niña en un tono que partía el corazón—. ¡Y tengo frío en los piececitos y, además, ya no me queda pan con mantequilla!

—¡No sé qué responder a eso! —declaró Ned con los ojos también humedecidos mientras se volvía y daba algunos pasos con la cabeza inclinada; luego volvió a mirar a las dos fijamente. La niña dejaba escapar una respiración agitada y lágrimas que manaban silenciosamente.

—Así que quieres un poco de pan con mantequilla, ¿eh? —dijo Ned con fingida severidad.

—¡S… sí!

—¡Bueno, creo que te podré conseguir un poquito! Es natural, tienes que tener ganas. Y tú también, para el caso, Caroline.

—Tengo un poco de hambre. Pero me la puedo aguantar —musitó ella.

—Pues eso no se debe hacer —dijo él con aspereza—. ¡Bueno, vámonos! —Y mientras cogía a la niña, añadió—: De todas formas, supongo que tendréis que pasar la noche aquí. ¿Qué podéis hacer, si no? Os daré té y comida, y en cuanto al otro asunto, ¡realmente, no sé qué decir! La salida es por aquí.

Fueron andando, sin hablar, hasta el alojamiento de Ned, que no estaba muy lejos. Allí él las secó y consoló, y preparó té; ellas, llenas de gratitud, se sentaron. De repente, Ned se vio a sí mismo como el cabeza de una familia hecha de antemano, que le daba a la habitación un aspecto acogedor, y a él, uno paternal. Al cabo de un rato se volvió hacia la niña y le dio un beso en las —ahora— sonrosadas mejillas, y, mirando a Caroline con melancolía, la besó también.

—No sé cómo podría haceros volver con todos esos kilómetros por delante —refunfuñó—, ahora que ya habéis llegado hasta aquí y con el propósito de reuniros conmigo. Pero tienes que confiar en mí, Caroline, y demostrarme que tienes verdadera fe en mí. Bueno, ¿te sientes mejor ahora, pequeña?

La niña asintió alegremente, pues tenía la boca ocupada en otras cosas.

—Al venir confié en ti, Ned, ¡y ya siempre lo haré!

Así, sin perdonar a Caroline de manera explícita, Ned consintió en aceptar, tácitamente, el destino que el cielo le había enviado, y el día de la boda (que en absoluto fue tan pronto como él había esperado, por culpa del tiempo que les llevaron las amonestaciones), a la salida de la iglesia, llevó a Caroline a ver la Exposición, tal como se lo había prometido. Cuando estaban cerca de un gran espejo, en una de las salas consagradas a mueblería, Caroline dio un respingo, porque en el cristal vio reflejada, de pronto, una figura exactamente igual que la de Greñas Ollamoor. Tan igual, que parecía imposible creer que nadie, salvo aquel artista en persona, fuese el original. Al apartarse de los objetos que les tapaban —a Ned, a la niña y a ella—, impidiéndoles tener una visión directa, no vio ni a Greñas ni a nadie que se le pareciera. Nunca supo si realmente en aquella época él estuvo en Londres o no, y Caroline siempre negó rotundamente que su presteza en ir a reunirse con Ned en la ciudad hubiera obedecido a ningún tipo de rumor acerca de que Greñas se hubiera puesto de camino hacia allí también, y no había ningún motivo razonable para dudar de la veracidad de tal negación.

Y así el año pasó sin más sobresaltos, y la Exposición fue clausurada y se convirtió en una cosa del pasado. Los árboles del parque que habían estado cercados por el recinto se vieron de nuevo indefensos contra los vendavales y las tormentas, y la hierba volvió a crecer en todo su verdor. Ned descubrió que Caroline resultaba una muy buena esposa y compañera, a pesar de que para él se había abaratado, como se dice vulgarmente, pero, en ese sentido, Caroline era como cualquier otro artículo doméstico. Es decir, como por ejemplo una tetera barata, que muchas veces hace el té mejor que una cara. Al empezar un otoño, Hipcroft se encontró con que tenía muy poco trabajo y con que el invierno se presentaba bajo todavía peores auspicios. Los dos habían nacido y se habían criado en el campo, y pensaron que no estaría mal volver a vivir en su verdadero ambiente. En consecuencia, los dos decidieron dejar el asfixiante alojamiento de Londres para que Ned buscara empleo cerca de su aldea natal; su mujer y su hija se quedarían en casa del padre de Caroline hasta que él encontrara trabajo y morada para los tres.

Estremecimientos de orgullo sacudían la menuda y excitable constitución de Caroline mientras viajaba con Ned hacia el lugar que, dos o tres años antes, en silencio y desacreditada, había abandonado. Volver a aquel sitio, en el que una vez había sido despreciada, como una risueña esposa londinense de marcado acento londinense era una victoria de las que no se ven todos los días.

El tren no paraba en la minúscula estación —lindante con la carretera— que estaba más cerca de Stickleford, y, por tanto, el trío tuvo que seguir hasta Casterbridge. Ned pensó que aquélla era una buena ocasión para hacer algunas indagaciones preliminares acerca de los posibles empleos que le pudieran surgir en los talleres del distrito que él mejor conocía, y como Caroline y la niña habían cogido frío durante el viaje, y en vista de que el suelo estaba seco y todavía no era de noche

—aunque la luna estaba a punto de salir—, las dos continuaron hacia Stickleford, dejando atrás a Ned para que luego las siguiera, a un paso más rápido, y las recogiera en una posada que había a mitad de camino y que todo el mundo conocía.

La mujer y la niña, así pues, prosiguieron el camino, que Caroline recordaba a la perfección, con bastante ánimo, aunque ambas empezaban ya a sentirse cansadas. Al cabo de casi cinco kilómetros de recorrido habían pasado ya la alberca de William el Distraído y el familiar coto de Bloom's End, y estaban acercándose a La Mujer Tranquila, un hostal aislado al borde de la carretera, en la margen inferior del erial de Egdon, que, casi desde entonces —por tanto, desde hace muchos años—, está en ruinas. Al llegar allí, Caroline oyó, procedentes del interior, más voces de las que antaño era normal oír a aquellas horas, lo cual se debía, según se enteró después, a que aquella tarde se había celebrado, cerca del lugar, una subasta de manteca. Caroline pensó que tanto a la niña como a ella les vendría bien un poco de descanso y entró en el hostal.

Los huéspedes y los parroquianos se agolpaban en el pasillo, y cuando Caroline no había hecho más que cruzar el umbral, un hombre, al que ella recordaba haber conocido de vista, avanzó en su dirección con las manos ocupadas por un vaso y un pichel: iba a dárselos a un amigo que estaba apoyado contra la pared, pero, al verla a ella, el hombre, con mucha galantería, le ofreció un poco de licor —que era una mezcla de ginebra con cerveza caliente— y le llenó el vaso hasta arriba, y, al cabo de unos segundos, le dijo:

—Sin duda, usted es la pequeña Caroline Aspent, la que vivía… allá por Stickleford, ¿verdad?

Ella asintió y, aunque en realidad no quería aquel brebaje, se lo tomó —ya que se lo habían ofrecido—; y el hombre que la había obsequiado la invitó a avanzar y a tomar asiento. Cuando ya estaba dentro de la habitación a la que había sido conducida, observó que todos los presentes estaban sentados pegados a la pared, y entonces ella, al ver una silla desocupada, se sentó también. Un segundo después comprendió a qué se debía aquella colocación. Enfrente de ella, en una esquina, estaba Greñas frotando su arco con colofonia y con el mismo aspecto de siempre. Los invitados habían dejado libre el centro de la habitación para el baile, y en aquel instante se disponían a empezar a danzar de nuevo. Caroline pensó que, como llevaba puesto un velo para protegerse del viento, Greñas no la habría reconocido, y que, posiblemente, tampoco podría adivinar la identidad de la niña, y, para su satisfacción y sorpresa, comprobó que era capaz de estar frente a frente con él con la más absoluta serenidad: dueña de sí misma, con la dignidad que su vida londinense le había conferido. Antes de que pudiera apurar su vaso se anunció la reanudación del baile, las parejas se pusieron en dos filas, la música sonó y las figuras empezaron.

Entonces todo cambió para Caroline. Un temblor se apoderó de ella, y su mano empezó a vacilar de tal manera que apenas si pudo depositar el vaso en el suelo. No eran ni la danza ni los bailarines los que hicieron estremecerse a la mujer de Londres,

sino las notas de aquel viejo violín, que todavía poseían todo el embrujo que ella tan bien conocía desde hacía mucho tiempo y bajo el influjo de las cuales solía haber perdido la voluntad y la independencia. ¡Cómo volvió todo! Allí estaba la figura, pegada a la pared, tocando el violín; su enorme, grasienta, greñuda cabeza, y debajo de aquellas greñas, el rostro con los ojos cerrados.

Después de los primeros momentos de estático ensueño la familiar ejecuciónde la familiar melodía la hizo reír y derramar lágrimas a un mismo tiempo.Entonces, un hombre que estaba bailando y cuya pareja se había retirado, extendió una mano y le hizo señas a Caroline para que ocupara su lugar. Ella no quería bailar; le rogó, también por señas, que la dejara en paz, pero, más que al bailarín, se lo estaba rogando a la melodía y al intérprete. Las ganas de ponerse a dar saltos que el violinista y su astuto instrumento siempre habían sido capaces de despertar en ella se estaban apoderando de Caroline exactamente igual que lo habían hecho años atrás, ayudados, posiblemente, por la mezcla de ginebra con cerveza caliente. Cansada como estaba, agarró de una mano a su hijita y, arrojándose literalmente en medio de la figura de danza, se puso a girar con los demás. Vio que la mayoría de sus compañeros de baile era gente de las granjas y aldeas vecinas (Bloom's End, Mellstock, Lewgate y otros sitios), y poco a poco la fueron reconociendo, mientras seguía bailando de manera convulsiva, deseando que Greñas parase y así dejara descansar del dolor que él causaba no solo a su corazón, sino a sus pies también.

Tras largos e interminables minutos, el baile tocó a su fin, y entonces ella se precipitó a tomar más ginebra con cerveza caliente, para reponer fuerzas; así lo hizo, sintiéndose muy débil y dominada por una histérica emoción. Se abstuvo de quitarse el velo, por si así podía evitar que Greñas advitiera su presencia. Varios invitados se habían marchado ya, y Caroline se secó la boca apresuradamente y se dispuso a irse también, pero, según el testimonio de algunos de los que se quedaron, en aquel mismo instante se propuso un *reel* a cinco, y dos o tres de los que pensaban bailarlo le pidieron que se uniera a ellos.

Ella rehusó con la excusa de que estaba muy cansada y de que tenía que llegar a Stickleford andando, pero en aquel momento Greñas empezó a tocar agresivamente con su violín *El joven de mis sueños,* en re mayor, aire al que se iba a bailar el *reel*. Debía de haberla reconocido, aunque ella no lo sabía, porque, de entre todas sus seductoras melodías, aquélla era la que a Caroline le costaba más esfuerzo resistir: la que Greñas había tocado el día en que se vieron por primera vez, cuando ella estaba reclinada sobre el puente. Caroline, desesperada, avanzó hasta el centro de la habitación con los otros cuatro bailarines.

En esta zona, y en aquella época, las personas de mayor resistencia recurrían a los *reels* con el fin de reducir las energías que les sobraban y que los bailes de figuras corrientes no habían sido capaces de agotar. Como todo el mundo sabe, o no sabe, los cinco *reelers*[1] se colocaban en forma de cruz. Cada línea de tres bailaba el *reel* alternativamente, de modo que la persona que sucesivamente llegaba al sitio de en

medio bailaba en ambas direcciones. Caroline se encontró pronto en este sitio, eje de toda la representación, sin poder salir de él, pues la canción volvía una y otra vez a su comienzo, antes de que a ella le llegara la oportunidad de cambiar de lugar. Y entonces empezó a sospechar que Greñas la había reconocido y que estaba haciendo aquello a propósito; aunque cada vez que Caroline le echaba una mirada, veía sus ojos cerrados, lo cual indicaba que Greñas no estaba prestando atención a nada que no estuviera dentro de su cerebro. Caroline, tras describir un 8 con su trayectoria, volvía a su sitio indefectiblemente. El violinista dotaba a sus notas de la salvaje y agónica dulzura de una voz humana, si bien tal vez excesivamente metálica; el patetismo de aquella voz se elevaba y descendía en una variación interminable, proyectando, a través de los nervios de Caroline, agudísimos espasmos, una especie de arrobadora tortura. La habitación flotaba, la melodía no tenía fin, y al cabo de un cuarto de hora, la única otra mujer de la figura se retiró exhausta y se dejó caer, jadeante, sobre un banco.

Al instante, el *reel* quedó convertido en uno de a cuatro. Caroline hubiera dado cualquier cosa con tal de parar, pero mientras Greñas siguiera tocando aquella melodía ella carecía —o creía que carecía— de voluntad.

Y así transcurrieron otros diez minutos; una nube de polvo envolvía las luces, y el suelo de piedra, lijado, refulgía. Entonces desertó otro bailarín —uno de los hombres—, que desapareció por el pasillo buscando frenéticamente algo que beber. La conversión de la figura en un *reel* de a tres fue cuestión de segundos, y Greñas, simultáneamente, cambió de tono y atacó *La danza de las hadas*, que se adecuaba más a los contraídos movimientos y que, en no menor medida que la melodía anterior, era otro de aquellos alimentos del amor que, elaborados por el arco del violín, siempre habían terminado por intoxicar a Caroline.

En un *reel* de a tres no había descanso posible, y bastaron cuatro o cinco minutos para que los dos compañeros de baile restantes, ya próximos a reventar, dieran los últimos compases y, como los que les habían precedido, se fueran, renqueantes, a beber algo a la habitación contigua; Caroline, medio asfixiada por el velo, se quedó bailando sola. La sala estaba ahora completamente vacía, a excepción de ella, Greñas y la hijita de ambos.

Caroline se quitó el velo y miró al músico como implorándole que desapareciera de la atmósfera con su acústico magnetismo. Greñas abrió un ojo, como la primera vez, escudriñó con él a la joven y, sonriendo soñadoramente, puso al servicio de la melodía toda la reserva de expresión que en un baile grande y ruidoso no podría haberse permitido malgastar. Mil pequeñas sutilezas cromáticas, capaces de arrancar lágrimas de una estatua, surgieron al instante del viejo violín, que parecía estar muriéndose de la emoción, encerradas en su interior desde su destierro de la ciudad italiana o alemana en que habrían tomado forma y sonido por vez primera. En la mirada del negro ojo de Greñas había algo que decía: «¡No puedes detenerte, querida, tanto si lo quieres como si no!», y que engendró en Caroline un paroxismo de

desesperación que desafiaba al violinista a hacerla caer rendida.

Y así siguió bailando, sola. Pensaba ella que de manera desafiante, pero en realidad lo hacía servil y abyectamente, sometida a los vaivenes de la melodía y vigilada por la taladrante mirada del ojo abierto de su hechicero, el cual, al mismo tiempo, conservaba en el rostro una tenue sonrisa burlona, como si quisiera dar a entender que si ella seguía danzando todavía era por su propio gusto. El terror y la turbación que le producía a Caroline el no saber qué podría decirle si se detenía, formaban parte —de manera inadvertida— de las circunstancias que le impedían marcharse. La niña, que estaba empezando a sentirse angustiada por la extraña situación, se acercó a Caroline y lloriqueó:

—¡Párate, mamá, párate y vámonos a casa! —mientras la cogía de la mano.

De repente, Caroline se tambaleó y se dejó caer al suelo; rodó sobre sí misma y se quedó boca abajo. El violín de Greñas, en consonancia, emitió un travieso chillido y terminó. Bajando rápidamente del tonel de cerveza de nueve galones que le había servido de tarima, el violinista fue hasta donde estaba la niñita, que se había inclinado desconsoladamente sobre su madre.

Los huéspedes que se habían ido a la habitación de atrás para beber y cambiar de aires, al oír algo raro regresaron en tropel al salón; y allí se esforzaron por reanimar a la pobre y debilitada Caroline, echándole aire con un fuelle y abriendo las ventanas. Ned, su marido, que, como antes se dijo, se había quedado en Casterbridge, subía por la carretera en aquel mismo instante y, al oír a través de la ventana abierta voces excitadas y, para su gran sorpresa, el nombre de su mujer, hizo acto de presencia mezclado con los demás. Caroline tenía ahora convulsiones y lloraba violentamente, y durante un rato bastante largo no se pudo hacer nada con ella. Mientras pedía un carro para trasladarla a Stickleford, Hipcroft preguntó, inquieto, cómo había sucedido todo; y entonces los de la fiesta le explicaron que un violinista que antiguamente había gozado de cierta fama en la localidad había venido, hacía poco, a visitar los lugares de sus pasados éxitos y que, sin que nadie se lo pidiera, se había ofrecido a tocar aquella tarde en la posada y a organizar un baile.

Ned preguntó cómo se llamaba el violinista, y le contestaron que Ollamoor.

—¡Ah! —exclamó Ned mirando a su alrededor—. ¿Dónde está? ¿Y dónde… dónde está mi hijita?

Ollamoor había desaparecido, y la niña también. Hipcroft era, por lo general, un hombre pacífico y tranquilo, pero ahora su rostro tenía una expresión verdaderamente temible.

—¡Maldito sea! —gritó—. ¡Le romperé la cabeza en cuatro pedazos, aunque mañana me cuelguen por ello!

Se abalanzó sobre el atizador del fuego y salió corriendo por el pasillo. La gente fue tras él. Fuera, al otro lado de la carretera, una masa de oscura tierra de brezos se extendía sombríamente hacia su casi inaccesible interior, una meseta fragosa en la que, a una distancia de un par de kilómetros, los bosques de abetos de Mistover —a

cuya espalda estaban los sotos de Yalbury— se proyectaban contra el cielo: a aquellas horas, un lugar de tinieblas dantescas que habría sido el escondite perfecto para una batería de artillería, no digamos para un hombre y una niña.

Varios hombres se adentraron allí con Ned, y otros fueron por la carretera. Estuvieron ausentes unos veinte minutos en total, y regresaron a la posada sin ningún resultado. Ned se sentó en un banco y se apretó la frente con las manos.

—Pues vaya tonto que es este hombre (y lleva siéndolo todos estos años) si se cree que la niña es suya, como parece —susurraron los de la fiesta—. ¡Y más aún cuando todo el mundo sabe que no es así!

—¡No, no me creo que sea mía! —gritó Ned con voz ronca, apartando la vista de sus manos—. Pero ¡*es* mía, o como si lo fuera! ¿Acaso no la he criado yo? ¿No la he alimentado y educado? ¿No he jugado con ella? ¡Oh, mi pequeña Carry! ¡Se ha ido con ese canalla, se ha ido!

—Pero por lo menos no ha perdido usted a su mujer —le dijeron para consolarle—. Ya ha expulsado los demonios y se encuentra mejor, y ella será para usted más que una hija que no es suya, ¿no?

—¡No, no lo es! ¡Ella no significa mucho para mí, y menos ahora que ha perdido a la pequeña. ¡En cambio, Carry lo es todo para mí!

—Bueno, es muy posible que mañana la encuentre.

—Ah, pero ¿la encontraré? Sin embargo, ¡él *no* puede hacerle ningún daño… no puede, sin duda! Bueno, ¿cómo está Caroline? Yo… yo ya estoy listo. ¿Ha llegado el carro?

Subieron a Caroline al vehículo y los dos se pusieron, lenta y tristemente, en marcha hacia Stickleford. Al día siguiente ella estaba más calmada, pero todavía tenía espasmos y su voluntad parecía quebrantada. Curiosamente, dio la impresión de mostrar muy poca ansiedad por la niña, a pesar de que Ned estaba casi enloquecido por el apasionado amor paternal que sentía por una niña que no era suya. No obstante, se esperaba con bastante convicción que el endiablado Greñas devolviera a la niña perdida tras tenerla —por capricho y para fastidiar— durante uno o dos días. Pero pasó el tiempo y no se pudo averiguar nada de él ni de la niñita, y Hipcroft empezó a mascullar acerca de la posibilidad de que Greñas estuviera ejerciendo sobre ella algún encantamiento profano y musical, tal como había hecho con la propia Caroline. Pasaron las semanas y siguieron sin encontrar ninguna pista que les pudiera conducir a su paradero: ni al del violinista ni al de la chiquilla; y de qué se había valido Greñas para convencerla de que se fuera con él seguía siendo un misterio.

Entonces Ned, que solo había conseguido un empleo provisional en la vecindad, empezó a odiar, de manera repentina, su distrito natal; y al llegar a sus oídos a través de la policía el rumor de que un hombre y una niña algo parecidos —él tocando el violín, ella bailando con zancos— habían sido vistos en una feria, cerca de Londres, un nuevo interés por la capital se apoderó de Hipcroft, con tal intensidad que apenas si le dio tiempo a hacer el equipaje antes de ponerse en marcha hacia allí. En

Londres, sin embargo, y a pesar de que dedicaba enteramente sus horas libres a vagar por las callejuelas con la esperanza de descubrirla, no encontró a la niña perdida. Y por las noches se despertaba de repente y decía:

—¡Ese truhán la está martirizando para que le mantenga!

A lo que su mujer le respondía con voz quejosa:

—¡No te atormentes así, Ned! ¡No me dejas descansar ni un segundo! ¡Él no le hará ningún daño! —Y volvía a quedarse dormida.

La creencia general era que Carry y su padre habían emigrado a América; Greñas, sin duda, habría descubierto que la chica, cuando la hubiese adiestrado y ella pudiera mantenerle con sus ganancias de bailarina, sería una compañera enormemente deseable. Y, si así fue, es posible que ahora, en la actualidad, aún estén dando representaciones con cierto éxito, aunque él debe ser un viejo bribón de casi setenta años y ella una mujer de cuarenta y cuatro.

Mayo de 1893

Un batiburrillo de personajes

INTRODUCCIÓN. TONY KYTES, EL SUPER EMBUSTERO. LA HISTORIA DE LOS HARDCOME. LA HISTORIA DEL HOMBRE SUPERSTICIOSO. ANDREY SATCHEL, EL PÁRROCO Y EL SACRISTÁN. LA EXPERIENCIA DEL VIEJO ANDREY COMO MÚSICO. EL DESPISTE DE UNA ORQUESTA PARROQUIAL. LOS WINTER Y LOS PALMLEY. UN INCIDENTE EN LA VIDA DEL SEÑOR GEORGE CROOKHILL. EL USUFRUCTO DE NETTY SARGENT

INTRODUCCIÓN

Es una tarde de sábado, los colores, el azul del cielo y el amarillo del otoño, y la escena transcurre en la calle principal de un conocido pueblo de mercado. Un carruaje se encuentra detenido en el patio de la posada El Ciervo Blanco, y en los laterales de su espaciosa capota, con letras desdibujadas por la acción los elementos, se ven escritas las siguientes palabras: «Burthen, trayectos a Longpuddle». Esta clase de vehículos, tan numerosos en los alrededores, son un medio de transporte respetable, aunque no exento de incomodidad, muy solicitado por viajeros decentes que no andan sobrados de dinero, y los mejores se asemejan bastante a las antiguas diligencias francesas.

El que aquí nos interesa saldrá de la ciudad a las cuatro en punto de la tarde, y son las tres y media según el reloj de la torre que corona la empinada calle. En pocos segundos comienzan a llegar los recaderos de las tiendas, cargados con paquetes que lanzan al vehículo, hecho lo cual se alejan silbando y se olvidan de los bultos para siempre. A las cuatro menos veinte una mujer entrada en años deja su cesto en el pescante, monta despacio, toma asiento en el interior, y cruza las manos y aprieta los labios. Se ha asegurado el asiento de la esquina, aunque todavía no hay rastro del caballo o el cochero. A las cuatro menos cuarto lleganotras dos mujeres, en quienes la primera reconoce a la jefa de la oficina de correos de Upper Longpuddle y a la mujer del registrador, quienes a su vez reconocen en ella a la dueña de la tienda de comestibles. A las cuatro menos cinco se aproximan el señor Profit, el director de la escuela, con un sombrero de fieltro, y Christopher Twink, el techador, y cuando dan las cuatro suben corriendo el párroco y su mujer, el vendedor de semillas y su anciano padre, el registrador; por último aparece el señor Day, el paisajista local, un hombre de edad provecta, olvidado por el mundo, que sigue viviendo en su ciudad natal y jamás ha vendido un cuadro fuera de ella, bien es verdad que sus pretensiones artísticas han encontrado un noble respaldo entre sus vecinos, quienes profesan en el genio del artista una confianza tan notable como lo es el desprecio del mundo exterior, y compran su obra (por el módico precio de unos pocos chelines) de tal forma que todas las viviendas de la parroquia exhiben en sus paredes lo menos tres o cuatro de sus admiradas creaciones.

Burthen, el cochero, está para entonces ajetreado alrededor del carruaje; los caballos ya se han enganchado al tiro, y el propietario toma las riendas y se acomoda en el pescante como si estuviera muy acostumbrado, como de hecho lo está.

—¿Ya estamos todos? —pregunta a los pasajeros, volviendo la cabeza por encima del hombro.

Como los que no estaban no podían responder, la asamblea se dio por completa, y, tras sortear algunos obstáculos, el abarrotado carruaje se puso en marcha a buen paso hasta que llegó al puente que jalonaba la salida del pueblo. El cochero frenó en seco.

—¡Válgame Dios! —dijo—. ¡Me he olvidado del capellán!

Los que podían mirar por la pequeña ventanilla trasera miraron, pero no vieron al capellán.

—¿Dónde se habrá metido? —prosiguió el cochero.

—El pobre hombre sigue teniendo que ganarse la vida, ¡con los años que tiene!

—Eso no es excusa para no ser puntual —replicó el cochero—. La hora de salida son las cuatro en punto. Se lo advertí, y me dijo: «Allí estaré». Pero no está, y un ministro de la Iglesia no debe faltar a su palabra. Quizá el señor Flaxton sepa algo de él, puesto que comparten profesión —dijo, volviéndose al párroco.

—La verdad es que estuve un buen rato hablando con él, hace media hora —respondió el párroco, comprendiendo que el cochero no andaba errado al dar por supuesta una relación estrecha entre dos hombres del clero—. Pero no dijo que fuera a retrasarse.

La conversación se interrumpió al reflejarse en una esquina del coche los rayos de las lentes del capellán, seguidos apresuradamente por sus facciones enmarcadas por unas patillas blancas y ralas, y rematado todo ello por el vaivén de las colas del hábito. Nadie le hizo el menor reproche, al ver que ya se los hacía él. Y sin resuello, subió al vehículo.

—¿Ahora ya estamos todos? —repitió el cochero. Y arrancaron por segunda vez. Dejaron el pueblo unos trescientos metros atrás y se aproximaron al segundo puente, donde, como bien saben todos los nativos, la carretera hace una curva y quienes viajan por ella desaparecen por fin de la vista de los residentes.

—¡Ay, madre! —exclamó la jefa de la oficina de correos desde el interior del coche, escudriñando por la ventanilla.

—¿Qué? —preguntó el cochero.

—¡Un hombre nos hace señas!

Otra parada brusca.

—¿Alguien más? —dijo el cochero.

—¡Sin la menor duda!

Y todos aguardaron en silencio, mientras quienes podían miraban por la ventanilla.

—¿Quién puede ser ahora? —preguntó Burthen—. ¿Quién creen ustedes,

vecinos, que puede ser tan impuntual? ¿No vamos ya completos? ¿Quién demonios puede ser?

—Parece un caballero —observó el director de la escuela, que se hallaba en posición de divisar el camino mejor que los demás.

El desconocido, que blandió el paraguas para llamar la atención de los viajeros, se acercó sin prisas al ver que el coche se había detenido. Su indumentaria no era decididamente la acostumbrada por aquellos pagos, aunque era difícil señalar en qué se diferenciaba. En la mano izquierda llevaba un bolso de viaje de piel. En cuanto dio alcance al coche, miró la inscripción de la capota para cerciorarse de que no se equivocaba y preguntó si había sitio.

El cochero dijo que, aunque iban ya muy cargados, podía subir uno más, y el desconocido montó y se acomodó en el hueco que hicieron para él. Los caballos reanudaron la marcha, esta vez definitivamente, y salieron al trote con su carga de catorce almas en total.

—¿No es usted de por aquí, señor? —preguntó Burthen—. Me he dado cuenta nada más verlo.

—Sí, soy de por aquí —respondió el desconocido.

—¡Ah!

El silencio que siguió a estas palabras pareció insinuar ciertas dudas sobre la veracidad de la respuesta.

—Yo me refería concretamente a Upper Longpuddle —insistió el cochero—. Creo que conozco todas las caras.

—Nací y me crié en Longpuddle, como mi padre y mi hermano antes que yo —contestó el desconocido tranquilamente.

—Pues claro que sí —terció la dueña de la tienda de comestibles—. ¿No es usted hijo de John Lackland…? No… No puede ser… ¿El que se marchó con su mujer y sus hijos al extranjero hace treinta y cinco años? ¡Me parece estar oyendo la voz de su padre!

—Ése soy —asintió el desconocido—. John Lackland era mi padre, y John Lackland me llamo yo. Hace treinta y cinco años, cuando yo tenía once, mis padres emigraron al otro lado del mar, con mi hermana y conmigo. Fue Tony, el chico de Kytes, el que nos llevó con nuestros bártulos a Casterbridge la mañana de nuestra partida. Y ésa fue la última vez que vi Longpuddle. Esa misma semana cruzamos el océano, y allí hemos estado desde entonces. Y allí los he dejado a los tres.

—¿Vivos o muertos?

—Muertos —dijo en voz baja—. Y he vuelto con la idea, aunque de momento no es definitiva, de regresar dentro de uno o dos años para pasar aquí lo que me queda de vida.

—¿Es usted casado, señor Lackland?

—No.

—¿Y le ha tratado bien la vida, señor, o mejor dicho, John, puesto que lo conozco

desde que era niño? ¿Se ha hecho usted rico, como los demás, en esos países nuevos de los que tanto se cuenta?

—No soy muy rico —dijo el señor Lackland—. En los países nuevos también se fracasa. No siempre gana la carrera el más veloz, ni la batalla el más fuerte; y, aunque a veces ocurra, no es por velocidad ni por fortaleza. De todos modos, tengo lo suficiente. Y ahora que he respondido a sus preguntas, respondan ustedes a las mías. He venido desde Londres con la intención de ver en qué se ha convertido Longpuddle y quién vive aquí. Por eso he preferido hacer el viaje en coche de punto, en vez de alquilar un carruaje.

—Pues en Longpuddle seguimos como siempre. Las personalidades de antes ya no están en escena, por así decir, y otras han ocupado su lugar. Ha dicho usted que Tony Kytes fue quien llevó a su familia a Casterbridge en el carro de su padre, cuando se marcharon. Creo que Tony sigue vivo, pero no está en Longpuddle. Se fue a Lewgate, cerca de Mellstock, cuando se casó. ¡Ese Tony era de armas tomar!

—Yo no llegué a conocerlo bien.

—Pues era un hombre a carta cabal, menos por su afición a las mujeres. ¡Nunca me olvidaré de cómo las cortejaba!

El emigrante aguardó en silencio, y el cochero pasó a relatar la historia de:

TONY KYTES, EL SUPER EMBUSTERO

—Nunca olvidaré la cara de Tony. Era pequeña, redonda y firme, con algunas marcas de la viruela que pasó de niño, aunque no tantas para afearlo a los ojos de una mujer. Tan serio era y tan poco dado a sonreír que casi parecía que la risa le costara una fortuna. Miraba fijamente a los ojos de quien le hablaba. Y tenía tan poco rastro de pelo en la cara como tengo yo en la palma de la mano. Cantaba a menudo *Los bombachos del sastre*, con mucha religiosidad, como si fuese un himno:

¡Ay, y, al caer las enaguas, los bombachos las siguieron!

Y todo lo demás que dice esa canción tan escandalosa. Era el favorito de las mujeres, y él las recompensaba con su amor en los bancales.

»Con el paso del tiempo, Tony se fijó en una en particular, Milly Richards, una moza guapa, menuda y encantadora. Un sábado, Tony fue al mercado por encargo de su padre, y esa misma tarde volvió a casa en su carreta. Cuando llegó a los pies del cerro que alcanzaremos en menos de diez minutos, resultó que en la cima lo esperaba nada menos que Unity Sallet, una muchacha de muy buen ver, con la que él se había mostrado muy cariñoso antes de comprometerse con Milly.

»Nada más llegar Tony, ella le dijo:

»—Mi querido Tony, ¿me llevas a casa?

»—Claro que sí, hermosura. ¡Cómo podría negarme!

»Ella esbozó una sonrisa y subió a la carreta, al lado de Tony.

»—Tony —dijo Unity con voz melosa—. ¿Por qué me has dejado por esa otra? ¿En qué es mejor que yo? Yo sería mejor esposa, y más cariñosa también. Las mujeres más fáciles de conquistar no son las mejores. Piensa en el tiempo que hace que nos conocemos, casi desde que éramos niños. ¿No es verdad, Tony?

»—Así es —asintió él, sin asomo de duda.

»—¿Y alguna vez te he dado motivos de queja, Tony? ¡Dime la verdad!

»—Nunca en la vida.

»—¿Y puedes decir que no soy guapa, Tony? ¡Mírame!

»Tony posó sus ojos en ella un buen rato.

»—No puedo —dijo—. ¡Lo cierto es que te veo más guapa que nunca!

»—¿Más guapa que ella?

»Nadie sabe lo que habría respondido Tony a esta pregunta, porque, antes de que pudiera abrir la boca, ¿qué vio delante, por encima de un seto, sino una pluma que conocía perfectamente, la pluma del sombrero de Milly, a quien pensaba proponer que hicieran públicas las amonestaciones esa misma semana?

»—Unity —dijo Tony, con voz zalamera—. Ahí está Milly. Me armará un escándalo si te ve en el carro conmigo. Pero está a punto de torcer la curva y, si te bajas, al verte en el camino, se dará cuenta de que veníamos juntos. Por eso, queridísima Unity, ¿querrás ahorrarme situaciones desagradables, puesto que sé que estás tan cansada de ellas como yo, y esconderte en la trasera del carro? Yo te cubriré con la lona hasta que Milly haya pasado. Será cosa de un minuto. ¡Vamos! Pensaré en lo que hemos hablado, y quizá termine por hacerte una proposición a ti, en vez de a Milly. Es verdad que no todo está decidido entre ella y yo.

»—De acuerdo —asintió Unity, y se acostó en el carro, que por lo demás iba vacío, para que Tony la cubriese con la lona. Él salió entonces al encuentro de Milly.

»—¡Querido Tony! —dijo Milly, haciendo un leve mohín al verlo—. ¡Hace mucho que no vienes por casa! ¡Como si no viviese en Upper Longpuddle! He salido a tu encuentro, tal como me dijiste, para volver contigo y hablar de nuestro futuro hogar, puesto que así me lo pediste y yo te lo prometí.

»—¡Madre mía! ¿Dices que te lo pedí? Pues es verdad, ahora que me acuerdo. Lo había olvidado del todo. ¿Dices que te pedí que me esperaras aquí, para volver contigo, querida Milly?

»—¡Pues claro! ¿Por qué crees que estoy aquí? ¿No querrás que vuelva andando, después de haber venido?

»—¡No, no! Pensaba que ibas a la ciudad a buscar a tu madre. La vi allí, y me pareció que te estaba esperando.

»—No. Ya ha vuelto a casa. Vino campo a través; por eso ha llegado antes que tú.

»—No lo sabía —dijo Tony. Y no tuvo más remedio que llevar a Milly.

»Charlaron muy agradablemente y contemplaron los árboles y las bestias, las aves y los insectos, y a los labradores que araban en los campos hasta que, en la ventana

superior de una casa que se alzaba en la orilla del camino, vieron a Hannah Jolliver, otra joven belleza del lugar y la primera mujer de la que Tony se había enamorado —antes de Milly y antes de Unity—, con la que había estado a punto de casarse. Era una joven mucho más deseable que Milly Richards, aunque últimamente Tony no se acordaba apenas de ella. La casa en la que se encontraba Hannah era la de su tía.

»—Mi querida Milly, y futura esposa, pues creo que puedo llamarte así —dijo Tony en voz baja, para que Unity no lo oyese—. Estoy viendo a una joven en esa ventana que podría importunarme. Lo cierto es, Milly, que se le metió en la cabeza que yo quería casarme con ella y, desde que descubrió que estaba prometido con otra mujer, más hermosa que ella, tengo miedo de que nos vea juntos. ¿Me harías un favor, Milly, mi futura esposa?

»—Naturalmente, querido Tony.

»—¿Te importaría agazaparte debajo de este saco vacío hasta que hayamos pasado la casa? Todavía no nos ha visto. Nos conviene vivir en paz y armonía ahora que se acerca la Navidad, para evitar que se enconen los ánimos, aunque eso deberíamos hacerlo en cualquier época del año.

»—No tengo inconveniente en complacerte, Tony —dijo Milly y, a pesar de que no le hacía demasiada gracia, se metió debajo del asiento, porque Unity ya estaba escondida en la trasera del carro. Así siguieron adelante hasta que se acercaron a la casa. Hannah había visto a Tony y seguía esperando en la ventana. Levantó la cabeza con leve desdén y sonrió bruscamente.

»—¿No vas a tener la cortesía de llevarme? —dijo, viendo que Tony iba a pasar de largo, con un asentimiento de cabeza y una sonrisa.

»—¡Claro que sí! ¿En qué estaría yo pensando? —contestó Tony algo azorado—. Me ha parecido que te quedabas en casa de tu tía.

»—Pues no. ¿No ves que llevo puesto el sombrero y la chaqueta? He entrado solo un momento a saludarla, camino de casa. ¿Cómo puedes ser tan bobo, Tony?

»—En ese caso, por supuesto que te llevaré —contestó él, sintiendo que empezaba a sudar. Tiró de las riendas, esperó a que Hannah bajase y la ayudó a sentarse a su lado, con las piernas colgando del pescante. Se puso en marcha con cara larga, todo lo larga que podía ser una cara redonda por naturaleza.

»Hannah lo miró por el rabillo del ojo.

»—Qué agradable, ¿verdad Tony? Me gusta ir contigo en el carro.

»Él la miró a su vez.

»—A mí también —dijo al cabo de un rato. Es decir, que, tras haberla observado, empezó a animarse, y cuanto más la miraba más le agradaba, hasta que no entendió cómo había hablado de casarse con Milly o con Unity, cuando podía casarse con Hannah Jolliver. Se fueron acercando poco a poco hasta rozarse los pies y los hombros, y Tony no paraba de pensar en lo guapa que era Hannah. Le habló cada vez con más ternura, y terminó llamándola «querida Hannah», sin poder contener un suspiro.

»—Supongo que ya lo has acordado todo con Milly —dijo ella.

»—No exactamente.

»—¿Qué dices? ¿Por qué hablas tan bajo, Tony?

»—Estoy un poco ronco. Digo que no exactamente.

»—Pero ésa es tu intención, ¿no?

»—Verás… —empezó a decir Tony, sin dejar de mirarla, lo mismo que ella a él. No entendía cómo había podido ser tan idiota para alejarse de Hannah—. Mi dulce Hannah —dijo, cogiéndola de la mano sin poder evitarlo y olvidándose de Milly, de Unity y del mundo entero—. ¿Si lo he acordado dices? ¡Creo que no!

»—¡Ay!

»—¿Qué? —dijo Tony, soltándole la mano.

»—Me ha parecido oír un grito ahogado debajo de esos sacos. ¡Has llevado maíz y han entrado ratones en el carro! —dijo Hannah, levantándose las faldas.

»—No, son los ejes —contestó él en tono tranquilizador—. A veces suenan así cuando el tiempo es muy seco.

»—Puede ser… Bueno, verás, seré sincera, querido Tony. ¿Ella te gusta más que yo? Porque… porque, aunque me he aguantado, porque soy una mujerindependiente, tengo que reconocer que me gustas, Tony. Ésa es la verdad. Y si me lo hubieras pedido no habría dicho que no, ya lo sabes.

»Se quedó muy sorprendido de la buena disposición de la muchacha, ya que por regla general se mostraba más bien reacia (Hannah era a veces muy reservada), y, volviendo la cabeza un momento para mirar por encima del hombro, le contestó en voz muy baja:

»—No me he prometido del todo con ella. Creo que aún estoy a tiempo de hacerte esa petición de la que hablas.

»—¿Dejarías plantada a Milly? ¡Para casarte conmigo! ¡Qué maravilla! —dijo Hannah a viva voz, y se puso a aplaudir.

»En ésas se oyó un grito de verdad, un grito cargado de ira y de rencor y, tras un largo gemido, como si a algo se le hubiera roto el corazón, hubo un movimiento en los sacos vacíos.

»—¡Hay algo ahí! —se sobresaltó Hannah.

»—No te preocupes —la tranquilizó Tony, rezando por dentro para salir de aquel embrollo—. No te lo he dicho para no asustarte. La verdad es que llevo un par de hurones en uno de los sacos, para cazar conejos, y a veces se pelean. No quiero que se sepa, porque me acusarían de furtivo. No pueden salir de ahí. ¡Pierde cuidado, que no te pasará nada! ¡Qué día tan bueno para esta época del año! ¿No te parece, Hannah? ¿Irás al mercado el sábado que viene? ¿Cómo está tu tía? —Y así continuó Tony, para impedir que ella siguiera hablando de amor mientras Milly lo oía todo.

»Descubrió que tenía madera para desenvolverse en una situación como aquélla, y volvió a pensar en la manera de salir airoso. Cuando ya estaba cerca de casa, vio en un campo a su padre, que levantó la mano como si quisiera hablar con él.

»—¿Me haces el favor de sujetar las riendas un momento, Hannah, mientras voy a ver qué quiere mi padre? —dijo, muy aliviado.

»Ella asintió y él se alejó corriendo, encantado de tener un momento para respirar. Su padre lo miraba con expresión severa.

»—Vamos, Tony —dijo el señor Kytes, cuando tuvo a su hijo al lado—. Sabes que esto no puede salir bien.

»—¿Qué?

»—Si piensas casarte con Milly Richards, hazlo cuanto antes y déjate de zarandajas. No vayas por ahí escandalizando con la hija de Jolliver. No lo voy a consentir.

»—Solo le he pedido… es decir, ella me ha pedido que la lleve a casa.

»—¿Ella? Si fuera Milly estaría bien, pero eso de que Hannah Jolliver y tú andéis por ahí solos…

»—Milly también va en el carro, padre.

»—¿Milly? ¿Dónde?

»—Debajo de los sacos de maíz. La verdad es que estoy en un apuro, padre. ¡Eso me temo! Unity Sallet también está en el carro, debajo de la lona. Las tres están en el carro, y no sé qué hacer con ellas. Creo que lo mejor será que se lo pida a una con voz alta y clara, y así zanjaré el asunto, aunque las otras se ofenderán y me armarán una buena, eso seguro. Dime, padre, ¿con quién te casarías tú, si estuvieras en mi lugar?

»—¿Cuál de las tres no te pidió que la llevaras?

»—Milly, tengo que reconocerlo. Montó porque yo la invité. Pero Milly…

»—En ese caso cásate con ella. Es la mejor… ¡Mira!

»El padre señaló el carro.

»—¡No sabe hacerse con el caballo! No tendrías que haberle dejado las riendas. Corre y detén a ese animal si no quieres que haya un accidente.

»El caballo, a pesar de que Hannah no paraba de tirar de las riendas, había echado a andar a paso vivo, ansioso por llegar al establo, porque llevaba todo el día fuera. Sin decir nada más, Tony echó a correr tras el caballo.

»De todas la razones por las que podría haberse decidido a rechazar a Milly, no había ninguna tan poderosa como que su padre la hubiese recomendado. No, no podía ser Milly. Tendría que ser Hannah, puesto que no podía casarse con las tres, tal como deseaba. Eso pensaba mientras trataba de alcanzar el carro, donde estaban pasando cosas muy raras.

»Fue Milly, como es natural, quien había gritado escondida debajo de los sacos, sin poder contener la indignación y la vergüenza al oír las palabras de Tony, y sin atreverse, por puro orgullo y por temor a que se burlaran de ella, a salir de su escondite. Milly se impacientó por momentos, empezó a moverse y en una de ésas vio un zapato de mujer y unas medias blancas muy cerca de su cabeza. Se asustó mucho, porque no sabía que Unity Sallet también estaba en el carro. Cuando se le

pasó el susto decidió llegar hasta el fondo del asunto, y reptó como una serpiente por el lecho del carro por debajo de la lona hasta que se dio de bruces con Unity.

»—¡Qué vergüenza! —dijo Milly, con un susurro enfurecido.

»—Desde luego que lo es, verte escondida en el carro de un hombre con tan poca dignidad.

»—¡Cuidado con lo que dices! —le advirtió Milly, levantando la voz—. Estoy prometida con él. ¿No tengo derecho a estar aquí? ¿Qué derecho tienes tú? ¡Me gustaría saberlo! ¿Qué te ha prometido? ¡Un montón de tonterías, seguramente! ¡Lo que Tony les dice a otras mujeres no es más que humo, y a mí me trae sin cuidado!

»—¡No estés tan segura! Se va a casar con Hannah. Ni contigo ni conmigo. Lo he oído.

»Al oír las voces debajo de la lona, Hannah estuvo a punto de desmayarse, y fue en ese momento cuando el caballo echó a andar. Hannah tiró de las riendas frenéticamente, sin saber lo que hacía, y, al oír que la disputa cobraba volumen, se quedó tan horrorizada que las soltó. El caballo siguió andando a su antojo y, al llegar a la curva donde empieza la cuesta abajo, camino de Lower Longpuddle, alcanzó demasiada velocidad, las ruedas de atrás se salieron del camino, el carro se levantó por un costado hasta quedar casi por encima de los ejes, y las tres muchachas cayeron al suelo una encima de otra. El caballo miró a su alrededor y se detuvo.

»Cuando Tony llegó por fin, asustado y sin resuello, se tranquilizó al ver que ninguna de sus tres enamoradas estaba herida, aparte de algunos rasguños causados por las espinas de los matorrales. Pero se asustó mucho al oír lo que se decían las unas a las otras.

»—No os peleéis, queridas, por favor —les pidió, quitándose el sombrero en señal de respeto. Y de buena gana las habría besado a las tres sin titubear, pero estaban demasiado acaloradas para permitírselo, y no pararon de chillar y de sollozar hasta que se hartaron—. Os hablaré con franqueza, porque es mi obligación —dijo Tony en cuanto pudo hacerse oír—. Ésta es la verdad. Le he pedido a Hannah que se case conmigo, me ha aceptado, y haremos públicas las amonestaciones el próximo…

»Tony no había visto que el padre de Hannah se acercaba por detrás, ni que Hannah empezaba a sangrar por una mejilla. Hannah sí había visto a su padre, y salió a su encuentro, llorando con más fuerza que nunca.

»—¡Mi hija no lo acepta, señor mío! —protestó el padre muy enfadado—. ¿Tú quieres aceptarlo, Hannah? Ya te he dicho que tengas valor para rechazarlo, si es que aún no has perdido la honra y no corres ningún peligro.

»—¡Está intacta, se lo juro! —dijo Tony, poniéndose muy colorado—. Y las demás también, ¡aunque le parezca a usted raro en mí!

»—Tengo valor y lo rechazo —contestó Hannah, en parte porque su padre estaba allí, y en parte también por el berrinche y el temor a que le quedara una cicatriz en la cara—. ¡Hace un momento, cuando le he hablado con tanta dulzura, no sabía que estaba hablando con un embustero!

»—¡Cómo! ¿No quieres casarte conmigo, Hannah? —preguntó Tony, con la mandíbula inferior descolgada como la de un cadáver.

»—Nunca… antes me casaría con… ¡con nadie! —dijo con voz entrecortada, aunque con el corazón encogido, pues no habría rechazado a Tony si él se lo hubiera pedido tranquilamente y su padre no hubiese estado delante, y si no se hubiera arañado la cara con los matorrales. Y dicho esto se fue del brazo de su padre, con la esperanza de que Tony volviera a pedírselo en algún momento.

»Tony no sabía qué decir. Milly no paraba de sollozar, pero, como había sido la mujer recomendada por su padre, el chico no podía inclinarse por ella. Se volvió por tanto a Unity.

»—Bueno, querida Unity, ¿querrás casarte conmigo?

»—¡Me ofreces las sobras! ¡Por nada del mundo! —dijo Unity—. ¡Qué descaro! —Y con esto también se marchó Unity Sallet, aunque volvió la cabeza al cabo de un rato para ver si él la seguía.

»Así, Milly y Tony se quedaron por fin a solas, ella llorando a mares, y él mirando un árbol partido por un rayo.

»—Bueno, Millly —se aventuró a decir, acercándose a ella—. Parece que el destino ha ordenado que tú y yo nos casemos. Y lo que tiene que ser tiene que ser, ¿no es así, Milly?

»—Si tú lo quieres, Tony. ¿No es verdad lo que les has dicho?

»—¡Ni una palabra! —le aseguró él, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra.

»Y entonces la besó, levantó el carro volcado y se montaron los dos. Ese mismo domingo se hicieron públicas las amonestaciones. Yo no pude ir a la boda, aunque tengo entendido que la celebración fue muy curiosa, según me contaron. Asistieron casi todos los vecinos de Longpuddle.

—¿No estaba usted también, señor Flaxton? —preguntó el cochero al párroco.

—Así es —contestó el párroco—. Y esa celebración produjo cambios muy singulares en la vida de otras personas. Me refiero a Steve Hardcome y a su primo James.

—¡Ah, los Hardcome! —dijo el desconocido—. ¡Qué familiar me resulta ese nombre! ¿Qué les pasó?

El clérigo se aclaró la voz y relató:

LA HISTORIA DE LOS HARDCOME

—Sí, la de Tony fue la boda más lasciva a la que he asistido, y he estado en muchas, como puede usted suponer —dijo el párroco, volviéndose al señor Lackland —. Como ministro de la Iglesia he tenido el privilegio de asistir a todos los bautizos, bodas y funerales, como es costumbre en Wessex.

»Fue una noche muy fría, en la semana de Navidad, y entre los invitados se encontraban los Hardcome de Climmerston, Steve y James, primos hermanos, los dos pequeños agricultores que empezaban a abrirse camino en el negocio por cuenta propia. Con ellos iban, como es natural, sus futuras mujeres, dos jóvenes de la vecindad, muy guapas y vivaces las dos, y montones de amigos de Abbot's-Cernel, Watherbury, Mellstock y qué sé yo. ¡La casa estaba a reventar!

»Se habían retirado los muebles de la cocina para el baile, y la gente mayor jugaba a las cartas en la sala de estar, aunque al final todos se sumaron a la fiesta. La fila empezaba en el ventanal de la cocina y había tantas parejas que salía por la puerta y se perdía en la oscuridad, fuera de la casa. La verdad es que no se veía dónde terminaba, y nunca se supo exactamente hasta dónde llegaba, porque los últimos se escondieron entre los matorrales.

»Tras varias horas de baile, cuando los hombres más altos ya empezaban a tener chichones en la coronilla de tanto rebotar contra las vigas del techo, el primer violín soltó el arco y dijo que no tocaba más, porque quería bailar. Y una hora después el segundo violín soltó el arco y dijo que él también quería bailar, así que se quedó solo el tercer violín, que era un hombre mayor, ya veterano, de muñecas muy débiles. De todos modos, consiguió aguantar bastante bien, hasta que empezaron a fallarle las rodillas lo mismo que las muñecas, y como no había ninguna silla tuvo que sentarse en la esquina de la repisa de la alacena, que no era precisamente cómoda para un hombre tan entrado en años.

»Entre los que más bailaban estaban las dos parejas prometidas, como es natural. Se las veía a las dos muy compenetradas y muy distintas entre sí. La prometida de James Hardcome era Emily Darth, y tanto ella como James eran discretos, afables, hogareños y amantes de la tranquilidad. Steve y su prometida, Olive Pawle, eran muy diferentes, de carácter más bullicioso, muy amigos de festejos y de ver lo que pasaba en el mundo. Las dos parejas habían acordado casarse el mismo día, y no faltaba mucho para la fecha. La boda de Tony fue una especie de estimulante, como suele ocurrir, según he podido comprobar en muchas ocasiones.

»Bailaban con ganas, como solo los jóvenes que se están cortejando son capaces de bailar, y sucedió que, conforme avanzaba la velada, James empezó a bailar con Olive, la prometida de Stephen, y éste hizo lo propio con Emily, la prometida de James. Saltaba a la vista que, a pesar de haber cambiado de pareja, los jóvenes seguían disfrutando del baile tanto como antes. Con el mismo orden cambiado, continuaron bailando una nueva melodía, y aunque al principio cada uno de los primos guardaba con su pareja de baile una pudorosa distancia de medio brazo, para que el otro no pudiera objetar que se acercaba demasiado a su dama, la distancia se redujo ligeramente al cabo de un rato, y volvió a reducirse un poco más conforme pasaba el tiempo.

»Cuanto más tarde se hacía, más tiempo pasaba cada primo bailando con la prometida del otro, y con más fuerza la cogía del talle para hacerla girar; y lo curioso

era que a ninguno de los dos parecía importarle lo que hacía su pariente. La fiesta se acercaba a su fin, y esa noche no vi nada más, pues fui de los primeros en retirarme, debido a mis obligaciones matinales. Sin embargo, me enteré por los que se quedaron de lo que pasó a continuación.

»Tras concluir un baile especialmente fogoso con las parejas cambiadas, tal como ya se ha dicho, los dos jóvenes intercambiaron una mirada y salieron al porche.

»—James —dijo Steve—, ¿en qué has pensado mientras bailabas con mi Olive?

»—Bueno —contestó James—, quizá en lo mismo en lo que tú pensabas mientras bailabas con mi Emily.

»—Yo he pensado —dijo Steve, con cierta vacilación— que no me importaría cambiar para siempre.

»—Pues eso mismo he pensado yo.

»—Estoy dispuesto a aceptarlo, si se te ocurre cómo resolver la situación.

»—Yo también, pero ¿qué dirán ellas?

»—Me parece a mí que no pondrán muchas objeciones. Tu Emily se me apretaba como si ya fuera mía.

»—Y tu Olive lo mismo. Notaba los latidos de su corazón, como un reloj.

»Acordaron decírselo a las muchachas cuando volvieran a casa los cuatro juntos. Y así lo hicieron. Al separarse esa noche, el cambio quedó decidido, al calor de la excitación del baile. Sucedió por lo tanto que, el domingo siguiente, cuando la gente tomó asiento en la iglesia para oír la lectura de las amonestaciones, hubo no poco asombro al descubrir que los nombres de los contrayentes se habían cambiado. La congregación empezó a cuchichear, pensando que el párroco se había equivocado, hasta que por fin se supo que no había ningún error en la lectura. Y tal como lo decidieron, así se casaron, cada cual con la prometida del otro.

»El caso es que las dos parejas vivieron tranquilamente uno o dos años, hasta que el amor se enfrió un poco, como es la norma en la vida conyugal, y los primos empezaron a preguntarse en su fuero interno cómo habían cometido el desatino de casarse en el último momento con la novia del otro, en lugar de casarse como es debido, tal como había planeado la naturaleza, con la mujer de la que se habían enamorado en primera instancia. La culpa la tenía lisa y llanamente la fiesta de Tony, y casi lamentaron haber asistido. James, que era un hombre apacible, hogareño y reflexivo, sentía a veces que un abismo lo separaba de Olive, a quien le encantaba montar a caballo y salir de excursión, mientras que Steve, que siempre estaba dando vueltas de acá para allá, tenía una mujer muy amante de la vida doméstica, que bordaba, hacía alfombrillas para la chimenea, rara vez tenía ganas de cruzar el umbral de su puerta y solo salía con él por complacerlo.

»Pese a que hablaban muy poco de su mal casamiento con sus conocidos, Steve a veces miraba a la mujer de James y suspiraba, y James miraba a la mujer de Steve y hacía lo propio. Pasado algún tiempo, los maridos se sinceraron el uno con el otro, y no tenían reparos en hablar discretamente del asunto cuando estaban a solas, con cara

larga, sonrisa triste y aire caprichoso, reconociendo la estupidez que habían cometido al trastocar una elección bien sopesada, dejándose llevar por una fantasía en mitad del torbellino y el frenesí de un baile. De todos modos, eran hombres juiciosos y honrados, y hacían cuanto estaba en su mano por aceptar su suerte, puesto que ellos mismos así lo habían dispuesto, sin lamentarse por lo que ya no tenía remedio.

»Así siguieron las cosas hasta que un hermoso día de verano partieron los cuatro para hacer su pequeña escapada anual, como tenían por costumbre desde antiguo. Ese año decidieron pasar el día en Budmouth-Regis, y vestidos con sus mejores galas, a las nueve de la mañana se pusieron en camino.

»Cuando llegaron a su destino pasearon en pareja por la orilla del mar, chapoteando con sus botas nuevas en la arena húmeda y aterciopelada. ¡Todavía me parece estar viéndolos! Después fueron a ver los barcos atracados en el puerto, subieron al mirador, cenaron en la posada y volvieron a chapotear en pareja por la arena aterciopelada. A la caída de la tarde se sentaron un rato a escuchar a la banda de músicos en el paseo marítimo, y se preguntaron qué hacer a continuación.

»—A mí —dijo Olive (es decir, la mujer de James Hardcome)— lo que más me gustaría es remar por la bahía. Podríamos escuchar a los músicos desde el agua, a la vez que disfrutamos de la diversión del remo.

»—Eso mismo haría yo —dijo Steve, que siempre tenía los mismos gustos que ella.

El párroco se volvió entonces al capellán.

—Usted conoce mejor que nadie los extraños detalles de esa extraña velada, puesto que los ha oído de sus propios labios, no como yo. ¿Tendrá la bondad de contárselos al caballero?

—Con mucho gusto, si así lo desea —dijo el capellán. Y reanudó el relato del párroco—: La mujer de Stephen aborrecía el mar, solo le gustaba visto desde tierra, y no quería ni pensar en subir a una barca. A James también le desagradaba el agua, y dijo que él prefería quedarse escuchando a la banda donde estaba, pero que no quería privar a su mujer de dar un paseo en barca si así lo deseaba. Finalmente acordaron que James y Emily, la mujer de su primo, se quedarían disfrutando de la música, mientras los otros dos alquilarían una barca allí mismo, pasarían una media hora remando, y volverían al paseo marítimo, desde donde regresarían todos juntos a casa.

»Nada podía haber complacido más a los dos aventureros, y Emily y James los vieron bajar a la playa, acercarse a uno de los barqueros, elegir uno de los pequeños esquifes amarillos y pisar con cuidado el pequeño tablón colocado como un caballete para subir a bordo de la barca. Vieron que Stephen y Olive se sentaban frente a frente y, una vez acomodados, les decían adiós con la mano. Stephen cogió entonces los remos y los acompasó al ritmo de la música, mientras Olive tomaba el timón y empezaba a sortear las demás embarcaciones, porque el mar estaba esa noche como un espejo y eran muchos los buscadores de placer que habían salido a remar como ellos.

»—Qué bien se les ve, ¿verdad? —le dijo Emily a James, según me han asegurado—. Los dos disfrutan con las mismas cosas. Tienen los mismos gustos en todo.

»—Es cierto —contestó James.

»—Habrían hecho una buena pareja, si se hubieran casado.

»—Sí, es una lástima que los separásemos.

»—No digas eso, James. Para bien o para mal, decidimos hacer lo que hicimos, y no hay más que hablar.

»Dicho esto guardaron silencio. La banda seguía tocando. La gente deambulaba por el paseo marítimo, y Stephen y Olive empequeñecían por momentos, alejándose mar adentro. Los que se habían quedado en tierra contaban que Stephen soltó un momento los remos y se quitó la chaqueta para poder remar cómodamente, mientras la mujer de James seguía en la popa, sosteniendo las cuerdas del timón para guiar la barca. Cuando ya casi no se les veía, ella volvió la cabeza hacia la costa.

»—Nos está saludando con el pañuelo —dijo la mujer de Stephen, sacando también el suyo para devolver la señal.

»La barca se desvió un poco de su rumbo al soltar el timón la mujer de James para agitar el pañuelo, pero enseguida volvió a enderezarse, y el pequeño esquife siguió navegando en línea recta. Muy pronto, la pareja que estaba en tierra apenas acertaba a distinguir el chal claro de Olive y las mangas de la camisa blanca de Stephen.

»James y Emily siguieron charlando.

»—Fue muy raro cómo cambiamos de pareja en la boda de Tony Kytes —dijo Emily—. Tony era muy voluble, de eso no cabe duda, y fue como si esa noche nos contagiara a todos. ¿Quién de vosotros propuso que no nos casáramos con quien nos habíamos prometido?

»—Hum… No lo recuerdo —contestó James—. Lo hablamos, ya lo sabes, y todo fue dicho y hecho.

»—Fue por culpa del baile. La gente a veces se vuelve loca cuando baila.

»—Es verdad.

»—James… ¿Tú crees que todavía se quieren? —preguntó la mujer de Stephen.

»James Hardcome reflexionó unos momentos y reconoció que quizá la llama del amor aún se avivaba en sus corazones de vez en cuando.

»—Pero no creo que tenga importancia —dijo.

»—Yo a veces pienso que Steve se acuerda mucho de Olive —murmuró Emily—, sobre todo cuando la ve pasar al galope desde la ventana… Yo nunca sería capaz de hacer eso. No consigo vencer el miedo que les tengo a los caballos.

»—A mí tampoco me gusta montar, aunque finjo que sí, para no disgustar a Olive —confesó James Hardcome—. ¿No tendrían que haber vuelto ya, como los demás barcos? No entiendo qué hace Olive fijando el rumbo en línea recta hacia el horizonte. No se ha desviado casi desde que se alejaron.

»—Estarán hablando y no se darán cuenta —dijo Emily.

»—Puede ser. No sabía que Steve remase tan bien.

»—Ah, sí. Viene mucho por aquí, por cosas de negocios, y siempre da un paseo por la bahía.

»—No veo el barco —dijo James—, y está empezando a oscurecer.

»La despreocupada pareja que había salido a remar era para entonces un punto diminuto en el manto de la noche, que se espesaba por momentos, hasta que la oscuridad se los tragó por completo. Se habían alejado en línea recta del mundo y de sus habitantes, como si quisieran saltar al vacío por el borde del horizonte y no regresar nunca a tierra firme.

»Los otros dos seguían sentados, tras acordar que no se moverían de allí hasta que volvieran los excursionistas. Las farolas del paseo marítimo se encendieron una por una, los músicos plegaron sus atriles y se retiraron, los yates atracados en la bahía también se iluminaron, los esquifes volvieron a la orilla y sus ocupantes desembarcaron por el mismo tablón por el que habían subido a bordo, pero Stephen y Olive seguían sin dar señales de vida.

»—¡Cuánto tardan! —dijo Emily—. Empiezo a tener frío. No imaginaba que tendríamos que esperar tanto.

»James Hardcome dijo entonces que no necesitaba la chaqueta, e insistió en prestársela.

»Se la echó a Emily sobre los hombros.

»—Gracias, James —dijo ella—. ¡Qué frío debe de estar pasando Olive con esa chaqueta tan ligera!

»James dijo que eso mismo estaba pensando él.

»—Seguro que ya están cerca, aunque no los veamos. Todavía no han vuelto todos los barcos. A algunos les gusta apurar la hora de alquiler.

»—¿Qué tal si damos un paseo por la orilla para ver si vuelven? —propuso Emily.

»James asintió, aunque dijo que no había que perder de vista los asientos, no fuera a ser que los otros volvieran y, al no encontrarlos allí, se enfadaran por haber faltado a su palabra.

»Pasearon por la orilla sin alejarse de los asientos, pero Stephen y Olive seguían sin llegar. James Hardcome se acercó por fin al barquero, pensando que quizá su mujer y su primo habían vuelto al abrigo de la oscuridad y se habían olvidado del lugar dónde habían acordado encontrarse.

»—¿Han vuelto todos? —preguntó.

»—Todos menos uno —dijo el barquero—. No entiendo por qué tarda tanto esa pareja. Podría pasarles cualquier cosa en la oscuridad.

»James y Emily siguieron esperando, cada vez más inquietos. Pero el esquife amarillo no regresaba. ¿Habrían desembarcado en otro punto del paseo marítimo?

»—A lo mejor lo han hecho para no pagar —dijo el barquero—. Aunque no

tenían pinta de ser de ésos.

»James Hardcome no veía probable esta explicación. Recordó entonces las confidencias que había intercambiado de cuando en cuando con Steve, admitió por vez primera la posibilidad de que los sentimientos de la pareja se hubieran reavivado al verse cara a cara, mucho más de lo que se imaginaban en el momento de embarcarse en la excursión —pues era evidente que al principio solo pensaban en pasarlo bien—, y hubiesen desembarcado en unas escaleras que había cerca del muelle, con la intención de estar más rato a solas.

»De todos modos, este pensamiento le desagradaba, y se guardó de compartirlo con su acompañante. Se limitó a sugerir que se alejaran un poco más.

»Así lo hicieron, y estuvieron paseando entre el muelle y el puesto de los barcos hasta que la mujer de Stephen Hardcome empezó a sentirse indispuesta y se vio obligada a aceptar el brazo que James le ofreció. La noche seguía avanzando. Emily estaba agotada, y James decidió llevarla a casa; además, cabía la remota posibilidad de que Stephen y Olive hubieran desembarcado en el puerto, al otro lado de la ciudad, y hubieran regresado precipitadamente creyendo que sus cónyuges se habían cansado de esperar.

»Dejó no obstante instrucciones en la ciudad de que estuvieran al tanto, aunque con discreción, pues la sola idea de que se hubieran fugado era más que suficiente para llevarlo a obrar con cautela. Muy recelosos, James y Emily corrieron a coger el último tren que salía de Budmouth-Regis y, una vez en Casterbridge, volvieron en coche a Upper Longpuddle.

—Por el mismo camino por el que vamos ahora —señaló el párroco.

—Eso es, por este mismo camino —asintió el capellán—. Pero Stephen y Olive no habían vuelto a casa, ni tampoco al pueblo, desde que salieron esa mañana. Emily y James se fueron a sus respectivas residencias, pasaron una mala noche y, al amanecer, volvieron a Casterbridge y cogieron el primer tren para Budmouth.

»Nada se había sabido de la otra pareja en este breve lapso de tiempo. Horas más tarde, unos jóvenes aseguraron que habían visto a un hombre y una mujer remando en una frágil embarcación de alquiler rumbo a mar abierto; iban mirándose el uno al otro como si estuvieran hechizados, como si no fueran conscientes de lo que hacían ni de adónde iban. Bien avanzado el día llegaron nuevas noticias a oídos de James. Habían visto el esquife volcado, a la deriva, muy lejos de la costa. El mar se agitó un poco al caer la tarde, y por la ciudad corrió el rumor de que habían aparecido dos cadáveres en la playa de Lulwind Bay, a varios kilómetros al este. Los trasladaron a Budmouth y resultaron ser los de Stephen y Olive. Se decía que los encontraron abrazados, los labios de él en los de ella, con la misma expresión de ensoñación serena con que los vieron alejarse.

»Ni James ni Emily cuestionaron los motivos por los que sus infortunados cónyuges quisieron hacerse a la mar. No albergaban ninguna sospecha sobre sus intenciones. Al margen de lo que sus mutuos sentimientos pudieran haberlos

impulsado a hacer, no era propio de ellos obrar a escondidas. Cabía la posibilidad de que, al verse cada cual en presencia de aquellos ojos que en otro tiempo habían brillado únicamente para el otro, hubiesen caído en una dulce ensoñación y, no queriendo reconocer sus sentimientos, se hubieran dejado llevar, ajenos a todo, hasta que la oscuridad los sorprendió lejos de tierra. Pero nada se sabía a ciencia cierta. Había sido su destino morir de esa manera. Las dos mitades, creadas por la naturaleza para formar un todo perfecto, no habían logrado unirse en vida, pero "no estaban separadas en su muerte"[1]. Ese mismo día los trasladaron a casa y les dieron sepultura. Recuerdo que, cuando oficié el funeral, en el cementerio de la iglesia, me fijé en que casi toda la parroquia había asistido.

—Así fue, señor —dijo el párroco.

—Los viudos —prosiguió el capellán, cuya voz había cobrado un tono más grave al referir el triste sino de los enamorados— eran más prudentes y tenían más visión de futuro que los fallecidos, aunque eran menos románticos. Al verse los dos privados de su compañero, se vieron libres para cumplir con su destino de acuerdo con el plan de la naturaleza y de su propia y serena intención original. James Hardcome tomó a Emily por esposa en el plazo de un año y medio, y su matrimonio resultó muy feliz en todos los sentidos. Yo mismo solemnicé la unión, y fue Hardcome quien, en el momento de anunciarme su intención de casarse, me contó la historia de cómo había perdido a su primera mujer, casi literalmente como yo se la he contado a ustedes.

—¿Y siguen viviendo en Longpuddle? —preguntó el emigrante.

—No, señor —dijo el capellán—. James murió hace doce años, y su mujer hará unos seis o siete. No tuvieron hijos. William Privett era el hombre que les hacía todos los trabajos hasta que murió.

—¡Ah, William Privett! ¿También ha muerto? —preguntó el señor Lackland—. ¡Todos se han ido!

—Sí, señor. William era mucho mayor que yo. Tendría cerca de los ochenta si siguiera con vida.

—La muerte de William fue un suceso muy extraño, muy pero que muy extraño —suspiró un hombre melancólico, que iba al fondo del coche. Era el padre del vendedor de semillas, que hasta entonces había guardado silencio.

—¿Y cómo es eso? —preguntó el señor Lackland.

LA HISTORIA DEL HOMBRE SUPERSTICIOSO

—William, como quizá sepan ustedes, era un hombre peculiar, muy callado. Se adivinaba su presencia antes de verlo y, cuando entraba en algún sitio o se acercaba por detrás, algo se notaba en el aire, como si muy cerca de allí se hubiese abierto la puerta de un sótano. Pues bien, un domingo, en una época en la que William parecía gozar de excelente salud, las campanas de la iglesia se pusieron a repicar de buenas a

primeras; el sacristán, que fue quien me lo contó, dijo que las campanas nunca le habían pesado tanto, y se temió que alguien hubiera fallecido en la parroquia. Eso fue el domingo, como digo. La semana siguiente, sucedió que Betty, la mujer de William, se quedó una noche planchando hasta muy tarde, pues era ella quien se ocupaba de la colada del señor y la señora Hardcome. Su marido había terminado de cenar y se había acostado un par de horas antes, como tenía por costumbre. Mientras planchaba, lo oyó bajar las escaleras y sentarse en el último peldaño para ponerse las botas, que siempre dejaba en el mismo sitio. Luego lo vio entrar en la sala de estar, donde ella estaba planchando, y acercarse a la puerta, pues no había otro camino entre las escaleras y la entrada de la casa. Ninguno de los dos dijo nada, porque William era poco hablador y ella estaba atareada. William salió y cerró la puerta. Como su marido de vez en cuando salía de noche, antes de que empezara a fallarle la salud, cuando no podía dormir porque le faltaba su pipa, ella no le dio importancia, y siguió planchando como si nada. Terminó poco después y, al ver que él no había vuelto, se quedó un rato esperándolo, mientras recogía la ropa y la plancha y ponía la mesa para el desayuno del día siguiente. William seguía sin regresar. Ella pensó que no andaría lejos y, como estaba cansada y quería acostarse, no echó el cerrojo y se fue a la cama, tras dejarle una nota escrita con tiza en la puerta: «No te olvides de cerrar» (porque era un hombre olvidadizo).

»Con gran sorpresa y alarma, al llegar a las escaleras Betty vio que las botas de William seguían donde las había dejado cuando se fue a descansar. Subió al dormitorio y lo encontró en la cama, dormido como un tronco. No entendía cómo había podido volver sin que ella lo hubiese visto u oído, a menos que hubiera pasado por detrás sin hacer ruido cuando ella estaba dando golpes con la plancha. Sin embargo, esta posibilidad no la convencía; era imposible que no lo hubiese visto entrar en una habitación tan pequeña. No conseguía desentrañar el misterio, y estaba muy inquieta, pero no quiso molestarlo con preguntas, y prefirió acostarse.

»William se levantó muy temprano al día siguiente y se fue a trabajar antes de que su mujer se despertara. Betty esperó con impaciencia que volviese a almorzar para pedirle una explicación, porque a la luz del día la situación le parecía más incomprensible si cabe. William llegó poco después y, antes de que ella pudiera preguntarle nada, dijo:

»—¿Qué significa eso que has escrito en la puerta?

»Betty se lo explicó y le preguntó adónde había ido la noche anterior. William le aseguró que no había salido del dormitorio. Se había desnudado, se había acostado, se había quedado dormido en un abrir y cerrar de ojos, y no se había despertado hasta que el reloj dio las cinco, cuando se levantó para ocuparse de sus tareas.

»Betty estaba completamente segura de que había salido, tanto como lo estaba de su propia existencia; de lo que no estaba tan segura era de cuándo había vuelto. Viendo que estaba demasiado alterada para discutir con él, dejó correr el asunto y pensó que debía de haberse equivocado. Ese día, en la calle, se encontró con Nancy,

la hija de Jim Weedle, y le dijo:

»—¡Vaya, Nancy! ¡Tienes cara de sueño!

»—Sí, señora Privett. No se lo diga a nadie, pero le contaré por qué. Anoche, como era la víspera de San Juan, algunos nos quedamos en el porche de la iglesia y no volvimos a casa hasta cerca de la una.

»—¿Eso hicisteis? ¿Y dices que era la víspera de San Juan? Con tanto trabajo como tengo ya no sé si estamos en San Juan o en San Miguel.

»—Sí. Y no se figura el susto que nos llevamos con lo que vimos.

»—¿Qué visteis?

»(Es posible que no recuerde usted, señor, puesto que se marchó de aquí siendo tan joven, que la noche de San Juan, según la creencia en estos contornos, las almas de todas las gentes de la parroquia que van a morir en el plazo de un año acuden a la iglesia. Los que consiguen sobreponerse a la enfermedad salen al cabo de un rato, y los que están abocados a morir se quedan allí.)

»—¿Qué visteis? —repitió la mujer de William.

»—Verá —empezó a decir Nancy, acobardada—. Es mejor que no le diga lo que vimos o a quién vimos.

»—Visteis a mi marido —dijo Betty Privett en voz baja.

»—Bueno, ya que usted lo dice —contestó Nancy, aprovechando la ocasión—. Nos pareció verlo, pero estaba oscuro, y teníamos miedo, y es posible que nos equivocáramos.

»—Nancy, no te apures si se te ha escapado. No diré nada. Lo visteis entrar pero no salir de la iglesia. Lo sé tan bien como tú.

»Nancy no dijo ni que sí ni que no, y ahí quedó la cosa. Pero, tres días después, William Privett estaba segando con John Chiles en el prado del señor Hardcome, y a mediodía se sentaron los dos a comer debajo de un árbol y vaciaron su jarra de vino. Se quedaron dormidos tal como estaban sentados. John Chiles fue el primero en despertarse y, al mirar a su compañero de siega, vio una de esas polillas que llamamos de la harina, es decir, una polilla de la muerte, que salía volando de la boca abierta de William mientras éste dormía. A John le pareció normal, porque William había trabajado varios años en un molino cuando era niño. Luego se fijó en el sol y, por su posición, dedujo que habían dormido un buen rato. Al ver que William no se despertaba, John lo llamó y le dijo que ya iba siendo hora de volver al trabajo. Como William no contestaba, John fue a zarandearlo y comprobó que estaba muerto.

»Ese mismo día, el viejo Philip Hookhorn había bajado al arroyo de Londgpuddle para llenar un cántaro de agua. Volvió la cabeza y vio que por la orilla contraria se acercaba el mismísimo William, muy pálido y con un aire muy extraño. Philip Hookhorn se sorprendió mucho, porque, años antes, el hijo pequeño de William, su único hijo, se había ahogado mientras jugaba en el arroyo, y esto afectó tanto al padre que nunca más habían vuelto a verlo por allí, y se decía que daba un rodeo de ochocientos metros con tal de no pasar por el arroyo. Además, resultó que la hora en

la que Hookhorn lo vio en el arroyo era exactamente la hora en que había muerto.

—Una historia muy triste —observó el emigrante, tras un largo silencio.

—Sí, sí. De todo hay en la viña del Señor —contestó el padre del vendedor de semillas.

—Supongo, señor Lackland, que no sabe usted el susto que se llevaron Andrey Satchel y Jane Vallens, por culpa del párroco y el sacristán de Scrimpton —dijo el techador, un hombre con una chispa de vivacidad contenida en los ojos, que hasta ese momento se había fijado principalmente en pequeños objetos perdidos en la lejanía, porque iba sentado en el pescante, con las piernas colgando—. La suya fue una experiencia asombrosa para un párroco y un sacristán, tal como la cuentan algunos, y es posible que le quite la pena y le levante un poco el ánimo.

El interpelado dijo que nada sabía de la historia, y que la escucharía con mucho gusto, pues se acordaba muy bien de Satchel.

—Ah, no. Este Andrey Satchel es el hijo del Satchel al que usted conoció; éste no lleva casado más de dos o tres años, y fue en su boda cuando ocurrió el incidente que puedo contarle, yo o cualquiera de los aquí presentes, lo mismo da.

—No, no. Si alguien lo cuenta tienes que ser tú —dijeron varios. El señor Lackland se sumó a la petición, añadiendo que a la familia Satchel llegó a conocerla antes de su partida.

—Le prevengo, porque es usted forastero —le susurró el cochero a Lackland—, que a las historias de Christopher no les iría mal una poda.

El emigrante asintió.

—Bueno, puedo abreviarla un poco —respondió el techador, dispuesto a ceñirse a lo esencial—. Aunque tiene más que ver con el párroco y el sacristán que con el propio Andrey, y por eso debería contarla un clérigo.

ANDREY SATCHEL, EL PÁRROCO Y EL SACRISTÁN

—Todo empezó, hay que decirlo, porque a Andrey le gustaba empinar el codo en esa época, aunque ahora es un hombre sobrio como el que más, y mucho mejor así. Jane, su novia, era algo mayor que él. Cuánto no lo sé. No era de la parroquia, y solo el registro podría dar fe de su verdadera edad. El caso es que, como le sacaba algunos años a su joven prometido, eso sumado a otras circunstancias corporales del muchacho…

(—¡Ay, pobrecito! —suspiraron las mujeres.)

—… tenía muchas ganas de casarse antes de que él cambiara de opinión, y radiante de contenta, según dicen, se fue con Andrey y el hermano y la cuñada de éste a la parroquia una mañana de noviembre, cuando casi no había amanecido, con la intención de unirse a él para el resto de su vida. Andrey había salido del pueblo mucho antes de que clareara, y los que ya estaban levantados lo saludaron con sus

faroles y se levantaron el sombrero al verlo pasar.

»La iglesia de la parroquia de la novia estaba a unos dos kilómetros de su casa, y como era un día espléndido para esa época del año, decidieron que en cuanto se hubieran casado se irían de excursión a Port Bredy para ver los barcos, el mar y a los soldados, en vez de celebrarlo en casa con los parientes lejanos con los que ella vivía. Algunos se fijaron en que Andrey subía las escaleras de la iglesia esa mañana con paso vacilante. Lo cierto es que el día anterior habían bautizado al hijo de su vecino más próximo, y el novio, que había sido el padrino, se había pasado la noche en vela, pensando: “Aunque viva mil años, nunca volveré a ser padrino un día, marido al siguiente, y quién sabe si padre al otro, y tengo que aprovechar esta bendición”. Es decir, que había salido de casa esa mañana sin haberse acostado. La consecuencia fue, como digo, que, cuando iba con su novia camino de la iglesia, el párroco (que era un hombre muy estricto dentro de la iglesia, al margen de lo que hiciese fuera) miró a Andrey con cara de pocos amigos.

»—¡Qué maneras son ésas! —le reprendió con severidad—. Estás bebido. A estas horas de la mañana. ¡Vergüenza debería darte!

»—Es verdad, señor —contestó Andrey—. Pero todavía puedo andar en línea recta. Puedo seguir una línea de tiza —dijo (sin ánimo de ofender)— tan bien como el que más. Y —añadió (acalorándose un poco)— estoy seguro de que, si usted, párroco Billy Toogood, se hubiera quedado en el bautizo toda la noche, como yo, no sería capaz de tenerse en pie. ¡Póngame a prueba, si quiere!

»Esta respuesta molestó al párroco Billy —como todos lo llamaban—, por no decir que lo enconó, pues era un hombre de genio muy vivo cuando lo provocaban.

»—Pues yo no puedo casarte en este estado. ¡Y no lo haré! ¡Vuelve a casa hasta que estés sobrio! —le ordenó, cerrando de golpe el libro que tenía en la mano, como si fuera un cepo de ratones.

»La novia rompió a llorar como si le hubiesen partido el corazón, pues se temía que iba a perder a Andrey, ¡con lo que le había costado engatusarlo!, y rogó e imploró al cura para que siguiera adelante con la ceremonia. Pero como si nada.

»—No pienso solemnizar tu matrimonio con un hombre beodo —dijo el señor Toogood—. Ni está bien ni es decoroso. Lo siento por ti, muchacha, viendo lo mucho que te afecta, pero será mejor que vuelvas a casa. ¡Cómo se te ocurre traerlo aquí estando ebrio!

»—Es que, si no estuviera ebrio, no vendría, señor —respondió ella entre sollozos.

»—Eso no es cosa mía —contestó el cura. Y por más que ella siguió suplicando, no logró conmoverlo. La novia probó entonces otra táctica.

»—En ese caso, váyase usted a casa, señor. Déjenos aquí y vuelva dentro de un par de horas. Le aseguro que para entonces estará sobrio como un juez. Nos quedaremos aquí, con su permiso, porque si sale de esta iglesia sin haberse casado, ¡ni todos los caballos de Van Ambrugh bastarían para traerlo de nuevo![2]

»—Muy bien —asintió el párroco—. Os doy dos horas. Volveré entonces.

»—Y, por favor, cierre la puerta, señor. Para que no podamos salir.

»—Sí —dijo el cura.

»—Y que nadie se entere de que estamos aquí.

»El cura se quitó la estola blanca mientras los demás debatían el mejor modo de guardar el secreto, cosa que no era tan difícil, puesto que era temprano y la iglesia estaba vacía. A los testigos, el hermano de Andrey y su mujer, les traía sin cuidado que Andrey se casara con Jane, y como habían ido en contra de su voluntad, dijeron que no podían esperar dos horas en aquel agujero, porque querían volver a Longpuddle antes de cenar. Tanto se enfadaron, que el cura dijo que hiciesen lo que quisieran. Accedió a que volvieran a casa como si la boda se hubiese celebrado y los recién casados se hubieran ido de excursión a Port Bredy, según lo planeado. Él, el sacristán y cualquier transeúnte harían de testigos cuando llegase el momento.

»Así lo acordaron. Los testigos se fueron sin resistirse, y el cura se dispuso a cerrar la puerta de la iglesia con la pareja dentro. La novia se acercó a él con los ojos aún llenos de lágrimas.

»—Mi buen párroco —le dijo entre susurros—, si nos quedamos aquí, en la iglesia, la gente podría vernos por la ventana y descubrir lo que ha pasado; eso sería motivo de habladurías y yo no podría soportar el escándalo. Además, ¡puede que Andrey quisiera dejarme! ¿Por qué no nos encierra en la torre? Yo le convenceré para que entre, si a usted le parece bien.

»El párroco no puso reparos, por complacer a la pobre mujer, y entre los dos convencieron a Andrey para que entrase en la torre, que Toogood cerró a cal y canto antes de irse a casa con la intención de volver en el plazo de dos horas.

»Al poco de estar en casa, el párroco Toogood vio pasar por la ventana a un caballero con casaca roja y botas de montar, y se acordó de que ese día había partida de caza en los alrededores de la parroquia. Era muy aficionado a este deporte, y nunca perdía la ocasión de participar.

»Y es que, con la excepción de los domingos y las horas de misa entre semana, el párroco llevaba la vida de un cazador. Bien es verdad que era pobre, y que montaba con poca elegancia, y que tenía una yegua negra y vieja con cola de rata, y que su traje de cazador era todavía más viejo, todo del mismo color marrón claro y lleno de remiendos. Pero había presenciado la muerte de tres mil zorros. Y, como estaba soltero, en verano, cuando iba a acostarse, abría la cama por los pies y reptaba desde abajo hasta la almohada, para acordarse de que pronto llegaría el invierno, y de lo mucho que se divertiría, y de los zorros que pensaba abatir. Y cada vez que había un bautizo en casa del señor hidalgo y se quedaba a cenar, nunca dejaba de rebautizar al pequeñín con vino de oporto.

»El sacristán era el criado y el jardinero del párroco, además de su administrador general, y acababa de reanudar su tarea en el jardín cuando también él vio pasar al cazador, seguido de otros participantes, nobles y miembros de la pequeña clase

terrateniente, y más tarde a los sabuesos, al alguacil de la montería, Jim Treadhedge, al ojeador y quién sabe a cuántos más. La caza despertaba en el sacristán tanta exaltación como en el párroco, al extremo de que, cuando veía u oía a la jauría, sus emociones se desataban como los vientos y era incapaz de gobernarlas. No sé si estaba trasplantando o si estaba sembrando en esos momentos, pero se olvidó por completo de lo que tenía entre manos. Soltó la pala y corrió en busca del párroco, que a estas alturas estaba tan desquiciado como él.

»—Esa yegua suya, señor, está pidiendo a gritos un poco de ejercicio esta mañana —dijo el sacristán, temblando de los pies a la cabeza—. ¿No cree que le sentaría bien que la lleve a trotar una hora por los cerros?

»—Ya lo creo que lo está pidiendo a gritos. Yo mismo la llevaré —contestó el párroco.

»—¿Usted? Bueno, la jaca también lo necesita. ¡Esa jaca se está volviendo ingobernable de tanto estar en el establo! Si no tiene usted inconveniente en que la ensille…

»—Muy bien. Sáquela —dijo el párroco, sin cuidado de lo que hiciera el sacristán con tal de salir de inmediato. Se calzó a toda prisa las botas y los pantalones de montar, y partió al galope tras la cacería, con la intención de regresar al cabo de una hora. El sacristán montó la jaca y salió tras él. Cuando el párroco alcanzó a los cazadores, se encontró con muchos amigos, y estaba más contento que unas Pascuas. Los perros no tardaron en levantar una presa, y la excitación cundió entre los jinetes. Y así, olvidándose de que tenía que volver enseguida, el párroco se alejó con la partida por los barbechos que se encuentran entre Lipoet Wood y Green’s Copse, y sin perder el galope volvió la cabeza un momento y vio que el sacristán le pisaba los talones.

»—Ja, ja, sacristán. ¿Está usted aquí?

»—Aquí estoy, señor.

»—¡Buen ejercicio para los caballos!

»—Sí señor. Je, je.

»De esta guisa llegaron a Green’s Copse, continuaron hasta Higher Jirton y siguieron por este mismo camino hasta Waterston Ridge, donde pusieron rumbo a Yalbury Wood, monte arriba y valle abajo a la velocidad del viento, sin despegarse el sacristán del párroco ni éste de los sabuesos. Nunca se había portado la jauría mejor que aquel día, y ni una sola vez se acordaron el párroco y el sacristán de la pareja que esperaba encerrada en la torre de la iglesia para unirse en matrimonio.

»—¡Este ejercicio les sentará de maravilla a los caballos, señor! —dijo el sacristán, a un cuello por detrás del párroco—. Ha sido una idea feliz de su espíritu reverente sacarlos esta mañana, señor. Dentro de nada llegará la escarcha y el terreno se pondrá resbaladizo, y las pobres bestias no podrán salir del establo en muchas semanas.

»—No podrán, no podrán, es cierto. Un hombre piadoso lo es también con sus

animales —dijo el párroco.

»—¡Je, je! —dijo el sacristán, mirándolo con malicia.

»—¡Ja, ja! —contestó el párroco, volviéndose a mirar al sacristán—. ¡Epa! —gritó para azuzar a los sabuesos, al ver que un zorro salía de su escondite en ese momento.

»—¡Epa! —gritó también el sacristán—. ¡Allá va! ¡Qué demonios! ¡Son dos zorros!

»—¡Calle, calle, sacristán! ¡No vuelva a repetir esa palabra! Recuerde nuestra vocación.

»—Cierto, señor, cierto. ¡Es que el buen deporte hace que un hombre se deje llevar hasta el punto de olvidar sus creencias! —Y dicho esto, el sacristán volvió a mirar de reojo al párroco, y éste al sacristán—. ¡Je, je! —dijo el sacristán.

»—¡Ja, ja! —dijo párroco.

»—¡Ay, señor! —dijo el sacristán—. ¡Esto es mucho mejor que decir “Amén” cuando usted dice “Por los siglos de los siglos” una mañana de invierno!

»—¡Sí que lo es, sacristán! Cada cosa en su momento —contestó el párroco Toogood, muy oportuno, pues era un cristiano muy instruido y siempre tenía un capítulo y un versículo en la punta de la lengua, como corresponde a un buen clérigo.

»La cacería concluyó bien avanzado el día, cuando el zorro se metió en la casa de una anciana, pasó por debajo de la mesa y se subió de un salto a la caja del reloj. El párroco y el sacristán fueron de los primeros en presenciar su muerte, boquiabiertos ante el reloj que sonaba como nunca había sonado en la vida. Se planteó entonces la cuestión de encontrar la manera de volver a casa.

»Ni el párroco ni el sacristán sabían cómo, al ver que sus caballos no se tenían en pie. Los animales se esforzaron por emprender el camino de vuelta, pero estaban tan reventados que a duras penas acertaban a aguantar el paso, y no por mucho tiempo seguido.

»—¡No llegaremos nunca! —protestó el párroco, que iba muy encorvado.

»—¡Nunca! —se lamentó el sacristán—. ¡Esto es un castigo por nuestra iniquidad!

»—Me temo que sí.

»Era noche cerrada cuando abrieron la cancela de la casa del párroco, tras haber cruzado la parroquia sigilosos como ladrones, pues no querían que sus feligreses supieran dónde habían pasado el día. Y, como estaban agotados y preocupados por los caballos, ni una sola vez se acordaron de la pareja de contrayentes. En cuanto acomodaron a los caballos y les dieron de comer, se tomaron un trozo de pan y un poco de sopa y se fueron a la cama.

»A la mañana siguiente, mientras el párroco desayunaba, rememorando la gloriosa cacería del día anterior, el sacristán llegó muy agitado.

»—¡Acabo de acordarme, señor, de que nos olvidamos por completo de la pareja que tenía que casarse ayer!

»Las vituallas a medio masticar cayeron de la boca del párroco, como si acabara de recibir un disparo.

»—¡Dios nos ampare! ¡Nos olvidamos! ¡Qué contrariedad!

»—Lo es, señor. ¡Es posible que le hayamos arruinado la vida a esa mujer!

»—¡Ay, Dios mío! Tendríamos que haberla casado antes.

»—Si le hubiera pasado algo en esa torre, sin un médico o una enfermera…

(—¡Pobrecita! —suspiraron las mujeres.)

»—Nos llevarán a juicio, ¡por no hablar de la deshonra que supone para la Iglesia!

»—¡Dios Santo, sacristán! ¡No me vuelva usted loco! ¡Por qué diablos no los habré casado, tanto si estaba ebrio como si no! (En esos tiempos, los curas blasfemaban como los hombres honrados.) ¿Ha ido a la iglesia a ver qué ha sido de ellos, o ha preguntado en el pueblo?

»—No, señor. Acabo de acordarme hace un momento, y nunca lo paso a usted por delante en cuestiones eclesiásticas. ¡Habría podido tumbarme usted con la pluma de un gorrión, de cómo me he quedado al recordarlo! ¡No le digo más!

»El párroco se olvidó del desayuno, y al punto se marcharon a la iglesia.

»—No es nada probable que sigan allí —dijo el párroco Toogood—, y la verdad es que espero que se hayan ido. Seguramente se han escapado y han vuelto a casa.

»Abrieron la cancela de la iglesia, entraron en el cementerio, miraron a lo alto del campanario y vieron una cara pequeña y blanca y una mano que saludaba. Era la novia.

»—¡Dios se apiade de mí, sacristán! —dijo el párroco—. ¡No sé cómo voy a salir de ésta! —Y se sentó en una tumba—. ¿Por qué habré sido tan quisquilloso?

»—Sí, es una lástima que no terminásemos el asunto cuando ya lo habíamos empezado —dijo el sacristán—. De todos modos, si su sentido del sagrado sacerdocio no le permite a usted obrar de otra manera, la pareja tiene que conformarse.

»—¡Cierto, sacristán, cierto! ¿Cree usted, por la cara que pone ella, que haya podido ocurrir algo prematuro?

»—Solo alcanzo a verla de axilas para arriba.

»—¿Y qué cara pone?

»—¡Yo diría que está muy blanca!

»—Bueno, habrá que prepararse para lo peor. ¡Ay, cuánto me duelen los riñones después de la cabalgada de ayer!… ¡Pero pasemos a ocuparnos de los asuntos de Dios!

»Entraron en la iglesia y abrieron la puerta de la torre. Los pobres Jane y Andrey salieron corriendo como ratones hambrientos de una alacena, él renqueante pero sobrio, ella pálida y aterida de frío, aunque por lo demás como de costumbre.

»—¿No irán a decirme que siguen aquí desde ayer? —preguntó el párroco, con un suspiro de alivio.

»—¡No nos hemos movido, señor! —contestó la novia, que tuvo que sentarse de

lo débil que estaba—. ¡Y no hemos probado bocado desde entonces, ni húmedo ni seco! ¡Era imposible salir sin ayuda, y aquí nos hemos quedado!

»—Pero ¿por qué no gritaron, almas de Dios? —dijo el párroco.

»—Ella no me dejó —respondió Andrey.

»—Porque nos daba mucha vergüenza —sollozó Jane—. ¡Pensamos que, si corría la noticia, el escándalo nos perseguiría de por vida! Un par de veces Andrey estuvo a punto de tocar la campana, pero luego dijo: “No, antes me muero de hambre. No atraeré la deshonra sobre tu nombre y el mío, querida”. Y así seguimos esperando y esperando, y dando vueltas y más vueltas. Pero ¡usted no venía!

»—¡No sabe usted cuánto lo siento! —se disculpó el párroco—. Y ahora, terminemos cuanto antes.

»—Yo quisiera comer algo —dijo Andrey—. Me daría valor para hacer lo que tengo que hacer, aunque no sea más que un trozo de pan con cebolla. Tengo el estómago tan vacío que lo noto rozando la columna vertebral.

»—Yo creo que es mejor que terminemos —dijo la novia, algo preocupada—, ya que estamos aquí.

»Andrey renunció al alimento, el sacristán llamó a un segundo testigo que no se anduviera con chismorreos, y así se selló la unión. La novia se mostró en lo sucesivo sonriente y serena, y Andrey más renqueante que nunca.

»—Ahora —dijo el párroco Toogood—. Tenéis que venir a mi casa a llenar el estómago antes de dar un paso más.

»Aceptaron la invitación de muy buen grado y salieron del cementerio de la iglesia por un camino, mientras el párroco y el sacristán se iban por otro para no llamar la atención. Entraron en la rectoría como si acabaran de regresar de su excursión a Port Bredy y dieron cuenta de la comida y la bebida hasta saciarse.

»Hasta tiempo después no se supo nada de lo ocurrido, pero la historia corrió luego de boca en boca, y hasta los novios se ríen ahora al contarla. No puede decirse que Jane hiciera un buen negocio después de tantos desvelos, aunque es verdad que preservó su buen nombre.

—¿Ése era el mismo Andrey que estuvo tocando el violín en casa del señor hidalgo por Navidad? —preguntó el vendedor de semillas.

—No, no —replicó el director de la escuela, el señor Profitt—. Ése fue su padre. La culpa la tuvo su afición a la comida y a la bebida. Y, viendo que los demás acogían estas palabras con interés, el director pasó a contar sin demora:

LA EXPERIENCIA DEL VIEJO ANDREY COMO MÚSICO

—Yo trabajaba para el señor hidalgo por aquel entonces, y todos los que servíamos en sus tierras acompañábamos a los músicos en Navidad cuando iban a tocar y a cantar para la familia y sus invitados (entre los que se contaban el

archidiácono, lord y lady Baxby, y que sé yo cuántos más). Después disfrutábamos de una buena comida en el comedor del servicio. Andrew sabía que ésta era la costumbre, y cuando nos pusimos en camino nos salió al paso y nos dijo:

»—¡Dios sabe cuánto me gustaría sumarme a ese festín de ternera, pavo, pudin de ciruela y cerveza que vosotros, los afortunados, estáis a punto de disfrutar! No creo yo que moleste al señor hidalgo uno de más o uno de menos. Claro que soy demasiado viejo para cantar como un muchacho, y tengo demasiada barba para hacerme pasar por una moza. ¿Me prestaríais un violín, vecinos, para que pueda sumarme a la banda?

»No quisimos ser descorteses, así que le prestamos un violín viejo, aunque Andrew sabía tan poco de música como el gigante de Cerne[3]. Y armado con su violín se vino a casa del hidalgo con todos los demás a la hora señalada, y entró valientemente con el instrumento bajo el brazo. Abrió las partituras con la mayor naturalidad, y colocó las velas en la mejor posición posible para ver las notas. Y todo salió bien hasta que terminamos de tocar *Mientras los pastores miran*, y *Álzate, estrella*, y *Oíd la buena nueva.* Entonces, la madre del señor hidalgo, una mujer alta, áspera y mayor, muy aficionada a la música eclesiástica, le dijo a Andrew de buenas a primeras:

»—No le he visto a usted tocar su instrumento. ¿Cómo es eso?

»Los demás quisimos que se nos tragara la tierra, al ver el aprieto en el que estaba Andrew. Saltaba a la vista que lo atacaron sudores fríos, y no sabíamos cómo salir de ésta.

»—He sufrido un percance, señora —dijo con voz mansa, inclinando la cabeza como un chiquillo—. De camino aquí me caí y se me rompió el arco.

»—No sabe cuánto lo siento —contestó la mujer—. ¿No se puede reparar?

»—No, señora. Se hizo añicos.

»—Veré lo que puedo hacer por usted.

»Con esto el asunto se dio por zanjado aparentemente, y pasamos a interpretar *Que despierten y se regocijen todas las criaturas*, en do sostenido mayor. Pero acabábamos de empezar, cuando la madre del señor hidalgo le dijo a Andrew:

»—He mandado que busquen en el desván, donde guardamos algunos instrumentos, y han encontrado un arco para usted. —Y le entregó el arco al pobre Andrew, que no sabía ni por dónde cogerlo—. Ahora la orquesta estará completa —dijo la mujer.

»A Andrew se le puso cara de manzana podrida cuando se sumó al círculo de músicos de pie delante de sus atriles, pues, si había alguien en la parroquia a quien todo el mundo temiese, era aquella mujer de nariz aguileña. Sin embargo, colocándose un poco por detrás del que estaba más cerca, Andrew consiguió fingir que empezaba a tocar, moviendo el arco sin rozar las cuerdas, como si siguiera la melodía con cuerpo y alma. Quién sabe si al final todo habría salido bien si uno de los invitados (nada menos que el archidiácono) no se hubiera fijado en que Andrew

tenía el arco del revés, la primera cuerda debajo de la barbilla y el puente en la mano, y todos se arremolinaron en torno a él, pensando que era una nueva forma de tocar.

»Con esto se descubrió la trampa. La madre del señor hidalgo echó a Andrew de la casa como a un vil impostor, y la armonía de la actuación se vio muy afectada, por lo que el señor hidalgo anunció que Andrew recibiría la notificación de abandonar sus tierras en el plazo de dos semanas. Sin embargo, cuando fuimos al comedor del servicio, ahí estaba Andrew, que se había colado por la puerta de atrás por orden de la mujer del señor hidalgo, después de que lo hubieran puesto de patitas en la calle por orden del señor hidalgo, y nunca más se habló de su despido. Pero ¡Andrew no volvió a tocar en público a raíz de esa noche, y ahora está muerto, el pobre hombre, como lo estaremos todos!

—Me había olvidado por completo del coro, de los violines y de las violas —dijo el emigrante con voz nostálgica—. ¿Siguen actuando como antiguamente?

—¡Bendito sea! —exclamó Christopher Twink, el techador—. Han muerto todos en estos veinte años. Ahora el organista es un joven abstemio que toca la mar de bien. Aunque la música ya no suena como entonces, porque el órgano es de esos de manivela, y el joven abstemio dice que no siempre puede poner todo su sentimiento en la melodía sin que se le agoten los brazos.

—¿Por qué lo sustituyeron?

—En parte por la moda, y en parte porque los músicos veteranos se metieron en un buen lío. Un lío de aúpa, ¿verdad que sí, John? ¡Nunca lo olvidaré! ¡Nunca! Perdieron su posición como miembros de la grey como si nunca la hubiesen tenido.

—Fue muy duro para ellos.

—Sí. —El techador posó su atenta mirada en aquellos tiempos remotos, como si se encontraran a un kilómetro de distancia, y pasó a relatar:

EL DESPISTE DE UNA ORQUESTA PARROQUIAL

—Ocurrió el domingo siguiente a Navidad, que resultó ser el último en que tocaron en la galería de la iglesia de Longpuddle, aunque entonces ni lo sospecharan. Como quizá sepa usted, señor Lackland, los músicos eran muy buenos, casi tanto como los de la parroquia de Mellstock, que actuaban dirigidos por los Dewy, y eso es mucho decir. Formaban la orquesta Nicholas Puddingcome, el director y primer violín; Timothy Thomas, el violista; John Biles, el violín tenor; Dan’l Hornhead al serpentón; Robert Dowdle al clarinete y el señor Nicks al oboe, músicos de primera y hombres robustos y sanos, todos los que tocaban los instrumentos de viento. Por esta razón estaban muy solicitados en la semana de Navidad para actuar en bailes y fiestas porque, con la misma destreza con que interpretaban un salmo, improvisaban una giga o un baile de marineros, incluso mejor todavía, por no decir una irreverencia. O sea, que podían pasarse media hora tocando villancicos en el salón del señor hidalgo

para las damas y los caballeros, y tomando té y café con ellos tan recatados como santos, y a la media hora siguiente estar en El Rincón del Calderero, desatados como caballos salvajes, interpretando el *Gallardo sargento de blanco* para nueve parejas de bailarines y bebiendo ron con sidra caliente como el fuego.

»Pues bien, esas navidades las pasaron de juerga en juerga noche tras noche,sin apenas pegar ojo. Y así llegó ese domingo siguiente a Navidad, su día funesto. Hacía un frío de muerte ese año, y no había quien parase sentado en la galería. La congregación, abajo en la nave, tenía una estufa para caldear el ambiente, pero en la galería no tenían nada. En la misa matinal, cuando el hielo avanzaba a razón de dos centímetros por hora, Nicholas dijo: “Por Dios, no soporto este frío, estoy helado; esta tarde nos meteremos algo caliente al cuerpo, aunque tengamos que secuestrar a un rey y pedir un rescate”.

»Así, por la tarde se presentó en la iglesia con un galón de cerveza y brandy caliente, previamente mezclado, que envolvieron con la funda de la viola de Timothy Thomas para que no se enfriara hasta el momento de beber, un poquito en la Absolución, otro poquito después del Credo y el resto al comienzo del sermón. Con este último trago, por fin entraron en calor y empezaron a sentirse a gusto, y mientras se prolongaba el sermón, que por desgracia para ellos fue muy largo esa tarde, se quedaron dormidos como troncos, desde el primero hasta el último.

»Era una tarde muy oscura, y al término del sermón no se veía en la iglesia nada más que las dos velas que el párroco había puesto en el púlpito, y su cara parlante detrás. Concluida su perorata, el párroco anunció el Himno Vespertino, pero la orquesta no respondió al llamamiento. La gente empezó a volver la cabeza para ver qué pasaba, y Levi Limpet, un niño que estaba sentado en la galería, acurrucado entre Timothy y Nicholas, les dijo a los músicos:

»—¡Empezad! ¡Empezad!

»—¿Qué? —dijo Nicholas, despertándose sobresaltado. Y, como la iglesia estaba tan oscura y él tan confundido, pensó que seguía en la fiesta donde habían estado la noche anterior y, cogiendo su arco y su violín, empezó a tocar *El diablo entre los sastres,* que era en aquel entonces la giga favorita en el vecindario. Los demás, igual de aturdidos y sin dudarlo un instante, siguieron al líder con todas sus fuerzas, como tenían por costumbre. Y así continuaron interpretando esta melodía hasta que las notas graves hicieron estremecerse las telarañas del techo como si fueran fantasmas. Sin soltar el arco, al ver que nadie se movía, Nicholas (con la misma voz de mando que en los bailes cuando la gente no se sabía los pasos), gritó a pleno pulmón:

»—¡Las parejas de delante que crucen las manos! Y cuando el violín chirríe al final, ¡que todos los hombres besen a su pareja bajo las ramas del muérdago!

»Levi, el chiquillo, se asustó tanto que bajó las escaleras de la galería a la velocidad del rayo y se fue a casa. Al cura se le pusieron los pelos de punta al oír en su iglesia esta melodía diabólica y enloquecida y, creyendo que los músicos se habían vuelto locos, levantó una mano para decir:

»—¡Paren, paren, paren! ¡Paren, paren! ¿Qué es esto? —Pero los músicos no lo oyeron, con el ruido que estaban haciendo, y cuanto más gritaba el cura, con más brío tocaban ellos.

»Los feligreses se levantaron llenos de perplejidad y exclamaron:

»—Pero ¡qué maldad es ésta! ¡Arderemos como Sodoma y Gomorra!

»También el señor hidalgo se levantó de su banco, forrado de paño verde, donde se encontraba en compañía de muchas damas y nobles caballeros invitados en su casa. Se plantó delante de la galería y blandió el puño, amenazando a los músicos:

»—¿Qué hacéis? ¡En este recinto sagrado! ¿Qué hacéis?

»Y entonces los músicos por fin lo oyeron y dejaron de tocar.

»—¡Nunca se ha visto cosa más insultante y vergonzosa! ¡Nunca! —clamó el señor hidalgo, que no sabía dominar sus pasiones.

»—¡Nunca! —subrayó el párroco, que había bajado del púlpito y estaba a su lado.

»—¡Ni aunque los ángeles del cielo —continuó el señor hidalgo (que a pesar de que era un hombre malvado por una vez parecía estar de parte de Dios)—, ni aunque los ángeles del cielo descendieran a la tierra, volveréis a tocar una sola nota en esta iglesia, hombres infames, después de este insulto a mí, a mi familia, a mis invitados, al párroco y a Dios Todopoderoso que habéis perpetrado esta tarde!

»Fue así como la infortunada orquesta por fin entró en razón y recordó dónde estaba. Y fue digno de ver a Nicholas Puddingcome y a Timothy Thomas y a John Biles escabullirse por las escaleras de la galería con sus violines bajo el brazo, y al pobre Dan’l Hornhead con su serpentón, y a Robert Dowdle con su clarinete, todos encogidos, como si fueran bolos. El párroco quizá hubiera podido perdonarlos al enterarse de lo ocurrido, pero el señor hidalgo jamás los perdonaría. Esa misma semana encargó un órgano de manivela capaz de tocar veintidós salmos nuevos, dotado de un mecanismo tan preciso y singular que, por grande que fuera la inclinación al pecado del instrumentista, de él no salían más que salmos. Contrató a un hombre muy respetable para que accionara la manivela, como ya se ha dicho, y los músicos nunca volvieron a tocar en la iglesia.

—Y, supongo que mi vieja conocida, la señora Winter, que vivía de una renta vitalicia y siempre parecía preocupada, también ha muerto —dijo el emigrante tras un largo silencio.

Ninguno de sus compañeros de viaje parecía acordarse de ella.

—Sí. Seguramente murió hace mucho tiempo. Tenía setenta años cuando yo la conocí siendo niño —añadió.

—Yo me acuerdo muy bien de la señora Winter —dijo la dueña de la tienda de comestibles—. Sí, murió hace lo menos veinticinco años. ¿Sabe usted por qué estaba tan preocupada, señor? ¿Por qué tenía los ojos tan hundidos?

—Creo que oí decir que por algo que tenía que ver con un hijo. Pero era yo demasiado joven para conocer los detalles.

La mujer suspiró al evocar una imagen de tiempos pretéritos.

—Sí —dijo con un murmullo—. Todo era por un hijo. —Y, viendo que los viajeros seguían con ganas de escuchar, pasó a contar la historia de:

LOS WINTER Y LOS PALMLEY

—Para empezar por el principio, como debe ser, hay que decir que había, cuando yo era niña, dos mujeres en la parroquia que hasta cierto punto rivalizaban en belleza. Lo de menos son los detalles, aunque lo cierto es que andaban siempre a la gresca y su enemistad se acrecentó cuando una de ellas tentó al enamorado de la otra y se casó con él. Él era un hombre joven, llamado Winter, y a su debido tiempo el matrimonio tuvo un hijo.

»La otra mujer tardó muchos años en casarse, pero cuando rondaba los cincuenta un hombre tranquilo, llamado Palmley, le pidió matrimonio, y ella le dio el sí. Seguramente no se acuerden ustedes de los tiempos en que los Palmley vivían en Longpuddle, pero yo lo recuerdo muy bien. Esta otra mujer también tuvo un hijo, nueve o diez años menor que el de la primera. El niño salió de inteligencia débil, pero su madre lo quería con toda el alma.

»El marido de la segunda mujer murió cuando el pequeño tenía ocho años, dejando en la pobreza a la viuda y al huérfano. La antigua rival de la viuda, que también había enviudado, aunque se hallaba en excelente posición, se ofreció por caridad a tomar al pequeño como recadero, cuando su hijo, Jack, ya había cumplido los diecisiete. La pobre madre no tuvo más remedio que aceptar el ofrecimiento, y envió al pequeño Palmley a casa de su adinerada vecina.

»Por una u otra razón —nunca se supo cómo exactamente—, la próspera señora Winter mandó al chiquillo con un recado al pueblo vecino un día de diciembre, muy en contra de los deseos de aquél. Empezaba a oscurecer y el pequeño suplicó no ir, pensando que pasaría mucho miedo de vuelta a casa. Pero el ama insistió, más por tozudez que por crueldad, y allá que se fue el chico. A la vuelta tenía que pasar por Yalbury Wood, y algo salió de detrás de un árbol y le dio un susto de muerte. El incidente le dejó hecho trizas, alelado del todo, y poco después el pequeño murió.

»La madre se quedó sin ningún medio de subsistencia y juró venganza contra la rival que primero le había quitado al novio y ahora era la causa de esta nueva aflicción. Su próspera vecina no tenía ninguna intención de causarle aquella desgracia, aunque hay que reconocer que tampoco dio muestras de lamentarlo demasiado. Fuera cual fuese la venganza que quería llevar a cabo la señora Palmley, no tuvo oportunidad de cumplir sus deseos, y el tiempo podría haber suavizado sus sentimientos, conforme seguía adelante con su vida solitaria, hasta que las supuestas maldades de la señora Winter cayeran en el olvido. Así estaban las cosas cuando, un año después de la muerte del chiquillo, la sobrina de la señora Palmley, que había nacido y se había criado en la ciudad de Exonbury, vino a vivir con su tía.

»Esta joven —la señorita Harriet Palmley—, era una moza guapa y orgullosa, muy bien educada y más elegante que las personas de por aquí, teniendo en cuenta de dónde venía. Se creía muy superior a la señora Winter y a su hijo, tal como ellos se creían superiores a la señora Palmley. Pero el amor no entiende de convenciones, y sucedió nada más y nada menos que el joven Jack Winter se enamoró perdidamente de Harriet Palmley casi nada más verla.

»Harriet, que había recibido una educación mejor que la de Jack, y a quien traía sin cuidado la superioridad de la señora Winter en el pueblo, no hizo mucho por avivar los sentimientos del muchacho. Pero, como Longpuddle es un mundo pequeño, los jóvenes no podían evitar verse muy a menudo, y, aunque era desdeñosa, Harriet parecía complacida por las atenciones y los acercamientos de Jack.

»Un día que estaban los dos recogiendo manzanas, Jack le pidió que se casara con él. Ella no se esperaba una petición tan formal en tan poco tiempo, y se quedó tan sorprendida que hizo una promesa a medias; al menos no lo rechazó definitivamente, y aceptó de buen grado los pequeños obsequios que él le hacía.

»Pero Jack era consciente de que Harriet lo veía como a un pueblerino, más que como a un joven en el que cifrar sus ambiciones, y decidió que tenía que hacer alguna proeza para conquistarla. Así, un día, le dijo:

»—Voy a marcharme de aquí, para tratar de mejorar mi posición.

»Dos o tres semanas después se despidió de ella y se fue a Monksbury a trabajar como supervisor en una granja, con idea de establecerse más adelante como granjero propietario. Desde allí escribía a Harriet con regularidad, como si su matrimonio fuera un acuerdo en firme.

»El caso es que a ella le agradaban los regalos del joven y la admiración que adivinaba en sus ojos, pero resultó que por carta no lo encontraba tan atractivo. Harriet era hija de una directora de escuela, y tenía además un don natural para la escritura, en unos tiempos en que saber escribir no era tan corriente como lo es ahora y la caligrafía se valoraba como un logro. El papel que hacía Jack Winter en sus cartas de amor crispaba los nervios de la muchacha de gustos refinados y criada en la ciudad, y al responder a una de estas cartas, con una letra preciosa y fluida de la que se enorgullecía mucho, le ordenó con altivez que hiciera el favor de practicar con la pluma y un libro de ortografía si es que deseaba complacerla. Nadie sabe si Jack atendió o no esta solicitud; el caso es que sus cartas no mejoraron. A su manera torpe, se aventuró a decirle a Harriet que, si lo quisiera un poco más, no se mostraría tan puntillosa con su caligrafía y su ortografía, que en realidad eran más que aceptables.

»Pues bien, en ausencia de Jack, la pequeña llama que había prendido en el corazón de Harriet no tardó en debilitarse hasta apagarse por completo. Él escribía y escribía, y le rogaba y suplicaba que le diese una razón para explicar su frialdad, a lo que ella contestó sin miramientos que había nacido en la ciudad, y él no tenía la educación suficiente para su gusto.

»El hecho de que Jack Winter no tuviese la destreza necesaria con el papel y la

tinta no le restaba una pizca de sensibilidad; lo cierto es que se tomaba las cosas muy a pecho. La razón que ella le dio para dejarlo plantado entristeció, humilló y mortificó a Jack más de lo que ahora se puede comprender, pues en aquel entonces era motivo de orgullo escribir con hermosas florituras, y de vergüenza el no saber hacerlo. Jack salió al paso con una nota airada, y Harriet le respondió con pequeños dardos cargados de ingenio para señalarle las faltas de ortografía que había cometido en su última carta, y terminaba diciéndole, una vez más, que ésa era razón suficiente para que una mujer quisiera poner fin a un entendimiento con él. Su marido tenía que ser una persona más instruida.

»Jack sobrellevó el rechazo en silencio, pero su sufrimiento era enorme, más aún por tener que callárselo. Ella no volvió a escribir, y, como él se había lanzado al mundo con la única intención de ofrecerle a Harriet un hogar más acomodado, sus esfuerzos ya no tenían sentido, ahora que la había perdido. Renunció por tanto a la ocupación con la que confiaba en establecerse como propietario de una granja y regresó a casa de su madre.

»En cuanto volvió a Longpuddle, Jack descubrió que Harriet había puesto sus ojos en otro joven, un contratista de caminos, y no tuvo más remedio que reconocer que este rival lo aventajaba con creces, tanto en modales como en conocimientos. La verdad es que no había mejor partido para la hermosa muchacha que había recalado en el pueblo por puro azar, y que este otro pretendiente representaba una oportunidad mucho mejor que Jack, con su incierto futuro y sus escasas habilidades para abrirse camino en la vida. Tan claro lo veía que no pudo culpar a Harriet.

»Un día, por casualidad, Jack vio en un papel la caligrafía del nuevo amor de Harriet. Era fluida como un arroyo y sin faltas de ortografía, obra de un hombre acostumbrado al tintero y el diccionario, de un caballero al que todos en la parroquia ya tenían por un erudito. Jack cayó entonces en la cuenta de lo mucho que debían de contrastar las cartas de este joven con sus pobres escritos, y de lo ridículas que debían de parecer sus frases. Se arrepintió de haberle enviado una sola línea, y se preguntó si Harriet habría conservado sus míseras cartas. Pensó que era posible, ya que las mujeres eran dadas a guardarlas, y se dijo que mientras siguieran estando en manos de Harriet siempre habría una oportunidad de que sus sinceras y absurdas declaraciones de amor fueran objeto de las burlas de ella y de su prometido, o de cualquiera que las encontrase sin querer.

»Nervioso y temperamental como era, Jack no podía ni pensar en esa posibilidad, y finalmente decidió pedirle a Harriet que le devolviera las cartas, de acuerdo con la costumbre al dar por terminado un noviazgo. Dedicó varias horas a redactar, copiar y volver a copiar la breve nota en la que le hizo esta petición, y una vez terminada la envió con un recadero. El emisario regresó con una respuesta verbal: la señorita Palmley no pensaba desprenderse de lo que era suyo, y no entendía que hubiese tenido la osadía de importunarla.

»Jack se ofendió mucho y resolvió ir en busca de sus cartas personalmente. Eligió

una hora en que sabía que Harriet estaba en casa, llamó a la puerta y entró sin grandes ceremonias, pues, aunque ella era tan imponente y altiva, él le tenía muy poco respeto a su tía, la señora Palmley, cuyo hijo le había limpiado las botas en otros tiempos. Harriet estaba en la sala de estar. Era la primera vez que los jóvenes se veían desde que ella lo había dejado plantado. Con expresión severa y dolida, Jack le pidió las cartas.

»En un primer momento Harriet aceptó devolvérselas, asegurándole que no significaban nada para ella, y las sacó del secreter donde las guardaba. Pero, al mirar el paquete de soslayo, cambió de opinión, le dijo escuetamente que su petición era absurda, guardó las cartas en el costurero de su tía, que estaba abierto encima de la mesa, lo cerró con llave y, con una carcajada, insistió en que debía conservarlas, pues servirían para demostrar que tenía buenas razones para haberse negado a casarse con él.

»Jack se enfureció entonces.

»—¡Dame esas cartas! —dijo—. ¡Son mías!

»—No, no son tuyas. Son mías —contestó ella.

»—Sean de quien sean, quiero recuperarlas. No quiero que nadie se burle de mi caligrafía. ¡Ahora tienes otro novio! Cuenta con tu confianza y le susurrarás al oído todos tus secretos. ¡Se las enseñarás!

»—Es posible —dijo Harriet con fría serenidad, como la mujer sin corazón que era.

»Esta actitud sacó de quicio a Jack, que se abalanzó sobre el costurero. Pero Harriet lo cogió antes que él, lo guardó bajo llave en el secreter y miró a Jack con aire victorioso. Por un momento dio la impresión de que él iba a quitarle la llave de la mano, pero se contuvo, dio media vuelta y se fue tal como había venido.

»Cuando se vio en la calle, a solas, empezaba a anochecer, y echó a andar muy inquieto y herido en su amor propio, tras comprender que ella lo derrotaba en todo. No podía dejar de imaginarse a Harriet relatando esta escena a su enamorado o a sus conocidos, y a todos ellos riéndose de esos miserables renglones torcidos y llenos de tachaduras que él estaba tan ansioso por recuperar. Conforme iba pasando la tarde, tomó la firme decisión de hacerse con las cartas a cualquier precio.

»Esa misma noche salió de casa de su madre por la puerta de atrás y se deslizó sigilosamente a lo largo del seto hasta el campo contiguo, que llevaba a la casa de la tía de Harriet. La luna iluminaba intensamente la fachada, según se dice, y las hojas de las enredaderas parecían espejos en miniatura. Jack conocía la disposición de la casa de la señora Palmley tan bien como la suya. La ventana trasera estaba hecha de vidrio emplomado, lo mismo que hoy, y era, como ahora, uno de los dos vanos que iluminaban la sala de estar. La otra ventana estaba enfrente, con los postigos cerrados, pero la de atrás no tenía siquiera una persiana, y la luz de la luna dejaba ver hasta el último detalle del interior. A la derecha se encontraba la chimenea, como quizá recuerden ustedes; a la izquierda estaba entonces el secreter; dentro del secreter, el

costurero de Harriet, según creía Jack (aunque en realidad era de su tía); y dentro del costurero estaban sus cartas. Pues bien, Jack sacó su navaja y levantó sin hacer ruido el emplomado de uno de los cristales, con el fin de desmontarlo para meter la mano por el hueco, abrir la ventana y colarse por ella. Todos los que vivían en la casa, es decir, la señora Palmley, Harriet y la criada, estaban durmiendo. Jack fue derecho al secreter, según dijo, con la esperanza de no encontrarlo cerrado con llave, porque generalmente no se cerraba, pero Harriet no había vuelto a abrirlo desde que guardó las cartas el día anterior. Jack contaría más tarde que se imaginó a Harriet dormida e indiferente, recordó cómo se había burlado de él y de sus cartas y, tras haber llegado tan lejos, se dijo que no estaba dispuesto a marcharse con las manos vacías. Introdujo la hoja de la navaja por debajo de la tapa del secreter y forzó la pequeña cerradura. Allí estaba el costurero de palisandro que Harriet había guardado a toda prisa para que él no pudiera quitárselo. Como no tenía tiempo para entretenerse en sacar las cartas, se llevó el costurero, cerró el secreter, salió de la casa, cerró la ventana y colocó el cristal que había retirado.

»Volvió a casa de su madre por el mismo camino y subió a acostarse, agotado, no sin antes esconder el costurero hasta que pudiera destruir lo que en él se guardaba. A la mañana siguiente, muy temprano, se dispuso a cumplir su cometido, y se llevó el costurero a una cabaña que había detrás de la vivienda. Abrió la caja y empezó a quemar, una por una, las cartas que tanto le había costado escribir y de las que tanto se avergonzaba, con la intención de devolver el costurero después de reparar los pequeños daños que le había causado al forzarlo, acompañado de una nota, la última que ella recibiría de su puño y letra, en la que le diría, victorioso, lo mucho que se había equivocado al calcular que iba a someterse a sus caprichos sin rechistar.

»Pero al sacar la última carta se quedó de piedra, porque debajo, en el fondo, había dinero; varias guineas de oro. “Seguro que son para los gastos de Harriet”, pensó; pero eran de la señora Palmley. No se había recuperado de la impresión cuando oyó pasos que se acercaban desde la casa. Escondió el costurero a toda prisa debajo de unas ramas, pero ya lo habían pillado. Dos guardias entraron en la cabaña y lo prendieron según estaba, arrodillado junto al fuego, al tiempo que confiscaban el costurero y todo lo que había dentro. Iban a detenerlo por irrumpir en casa de la señora Palmley la noche anterior y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, se lo llevaron por el camino que une el final del pueblo con esta carretera, y así custodiado lo condujeron a la cárcel de Casterbridge.

»Lo que había hecho Jack se llamaba robo con nocturnidad, aunque él nunca se paró a pensarlo, y el robo era un delito grave, un delito capital en esos tiempos. Alguien lo había visto salir de casa de la señora Palmley por la ventana de atrás, el costurero y el dinero se habían encontrado en su poder, y la cerradura del secreter, sumada a la ventana igualmente forzada, eran pruebas circunstanciales más que suficientes para acusarlo. No sé si declarar que solo había ido a por las cartas, porque creía que le pertenecían y Harriet se negaba a devolvérselas, le habría servido de algo

de haberse visto reforzada su afirmación por otras pruebas, pero la única persona que podía confirmarlo era Harriet, y ella se dejó influir completamente por su tía. La señora Palmley se mostró implacable con Jack Winter. Pensó que había llegado su hora. Por fin podía vengarse de la mujer que le había quitado al novio y le había arruinado la vida privándola de su hijo, que era su mayor tesoro. Cuando llegó la semana de la vista, y Jack tuvo que comparecer ante el tribunal, Harriet ni siquiera apareció por el juzgado, y fue la señora Palmley quien prestó declaración de las circunstancias generales del robo. Nadie sabe si Harriet habría salido en defensa de Jack si él se lo hubiera pedido. Es posible que se hubiera compadecido de él, pero Jack era demasiado orgulloso para pedirle un solo favor a la mujer que lo había despreciado, y no buscó su ayuda. El juicio fue muy breve, y se dictó sentencia de muerte.

»El día de la ejecución fue un sábado de marzo, nublado y frío. Jack era tan delgado que, por clemencia, tuvieron que colgarlo con las cadenas más pesadas de la prisión, por miedo a que, al pesar tan poco el muchacho, el cuello no se partiera, y llevaba tanta carga a cuestas que casi no podía arrastrarse hasta el patíbulo. En aquella época el gobierno no obligaba a enterrar al ajusticiado en el recinto carcelario y, ante las súplicas de su pobre madre, le permitieron llevárselo a casa. Toda la parroquia se congregó esa noche en la puerta de la casa, a la espera de su llegada. Yo era una niña muy pequeña, y estaba allí con mi madre. A eso de las ocho, cuando esperábamos bajo la fría luz de las estrellas, oímos el traqueteo de un carro que venía de la carretera. El ruido desapareció al adentrarse el carro por una hondonada, volvió a oírse después, cuando bajaba despacio la última cuesta, y por fin lo vimos entrar en Longpuddle. Esa noche dejaron el féretro en la iglesia, y al día siguiente, que era domingo, lo enterramos después de misa. Esa misma tarde se ofició el responso, y el texto elegido fue: “Era el único hijo de su madre, y ella estaba viuda”. Sí, ¡eran tiempos muy crueles!

»Harriet se casó con su novio poco después, pero parece ser que no tuvo una vida feliz. La pareja descubrió que no podía vivir en paz en Longpuddle, por la estrecha relación de Harriet con el infortunio de Jack, así que se fueron lejos y no volvimos a saber de ellos. La señora Palmley juzgó aconsejable seguirlos pasado algún tiempo. La adusta señora Winter a la que recordaba el caballero aquí presente, era, como ya habrán imaginado ustedes, la señora Winter de esta historia. Me acuerdo muy bien de lo sola que estaba, y del miedo que le tenían los niños, y de cómo vivió como una extraña entre nosotros, a pesar de que vivió muchos años.

—Longpuddle ha conocido tantas experiencias tristes como alegres —dijo el señor Lackland.

—Así es. De todos modos, doy gracias de que no hayamos visto demasiadas de las primeras, aunque entre nosotros ha habido gente buena y gente mala.

—Me acuerdo de Georgy Crookhill. Ése no era trigo limpio —dijo el registrador, con el aire de quien quiere dar su opinión.

—Oí contar las barrabasadas que hacía en el colegio.

—Pues, tal como empezó, así siguió. Aunque no llegó tan lejos para acabar en la horca, todo hay que decirlo. Pero se libró de la cárcel por los pelos, y una vez terminó cayendo en su propia trampa.

UN INCIDENTE EN LA VIDA DEL SEÑOR GEORGE CROOKHILL

—Un día —prosiguió el registrador—, Georgy salía tranquilamente de Melchester a lomos de un jamelgo, justo cuando acababa de terminar la feria, cuando vio un poco más adelante a un joven y apuesto granjero que iba en la misma dirección. Montaba un potro fuerte y de magnífica estampa, que valía lo menos cincuenta guineas, si no valía una corona. Mientras subían por Bissett Hill, Georgy decidió alcanzar al jinete. Charlaron de cosas sin importancia, Georgy habló del estado de los caminos y siguió trotando junto al desconocido en animada conversación. El joven se mostró reservado al principio, pero poco a poco se fue volviendo más afable, tanto como Georgy lo era con él. Le contó a Crookhill que había estado haciendo negocios en la feria de Melchester, y que pensaba pasar la noche en Shottsford-Forum, con idea de ir al mercado de Casterbridge al día siguiente. Al llegar a la posada de Woodyates, se detuvieron para abrevar y alimentar a los caballos, y decidieron beber juntos. Más amigos que nunca reanudaron la marcha al cabo de un rato. No habían llegado a Shottsford cuando empezó a llover, y, como estaban cerca de Trantridge y había caído la noche, Georgy convenció a su compañero para que no siguiese adelante esa noche si no quería pillar un buen resfriado con la lluvia. Tenía entendido que la posada del pueblo era muy confortable, y pensaba quedarse allí. El joven aceptó finalmente hospedarse en la misma posada, de manera que desmontaron, entraron, disfrutaron de una buena cena y hablaron de sus asuntos como si se conocieran de toda la vida y hubieran tenido la ocasión de ponerse a prueba mutuamente. Llegada la hora de retirarse, subieron a descansar a una habitación doble que Georgy Crookhill pidió al posadero que les permitiera compartir, ya que habían hecho tan buenas migas.

»Antes de dormirse estuvieron un rato hablando de esto y lo otro, pasando de tema en tema, hasta que la conversación derivó en disfraces y cambios de indumentaria con determinados propósitos. El granjero le dijo a Georgy que más de una vez había oído contar historias de gente que lo hacía, Crookhill dijo que nada sabía de aquellas tretas, y el otro no tardó en quedarse dormido a pierna suelta.

»Por la mañana temprano, mientras su compañero seguía durmiendo (les cuento la historia tal como a mí me la contaron), Georgy salió de la cama a hurtadillas y se vistió con la ropa del granjero, que llevaba el dinero en los bolsillos. Ahora bien, aunque Georgy codiciaba la elegante indumentaria del joven y su espléndido caballo, debido a una pequeña transacción que había hecho en la feria el día anterior y por la

que era deseable que no lo reconocieran, sus deseos tenían sus límites, y no quería llevarse el dinero de su amigo, en todo caso, no más de lo necesario para pagar la cuenta. Así reflexionó, y tras dejar el portamonedas con el resto del dinero en la mesilla de noche, bajó las escaleras. Los posaderos no se habían fijado especialmente en los huéspedes, y el uno o el otro que ya estaba levantado a esa hora pensó que Georgy era el granjero, de ahí que, cuando abonó su cuenta, con mucha generosidad, y dijo que tenía que marcharse, no encontrara objeciones para que le ensillaran el caballo de su compañero como si fuera suyo.

»Media hora más tarde, el granjero se despertó, echó un vistazo a la habitación y comprendió que Georgy se había llevado su ropa y había tenido la delicadeza de dejarle sus trapos viejos. Estuvo un buen rato cavilando, en lugar de apresurarse a dar la voz de alarma. “El dinero. Se ha llevado el dinero —pensó—. Y eso está mal. Pero también se ha llevado la ropa.”

»Entonces miró la mesilla y vio que el dinero, o la mayor parte de él, seguía allí.

»—¡Ja, ja, ja —rió con ganas, y empezó a bailar por la habitación—. ¡Ja, ja, ja! —volvió a reír, contemplándose en el espejo de afeitar a la luz de la palmatoria; y empezó a mover los brazos con brío, como si fuera a ejercitarse con la espada.

»Cuando terminó de vestirse con la ropa de Georgy y bajó las escaleras, no pareció preocuparle en lo más mínimo que lo tomasen por él, y ni siquiera al ver que le habían dejado un mal caballo a cambio de uno bueno tuvo tentaciones de protestar. Le dijeron que su amigo había abonado la cuenta, lo que pareció muy de su agrado, y, sin esperar el desayuno, montó el caballo de Georgy y tomó el sendero más cercano en lugar del camino principal, sin saber que su compañero había elegido la misma ruta.

»No había trotado más de tres kilómetros bajo la apariencia de Georgy Crookhill cuando, al volver un recodo se encontró con un hombre que forcejeaba con dos guardias del pueblo. Era su amigo Crookhill, el que se había llevado su ropa y su caballo. Tan poca intención tenía el joven de reclamar lo que era suyo que de buena gana habría torcido con el mísero jamelgo para internarse por el bosque, pero ya lo habían visto.

»—¡Socorro, socorro, socorro! —gritaban los guardias—. ¡Ayuda en nombre de la Corona!

»El jinete no tuvo más remedio que acercarse.

»—¿Qué ocurre? —preguntó, con la mayor tranquilidad posible.

»—¡Un desertor, un desertor! —dijeron los guardias—. Va a ser juzgado por el tribunal militar y fusilado sin contemplaciones. Desertó de los dragones en Cheltenham hace unos días, y una partida de búsqueda salió tras él, pero no hallaron rastro en ninguna parte y nos dieron aviso de prenderlo si nos lo cruzábamos. Al día siguiente de su fuga, este bellaco se encontró con un respetable granjero, lo emborrachó en una posada y lo engatusó para que le cambiara la ropa, insistiendo en lo apuesto que estaría vestido de soldado y animándolo a comprobar lo bien que le

sentaría el uniforme militar. El ingenuo granjero accedió finalmente, y el desertor propuso entonces gastar la broma de salir del cuarto para ver si la patrona lo reconocía con la indumentaria del otro. No regresó, y el granjero Jollice se quedó con la ropa del soldado y los bolsillos vacíos, y cuando fue al establo vio que su caballo tampoco estaba.

»—¡Un bellaco! —asintió el joven que llevaba la ropa de Georgy—. ¿Es ése el cobarde? —añadió, señalando a Crookhill.

»—¡No, no! —protestó Georgy, inocente como un recién nacido, pues nada sabía de la deserción del soldado—. ¡Es él! Llevaba puesta la ropa del granjero Jollice, durmió conmigo en la misma habitación, y me contó historias de gente que había intercambiado la ropa. Eso me dio la idea de vestirme con la suya antes de que se despertara. ¡Él lleva la mía!

»—¡Hay que ver qué cosas dice este villano! —dijo el joven a los guardias—. Pretende zafarse del delito acusando al primer inocente que se cruza en su camino. No, señor soldado, ¡eso no puede ser!

»—¡No, no! ¡No puede ser! —exclamaron los guardias—. ¡Qué desfachatez decir una cosa así, cuando lo hemos atrapado casi en el acto! Pero, gracias a Dios, ya hemos podido ponerle las esposas.

»—Gracias a Dios —repitió el joven—. Bueno, tengo que seguir mi camino. ¡Buena suerte con su prisionero! —Y dicho esto se marchó con su jamelgo lo más deprisa que pudo.

»Los guardias, llevando a Georgy esposado y el caballo sujeto de las riendas, se alejaron en dirección contraria, camino del pueblo donde habían sido requeridos por la patrulla que buscaba al desertor.

»—¡Me van a fusilar! ¡Me van a fusilar! —se lamentaba Georgy.

Ochocientos metros más adelante se encontraron con los soldados.

»—¡Eh, los de ahí! —dijo el jefe de los guardias.

»—¡Eh, usted! —contestó el cabo de mando.

»—Tenemos a su hombre —dijo el guardia.

»—¿Dónde? —preguntó el cabo.

»—Aquí, con nosotros. Lo que pasa es que no lo reconoce, porque no va de uniforme.

»El cabo escudriñó atentamente a Georgy, negó con la cabeza y dijo que no era el fugado.

»—Pero el desertor cambió su ropa por la del granjero Jollice y se llevó su caballo. Este hombre tiene las dos cosas, ¿no lo ve?

»—No es nuestro hombre —insistieron los soldados—. El desertor es alto, tiene un lunar en la mejilla derecha y porte militar. Este hombre no lo tiene.

»—Ya les dije a los guardias que era el otro —protestó Georgy—, pero no me creyeron.

»Y así quedó claro que el desertor era el joven alto, y no Georgy Crookhill, tal

como corroboró el propio granjero Jollice cuando llegó al lugar donde se desarrollaba esta escena. Como Georgy solo había robado al ladrón, su sentencia fue relativamente leve. Al desertor de los dragones nunca lo encontraron. El doble cambio de indumentaria resultó muy ventajoso en su huida, aunque abandonó el caballo de Georgy poco después, al comprender que el pobre animal era un obstáculo más que una ayuda.

El recién llegado del extranjero parecía menos interesado por los personajes dudosos de Longpuddle y sus extrañas aventuras que por sus habitantes ordinarios y sus sucesos ordinarios, aunque sus compañeros de viaje preferían a los primeros como tema de conversación. Por primera vez, preguntó por las personas jóvenes del sexo opuesto, o, mejor dicho, por las que eran jóvenes cuando él dejó su país natal. Sus compañeros, fieles a la opinión de que lo extraordinario era más digno de ser contado que lo ordinario, no le permitieron detenerse en las sencillas crónicas de los que habían pasado sin pena ni gloria. Le preguntaron si se acordaba de Netty Sargent.

—Netty Sargent… Sí que me acuerdo. Era una joven que vivía con su tío cuando yo me marché, si la memoria no me engaña.

—Ésa era. Lista como nadie, señor. Sin ninguna malicia, pero capaz de cualquier cosa. Tendría usted que oír cómo se las ingenió para renovar el usufructo de su casa. ¿Verdad que sí, señor Day?

—Ya lo creo que sí —contestó el pintor despreciado por el mundo.

—Cuénteselo, señor Day. Nadie puede contarlo mejor que usted. Además, conoce los detalles legales mejor que nosotros.

Day se disculpó y empezó a contar la historia de:

EL USUFRUCTO DE NETTY SARGENT

—Seguía viviendo con su tío en esa casa solitaria que estaba cerca del bosque, como cuando usted la conoció. Era una muchacha alta y llena de vida. ¡Recuerdo bien su pelo negro y sus ojos vivarachos, y esa cara tan pícara que ponía cuando quería hacer rabiar a alguien! Bueno, pues casi no había cambiado las faldas cortas por las largas cuando los mozos empezaron a perseguirla, y con el tiempo acabó cortejándola un joven a quien quizá usted no llegó a conocer, Jasper Cliff, se llamaba, y aunque Netty podría haber aspirado a un pretendiente mucho mejor, tanto se encaprichó de Jasper que decidió que o con él o con nadie. Él era un hombre egoísta, y siempre pensaba en las ganancias que podía obtener de las cosas, en lugar de pensar en lo que hacía. Puede que Jasper pusiera sus ojos en Netty, pero sus intenciones las puso en la casa de su tío, aunque quería a la muchacha a su manera… Eso hay que reconocerlo.

»La casa la había construido el tatarabuelo de Netty, pero el huerto y las tierras le fueron cedidos a la familia en usufructo, a la antigua usanza, y así seguían tras

sucesivas generaciones. Su tío era el último miembro de la familia vivo, por lo que, a su muerte, si no dejaba descendencia, las tierras volverían a manos del señor hidalgo. Sin embargo, era fácil conservar el usufructo. Una pequeña contribución de pocas libras, como se llamaba por aquel entonces, bastaba para hacerse acreedor de una nueva escritura de cesión según la costumbre del feudo, sin que el señor pudiera poner obstáculos.

»Y, no habiendo mejor provisión que un techo para su sobrina y única pariente, el tío de Netty tendría que haberse ocupado de la renovación del usufructo a su debido tiempo, ya que éste vencería con el fallecimiento del último varón de la familia si no se abonaba la nueva contribución. El señor tenía mucho interés en recuperar la casa y las tierras, y todos los domingos, cuando el tío de Netty entraba en la iglesia y pasaba por delante de su banco, se decía: “Le fallan las rodillas, está un poco más doblado, y aún no ha presentado la solicitud de renovación. ¡Ja, ja! ¡Pronto podré obtener unas buenas ganancias por ese rincón de mis tierras!”.

»Es sorprendente, visto desde aquí, que el anciano Sargent se anduviese con tantas dilaciones, aunque algunas personas son así. El caso es que pospuso el pago de la contribución al administrador del señor semana tras semana, pensando en cada ocasión: “Ya tendré tiempo el próximo día de mercado”. Se daba la inoportuna circunstancia de que el anciano no tenía mucha simpatía por Jasper Cliff y, como Jasper no paraba de apremiar a Netty, y Netty de apremiar a su tío, el viejo se sintió inclinado a aplazar al máximo la renovación del acuerdo solo por fastidiar al egoísta enamorado. Al final, Sargent cayó enfermo y Jasper no pudo soportar el retraso por más tiempo. Un buen día se presentó con el dinero de la contribución, se lo dio a Netty y le habló sin rodeos.

»—Tú y tu tío parece que no os dais cuenta. Tienes que insistir más. Aquí está el dinero. Como pierdas la casa y las tierras no me casaré contigo, ¡así me ahorquen! Nadie respetaría a un marido que consintiera una cosa así.

»La atribulada Netty cogió el dinero, se fue a casa y le dijo a su tío que iba a quedarse sin casa y sin marido. El viejo despreció el dinero, viendo que no era una cantidad digna de consideración, pero comprendió que ella estaba empeñada en casarse con Jasper y, como no quería hacerla sufrir, decidió actuar de una vez por todas, ya que ella lo deseaba tanto. Al señor de las tierras le contrarió mucho enterarse de que Sargent por fin había tomado cartas en el asunto; sin embargo, no podía impedirlo y preparó los documentos necesarios (porque en su señorío los usufructuarios de las tierras recibían escrituras de cesión, aunque en otros señoríos no se siguiera esta práctica). El anciano estaba demasiado débil para ir a casa del administrador, por lo que se acordó que le enviarían la escritura firmada como recibo del pago del dinero, junto con una copia que Sargent debía firmar a su vez y devolver al propietario.

»El administrador prometió pasar por casa de Sargent a las cinco de la tarde, y Netty guardó el dinero en su escritorio para tenerlo a mano. En éstas oyó gritar a su

tío y lo vio caído hacia delante, en la butaca donde estaba sentado. Se acercó a incorporarlo, pero estaba inconsciente, e inconsciente siguió. No hubo medicamento ni estimulante capaz de hacerle volver en sí. Netty ya estaba advertida de que el anciano podía expirar en cualquier momento, y pensó que había llegado su hora. Antes de que pudiera salir en busca del médico, vio que las extremidades de su tío se volvían muy blancas y se quedaban frías, y comprendió que de nada le serviría pedir ayuda. Estaba muerto.

»Trastornada como estaba, fue no obstante capaz de representarse la gravedad de su situación. La casa, el huerto, las tierras… todo lo había perdido por unas pocas horas, y con ello su hogar y a su novio. Aunque no creía a Jasper tan mezquino para cumplir con la palabra que había dado en un momento de impaciencia, se echó a temblar solo de pensarlo. ¿Por qué no había vivido su tío un par de horas más, si había vivido tantos años? Eran más de las tres; el administrador tenía que llegar a las cinco, y, si todo hubiera salido bien, en cuestión de cinco minutos Netty se habría asegurado la casa y las tierras para ella y para Jasper, tras abonar el pago de la contribución. ¡Qué alegría iba a llevarse ese señor sin alma al saber que estaba a punto de recuperar esa insignificante parte de su patrimonio! No la necesitaba en absoluto, pero odiaba a los humildes usufructuarios, arrendatarios y pequeños propietarios que constituían islas de independencia en el hermoso y apacible mar de sus fincas.

»Se le ocurrió entonces a Netty una idea para alcanzar sus propósitos a pesar de la negligencia de su tío. Era una tarde oscura de diciembre, y el primer paso que dio para cumplir su plan, según se cuenta, y no veo yo ninguna razón para dudarlo…

—Es la pura verdad —afirmó Christopher Twink—. Bien lo sé yo, porque justo en ese momento pasé por allí.

—El primer paso que dio fue cerrar la puerta con llave, para evitar interrupciones. A continuación colocó la mesa de roble de su tío delante del fuego, se acercó al cadáver, que seguía sentado tal como había muerto, en una butaca tapizada, con ruedas y asiento bastante alto, según me contaron, y empujó la butaca a la mesa, con su tío encima, hasta colocarlo de espaldas a la ventana, como si estuviera inclinado sobre la mesa de roble que yo llegué a conocer de niño tan bien como los muebles de mi propia casa. Hecho esto abrió la Biblia sobre la mesa, cogió el dedo índice de su tío y lo apoyó en un punto de la página, le separó ligeramente los párpados y le puso las lentes, de manera que, visto desde atrás, parecía que estaba leyendo las Sagradas Escrituras. Después abrió la puerta y se sentó a esperar, y cuando se hizo de noche encendió una vela y la dejó en la mesa, al lado de la Biblia.

»Se hicieron todo tipo de cábalas sobre cómo pasó el tiempo hasta que llegó el administrador, y sobre el susto que se llevó al oír que éste llamaba a la puerta… al menos eso me dijeron. Netty se apresuró a abrir.

»—Lo siento, señor —dijo en voz baja—. Mi tío no se encuentra bien esta noche, y me temo que no podrá recibirlo.

»—¡Muy bonito! —protestó el enviado—. ¿No irá usted a decirme que he venido hasta aquí en balde por un asunto de tanto relumbrón?

»—¡Claro que no, señor! O eso espero. Supongo que la renovación del usufructo podrá hacerse de todos modos.

»—Desde luego que no. Tiene que pagar la cuantía estipulada y firmar el pergamino en mi presencia.

»Netty se mostró dudosa.

»—A mi tío le ponen muy nervioso los asuntos legales —dijo—. Por eso, como usted sabe, ha estado aplazando la ocasión desde hace tantos años. Y lo cierto es que hoy he temido que llegara a perder el juicio. No se figura usted cómo le han castañeteado los tres dientes que le quedan cuando le he dicho que enseguida llegaría usted con la escritura. Siempre le han dado miedo los administradores, y la gente que viene a cobrar las rentas y esas cosas.

»—Pobre hombre. Lo siento por él. Pero no puedo irme sin verlo y presenciar la firma.

»—¿Y si lo viera firmar, sin que él supiera que usted lo está mirando? Yo podría tranquilizarlo, diciéndole que no se ha mostrado usted estricto con la manera de cumplir el procedimiento, y que no ha querido entrar. ¿No bastaría con que firmase en su presencia? Sería muy amable de su parte, teniendo en cuenta que es un anciano asustadizo.

»—Sí, bastaría con que lo viera firmar, naturalmente. Para eso he venido. Pero ¿cómo voy a ser testigo de la firma sin que él me vea?

»—Yo le diré cómo, si me hace usted el favor de venir —dijo Netty. Le pidió que la siguiera unos metros a la izquierda, hasta la ventana de la sala de estar. Había dejado abierto el postigo, y la luz de la vela iluminaba los arbustos del jardín. El administrador vio al anciano sentado de perfil, en el otro extremo de la sala, con el libro y la vela delante, y las lentes en la nariz, tal como Netty se las había puesto.

»—Está leyendo la Biblia, como puede usted ver —dijo la joven, con su actitud más mansa.

»—¿Sí? Yo lo tenía por un hombre más bien desafecto en cuestiones religiosas.

»—Siempre ha estado muy apegado a su Biblia —le aseguró Netty—. Aunque me parece que en este momento se ha quedado dormido. Claro que eso es natural, en un hombre tan mayor y con tantos achaques. ¿Podría usted presenciar la firma desde aquí, señor, en consideración a su estado?

»—Muy bien —dijo el administrador, encendiendo un cigarro—. Supongo que tendrá preparada la suma nominal que debe pagar por la renovación.

»—Sí —dijo Netty—. Ahora mismo se la traigo. —Volvió con el dinero envuelto en un papel y se lo dio al administrador, quien, tras haberlo contado se sacó del bolsillo las preciadas escrituras y le entregó a Netty la que había que firmar.

»—Mi tío tiene la mano un poco paralizada —dijo ella—. Entre eso y que está medio dormido, no sé yo cómo va a salirle la firma.

»—Eso da igual, con tal de que firme.

»—¿Puedo sostenerle la mano?

»—Sí, señorita. Con eso bastará.

»Netty entró en la casa y el administrador se quedó fumando en la ventana. Ahora venía para la muchacha la parte más difícil de su interpretación. El administrador la vio colocar la escribanía —lo llamo así porque soy un hombre chapado a la antigua— delante de su tío, tocarle el codo como si quisiera despertarlo, hablarle al oído y desplegar la escritura. Tras señalar el lugar donde tenía que firmar, hundió la pluma en el tintero y se la puso en la mano. Para sostenerle la mano, se colocó hábilmente detrás del anciano, de manera que el administrador no pudiera verle más que una parte de la cabeza y la mano que ella guiaba. El caballero, desde el jardín, vio cómo el viejo trazaba su nombre en el documento. La joven salió entonces con la escritura, y el administrador estampó su firma como testigo a la luz de la ventana, hecho lo cual le entregó a Netty la escritura firmada por el señor de las tierras y se marchó. A la mañana siguiente, Netty anunció a los vecinos que su tío había muerto en la cama.

»Seguramente, ella misma se ocupó de desnudarlo y acostarlo.

»¡No se figuran el valor que tenía esa muchacha! Bueno, por abreviar la historia, así es como recuperó la casa y las tierras que estrictamente hablando ya había perdido, y con ello consiguió casarse.

»Dicen que toda virtud tiene su recompensa. Netty recibió la suya al servirse de esta ingeniosa artimaña para no perder a Jasper. Dos años después de que se casaran, él empezó a sacudirla, aunque sin excederse. De vez en cuando le soltaba un manotazo, y ella se ponía furiosa y se iba a contar a los vecinos lo que había tenido que hacer para conquistarlo y lo mucho que ahora se arrepentía. Cuando murió el señor, y su hijo tomó posesión de sus propiedades, la confesión de Netty corrió de boca en boca. Pero ella era una joven muy guapa, y el hijo del señor un joven muy apuesto, y de mentalidad más liberal que su padre, por lo que no tenía ningún reparo a la cesión en usufructo de pequeñas parcelas, y no quiso tomar medidas contra Netty.

La conversación languideció y el coche emprendió el descenso de la cuesta, a cuyos pies se extendía el pueblo sin orden ni concierto. Cuando llegaron a las casas, los viajeros se fueron apeando uno por uno, cada cual en su puerta. El emigrante se aseguró una cama en la posada, disfrutó de una comida ligera y salió a inspeccionar el paisaje que tan bien conocía en los días de su infancia. Sin embargo, resultó que a la luz de la luna creciente ninguna de las cosas que veía tenía en su hechura real el atractivo que acompañaba a sus imágenes en la memoria del caballero cuando se encontraba a más de tres mil kilómetros de allí. El singular encanto que encierra un pueblecito antiguo de un país antiguo para la mirada de un extranjero se vio atenuado en este caso por las desmedidas expectativas de los recuerdos infantiles. Lackland siguió paseando, atento a esta chimenea y a aquel muro viejo, hasta que llegó al cementerio de la iglesia y decidió entrar.

Las lápidas, iluminadas por la luna, no eran difíciles de descifrar, y por primera

vez empezó a sentir que volvía a encontrarse con la comunidad de la que se había separado treinta y cinco años antes. Allí, junto a los Sallet, los Darth, los Pawl, los Privett, los Sargent y otros a los que solo conocía de oídas, había apellidos que recordaba aún mejor: los Jicks y los Cross, los Knight y los Old. Seguramente todavía quedaba entre los vivos algún representante de estas familias, mas para él siempre serían extraños. Lejos de sentir que allí estaban las raíces de su corazón, se percató de que su regreso lo obligaba a empezar desde el principio, como si nunca hubiese conocido aquel lugar, ni éste lo hubiese conocido a él. El tiempo no se había dignado esperarlo para concederle este placer, ni la vida local para darle la bienvenida.

La figura del señor Lackland se vio por espacio de unos días en la posada, en las calles del pueblo, en los campos y en los caminos de Upper Longpuddle, hasta que desapareció sigiloso como un fantasma. Comentó con algunos que el propósito inmediato de su regreso había quedado satisfecho con su estancia en el pueblo y la conversación con sus habitantes, si bien su propósito ulterior, el de pasar allí sus últimos días, probablemente no llegaría a realizarse. Han pasado ya doce o quince años desde esta visita, y nadie ha vuelto a verlo por aquí.

Marzo de 1891

Un hombre cambiado y otros relatos (1913)

Nota preliminar

Vuelvo a incluir en este volumen, por si a alguien pudiera interesar, una docena de narraciones menores publicadas en la prensa periódica en distintos momentos del pasado, con el fin de ponerlos a disposición de los lectores que deseen incorporarlos a la serie completa ofrecida por mis editores. Agradezco a los propietarios y directores de los periódicos y las revistas en cuyas páginas vieron la luz por vez primera vez estos relatos la ayuda que me han prestado para rescatar algunos de ellos.

T. H.

Agosto de 1913

Un hombre cambiado

I

La persona que, junto a los propios protagonistas, tuvo ocasión de conocer la mayor parte de sus vicisitudes vivía justo debajo de «la cima del pueblo», como se conocía a este lugar, en una antigua casa de recia construcción que se distinguía de las viviendas vecinas por tener en su primera planta un mirador desde el que se disfrutaba de una amplia panorámica de la calle principal, al este y al oeste, además de la residencia de Laura, el final de Town Avenue (donde tuvieron lugar las diabluras que aquí se van a relatar), la carretera que subía a Port-Bredy por el oeste y la curva que llevaba al campamento de la caballería donde estaba acuartelado el capitán. Mirando al este desde la misma privilegiada posición en las alturas, la larga perspectiva de los edificios declinaba y menguaba progresivamente hasta fundirse con el camino que cruzaba los páramos. La cinta blanca que este camino dibujaba en su trazado desaparecía pasado Grey's Bridge, a cuatrocientos metros, donde se hundía en un sinfín de curvas sinuosas, tímidos abrigos y solitarias ondulaciones valle arriba y valle abajo por espacio de ciento noventa y dos kilómetros, para terminar su recorrido en Hyde Park Corner como una superficie lisa y blanda en contacto con un mundo elegante y bullicioso.

Al citado campamento había llegado recientemente el …º regimiento de húsares, nuevo en la localidad. Antes de que los habitantes del pueblo llegasen a conocer a los soldados, corrió la voz de que eran un hatajo de «calaveras» y habían traído con ellos una estupenda banda de músicos. Por una u otra razón, la ciudad llevaba muchos años sin acoger a un regimiento de caballería, y las distintas tropas que allí se habían estacionado en los últimos tiempos eran principalmente destacamentos de paso; de ahí que hasta el último de los vecinos —incluido el pequeño comerciante de muebles al que los miembros de la tropa casados alquilaban sus mesas y sus sillas— recibiese como un honor la noticia de su afición a la juerga.

En aquellos tiempos los regimientos de húsares seguían llevando sobre el hombro izquierdo la vistosa media capa adornada con pasamanería que colgaba por la espalda como el ala de un pájaro herido y que se conocía como dormán, aunque los propios soldados la llamaban «chaqueta en cabestrillo». Esta prenda contribuía a acentuar su gracia a ojos de las mujeres, y también de los hombres.

El hombre que vivía en la casa del mirador pasaba muchas horas del día allí sentado, pues, al estar inválido, el tiempo le pesaba como un fardo entre las manos cuando no cultivaba un interés constante por lo que ocurría en el exterior. No más de una semana después de la llegada de los húsares llegaron a sus oídos los gritos de dos colegiales en la calle.

—¿Has oído lo que dicen de los húsares? ¡Están embrujados! Sí, dicen que un

fantasma los acecha, que lleva años siguiéndolos por todo el mundo.

Un regimiento embrujado: aquélla era una idea inédita para cualquiera, tanto si estaba inválido como si se encontraba en plena forma. El hombre del mirador llegó a la conclusión de que había entre los húsares del …º regimiento algunos personajes de lo más alegre y bromista.

Conoció al capitán Maumbry de una manera informal, una tarde que salió a tomar el té en una silla de ruedas, en una de las raras escapadas que su estado de salud le permitía. Maumbry resultó ser un hombre muy apuesto, de entre veintiocho y treinta años, con una seductora pizca de maldad que a buen seguro lo volvía adorable para las jóvenes más recatadas. Los ojos grandes y oscuros que iluminaban la palidez de sus facciones dejaban traslucir intensamente esa maldad, si bien eran capaces de modular su brillo de tal modo que lo mismo podía pensarse que expresaban tristeza o seriedad, de ser ésta su disposición de ánimo.

Una dama anciana y sorda presente en la reunión se dirigió al capitán Maumbry sin andarse con rodeos.

—¿Qué es eso que se cuenta por ahí? Dicen que el regimiento está embrujado.

El capitán adoptó una expresión de grave preocupación, incluso de pesar.

—Sí —dijo—. Es cierto.

Algunas de las damas más jóvenes sonrieron antes de ver lo serio que estaba, y entonces se pusieron igual de serias.

—¿De verdad? —insistió la anciana.

—Sí. Como es natural, no nos gusta hablar de ese asunto.

—No, no. Claro que no. Pero… ¿hasta qué punto está embrujado?

—Bueno, esa «cosa», voy a llamarla así, nos sigue a todas partes. En el campo o en la ciudad, en casa o en el extranjero, lo mismo da.

—¿Cómo lo explican?

—Hum —Maumbry bajó la voz—. Por un crimen que cometió un miembro de nuestro regimiento hace unos años, eso suponemos.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible y singular!

—Pero, como digo, no hablamos mucho de eso.

—No… no.

Cuando el húsar se despidió, una joven se atrevió a revelar su interés disimulado y preguntó si alguien había visto al fantasma en el pueblo.

El hijo del abogado, que siempre estaba al corriente de todo, dijo que, aun cuando por lo general solo lo veían los propios húsares, más de un vecino, hombre y mujer, ya le había echado la vista encima y se había quedado de piedra. El fantasma se aparecía por lo general bien entrada la noche, bajo los árboles de la avenida, muy cerca del cuartel. Medía tres metros de alto, los dientes le castañeteaban haciendo un ruido como si fuera un esqueleto, y los huesos de la cadera le chasqueaban al andar.

En las semanas más oscuras del invierno, varias personas asustadizas recibieron un buen susto del objeto que respondía a esta cómica descripción, y la policía decidió

tomar cartas en el asunto. A raíz de esto, las apariciones se fueron espaciando, y algunos de los muchachos del regimiento afirmaron, muy agradecidos, que hacía años que no se habían visto tan libres de las visitas del fantasma como desde su llegada a Casterbridge.

El juego de los fantasmas era la más inocente de las diversiones a las que se entregaban los jóvenes espíritus acantonados en el edificio de ladrillo rojo y cubierto de líquenes que se erguía sobre el pueblo con la inscripción «W.D.» en la entrada y una flecha tallada en las piedras angulares. Se hablaba también de aventuras más graves —frivolidades relacionadas con el amor, el vino, los naipes y las apuestas—, con más o menos exageración. Que los húsares, incluido el capitán Maumbry, eran la causa de las amargas lágrimas derramadas por algunas muchachas del pueblo y sus alrededores es un hecho incuestionablemente cierto, aun cuando las alegrías de los soldados se percibían, en este rincón del mundo chapado a la antigua, con un color más llamativo de lo que se habrían visto en una ciudad grande y moderna.

II

Una vez a la semana los soldados salían a cabalgar en formación. De vuelta en el pueblo tras una de estas excursiones, mientras el romántico dormán aleteaba en el hombro de todos los jinetes, impulsado por el suave viento del suroeste, el capitán Maumbry dirigió la vista al mirador e intercambió una inclinación de cabeza con la persona que estaba allí, leyendo. El lector, y el amigo que lo acompañaba, siguieron con la mirada el paso de las tropas calle arriba, hasta que, al pasar los soldados por delante de la casa donde vivía Laura, la dama apareció en el balcón.

—Me han dicho que se han prometido y van a casarse —dijo el amigo.

—¿Quién? ¿Maumbry y Laura? ¡No es posible! ¿Tan pronto?

—Pues sí.

—Él no se casará nunca. Ya son varias las muchachas a las que se ha relacionado con él. Lo siento por Laura.

—Pues no tienes por qué. Están muy compenetrados.

—Ella es solo una más.

—Una más y algo más. Lo ha cazado. Es muy hábil en los juegos del corazón, y ha sabido derrotarlo con sus propias armas. Si hay en el pueblo una mujer capaz de salirse con la suya y casarse con él, ésa es Laura.

El rumor resultó ser cierto. Llevada por sus inclinaciones naturales, Laura se entregó en cuerpo y alma desde el primer momento a vivir un amor militar tal como éste se representaba en las tramas de las novelas y en el carácter de los escasos ejemplos vivos de los que ella tenía noticia. Desde que era muy joven, los civiles, por prometedores que fuesen, no tenían la más mínima posibilidad de despertar su interés si el más insignificante de los guerreros se perfilaba en el horizonte. Pudiera ser que

la situación de la casa de su tío (que era su hogar) en la esquina de West Street más cercana al campamento, el paso diario de las tropas, el continuo rugir de las cornetas a doscientos metros de su ventana y el hecho de que no supiera nada de la íntima realidad de la vida militar, y por tanto la hubiese idealizado, contribuyeran a acrecentar esta original inclinación que la llevaba a pensar en los hombres de armas como los únicos dignos de merecer el corazón de una mujer.

El capitán Maumbry era el clásico trofeo: un hombre codiciado por todas las muchachas de los alrededores, ansiado por todas, halagado por todas, terminó por someterse finalmente a los mandatos de Laura, debido al acierto con que ella había gobernado la situación; y, al placer de casarse con el hombre al que amaba, se sumaba para la joven la alegría de saberse detestada por las madres de todas las muchachas casaderas de los alrededores.

El hombre del mirador asistió a la boda, no como invitado, pues por aquel entonces apenas tenía relación con los contrayentes, sino porque la iglesia se encontraba muy cerca de su casa, y en parte también por una razón que movió a muchos otros a querer presenciar la ceremonia: el presentimiento de que, aun cuando la pareja pudiera ser feliz, había posibilidades más que de sobra para teñir las cavilaciones de un observador con tendencia a las conjeturas dramáticas de que ocurriera lo contrario. De vez en cuando, el hombre del mirador hilvanaba en esa época unos pareados, y engañaba las horas garabateando en una página en blanco de su libro de oraciones unos versos que, si bien en su día eran privados, pueden reproducirse aquí:

Con motivo de una boda apresurada
Si en años han de devenir las horas, benditos sean quienes
ahora solazan su raudo deseo
con intensos lazos que atan para siempre
si en años han de devenir las horas. Benditos sean.
No declinan al oeste los soles de oriente
ni suceden al fuego las pálidas cenizas.
Si en años han de devenir las horas, benditos sean quienes
ahora solazan su raudo deseo.

Sucedió, sin embargo, que, en contra de todas las profecías, la pareja pareció hallar en el matrimonio el secreto para perpetuar la embriaguez de un cortejo que, al menos por parte de Maumbry, había empezado sin intenciones serias. El invierno siguiente los recién casados se convirtieron en la pareja más popular de Casterbridge y sus alrededores, mejor dicho, de todo Wessex del Sur. No había cena elegante en las casas de campo de las familias más jóvenes y alegres del distrito que estuviera completa sin su animada presencia. La señora Maumbry era la más risueña de las figuras que giraban como peonzas en el baile del condado, y, cuando se celebraba ese acontecimiento inevitable en la vida de un pueblo-guarnición —una función teatral *amateur*—, sucedía lo mismo. La representación se hacía en aras de una u otra causa benéfica —a nadie le importaba cuál mientras la obra fuese buena— y tanto el

capitán Maumbry como su mujer participaban en ella, ya que en realidad habían sido, de mutuo acuerdo, los impulsores del espectáculo. Y así, entre risas, actividad y despreocupación, todo transcurría a las mil maravillas. Aun cuando la pareja se retrasaba en sus pagos alguna que otra vez, es de justicia decir que tarde o temprano saldaba todas sus deudas.

III

Un domingo apareció en el púlpito una cara desconocida en la capilla a la que iban las tropas. Era un cura nuevo en la parroquia. En el altar, en lugar del libro de sermones, solo tenía una Biblia. La persona que cuenta estas cosas no asistió a ese servicio religioso, si bien no tardó en enterarse de que el joven sacerdote había revolucionado a la congregación, siempre heterogénea, pues, aunque los húsares ocupaban la nave principal, los huecos y las esquinas estaban abarrotados de civiles cuya presencia, incluso hoy, hasta el menos riguroso de los testigos afirmaría que se debía más a los soldados que al servicio religioso.

A partir de ese día hubo una razón de más para encontrar un hueco en la superpoblada iglesia. La dulce y persuasiva elocuencia del señor Sainway tuvo el efecto de un hechizo en aquellas gentes acostumbradas a estilos de prédica más solemnes y ásperos, y por algún tiempo, la afluencia a las otras iglesias del pueblo se vio disminuida.

En aquel momento del siglo xix el sermón era el único motivo para ir a misa para la mayoría de los feligreses. La liturgia consistía en una serie de fórmulas preliminares que había que soportar forzosamente, como en la proclamación real de los tribunales superiores del condado, antes de que empezase la parte interesante, y de vuelta a casa la gente se hacía una pregunta muy sencilla: ¿quién había predicado y cómo había tratado el tema del sermón? Así hubiese oficiado la misa un arzobispo, a nadie le habría importado gran cosa lo que allí se dijera o se cantara. Los que antes asistían solo al servicio matinal empezaron a ir también por la tarde, y a veces incluso a mediodía, en ocasiones especiales.

Un día, cuando el capitán Maumbry entró en la sala de su mujer, equipada con muebles alquilados, ella creyó que se trataba de otra persona, porque no había subido las escaleras tarareando la melodía más pegadiza del momento en los círculos musicales, con su desenfado habitual.

—¿Qué pasa, Jack? —preguntó, sin levantar la vista de una nota que estaba escribiendo.

—No mucho, que yo sepa.

—No lo niegues —murmuró ella, mientras escribía.

—Pues pasa que ese puñetero palo con hábito, ¡el nuevo párroco!, quiere suprimir la actuación de la banda los domingos por la tarde.

Laura se quedó boquiabierta.

—Pero ¡si eso es lo único que permite a las pocas personas sensatas que hay por aquí soportar la vida entre el sábado y el lunes!

—Dice que todo el mundo va a oír a la orquesta en vez de ir a la iglesia, y que la música que tocan es profana, o mundana o inane, o qué se yo. Que no es la música propia de un domingo. Naturalmente, es Lautmann quien decide estas cosas.

Lautmann era el director de la orquesta.

La explanada del cuartel se había convertido los domingos por la tarde en el lugar de paseo de un gran número de vecinos de inclinaciones alegres, entre quienes no faltaban muchos de los que iban por la mañana a la misa del señor Sainway; y hasta los niños que tendrían que haber estado escuchando el sermón del cura, iban a veces a dar volteretas en la hierba y a burlarse de los espectadores más dignos, haciendo muecas a sus espaldas.

Laura no volvió a oír hablar del asunto en dos o tres semanas, pero entonces se acordó de repente y le preguntó a su marido si se habían planteado nuevas objeciones.

—Ah… el señor Sainway. Me olvidé de decírtelo. Lo he conocido y no es un mal hombre.

Laura quiso saber si Maumbry o alguno de los demás oficiales no le había dado un buen escarmiento a ese cura presuntuoso por semejante intromisión.

—Bueno, ya nos hemos olvidado de eso. Dicen que es un predicador extraordinario.

La relación del capitán con el cura siguió su curso, al parecer, pues poco después de esta ocasión Maumbry le dijo a su mujer:

—No le falta razón a Sainway para censurar la actuación de la orquesta el domingo por la tarde. Al fin y al cabo, está muy cerca de su iglesia. Y la verdad es que tampoco hace demasiado hincapié en sus objeciones.

—¡Me sorprende que lo defiendas!

—No es más que una idea que se me ha pasado por la cabeza. Como es natural, no queremos ofender a los vecinos del pueblo si no les gusta la orquesta.

—Pero les gusta.

El inválido del mirador nunca llegó a conocer los detalles de cómo evolucionó este conflicto entre la opinión laica y la clerical; el caso es que para desilusión de los músicos, desconsuelo de los enamorados que salían de paseo y fastidio de la joven población de la ciudad y sus contornos, la actuación de la orquesta en el cuartel de Casterbridge los domingos por la tarde fue suspendida.

Para entonces los Maumbry habían escuchado con frecuencia el sermón del amable aunque estricto sacerdote, porque la desenfadada, festiva y gozosa pareja iba a la iglesia como todo el mundo, por mor de su respetabilidad. No había nadie más ortodoxo que este par de mundanos irredimibles. Pero lo que más llamaba la atención del hombre del mirador era ver pasar al capitán Maumbry y al señor Sainway por la calle principal en concienzuda conversación. Cuando comentó el hecho con un

amigo, éste le dijo que todo el mundo hablaba de que siempre estaban juntos.

El observador no habría tardado en comprobarlo con sus propios ojos si no se lo hubieran dicho. Empezaron a pasar juntos casi a diario. Hasta entonces, la señora Maumbry, siempre a la última moda, acompañaba normalmente a su marido, pero esta costumbre empezó a ser menos frecuente. La estrecha y singular amistad entre el capitán y el cura se prolongó por espacio de un año, hasta que al señor Sainway le ofrecieron el traslado a una populosa ciudad de los condados de la región central de Inglaterra. Se despidió a disgusto de sus feligreses y abandonó la parroquia con un emotivo sermón que fue publicado por el impresor local. Todos lamentaron esta pérdida, y con verdadero pesar supo más tarde la congregación que poco después de la aceptación de este beneficio eclesiástico, en unos días de mucho frío, el señor Sainway contrajo una grave inflamación pulmonar que le causó la muerte.

Es el momento de ahondar bajo la superficie de las cosas. De todos cuantos conocieron al difunto sacerdote, nadie lamentó su fallecimiento tanto como el hombre que a su llegada lo había llamado «ese palo con hábito». La señora Maumbry nunca llegó a simpatizar demasiado con el imponente cura, incluso se alegró en su fuero interno cuando supo que se había marchado para prosperar. El señor Sainway había reducido notablemente los placeres de una mujer que apreciaba como nadie las alegrías terrenales y la buena compañía. Aun cuando lamentaba que su marido perdiese un amigo que nunca lo había sido de ella, no estaba ni mucho menos preparada para lo que vino a continuación.

—Hay algo que quiero decirte desde hace algún tiempo, querida —dijo él una mañana mientras desayunaban, en tono vacilante—. ¿Lo has adivinado?

Ella no había adivinado nada.

—Que voy a retirarme del ejército.

—¡Qué!

—He pensado cada vez más en Sainway desde que murió, y en las cosas que me decía. Y tengo la convicción de que haré bien si sigo la llamada que oigo en mi interior y dejo el oficio de las armas para entrar en la Iglesia.

—¿Hablas de hacerte cura?

—Sí.

—¿Y yo qué hago?

—Ser la mujer de un cura.

—¡Ni lo sueñes!

—¿Cómo vas a evitarlo?

—¡Antes me fugo! —contestó Laura con vehemencia.

—No puedes hacer eso —dijo él, en el tono que empleaba cuando había tomado una decisión—. Terminarás por acostumbrarte a la idea, porque estoy obligado a seguir adelante, aun a costa de mis intereses mundanos. Una mano exterior me empuja a seguir los pasos de Sainway.

—Jack —dijo ella, con serena palidez y ojos incrédulos—, ¿me estás diciendo en

serio que quieres ser cura en vez de soldado?

—Yo diría que un cura es un soldado… de la Iglesia militante. Pero no quiero ofenderte con ninguna doctrina. Lo digo en serio, sí.

Una tarde, tiempo después, Maumbry sorprendió a su mujer junto a la chimenea, en su sala de estar. Ella no lo oyó entrar, y la encontró llorando.

—¿Por qué lloras, cariño?

—¡Por lo que me has dicho!

El capitán lo sintió mucho, pero nada podía hacerle cambiar de opinión.

A su debido tiempo se supo en el pueblo, para pasmo de propios y extraños, que el capitán Maumbry se había retirado del …º de húsares y había ingresado en el seminario Fountall, con el fin de prepararse para el sacerdocio.

IV

«¡Qué lástima! Un soldado tan gallardo, tan popular, una adquisición tan importante para la ciudad, el alma de la vida social! ¡Y precisamente ahora! No se debe hablar mal de los muertos, pero ese señor Sainway… ¡qué crueldad!»

Lo anterior es un resumen de lo que se dijo cuando el capitán, ahora el reverendo John Maumbry, tuvo la oportunidad de satisfacer el ardiente deseo de regresar al escenario de sus anteriores hazañas convertido en ministro del Evangelio. Uno de los barrios bajos del pueblo, donde en esas fechas se hacinaban los campesinos empobrecidos, estaba pidiendo a gritos un cura, y el señor Maumbry se ofreció generosamente a acometer el esfuerzo que con toda seguridad no iba a producir sino modestos resultados y ningún agradecimiento, prestigio o emolumentos.

La verdad, todo hay que decirlo, es que Maumbry no tuvo éxito en su condición de sacerdote. Con desvelo, con ahínco, con rigor, como saltaba a la vista de todos, su expresión oral era muy elaborada y sus sermones aburridos y, por desgracia, demasiado largos. Hasta los jueces más imparciales que se congregaban en el salón del Ciervo Blanco —una posada que por encontrarse en la línea que separaba el depauperado vecindario del barrio elegante donde Maumbry había cosechado sus triunfos anteriores garantizaba la más estricta ecuanimidad— coincidían en lo sustancial con las jóvenes damas de la zona noble, si bien expresaban sus opiniones con más laconismo: «¡Lástima que Dios Todopoderoso haya echado a perder a un buen militar como el capitán Maumbry para convertirlo en un buen cura!».

El aludido estaba al corriente de estos comentarios, pero seguía adelante con sus quehaceres diarios dentro y fuera de las casuchas sin inmutarse por ellos.

Fue por esta época cuando el inválido del mirador se convirtió en algo más que un simple conocido de la señora Maumbry. Laura había vuelto al pueblo con su marido, y vivía con él en una casa modesta, en el centro del círculo de la actividad sacerdotal, y por una u otra razón terminó por convertirse en una de las visitas habituales del

inválido. Tras una conversación intrascendente en casa de este caballero con una amiga de ambos, un incidente sacó a relucir la cuestión que tanto seguía doliéndole a ella. Estaba más pálida y más delgada que nunca, incluso más guapa, pues los sinsabores se habían grabado en sus facciones dando una suave expresión de seriedad a lo que antes era una fisonomía más bien frívola. Las mujeres habían ido a pedir permiso para presenciar desde el mirador la partida de los húsares, que dejaban el cuartel por una plaza más cercana a Londres.

La tropa torció en la esquina de la carretera del cuartel con la calle principal, encabezada por la banda que interpretaba *La muchacha que dejé* (la melodía que siempre interpretaban en esas ocasiones, aunque ahora apenas se oye). Pasaron a los pies del mirador, y un par de oficiales saludaron a la señora Maumbry, cuyos ojos se llenaron de lágrimas cuando las notas de la orquesta se fueron apagando a lo lejos. Antes de que el pequeño grupo se hubiera recuperado de las románticas sensaciones que producen este tipo de espectáculos, el señor Maumbry pasó por la calle. Probablemente se había despedido de sus antiguos hermanos de armas en lo alto de la cuesta, pues venía de allí, con su hábito raído y una cesta en el brazo, en la que parecía llevar algunas provisiones que había comprado para sus feligreses más pobres. A diferencia de los soldados, parecía ajeno tanto a su propio aspecto como a lo que ocurría alrededor.

El contraste fue insoportable para Laura. Con labios temblorosos, preguntó al inválido qué pensaba del cambio que había sufrido su vida.

No era fácil responder, y Laura repitió la pregunta con su terquedad característica.

Su interlocutor simpatizaba demasiado con ambos para dar una respuesta convincente. Con ojos nostálgicos, Laura miró por el ventanal la fina y menguante línea de polvo que levantaban los húsares en su avance hacia Mellstock Ridge.

—¡Yo, que debería ir en cabeza, camino de Londres, estoy condenada a pudrirme en un agujero de Durnover Lane!

Fueron muchas las cosas que ocurrieron y muchos los rumores que circularon acerca de Laura antes de que el inválido volviese a verla después de ese día.

V

Casterbridge había conocido numerosos acontecimientos militares y civiles, tiempos muy felices y tiempos menos felices, hasta que llegó el momento de una visita especial. El azote del cólera ya había sembrado el sufrimiento en los campos, y también los barrios bajos habían pagado su cuota de dolor. Mixen Lane, en el barrio de Durnover y en la parroquia de Maumbry, fue el lugar donde la plaga golpeó con más fuerza. Hubo sin embargo un punto de piedad en la elección de la fecha, puesto que Maumbry resultó ser el hombre elegido para esa hora.

La epidemia se propagaba con tanta rapidez que muchos abandonaron el pueblo y

buscaron refugio en las granjas y las aldeas. La casa de Maumbry seencontraba cerca de la calle más infectada, y el sacerdote estaba ocupadomañana, tarde y noche en el empeño de erradicar la enfermedad y aliviar los padecimientos de las víctimas. Así, por simple precaución, decidió aislar a su mujer, enviándola temporalmente lejos de allí.

Laura propuso un pueblo a orillas del mar, cerca de Budmouth Regis, y se buscó alojamiento en Creston, una localidad separada del valle de Casterbridge por un alto risco que le daba un ambiente muy distinto, aunque apenas se encontraba a diez kilómetros.

Allá se marchó. Desterrada en este lugar seguro, mientras su marido se deslomaba en los arrabales, entabló amistad con un teniente de infantería, un tal señor Vannicock, estacionado con su regimiento en el cuartel de Budmouth. Como Laura se sentaba a menudo en el pantalán de la playa, a contemplar el vaivén de las olas y a oír, sin prestarle atención, el murmullo que producían al rozar los guijarros en su retirada, el teniente se acostumbró a pasear por allí.

La relación progresó y maduró. La situación de Laura, su historia, su belleza, su edad —era un par de años mayor que él—, todo contribuyó a hacer mella en el corazón del joven, y un amorío insensato empezó a prosperar alegremente en aquel solitario lugar de la costa.

Los detractores de Laura dijeron más tarde que había elegido su alojamiento a propósito para estar cerca de este caballero, si bien hay motivos para creer que no lo había visto nunca hasta que se instaló allí. Casterbridge estaba tan enfrascado en su penosa situación —el entierro diario de los muertos y la destrucción de la ropa contaminada— que apenas nadie tenía ganas de propagar habladurías que habrían podido llegar a oídos de la pareja. Nadie pensaba demasiado en Laura, en medio de la trágica nube que se cernía sobre todos.

En Budmouth, por su parte, los ánimos de la gente eran muy distintos. La enfermedad había pasado por allí mucho antes, sin causar apenas daños, y la población había vuelto a sus ocupaciones y pasatiempos de siempre. El señor Maumbry acordó verse con su mujer dos veces por semana al aire libre, para evitar el riesgo de contagio, y ajeno a las murmuraciones se vio con ella una tarde seca y ventosa en la cima del risco que separaba las dos poblaciones, cerca de donde la carretera se cruza en ángulo recto con el antiguo Camino del Risco.

La saludó con la mano y sonrió al verla.

—Será mejor que no crucemos el muro, querida. —En aquella zona, los campos se delimitaban con muros de piedra—. No quiero ponerte en peligro. Esto terminará pronto, ¡si Dios quiere!

—Como tú quieras, Jack. Pero ¿no crees que estás corriendo demasiados riesgos? Por las noticias que me llegan de ti no puedo pensar otra cosa.

—No más que otros.

Así transcurrió la conversación, con cierta formalidad, mientras el viento azotaba

la tapia que mediaba entre uno y otro, aislándolos como la presa de un molino.

—¿No querías pedirme algo? —dijo él.

—Sí. Ya sabes que en Budmouth estamos tratando de recaudar dinero para tus enfermos, y se nos ha ocurrido organizar una obra de teatro. Quieren que participe.

El rostro de Maumbry se ensombreció.

—¡Ya he visto demasiadas funciones y todo lo que viene con ellas! Preferiría que hubierais pensado en otra fórmula.

Sin darle mucha importancia, Laura dijo que se temía que ya estuviera todo preparado.

—¿No te parece bien que participe…? Por supuesto que…

Él no se oponía tajantemente. Le habría gustado más un oratorio, o una lectura, algo más en consonancia con la necesidad que se proponían aliviar.

—Pero —dijo ella con impaciencia—, ¡la gente no quiere oratorios o lecturas! Lo que les gusta a todos son las comedias y las farsas.

—Bueno, yo no soy quién para dictar a Budmouth la manera de recaudar los fondos que van a darnos. ¿Quién organiza la función?

—Los chicos del regimiento.

—¡Ah sí, nuestros viejos amigos! El sufrimiento de Casterbridge es un pretexto para su frivolidad. Sinceramente, querida Laura, me gustaría que no participaras. Pero no te lo prohíbo. Lo fío a tu buen juicio.

Así terminó la conversación, y cada cual se fue por su camino, al norte y al sur. El tiempo revelaría que el papel de la heroína de la comedia había recaído en la señora Maumbry, mientras que el del señor Vannicock había sido el del amante.

VI

Fue así como se vio favorecido un suceso que la pareja, unida por una mutua atracción, llevaba algún tiempo propiciando.

No es preciso consignar los detalles: el regimiento de infantería se fue a Bristol y esto precipitó los acontecimientos. Tras una semana de vacilaciones, Laura aceptó dejar su casa en Creston, encontrarse con Vannicock en el risco cercano y acompañarlo a Bath, donde él le había buscado alojamiento a unos diecinueve kilómetros de su cuartel.

Por consiguiente, en la tarde elegida, ella dejó en el tocador una nota para su marido:

Querido Jack:

No me es posible resistir esta vida por más tiempo y he decidido ponerle fin. En su día te dije que me fugaría si persistías en el empeño de hacerte sacerdote, y ha llegado el momento. Cada cual es como es. He decidido unir mi suerte a la del señor Vannicock, y confío, más de lo que lo espero, en que puedas perdonarme.

L.

Hecho esto, sin apenas equipaje, subió al risco cuando empezaba a caer la tarde. Casi en el mismo punto donde Laura había tenido su último encuentro con su marido divisó la silueta de Vannicock, que venía de Bristol a recogerla.

—¡No me gusta que nos veamos aquí! ¡Trae mala suerte! —protestó Laura—. Pronto encontraremos un sitio donde estar en paz. Vuelve al mojón y espérame allí.

Vannicock volvió al mojón situado en la ladera norte del risco, donde divergen los caminos antiguos y los nuevos, y ella fue a buscarlo allí.

Se mostró triste y taciturna cuando Vannicock le preguntó por qué no había querido verlo en la cima. Ella quería saber cómo iban a hacer el viaje.

Él le propuso ir andando hasta Mellstock Hill, pasado Casterbridge, donde los esperaba un coche para llevarlos por un atajo al camino de Ivell, y desde allí a esta ciudad. En Ivell cogerían el tren a Bristol.

Acordaron seguir este plan y con paso ligero echaron a andar en la penumbra hasta que se acercaron a Casterbridge, lugar que evitaron girando a la derecha donde se encuentra el anfiteatro romano y dando un rodeo hasta Durnover Cross. El camino se abría allí, solitario, entre los páramos, hasta el cerro donde los esperaba el coche.

—He notado, de un tiempo a esta parte, un resplandor siniestro en la zona de Durnover. Parece que viene de algún lugar próximo a Mixen Lane —dijo Laura.

—Las farolas —contestó él.

—No hay ninguna farola tan grande en esa calle. Es ahí donde el cólera está causando mayores estragos.

Al llegar a Standfast Corner, un poco más allá de Durnover Cross, el paisaje les ofreció una vista de la calle. En el centro ardían enormes hogueras, que se encendían para purificar el aire, y de las míseras viviendas que jalonaban las aceras en aquellos días salía gente cargada con ropa. Una parte la arrojaban a las hogueras y otra la depositaban en carretillas para llevarla al camino de los páramos, tras la estela de los fugitivos.

Vannicock y Laura siguieron adelante hasta llegar a un punto donde había un enorme caldero de cobre en el que se hervía y desinfectaba la ropa de cama. A la luz de los faroles, Laura vislumbró a su marido junto al caldero y comprendió que era él quien descargaba la carretilla y se ocupaba de sumergir la ropa. Hacía una noche tan tranquila y sofocante que lo que se hablaba al lado del caldero llegó a oídos de Laura.

—¿Queda mucho por descargar esta noche?

—La ropa de los que murieron esta tarde, señor. Pero eso puede esperar hasta mañana, porque seguramente estará usted muy cansado.

—Vale más terminar cuanto antes, ya que no hay nadie que pueda hacerlo. Vuelca esa carretilla en la hierba y ve a por el resto.

El hombre obedeció y se marchó con la carretilla. Maumbry se detuvo un momento para secarse el sudor de la frente y reanudó su tarea cotidiana en aquel paraje sórdido y pestilente, hundiendo y removiendo el contenido del caldero con lo que parecía un rodillo viejo. Los vapores que emanaban del recipiente cargado de

muerte se esparcían por los prados formando un velo a ras de suelo.

—No puedo irme esta noche —dijo Laura—. Está agotado y tengo que ayudarlo. ¡No sabía que las cosas estuvieran tan mal!

Vannicok apartó el brazo del talle de Laura, donde había reposado hasta entonces.

—¿Te irás? —preguntó ella.

—Lo haré si me lo pides. Pero preferiría ayudar también. —No había ningún reproche en su voz.

Laura ya se había adelantado.

—Jack —dijo—. ¡He venido a ayudar!

El exhausto sacerdote volvió la cabeza y levantó el farol.

—¿Eres tú, Laura? —pregunto, sorprendido—. ¿Qué haces aquí? Más vale que te vayas, es muy peligroso.

—Pero es que quiero ayudarte, Jack. ¡Por favor, déjame! No he venido sola. El señor Vannicock me ha acompañado. Él también echará una mano, si es que no se ha ido ya. ¡Señor Vannicock!

El joven teniente se acercó con cautela. El señor Maumbry lo saludó formalmente y al punto reanudó su tarea.

—Creía que el regimiento se había marchado a Bristol —dijo.

—Así es. Pero he vuelto para ocuparme de unos asuntos.

Los recién llegados se pusieron manos a la obra. Vannicock dejó en el suelo el bolso donde Laura llevaba sus artículos de tocador. El hombre de la carretilla no tardó en regresar con otro cargamento, y así siguieron por espacio de media hora, hasta que un cochero salió de las sombras.

—Disculpe, señor —le susurró a Vannicock—. Llevo tanto tiempo esperando en Mellstock Hill que al final me he acercado hasta el cruce, y al ver la luz he venido corriendo para ver qué pasaba.

El teniente le dijo que esperase unos minutos, hasta que terminaran de descargar la última carretilla. El señor Maumbry se estiró y respiró con fuerza.

—Bueno, ya no podemos hacer nada más.

Un dolor muy intenso pareció apoderarse de él al concluir el esfuerzo. Se llevó las manos a los costados y se dobló hacia delante.

—¡Ay! Creo que por fin me ha vencido —dijo con dificultad—. Tengo que volver a casa. Deja que el señor Vannicock te acompañe, Laura.

Dio unos pasos, ayudado por ellos, pero tuvo que sentarse en la hierba.

—Me temo que voy a necesitar una camilla —dijo con voz muy débil—. O tendréis que llevarme en la carretilla.

Pero Vannicock había llamado al cochero, y esperaron hasta que el coche llegó al cruce más cercano. Instalaron al enfermo, Laura subió con él y se fueron a su modesta vivienda cerca de Durnover Cross, donde acostaron a Maumbry.

Vannicock se quedó un rato esperando en el coche, y, al ver que Laura no volvía, le dijo al cochero que lo llevase a Ivell.

VII

El señor Maumbry había llegado al límite de sus fuerzas en el intento de aliviar el sufrimiento de los enfermos, y cayó víctima de la plaga —una de las últimas— que ya se había cobrado tantas vidas. Dos días más tarde yacía en su ataúd.

Laura estaba en la sala de estar. Un criado le llevó varias cartas, y ella las miró por encima. Uno de los sobres era la nota que le había escrito a Maumbry para explicarle que no soportaba más la vida con él y que iba a fugarse con Vannicock. Después de releer la carta, la llevó al piso de arriba, donde estaba el difunto, y la depositó en el féretro. Al día siguiente enterraron a Maumbry.

Laura era libre.

Cerró su casa en Durnover Cross y regresó a su alojamiento en Creston. Pronto recibió una carta de Vannicock, y seis semanas después de la muerte de su marido, su amante volvió a verla.

—Se me olvidó devolverte esto, esa noche —dijo él, entregándole el bolso donde ella llevaba todas sus cosas para la huida.

Laura lo cogió y se le cayó sin querer. Su cepillo, su peine, sus zapatillas, su camisón y otros pequeños objetos necesarios para un viaje se desperdigaron sobre la alfombra. Le parecieron siniestros, y trató de ocultarlos.

—Ahora puedo pedirte que seas mía legalmente, cuando haya pasado un tiempo prudencial —dijo Vannicock.

Habló con languidez, como si lo dijera por obligación. Laura recogió los objetos del suelo y contestó que sin duda podía pedírselo, puesto que ya era libre. Sin embargo, a juzgar por su expresión, no podía decirse que su respuesta fuese ardiente. Empezó a parpadear y se cubrió el rostro con el pañuelo. Rompió a llorar con violencia.

Él no se movió ni trató de consolarla. ¿Qué los separaba? Ninguna persona viva. Habían sido amantes. No quedaba ningún obstáculo material para su unión. Pero allí estaba la sombra del hombre ajeno a su aventura, su silueta delgada junto al caldero fantasmal en la oscuridad del páramo de Durnover.

Pese a todo, Vannicock siguió pasando a visitar a Laura cuando iba a Creston, cosa que no hacía muy a menudo. Dos años más tarde, como a propósito para propiciar el matrimonio que todo el mundo esperaba, el regimiento de infantería regresó a Budmouth Regis.

A raíz de esto no podían evitar encontrarse de vez en cuando. Pero ya fuese porque el obstáculo hubiera sido el origen de su amor, o por la sensación de haberse equivocado, o porque la señora Maumbry no parecía tan atractiva ahora que estaba viuda, los sentimientos del uno por el otro perdieron la incandescencia de otros tiempos, hasta convertirse en mera y tibia cortesía. El hombre del mirador nunca supo qué acontecimientos familiares sobrevinieron a Vannicock, si bien la señora Maumbry vivió y murió siendo viuda.

La cena espera

I

Quien se hubiera fijado en el pequeño agricultor que esa tarde de octubre de hace cincuenta años se encontraba en el jardín del hidalgo Everard, podría haber pensado, a primera vista, que estaba merodeando por pura curiosidad. La vidriera de cinco paneles que cubría la fachada de la casa solariega estaba al descubierto, sin postigos ni cortinas, por lo que desde fuera podía escudriñarse hasta el último rincón de la estancia. Como es natural, no se esperaba a nadie en el jardín tras la caída de la noche.

Dos personas ocupaban la sala que un par de ojos observaban atentamente desde el otro lado de la ventana. Estaban en la mesa, disfrutando del postre, después de que se hubiera retirado el mantel, como era costumbre antiguamente. La fruta procedía de los alrededores: manzanas, peras, nueces y otras especies del verano que la finca presumía de cultivar. Había también cerveza fuerte y ron, y algo de vino. La decoración del comedor era sencilla y hogareña, incluso para esa época, como correspondía a la residencia de los pequeños propietarios rurales, sin demasiada riqueza o ambiciones, que por aquel entonces constituía una clase numerosa, hoy desbancada en buena parte por los grandes terratenientes.

Uno de los comensales era una joven dama, ataviada con un vestido de muselina blanca, que escuchaba con un punto de impaciencia los comentarios de su acompañante, un hombre rubicundo al que cualquiera habría podido identificar como su padre. El que observaba desde el jardín no daba muestras de querermarcharse, pues saltaba a la vista que las cosas no eran tan sencillas como podían parecer. El agricultor, un hombre alto, no estaba allí por accidente. Se había apostado adrede en el tronco de un árbol, de tal forma que si alguien pasaba por el camino, al otro lado de la verja, incluso si cruzaba el césped para acercarse a la puerta, no pudiera verlo, aun cuando la verja estaba cerca y los jardines no eran mucho más grandes que un cercado para caballos. Había aún en el cielo la suficiente claridad, a poniente, para iluminar un lado del rostro del hombre y dejar ver su admirable perfil recortado contra el tronco del árbol que tenía a sus espaldas; y también para revelar que la casa, sin ser imponente, era una recia construcción de piedra de ese estilo imperecedero en la campiña inglesa: un edificio isabelino con dinteles y parteluces en las ventanas.

El césped, aunque algo descuidado, seguía teniendo la altura de un campo de bolos, tal como fuera en otro tiempo, y el resplandor de las velas segaba la hierba que crecía delante de la ventana, extendiéndose sobre ellas casi hasta rozar la cara del intruso.

Una de las dos personas que estaban en el comedor daba muestras de albergar las mismas intenciones ocultas que el hombre agazapado bajo el árbol. Era evidente que

los pensamientos de la muchacha atravesaban la ventana para adentrarse en las sombras, tal como los del merodeador observaban lo que ocurría dentro de la casa; mejor dicho, casi podía decirse que ella era consciente de la presencia del joven en el jardín. La impaciencia la llevaba a dar golpecitos con los pies en la alfombra, sin hacer ruido, y en más de una ocasión se levantó para alejarse de la mesa. Su padre se lo impedía, poniéndole una mano en el hombro y obligándola a sentarse sin miramientos, hasta que él acabara de decir lo que estaba diciendo. Las respuestas de la hija eran breves, y había en sus sonrisas una falsa expresión de aquiescencia a las opiniones paternas. Una de las hojas de la ventana, entre dos parteluces, estaba abierta, y de vez en cuando llegaban al exterior algunas palabras del diálogo.

—Y eso de las tuberías. ¿Cómo voy a poner tuberías? Las tuberías no cuestan mucho, es verdad, pero abrir las zanjas sale por un ojo de la cara. Y además están las verjas, hay que embutirlas en postes de piedra, para que aguanten hasta la cosecha. —La voz del propietario estaba muy marcada por el acento local, y hablaba como los campesinos que trabajaban en sus tierras.

El paisaje se fue oscureciendo poco a poco, y la figura del joven pareció fundirse con el tronco del árbol. Las estrellas pequeñas salpicaban el cielo entre las más grandes, las nebulosas entre las pequeñas, y la voz de los árboles se apagó casi por completo; si algún ruido se oía, era el de la cascada de un arroyo que cruzaba el bosque por el lado norte del jardín.

La muchacha se levantó por fin, con intención de retirarse.

—Tengo algo que hacer, papá —dijo—. Tardaré un rato en pasar a la sala de estar.

—Muy bien —contestó el padre—. En tal caso no me andaré con prisas. —Y, cuando su hija cerró la puerta, cogió las licoreras y se acomodó en su asiento.

Tres minutos más tarde la silueta de una mujer se dibujó en la ventana de la sala de estar, pasó al zaguán por una puerta y salió a los jardines. Se cuidó de no acercarse a la ventana del comedor, si bien el resplandor que salía de dentro fue suficiente para iluminar algunas partes del mismo vestido ligero que llevaba cuando estaba en la mesa, cubierto ahora por una capa oscura. Se había ceñido la capucha con una cinta, de tal modo que la cara parecía muy menuda, como la de un recién nacido, y más adorable que antes.

Se acercó sin vacilación al árbol donde estaba oculto el joven, que la estrechó en sus brazos nada más verla. La manera de encontrarse y abrazarse, sin ser ni mucho menos formal, tampoco era apasionada. Se advertía en sus movimientos que estaban acostumbrados a repetir este comportamiento muy a menudo, y lo hacían casi sin darse cuenta. Sin separarse del joven, la muchacha se volvió para mirar hacia la ventana, lo mismo que él, y se apoyó en su hombro. Los dos guardaban silencio, como absortos en sus propios y diferentes pensamientos.

—Me has hecho esperar mucho, querida Christine —dijo él por fin—. Quería hablarte de un asunto importante; si no, me habría marchado antes. ¿Cómo es que cenáis tan tarde?

—Mi padre ha estado fuera todo el día, y tuvimos que retrasar la cena hasta las seis. Sé que te he hecho esperar, pero es que a veces no puedo evitarlo, Nicholas, si no quiero correr riesgos. Mi pobre padre se empeña en contarme sus cuitas. Desde que se marchó mi hermano no tiene a nadie más, y esta noche estaba especialmente pesado con las cosas de siempre: que si las tuberías y los arrendatarios y la gente del pueblo. Tengo que llevarlo a Londres. Se está volviendo muy corto de miras, porque nunca sale de aquí.

—¿Y qué le has dicho?

—Bueno, me he puesto de parte de los arrendatarios, como es natural y como corresponde a una mujer enamorada de uno de ellos. —A estas palabras siguió una pequeña interrupción, causada por un suspiro contenido.

—¿Te arrepientes de haberle dado esperanzas a este enamorado?

—Claro que no, Nicholas… ¿De qué querías hablarme?

—Sé que te arrepientes, al ver que va pasando el tiempo y todo sigue igual, sin perspectivas de cambio, y que tu enamorado va perdiendo su frescura. Ten en cuenta que este noviazgo secreto dura ya tres años, desde que cumpliste los dieciséis.

—Sí; eso es mucho tiempo.

—Y yo soy un hombre inculto y tosco, que nunca ha visto Londres y no sabe nada del mundo.

—No eres inculto, querido Nicholas. Solo poco viajado y sin experiencia social, si quieres —dijo ella, con una sonrisa—. Sí, he suspirado, pero no porque me arrepienta de ser tu prometida. Lo que lamento, a veces, es que no hayamos sido capaces de cumplir del todo con nuestro plan, del que estos encuentros solo son una parte. Tú dijiste, Nicholas, que, si te juraba fidelidad, te marcharías a viajar, verías países y gentes y ciudades, que llevarías contigo a un profesor y estudiarías el arte y los libros al tiempo que a los hombres y sus costumbres; y luego volverías, al cabo de dos años, cuando yo estuviera segura de que mi padre no se mostraría reacio a aceptarte como yerno. Dijiste que me pedías ese compromiso porque así te sentirías más tranquilo cuando estuvieras lejos, y eso te ayudaría a concentrarte en el estudio, mientras que si te marchabas con la idea de que éramos solo amantes, te consumirías de angustia pensando en cómo ibas a encontrarme a tu regreso. A mí me pareció muy razonable, y te hice un juramento solemne. Pero en lugar de marcharte a ver el mundo, te has quedado aquí viéndome a mí.

—¿Es que no quieres verme?

—Sí… no… no es eso. Es que últimamente empiezo a tener miedo de las cosas que hago cuando no estoy contigo. Me parece muy mezquino no decirle a mi padre que tengo novio, y muy cerca. Si no estuvieras aquí, mi conducta no sería tan traidora. No me sentiría tan incómoda frente a la realidad. Serías para mí un sueño agradable al que entregarme con libertad y sin remordimientos de conciencia, y viviría con la esperanza de verte regresar plenamente capacitado para pedir mi mano sin temor. Ya está, te he dicho toda la verdad.

Esta vez fue él quien suspiró con tristeza.

—Sí, ésos eran mis planes, como dices. Mi intención era marcharme en cuanto tuviera tu promesa. Pero, querida Christine, no tuve en cuenta un par de cosas. No sabía lo mucho que iba a costarme estar lejos de ti. Y tampoco sabía que mi tío, que es un tacaño (¡Dios me perdone por decir eso!), iba a negarse rotundamente a adelantarme el dinero necesario. Viajar con un buen tutor cuesta una fortuna. ¡No tienes idea de lo caro que es!

—Pero yo te dije que conseguiría el dinero.

—Bueno, ahí has puesto el dedo en la llaga. Si te soy sincero, querida, prefiero seguir siendo un bruto antes que aceptar tu dinero.

—Pero ¿por qué? Los hombres siempre aceptan el dinero de las mujeres con las que se casan.

—Sí, pero cuando se han casado. Ningún hombre de bien querría tocar tu dinero en este momento, y yo me sentiría muy mezquino si lo hiciese, dadas las circunstancias. Eso me lleva a lo que quería proponerte. Aunque, pensándolo bien, ya te lo contaré otro día.

—¡Yo estoy dispuesta a correr con los gastos y tú no me lo permites! Ese dinero es mío: me lo dejó mi abuelo. No es de mi padre.

Nicholas, con una risa forzada, estrechó la mano de Christine.

—Hay más razones para no irme —dijo—. ¿Qué sería de la granja de mi tío? Tiene seiscientos acres en esta parroquia y quinientos en la contigua. Hay que pasarse el día yendo y viniendo, y él no puede estar en dos sitios a la vez. De todos modos, eso podría resolverse, si no fuera por otras cosas. Además, querida, no me marcharía tranquilo, aunque cuento con tu promesa, de que alguien no te me robara.

—Eso tendrías que haberlo pensado antes. Parece que me he comprometido para nada.

—Sí, tendría que haberlo pensado antes —contestó con gravedad—. Pero no lo pensé. Ha sido un error, y lo reconozco sin rodeos. ¡Si tú te comprometieras un poco más, yo podría superar esa dificultad! Pero no voy a pedírtelo. No sabes lo mucho que significas para mí; si lo supieras no hablarías con tanta frialdad. No quiero tus bienes, solo te quiero a ti. ¡Ojalá no tuvieras un solo céntimo, más que el que yo pudiera ofrecerte!

—Pues yo no quiero eso —murmuró ella.

—Yo sí, porque eso facilitaría mucho lo que pensaba proponerte. Pero no voy a proponerte nada, aunque he venido expresamente para eso, ahora que me has hablado con sinceridad.

—No digas bobadas, Nic. Vamos, dímelo. ¿Cómo eres tan quisquilloso?

—Muy bien, mira esto, Christine. —Se sacó del bolsillo un papel. Lo desplegó, y un sello apareció al pie del escrito.

—¿Qué es? —preguntó ella, alejando el papel, para verlo a la luz de la ventana—. Solo veo que está escrito en letra antigua… Pero ¡si son nuestros nombres! ¿No será

la licencia matrimonial?

—Exactamente.

Christine se echó a temblar.

—¡Ay, Nic! ¿Cómo has podido hacer esto sin decirme una palabra?

—¿Cómo iba a decírtelo? Hasta ahora nunca me habías hablado con tanta franqueza. Lo hemos sido todo el uno para el otro estos dos últimos años, y se me ocurrió proponerte que nos casáramos en secreto, antes de mi partida. Yo iría a la iglesia con mi bolsa de viaje, y tú tendrías que volver a casa sola. No sería un comienzo tan brillante para mi aventura como lo habíamos planeado, y me vería obligado a hacer algunos cambios al principio, pero contaría con la ventaja de que, al saber que te tengo, podría entregarme a trabajar con ánimo y decisión, como debe ser. Y ahora no me atrevo a pedírtelo.

Christine no respondió. El documento daba un cariz tan real a la aventura con la que ella llevaba años jugando tan solo como un sueño vago que, a decir verdad, se había asustado un poco.

—¡No sé qué decir! —contestó al fin.

—¡Ah, querida mía, te estás cansando de mí!

—No, Nic —dijo, acercándose a él—. No es verdad. Palabra de honor que no, Nic.

—No soy más que un pequeño agricultor —continuó Nic, sin prestar atención a las palabras de ella—. Y tú… tú eres la hija de… no diré de una de las familias más antiguas, porque eso es absurdo, puesto que todas las familias tienen la misma antigüedad, pero sí de una de las familias más conocidas en los alrededores, tanto que su apellido ha dado nombre al lugar.

—¡Eso no es gran cosa, lamento decir! Mi pobre hermano… Pero no quiero hablar de eso… Bueno —murmuró Christine con intención, tras una pausa—, es verdad que no tendrías por qué sentirte intranquilo si hiciéramos lo que propones. Me tendrías bien segura en tu trampa. ¡No podría escaparme!

—¡Eso es! —exclamó Nicholas con vehemencia—. Es una trampa; así lo sentirías, y no podrías alejarte de mí por más que lo quisieras. ¡Ah, si te lo hubiese pedido hace dos años, habrías dicho que sí sin vacilar! Pero entonces pensé que no debía pedirte en matrimonio hasta haber vuelto convertido en un hombre más digno.

—Te has enfadado. Te has tomado en serio lo que yo he dicho solo en broma. ¡Parece mentira que no me conozcas! Para que veas que no te has equivocado conmigo, soy yo quien te hace la propuesta. Me casaré contigo, querido Nicholas, mañana por la mañana.

—Siento haber insistido tanto, no está bien que…

—¡No, no, no! —protestó Christine, y algo en su tono de voz reveló que estaba dispuesta a demostrar su valía sin oponer resistencia—. Tómame como esposa mientras esté de buen humor. ¿Para qué iglesia es la licencia?

—No lo he mirado. ¡Vaya, es para nuestra parroquia! ¡No nos sirve! No podemos

casarnos aquí.

—Sí que podemos. Y así lo haremos, si tú estás allí.

—¡Pues claro que estaré!

Decidieron que él la esperaría en el pórtico la mañana siguiente, a las ocho menos diez, y que inmediatamente después de que concluyera la ceremonia que los convertiría en marido y mujer él emprendería su viaje educativo, y ella correría con todos los gastos, para lo cual llevaría a la iglesia una suma de dinero sustancial. Christine se fue tal como había venido, y Nicholas volvió a su casa.

II

En lugar de salir por la cancela, Nicholas saltó la tapia y se alejó entre los árboles camino del río. Fue entonces, en su andar solitario, cuando por primera vez se reveló en su apariencia que no era del todo digno de aquella mujer. Llevaba unas botas de agua que le llegaban por encima de las rodillas y, en vez de buscar un puente para cruzar el Froom —así se llamaba el río—, fue derecho al punto de donde procedía el rugido que a esa hora de la noche era la única prueba de la existencia de este curso de agua. Se detuvo a orillas de la cascada responsable del ruido, se metió en el agua y la atravesó con paso seguro, como quien conoce a la perfección el terreno que pisa, a pesar de que la oscuridad era casi completa bajo las copas de los árboles, y un paso en falso podía precipitarlo a la poza. En cuanto alcanzó la otra orilla, siguió adelante en línea recta por el valle, surcado de pequeños arroyos tributarios de aquel río principal, que antiguamente eran infranqueables y hoy todavía lo son en invierno. Varias veces tuvo que atravesar un barranco pasando por encima de un tablón no más ancho que una mano; en otra ocasión se abrió paso entre las matas de espadaña, ajeno a las ciénagas en las que podía hundirse con solo desviarse unos pasos a la izquierda o a la derecha. Por fin llegó a tierra firme, al otro lado de este humedal, y entró en su casa, una granja corriente construida detrás del cerro de Elsenford, con sus característicos jadeos, eructos, ronquidos, tintineos de cencerros y otros rasgos característicos de una casa de labor.

Mientras Nicholas Long hacía el equipaje en un cuarto de la granja, la señorita Christine Everard estaba delante de su escritorio, en su habitación de la casa solariega de Froom-Everard, contemplando la luz de las velas.

—¡Tengo que hacerlo! —susurró—. ¡No debería haber empezado si no estaba dispuesta a llegar hasta el final! Supongo que lo llevamos en la sangre. —Se refería a una circunstancia ignorada por su amante: el matrimonio clandestino de una tía suya en parecidas circunstancias. En pocos minutos había redactado la siguiente nota:

13 de octubre de 183…

Estimado señor Bealand:

¿Podríamos vernos en la iglesia mañana a las ocho? Le propongo esta hora, aun cuando sé que es muy

temprano, porque más tarde me será difícil. Me encontrará en el presbiterio, si puede usted venir. Bastará con que responda sí o no y me haga llegar su contestación con el portador de este escrito.

Christine Everard

Envió de inmediato la nota al párroco, y esperó en una puerta lateral hasta que oyó los pasos del sirviente que regresaba por el sendero y entraba poco después en el pasillo. El cura se había tomado la molestia de escribir una línea, en la que le aseguraba que allí estaría esperándola con mucho gusto.

La densa niebla con que amaneció el día siguiente se reveló muy propicia para los planes de la pareja. En aquel momento del siglo, la casa de Froom-Everard no había sufrido cambios ni ampliaciones. La calzada pasaba justo al pie de sus muros, y una puerta en una de las salas antiguas —la sala sur, como entonces se llamaba— comunicaba directamente con el camino del pueblo. Christine salió por esta puerta y un poco más adelante tomó un sendero que bordeaba un sembrado, por donde podía llegar a la iglesia discretamente. Incluso evitó entrar en el cementerio, y siguió hasta un punto donde la turba formaba un montículo al pie de la tapia de escasa altura, para trepar por allí y saltar al otro lado. Sorteando las tumbas húmedas llegó al pórtico. Allí estaba Nicholas, con su petate en la mano. El joven besó a Christine con aire sorprendido, como si en cierto modo esperase que a ella pudiera fallarle el ánimo en el último momento.

Aunque no fuera el caso, Christine no daba muestras de demasiado ardor: simplemente seguía la inercia de un impulso previo. Entraron juntos en la nave, donde las vidrieras de color verde botella apenas permitían el paso de la luz a esa hora de la mañana, y en este ambiente se detuvieron en silencio delante del altar, mientras las faldas de Christine temblaban visiblemente con cada latido de su corazón.

Se oyeron rápidas pisadas en la gravilla, y el señor Bealand entró en la iglesia. Era un hombre callado, muy cortés con Christine, y al no reconocer a Nicholas a primera vista como un pequeño agricultor de los alrededores (porque el joven vivía en la parroquia contigua), se acercó a la muchacha sin traslucir ninguna sorpresa por su extraña petición. Lo cierto es que el cura sí estaba sorprendido, pues el vivo interés que hoy manifiestan algunas mujeres por las festividades religiosas y la ornamentación de las iglesias era desconocido en esa época.

—Buenos días —dijo. Y en un tono más mecánico dirigió a Nicholas el mismo saludo.

—Buenos días —contestó Christine con gravedad—. Señor Bealand, tengo una razón importante para haberle pedido que venga. Queremos que nos case.

La mirada del cura se endureció y se fijó en un punto comprendido entre los dos jóvenes, sin posarse especialmente en ninguno, y por unos momentos no se movió ni contestó.

—¡Ah! —dijo por fin.

—Estamos preparados.

—No sabía que…

—Lo hemos guardado en secreto —explicó Christine tranquilamente.

—¿Dónde están los testigos?

—Están fuera, señor. En el prado. Puedo avisarlos enseguida —dijo Nicholas.

—Ah, usted es el señor Nicholas Long —dijo el sacerdote, y se volvió a Christine —. ¿Lo sabe su padre?

—¿Es necesario que conteste a esa pregunta, señor Bealand?

—Me temo que es… muy necesario.

Christine se mostró entonces preocupada.

—¿Tienen la licencia? —preguntó el señor Bealand—. Ya que no se han publicado las amonestaciones…

Nicholas se la dio, y el sacerdote tardó varios minutos en leerla —o al menos eso hizo que pareciese—, hasta que Christine lo interrumpió con impaciencia.

—Estamos listos, señor Bealand. ¿Quiere hacer el favor de empezar? El señor Long tiene que emprender un largo viaje hoy mismo.

—¿Y usted?

—No. Yo me quedo.

El señor Bealand se mostró firme.

—Esto no está bien. No puedo casarlos si su padre de usted no está presente.

—¿Tiene usted derecho a negarse? —dijo Nicholas—. Tengo entendido que podemos exigirle que acceda a nuestra petición.

—¡No, no pueden! ¿Es mayor de edad la señorita Everard? Creo que no. Me parece que aún le faltan unos meses. ¿No es así, señorita Everard?

—¿Estoy obligada a decírselo?

—Naturalmente. En todo caso está obligada a escribirlo en ese documento. Entretanto, me niego a celebrar el matrimonio. Y permítanme que les aconseje que no tomen una decisión tan precipitada. Aunque fueran ustedes a una iglesia donde nadie los conozca, terminarán por descubrirlos. La tragedia del matrimonio…

—¿Tragedia?

—Desde luego. El matrimonio está lleno de crisis y de catástrofes, y concluye con la muerte de una de las partes. La tragedia del matrimonio, como iba diciendo, es algo en lo que yo no tomaré parte, a la vista de la ligereza con que ustedes pretenden formalizarlo, y me veo en la obligación de poner al corriente a su padre, señorita Everard. ¡Piénselo bien, se lo ruego! Recuerde el refrán: «Cásate con prisa y arrepiéntete despacio».

Disgustada por la negativa, Christine poco menos que le armó un escándalo. Nicholas imploró, pero nada hizo que el obstinado párroco diese su brazo a torcer. Ella se sentó a reflexionar y al cabo de unos momentos se dirigió al señor Bealand.

—Veo que no nos casaremos esta mañana —dijo—. Hágame un favor, y a cambio le prometo no precipitarme en nada. No le diga a mi padre ni una sola palabra de esto.

—De acuerdo, si no piensa usted fugarse.

Los jóvenes se miraron.

—¿Tú quieres que me fugue, Nic?

—No.

Así quedó acordado, y cada cual salió de la iglesia por su lado. Nicholas fue el último en salir y cerrar la puerta. Mientras volvía a casa, con el petate que ya no iría a ninguna parte, dos hombres que estaban reparando las acequias en los prados se acercaron al seto, como si estuvieran alerta.

—¿No dijo usted que nos llamaría para la boda, señor?

—Sí, pero ya no hace falta —contestó Nicholas, desde el otro lado del seto.

III

En una finca, no lejos de allí, vivía una extraña y primitiva pareja que recientemente había sido bendecida con un hijo y heredero. El bautizo se celebró esa misma semana y se dio un banquete para todos los vecinos de la parroquia. El padre de Christine, que era de la misma generación que los anfitriones, fue invitado a la celebración, y Christine lo acompañó, como es natural.

Cuando llegaron a Athelhall, como se llamaba la casa, encontraron que ésta, normalmente muy tranquila, ofrecía un espectáculo muy animado. Se habían dispuesto las mesas en una de las dependencias que daba su nombre al conjunto del edificio —el zaguán, propiamente dicho[1]—, cubierto por una estructura de vigas de madera que formaba una oscura techumbre de roble. Arrendatarios de todas las edades se habían juntado allí con sus mujeres y sus familias, y los hijos de los invitados ayudaban a los criados a servir el convite. Christine colaboró como todos los demás.

Iba con un plato en cada mano, hacia una enorme fuente de pudin de arroz de la que un lacayo estaba sirviendo con un cucharón, cuando oyó que alguien decía a sus espaldas:

—Permítame que la ayude.

Volvió la cabeza y reconoció al sobrino del anfitrión, un joven de Londres con el que ya había coincidido en dos o tres ocasiones. Aceptó su ofrecimiento y, desde entonces, cada vez que se cruzaban en sus idas y venidas, él le sonreía. Cuando terminaron de servir la comida, el joven mejoró sus escuetos comentarios con una leve conversación. Se veía a las claras que se sentía atraído por la belleza de Christine.

Bellston era un muchacho seguro de sí, no especialmente apuesto, incluso más rubicundo que Nicholas. Se había sonrojado al llamar la atención de Christine, pero no por nerviosismo, sino más bien como si aquel rubor fuera fruto de un sentimiento de ira reprimida, y hasta cuando sonreía era difícil desterrar esta impresión.

El sol del otoño que entraba por las ventanas iluminaba los hombros y las cabezas

de los venerables patriarcas de la comarca, y también a los jóvenes y a las personas de mediana edad, hombres y mujeres que habían interpretado o se disponían a interpretar, en aquel rincón del mundo civilizado, tragedias o tragicomedias no menos grandes en lo sustancial que esas otras que se escenificaban en los escenarios más importantes, donde se concentra la atención del mundo. Entre los invitados se encontraba una prima de Nicholas Long, con su marido y sus hijos.

Con ánimo de armonizar con la gente del lugar, el señor Bellston le dijo a su compañera:

—¡Qué bien sienta ver cómo disfrutan estos sencillos campesinos!

—¡Ah, señor Bellston! —exclamó ella—. ¡No esté usted tan seguro de que sean «sencillos»! ¡No se hace usted una idea de lo que saben y lo que piensan! Sus razonamientos y sus emociones son tan complicados como los nuestros.

Habló con una vehemencia desconocida en sus palabras, salvo cuando se referían a su relación con Nicholas. Esta sensación no la abandonaría desde ese momento, causándole un indecible desánimo. El joven, sin embargo, le dio la razón.

—Me alegra que diga eso —contestó con cordialidad—. Solo quería sintonizar con el ánimo de los demás. La verdad es que tengo más conocimiento de los partos, los medas y los habitantes de Mesopotamia (prácticamente de cualquier pueblo) que de los campesinos ingleses. Mi profesión son los viajes y las exploraciones, no el estudio del campesinado británico.

Viajes. La coincidencia de esta revelación con el plan que ella había instado a seguir a su amante bastó para que Christine recibiera con interés la descripción que el joven hacía de sí mismo. Quizá pudiera decirle algo que a Nicholas le fuera útil si finalmente lograban hacer su sueño realidad. Una puerta comunicaba el zaguán con los jardines, y, sin saber cómo, Christine se encontró fuera, conversando con Bellston sobre estas cuestiones, hasta que terminó pensando que, en conjunto, aquel joven le parecía muy agradable. Puesto que era el sobrino del dueño, Bellston la llevó a dar un paseo, como si los jardines fuesen de su propiedad, y andando entre los crisantemos y las caléndulas cruzaron la puerta que daba al huerto. Había un invernadero abierto, y el joven fue a cortar un racimo de uvas para Christine.

—¡Qué descarado es usted! Esas uvas son de su tío.

—A él no le molesta. Yo hago lo que quiero en esta casa. Es un vejete un poco tosco, ¿verdad?

Christine estaba pensando en su Nic, y se dijo que nada tenía que envidiar a aquel muchacho en delicadeza e inteligencia. Sin embargo, la armonía existencial que Christine encontraba en las pequeñas cosas hizo que Nicholas se le apareciera en ese instante bajo un barniz distinto y extraño. Idealizado por la luz de la luna o por miles de kilómetros de distancia, su prometido era un objeto mucho más romántico para una mujer que aquel hombre tan refinado, si bien bajo el sol de la tarde y en compañía de otras personas, el señor Bellston resultaba una compañía muy tolerable.

Al volver al zaguán, Bellston la invitó a que lo siguiera por una escalera de

caracol abierta en el muro, que conducía a un pasillo y a una galería desde donde podían contemplar lo que ocurría en la planta baja. Los invitados habían dado cuenta del banquete, el recién nacido había pasado de mano en mano, y, tras intercambiar unas palabras, con mucho barullo, la prima de Nicholas, su marido y sus hijos, salieron al prado en compañía de los demás. Se oyó entonces una voz que llamaba:

—¡Eh, Jim! ¿Dónde estás? —Era el tío de Bellston. El joven bajó y Christine lo siguió sin apresurarse.

—¿Tendrás la bondad —continuó el señor de la casa— de organizar un baile que todos conozcan? Estoy reventado, y me gustaría charlar un rato con el señor Everard, antes de sumarnos al baile, ¿eh, Everard? Son un poco tímidos, hasta que se les da pie, pero una vez que empiezan no hay quien los pare.

—Eso es verdad —asintió el señor Everard.

Fueron todos al prado, y resultó que James Bellston era tan tímido como los demás, por no decir reacio, a servir de modelo de inspiración. Al banquete solo había asistido gente de la parroquia, pero los vecinos de los alrededores se acercaban ahora para participar en el baile.

—Quieren bailar *Dale fuerte al arado* —dijo Bellston, que tras haberse alejado un momento regresó sin aliento—. Debe de ser un baile campesino. Apiádese de mí, señorita Everard. Me dicen que me corresponde abrir el baile, y de eso tengo la misma idea que un recién nacido. ¿Querrá usted bailar con alguno de los lugareños? Solo hasta que se animen, según dice mi tío. ¿Por qué no baila con ese joven tan apuesto que está ahí? No sé cómo se llama, pero seguro que usted lo conoce. Y yo formaré la segunda pareja con alguna de las hijas del lechero.

Christine miró hacia donde señalaba Bellston y mudó de color, aunque nadie pareció darse cuenta.

—Ah, sí. Lo conozco —dijo con frialdad—. Vive cerca de aquí. Es el señor Nicholas Long.

—Estupendo. En tal caso, puede usted formar la primera pareja con él. Yo buscaré la mía.

—Creo que puedo ser su pareja, señor Bellston —dijo con cierto temor—. Conozco este baile, y puedo guiarlo a usted —se apresuró a explicar—. Sé que Nicholas también lo conoce, y así habrá al menos dos parejas que sepan seguir los pasos, que es lo mínimo necesario.

Bellston manifestó su agradecimiento con uno de sus característicos sonrojos de ira contenida, pues no se había atrevido a sugerir lo que ella le ofrecía espontáneamente. Y tras pedirle a Nicholas que formase pareja con la hija del lechero, se puso a la cabeza con Christine, al tiempo que Long se colocaba detrás. Nic tenía en su carácter oscuras y silenciosas profundidades, pero se limitó a mirar a Christine con un extraño brillo en los ojos al cruzarse su mirada con la de ella, sin dar ninguna otra muestra de que la había visto. Los músicos empezaron a tocar. Eran los famosos violinistas de Mellstock, que a cambio de licor en abundancia tocaban sin

tregua desde la caída de la tarde hasta el amanecer. Las parejas empezaron a dar vueltas y a cruzarse, y Nicholas se cogía de la mano de Christine cuando la figura así lo exigía, pero mientras que ella esperaba este momento para darle un pequeño apretón, él no le correspondía.

Christine tenía enormes dificultades para guiar a su pareja en medio de aquel laberinto, por lo terco que era Bellston, y cuando por fin llegaron a la cola, estaba sin aliento. Se paró a descansar y se quedó mirando a Nic y a su pareja, y aunque era cierto que sus sentimientos por él se habían enfriado decididamente en los últimos meses, su admiración despertó de repente. Nadie bailaba como él, ni hacía ninguna de esas cosas tan bien como él. Tanto le impresionó su actuación con la hija del lechero, que cuando terminó la canción se las arregló para acercarse.

—Nic, la próxima tienes que bailarla conmigo —dijo.

Él contestó que sí, y se lo pidió públicamente, levantándose el sombrero con mucha galantería. Christine se mostró un poco cohibida, y a Nic le pareció natural, cuando él la llevó hasta la cabeza de la fila, y una interminable hilera de parejas se formó a sus espaldas, como por arte de magia, en cuanto ellos ocuparon su lugar. El señor de la casa tenía razón al decir que aquellas gentes solo necesitaban un pequeño empujón.

—¿Cuál va a ser? —susurró Nicholas.

Christine se dirigió a la banda.

—*La luna de miel* —pidió.

Y comenzaron a interpretar la deliciosa melodía del siglo anterior que llevaba este nombre, y que quizá alguna vez se hubiera bailado mejor, pero nunca con más entusiasmo que aquella noche. La armonía completa que, debido a su relación, existía entre la pareja, daba a sus giros el ajuste perfecto de dos piezas engranadas en un mismo mecanismo. La exaltación del baile llevó a Christine a evocar la época en que Nic y ella apenas empezaban a amarse, y le hizo olvidar los temores y las ideas de transgresión de las normas sociales que empezaban a enturbiar su actual posición. Nicholas, por su parte, nunca había dejado de amarla, ninguna preocupación personal le había hecho tomar conciencia de estancamiento, monotonía o futilidad de ningún género en su admiración por Christine hasta la fecha.

—No te emociones tanto, Nic —le susurró ella—. Yo no tengo ningún reparo, pero se fijarán en nosotros. ¿Cómo es que has venido?

—Oí que estabas aquí, y decidí venir a propósito.

—¿Has venido andando?

—Sí. Si hubiera tenido que esperar a que mi tío me prestase un caballo no habría llegado a tiempo.

—Ocho kilómetros de ida y otros ocho de vuelta. Dieciséis en total. ¡Solo para bailar!

—Contigo. ¿Por qué has pedido *La luna de miel?*

—Bueno, se me ocurrió al verte. Habría sido real si no hubieras metido la pata

con la licencia y la hubieras pedido en otra iglesia.

—¿Quieres que volvamos a intentarlo?

—No. No lo sé. Tengo que pensarlo.

Los vecinos admiraban la gracia y la destreza de la pareja, y ellos lo notaban, aun cuando ignorasen lo que acompañaba a esta admiración, al menos en un aspecto.

—Si a alguno le extraña ver lo bien que bailan es porque no sabe lo que saben otros —le dijo un barquero al hombre que estaba a su lado—. Si lo supiera no se extrañaría tanto.

El compañero quiso saber a qué se refería.

—La verdad es que me cuesta creerlo, pero se dice por ahí que son marido y mujer. Por lo visto fueron a la iglesia una mañana y se casaron antes del amanecer. Pero de esto, ni media, ¿entendido? No quiero perder mi trabajo por difundir rumores si luego resulta que no son ciertos.

Cuando terminó el baile, Christine volvió con los invitados al bautizo. Su padre se había quedado con el anfitrión, fumando en un rincón. De buenas a primeras lo vio a su lado.

—Christine, no bailes demasiado con el joven Long. Te lo digo por prudencia; a la gente podría extrañarle, por tratarse de un pequeño agricultor. No te lo diría si él fuese un joven corriente, pero al ser superior a los demás te conviene tener cuidado.

—Sí, papá.

La sensación de que estaba engañando a su padre le aguó la fiesta. «Al fin y al cabo —pensó—, Nic es un joven de Elsenford, apuesto, capaz, y un vivo ejemplo de honradez; y yo soy una joven de la parroquia contigua que lo conoce desde siempre. ¿No es la cosa más natural del mundo que me case con él? ¿Y no es una absurda convención social pensar que nuestra unión no es conveniente?»

La osadía de esta reflexión, tan liberal, era quizá una muestra de debilidad, más que de fortaleza, en la pasión de Christine por Nic, que nunca hasta entonces había necesitado de argumentos ni de razonamientos de ninguna especie cuando era plena y arrebatada como al principio.

De vuelta a casa, con su padre, ya de noche, Christine iba muy callada. Pensaba en el largo camino que Nicholas tendría que hacer andando después del baile en el prado. El señor Everard, que se había quedado dormido, se despertó de golpe.

—¡Tengo algo que decirte, Chris! Lo había olvidado. Puede que ya lo sepas.

Ella dijo que no lo sabía, y se preguntó si su padre habría descubierto su secreto.

—Bueno, según «él», ya lo sabes. Pero te lo diré de todos modos. ¿Te has fijado en que el joven Jim Bellston me llevó a dar un paseo por el prado? El caso es que estuvimos andando un buen rato, y me comunicó que tenía intención de cortejarte. Como es natural, yo le dije que eso era cosa tuya, y contestó que tú estabas dispuesta, que le has dado esperanzas, al expresar tu preferencia de que fuera tu pareja en el baile. «En ese caso —le dije yo—, vaya y conquístela, entiéndase con ella, que yo no tengo ninguna objeción.» El pobre muchacho se mostró muy agradecido y, en

resumidas cuentas, ahí quedó la cosa. Mañana vendrá a pedirte en matrimonio.

Christine comprendió, con consternación, qué era lo que James Bellston había tomado por una muestra de aliento.

—Me ha malinterpretado por completo. Yo no tenía la menor idea de que fueran ésas sus intenciones.

—¿Cómo? ¿No lo aceptas?

—¡Sinceramente, no puedo!

—Chrissy —dijo el señor Everard con mucho énfasis—, no hay nadie con quien me agradaría más que te casaras. Es un joven muy listo, y de excelente posición. Ha viajado por todas las zonas templadas del mundo, pero dice que en cuanto se case contigo renunciará a sus aventuras para llevar una vida hogareña. No podrías estar en mejores manos.

—Eso es cierto. Es un buen partido; me ofrecería una buena posición y probablemente me sentiría muy segura a su lado.

—Entonces no seas caprichosa y dile que sí.

Christine había respondido de acuerdo con su conciencia y su entendimiento, y no por complacer a su padre. Como mujer reflexiva, pensaba que un matrimonio como aquél era una elección sensata. En lo grande, Nicholas era más afín a su carácter, pero en lo pequeño Bellston le parecía mucho más cercano, y la vida estaba hecha de cosas pequeñas.

El cielo se había vuelto negro para Nicholas Long, pese a la media hora de arrebato que Christine había pasado al verlo bailar con la hija del lechero. La mayoría de las grandes pasiones, movimientos y creencias —individuales y nacionales— estallan, justo antes de que comience su declive, en una renovada aunque efímera incandescencia que rivaliza con su esplendor original, y se extinguen luego rápidamente. Es posible que el baile avivase la última llamarada del amor de Christine, y que con ello consumiera, sin ninguna previsión, todo el ardor que pudiera sentir en el futuro, y que en adelante no quedase en su corazón nada más que frialdad.

¡Nicholas había sido muy torpe al solicitar esa licencia!

IV

Esta laxitud emocional se vio reforzada por un incidente, dos días más tarde,cuando Christine acudió a una cita con Nicholas, en los Sallows, que ya habían acordado antes del baile. Los Sallows eran una prolongación de los matorrales y los sembrados que bordeaban la ribera del Froom, próxima a los jardines de Froom-Everard, adonde se llegaba cruzando el río forzosamente por la cascada. Cerca de la orilla había un círculo de arbustos, y en su centro un tronco caído que en alguna ocasión había sido el lugar de encuentro de los enamorados, aun cuando no ofreciera un escondite seguro, y fue allí donde Christine se sentó a esperar a Nicholas.

El ruido del río amortiguaba los pasos y, antes de oír que Nicholas se acercaba, Christine lo vio meterse en el agua y cruzar la cascada.

La luz del mediodía, con sus sombras empequeñecidas, borraba siempre en el ánimo de la muchacha el aspecto romántico de su amor por Nicholas. Además, había ocurrido un suceso imprevisto que la llenaba de inquietud, y si alguna vez lamentó haber sucumbido a sus sentimientos —cosa que quizá nunca había llegado a hacer inequívocamente— fue en ese preciso instante. Sin embargo, en lo más hondo de su ser estaban hechos el uno para el otro, eran las mitades idénticas de un todo perfecto, y su amor era puro. Pero a esa hora del día las superficies tenían unos colores muy intensos y las profundidades quedaban oscurecidas. Es probable que la expresión de Christine delatara su arrepentimiento.

Nicholas se acercó, con las botas chorreando, y sin decir palabra tomó una mano de Christine entre las suyas y la miró a los ojos.

—¿Lo has pensado?

—¿Qué?

—Si lo intentamos de nuevo. ¿No te acuerdas de que en el baile dijiste que lo pensarías?

—¡Ah! ¡Se me había olvidado!

—¡Te arrepientes de que lo hayamos intentado! —dijo, en tono acusador.

—No me arrepiento de haberlo intentado sino de los rumores.

—¿Qué rumores?

—Dicen que nos hemos casado.

—¿Quién?

—No lo sé exactamente. He oído murmuraciones. Creo que un hombre se lo dijo a uno de los criados en el pueblo. Le contó que esa infortunada mañana de niebla pasó por delante del cementerio, muy temprano, y que oyó voces dentro de la iglesia. Se asomó por la vidriera para ver lo que pasaba, y nos vio con el señor Bealand. Luego pensó que sus conjeturas eran peligrosas y se fue corriendo. Y así ha circulado la noticia. Y además, tu tía…

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho?

—Se lo contaron, y dijo, con mucho orgullo: «Pues sí, es verdad. He visto la licencia. Pero no debe saberse por el momento».

—¿Que ha visto la licencia? ¿Cómo…?

—Por casualidad, creo. La encontró en tu abrigo.

Esta información, sumada al inoportuno «con mucho orgullo», hirió el amor propio de Nicholas. Sabía que su tía era muy capaz de alardear en casos así, pero peor aún era que Christine, por primera vez, manifestase a las claras que aquel matrimonio sería un motivo de orgullo para sus parientes, los únicos que él tenía en el mundo.

—Veo que te disgusta que te tomen por mi mujer, así que supongo que serlo te parecerá todavía peor —dijo, soltando la mano de Christine, que cayó como si no tuviera vida.

—No es eso exactamente, Nic. Pero me siento incómoda y humillada, porque después de haberme armado de valor y haberte demostrado mi fidelidad hasta el punto de ir contigo a la iglesia, lo has enredado todo tanto que al final no ha terminado ni en una cosa ni en otra. ¿Cómo voy a presentarme ante mis conocidos si no sé lo que piensan de mí?

—En ese caso, querida, deshagamos el entuerto. Me iré unos días, pediré otra licencia, y entonces podrás venir conmigo.

A Christine, ostensiblemente, la idea no le hizo ninguna gracia.

—No puedo volver a hacerlo. ¡Imposible! Además, se lo prometí al señor Bealand. ¿Cómo voy a seguir viéndote ahora que circula ese rumor? Seguro que nos vigilan.

—Pues no me veas.

—Creo que no debemos, por el momento. Además…

—¿Qué?

—Estoy muy abatida.

Las perspectivas no eran nada halagüeñas para Nicholas, tal como él mismo se las representaba. Incluso puede que se equivocara en su manera de interpretarlas, y que hubiera tenido que insistir, hasta convencer a Christine, para convertir el rumor en realidad. Para colmo de males, había venido corriendo entre zarzas y brezales, entre charcos y hierbajos, y tenía un aspecto lamentable y en absoluto favorecedor en aquella decorosa hora del día.

—¡Me acusas, te arrepientes de lo que has hecho, te arrepientes de haber reconocido tus sentimientos por mí!

—No, Nicholas, no me arrepiento de eso —dijo ella con dulzura, aunque con firmeza—. Pero creo que no tendrías que haber pedido esa licencia sin consultarme, y creo también que deberías haberte dado cuenta de lo que significa vivir aquí, en tu posición actual, sin hacer ningún esfuerzo por mejorarla. Yo soy capaz de afrontar lo que venga, porque no pienso que la ruina social sea la ruina personal, ni siquiera me parece una desgracia. Pero, como dice un poeta actual, al que he estado leyendo esta mañana, con mucho acierto:

> El mundo y sus caminos tienen cierto valor:
> y el insistir cuando entran en pugna
> no sería prudente. Es mejor esperar.[2]

En cuanto te di mi promesa, Nic, tendrías que haberte marchado, sí, para hacerte un nombre, y volver luego a pedir mi mano. Ése era el absurdo sueño infantil que yo tenía de mi héroe.

—¡Todavía estoy a tiempo! Pero ¿de verdad habrías preferido vivir lejos de mí, por la posición de nuestras familias, antes que correr el riesgo de verme por puro cariño? ¡Qué frío se ha vuelto tu corazón! ¡Si yo fuese un príncipe, y tú una ordeñadora, me enfrentaría al mundo entero!

—Tú no sabes cómo es la sociedad —dijo ella, negando con la cabeza—. No lo sabes.

—Es posible que no lo sepa. ¿Quién era ese caballero desconocido de unos veintisiete años que estaba en el bautizo del señor Bellston?

—Era su sobrino, James. Es un hombre que ha visto mucho mundo para su edad. Un gran viajero.

—Seguro que sí.

—De hecho es un explorador. Es muy ameno.

—No lo dudo.

Nicholas no sintió el aguijón de los celos al oír estos detalles. Conocía perfectamente a Christine, y sabía que no estaba enamorada de Bellston. De todos modos, preguntó si el joven tenía intención de continuar con sus viajes.

—No, si se asienta en la vida. De lo contrario, supongo que sí.

—Tal vez yo también pueda ser un gran explorador si me lo propongo.

—Estoy segura de que sí.

Se habían sentado lejos el uno del otro, y miraban vagamente a lo lejos, en vez de mirarse a los ojos. Así transcurrió la triste tarde de otoño junto a la cascada, cuyo rugido proclamaba con sarcasmo los ingratos momentos que se avecinaban. Todo era muy distinto de la primera vez que se vieron allí.

El pintoresco rincón parecía de pronto absurdo y vulgar. Los sentimientos de la pareja habían dado hasta entonces a cuanto los rodeaba un color tan vivo como el del mundo material, tal como hacen los sentimientos cuando la vida se piensa en lugar de vivirse. Nicholas seguía tan entregado como siempre a la hermosa Christine, mas, por desgracia, también él tenía sus altibajos y sus cambios de humor, y la brecha que se había abierto entre ambos no se cerraba.

Christine volvió a casa y fue derecha a su escritorio. Al momento, su padre entró en la sala de estar. Ella le dio el periódico, él lo cogió sin decir palabra, dio media vuelta, se detuvo en la alfombra de la chimenea y tiró el periódico al suelo.

—Christine, ¿qué es esa historia tan horrorosa? Estaba a punto de ir al registro.

Ella se quedó sin habla.

—¿Te has casado… con Nicholas Long?

—No, padre.

—¿No? ¿Puedes decir que no, a pesar de lo que me han contado?

—Sí.

—Pero ¿le enviaste una nota al párroco y fuiste a la iglesia?

Christine le explicó, brevemente, que el intento había fallado.

—¡Ah! Por eso bailabas así con él, ¿verdad? Me dejas… ¿Puedo preguntarte desde cuándo dura esto?

—¿Qué es esto?

—¡Qué va a ser! Pues que es tu pretendiente. Escúchame con atención. Bien está lo que bien acaba. De hoy en adelante, señorita, a partir de este momento, ese joven

no significará nada para ti. No volverás a verlo. ¡Cortarás con él inmediatamente! Ojalá su familia viviera en mis tierras, para poder echarlos de aquí. Sin embargo, le escribirás una carta para comunicárselo.

—¿Cómo voy a cortar con él?

—¿Y por qué no? ¡Es lo que tienes que hacer, hija mía!

—Bueno, aunque no me haya casado con él, le he dado mi palabra de ser su mujer, cuando vuelva del extranjero y pida mi mano. Sería perjurio faltar a mi promesa. Además, ninguna mujer puede ir con un hombre a la iglesia con el propósito de solemnizar su matrimonio y rechazarlo después sin que él haya hecho nada malo.

Al oírse pronunciar estas palabras con tanta convicción, Christine tomó conciencia de su significado con una intensidad mucho más viva de lo que imaginaba cuando solo eran un pensamiento sin formular. Y, cuando terminó de pronunciarlas, se arrodilló delante de su padre y se cubrió la cara.

—¡Por favor, por favor, perdóname, papá! ¡No sé cómo he podido hacerlo sin tu conocimiento! ¡No lo sé! ¡No lo sé!

Un momento después levantó la vista y vio que su padre, muy consternado, daba vueltas por la habitación.

—¡Estás a un paso de arruinar tu vida, la mía y la de todos! ¡Eres igual que tu hermano, por Dios!

—¡Quizá lo sea… sí… quizá lo sea!

—¡Cómo es posible que haya engendrado unos hijos tan tarambanas!

—Sé que está muy mal, pero Nicholas…

—¡Es un sinvergüenza!

—¡No es un sinvergüenza! —protestó ella—. Es tan bueno y tan digno como tú o como yo, como cualquiera que lleve nuestro apellido, como cualquier noble del reino, ¡ya que te pones así! Lo que pasa… lo que pasa… —No pudo continuar su argumentación—: ¡Escúchame, padre! —sollozó—. Si me hostigas, me iré a su granja hoy mismo y me casaré con él mañana, ¡eso haré!

—No te estoy hostigando.

—Yo quiero evitar el escándalo tanto como tú.

Se retiró con estas palabras y volvió al cabo de un cuarto de hora, pensando que no habría nadie en la sala, pero su padre seguía en el mismo sitio, como si no se hubiera movido. Su actitud, sin embargo, había cambiado. Era evidente que parecía resignado y que veía la situación de una manera muy distinta.

—Christine, en el periódico hay un párrafo que habla veladamente de una boda secreta, y estoy seguro de que se refiere a ti. Ya que esto tenía que pasar, lo aguantaré sin rechistar. Cada cual tiene su cruz y yo tengo la mía. Y ahora escucha lo que voy a decirte: creo que debes seguir adelante con la intención de casarte con Nicholas Long. ¡No hay más remedio! El rumor se convertirá en escándalo si no lo haces, ésa es mi opinión. He tratado de verlo por el lado bueno. Nicholas es un joven superior a

la mayoría de los de su clase, y bastante presentable. No es pobre; al menos su tío no lo es. Creo que ese viejo aturrullado podría acabar comprando mis tierras el día menos pensado. Ahora bien, tendrás que ser la mujer de un granjero. Y puesto que así lo has decidido tendrás que apechugar con ello. Los padres proponen y los hijos ingratos disponen. Te casarás con él sin pérdida de tiempo.

Christine no sabía qué decir.

—Él está dispuesto a esperar, y yo también. Podemos esperar dos o tres años, y él seguirá siendo tan digno como…

—Tienes que casarte. Y cuanto antes mejor. Aunque yo deseaba que fueras la mujer de Jim Bellston. ¡Eso quería yo! Pero nones.

—Yo también lo deseaba y lo sigo deseando en cierto modo —respondió ella con mansedumbre. La mesura de su padre había doblegado su ánimo desafiante y estaba dispuesta a ser razonable.

—¿Lo deseas? —dijo él, sorprendido.

—Comprendo que en un sentido mundano mi comportamiento con el señor Long puede considerarse un error.

—Hum… me alegra oírte decir eso. Cuando yo ya no esté aquí lo comprenderás mucho mejor. Y no falta demasiado para eso, según mis cálculos.

Christine se arrepintió profundamente y besó a su padre, muy angustiada.

—¡No digas eso! Dime qué debo hacer.

—Dame un par de horas para que lo piense. Ve al mercado y vuelve. El coche está en la puerta. Entretanto procuraré tranquilizarme. La cena puede esperar hasta que vuelvas.

En pocos minutos Christine se había cambiado de ropa y subía en el carruaje por el cerro que separaba el pueblo de la ciudad.

V

Un cuarto de hora más tarde había llegado a la calle principal y, a falta de un recado mejor, entró en la tienda del talabartero a comprar un collar que necesitaba para uno de los perros.

Resultó que era día de mercado, y Nicholas, que había aplazado algunos asuntos para acudir a su cita con Christine en los Sallows, salió corriendo a última hora para no demorarlos por más tiempo. Llegó muy apurado, por lo tarde que era, con el mismo aspecto anfibio y montaraz que tenía al cruzar los prados para ir al encuentro de su amada. La situación era bastante excepcional; pocas veces se había dado anteriormente. Cuando Christine cruzó la acera, tras salir de la tienda escoltada por el dependiente hasta su carruaje, Nicholas estaba en la puerta de las oficinas de la diligencia, hablando con el jefe. Había mucha gente en la calle, y los que estaban cerca se pararon al ver pasar a Christine bajo el sol de octubre, que a esa hora se

colaba por debajo de los sombreros y atravesaba los ojales de las prendas. Oyó que el grupo murmuraba estas palabras: «La señora de Nicholas Long».

Este comentario inesperado, no exento de ironía, le causó una sorpresa mayúscula y la dejó muy desconcertada. Nicholas estaba más cerca, pero como tenía el sol de frente aún no había visto a Christine, que, influida por los comentarios de su padre, se enfadó al verlo, por haberla puesto en una situación tan incómoda. Lo miró por encima del hombro, casi con desdén, sin detenerse, y la irritación que le produjo su presencia se reflejó claramente en sus facciones al acomodarse en el carruaje. En vez de mirarlo a los ojos, tal como él esperaba, ella volvió la cabeza.

Al momento se arrepintió de haberle tratado así, pero Nicholas ya se había ido.

De vuelta en casa, encontró en el tocador una nota de su padre. Era muy breve:

He considerado la situación y sigo pensando lo mismo. Tienes que casarte con él. Puede marcharse en cualquier momento para emprender ese viaje. Ya le he enviado una carta a tal efecto. No tengo apetito, así que no me esperes a cenar.

Nicholas no era un hombre a quien este trato humillante de su Christine pudiera pasarle por alto, aun cuando no alcanzara a comprender los motivos. De un tiempo a esta parte, había previsto que esto podía ocurrir.

«Me está bien empleado —pensó, mientras volvía a casa—. Ha sido una estupidez y una maldad de mi parte incitarla a hacer una cosa así. ¡Es un sacrificio demasiado grande, demasiado cruel! —De todos modos, cuando intentaba ponerse en el lugar de ella, ardía de indignación y se decía para sus adentros—: Se avergüenza de mí.»

En lo alto del risco que se alzaba sobre Froom-Everard, se encontró con un vecino —corredor de bolsa— que iba en su calesa, y cruzaron unas palabras. Una parte de la conversación del caballero resultó muy importante para Nicholas.

—He pasado a saludar al señor Everard, pero no ha podido recibirme. Por lo visto estaba muy afectado por ciertas noticias que ha recibido.

Nicholas pasó caviloso por delante de Froom-Everard, camino de la granja Elsenford. En casa lo esperaban nuevas y sorprendentes revelaciones. Había llegado la nota del señor Everard. Al principio no supo medir su importancia. Volvió a leerla, se fijo en el tono del escrito, reparó en el desprecio que implicaban las palabras y comprendió que aquélla era la carta de un hombre acorralado. Comprendió que Christine había desafiado a su padre de una manera insultante. Y se dio cuenta de que solo lo aceptaban como yerno por lo mucho que lo despreciaban.

¡Con lo respetuoso que él había sido siempre con ella y con los suyos! En ese momento se acordó de lo que un amigo le había dicho hacía unos años, al ver que miraba a Christine como si fuera un ángel: «Es preferible calentarse junto a un fuego pequeño que quemarse al lado de uno grande. Esa moza no te conviene». Se fue al prado, se sentó, y se hizo cuatro preguntas:

1) ¿Cómo iba a vivir ella entre sus amistades siendo su mujer, aun cuando él

emprendiera ese viaje, sin sufrir el desprecio de los demás?

2) ¿No acarrearía todo eso un distanciamiento total entre Christine y su familia, y por tanto su desgracia?

3) ¿No terminaría ese aislamiento por apagar el amor de ella?

4) Suponiendo que el padre de Christine se las arreglara para que se marcharan a América, por ejemplo, ¿no sería desastroso el efecto del exilio en una mujer de buena crianza como ella?

En resumidas cuentas, cualquiera que fuese la aventura en la que se embarcasen, sería una crueldad para Christine, y solo con la muerte de Nicholas encontraría ella alivio. En cierto modo, puede que su muerte fuese ya la única manera posible de aliviar su sufrimiento, si ella se avergonzaba tanto de él como había demostrado ese día. Si estuviera muerto, el pequeño episodio que habían vivido juntos no tardaría en esfumarse como un sueño.

El señor Everard era en el fondo un hombre de buen corazón, pero Nicholas no podía tomar en serio una decisión impulsada por la rabia. Era evidente que se había dejado llevar por el calor del momento, en un arranque de desesperación. Lo mínimo que podía hacer Nicholas era marcharse, lejos de allí, y no volver a importunar a Christine. Viajar, aprender y regresar al cabo de dos años, de acuerdo con su optimista plan inicial, exigía una devoción incondicional de Christine, para que la necesaria inversión de tiempo y dinero se viera finalmente justificada; y era un desatino contar con eso, a la vista de que ella ya había empezado a dar muestras de flaqueza. Irse, desaparecer y no dar noticias en muchos años, eso sí sería una muestra de independencia, y ella quedaría completamente libre de trabas. Quizá entonces pudiera rivalizar con el admirado señor Bellston, de cuyos viajes tanto se hablaba.

Siguió un buen rato pensando, mientras la niebla que subía del río lo iba envolviendo como a un cordero, primero los pies y las rodillas, luego los brazos y el tronco, hasta que finalmente ocultó su cabeza. Cuando hubo tomado una decisión, volvió a la granja. Sería independiente, así le fuera la vida en ello, y liberaría a Christine de su compromiso. El exilio era la única salida. Y al punto comunicó sus intenciones a su tío.

Dos días más tarde Nicholas volvió al mismo lugar del prado, aproximadamente a la misma hora de la tarde. Pero esta vez no había niebla: un bravo viento otoñal había barrido los apacibles días dorados y las noches brumosas, y él se disponía a emprender un viaje en dirección contraria. La última vez que fue al prado era un vecino del valle del Froom; cuarenta y ocho horas más tarde se había despedido de aquel lugar como si nunca hubiese formado parte de él. De su vida en el valle no quedaba en ese momento más que la maleta que llevaba en la mano.

Mientras se preparaba para la partida, Nicholas albergaba inconscientemente la tenue y vana esperanza de que Christine tratara de comunicarse con él para hacer las paces e impedir su separación con indulgencia femenina. Pero ella no dio señales, y Nicholas comprendió que su distanciamiento era definitivo, lo que demostraba que

sus deseos de dejarla libre estaban más que justificados.

Se adentró en los Sallows, se abrió camino en la oscuridad hasta la cancela del jardín de Christine y pasó una nota por debajo de la puerta, en la que le informaba de su partida y le explicaba que la verdadera razón de su viaje era el convencimiento de que ella lo veía cada vez más como un obstáculo y un motivo de humillación. No dijo adónde iba, ni cuándo pensaba regresar.

Encaminó sus pasos a la carretera y anduvo varios kilómetros hacia el noreste, sin dejar de tejer el hilo de sus tristes reflexiones y de preguntarse qué razón podía tener para regresar, al fin y al cabo. Al amanecer se detuvo en el cerro de Shottsford-Forum y esperó la diligencia que pasaba a esa hora camino de Melchester y Londres.

VI

Transcurridos quince años desde la fecha de los hechos referidos, un caballero que había vivido en países lejanos y conocido multitud de ciudades llegó a Roy-Town , una pequeña aldea de paso en la antigua calzada occidental, a escasos ocho kilómetros de Froom-Everard, y se detuvo en la posada que llevaba el nombre de La Cabeza de Toro. Aunque apenas había alcanzado la mediana edad, un velo gris cubría sus cabellos, y sus facciones habían perdido la curva y el color, como si hubieran estado expuestas a la acción erosiva de climas extremos y ambientes extraños o a dolencias propias de éstos. Parecía prestar muy poca atención a cuanto veía, más atento a sus íntimas cavilaciones. Nicholas Long era en ese preciso instante la creación de antiguas esperanzas y temores consecuentes con su retorno: el hombre que un día se marchó, indiferente a que su nombre pudiera borrarse del distrito para siempre. La luz de la tarde revelaba en su semblante unas líneas de nostalgia que el barniz de despreocupación mundana con el que había aprendido a cubrirlas no lograba suavizar del todo.

La Cabeza de Toro no era un lugar idóneo para un hombre como él, que habría podido alojarse preferiblemente en cualquier posada de Casterbridge, a unos seis kilómetros más adelante. Antes de su partida, el establecimiento era una taberna muy animada, donde personajes de renombre, heraldos y cazadores cambiaban de posta en sus viajes por el país; ahora era un espacio frío y cavernoso, con los tejados del establo llenos de agujeros, un posadero asmático y sin rastro del tránsito de tiempos anteriores.

Llegó por la tarde, y, tras despedir al cochero y tomar un insípido refrigerio, preguntó a la joven tabernera con fingida indiferencia:

—Supongo que el señor Everard, de Froom-Everard, habrá muerto hace unos años.

Ella dijo que así era.

—¿Y aún queda alguien de la familia por aquí?

—¡Qué va, señor! Vendieron la casa hace años… El hijo del señor la vendió… Y se marcharon. No sé adónde fueron. Estaban casi en la ruina.

—¿Y no conoció a la señorita, a la hija del señor?

—No. Eso fue antes de que yo llegase.

Cuando la joven se retiró, Nicholas apartó el plato y se puso a mirar por la ventana. No había regresado al valle del Froom del todo por Christine, aunque ella hubiera inspirado en buena parte el motivo de este viaje. De todos modos, ya que estaba tan cerca, sería mejor ir allí, en vez de indagar en la posada, donde cabía la posibilidad de que no le informasen debidamente. La pregunta fundamental no se había atrevido a formularla: si Christine se había casado antes de que la familia se marchara de la región. Se había abstenido, llevado por el absurdo temor de que sus esperanzas se esfumaran por completo. Que los Everard hubiesen abandonado la vieja casa familiar ya era una mala noticia más que suficiente para un solo día.

Se levantó, se puso el sombrero, salió de la posada y empezó a subir el promontorio que dividía este distrito de su valle natal. El primer rasgo familiar que vieron sus ojos fue un pequeño punto perdido en el horizonte, una arboleda que coronaba otro monte más alejado, un lugar desde donde, de niño, Nicholas creía que se veía América. Llegó al extremo opuesto de la meseta, y allí encontró el valle: una franja verde y gris con el mismo aspecto plácido y sereno, como si no hubiese acusado su larga ausencia. Si Christine se había ido, ¿qué sentido tenía ir esa misma noche? Su tío y su tía habían muerto, y ya tendría tiempo de interesarse por otros familiares más lejanos al día siguiente. Sin ningún motivo para seguir adelante, volvió sobre sus pasos a la posada.

Vio entonces la figura de una mujer que venía por el mismo camino por donde él había venido. Se estremeció a medida que se acercaba. A pesar de los cambios que los años habían operado en ella, ¿no era aquélla, en lo esencial, la silueta de Christine?

Nicholas había caído en el sentimentalismo de enviarle una carta a su antigua residencia nada más desembarcar en Southampton, un par de días antes, para comunicarle que llegaría a la posada de Roy-Town esa tarde. La noticia de la marcha de los Everard había disipado sus esperanzas de saber de ella, pero allí estaba.

Así se encontraron, a solas, en campo abierto, cerca de una laguna, como si se tratara de un encuentro meticulosamente planeado.

Ella se levantó el velo. Seguía siendo hermosa, aun cuando los años no habían pasado en balde: tenía un aire más maduro y mucho más hogareño. ¿O sería que él se había vuelto mucho menos hogareño, un hombre de mundo, y el sentido de la palabra «hogareño» era solo relativo? Tenía lo que generalmente se entiende por una cara interesante. Vestía con recato y sobriedad, aunque en su juventud había sido muy dada a los trajes desenfadados y alegres. Los años también habían ensombrecido su indumentaria.

—Recibí tu carta —dijo, cuando se hubo repuesto de su confusión—. Y se me

ocurrió venir por los cerros, al ver que hacía buen día. Acabo de pasar por la posada y me han dicho que habías salido. Iba de vuelta a casa.

Nicholas apenas prestó atención a sus palabras, pero la miraba fijamente.

—Christine —dijo—. Solo una palabra. ¿Estás libre?

—Lo estoy, en cierto modo —respondió, ruborizándose.

El anuncio tuvo un efecto mágico. El intervalo que separaba el pasado del presente se esfumó para Nicholas, y, movido por un impulso que llevaba quince años combatiendo, la cogió de las manos y la estrechó contra él.

Ella se sobresaltó y se mostró distante.

—Tengo que decirte —dijo con voz entrecortada— que he estado casada.

El sueño dorado de Nicholas cobró de inmediato una tonalidad gris.

—No me casé hasta muchos años después de tu partida —prosiguió con humildad, como si confesara un delito—. ¡Ay, Nic! —dijo con reproche—. ¿Por qué has estado lejos tanto tiempo?

—¿Con quién te casaste?

—Con el señor Bellston.

—Debí suponerlo —dijo. Y estuvo a punto de añadir: «¿Y ha muerto?». Pero se abstuvo, al ver que ella iba vestida inconfundiblemente como una viuda; además, había dicho que estaba libre—. Ahora tengo que volver enseguida —dijo—. Pensé que, después de cómo me porté contigo cuando nos separamos, hace tantos años, era mi obligación tomar la iniciativa en este momento.

—Eso es propio de tu generosidad. Te acompañaré, si me lo permites. ¿Dónde vives, Christine?

—En la misma casa, pero no como entonces. He alquilado una parte. Al granjero que arrendó la finca la casa le pareció más que suficiente para sus necesidades, y el dueño actual me permitió quedarme con unas habitaciones. Ahora soy pobre, Nicholas, y apenas tengo amigos. Mi hermano vendió Froom-Everard cuando le vino en gana, y el comprador convirtió nuestro hogar en una casa de labor. Mi marido y yo vivimos allí con él y con mi padre hasta la muerte de éste, así que nunca he vivido en otra parte.

Era pobre. Esta circunstancia, y el cambio de apellido, explicaban por qué la tabernera ignoraba que Christine siguiera viviendo en la antigua residencia familiar.

Empezaba a oscurecer, y Nicholas siguió andando con ella. La cabeza de una mujer asomó a lo lejos y, viendo que se acercaba a ellos, Christine le pidió a Nicholas que se marchara.

—Es la mujer del arrendatario. Tiene la costumbre de venir a buscarme cuando se hace de noche. Ahora me veo obligada a ir andando a todas partes.

La mujer del granjero se detuvo al ver que Christine no estaba sola.

—Querida Christine, yo no tengo estas obligaciones, y puedes disponer completamente de toda mi riqueza. Dicen que los cantos rodados no acumulan musgo, pero a veces acumulan escoria. Fui uno de los pioneros en los campos del

oro, y coseché una fortuna más que suficiente para cubrir mis necesidades. Además, he logrado conservarla. Cuando estaba a punto de volver a casa, me enteré de la muerte de mi tío, y cambié de planes. Me dediqué a la especulación y aumenté mi fortuna. Óyeme bien antes de que nos separemos: recuerda que una vez estuviste conmigo delante del altar; por eso me permito hablarte sin rodeos. Y ahora te pregunto, antes de que te vayas: ¿volverá a interponerse entre nosotros otra persona? ¿O podremos completar por fin esa unión que estuvimos a punto de formalizar?

Christine se estremeció, lo mismo que aquel día delante del altar al que él acababa de referirse.

—Prefiero no pensar en eso ahora, querido Nicholas —dijo—. Antes tendremos que hablar de muchas cosas y explicarnos; no quiero estropear este encuentro entrando en esos detalles.

—Sí, sí, pero…

—No insistas esta noche, Nic. No me pidas una respuesta. Sigo sintiendo el mismo cariño por ti, de lo contrario no habría ido a buscarte. Confórmate con eso por el momento.

—Muy bien, querida. ¿Cuándo puedo ir a verte?

—Te escribiré para acordar la hora. Y entonces te lo contaré todo.

Así se despidieron, y Nicholas tuvo la sensación de no haber regresado en vano. Cuando las dos mujeres se perdieron de vista, volvió sobre sus pasos a Roy-Town y se acomodó lo mejor que pudo en la desierta posada de los días de su niñez. Esa noche echó en falta la compañía de Christine más que nunca en los últimos quince años, como si en lugar de estar lejos hubiese estado en continua comunión con ella a lo largo de todo ese tiempo. La voz de Christine despertó en el corazón de Nicholas un rincón que había estado dormido desde la última vez que la oyera, y esto le hizo evocar a la mujer a la que en otro tiempo miraba como a una diosa. Saber que ella había sido de otro le causó cierta impresión, y ahora no la miraba exactamente igual que entonces. De todos modos, la perdonó por haberse casado con Bellston. ¿Qué otra cosa cabía esperar al cabo de quince años?

Nicholas pasó esa noche en Roy-Town, y a la mañana siguiente recibió una nota de Christine, en la que volvía a insistir en sus palabras de la tarde anterior: quería explicarle detalladamente cuáles eran sus circunstancias y considerar con calma la posición en la que se encontraba. Preguntaba si él podía pasar a verla el domingo por la tarde, pues entonces estaría sola. Y seguía diciendo:

Te has convertido en un cosmopolita, Nic. Yo esperaba encontrarme al agricultor de otros tiempos, y lo cierto es que me he sentido muy cohibida en presencia de un ciudadano del mundo. ¿Te he parecido tosca e inexperta? ¡Ah, así era como yo te veía entonces!

Tiernas y pícaras palabras en las que se adivinaba a la Christine de siempre. Proponía el domingo por la tarde, y aún era sábado por la mañana. Nicholas esperaba verla ese mismo día. El breve encuentro había reavivado la intensidad de unos

sentimientos casi silenciados hasta entonces. Con independencia de lo que ella pudiera decirle —y no cabía duda de que su situación era muy complicada—, Nicholas no estaba dispuesto a renunciar. ¿Qué más daba si era la señorita Everard o la señora Bellston? Seguía siendo la misma Christine.

No salió de la posada en todo el día. No tenía ganas de hacer nada más que esperar el momento de volver a verla. Estuvo fumando y leyendo el periódico local de la semana anterior, acurrucado junto a la chimenea. A última hora de la tarde necesitó tomar el aire y, como la luna estaba casi llena, echó a andar en la misma dirección del día anterior, con ganas de ver la aldea y de acercarse a casa de Christine al abrigo de la noche.

Con un recio bastón subió los ocho kilómetros en relativamente poco tiempo. Nicholas había visto muchas tierras extrañas y había recorrido infinidad de caminos desde la última vez que tomó aquel sendero, pero a medida que avanzaba tuvo la maravillosa sensación de que volvía a ser el mismo hombre de entonces, y no le resultó nada difícil orientarse. Cuando bajó a los prados le desconcertaron los cambios que veía en los arroyos, donde algunos puentes habían desaparecido, hasta que llegó a las acequias y siguió rumbo al pueblo, evitando acercarse a la casa de Christine, por temor a que ella lo viese y pensara que no había respetado el momento señalado para la cita.

Se encaminó al cementerio de la iglesia y no tardó en encontrar dónde descansaban los dos familiares a los que había dejado con vida en el momento de su partida. Más tarde buscó las tumbas de otros vecinos, y poco a poco se fue sintiendo en compañía de todos los habitantes de Froom-Everard, tal como él había conocido el lugar. Uno al lado de otro, lo mismo que en vida, así estaban ahora. Todos se habían mudado en masa.

No encontró en ninguna parte la tumba del señor Bellston, aunque tenía que estar allí, porque había vivido en la antigua casa solariega. Lo cierto es que eso era lo que más interesaba a Nicholas, que estaba muy intrigado por saber cuánto tiempo llevaba muerto. Vio un resplandor en la iglesia, donde alguien estaba limpiando para el día siguiente, y decidió seguir buscando entre sus muros. No encontró ningún monumento al señor Bellston, pero sí uno erigido en memoria del señor Everard.

Nicholas se acercó al hombre que estaba barriendo.

—No veo ningún monumento o tumba del difunto señor Bellston —dijo.

—No, señor. Ni la verá —respondió el joven con aspereza.

—¿Cómo es eso?

—No está enterrado aquí. No recibió cristiana sepultura, que nosotros sepamos. Es decir, puede que no esté enterrado en ninguna parte. Y, entre usted y yo, puede que siga vivo.

Nicholas se encogió ligeramente.

—¡Ah! —dijo.

—¿No está al corriente de las misteriosas circunstancias, señor?

—Soy un extraño aquí… desde hace algunos años.

—El señor Bellston era un viajero, un explorador, según decía él. Seguramente usted lo conoció así.

—Sí —dijo Nicholas, recordando que esta inclinación del señor Bellston había sido precisamente el acicate de sus propios viajes.

—Bueno, pues, cuando se casó, se vino a vivir aquí, con su mujer y su suegro, y dijo que no volvería a viajar. Pero al cabo de un tiempo se hartó de estar en casa y se hartó de ella (no fue ni mucho menos un buen marido para la señorita) y volvió a su antigua afición de recorrer el mundo, con el dinero de ella. Se fue a un lugar donde nadie había puesto un pie hasta entonces, en el corazón de Asia, y nunca más volvió a saberse de él. Dicen que lo mataron, pero nadie lo sabe. De eso hace ya nueve años, así que podría decirse que está más que muerto, pero no en el municipio. Su viuda vive muy humildemente. Entre el marido y el hermano, la han dejado en la miseria.

Nicholas volvió a la posada sin acercarse a casa de Christine. Ésa era la explicación que ella quería darle. No estaba muerto, sino desaparecido. ¿Cómo había podido albergar la esperanza de que su promesa de felicidad pudiese quedar intacta? Christine había afirmado que era libre, y legalmente lo era, sin lugar a dudas. Además, a juzgar por su tono y su actitud, Nicholas creyó tener razones fundadas para pensar que estaba dispuesta a correr el riesgo de unirse a él, porque era poco probable que su marido siguiera con vida. Con todo, no parecía posible que él regresara, a la vista de su carácter. Un hombre capaz de dilapidar el dinero de su mujer en aventuras personales no iba a molestarse en importunarla, ahora que era pobre, al cabo de tanto tiempo.

Las perspectivas no eran tan malas como a primera vista le parecieron. Pero ¿podía renunciar a Christine, sabiendo lo que sabía?

VII

Dos meses más tarde, cuando el año estaba a punto de concluir, Nicholas Long alquiló una espaciosa vivienda en la ciudad de mercado más próxima a Froom-Everard. Siendo un hombre de medios, agradable y soltero, pronto se convirtió en objeto de gran interés para sus vecinos, al igual que para las mujeres y las hijas de éstos. Pero él apenas reparaba en estos hechos, y dos veces por semana, hiciera el tiempo que hiciese, iba a Froom-Everard, convertida ahora en casa de labor, donde Christine se había refugiado. Siempre hacía el camino andando, para no dar trabajo con el caballo en una casa donde el servicio era escaso.

Para entonces ya habían meditado juntos la situación, consultado con un abogado, sopesado los pros y los contras y decidido lanzarse al matrimonio.

—Quien nada arriesga, nada gana —había dicho Christine, con la misma osadía de su juventud.

En un gratuito arranque de honradez, hicieron pública su intención de casarse. Cierto es que Christine se mostró reacia al principio, pero Nicholas insistió en que la audacia rendiría sus frutos. A sus conocidos les aseguró que no había la más mínima posibilidad de que ella no fuese otra cosa que una viuda, y el desafío que de este modo planteaban al hombre desaparecido, al quedar sin respuesta, invalidaría definitivamente cualquier comentario desagradable que pudiera hacerse de Christine por esta nueva unión. Con este fin, se insertó en los periódicos de Wessex un párrafo en el que se anunciaba el propósito de celebrar el matrimonio tal día de diciembre.

Los paseos regulares al sur del valle para visitar a Christine eran las experiencias más felices en la vida de Nicholas. Las hojas amarillas que caían a su paso, los prados bien regados a mano izquierda y la mujer a la que amaba esperándolo en aquel paisaje, prometían un futuro de serenidad, en la medida en que le es dado hacer previsiones al entendimiento humano. Cuando llegaba a casa de Christine, se sentaban los dos en la sala de estar de la parte de la mansión que ahora ocupaba ella, donde un viejo reloj y su piano eran las únicas reliquias de su vida anterior. Cogidos de la mano, miraban por la ventana las turberas que se extendían hasta donde un oscuro bosquecillo les tapaba la vista.

—¿Te gustaría ser de nuevo la señora de esta casa, querida? —le preguntó Nicholas un día.

—Ni mucho menos —dijo ella alegremente—. Tengo una buena habitación, un buen fuego y un buen amigo. Con eso me basta. Además, mis últimos días como señora de esta casa no fueron felices, y eso ha estropeado mis recuerdos. Fue un castigo por mi deslealtad, Nic. ¿Me perdonas? ¿Me perdonas de verdad?

El 23 de diciembre, la víspera de la boda, llegó por fin tras este período que transcurrió sin incidentes. Acordaron que Nicholas iría ese día, un poco más tarde de lo acostumbrado, a comprobar que todo estuviera a punto para el acontecimiento y el traslado de Christine a su casa en la ciudad. Ya llevaba algún tiempo ocupándose de los asuntos de su prometida y aliviando sus cargas domésticas en la medida de lo posible.

A propuesta de Christine, quedaron en que cenarían juntos, en vez de desayunar al día siguiente, ya que esto no era posible en su actual situación. Una hora después de que anocheciera, la mujer del granjero que ocupaba la otra mitad de la casa entró en la sala de Christine para llevarle la ropa.

—Entre pelar el jamón y asar las morcillas —dijo—, no tendré tiempo para nada antes de que él llegue, aunque empezase ahora mismo

—Yo pondré la mesa —se ofreció Christine, levantándose de un salto—. Usted vaya a ayudar en la cocina.

—Gracias, señora. Espero que no le moleste. Será la última noche que tenga usted que ocuparse de estas tareas. Ya sabía yo que esta vida no duraría mucho para usted, que ha nacido para cosas mejores.

—Ha durado mucho, señora Wake. Y, si él no me hubiese encontrado, habría

durado para siempre.

—Pero la ha encontrado.

—Sí. Y ahora mismo guardaré la ropa.

La señora Wake volvió a la cocina, y Christine empezó a trajinar. Disfrutó mucho poniendo la mesa para Nicholas personalmente. Con placer artístico, colocó cada cosa en su lugar exacto, como si el más leve error fuese un asunto de la máxima trascendencia. Para terminar puso dos velas y se sentó al lado del fuego.

La señora Wake volvió y se fijó en lo que había hecho.

—¿Por qué no pone alguna vela más, señora? Quedará más alegre. Digamos cuatro.

—Tiene razón —asintió Christine. Y encendieron cuatro velas—. La verdad es que llevo tanto tiempo acostumbrada a hacer pequeñas economías que estas velas me parecen casi una extravagancia.

—¡Ya verá cómo dentro de poco, cuando esté usted con él en esa casa magnífica, cuarenta velas no serán nada! ¿Quiere que sirva la cena en cuanto él llegue, señora?

—No, espere media hora. Sé que usted y Betsy están muy ocupadas en la cocina, así que no se molesten cuando oigan que llama. Yo misma abriré la puerta.

Volvió a quedarse a solas. Aún faltaba un rato para que llegara Nicholas, y Christine se miró en el espejo de encima de la chimenea. Al levantar con aire pensativo un rizo que le cubría la sien, se vio una pequeña cicatriz. Esta cicatriz tenía su propia historia. El mal genio de su difunto marido, un hombre tan irascible que hasta en los momentos de alegre exaltación parecía enfadado, era la causa de aquella marca, hecha con la piedra de un anillo que llevaba. Él dijo que había sido un accidente. Ella, como mujer, tenía una opinión muy distinta.

Dio la espalda al espejo, examinó la mesa y las velas, que brillaban en cada extremo como representaciones de los cuatro evangelistas, y se dijo que parecían demasiado seguras, demasiado confiadas. Miró el reloj de pared, que también estaba ahora en esta habitación, porque en el pasillo no había espacio suficiente. Eran casi las siete, y esperaba a Nicholas a las siete y media. Poco después oyó un crujido leve. De buenas a primeras, el reloj se inclinó lentamente hacia delante y cayó al suelo.

El ruido hizo que la mujer del granjero entrase corriendo. Christine tuvo que dar un salto para evitar que el reloj la aplastase. La señora Wake no necesitó preguntar qué había pasado, porque lo vio con sus propios ojos.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé; supongo que no estaría bien sujeto a la pared. ¡Dios mío, cuánto lo siento! ¡Era el reloj de mi querido padre! Seguro que se ha roto.

Levantó el reloj con ayuda de la señora Wake. El cristal se había hecho añicos, como es natural, si bien por lo demás no parecía haber sufrido daños graves. Lo apoyaron provisionalmente en la pared y advirtieron que no funcionaba.

Christine no tardó en recuperarse del susto, pero notó que la mujer parecía preocupada.

—¿Qué significa, señora Wake? ¿Es un mal augurio?

—Es la señal de una muerte violenta en la familia.

—No diga eso. Yo no creo en estas cosas, y no se le ocurra decírselo al señor Long cuando llegue. Él todavía no es de la familia.

—No, no puede referirse a él —musitó la señora Wake.

—Algún primo lejano, tal vez —dijo Christine, con intención de animar a su compañera, tanto como de ahuyentar el temor que el accidente le había causado—. ¿Ya está lista la cena, señora Wake?

—Estará lista en tres cuartos de hora.

La mujer se retiró y Christine volvió a sentarse. Aunque faltaban todavía quince minutos para la hora a la que Nicholas había prometido llegar, empezaba a impacientarse. El silencio que había sustituido al familiar tictac del reloj le resultaba opresivo. Sin embargo, no tuvo que esperar tanto como se imaginaba. Oyó pasos que se acercaban a la puerta, y un golpe a continuación.

Christine corrió a abrir. No había ninguna luz en la entrada, pero la noche no era especialmente oscura. Vio el perfil de un hombre.

—Llegas temprano —dijo con alegría—. ¡Qué bien!

—Disculpe. No soy el señor Bellston. Soy solo un mensajero con su equipaje y su abrigo. Pero él no tardará en llegar.

No era la voz de Nicholas, y sus palabras fueron muy extrañas.

—Yo… no entiendo. ¿El señor Bellston? —preguntó con voz débil.

—Sí, señora. Un caballero, desconocido para mí, me dio estas cosas en la estación de Casterbridge. Me pidió que las trajera y que anunciara que el señor Bellston había llegado, que se retrasaría media hora, pero que vendría en el curso de la tarde.

Christine se sentó en una silla. El hombre dejó un maltrecho baúl en el suelo y el abrigo en una silla, y, al ver que la mesa estaba puesta, añadió:

—No se disguste, señora, si su marido no ha llegado aún. (Supongo que es su marido.) Le aseguro que no tardará. Me pidió que le explicara que se había enterado de las noticias estando en Irlanda, y que hubiese querido venir antes, pero que no le ha sido posible. Se retrasó en la travesía por culpa del mal tiempo, porque hizo el viaje en un velero. No dijo cuáles eran las noticias.

—Sí —contestó ella con un hilo de voz. Era evidente que el mensajero no sabía nada de su futura boda.

Se levantó mecánicamente, le dio un chelín, respondió a sus «buenas noches» y lo oyó alejarse poco a poco. Estaba sola. ¡Y en qué soledad!

No se movió del vestíbulo, tal como el hombre la había dejado, sumida en el siniestro silencio del reloj detenido en la habitación contigua, hasta que volvió en sí, cogió el baúl y el abrigo, y fue a examinarlos a la luz de las velas. El baúl llevaba las iniciales J. B. escritas en letras blancas, las iniciales de su marido.

Registró el abrigo. En el bolsillo interior había una petaca vacía, en la que Christine reconoció sin lugar a dudas la que había llenado en múltiples ocasiones

cuando vivían juntos. Miró a un lado y a otro con desgana, y oyó que volvían a llamar a la puerta. Siguió sin moverse del sitio, y Nicholas, pues esta vez era él, pensando que no lo habían oído, por sus ocupaciones con los preparativos de la boda, entró en la casa y se detuvo en la puerta de la sala, que seguía abierta desde que el porteador de Casterbridge se había marchado.

Saludó a Christine lleno de alegría y echó un vistazo por toda la estancia que, con sus altas velas, su fuego resplandeciente, su mantel blanco como la nieve y su mesa dispuesta con esmero resultaba muy acogedora para un hombre que llevaba una hora andando en la oscuridad.

—¡Mi novia, casi, por fin! —exclamó, rodeándola con sus brazos.

En lugar de responder, el cuerpo de Christine estaba sin fuerzas, inerte y frío. Se le fue la cabeza hacia atrás y perdió el conocimiento.

A Nicholas le pareció natural, porque había tenido que ocuparse de muchas cosas sin apenas ayuda. Se reprochó no haberla ayudado más. Estaba nerviosa ante la proximidad del acontecimiento. Besó su cara inconsciente más de una vez, sin sospechar la razón de su desmayo.

Se resistió a llamar a la señora Wake y tendió a Christine en un diván. Ella se reanimó entonces. Él se inclinó y le susurró al oído:

—Descansa, amor mío, no tengas prisa. Y sueña, sueña, sueña con los días felices. Soy yo. Enseguida te sentirás mejor. —La cogió de la mano.

—¡No, no, no! —dijo Christine, con una mirada muy extraña—. ¿Cómo ha podido pasar esto?

Él se asustó y dio muestras de no entender, aunque no tardaría en saberlo todo. Cuando ella consiguió incorporarse y le puso al corriente del insólito suceso, Nicholas se quedó petrificado.

—¿De verdad? —preguntó. Y añadió bastante sumiso—: ¿Y cómo ha tenido la crueldad de posponer su regreso hasta hoy?

Christine le refirió la explicación que su marido le había dado a través del mensajero, aun cuando la manera mecánica con que pronunció estas palabras daba a entender que dudaba mucho de su veracidad. Era muy poco probable que la aparición de Bellston, en un momento tan dramático, no fuese intencionada, muy en consonancia con el trato que de él había recibido siempre.

—Aunque podría ser cierto… podría haberse vuelto más amable, no como antes —dijo, sin apenas voz—. Sí, Nicholas, quizá sea un hombre distinto. Esperemos que sí. ¡No tendría que haber escuchado a mis consejeros legales, ni dado su muerte por segura! El caso es que ahora vuelvo a estar… ¡donde me corresponde!

Nicholas no pudo contenerse.

—¡Qué tontos hemos sido, por querer ser honrados! —exclamó con amargura—. ¡Por airear nuestras intenciones con ese anuncio en los periódicos! ¿Por qué no nos habremos casado en secreto y nos habremos marchado lejos de aquí, para que él nunca hubiera sabido de ti, aunque hubiese vuelto? Christine, lo ha hecho para…

Mejor me callo. Pero podemos huir, ahora mismo.

—No, no. No podemos —se apresuró a decir ella.

—Muy bien. Pero ¡esto es muy difícil de soportar! «Salí en busca del bien y solo encontré el mal; y cuando esperaba la luz, me envolvieron las tinieblas.»[3] Eso dijo una vez un hombre profundamente herido en la tierra de Uz, y eso digo yo ahora… Lo mismo ya está aquí, en este momento.

Ella creía que Bellston vendría por la vereda, campo a través, tras haber enviado su equipaje para no cargar con él.

—¿Y esta cena la has preparado para él o para mí?

—La he preparado para ti.

—¿Pero será él quien la disfrute?

—Sí.

—Christine, ¿de verdad estás segura de que ha vuelto? ¿No te habrás quedado dormida al lado del fuego y lo habrás soñado?

Ella volvió a señalar el baúl con las iniciales J. B. y el abrigo a su lado.

—Muy bien. ¡Adiós, adiós! ¡Maldito sea ese cura que se negó a casarnos hace quince años!

No es necesario hacer hincapié en los detalles de esta despedida. Hay escenas en las que las palabras que se pronuncian ni siquiera se aproximan al nivel de comunión espiritual que existe entre los actores. Baste decir que se separaron, sin dilación, y que Nicholas, más muerto que vivo, salió de allí para volver a casa.

¿Por qué había regresado? Todos aquellos años, mientras estaba lejos, no había querido a Christine tanto como la quería ahora. De haber sido más joven habría tenido la tentación de cruzar los prados en lugar de bordearlos. Allí estaba el Froom, y sabía de pozas tranquilas en las que hallar la muerte sería cosa fácil. Pero tenía demasiados años para quitarse la vida por amor; además, otro pensamiento le impedía considerar seriamente ningún acto de desesperación. El amor que sentía por Christine era muy protector y, si se diera el caso de que ella necesitase la ayuda de un amigo en tribulaciones futuras, él sería el único en el mundo que podría brindársela. Así siguió adelante.

Christine, entretanto, se había resignado a las circunstancias. La resolución de seguir siendo digna de su historia y de su apellido le infundía heroísmo y dignidad. Avisó a la señora Wake y explicó a la buena mujer todo cuanto juzgó necesario. La señora Wake estaba tan perpleja que no supo qué decir. Se retiró despacio, boquiabierta, y, ya en la puerta, habló con la garganta seca:

—¿Y la preciosa cena, señora?

—Sírvala cuando él venga.

—¿Cuando venga el señor Bellston? Sí, señora. —Se quedó un momento mirando al vacío, como si no pudiera asimilar la orden.

—Nada más, señora Wake. Le agradezco mucho su amabilidad —dijo Christine. Y una vez más a solas, rompió a llorar.

Siguió esperando. Volvió a tomar conciencia del siniestro silencio del reloj detenido, pero ya todo le daba igual. Aguardaba oír los pasos en un estado de tensión nerviosa que casi la privaba de la facultad del movimiento. Pensó que había pasado el tiempo suficiente para que llegara su marido, pero no estaba segura, y continuó esperando.

La señora Wake entró de nuevo.

—No ha llamado para que sirva la cena.

—Aún no ha llegado, señora Wake. Si quiere usted acostarse, traiga la cena y déjela en la mesa. Fría estará igual de buena. No cierre la puerta.

La mujer hizo lo que se le pedía, avivó el fuego y se marchó. Poco después Christine la oyó retirarse a su dormitorio. Reanudó la espera, pero su marido no llegaba.

Se levantó un par de veces para atizar el fuego, sin la menor idea de qué hora podía ser. Tenía su reloj arriba, y no quiso hacer el esfuerzo de subir a buscarlo. Mientras tanto, la cena esperaba y él no daba ninguna señal de aparecer.

Al final le faltó poco para concluir que la llegada del baúl y el abrigo había sido un sueño, y se acercó a tocarlos y a examinarlos una vez más. No cabía duda de que eran de Bellston, y era lógico que los hubiera traído un mozo. Suspiró y volvió a sentarse.

Se quedó adormilada, y, cuando se despertó, las cuatro velas se habían consumido. La chimenea seguía emitiendo un leve resplandor. No se tomó la molestia de ir en busca de más velas, pero sí avivó el fuego.

Un buen rato más tarde oyó crujir el suelo en el pasillo y las escaleras del otro extremo de la casa, y se dio cuenta de que la familia del granjero se estaba levantando. Al poco entró la señora Wake, con una vela en la mano, y a punto estuvo de tropezar con la puerta antes de abrirla, como le ocurría por las mañanas. No esperaba encontrar a nadie en la sala.

—¡Dios mío! ¿Todavía sigue aquí, señora?

—Sí, aquí sigo.

—¿No se ha retirado en toda la noche?

—No.

—Entonces…

—No ha venido.

—No vendrá ya a estas horas —dijo la mujer—. Vaya a acostarse, señora. Debe de estar muerta de cansancio.

Se le ocurrió entonces a Christine que quizá su marido hubiera pensado que no era buena idea imponerle su presencia apenas una hora después de revelarle que seguía con vida, y había optado por hacerle una visita más formal al día siguiente. Aceptó por tanto la sugerencia de la señora Wake y se fue a descansar.

VIII

Nicholas había vuelto derecho a casa, sin hablar con nadie ni ver un alma en el camino. Algo se había transformado en él. Siempre había sido un hombre muy cohibido; por más que se sintiera herido en su amor propio, un temor superior a lo normal lo impulsaba a abstenerse de llamar la atención. Ahora, sin embargo, esa acusada conciencia de sí mismo como un individuo expuesto a la opinión de los demás parecía haberlo abandonado. Cuando, tras unos días de reclusión volvió a salir de casa, y los pocos conocidos que tenía en la ciudad se dolieron con él por lo ocurrido y se compadecieron al verlo tan demacrado, no los rehuyó como habría hecho en otro tiempo, sino que aceptó su consuelo como si fuera un niño.

Llegó a sus oídos que Bellston no había pasado aquella noche en ningún hotel de la ciudad ni de los alrededores, y tampoco había ido a casa de Christine. «Eso forma parte de su crueldad», pensó. Y cuando hubieron pasado otros tres días sin noticias de que Bellston hubiese vuelto a casa, se aventuró a ir a Froom-Everard.

Christine estaba sumida en tal estado de abatimiento que se vio obligada a recibirlo tendida en el diván, junto a la mesa en la que días antes iban a celebrar su banquete. Lo miró con nostalgia y esbozó una sonrisa triste.

—¿No ha venido? —preguntó Nicholas con un susurro.

—No.

Él se sentó a su lado, y charlaron de cosas sin importancia, como tristes y viejos amigos. Pero no podían evitar hablar de Bellston, y para ello bajaban la voz, como si les costara un esfuerzo ímprobo. Christine, que conocía el carácter de su marido, también creía, lo mismo que Nicholas, que, tras haber conseguido aguarle la fiesta, como él mismo diría, había decidido tomarse las cosas con tranquilidad, y, como la precaria situación de ella tenía muy pocos alicientes para él, no volvería a su lado mientras no tuviese nada mejor que hacer.

El rayo que había fulminado sus esperanzas seguía estando tan reciente que ese día apenas fueron capaces de mirarse a los ojos. Pero al cabo de una o dos semanas, viendo que el horizonte seguía libre de la presencia de Bellston, pudieron hablar con calma de lo sucedido, aunque no sin perplejidad. ¿Por qué había vuelto para desaparecer de nuevo de esa manera?

Sobrevino una etapa de resignada aceptación en la que

> Parecidos, muy parecidos, fueron todos los días.[4]

Y decir esto de cualquiera de los dos equivalía a decirlo todo. Nicholas llegaba a casa de Christine entre las tres y las cuatro de la tarde, y un leve temblor entorpecía su andar en el instante de acercarse a la puerta. Llamaba. Era ella quien siempre salía a recibirlo, pues lo estaba esperando en la ventana.

—¿No ha venido? —susurraba él.

—No —contestaba ella.

Nicholas entraba entonces y, como Christine ya se había puesto el sombrero, salían a pasear por los Sallows hasta el lugar de sus citas juveniles. Hacía ya algún tiempo que se había retirado el puente de tablas que Bellston había puesto en el arroyo cuando vivía con Christine, y todo volvía a ser como en los días en que Nicholas atravesaba la cascada para aparecer ante su amada como un tritón surgido de las aguas. En el tronco derribado, que seguía pudriéndose en el lugar de siempre, se sentaban ahora a contemplar la cascada, que parecía mofarse sarcásticamente de los frustrados intentos de la pareja por unirse en una sola carne. Después volvían a casa, tomaban un té, y, después de una conversación confidencial, Nicholas se despedía cuando empezaba a caer la tarde. El curso de las cosas cobró la regularidad de un fenómeno astronómico. Dos veces a la semana acudió Nicholas sin falta a lo largo de ese invierno, y de la primavera siguiente, y del verano, el otoño y el invierno siguientes, del año siguiente y del siguiente, hasta que hubo transcurrido un tiempo considerable en la vida de las personas. Bellston seguía sin regresar.

Años y años recorrió Nic, de la misma manera, con un intervalo de tres días, la distancia que separaba su casa en la ciudad vecina de la casa de Christine. Y el orden de las cosas fue el mismo en todas las ocasiones. Pese a todo, en el momento de su llegada, sus palabras eran siempre las mismas.

—¿No ha venido?

—No.

Y así fueron envejeciendo. La sombra de un tercero seguía interponiéndose en sus vidas. No podían ahuyentarla, pero tampoco lograba separarlos. Vivieron en estrecha comunión, aunque no indisolublemente unidos; amantes, aunque nunca curados de su amor. Al cabo de cinco años, Nic, que había ido lo menos quinientas veces a pasar la tarde con Christine, reparó en que las canas empezaban a teñir su cabeza, lo mismo que la de ella. Se lo dijo, y se rieron. Ella gozaba no obstante de buena salud: la tensión de la incertidumbre, que habría podido acabar con un hombre, la soportaba Christine sin queja, hasta con compostura.

Un día, cuando los años de espera sumaban ya siete, salieron a pasear como de costumbre hasta la cascada, como si aquel rumor distante fuese la única llamada a la que responder en sus tristes circunstancias. Se sentaron, y Nicholas miró a Christine.

—¿Por qué no volvemos a intentarlo? —preguntó—. Somos libres legalmente. Quien nada arriesga, nada gana.

Pero ella dijo que no. Es posible que para entonces hubiese perdido su osadía natural.

—Si ya lo ha hecho una vez, puede volver a hacerlo —dijo—. No está muerto, y si nos casáramos diría que lo hemos «avasallado», y volvería a dar señales de vida.

Tiempo después, cuando ella rondaba los cincuenta y él los cincuenta y tres, surgió un pequeño contratiempo. A Nicholas empezaba a costarle recorrer andando la distancia que los separaba, especialmente cuando llovía, pues los años pasados en

climas extremos habían sembrado en sus articulaciones la semilla del reumatismo, y desplazarse en días inclementes era muy desaconsejable para él, incluso en coche. Puso a Christine al corriente de la situación, como hacía con todo.

—¿No podrías vivir más cerca? —propuso ella.

Por desgracia no había ninguna casa en los alrededores. Pero Nicholas, sin ser millonario, era un hombre de medios. Adquirió una pequeña parcela lo más cerca posible de Christine, en la otra orilla del Froom, que formaba la frontera natural con la finca de Froom-Everard, y allí construyó una casa más que suficiente para sus necesidades. Esto requirió algún tiempo, pero cuando por fin estuvo terminada le procuró una gran comodidad. No estaba a más de quinientos pasos de Christine, y halló un placer desconocido en la sensación de que todo cuanto llegaba a sus oídos, ya fuera de día o de noche, llegaba también a los de ella: el graznido de un grajo, el canto de un ruiseñor, el silbido de la brisa o el murmullo de la cascada en los prados, cuyo torrente era una representación material de la infatigable erosión del tiempo en sus propias vidas, del tiempo que los iba agotando poco a poco sin haberlos llegado a unir.

El marido ausente cobró la forma de un mito para los habitantes de los alrededores, pero Christine seguía creyendo en su inminente presencia corpórea, como también lo creía Nicholas, aunque en menor medida. Los dos parecían afectados por una extraña inconsciencia del largo intervalo transcurrido desde que Bellston diera noticias de que seguía con vida. No se había producido entretanto ningún acontecimiento que sirviera como hito cronológico, y la noche en que ella lo estuvo esperando para cenar continuaba acechándolos, por extraño que parezca, como si se tratara de un suceso muy reciente.

Después de diecisiete cavilosos años recorriendo juntos el camino hacia su inevitable final, un peón de albañil se presentó un día en casa de Nicholas con extrañas noticias. El actual propietario de Froom-Everard, que no vivía allí, había estado haciendo algunas obras en sus tierras, entre otras cosas dragar el río que, con el paso de los años, se había estancado por culpa del fango y de las hierbas a su paso por los Sallows. Para ello hubo que desviar la cascada. Al vaciarse el río, se encontró el esqueleto de un hombre atrapado entre las rocas. Los peces se habían comido hasta la última partícula de la carne y la ropa, o el agua había terminado por descomponerlas, pero aún llevaba un reloj de oro, y dentro estaba grabado el nombre del relojero que había hecho el reloj del marido de Christine, según recordaba ella sin la menor duda.

Presa de una gran agitación, Nicholas salió corriendo para ver los restos con sus propios ojos, y acto seguido fue a casa de Christine. Ella no quiso ver el esqueleto, que estaba tendido en la hierba, con todos los dedos intactos en pies y manos, tan bien habían hecho su trabajo los encargados de las obras. Las conjeturas se centraron entonces en cómo Bellston había llegado hasta allí, pues solo las conjeturas podían ofrecer una explicación.

Se pensó por tanto que, cuando Bellston iba hacia casa de su mujer, decidió tomar un atajo, puesto que conocía bien el terreno, y llegó a la cascada, donde esperaba encontrar el puente que, cuando vivía en la finca con Christine y el padre de ésta, él mismo había puesto para cruzar a los prados sin tener que adentrarse en el agua como hacía Nicholas. Antes de darse cuenta de que el puente ya no estaba, debió de perder el equilibrio, precipitarse a la cascada y quedar atrapado entre las rocas del lecho del río, afiladas como horquetas, lo que impidió que el cadáver saliera a la superficie e hizo que las hierbas terminaran por ocultarlo. Tal fue la razonable explicación que siguió al descubrimiento, aun cuando nunca pudo demostrarse lo que había sucedido en realidad.

—¡Pensar —dijo Nicholas, cuando se hubo dado a los restos un entierro decente, y Christine y él volvían a estar juntos, aunque no al lado de la cascada—, pensar que hemos ido a visitarlo tantas veces! ¡Que hemos pasado tantas horas allí sentados, mirándolo, lamentándonos de nuestro destino, mientras él nos decía con ironía, en un idioma desconocido, que podíamos casarnos sin ninguna traba!

Ella respondió con un suspiro.

—Se me ocurren cosas extrañas —dijo—. Aunque supongo que el hombre que volvió era mi marido, y no otro.

Nicholas no albergaba la menor duda.

—Además… el esqueleto…

—Tal vez podía tratarse de otra persona… Pero no, seguro que era él.

—Podíamos habernos casado al día siguiente sin ningún impedimento. Y haría ya diecisiete años que serías mi mujer, y hasta habríamos podido tener hijos.

—Sí, habría podido ser así —murmuró ella.

—Bueno. Más vale tarde que nunca.

La cuestión se había complicado con el paso de los años. Sus voluntades se habían debilitado, sus corazones habían enfermado al verse postergadas sus esperanzas tanto tiempo. Y, tras convenir en que aplazarían la decisión hasta que pasara un año del entierro de Bellston, ninguno de los dos parecía tan dispuesto como antes a dar el paso.

—¿Crees que vale la pena, después de tantos años? —dijo Christine—. Somos felices tal como estamos, puede que más felices de lo que seríamos si tuviéramos otra relación, con lo viejos que estamos. Ya no hay ningún peso en nuestras vidas; ninguna sombra nos separa. Disfrutemos juntos de lo que tenemos, Nic, el poco tiempo que nos queda, y

Con risa y regocijo, dejemos que aparezcan las arrugas.[5]

Él compartía hasta cierto punto esta opinión. Aunque de vez en cuando la instaba a reconsiderar el caso, bien es verdad que ya no lo hacía con el fervor de tiempos pasados.

Otoño de 1887

El diario de Alicia

I. ALICIA AÑORA A SU HERMANA

7 de julio. Deambulo por la casa en un estado de indecible tristeza, porque mi querida hermana, Caroline, se ha marchado hoy con mi madre, y no volveré a verla hasta dentro de unas semanas. Han aceptado una antigua invitación para visitar a unos viejos amigos de la familia, los Marlet, que viven en Versalles, por ser más barato, y mi madre pensó que sería bueno para Caroline conocer un poco de Francia y de París. A mí no me hace gracia que se haya ido. Temo que pueda perder parte de la dulzura y la sencillez infantil que la distinguen y que son consecuencia del aislamiento en el que vivimos. El cariño con que se despidió de su poni antes de ponerse en camino me resultó conmovedor.

¡Caroline se ha ido al extranjero, y yo me he quedado en casa! La situación es la contraria de lo normal, pues para bien o para mal siempre he sido yo la que se ha ausentado. Mamá acabará agotada del entusiasmo juvenil de Caroline. Querrá que la lleven a todas partes, a París, por descontado, a todos los altares de los devotos de la historia, a los palacios y las prisiones, a las tumbas de reyes y de reinas, a los cementerios y a las pinacotecas y a los cotos reales de caza. Mi pobre madre, que ya ha visitado estos lugares muchas veces, no encontrará el periplo tan emocionante como Caroline. Ojalá hubiese podido acompañarlas. No habría puesto reparos en ejercitar un poco mis piernas por complacer a mi hermana. Pero es inútil que me lamente. No puedo dejar a mi padre solo, sin nadie que atienda las visitas de los feligreses o que le sirva la cena.

15 de julio. Carta de Caroline hoy. Es muy extraño que no diga nada de lo que yo esperaba oír; solo cuenta detalles sin importancia. Parece deslumbrada por el esplendor de París, que sin duda se le antoja aún más espléndido por la circunstancia de que solo puede admirarlo de vez en cuando. De lo contrario se daría cuenta de que también París tiene su lado sórdido cuando se vive allí. Yo no sabía que los Marlet conociesen a tanta gente. Si, como dice mi madre, se instalaron en Versalles por ser más económico, no creo yo que vayan a economizar mucho, puesto que persisten en la costumbre de alojar a todos los conocidos que están de paso en los alrededores. Y no es que limiten su hospitalidad únicamente a los ingleses. ¿Quién será ese tal m. Charles de la Feste, que tanto ha interesado a mi madre, según cuenta Caroline?

18 de julio. Otra carta de Caroline. He sabido, por esta misiva, que m. Charles de la Feste es solo uno de los muchos amigos de los Marlet. Aunque francés de nacimiento y afincado temporalmente en Versalles, ha vivido muchos años en Inglaterra. Es un pintor de paisajes y de marinas, de mucho talento, que ha expuesto sus creaciones en el Salón, y también en Londres, al parecer. Su estilo y sus temas se tienen por muy singulares en París, más ingleses que propios del continente. De

momento no sé qué edad tiene, y tampoco si está casado o soltero. Por el tono de los comentarios de Caroline, a veces da la impresión de que es un hombre de mediana edad y con hijos, y otras veces parece todo lo contrario. A juzgar por sus costumbres nómadas, yo diría que es más probable lo segundo. Ha viajado mucho, según mi hermana, y sabe más que ella de literatura inglesa.

21 de julio. Carta de Caroline. Raro: ¿es «un amigo nuestro y de los Marlet», del que habla anónima y misteriosamente, el mismo «m. de la Feste» de sus cartas anteriores? Creo que sí, por lo que dice de él. ¿A qué responde este repentino cambio de tono? Me he quedado pensando al menos un cuarto de hora desde que leí la frase anterior. Si mi querida hermana se está enamorando de este joven, ya no cabe la menor duda acerca de su edad. ¡Qué asunto tan delicado para ella! Confío en que mi madre esté al corriente. Claro que nuestra pobre madre nunca se entera de nada: lo cierto es que es menos madre que Caroline o que yo. Si yo estuviera allí, no le quitaría los ojos de encima, para asegurarme de que sus intenciones son dignas.

Yo soy de carácter más fuerte que Caroline. ¡Siempre la he ayudado en sus pequeños contratiempos y en sus grandes penas! ¿Estará alterada en presencia de este sentimiento nuevo y desconocido para ella? No sé por qué doy por sentado que está locamente enamorada, cuando en realidad no tengo ninguna prueba. Este caballero quizá no sea más que un amigo temporal del que nunca volverá a tener noticia.

24 de julio. Es soltero, tal como imaginaba. «Si m. de la Feste se casa alguna vez, dice que…» Eso cuenta mi hermana. Es evidente que su relación ha pasado a un terreno más personal. Y también dice: «Un producto para alisarme el pelo, que según m. de la Feste ha resultado muy eficaz en las puntas de su bigote». Lo cuenta con mucha ingenuidad, y, al mismo tiempo, ¡cuánta revelación inconsciente de la intimidad que existe entre ellos hay en este comentario! ¿Qué estará haciendo mi madre? ¿Lo sabrá? En tal caso, ¿por qué no dice nada en las cartas que le escribe a mi padre?… He ido a ver el poni de Caroline, porque insistió mucho en que no dejara pasar un solo día sin comprobar que estuviera bien atendido. Con lo preocupada que estaba por su caballo antes de irse, ahora ni una sola vez se acuerda en sus cartas del pobre animal. Ya se ha olvidado de él.

3 de agosto. El olvido de Caroline se ha extendido también a mí, que soy su hermana. Han pasado diez días desde su última carta y, si no fuera por una nota de mi madre, no sabría si está viva o muerta.

II. NOTICIAS INTERESANTES Y GRAVES

5 de agosto. Una avalancha de cartas. Una carta de Caroline, otra de mi madre; una de cada una también para mi padre.

La probabilidad a la que últimamente apuntaban todos los comentarios de mi hermana se ha convertido en un hecho. Se ha anunciado el compromiso, o algo muy

parecido, entre mi querida Caroline y m. de la Feste, con sublime felicidad de mi hermana y plena satisfacción de mi madre, y también de los Marlet. Los Marlet y mi madre parecen saberlo todo de este caballero, y eso ya es más de lo que yo sé, aunque no hubiera estado de sobra que me ofreciesen alguna otra información, puesto que soy la hermana mayor de Caroline. Casi comprendo a mi padre, que está muy sorprendido, y también disgustado, porque nadie le ha consultado antes de que las cosas llegaran a una situación tan definitiva, pero él es demasiado bondadoso para decirlo abiertamente. No me parece bien que nos oculten una cosa buena, si es que se trata de una cosa buena, y el anuncio nos ha pillado por sorpresa. Seguramente mi madre había previsto que el desenlace sería probable, y Caroline tendría que haber sido más clara conmigo y contarme que m. de la Feste era su amante, en lugar de referirse a él con tanto misterio, al principio, como un simple amigo de los Marlet y omitir luego su nombre por completo. Mi padre, sin poner reparos a que sea francés, «preferiría un yerno inglés o de alguna nacionalidad más razonable», pero yo le digo que las demarcaciones entre razas, reinos y creencias religiosas son cada día más frágiles, que el patriotismo es en realidad un vicio, y que la personalidad individual es lo único que debe importarnos en este caso. No sé si, en el caso de que finalmente se casaran, él querría seguir viviendo en Versalles o si vendría a Inglaterra.

7 de agosto. Otra carta de Caroline, en la que responde por anticipado a mis dudas. Explica que «Charles», aunque actualmente vive en Versalles, no está obligado por su profesión a quedarse allí, y está dispuesto a vivir donde ella quiera, siempre y cuando tengan cerca algún centro del pensamiento, el arte y la civilización. Mi madre y mi hermana creen que la boda no debe celebrarse hasta el año que viene. Él expone sus cuadros de paisajes y marinas todos los años, dice Caroline, por lo que me figuro que es un pintor popular y con ingresos suficientes para llevar una vida holgada. En caso contrario, no veo ninguna razón para que mi padre no decida ofrecerles algo más de lo que tenía pensado y rebaje un poco la cantidad que reservaba para mí, dando por hecho que yo sería la primera en necesitarlo.

«De modales exquisitos, físico atractivo y carácter virtuoso» es la respuesta de mi hermana a mi petición de una descripción personal. Su contestación es bastante vaga, y hubiera preferido un retrato más definido de sus facciones, su voz, sus obras o sus opiniones. Es natural que en este momento Caroline no preste atención a las cualidades materiales; no es capaz de verlo tal como es. Este hombre irradia para ella un esplendor que ningún otro, ni inglés ni colonial, ha tenido ni tendrá jamás. ¡Pensar que mi hermana, dos años menor que yo, y tan infantil como si tuviera cinco años menos, se ha prometido antes! Claro que esto sucede en las familias con mucha más frecuencia de lo que recordamos.

16 de agosto. Noticias interesantes. Charles, dice Caroline, le ha rogado que la boda se celebre este año, en lugar del próximo, y por lo visto casi ha conseguido que mi madre se ponga de su parte. Yo no veo ningún motivo para aplazar el enlace, aparte de que mi padre aún no ha tenido la oportunidad de formarse una opinión

sobre su futuro yerno, la fecha de la boda ni nada en realidad. Pese a todo, ha aceptado la situación con mucha entereza, y pronto vendrán a casa para discutir los detalles con nosotros. Caroline ha decidido no dar ningún paso definitivo antes de hablar conmigo. Si a mi padre y a mí nos parece bien, dice, se inclina por fijar la boda para el mes de noviembre, dentro de tres meses, y quiere que se celebre aquí, en el pueblo, y que yo sea su dama de honor, naturalmente, y muchos otros detalles. Pinta un cuadro algo tosco del probable efecto que tendrá en los vecinos esta representación tan romántica en nuestra antigua iglesia, en la que ella será la principal protagonista: la del caballero extranjero que desciende de los cielos, la elige a ella, y se la lleva triunfante. Su única pena es que tendrá que separarse de mí, pero se consolará cuando yo vaya a verla y pasemos varios meses juntas. Me enternece la sencillez con que expone las cosas mi querida hermana, aunque no puedo evitar entristecerme. Por la propia naturaleza de las cosas, es evidente que nunca volveré a ser para ella lo que he sido hasta ahora: su guía, su consejera y su mejor amiga.

M. de la Feste da la impresión de ser todo cuanto se puede desear para proteger a un ser sensible y frágil como Caroline, y doy gracias por ello. Aun así, tengo presente que, por el momento, solo lo veo a través de los ojos de mi hermana. Tengo muchas ganas de conocerlo, de observarlo a conciencia y de averiguar de qué pasta está hecho en realidad el hombre que va a llevarse un tesoro como Caroline. Cierto es que el compromiso ha sido un poco precipitado, en eso coincido plenamente con mi padre. De todos modos, no es la primera vez que un matrimonio feliz se dispone con premura, y mi madre parece más que satisfecha.

20 de agosto. Esta mañana hemos recibido una noticia tremenda, y estamos muy preocupados. No he sido capaz de pensar con claridad en todo el día —son las once y media de la noche—, y si trato de escribir estas notas es solo porque estoy demasiado alterada para quedarme quieta, y lo único que puedo hacer es esperar. Mi madre ha contraído una grave enfermedad en Versalles, dos días antes de la fecha prevista para su regreso, y es imposible pensar en el viaje, pues no puede moverse en su estado actual. No suena bien que una mujer sana como ella esté sufriendo una hemorragia, y estoy segura de que Caroline y los Marlet no han exagerado al contarnos lo ocurrido. Nada más recibir su carta mi padre ha decidido ir a buscarla, y llevo todo el día tratando de quitarle esta idea de la cabeza, pues, si tal como calcula tendrá que ausentarse bastantes días, hay muchas cosas que organizar antes del viaje; lo principal es encontrar alguien que pueda sustituirlo el domingo que viene, y no es tarea fácil con tan poca antelación. El señor Dugdale, aunque está muy mayor y muy débil, se ha ofrecido finalmente a intentarlo con ayuda del señor Higham, que se ocupará de la lectura y lo acompañará en la catequesis.

De buena gana me habría ido con mi padre, para evitar la desquiciante angustia de la espera, pero alguien tenía que quedarse y se ha juzgado que mi presencia allí no era necesaria. George lo ha llevado a la estación para tomar el último tren que enlaza con el barco a medianoche y llega al Havre por la mañana. Mi padre detesta el mar, y más

si la travesía es nocturna. Confío en que llegue sin percances, pero estoy preocupada por él, varada en casa e incapaz de hacer frente a ningún contratiempo. El viaje será muy triste, en el mejor de los casos. Creo que tendría que haber ido yo en su lugar.

21 de agosto. Anoche me faltó poco para quedarme dormida escribiendo, de puro agotamiento. Mi padre ya debe de haber llegado a París; y en este momento acaban de traer una carta…

Más tarde. La carta solo expresaba la esperanza de que mi padre ya estuviera en camino. Se temen que mi madre no resista mucho más tiempo. ¿Qué será de Caroline? ¡Ah, cuánto me gustaría ver a mi madre! ¿Por qué no habremos ido los dos?

Más tarde. Me levanto de la butaca, voy de ventana en ventana y vuelvo a escribir una línea. No alcanzo siquiera a imaginar cómo va a celebrarse la boda de mi pobre hermana si nuestra madre muere. Rezo para que mi padre haya podido llegar a tiempo de hablar con nuestra madre y recibir algunas indicaciones sobre Caroline y m. de la Feste, un hombre al que ni mi padre ni yo conocemos. Yo podría ser útil en esta calamidad, pero me veo obligada a estar aquí, consumiéndome de inquietud.

23 de agosto. Una carta de mi padre, con la triste noticia de que el espíritu de mi madre ha abandonado su cuerpo. La pobre Caroline está destrozada; ella siempre fue el ojito derecho de mi madre, más que yo. Me ha consolado un poco saber que mi padre llegó a tiempo de oír de sus propios labios el firme deseo de que la boda de Caroline se celebrase lo antes posible. M de la Feste al parecer se ha ganado el afecto de mi madre, y supongo que mi padre tiene el deber casi sagrado de aceptarlo como yerno sin ninguna objeción.

III. UNA TENUE LUZ EN LAS TINIEBLAS

10 de septiembre. Llevo más de dos semanas sin escribir en mi diario. Los acontecimientos han sido demasiado tristes, y no he tenido fuerzas para plasmarlos en el papel. Sin embargo, llega un momento en que el acto de registrar las preocupaciones es bienvenido como un método beneficioso para hacerles frente…

Trajeron a casa a mi querida madre, y ya la hemos enterrado en la parroquia. No era tanto ella quien así lo quería como mi padre, que ha insistido en que descansara en la sepultura familiar, junto a su primera mujer. Las vi a las dos, la una junto a la otra, antes de que cerrasen la tumba, dos mujeres amadas por el mismo hombre. Estando allí, al lado de Caroline, se me ocurrió la extraña fantasía de que también mi hermana y yo pudiésemos ser amadas por el mismo hombre y yacer juntas como ellas, pero es imposible, porque somos hermanas. Cuando volví en mí, Caroline me cogió de la mano y dijo que era hora de marcharse.

14 de septiembre. La boda se ha aplazado indefinidamente. Caroline es como una niña a la que han despertado en mitad de un episodio de sonambulismo, y no sabe

dónde está. Va de un lado a otro, muy silenciosa, y yo no acierto a adivinar sus pensamientos como antes. Fue ella quien tomó la decisión de escribir a m. de la Feste y decirle que la boda no podía celebrarse este otoño, según lo planeado. El aplazamiento es desalentador, si es que de verdad va a casarse con él, aunque por otro lado no veo el modo de evitarlo.

20 de octubre. He estado muy ocupada consolando a Caroline, y me he desentendido de mi diario. Ella estaba mucho más unida a mi madre que yo. A diferencia de mí, Caroline nunca ha pasado lejos de casa el tiempo necesario para hacerse independiente, de ahí que esta primera pérdida, y todo lo que conlleva, la haya dejado rota como un lirio golpeado por un chaparrón. Creo, por su carácter, que sus heridas no tardarán en curarse, por profundas que sean, y todo indica que el momento de máximo dolor ya ha pasado.

Mi padre es de la opinión de que la boda no debe aplazarse demasiado. Conoció a m. de la Feste en Versalles y, si bien el encuentro fue breve y precipitado, quedó muy impresionado por su buena disposición y su actitud, y es firmemente partidario del enlace. Es curioso cómo el prometido de Caroline parece predisponer en su favor a todos cuantos lo conocen. Su retrato, que mi hermana me ha enseñado, explica en parte esta buena impresión, pero tiene que haber algo más que la mera apariencia física, probablemente cierto encanto o poder de fascinación, la misma cualidad que impidió a Caroline describirlo con un mínimo de exactitud en el detalle. Constato, por esta fotografía, el buen corte del rostro y de la cabeza, y, aunque los contornos de la boca quedan ocultos por el bigote, las cejas arqueadas revelan a las claras la disposición romántica de un verdadero amante y pintor de la naturaleza. Creo que el propietario de estas facciones por fuerza tiene que ser sensible, bondadoso y sincero.

30 de octubre. A medida que el dolor por el fallecimiento de mi madre se va atenuando en mi hermana, su amor por m. de la Feste vuelve a absorberla por completo. Piensa en él a todas horas, y las cartas que le escribe son auténticos tratados. Se ha disgustado mucho al saber que no puede venir a visitarnos próximamente, tal como había prometido, y se lo ha tomado como una tragedia. A mí también me ha disgustado, pues quería conocerlo. Al parecer tenía previsto ir a Holanda para captar ciertos matices de la luz que solo se dan en esta época del año, y por eso se ha visto obligado a aplazar la visita hasta principios del año próximo. Yo creo que tendría que haber venido de todas todas, por el duelo de Caroline, el triste aplazamiento de esa unión que tanto la ilusiona y la sencillez de su amor por él. Pero ¿quién sabe? El éxito profesional de m. de la Feste también es importante. Además, Caroline está alegre y esperanzada, y la espera pronto habrá concluido.

IV. ALICIA CONOCE AL APUESTO EXTRANJERO

16 de febrero. La vida ha sido tan monótona todo el invierno que no he

encontrado nada digno de consignar; por eso he interrumpido mi diario. Lo retomo ahora para hablar del futuro de mi querida Caroline. Ha estado demasiado afectada, tras el deceso de nuestra madre, para dar una respuesta definitiva a m. de la Feste sobre la fecha de la boda. Más adelante acordaron discutir la cuestión cuando él viniera en otoño pero, como finalmente aplazó el viaje, todo quedó en suspenso hasta esta semana, en la que Caroline, con la mayor sencillez y confianza, ha escrito a su prometido sin que mediara ninguna presión por parte de él, para decirle que ya está en condiciones de fijar la fecha, y que podrán hacerlo en cuanto él llegue. Teme haber dado, tal vez, la impresión de ser demasiado atrevida, al ser ella quien ha vuelto a sacar el asunto a colación, pero es posible que él estuviese esperando una respuesta desde entonces, y por tanto ella no ha hecho más que cumplir su promesa. Lo cierto es que, en su fuero interno, está algo triste porque últimamente él no le ha recordado que sus planes seguían en compás de espera, es decir, porque la impaciencia inicial por hacerla suya no parece animarlo ahora de una manera tan palpable. Yo supongo que la sigue queriendo tanto como antes, en realidad estoy segura, por lo adorable que es Caroline. A la mayoría de los hombres les pasa lo mismo cuando pierden de vista a las mujeres: se vuelven negligentes. Caroline tiene que ser paciente y recordar que un hombre de su genio tiene muchas e importantes obligaciones. En justicia, tengo que añadir que lo recuerda, y que tiene toda la paciencia que puede tener una muchacha dadas las circunstancias. Él espera venir a primeros de abril como muy tarde. Cuando llegue, ya lo veremos.

5 de abril. Creo que lo que expone en su carta m. de la Feste es más que razonable, aunque Caroline está desesperada. No le merece la pena venir a Inglaterra y regresar a Europa, con el mar tan agitado, cuando forzosamente tendrá que estar en Londres en mayo por motivos profesionales, y entonces podrá visitarnos cómodamente tanto a la ida como a la vuelta. Seguro que cuando Caroline se convierta en su mujer se volverá más práctica, pero todavía sigue siendo una niña, y no hay manera de que entre en razón. De todos modos, el tiempo pasará muy deprisa, porque tenemos mucho quehacer con los preparativos del ajuar, del que vamos a ocuparnos ahora que contamos con tiempo de sobra. Mi hermana no puede casarse bajo ningún concepto antes de que haya concluido el luto. Estoy segura de que a mi madre no le agradaría, y es extraño que Caroline insista tanto, cuando en general es de buen conformar.

30 de abril. Este mes ha pasado volando. Estamos muy ilusionadas (yo tanto como Caroline, aunque en realidad no sé por qué). M. de la Feste ha anunciado su llegada en el plazo de diez días.

9 de mayo. Cuatro de la tarde. Estoy tan nerviosa que apenas puedo escribir, y, aun así, tengo una urgencia especial por anotar unas líneas antes de salir de mi habitación. La causa de esta absurda excitación es el cambio inesperado de un acontecimiento largamente esperado, lo que demuestra que a fin de cuentas soy tan infantil como Caroline.

M. de la Feste no tendría que haber llegado hasta mañana, tal como habíamos entendido, pero acaba de presentarse. He tenido que ocuparme de todo, porque mi padre, que no esperaba su llegada hasta veinticuatro horas más tarde, tenía que asistir a una consagración lejos de aquí. No ha sido poca la sorpresa de Caroline y mía al abrir una carta de Charles y leer que había podido despachar sus asuntos antes de lo previsto, y por lo tanto seguiría a su carta en cuestión de unas horas. Hemos enviado el carruaje a la estación a la hora indicada y nos hemos quedado esperando a oír las ruedas como dos arpas recién tensadas. Por fin han sonado en la gravilla, y se ha planteado entonces la cuestión de quién debía recibirlo. Era mi obligación, estrictamente hablando, pero me ha dado vergüenza. No he podido evitarlo y he insistido en que fuera Caroline. De todos modos, no ha salido a la puerta, como hace siempre cuando esperamos a alguien, sino que se ha quedado en la sala, palpitando de emoción. Al encontrarse el recibidor en silencio y la casa aparentemente desierta, él no habrá podido imaginarse la tensión y el interés que bullían bajo la superficie. Yo me quedé agazapada en el rellano del primer piso, donde nadie me viera desde abajo, y lo oí cruzar el vestíbulo —con pasos más ligeros que mi padre— y entrar en la sala después de que el criado cerrase la puerta y se retirara.

¡Qué delicioso encuentro de enamorados han debido de tener! ¡Cuánto ha debido de emocionarlo a él el dulce rostro de Caroline asomando sobre su vestido negro! Sé que ha llorado mucho, porque la he oído, y se le habrán irritado los ojos. No me extraña nada, pobrecilla, con lo contenta que debe de estar. Me imagino lo que le estará diciendo mientras yo escribo estas líneas: le hablará de sus temores a que algo le impidiese venir en el último momento, y le hará dulces reproches por haber tardado tanto, y cosas por el estilo. Ahora mismo están llevando por el pasillo los dos baúles a su dormitorio. Me pregunto si debería bajar.

Un poco más tarde. ¡Lo he visto! El encuentro no ha sido ni mucho menos tal como me esperaba, y estoy muy disgustada. Justo cuando subieron los baúles y salí de mi habitación, en el momento en que estaba poniendo el pie en el último tramo de la escalera, algo llamó mi atención en el recibidor, me detuve un instante y vi que era un envoltorio con lienzos y palos, que componía un toldo de campaña y un caballete. En esa misma fracción de segundo, se abrió la puerta de la sala de estar y aparecieron los prometidos. Se disponían a salir al jardín, y él esperó un momento mientras ella se ponía el sombrero. Mi intención era dejarlos marchar sin que me viesen, porque no parecían necesitar mi compañía, pero él levantó la vista y se quedó mirándome fijamente, tan absorto como en sueños. También yo, en lugar de avanzar, como tendría que haber hecho, me quedé paralizada y sin saber qué hacer, y antes de que pudiera recuperarme Caroline lo llamó y salieron juntos al jardín. Pensé en seguirlos, pero he cambiado de opinión y he subido a componer estas líneas. No me siento capaz de hacer otra cosa…

Es todavía más apuesto de lo que imaginaba. Acerté al pensar que debía de tener un atractivo al margen de su aspecto físico: se ha manifestado incluso en esa mirada

fugaz. ¡Qué feliz debe de estar Caroline! Ahora tengo que bajar y preparar el té, para servirlo cuando ellos vuelvan.

Once de la noche. He conocido a m. de la Feste, y me siento una mujer distinta, por el efecto que me ha causado. No sabría explicarlo, pero lo cierto es que conversar con él parece ensanchar la visión de las cosas y abrir el corazón, y elevarla a una, como encima de unos zancos, hacia horizontes más amplios. Tiene una frente que denota inteligencia, unas cejas perfectas, el pelo y los ojos oscuros, una actitud animada y una voz persuasiva. Es una voz suave, puede que demasiado para un hombre, aunque, bien pensado, no me gustaría que fuese distinta. Hemos hablado de su pintura. No tenía la menor idea de que el arte exigiera tantos sacrificios y tanta devoción, ni de que hubiera en su territorio dos caminos, el camino del enriquecimiento vulgar y el camino de las altas metas y el consiguiente silencio del público por espacio de muchos años. Él ha optado por este último, como saben apreciar quienes lo comprenden. Es una suerte para Caroline que un hombre como él la haya elegido, y no debería lamentar aplazamientos ni demoras, porque han sido inevitables. No estoy segura de que él encuentre en mi hermana la suficiente riqueza intelectual y emocional, y a veces parece decepcionado por su simple visión de las cosas. ¿De verdad siente por ella el amor que sin duda cree sentir y que sin duda confía en seguir sintiendo el resto de su vida?

Fue curioso lo que me dijo cuando nos quedamos a solas unos minutos: que Caroline se había referido a mí muy pocas veces, en sus conversaciones y en sus cartas, y él apenas era consciente de mi existencia. Claro que es natural que ella hablase principalmente de sí misma. Supongo que por eso, porque en cierto sentido no esperaba mi presencia, lo he sorprendido en dos o tres ocasiones mirándome de una manera que me ha causado cierta inquietud, pues de un tiempo a esta parte he tenido muy poco trato social. Al ver que yo lo miraba, ha despertado de su ensoñación y ha apartado la vista, como desconcertado. Gracias a eso no se ha dado cuenta de que yo también estaba desconcertada. Eso demuestra que él tampoco es una persona especialmente sociable.

10 de mayo. Esta noche, después de cenar, he tenido otra interesante conversación con m. de la Feste sobre las distintas escuelas de paisajismo. Mi padre se había quedado dormido y Charles no tenía a nadie con quien hablar, más que a Caroline y a mí. No era mi intención darle conversación, así que cogí de la estantería un volumen de *Modern Painters,* para entretenerme mientras los enamorados hablaban de sus cosas, pero él me incluyó en el diálogo, y me vi obligada a dejar el libro. Me esforcé no obstante en que Caroline también participase, aunque hay que decir que sus opiniones sobre el arte pictórico son casi enternecedoras, por lo rudimentarias y primitivas.

Mañana, si hace buen tiempo, iremos los tres a Wherryborne Wood, donde Charles nos ofrecerá ejemplos prácticos de los principios del color que ha enumerado esta noche. No quiero acaparar su atención, no quiero que Caroline se sienta excluida,

y he pensado que cuando estemos en la zona más densa del bosque me rezagaré un poco y me escabulliré, para que puedan volver solos. Supongo que la razón de que se muestre tan atento conmigo obedece al deseo de causar una buena impresión en alguien que, por estar tan unido a Caroline, tiene la capacidad de influir en su buena opinión de él.

11 de mayo. Noche. No puedo dormir, y por pura desesperación he encendido la vela y he cogido la pluma. Mi inquietud es consecuencia de lo que ha ocurrido hoy, y al principio ni siquiera tenía intención de escribir o confiar mis emociones a otro corazón que no fuese el mío. Fuimos a Wherryborne Wood —Caroline, Charles y yo, tal como habíamos planeado—, y echamos a andar por la senda que cruza el bosque, Charles en el centro, flanqueado por nosotras. De pronto caí en la cuenta de que, como de costumbre, solo hablábamos él y yo, y de que Caroline se entretenía observando los pájaros y las ardillas, mientras seguía dócilmente los pasos de su prometido. Me quedé atrás en cuanto se presentó la oportunidad y me escabullí entre los árboles en dirección contraria, donde sabía que encontraría otro camino para volver a casa. Di con la senda y seguí andando en silencio, absorta en mis pensamientos, hasta que, en un recodo, de buenas a primeras vi a m. de la Feste, tieso como un palo y sonriéndome con aire pensativo.

—¿Dónde está Caroline? —pregunté.

—Un poco más atrás. Al ver que usted no nos seguía, pensamos que se había perdido, y hemos ido a buscarla en distintas direcciones.

Salimos en su busca, pero no la encontramos, y estuvimos más de una hora andando solos por el bosque. Al llegar a casa supimos que decidió dejar de buscarnos al cabo de un rato, y que había vuelto poco antes que nosotros. El incidente no tendría que haberme alterado tanto, pero me pareció que Charles no se esforzaba demasiado por encontrarla y, en respuesta a mis continuas expresiones de asombro al no ver rastro de ella, él se limitaba a decir: «Seguro que está bien. Me ha dicho que sabe volver a casa desde cualquier punto del bosque. Sigamos charlando. Quiero que sepa que aprecio el privilegio de estar con alguien a quien admiro mucho más de lo que usted se figura»; y otras cosas por el estilo. Tonta de mí, no pude disimular mi turbación. No sé por qué no fui capaz de dominarme. Y creo que él se dio cuenta de que no estaba tranquila. Caroline, siempre sencilla y bien pensada, no le ha dado ninguna importancia, pero yo estoy disgustada.

V. UNA DIFÍCIL SITUACIÓN PARA ALICIA

15 de mayo. Cuanto más lo pienso, día tras día, más llego a la conclusión de que mis sospechas son ciertas. Creo que él se interesa demasiado por mí: lisa y llanamente, que me ama; o, por no degradar ese sentimiento, que siente por mí una pasión irrefrenable, mientras que a Caroline la quiere como a una hermana. Ésta es la

aterradora verdad. Cómo ha podido ocurrir, no lo sé, y me está consumiendo.

Un centenar de pequeños detalles me lo han revelado, y cuantas más vueltas le doy mayor es mi agitación. Solo Dios puede ayudarme a salir del terrible apuro en que me encuentro. No he hecho nada para incitarlo a ser infiel. He tratado de alejarme de su camino deliberadamente, me he negado por todos los medios a ser una tercera presencia en sus momentos de intimidad. Y no ha servido de nada. Tengo la sensación de que una fatalidad lo ha gobernado todo, desde el momento en que él puso un pie en esta casa, para desencadenar el desastre. Si hubiera sido capaz de preverlo antes de su llegada, de buen grado me habría marchado a visitar a cualquiera de nuestras amistades, con tal de impedir esta aparente traición. Pero acogí a Charles con mucho gusto, a ciegas, y me esforcé en ser agradable con él por el bien de mi hermana.

No cabe la posibilidad de que mis sospechas sean infundadas. Ni siquiera ante mí misma me he atrevido a reconocer la verdad hasta que he tenido una certeza absoluta. Su comportamiento de hoy habría bastado para demostrarlo, aun cuando yo no hubiese albergado ningún recelo anteriormente. Con el correo de la mañana me llegaron unos retratos que me hice tiempo ha, y en el desayuno pasaron de mano en mano. Los dejé en una mesa supletoria y no volví a acordarme de ellos hasta una hora más tarde, cuando estaba en mi dormitorio. Fui a buscarlos, y sorprendí a Charles al lado de la mesa, de espaldas a la puerta, inclinado sobre las fotografías, llevándose una a los labios.

Me asusté tanto que me escabullí para que no me viese. Éste ha sido el clímax de una serie de detalles, pequeños aunque significativos, que conducen todos a una misma conclusión. La cuestión es: ¿qué debo hacer? Lo primero que se me ocurre es irme, pero ¿cómo justificar mi partida ante Caroline y mi padre? Además, eso podría precipitar una catástrofe y empujar a Charles a la desesperación. Así, por el momento, he decidido que lo único que puedo hacer es esperar, aunque su proximidad me turba en grado sumo y apenas tengo la presencia de ánimo necesaria para estar frente a él. ¿Cómo terminará este angustioso enredo?

19 de mayo. ¡Por fin ha sucedido! El mero hecho de haberlo evitado ha precipitado el peor de los desenlaces: una declaración. Fui al huerto a coger unas flores de cuclillo que crecen en un rincón. Nada más entrar oí unos pasos fuera. La puerta se abrió y se cerró, y al volver la cabeza vi que Charles había entrado. Como el huerto está cerrado por cuatro tapias, y el jardinero no estaba en ese momento, ofrecía una intimidad absoluta. Se acercó por el sendero que bordea la esparraguera.

—¿Sabes por qué he venido, Alicia? —dijo, con voz trémula.

No contesté, y bajé la cabeza, porque su tono lo revelaba todo.

—Sí —continuó—. Es a ti a quien amo. Es verdad que siento cariño por tu hermana, pero es un cariño protector y tutelar, nada más. Digas lo que digas, no podré remediarlo. He confundido mis sentimientos por Caroline, y ahora sé que he obrado muy mal, por no conocerme a mí mismo. He luchado día y noche desde que tuve esta

revelación, pero no puedo ocultarlo. ¿Por qué te he conocido ahora, si no me fue posible conocerte antes de haberme comprometido? En cuanto te vi, el día de mi llegada, me dije: «Ésta es la mujer que he estado esperando». Desde entonces, mi corazón no ha hecho sino albergar fascinación. ¡Responde con una sola palabra!

—¡Ay, m. de la Feste! —dije. No recuerdo si dije algo más, aunque supongo que dejé bien claro mi sufrimiento, porque él contestó:

—Caroline tiene que saberlo. Puede que también haya confundido sus sentimientos, pero todo depende de lo que tú sientas.

—No puedo decir lo que siento —respondí—, salvo que todo esto me parece una traición atroz, y cada momento que pase con usted no hace más que empeorar las cosas… Procure serle fiel. Su corazón es muy delicado. Créame si le digo que ella no se equivoca en el tipo de amor que siente por usted. ¡Ojalá se equivocara! ¡Esto la mataría si llegara a enterarse!

—No puedo casarme con ella —dijo, con un profundo suspiro—. Dejando a un lado mi propia felicidad, sería una crueldad unir su vida a la mía.

Le dije que no soportaba oír estas palabras y, con lágrimas en los ojos, le supliqué que se marchara. Obedeció, y oí que salía y cerraba la puerta del huerto. ¿Cuál va ser el final de este anuncio y el destino de Caroline?

20 de mayo. Fue mucho lo que escribí ayer, y, sin embargo, no lo he contado todo. Lo cierto es que lo esperaba, contra toda ilusión, contra toda certeza, contra toda conciencia de mí misma. Todavía me cuesta reconocer la verdad, aunque encuentro cierto alivio en la escritura. Sí, lo amo, es tremendo, pero así son las cosas, y no me es posible seguir eludiéndolo, evadiéndolo o negándolo, aunque el resto del mundo no deba saberlo jamás. Amo al prometido de mi hermana, y él me ama. No es una pasión momentánea, fruto de la conversación de ayer. Surgió de un flechazo, ajena a mi voluntad, y a pesar de que ayer le dijera lo contrario, por desgracia no puedo desterrarlo de mi alma. Dios nos perdone a los dos por esta horrorosa traición.

25 de mayo. Todo es vago; nuestro camino carece de rumbo. Él anda de acá para allá, aparentemente muy atareado, dibujando en el bosque. No sabría decir si en privado se ve con Caroline, aunque tiendo a pensar que no, que ella lo espera entristecida y él no aparece. No ha dado la menor muestra de que mi rechazo haya servido para disuadirlo, ni de que se proponga cumplir con la palabra dada. ¡Ojalá tuviera yo la fuerza de un dios y el espíritu de sacrificio de un mártir!

31 de mayo. Todo ha terminado —al menos este acto de nuestro triste drama— en nada. Se ha ido. No se ha fijado una fecha para cumplir su compromiso con Caroline, y mi padre no es dado a apremiar a nadie en asuntos de esta índole y tampoco a entrometerse en modo alguno. Nosotras, por ser mujeres, estamos indefensas en casos así. Los amantes pueden venir cuando se les antoje y abandonarnos cuando se les antoje. Mi pobre padre es demasiado educado para hacer un solo reproche o una sola pregunta. Además, como ya le ocurriera a mi madre, m. de la Feste ejerce una suerte de poder autocrático sobre él, y casi está convencido de que formarse una opinión

distinta sería faltar a la memoria de ella. Yo me creí en el deber de preguntar a m. de la Feste por su compromiso en el último momento, aunque no pude evitar que me temblase la voz.

—Desde que murió tu madre todo ha sido inconcreto… ¡todo! —dijo con tristeza. No dijo nada más. Es posible que nunca volvamos a verlo en la parroquia de Wherryborne.

7 de junio. M. de la Feste ha escrito: una carta para Caroline; otra para mí. La suya no debe de ser muy afectuosa, porque no se alegró al leerla. La mía era la nota corriente de un amigo, escrita en una cuartilla corriente, que le pasé a Caroline cuando terminé de leerla. Pero en el fondo del sobre había un trozo de papel, que no me atreví a enseñar a nadie. Allí estaba la carta de verdad. La leí a solas en mi habitación, temblando, con sudores calientes y fríos. Dice que está sufriendo mucho, que lamenta lo sucedido, pero que no ha podido evitarlo. Me pregunta por qué le he permitido conocerme, ¿solo para forzarlo a faltar a su palabra? ¡Ay, ay!

22 de junio. Mi querida Caroline ha perdido el apetito, el ánimo y la salud. Las esperanzas postergadas han terminado por enfermarla. Las cartas de él son cada vez más frías, eso si es que ha enviado más de una. A mí no ha vuelto a escribirme, porque sabe que es inútil. Lo cierto es que la posición en que nos encontramos los tres es tristísima. ¿Cómo es capaz de tanta perversidad el corazón humano?

VI. ALICIA RECURRE A SU INGENIO

19 de septiembre. Tres meses de agonía, hasta que al fin he dado el paso de escribirle. Hemos estado muy preocupados por la salud de la pobre Caroline, que, después de caer poco a poco en una extrema debilidad, al punto de que parecía muy improbable que pudiera recobrar las fuerzas, hoy ha empeorado visiblemente. Su estado es crítico. El médico ha dicho a las claras que se está muriendo de pena y que, aun cuando pudiera eliminarse la causa de su dolencia, a estas alturas ya no podría recuperarse. ¿Tendría que haber escrito antes a Charles? Pero ¿cómo iba a escribir, si ella me lo prohibía? Era el orgullo lo que la dominaba, y no tendría que haber obedecido.

26 de septiembre. Charles ha venido a verla. Está muy impresionado, se siente culpable y acuciado por los remordimientos. Le he dicho que no puede hacer nada más que animarla un poco con su presencia. No sé qué piensa proponerle si ella llega a mejorar, aunque de momento no le dice apenas nada. En realidad no se atreve. Sus palabras causan en Caroline una agitación muy peligrosa.

28 de septiembre. Tras librar una ardua batalla entre el deber y el egoísmo, en la que ruego a Dios que no vuelva a verme inmersa nunca más, le he pedido a Charles, por compasión, que se case con ella sin más tardanza, tal como está tendida en su lecho. Le he dicho que la pobre niña no podrá importunarlo por mucho más tiempo, y

que esa boda tal vez atenúe el dolor de sus últimas horas, puesto que nada puede hacerse ya. Dice que lo haría de buen grado, que lo ha pensado, pero que una razón se lo impide: si ella muriera siendo su mujer, jamás podría casarse conmigo, porque nuestras leyes lo impiden al tratarse de mi hermana. Quise interrumpirle, pero continuó: «Por otro lado, si tuviera la certeza de que casándome con ella le salvaría la vida, no me negaría, pues es posible que pasado algún tiempo, si no volviera a verte, llegara a conformarme con una mujer tan dulce como Caroline; pero, como sucede que, con toda probabilidad, ni el hecho de que me case con ella ni ninguna otra cosa baste para salvarle la vida, si lo hago os perderé a las dos». No supe qué decir.

29 de septiembre. Se ha aferrado firmemente a sus razones para negarse al matrimonio hasta esta mañana, cuando se ha apoderado de mí una idea que he querido proponerle de inmediato. Se trata de que consienta en contraer alguna forma de matrimonio con Caroline, en consideración al amor que ella siente por él; una forma que, sin ser una unión legal, pueda aliviar el alma enferma y debilitada de Caroline. Estas cosas ya se han visto con anterioridad, y estoy segura de que ella encontraría un consuelo indecible si supiera que le pertenece. De esta manera, si Caroline nos abandonara, yo no perdería el derecho a casarme legalmente con él en el futuro, si tal cosa se juzgara oportuna; si, por el contrario, viviese, él podría, cuando ella se hubiera restablecido, comunicarle que su contrato matrimonial no era completo; podrían entonces repetir la ceremonia y yo, sin duda alguna, lo aceptaría de buen grado y evitaría importunarlos con mi presencia hasta que las arrugas y las canas convirtieran su pasión viril en cosa del pasado. Todo esto le he dicho, pero él ha puesto objeciones.

30 de septiembre. He vuelto a apremiarle. Ha prometido tomarlo en consideración. No es momento de andarse con rodeos y, para persuadirlo, le he hecho la solemne promesa de casarme con él un año después de la muerte de Caroline.

30 de septiembre. Más tarde. Una conversación agitada. Dice que acepta todo lo que propongo, las tres posibilidades, y hemos acordado el siguiente plan de contingencia: primero, en el caso de que perdiésemos a Caroline, yo me casaré con él transcurrido un año. Segundo, en la improbable circunstancia de que mi hermana se recupere, yo me comprometo a explicarle la verdadera naturaleza de la ceremonia que han celebrado, a decirle que se obró así a instancias mías, pensando únicamente en su felicidad, y que el enlace público sigue esperándola en la iglesia. Tercero, en el incierto supuesto de que los sentimientos de Caroline se enfríen y no quiera formalizar su unión con Charles, yo me iré de Inglaterra para encontrarme con él en el extranjero, y allí nos casaremos, con la promesa de no volver antes de que Caroline se haya casado con otro o contemple su relación con Charles como un asunto del pasado. He meditado sobre todas estas condiciones y he decidido aceptarlas tal como las consigno.

Once de la noche. No estoy satisfecha con el plan, a fin de cuentas. Para empezar, acabo de sondear a mi padre antes de darle las buenas noches, animada por la

impresión de que no pondría reparos. Pero insiste en que por nada del mundo puede consentir un procedimiento tan descabellado; por buenas que sean nuestras intenciones, y aunque la pobre Caroline se esté muriendo, no estaría bien. Muy apenada me dispongo a acostarme.

1 de octubre. Estoy convencida de que mi padre se equivoca. ¿Por qué piensa que no está bien, si sería un bálsamo para el alma herida de Caroline, a la vista de que Charles se niega en redondo a formalizar la ceremonia de rigor, cosa, además, poco viable a la vista de la dificultad para obtener una licencia especial, aun cuando él aceptase finalmente? Mi padre no sabe, o no quiere saber, que el amor de Caroline es la causa de su irremediable enfermedad. Pero yo sé muy bien que es así, y que esas palabras le procurarían una felicidad indescriptible, pues me he atrevido a susurrarle al oído que otros se han casado en circunstancias similares, y el efecto ha sido notable. Por lo tanto, no puedo confiar en mi padre en lo que concierne a Caroline. Él no la comprende.

Mediodía. He aprovechado la ausencia de mi padre para confiarle mis secretas intenciones a un joven muy sensato que ha venido a verlo esta mañana. Se trata del señor Theophilus Higham, de quien ya tuve ocasión de hablar, el encargado de leer las Escrituras en la ciudad vecina, que pronto se ordenará sacerdote. Le he puesto al corriente de la triste situación, y también de mi remedio. Con mucho ardor ha respondido que me ayudará en todo, que haría cualquier cosa por mí (lo cierto es que es un admirador); no ve nada malo en este acto de caridad. Volverá esta tarde, antes de que mi padre regrese, para ejecutar el plan. He hablado con Charles, y ha prometido que estaría preparado. Ya solo me queda comunicárselo a mi hermana.

Once de la noche. He estado muy alterada hasta este momento, y no he podido sentarme a escribir. Hemos cumplido con lo acordado, y aunque me siento culpable y pecadora, me alegro de haber obrado así. Mi padre todavía no lo sabe. Una expresión seráfica se ha instalado desde entonces en el rostro agotado y transparente de Caroline. No me extrañaría que al final se salvara, y que hubiera que celebrar un matrimonio legal. En tal caso, podría informar a mi padre de los hechos, y a la vista de un éxito tan rotundo no tendría nada que objetar. Entretanto, el pobre Charles sigue sin renunciar a la posibilidad de que yo, por indigno que sea, ocupe el lugar de Caroline si ella llegase a… Pero no puedo pensar en esta alternativa sin conmoverme, y por tanto no voy a decir nada. Charles se ha ido al sur de Europa inmediatamente después de la ceremonia. Al principio estaba muy alterado, casi fuera de sí, pero luego se ha ido calmando poco a poco con mis exhortaciones. He tenido que aceptar el castigo de recibir un beso de despedida, y ahora lo lamento, por lo que eso significa, pero me pilló desprevenida, y en un abrir y cerrar de ojos él ya se había marchado.

6 de octubre. Caroline se encuentra mucho mejor e, incluso al enterarse de que Charles había tenido que irse inesperadamente, ha recibido la noticia con alegría. El médico dice que esta mejoría aparente puede ser engañosa, pero yo creo que el hecho

de que hayamos insistido en guardar en secreto lo ocurrido, ante papá y ante todo el mundo, le ha devuelto las ganas de vivir.

8 de octubre. Sigue mejorando. Me alegro de haberla salvado, por tratarse de mi única hermana, si es que lo he conseguido; aunque ahora ya nunca seré la mujer de Charles.

VII. UNA SORPRESA AGUARDA A ALICIA

5 de febrero. Me ha sido completamente imposible escribir desde hace tiempo, pero por fin me encuentro en una extraña pausa que me permite redactar unas líneas. La recuperación de Caroline, que ha durado cuatro meses, ha sido prodigiosa. Al principio lenta, después imparable. Pero ¡las cosas se han complicado horrorosamente!

> ¡Ah, la densa maraña que tejemos,
> cuando mentimos por primera vez![1]

Charles me ha escrito desde Venecia para recriminarme. ¿Cómo va a cumplir ahora con una ceremonia que fue fingida, si todavía me sigue amando? ¿Y cómo, por otro lado, puede faltar a su promesa? No le he dicho nada a Caroline en todo este tiempo, y hasta este instante cree que él la ha tomado por esposa, en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte los separe. La situación es desesperante, para mí y para todos. Ante la aterradora presencia de la muerte se pierde el juicio y se hace cualquier cosa para afrontar las exigencias del momento, con las miras puestas únicamente en quien despierta nuestra compasión, y de quien nos creemos a punto de despedirnos para siempre.

Si él se hubiera casado con ella entonces, ahora todo estaría resuelto. Pero le dio demasiadas vueltas. Es verdad que ella podría haber muerto; además, él tenía sus motivos. De haber sido así, tal vez ahora yo sería una mujer triste, pero no me vería azotada por la tempestad… La posibilidad de que después de todo él acabe pidiendo mi mano es la causa principal de mi desasosiego. Todo pende de un hilo. Supongamos que le explico a mi hermana que el matrimonio fue una farsa; supongamos que se indigna, conmigo y con él, por haberla engañado… ¿y entonces? Por el contrario, supongamos que no se indigna y lo perdona todo. En tal caso Charles estaría obligado a casarse con ella, y a mí el honor me obliga a empujarlo a que lo haga, por más que proteste, y a allanar el camino informando previamente a Caroline. Tenía intención de contárselo todo el mes pasado, desde que recobró la fortaleza suficiente para resistir una noticia de esta naturaleza, pero me ha faltado el valor, la fuerza moral. Tengo que escribirle y pedirle que venga a ayudarme.

14 de marzo. Caroline no deja de preguntarse por qué Charles sigue sin venir cuando ya han pasado los cinco meses de ausencia forzosa, y aún menos comprende

por qué no escribe más a menudo. Su última carta fue fría, dice, y teme que se haya arrepentido de haberse casado, que quizá lo hiciera solo por compasión, pensando que ella estaba a punto de morir. Me parte el alma ver que se aproxima tanto a la verdad y al mismo tiempo no llega a descubrirla.

Otra pequeña complicación se suma a mis preocupaciones, y es que el señor Higham tiene remordimientos de conciencia por su papel en este enredo. ¡No cabe duda de que todo es un castigo para mí, por haber ideado un plan tan ingenioso como perverso sabiendo que era un error!

2 de abril. Caroline ya está prácticamente restablecida. Una leve tonalidad ha vuelto a revivir en sus mejillas, aunque no es tan intensa como antes. Sigue sin entender qué ha podido hacer para ofender a «su querido marido», y me he visto obligada a contarle una pequeña parte de la verdad, un fragmento sin importancia en el conjunto. Le he dicho que quizá él lamentase momentáneamente la precipitación con que se celebró la boda, porque no tuvo tiempo de poner en orden sus asuntos antes de casarse, pero, estaba segura, insistí, de que no tardaría en volver a su lado, sabiendo que su hogar lo estaba esperando. A la vez he escrito a Charles, y le he pedido que venga urgentemente para ayudarme a resolver el dilema. No ha sido una carta de amor.

10 de abril. Estoy alarmada, porque la última carta que le envié a Venecia, y también la última que le envió Caroline, no han tenido respuesta. Ella cree que está enfermo. Yo no lo creo, pero me gustaría tener noticias. Tal vez le haya ofendido el tono perentorio de mis palabras; me entristece pensar que pueda ser así. ¡Lo he ofendido! Pero es que ya no aguanto más. Tengo que contarle la verdad a mi hermana, para impedir que, en su ignorancia, se le ocurra hacer algo que pueda colocarla en una situación desastrosamente comprometida. Acaba de decir, en tono lastimero, que, si Charles pudiera verla y comprender que cada hora de su vida la pasa entregada a él y solo a él, está segura de que le perdonaría la maldad y la presunción de querer convertirse en su esposa. Me ha conmovido. No he podido ocultar las lágrimas.

15 de abril. La confusión se ha apoderado de la casa. Mi padre está enfadado y preocupado, y yo estoy en las nubes. Caroline ha desaparecido… Se ha marchado sin decir nada. Creo que sé adónde ha ido. ¡Qué culpable me siento, y qué inocente es ella! ¿Por qué no se lo habré dicho antes?

Una de la tarde. Seguimos sin rastro de Caroline. Hemos sabido que la doncella que está en casa, en período de prueba, ha desaparecido con ella, y no cabe duda de que mi hermana, temerosa de viajar sola, ha logrado convencerla para que la acompañe. Estoy casi segura de que la desesperación la ha llevado a ir en busca de Charles, y de que Venecia es su destino. ¿Por qué iba a fugarse, si no es para ir con su marido, puesto que eso es lo que ella cree que es? Ahora que lo pienso, hace días que venía dando señales, como las aves migratorias ofrecen velados indicios de su inminente intención de alzar el vuelo; sin embargo, no la creí capaz de dar un paso

tan extremo, sin ayuda y sin consultarme. Me limito a dejar constancia de los hechos; no tengo tiempo para reflexiones. Pero ¡cómo se le ha ocurrido a Caroline cruzar Europa en compañía de una mocosa que será más una carga que una ayuda! Serán un blanco fácil para el primer maleante que les salga al paso.

Ocho de la tarde. Sí, es lo que suponía. Ha ido a buscarlo. Una nota enviada al amanecer desde Budmouth Regis me ha llegado esta tarde, gracias a la feliz coincidencia de que uno de los criados ha ido a la ciudad a recoger el correo, pues de lo contrario no la habría recibido hasta mañana. Solo dice que está decidida a ir a buscar a Charles y que nada podrá impedírselo. No dice nada de su ruta. Que una muchacha tan dulce sea capaz de tomar una resolución tan firme de buenas a primeras me llena de asombro. Por desgracia, cabe la posibilidad de que él se haya ido de Venecia, y de que Caroline tarde semanas en encontrarlo, incluso de que no lo encuentre.

Mi padre, al enterarse de la noticia, me pidió de inmediato que tuviese listo el equipaje para las nueve de esta noche, con la intención de coger el tren que enlaza con el vapor nocturno. Así lo he hecho, y como falta media hora para que nos pongamos en camino, intento mitigar la tensión de la espera escribiendo estas líneas. Dice que tenemos que alcanzar a mi hermana por todos los medios, y ha proferido los peores insultos imaginables contra Charles. Como es natural, cree que mi hermana es una niña caprichosa, que se ha fugado para irse con su amante. ¿Cómo voy a decirle, pobre de mí, que es algo más que eso, y en cierto sentido mejor, aunque ni lo suficientemente más ni mejor para que su fuga no sea incluso más peligrosa que el mero impulso de una muchacha enamorada? Pensamos ir a París, con la esperanza de alcanzarla allí. Mi padre no para de dar vueltas por el vestíbulo, y no puedo seguir escribiendo.

VIII. ALICIA EMPRENDE LA BÚSQUEDA

16 de abril. Noche, París, Hotel. No la hemos encontrado, pero ha estado aquí, tal como suponía, porque no conoce ningún otro hotel en París. Seguimos el viaje mañana a primera hora.

18 de abril. Venecia. Una mañana de aventuras y emociones que me ha dejado exhausta, pero incapaz de dormir, a pesar de que llevo más de una hora intentándolo, tumbada en el sofá de mi habitación. Decido por tanto poner al día mi diario, siquiera apresuradamente, pues así consigo liberarme de pensamientos que de lo contrario se quedan enredados en el cerebro y pugnan entre sí.

Llegamos esta mañana, cuando el sol ya iluminaba los edificios bordeados por el mar, de manera que, al acercarnos, Venecia parecía una ciudad de corcho flotando a la deriva en un mar apacible y de un azul intenso. Apenas un momento he podido contemplar la maravillosa escena por la ventanilla del coche, porque enseguida

entramos en la estación del ferrocarril. Cuando salimos a la escalinata, la hilera de góndolas negras y los gritos de los gondoleros confundieron tanto a mi padre que debió de explicarse mal, y entendieron que necesitaba dos góndolas, en lugar de una embarcación con dos remos, así que él subió a una y yo a otra. Al cabo de un rato aclaramos el malentendido, y nos llevaron al hotel, en la Riva degli Schiavoni, donde se hospedaba m. de la Feste la última vez que supimos de él, y para ello tuvimos que recorrer un buen trecho del Gran Canal, pasamos por debajo del puente de Rialto, nos adentramos a continuación por angostos canales hasta que desembocamos en el Puente de los Suspiros —¡muy en consonancia con nuestro estado de ánimo!— y salimos de nuevo a la Laguna. El escenario era la pureza misma, en lo que al color se refiere, pero me pareció una crueldad tener que contemplarlo por primera vez en estas circunstancias.

En cuanto entramos en el hotel, que es un antiguo palacio, como la mayoría de los edificios de la ciudad, donde la gente se aloja *en pensión*, además de la manera habitual, corrí a consultar la lista de huéspedes, que estaba expuesta en el vestíbulo, y enseguida vi el nombre de Charles entre los demás. Pero era Caroline quien nos preocupaba. Me dirigí al encargado y —sabiendo que viajaría como «madame de la Feste»— pregunté por ella con este nombre, sin que mi padre me oyese. (Él, pobrecillo, estaba preguntando en la puerta por «una señorita inglesa», como si no hubiese docenas de señoritas inglesas allí.)

—Acaba de llegar —dijo el encargado—. Llegó en el primer tren de la mañana, cuando el señor estaba durmiendo, y nos pidió que no lo molestáramos. Está en su habitación.

No sé si Caroline nos había visto desde la ventana, o si me había oído, pero justo en ese momento oí pasos en la escalera de mármol y la vi aparecer.

—¡Caroline! ¿Por qué has hecho esto? —exclamé, corriendo hacia ella.

No contestó, pero bajó los ojos para ocultar sus emociones, y lo logró pasados unos segundos, adoptando un tono práctico que delataba su inquietud.

—Solo he venido en busca de mi marido. Todavía no lo he visto. He llegado hace poco. —No se avino a dar más razones, y vi que hacía ademán de marcharse. Le supliqué que viniese conmigo a una habitación donde pudiéramos hablar en la intimidad, pero no quiso. Como estábamos cerca del comedor, que a esa hora se encontraba vacío, le pedí que entrase y cerré la puerta. No sé cómo empecé a explicarle las cosas, ni cómo terminé, pero le dije, en pocas palabras y con la voz quebrada, que su matrimonio no era válido.

—¿Que no es válido? —dijo, con expresión ausente.

—No lo es. Pronto sabrás que todo es como te digo.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Que no soy su mujer? —gritó—. Eso es imposible. ¿Qué soy, entonces?

Añadí nuevos detalles, y volví a reiterar como buenamente pude la razón que me había llevado a obrar de tal manera. ¡Dios sabe lo difícil que me fue cuando vi que la

justificación no tenía ni pizca de sentido, ni para mí ni para ella!

Su violenta reacción, cuando por fin lo comprendió todo, fue aterradora. Después de dar rienda suelta a su dolor, arremetió contra Charles y contra mí.

—¿Por qué me habéis engañado? —exigió saber, con una altivez que yo jamás habría creído posible en una criatura tan dócil como ella—. ¿Hay algo que pueda justificar semejante abuso? ¡Me habéis tendido una trampa!

—Tal como estabas me pareció necesario —murmuré, pero no me oyó. Se desplomó en una silla y se cubrió la cara. En ese momento entró mi padre.

—¡Ah, estás aquí! No te encontraba. ¡Y Caroline!

—¿Y tú, papá, también tomaste parte en esa extraña obra de caridad?

—¿Qué? —dijo él.

Y entonces se descubrió todo, y por primera vez mi padre tuvo conocimiento de que el plan con el que yo pretendía aliviar la enfermedad de Caroline, y que en su día llegué a insinuarle, se había materializado finalmente. Al instante se puso de parte de ella. De nada sirvió que insistiera en que mis intenciones eran buenas. Pasados unos minutos, mi hermana se levantó y salió bruscamente del comedor, y mi padre la siguió, dejándome a solas con mis pensamientos.

Tenía tanta necesidad de encontrar a Charles enseguida que no me fijé en adónde iban. Un mozo me dijo que m. de la Feste había salido a fumar, y otro fue en su busca. Lo seguí, pero antes de que hubiéramos dado unos pasos, Charles salió del hotel detrás de mí. Yo esperaba que se quedaría perplejo al verme, pero no dejó traslucir ninguna sorpresa, aunque sí reveló otra emoción que me dejó consternada. Puede que yo también denotase algo similar, pero puse todo mi empeño en combatir cualquier sentimiento, y en cuanto me fue posible le dije que Caroline estaba allí.

—Sí —se limitó a decir, en voz baja.

—¿Lo sabes, Charles?

—Acabo de enterarme.

—Ay, Charles. Me temo que al retrasar la boda nos hayas puesto a los dos en una situación muy difícil. ¿Por qué no respondiste a nuestras cartas?

—Tenía intención de responder en persona. No sabía cómo dirigirme a ella, ni a ti. Pero ¿dónde está?

—Se ha ido con mi padre. Indignada contigo y despreciándome a mí.

Charles no contestó. Propuse que los siguiéramos, indicando la dirección que imaginaba que había tomado la góndola. Y, como subimos a una embarcación con dos remeros, no tardamos en verlos a lo lejos, aunque era poco probable que ellos pudieran vernos, porque nuestra góndola llevaba echado el *felze*, mientras que la suya iba descubierta. Se desviaron por un canal estrecho, justo después de pasar el Giardino Reale, y al adentrarnos entre sus paredes viscosas los vimos bajar de la góndola en las escaleras que subían al final de la Via 22 Marzo. Cuando llegamos al mismo apeadero, estaban dando vueltas a un lado y a otro de la Via, deliberando. Charles se detuvo en los primeros escalones, mirándolos. Yo lo miraba a él. Parecía

en trance.

—¿No vas a hablar con ella? —dije por fin.

Asintió y siguió adelante. No se dio prisa en alcanzarlos, sino que, protegido por una ventana que sobresalía de la fachada, observó un momento su cavilosa conversación. Se volvió a mirarme, yo le señalé que avanzara, y solo entonces salió de su escondite para darse de bruces con ellos. A Caroline se le encendieron las mejillas, lo saludó con una altiva inclinación de cabeza, dio media vuelta y, cogiendo bruscamente a mi padre del brazo, se lo llevó de allí antes de que él pudiera hacer uso de su propia razón. Desaparecieron por una calleja estrecha que conducía a la fachada posterior de los edificios del Gran Canal.

Charles se acercó despacio, y, al sentarse a mi lado, comprendí mi posición con tanta nitidez que debían de oírse los latidos de mi corazón. La tercera condición se había cumplido, la que menos esperábamos ninguno de los dos. Caroline lo había rechazado, y él era libre para pedir mi mano.

Volvimos juntos en la góndola. Charles parecía completamente ausente hasta que entramos en el Gran Canal, y entonces rompió su silencio.

—Ha dicho cosas horribles de ti en la *salle-à-manger*. No creo que tuviera derecho a hablarte de ese modo, ¡con el cariño con que la has cuidado!

—Sí que lo tenía. Fue allí donde se lo conté todo; ella no sabía nada hasta entonces.

—Se puso muy digna… me ha sorprendido mucho —murmuró él—. Y tú más todavía.

—Pero ¿cómo sabes lo que hemos hablado? —pregunté. Me explicó que lo había visto y oído todo. Unas puertas plegables separaban el comedor de una sala interior, donde estaba cuando nosotras entramos, y desde allí nos oyó perfectamente.

—Pero, querida Alicia —continuó—, lo que más me impresionó fue el cariño con que te disculpaste. ¿Te das cuenta de que ya se ha cumplido la condición para que puedas considerarte mi prometida sin ninguna traba? —Yo esperaba ese momento, y al mismo tiempo no estaba preparada. Con voz entrecortada, le pedí que no hablásemos de eso—. ¿Por qué no? ¿Sabes que podemos casarnos ahora mismo? Nos ha despreciado a los dos.

—No puede ser —contesté con firmeza—. No le has pedido que se case contigo, que celebréis la ceremonia legalmente. Y, hasta entonces, sería un pecado grave por mi parte darte el sí.

No sabía adónde nos llevaban los gondoleros. Supongo que Charles les indicó la dirección sin que yo me diese cuenta, pues cuando, presa de una indolencia desesperante, me abandoné al vaivén de la góndola, comprendí que nos dirigíamos al Gran Canal y, tras girar a un lado en las inmediaciones del Palazzo Grimani, nos acercábamos a unas escaleras, al pie de una iglesia.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Es la iglesia de los Frari —respondió—. Podríamos casarnos aquí. Al menos,

entremos para tranquilizarnos un poco y pensar qué debemos hacer.

Entramos en la iglesia, y descubrí que, tanto si nos casábamos allí como si no, el recinto era desolador. La palabra que resuena constantemente en Venecia —decadencia— parecía acentuarse en aquel espacio por alguna razón. Tuve la sensación de que la estructura se hundía en un suelo que no tenía la solidez suficiente para soportarla. Las grietas dibujaban zigzagueantes telarañas en los muros y otras similares cubrían las ventanas. Un olor empalagoso impregnaba los pasillos. Tras recorrer la nave al lado de Charles en un silencio muy incómodo, apenas interrumpido por sus someras descripciones de los monumentos y otras reliquias, y casi temiéndome que en cualquier momento fuera a enseñarme una licencia matrimonial, me acerqué a una puerta, en el crucero sur, que daba acceso a una capilla.

Miré desde el umbral el pequeño altar en un extremo. Una sola figura ocupaba la capilla vacía, arrodillada delante del magnífico altar de Bellini. No parecía fijarse en la belleza de la obra. Estaba llorando y rezando como si le hubieran partido el alma. Era mi hermana. Hice señas a Charles para que se acercara, y se quedó a mi lado, mirando a Caroline.

—Habla con ella —le dije—. Te perdonará.

Lo empujé con suavidad, volví al crucero, recorrí la nave y salí por la puerta oeste. Allí estaba mi padre, y fui a hablar con él. En un tono muy severo, me explicó que, después de reservar unas habitaciones confortables en una pension del Gran Canal, había vuelto a buscarme al hotel de la Riva degli Schiavoni, y no me había encontrado. Ahora estaba esperando a Caroline para llevarla a la *pension*, donde quería estar sola el mayor tiempo posible, hasta que lograra recobrar la compostura.

Le dije que de nada servía dar vueltas a un asunto pasado, que sin duda me había equivocado, y que el remedio estaba en el futuro y en el matrimonio. Se mostró de acuerdo y, al indicarle que m. de la Feste estaba en ese momento con Caroline, en la capilla, accedió a mi propuesta de que los dejáramos a solas y los esperásemos en la *pension*. Así lo hicimos, y, cuando subí a la habitación que mi padre había elegido para mí, con vistas al Canal, me asomé a la ventana a la espera de la góndola que traería a Charles y a mi hermana.

No tardé en verlos. Los reconocí por el color del sombrero de ella en cuanto torcieron a mi derecha. Iban forzosamente juntos, pero no hablaban, y me pareció que ella estaba ruborizada y él pálido. Cuando la góndola se acercó a las escaleras del edificio, Charles le dio la mano para ayudarla a desembarcar. Pensé que ella iba a rechazar su ayuda, pero no fue así. Poco después oí pasar a Caroline por delante de mi puerta, y, con ganas de conocer el resultado de su conversación, bajé corriendo, al ver que la góndola seguía allí. En ese momento Charles salía por la puerta, pero no iba en dirección al agua, sino que por lo visto tenía intención de volver paseando por la calle que desembocaba en la Via 22 Marzo.

—¿Te ha perdonado? —pregunté.

—No se lo he pedido —dijo.

—Pues es tu obligación —insistí.

Se detuvo un momento.

—A ver si nos entendemos, Alicia. ¿Me estás diciendo, de una vez por todas, que si tu hermana acepta ser mi mujer tú le dejarás el camino libre y no dedicarás ni solo un instante a considerar lo que te he propuesto?

—Eso te estoy diciendo —respondí, con los labios secos—. Le perteneces a ella, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Sí. Es una simple cuestión de honor —replicó—. Muy bien. Si así lo quieres, que sea el honor quien guíe mi palabra, en lugar de mi amor. Se lo pediré abiertamente. Si dice que «sí», nos casaremos. Pero no aquí. Será en tu casa, en Inglaterra.

—¿Cuándo?

—La acompañaré, y nos casaremos una semana después. No tengo nada que ganar con la demora. Pero no respondo de las consecuencias.

—¿Qué quieres decir? —pregunté. No quiso contestarme, se marchó, y yo volví a mi habitación.

IX. ALICIA PRESENCIA EL FINAL

20 de abril. Milán, diez y media de la noche. Aquí estamos, de vuelta a casa. Sabiéndome decididamente *de trop*, hago lo posible por alejarme de los demás. Cené en el hotel y salí a pasear sola, ajena al decoro, porque no soportaba verme encerrada. Recorrí tranquilamente la Via Allesandro Manzoni, vi a lo lejos la magnífica Galleria Vittorio Emanuele y me adentré bajo sus altos arcos de cristal hasta el octágono central, donde había algunas sillas. Decidí sentarme y, al cabo de un rato, cuando ya me había acostumbrado al paso de transeúntes, vi a Charles y a Caroline sentados enfrente. Era la primera vez que los veía *tête a tête* desde mi última conversación con él. Ella no tardó en descubrirme. Al principio apartó los ojos, y luego, como si obedeciera a un impulso incontenible, se levantó de un salto y se acercó a mí. No habíamos vuelto a hablar desde ese día en Venecia.

—Alicia —dijo, sentándose a mi lado—. Charles me pide que te perdone, y te perdono.

Yo le apreté la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y a él, lo perdonas?

—Sí —respondió con timidez.

—¿Y entonces?

—Vamos a casarnos en cuanto lleguemos a casa.

Ésta ha sido la conversación. Volvimos juntas al hotel, seguidas por Charles a cierta distancia. Ella no paraba de volver la cabeza, como si le preocupara que

pudiese alcanzarnos. «Honor y no amor», me parecía estar oyendo. Así están las cosas. Caroline vuelve a ser feliz.

25 de abril. Hemos llegado a casa, con Charles. Los acontecimientos se suceden con sigilosa premura, por no decir con celeridad, y a veces me atormenta la extraña y sobrenatural facilidad con que parecen desenvolverse. Charles se ha alojado en la ciudad, en tanto se tramita la licencia matrimonial. Cuando la haya obtenido, vendrá, se casará discretamente con Caroline y se la llevará de aquí. Es resignación más que contento lo que se trasluce en su expresión, pero no ha vuelto a decirme una sola palabra de ese asunto crucial, ni se ha desviado un ápice del curso trazado. Es posible que con el tiempo lleguen a ser felices juntos. Así lo espero. Sin embargo, no puedo desprenderme del abatimiento.

6 de mayo. Víspera de la boda. Caroline está serena y feliz, aunque no radiante. Sin embargo, tampoco hay nada que despierte su inquietud. Ojalá pudiera decir lo mismo de él. Va y viene como un fantasma, y, curiosamente, nadie parece reparar en su extraño comportamiento. Me veo obligada a asistir a la ceremonia, aun cuando estoy convencida de que mi ausencia podría paliar en parte su desazón. De todos modos, es posible que me equivoque al buscar las razones: mi padre dice sencillamente que Charles y Caroline tienen una buena oportunidad de ser felices, igual que otros. Bueno, mañana todo habrá terminado.

7 de mayo. Se han casado. Acabamos de volver de la iglesia. Charles estaba tan pálido esta mañana que mi padre le preguntó si estaba enfermo. «No. Solo tengo un ligero dolor de cabeza.» Y así salimos camino de la iglesia. No ha habido ningún contratiempo, ningún imprevisto. Y lo que tenía que ser ha sido.

Cuatro de la tarde. Ya tendrían que haberse marchado a esta hora, pero se están retrasando mucho. Charles salió hace media hora, y todavía no ha vuelto. Caroline lo está esperando en el vestíbulo, y me aterra que puedan perder el tren. Sé que eso no tendría la menor importancia, pero aún así me invaden los recelos…

14 de septiembre. Han pasado cuatro meses. ¡Solo cuatro meses! Parecen años. ¿Es posible que solo hayan transcurrido diecisiete semanas desde que escribí en este mismo papel que se habían casado? ¡Cuánto he envejecido desde entonces!

Ese día que nunca olvidaremos, esperamos y esperamos, pero Charles no volvía. A las seis de la tarde, cuando Caroline había subido a su habitación en un estado de preocupación imposible de describir, un hombre que trabajaba en el pantano vino a casa y preguntó por mi padre. Estuvo hablando con él en el estudio. Mi padre tocó la campana y me mandó buscar. Bajé, y fue entonces cuando me comunicaron la fatal noticia. Charles había abandonado este mundo. El encargado de la presa, que había ido a cerrar las compuertas, vio un sombrero en la orilla del pantano, atrapado en el remolino, y al asomarse al agua distinguió algo extraño en el fondo. Sabía lo que significaba y, después de cerrar las compuertas, para que el agua se remansara, pudo ver el cuerpo con claridad. No es necesario referir aquí los detalles que se publicaron en los periódicos. Trajeron a Charles a casa, pero estaba muerto.

Todos temíamos por Caroline, que sufrió mucho. Curiosamente, su sufrimiento adoptó la forma de una pena muy honda que únicamente encuentra alivio en los sollozos y las lágrimas. La investigación reveló que Charles tenía la costumbre de cruzar el pantano de vez en cuando para darle media corona a un anciano que vivía en un cerro, en la otra orilla, y que había sido un humilde pintor de paisajes hasta que perdió la vista, y se creyó por tanto que ese día había ido a verlo con la intención de despedirse de él. A la luz de esta información, el forense determinó que la muerte había sido accidental, y hasta hoy todo el mundo sigue creyendo que Charles se ahogó al cruzar la presa, cuando iba a aliviar las penurias del anciano. Todos menos una mujer: ella no cree que fuera un accidente. Después de la fuerte impresión que me causó la noticia, me pareció muy raro que él quisiera cumplir personalmente con este propósito en el último momento, cuando estaba a punto de marcharse, ya que habría podido enviar su donación por medio de cualquiera. Nuevas meditaciones me han convencido de que esta manera de abandonar la vida formaba parte de sus planes para ese día, lo mismo que la boda en la iglesia cercana. Las dos mitades de esta intención completa ya estaban presentes aquel día, en el Gran Canal, cuando pronunció las palabras que jamás olvidaré: «Muy bien. Que sea el honor quien guíe mi palabra, en lugar de mi amor. Si dice que sí, nos casaremos».

No sé qué me ha llevado a escribir esta entrada en este momento. Se me ha ocurrido sin más, por completar, en cierta medida, esa parte de mi crónica intermitente que se refiere a la historia de amor de mi hermana y de Charles. Ella sigue aceptando su pena con mansedumbre, y es probable que se sobreponga, mientras que yo… pero lo que a mí pueda ocurrirme da lo mismo.

X. ALICIA AÑADE UNA NOTA MUCHO TIEMPO DESPUÉS

Cinco años más tarde. He topado por azar con este viejo diario y me he puesto a hojearlo con interés, pues contiene un registro de los tiempos en los que la vida aparecía ante mis ojos con un brillo más cálido. Me siento impelida a añadir una frase para redondear este archivo del pasado. Hace cosa de un año, mi hermana Caroline, tras un insistente cortejo, aceptó la mano y el corazón de Teophilus Higham, el tímido novicio que leía las Escrituras y que ofició la falsa ceremonia planeada por mí, hoy sacerdote de la parroquia vecina. Su penitencia por el papel que en su día desempeñó en esta historia ha terminado en amor. Todos hemos penado por los pecados cometidos contra Caroline: Dios quiera que nunca vuelva a ser engañada.

1887

La tumba de la encrucijada

Nunca paso por Chalk-Newton sin volverme a mirar hacia el alto vecino, a un punto en el que un sendero atraviesa la recta y solitaria carretera principal, marcando así la división entre esta parroquia y la siguiente. Es una vista que nunca deja de traerme a la memoria el suceso que una vez ocurrió allí, y aunque a estas alturas puede parecer superfluo desenterrar más recuerdos de historias de aldea, los susurros de ese lugar tienen derecho a exigir no ser olvidados.

Fue en una oscura —aunque apacible y excepcionalmente seca— noche de Navidad (según el testimonio de William Dewy de Mellstock, Michael Mail y otros) cuando los componentes del coro de Chalk-Newton —una gran parroquia situada aproximadamente a mitad de camino entre las ciudades de Ivell y Casterbridge, y ahora convertida en una estación de ferrocarril— salieron de sus casas, antes de la medianoche, con el fin de llevar a cabo la anual repetición de sus melodías bajo las ventanas de la población local. La banda de instrumentistas y cantores era una de las más numerosas del condado, y al contrario que la banda de Mellstock, más reducida pero de mayor calidad, que lo desdeñaba todo a excepción de la cuerda, contaba con músicos de metal y madera durante los servicios completos de los domingos y ocupaba toda la tribuna lateral derecha.

Aquella noche había dos o tres violines, dos cellos, una viola, contrabajo, oboes, clarinetes, serpentón y siete cantores. Pero no fueron los trabajos del coro, sino lo que sus miembros tuvieron oportunidad de ver, lo que hizo de la noche una ocasión especialmente señalada.

Llevaban muchos años haciendo sus rondas sin que ningún incidente de tipo poco acostumbrado les saliera al paso, pero aquella noche, según las afirmaciones de varios de ellos, dos o tres de los más antiguos de la banda se encontraban —para empezar— en un estado de ánimo excepcionalmente solemne y meditativo: como si pensaran que los fantasmas de los amigos muertos que habían pertenecido al coro años atrás y que ahora estaban callados para siempre en el cementerio, bajo compactas masas de tierra, pudieran unirse a ellos —amigos que en sus tiempos habían mostrado mayor afición por la música de la que se mostraba en éstos—. O que la voz pretérita de una figura semitransparente, en vez de la de un vecino vivo y conocido, pudiera balbucear, desde la ventana de algún dormitorio, su agradecimiento por la felicitación nocturna. Sin importarles si aquello era producto de la realidad o de la imaginación, los miembros más jóvenes del coro se agruparon con sus acostumbradas alegría y despreocupación. Cuando ya estaban todos reunidos junto a los restos de la cruz de piedra que había en medio de la aldea —cerca de la posada del Caballo Blanco—, lugar del que hacían su punto de partida, alguien observó que se habían adelantado en exceso, pues todavía no eran las doce en punto. En aquellos tiempos, las murgas de Nochebuena locales procuraban no soltar una sola nota hasta que la mañana de Navidad hubiera llegado astronómicamente, y los miembros del

coro, al no apetecerles en aquel momento volver a la cerveza, decidieron empezar por algunas cabañas de las afueras, de la vereda de Sidlinch, donde la gente no tenía reloj y no sabría si era de noche o de madrugada. Por consiguiente, se fueron en aquella dirección, y, mientras ascendían hacia terrenos más elevados, su atención se vio atraída por una luz que brillaba más allá de las casas, justo en lo alto de la empinada vereda.

La carretera que va desde Chalk-Newton hasta Broad Sidlinch tiene poco más de tres kilómetros de longitud, y en la mitad de su recorrido, al pasar por encima de la colina, marcando la línea divisoria de las dos aldeas, se cruza —como ya se ha dicho — formando ángulos rectos con la solitaria, monótona y antigua carretera conocida por Long Ash Lane, que a menudo ha sido mencionada en estos relatos y que, recta como el trazo de un topógrafo y sobre los cimientos de una vía romana, recorre muchos kilómetros a norte y sur de este lugar. Aunque en la actualidad está completamente abandonada y por allí crece la hierba, a principios de siglo estaba bien conservada y tenía un tráfico abundante. La vacilante luz parecía proceder del lugar exacto en que las carreteras se cruzaban.

—¡Creo que ya sé lo que puede ser eso! —observó uno del grupo.

Los hombres del coro se detuvieron un momento para discutir la probabilidad de que la luz tuviera su origen en cierto suceso del que les habían llegado algunos rumores, y decidieron subir hasta el alto de la colina.

Al acercarse a la cima sus conjeturas se vieron confirmadas. Long Ash Lane se extendía a derecha e izquierda de donde estaban ellos, y vieron que en el punto de convergencia de los cuatro caminos, debajo del poste indicador, cuatro hombres de Sidlinch, contratados al efecto, habían cavado una tumba a la que acababan de arrojar, mientras el coro se aproximaba, un cadáver. El caballo y el carro que habían llevado el cuerpo hasta allí estaban al lado, inmóviles.

Los músicos y cantores de Chalk-Newton se detuvieron y siguieron mirando mientras los sepultureros echaban tierra a la fosa y la pisoteaban, hasta que el hoyo quedó tapado por completo. Los hombres, entonces, dejaron los azadones en el carro y se dispusieron a marcharse.

—¿A quién habéis enterrado ahí? —preguntó Lot Swanhills alzando la voz—. No será al sargento, ¿verdad?

Los hombres de Sidlinch habían estado tan profundamente absortos con su tarea que no habían reparado, hasta entonces, en las linternas del coro de Chalk-Newton.

—¿Qué? Vosotros sois los cantores de villancicos de Newton, ¿verdad? —contestaron los representantes de Sidlinch.

—Sí, señor. ¿Es el viejo sargento Holway el que habéis enterrado ahí?

—Así es. Entonces, os habéis enterado ya, ¿eh?

Los del coro desconocían los detalles, solo sabían que el domingo anterior se había pegado un tiro en el manzanal.

—Parece que nadie sabe por qué lo hizo, ¿verdad? O al menos en Chalk-Newton

no lo sabemos —prosiguió Lot.

—Oh, sí. Todo se descubrió en la pesquisa judicial.

Los cantores se acercaron más, y los hombres de Sidlinch aprovecharon para tomarse un respiro después del trabajo y les contaron la historia.

—Todo fue por ese hijo suyo, pobre viejo. Se le partió el corazón.

—Pero si el hijo es soldado, seguro; ¿no está ahora con su regimiento en las Indias Orientales?

—Sí. Y el ejército lo ha pasado mal allí últimamente. Es una lástima que su padre lograra convencerlo de ir. Pero Luke no debería habérselo echado en cara al sargento, porque él lo hizo con buena intención.

Las circunstancias, en suma, eran las siguientes: el sargento que había tenido este lamentable final, padre del joven soldado que se había ido a Oriente con su regimiento, había tenido unas experiencias de la vida militar singularmente satisfactorias —que habían finalizado mucho antes de que la gran guerra con Francia estallara—. Al licenciarse, después de haber cumplido debidamente su período de servicio, había regresado a su aldea natal, se había casado y se había entregado, pacíficamente, a la vida doméstica. Pero la siguiente guerra en que se vio envuelta Inglaterra le había proporcionado muchos disgustos al verse imposibilitado, por culpa de la edad y de la enfermedad, para formar de nuevo parte de una unidad del ejército en activo. Cuando su único hijo se hizo un muchacho y se planteó la cuestión de cómo habría de ganarse la vida, el chico expresó sus deseos de ser artesano. Pero su padre le aconsejó, con gran entusiasmo, que se alistara.

—El comercio se está viniendo abajo en la actualidad —le dijo—. Y si la guerra con los franceses dura (que durará), el comercio se pondrá todavía peor. El ejército, Luke, es lo que te conviene. Es lo que me dio a mí una formación y es lo que te dará una formación a ti. Yo no tuve ni la mitad de las oportunidades que se te presentarán a ti en estos tiempos espléndidos, mucho más aguerridos.

Luke vaciló, pues era un joven hogareño y amante de la paz. Pero, confiando respetuosamente en la opinión de su padre, cedió finalmente y se alistó en el batallón de infantería. Al cabo de unas cuantas semanas se le envió a la India para que se incorporara a su regimiento, que se había distinguido en Oriente a las órdenes del general Wellesley.

Pero Luke no tuvo suerte. Llegaron a su casa noticias indirectas de que había enfermado allí, y más tarde, un día, hacía poco, cuando el anciano padre estaba dando un paseo, recibió el aviso de que había una carta aguardándole en Casterbridge. El sargento envió a un mensajero especial que recorriera los catorce kilómetros y medio de distancia, pagara por la carta y la trajera a casa. Y así se hizo, pero, si bien la carta, como su padre había adivinado, era de Luke, el contenido del texto era totalmente inesperado.

La carta había sido escrita en un momento de profunda depresión. Luke decía que su vida era un suplicio y una esclavitud, y le reprochaba amargamente a su padre el

haberle aconsejado que se embarcara en una carrera que no iba, lo sentía, con su carácter. Se encontraba a sí mismo padeciendo fatigas y enfermedades sin obtener ninguna gloria, y comprometido con una causa que ni entendía ni estimaba. De no haber sido por los malos consejos de su padre, él, Luke, estaría ahora trabajando tranquilamente en un negocio que tendría en la aldea de la que nunca había deseado salir.

Tras leer la carta el sargento se alejó unos pasos para que nadie pudiera verle, y entonces se sentó en un montículo que había al borde de la carretera.

Cuando se levantó, media hora más tarde, su aspecto era el de un hombre ajado y moralmente deshecho, y desde aquel día su natural buen humor le abandonó. Herido en lo más hondo por las sarcásticas invectivas de su hijo, empezó a darse a la bebida con cada vez mayor frecuencia. Su mujer había muerto algunos años antes y el sargento vivía solo en la casa que había heredado de ella. Una mañana de aquel diciembre se había oído en los alrededores el estampido de un arma de fuego, y al entrar los vecinos en la casa se lo encontraron agonizante. Se había pegado un tiro con un viejo trabuco que utilizaba para ahuyentar a los pájaros, y se desprendía —sin ningún género de dudas— de lo que había dicho el día anterior y de los preparativos que había hecho para su fallecimiento, que aquel final había sido planeado y deliberado, y que era consecuencia de la desesperación en que se había visto sumido por la carta de su hijo. La investigación judicial emitió un veredicto de suicidio.[1]

—Aquí está la carta del hijo —dijo uno de los hombres de Sidlinch—. Se encontró en uno de los bolsillos del padre. Se puede ver, por su estado, que la releyó un montón de veces. En cualquier caso, hay que hacer lo que Dios ordena, porque así ha de ser, te guste o no.

La tumba estaba ya tapada y no formaba desnivel, pues no se le había puesto encima ningún montón de tierra. Los hombres de Sidlinch se despidieron del coro de Chalk-Newton y se marcharon en el carro que habían utilizado para llevar el cuerpo del sargento hasta la colina. Cuando sus pasos se hubieron apagado y el viento soplaba por encima de la solitaria tumba con su acostumbrado silbido de indiferencia, Lot Swanhills se volvió hacia el viejo Richard Toller, que tocaba el oboe, y le dijo:

—Es duro para un hombre, y más para un bravo soldado como él, que se le trate de esta manera, Richard. Desde luego que el sargento nunca estuvo en ninguna batalla mayor de la que se podría librar en una dehesa de medio acre, claro que no. Pero su alma debería tener las mismas oportunidades que la de cualquier otro hombre. Las mismas, ¿no?

Richard contestó que estaba completamente de acuerdo.

—¿Qué me dices de entonar un villancico delante de su tumba? Es Navidad y no tenemos ninguna prisa por empezar abajo, en la parroquia; y no nos llevaría ni diez minutos. Y además, aquí arriba no hay ni un alma para decirnos que no lo hagamos ni para enterarse de que lo hacemos, ¿eh?

Lot asintió con la cabeza.

—El hombre debería tener su oportunidad —repitió.

—Lo mismo da que escupas sobre su tumba, para lo mucho que vamos a hacer con él con cantarle nada: ahora ya está muy lejos de aquí —dijo Notton, el clarinetista y escéptico oficial del coro—. Pero estoy de acuerdo si los demás lo están.

En consecuencia todos se pusieron, formando un semicírculo, junto a la tierra recién removida y despertaron de su letargo al adormecido aire con el conocido número dieciséis de su repertorio, que Lot propuso por considerarlo el más indicado para la ocasión y el estado de ánimo:

Él viene a soltar a los cautivos,
esclavos de Satanás.

—Caramba, nunca habíamos tocado antes para un muerto —dijo Ezra Cattstock cuando hubieron terminado la última estrofa y, pensativos, se disponían a darse un respiro—. Pero me parece más piadoso esto que largarse y dejarle así, como han hecho esos otros tipos.

—Ahora hay que volver a Newton; para cuando lleguemos a casa del párroco ya serán las doce y media —dijo el director de la banda.

Pero no habían hecho más que recoger los instrumentos cuando el viento les trajo el ruido de un vehículo que, conducido a toda velocidad, venía de Sidlinch por aquel mismo sendero, por donde los sepultureros se habían marchado poco antes. Para evitar que el carro los arrollara a su paso, los miembros del coro decidieron esperar —para ponerse en marcha— a que el viajero nocturno, fuera quien fuese, los adelantara (y con el fin de que lo hiciera en el tramo más ancho de la encrucijada, donde estaban ellos en aquel momento).

Medio minuto después la luz de las linternas iluminó un calesín de alquiler, tirado por un caballo jadeante y con el morro lleno de vaho. Al llegar a la altura del poste indicador una voz gritó desde el interior del vehículo:

—¡Pare aquí!

El cochero tiró de las riendas. La puerta del coche se abrió desde dentro y un soldado raso, vestido con el uniforme de algún regimiento regular, salió de un salto. Miró a su alrededor y pareció sorprenderse al ver allí a los músicos.

—¿Han enterrado ustedes a un hombre aquí? —preguntó.

—No. Nosotros no somos de Sidlinch, gracias a Dios; somos el coro de Newton. Pero un hombre acaba de ser enterrado aquí, eso es cierto, y nosotros hemos cantado un villancico sobre los restos del pobre mortal. Pero ¿es acaso Luke Holway el que están viendo mis ojos, el que se fue a las Indias Orientales con su regimiento? ¿O estoy viendo su espíritu, que ha venido directamente desde el campo de batalla? ¿Usted es el hijo que escribió la carta que…?

—No, no me hagan preguntas. Pero entonces, ¿el responso ha terminado ya?

—No ha habido responso, en el sentido cristiano de la palabra. Pero está

enterrado, eso desde luego. Debe de haberse usted cruzado con los hombres, de vuelta con la carreta vacía.

—¡Como un perro en una zanja, y todo por mi culpa!

El soldado se quedó callado, mirando la tumba, y los miembros del coro no pudieron evitar sentir compasión por él.

—Amigos míos —dijo el joven—, ahora lo entiendo. Supongo que ustedes, por caridad vecinal, han cantado por el descanso de su alma, ¿no es así? Les agradezco de todo corazón su piadoso gesto. Sí, yo soy el miserable hijo del sargento Holway. Soy el hijo que ha causado la muerte de su padre, ¡tan cierto como si lo hubiera hecho con mis propias manos!

—No, no. No se lo tome usted así, joven. Por lo que hemos oído, su padre llevaba ya abatido una buena temporada por nada en particular.

—Estábamos en el Oriente cuando le escribí. Todo parecía salirme mal. Justo después de enviar la carta se nos ordenó volver a casa. Por eso me ven ustedes aquí. En cuanto llegamos al cuartel de Casterbridge me enteré de esto… ¡Maldito sea una y mil veces! Creo que me atreveré a seguir el camino de mi padre y me mataré. ¡Es lo único que puedo hacer ya!

—No se precipite usted, Luke Holway, vuelvo a decírselo; en lugar de eso, trate de enmendar su vida en el futuro. Y tal vez su padre le eche una sonrisa desde el cielo por ello.

El soldado negó con la cabeza.

—¡No sé, no sé! —contestó con amargura.

—Inténtelo y sea digno de lo mejor que tenía su padre. No es demasiado tarde.

—¿Usted cree que no? ¡Me temo que sí!… Bueno, lo pensaré. Gracias por sus buenos consejos. De todas formas, viviré aunque solo sea para hacer una cosa: trasladaré el cuerpo de mi padre a un cementerio cristiano y decente, aunque tenga que hacerlo con mis propias manos. No puedo salvarle la vida, pero puedo darle una tumba honrosa. ¡No reposará en este lugar maldito!

—Sí. Como dice nuestro párroco, es una costumbre bárbara la que conservan en Sidlinch, y deberían abolirla. El hombre también fue soldado. Ya ve, nuestro párroco no es como el suyo de Sidlinch.

—Dice que es una barbarie, ¿verdad? Pues ¡eso es precisamente lo que es! —gritó el soldado—. Ahora, escúchenme con atención, amigos.

Y entonces les preguntó si estarían dispuestos a agrandar la deuda que él tenía con ellos haciéndose cargo, en secreto, del traslado del cuerpo del suicida al cementerio (no al de Sidlinch, parroquia que ahora odiaba, sino al de Chalk-Newton). Les daría todo lo que poseía por hacerlo.

Lot le preguntó a Ezra Cattstock qué opinaba de ello. Cattstock, el violoncellista, que también era el sacristán, vaciló, y le aconsejó al joven soldado que antes sondeara al rector a ver qué pensaba de ello.

—A lo mejor pondría pegas y a lo mejor no. El párroco de Sidlinch es un hombre

duro, lo reconozco, y dice que si la gente se mata en un arrebato debe sufrir las consecuencias. Pero el nuestro no piensa así en absoluto, y es posible que lo permita.

—¿Cómo se llama?

—Es el honorable y venerable señor Oldham, hermano de lord Wessex. Pero no tiene que tenerle miedo por eso. Hablará con usted como un hombre corriente siempre y cuando usted no haya bebido lo suficiente como para que le huela el aliento.

—Oh, ya, es el mismo que antiguamente. Le preguntaré. Gracias. Y una vez cumplido ese deber…

—¿Qué hará entonces?

—Hay guerra en España. He oído que ése es nuestro próximo destino. Trataré de demostrarme a mí mismo que soy lo que mi padre deseaba que fuera. Supongo que no podré… pero lo intentaré, con mi flaqueza característica. Eso lo juro… aquí, sobre su cuerpo. Y que Dios me ayude.

Luke dio un manotazo al blanco poste indicador con tanta fuerza que éste se tambaleó.

—Sí, hay guerra en España. Y allí tendré otra oportunidad para ser digno de mi padre.

Así se dio por terminado el asunto aquella noche. Pronto se supo que el soldado raso había cumplido al menos una de sus promesas, porque un día de la misma semana de Navidad el rector entró en el cementerio cuando Cattstock se encontraba allí y le pidió que buscara un lugar adecuado para aquel enterramiento, añadiendo que él había conocido levemente al sargento y que no sabía de la existencia de ninguna ley que le prohibiera aceptar el traslado, después de haber examinado el precepto. Pero como no deseaba que pareciese que le movía el deseo de enfrentarse con su vecino de Sidlinch, había estipulado que aquel acto de caridad se llevara a efecto de noche y con la mayor discreción posible, así como que la tumba estuviera en una zona oscura del recinto.

—Será mejor que vayas inmediatamente a advertírselo al joven —agregó el rector.

Pero antes de que Ezra hiciera nada al respecto, Luke fue a verle a su casa. Le habían acortado el permiso a causa de los recientes acontecimientos de la Guerra Peninsular, y, viéndose obligado a reincorporarse inmediatamente a su regimiento, no tenía más remedio que dejar la exhumación y el nuevo enterramiento en manos de sus amigos. Dejó pagados todos los gastos y les rogó a todos que se encargaran de que ambas cosas se llevaran a cabo enseguida.

Y con esto el soldado se marchó. Al día siguiente, Ezra, después de reflexionar sobre el asunto, fue de nuevo a la rectoría, acuciado por una repentina duda. Se había acordado de que el sargento había sido enterrado sin ataúd, y no estaba seguro de que no le hubieran clavado una estaca. El asunto iba a ser más complicado de lo que en un principio habían supuesto.

—¡Sí, es cierto! —murmuró el rector—. Me temo que, después de todo, no va a ser factible.

El siguiente suceso fue la llegada, en un carro, de una lápida mortuoria procedente de la ciudad más cercana para ser dejada en casa del señor Ezra Cattstock; todos los gastos pagados. Entre el sacristán y el carretero depositaron la losa en la letrina del primero, y Ezra, una vez solo, se puso los lentes y leyó la breve y sencilla inscripción:

AQUÍ YACE EL CUERPO DEL DIFUNTO SAMUEL HOLWAY,
SARGENTO DEL …° REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE SU MAJESTAD,
QUE DEJÓ DE EXISTIR EL 20 DE DICIEMBRE DE 180…
ERIGIDO POR L. H.
«NO SOY DIGNO DE SER LLAMADO TU HIJO»

Ezra fue de nuevo a la rectoría, que estaba cerca del río.

—Ha llegado la lápida, señor. Pero me temo que no se pueda hacer de ninguna forma.

—Me gustaría complacer al joven —dijo el anciano y caballeroso presbítero—. Y de buen grado dejaría de cobrar hasta el último penique de mis honorarios. Pero si tú y los demás pensáis que no se puede hacer, entonces no sé qué decir.

—Verá usted, señor, he interrogado a una mujer de Sidlinch acerca del entierro del sargento, y parece que lo que yo pensaba es verdad. Lo enterraron con una estaca de un metro ochenta, del redil de ovejas de North Ewelease, atravesándole el cuerpo, aunque ahora lo negarían. Y la cuestión es: ¿vale la pena hacer el traslado teniendo en cuenta lo embarazoso del caso?

—¿Has sabido algo más acerca del joven?

Ezra solo sabía que aquella semana se había embarcado rumbo a España con el resto de su regimiento.

—Y si está tan desesperado como parecía, no volveremos a verle más por aquí ni en Inglaterra siquiera.

—Es un caso embarazoso —dijo el rector.

Ezra volvió a hablar del asunto con el coro. Uno sugirió la posibilidad de poner la lápida en la encrucijada. Aquello se consideró impracticable. Otro dijo que se podría colocar en el cementerio sin trasladar el cuerpo, pero aquello no les pareció honrado. De modo que no se hizo nada.

La lápida mortuoria se quedó en la letrina de Ezra hasta que éste, harto de verla allí, la puso entre unos matorrales que había al fondo de su jardín. Los miembros del coro sacaban el tema de vez en cuando, pero siempre acababan diciendo:

—Teniendo en cuenta de qué manera se le enterró, difícilmente podríamos hacer ese trabajo.

Siempre tenían la convicción de que Luke no iba a regresar jamás, y esta impresión se veía fortalecida por los rumores que llegaban acerca de los desastres que le habían acaecido al ejército en España. Aquello contribuyó a que la inercia se

hiciera permanente. La lápida mortuoria se puso verde a fuerza de estar durante tanto tiempo bajo los matorrales de Ezra; más adelante, el viento tiró un árbol que estaba junto al río, y, al caer encima de la lápida, la partió en tres pedazos. Finalmente, los pedazos quedaron enterrados entre las hojas y el moho.

Luke no había nacido en Chalk-Newton, y tampoco había dejado parientes en Sidlinch, de manera que no llegó ninguna noticia suya a ninguna de las dos aldeas mientras duró la guerra. Pero después de Waterloo y la caída de Napoleón llegó a Sidlinch, un día, un sargento mayor inglés cubierto de galones y, como se descubrió más tarde, lleno de gloria. El servicio en el extranjero había cambiado de una manera tan absoluta a Luke Holway que hasta que dijo su nombre los habitantes no le reconocieron como el hijo único del sargento.

Había servido con entereza y eficacia en las campañas peninsulares a las órdenes de Wellington. Había luchado en Busaco, Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Vitoria, Quatre Bras y Waterloo, y ahora había regresado para disfrutar de una pensión más que ganada y descansar en su distrito natal.

Apenas permaneció en Sidlinch más tiempo del que le llevó comer algo a su llegada. Aquella misma tarde se encaminó, a pie y por la colina, hacia Chalk-Newton, y, al pasar por la encrucijada, miró hacia el poste indicador y dijo:

—¡Gracias a Dios que él ya no está ahí!

Estaba anocheciendo cuando llegó a la segunda aldea; sin embargo, se fue directamente al cementerio. Cuando penetró en el recinto había aún luz suficiente para discernir las lápidas mortuorias, y el soldado las escudriñó minuciosamente. Pero aunque buscó por la parte delantera, que daba a la carretera, y por la parte trasera, que daba al río, no pudo encontrar lo que buscaba: la tumba del sargento Holway y un monumento conmemorativo con la inscripción «No soy digno de ser llamado tu hijo».

Abandonó el cementerio e hizo averiguaciones. El honorable, venerable y anciano rector había muerto, y también muchos de los miembros del coro, pero, poco a poco, el sargento mayor llegó a enterarse de que su padre yacía aún en la encrucijada de Long Ash Lane.

Luke siguió caminando, pensativamente, en dirección a su casa. Pero para hacerlo por la ruta acostumbrada tenía que volver a pasar por el lugar, ya que no había ninguna otra carretera que uniera las dos aldeas. Y se sentía incapaz de volver a pasar por aquel sitio, que ahora le lanzaba reproches con la voz de su padre; de modo que saltó la valla y anduvo errante por los campos arados para eludir el encuentro. Luke había soportado muchas luchas y fatigas sostenido por la idea de que estaba reivindicando el honor de la familia y haciendo nobles reparaciones. Y sin embargo su padre yacía, aún, degradado. Que el cuerpo de su padre se viera obligado a sufrir por las malas acciones que él, Luke, había cometido era más un sentimiento que un hecho, pero a su hipersensibilidad le parecía que los esfuerzos que había hecho por restablecer la reputación de su padre y aplacar la sombra del injuriado habían

terminado en el más absoluto de los fracasos.

Se esforzó sin embargo por zafarse de su apatía, y, disgustándole la sociedad de Sidlinch, alquiló una pequeña cabaña que había estado deshabitada durante mucho tiempo en Chalk-Newton. Allí vivió, solo, convirtiéndose en un verdadero ermitaño y no permitiendo que mujer alguna entrara en la casa.

La primera Navidad que siguió al establecimiento de su morada allí dentro, Luke estaba sentado, solo, junto al rincón de la chimenea, cuando oyó unas débiles notas musicales en la lejanía; poco después una canción se elevó, atronadoramente, hasta su ventana. Eran, como de costumbre, los cantores de villancicos; y aunque muchos de los de la vieja hornada, incluidos Ezra y Lot, descansaban eternamente, se seguían interpretando los mismos viejos villancicos sacados de los mismos viejos libros. Las conocidas estrofas que el ya fallecido coro había dedicado a la tumba de su padre resonaron a través de los postigos de la ventana del sargento mayor:

Él viene a soltar a los cautivos,
esclavos de Satanás.

Cuando terminaron se fueron a otra casa, dejando a Luke abandonado, como antes, al silencio y a la soledad.

La vela necesitaba que la despabilaran, pero Luke no la despabiló y permaneció sentado hasta que se consumió en el candelero y provocó oleadas de sombra en el techo.

La alegría navideña de la mañana siguiente se vio quebrada a la hora del desayuno por una trágica noticia que se extendió por la aldea con la rapidez del viento. El sargento mayor Holway había sido encontrado con un tiro en la cabeza, que se había pegado él mismo, en la encrucijada de Long Ash Lane, donde su padre yacía enterrado.

Encima de la mesa de su cabaña había dejado un papel escrito en el que expresaba su deseo de ser enterrado en el cruce, al lado de su padre. Pero el papel, accidentalmente, fue tirado al suelo, y nadie lo vio hasta después del responso por el alma de Luke, que tuvo lugar de la manera acostumbrada, en el cementerio.

Navidad de 1897

Un sargento del cuerpo de dragones

Recientemente he tenido una experiencia triste (dijo el caballero responsable de la veracidad de esta historia). Resulta que estuve en una casa condenada, cuyo aspecto exterior conocía bien desde hace mucho tiempo: una casa, es decir, que por su edad y su estado ruinoso iban a demoler la semana siguiente. Algunas vigas, ennegrecidas y carcomidas como las entrañas de un hongo viejo, ya habían sido retiradas antes de mi visita. Viendo que era una casa muy pequeña —lo que normalmente se conoce como una casita de campo—, situada en una aldea remota, y que no tenía más de cien años, si es que llegaba a tanto, mientras deambulaba por las habitaciones vacías, con las paredes surcadas de grietas y los suelos inclinados, me dio por pensar en la asombrosa cantidad de incidentes familiares que allí se habían vivido, de los que solo algunos habían llegado a mis oídos. No cabe duda de que ocurrieron muchas más cosas de las que yo tenía noticia.

La vivienda se encontraba en la parte más alta del jardín, en una calleja de viviendas aisladas de la parroquia de Mellstock. Por una cancela verde, a los pies de un seto que a fuerza de podas había cobrado la forma de un arco, se accedía al sendero de gravilla que, entre matas de frambuesas, fresas y bancales de hortalizas, conducía hasta la entrada principal. La puerta, pintada de un verde antiguo y deslucido que se desprendía al rozar la superficie con un dedo, tenía un pequeño llamador de bronce con las hendiduras cubiertas de verdín. En los años previos a la víspera de su demolición, la casa había perdido sus cualidades de origen, al dividirse en dos viviendas para los jornaleros, si bien en su mejor momento podía tenerse indiscutiblemente por pulcra, vistosa y coqueta.

Los diversos incidentes mencionados tenían su causa principal en el régimen de disfrute de la vivienda, arrendada sucesivamente por familias no del todo comunes en los alrededores, gentes que por sus circunstancias, posición o antecedentes, eran más o menos alegres y despreocupadas. Y es a una de las familias que por allí pasaron a la que aquí deseo referirme, concretamente a la del señor Jacob Paddock, el hortelano, que vivió algunos años en la parroquia con su mujer y su hija ya crecida.

I

Era evidente que la conmoción se había adueñado de la casa, a juzgar por el trajín y por el ruido que llegaba al exterior, semejante al de una colmena alterada por un suceso imprevisto. Si alguno de sus ocupantes se asomaba a la puerta, se advertía en su expresión un gesto distraído y preocupado.

Empezaba a caer la tarde, y otros vecinos de la aldea se acercaban a sacar agua del pozo común, que estaba en la carretera, enfrente del jardín y de la casa de los

Paddock. Tras haber llenado sus cubos por turnos, se quedaron charlando de una manera muy expresiva. De sus palabras, cualquiera que los oyera podía deducir fácilmente lo que había ocurrido.

El leñador que vivía más cerca del lugar de los hechos fue quien contó la mayor parte de la historia. Selina, la hija de los Paddock, se había llevado esa tarde una sorpresa mayúscula, al recibir una carta del hombre con quien se había prometido para casarse, en su día cabo y ahora ascendido a sargento mayor del cuerpo de dragones, al que creía muerto en la batalla de Alma dos o tres años antes.

—La chica se enamoriscó en contra de los deseos de su padre, como todos sabemos, antes de que él consiguiera los galones —continuó el que informaba a los demás—. Y no es que él no fuera un mozo tan digno como el que más a este lado de Londres. Pero Jacob quería algo mejor para su hija, y eso se comprende. El caso es que ella estaba emperrada en casarse con él, y por lo que pasó tampoco se la puede culpar de nada, porque estaban en un tris de casarse cuando estalló la guerra y lo estropeó todo.

—¡Si hasta habían matado al cerdo para la boda y encargado el barril de cerveza! —señaló una mujer—. Él tenía buenas intenciones. Pero al saber que en dos días iba a marcharse a combatir en un país extranjero, es natural que el padre de la chica dijera que mejor esperaban hasta su vuelta.

—Y no volvió —murmuró una voz desde una sombra.

—La guerra terminó, y él no vino. Ella no estaba segura de que lo hubiesen matado pero, por orgullo o por miedo, no fue a buscarlo.

—El padre la perdonó al enterarse de cómo habían ido las cosas porque, según dijo a las claras, el hombre le agradaba y se veía que era formal. Por eso apechugaron con la situación, al ver que no tenía remedio, y no la echaron de casa, como habrían hecho otros. El tiempo ha demostrado que él tenía intención de hacer las cosas como Dios manda. Ya se ve ahora que ha escrito diciendo que vuelve. Y os digo yo que ella le habría guardado la ausencia de por vida si no hubiera aparecido ese otro.

»Cuando se hicieron novios —prosiguió el leñador—, el regimiento estaba acuartelado en Casterbridge, y se conocieron un día en que él vino a comprar un poco de fruta de ese árbol que está ahí en el huerto del padre, aunque dicen que más que en las manzanas se fijó en la moza desde el otro lado del seto. Decía que esa variedad de manzana le gustaba mucho, y desde entonces todos los días venía a comprar unas pocas, hasta que no quedó ni una sola en el árbol. Y terminó pidiéndole que se casara con él.

—¡Qué pena tan grande que no se casaran pronto!

—Bueno, más vale tarde que nunca, si al final se casan ahora. Pero ella le tenía tanta fe que, al ver que no volvía, pensó que estaba tan muerto como el que más tiempo lleva enterrado en el cementerio de la iglesia. Nunca habría puesto los ojos en otro. ¡Ni hablar!

—¡Menudo apuro para ella!

—Nunca se le habría pasado por la cabeza casarse con el otro. Iban a casarse la semana que viene. Dicen que ya tienen la licencia. Esta vez ella no ha querido publicar las amonestaciones, por la mala suerte que tuvo entonces.

—Lo mismo el sargento mayor se cree libre de su compromiso y se marcha por donde ha venido.

—Ya te digo yo que no. El soldado no era un hombre quisquilloso, y ella sigue siendo un buen partido. Lo que hará la chica será quedarse con su soldado y romper con el maestro carretero, con licencia o sin ella. ¡Si no, al tiempo!

Mientras los vecinos seguían haciendo sus conjeturas, una silueta apareció en la penumbra. Saludó con la cabeza a los que estaban en el pozo, que contestaron con un «Buenas noches, señora Stone», cuando la mujer abrió la cancela de los Paddock. Era íntima amiga de la familia, y el grupo la siguió con la mirada hasta que terminó de subir por el sendero y pasó por delante de las ventanas, donde ya se veía el resplandor de las velas.

II

La señora Stone llamó a la puerta, y la madre de Selina salió a abrir y llevó a su amiga directamente al comedor a mano izquierda, donde estaban poniendo la mesa para cenar. En la alacena, apoyada contra la pared, se encontraba el único objeto que habría llamado la atención de un extraño en aquella estancia amueblada por lo demás muy corrientemente: un enorme bizcocho de pasas guardado, como si se tratase de una reliquia, en una urna de cristal parecida a las que se ven en los museos, cuadrada y con el fondo de madera, donde se exhiben los ejemplares disecados con un pelo o un plumaje singular. Era la momia del bizcocho elaborado tiempo ha para la boda de Selina y el soldado, que la joven había conservado con amor y religiosidad como prueba de su honra, a pesar de la indecorosa circunstancia que se mencionará más adelante. A estas alturas, la reliquia estaba dura como un ladrillo, y parecía un vestigio de una civilización extinguida. Hasta muy poco tiempo antes, Selina tenía la costumbre de contemplarla a diario y rememorar el accidente —al que aludían los vecinos reunidos en el pozo— cuyas consecuencias habían ensombrecido su vida desde que, una mañana, llegó la imprevista noticia de la marcha de los dragones en el plazo de dos días, y, al verse en la necesidad de tomar una decisión apresurada, puesto que había pasado el segundo plazo de las amonestaciones, pero no el tercero, se llegó a la conclusión de que no era prudente solemnizar el matrimonio en circunstancias tan inciertas, aun cuando fuese posible, lo cual era dudoso.

Junto al fuego estaba ahora la joven en cuestión, sentada en un taburete, absorta en sus pensamientos, y un niño de corta edad jugaba en el suelo, a su lado.

—¡Ah, señora Stone! —dijo Selina, levantándose despacio al ver a la mujer—. ¡Qué amable ha sido al venir! ¿Se quedará a cenar? Supongo que mi madre ya le ha

contado la extraña noticia.

—No. Pero la he oído por ahí. Que has recibido carta del señor Clarke, del sargento mayor Clarke, como lo llaman ahora. Y que está en camino para reconciliarse contigo.

—Sí, llega esta noche. Viene del norte de Inglaterra, donde está acuartelado. No sé si estoy contenta o asustada. Siempre he creído que de estar vivo vendría y cumpliría su palabra. Pero cuando se publica que un hombre ha muerto, ¿qué puede pensar una?

—¿Es que se publicó?

—Pues sí. Tras la batalla de Alma, se colgó la lista de los muertos y los heridos en la puerta del Ayuntamiento de Casterbridge. Fue un sábado, y yo fui a propósito para verlo con mis propios ojos, porque había oído decir que su nombre estaba en la lista. Había un montón de gente buscando los nombres de sus familiares. Y recuerdo que, al verme, me abrieron paso, porque sabían que estábamos a punto de casarnos y, por así decir, yo ya le pertenecía. Pues bien, yo empecé a pasar las hojas, y en la lista de los «muertos» vi su apellido, aunque en vez de «John» habían escrito «James», pero pensé que era un error, y que tenía que ser él. ¡Quién iba a figurarse que había dos hombres con un nombre tan parecido en el mismo regimiento!

—El caso es que ahora viene a terminar lo que ha empezado, por así decir, así que no tienes por qué preocuparte. Bien está lo que bien acaba.

—Eso dice. Pero aún no sabe nada del señor Miller, y eso es lo que me tiene encogida. Por suerte, la boda se iba a hacer con licencia, en vez de publicar lasamonestaciones como entonces, y muchos no se han enterado. De todos modos, no sé qué pensar.

—Se ve que a ti siempre se te tuercen las cosas… ¿Verdad que sí, señora Paddock? ¡Dos bodas truncadas! Es muy raro. ¿Cómo se te ocurrió aceptar al señor Miller?

—Ha sido muy bueno y muy fiel. No ha reparado en el niño, porque estaba al corriente de todo. Le tiene mucho cariño a mi Johnny, ¿sabe usted?, como si fuera suyo. ¿A que sí, patito mío? ¿Verdad que el señor Miller te quiere mucho?

—Mucho. Y yo a él —dijo el pequeño.

—Verá, señora Stone, él dijo que quería ofrecerme un buen hogar, y a mí me pareció que sería bueno para Johnny, porque el señor Miller está en mejor posición que yo, y al final le di el sí, como una viuda, pues así es como me he sentido siempre desde que vi el nombre de John escrito en esa lista. ¡Espero que él me perdone!

—Te perdonará, porque no lo hiciste con mala intención. Él tendría que haber mandado unas líneas para decir que el muerto era otro.

—No hace ni una hora que lo sabemos, señora Stone —terció la madre de Selina —. Un niño nos trajo la carta de Lower Mellstock esta tarde, al volver de la escuela. El señor Miller ha quedado en venir esta misma noche para organizar los preparativos de la boda. ¡Alguien viene! ¿Será tu padre? ¿O ya está aquí el señor Miller?

Las pisadas se acercaron al porche. Se oyó un roce en el felpudo, y la puerta se abrió dando paso a un hombre rubicundo, de unos treinta años, con aspecto de próspero maestro mecánico y evidente buen carácter. Al ver al chiquillo, sin hacer caso de los adultos, el recién llegado cacareó como un gallo y ahuecó los brazos como si fueran alas, fiel a su método de aparición habitual, que despertaba en Johnny una admiración sin límites.

—Sí, es él —dijo Selina, que se sintió obligada a levantarse a recibirlo.

—¿Qué, hablando de mí, querida? —dijo el joven con jovialidad, cuando dio por terminado el cacareo y pasó a comportarse como un hombre—. ¿Qué pasa? Parece que hubieras visto un fantasma.

El señor Miller dejó traslucir su preocupación y arrimó una silla al fuego.

—¡Ay, madre! Díselo tú al señor Miller, si es que no lo sabe.

—¿Cómo que «el señor» Miller? ¡Si vamos a casarnos dentro de seis días! —protestó el joven.

—¡Aún no lo sabe! —murmuró la madre.

—¿Qué es lo que no sé?

—Pues que… a John Clark… que ahora es sargento mayor… no lo mataron en Alma. Era otro casi con el mismo nombre.

—¡Qué curioso! Ya sé de varios casos así.

—Y ha vuelto. Viene esta noche para ver a Selina.

—¿Qué voy a decirle, para que no se ofenda por lo que he hecho? —dijo Selina.

—¿Por qué te preocupa que pueda ofenderse?

—¡Ay! Tengo que casarme con él si me perdona. Es mi obligación.

—¿Tu obligación? ¿Por qué no puedes decir que no, aunque te perdonase?

—¡No puedo! ¿Cómo voy a hacer una cosa tan mala? Has sido muy bueno conmigo, al pedirme en matrimonio. Ningún otro hombre me lo habría pedido después de lo que pasó. Y yo te acepté, aunque no te tenía todo el cariño que te merecías. Si lo hice fue porque lo creía muerto y enterrado. Estaba segura de que si hubiera estado vivo nunca habría faltado a su promesa. Y eso demuestra que tenía razón al confiar en él.

—Sí… Debe de ser un buen hombre —asintió el señor Miller, tan impresionado por la asombrosa fidelidad del sargento mayor de dragones que ni siquiera reparó en su propia situación. Suspiró despacio y dijo—: Bueno, Selina, eres tú quien tiene que tomar la decisión. Yo te quiero, y quiero al niño. Y ahí están mi chimenea y mis muebles, listos para recibiros.

—¡Sí, ya lo sé! Pero ahora no puedo hablar de eso —murmuró Selina apresuradamente—. John no tardará en llegar. Confío en que lo comprenda todo cuando se lo explique. Ojalá hubiera tenido tiempo de escribirle; habría sido mejor.

—Tú crees que no sabe ni una palabra, que ni siquiera lo sospecha. Pero podría ser al contrario. Quizá se haya enterado y por eso viene.

—¡Sí… igual lo sabe! —dijo ella, animándose—. Y ya me ha perdonado.

—Si no es así, tú háblale con franqueza y cuéntaselo todo exactamente tal como ha ocurrido. Si es un hombre de ley sabrá entenderlo.

—Pues ¡claro que lo es! Pero ¡creo que no tendré necesidad de contarle nada, como tú dices!

Era la hora de que Johnny se acostara, y Selina lo llevó al piso de arriba. Cuando volvió, su madre estaba preocupada.

—Creo que el señor Clark ya debe de estar a punto de llegar, si es que ha venido. De ser así, espero que al señor Miller no le moleste despedirse, ya que estás empeñada en seguir con tu sargento mayor —dijo, señalando estas últimas palabras con un deje de amargura—. Será menos violento si el señor Miller no está aquí, si me permite decirlo.

—Claro, claro —dijo el maestro carretero con instantánea convicción, levantándose al punto—. ¡Y pensar —exclamó, mientras cogía su sombrero y su bastón— que íbamos a casarnos dentro de seis días! Pero, Selina… tienes razón. Tu lugar está junto al padre de tu hijo, puesto que sigue vivo. Procuraré aceptarlo.

Antes de que el generoso Miller pudiera decir nada más, se oyó un golpe en la puerta y el chirriar de unas ruedas.

—¡Creo que ha subido un coche! —dijo la señora Paddock.

El señor Paddock, que estaba fumando en la habitación contigua, se levantó y salió a la puerta, y al momento Selina oyó una voz familiar que decía:

—¡Por fin he llegado, después de muchos contratiempos! ¿Cómo está usted, señor Paddock? ¿Y cómo está ella? Supongo que no esperaban volver a verme. —El tintineo de unas espuelas resonó en el zaguán.

—¡Maldición, me ha pillado! —murmuró el señor Miller, olvidándose de sus buenas modales—. Qué se le va a hacer. Lo mismo me da conocerlo aquí que en otra parte. Y me gustaría verlo y trabar amistad con él, porque parece un buen hombre. —Volvió a acercarse al fuego justo cuando el sargento mayor entraba en la sala.

III

Era un buen exponente del soldado veterano de la época, no exento de atractivo, con un punto de dignidad no ostentosa que algunos podían atribuir a la rigidez del cuello del uniforme, que entonces todavía se llevaba alto. Era ahora mucho más corpulento que cuando se separaron. Aunque Selina no tenía intención de mostrarse efusiva, corrió hacia el sargento nada más verlo, y él la abrazó y la besó.

Luego, muy agitada, le susurró algo al oído, y él pareció muy sorprendido.

—Acabo de llevarlo a la cama —continuó—. Puedes subir a verlo. ¡Sabía que volverías si estabas vivo! Pero te había dado por muerto. ¿Has estado en Inglaterra desde que terminó la guerra?

—Sí, querida.

—¿Y por qué no has venido antes?

—¡Eso mismo me pregunto yo! ¡Por qué he sido tan bobo para no ver venir corriendo el mismo día que desembarqué! ¡Quién iba a imaginárselo! ¡Estás tan guapa como siempre!

Consintió en subir hasta el rellano, donde, asomándose por la barandilla, vio la cuna de Johnny a través de la puerta abierta. Cuando volvió a la sala, el señor Miller se disponía a marcharse.

—¿Qué pasa? Lamento que alguien se vaya justo cuando acabo de llegar —dijo el sargento mayor—. Creía que íbamos a celebrarlo. Traigo en el carro una barrica de cuarenta litros de cerveza Phoenix, y jamón, y medio queso fresco. Se me ocurrió que lo mismo andaban escasos de forraje en un lugar tan apartado, y que podríamos invitar a algún vecino. Claro que igual me he tomado demasiadas libertades.

—Ni mucho menos —dijo el señor Paddock, que había entrado en la sala, con voz mesurada y juiciosa—. Es muy amable de su parte, pero no hacía ninguna falta. Acabamos de hacer acopio de comida y bebida para el acontecimiento.

—Les agradezco mucho que me crean digno de un recibimiento tan generoso, teniendo en cuenta que no han recibido mi carta hasta esta misma mañana.

Selina miró a su padre para indicarle que se callara, y acto seguido intercambió una mirada incómoda con el señor Miller. En contra de lo esperado, el sargento mayor no sabía que los preparativos a los que aludía el padre nada tenían que ver con su visita.

El piafar del caballo en la puerta y el impaciente restallido del látigo les recordó que el cochero de Clark seguía esperando. Descargaron las provisiones, las llevaron a la casa y despidieron al cochero. Miller aceptó la invitación a cenar sin demasiados reparos, y otros vecinos se sumaron para completar la alegre compañía.

Mientras se servía la comida y se daba cuenta de ella, Selina, que se había sentado al lado de su primer futuro marido, tuvo que interrumpir en varias ocasiones para que nadie diera la noticia de su compromiso con el maestro carretero, tan bruscamente roto, y con tanta alegría para ella y su sentido de la virtud femenina. Pero la conversación se centró por completo en la última guerra, y, aunque animada por la cerveza que había traído el sargento mayor, Selina decidió esperar un momento más propicio para revelarle su situación en privado, cuando hubiese terminado la cena.

Después de cenar, Clark se recostó cómodamente en su silla y echó un vistazo alrededor.

—Recuerdo que a veces bailábamos en esa otra sala después de cenar, querida Selina. Traíamos todos los muebles aquí. ¿Sigues haciendo lo mismo?

—¡Qué va! —dijo su enamorada con tristeza.

—No creo que volvamos a bailar hasta dentro de unos días —terció el señor Paddock—. Claro que, por hache o por be, nunca se sabe lo que puede pasar.

—Se lo contaré todo a John enseguida —dijo Selina, a lo que el padre, viendo que el secreto que él no quería guardar iba a seguir siendo secreto, se mordió la lengua,

no sin denotar cierto enfado.

En cuanto se habló del baile, todos quisieron pasar de las palabras a los hechos. En un abrir y cerrar de ojos manos solícitas habían vaciado la otra sala de sillas y mesas, y dos de los vecinos fueron a casa a por un violín y una pandereta, mientras los demás se preparaban para bailar un minueto muy popular en aquel valle recóndito. Selina, como es natural, bailó con el sargento mayor, para disgusto de su padre y auténtico dolor de su madre, que habían preferido posponer las celebraciones hasta que la precipitada relación de su hija con Clark en el pasado se hubiera refrendado conforme a las ordenanzas de la Iglesia. De todos modos, no pusieron objeciones, porque el señor Paddock recordaba, y se lo había reprochado en muchas ocasiones, que había sido él, con su tajante oposición a que Selina se casara con un soldado, la causa de que la boda se hubiera aplazado en su día y finalmente no hubiera llegado a celebrarse, con consecuencias peores de lo previsto, y aunque el infortunio fuese culpa del gobierno, él había contribuido a que los acontecimientos siguieran semejante curso.

—¡Se me van a enganchar las faldas en tus espuelas, John! —murmuró Selina mientras daba vueltas, del brazo de él, con el alma en éxtasis y la expresión de una sonámbula—. No sabía que íbamos a bailar. De haberlo sabido me habría puesto otro vestido.

—Tendré cuidado, amor mío. No es la primera vez que bailamos aquí. ¿Crees que tu padre pondrá objeciones ahora que he ascendido de rango? Me da la sensación de que sigue sin verme con buenos ojos.

—Se ha arrepentido muchas veces.

—¡Y yo! Si me hubiera casado contigo entonces, nos habríamos ahorrado muchas desgracias. He pensado muchas veces que tendríamos que haber adelantado la ceremonia antes de irme, aunque no se hubiera cumplido el plazo de las amonestaciones. Y, que si hubiera venido a buscarte para que nos casáramos en cuanto volví de Crimea, habría sido mucho más feliz.

—¡Qué cosas dices, John! ¿Y por qué no viniste?

—Bueno, por dejadez y por mala cabeza, y por miedo a enfrentarme con tu padre después de tanto tiempo. Pasé una buena temporada en el hospital. Pero ¡qué familiar me resulta todo! ¿Qué es eso que he visto en la alacena en la otra habitación? Parecía el cadáver podrido de una tarta… ¿de una tarta nupcial?

—Sí, John, de la nuestra. Es la que hicimos para nuestra boda hace tres años.

—¡Caramba! ¡Ha pasado el tiempo, y a la vez parece que no hay nada entre entonces y ahora! ¿Qué fue de ese traje de novia que estaban haciendo en esta misma sala? Recuerdo que… ¿no era blanco azulado, con muchos encajes?

—También lo tengo.

—¿De verdad?… ¡Vaya, Selina…!

—¡Sí!

—¿Por qué no te lo pones?

—¿No sería…? Aunque ¡me gustaría tanto! Así todos se acordarían, si les dijéramos lo que es, de que teníamos intención de casarnos ese día. —Volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

—Sí… ¡Una lástima que no lo hiciéramos! ¡Una lástima! —Un ánimo sombrío pareció apoderarse por unos momentos de John Clark, que no era taciturno por naturaleza—. Bueno, ¿te lo pondrás?

—Sí, en el próximo baile, si a mi madre no le parece mal.

Y así, antes de que se formara la siguiente figura, Selina desapareció un momento y bajó las escaleras con un vestido de muselina arrugado, aunque todavía bonito y vaporoso: el traje confeccionado para engalanar a la novia tres años antes.

—Está anticuado —se disculpó.

—Ni mucho menos. ¡Qué buena idea he tenido! Vamos a bailar.

Selina explicó a algunos de los presentas, mientas él la guiaba para empezar el segundo baile, cuál era la finalidad de aquel vestido, que se había puesto a petición de Clark. Y siguieron bailando.

—¡Pareces una novia! —dijo él.

—¡Pero ahora no podré llevar este vestido para casarme! —contestó ella, embelesada—. No tendría que habérmelo puesto. Lo voy a ensuciar. La verdad es que está pasado de moda y arrugado y manoseado. ¡No sabes la de veces que lo he sacado para mirarlo! Pero ¡nunca me lo había puesto… hasta hoy!

—Selina, estoy pensando en dejar el ejército. ¿Te vendrías conmigo a Nueva Zelanda? Tengo a un tío allí, y le va muy bien. Me ayudaría a establecerme y a ganar más dinero. El ejército inglés es fabuloso, pero no da para hacerse rico.

—Claro que sí, a donde tú quieras. ¿Es un sitio saludable para Johnny?

—Tiene un clima muy suave. Y yo nunca seré feliz en Inglaterra. ¡Ay! —suspiró una vez más, con inesperada y honda amargura—. ¿Por qué no habré vuelto antes?

Cuando la noticia del baile corrió entre los vecinos, fueron muchos los que se acercaron a la casa, y la pareja recién reunida se encontró con Bob Heartall, un hombre con la expresión crónica de llevar dentro una broma a punto de explotar en toda su magnitud. El tal vecino aprovechó la ocasión para ejercitar esta cualidad, y miró a Selina, moviendo la cabeza, para decirle en voz baja:

—¡Menudo brete para el novio! ¡Ja, ja! ¡Le estás dejando bien claro las libertades que piensas tomarte cuando te hayas casado con él!

—¿Qué es eso de «brete»? —preguntó el sargento mayor, que al no ser oriundo de la región despreciaba las venerables expresiones locales, y además suponía que el «novio» era él—. ¡Espero que nadie vuelva a tratarme nunca tan mal como se me ha tratado esta noche!

Selina se asustó mucho.

—No se refería a ti, querido —le explicó, cuando se alejaron—. Pensábamos que estabas al corriente, y que por eso te has presentado justo en este momento. ¿No sabes… no sabes nada… de mis planes?

—Ni una palabra. ¿Cómo iba a enterarme de nada estando en Yorkshire? Ha sido pura casualidad que viniera en este momento para hacer las paces contigo por no haber vuelto antes.

—¡Estoy prometida con el señor Bartholomew Miller! ¡Ya lo he dicho! Habría preferido decírtelo por carta, pero no he tenido tiempo, porque hasta esta misma tarde no he sabido que estabas en camino… No irás a dejarme por eso, ¿verdad, John? Porque, ya sabes que yo te creía muerto y… y… —Se echó a temblar, se le llenaron los ojos de lágrimas, y es posible que él oyera el sollozo que le subía desde el pecho.

IV

El sargento mayor guardó silencio por espacio de varios compases.

—¿Cuándo ibas a casarte con ese Bartholomew Miller?

—Muy pronto.

—¿Cómo de pronto?

—La semana que viene… Sí. Lo mismo que nos pasó a nosotros. Parece que el destino se empeña en fastidiarme los planes. A veces lo pienso. Él ya tiene la licencia. Yo lo preferí así, para que la boda no fuese igual que la nuestra. Pero al destino le da lo mismo.

—¿Dices que tiene la licencia? ¡Qué diablos!

—No te enfades, John. ¡Yo no sabía nada!

—No, no. No estoy enfadado.

—¡Ha sido muy bueno conmigo, teniendo en cuenta que…!

—Sí, claro, lo comprendo. Es natural que lo hicieras, pensando que nunca volverías a verme. ¿Es ése el señor Miller?

—Sí.

Clark miró a Bartholomew y volvió a guardar silencio, hasta que ella consiguió arrancarle una mirada y le pareció que se había transformado.

—¡Pareces enfermo, John! —dijo, poco menos que sollozando—. ¿No será por mi culpa?

—No, querida, no es por eso. Es que no me lo esperaba. No creo que hayas hecho nada malo, y no puedo… ¡Este baile es muy largo! ¿No crees? Llevamos lo menos veinte minutos, y es de los que no dan tregua. Me falta el aire.

—Aquí les gustan los bailes muy largos. ¿Quieres que nos sentemos? ¿O le pido al violinista que deje de tocar?

—No, no, aguantaré hasta el final. La verdad es que, aunque parezco sano, no he vuelto a tener las mismas fuerzas después de esa larga enfermedad que pasé en el hospital de Scutari.

—¡No sabía nada de eso!

—¿Cómo ibas a saberlo, si no te escribí? ¡Qué idiota he sido! —Se retorció, como

si sintiera un dolor muy fuerte—. No podré seguir bailando cuando acabe este baile. He hecho un viaje muy largo, y parece que estoy algo cansado.

No había duda de que el sargento mayor se encontraba indispuesto, y Selina seguía lamentando ser la causa de su mal. De pronto vio que se había puesto todavía más pálido y que hablaba con una voz extraña.

—Necesito sentarme —dijo.

Soltó el talle de Selina y se fue corriendo a la otra sala. Ella lo siguió y lo encontró sentado en la primera silla, con la cabeza inclinada en las manos y los brazos apoyados encima de la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó su padre, que estaba adormilado junto al fuego.

—John no se encuentra bien… Nos iremos a Nueva Zelanda cuando nos casemos, padre. ¡Un país precioso!… ¿Quieres beber algo, John?

—A lo mejor le sienta bien un trago de esa ginebra de Schiedam que está debajo de las escaleras —propuso el padre—. Aunque hoy no es mucho mejor que el licor legal.

—John —dijo Selina, acercando su mejilla a la de él y apretándole el brazo—. ¿Quieres un poco de licor o de otra cosa?

No hubo respuesta, y Selina notó que tenía la oreja y la cara muy blancas. Convencida de que la enfermedad era grave, una creciente consternación se apoderó de ella. El baile había terminado. Su madre entró en la habitación y, al enterarse de lo ocurrido, examinó atentamente al enfermo.

—No podemos dejarlo así. Hay que incorporarlo —dijo—. Que se acueste en el banco de la ventana encima de unos cojines.

Le extendieron los brazos y, al levantarle la cabeza, vieron que la muerte ya estaba grabada en sus facciones. Bartholomew Miller, que acababa de entrar, ayudó al señor Paddock a preparar un lecho en el banco de la ventana, y allí acostaron a Clark.

Parecía inconsciente.

—Hay que llamar a un médico —dijo Selina—. ¡Ay, mi querido John! ¿Qué te pasa?

—¡Yo creo que está muerto! —dijo el señor Paddock—. No suelta aire suficiente para mover una pluma de herrerillo.

Muchos se ofrecieron a ir en busca del médico, pero, sabiendo que tardaría como mínimo una hora en llegar, el caso parecía perdido. El baile terminó tan azarosamente como había empezado, si bien los invitados se quedaron esperando al médico. Cuando éste llegó por fin, las extremidades del sargento mayor ya empezaban a enfriarse, y no cabía duda de que la muerte lo había fulminado casi en el mismo instante en que se había sentado.

El médico negó rotundamente la teoría de la pobre Selina, convencida de que su revelación había sido la causa del repentino colapso. Tanto el médico como el forense, quien más tarde confirmaría que la muerte se había producido por un fallo del corazón, le aseguraron que los hechos no respaldaban esta suposición. Afirmaron

que el largo y apresurado viaje, seguido de un baile agotador, eran motivos suficientes para desencadenar la muerte en un corazón debilitado por la degeneración del tejido adiposo, a raíz de las privaciones pasadas durante el invierno en Crimea y otras experiencias igualmente penosas, y que el hecho de que el triste suceso hubiese coincidido con la revelación de Selina era puro accidente.

Esta conclusión, sin embargo, no hizo cambiar de opinión a la muchacha, quien persistió en creer que su inesperado anuncio había asestado el golpe definitivo a una salud tan delicada.

V

Por aquel entonces, en el cuartel de Casterbridge se alojaba la caballería, pues no fue hasta algunos años más tarde cuando el edificio se adaptó para albergar al cuerpo de artilleros. Y fue cuando el …º regimiento de dragones en el que John Clark había prestado su servicio se estableció en esta localidad, cuando Selina conoció a su sargento mayor. En el momento de su muerte, la plaza militar seguía ocupada por los Reales Dragones Escoceses, y al llegar las tristes circunstancias de su fallecimiento a oídos de los oficiales, éstos ofrecieron los servicios de su excelente banda de vientos y metales, deseosos de celebrar un funeral con todos los honores castrenses. Así, trasladaron el cadáver al cuartel, para llevarlo al día siguiente por la tarde al cementerio de la iglesia, en el barrio de Durnover, y escogieron para tirar del coche fúnebre a uno de los corceles más antiguos y dóciles del regimiento, engalanado de negro para representar al caballo de Clark.

Todos se compadecieron de Selina, cuya historia era bien conocida en los alrededores. Fue ella quien acompañó al féretro, porque Clark no tenía parientes en esta zona del país y nadie vino de lejos tras el aviso que se envió a su regimiento. Iba en un coche pequeño, negro y destartalado, agazapada en un rincón, para ocultarse de las miradas durante el lento y dramático recorrido del cortejo por la ciudad al son de la marcha fúnebre del *Saúl* de Haendel. Cuando, concluido el entierro, se dispararon varias salvas de carabina y Selina emprendió el viaje de regreso, le sorprendió mucho que la escolta militar avanzase a paso ligero, interpretando *Ella se va,* como si todo interés por el sargento mayor hubiese concluido con la última descarga de las armas. Casualmente, ésa era la melodía que estaban bailando cuando él murió, y, sin poder resistirlo, Selina le pidió al cochero que esperase un momento. La orquesta y los soldados se alejaron por la calle principal, y solo entonces Selina cruzó el puente del Swan para volver a casa.

Allí reanudó una vida idéntica en sus detalles a la que había llevado antes del regreso del sargento, pero ¡qué distinta le parecía ahora! Que Selina hubiese perdido por tan poco la posibilidad de recobrar la honra, por tarde que fuese, tal como esperaban sus padres, produjo en ellos el efecto de un urticante, y al cabo de dos

semanas la vida en común se volvió insoportable. Movida por un impulso incontenible, Selina se había puesto de luto, como una viuda, pues como una viuda se sentía, y de negro vistió también al pequeño Johnny. Esta insinuación de la existencia de una relación decente con el fallecido, que según la muchacha no había llegado a ser legal por culpa de dos accidentes fortuitos, hizo que los padres convirtiesen a Selina en el blanco de sus mofas cuando la veían vestida de negro, bien es cierto que ellos se esmeraban más en articular sus sarcasmos que ella en prestarles atención. Como conocía bien el negocio de su padre, un buen día los sorprendió a todos al anunciar que se marchaba con su hijo a Chalk-Newton, cerca de Ivell, donde abrió un pequeño comercio de fruta y verdura, además de un puesto en el mercado de la ciudad. El negocio no tardó en prosperar, y Selina pronto tuvo lo necesario para su subsistencia y la de su hijo. Se hacía llamar «señora de John Clark» desde el día en que se fue de casa de sus padres, y ése fue el nombre que pintó en el rótulo de su establecimiento, sin que nadie se lo impidiera.

Poco a poco fue olvidando el dolor de la pérdida, con ayuda de sus nuevas circunstancias, y al ver que todos empezaban a aceptarla como la viuda de un sargento mayor de dragones —extremo que su recato y su aire de tristeza parecían corroborar—, su vida se volvió muy apacible, y Selina alimentó sus pensamientos con el melancólico placer de imaginar cómo habría sido su futuro con John en Nueva Zelanda, si él hubiese vivido para llevarla allí. Sus únicos desplazamientos eran el trayecto a Ivell, los días de mercado, y una visita quincenal al cementerio donde descansaba Clark, para ocuparse, con la ayuda de Johnny, de las flores que había plantado en su sepultura, como corresponde a una viuda de bien.

Alrededor de dieciocho meses después del fallecimiento de Clark, Selina recibió un día, por sorpresa, la visita de Bartholomew Miller en su pequeño negocio. Él ya había estado allí en un par de ocasiones, y siempre se dirigía a ella, sin hacer comentarios, por el nombre con que ahora se la conocía.

—Esta vez he venido, no porque pasara por aquí, sino para pedirle, señora Clark, lo que seguramente usted adivina. O sea, que he venido a propósito.

Ella sonrió.

—¿Para pedirme que me case con usted?

—Eso es. Verá, cuando él volvió a buscarla, para mí se demostró lo que siempre había pensado de usted, a diferencia de otros. Nadie pondrá reparos en acogerla de nuevo en nuestra parroquia, ahora que ha demostrado usted su independencia y ha actuado con lealtad, puesto que él le había hecho una promesa. Bueno, querida, ¿querrá venir conmigo?

—Creo que prefiero seguir siendo la señora Clark. No me avergüenzo de mi posición, porque a los ojos de Dios soy la viuda de John.

—Estoy de acuerdo… por eso he venido. Pero no querrá usted pasarse la vida luchando para mantener este establecimiento y su puesto en el mercado, y sería mejor para Johnny que pudiera dedicarse solo a él.

Con esta alusión tocaba el único punto débil en la resistencia de Selina, que era el niño. Por esa razón podría casarse a la ligera con otros hombres, sin quererlos, si alguno se lo pidiera, pero, aunque conocía a este digno pretendiente desde que era joven, en ese momento no se imaginaba que pudiera ser feliz convirtiéndose en la señora Miller.

—Tengo que decirle, señora Clark —añadió, tras una pausa—, que casarme empieza a ser un asunto acuciante para mí. No por mis intereses personales. Lo cierto es que mi madre es muy mayor, y yo paso mucho tiempo fuera de casa; por eso me es casi imprescindible contar con otra persona. Esta consideración práctica me obliga a encontrar una mujer, aunque mi deseo es que sea usted. Bien sabe que no hay nadie en el mundo por quien sienta mayor afecto.

Selina dijo que había mujeres mucho mejores que ella, y otros lugares comunes por el estilo, a la vez que le agradecía sinceramente sus sentimientos, y decía la verdad. Sin embargo, no se veía convertida en una mera presencia útil en casa de Miller, al menos por el momento. Él se marchó, después de tomar el té, sin albergar demasiadas esperanzas, a la vista de cómo fue la despedida.

VI

Desde esa tarde, pasó mucho tiempo sin que Selina volviera a tener noticias de Miller. Continuó visitando la tumba del sargento mayor cada dos semanas, si el tiempo no lo impedía. Suponía que Miller estaba al corriente de esta costumbre suya y, aunque el cementerio no estaba lejos de donde él vivía, como tampoco lo estaba el comercio de Selina en Chalk-Newton, él nunca hizo nada por propiciar un encuentro casual, como es costumbre de los enamorados.

La explicación se la dio su madre en una carta, en la que mencionaba de pasada que Bartholomew se había ido a la otra punta de Shottsford-Forum para casarse con la hija de un próspero lechero. Su principal motivación, decía la madre, no era tanto el amor como el deseo de ofrecer una compañera a su anciana madre.

Selina tenía un carácter muy práctico, lo suficiente para comprender que había perdido una buena oportunidad, acaso la única, de asentarse en la vida después de lo ocurrido, y por un momento lamentó su independencia. Sin embargo, se tranquilizó al cabo de unos instantes de reflexión y, con el propósito de reafirmarse en el rumbo elegido, esa tarde fue a visitar la tumba del sargento mayor, donde seguía encontrando la misma serena satisfacción que el primer día.

Al llegar al cementerio y doblar la esquina, como siempre, le sorprendió ver a otra mujer, con aspecto de viuda respetable —y a un niño de corta edad—, inclinada sobre la sepultura de Clark, desenterrando con la punta de la sombrilla unas matas de yedra que Selina había plantado con reverencia para cubrir el montículo con un manto siempre verde.

—¿Por qué está estropeando mi yedra? —protestó Selina, y echó a correr, tan acalorada, que Johnny tropezó con una lápida, al verse arrastrado por la mano por su madre.

—¿Su yedra? —dijo la mujer.

—¡Pues sí! La planté ahí… en la tumba de mi marido.

—¡Su marido!

—Sí. El sargento mayor Clark. Como si fuera mi marido, porque íbamos a casarnos.

—¿Y quién es entonces mi marido? Yo soy la única señora de John Clark, viuda del difunto sargento mayor de dragones, y éste es su único hijo y heredero.

—¿Cómo es posible? —balbució Selina, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta al vislumbrar esta posibilidad—. Él estuvo dos veces a punto de casarse conmigo… Y pensábamos irnos a Nueva Zelanda.

—¡Ah! Ahora me acuerdo de usted —respondió amablemente la legítima viuda, sin perder la compostura—. Debe de ser Selina. John hablaba de usted de vez en cuando, y tenía mucho cargo de conciencia por la relación que habían tenido. Bueno, la historia de mi vida con él es muy breve. Me conoció en el norte, cuando volvió de Crimea, y nos casamos en menos de un mes. Por desgracia, a los pocos meses de vida en común, vimos que no nos entendíamos, y un día, después de una discusión más fuerte de lo normal, en la que yo tuve toda la culpa (no me molesta reconocerlo, aquí, junto a su tumba), se fue de casa diciendo que iba solicitar la nulidad matrimonial para emigrar a Nueva Zelanda, y que nunca volvería a mi lado. Lo siguiente que supe es que había muerto de repente en Mellstock, en una juerga innoble, y, como se marchó tan enfadado y con la intención de no volver, no asistí a su funeral, ni hice nada por él. Sé que me dejé llevar por el mal genio, pero así fue. Aunque nos hubiéramos separado como amigos, los cuatrocientos ochenta kilómetros del viaje habrían representado un gasto muy oneroso para mí, que no estaba en una posición holgada… Siento haber arrancado la yedra, pero es que esta clase de yedra en mi región se tiene por una mala hierba.

Diciembre de 1899

Una cita en un antiguo baluarte

Parece elevarse progresivamente contra el cielo, a cada paso que se avanza, y su imponente personalidad invita a examinarlo con atención. La vista puede dirigirse a otra parte, pero sin perder nunca la conciencia de su presencia monumental en esta posición estratégica. En la llanura, el viento sopla con fuerza en línea recta desde el fuerte, como si fuera el propio aliento de la construcción. Al paso de las nubes, las superficies de la pendiente cambian de forma y color, y una luz clara aparece en las zonas más expuestas a la niebla y la penumbra, diluyéndose a su vez en una melancólica tonalidad gris que se extiende y eclipsa los riscos luminosos. En este lugar, en apariencia inmutable, todo es cambio.

Del litoral, oculto a espaldas del fuerte, las aves alzan el vuelo y aletean sobre las cumbres con la indiferencia que da la costumbre. Sus siluetas blancas, perfiladas contra la concavidad rojiza de las nubes, y las curvas que trazan en su vuelo, indican que son gaviotas atraídas a la costa por el previsible cambio de tiempo. Lo mismo que se elevan las aves por detrás del baluarte se alzan las nubes por detrás de las aves, rozando, con sus panzas colgantes, a las que vuelan más alto.

El perfil de estas ruinas magníficas, visto a kilómetro y medio desde el este, parece cortado con la pulcritud de una incrustación de mármol. Abunda en variadas protuberancias, semejantes a verrugas, quistes, codillos y caderas de un animal. De hecho, podría compararse con un enorme organismo antediluviano dotado de numerosas extremidades no muy distinto de un cefalópodo, exánime y cubierto por un fino paño verde que oculta su sustancia al tiempo que revela sus volúmenes. Este manto de hierba, de un verde apagado, baja hasta la llanura, donde los arados llevan siglos tratando de acercarse sigilosamente a la base del castillo y deteniéndose siempre antes de alcanzarlo. Los surcos se empeñan en hacerse notar en el paisaje, torciéndose al dictado del relieve que cubren de zanjas; trazando curvas cada vez más empinadas a medida que ascienden, hasta que la pendiente los derrota y sus líneas paralelas se parecen entonces a las estrías que forman las olas cuando se detienen un momento antes de enroscarse. El curioso lugar del que éstos son algunos rasgos principales es Mai-Dun, el Castillo del Monte Grande, conocido en su día como el Cúmulo de Ptolomeo, capital de la tribu celta de los durotriges, abandonado cuando, finalmente, con la ocupación romana, sus habitantes se retiraron de la isla.

El atardecer da paso a una noche de luna invisible que baña el paisaje con una luz tenue aunque penetrante, sin resplandor, pero también sin negrura. Desde donde me encuentro cómodamente instalado, en una casa de campo, a un kilómetro y medio la fortaleza ha dejado de verse. Sin embargo, como sucede de día, para cualquiera que haya ocupado sus pensamientos con ella y el bárbaro esplendor de su pasado, la forma parece afirmar su existencia bajo el velo nocturno como si tuviera voz. El viento del suroeste sigue alimentando las llanuras con los vapores que emanan directamente de sus flancos.

La medianoche, el momento que he estado esperando, llega por fin, y me pongo en camino del baluarte obedeciendo a una petición que se me ha hecho ese día. Se trata de una cita, y ahora que es de noche lamento haber prometido que acudiría sin falta. El trayecto está desprovisto de árboles y matorrales; desierto, aunque es innecesario señalarlo. La luna basta para iluminar la pálida superficie de la senda, tendida como una cinta entre las tierras en barbecho, de un color más oscuro. Aun cuando pasa cerca del castillo, no conduce hasta su entrada. Lo mismo que no hay un alma, tampoco hay un camino. Dejo la carretera de piedra para adentrarme en los barbechos, por donde avanzo a trompicones. Poco a poco la fortaleza empieza a acechar en la penumbra, como si despertara de repente y preguntara qué se me ha perdido ahí. Ha crecido tanto, por la cercanía, que no alcanzo a abarcar con la vista su forma completa. Los sembrados terminan donde la pendiente se vuelve más escarpada, dando paso a la ladera de hierba, y emprendo su ascenso para invadir el Mai-Dun.

Si imponente es de día esta antigua construcción británica, la más grande del reino, más imponente aún resulta de noche. Después de detenerme unos minutos para sumar su edad a su tamaño y su tamaño a su soledad, se me antoja abrumadoramente triste ahora que estoy más cerca. Un viento borrascoso me azota la cara, con una fuerza que proclama que los vapores del aire navegan esta noche a ras de suelo. La ladera que tanto me cuesta subir con el viento de cara desciende bruscamente en un punto. El curso de la senda se distingue, aun bajo esta luz tan tenue, por las ondulaciones de la hierba marchita, lo único que crece en estas tierras altas además del musgo. Tras cuatro minutos de ascenso alcanzo una cima. No es más que la cresta de la muralla exterior. Al otro lado se abre un foso; el fondo no se ve, pero la rampa no se inclina tanto para que sea posible resbalar si se avanza con cuidado. Así se llega al fondo umbrío, húmedo y fresco, que se revela como un camino sinuoso, con anchura suficiente para que pueda pasar un carro, invadido por las malas hierbas, que atraviesa la oscuridad a derecha e izquierda entre sus paredes de tierra concéntricas. Las paredes se levantan como torres a ambos lados, impenetrables y sólidas, y su cercanía se percibe como una fuerza física. El camino se adentra a continuación por la segunda muralla, que es más alta y más empinada que la primera. Eludir este Monte de la Dificultad, como hiciera el compañero de Cristiano[1], es la tendencia más natural, pero para entrar en el castillo no hay más remedio que escalarlo. La fortaleza tiene una entrada, como es lógico, pero se encuentra al otro lado. Tal vez hubiera sido más sensato seguir ese otro camino, por donde el acceso es más cómodo.

El caso es que aquí estoy, y emprendo el ascenso del segundo tramo. Las hierbas altas —la barba gris del monte— se cimbrean muy cerca de mí, casi rozándome la cara. Las espigas muertas de estas plantas diversas —festucas, colas de zorra y centeno— cabecean y se doblan como si alguien tirase de una cuerda desde debajo de la tierra. De unos cardos llega un silbido y hasta el musgo se expresa, a su manera humilde, bajo el azote del viento.

Que se ha alcanzado la cima de la segunda línea de defensa se advierte de golpe, cuando el viento cambia de dirección y cae desde lo alto como una cascada. Estas nuevas rachas arrancan sonidos en todo el castillo, tañéndolo como si fuera un arpa. Es difícil mantener el equilibrio con la fuerza de sus embestidas. Levanto la vista un momento y veo que el cielo está mucho más nublado, y en pocos instantes una calma sepulcral se apodera del aire, que para entonces ha cobrado la fuerza de un vendaval y sopla con una violencia sobrenatural. Aprovecho la ocasión para descender cautamente hasta el segundo foso, pero cuando por fin lo alcanzo la calma se revela como el preludio de la tempestad. Comienza con una sacudida de la atmósfera, como el suspiro de un hombre exhausto en el momento de reanudar un esfuerzo insólito. Lo que ahora irradia el cielo no es tanto luz como una fosforescencia vaporosa.

El viento cobra velocidad y abandona la dirección que ha seguido hasta entonces en campo abierto, para adentrarse por el desfiladero que forman las paredes del foso y barrerlas con furia, trayendo consigo un diluvio. A la lluvia le sigue el granizo, que arrasa el desfiladero como un batallón, rodando, saltando, rebotando, rasgando y aporreando el terraplén en una confusión indescriptible. Los muros de tierra parecen estremecerse bajo el torrente de agua, aunque para ellos no son más que los golpes que asesta Thor al gigante de la tierra de Jotun. Es imposible continuar hasta que amaine el aguacero y me cobijo detrás de un espolón en la pared del foso, donde quizá hace dos mil años se levantara una barricada. Allí espero los acontecimientos.

El rugido de la tormenta resuena en todo el perímetro del castillo exactamente de mil seiscientos metros, cercándolo por momentos como una columna de infantería que avanzara en círculos. Sin duda una columna semejante pasó por aquí en otros tiempos, aunque las únicas columnas que han pasado últimamente son las de las ovejas y los bueyes que todavía se ven de vez en cuando, y lo más parecido a unas voces heroicas que se oye en el recinto son los balidos y mugidos de estos animales y de los muchos vientos que se abren paso entre los barrancos.

Los esperados rayos iluminan el cielo, y un estruendo que parece surgir de las bóvedas subterráneas del castillo, si es que las tiene, sacude la fortificación. Los rayos se suceden: tras la citada evocación de los soldados, guardan un parecido imaginario con el movimiento de las espadas en el combate. Tienen la misma tonalidad de plata que las armas antiguas de los guerreros. La súbita entrada en escena de estas llamas de metal es como la aparición de un conferenciante que despliega los planos, descubre las imágenes, abre los armarios y opera una transformación completa por el mero hecho de exponer los instrumentos de su ciencia, hasta entonces ininteligibles y velados. La abrupta configuración de las cumbres y los montículos se revela por primera vez con claridad, montículos que, sin lugar a dudas, se vieron con frecuencia sembrados de lanzas y escudos, mientras sus dueños se aflojaban las sandalias, bostezaban y estiraban los brazos al sol. También por vez primera vislumbro la verdadera entrada que usaban en su día los ocupantes del castillo, un poco más adelante.

Allá, donde el paso parece inviolable, impedido por una pared prácticamente vertical, las murallas se superponen como dedos entrelazados, atravesadas por un sendero en zigzag de ingeniosa construcción que desconcierta al ojo incauto. Pero ese ingenio, cuando no queda oculto por el deterioro, sirve hoy a los fines de un puñado de tejones, conejos y liebres. Seguramente los hombres cruzaban esas puertas al rayar el día para combatir a las legiones romanas bajo el mando de Vespasiano; algunos no volvían nunca, otros regresaban con el ocaso, trayendo consigo el fragor de heroicas hazañas. Y ni una sola página, ni una sola piedra, han preservado su memoria.

Las percepciones acústicas se multiplican esta noche. Poco falta para oír el curso de los años que han presenciado esas gestas lejanas. Extraños ruidos parecen flotar en el aire desde el portón, donde el bullicio y la excitación general a buen seguro se concentraban en las horas de entrada y salida. Inspiran la insoslayable fantasía de ser voces humanas; en tal caso deben de ser las vibraciones, suspendidas en el aire, de conversaciones que tuvieron lugar hace como mínimo quince siglos. Un movimiento real que se aproxima desde esa zona distrae la atención de estas nebulosas imaginaciones.

A la luz de los rayos, que se han atenuado, aunque siguen cubriendo el cielo como un manto y son casi continuos, distingo la elevación gradual de un montículo de tierra. No más grande al principio que un puño, cobra poco después las dimensiones de un sombrero, se hunde a continuación y vuelve a elevarse. Es solo un topo que ha elegido una noche tan inclemente como ésta para trabajar, animado por el instinto de que nadie podrá importunarlo. La tierra reblandecida se levanta progresivamente, desprendiendo fragmentos de arcilla quemada al paso del roedor, la misma arcilla con que antaño se fabricaban los cuencos y otros recipientes empleados por los moradores de la fortaleza.

La violencia de la tormenta es contrarrestada por su fugacidad. Tras verme inmerso en una masa de nubes casi sólida, y apedreado por el granizo y los rayos, me encuentro ahora despojado de toda investidura humana y expuesto a la tenue mirada de la luna, que vuelve a brillar en cada brizna de hierba mojada y cada montón de musgo.

Aún no he entrado en la fortaleza, y acometo el ascenso del tercero y último tramo de la muralla. Es más abrupto que los anteriores. El primero podía recorrerse andando, el segundo trepando y a trompicones, en el tercero hay que servirse de pies y manos. En su cima se encuentra la primera señal de que estamos en el siglo xix, un letrero blanco, clavado a un poste, con un texto apenas visible a la luz de la luna:

ATENCIÓN: Quien fuere sorprendido sustrayendo reliquias, esqueletos, piedras, cerámica, mosaicos o cualquier otro material de este baluarte, o excavando en sus terrenos, será procesado de conformidad con la ley.

En este punto uno observa en el suelo una diferencia con respecto al recorrido previo: los restos de un antiguo mosaico romano y algunas lascas de piedra asoman entre la hierba en cantidades exiguas, aunque suficientes para dar cuenta de las

técnicas utilizadas por los constructores del castillo. El interior del fuerte se extiende bajo la luna. Es tan grande y abierto como una meseta, aun cuando está cercado en toda su área por los muros de lo que cabe designar como un edificio. Ha sufrido innumerables saqueos; sus sillares, zócalos y arquitrabes se emplearon para construir las aldeas vecinas, incluso antes de la Edad Media. Muchas de las piedras que antiguamente contribuyeron a levantar un bastión descansan ahora, rotas y reducidas, en la chimenea de la cabaña de algún pastor, en el horizonte lejano, y algunas de las piedras angulares de este altar pagano constituyen hoy el basamento de alguna iglesia vecina.

Pero es la propia desnudez de los patios y las salas interiores, su condición de meros pastizales, lo que protege sus restos como ninguna defensa sería capaz de proteger. No hay a la vista nada que las manos puedan asir o la acción de los elementos pueda erosionar, lo que se traduce en una relativa pervivencia de las líneas generales del conjunto que ninguna otra circunstancia podría garantizar.

La posición del castillo en este monte aislado indica la elección deliberada y estratégica de un remoto cerebro capaz de razonamiento y visión de futuro. Es evidente que la configuración natural del terreno y su relación con la fortaleza fueron objeto de innumerables consideraciones y representaciones mentales previas a la ejecución del monumental proyecto. ¿Quién fue el hombre que dijo: «¡Construyamos aquí!»? No en ese otro cerro, o en el risco que está detrás, sino en este emplazamiento, que es el mejor de todos. Tanto si se trataba de un grande entre los belgas o los durotriges como del ingeniero ambulante de las tribus unidas de los britanos, su identidad será siempre un secreto del tiempo; nunca podrá saberse cuál era su figura, su semblante o la lengua que hablaba cuando plantó el pie en este lugar y dijo: «¡Será aquí!».

En el tercer anillo de la fortificación, aunque es tan amplio que a primera vista se tiene la sensación de estar en una llanura ventosa, la soledad se acentúa por la certeza de que entre el visitante desavisado y el resto de la humanidad se interponen esas tres murallas concéntricas que a nadie se le ocurriría escalar en una noche como ésta, aun cuando oyese los gritos más desgarradores que desde aquí pudiera lanzar un alma asediada por los espectros. Llego a un montículo o plataforma central que es el núcleo y el eje de toda la estructura. Desde aquí, la vista de día debe de ser poco menos que ilimitada. En este estrado, tribuna o espacio elevado, es muy probable que las arpas celebraran, con notas más o menos melodiosas, actos de valentía, fuerza o crueldad; de veneración, superstición, amor, nacimiento o muerte; puede que nunca de ternura y bondad. Muchas veces debió de posar el rey o el caudillo su mirada firme en las tierras que se extienden hasta la antigua calzada, la Via Iceniana, aún visible a lo lejos, para supervisar a los ejércitos que se aproximaban en auxilio o en asalto del fuerte.

Me sobresalta una voz que pronuncia mi nombre. Pasado y presente se han enredado de una manera tan confusa, por las asociaciones del paisaje, que por un

momento no acierto a recordar que el montículo es el lugar acordado para el encuentro. Doy media vuelta y veo a mi amigo. Lleva en la mano un farol oscuro, y una pala y un pico al hombro. Manifiesta su satisfacción tanto como su sorpresa al verme. Le digo que salí de casa antes de que empezase la tormenta.

Él, ajeno a la importancia o a la combinación de tiempo, oscuridad y obstáculos, tan absorto está en sus profundos motivos, me pide que coja el farol y lo acompañe. Obedezco y lo sigo. Es un hombre que frisa en los sesenta, menudo, de patillas canas, recortadas a la vieja usanza en forma de espátula. Viste un guardapolvo negro, mejor dicho, entre negro y marrón, porque está salpicado de barro de los pies a la copa del sombrero. No parece consciente de esto, no parece tener idea de nada que no sea su propósito, cuyo ardor se revela en el brillo que ilumina sus ojos como los de un lince y da a sus movimientos la elasticidad de un atleta.

—¡Nadie podrá molestarnos a esta hora de la noche! —señala, riendo entre dientes con inmenso placer.

Retrocedemos un trecho y encontramos una especie de ángulo, una elevación del terreno que insinúa una forma cuadrada en mitad del entorno irregular. Aquí, me dice, estaba la casa del rey, si es que estaba en alguna parte. Tres meses de cálculos y mediciones han corroborado esta conclusión.

Me pide que descubra el farol, y al hacerlo la luz se derrama sobre la tierra mojada. Adivinando por fin su objetivo, le digo que no tenía la menor idea, cuando acepté este encuentro, de que se proponía algo más que dar un paseo conmigo por el castro y discutir algunos pormenores a una hora tan intempestiva. Quiero saber por qué, si su plan es viable, tiene necesidad de preocuparse por posibles interrupciones y ha elegido la noche en vez del día. Me explica, señalando la pala en silencio, que su propósito es cavar, y con un leve movimiento de cabeza llama mi atención sobre el desvaído cartel de advertencia, recortado a lo lejos contra el cielo. Le pregunto cómo es que, siendo un anticuario experto y reconocido, con un apellido influyente, no ha solicitado la autorización necesaria, conociendo la severidad con que la ley castiga estas prácticas, pero vuelve a reír entre dientes, esta vez con placer contenido.

—¡Porque no me la darían! —responde.

Empieza a hundir la pala en la tierra, y cuando coge el pico para ayudarse, me asegura que, con castigo o sin él, tanto si somos merodeadores como si somos hombres honrados, de una cosa está seguro, y es de que nadie nos molestará hasta el amanecer.

Recuerdo haber oído de hombres que, en su pasión por una ciencia, un arte o una afición especial, han perdido por completo el sentido de la moralidad que debiera embridar el impulso de incurrir en actos ilícitos, y deduzco que estoy en presencia de uno de ellos. Es probable que él adivine el curso que han tomado mis pensamientos, porque se incorpora y proclama solemnemente que su intención está plenamente justificada, pues se propone desvelar, investigar y verificar o descartar una teoría, y enterrar sus hallazgos de nuevo. No ambiciona llevarse nada, ni un solo grano de

arena. No cree estar cometiendo un pecado monstruoso. Le pregunto si me está haciendo una promesa. Dice que sí, que es una promesa, y sigue cavando. Mi aportación consiste en alumbrar el agujero. Cuando el hoyo alcanza unos treinta centímetros de profundidad procede con más cautela, y observa que, tanto si es mucho o poco lo que hay allí, no debe estar muy lejos de la superficie; esas cosas nunca se entierran demasiado. Minutos más tarde, la punta del pico choca con un objeto duro. Suelta la herramienta, tan emocionado como si hubiera encontrado un cadáver. Coge la pala y prosigue con cuidado, hasta que aparece una superficie plana, semejante a un altar. Con ojos fulgurantes, retira puñados de hierba y limpia la superficie, que termina frotando con su pañuelo. Me arrebata el farol de las manos y lo acerca a la tierra para iluminar un mosaico completo, un pavimento de diminutas teselas de colores y complicado diseño, una obra de arte que ha requerido mucho tiempo y mucha laboriosidad. A gritos proclama que siempre lo ha sabido, que no se trata únicamente de un bastión celta, sino también romano; quizá los celtas contribuyeran únicamente al trazado de su estructura original, que posteriormente se adaptó hasta convertirse en la impresionante construcción actual.

—¿Qué pasaría si fuera romano? —le pregunto.

Mucho, según él. Eso demuestra que todo el mundo estaba equivocado, ¡y solo él tenía razón! ¿Puedo esperar un poco más, mientras sigue cavando?

Acepto, de mala gana, pero él no repara en mi reticencia. Vuelve a utilizar las herramientas en un punto cercano, con la destreza de un peón, este venerable sabio de ilustre apellido. A veces se arrodilla para escarbar con las manos como una liebre, y su guardapolvo pasado de moda se ensucia con la tierra húmeda al rozar las paredes del hoyo. ¡No cesa de murmurar para sus adentros cuán importante, cuán importantísimo es este descubrimiento! Extrae un objeto, y lo lavamos a la manera primitiva, frotándolo con la hierba mojada. Resulta ser un frasco de iridiscente belleza, que arranca gemidos de exquisita sensibilidad en el excavador. La búsqueda depara poco después el fragmento de un arma. Es en verdad curioso que el mero hecho de retirar las sucesivas capas de residuos modernos nos permita adentrarnos en un mundo antiguo. Por fin encontramos un esqueleto, casi intacto. Está tendido directamente sobre la hierba, consumido hasta los huesos.

Mi amigo dice que debió de caer en combate, porque ése no es un lugar de enterramiento. Vuelve a la zanja, raspa, tantea, hasta que de una esquina extrae un terrón: es una estatuilla de unos diez o doce centímetros de altura. La limpiamos igual que antes. Es una figura, en apariencia de oro, o más probablemente de bronce dorado: una representación de Mercurio, sin lugar a dudas, con la cabeza tocada con el característico pétaso alado de esta deidad. Un análisis más atento revela que es una pieza de acabado y detalle fino, conservada por la tierra arcillosa de tal modo que sus líneas siguen tan frescas como el día en que fueron trazadas por las manos de su artífice.

Se diría que estuviéramos en el Foro Romano y no en un monte de Wessex.

Enfrascados en la valiosa reliquia del antiguo imperio que se extendía hasta un lugar tan remoto como éste, no reparamos en lo que sucede en nuestro mundo hasta que la tormenta vuelve a desatarse y nos recuerda dónde estamos. Levanto la vista al cielo y compruebo que la masa de nubes ha vuelto a posarse sobre la ciudadela y parece tendida en el tercer círculo de la muralla, ocultando la luna. Doy la espalda a la tempestad sin dejar de iluminar el agujero con el farol. Mi compañero continúa cavando, sin inmutarse; vive en el pasado, dos mil años atrás, y desprecia la realidad del presente como si se tratara de un espejismo. Al cabo de un rato, empapado, se incorpora para examinar el resultado de su labor. Los rayos del farol iluminan el largo esqueleto acostado en la hierba, en el fondo de la zanja. La intensa lluvia ha lavado los huesos, y la frente, los pómulos y treinta dos dientes destellan a la luz del candil.

Este chubasco, como el primero, es de naturaleza intermitente, y concluye con la misma brusquedad con que empezó. Dejamos de cavar. Mi amigo dice que es suficiente: ya ha demostrado su teoría. Se dispone a cubrir de tierra el esqueleto, pero, al tocarlo, se desmorona. Los huesos se han desintegrado al contacto con el aire, y solo es posible barrer los fragmentos. El siguiente paso de su plan es el más difícil, pero logra completarlo. Vuelve a inhumar los objetos tal como estaban, y cada movimiento parece costarle un esfuerzo ímprobo. En cierto momento tengo la impresión de que se lleva una mano al bolsillo del abrigo.

—Hay que volver a enterrarlo todo —digo.

—Sí, claro —responde con integridad—. Me estaba limpiando la mano.

La belleza del mosaico que cubre el suelo de la casa del gobernante regresa a la oscuridad. Mi amigo cubre el agujero de tierra y la aplasta con los pies. Se seca el sudor de la frente con el mismo pañuelo con que ha limpiado el esqueleto y las teselas, y echamos a andar hacia la puerta oriental de la fortaleza.

El amanecer nos sorprende al llegar a esta entrada. Viene acompañado de una disipación de las nubes que nos envuelve en una luz rosácea. Su casa y la mía no se encuentran en la misma dirección, y nos separamos en la ladera.

Aprieto el paso para entrar en calor mientras pienso en la excentricidad de mi amigo, y no puedo dejar de hacerme esta pregunta: ¿de verdad ha devuelto la estatuilla dorada de Mercurio con los demás tesoros? Me ha parecido que sí, pero no podría asegurarlo. Lo más probable es que haya cumplido su palabra.

Así fue, me digo, y así concluyó la aventura. Pero resta un detalle por decir, y ahora me ocupo de hacerlo, siete años más tarde. Entre las pertenencias de mi amigo, que murió poco después de esa noche, se encontró una estatuilla dorada del dios Mercurio, con una etiqueta que decía: «Falsificación de arte romano». No explicaba cómo había llegado a sus manos. La pieza fue legada al Museo de Casterbrigde.

Marzo de 1885

Lo que vio el pastor

Narración de cuatro noches de luna llena

PRIMERA NOCHE

El amable juez de paz —lamentablemente fallecido— responsable de la veracidad de los hechos que componen esta historia acostumbraba comenzar el relato a la vieja usanza, con una noche de luna llena y un personaje misterioso, elementos que aún hoy constituyen un excelente punto de partida si se saben hilar como es debido.

La luna de Navidad (decía) mostraba su frío semblante a la meseta, y la escarcha reflejaba su resplandor con destellos tan diminutos que solo un ojo muy próximo acertaba a distinguirlos. Este ojo, explicaba, era el de un niño pastor, muy joven para desempeñar esta ocupación, que se encontraba en la tradicional cabaña con ruedas empleada comúnmente por quienes guardaban las ovejas en la época del nacimiento de los corderos, y contemplaba el paisaje con aire distraído por una pequeña ventana.

El lugar se llamaba el Ahijadero, y era un pequeño abrigo en la amplia extensión de pastizales conocida como Marlbury Downs, esa zona que atraviesa la zona central de Wessex siguiendo el camino de postas que sale de Londres, pasa por Aldbrickham, y lleva hasta Bath y Bristol. La cabaña ocupaba un promontorio, pelado y abierto en todas las direcciones, menos en el norte, que abarcaba una ondulante vista del entorno a muchos kilómetros de distancia. En el lado norte crecía un alto cinturón de aulagas de enormes tallos, y un grupo de estas mismas plantas formaba un círculo independiente del conjunto. Este círculo delimitaba un espacio hueco, cuyo interior se había aprovechado ingeniosamente como emplazamiento de la citada cabaña, que quedaba así completamente protegida de los vientos y casi oculta tras un estrecho acceso. Las frondas que cubrían las dos ventanas de la cabaña se habían cortado para que el pastor pudiera vigilar a sus ovejas.

En la parte de atrás, el refugio que ofrecía el cinturón de aulagas se había reforzado artificialmente mediante una empalizada de estacas entretejidas con las ramas de estas plantas espinosas, y en el interior de la empalizada había un rebaño de ochocientas hembras de cría de la renombrada especie de Marlbury-Down.

Al sur, donde el niño dirigía su mirada ausente, solo un objeto llamaba la atención, elevado sobre la uniforme meseta iluminada por la luna. Era el dolmen de los druidas, formado por tres piedras rectangulares a la manera de una puerta, con dos jambas verticales y un dintel superior. Las piedras estaban erosionadas, arañadas, lavadas, picadas, fragmentadas y atacadas de todas las maneras posibles por diez mil variedades distintas de fenómenos meteorológicos. Esa noche, sin embargo, parecían bien modeladas y apenas afectadas por la erosión, tan hermoso era el baño de plata con que la luna las cubría. Este antiguo monumento se conocía popularmente en la

región como la Puerta del Diablo.

Un pastor de cierta edad entró en la cabaña desde el aprisco y recorrió la penumbra con la mirada.

—¿No te estarás amodorrando? —le dijo al muchacho en tono enfadado.

El niño dijo que no tímidamente.

—Entonces me iré a casa a descansar un rato —dijo el pastor—. Por lo pronto no hay nada que hacer. No creo que las ovejas necesiten más atenciones antes de que amanezca; no entra en lo razonable. Pero, como nos han ordenado que alguien se quede, te dejaré aquí, ¿me oyes? Tú puedes dormir de día, pero yo no. Si pasa algo, en menos de diez minutos podrás estar en mi casa. No puedo dejarte una vela, pero como estamos en Navidad, y todo el mundo está de fiesta, puedes dormir un poco en la silla en vez de pasarte la noche en vela. Eso sí, no duermas de seguido más de lo que tarda la sombra de la Puerta del Diablo en moverse un par de palmos, porque tienes que echar un ojo a las ovejas.

El niño no dijo ni que sí ni que no, y el pastor, tras atizar el fuego con la punta del cayado, cerró la puerta y se marchó.

Como todas las noches habían seguido más o menos el mismo curso, desde que comenzó la época de nacimiento de los corderos, la misión no sorprendió al chiquillo, que se entretuvo un rato prendiendo unas briznas de paja con el fuego. Poco después salió a ver a las ovejas y a los corderos recién nacidos, volvió a la cabaña, se sentó y se quedó dormido. Era así como pasaba su tiempo de guardia, y aunque solo esa semana tenía permiso especial para echar una cabezada, lo cierto es que todas las noches se quedaba dormido hasta que el anciano le daba en el hombro con la punta del cayado a las tres o las cuatro de la madrugada.

Debían de ser alrededor de las once cuando se despertó. Tanto le sorprendió despertarse sin que aparentemente nadie lo llamara o lo zarandease que pensó que alguien lo había llamado, a pesar de las apariencias, y se acercó a la ventana para ver a las ovejas. Seguían igual de tranquilas que cuando antes había salido a verlas: apenas se oía un balido, y ni un alma alteraba la escena. Miró entonces por la otra ventana, y resultó que la situación era distinta. La escarcha seguía refulgiendo bajo la luna, algunas aulagas se mostraban como una mancha oscura, y en primer plano se alzaba la silueta espectral del dolmen. Pero delante del dolmen había un hombre.

Unos momentos le bastaron para comprobar que no era el pastor, y tampoco ninguno de los trabajadores de la granja, porque llevaba un traje oscuro y tenía una constitución esbelta y un porte elegante. Andaba de un lado a otro por delante del megalito.

Apenas había podido especular sobre la extraña presencia del desconocido a esas horas de la noche, cuando vio que una segunda figura cruzaba los pastos en dirección al dolmen y el cinturón de aulagas que ocultaba la cabaña. Este segundo personaje era una mujer, y el forastero salió apresuradamente a su encuentro nada más verla, hasta que se cruzaron justo delante de la ventana de la cabaña. Él la estrechó entre sus

brazos sin que ella pudiera anticiparse a sus intenciones.

La mujer se soltó y se apartó con cierta dignidad.

—¡Has venido, Harriet…! ¡Bendita seas! —exclamó el hombre con ardor.

—Pero no para esto —contestó ella, en tono ofendido. Y de mejor talante, añadió —: He venido, Fred, porque me lo has suplicado. ¿Por qué me has escrito esa carta? Temía herirte si no accedía a tus ruegos. ¿Cómo has venido?

—Andando, desde casa de mi padre.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Cómo has vivido desde la última vez que nos vimos?

—A duras penas. Eso ya tendrías que saberlo sin necesidad de preguntar. He visto muchas tierras y muchas gentes desde la última vez que recorrí estos montes, pero solo he pensado en ti.

—¿Y solo para decirme eso me has hecho venir de una manera tan extraña?

Una ráfaga de aire se llevó el murmullo de la respuesta y otras frases posteriores, hasta que la voz del hombre volvió a ser audible.

—¡Harriet… sé sincera conmigo! He oído que el duque no te trata bien.

—Tiene mal genio, pero es un buen marido.

—Te habla con mucha dureza y a veces incluso te amenaza con encerrarte en casa.

—¡Solo una vez, Fred! Te prometo que solo ha sido una vez. Te repito que el duque es un buen marido. Tú sin embargo mereces un castigo, por haberme sacado de casa esta noche con argucias. ¿Por qué lo has hecho?

—Queridísima Harriet, te parece esto justo o sincero? ¿No es notorio que tu vida con él es muy triste… que a pesar de lo dulce que eres él te está amargando la existencia con ese mal genio? He venido para saber si puedo ayudarte. Tú eres la duquesa, y yo soy Fred Ogbourne, pero no es imposible que pueda hacer algo por ti… ¡Por Dios! ¡La dulzura de tu voz debiera obligarlo a tratarte con cortesía, más aún cuando a ella se suma la dulzura de tu rostro!

—¡Capitán Ogbourne! —exclamó ella, afectando un pícaro temor—. ¿Cómo un compañero de mi juventud puede tratarme de esta manera? ¡No me hables así, y no me mires así! ¿Eso es lo que querías decirme? Ya veo que no tendría que haber venido. ¡Qué imprudente he sido!

Otra ráfaga de brisa interrumpió el hilo del diálogo.

—Muy bien. Ya veo que para mí estás muerta, que te he perdido —volvió a oírsele decir a él—. Que me llames «capitán Ogbourne» así lo demuestra. Yo te sigo amando igual que antes, Harriet, ni una pizca menos, pero tú ya no eres la misma mujer: antes eras sincera conmigo, y ahora ocultas tu corazón con frases hechas. Que sea como tú quieres. No volveré a verte.

—No te pongas tan trágico, tonto. Puedes verme con normalidad. ¿Por qué no ibas a poder? Pero así, de ningún modo. No habría venido hoy, de no haber sido porque el duque está pasando unos días fuera y nadie vigila mis impulsos erráticos.

—¿Cuándo vuelve?

—Pasado mañana, o al día siguiente.

—Entonces, ven a verme mañana por la noche.

—No, Fred, no puedo.

—Si no puedes mañana, ven pasado mañana. Al menos una vez, antes de que él regrese, por favor te lo pido. ¡Prométemelo! Mañana o pasado mañana vendrás a verme para despedirte de mí —insistió, aferrando con fuerza la mano de la duquesa.

—No, Fred… ¡suéltame! ¿Por qué haces eso? Si amor fuera olvidar el respeto que le debes a una mujer en su posición actual, pensando en su pasado, puede que el tuyo lo sea, Frederick. No es ni amable ni cortés de tu parte instarme a venir por compasión, para poder abrazarme.

—Pero ¡vuelve una vez más! He recorrido más de seis mil kilómetros para pedírtelo.

—¡No puedo! ¡Habrá calumnias…! ¡Dios sabe qué dirán! No puedo verte. Por lo que hubo entre nosotros, te ruego que no me lo pidas.

—Entonces reconoce dos cosas. Que una vez me quisiste, y que tu marido te trata mal con la frecuencia suficiente para hacerte pensar en cuando me querías.

—Sí, las dos las reconozco —dijo con voz débil—. Pero reconocerlas no me deja en buen lugar, y te juro que la deducción no es cierta.

—No digas eso. Ya que has venido… deja que yo interprete tus razones como quiera. Eso no puede hacerte ningún daño. ¡Vuelve una vez más!

Seguía cogiéndola de la mano y del talle.

—Muy bien —aceptó ella—. Me has convencido. Vendré mañana por la noche, o pasado mañana. Ahora deja que me vaya.

Él la soltó, y se separaron. La duquesa echó a correr monte abajo, hacia la mansión de Shakeforest Towers, y el capitán, cuando la hubo perdido de vista, dio media vuelta y se marchó a grandes zancadas en dirección contraria. Todo volvió a quedar en silencio y soledad.

Pero la calma apenas duró un momento. Otra silueta pasó a ocupar la escena cuando el capitán y la duquesa se alejaron. Salió de detrás del dolmen. Era un hombre de complexión más robusta que el primero, con botas y espuelas de jinete. Dos cosas se revelaban a primera vista: que había presenciado el encuentro del hombre y la mujer; y que, aun siendo probable que hubiera visto todos sus movimientos, incluido el abrazo, estaba demasiado lejos para oír las reticencias de la dama —cualquiera de las palabras que allí se pronunciaron en realidad—, de tal suerte que la imagen debió de presentarse ante sus ojos como la cita de una pareja de enamorados. Pasaron sin embargo algunos años hasta que el niño alcanzó la edad suficiente para hacerse este razonamiento.

El tercer individuo se quedó quieto unos momentos, como absorto en sus pensamientos. Se acercó luego al lugar donde se habían detenido la dama y el caballero y examinó el suelo. Hecho esto, se marchó en una tercera dirección, lo más contraria posible a la tomada por los interlocutores. Se encaminó hacia la carretera, y

minutos más tarde el trote de un caballo resonó en la tierra helada, menguando progresivamente hasta perderse a lo lejos.

El niño seguía en la cabaña, delante del megalito, como si esperase la entrada en escena de nuevos actores, pero no llegó nadie más. Nunca supo cuánto tiempo pasó con la carita pegada al cristal, hasta que un golpe en la espalda lo sacó bruscamente de sus fantasías, y en su familiar sensación reconoció la punta del cayado del pastor.

—¡Malditos sean tus ojos y tus piernas, Bill Mills! Has dejado que el fuego se consuma, y bien sabes que lo quiero siempre encendido. Ya me figuraba yo que algo harías mal. Por eso no he podido aguantar en la cama, lo mismo que un vilano al viento. ¡Vergüenza debería darte! ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Las ovejas siguen como las dejé?

—Sí.

—¿Has tenido que atender a algún cordero?

—No.

El pastor volvió a encender el fuego y salió a ver a las ovejas con un farol, porque la luna ya estaba baja. No tardó en volver.

—Maldito seas… ¿Dices que no ha pasado nada, cuando una oveja ha parido dos corderos y está a punto de morir, y otra se está muriendo por falta de atención? Te dije, Bill Mills, que si pasaba algo fueras a avisarme, ¡y así es como me has avisado!

—Dijo usted que podía dormir un poco, por ser Navidad, y eso hice.

—¡No hables así a tus mayores, jovencito, o acabarás colgado de un árbol! Si te hubieras quedado dormido no estarías mirando por la ventana. Vete a casa y vuelve antes de la hora de desayunar. Yo soy un hombre anciano, y los ancianos merecen un mejor trato del mundo. Pero yo no… ¡Yo no tengo derecho a descansar!

El pastor se acostó en la cabaña y el chiquillo bajó a la aldea.

SEGUNDA NOCHE

Cuando llegó la noche siguiente, el niño reveló, con sus actos, que seguía pensando en el encuentro que había presenciado, y en la promesa arrancada a la dama de que regresaría. En lo tocante a los cuidados del rebaño, la noche consistió en una repetición de las tareas de la víspera. Entre las diez y las once, el pastor se retiró, como de costumbre, con la intención de dormir sin interrupciones el mayor tiempo posible, dejando para algún momento del día las necesarias horas de descanso, y el chiquillo se quedó solo.

La escarcha era la misma que en la noche precedente, solo que algo más intensa. La luna brillaba como siempre, solo que con tres cuartos de hora de retraso; y el niño se encontraba en la misma situación, solo que sin sueño alguno. Estaba además bastante asustado, aun cuando en general prefería presenciar la cita de unos

desconocidos a que el pastor lo sorprendiese distraído.

Antes de que el lejano reloj de Shakeforest Towers diese las once comenzó el acto segundo de este drama nocturno. No consistió en la aparición del enamorado o de la duquesa, sino en la del tercer personaje —el caballero corpulento con botas y espuelas—, que llegó del este, por donde se había retirado la noche anterior. El hombre rodeó el dolmen y echó a andar luego hacia el círculo de aulagas que ocultaba la cabaña. La luz de la luna reveló que se trataba del duque. El miedo se apoderó del muchacho, ya que el duque era el mismo Júpiter para las gentes del lugar, y ofenderlo significaban el hambre, el destierro y la muerte, además de la pérdida del juicio y del habla para quien osara mirarlo. El chiquillo cerró la estufa, para que no saliera ni una chispa de luz, y se enterró a toda prisa debajo del montón de paja que había en un rincón.

El duque se acercó hasta el lugar donde su mujer y el capitán habían estado conversando; examinó las aulagas como si buscara un escondite, y fue entonces cuando descubrió la cabaña. Dio una vuelta alrededor de ella, se asomó al interior y, pensando que no había nadie, entró, cerró la puerta y se apostó delante de la ventana circular por la que poco antes acababa de mirar el niño.

No se apresuró en tomar ninguna de estas medidas, si es que su intención era esconderse. Al poco de detenerse el duque delante de la ventana, el reloj dio las once, y el esbelto joven que ya adornara la escena con su presencia la noche previa apareció al norte del cerro. Como el primer encuentro se había producido en las aulagas, tras salir corriendo el capitán desde la Puerta del Diablo al ver llegar a la duquesa, instintivamente se encaminó de nuevo al mismo lugar, con la intención de esperarla allí.

Pero una aterradora sorpresa lo aguardaba esa segunda noche, lo mismo que al tembloroso muchachito. La respiración del duque se agitó al ver al capitán, y el niño oía perfectamente sus jadeos. El recién llegado apenas había tenido tiempo de detenerse cuando el noble abrió con sigilo la puerta de la cabaña y, bordeando las aulagas, se abalanzó sobre el capitán Fred.

—¡La has deshonrado y sufrirás la muerte que mereces! —llegó a oídos del pastor, con un susurro áspero y hueco, a través de las tablas de la cabaña.

El asustado muchacho se alarmó tanto que se atrevió a levantarse para mirar por la ventana, aun cuando las ramas de las aulagas ocultaban a los hombres, que se hallaban al otro lado. Lo que ocurrió a continuación nunca llegó a saberlo con exactitud: se oyó un golpe en la hierba, seguido del silencio.

Dos o tres minutos más tarde, el duque apareció por detrás de la esquina de la cabaña, arrastrando del cuello el cuerpo inerte del capitán. Continuó hasta el dolmen. Detrás del megalito había una hondonada cubierta de aulagas y de espinos enanos que ocultaban un laberinto de antiguas madrigueras de tejones, muertos o desplazados a otros lugares. El duque desapareció en la hondonada con su cargamento y reapareció al cabo de unos segundos. Cuando se alejó de allí ya no arrastraba nada.

Volvió a la cabaña, limpió una mancha en la hierba y reanudó su vigilancia, aunque no como antes, desde el interior, sino fuera, en el costado donde daba la sombra.

—¡Y ahora la segunda! —dijo.

Era evidente, incluso para un niño tan ingenuo como el pastor, que el duque esperaba a la otra persona, a su mujer, a la duquesa, con un propósito aterrador. Parecía ser un hombre resuelto, que no vacilaría en llevar a cabo su venganza hasta el más implacable final. Además —aunque esto el chiquillo no lo veía— la probabilidad se incrementaba al actuar el duque bajo la exagerada impresión que le había causado la escena presenciada en silencio.

El celoso vigilante esperó mucho tiempo, y su espera fue en vano. Desde la cabaña, el niño oía de vez en cuando sus exclamaciones de sorpresa, como si le decepcionase descubir que la culpable duquesa no acudiría a la cita, tal como él había dado por sentado. A veces salía de la sombra de las aulagas y sacaba el reloj a la luz de la luna para ver qué hora era.

A eso de las once y media renunció a la espera. Regresó a la hondonada, detrás del dolmen, y estuvo allí cerca de un cuarto de hora. Al fin se alejó a paso ligero por un repecho de la ladera, situado ligeramente a la izquierda, y poco después apareció a caballo, lo que indicaba que había dejado al animal atado en algún escondite. Cruzó de nuevo la explanada que separaba la cabaña del megalito y, examinando el entorno atentamente, como si quisiera cerciorarse de que su mujer no había venido, se encaminó despacio a Shakeforest Towers.

El niño se preguntó qué habría ocurrido en la hondonada, y ni siquiera el miedo al cayado de su patrón consiguió retenerlo por más tiempo en la soledad del monte. Cualquier compañía viva, aun la más terrible, era preferible a la compañía de un muerto, y así, corriendo como una liebre en la misma dirección que había tomado el jinete, alcanzó al duque vengador en el segundo tramo de la pendiente (donde la carretera principal cruzaba el camino antes de llegar a la antigua entrada de la finca, hoy definitivamente cerrada, así como ha desaparecido la casa del guarda, aunque en su día nadie entendió que se cerrase, porque era el acceso más cómodo).

En cuanto oyó los cascos del caballo, Bill Mills se sintió bastante más tranquilo. Y es que, a pesar de lo mucho que le intimidaba el duque, por su posición social, el chiquillo no tuvo ningún reparo moral en buscar su compañía tras haberlo visto cometer una acción tan espeluznante, y se dijo que un noble así de poderoso tenía derecho a hacer lo que se le antojara en sus propias tierras. El duque cabalgaba al trote bajo los árboles centenarios de su finca, y los cascos del caballo producían un elegante sonido en la avenida empedrada. No tardó en llegar a la puerta principal de la mansión, coronada por un parapeto almenado que proyectaba una sombra intermitente en la terraza de gravilla. Estos perfiles eran muy familiares para el pequeño Bill Mills, aun cuando nunca había traspasado sus muros.

Cuando el jinete se acercó a la mansión, una torreta se abrió rápidamente, y una

mujer apareció en el umbral. Nada más ver el perfil del caballero, corrió a su encuentro a la luz de la luna.

—Ah, querido. ¿Ya estás aquí? He sabido que eras tú en cuanto oí los cascos de Héroe en la ladera. Habría salido a buscarte si…

—¿Te alegras de verme?

—¿Cómo puedes preguntarlo?

—Es una noche preciosa para los encuentros.

—Sí, es una noche preciosa.

El duque descabalgó.

—¿Cómo es que estabas atenta a esta hora de la noche, si todavía no me esperabas? —preguntó.

—¡Sí, cómo! Es una historia muy extraña, tengo que contártela enseguida. Pero ¿por qué has vuelto una noche antes de lo previsto? Lo siento mucho, no te figuras cuánto —movió la cabeza con aire travieso—, porque quería darte una sorpresa, y ordené que preparasen una hoguera para encenderla mañana, cuando llegaras. Y ahora no podrá ser. ¿La ves ahí?

El duque miró hacia un claro elevado y vio las ramas amontonadas. Con aire complacido y desconcertado, bajó la vista al suelo.

—¿Qué extraña historia es esa que tienes que contarme? —murmuró.

—Ahora lo sabrás… y lo cierto es que es grave. Mi primo Fred Ogbourne, el capitán Ogbourne ahora, era un gran admirador mío cuando era niño, como creo que ya te he contado, aunque yo le sacaba seis años. La verdad, lisa y llanamente, es que estaba enamorado de mí.

—Nunca me lo habías contado.

—Entonces fue a tu hermana a quien se lo conté… sí, fue a ella. Bueno, sabes que llevo muchos años sin verlo, y como es natural me había olvidado de lo mucho que me admiraba. Pues, figúrate mi sorpresa cuando anteayer recibo una nota misteriosa, sin remite, y al abrirla descubro que es suya. Me asustaron mucho las cosas que decía. Había vuelto de Canadá a casa de su padre, y me suplicaba que nos viéramos por todos los medios y sin tardanza. Creo que recuerdo sus palabras textuales, aunque ya te la enseñaré cuando entremos.

Mi querida prima Harriet —decía la nota—. Te sorprenderá mi repentina aparición tras esta larga ausencia, y aún más lo que voy a pedirte. Pero si algo significan para ti mi vida y mi futuro, te ruego que accedas a mi petición. Lo que te pido, querida Harriet, es que vayas a verme a las once de la noche al dolmen de los druidas de Marlbury Downs, ése que está a un kilómetro y medio de tu casa. No puedo decir más, aparte de suplicarte que no faltes. Te lo explicaré todo cuando estés allí. Lo principal es que necesito verte. Ven sola. Créeme que no te lo pediría si mi felicidad no dependiese de ti. ¡Dios sabe hasta qué punto! Estoy demasiado alterado para explicar nada más.

Tuyo,
FRED

»Eso fue todo. Ahora sé que hice mal en acudir a la cita, por lo que pasó, pero entonces no lo pensé. Recordé que tenía un carácter muy impulsivo, y temí que le

hubiera ocurrido algo grave y se encontrara sin un amigo en el mundo a quien recurrir o confiar sus problemas. Así que fui a Marlbury Downs a la hora señalada. ¿No te parece que fui valiente?

—Mucho.

—Cuando llegué… ¿Por qué no damos un paseo? Está empezando a refrescar —propuso. Pero el duque no se movió del sitio—. Cuando llegué, se presentó como un hombre hecho y derecho, como un oficial, no como el muchacho al que yo conocía. Nada más verlo me arrepentí de haber ido. Apenas me atrevo a contarte cómo se comportó. No sé qué quería; creo que solo quería verme. Me cogió de la mano y de la cintura. Y no me soltaba, hasta que le prometí que volvería a verlo. Se condujo de un modo tan extraño, con tanta pasión, que me dio miedo estar con él en un lugar tan solitario, y le prometí que volvería. Entonces me escapé y volví a casa. Esta noche, cuando se acercaba la hora de la cita, a la que yo, como es natural, en ningún momento tuve intención de acudir, me preocupó que, al ver que no llegaba, se le ocurriese venir a casa. Y por eso no he podido dormir. ¿Por qué estás tan callado?

—El viaje ha sido muy largo.

—Entremos en casa. ¿Por qué has venido solo y sin ayuda?

—Lo he preferido así.

Tras un momento de silencio, cuando se disponían a entrar, la duquesa añadió:

—Se me ha ocurrido una idea, aunque me cuesta proponértela. Fred dijo que, si yo no iba esta noche, volvería a esperarme mañana. ¿Qué te parece si mañana vamos juntos? Solo para ver si está allí; en ese caso, le daremos una lección por lo absurdo que es seguir alimentando una vieja pasión y por haberme citado de una manera tan extraña, en lugar de venir a casa.

—¿Qué más da si va o no va? —contestó el duque, malhumorado.

—Yo creo que tendríamos que hacer algo. ¡Pobre Fred! Entrará en razón si tú hablas con él y le expones las cosas a las claras. No sería más que un acto de caridad cristiana con un hombre que por una u otra razón está sufriendo mucho, de eso no cabe duda. Parece que ha perdido el juicio.

Para entonces habían llegado a la puerta y tocado la campana. No parecía que hubiese nadie despierto en la casa, pero pronto salió un criado, se llevó el caballo, y el duque y la duquesa pudieron entrar.

TERCERA NOCHE

No había forma de evitarlo. Bill Mills tenía la obligación de seguir de guardia mientras el pastor se ausentara esa noche, como las precedentes, o abandonar su puesto para seguir con vida. Se armaba de valor cuando recordaba lo que había en la hondonada, detrás de la Puerta del Diablo, pero de poco le servía; de ahí que experimentase cierto alivio, en su terror, al ver que el duque y la duquesa se

aproximaban por la ladera cubierta de escarcha. La duquesa iba un poco por delante de su marido, a paso ligero.

—¡Te digo que habrá pensado que no vale la pena volver! —insistió el duque, y se detuvo, reacio a continuar.

—Conociéndolo, seguro que viene y se queda toda la noche esperando. Y no estaría bien hacerle eso por segunda vez.

—No está aquí. Será mejor que volvamos a casa.

—Sí, parece que no está. ¿Le habrá pasado algo? ¡Nunca me lo perdonaría!

—No —dijo el duque con inquietud—. Le habrá surgido algún compromiso.

—Eso es muy improbable.

—O habrá pensado que está demasiado lejos.

—Eso tampoco es probable.

—Pues habrá recapacitado.

—Sí, puede que haya recapacitado. Aunque a lo mejor se ha quedado en la hondonada, detrás de la Puerta del Diablo. Vamos a verlo. Le daremos una sorpresa bien merecida.

—No, allí no está.

—Es posible que se haya escondido por ti —dijo ella con malicia.

—¿Por mí? No lo creo.

—Vamos, cariño. ¡Te quedas atrás como un colegial y estás muy poco receptivo! Tienes celos de ese pobre muchacho, y eso es ridículo.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡No se hable más, Harriet! —Y cruzaron la explanada.

Preguntándose qué se proponían, el niño salió de la cabaña y rodeó el cinturón de aulagas por detrás, con la intención de acercarse al dolmen sin ser visto. Pero, al atravesar un espacio abierto, quedó expuesto unos momentos.

—¡Ya lo veo! —dijo la duquesa.

—¿Lo ves? ¿Dónde? —preguntó el duque.

—Al lado de la Puerta del Diablo. ¿No ves una silueta? Ay, mi pobre primo enamorado. ¿Lo ves ahora? —Y se echó a reír con compasión—. Pero ¿qué te pasa? —preguntó, volviéndose a su marido.

—¡No es él! —señaló el duque con aspereza—. ¡No puede ser él!

—No, no es él. Es demasiado pequeño para ser él. Es un niño.

—¡Eso pensaba yo! ¡Chico, ven aquí!

El pequeño avanzó muy asustado.

—¿Qué haces aquí?

—Cuidar de las ovejas, excelencia.

—¡Ah, veo que me conoces! ¿Cuidas de las ovejas todas las noches?

—De vez en cuando, señor duque.

—¿Y qué has visto esta noche, o ayer por la noche? —preguntó la duquesa—. ¿Has visto a alguien esperando o andando por aquí?

El niño no respondió.

—No ha visto nada —interrumpió su marido, con los ojos clavados en el niño de una manera tan imponente que parecían brillar como puntos de fuego—. Vámonos. Hace demasiado aire para quedarse quieto.

Cuando se marcharon, el niño volvió a la cabaña, menos asustado que al principio, pues, a medida que se iba familiarizando con la situación, el recuerdo del hombre enterrado ya no dominaba tanto sus pensamientos. Pero no estaría solo mucho rato. Pasado el tiempo necesario para ir y volver andando desde Shakeforest Towers, la corpulenta silueta del duque se perfiló de nuevo en la cima del monte. Esta vez venía solo.

El noble, por su parte, resultó tener una vista no menos aguda que la del niño, pues al instante lo reconoció entre las ovejas y se acercó derecho a él.

—¿Eres el pastor con quien he hablado hace un rato?

—Ése soy, señor duque.

—Escúchame. Antes la señora duquesa te ha preguntado si habías visto estas últimas noches algo por aquí, pero tú no has contestado. ¿Has visto algo raro estas últimas noches, mientras cuidabas de las ovejas?

—Soy muy distraído, señor duque, y no me fijo en las cosas.

—Te lo pregunto una vez más —dijo el duque, acercándose al chico—. ¿Has visto algo raro estas últimas noches, mientras cuidabas de las ovejas?

—¡Ay, señor duque! Yo solo soy el ayudante del pastor, y mi padre era el humilde empleado que podaba los setos de su excelencia, y mi madre la criada que tiraba las cenizas al patio. Cuando me dejan solo, me quedo dormido y no veo nada.

El duque agarró al muchacho de un hombro y lo miró fijamente, alzándose ante él como una torre.

—¿Viste algo extraño aquí ayer por la noche?

—¡Ay, señor duque! ¡Tenga piedad y no me mate! —suplicó el chiquillo, hincándose de rodillas—. ¡Nunca lo he visto pasar por aquí, ni andando ni a caballo, ni tampoco lo he visto escondido, esperando a un hombre, ni arrastrando una carga pesada!

—Hum —dijo el duque con gravedad, soltando al niño—. Bien está saber que nunca has visto ninguna de esas cosas. Dime, ¿prefieres «verme hacer esas cosas ahora», o guardar un secreto para toda la vida?

—¡Guardar un secreto, señor duque!

—¿Estás seguro de que serás capaz?

—¡Sí, excelencia, póngame a prueba!

—Muy bien. Y ahora, dime. ¿Te gusta cuidar de las ovejas?

—No me gusta nada. Es un trabajo muy solitario para los que piensan en los espíritus, y yo no me acostumbro.

—Te creo. Eres demasiado joven. Me ocuparé de que estés más cómodo. Cambiarás esa zamarra por una casaca de paño, y esas botas por unos zapatos bien lustrados. Y aprenderás cosas que nunca has oído; irás a la escuela y tendrás bates y

pelotas para jugar en vacaciones, y te convertirás en un hombre. Pero nunca podrás decir que has sido pastor, y que pasabas la noche en los montes, porque los niños pastores no son bien acogidos en la buena sociedad.

—Confíe en mí, señor duque.

—Como se te olvide y hables de cuando eras pastor, este año, o el que viene, en la escuela o fuera de la escuela, o cuando vayas en tu carruaje dentro de veinte años, en ese mismo instante te retiraré mi ayuda, te destruiré y tendrás que volver a ser pastor. ¿Has dicho que tienes padres?

—Solo mi madre viuda, señor duque.

—Me ocuparé de ella, y podrá llevar una vida confortable, siempre y cuando tú no hables de…

—De cuando fui pastor y de lo que vi aquí.

—Muy bien. ¿Y si hablas de eso?

—¡La destruirá y volverá a vivir como una viuda pobre!

—Eso es… muy bien. Pero no es suficiente. Ven aquí. —Llevó al niño hasta el otro lado del dolmen y le obligó a arrodillarse.

—Ya sabes que éste era un lugar sagrado —continuó el duque—. Aquí había un altar, erigido en honor de una venerable familia de dioses, a los que se conocía y de los que se hablaba antes del Dios al que ahora conocemos. Por eso, un juramento que se haga aquí es un doble juramento. Repite conmigo: «Que todos los espíritus celestiales, ángeles y arcángeles, principados y deidades me castiguen; que me atormenten allí donde me encuentre, en casa o en el huerto, en los campos o en los caminos, en la iglesia o en la capilla, en mi país o en el extranjero, en la tierra o en el mar; que padezca tormentos al comer y al beber, al crecer y al envejecer, al vivir y al morir, por dentro y por fuera y para siempre si alguna vez hablo de mi vida como niño pastor, o de lo que he visto en este monte de Marlbury. Así sea. Amén y amén». Y ahora besa la piedra.

El niño repitió las palabras, temblando, y besó la piedra, tal como le ordenaban.

El duque se lo llevó de la mano. Esa noche el joven pastor durmió en Shakeforest Towers, y al día siguiente lo enviaron con un tutor a un pueblo remoto. Más tarde ingresó en la escuela preparatoria, y a su debido tiempo en un colegio privado.

CUARTA NOCHE

Una tarde de invierno, muchos años después de los hechos que aquí se han referido, el niño que un día fue pastor se encontraba en un despacho bien amueblado del ala norte de Shakeforest Towers, convertido en un hombre de negocios bien instruido. Aparentaba entre treinta y ocho o cuarenta años, aunque en realidad tenía unos cuantos menos. Una mirada cansada e inquieta de tarde en tarde, cuando levantaba la cabeza en busca de una carta o un documento traspapelado, revelaba que

no se sentía del todo cómodo, tal como podía esperar quien lo observase en aquel ambiente. Tenía, además, una palidez llamativa para ser un hombre de campo. Estaba escribiendo, supuestamente, pero no escribía una sola palabra. Llevaba apenas unos minutos sentado cuando dejó la pluma, retiró la silla de la mesa, apoyó intranquilo las manos en los brazos de la silla y posó la vista en el suelo.

Poco después se levantó y salió de la estancia. Recorrió un pasillo que terminaba en un vestíbulo octogonal, lo cruzó y llamó a una puerta. Una voz débil, aunque profunda, le permitió el acceso. Entró en una biblioteca, donde había una sola persona: su patrón, el duque.

Con el paso de los años, el duque había perdido su corpulencia por completo. A decir verdad era poco más que un esqueleto. Tenía el pelo blanco y ralo y las manos casi traslúcidas.

—¡Ah, Mills! —murmuró—. Siéntese. ¿Qué sucede?

—Nada nuevo, excelencia. No ha escrito nadie ni ha venido nadie.

—¿Entonces? Parece usted preocupado.

—El pasado ha vuelto a la vida, debido a ciertas circunstancias.

—Maldito sea el pasado. ¿A qué pasado se refiere?

—A esa semana de Navidad de hace veintidós años, cuando la difunta duquesa recibió una nota de su primo Frederick en la que le imploraba que fuera a verlo a Marlbury Downs. Yo presencié el encuentro (era una noche idéntica a ésta), y como usted sabe, vi lo que ocurrió. Ella fue a verlo una vez, pero no volvió la noche siguiente.

—Mills, ¿tengo que recordarle ciertas palabras? ¿Las palabras de un juramento que hizo un niño pastor en ese monte?

—No es necesario. Ese niño ha guardado tenazmente su juramento y su promesa. Ni una palabra sobre su vida como pastor ha salido de sus labios desde esa noche, ni siquiera en presencia de usted. Pero ¿quiere usted oír algo más, excelencia?

—No quiero oír nada más —contestó el duque hoscamente.

—Muy bien; como guste. Pero parece que se acerca el día, puede que falte muy poco, para que, a pesar de que mis labios están sellados, ese incidente termine por salir a la luz.

—¡No quiero oír nada más! —repitió el duque.

—No tema que yo vaya a traicionarlo —dijo el administrador, con un deje de amargura—. Se ha portado usted muy bien conmigo; no habría podido encontrar mejor patrón. Me ha vestido usted, y me ha educado. Me ha acogido bajo su techo, y no soy un desagradecido. Pero ¿ha ganado algo su excelencia con mi silencio? Yo creo que no. Llevo veintidós años preguntándome qué hizo usted con él. Ahora lo sé. Esta tarde ha ocurrido un incidente que me ha recordado forzosamente ese momento. Quise asegurarme de que no estaba soñando, y subí al cerro con una pala; busqué, y encontré algunos restos en la madriguera de un tejón.

—Mills, ¿tú crees que la duquesa llegó a adivinarlo?

—Nunca, estoy seguro, hasta el día de su muerte.

—¿Y has dejado en el monte todo lo que encontraste?

—Sí.

—¿Qué te ha hecho ir allí, esta tarde en particular?

—Su excelencia ha dicho que no desea saberlo.

El duque guardó silencio, y la quietud de la noche era tan acusada que el aire trajo a sus oídos el redoble de una campana lejana.

—¿Por qué doblan las campanas? —preguntó el duque.

—Por lo que he venido a decirle, excelencia.

—¡Persistes en atormentarme! —dijo el duque con voz trémula—. ¿Quién ha muerto en el pueblo?

—El más anciano. El viejo pastor.

—Por fin ha muerto. ¿Qué edad tenía?

—Noventa y cuatro años.

—Y yo solo tengo setenta. ¡Aún me quedan veinticuatro años por delante!

—Yo trabajé para él, cuidando de las ovejas en Marlbury Downs. Y él subió al monte la segunda noche, cuando yo hablé con usted por primera vez, excelencia. Estuvo en el monte todo el tiempo. Pero yo no lo sabía, y usted tampoco.

—¡Ah! —dijo el duque, con un sobresalto—. ¡Continúa, me doy cuenta de lo que intentas decir!

—Esta tarde supe que se estaba muriendo. Fue eso lo que me hizo pensar en el pasado, y me indujo a buscar en el monte, como ya le he dicho. A mi regreso, oí que el pastor había pedido ver al vicario para confesarle un secreto que guardaba desde hacía más de veinte años, «por respeto a su señor el duque», algo que había visto en Marlbury Downs una noche de diciembre de hace veintidós años, cuando subió a atender el rebaño. He repasado lo que ocurrió entonces. Esa noche me dejó al cuidado de las ovejas, pero tenía la costumbre de volver sin previo aviso, porque yo a veces me quedaba dormido. Seguramente volvió y encontró razones para esconderse. Está clarísimo. Lo siguiente es que el vicario estuvo dos horas con él. Más de eso no sé.

—Es suficiente. Mañana a primera hora iré a ver al vicario.

—¿Para qué?

—Para cerrarle la boca otros veinticuatro años, hasta que yo haya muerto a los noventa y cuatro, lo mismo que el pastor.

—Excelencia, mientras usted me imponga ese silencio, nada saldrá de mis labios, así tuviera que pagar por ello con la horca. Le prometí ser suyo, y suyo soy. Pero ¿de qué sirve tanta insistencia?

—¡Le cerraré la boca, como sea! —gritó el duque, con un repunte de su tosquedad de antaño—. Usted váyase a la cama, Mills, y deje que yo me ocupe de él.

Así terminó la conversación, y el administrador se retiró. La noche, tal como Mills había dicho, era idéntica a esa otra noche de hacía veintidós años, y los inesperados acontecimientos aniquilaron la noción de hallarse en un tiempo de alegría

y buena voluntad. Se fue a su casa, en un extremo de la finca, donde llevaba una vida solitaria y rara vez recibía la visita de un amigo. A las once se preparó para acostarse, pero no llegó a meterse en la cama. Se sentó a reflexionar. Dieron las doce. Contempló la luna pálida y, movido por un impulso que no alcanzaba a comprender, se puso el sombrero y salió de casa. Echó a andar hasta la cima de Marlbury Downs, un lugar que no visitaba a esa hora de la noche desde hacía muchos años.

Buscó como pudo el punto donde en su día se encontraba la cabaña del pastor. No había ovejas ni corderos recién nacidos, y el anciano pastor que tan mal lo había tratado en su niñez había pasado ese día a mejor vida. Pero el dolmen seguía allí, tan blanco como siempre. Cruzó la explanada de hierba con el descabellado propósito de posar sus labios en la piedra. Aunque estaba inquieto y lleno de reproches, no pudo contener una sonrisa al evocar el terrible juramento de silencio sellado con un beso en la piedra de un templo pagano. Había guardado su palabra, más como una promesa que como un voto solemne, con gran provecho para su posición mundana, mas no para su felicidad, pues con el paso de los años fue alimentando en su ánimo un cúmulo de sentimientos hostiles que lo llevaron a recibir las noticias de esa tarde con algo semejante al alivio.

Estando allí, recostado en la Puerta del Diablo y pensando en estas cosas, tomó conciencia de que no estaba solo. Una figura vestida de blanco se acercaba en silencio, a grandes zancadas. Mills se quedó muy quieto, y al poco vio que era el duque, con su camisa de noche, sonámbulo al parecer. Para no asustar al anciano, se pegó a la sombra de la piedra. El duque fue derecho a la hondonada. Se arrodilló en el borde y empezó a escarbar la tierra con las manos como un tejón. Al cabo de unos minutos se incorporó, lanzó un hondo suspiro y volvió sobre sus pasos por donde había venido.

Temeroso de que algo pudiera ocurrirle, pero sin querer llamar su atención, el administrador lo siguió con sigilo. El duque recorrió el camino sin vacilar, entró en su finca y se coló en la casa por una ventana abierta, probablemente la misma por la que había salido. Cuando vio que había entrado, Mills cerró la ventana sin hacer ruido y se retiró a su casa, juzgando innecesario dar la alarma en la casa y preparado para recibir las revelaciones que la mañana traería consigo.

Por una u otra razón, pasó la noche intranquilo, tanto por la posición personal del duque como por lo que pudiera suceder al día siguiente. A primera hora de la mañana se acercó a la mansión. Los postigos estaban cerrados, y el lacayo le franqueó el paso con una expresión desacostumbrada. Mills preguntó por el duque.

El hombre respondió con un murmullo.

—Lamento decirle, señor, que su excelencia ha muerto. Salió de sus habitaciones en algún momento de la noche, y estuvo dando vueltas no se sabe dónde. A su regreso, cuando subía las escaleras, perdió el equilibrio y cayó rodando.

Mills relató lo ocurrido en el dolmen antes de que el vicario pudiese decir nada. Siempre tuvo intención de contarlo cuando el duque hubiera muerto. Afrontó las

consecuencias con buen ánimo, pero su vida no fue larga. Murió, convertido en granjero, en Ciudad del Cabo, sin haber cumplido los cuarenta y nueve años.

Las magníficas ovejas de cría de Marlbury siguen siendo tan apreciadas como entonces, y a simple vista parecen en todo iguales a como eran en aquellos tiempos, pero los ejemplares que integraban esa raza cuando se produjeron los acontecimientos investigados por la justicia se han dividido en numerosas generaciones ovinas. El Ahijadero ha dejado de usarse para la cría, aunque todavía hoy se lo conoce por este nombre. Su abandono quizá obedezca, en parte, al hecho de que se retirasen las aulagas que ofrecían un refugio tan propicio, y en parte también a otra circunstancia. Y es que los actuales pastores del distrito aseguran que, en las noches de la semana de Navidad, se vislumbran alrededor del dolmen leves sombras fugaces, el destello de un arma y la sombra de un hombre que arrastra un bulto pesado y lo arroja en la hondonada. De estas cosas, sin embargo, no hay testimonio cierto.

Navidad de 1881

Un miembro del comité del «Terror»

Habíamos estado hablando de las viejas glorias georgianas de nuestro anticuado balneario, que hoy, con su fachada de ladrillo pardo rojizo, según el estilo de 1800, parece una calle del Soho o de Bloomsbury trasladada a la costa y arranca una sonrisa al turista moderno, incapaz de apreciar la reciedumbre de su construcción. Quien esto escribe, muy joven en aquel entonces, participó en calidad de mero oyente. La conversación derivó de lo general a lo particular, hasta que la anciana señora H., que a sus ochenta años seguía teniendo una memoria infalible, suscitó el interés de todos al relatar, con notoria fidelidad, una historia que su madre le había contado en muchas ocasiones cuando nuestra amiga era una niña: un drama familiar que afectó notablemente a la vida de una conocida de su madre, una tal mademoiselle V., profesora de francés. Los incidentes acontecieron cuando la ciudad estaba inmersa en su momento de máximo apogeo, es decir, durante el breve período de paz con Francia comprendido entre 1802 y 1803.

—Escribí la historia hace años, en forma de relato, poco después de la muerte de mi madre —explicó la señora H.—. La guardo con llave en mi escritorio.

—¡Léanosla! —le pedimos.

—No. No hay buena luz, pero la recuerdo muy bien, palabra por palabra, con florituras y todo. —No podíamos elegir las circunstancias, y la señora H. dio comienzo a su relato.

—Hay dos personajes, como es natural, un hombre y una mujer, y fue una tarde de septiembre cuando ella lo conoció. No se había visto una reunión tan formidable en la Explanada en toda la temporada. Su majestad, el rey Jorge iii, estaba presente, acompañado por todas las princesas y los duques, y más de trescientos miembros de la nobleza y personajes distinguidos se habían dado cita en la ciudad. Cada minuto llegaban carruajes de Londres y otros lugares, y cuando entre ellos apareció una destartalada diligencia, por la carretera que viene de Havenpool bordeando la costa, y se detuvo en una taberna de segunda categoría, apenas llamó la atención.

»Del coche cubierto de polvo se apeó un hombre, dejó su escaso equipaje en la oficina de la diligencia y echó a andar como si fuese a buscar alojamiento.

»Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, puede que cincuenta, y llevaba un abrigo largo y de cuello amplio, de una tela muy fina, y una chalina anudada al cuello. Daba la impresión de que quisiera pasar inadvertido.

»Pero el despliegue que veía en la ciudad le cogió de nuevas, y el recién llegado preguntó a un campesino qué estaba pasando. A juzgar por su acento, la pronunciación inglesa le resultaba difícil.

»El campesino lo miró con leve sorpresa.

»—El rey Jorge está en la ciudad, con la corte real —dijo.

»El extranjero quiso saber si se quedarían mucho tiempo.

»—No lo sé, señor. Lo de siempre, supongo.

»—¿Y cuánto es eso?

»—Hasta octubre. Vienen aquí todos los veranos, desde el ochenta y nueve.

»El extranjero siguió adelante por St. Thomas Street, hasta el puente que cruza el puerto y que entonces, como ahora, unía la ciudad vieja con la zona moderna. El sol, que estaba muy bajo, barría el puerto de punta a punta, y sus rayos se colaron por debajo del ala del sombrero del caballero, deslumbrándolo cuando dirigió la vista a poniente. Un grupo de personas se acercaba por el puente en dirección contraria, envueltas en el resplandor, y entre ellas se encontraba la conocida de mi madre, mademoiselle V. Era hija de una buena familia francesa, y en aquel entonces una mujer pálida, de veintiocho o treinta años, alta y elegante, a pesar de que vestía con mucha sencillez, y esa noche por lo visto llevaba un echarpe de muselina cruzado sobre el pecho, a la moda de la época, y atado a la espalda.

»Al ver el rostro del extranjero, que según ella resultaba muy llamativo bajo la luz del sol, no pudo contener un escalofrío, por una pavorosa circunstancia relacionada con su propia vida, y, tras avanzar unos pasos, tuvo que apoyarse en el parapeto del puente, pues a punto estuvo de sufrir un desmayo.

»El caballero, sumido en sus cavilaciones, apenas se había fijado en ella, pero este extraño movimiento llamó de inmediato su atención. Avanzó a paso ligero, la ayudó a incorporarse y la llevó al primer establecimiento que encontró a mano, donde explicó que la señorita se había sentido indispuesta.

»La dama no tardó en sobreponerse, si bien el extranjero que había acudido en su auxilio, visiblemente desconcertado, comprendió que su presencia inspiraba en la joven temor suficiente para impedirle recobrar el pleno dominio de sí. Nerviosa y confundida, le rogó al tendero que pidiese un coche.

»El tendero así lo hizo, y mademoiselle V. se quedó con el desconocido en un tenso silencio mientras el otro hombre se ausentaba. El coche llegó enseguida, y la joven subió al vehículo tras indicar la dirección al cochero.

»—¿Quién es la señorita? —preguntó el extranjero.

»—Es de su país de usted, si me permite el atrevimiento —contestó el tendero. Y le explicó al caballero que se trataba de la señorita V., institutriz de las hijas del general Newbold, en la misma ciudad.

»—¿Hay muchos extranjeros por aquí?

»—Sí, aunque la mayoría son hanoverianos. Pero, desde que se firmó la paz, la gente bien ha empezado a estudiar francés, y los profesores franceses están muy solicitados.

»—Yo también lo enseño. Estoy buscando un empleo de profesor en alguna academia.

»La información que el nativo proporcionó al extranjero no sirvió para que éste atinara a explicarse el comportamiento de su compatriota —pues ciertamente lo era—, y con esto salió del establecimiento, volvió a cruzar el puente y continuó hasta el muelle sur, donde tomó una habitación en la Posada de los Antiguos Aposentos.

»La imagen de la mujer que había delatado semejante agitación en su presencia seguía acompañando al desconocido, como es natural. Y es que, como ya he señalado, mademoiselle V., con menos de treinta años, natural de su mismo país, y de aspecto fino y delicado, había suscitado un interés muy singular en el caballero de mediana edad, pues sus grandes ojos oscuros, que tanto se asustaron al verlo, traslucían una belleza triste a la que apenas ningún hombre podía mostrarse insensible.

»Al día siguiente, tras redactar varias cartas, el caballero salió de la posada con el propósito de dar a conocer en la oficina de información local, así como en el periódico, la llegada a la ciudad de un profesor de francés y caligrafía, y al mismo efecto dejó una tarjeta de visita en la librería. Paseó luego sin rumbo, hasta que decidió preguntar por la casa del general Newbold. En la puerta, sin dar su nombre, solicitó ver a mademoiselle V., y le hicieron pasar a una pequeña sala del fondo, donde ella lo recibió muy sorprendida.

»—¡Dios mío! ¿Cómo se atreve a venir aquí, monsieur? —dijo en francés, con voz entrecortada, nada más verlo.

»—Ayer se indispuso usted. Yo acudí en su ayuda. Podría haberse caído por el puente si no la hubiese sostenido. Fue un simple acto de humanidad. He venido para interesarme por su salud.

»Ella se había apartado, y apenas oyó una palabra de lo que él decía.

»—Es usted un hombre infame, y lo odio —contestó—. Su ayuda me repugna. ¡Váyase!

»—Pero yo no la conozco de nada —dijo el caballero.

»—Pues yo a usted lo conozco perfectamente.

»—En ese caso juega usted con ventaja, mademoiselle. Soy un recién llegado a la ciudad. No la había visto en mi vida. Y por lo tanto no puedo, no tengo ninguna razón para odiarla.

»—¿No es usted monsieur B.?

»El caballero se sobresaltó ligeramente.

»—Lo soy… en París. Aquí soy monsieur G.

»—Eso no tiene importancia. Es usted quien yo digo que es.

»—¿Cómo es que conoce mi verdadero nombre, mademoiselle?

»—Lo vi a usted hace años, sin que usted me viera. Era usted miembro del Comité de Salud Pública cuando se dictó el decreto de la Convención Nacional.

»—Así es.

»—Usted mandó a la guillotina a mi padre, a mi hermano y a mi tío… a casi toda mi familia, y dejó deshecha a mi madre. No habían hecho nada más que guardar silencio. No había ninguna prueba contra ellos. Arrojaron sus cadáveres, decapitados, a una fosa común en el cementerio de Mousseaux y los quemaron con cal viva.

»El hombre asintió.

»—Me privó de mis familiares, y ahora estoy sola en un país extranjero.

»—Lo lamento. Lamento las consecuencias, pero no la intención. Lo que hice fue una cuestión de principios y, desde un punto de vista que usted no alcanza a comprender, hice bien. Yo no gané ni un céntimo con ello. Pero no voy a entrar en discusiones. Tiene usted la satisfacción de verme aquí, también exiliado, pobre, traicionado por mis camaradas, y tan solo como usted.

»—Eso no es una satisfacción para mí, monsieur.

»—Bueno, lo hecho ya no tiene remedio. La pregunta es: ¿se ha recuperado usted?

»—No del disgusto ni del miedo… de lo demás sí.

»—Buenos días, mademoiselle.

»—Buenos días.

»No volvieron a encontrarse hasta una noche, en el teatro (que la amiga de mi madre frecuentaba, con gran esfuerzo, para perfeccionar su acento inglés, pues albergaba la intención de convertirse en profesora de inglés más adelante, cuando regresara a su país). Lo vio sentado a su lado, y palideció al instante.

»—¿Todavía le doy miedo?

»—Pues sí. ¿Es que no lo entiende?

»Él asintió con la cabeza.

»—Me cuesta seguir la obra —dijo.

»—A mí también, ahora —contestó ella.

»Él la miró fijamente, y ella tomó conciencia de cómo la miraba. Y aunque no apartó la vista del escenario, sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba petrificada, y las lágrimas le corrían por las mejillas, a pesar de que la obra era una comedia, *Los rivales*, del señor Sheridan, donde S. Kemble interpretaba el papel del capitán Absoluto. Al verla tan angustiada, con la cabeza en otra parte, el caballero se levantó bruscamente y abandonó el teatro.

»Aunque él vivía en la ciudad vieja, y ella en la nueva, de vez en cuando se veían a lo lejos. En una de estas ocasiones, ella se encontraba en el lado norte del puerto, esperando el trasbordador para cruzar a la otra orilla. Él estaba en Cove Row, en el muelle de enfrente. En vez de subir a bordo, cuando llegó el barco, mademoiselle V. se alejó del muelle, pero se volvió a mirar por encima del hombro para comprobar si él seguía en el mismo sitio, y lo vio señalando el barco con el dedo.

»—¡Suba! —dijo en voz alta, para que pudiese oírlo.

»Ella no se movió.

»—¡Suba! —insistió, y como ella no reaccionaba, repitió la palabra por tercera vez.

»Mademoiselle V. tenía que coger el barco, y por fin se decidió a subir. Aunque no levantó los ojos, sabía que él la estaba mirando de hito en hito. Cuando llegó a la plataforma de embarque vio una mano tendida por debajo del ala de su sombrero. La escala era empinada y resbaladiza.

»—No, monsieur —dijo—. ¡A menos que crea usted en Dios y se arrepienta de

las maldades que ha cometido!

»—Lamento mucho que usted sufriera, pero yo solo creo en el dios de la razón, y no me arrepiento de nada. Fui un instrumento de los principios nacionales. Su familia no murió al servicio de mis propios fines.

»Ella se negó a aceptar su mano, y subió sin ayuda de nadie. Él siguió su camino, subió por la ladera de Look-out Hill y se perdió de vista en la cima. Mademoiselle V. iba en la misma dirección, con el cometido de recoger a las dos niñas que tenía a su cargo, que habían salido a tomar el aire en los acantilados. Al encontrarse con ellas, en la cima, distinguió la figura solitaria del extranjero en un extremo, quieto, frente al mar. Mientras estuvo allí con las pequeñas, él no se volvió en ningún momento, como si contemplara las fragatas fondeadas, aunque lo más probable es que estuviera meditando, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor. Cuando ya se marchaban, una de las niñas tiró al suelo un trozo de galleta, y él la recogió con cuidado poco después y se la guardó en el bolsillo.

»La institutriz volvió a casa preguntándose: “¿Estará pasando hambre?”.

»Desde ese día él no volvió a dar señales de vida en mucho tiempo, y ella pensó que se había ido de la ciudad. Pero, una tarde, mademoiselle V. recibió una nota, y la abrió temblando.

»Estoy enfermo —decía—, y, como sabe, solo. Hay un par de cosas que quiero hacer, en previsión de que pueda morir, y preferiría no pedírselas a la gente de aquí si me es posible evitarlo. ¿Tiene usted la caridad suficiente para venir a verme y cumplir con mis deseos antes de que sea demasiado tarde?

»El caso es que, desde el día en que lo vio apoderarse de la galleta, había empezado, sin darse cuenta, a sentir algo más que simple curiosidad, aunque algo menos que anhelo, por aquel compatriota, y un corazón nervioso y sensible como el suyo no podía resistirse a semejante petición. Supo que se alojaba (tras haberse mudado de la Posada de los Antiguos Aposentos para economizar) en una habitación, encima de un comercio, en una calle estrecha y empinada de la ciudad vieja por donde rara vez pasaba la gente elegante. No sin cierto recelo entró en la casa y subió a la habitación donde él estaba postrado.

»—Es usted muy buena, muy buena —murmuró al verla—. No hace falta que cierre la puerta. Nos sentiremos más seguros, y no entenderán lo que decimos.

»—¿Necesita algo, monsieur? ¿Puedo ofrecerle…?

»—No, no. Solo quiero pedirle un par de cosas sin importancia, que yo no tengo fuerzas para hacer por mí mismo. Nadie más que usted en la ciudad sabe quién soy… a menos que se lo haya dicho a alguien.

»—No lo he dicho… Pensé que quizá obrara usted movido por sus principios, esos días tan tristes, aun cuando…

»—Es muy amable al hacerme esa concesión. Pero vayamos al grano. Logré destruir los pocos documentos que conservaba antes de que la debilidad me lo impidiese… Sin embargo, en ese cajón, encontrará algunas prendas, no más de dos o

tres, marcadas con mis iniciales. Por ellas podrían reconocerme. ¿Querría usted descoserlas con un cortaplumas?

»Mademoiselle V. buscó las prendas, descosió las puntadas que formaban las iniciales y volvió a guardarlas en el cajón. Con la promesa de enviar, en el caso de que muriese, una carta que él depositó en su mano, concluyeron las peticiones del caballero.

»Él le dio las gracias.

»—Creo que siente lástima de mí —murmuró—. Y me sorprende. ¿Lo siente de veras?

»Ella eludió la pregunta.

»—¿Se arrepiente y cree? —preguntó a su vez.

»—No.

»En contra de lo que ambos esperaban, el enfermo se restableció, aunque muy despacio, y a raíz de esto mademoiselle V. se distanció cuanto pudo, pese a que él ejercía sobre ella una influencia más profunda de lo que se atrevía a reconocer. Pasaron las semanas, y llegó el mes de mayo. Un día se encontraron paseando por la playa.

»—¿Se ha enterado de la noticia? —preguntó él.

»—¿Se refiere a la nueva ruptura entre Francia e Inglaterra?

»—Sí, y el antagonismo es mayor que en la última guerra, porque Bonaparte ha ordenado la detención arbitraria de unos ingleses inocentes que estaban recorriendo el país en viaje de placer. Me temo que la guerra será larga y cruenta, y que mi deseo de vivir en Inglaterra de incógnito se verá frustrado. Mire esto.

»Sacó del bolsillo un recorte del único periódico que circulaba por el país en esos momentos. Y ella leyó:

»Los magistrados responsables de la aplicación de la Ley de Extranjería han recibido orden de ejercer una estrecha vigilancia sobre las academias en las que trabajan profesores franceses, así como de localizar a todas las personas de esta nacionalidad afincadas en nuestro país que se hacen pasar por tutores. Es bien sabido que muchos de ellos son enemigos inveterados y traidores a la nación que les ha procurado un medio de vida y un hogar.

»—Desde que se declaró la guerra —continuó él—, he notado un cambio muy acusado en el trato de la gente más tosca. Si llegara a producirse una batalla importante —(y no hay duda de que no tardará en librarse), la hostilidad podría alcanzar un punto insostenible para mí, porque mi identidad es falsa y no tengo una ocupación conocida. Para usted, que cuenta con referencias y un empleo, la situación quizá no sea tan difícil, aunque será incómoda de todos modos. Le propongo lo siguiente. Es probable que se haya dado cuenta de que la profunda simpatía que usted me inspira se ha convertido en un sentimiento más afectuoso, y lo que le digo es esto: ¿accedería a permitirme que la proteja, honrándome con su mano? Soy mayor que usted, eso es verdad, pero como marido y mujer podríamos salir de Inglaterra juntos y convertir el mundo entero en nuestro país. Yo le propondría Quebec, en Canadá, pues

tengo entendido que es el sitio que ofrece la mejor promesa para fundar un hogar.

»—¡Dios mío! ¡Me deja usted perpleja!

»—Pero ¿acepta mi proposición?

»—¡No, no!

»—¡Pues yo creo, mademoiselle, que terminará por aceptarla!

»—Yo creo que no.

»—No la molestaré más.

»—Muchas gracias… Me alegra ver que se encuentra mejor, monsieur. Quiero decir que tiene mejor aspecto.

»—Sí. Estoy mejorando. Salgo a tomar el sol todos los días.

»Y casi a diario mademoiselle V. empezó a verlo. A veces se limitaba a saludarlo con un envarado asentimiento de cabeza, y otras veces se paraba a intercambiar algún formalismo.

»—Veo que aún no se ha marchado —dijo en una de estas ocasiones.

»—No. De momento no puedo pensar en irme sin usted —respondió él.

»—¿Se siente incómodo aquí?

»—Un poco. ¿Cuándo se apiadará de mí?

»Ella negó con la cabeza y siguió su camino, aunque ligeramente conmovida. “Lo hizo por sus principios —se decía—. ¡No tenía ninguna animadversión, y no se benefició en nada!”

»Se preguntaba qué clase de vida llevaba. Era evidente que no podía ser tan pobre como se figuraba ella; su pretendida pobreza tal vez fuera un ardid para no llamar la atención. No estaba segura; lo que sí sabía es que sentía un peligroso interés por él.

»El caballero siguió recuperándose poco a poco, hasta que su semblante, delgado y pálido, se volvió más carnoso y firme. Y un buen día mademoiselle V. tuvo que responder a su proposición, formulada esta vez con mayor insistencia.

»La llegada del rey y de la corte, como de costumbre, supuso un clímax en las vidas de estos dos exiliados solitarios y de los habitantes de la ciudad. La inoportuna preferencia del monarca por esa zona de la costa tan peligrosamente próxima a Francia exigía una estricta vigilancia militar para preservar la seguridad de la realeza. Media docena de fragatas custodiaban todas las noches la bahía, y dos filas de centinelas, una en la orilla del mar y otra detrás del paseo marítimo, ocupaban a diario el frente costero a partir de las ocho de la tarde. La ciudad balneario empezaba a convertirse en un lugar muy incómodo, incluso para mademoiselle V., pues su amistad con aquel tutor de francés y de caligrafía al que nunca se le conocieron discípulos no había pasado inadvertida para muchas personas que conocían someramente a la institutriz. La mujer del general, de la que ella dependía en todo, no dejaba de desaconsejarle esta relación, mientras que los hanoverianos y otros soldados de la Legión Extranjera, tras descubrir la nacionalidad del francés, se mostraban más agresivos que los galantes oficiales ingleses que se habían fijado en la joven.

»En este estado de tensión sus respuestas se teñían de inquietud.

»—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo voy a casarme con usted?

»—Lo hará; sin duda que lo hará —respondía él—. No me iré sin usted. Y los jueces no tardarán en interrogarme si sigo aquí; es probable que me encarcelen. ¿Vendrá conmigo?

»Mademoiselle V. era consciente de que sus defensas se iban debilitando. En contra de toda lógica y de todo sentido del honor familiar, experimentaba un anhelo antinatural que despertaba en su alma una ternura fundada en su contrario. A veces la llama de sus sentimientos se debilitaba, y era entonces cuando la enormidad de su conducta se le revelaba con matices más vivos.

»Un día él se presentó con aire resignado.

»—Ha ocurrido lo que esperaba —dijo—. Me han sugerido que me vaya. En realidad no soy bonapartista, no soy un enemigo de Inglaterra, pero la presencia del rey hace imposible para un extranjero sin ocupación aparente y que podría ser un espía continuar en la ciudad. Las autoridades han sido correctas, pero firmes. Su posición es razonable. Bien. Tengo que irme. Y usted también.

»Ella no acertó a decir nada, pero asintió con la cabeza y bajó los ojos.

»Camino de casa, en el paseo marítimo, penso: “¡Estoy contenta! ¡Estoy contenta! No tenía elección. ¡Es devolver bien por mal!”. Pero sabía que se engañaba, y que los principios morales en nada habían intervenido en su aceptación. Lo cierto es que hasta ese instante no había reparado en la abrumadora presencia de la emoción que inconscientemente le inspiraba aquel hombre solitario y severo que, para una mujer de su tradición, era la encarnación de la venganza y del ateísmo. Parecía que él absorbiera por completo todo su ser, y, al absorberlo, lo dominaba.

»Un par de días antes de la fecha señalada para la boda, mademoiselle V. recibió una carta de la única conocida de su mismo sexo y país que tenía en Inglaterra, a quien había confiado sus planes de casarse pronto, sin decirle con quién. La muchacha en cuestión estaba pasando penurias similares, y esta circunstancia, entre otras, había propiciado cierta intimidad. Tenía una hermana, monja de la abadía de Montmartre, que había muerto en el patíbulo a manos del mismo Comité de Salud Pública al que en su día perteneció el prometido de mademoiselle V. La remitente decía que estaba sufriendo mucho últimamente, desde el resurgimiento de la guerra, y concluía su carta con una agria condena de los autores de su mutua privación y sus apuros posteriores.

»Que la carta llegase justo en ese momento produjo en mademoiselle V. el efecto de un jarro de agua en un sonámbulo. ¡Cómo había podido prometerse con aquel hombre! ¿No la convertía su decisión en una parricida? Se hallaba en plena crisis cuando él pasó a verla. La encontró temblando, y ella, en respuesta a su pregunta, le manifestó sus escrúpulos con impulsivo candor.

»No tenía intención de decir nada, pero él insistió con tanta ternura que se vio forzada a sincerarse. El prometido reaccionó con una inquietud que hasta ese día

nunca había mostrado.

»—Eso es agua pasada —dijo—. Usted es el símbolo de la caridad, y tenemos la obligación de olvidar el pasado.

»Estas palabras la apaciguaron momentáneamente, pero seguía triste y callada, y él se marchó pronto.

»Esa noche (tal fue su convicción hasta el final de sus días), mademosiselle V. tuvo una revelación divina. Un cortejo integrado por sus difuntos parientes —padre, hermano, tío y primo— desfiló por su dormitorio, entre la cama y la ventana, y, al tratar de distinguir sus rasgos, comprendió que no tenían cabeza y que únicamente los reconocía por su indumentaria. A la mañana siguiente era incapaz de sobreponerse a la impresión que la escena había causado en sus nervios. Ese día no vio a su pretendiente, que estaba atareado con los preparativos del viaje. Se acercaba la noche, la víspera de la boda, y aunque él fue a verla con la intención de tranquilizarla, el sentido del deber familiar se fortaleció en mademoiselle cuando él se retiró. No obstante, sabiéndose desprotegida y sola, se preguntó cómo anunciarle en el último momento a su futuro marido que no podía casarse con él, y que no lo haría, a la vez que reconocía que lo amaba. Estaba muy abatida por la situación. Había renunciado a su empleo y se había alojado provisionalmente en una habitación cercana a las oficinas de la diligencia, por donde él pasaría a recogerla al día siguiente para sellar su unión y emprender el viaje.

»Con sabiduría o con insensatez, mademoiselle V. tomó una decisión: solo en la huida encontraría seguridad. La cercanía de aquel hombre tenía el invariable efecto de despertar su sensibilidad y entorpecer su razonamiento, así que empaquetó sus escasas pertenencias, dejó en la mesa la pequeña cantidad de dinero que adeudaba por la habitación, salió discretamente, se aseguró una plaza en la diligencia para Londres, y antes de que pudiera sopesar lo que estaba haciendo había salido de la ciudad en el atardecer de un día de septiembre.

»Tras haber dado un paso tan sorprendente meditó sobre sus razones. Él había pertenecido a aquel trágico Comité cuyo nombre causaba horror en el mundo civilizado, pero no había sido más que uno de sus muchos miembros y, al parecer, no precisamente el más activo. Había señalado a sus víctimas por una cuestión de principios, sin que lo animase ninguna enemistad personal, y no había ganado un solo céntimo en el desempeño de esta labor. Nada podía cambiar el pasado. Además, él la quería, y ella sentía lo mismo por él cuando lograba desligarse de ese pasado. ¿Por qué no enterrar los recuerdos, tal como él proponía, y emprender una nueva vida gracias a aquella unión? Dicho de otro modo, ¿por qué no sucumbir a su ternura, puesto que negarla no le traería nada bueno?

»Así, en comunión consigo misma, pasó por Casterbridge y Shotsford y llegó al White Hart, en Melchester. Fue allí donde el edificio de sus propósitos se vino abajo. Más le habría valido ceñirse a lo acordado, puesto que había dado su conformidad, dejar que las cosas siguieran su curso y casarse audazmente con el hombre que tanto

le había impresionado. ¡Qué grande era él, y qué pequeña era ella! ¡Y había tenido la osadía de juzgarlo! Apeándose de la diligencia con la misma precipitación con que se había subido, esperó hasta que el coche se hubo alejado, y algo en las siluetas de los pasajeros acomodados en el exterior, recortadas contra el cielo estrellado, le produjo un estremecimiento, según recordó más adelante. En ese momento llegaba a la ciudad otro coche de postas, El Heraldo de la Mañana, y se apresuró a comprar un billete.

»“Seré firme, seré suya, ¡aunque me cueste mi alma inmortal!”, se dijo. Y, muy alterada, emprendió el regreso por el mismo camino que acababa de recorrer.

»Llegó al balneario real cuando despuntaba el día, con intención de volver al cuarto donde había pasado los últimos días. Cuando la patrona abrió la puerta, en respuesta a la insistente llamada de mademoiselle V., ésta justificó lo mejor que pudo su repentina partida y su regreso y, como la mujer no puso objeciones para que pudiera quedarse un día más, subió a la habitación y se sentó, jadeante. Había vuelto, y sus descabellados pensamientos serían siempre un secreto para el hombre a quien en exclusiva concernían.

»En la repisa de la chimenea había una carta sellada.

»—Es para usted, mademoiselle —dijo la patrona, que la había seguido—. No sabíamos qué hacer con ella. La trajo un recadero ayer por la noche, después de que se marchara.

»Cuando se quedó a solas, mademoiselle V. abrió la carta y leyó:

»Mi querida y honorable amiga:

»Ha afrontado usted nuestra relación con una inocencia absoluta en lo tocante a sus recelos, mientras que yo me he guardado de revelar los míos. Ésa es la diferencia entre nosotros. Tal vez no adivinara que todos y cada uno de los reparos que en usted suscitaba nuestro matrimonio tenían un reflejo exacto en mi corazón. Y ha sucedido así que, al manifestarme ayer su involuntario arrepentimiento, aun cuando yo le restara importancia mecánicamente en su presencia, se desbordaron mis propias dudas sobre la conveniencia de nuestra unión con una fuerza que no me era posible resistir por más tiempo. Volví a casa y, después de meditarlo atentamente, por más que la adore y la respete, he decidido liberarla.

»Tras haber entregado, y hasta sacrificado, mi vida a la causa de la libertad, no puedo permitir que su criterio (probablemente definitivo) se vea coartado por un sentimiento que podría ser solo pasajero.

»Sería insufrible para ambos que yo le anunciase esta decisión en persona. He optado así por el medio menos doloroso del escrito. Antes de que reciba esta carta me habré marchado de la ciudad en la diligencia nocturna, camino de Londres, donde me propongo no revelar a nadie mis planes futuros.

»Hágase a la idea, mademoiselle, de que he muerto, y acepte una vez más mi más sincero respeto, recuerdo y afecto.

»Cuando logró sobreponerse a la honda sorpresa y a la pena, recordó que, al alejarse la diligencia de Melchester, antes del amanecer, una figura entre los pasajeros que viajaban en el exterior, perfilada contra el cielo estrellado, le había causado un sobresalto momentáneo, por el parecido con la silueta de su amigo. Ignorantes de sus mutuas intenciones, y al abrigo de la oscuridad, los dos habían salido de la ciudad en la misma diligencia. “¡Él, por ser grande, perseveró en su propósito; yo, por ser

pequeña, regresé!”, pensó mademoiselle V.

»Recuperada del estupor, se acordó de la señora Newbold, en quien los recientes sucesos habían causado cierto distanciamiento. Llamó a su puerta con el corazón en la mano, y se lo explicó todo. La mujer del general se reservó para sí la opinión que le merecía el incidente y rehabilitó a la novia abandonada como institutriz de la familia.

»Institutriz siguió siendo hasta el fin de sus días. Cuando se firmó la paz definitiva con Francia, mademoiselle V. trabó amistad con mi madre, y poco a poco le confió sus experiencias. Y mientras su pelo se iba tiñendo de blanco y sus facciones se estropeaban, nunca dejó de preguntarse en qué rincón del mundo se encontraría su amado, si es que aún vivía, y si por ventura volvería a verlo. Y cuando en los años veinte le sorprendió la muerte, sin ser todavía anciana, esa silueta recortada contra las estrellas del amanecer seguía grabada en su memoria como la última imagen del enemigo de su familia y de su futuro marido.

1895

Sir John Horseleigh, caballero real

En el volumen más antiguo y polvoriento del registro matrimonial de Havenpool (explicó el caballero de rostro delgado), este apunte sigue aguardando a quien tenga la curiosidad suficiente para descifrar la grafía de la época. Solicité una copia en mi última visita, y dice así (había abierto su libreta y leía el extracto en voz alta, tras lo cual nos pasó el cuaderno, en el que vimos la siguiente transcripción):

John Horseleigh, caballero real, de la parroquia de Clyfton, contrajo matrimonio el 13 de diciembre con Edith, viuda del difunto John Stocker, mercader de Havenpool, tras serle otorgado este privilegio por el jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, su majestad el rey Enrique viii, en 1539.

Si consultan ustedes el largo y complicado linaje de los Horseleigh de Clyfton Horseleigh, no hallarán mención alguna a esta alianza, a pesar de la dispensa concedida por el soberano y cabeza de la Iglesia. El citado sir John figura en el registro como casado, en una fecha aparentemente anterior a la que se consigna en el escrito, con la hija y heredera de Richard Phelipson, de Motislope, en el Bajo Wessex, una dama que sobrevivió a su marido, y de este matrimonio nacieron dos hijas y un varón que sucedió al padre en la administración de sus fincas. ¿Cómo explicar estas dos bodas en apariencia contemporáneas? Solo una curiosa tradición local puede acudir en nuestra ayuda, y se resume en pocas palabras.

Una noche de otoño del año de 1540 o 1541, un joven marinero, cuyo nombre de pila era Roger, pero cuyo apellido se desconoce, desembarcó en su localidad natal de Havenpool, en la costa de Wessex del Sur, después de tomar parte en una expedición comercial a la flamante Terranova. Regresó a bordo del Primrose, «con un cargamento de aceite de ballena procedente de la Nueva Tierra Encontrada», según figura textualmente en los archivos municipales de la época. En el lapso de dos veranos y un invierno de ausencia, cuando el nuevo territorio pasó a denominarse Terranova, fueron muchos los cambios imprevistos que acontecieron en la apacible localidad marítima, algunos de los cuales afectaron al marinero Roger. En el momento de su partida, su única hermana, Edith, acababa de casarse con un tal Stocker, un ciudadano respetable y copropietario del bergantín en el que Roger había embarcado, y a casa de la pareja encaminó sus pasos el joven marino, por tratarse de sus únicos parientes. Al intentar abrir la puerta de la casa la encontró cerrada y vio que las ventanas estaban tapiadas con tablones. Tras abordar a un transeúnte, supo que su cuñado había muerto y que el fallecimiento había acaecido unos dieciocho meses antes.

—¿Y mi hermana? —preguntó Roger.

—Ha vuelto a casarse, según se dice, y casada lleva ya doce meses. No puedo dar fe de que sea cierto, aunque si no lo es más le valdría casarse cuanto antes.

La expresión de Roger se ensombreció. Era un hombre muy reservado, pero de intensas pasiones, y preguntó a su informador por qué hablaba de esa manera.

El lugareño le explicó que poco después de que la mujer enviudase, llegó al puerto un extranjero. Vio a la joven muy alicaída, paseando por el muelle, se sintió atraído por su juventud y su soledad, empezó a cortejarla y en menos que canta un gallo consiguió que ella sucumbiera a sus encantos, se la llevó y, según algunos, se casó con ella. Aunque el desconocido había llegado por mar, se creía que no vivía lejos de allí. La última vez que se supo de ellos se encontraban en Oozewood, en el Alto Wessex, en casa de un tal Wall, comerciante de maderas, donde, de acuerdo con el informador, ella seguía alojada, aunque su marido, si de verdad lo era legalmente, solo la visitaba de vez en cuando.

—¿Y a ese desconocido? —preguntó Roger—. ¿Llegó usted a verlo? ¿Qué clase de hombre era?

—A mí no me gustaba. Parecía de esos que tienen algo que ocultar, y cuando salía a pasear con ella siempre iba volviendo la cabeza por encima del hombro, como si temiera que lo siguiesen. Claro que podría ser solo por nerviosismo. Pero a mí no me daba buena espina.

—¿Era mayor que mi hermana?

—Sí, mucho mayor. Entre doce y veinte años mayor. Un hombre de cierta posición, tal vez, con ganas de entregarse a los placeres del juego del amor. Quién sabe si no estaría ya casado. Últimamente se ha visto por aquí a muchos de esos.

El día siguiente, después de visitar la tumba de sus antepasados, el marinero tomó ese antiguo camino, en su día senda, hoy carretera, que llevaba al pintoresco pueblecito del interior señalado por el vecino de Havenpool. No es necesario describir cómo es Oozewood, en el Avon Sur. El municipio cuenta con un ferrocarril, si bien los treinta años de tráfico ferroviario apenas han alterado sus rasgos de origen. Rodeado por una especie de laguna de agua dulce que lo separa de los prados y el bosque, sus antiguas viviendas de madera con techumbre de paja no han dado paso, siquiera en la calle principal, a las ubicuas construcciones modernas de ladrillo y pizarra. La población no aumenta ni disminuye de tamaño; es difícil saber qué ocupación encuentran sus habitantes, pues, aunque todavía quedan algunos aserraderos, hoy no hay trabajo suficiente para todos los vecinos, tras haber esquilmado los bosques circundantes. En los tiempos en que se sitúa esta leyenda, los bosques eran densos, abundaban en la localidad los artesanos y el comercio maderero se encontraba en pleno crecimiento. Todas las casas del pueblo, sin excepción, tenían una estructura de madera revestida de yeso y un tejado de paja, y su único elemento de ladrillo era la chimenea. Preguntando aquí y allá, Roger no tardó en llegar a la puerta de Wall, el citado maderero, pero pasó algún tiempo hasta que pudo entrar en las habitaciones de su hermana, porque en la casa tenían órdenes de no admitir a desconocidos.

Edith estaba en una habitación del piso de arriba, sentada en una silla de pastor de respaldo torneado y asiento de sauce, como las que aún se fabrican en el lugar y muy probablemente se fabricaban en los tiempos de la Heptarquía[1]. En su regazo tenía un

recién nacido, al que estaba amamantando, y en ese momento el pequeñín se había quedado dormido. Así llevaba la joven madre unos minutos, bajo el letárgico influjo de la soledad. Al oír pisadas en las escaleras, se espabiló, se le escapó un grito de alegría y corrió a abrir la puerta, donde se encontró con su hermano.

—¡Qué felicidad! ¡No te esperaba! —dijo—. ¡Ay, Roger, pensaba que era John! —añadió, en tono decepcionado.

El marinero besó a su hermana, la miró con severidad unos momentos y señaló al recién nacido.

—¿Te refieres al padre del niño? —preguntó.

—Sí, mi marido —dijo Edith.

—Eso espero.

—¡Roger, estoy casada! ¡De verdad que lo estoy! —protestó ella.

—¡Más vale que sea verdad! Si no lo es, peor para ti. El señor Stocker era un hombre honrado, y deberías haber guardado su memoria por más tiempo. ¿Dónde está tu marido?

—Viene a menudo. Ahora creí que era él. Tenemos que guardar en secreto nuestro matrimonio temporalmente. Se celebró en privado, por diversas razones. Pero nos casamos en la iglesia como la gente honrada, ante Dios, Roger, seis meses después de que muriese el pobre Stocker.

—Demasiado pronto —insistió el hermano.

—Estaba sola. No tenía adónde ir. Tú estabas lejos, en la Nueva Tierra Encontrada, y Jack me trajo aquí.

—¿Con cuánta frecuencia viene?

—Una o dos veces a la semana.

—¡Tendrías que haber esperado a mi regreso, querida Edy! Puede que sea verdad que te has casado, y así lo espero. Pero entonces, ¿a qué viene tanto misterio? ¿Qué haces en esta habitación de mala muerte, en un pueblo perdido en mitad del bosque? ¿De qué posición es tu marido y de dónde viene?

—Es de buena cuna… se llama Jack. No puedo decirte su apellido. Dice que es de Londres, por seguridad, aunque en realidad vive en el condado vecino.

—¿Dónde?

—No lo sé. Ha preferido no decírmelo, para que no puedan forzarme a revelar el secreto. Eso nos perjudicaría, si llegase a oídos de su familia y amigos que nos hemos casado.

Roger enrojeció de vergüenza.

—Nuestra familia ha sido gente honrada y respetada desde siempre. ¿Cómo has podido dejarte humillar así por un hombre del que no sabes nada?

Continuaron en forzada conversación hasta que el fino oído de Edith detectó el ruido que estaba esperando: los cascos de un caballo.

—¡Es Jack! —exclamó—. ¡Ésta es su noche… el sábado!

—No temas que pueda encontrarme aquí —dijo Roger—. Me marcho. No quiero

estar de más. No le digas nada de mi visita, si eso te incomoda. Volveré a verte antes de embarcar.

Con estas palabras abandonó la habitación, bajó las escaleras y salió por la puerta, con la esperanza de cruzarse con el jinete, pero éste había rodeado la casa entretanto, y, asomándose por una esquina, Roger lo vio desembridar el caballo y atarlo con sus propias manos en un cobertizo.

El marinero se retiró a una posada próxima, conocida como El Cordero Negro, y meditó sobre lo ocurrido. La misteriosa llegada del marido lo llevó a tomar la determinación de no marcharse de allí sin haber averiguado detalles más concretos de la posición de su hermana: si había sido víctima de un engaño por parte del desconocido o si de verdad era su mujer, tal como ella aseguraba. Después de cenar, a eso de las once, salió a dar un paseo. Pasó primero por el cobertizo y, viendo que el caballo seguía en el mismo sitio, decidió esperar en la puerta, sin demasiada convicción. Media hora más tarde, cuando se le ocurrió descansar un rato en el pajar contiguo, le pareció advertir un movimiento al otro lado de los postigos, en la sala de estar de su hermana. Se escondió detrás de unos haces de leña, cerca de la puerta trasera, y atinó al pensar que el visitante saldría por donde había entrado. La puerta se abrió, y la vela que Edith llevaba en la mano iluminó por un momento al desconocido, que resultó ser un hombre alto y apuesto, de unos cuarenta años, con aspecto de ocupar una posición superior en la vida. Ella le ayudó a ponerse la capa, tras de lo cual él se despidió con un beso y abandonó la casa. Edith se quedó en la puerta, con la vela en la mano, mientras el caballero embridaba y ensillaba al caballo, hasta que montó, le dijo adiós con la mano y salió del patio.

El animal estaba, o parecía estar, levemente cojo, por lo que Roger dedujo que el jinete no llegaría muy lejos. Como era de pies ligeros salió tras él a buen paso, sin grandes dificultades para seguirle el rastro con el oído en una noche tan tranquila, y oyó detenerse al caballero en más de una ocasión. La persecución puso de manifiesto que el jinete prefería los senderos y los campos comunales a los caminos. La distancia no tardó en revelarse más fatigosa de lo previsto por Roger, que estaba casi sin resuello y ya empezaba a perder la esperanza de averiguar la identidad del desconocido cuando vio un asno a la luz de las estrellas, junto a un almiar del que iba comiendo bocados de paja.

Se cuenta que Roger cogió el burro, se subió a él y reanudó el acoso del incauto jinete, hazaña esta sin duda posible para un joven marino, aunque difícilmente se comprende cómo logró montar a un animal al que no conocía sin brida ni silla, a menos que se tratara de una criatura extraordinariamente dócil. Esta pregunta, sin embargo, es irrelevante. Baste decir que al amanecer del día siguiente, Roger vio al amante o marido de su hermana cruzando las verjas de una finca grande y arbolada en el linde suroeste de White Hart Forest (como se entonces llamaba), hoy conocido por todo el mundo como el valle de Blackmoor. Una vez allí, el marinero prescindió de su montura y, tras dar con una entrada más discreta algo más adelante, se dispuso a

reconocer el terreno.

Vislumbró entre los árboles una mansión que, aun siendo nueva para él, era de las más conocidas en el condado en aquella época. De esta elegante residencia señorial apenas queda rastro a día de hoy, si bien un manuscrito fechado algunos años después de los acontecimientos que aquí estamos relatando la describe de tal suerte que la imaginación puede construir un cuadro singularmente nítido de cómo era. El texto la presenta como «un magnífico edificio de piedra amarilla, con dos plantas en una ala y tres en otra; un espléndido recibimiento y salón, ambos revestidos de roble; un fabuloso comedor, una sala de retiro y un buen número de amplias alcobas; una cocina anexa a la vivienda principal en la fachada posterior, unida por un pasillo con el recibimiento, el salón, el comedor y los sótanos.

»Una explanada de césped adorna la fachada principal, y frente a ésta, al sur, se encuentra la curiosa vivienda del guardia; otro amplio patio exterior alberga tres cuadras, una cochera, un granero y un establo para los bueyes y demás animales, con todos los anexos necesarios.

»A un lado de la casa del guarda, rodeada por una cerca de madera, se alza una hermosa capilla en el centro de un cuadrado de césped; y al sureste de la finca, en dirección al río, se extiende un amplio jardín.

»En el lado suroeste hay una pista de bolos, de hierba, y alrededor varios paseos elevados, cerrados todos ellos por una tapia de tablas y rebosantes de todo tipo de frutas; y al otro lado, camino de los campos, amplias avenidas bajo los altos olmos plantados en hileras».

Sigue entonces una descripción de los huertos y jardines; las dependencias del servicio, la cervecería, la panadería, la lechería, los palomares y el molino; el río y su abundancia de peces; el gallinero, el bosquecillo y las sendas. Y concluye así: «Y al norte de la casa todo es campiña abierta, arenales resecos y propicios para todo tipo de esparcimiento, como la caza y la cetrería, además del cultivo… La residencia goza de espléndidas vistas al este, al sur y al oeste, sobre un valle grande y hermoso […] se encuentra muy próxima a las prósperas ciudades de mercado de Sherton Abbas, a cuatro kilómetros y medio, y de Ivell, a un kilómetro y medio, donde se ofrecen provisiones de todas clases, y a dieciocho kilómetros del mar, en dirección sur».

Fue en el jardín, ante esta seductora y pintoresca construcción, agazapado bajo los olmos en el crepúsculo del amanecer del domingo, donde el marinero, con gran sorpresa, vio desaparecer al jinete con su caballo en el patio del edificio.

Atónito y cansado, se alejó despacio, más convencido que nunca de que en la situación de su hermana había algo muy extraño. Atravesó la pista de bolos hasta la avenida flanqueada de olmos, y estaba a punto de subirse a un árbol, con intención de seguir investigando, cuando vio a sus pies un montón de heno destinado a los caballos y los ciervos. Se acercó al montón y, tras comerse un pedazo de pan que se había echado al bolsillo en la posada, se acomodó y se quedó dormido entre la paja, que le ofrecía un lecho confortable y lo ocultaba casi por completo.

Durmió a pierna suelta, hasta que lo despertó el tañido de una campana. Asomándose entre la paja comprobó que era pleno día y que el sol brillaba con fuerza. La campana sonaba en la capilla situada junto a la casa del guarda, y llamaba a maitines. En ese momento, el sacerdote cruzaba el césped para entrar por una pequeña puerta lateral, y de la mansión salía la familia: el hombre alto a quien Roger había visto con su hermana la noche anterior, con una majestuosa dama del brazo, seguidos, a la carrera, por dos niñas y un niño. Entraron todos en la capilla, y, al callar la campana y quedar despejado el entorno, Roger salió de su escondite sigilosamente.

Se acercó a la capilla sin hacer ruido y oyó con claridad las palabras con que comenzaba el servicio. Seguía en la puerta cuando vio que un sirviente rezagado venía del patio de la cocina para asistir a la misa. Lo abordó sin reparos y, como si fuera un paseante ocioso, le preguntó el nombre de la familia que acababa de salir de la mansión.

—¡Qué cosas pregunta! Se ve que es usted forastero, buen hombre. Eran sir John y su mujer, y sus hijos Elizabeth, Mary y John.

—No soy de por aquí. Sir John, ¿cuál es su apellido?

—Sir John Horseleigh, caballero real, heredero de casi tantas tierras por parte de madre como por parte de padre, y algunas también por parte de su mujer. En su escudo de armas aparecen las cabezas de tres caballos de oro, y su esposa es la hija de sir Richard Phelipson, de Montislope, en el Bajo Wessex. ¡Todo el mundo los conoce!

—Puede que sí o puede que no. Pero no quiero que deje usted de rezar sus oraciones por el bienestar de tan noble caballero, y a mí me quedan muchos kilómetros por delante hasta la costa.

Con esto se despidió del criado y siguió su camino sin dejar de decirse: «¡Qué engañada está la pobre Edy! ¡Si será tonta! ¡Eso le pasa por ser tan cariñosa! ¡Lo sabía! Demasiadas prisas… Siempre ha sido muy enamoradiza. ¡Qué va a ser de ella! ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo voy a contárselo? ¿Y cómo voy a ocultárselo? ¡Mira que haber traído esta deshonra al buen nombre de mi padre! ¡Bellaco embustero!». Y, sin poder contenerse, volvió la cabeza y amenazó con el puño a la capilla y a todos los que allí se encontraban, antes de reanudar la marcha.

Quizá por lo desconcertado que estaba, en vez de regresar por el camino más directo a la triste vivienda de su hermana en el condado vecino, siguió la carretera hasta Casterbridge, a unos veintidós kilómetros más adelante, se pasó la tarde bebiendo, hasta bien entrada la noche, y se quedó dos o tres noches más, para seguir a continuación por la carretera de Anglebury y pernoctar en un pueblo de esa ruta antes de llegar a su ciudad natal de Havenpool a última hora del viernes. Parece ser que el reencuentro con el entorno familiar incitó al marinero a no cejar en su empeño, y al día siguiente lo vieron andando por el camino de Oozewood, el mismo que había tomado el sábado anterior, calculando, a buen seguro, que la noche del sábado era el momento idóneo para sorprender a sir John con su hermana, lo mismo que la otra

vez.

Llegó, adrede, justo antes de que se pusiera el sol. Edith estaba paseando por el prado, al pie del jardín, con una niñera que llevaba al recién nacido, y al ver a Roger lo miró con aire pensativo. Las preocupaciones ya habían dejado huella en sus mejillas, antes sonrosadas, lo mismo que en sus ojos vivarachos. Sin embargo, la inquietud que sentía por sí misma y por su hijo quedó eclipsada al reparar en el aspecto abatido y demacrado de su hermano.

—¿Qué te pasa, Roger? ¿Estás enfermo? ¡Pareces muy cansado! ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Por qué no me has hecho un poco de compañía, sabiendo que mi marido pasa tanto tiempo fuera? Casi no hemos podido hablar de nuestro querido padre y de tu viaje a la Tierra Nueva. ¿Por qué te fuiste tan de repente? En mi casa hay una habitación libre.

—Entremos —dijo él—. Hablaremos ahora… largo y tendido. Y en cuanto a él —añadió, señalando al pequeño—, más vale que lo tires al río. ¡Sería lo mejor, para él y para ti!

Edith contestó con una risa forzada, como si tratara de comprender la broma, y en silencio entraron en casa.

—¡Un agujero miserable! —dijo Roger, echando un vistazo a la habitación.

—¡No es verdad, es muy bonito!

—No lo es, después de lo que he visto. ¿Se casó contigo en la iglesia, como es debido?

—Pues claro que sí. En nuestra iglesia de Havenpool.

—Pero ¿en secreto?

—Sí… por sus conocidos… Era de noche.

—¡Qué ingenua eres, Edy! ¡No es tu marido! No eres su mujer, y el niño es un bastardo. Tiene mujer e hijos de su misma posición, que llevan su apellido. Es sir John Horseleigh, de Clyfton Horseleigh, no se llama Jack como tú pensabas, y no es tu legítimo marido. El sacramento del matrimonio no ofrece garantías en estos días. Desde que el rey pasó a ocupar la cabeza de la Iglesia hay hombres que cometen estas fechorías alegremente.

Edith se había puesto blanca.

—¡Eso no es verdad, Roger! ¡Estás bebido, hermano mío, y no sabes lo que dices! ¡Esos años de marinería te han maleado!

—Edith, los he visto. A su mujer y a sus hijos. A todos. ¿Por qué no puedes…?

Estaban sentados, a oscuras, cuando oyeron pasos en el exterior.

—Sal por aquí —dijo ella—. Es mi marido. No quiero que te vea en este estado. Vete y vuelve mañana, Roger, ya que te preocupas por mí.

Lo empujó por una puerta que daba a una escalera trasera, y apenas había cerrado cuando el visitante ya entraba por la otra. Roger, sin embargo, se quedó junto a la puerta y miró por la cerradura. Si el recién llegado resultaba ser sir John, estaba resuelto a enfrentarse con él.

Era el caballero. Edith había encendido una vela al llegar su amante, que besó al niño y cogió a la madre de los hombros para mirarla atentamente.

—¡A ti te pasa algo, querida! —dijo—. ¿Qué es? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ay, Jack! —exclamó—. Ha llegado a mis oídos un rumor atroz… ¿qué significa? Quien me lo contó es mi mejor amigo. ¡Seguramente está engañado! Pero ¿quién ha podido engañarlo, y por qué? Me ha contado que tenías mujer cuando te casaste conmigo, y que la sigues teniendo.

—¿Mujer?

—Sí, y también hijos. ¡Di que no es cierto, di que no es cierto!

—¡Por Dios! No tengo más mujer legítima que tú. Y en cuanto a los hijos, muchos o pocos, ¡todos menos éste son bastardos!

—¿Y eres sir John Horseleigh, de Clyfton?

—Podría ser. Nunca he dicho que no lo fuese.

—Pero ¡sir John está casado y tiene descendencia!

El caballero bajó los ojos.

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—Ha sido un familiar.

—¡Un traidor! ¿Por qué quiere arruinarnos la vida? ¡Ah! Dijiste que tenías un hermano en el mar, ¿dónde está?

—¡Aquí! —respondió una voz a espaldas de sir John. Y, abriendo la puerta de sopetón, Roger se plantó frente al intruso—. ¡Embustero! ¡Cómo te atreves a decir que eres su marido!

Sir John, enfurecido, se abalanzó sobre el marinero, quien a su vez lo agarró del cuello, pero en el forcejeo cayeron los dos al suelo y Roger quedó debajo. Sin embargo, en pocos segundos logró liberar el brazo derecho, sacó una navaja que llevaba colgada del cuello, con un cordón, la abrió con los dientes y la clavó en el pecho de sir John, que seguía encima de él. Entretanto, Edith se había llevado al pequeño a la habitación contigua, para ponerlo a salvo, y al regresar vio que su amante soltaba el cuello de Roger y rodaba con un gemido hasta quedar de espaldas.

El único testigo, aparte de ellos tres, era la niñera, que había entrado con el niño al llegar el padre. Llegado el momento, esta mujer declararía que nadie sospechaba que sir John hubiese recibido una puñalada mortal; pero así fue, aunque tardó mucho en morir, con lo que quiere decirse una o dos horas. Edith se apresuró a contener la hemorragia, al tiempo que maldecía a su hermano y le ordenaba que se marchara, a lo que él obedeció, tras un lúgubre intervalo, abriendo la ventana para saltar desde el alféizar.

Fue entonces cuando sir John, con mucha dificultad para articular palabra, pues estaba agonizando, confesó en presencia de Edith y de la niñera, y más tarde también del boticario, y declaró, según se afirma, que lady Horseleigh, la dama que pasaba por ser su esposa en Clyfton y que le había dado tres hijos, era en realidad, aunque sin saberlo, la mujer de otro hombre. Sir John se había casado con ella hacía unos años, a

la vista de todo el condado, siendo ella la viuda de un tal Decimus Strong, quien desapareció poco después de contraer matrimonio, tras dirigirse al norte para sumarse a la revuelta de los nobles, y en dicha aventura había perdido la vida, al otro lado del mar. Dos años antes, al descubrir que aquel hombre seguía con vida, en Francia, y no queriendo perturbar el ánimo y la felicidad de la que se tenía por su mujer, sir John puso estos hechos en conocimiento del rey, quien lo animó a casarse legalmente, aunque en secreto, con la joven viuda del mercader de Havenpool. Por consiguiente, ella y solo ella era su legítima esposa. Con el fin de evitar el escándalo y las habladurías, resolvió dejar las cosas tal como estaban hasta que se presentara la ocasión de desvelar la verdad con el mínimo dolor posible para todas las partes implicadas, pero, al ser descubierto y atacado por su propio cuñado, todo su afán, en éste y en todos los sentidos, había muerto para él, y ya solo anhelaba encomendar su alma a Dios.

Esa noche, mientras las lechuzas ululaban en el bosque que bordeaba la pequeña aldea dormida, y el Avon Sur borboteaba a su paso entre las pilastras de madera del puente, sir John murió en los brazos de su mujer. Ella no ocultó ninguna de las causas de la muerte de su marido, salvo la pelea, que juzgó prematuro revelar en ese momento, en tanto no pudiese ofrecer pruebas fehacientes de su estado civil. Sucedió sin embargo que, antes de que hubiese transcurrido un mes, el hijo nacido de esta unión clandestina cayó enfermo y murió. Desde ese día, todo interés por reclamar el apellido y el prestigio de los Horseleigh abandonó a la más joven de las dos mujeres que se hacían llamar esposas de sir John, y, desentendiéndose de su buen nombre, Edith renunció a exigir el reconocimiento de sus derechos, pues su situación legal se le había vuelto odiosa ante el horror de la tragedia. Se dio además la circunstancia de que sir William Byrt, el cura que la había casado, era un hombre anciano y débil, y así se decantó por no atizar las brasas de tan incendiario asunto y ayudó a Edith a dejar las cosas tal como estaban. De este modo la viuda regresó con la niñera, su única compañera y amiga, a su localidad natal, donde vivió en el más completo anonimato hasta su muerte en la mediana edad. A su hermano Roger nadie volvió a verlo jamás en Inglaterra.

Queda por referir una curiosa secuela que viene a corroborar esta historia. Poco después de la muerte de sir John Horseleigh, un soldado de fortuna regresó del continente, fue a visitar a la falsa lady Horseleigh, que vivía como viuda en Clyfton Horseleigh, y, tras un cortejo singularmente breve, se casó con ella. Según la tradición, tanto en Havenpool como en otros lugares, este hombre no era otro que su primer marido, Decimus Strong, quien volvió a tomarla como esposa solo para guardar las apariencias.

El hijo ilegítimo de esta dama con sir John Horseleigh heredó las fincas y los honores paternos, como su hijo más tarde, pues no había nadie al corriente para investigar sus pretensiones. Poca importancia habría tenido de todos modos para los actuales miembros de este linaje, caso de que hubiera alguno, puesto que la familia,

en todas sus ramas, legítimas e ilegítimas, se extinguió hace muchas veintenas de años, cuando el penúltimo de sus miembros resultó muerto en el asedio del castillo de Sherton, en cuyo ataque participó al servicio del Parlamento, y el último fue condenado ese mismo siglo por una deuda de diez dólares, y murió en la prisión del condado. La mansión y todas sus dependencias anexas fueron destruidas, como ya se ha dicho, con la excepción de una modesta ala que hoy alberga una casa de labor y que se ve al pasar desde el tren que va de Casterbridge a Ivell. Los contornos del antiguo campo de bolos todavía se distinguen claramente.

He aquí la razón por la que el único matrimonio legal de sir John, tal como quedó registrado en los archivos de Havenpool, escasamente conocidos, no figura en el árbol genealógico de la casa de Horseleigh.

Primavera de 1893

El regreso del duque

UNA TRADICIÓN FAMILIAR

De acuerdo con el pariente que me contó esta historia, la casa de Christopher Swetman, en las afueras de King's-Hintock, era en aquellos días más grande y estaba en mejor estado que cuando, muchos años después, fue adquirida por el hidalgo de la mansión contigua, tras haber pertenecido a la familia Swetman casi podría decirse que desde los tiempos de la Conquista.

Algunos aseguran que el suceso ocurrió en la casa de enfrente, propiedad de uno de los Child, con cuya familia los Swetman se emparentaron más tarde mediante sucesivos matrimonios. Pero que sucedió en la residencia original de los Swetman puede demostrarse de varias maneras, principalmente por la intacta tradición familiar, e indirectamente por las pruebas que ofrecen las propias paredes, las únicas de los alrededores con parteluces en las ventanas, al estilo isabelino, y claramente de una época anterior a los hechos, mientras que las de la otra casa bien pudieron haberse construido cincuenta u ochenta años más tarde, y es probable que así fuera, pues la circunstancia de que el fugitivo eligiera la casa de Swetman vino dictada sin lugar a dudas por la sola razón de su propicio aislamiento.

Era una nublada mañana de julio, antes del alba, y acababan de dar las dos en el reloj de las escaleras de Swetman, que aún se conserva entre las pertenencias familiares. Christopher oyó las campanadas desde su cámara, que se encontraba justo encima de las escaleras, con vistas a la fachada principal. No era extraño que no pudiese dormir. Los rumores y la agitación que últimamente se habían apoderado del vecindario, en el sentido de que el legítimo rey de Inglaterra acababa de llegar de Holanda y había desembarcado en un puerto situado a tan solo treinta kilómetros al suroeste de la casa de Swetman, eran motivo de sobra para quitar el sueño y la tranquilidad incluso a un hombre tan satisfecho como él. Algunos lugareños, intoxicados por las noticias, soltaron sus guadañas y corrieron a alistarse en las filas del invasor. Christopher Swetman, tras sopesar ambos lados de la cuestión, había resuelto quedarse en casa.

Y en ese momento, acostado en su cama, mientras pensaba en éstas y otras cosas, le pareció oír pasos en el camino que llevaba a su puerta, una senda recóndita que no conducía a ninguna otra parte, de ahí que unas pisadas fueran capaces de sobresaltar a los ocupantes de la vivienda a cualquier hora, más que si ésta se hallara al pie de una carretera principal. Los pasos llegaron a la cancela y allí se detuvieron. Pasaron uno o dos minutos sin que el caminante se moviese. Christopher Swetman salió de la cama y abrió la ventana.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —llamó.

—Un amigo —respondió una voz desde la oscuridad.

—¿Y qué quiere a estas horas de la noche?

—Refugio. Me he perdido.

—¿Cómo se llama?

No hubo respuesta.

—¿Es usted uno de los hombres del rey Monmouth[1]?

—Quien no haga preguntas no recibirá mentiras por respuesta. Soy extranjero; estoy agotado y hambriento. ¿Podría pasar la noche aquí?

Swetman era un hombre generoso con quien se encontraba en apuros, y su casa era espaciosa.

—Espere un momento. Bajaré de todos modos.

Encendió una vela, se vistió, bajó al zaguán y cogió un candil que estaba colgado de un clavo en el pasillo, para encenderlo antes de abrir la puerta. La luz iluminó a un hombre alto y moreno, con guarnición de soldado de la caballería y provisto de una espada. Estaba pálido, cansado y cubierto de barro, a pesar de que no había llovido.

—Tenga la bondad de no reparar en mi aspecto y permítame entrar —dijo el desconocido.

Que el caballero estaba exhausto era indudable, y Swetman, de natural compasivo, se vio inclinado a socorrerlo en tan penoso trance, persuadido por la voz dulce y educada con que había hablado el desconocido. Swetman lo acogió en su casa, no sin la sospecha de que aquel hombre representaba de una u otra manera la causa de Monmouth, a la que en su fuero interno él no era del todo hostil. El caballero rogó a su anfitrión que le proporcionara alguna ropa vieja para cambiarse, y escondió la suya, junto con la espada, en un ropero de la cámara. Hecho esto Swetman le sirvió un plato de comida y lo alojó en una estancia de la parte posterior de la casa.

El huésped durmió hasta bien entrada la mañana del domingo, 6 de julio, y se presentó ante la familia con la ropa prestada y una sonrisa melancólica. Vivían allí, además de Swetman, únicamente sus dos hijas, Grace y Leonard (este último, por extraño que parezca, es en esta región un nombre de mujer), a quienes su padre había confiado el secreto. No hicieron preguntas ni recibieron información alguna, pese a que el desconocido las observaba, hermosas como eran, casi con excesivo interés. Tras compartir con la familia el acostumbrado desayuno a base de jamón y sidra, el caballero alegó cansancio y se retiró a la habitación donde había pasado la noche.

Volvió pasadas unas horas, cuando las jóvenes habían ido a misa. Cuando vio a Christopher trajinando por la casa sin asistencia de nadie, se ofreció a ayudar a su anfitrión.

Viendo que el caballero parecía ansioso por ocultar las diferencias y presentarse como uno de los suyos, Swetman lo mandó al huerto en busca de verduras, y a por agua al arroyo de Buttock, que corría a los pies de la casa (aunque el arroyo, todo hay que decirlo, no pasó a conocerse por este nombre hasta algunos años más tarde).

—¿Hay algo más que pueda hacer? —preguntó el extranjero cuando hubo cumplido con estos encargos.

La cortesía y la docilidad de su actitud sorprendieron vivamente a Christopher y derribaron sus defensas.

—Ya que se ofrece usted, puede coger los platos y poner la mesa. Para usted ponga un plato de peltre; a nosotros nos basta con los de madera.

Pero el invitado se puso un plato de madera, como los demás, y mientras lo hacía habló de las dos muchachas y señaló lo hermosas que eran.

La tranquilidad se vio alterada por un revuelo en el exterior, suficiente para llamar la atención de Swetman, que salió corriendo a ver qué pasaba. Los campesinos que se habían alistado en las tropas del duque de Monmouth a su llegada a Inglaterra, comenzaban a regresar del frente con la noticia de que, a media noche, se había librado una batalla en los páramos, al norte, y los hombres del duque, responsables de la ofensiva, habían sido derrotados. El propio duque, en compañía de un grupo de lores y amigos, había huido, nadie sabía adónde.

—Ha habido una batalla —anunció Swetman, cuando volvió a la casa tras ponerse al corriente de lo sucedido, y miró al extranjero con expresión grave.

—Dios quiera que la victoria final sea para los justos, con independencia de cuál haya sido el resultado en esta ocasión —dijo el caballero, con un suspiro triste.

—¿De verdad no sabe nada? ¡Yo juraría que usted tomó parte en esa batalla!

—Llegué aquí antes de las tres de la madrugada, y esos hombres acaban de aparecer.

—Cierto. Aun así, sigo pensando que…

—No haga preguntas —dijo el desconocido—. Estoy en un apuro, y no puedo negarle nada a quien me presta ayuda. Por tanto, esa pregunta es injusta.

—Cierto, una vez más —asintió Swetman, y se abstuvo de insistir.

Las hijas volvieron de la iglesia, donde, a causa de la agitación, la misa había terminado antes de lo acostumbrado. A la pregunta de su padre, de si habíanhablado del hombre que estaba alojado en su casa, respondieron que no habían dicho una sola palabra, cosa que más tarde se demostró que era cierta.

Swetman pidió a sus hijas que sirvieran la comida y, como el huésped se había retirado, al tener conocimiento de la batalla, decidió llevarle un plato a su habitación, pero el caballero insistió en sentarse a la mesa con la familia.

Esa tarde llegaron al pueblo más fugitivos, pero Swetman, su familia y su invitado no salieron de casa. Al caer la tarde, Christopher decidió salir, y, mientras escuchaba en silencio lo que ya sabía, al tiempo que se informaba de otros pormenores, se preguntó qué le depararía el futuro por sus actos de la noche anterior.

Volvió por un sendero que cruzaba los prados y bordeaba su huerto. De pronto oyó la voz de su hija Leonard, que protestaba entre los arbustos:

—¡No haga eso, señor! ¡Por favor le ruego que me deje ir!

—¿Y eso por qué, vida mía?

—¡Porque estoy prometida con otro!

Asomándose entre los arbustos sin poder evitarlo, Christopher vio a su hija

forcejeando en brazos del extranjero, que intentaba besarla, y éste, al percatarse de que la resistencia de la muchacha era genuina, aun cuando su indignación fuese fingida, no se avenía a dejarla marchar.

La expresión de Swetman se ensombreció, porque sus hijas lo eran todo para él. Apretó el paso y siguió adelante muy pensativo. Cruzó la cancela y fue derecho al huerto. Su hija había desaparecido, pero el caballero seguía allí.

—¡Señor! —dijo Swetman, sin disimular su enfado en modo alguno—. ¡Lo he visto todo! Lo he acogido en mi casa, pese al riesgo que eso entraña para mí, y sea quien sea usted, lo mínimo que esperaba es que tratase a mis hijas con el debido respeto. No ha sido así, y ha perdido usted mi confianza. Vivo muy pendiente de ellas, porque no tienen madre, y me veo en la obligación de pedirle que se vaya de mi casa en cuanto caiga la noche.

El caballero parecía desconcertado, tras caer en la cuenta de cómo se había comportado al calor de un impulso, y su palidez se acentuó visiblemente. Tardó unos momentos en responder. Cuando por fin acertó a decir algo, su voz suave estaba cargada de pesar.

—Reconozco, señor, que he obrado mal, a la vista de la seriedad con que usted se lo toma. No hacemos lo que debiéramos sino lo que nos vemos forzados a hacer. Aun cuando no he injuriado a su hija como mujer, es verdad que la he traicionado como anfitriona y como amiga en un momento de necesidad. Me iré, tal como me pide. Es lo menos que puedo hacer. Ya encontraré refugio en otra parte.

Volvieron a casa en silencio, y Swetman insistió en que su invitado cenase antes de partir. Cuando terminaron de cenar ya había anochecido, y el extranjero anunció que estaba listo para marcharse.

Subieron a recoger la ropa y la espada del caballero, y fue entonces cuando éste, pensándolo bien, se atrevió a pedir a Swetman un último favor: que le permitiera quedarse con la ropa que llevaba puesta, y que Swetman conservase la otra, junto con la espada, hasta que él pudiera pasar a recogerlas o enviar a alguien en su busca.

—Como guste —dijo Christopher—. Yo salgo ganando. Esa ropa la guardaba para vestir al espantapájaros el otoño que viene.

—A mí me hace un buen servicio —replicó el caballero con tristeza—. ¡Cierto es que no me corresponde, pero sí se corresponde con mi triste situación!

—Escuche —cedió Swetman—. Me he precipitado. ¡Quédese!

Pero el forastero rechazó el ofrecimiento aduciendo que era preferible dejar que las cosas siguieran su curso. A pesar de la insistencia de Swetman, el caballero se limitó a añadir:

—Si no regreso, haga usted lo que se le antoje con mis pertenencias. En el bolsillo encontrará una cajita de rapé, de oro, y en su interior cincuenta monedas de oro.

—¡Lléveselas, le harán falta!

—No. Son monedas extranjeras, y me perjudicaría llevarlas encima si me

prendieran. Haga lo que le pido. Guarde esas cosas, y cuide especialmente de mi espada. Perteneció al padre de mi padre, y le tengo mucho aprecio, aunque en este momento me conviene algo más corriente.

Dicho esto, bajó las escaleras y cogió una de las varas de fresno que usaba su anfitrión cuando salía a pasear. Christopher le iluminó el camino hasta la cancela del jardín y desde allí lo vio desaparecer por Clammerse Gate, tomando la carretera que atraviesa King's-Hintock Park en dirección a Evershead.

Swetman volvió a su cámara y se sentó en la cama a reflexionar. Examinó la ropa del fugitivo y, tal como éste dijera, en uno de los bolsillos encontró la cajita de oro, con las cincuenta monedas dentro. Se fijó entonces en la espada, que según aseguraba su dueño había pertenecido a su abuelo. Era una espada de doble filo; casi daba miedo sostenerla. En la hoja estaban grabadas estas palabras: Andrea Ferara; y entre las muchas filigranas decorativas había una rosa y un corona, el penacho del príncipe de Gales y dos retratos, de un hombre y una mujer; el retrato del hombre mostraba el rostro del rey Carlos i, mientras que la mujer era, al parecer, su reina.

Lleno de perplejidad, Swetman volvió a guardar los objetos en el ropero y, muy pensativo, bajó las escaleras. No compartió sus conjeturas con sus hijas, a quienes se limitó a anunciar que el caballero se había marchado, y tampoco reveló que había presenciado la desagradable escena en el huerto, que era la causa inmediata de esta partida.

Nada sucedió en Hintock a lo largo de la semana siguiente, con la excepción de la llegada intermitente de noticias más concretas sobre la aplastante derrota del ejército del duque y su propia desaparición al poco de iniciarse la batalla. Poco después se dijo que habían prendido a Monmouth, no con su propia indumentaria, sino disfrazado de campesino. Lo habían llevado a Londres y estaba confinado en la Torre.

La posibilidad de que su huésped no hubiese sido otro que el propio duque fue motivo de hondo pesar para Swetman; se atormentaba pensando que, al castigar con tanta severidad un pequeño abuso de la confianza, tal vez hubiese provocado la captura del fugitivo. Cuando sus hijas se le acercaban les decía de malos modos: «¡Dejadme en paz, muchachas! ¡Temo que hayáis sido la ruina de un hombre desdichado!».

La noche del jueves siguiente, mientras estaba durmiendo en su cámara, como de costumbre, fue consciente, según dijo, de que alguien entraba en la casa. Abrió los ojos, a la luz de la luna que iluminaba la fachada principal, y vio la figura de un hombre, muy parecido a su invitado, que se acercaba al ropero desde la puerta. Iba vestido de otra manera, pero sus facciones eran las de su huésped, pensativas y trágicas, y también su estatura era la misma. El intruso abrió el ropero, y Christopher, con la sensación de que el hombre estaba en su derecho, se abstuvo de moverse. Antes de retirar de su escondite los objetos de su propiedad, el desconocido volvió sus ojos grandes y demacrados a la cama donde Swetman estaba acostado, y una vez más dirigió una dura mirada a Christopher cuando se disponía a abandonar

sigilosamente la habitación con sus pertenencias bajo el brazo. Apenas se le oyó bajar las escaleras, y tampoco cruzar la puerta lateral, que ofrecía una entrada o una salida discretas a quienes conocían bien la casa.

Nada más ocurrió esa noche, y rayaba el amanecer cuando Swetman por fin se quedó dormido. Con intención de evitar riesgos, no habló a sus hijas de la visita nocturna, y mucho menos a otras personas, pues cualquier reconocimiento era peligroso dadas las circunstancias.

Entre los opositores muertos en la reciente sublevación figuraba un hermano menor del hidalgo propietario de la hacienda de King's-Hintock, contigua a la de Swetman. El día siguiente, al verlo pasar vestido de luto, Swetman se aventuró a expresarle sus condolencias.

—¡No se le había perdido nada allí! —dijo el hidalgo. Tanto sus palabras como su actitud reflejaban su amargura mezclada con el dolor—. No vuelva a hablarme de él. Supongo que estará usted al corriente de lo ocurrido desde entonces.

—Sé que dicen que han prendido a Monmouth, sir Thomas, pero no creo que sea cierto —respondió Swetman.

—¡Qué cosas dice! Pues ¡claro que es cierto! —repuso el hidalgo—. Y eso no es todo. Ejecutaron al duque hace dos días en Tower Hill.

—¿Está seguro?

—¡Y mala muerte tuvo, por desgracia para él! —señaló sir Thomas—. Bueno, ya se ha acabado todo, para el duque y para mi hermano. Aunque no para los demás. Habrá interrogatorios y registros sin tardanza. ¡Feliz del hombre que no haya tenido nada que ver en este asunto!

Swetman apenas había oído estas últimas palabras, tan confuso estaba por la extraña revelación de que el duque había muerto el martes previo, pues había sido la noche del jueves cuando su invitado, de quien ya no dudaba que pudiese ser otro que él, había entrado en su cámara para recuperar sus pertenencias, tal como en su día anunció.

«No puede haber sido una visión —se dijo Christopher, tan pronto como el hidalgo se hubo alejado—. Iré a ver si las cosas siguen en el ropero; solo así podré saber si ha sido o no ha sido una visión.»

Al ropero fue, donde no había vuelto a mirar desde la partida del desconocido. Y tras retirar las prendas con las que había escondido la ropa y la espada del duque, comprobó, tal como no dudaba, que no estaban allí.

Cuando corrió el rumor de que el hombre decapitado en Tower Hill no era en verdad el duque, sino uno de sus oficiales arrestado tras la batalla, y que el duque había huido del país con ayuda de sus partidarios, Swetman halló por fin una explicación para su hondo desconcierto. Que el visitante nocturno pudiera ser un amigo del duque, enviado por éste a recoger sus cosas como última petición, era un extremo que Christopher se negaba a admitir. Y hasta el fin de sus días persistió, como otros muchos miles, en la creencia de que Monmouth seguía con vida.

Ésta, concluyó mi pariente, es en suma la tradición transmitida por la familia de Christopher Swetman a lo largo de los últimos doscientos años.

Diciembre de 1896

Un mero interludio

I

El vendedor de libros escolares, que en tono desabrido daba fe de la fidelidad a los hechos de la siguiente narración, nunca dejaba de introducir una nota de verosimilitud, comenzando su relato con una crítica sutil sobre la personalidad de la heroína. La gente se equivocaba, decía él, al suponer que Baptista Trewthen era una joven desprovista de emociones o carácter. No había en ella nada digno de amar o de odiar, tal era la opinón general. Y era cierto que mostraba pocas cualidades positivas. Las tonalidades que los acontecimientos imprimen en el rostro de las mujeres enérgicas era inútil buscarlas en el de Baptista. Pero las aguas mansas corren por las profundidades, y ningún incidente grave había venido a revelar en los años de su primera juventud lo que Baptista escondía en su fuero interno, tal como esconde una mina el metal.

Era hija de un pequeño agricultor de Santa Maria —una de las islas Scilly, al oeste de Wessex— que decidió invertir lo que para los usos del lugar representaba una considerable suma de dinero en la educación de la muchacha, enviándola a estudiar dos años a la Inglaterra continental. A los diecinueve años de edad, Baptista ingresó en la Escuela de Magisterio, y a los veintiuno empezó a trabajar en una escuela rural, próxima a Tor-upon-Sea, donde se instaló tras los exámenes y las vacaciones de Navidad.

Los meses de invierno dieron paso a la primavera y el verano, y Baptista se aplicó lo mejor que pudo a cumplir con sus nuevas obligaciones, hasta que hubo transcurrido un año sin ningún suceso digno de mención. Poco después, un halo de distracción empezó a envolver la figura de la joven maestra cuando iba y venía de la escuela, dos veces al día, con trazas de quien algo tiene en la cabeza. La señora Wace, la viuda en cuya casa Baptista Trewthen había alquilado una sala de estar y un dormitorio, mientras se construían las viviendas de los maestros, advirtió el cambio que se había operado en su inquilina, y un día se aventuró a formularle algunas preguntas.

—No tiene nada que ver con esta casa, ni con usted —dijo la señorita Trewthen.

—Entonces, ¿es por el salario?

—No, no es por el salario.

—Entonces es por alguna noticia que has recibido de casa, querida.

Baptista guardó silencio un momento.

—Es por el señor Heddegan —murmuró—. Ése al que llamaban David Heddegan antes de que se hiciera rico.

—¿Y quién es ese señor Heddegan al que antes llamaban David?

—Un solterón de Giant’s Town, en Santa Maria, un hombre sin familia, que vive

a un tiro de piedra de la casa de mi padre. Cuando yo era pequeña, me sentaba en sus rodillas y me decía que algún día se casaría conmigo. Ahora que soy una mujer, la broma va en serio. Parece ansioso por casarse, y mis padres dicen que es lo mejor que puedo hacer.

—¿Está en buena posición?

—Sí, es el hombre más rico al que conocemos, como amigo y como vecino.

—¿Y cuántos años dices que te lleva?

—No lo he dicho. Lo menos veinte.

—¿Y además es un hombre desagradable?

—No lo es.

—Bueno, hija, yo solo puedo decirte que no aceptaría ese compromiso, si no es lo que deseas. Espero que te sientas a gusto aquí, en mi casa. En la parroquia todo el mundo te aprecia, y yo no he vuelto a estar tan contenta desde que mi pobre marido me dejó, como lo estoy ahora que eres mi huésped.

La maestra aseguró a su patrona que el sentimiento era recíproco.

—Lo que me tiene perpleja es otra cosa —dijo—. No me gusta ser maestra. Veo que se sorprende. ¿No se lo esperaba? Eso es porque he ocultado mis sentimientos. La verdad es que aborrezco la escuela. No me gustan los niños: son molestos y desagradables, y nada les alegraría más que saberme muerta. Aun así, estaría dispuesta a soportarlos si no fuera por el inspector. Tres meses antes de su visita ya no puedo dormir como es debido. Y el Comité del Ayuntamiento no para de modificar la normativa, con lo que una no sabe qué enseñar y qué no enseñar. Creo que mis padres tienen razón. Dicen que nunca seré una buena maestra si me disgusta tanto mi trabajo, y por eso debería casarme con el señor Heddegan. Entre nosotras, reconozco que lo prefiero a él, antes que seguir en el colegio, pero no me gusta lo suficiente para casarme.

Una vez comenzaron, estas conversaciones se repetían a diario, y con el tiempo la amiga y patrona de la muchacha manifestó que estaba de acuerdo con la opinión de los padres. Considerando la situación en su conjunto, declaró, la incertidumbre de la escuela, el esfuerzo, la aversión natural de Baptista por la enseñanza, lo mejor sería aceptar la oportunidad que le brindaba el destino, sacar el mayor provecho de las circunstancias y casarse con el próspero vecino de su padre.

Llegaron las vacaciones de Pascua, y Baptista fue a pasarlas como de costumbre en su isla natal, para lo cual tomó el tren hasta la costa y luego el paquebote en Penzephyr. A su regreso, a mediados de abril, parecía algo más tranquila.

—¿Y bien? —preguntó la expectante señora Wace.

—He aceptado casarme con él —dijo Baptista con indiferencia—. Dios sabe si será para bien o para mal. Pero he aceptado, y ya no habrá vuelta de hoja.

La señora Wace elogió su decisión, pero Baptista no quería abundar en la cuestión, y muy rara vez se mencionaba en sus conversaciones. Sin embargo, entre otras cosas, Baptista le repetía a la viuda de tarde en tarde, con escuetos comentarios,

que la boda era inminente, que se había fijado para el verano, y que ya había avisado en la escuela de que dejaba su puesto en el mes de agosto. Algún tiempo después, anunció con más precisión que la ceremonia se celebraría a principios de ese mes, en cuanto volviese a casa.

Para entonces mantenía una correspondencia regular con el señor Heddegan. Las cartas que él le enviaba las veía la señora Wace, al menos por fuera, y en parte por dentro. De haber podido leer algo más que las frases sueltas que le mostraba Baptista, la viuda se habría percatado de que los torpes garabatos del prometido transmitían poco más que detalles sobre la futura organización doméstica y los preparativos que él estaba haciendo en ese sentido, intercalados de innumerables «querida mía» sin ton ni son, para demostrar la hondura de su afecto sin molestarse en modo alguno por la sintaxis.

II

A finales de julio el tiempo era muy seco, demasiado incluso para esa época del año, y las delicadas verduras y hortalizas que crecían en este privilegiado rincón del reino sabían más a agua de acequia que a la humedad pura del cielo. Baptista ya había preparado su equipaje, y una mañana de sábado tomó un coche hasta la estación, y después el tren hasta Pen-zephyr, donde, como de costumbre, pensaba coger el barco de inmediato para convertirse en la mujer del señor Heddegan el miércoles de la semana siguiente.

Podría haber emprendido el viaje una semana antes, pero, aunque el día de la boda estaba tan cerca, y el plazo de las amonestaciones ya había concluido, demoró su partida hasta el último momento, aduciendo que no necesitaba llegar con tanta antelación. Como el señor Heddegan era mayor que ella, decía, iba a casarse con su sencillo sombrero de verano y su vestido de seda gris, de manera que no tenía que ocuparse de los preparativos, pues de eso ya se habían encargado sus padres y su futuro marido.

Así, tras un largo y tedioso viaje llegó a Pen-zephyr y tomó un refrigerio antes de subir al barco. En el muelle, muy sorprendida, supo que el pequeño vapor que hacía la ruta entre el puerto y las islas había zarpado a las once de la mañana: habían tenido que adelantar su hora de salida habitual, a primera hora de la tarde, por culpa de la niebla que en los últimos días no se levantaba hasta la noche y hacía peligrosa la navegación al atardecer.

Como era sábado, no había ningún barco hasta el martes siguiente, y eso significaba que Baptista tendría que quedarse forzosamente tres días en la ciudad, a menos que su familia estimara oportuno aparejar alguno de los veleros de la isla para ir en su busca, y esta contingencia era poco probable, porque la distancia rondaba las cuarenta millas.

De todos modos, no era la primera vez que Baptista había tenido que quedarse en Pen-zephyr, ya fuese por el mal tiempo o por una razón similar, y por tanto no se alarmó. Ahora bien, como iba a casarse el miércoles siguiente, la demora le ocasionaba esta vez más molestias de lo ordinario, pues llegaría para la ceremonia con menos de un día de antelación.

Al margen de esta incomodidad, no lamentó demasiado el contratiempo. Incluso se sorprendió al descubrir que le traía sin cuidado. No sería exagerado decir que, aunque estaba a punto de dar el paso más decisivo de su vida por voluntad propia, experimentó un alivio indecible al ver pospuesto su encuentro con Heddegan. Reaccionó ante el percance con tranquilidad y contención, con pasividad incluso, tal como se demostró cuando, tras enterarse de que el vapor había zarpado, su respuesta fue un simple «¡Ah!», pronunciado con tanta indiferencia que el porteador que llevaba su equipaje casi se llevó una decepción al ver lo poco que se decepcionaba ella.

La cuestión era si le convenía más volver a casa de la señora Wace, en el Bajo Wessex, o esperar en la ciudad. Hubiese preferido lo primero, pero estaba demasiado lejos; además, ya que se había marchado de allí para siempre, y no sin cierto dramatismo, con el propósito de casarse, el regreso, aun cuando fuese tan breve, se le antojaba algo humillante.

Dejó así su equipaje en la estación, y su siguiente preocupación fue buscar un alojamiento digno, o mejor aún elegante, en el popular centro turístico costero. A tal fin decidió dar una vuelta por la ciudad, donde, aunque ya había estado en media docena de ocasiones, era prácticamente una desconocida.

Encontró una habitación confortable encima de una frutería, y allí se acomodó como en su propia casa y pudo descansar del viaje. Después de reponer fuerzas con una taza de té, salió a explorar la ciudad.

Como era maestra, evitó fijarse en las escuelas, y como tenía una especie de relación profesional con los libros, evitó fijarse en las librerías, hasta que, cansada de los demás comercios, optó por visitar las iglesias; no es que le interesaran los edificios eclesiásticos, pero, como los turistas los visitaban, Baptista hizo lo propio, y nadie le habría atribuido, a la vista de este proceder, una originalidad como la que más adelante demostró que tenía. Las iglesias no tardaron en resultarle sofocantes. Probó entonces con el museo, pero salió enseguida, porque le pareció aburrido y solitario.

La ciudad y sus paseos por esta región fresera, este próspero centro de las primeras flores y frutas de Inglaterra, eran entonces tan atractivos como lo habían sido siempre. De las calles más pintorescas Baptista pasó a los jardines, al muelle y al puerto, y estuvo mirando a los estibadores que cargaban y descargaban los barcos como en los tiempos de los fenicios.

—¿No serás Baptista? ¡Sí, eres Baptista!

Alguien había pronunciado estas palabras a sus espaldas. La muchacha se volvió,

se llevó un sobresalto mayúsculo y se quedó desconcertada, casi nerviosa, por unos momentos. Después respondió a su manera inexpresiva, como de costumbre.

—¡Ah! ¿De verdad eres tú, Charles?

Sin contestar de inmediato, y con una media sonrisa, el recién llegado miró detenidamente a Baptista. Había en sus ojos una expresión muy crítica y un punto de rencor, incluso de rabia.

—Voy camino de casa —dijo ella—. Pero he perdido el barco.

Él apenas prestó atención al significado de esta explicación, tan absorto estaba en su escrutinio.

—¿Sigues dando clases? ¡Qué buena maestra pareces, Baptista! ¡Te lo aseguro! —dijo el joven, con un deje de sarcasmo que a ella no le pasó inadvertido.

—Sé que no tengo nada de lo que presumir —replicó Baptista—. Por eso lo he dejado.

—¿Lo has dejado? Me sorprendes.

—Aborrezco esa profesión.

—A lo mejor la aborreces porque es la mía.

—No, no es por eso. Pero estoy a punto de cambiar de vida por completo. Voy a casarme la semana que viene, con el señor David Heddegan.

Aunque se parapetaba tras un orgullo cínico y una frialdad que le eran naturales, el joven parpadeó al recibir este anuncio inesperado.

—¿Quién es el señor David Heddegan? —preguntó, con toda la indiferencia de la que fue capaz.

Baptista le explicó que era un comerciante de Giant’s Town, en la isla de Santa Maria, el vecino más próximo a su padre y su amigo más antiguo.

—En ese caso ¿no volveremos a verte por aquí? —preguntó el maestro.

—Eso no lo sé.

—Aquí termina la carrera profesional de la belleza del internado al que tu padre cometió la estupidez de enviarte. La mujer de un «tendero» de las islas Scilly. ¿Venderás jabón al peso y tachuelas a un penique? ¿O barras enteras de sustancia jabonosa y clavos de diez peniques?

—¡No es un tendero! —protestó ella—. ¡Tiene barcos, aunque no sean muy grandes!

—Viene a ser lo mismo. ¿Por qué no damos un paseo? Es incómodo estar aquí parados. Ya sabía yo que fracasarías en la docencia —continuó, al ver que ella obedecía y echaba a andar—. Nunca demostraste facultades para enseñar. Me recordabas mucho a esas mujeres que están convencidas de que se convertirán en grandes actrices si perseveran en el empeño, solo porque tienen una cara bonita, y se olvidan de que lo que queremos es que sepan interpretar. Pero te has dado cuenta del error, ¿verdad?

—No te burles de mí, Charles. —Era evidente que el tono del maestro no le causaba ningún enfado, y tampoco la predisponía al contraataque; todo lo contrario:

una lágrima asomó a los ojos de Baptista—. ¿Cómo es que estás en Pen-zephyr? —preguntó.

—No me burlo de ti. Solo digo la verdad, como un buen amigo. Haría lo mismo con cualquiera a quien quisiera bien. Aunque, ya que lo dices, quizá no me falten motivos para burlarme de ti. Menudas prisas te has dado. Detesto a las mujeres que se dan tantas prisas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… que se casan con uno o con otro… Mejor ser la mujer de cualquiera que la mujer de nadie. No podías esperarme, eso no. Bueno, a Dios gracias, ya estoy curado.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Esperarte, dices? ¿Qué significa eso, Charley? Nunca diste muestras… de que quisieras que te esperase… de que sintieras algo especial por mí.

—¡Venga, Baptista, venga!

—Nada serio, quiero decir. Supongo que yo te gustaba un poco, pero parecía que únicamente era un pasatiempo para ti, que no tenías la intención de contraer un compromiso honesto.

—¡Ya estamos! Las mujeres queréis que los hombres os pidan en matrimonio al primer golpe de vista. Ningún hombre, cuando empieza a interesarse por una mujer, tiene el plan definitivo de casarse, a menos que busque un vulgar matrimonio de conveniencia. De todos modos, yo sí tenía intención de contraer a la larga un compromiso honesto, como tú lo llamas.

—Pero nunca lo dijiste, y un cortejo indefinido mancha el buen nombre y el honor de una mujer mucho antes de lo que tú crees.

—Baptista, te juro solemnemente que en el plazo de seis meses te habría pedido que te casaras conmigo.

Ella siguió andando en silencio, con la mirada en el suelo, visiblemente incómoda.

—¿Me habrías esperado, de haberlo sabido? —dijo Charles.

—¡Sí! —respondió Baptista, con un suspiro triste.

Continuaron callados, y a pesar de que estaban paseando por una de las zonas más bonitas de las afueras de la ciudad, no prestaban atención al paisaje. Iban casi rozándose los hombros, y de buenas a primeras él la cogió del brazo, muy levemente, sin ímpetu, aunque con este gesto parecía decir: «Ya te tengo, y mi voluntad habrá de ser la tuya».

Charles respondió entonces a una pregunta anterior de Baptista.

—He venido solo para un par de días… Estoy en una escuela cerca de Trufal… antes de irme al norte a pasar las vacaciones. Últimamente he visto mucho a mis amigos en Redrutin, y por eso esta vez no voy a ir. ¡No esperaba encontrarme contigo! ¡Qué distinto sería todo si, en vez de separarnos dentro de media hora, puede que para siempre, ahora estuvieras a punto de venir conmigo, como mi mujer, en

viaje de novios! Ja, ja… bueno… ¡así de cómica es la vida!

Baptista se paró en seco.

—¡Tengo que volver, Charley! ¡Esto es muy doloroso! No estás de buen humor hoy.

—No pretendo herirte… sabes que no —dijo él, en un tono más amable—. Lo que pasa es que me saca de quicio… lo que estás a punto de hacer. Me gustaría que no lo hicieras.

—¿Qué?

—Casarte con él. Ya te he confesado cuáles son mis sentimientos.

—Ahora ya no tengo más remedio.

—¿Por qué? —insistió Charles, abandonando el tono brusco y autoritario que había empleado hasta entonces, y poniéndose serio, pero sin soltar el brazo de Baptista, como si ella fuera un bien de su propiedad que pudiese tomar o dejar a su antojo—. Nunca es demasiado tarde para romper un matrimonio que te disgusta. Voy a decirte una cosa, y te aseguro que es verdad: quiero que te cases conmigo, incluso ahora, en el último momento, a pesar de lo mal que te has portado.

—¡Eso es imposible! —se apresuró a contestar Baptista, negando con la cabeza—. Todo estará preparado cuando llegue a casa… Ya lo está… Las cosas para la fiesta, los muebles, el traje nuevo del señor Heddegan, todo. ¡Me haría falta el valor de un león para presentarme diciendo que no puedo cumplir con mi promesa!

—En ese caso, vete, ¡por Dios! Aunque no haría falta que volvieras a casa para enfrentarte con ellos. Si nos casáramos tendría que ser ya, en este preciso instante; de lo contrario no nos casaríamos. Pensaría que tus sentimientos no valen nada, a menos que aceptases venir conmigo a Trufal esta misma noche. Podríamos casarnos allí el lunes por la mañana, con licencia matrimonial, y entonces ningún señor Heddegan ni nadie en el mundo te alejaría de mí.

—Tengo que coger el barco el martes —murmuró Baptista—. ¿Qué pensarían si no llegara?

—Podrías cogerlo de todos modos. La diferencia es que yo iría contigo. Te esperaría en el muelle, fumando, mientras tú fueses a ver a tus padres; les contarías lo que has hecho, y les dirías que estoy cerca, que soy un maestro, en buena posición, y un joven al que conociste en la Escuela de Magisterio. Y entonces yo me presentaría valientemente, ellos comprenderían que ya era inevitable, y tú no sufrirías el resto de tu vida, casada con un viejo que no te gusta ni una pizca. Dime la verdad, Baptista. ¿No te gusto yo más?

—Sí.

—Entonces hagamos lo que digo.

Baptista no le dio una respuesta clara, pero lo que ocurrió más tarde puso de manifiesto que en algún momento de aquel paseo la joven había terminado por aceptar la insólita proposición.

III

Una empresa de tanta enjundia requería ciertamente más reflexión que conversación. Lo primero que hicieron para llevar a cabo sus planes fue regresar a la estación, donde Baptista recogió de su equipaje un pequeño bolso de mano con lo más imprescindible, pues de todos modos lo habría necesitado después de haber perdido el barco. Esa misma tarde cogieron el tren para Trufal.

Pese al desdén que manifestaba por las cosas, Charles Stow (así se llamaba el maestro) era muy cuidadoso con las apariencias, y a instancias suyas hicieron en el viaje por separado, aunque subieron al mismo tren. Una vez en Trufal, le indicó a Baptista dónde encontrar alojamiento y, tras recibir de ella un somero asentimiento de cabeza, se fue a su casa, con la intención de iniciar los trámites para obtener la licencia matrimonial.

El domingo por la mañana se reunieron en la nave de la catedral. Esa tarde fueron a dar un paseo por el campo, y Charles explicó a su prometida que la licencia estaría disponible el día siguiente, y al otro podrían celebrar la ceremonia cuando quisieran, a partir de las ocho de la mañana.

El cortejo de Charles, reanudado tras un intervalo de dos años, fue tan impetuoso, casi podía decirse que violento, como breve. Llegó el lunes, y pasaron el día ocupados con los últimos detalles. Acordaron celebrar la boda lo antes posible, a primera hora del martes, y regresar a Pen-zephyr inmediatamente después para coger el barco ese mismo día. Obedeciendo a la insistencia de Baptista, Stow consintió en hacer el viaje hasta las Scilly por tierra y mar de un tirón, sin detenerse en Pen-zephyr. Se la veía temerosa de quedarse en ninguna parte, tras este primer acto de desobediencia filial, y angustiada por la conmoción que con toda certeza iba a causar en su familia al confesar el paso que había dado. Aunque las ganas de Baptista de enfrentarse cuanto antes a las contrariedades que la aguardaban en la isla, una vez las había creado, eran mayores que las de Charles, éste, por una vez, accedió a complacerla.

La mañana del martes fue igual de luminosa y cálida que los días anteriores. A las seis parecía casi mediodía, como es frecuente en verano en esa zona de Inglaterra. A las nueve ya eran marido y mujer. Cogieron el primer tren después de la ceremonia y durante el trayecto discutieron por extenso cómo debía Baptista exponer la situación a sus padres, para lo que fue Charley quien dictó el matiz exacto de cada frase. Tan ansiosos estaban que llegaron a Pen-zephyr demasiado temprano, con dos horas por delante hasta el momento de embarcar.

Baptista se mostraba muy reacia a que la vieran paseando con su marido por las calles de la ciudad turística antes de que en Giant’s Town se supiera de sus propios labios el inesperado giro de los acontecimientos, como ya se ha señalado; y era posible, aunque no probable, que algún vecino anduviese por ahí, incluso que alguien de su familia hubiese ido a buscarla. Encontrarse con algún conocido y tener que

responder preguntas incómodas sobre el joven que la acompañaba, antes de haber podido dar la elaborada noticia en el debido momento y lugar, era una situación que Baptista no podía plantearse con serenidad. Así, en lugar de mirar escaparates y pasear por el puerto, se alejaron un poco por la costa.

Hacía mucho calor. Treparon por un acantilado y se sentaron a contemplar el monte de St. Michael y otras escenas campestres; entonces Charles decidió bajar un momento a la orilla para darse un chapuzón.

A Baptista no le hacía demasiada gracia la idea de quedarse sola en un lugar tan solitario, pero él prometió que no tardaría más de un cuarto de hora, y ella terminó por asentir pasivamente.

Charles bajó por el acantilado, desapareció, apareció de nuevo y se volvió a mirarla. Después siguió andando y se perdió de vista, hasta que Baptista lo vio aparecer, como una pequeña figura de cera, de detrás de un saliente que se adentraba en la franja de espuma blanca y en la ondulante superficie azul. Una vez dentro del agua Charles no parecía tan dispuesto a apresurarse. Pasó un buen rato, y como Baptista no podía, desde donde estaba, ni apreciar la destreza natatoria de Charles ni criticar su falta de ella, apartó la vista del mar para contemplar la silueta inmóvil del monte St. Michael, teñida de una hermosa tonalidad grisácea.

Preocupada por la salida del barco, y con ganas de enfrentarse cuanto antes a la imprevisible situación que tendría que sortear como mejor pudiese, se distrajo con sus pensamientos. Era martes. Llegaría a casa al atardecer, muy tarde, dirían sus padres, pero, a la vista de que el retraso había sido un accidente, juzgarían que la boda con el señor Heddegan podía celebrarse de todos modos al día siguiente. Entonces ella tendría que revelar la existencia de Charles. Se le hacía muy cuesta arriba solo de imaginarlo, y casi se arrepintió de haber cometido la temeridad de casarse con él con tanta precipitación. El enfado de su padre sería monumental, y los reproches de su madre muy amargos, y cabía la posibilidad de que Charles se enardeciese y provocara un distanciamiento de por vida. Todo indicaba que su retraso no había causado ninguna alarma en Santa Maria, pues de lo contrario alguien habría ido a Pen-zephyr a interesarse por ella. En una carta que envió a principios de la semana anterior, indicaba la hora en que pensaba emprender el viaje, y quizá su familia había calculado que corría el riesgo de perder el barco del sábado. Lo había perdido, y ahora estaba sentada a la orilla del mar, convertida en la mujer de Charles Stow.

Volvió a la realidad y apartó la vista del perfil del monte para buscar a su marido. No lo vio en el agua. Seguramente se estaba vistiendo. Baptista dio unos pasos para ver dónde había dejado la ropa Charles. La ropa estaba allí, pero él no estaba.

Desconcertada, lo buscó de nuevo en el mar, como si sus sentidos fuesen víctimas de un truco de magia. En ninguna parte veía un punto que pareciese la cabeza de un hombre. A estas alturas empezaba a alarmarse, y su alarma se intensificó al distinguir, un poco más allá de la pequeña zona de baño donde se había zambullido su marido, que la superficie del mar presentaba un aspecto distinto, lo mismo que en un prado se

distingue una mancha de vegetación seca y parda en medio de la hierba fresca. Las olas eran suaves en todas partes, mientras que allí la superficie estaba encrespada y revuelta, y sus conocimientos del mar le indicaron que dos corrientes se encontraban en ese punto para producir un remolino.

Bajó tan deprisa como se lo permitieron sus piernas temblorosas. El camino era muy largo, y antes de llegar al montón de ropa se le ocurrió que quizá fuese mejor ir en busca de ayuda. Apretó el paso por el acantilado hasta que vio a un hombre, y a otros dos poco después.

—Creo que un caballero que se estaba bañando se encuentra en peligro. He dejado de verlo. ¿Tendrían la bondad de acudir en su auxilio?

No pensó en volver con ellos para indicarles el lugar exacto, sino que se lo señaló vagamente con la mano y siguió adelante con la idea de buscar más ayuda. Cuando, desfallecida, juzgó que ya había dado suficientemente la voz de alarma, dio media vuelta y desanduvo lo andado, arrastrando los pies. Antes de llegar al temible punto, se cruzó con uno de los hombres.

—¡No vemos nada, señorita! —dijo el desconocido.

Por fin en la playa, comprobó que la marea estaba subiendo y que no había rastro de la ropa de Charley. Los hombres habían desaparecido, seguramente en dirección contraria, pues no se había cruzado con ellos. Al no ver nada, quizá pensaron que la preocupación de la joven era simple conjetura, y decidieron abandonar la búsqueda.

Baptista se desplomó en las piedras que tenía más cerca. El punto donde Charles se había desnudado estaba ahora cubierto por el agua. Era evidente que se había ahogado, que la corriente submarina se había tragado su cuerpo, y que la ropa, que se encontraba en la línea de la marea, se la había llevado el mar.

Se sumió en un estado de estupor por espacio de unos minutos, hasta que una extraña sensación que confundió su raciocinio y produjo en su cuerpo un estado cercano a la inercia sucedió a estas reflexiones. Con la desaparición de Charles, los tres últimos días en la vida de Baptista se esfumaban por completo, al tiempo que la imagen de su marido menguaba de un modo muy extraño, se alejaba progresivamente y se volvía por momentos más confusa y menos real. Su reencuentro y su matrimonio habían sido tan repentinos, tan impremeditados, tan impulsivos, que Baptista apenas podía creer que hubiese participado en tan temerario drama. De sus pocas horas de vida con Charley, lo que con más insistencia le volvía a la memoria era el encuentro fortuito del sábado anterior y los duros reproches con que él había iniciado el ataque que, por así decir, fue para ella el acicate que provocó el inesperado desenlace.

Aunque era cariñoso, Charles Stow se caracterizaba por una suerte de crueldad, de autoritarismo. Como enamorado siempre fue algo despótico, y bien podía decirse, sin faltar a la verdad, que la había hostigado hasta que ella accedió a casarse con él. Este razonamiento contribuyó a que le pareciese todavía más ajeno y dio paso a un intervalo de llanto desesperado y arrepentimiento feroz. Finalmente, en mitad de su confusión, la joven mujer casada recordó que iba camino de casa y que tenía que

coger el barco en el plazo de tres cuartos de hora.

Salvo el parasol que llevaba en la mano, todas sus pertenencias estaban en la estación, donde esperaban a la pareja para continuar su viaje.

Volvió la vista en esa dirección y, pasando a una de esas fases de inercia tan frecuentes en ella, echó a andar despacio.

Encaminó sus pasos a la estación, pero de buenas a primeras dio media vuelta y entró en una tienda para escribir una nota anónima en la que anunciaba la muerte de Charles, ahogado, al único pariente al que él había mencionado. Momentos después echó la nota al correo disimuladamente y, con una temerosa mirada, como si por primera vez tomara conciencia del horror de los recientes acontecimientos, continuó adelante lo mismo que si un espectro la persiguiera.

Una vez en la estación, Baptista reclamó el equipaje que estaba allí desde el sábado, junto con el bolso de mano que había dejado esa misma mañana, y pidió que lo llevasen al barco, adonde se dirigió sin pérdida de tiempo. Pese a la premura con que hizo todas estas cosas, sus actos fueron casi mecánicos, no obedecían a una conclusión definitiva sobre el camino que debía tomar.

Antes de que sonara la campana en el barco, una conversación entreoída en el muelle borró para ella la última sombra de duda, si es que alguna le quedaba, de que era la viuda de Charles Stow. Aunque apenas distinguió algunas frases sueltas, le fue fácil hilarlas.

«Un hombre ahogado… se alejó demasiado de la orilla… desconocido en la ciudad… gente en una taberna… lo vieron hundirse… no llegaron a tiempo.»

La noticia, por el momento, no era mucho más precisa, pero podía darse por definitiva, puesto que todo era cierto. Charley, en un exceso de confianza, como era propio de él, se había adentrado en el mar más de lo prudente, se había hundido y, en ausencia de ayuda, su cuerpo sin vida flotaba en ese momento en las aguas transparentes de la bahía. La ropa, arrastrada por la marea, había llegado a una cala cercana, donde nadie la descubriría hasta un par de días más tarde.

IV

Diez minutos después el barco se alejaba del muelle. Comenzaba así para Baptista la travesía de tres o cuatro horas, al término de la cual tendría que contar su descabellada historia.

Cuando Pen-zephyr y todas sus inmediaciones desaparecieron de la vista por detrás de Mousehole y la isla de San Clemente, la efímera imagen de Charles, semejante al paso de un meteoro, se le antojó a Baptista más irreal que nunca. Seguía sumida en un estado próximo al trance, y tardó una hora en percatarse de la inquietante circunstancia de que el señor Heddegan se encontraba a bordo del barco. Involuntariamente, Baptista se quitó de la mano izquierda el símbolo de su viudedad.

—¡Je, je! La verdad es que no quería interrumpir. «No me ve, o es que no quiere verme —he pensado—. Pero ¿qué prisa hay? ¡Dentro de poco me verá a todas horas!» Espero que estés bien, querida mía.

Era un hombre robusto y saludable, de unos cincuenta y cinco años, con la piel del color acostumbrado en quienes pasan la vida en los acantilados y las playas de una isla. Sus rasgos se dilataron en cuatro cuartas partes para esbozar una sonrisa jovial, y su mano se extendió para dar un apretón de la misma magnitud. Baptista respondió con sorprendida docilidad, y Heddegan siguió diciendo:

—No he podido evitar venir a buscarte. ¡Qué mala suerte que perdieras el barco y no pudieras llegar el sábado! Iban a avisarte de que habían cambiado la hora, pero se olvidaron en el último momento. Lo cierto es que tendría que haberte avisado yo mismo, pero estaba muy ocupado terminando un trabajo, para tener esta semana libre, y confié en que tu padre se encargaría de esas cosillas. Pero, como todo va a ser muy sencillo y muy tranquilo, no tiene importancia que no hayas podido venir antes. Solo espero que el retraso no te haya causado demasiado trastorno. Bueno, si no quieres que me vean hablando contigo, si te da vergüenza en presencia de extraños, solo tienes que decirlo y te dejaré en paz hasta que lleguemos a casa.

—Muchas gracias, señor Heddegan. La verdad es que estoy un poco cansada.

Él asintió con mucha cortesía y se alejó para inspeccionar con mucho detalle la superficie de la chimenea, hasta que unas pasajeras de Giant’s Town se rieron con disimulo, como si hubieran presenciado un rechazo, pues eran muchos en Santa Maria los que estaban al corriente de la boda, aunque nadie lo supiera fuera de la isla. Baptista se sonrojó al tomar conciencia de sus burlas, llamó al señor Heddegan para que volviese a su lado y se impuso la obligación de charlar con él en un tono de lo más amistoso, pese a que todo lo hacía mecánicamente.

El encuentro resultó muy distinto de lo que se esperaba Baptista, y no contaba con ningún plan para afrontarlo. Al verse desprevenida, se dejó llevar por las circunstancias, y de esta manera hizo el viaje.

Caía el crepúsculo cuando llegaron al muelle de Giant’s Town, donde los esperaba un grupo de amigos y vecinos. El padre de Baptista llevaba un farol en la mano. También su madre estaba allí, reprochadora, aunque contenta de que el retraso concluyese por fin sin sobresaltos. La señora Trewthen y su hija echaron a andar por Giant’s Walk, como se conocía el paseo marítimo, por delante del señor Trewthen y el señor Heddegan, que las siguieron hablando en voz muy alta.

No faltaban quienes calificarían a la señora Trewthen de buena madre, si bien es cierto que, por buenas que fueran sus intenciones, era una mujer torpe y nunca daba en el blanco. La causa podía achacarse a una leve sordera. En ese momento, como siempre, era ella quien llevaba la voz cantante.

—Ah, cuánto me alegro de que hayas llegado sana y salva. Todo está listo y organizado divinamente, y solo un infortunio podría impedir que te cases, a Dios gracias, tal como te conviene. Será una suerte que vivas puerta con puerta con tu

madre, ya lo verás. Me alegró mucho ver, en tus cartas, que tu palabra era sagrada para ti. Eso está muy bien… Hay que cumplir siempre con la palabra dada. La señora Wace parece una mujer muy sensata. Espero que el Señor se acuerde pronto de ella, lo mismo que se ha acordado de ti. ¿Y cómo fue el viaje de Tor-upon-Sea a Penzephyr? Supongo que nada más bajar del tren te sentirías como en casa. Bueno, Baptista, compórtate como es debido y verás cómo todo sale bien.

Con esta advertencia Baptista entró en su casa, seguida por su padre y el señor Heddegan. Su madre se había puesto tan didáctica que Baptista fue incapaz de sacar a colación los asuntos que ocupaban el centro de sus pensamientos.

La estancia familiar, con su techo oscuro, su mesa bien puesta y sus sillas viejas, nunca habían hablado con mayor elocuencia de los tiempos anteriores a que Baptista conociese a Charley Stow o hubiese siquiera oído hablar de él. Subió a su habitación para dejar sus cosas mientras su madre terminaba de preparar la cena y se ocupaba de los últimos detalles para la comida del día siguiente, que comprendía un amplio despliegue de tartas, desde tartas de pescado hasta tartas de nabo, desconocido hasta la fecha fuera del ducado occidental. Al verse a solas, Baptista se sentó sin hacer nada, y aún no se había quitado el sombrero cuando ya la estaban llamando.

—Ya voy —gritó, levantándose de un salto. Y a toda prisa se desprendió de la ropa de calle y se cepilló el pelo antes de bajar.

Habían llegado un par de amigos de su padre y del señor Heddegan, que la saludaron y lamentaron su inesperado retraso. La cena fue muy alegre para todos menos para la muchacha, que deseaba intimidad y no tenía ninguna. La idea de revelar lo ocurrido se le hacía cada vez más penosa. Todo cuanto veía alrededor, tanto los seres animados como los objetos inanimados, grandes y pequeños, se empeñaba en recordarle que había vuelto a casa para casarse, y no tenía la posibilidad de decir que no.

Algunos cantaron canciones, como ensayo de la celebración del día siguiente, hasta que llegó la hora de acostarse y los invitados se retiraron, poco después de que lo hiciera la señora Trewthen. Cuando Baptista volvió a encontrarse a solas, en su dormitorio, la situación seguía siendo la misma: había vuelto con mucho que decir y no había dicho nada.

Empezaba a ver con claridad que, muerto Charles, le faltaba el valor para dar la noticia que, de haber seguido él con vida, habrían anunciado los dos imperativamente. Y así, llegada la medianoche, la balanza se inclinó del lado contrario. Tenía que guardar el secreto. No es que en conjunto no pensara que lo mejor era contarlo todo, pero se sentía incapaz de tratar un asunto tan delicado. Anular la boda causaría en Giant’s Town una sacudida poco menos que volcánica. Abatida, cansada y sobrecogida por los sucesos del día, no se decidía a precipitar una catástrofe de semejante magnitud. Pero ¿cómo iba a rechazar a Heddegan sin ponerle al corriente de la situación? Pensó que su matrimonio estaba a punto de celebrarse como si nada hubiese ocurrido.

Llegó la mañana. Un abismo mediaba entre su existencia presente y los acontecimientos de los días previos. Charles Stow se había convertido en un ser especial, del que ahora, por el carácter que tenía el maestro, guardaba un recuerdo más temeroso que dulce y sentimental. Al despertarse oyó que sus padres ya estaban levantados, pero no se movió hasta que la voz de su madre resonó en las escaleras con la misma aspereza de la noche anterior.

—¡Baptista! ¡Es hora de ponerse en marcha! El novio llegará en tres cuartos de hora, si Dios quiere. Ya ha pasado un momento por aquí, y ha ido a la iglesia para asegurarse de que todo esté a punto.

Baptista se levantó, se asomó a la ventana y optó por tomar el camino más fácil. Poco después descendía de las regiones superiores de la casa ataviada con sus mejores medias, su vestido de seda nuevo, una chaqueta de lino, que se puso para desayunar, y sus zapatos de diario, para no estropear los nuevos.

No hace falta extenderse en los detalles de esta hora de la mañana. Baptista nada dijo, y se casó con Heddegan, tal como había prometido, aquel día de agosto.

V

Heddegan perdonó a la novia por su frialdad durante la ceremonia y en la celebración posterior, plenamente consciente de las reticencias con que ella había acatado aquel acuerdo entre vecinos y, como filósofo de larga trayectoria, convencido asimismo de que, con independencia de cuál fuese la actitud de Baptista en ese momento, transcurridos seis meses las condiciones serían las mismas que se establecían entre otras parejas casadas.

Un percance del todo inesperado vino a sacudir la languidez de Baptista una hora después de la ceremonia. Casi había terminado el banquete cuando el marido le dijo a su suegro:

—Pensamos irnos a eso de las dos. La brisa es muy favorable, y llegaremos al muelle nuevo de Pen-zephyr alrededor de las seis.

—¡Cómo!… ¿Es que vamos a Pen-zephyr? —preguntó Baptista—. No sabía nada.

—¿No se lo has dicho? —le dijo el padre a Heddegan.

Resultó que con las prisas, debido al retraso de Baptista, este plan, entre otras cosas, solo se había mencionado hacía ya tiempo como la vaga intención de hacer un viaje. Heddegan pensó que una escapada sería agradable, más aún si salían de la isla.

Baptista se afligió tanto al recibir la noticia que su marido propuso de buen grado renunciar al viaje, pese a que llevaba un año sin tomarse vacaciones. Acto seguido sopesó los inconvenientes de quedarse en Giant’s Town, donde todos estaban unidos por sus circunstancias personales casi como una familia, lo que propiciaba en ocasiones como aquélla críticas susceptibles de perturbar la calma de las jóvenes

recién casadas, y para Baptista, que se encontraba en una situación tan singular, esto era un especial motivo de preocupación. De ahí que, en contra de lo esperado, no quisiera alterar los planes de Heddegan. Aceptó por tanto el viaje de novios, y acordaron poner rumbo a la metrópolis del distrito en el velero de un vecino, según lo previsto.

De esta manera desembarcaron en Pen-zephyr sin contratiempos. Tras despedirse de Jenkin y de su ayudante, los recién casados se alejaron por el muelle cogidos del brazo: Baptista callada, fría y obediente. Heddegan pensaba llevar a su mujer hasta Plymouth antes de su regreso, pero tenía intención de pasar ese día en la ciudad a la que acababan de llegar. Lo primero era encontrar hospedaje, y tropezaron con dificultades inesperadas, pues por una u otra razón —quizá por el buen tiempo— los alojamientos más próximos estaban llenos de turistas y viajantes de comercio. Heddegan condujo a Baptista hasta una casa de huéspedes que, a pesar de sus escasas pretensiones, se encontraba en un punto de la ciudad tan bien situado como los demás y, no sin cierta sorpresa, a la vista de cuáles habían sido sus experiencias hasta el momento, encontraron que estaba vacía. El atento marido, pensando que Baptista tenía cierta educación artística, por más que él careciese de esta cualidad, consideró que lo más deseable, en una ocasión así, era instalarse en una habitación que ofreciera «buenas vistas» (expresión que había oído a menudo en boca de los turistas), y pidió por tanto un determinado alojamiento de la primera planta, provisto de un mirador en forma de arco, con el deseo expreso de disfrutar del panorama.

La patrona, después de unos instantes de vacilación, lamentó comunicarle que dicha habitación estaba ocupada, pero la contigua, y todas las demás estaban libres.

—El caballero que se ha quedado con la mejor habitación se marcha mañana, y entonces podrán instalarse allí —propuso, al ver que Heddegan ponía reparos a la opción inferior.

—Nosotros también nos vamos mañana, y ya no nos hará falta —dijo.

No queriendo perder unos clientes, ya que Heddegan estaba empeñado en conseguir la mejor habitación, la mujer dijo que quizá el caballero no tuviera inconveniente en trasladarse a la que ellos despreciaban, pues, aunque desde la ventana no se veía nada, la otra habitación era igual de grande.

—Eso estaría muy bien, si a él no le interesan las vistas —dijo Heddegan, con aire de ser muy entendido en cuestiones de arte.

—Estoy segura de que no —dijo la patrona—. Les prometo que tendrán la habitación que desean. Si tienen la bondad de dar un paseo, dentro de media hora estará lista, con su equipaje y el té esperándolos en el mirador.

El quisquilloso comerciante juzgó conveniente la proposición, y con esto salieron a pasear. Baptista, nerviosa, lo llevó en dirección contraria a la que había tomado el día anterior en compañía de Charles, y en su extremada palidez, aun cuando Heddegan no reparase en ello, se veía a las claras lo mucho que empezaba a arrepentirse del sacrificio que había hecho esa mañana para arreglar la situación.

Aprovechó un momento en que su marido volvía la espalda para preguntar en un comercio si se sabía algo del caballero ahogado.

—Sí, el mar ha devuelto su cuerpo a la orilla —dijo el dependiente, y le pasó a Baptista un periódico para que viese el titular: «Maestro de escuela ahogado en el mar», en el preciso instante en que Heddegan entraba en el establecimiento. Baptista podría haber seguido indagando sin levantar sospechas, pero no tuvo valor y, después de comprar lo primero que le vino a la cabeza, salió de la tienda casi corriendo.

—¿A qué vienen tantas prisas, querida? —dijo Heddegan, siguiéndola apresuradamente.

—No sé, no me gusta quedarme en las tiendas —contestó, con voz entrecortada.

—Pues no nos quedaremos —asintió él—. Son sofocantes en esta época del año. ¡Volvamos a tomar un té!

La deseada habitación los estaba esperando. Era una combinación de dormitorio y sala de estar, y la mesa ya estaba dispuesta junto al mirador, con el té y un ramo de flores en el centro, entre dos confortables butacas. Allí compartieron el refrigerio bajo la luz rojiza del sol poniente. Sin embargo, aunque las vistas se habían solicitado, sin reparar en gastos, para el exclusivo disfrute de Baptista, ella no manifestaba ningún interés por lo que se veía al otro lado de la ventana. Sus ojos iban tan pronto al suelo y a las paredes de la habitación como a la mesa y a otras partes, sin detenerse en nada.

Algo cambió de improviso. Estaba sentada enfrente de la puerta, y de pronto clavó allí su mirada, como un pájaro al ver una serpiente. Y es que, en un perchero que había detrás de la puerta, había un sombrero: un sombrero que, con toda certeza, por su hechura singular, era el sombrero de Charles Stow. Un billete de tren prendido bajo la cinta vino a corroborar esta convicción. Charles había guardado el billete allí; ella lo había visto.

Le castañetearon los dientes y empezó a murmurar palabras incoherentes. Su marido se sobresaltó.

—¡No estás bien! ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—¡Sales de olor! —pidió con desesperación—. En la botica donde acabamos de estar.

Heddegan se levantó de un salto, como el hombre inquieto y mayor que era, cogió su sombrero de encima de una cómoda y, sin fijarse en el que estaba colgado en la puerta, salió corriendo de la habitación.

Al verse a solas, Baptista miró y remiró el sombrero hasta que, presa de un espasmo, tocó la campana. Una doncella de aspecto respetable acudió a su llamada.

—¡Un sombrero! —murmuró Baptista, señalando con el dedo—. No es nuestro.

—Ah, sí. Ahora mismo me lo llevo —dijo la muchacha atropelladamente—. Es del otro huésped.

Habló con cierta torpeza y cogió el sombrero. Baptista había recobrado la compostura exterior.

—¿El otro huésped? —preguntó—. ¿Dónde está?

—En la habitación de al lado, señora. Se trasladó para complacerles a ustedes.

—¿Cómo puede decir eso? Si hubiera alguien ahí, yo lo oiría —replicó Baptista, sobreponiéndose para refutar lo que parecía una falsedad.

—Está allí —insistió la muchacha secamente.

—Pues es raro que no haga ningún ruido —dijo la señora Heddegan, acusando con la mirada a la doncella de estar mintiendo.

—Que no haga ruido no tiene nada de raro —contestó la doncella.

El temor se apoderó súbitamente de Baptista, como si una mano fría se posara en su corazón, al entrever la posibilidad de que la afirmación de la doncella y su propia impresión de los hechos fueran compatibles.

—¿Por qué no hace ruido? —preguntó con voz débil.

La muchacha guardó silencio y miró a su interlocutora.

—Si se lo digo, señora, ¿me promete que no se lo contará a la patrona? —susurró.

Baptista dio su palabra.

—¡Porque está muerto! Es el maestro que se ahogó ayer.

—¡Ay! —exclamó Baptista, y se cubrió los ojos—. Entonces, ¿ha estado aquí hasta hace un momento?

—Sí —asintió la doncella, pensando que la agitación de la señora era de lo más natural—. Le dije a la patrona que no me parecía bien ocultar a los huéspedes un asunto como es una muerte, pero me contestó que no había muerto de ninguna enfermedad contagiosa; que ella era una pobre mujer honrada, dijo, casada con un posadero, y tenía que cazar la ocasión al vuelo para ganarse la vida. Y por culpa de que habían traído aquí al ahogado, la pensión estaba vacía, mientras que todas las demás estaban al completo. Por eso, cuando su marido de usted se empeñó en quedarse con esta habitación, como ella no estaba dispuesta a perder unos buenos clientes, dijo, por nada del mundo iba a consentir que algo se interpusiera en su camino. Por favor, señora, no le diga que se lo he contado. Hemos cambiado la ropa de cama, y como la investigación no empezará hasta mañana, cuando se hayan marchado, la patrona pensó que al ser ustedes forasteros no se enterarían de nada.

Los pasos de Heddegan interrumpieron estas confidencias. Baptista despidió a la doncella con la mano, pues no estaba en condiciones de decir nada más. La muchacha se retiró al punto, y el señor Heddegan entró con las sales de olor y otras panaceas.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—No me gusta este sitio —dijo Baptista, casi a la vez que él hablaba—. ¡No lo soporto… no es de mi agrado!

—¿Eso es lo único que te pasa? —dijo Heddegan, malhumorado (demostrando por primera vez esta disposición de ánimo)—. ¡Te aseguro, Baptista, que esa reacción por una insignificancia pone a prueba la paciencia de cualquier hombre! ¡Mira que mandarme a por sales y ahora decirme que no te gusta la habitación que tanto dinero y tanta saliva me ha costado conseguir para ti! ¡Hay que fastidiarse! Dejémoslo ahí,

por el momento, querida, pero pensar en marcharse está fuera de lugar. A estas horas no encontraremos un sitio tranquilo… Ya has visto que todos los alojamientos de la ciudad son un hervidero de gente de todo pelaje, mientras que esto está tranquilo como una tumba, como si estuviéramos en pleno campo. Así que, confórmate, ¿me oyes? Mañana nos iremos, a la hora que tú quieras.

La obstinación de la edad finalmente pudo más que el afán de agradar, y Baptista optó por no insistir. El mero hecho de contarle a Heddegan que en la habitación contigua había un cadáver, y que hasta poco antes se encontraba en la suya, quizá hubiera bastado para lograr el efecto deseado sin necesidad de nuevas revelaciones, pero aludir a aquel asunto, siquiera veladamente, era superior a sus fuerzas. Se desmoronó de horror. En aquel estado de parálisis, solo era capaz de pensar en una cosa: que estaba condenada a quedarse en la espantosa proximidad del marido muerto y del vivo, y sus conjeturas se vieron confirmadas. Pasó la noche acostada entre los dos hombres con los que se había casado: Heddegan a un lado, y Charles Stow al otro lado del tabique al que daba la cama.

VI

El tiempo, en su bondad, interpuso un lapso de tres días entre el antedichosuceso y el presente de Baptista Heddegan. Eran las diez de la mañana. Habíaestado enferma, no en el sentido de padecer una dolencia concreta, sino en unestado de frío estupor del que apenas con dificultad lograba desprenderse para pronunciar unas pocas frases. Cuando su marido le preguntaba, ella respondía que se encontraba perfectamente.

El viaje como tal fue un fracaso. Llegaron a Falmouth, donde Heddegan por fin cedió a sus súplicas de volver a casa. No era fácil regresar sin pasar por Pen-zephyr, y allí estaban una vez más.

Baptista había encontrado en el tren un semanario local que incluía un párrafo sobre la investigación de la muerte de Charles. Anunciaba que el funeral iba a celebrarse el viernes, en su ciudad natal de Redrutin.

Tras conocer la noticia, no se mostró reacia a volver al escenario de la tragedia y puso la sola condición de alojarse en otro hotel. Relativamente animada y tranquila, a decir verdad mucho más serena que en su última visita a la ciudad, le dijo a David que le apetecía dar un paseo, ya que tenían tiempo en abundancia.

—¿De compras como de costumbre, querida?

—En parte, sí. Y creo que a ti te convendría quedarte aquí descansando, después de tanto trote.

Heddegan asintió y Baptista salió sola. Su primera parada, tal como había dicho, fue en una pañería. Sin molestarse demasiado en la elección, compró un sombrero negro, con un velo, y un vestido negro; el guardapolvo negro ya lo llevaba puesto. Le

envolvieron las prendas en un paquete que, pese al ofrecimiento de la dependienta, Baptista insistió en llevarse en mano. Con sus compras bajo el brazo, volvió a la estación y compró un billete para Redrutin.

Todo indicaba que, una vez superada la parálisis anímica del día anterior, y después de tomar la decisión de no arruinar la felicidad del marido vivo revelándole la historia del difunto, estaba igualmente decidida a dejarse llevar por cierto sentimiento de decoro femenino, por extraño e incoherente que fuese, pues con ello no hacía daño a nadie. Se apeó del tren en Redrutin, vestida con las prendas negras que había comprado en la tienda, tras cambiarse durante el trayecto en un compartimento vacío y guardar su ropa en la sombrerera y el paquete. Dejó estos bultos en el guardarropa y, preguntando discretamente, llegó a la ladera de un monte desde donde se veía el cementerio.

Faltaba poco para que diesen las dos. Un cortejo fúnebre subía por la carretera. Baptista se apresuró a alcanzarlo, y, cuando la procesión cruzaba las verjas del camposanto, se había sumado a la multitud sin llamar la atención de nadie.

Además de los familiares del maestro (que no eran pocos), la noticia de prensa que daba cuenta de su muerte por ahogamiento había congregado a numerosos vecinos, conocidos y curiosos. Confundida entre la gente recorrió despacio el camino sinuoso, primero hasta la capilla y luego a la sepultura. Terminado el entierro, cuando los parientes y los curiosos ya se habían retirado, se acercó al borde de la tumba. Sacó un ramillete de nomeolvides que llevaba escondido debajo del guardapolvo y lo arrojó sobre el ataúd. Minutos más tarde salió del cementerio y a las cinco estaba de vuelta en Pen-zephyr.

—¡Has tardado una eternidad! —protestó Heddegan—. Te concedí una hora como máximo, querida.

—Me ha llevado más tiempo —dijo ella.

—Bueno, digo yo que quejarse no sirve de nada. ¡Hay que fastidiarse! ¡Se te ve tan cansada y tan callada que no tengo valor para decirte lo que debería!

—Lo estoy… cansada y callada, David. Lo estoy. ¿Podemos volver a casa mañana sin falta?

—Podemos. ¡Y Dios quiera que así sea! —exclamó con vehemencia el marido, como si también él estuviese harto de la breve luna de miel—. Tengo que volver al trabajo el lunes por la mañana como muy tarde.

Cogieron el vapor a la mañana siguiente, y por la tarde llegaron a su casa en Giant’s Town.

Desde el momento en que puso los pies en la isla, Baptista tuvo la sensación de que le habían quitado un peso de encima. Heddegan atribuyó el cambio a la influencia de las brisas locales tras el bochornoso calor del viaje. Fuera como fuere, al verse instalada, a unas puertas de la casa de su madre, Baptista no tardó en recuperar su manera de ser habitual, que como ya se ha dicho era poco expresiva. Aceptó su situación serenamente y aprendió a sonreír cuando sus vecinos empezaron

a llamarla señora Heddegan y a decir que parecía destinada a convertirse en el adalid de la moda en Giant's Town.

Su marido ganaba bastante más dinero de lo que su padre había ganado nunca, y es posible que el hecho de verse dueña y señora de un entorno de abundancia que no había conocido hasta la fecha causara cierta impresión en Baptista. Pasaron una, dos y tres semanas, y, como era esencialmente dada a dejar que las cosas siguieran su curso, nada hizo por desvelar ni ocultar las huellas de su primer matrimonio, y tampoco por saber si existía alguna posibilidad —como con toda certeza así era— de que su precipitada boda llegase a oídos del vecindario en el momento más inesperado.

No había transcurrido un mes de su matrimonio, cuando una tarde en que Baptista estaba en el jardín de su casa, poco antes de que se pusiera el sol, vio pasar por el camino a un personaje ataviado con un abrigo negro y sucio y un maltrecho sombrero de copa, un individuo que, si bien resultaría de lo más común en los bajos fondos de cualquier ciudad, llamaba la atención en Santa Maria. El vagabundo, pues eso parecía, se fijó en ella nada más verla —sin sombrero era muy fácil reconocerla— y, con aire de cordial sorpresa, se acercó y se asomó por encima de la tapia.

—¡Qué! ¿No me reconoce? —dijo.

Baptista recordaba vagamente aquella cara, pero dijo que no lo conocía.

—Pues soy su testigo de boda, señora. ¿No se acuerda del hombre que estaba reparando la ventana de la iglesia cuando llegó usted con su futuro marido, y el cura me pidió que bajase de la escalera, y bajé, y escribí en el registro mi nombre y mi ocupación?

Baptista lanzó una rápida mirada a un lado y a otro. Su marido no estaba cerca. El hecho no habría tenido ninguna importancia, de no haber sido porque dicho personaje no había sido testigo de la boda con el señor Heddegan, sino de la que se celebró el día anterior.

—He sufrido un infortunio desde entonces, y estoy muy abatido —continuó el hombre—. Pero no es mi intención aguarle su alegría de recién casada con esos detalles. Sí, muchas cosas han cambiado desde entonces, aunque ha pasado muy poco tiempo… A ver… Hará un mes la semana próxima, creo, porque fue el primero o el segundo día de agosto.

—Sí, justamente —dijo otro hombre, un marinero, que apareció en ese momento con una pipa en la boca y estimó necesario intervenir (Baptista se había alejado, para eludir la conversación)—. Lo recuerdo porque ése fue el día en que pisé Giant's Town por primera vez, y los vi a ella y a su marido en el barco.

Los hombres, que seguían al otro lado de la tapia, entablaron entonces un diálogo que Baptista no pudo dejar de oír.

—Sí, yo firmé en el libro cuando se unieron en una sola carne —repitió el cristalero venido a menos—. ¿Dónde está su marido?

—Anda por ahí, en alguna parte de la casa, pero no se los ve muy juntos que

digamos —respondió el marinero bajando la voz—. Ya sabe usted que él es mayor que ella.

—¿Mayor? Nunca lo habría pensado, a juzgar por lo que vi. Era un joven muy bien parecido.

—¿Bien parecido? Bueno, ahí está… Juzguemos por nosotros mismos.

David Heddegan, efectivamente, acababa de asomar por una esquina del jardín, y el testigo de la boda, que miró con perplejidad al marido y a la mujer, vio cómo ésta palidecía.

Resultó que el cristalero venido a menos era listo y astuto —lo suficiente para medrar valiéndose de medios sencillos y directos—, y conservó la calma hasta que fue capaz de descifrar el acertijo, limitándose entonces a añadir con despreocupación:

—¡Vaya! ¡Sí que es verdad que el matrimonio cambia a los hombres! ¡Nunca lo habría reconocido!

Dirigió una extraña mirada a la atónita Baptista y, avanzando unos pasos para poder hablar con ella, le pidió que le hiciera un favor, en atención al que él le había hecho en su día. Al comprender que le pedía dinero, Baptista le dio unas monedas, y el cristalero se marchó al punto dándole las gracias.

VII

Se había librado de ser descubierta en esta ocasión, pero el incidente fue muy embarazoso, y tendría que haberle indicado a Baptista que el secreto acabaría por saberse tarde o temprano. Tal como estaban las cosas, sospechó, eso sí, que ésa no sería la última vez que tendría noticias del personaje.

Un par de días más tarde, estando su marido en la ciudad vieja, al otro lado de la isla, Baptista oyó que llamaban a la puerta, y el respetable testigo de su primer matrimonio apareció por segunda vez.

—¡Tardé horas en llegar hasta el fondo del misterio… horas! —dijo, con una expresión de complicidad que hirió a Baptista en lo más hondo de su orgullo—. Gracias a que tengo una buena cabeza por fin lo he resuelto. Verá, señora, yo no soy de esos que van por ahí contando historias, ni siquiera cuando son tan buenas como ésta. Pero regreso a tierra firme, y una pequeña ayuda me vendría como agua de mayo.

—Ya le ayudé hace dos días —dijo Baptista.

—Sí, pero ¿cuánto me dio, señora mía? No alcanzaba ni para pagar el pasaje a Pen-zephyr. He venido aquí por usted, porque me olía que había gato encerrado. Ahora tengo que volver. Téngalo en cuenta… Se vería usted en una situación muy delicada si su marido llegase a saberlo. Tiene mal genio, aunque también puede ser cariñoso.

Baptista sabía, lo mismo que su visitante, lo delicada que sería su situación, y el

dinero que le entregó en secreto fue ese día una suma mayor que la anterior. Tuvo no obstante la satisfacción de ver que el cristalero subía al vapor y se empequeñecía hasta perderse de vista. Aun así, comprendió que el procedimiento del que se había valido para comprar el silencio del testigo tendría consecuencias nefastas para la paz de su espíritu, especialmente si la cosa se prolongaba.

No volvió a saber del cristalero, y confió en que el problema se hubiera resuelto. Pero no había pasado siquiera una semana cuando, un buen día, paseando por Giant's Walk se encontró con el mismo personaje, en compañía de una mujer que llevaba un hatillo.

—Ésta es la señora, querida —le dijo el cristalero a su acompañante—. Ésta, señora, es mi mujer. Hemos venido con intención de instalarnos en la ciudad temporalmente, si es que encontramos dónde alojarnos.

—No lo encontrarán —dijo Baptista—. Aquí no puede vivir nadie que no sea un privilegiado.

—Yo lo soy —contestó el cristalero—. Por mi profesión.

Baptista siguió su camino, pero esa misma tarde recibió la visita de la mujer del cristalero. La honrada mujer empezó a describir, con convincentes matices, la necesidad de guardar el secreto.

—Yo intercederé ante mi marido, señora —dijo—. Es un hombre de fiar, si se sabe cómo llevarlo. Y le rogaré que considere su posición de usted. Tiene usted una casa muy bonita —añadió, echando un vistazo alrededor—, y conservarla bien vale un sacrificio.

La infortunada Baptista volvió a librarse del peligro por tercera vez, siguiendo el mismo procedimiento que en las dos ocasiones anteriores. Sin embargo, pensó que, si el ataque volvía a repetirse, apechugaría con la revelación de su secreto, aun cuando la situación hubiese empeorado con el intento de comprar el silencio por medio de sobornos. Sus torturadores, creyéndola incapaz de hacer tal cosa, se presentaron nuevamente, pero esta vez les dio con la puerta en las narices. Se retiraron, murmurando entre dientes, y Baptista fue en busca de su marido, que estaba detrás de la casa.

Miró a Heddegan, que seguía completamente ajeno a todo. El caso era grave, y eso Baptista lo sabía bien; y era aún más grave porque David le agradaba más que al principio. Pero, tal como empezaba a comprender, estos secretos siempre terminan por salir a la luz. Su nombre y el de Charles estaban escritos con tinta indeleble en el registro matrimonial, y aunque había transcurrido poco más de un mes, era un milagro que los parientes y amigos de Charles no se hubieran enterado de aquella unión clandestina. Preparándose para lo inevitable, le dijo a su marido:

—David, ven a casa. Tengo algo que decirte.

En un primer momento él apenas la miró. Baptista era consciente de que parecía preocupado desde hacía dos semanas, como si algún asunto privado no le dejase vivir en paz. Volvió a formular su petición.

—Sí, querida, ya voy —suspiró él.

Cuando entraron en la sala de estar y cerraron la puerta, Baptista repitió con voz débil:

—David, tengo algo que decirte. Es una especie de tragedia que te he ocultado hasta hoy. Sé que me odiarás por este engaño, pero espero que el hecho de que te lo cuente voluntariamente te haga pensar algo mejor de mí.

—¿Una tragedia? —dijo él, picado por la curiosidad—. ¡No creo que sepas tú mucho de tragedias, querida, llevando tan poco tiempo como llevas en el mundo!

Baptista comprendió que no sospechaba nada, y eso hacía que la empresa le resultase aún más difícil. Continuó de todos modos.

—Es algo que pasó antes de que nos casáramos.

—¡No me digas!

—No mucho antes… muy poco. Y se trata de un amante —balbuceó.

—Eso no tiene importancia —dijo él con gentileza—. La verdad es que tenía la esperanza de que fuese algo más grave.

—¡Tenías la esperanza!

—Pues sí.

Las palabras de Heddegan infundieron en Baptista el valor necesario.

—Me encontré con mi antiguo novio. Me despreció, se burló de mí, me desafió, y me casé con él. Estábamos a punto de venir para contarte lo que habíamos hecho, pero él se ahogó en el mar; entonces decidí que no diría ni media palabra, y me casé contigo, David, en busca de paz y tranquilidad. Pensaba ocultártelo, pero no puedo. Bueno… eso es lo esencial. ¡Estoy segura de que nunca podrás perdonarme!

Habló con desesperación, pero su marido, en lugar de ponerse rojo o morado, o de insultarla movido por la indignación, se levantó de un salto y se puso a dar brincos, como si no cupiera en sí de júbilo.

—¡Qué feliz coincidencia! ¡Qué bien me viene! —exclamó, chasqueando los dedos por encima de la cabeza—. Ja, ja… el vínculo está roto… ya veo cómo resolver mis problemas… ja, ja.

Baptista lo miraba sin decir palabra, pero al ver que Heddegan no paraba de reírse, se decidió a preguntar:

—¿Qué quieres decir? ¿Lo haces para atormentarme?

—¡No, no! ¡Ah, querida, tu historia me ayuda a resolver el dilema más doloroso en el que puede verse un hombre! Verás, yo también tuve una tragedia, y a menos que tú tuvieras una que contar, yo jamás me habría atrevido a contarte la mía.

—¿Y cuál es la tuya… cuál es? —preguntó Baptista, con una nueva perspectiva de la situación.

—Bueno… la mía es muy grave, ¡muy grave! —dijo él, fijando la vista en el suelo y enjugándose los ojos.

—¿No será peor que la mía?

—Eso depende de cómo se mire. La tuya solo tiene que ver con el pasado, y me

da igual. Verás, llevamos ya un mes casados; por eso no me afecta tanto como si llevásemos solo un par de días. Pero la mía tiene que ver con el pasado, el presente y el futuro, y…

—¡Pasado, presente y futuro! —murmuró Baptista—. Nunca se me había pasado por la cabeza que tú pudieras tener una tragedia.

—Pues ¡la tengo! —dijo Heddegan, moviendo la cabeza—. En realidad son cuatro.

—¡Cuéntalas!

—Sí, sí. Pero ten un poco de consideración, te lo ruego. No estaba soltero cuando me casé contigo, lo mismo que tú. Tú eras viuda y yo era viudo.

—¡Ah! —dijo ella, levemente sorprendida—. ¿Y eso es todo? Entonces estamos en paz —añadió con alivio.

—No… eso no es todo. Ahí está el problema. No solo soy viudo.

—¡Ay, David!

—Soy un viudo con cuatro tragedias… es decir, cuatro hijas que son unas mocetonas. La mayor es más alta que tú. ¡No te quedes tan pasmada! Verás, conocí a la pobre mujer, a su madre, en Pen-zephyr, y tuve relaciones con ella durante varios años. Bueno, por abreviar, al final nos casamos en secreto, justo antes de que muriese. He podido ocultarlo hasta ahora, pero está empezando a saberse. Me da mucha lástima de las niñas y creo que es mi deber traerlas aquí y hacer algo por ellas. No tenía valor para decírtelo, pero últimamente me he dado cuenta de que tarde o temprano llegaría a tus oídos, y eso me preocupaba.

—¿Son educadas? —preguntó la antigua maestra de escuela.

—No. Lamento decir que están muy dejadas; la verdad es que casi no saben leer. Por eso, pensé, si me casaba con una maestra joven, tendría en casa a una mujer que podría enseñarlas y educarlas, y encima me saldría gratis. Son demasiado mayores para ir a la escuela.

—¡Dios mío! —dijo Baptista, casi con un gemido—. ¡Cuatro niñas crecidas a las que enseñar lo más rudimentario, y todo el día en casa con ellas para que aprendan a leer! ¡Yo aborrezco enseñar! ¡Me mata! ¡Es el peor castigo que podía caerme!

—Te acostumbrarás a ellas, querida, y te sentirás aliviada, porque la compensación de los secretos, del mío con el tuyo, será una forma de justicia. Podría mandarles recado para que vengan esta misma semana… ¡Sí, eso haré! La verdad es que podría avisarlas hoy mismo. ¡No sabes el peso que me has quitado de encima, Baptista!

Así terminó el diálogo en lo tocante a esta cuestión. Baptista estaba demasiado atónita para decir nada más, y se retiró a su dormitorio a llorar por la doble humillación de Heddegan. ¡La educación era lo más odioso para ella! ¡Qué vergüenza engañar a una muchacha de esa manera!

Llegó la hora de cenar. Cuando se sentaron a la mesa, Baptista no soportaba la presencia de su marido. Él no quiso importunarla, aunque de vez en cuando se reía

por lo bajo, muy complacido del rumbo que habían tomado las cosas.

—¡Qué buena pareja hacemos! —dijo con satisfacción.

Al día siguiente, cuando llegó el vapor, Heddegan fue corriendo al muelle y poco después apareció en la puerta seguido de cuatro niñas altas, sin hombros ni caderas, que menguaban en estatura y tamaño de la mayor a la menor, como una hilera de flautas. David sonrió con simpatía por debajo del fleco de su bigote gris.

—Entrad y dadle la mano a vuestra madrastra con educación —dijo.

Fue así como Baptista conoció a las niñas. Heddegan se marchó y las dejó solas. Las pobres niñas resultaron ser no solo feúchas, cosa que Baptista podría haber perdonado, sino que por desgracia tenían una inteligencia muy escasa, y esto le hizo pensar que su compañía sería desesperante. Ni siquiera la mayor, casi de su misma edad, acertaba a leer con esfuerzo palabras de dos sílabas, y su gusto en el vestir era de todo punto inconcebible. Baptista se imaginó el largo futuro por delante y no vio nada más que la aterradora monotonía de su odiosa profesión sin perspectivas de recompensa.

Pasó los días siguientes desesperada, en un estado de ánimo tan penoso como poco prometedor para una mujer que aún no llevaba seis semanas casada. A sus padres se lo ocultó todo. Ellos eran de los pocos conocidos de Heddegan que no sabían nada de su secreto, y se indignaron al enterarse de que a su única hija le habían enjaretado una familia completa, pero Baptista no se sumó a los reproches paternos.

—No, todavía no lo sabéis todo —dijo.

Tuvo la suficiente sensatez para comprender que su situación era un caso de justicia retributiva. Por espacio de algún tiempo, siempre que tenía alguna conversación con Heddegan, cosa que ocurría en contadas ocasiones, Baptista decía:

—Sufro mucho, y tú lo sabes. Sin embargo, no quiero que las cosas sean de otra manera.

Pero un día, él le preguntó:

—¿Te gustan más ahora?

Y Baptista respondió inesperadamente:

—Mucho más. Puede que con el tiempo lleguen a gustarme mucho —dijo con voz tranquila.

Así comenzó una fase de mayor serenidad de espíritu para la escarmentada Baptista Heddegan. En verdad había descubierto, bajo la corteza de zafiedad y de torpeza expresiva natural en unas niñas que habían vivido como trogloditas, que aquellas hijas no deseadas tenían un carácter generoso hasta lo sublime. La estricta disciplina que se les impuso para reparar el daño cometido por su madre no tuvo el efecto de apabullarlas sino el de elevarlas por encima de toda ambición personal. Contemplaban el mundo y todo cuanto en éste había con pura y simple objetividad, y parecían aceptar su suerte como tantos otros seres humanos, de cuyas adversidades estaban al corriente aun cuando no las sufrieran.

Ésta era para Baptista una manera tan novedosa de encarar la vida que su atención

pasó de la sorpresa inicial a un interés profundo. Imperceptiblemente, su corazón se iba ensanchando en armonía con el de las niñas. Las escenas de su tragicomedia, de su vida, tan confusa hasta entonces, se le revelaban día a día con mayor claridad. Cada semana que pasaba en compañía de aquellas niñas, Baptista aprendía que en la humanidad, tal como ellas ejemplificaban, no había nada detestable sino una infinidad de motivos para la compasión. Poco a poco llegó a apreciarlas, y el aprecio se transformó en amor, y fue así como las niñas ofrecieron un inesperado punto de unión entre los intereses de Baptista y los de su marido, y de todo ello surgió al menos una valiosa amistad entre una pareja bajo la que pesaba la amenaza de no encontrar en su existencia ni amistad ni amor.

Octubre de 1885

Los amoríos de una lechera

I

Eran las cuatro y media según el testimonio del agrimensor (mi fuente autorizada en lo que atañe a los detalles de esta historia), un caballero con un levísimo rictus de burla; las cuatro y media de una madrugada de mayo, en la década de 1840. Una niebla densa y blanca se extendía sobre el valle del Exe hasta chocar con los montes del otro lado.

Y, aunque ningún punto del valle se veía desde las cumbres, distintas notas sonoras indicaban a las claras la bulliciosa actividad que allí se desplegaba. Esta presencia audible, combinada con la ausencia de visión, tenía un efecto singular por encima del nivel de la niebla. La naturaleza posaba una mano blanca sobre las criaturas afincadas en el valle, tal como se posa una mano en un nido de gorjeantes pajarillos.

Los sonidos que ascendían por el pálido manto eran mugidos de inquietud, mezclados con voces humanas agudas y graves, además del ladrido de un perro. Todos ellos, sumados al portazo de una cancela, indicaban a cualquier habitante del distrito, con la misma nitidez que la vista, que la hija del lechero Tucker estaba llevando las vacas de los prados a los establos. Una voz más ronca se sumó entonces al griterío humano y bovino, señalando que el propio lechero había salido a recibir al rebaño, cubo en mano y con un mandil blanco; y, cuando se incorporaron al coro varias voces femeninas, se hizo patente que las vacas ya estaban estabuladas y la faena a punto de empezar.

Todo quedó en silencio, y el borboteo de la leche en los cubos resonó en la quietud salpicada con las palabras de las ordeñadoras y los hombres.

—No te entretengas en el camino, Margery. Tienes que haber vuelto a la hora de desnatar la leche.

La voz ronca del lechero fue el vehículo de esta advertencia. La cancela volvió a cerrarse de un portazo, y al cabo de unos minutos algo surgió de la niebla.

La figura se reveló como la de una muchacha de andar ligero. Poco después se apreciaron los colores y otros detalles de su indumentaria: un vestido de algodón rosa claro (porque había terminado el invierno), un pequeño chal de lana a cuadros (porque el verano aún no había llegado), un pañuelo blanco anudado en la cabeza, por la niebla, la humedad y lo temprano del día, y un sombrero de paja con las cintas asomando por debajo del pañuelo, pues era probable que pronto luciera el sol.

Sus facciones eran las típicas de las familias de esta región: de expresión dulce, tonalidad perfecta y rasgos ligeramente irregulares. Los ojos eran del color de la avellana. Llevaba en el brazo una cesta de mimbre, con varios rollos de mantequilla sobre un lecho de hojas de col húmedas. Era la Margery a quien se le había advertido

de que no se entretuviera en el camino.

Siguió adelante campo a través, a veces por encima de la niebla, a veces por debajo, sin que ésta obstaculizase su misión, menos cuando la senda se volvía tanborrosa que dejaba de indicarle dónde estaban los escalones para saltar lasiguiente cerca. Era tanta la humedad que un sinfín de lombrices, en parejas, cubría el camino, hasta que se asustaban al oír unos pasos, aun tan ligeros como los de Margery, y corrían a esconderse en sus agujeros. La muchacha procuraba alejarse de los árboles. ¿Por qué razón? No había peligro de rayos en una mañana como aquélla. Aunque los caminos estaban secos, la niebla se concentraba en las ramas, y un goteo incesante atravesaba como balas el pañuelo protector y estropeaba las cintas del sombrero. Las hayas y los fresnos parecían especialmente cargados de agua, a la vista de que goteaban con más malicia que los demás. Estas observaciones eran un claro ejemplo de la agudeza con que las mujeres perciben los sutiles estados de la naturaleza: un hombre que atravesara esos campos difícilmente se habría fijado en el goteo de los árboles.

En menos de una hora recorrió más de seis kilómetros y llegó a una casa de campo con celosías en las ventanas, en un lugar muy apartado. Una mujer adormilada y entrada en años le abrió la puerta. Margery le dio la mantequilla.

—¿Cómo está la abuelita esta mañana? —dijo—. No puedo subir a verla, pero dile que le he traído lo que le habíamos prometido.

Su abuela no estaba peor de lo habitual y, cuando le devolvieron la cesta vacía, la muchacha se dispuso a cumplir con una secreta intención que no formaba parte de las órdenes recibidas. En vez de volver a la granja para desnatar la leche, encaminó sus pasos a una pequeña ciudad vecina, pero antes de que hubiese llegado muy lejos se encontró con el cartero, cargado de sacas de correspondencia que aún no había podido entregar.

—¿Han abierto ya las tiendas, Samuel? —preguntó Margery.

—Pues no —contestó el encorvado cartero, sin ponerse derecho—. No abrirán hasta dentro de una hora, menos el talabartero y el ferretero, y el chico que arregla las máquinas de los granjeros. Abren a las seis y media, el panadero, a las siete y media, y el pañero a las ocho.

—¡Ah, el pañero a las ocho! —dijo Margery. Era evidente que su interés se centraba en la tienda de paños.

El cartero se fue por un camino lateral, y Margery, como si pensara que ya que no podía ir de compras mejor sería volver a desnatar la leche, volvió sobre sus pasos.

La carretera principal que partía de allí era cómoda, pero también sinuosa. El camino más corto era saltar la cerca y atravesar las tierras de una antigua y pintoresca casa solariega, cuyas chimeneas asomaban someramente entre los árboles. Como la casa llevaba cerrada muchos meses, Margery optó por tomar este atajo. Echó a andar entre los laureles, cubriéndose el sombrero con el chal para mayor protección, saltó una tapia interior, siguió adelante entre más matorrales y se dispuso a salir a campo

abierto. Antes de hacerlo miró cautamente alrededor como una furtiva. No era la primera vez que entraba en una finca privada, pero últimamente, y de sopetón, había caído en la cuenta de que ya era casi una mujer, y no podía obrar de este modo con la misma libertad de antes. Siguió adelante de todos modos, hasta que se encontró de frente con la fachada de la casa, despejada de niebla.

Era una construcción de tamaño mediano, sin pretensiones, con los muros de piedra y elevada sobre un zócalo, al estilo italiano popularizado por la escuela de Inigo Jones. Un sendero llevaba al césped, alzado sobre una escalinata. Los postigos estaban cerrados y las persianas de los dormitorios bajadas. Consciente de que ningún guardia cascarrabias podía verla desde las ventanas, se permitió aflojar el paso y pasear tranquilamente entre los arriates de flores. Una casa con los postigos abiertos es un posible espía, y como tal debe tratarse; una casa cerrada es un insensible montón de piedra y mortero a la que enfrentarse con indiferencia.

Al otro lado de la vivienda la pradera ascendía hasta un promontorio, donde se había erigido uno de esos curiosos pabellones de verano que a veces se emplazaban en los puntos que ofrecían las mejores vistas y se conocían como cenadores. En este caso constaba de cuatro paredes que irradiaban de un punto central como los brazos de un molinete, con asientos en las esquinas, de tal forma que, aun cuando entrase el viento, siempre había un rincón protegido desde el que contemplar el paisaje.

La lechera subió la cuesta campo a través y pasó por delante de esta construcción. Como no temía que pudiesen verla y reprenderla por allanar una propiedad privada, dejó volar sus pensamientos a otros asuntos, pero apenas se había alejado del pabellón cuando oyó que un pie o unos pies arañaban la gravilla a sus espaldas. Había alguien en el cenador, al parecer sentado al otro lado, y así se demostró cuando, al volverse Margery, vio un codo, el codo de un hombre, apoyado en el borde del parapeto.

No le hacía demasiada gracia bajar la cuesta bajo la mirada de aquella persona, y no tenía más remedio si quería seguir su camino, pues, como intrusa que era, se exponía a que la abordasen para preguntarle qué se le había perdido por allí. Así, se acercó con sigilo al pabellón y se sentó al otro lado del parapeto, con la intención de no moverse hasta que el hombre se hubiera marchado.

Pero él no parecía tener ninguna prisa. Qué había podido llevarlo al cenador, qué lo retenía allí a las seis de la mañana, un día de niebla, cuando ni se veía el valle ni podía disfrutarse de las vistas, eran circunstancias que desconcertaron no poco a Margery. El hombre no se movía, y Margery empezaba a impacientarse. El rastro de unas pisadas en la hierba mojada de rocío, que formaban una línea desde las escaleras de la casa, indicaban que el hombre vivía allí y no era un transeúnte ocasional. Por fin se atrevió a asomarse.

II

Un caballero de buena estampa y bigote oscuro, en batín y zapatillas, estaba sentado en medio de la humedad, sin sombrero. Se agarraba la frente con una mano y tenía la otra mano en la rodilla. Su actitud delataba sin lugar a dudas un estado de angustia mental. Era muy distinto de todos los hombres a los que Margery estaba acostumbrada a ver. Nunca había visto un bigote, pues no era costumbre entre los civiles en el Bajo Wessex gastar bigote por aquel entonces. Tenía las manos y la cara blancas, como un cadáver a juicio de Margery, y parecía ajeno a todo lo que no fuera su propia existencia. Estaba inmóvil, como los arbustos de los alrededores, tanto que apenas parecía respirar.

Tras cometer la imprudencia de entrar en la finca, Margery quiso salir sin ser vista, pero al mover un pie con esta intención arrancó un crujido a la gravilla. El caballero se sobresaltó, desconcertado, y se guardó algo en el bolsillo del batín. Margery estaba casi segura de que era una pistola. Se miraron atónitos el uno al otro.

—¡Dios mío! ¿Quién eres? —preguntó él con tono severo y un acento que no era del todo inglés—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Margery ya había empezado asustarse por la osadía de invadir el jardín y el cenador. La casa tenía dueño, y ella no lo sabía.

—Me llamo Margaret Tucker, señor —dijo con aire sumiso—. Soy la hija del lechero Tucker. Vivimos en la granja Silverthorn.

—¿Qué haces aquí a estas horas de la mañana?

Margery se explicó, incluso confesó que había saltado la cerca.

—¿Y por qué me estabas espiando?

—Vi su codo, señor. Y me preguntaba qué estaría haciendo.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Nada. Tenía usted una mano en la frente y la otra en la rodilla. Espero que no esté enfermo, señor, que no le pase nada grave. —Margery tuvo el tacto suficiente para no mencionar la pistola.

—¿Y a ti qué más te da si estoy enfermo o si me pasa algo? No me conoces.

Ella no contestó, consciente de que tal vez se había tomado demasiadas libertades al expresar sus simpatías. Pero lo miró furtivamente y comprendió, con sorpresa, que el caballero parecía conmovido por esta muestra de interés humano formulada con tanta sencillez. Nunca se habría imaginado que un caballero tan alto y adusto supiera lo que eran los buenos sentimientos.

—Bueno, agradezco mucho tu interés por mí —dijo, con una leve sonrisa, y fingió una indiferencia que, hasta para una muchacha como Margery, solo delataba aún más la melancolía que ocultaba—. No he podido dormir esta noche. Padezco de insomnio. Seguro que a ti no te pasa lo mismo.

Margery se echó a reír, y el caballero observó con interés la favorecedora imagen de la muchacha: la piel lozana, el pelo castaño, los ojos cándidos, los modales torpes, el vestido de campesina, las manos enrojecidas, la cesta de mimbre vacía y el pañuelo sobre el sombrero de paja.

—Bueno —repitió, tras este escrutinio—. No debería haberle hecho esa pregunta a quien es la viva estampa de la naturaleza… Mi buena amiga —añadió, adoptando de nuevo un tono amargo y trasluciendo su tristeza con su postura—, tú no sabes qué nubes tan negras pueden cubrir las vidas de algunas personas, y lo cobardes que son algunos hombres cuando las ven llegar. Para huir de sí mismos, viajan, alquilan residencias pintorescas y practican deportes al aire libre. Pero ¡este sitio es muy triste, y la niebla esta mañana era espantosa!

—La niebla no es más que una muestra de orgullo de la mañana —dijo Margery—. Ya verá como termina haciendo un buen día.

Hizo ademán de seguir su camino, pero el caballero la detuvo, la detuvo con sus palabras, hablando de la primera cosa inocente que le vino a la cabeza. En su intención de retenerla había un propósito más serio de lo que insinuaban sus palabras. Parecía temeroso de quedarse a solas.

Allí seguían cuando la silueta del cartero, del que Margery se había despedido un cuarto de hora antes en su sinuoso reparto, se dibujó en la niebla y cruzó el jardín a los pies del cenador en dirección a la puerta de la casa. Indicando a Margery con la mano que se escondiera detrás de la esquina del pabellón, el caballero hizo una seña al cartero para que le acercase la correspondencia. El cartero así lo hizo y prosiguió su ronda.

El caballero abrió la bolsa y la tiró encima del asiento tras sacar de ella una carta. La leyó atentamente y mudó el gesto.

La transformación fue casi fantasmagórica, como si el sol irrumpiera de pronto entre la niebla para iluminar sus facciones, que se volvieron claras, luminosas, radiantes incluso. Sin embargo, este cambio podía operarse en el más común de los seres humanos, siempre que no tuviera un rostro hierático y hubiera hecho del artificio hábito natural. Se volvió a Margery, que una vez más empezaba a alejarse, y la cogió de la mano casi como si fuera a abrazarla, pero contuvo su impulso.

—Mi ángel de la guardia —dijo—, mi buena amiga… ¡Me has salvado!

—¿De qué? —se atrevió a preguntar ella.

—Es posible que eso nunca llegue a saberlo.

Margery se acordó del arma y adivinó que la carta que el caballero acababa de recibir era la causa de este cambio de humor, pero nada dijo, hasta que él le preguntó:

—¿Cómo has dicho que te llamas, dulce muchacha?

Ella repitió su nombre.

—Margaret Tucker. —El caballero se inclinó y estrechó su mano—. Siéntate un momento… solo un momento —añadió, señalando el extremo del banco y acomodándose él en el contrario, para no causarle ninguna turbación. Margery se sentó—. Quiero hacerte una pregunta —prosiguió el caballero—, y me gustaría que respondieras con total confianza. ¡Me has salvado de cometer una locura! ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada, señor.

—¿Nada?

—Mi padre es un hombre adinerado, no necesitamos nada.

—Pero seguro que podría prestarte algún servicio, tener algún detalle contigo, presentarte alguna ofrenda votiva, para que en tu memoria quede grabado de por vida que no soy un hombre desagradecido.

—¿Por qué tendría que estarme agradecido, señor?

—Hay cosas que es preferible no decir —contestó el caballero, negando con la cabeza—. Y ahora, piénsalo. ¿Qué te gustaría más que nada en el mundo?

Margery fingió que reflexionaba y al momento se puso a pensar en serio, pero respondió con la misma negativa tajante. No acertaba a decidir qué le gustaría más que nada en el mundo; le resultaba demasiado difícil, así a bote pronto.

—Muy bien… no te apresures. Tienes todo el día para pensarlo. Esta tarde iré a verte. ¿Dónde dices que vives?

—En la granja Silverthorn.

—Pasaré por allí al atardecer, de vuelta a casa. ¿A eso de las ocho habrás pensado qué pequeño capricho te gustaría más que ningún otro?

—Sí, señor —contestó la muchacha, que empezaba a ilusionarse con la idea—. ¿Dónde quiere que lo espere? ¿O vendrá usted a mi casa, señor?

—Eso no. No deseo que se conozcan las circunstancias en las que nos hemos conocido. Sería lo más indicado, pero no.

También Margery parecía preferir que él no llamase a su puerta.

—Saldré a su encuentro, señor. Mi padre tiene un carácter imprevisible y a veces…

Acordaron que ella se asomaría a la cerca que rodeaba el jardín de su padre y que él pasaría por allí para recibir su respuesta.

—Margery —dijo el caballero a modo de conclusión—, ahora que me has sorprendido en una situación tan apurada, ¿piensas contarlo y convertirme en blanco de las habladurías?

—¡Ni mucho menos, señor! —le aseguró, de todo corazón—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—¿No lo dirás nunca?

—Nunca, nunca contaré lo que ha ocurrido aquí esta mañana.

—¿Ni a tu padre, ni a tus amigos, ni a nadie?

—A nadie en absoluto.

—Con eso me basta. Veo que dices la verdad, querida muchacha. Ahora tienes que irte. ¡Adiós!

Margery bajó la colina un poco incómoda, consciente de que el desconocido no le quitó los ojos de encima hasta que la niebla la envolvió por completo. Ya no se daba cuenta de cómo goteaban los árboles, pues iba absorta en otras cosas. ¿De verdad había salvado a aquel apuesto, melancólico e insomne extranjero que estaba tan angustiado hasta que recibió la carta? ¿Qué estaba a punto de hacer? Sospechaba que

el caballero contemplaba la idea de quitarse la vida. Y, si el incidente ya era extraño de por sí, a Margery le pareció todavía más extraño. Los colores dispares se realzan mutuamente al ponerse uno junto a otro, y lo mismo sucede con las vidas dispares.

Cuando llegó al otro extremo de la finca volvió a encontrarse por tercera vez con el cartero. El hombrecillo recorría veinticinco kilómetros al día siguiendo el trazado del camino de postas; doce y medio desde la ciudad y otros doce y medio de vuelta por la noche. Pero entre zigzags, desvíos, senderos campo a través, rodeos a granjas, curvas y triángulos hasta aldeas remotas, terminaba andando cerca de treinta y tres kilómetros. De ahí que Margery, que venía en línea recta, coincidiera con él tras su larga pausa.

La culposa sensación de haber pactado un trágico secreto con un apuesto y desconocido caballero le impidió al principio acercarse a charlar con el cartero. Pero estaba tan alterada por la aventura que cuando el hombre encorvado por el peso de las sacas se dirigió a ella, le respondió de inmediato.

—Ha cruzado usted la finca de Mount Lodge, señorita Margery, de lo contrario no nos habríamos encontrado aquí —dijo el cartero—. Bueno, parece que por fin alguien ha alquilado la casa.

La muchacha reconoció que así era, y se atrevió a preguntar quién podía ser el caballero.

—¡Qué cosas tiene, chiquilla! ¿Es que no lo sabe? Bueno, ¿cómo va a saberlo, si él acaba de llegar? Verá, supuestamente es un caballero que ha venido a pescar, a pasar el verano. En realidad es un noble extranjero, pero lleva tanto tiempo viviendo en Inglaterra que ya no es de ninguna parte. En las cartas a veces lo llaman barón, a veces hidalgo, así que debe de haber nacido con una fortuna que no se gana en la vida ni manchándose las manos ni obrando como un buen cristiano. Esta mañana estaba en el jardín, contemplando la niebla. «Buenos días, cartero —me dijo—. Deme la bolsa.» Es un caballero la mar de educado, sí, señor.

—¿Y dice usted que ha alquilado la casa para pescar?

—Eso dicen, y supongo que será verdad, pues no veo para qué otra cosa podría ser. Pero lo cierto es que no anda bien de salud, según tengo entendido. Por lo visto ha tenido una vida azarosa. El humo de Londres se le metió en los pulmones y casi ni comer podía. Eso sí, a mí no me habría importado dirigir su cocina.

—¿Y cómo se llama?

—¡Ahí me ha pillado! Es un nombre endiablado para la lengua de un hombre, hasta de una mujer, a menos que tenga una buena educación y lo vea escrito con tinta y pluma. Empieza por X, y ¿quién, si no tiene por dentro la maquinaria de un reloj, es capaz de pronunciar un nombre así? Pero es así como viene en sus cartas. —Y escribió en el suelo con la punta del bastón:

BARÓN VON XANTEN

III

El día, tal como pronosticara Margery, resultó magnífico; y es que los niños del valle del Exe se empapaban de sabiduría climática lo mismo que de sopas de pan. Emocionada por la perspectiva del próximo encuentro, Margery cumplió con sus obligaciones en casa de su padre como un autómata.

Ordeñó, desnató la leche y también hizo queso. Su padre se quedó dormido en el banco de madera, los demás trabajadores se fueron a casa y el reloj indicó que eran las ocho menos cuarto. La muchacha se vistió con esmero, subió a la parte más alta del jardín y se asomó por encima de la tapia. Una luna grande colgaba a poniente y no había en el cielo una sola nube a la vista. Nada se movía, salvo a escala minúscula, y Margery se acodó en la tapia para escuchar al chotacabras, que hacía oír su voz desde la rama de un árbol solitario en mitad de la ladera.

Allí siguió esperando hasta que pasaron tres cuartos de hora desde el momento señalado, pero ningún barón hizo acto de presencia. Estaba completamente enfrascada en una idea, y se llevó una decepción enorme. Por fin oyó los cascos de un caballo en la tierra blanda, al otro lado de la tapia, que se acercaba desde los prados, al tiempo que avistaba la silueta del desconocido que volvía a casa, tal como había dicho.

La luz de la luna bañaba el rostro de Margery, destacándolo sobre la tapia del jardín.

—Ah, amiga mía… ¿Cómo te llamabas? ¡Margery! —dijo el caballero—. ¿Qué haces aquí? Ahora me acuerdo, claro… Quedamos en vernos. Y tenía que ser a las ocho… *proh pudor*[1]! ¡Cuánto te he hecho esperar!

—Da igual, señor. Se me ha ocurrido una cosa.

—¿Se te ha ocurrido una cosa?

—Sí, señor. Dijo usted esta mañana que pensara en lo que más me gustaría en el mundo, y ya lo he decidido.

—Lo dije, es cierto —contestó el caballero, haciendo memoria—. Recuerdo que tengo una buena razón para estarte agradecido. —Se tocó la frente con una mano que al momento alzó el vuelo y fue a posarse en Margery sin soltar la brida—. Quería hacerte un regalo o darte un capricho, y a ti no se te ocurría nada. Ahora ya lo sabes. Dime de qué se trata y cumpliré mi palabra.

—Quiero ir al baile del regimiento de caballería de los voluntarios del condado que se dará este mes.

—¿Al baile del regimiento de caballería… al baile del regimiento de caballería? —murmuró él, como si de todas las peticiones posibles fuera la que menos se esperaba—. ¿Y dónde será ese baile?

—En Exonbury.

—¿Ya has ido alguna vez?

—No, señor.

—¿A ningún baile?

—No.

—Pero ¿yo no hablé de un regalo, de un obsequio?

—O de un capricho.

—Ah, sí, un capricho —repitió, como si se viera en un pequeño aprieto—. ¿Y con quién quieres ir?

—No lo sé. Eso no lo he pensado todavía.

—¿No tienes un amigo que pueda llevarte si yo consigo una invitación?

Margery miró la luna.

—Nadie que sepa bailar —dijo, y añadió con vacilación—: He pensado que tal vez…

—Pero, mi querida Margery —interrumpió él, como si adivinara sus inocentes sueños de caballeros andantes—, es muy raro que solo se te ocurra ir al baile del regimiento de caballería. Piénsalo bien. ¿Seguro que no quieres otra cosa?

—Seguro, señor —dijo tajantemente. A primera vista nadie habría detectado en esa cara bonita ninguna señal de decisión, pero era discernible. La boca, aunque dulce, tenía un contorno firme; las cejas eran bien perfiladas y se acercaban la una a la otra—. Lo he estado pensando todo el día —continuó con tristeza—. De todos modos, señor, si se arrepiente usted del ofrecimiento, sabré disculparlo.

—¿Arrepentirme? Claro que no, Margery —dijo, muy ofendido—. Te desmostraré que soy un hombre de palabra y no dejaré de satisfacer las esperanzas que haya podido alimentar en tu corazón. Si está en mi mano —añadió con repentina firmeza—, irás al baile del regimiento de caballería. ¿Dónde va a celebrarse?

—En el salón de actos del Ayuntamiento.

—¿Y hay alguna posibilidad de que alguien te reconozca? ¿Conoces a mucha gente?

—La verdad es que no, señor. No conozco a nadie que vaya a los bailes.

—Muy bien. Irás, si tanto lo deseas. Y si no hay otra manera de resolver el problema de que alguien te acompañe, yo mismo te llevaré. ¿Te gustaría? Sé bailar.

—Sí, señor. Eso ya lo sé, y pensaba que a lo mejor se ofrecía. Pero ¿me traerá a casa después del baile?

—Naturalmente que sí. Por cierto, ¿tú sabes bailar?

—Sí.

—¿Qué bailes conoces?

—El *reel*, la giga y otros bailes campesinos, como *El velero nuevo, Tras los pasos de mi amada, Deprisa a la boda, La escuela de baile de marineros, El quickstep favorito* y *La danza del capitán White*.

—Excelente repertorio… ¡muy bueno! Aunque me temo que eso ya no se baila. Pero si tienes instinto enseguida remediaremos tu ignorancia. Enséñame cómo bailas.

Margaret se alejó de la tapia hasta el sendero del jardín y, recogiéndose las faldas, ejecutó los pasos que todavía en estos tiempos siguen siendo comunes en los bailes

de la alegre Inglaterra rural. Sus movimientos, aunque dotados de gracia, no eran precisamente propios de un moderno salón de baile.

—Muy bien, amiga mía —la animó el barón—. Bailas muy bien… con todo el cuerpo… Y eso es más que suficiente por hoy. Yo diría que así es como bailaban en los tiempos de vuestro Chaucer, pero la gente ya no baila así, y eso hay que tenerlo en cuenta. Primero me informaré un poco más sobre ese baile, y después vendré a verte.

—Si tiene usted que tomarse demasiado trabajo, señor, yo…

—No, no. Ya se me ocurrirá algo. No hay por qué preocuparse.

Dicho esto señaló la tarde y la hora en que pasaría por allí, montó en su caballo y se fue.

Cuando llegó el momento acordado, a la hora exacta en que el sol cedía su puesto a la luna para iluminar la granja Silverthorn, Margery volvió a encontrarse con el barón, que esta vez no venía a caballo. La tristeza que lo abrumaba en su primer encuentro, y que aún se traslucía en el segundo, había desaparecido por completo. Estrechó con fuerza la mano de Margery desde el otro lado de la tapia.

—¡Mi buena amiga! ¡Dios te bendiga! —dijo con mucho afecto—. ¡No puedo dejar de pensar en esa mañana! Al principio estaba demasiado angustiado para darme cuenta de la trascendencia que tuvo aquel encuentro. Tú no lo sabes todo, pero tu presencia fue un milagro. Y ahora pasemos a ocuparnos de cosas más alegres. Tengo mucho que contarte… si es que sigues queriendo ir a ese baile.

—Claro que sí, señor… Si usted no tiene inconveniente.

—No te preocupes por eso. Lo que he sabido simplifica mucho las cosas. Además de tu baile en Exonbury, habrá otro al mismo tiempo en el condado vecino. Éste no se celebrará en el Ayuntamiento, como de costumbre, sino en casa de lord Toneborough, que es el coronel del regimiento y, me parece a mí, quiere estar a bien con los voluntarios, porque su hermano va a establecerse en el condado. Puedo llevarte a su casa fácilmente, y la ventaja de este baile es que allí nadie te conocerá, y a mí tampoco. Pero si prefieres ir al otro…

—No, señor. Lo que yo quiero es ver un baile, porque no sé cómo es. Me da lo mismo dónde sea.

—Bien. En ese caso me vendrá mejor llevarte allí, donde no hay posibilidad de que nos reconozcan. Una vez zanjado este asunto, lo siguiente son los bailes. El *reel* y otras danzas ya no están de moda. Verás… hay un nuevo baile que está muy de moda en Almack’s y en todas partes, y la gente se ha vuelto loca.

—¡Eso es terrible!

—Bueno, es solo una manera de hablar… volverse loco. En realidad se trata de una antigua danza de los segadores, pero así son las modas. Caló en la buena sociedad y en una sola temporada se ha extendido por todo el continente.

—¿Y cómo se llama?

—La polka. Está causando furor entre los jóvenes, que son los que más bailan; y los viejos, que llevaban años sin bailar, han vuelto a soltarse. Los tiene a todos

entusiasmados. Llegó a Londres hace apenas unos meses, y ya se baila en todo el país. Ésta es tu oportunidad, mi querida Margery. Bastará con que aprendas este baile. No creo que allí se baile otra cosa. Además, es facilísimo. Yo lo conozco bien y puedo enseñarte los pasos. ¿Quieres que probemos?

Margery dudó unos instantes antes de decidirse a saltar la tapia, que era un Rubicón en varios sentidos. Pero la extraña fascinación que el barón ejercía sobre ella, con todo lo que decía y todo lo que hacía, pudo más que su prudencia. Y saltó la tapia.

Retirándose a un rincón entre dos altos arbustos, donde la hierba era elástica, el barón puso una mano en el talle de Margery para practicar el baile que había encandilado al mundo entero. En vez de tararear murmuraba números, y Margery, como es de suponer, mostró no poca aptitud para seguir sus indicaciones. Así empezaron a dar vueltas, perseguidos por las sombras de la luna que proyectaban las ramas.

La clase duró alrededor de media hora. De buenas a primeras, con cierta brusquedad, el barón ayudó a Margery a saltar la tapia y se quedó mirándola desde el otro lado.

—¡Qué cosa tan rara acaba de pasar! —dijo—. ¡Tendré que poner todo mi empeño para recobrar la cordura!

Margery siempre aseguró que había en el barón una especie de fuerza sobrehumana, un impulso imperioso y mágico, cuando bailaba con ella. Sin embargo, es posible que las emociones latentes le jugasen una mala pasada al recordar la escena, y hay que tener cuenta, a la hora de creerla, que a esa edad la joven tenía una imaginación muy viva. De todos modos, no cabe duda de que el desconocido, fuera quien fuese y con independencia de sus facultades, le enseñó los rudimentos del baile moderno cierta noche, a la luz de la luna, en un rincón del jardín de su padre, tal como se demostró al revelar Margery unos conocimientos sobre el particular que no habría podido adquirir de otra manera.

Él dominaba los pasos de baile, ella era la más ágil de las muchachas, y a primera vista podría parecer lo más natural que las cosas siguieran por este camino. Pero la situación tenía otro lado, y tanto si el barón era una mala hierba como si no, parecía cuestionable que esta amistad pudiese conducir a la felicidad. «Un idilio fugaz y una posible calamidad»: así es como podrían resumirlo las personas de mentalidad práctica.

Margery estaba en el paraíso, aun cuando a esas alturas no estuviera claramente enamorada del barón. Lo que sentía era más misterioso, más próximo a la veneración. Mientras él seguía mirándola desde el otro lado de la tapia, ella se atrevió tímidamente a sacar a colación un asunto que al parecer le preocupaba desde hacía algún tiempo.

—¿Necesitaré un vestido de baile, señor?

—Desde luego. Y tendrás un vestido de baile.

—¿De verdad?

—¡Faltaría más! Yo no hago las cosas a medias para mi mejor amiga. Ya he pensado en el vestido y en otros detalles.

—¿Y le parece que bailo bien?

—Bailas muy bien… muy bien. —Hizo una pausa, se quedó pensativo y la miró fijamente—: Margery, ¿tú confías en mí sin reservas?

—Claro que sí, señor —contestó vivamente—. Solo espero no causarle demasiadas molestias y saber comportarme en sociedad.

El barón se rió de un modo peculiar.

—Yo creo que eso puedes darlo por sentado. Pero, a lo que íbamos… El baile será el día 25, o sea, el jueves de la semana que viene, y el único inconveniente para lo del vestido es la talla. ¿Qué te parece si me prestas esto? —dijo, poniéndole una mano en el hombro para señalar la chaqueta entallada que Margery llevaba puesta.

Margery era toda obediencia. Se quitó la chaqueta y se la dio al barón. Él la enrolló y la estrujó con todas sus fuerzas hasta dejarla reducida al tamaño de una manzana para guardársela en el bolsillo.

—Lo siguiente es conseguir el consentimiento de tu familia para que puedas ir al baile. ¿Has pensado en eso?

—Solo tengo a mi padre. Puedo decirle que me han invitado a una fiesta. No creo que le moleste. Pero preferiría no decírselo.

—A mí me parece que deberías informarle de tus intenciones. Te lo recomiendo vivamente. —Habló como si no estuviera al corriente de las costumbres de los campesinos ingleses en esos asuntos, y añadió—: De todos modos, la decisión es tuya. Yo no entiendo de estas cosas. Y en cuanto a la manera de ir al baile, te contaré lo que he decidido. La casa de lord Toneborough está en dirección contraria a la mía, así que me esperarás en Three-Walks-End, en Chillington Wood, a unos cuatro kilómetros y medio de aquí. ¿Lo conoces? Bien. Desde allí tendremos otros ocho o nueve kilómetros… hay que tenerlo en cuenta, porque es bastante. Y ahora, por última vez, ¿estás segura de que quieres este capricho y ningún otro? Aún no es tarde para cambiar de opinión. ¿No se te ocurre otra cosa… algo mejor… algún artículo doméstico que puedas necesitar?

La expresión de Margery, que hasta entonces estaba radiante de ilusión, perdió todo su brillo: apretó los labios y se le quebró la voz:

—Usted se ofreció a llevarme, y ahora…

—No, no, no —dijo él, dándole una palmadita en la mejilla—. No le demos más vueltas. Irás al baile.

IV

Que el barón, al señalar un lugar tan apartado para la cita, abrigase la esperanza

de que Margery no acudiera, para así librarse finalmente de la empresa, es algo que no podemos afirmar; ahora bien, había en su actitud indicios suficientes para sospechar que no le entusiasmaba la responsabilidad de acompañarla al baile.

Pero él no conocía la obstinación de la joven con quien tenía que vérselas. Margery tenía uno de esos caracteres dulces cuya capacidad para aferrarse a una idea, cuando algo se le metía en la cabeza, podía tomarse por un atributo especial de esa misma dulzura. Deseaba ardientemente ir a un baile con aquel misterioso personaje de novela, aunque temblase de miedo y de emoción cuando pensaba a qué posición la conducía dar este paso. Sentía un hondo respeto, ternura y humildad por el barón de extraño nombre, pero estaba resuelta a persistir en sus propósitos.

Fue así como en la tarde de tan señalado día Margery emprendió el camino por los montes hasta el lugar acordado. Andaba al son de la música de un sinfín de pájaros, que cobró fuerza cuando dejó atrás los prados para adentrarse en las arboledas. Había superado todos los obstáculos. Tras sopesar la cuestión de decírselo o no a su padre, llegó a la conclusión de que él no se lo permitiría. Ideó por tanto la siguiente estratagema: saldría de casa al atardecer con el pretexto de que iba a ver a su abuela inválida, que no vivía lejos de la casa del barón, pero no llegaría a casa de su abuela hasta el día siguiente, a la hora de desayunar. ¿Quién podría sospechar que entretanto pasaría doce horas con el barón en un baile? Más adelante admitiría sin titubear que su engaño era indefendible, pero en ese momento no se paró a pensarlo.

Se estaba poniendo el sol en Chillington Wood cuando Margery llegó a Three-Walks-End, el punto donde se encuentran los caminos radiales, hoy cubierto por una enmarañada alfombra de hierbajos, un lugar que nunca había conocido otras hoces que los dientes de los conejos y las liebres. Los trinos de los pájaros habían cesado, ya solo cantaban los más grandes y valientes, y el cuco, que no temía la noche en tan agradable época del año. Parecía que allí no había nadie cuando llegó Margery, pero en cuanto se detuvo en la intersección de los caminos, se oyó un leve crujido, y apareció el barón. Estaba tan transformado, por su manera de vestir, que casi no lo reconocía. Bajo un guardapolvo ligero, que llevaba sin abotonar, en lugar de su traje de costumbre lucía un pantalón de paño negro, un chaleco y una camisa con chorreras, una pajarita blanca, unas botas relucientes, no más gruesas que un guante, una levita que le daba la apariencia de un ave, y un sombrero con pinta de poder abrirse y cerrarse como un acordeón.

—Me he vestido para el baile… para nada peor —dijo, sonriendo secamente—. Y tú pronto estarás vestida.

—¿Por qué ha elegido este lugar para la cita, señor? —preguntó Margery, mirando a su alrededor y cobrando confianza.

—¿Por qué lo he elegido? Bueno, pues porque un día, al pasar por aquí, vi que cerca había un árbol con el tronco hueco, y cuando nos vimos por última vez se me ocurrió que podría ser un buen sitio. ¿Se lo has dicho a tu padre?

—Todavía no se lo he dicho, señor.

—Eso está muy mal, Margery. ¿Qué has hecho, entonces?

Le explicó brevemente su plan, y él no hizo ningún comentario. La cogió de la mano, como a una niña, y la llevó entre los matorrales hasta una zona donde los árboles eran más viejos y estaban más separados los unos de los otros. Entre ellos estaba el árbol al que se había referido: un olmo, enorme, hueco, retorcido y decapitado, con una hendidura en el tronco.

—Entra ahí, antes de que oscurezca más —dijo el barón—. Encontrarás todo lo necesario. Y si no lo encuentras, tendrás que apañártelas con lo que hay. Yo me quedaré vigilando. No tardes más de lo imprescindible.

—¿Qué tengo que hacer, señor? —preguntó Margery, desconcertada.

—Tú entra y ya lo verás. Cuando estés lista, hazme una señal con el pañuelo.

Margery se asomó al tronco del árbol. La cavidad formaba un espacio circular de casi metro y medio de diámetro, y la luz entraba por la parte superior y por un agujero a algo menos de dos metros del suelo, en un punto donde se había amputado una rama en la juventud del olmo. La madera descompuesta, de un color canela oscuro, cubría la superficie interior del tronco, y la suave luz del atardecer teñía la cavidad de un tenue resplandor.

Pero Margery apenas tuvo tiempo de reparar en estos detalles. Enseguida se fijó en otras cosas muy distintas. Vio una caja blanca y rectangular apoyada en el tronco, y un espejo ovalado encima de un nudo en la madera.

Captó la idea al vuelo. Se coló por la hendidura, abrió la caja y he aquí que dentro encontró una deliciosa aparición blanca, aunque un poco arrugada. Era el vestido de baile.

Aquella maravilla era, en resumidas cuentas, una especie de telaraña celestial. La tela era ligera y vaporosa, la confección magnífica y artísticamente adornada con más de doce volantes.

Levantó el vestido y no puedo resistirse a besarlo. Si alguien le hubiera dicho antes de ese momento que podía existir un vestido así, habría contestado: «No. ¡Eso es imposible!». Retrocedió, avanzó, se sonrojó, se echó a reír y levantó las manos. Decir que el artífice de semejante vestido era una persona de talento sería quedarse corto: era un genio, y Margery se dejó envolver por los rayos de su creación.

Se acordó entonces de que su amigo le había dicho que no se entretuviera, y se apresuró a ataviarse. Al sacar el vestido encontró unos zapatos de raso, guantes, un pañuelo de encaje, un abanico y hasta flores para el pelo. «¡No se ha olvidado de nada! —exclamó, entrelazando las manos y casi gritando de entusiasmo—. ¡Y qué bien ha hecho al traer un espejo!»

Todo estaba tan bien preparado que vestirse no le costó ningún esfuerzo. En cuestión de un cuarto de hora estaba lista, zapatos y guantes incluidos. Lo que más despertó su admiración por el barón fue ver que había media docena de zapatos y guantes de distintos tamaños, de los que seleccionó un juego.

Margery se miró en el espejo y contempló lo que alcanzaba a ver de su figura:

estaba espléndida. Enrolló su vestido viejo apresuradamente, lo guardó en la caja y dejó ésta en un saliente, lo más arriba que pudo. Después se puso de puntillas y agitó el pañuelo por el agujero superior del tronco antes de disponerse a salir.

Pero entonces vino una contrariedad. El vestido era tan vaporoso, tan fantástico y tan caro que le resultaba imposible salir del árbol a través de la hendidura por la que había entrado sin estropearlo. Oyó los pasos del barón en las ramas y las hojas.

—¡Ay, señor! —dijo, con desesperación.

—¿Qué pasa? ¿No puedes vestirte? —preguntó el barón al otro lado del tronco.

—Sí. Lo que no puedo es salir del árbol.

El barón se asomó por la abertura.

—Es evidente que no puedes —dijo, abarcándola con la mirada. Y en voz baja murmuró: «¡Exquisita! ¡Quién habría imaginado que un vestido pudiera cambiar tanto a una mujer!»—. Espera un momento. ¡Ya lo tengo! —dijo, levantando la voz.

Dio una patada a los bordes de la hendidura con todas sus fuerzas, hasta que consiguió arrancar unos trozos de madera podrida. Pero, como llevaba un calzado muy ligero, tuvo que renunciar a este procedimiento y fue en busca de una rama caída. Haciendo palanca con el extremo más grueso, desgarró la corteza de madera que encerraba a la encantadora Margery, hasta abrir un hueco suficiente para que pudiera salir sin rasgarse el vestido. La muchacha suspiró con alivio: empezaba a temerse que al final se quedaría sin ir al baile.

El barón la cubrió con una capa que había traído consigo: tenía capucha y le llegaba hasta los talones.

—El carruaje nos está esperando en el otro camino —dijo, ofreciéndole el brazo. Un breve trayecto entre las hojas secas los llevó al lugar indicado. Allí estaban el cupé, los caballos y el cochero, inmóviles, como si crecieran de la tierra lo mismo que los árboles. Margery miró al cochero con recelo.

—No te preocupes —dijo el barón—. Es forastero y no se fija en nada.

En un abrir y cerrar de ojos Margery había subido al coche. El barón se abotonó el guardapolvo y, para sorpresa de Margery, se sentó en el pescante con el cochero. El carruaje se alejó en silencio entre las hierbas altas, y las sombras se volvieron poco a poco de un negro más intenso. La noche oscurecía por momentos, y el vecindario familiar de Margery pronto quedó atrás, sin que ella tuviera la más remota idea de cuál era su destino. Comenzaron a parpadear las estrellas. El cochero encendió los faroles y reanudaron la marcha.

En un lapso de hora y media llegaron a una pequeña ciudad y se detuvieron en una posada para cambiar de postas. En pocos instantes habían terminado, como si todo estuviera a punto para su llegada, y siguieron adelante sin pérdida de tiempo. El barón no bajó del pescante en ningún momento para hablar con Margery. Cada vez que ella miraba por la ventanilla, lo veía muy erguido en el asiento, con el aire de quien se dispone a cumplir con un costoso deber contra viento y marea. Así y todo, Margery no podía dejar de experimentar un vago temor y casi se arrepentía de lo que

estaba haciendo. Una o dos veces pensó: «¿Y si fuera un hombre malvado? ¿Si me estuviera llevando a un país extranjero y nunca volviera a casa?».

Su obstinación natural le permitía no obstante sobreponerse a estos recelos, salvo en contados momentos. Un detalle en concreto le infundía confianza en el barón: había visto una lágrima en sus ojos cuando ella dijo que lamentaba su infortunio. Es posible que él adivinara el curso que tomarían los pensamientos de la muchacha, pues, cuando se detuvieron unos segundos para subir un cerro, se inclinó para asomarse por la ventanilla.

—¿Estás cansada, Margery? —le preguntó amablemente.

—No, señor.

—¿Tienes miedo?

—No, señor. Pero está muy lejos.

—Ya casi hemos llegado —dijo, y bajando la voz, añadió—: Oye, Margery, tengo que contarte un secreto. Me he servido de un procedimiento algo peculiar para conseguir esta invitación. Pensé que, por tu bien, sería mejor no presentarme con mi verdadero nombre, y así es como lo he hecho. Un hombre de este condado al que recientemente le he prestado un servicio, un caballero en el que puedo confiar y que es tan desconocido en esta región como tú y como yo, me ha pasado en privado su tarjeta de invitación. Así que vamos con su nombre. Te lo digo para que no se te escape sin querer. Ten los oídos bien abiertos y sé prudente. —Dicho esto el barón volvió a erguirse.

«¡Al final va a resultar que sí es un hombre malvado! —se dijo Margery—. Se presenta bajo un nombre falso.» Pero al momento cometió la temeridad de no darle importancia: esa clase de maldad era el único ingrediente que faltaba para terminar de representarse al barón como un héroe.

Bajaron una cuesta, pasaron por delante de la casa del guardia y subieron por una avenida. Los iluminaron entonces las luces de otros carruajes que avanzaban en fila por turnos, y finalmente se detuvieron delante de una entrada porticada donde había un grupo de personas.

—Somos de los últimos en llegar, porque venimos de lejos —dijo el barón, volviendo a asomarse por la ventanilla—. Pero no te preocupes, aún tienes por delante como mínimo tres horas de diversión.

Desplegaron la escalerilla del carruaje para que los viajeros pudieran apearse. El vapor que desprendían los flancos castaños de los caballos, le pareció a Margery, ascendía por el muro del pórtico, y el aliento cálido emanaba de sus hocicos como el humo de los volcanes, llamando la atención de todos los presentes.

V

La apabullada Margery subió las escaleras del brazo del barón y entró en la

mansión, donde ya se oían la música y el baile. La melodía era extraña. Cada cuatro compases, una nota profunda y poderosa rasgaba el aire y alcanzaba el alma de Margery con la fuerza de una sacudida.

—¿Qué es esa música tan potente, señor? Nunca he oído nada igual.

—Es la polka —contestó el barón—. Esa extraña danza de la que te hablé y que hemos estado practicando. Viene de mi país y de otras zonas del continente.

La sorpresa de Margery no se vio atenuada cuando, al entrar en la sala de baile, oyó que un lacayo los anunciaba como «el señor y la señorita Brown».

De todos modos, nadie pareció prestar atención al anuncio, porque el salón era un auténtico torbellino de alegría, y esto aplacó sus temores por navegar bajo falsa bandera. Al momento se fijó en la dama que los esperaba, una mujer hermosa, morena, muy menuda, con un vestido de raso de color crema.

—¿Quién es? —preguntó Margery.

—Es la señora de la casa —susurró el barón—. La mujer de un par del reino, hija de un marqués, con cinco nombres de pila. Rara vez habla con los plebeyos si no es con intenciones políticas.

—¡Qué divino… qué felicidad estar aquí! —murmuró Margery, contemplando los diamantes que adornaban la cabeza de la dama apostada al otro lado del umbral de la sala de baile, delante de una silla dorada en la que se sentaba y de la que se levantaba entre la llegada de un invitado y otro. Había venido de Londres, tomándose muchas molestias, solo para ofrecer aquella fiesta.

Como los nombres del señor y la señorita Brown no significaban nada en absoluto para lady Toneborough (pues ya había tres Brown presentes en aquella heterogénea reunión), y como quizá advirtiera cierta torpeza en los modales de la pobre Margery, la anfitriona se limitó a rozarles la mano con la punta de los guantes al tiempo que decía: «¿Cómo están ustedes?». Y sin más pasó a saludar a otros invitados.

—Ah, si supiera que somos un rico barón y su amiga, en vez del señor y la señorita Brown, no nos recibiría así, ¿verdad? —susurró Margery en tono confidencial.

—¡Ciertamente! —contestó el barón con sequedad—. Y ahora sumémonos al baile sin más preámbulos. Ya ves que algunos bailan peor que tú.

Casi sin darse cuenta, Margery obedeció a la misteriosa influencia del barón, le dio una mano, apoyó la otra en su hombro y se dejó llevar por la sala siguiendo los pasos que había aprendido entre la hierba.

A primera vista le pareció que el suelo de la estancia era de hielo negro y las siluetas de los bailarines se reflejaban al revés. Por fin se dio cuenta de que era de roble, muy pulido, pero esto no mitigó sus temores.

—Me da miedo caerme —dijo.

—Apóyate en mí; enseguida te acostumbrarás —replicó el barón—. Ahora no llevas clavos en los zapatos, querida.

Las palabras del barón, como todas sus palabras para Margery, eran muy ciertas.

El baile enseguida le resultó facilísimo. El suelo, lejos de ser un impedimento, era decididamente una ayuda para una joven como ella, desenvuelta y ágil por naturaleza. Y el maravilloso vestido de doce volantes era una fuente única de inspiración. Convertida exteriormente en una criatura nueva, se sentía impelida a nuevas hazañas. Saberse tan bien vestida como las demás mujeres permite a una mujer sentirse cómoda, venga de donde venga; y saberse aún mejor vestida añade resplandor a dicha comodidad.

La profética sentencia del barón sobre la popularidad de la polka quedó ampliamente corroborada en esta oportunidad. Era una de las primeras temporadas en las que el baile se adoptó en las casas de campo, y esa noche causaba un entusiasmo indescriptible y difícil de creer para la juventud de hoy. Una nueva fuerza motriz se incorporaba al mundo de la poesía: la polka; como contrapunto de la nueva fuerza motriz incorporada al mundo de la prosa: el vapor.

Veinte magníficos músicos ocupaban el escenario, al fondo del salón, tocados con románticas pelucas de pelo negro azabache que enmarcaban los rostros y hacían refulgir los ojos como el fuego entre las brasas.

Por su propia naturaleza y su propósito, la polka era un baile inclusivo. Todas las categorías sociales estaban allí presentes, desde los nobles a los más pequeños propietarios rurales, y Margery se adaptó de maravilla, más aún cuando el poder reparador de la cena desterró la fatiga tras el largo viaje.

De vez en cuando oía preguntar a algún invitado: «¿Quiénes son? ¿Hermano y hermana? ¿Padre e hija? ¡Y solo bailan el uno con el otro! ¡Qué raro!». Pero no le dio ninguna importancia.

En las pausas del baile, el barón, que no bajaba la guardia, llevó a Margery a recorrer los salones y las galerías de cuadros, que esa noche estaban abiertas como el resto de la casa; y allí la instaló cómodamente en un rincón acortinado para llamar su atención sobre libros de recortes, grabados y álbumes, y la tuvo entretenida pasando sus páginas hasta que volvieron a llamar para el próximo baile, en el que ya era toda una experta. Ella prefería con creces husmear por la casa durante estas pausas, pero la palabra del barón era ley, y tal como él ordenaba así actuaba Margery. Así transcurrió la velada, hasta que llegaron las temibles palabras: «Margery, se acabó nuestro tiempo».

—¡Uno más… solo uno! —suplicó ella, pues conforme pasaba la noche más alegre y más animado se volvía el baile. Él accedió a este ruego, pero cuando Margery le pidió otro baile se mostró implacable.

—No —dijo—. Tenemos un largo camino por delante.

Margery se despidió de la maravillosa escena volviendo la cabeza por encima del hombro cuando salían del salón, y en cuestión de minutos se había puesto la capa y había subido al coche. El barón volvió a sentarse en el pescante y encendió un cigarro. El carruaje se adentró bajo los árboles, y Margery se reclinó en el asiento y se entregó a la contemplación de las imágenes que se arremolinaban en su cabeza.

Como es natural, se quedó dormida.

No se despertó hasta que pararon para cambiar de postas, y vio al barón como siempre, muy erguido contra el fondo del cielo estrellado. «¡Vigila como el ángel Gabriel mientras todos duermen!», pensó.

Al reanudarse el movimiento volvió a quedarse dormida, y no se enteró de nada hasta que el barón le rozó la mano.

—Hemos llegado… Estamos en Chillington Wood.

Era casi de día. Margery apenas tomó conciencia de que estaba despierta hasta que bajó del coche y se vio al lado del barón, quien, tras indicar al cochero que siguiera adelante hasta un determinado lugar, se volvió a ella.

—Ahora —le dijo, sonriendo—. Ve corriendo hasta el árbol hueco. Ya sabes dónde está. Te esperaré igual que antes mientras haces la operación contraria a la de anoche.

Margery no prestaba atención al camino, ni se molestaba en mirar si las ramas arañaban o no sus preciosos zapatos. Un breve paseo la llevó hasta el árbol de donde había partido nueve horas antes. La mañana aún no había clareado, y la arboleda seguía en penumbra.

Entró en el tronco del árbol, cogió la caja donde había guardado su ropa, se quitó los zapatos de raso, los guantes y el vestido, y en diez minutos apareció con su vestido de algodón y su chal de pastora.

El barón no estaba lejos.

—Vuelves a ser la lechera —dijo, acercándose a ella—. ¿Dónde está el vestido?

—En la caja, señor, tal como lo encontré. —Habló esta vez con más humildad. La diferencia que había entre ellos era más acusada que en el baile.

—Bien. Tengo que deshacerme de él, y después nos iremos.

Se acercó al árbol, seguido por Margery a escasa distancia. Cogió la caja y sacó el vestido como si fuera un trapo viejo. Pero la cosa no terminó ahí. Reunió unas ramas secas, hizo una bola con el maravilloso vestido, arrojó encima los guantes, el abanico y los zapatos, encendió un fósforo y prendió fuego al montón.

Margery estaba angustiada. Se abalanzó, imploró y suplicó.

—Por favor, señor, no lo destruya. Mi precioso vestido… mis queridos zapatos… mi abanico. ¡No sea cruel! ¡No lo queme, por favor!

—Tonterías. No volveremos a necesitarlo, aunque viviésemos cien años.

—Déjeme conservar algo… una pieza pequeña, señor… un trozo de encaje… un lazo… el abanico tan bonito… ¡algo!

Pero el barón se mostró implacable como el mismísimo Radamantis.

—No —dijo, con una severa y aristocrática mirada—. Es inútil que te pongas así. Esas prendas son de mi propiedad. Me propuse gratificarte en lo que desearas porque me salvaste la vida. Ir a un baile, dijiste. Podrías haber tenido la sabiduría de pedir otra cosa, pero no. Dijiste que querías ir a un baile. Muy bien… Te he llevado a un baile. Te he traído. El vestido solo era el medio, y dispongo de él a mi manera. ¿No

tengo derecho?

—Sí, señor —contestó con docilidad.

Von Xanten atizó el fuego, y encajes, bordados y lazos, con los doce volantes y todo lo demás, crepitaron hasta que se consumieron. Hecho esto, puso en la mano de Margery el cesto de mantequilla que ella iba a llevar a casa de su abuela y la acompañó hasta el linde del bosque, donde los árboles se encontraban con el prado ondulante en el que vivía la anciana.

—Aquí nos separamos, Margery. He cumplido con mi palabra, aun cuando podría haberme puesto las cosas difíciles si alguien me hubiera reconocido. Pero eso da lo mismo. ¿Cómo estás? ¿Tienes sueño?

—Ni pizca, señor.

—Esa cabezadita te ha refrescado, ¿eh? Ahora tienes que prometerme una cosa. Que si requiero tu presencia en algún momento, vendrás a mí… Soy un hombre voluble —añadió con repentina solemnidad—, y es posible que vuelva a necesitarte desesperadamente, para que me saques de esa oscuridad que a veces me envuelve y es como la misma muerte.

—¡Lo haría si usted no hubiese quemado ese vestido tan bonito! —dijo ella, haciendo un mohín.

—¡Ah… desagradecida!

—Bueno, señor, se lo prometo —dijo de corazón—. Esté donde esté, si no me faltan las fuerzas, iré a su encuentro.

Él le estrechó la mano.

—Es una promesa solemne —insistió—. Y ahora tengo que irme. Ya conoces el camino.

—¡Cómo voy a creer que no ha sido un sueño! —dijo, movida por el impulso infantil de echarse a llorar al ver que él se marchaba—. No quedará nada de esta noche… ¡Nada de mi vestido, nada de mi felicidad, nada del baile!

—Haremos algo para que no lo olvides. Grabaremos nuestras iniciales en este árbol, como recuerdo, para que puedas verlas siempre que pases por aquí.

Sacó un cuchillo y talló en la corteza suave de un haya las letras M.T., y debajo una X. grande.

—¿Es que no tiene un nombre de pila, señor? —preguntó Margery.

—Sí, pero no lo uso. Y ahora, adiós, amiga mía. ¿Qué harás hoy, cuando estés lejos de mí? —se detuvo a preguntar.

—Iré a casa de mi abuela —contestó con melancolía—. Y supongo que desayunaré y comeré y cenaré con ella. Por la noche volveré a la granja, y puede que Jim venga a buscarme y hagamos lo de siempre.

—¿Quién es Jim?

—No es nadie… solo el chico con el que tendré que casarme algún día.

—¡Cómo! ¿Estás prometida? ¿Por qué no me lo has dicho?

—No lo sé, señor.

—¿Cómo se llama ese joven?

—James Hayward.

—¿A qué se dedica?

—Es un maestro calcinero.

—¡Estás prometida y no habías dicho una sola palabra! ¡Margery, Margery! ¿Cuándo habrá en este mundo una sola mujer sincera? ¡Mira que eres ladina, con lo inocente que pareces! ¡Me has obligado a hacer algo que no está bien, al no contármelo! De haberlo sabido, ni por mil libras hubiera puesto en peligro la felicidad de otro hombre. Te has portado muy mal. ¿Por qué no lo dijiste?

—¡Pensé que era lo mejor! —dijo ella, empezando a asustarse.

—¿Es que no ves, no entiendes, que ya perteneces a un joven, y si él descubriera esta aventura nocturna podría enfadarse contigo y dejarte para siempre? Si él ya está en escena yo no tengo ningún derecho a llevarte a ninguna parte. Es él quien tendría que haberte llevado al baile. Lo habríamos resuelto, si no me hubieras engañado al decirme que no tenías con quién ir. —En la expresión de Margery se dibujaron la aflicción y el arrepentimiento que se sienten al tomar conciencia de haber cometido una atrocidad.

—Pero ¡él no podía llevarme, porque no es elegante! —dijo, casi a gritos—. Y tampoco es mi dueño, porque no me he casado con él. ¿O sí?

—Sobre eso no puedo pronunciarme. Tal como están las cosas, tendremos que cambiar de táctica. En vez de aconsejarte, como hice al principio, que le contaras a tu familia esta experiencia, ahora te aviso de que lo mejor será que guardes el secreto, puede que para siempre. Tal vez un día deje de tener importancia, y entonces podrás decir: «Bien está lo que bien acaba». Y ahora, buenos días, amiga mía. Piensa en Jim y olvídate de mí.

—No sé si podré —dijo ella, con un nudo en la garganta y una lágrima a punto de caer.

—Inténtalo. Más no puedo decir.

Von Xanten dio media vuelta y se adentró en el bosque, y Margery, lanzando un suspiro, siguió su camino.

VI

Entre las seis y las siete de la tarde de ese día, un joven bajaba por el monte al valle del Exe, a medio camino entre la granja Silverthorn y la casa de la abuela de Margery, a seis kilómetros en dirección oeste.

Era un joven de campo, de pura cepa, tan alejado de lo que se entiende por un provinciano como un provinciano del caballero culto y refinado. Llevaba unos pantalones y un chaleco de fustán casi blancos, pero también una chaqueta de paño azul, pasada de moda aunque muy bien conservada, lo que indicaba inequívocamente

que la prenda se relegaba a una caja cuando su dueño estaba entregado a sus ocupaciones de costumbre. Tenía la piel clara, ligeramente rubicunda, y apenas rastro de barba.

Un original atractivo de este muchacho, en el que un desconocido no repararía a primera vista, era la extraña y singular frescura que envolvía su físico, su vestimenta, todas sus pertenencias, hasta la habitación en la que hubiera estado sentado. Se diría que bastaban su presencia y sus utensilios en una estancia abarrotada para transformarla en un espacio saludable. Esto era fruto de su oficio. Calcinaba la cal a diario, y ésta lo convertía a su vez en la encarnación de la buena salud. Tenía el pelo rubio y encrespado, quizá por la exposición a este agente cáustico. Llevaba como bastón una rama de árbol joven, retorcida como un sacacorchos por los zarcillos de la madreselva.

Cuando llegó a los prados dirigió varias veces su mirada al oeste, con una frecuencia que denotaba la búsqueda de algún punto en la distancia. No era fácil, porque el sol estaba bajo, y el resplandor del río y las alfagras del camino (como entonces se llamaba a las acequias que conducían el agua a través de los regadíos) le deslumbraban los ojos. Avanzaba en zigzag, buscando las zonas más idóneas para saltar las alfagras. Así, observando, saltando y torciendo aquí y allá, llegó a la orilla del Exe, el río principal que cruzaba la vega.

Algo se movió allí donde miraba, confundiéndose con los destellos del río. El punto se acercó poco a poco por un sendero de la ribera, y resultó ser un vestido de algodón ligero, de color rosa, y un chal de cuadros escoceses. El joven cambió de rumbo para desembocar en el mismo sendero, un poco más adelante que aquella colorida silueta, y al acercarse a ella sonrió y se puso rojo. Ella también sonrió, pero no había en su sonrisa la misma alegría que en la del muchacho.

—¡Mi querida Margery… aquí estás! —dijo alegremente, en voz baja, mientras saltaba la última acequia para aterrizar junto a ella.

—Has venido desde el horno a propósito para verme, y no tendrías que haberlo hecho —le reprochó Margery.

—Terminamos a las cuatro, así que podía venir sin dificultad. Y aunque no fuera así, ¿qué?

Ella respondió con un pequeño suspiro.

—Parece que te alegras menos de verme que a tu perro o a tu gato —dijo él—. Vamos, Margery, eso no está bien. Pero ¡caray, pareces muy cansada! Tienes los ojos como platos, como si te hubieras pasado la noche en vela. Has andado mucho, es eso. Empieza a hacer calor, y el aire de la vega no es refrescante en verano. Ojalá vivieras conmigo en una zona más alta, cerca del horno. ¡Te pondrías fuerte como un roble! Bueno, todo se andará.

En lugar de asentir, Margery contuvo otro suspiro.

—¿Qué pasa? ¿Es que no quieres?

—Supongo que sí. Si tiene que ser será.

—Bien dicho. Así se habla, querida.

—Y si no tiene que ser no será.

—¿Qué? ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? Supongo que la gruñona de tu abuela. Por cierto, ¿cómo está? Margery, hoy he estado pensando… la verdad es que ayer también lo pensé, lo llevo pensando toda la semana… que podríamos zanjar ese asuntillo nuestro este verano.

—¿Este verano? —repitió Margery, muy alarmada—. ¿Y tu sociedad? Recuerda que decidimos aplazarlo hasta que eso estuviera resuelto.

—¡Ahí te he pillado! —dijo él, tomándose la libertad de darle una palmadita en el hombro, y la libertad mayor todavía de acercar la misma mano hacia el otro hombro—. La sociedad ya está creada. Se llama «Vine y Hayward, calcineros». Ya no se llama «Richard Vine». Sí, el primo Richard lo ha decidido así, al menos temporalmente, y esta misma semana vamos a pintar el nuevo rótulo en los carros, en letras azules. Cogeré un carro para ir a verte en cuanto se seque la pintura, para que veas cómo ha quedado.

—No hace falta que te tomes tanto trabajo, Jim. Me lo imagino perfectamente —replicó Margery, con leve acento de superioridad.

—¡Oye! —dijo Jim, sujetándola de los hombros y mirándola con dureza—. ¿A qué viene ese tono maleducado? Siéntate aquí, Margery, y aclaremos las cosas. —Tocó con el bastón la barandilla del puente que estaban cruzando, y se sentó tranquilamente, haciendo sitio para ella.

—Es que quiero volver a casa, Jim —dijo Margery con voz melosa.

—Tonterías. Siéntate. Quiero una respuesta sincera, por favor. ¿En qué mes o en qué día del mes te casarás conmigo?

—Ay, Jim —contestó ella, que aunque se había sentado no podía estarse quieta—, dicho así parece muy fácil. Antes de pensar en esos detalles tendría que… que…

—Pero tu padre hace mucho que dio su consentimiento, y tú dijiste que nos casaríamos en cuanto fuera socio de la empresa. Además, querida, no debería molestarte que un hombre sencillo te pida una respuesta clara. Vamos, dime cuándo.

Margery tardó algún tiempo en responder. ¿Qué pensamientos pasaron por su cabeza en ese intervalo? No eran imágenes evocadas por las palabras de Jim, sino vertiginosas figuras de hombres y mujeres vestidas de rojo, blanco y azul, reflejadas en un suelo reluciente y girando al emocionante compás de la polka. Por fin habló, despacio.

—Jim, tú no sabes nada del mundo, ni de los deseos que puede tener una mujer.

—Pero puedo ofrecerte un buen hogar. Ya sé que vivo de alquiler, pero puedo buscar una casa; y podrás elegir los muebles que más te gusten… los mejores.

—¡Los mejores! ¡Qué poco sabes tú de eso! Hay cosas que no has visto ni en sueños: mesas talladas que te dejarían boquiabierto, candelabros, teteras y cafeteras de plata que te deslumbrarían, tazas y platos de oro puro, cortinas de terciopelo, relojes y espejos de oro, cuadros que ni siquiera imaginarías. Así que no me digas que

tendré lo mejor.

—Hmm —dijo Jim con tristeza, y se quedó pensativo—. ¿Dónde has visto tú esas cosas tan lujosas, Margery? —preguntó—. Juraría que hace una semana no sabías nada de eso. —Ella no contestó y él añadió entonces—: Espero que no aspires a tener esas cosas, por mucho que las merezcas.

—No me refería a lo que yo quiero —dijo Margery con severidad—. Hablo de las cosas que puede desear una mujer. Pero, ya que te interesa lo que podría satisfacerme a mí, te diré que podrían ser esas cosas, para que lo sepas.

—Eres como un acertijo, Margery. Creo que esta noche te dejaré por imposible. ¡Cualquiera diría que el diablo te ha enseñado todos los reinos del mundo desde la última vez que nos vimos!

Margery se sonrojó.

—¡Podría ser! —murmuró. Dicho esto se puso en pie, Jim la siguió, y pronto llegaron al jardín de Margery desde los prados, por la parte contraria a donde habían tenido lugar sus encuentros con el barón.

—¿Quieres pasar, Jim? —dijo Margery, con más formalismo que ganas.

—No… esta noche no. Pensaré en lo que has dicho.

—Eres muy bueno, Jim —respondió ella con indiferencia—. Adiós.

VII

Jim desanduvo el camino muy caviloso. Era un chico de pueblo y tenía la sencillez de la gente de pueblo, esto es, la sencillez que proviene de la falta de experiencias complicadas. Pero ni mucho menos era lo que se entiende por simple. Entre sus paisanos era todo un Talleyrand, o mejor dicho, lo había sido, hasta que perdió buena parte del dominio de sí al enamorarse de Margery.

No obstante, cuando se alejaba del encantador objeto de su distracción, era capaz de deliberar y sopesar las cosas con cierta perspicacia. La principal de sus preguntas fue la siguiente: ¿qué le había pasado a Margery? ¿De dónde había sacado aquellas ideas?

Por más vueltas que le daba solo encontraba una respuesta que, aun no siendo en absoluto convincente, no le parecía razonable descartar: Margery era inconstante y ambiciosa por naturaleza, y no sería suya hasta que pudiera ofrecerle un hogar bien decorado.

Volvió al horno y entró a echar un vistazo a los fuegos. El horno se encontraba en un lugar muy singular, interesante, incluso impresionante: encajado al fondo de un barranco, en una formación de caliza, en la ladera de un monte. La casa más próxima pertenecía al primo y socio de Jim, y estaba cerca del monte, junto al camino de postas. Un sendero discurría sinuoso desde la vivienda por las abruptas paredes del barranco hasta el horno, que miraba al valle en miniatura, dominándolo como domina

una fortaleza un desfiladero.

La idea de la fortaleza en este símil debía muy poco a la imaginación. Y es que en la pendiente salpicada de verdor, por encima del horno, se alzaban las ruinas de un antiguo ejemplo de este tipo de construcción, enorme, gigantesca, imponente y difícil de escalar incluso en su decadencia. Era un viejo castillo o atrincheramiento britano, dotado de un triple anillo defensivo de altura creciente, que exhibía sus nítidos perfiles contra el cielo, y el horno de Jim casi minaba sus cimientos. Cuando el horno de cal llameaba en la noche, como sucedía con frecuencia, su resplandor iluminaba la majestuosa fachada de las murallas. Eran viejas amigas de Jim, y mientras se ocupaba de avivar el calor de los hornos en las largas horas de oscuridad, como a veces le correspondía, se imaginaba que las luces y las sombras que bailaban en el magnífico bastión eran las formas de los gigantes que (según suponía él) lo habían edificado. A menudo trepaba por los muros y paseaba por la explanada, pensando en los asuntos de su oficio, su empresa, su futuro y su Margery.

Eso hizo aquella noche, prosiguiendo con la meditación sobre la actitud de Margery que había iniciado durante el camino, sin haber dado aún con ninguna explicación para el cambio.

Estaba absorto en sus cavilaciones cuando vio a un hombre que se acercaba al horno por el barranco. Los recados de trabajo se dejaban casi siempre en la casa, de ahí que Jim observara al desconocido con redoblado interés, pues entendía que venía por algo personal. Cuando estuvo más cerca, Jim lo reconoció como el jardinero de Mount Lodge. Si venía por asuntos de trabajo, el barón (de cuya llegada Jim había oído hablar vagamente) sería un nuevo e inesperado cliente.

Al parecer se trataba de eso. El jardinero solo quería avisarle de que el barón necesitaba un carro de cal para el jardín.

—Podría haber dejado el recado en casa del señor Vine y ahorrarse el esfuerzo de subir hasta aquí —dijo Jim.

—Tengo órdenes de hablar con usted personalmente —contestó el jardinero— y de decirle que el barón desea preguntarle por las distintas variedades de cal más idóneas para sus fines.

—¿Y usted no puede aconsejarle en eso?

—Me ordenó que se lo dijera y que no me entrometiese.

En ese momento Jim Hawyard no alcanzó a elucubrar otra explicación que la más obvia, y a la mañana siguiente, muy contento y vestido con sus mejores galas, se puso en camino. A las once había llegado con su carro a la residencia del barón y descargado la cal donde le indicaron, en un sitio bastante peculiar, muy cerca de las ventanas de la fachada sur.

El barón von Xanten, pálido y melancólico, estaba tomando el sol en la ladera del jardín, entre la casa y el cenador. Miró a Jim y al jardinero y, adivinando la identidad de Hayward por la carga que traía, se acercó y ordenó al jardinero que los dejara a solas.

Las primeras preguntas del barón, como Jim preveía, se centraron en los efectos exterminadores de la cal para babosas y caracoles, en sus distintas variedades de muerta o viva, molida o en bloque. Von Xanten aparentaba mucho interés por las explicaciones de Jim, y siempre que se le presentaba la ocasión lo miraba atentamente.

—Espero que el negocio le esté yendo bien este año —dijo el barón.

—Muy bien, mi noble señor —respondió Jim, que, al no saber cuál era el tratamiento indicado para este caballero, llegó a la sabia conclusión de que sería mejor equivocarse por exceso de honores que por defecto—. Lo cierto es que el negocio va tan bien que me he convertido en socio.

—¡No me diga! Me alegra saberlo. Eso significa que ya se ha asentado en la vida.

—Bueno, señor, todavía no estoy asentado del todo. Aún tengo que terminar… quiero decir, casarme.

—Eso es cosa fácil, en comparación con asociarse en un negocio.

—Eso sería lo normal para cualquier hombre, barón —dijo Jim, adoptando un tono más confidencial—. Pero lo cierto es que para mí es lo más difícil de todo.

—Confío en que su cortejo vaya por buen camino.

—Pues no —dijo Jim—. De momento no prospera nada. En pocas palabras, por nada del mundo acierto a entender qué le ha dado a esa mujer últimamente. —Y se sumió en hondas cavilaciones.

Aunque Jim no se dio cuenta, un velo de reproche oscureció el rostro del barón al oír estas sencillas palabras, y sus ojos cobraron una expresión compasiva.

—¡No me diga! ¿Desde cuándo? —preguntó.

—Desde ayer, mi noble señor —dijo Jim con aire pensativo. Estaba dilucidando si atreverse a dar el paso. ¿Por qué no confiarse a aquel amable caballero, en vez de al cura, como había pensado? Y apenas había esbozado esta idea cuando pasó a llevarla a la práctica—. Mi señor —continuó—, he oído decir que es usted un noble de gran talento y amplitud de miras, que ha visto más países y gentes extrañas de las que yo siquiera he oído hablar, y que conoce bien a los hombres por dentro. De buena gana le haría yo una pregunta, si me permite importunarlo, pues no tengo a nadie en el mundo que pueda darme una información más sabia.

—Con mucho gusto le daré cualquier consejo que pueda necesitar, Hayward. ¿Qué desea saber?

—Verá, señor barón. ¿Qué puedo hacer para aplacar las ambiciones de una muchacha que se ha subido a la parra, y no hay forma de conquistarla? ¿Cómo puedo conseguir que se sienta satisfecha conmigo y mi posición, como lo estaba cuando nos conocimos?

—Es un asunto ciertamente difícil, amigo mío. ¿Qué aspiraciones tiene esa joven?

—Se ha vuelto loca por los muebles de lujo.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

El barón parecía consternado.

—¿Qué clase de mobiliario dice usted que codicia?

—Candelabros de plata, mesas talladas, espejos, teteras de oro y de plata, relojes de oro, cortinas, cuadros y qué se yo… cosas que yo nunca tendré aunque viviese cien años… Y no es que no pudiera reunir el dinero suficiente para comprarlas, sino que creo que debería destinar ese dinero a otros fines, o ahorrarlo por si vienen mal dadas.

—¿Y cree usted que la posesión de esos artículos a ella le haría feliz?

—Así lo creo, señor.

—Muy bien. Saque su libreta y anote lo que le digo.

Muy asombrado, Jim acató la orden, apoyó la libreta en el muro del jardín, humedeció a conciencia la punta del lápiz y escribió al dictado del barón:

—Un par de candelabros de plata; mesa y arcón de taracea; espejo grande; otros dos pequeños; servicio de té y de café de oro; cafetera, tetera, azucarera, jarra y una docena de cucharas de oro; reloj francés; cortinas; seis cuadros grandes.

»Ahora —dijo Von Xanten—. Deme esa hoja. No diga ni media palabra de esto; vuelva a casa, y no se sorprenda por nada que pueda aparecer en su puerta.

—Pero, mi buen señor, ¿me está usted diciendo que va a darme…?

—No se preocupe por eso. Siga guiándose por su buen juicio. Veo que, aunque es usted un hombre de campo, no le falta ni tacto ni entendimiento. Si enviarle esos artículos es para mí una satisfacción, ¿por qué habría usted de objetar? Lo cierto, Hayward, es que de vez en cuando me intereso por los demás, y me gusta hacer algo por ellos. Usted me interesa. Vuelva a casa, y dentro de una semana invite a Mar… a esa muchacha y a su padre a tomar el té. Lo demás queda en sus manos.

En fechas posteriores, Jim se preguntaría con frecuencia por qué en ese momento no se le ocurrió pensar que las espléndidas medidas del barón obedecían a algo más personal que una generosidad espontánea y repentina con un desconocido como él. A esto siempre contestó que, aun admitiendo la existencia de dicha generosidad, no advirtió nada especial en el hecho de que el barón lo hubiese escogido a él. Von Xanten le había dicho que se interesaba por él, y el orgullo, aun en las gentes más modestas, basta por lo general para vencer los pequeños inconvenientes que, vistos desde fuera, pudieran surgir a la hora de explicar una preferencia. Además, pensó que los nobles extranjeros, ricos y excéntricos, quizá tuvieran una manera de actuar muy distinta de la de los aristócratas ingleses.

Así se fue a casa mucho más contento que en los últimos días. Despertar la simpatía de un caballero extranjero era todo un triunfo para un hombre sencillo como él, que no esperaba siquiera que el barón se dignase mirarlo a la cara. Tendría una buena historia que contarle a Margery cuando Von Xanten le permitiese desvelar lo ocurrido.

Jim se alojaba en casa de su primo y socio, Richard Vine, un viudo de cincuenta y pico de años. Como no había logrado construir un hogar con hijos propios, el hornero

se alegró de acoger a este pariente mucho más joven que él, cuando Jim empezó a trabajar en el negocio de la cal, y esta intimidad dio paso a una asociación empresarial. Jim vivía arriba, su socio abajo, y el mobiliario de la vivienda, sobrio y anticuado, no era del gusto de la señorita Margery Tucker, hasta el punto de enfadarse con Jim por el mero hecho de tolerarlo. No solo eran raras las sillas y las mesas, sino que, en perfecta consonancia con el principio de que el entorno de un hombre debe reflejar su vida y su ocupación, los principales adornos de la vivienda eran una extraña colección de objetos calcinados que de vez en cuando aparecían en el horno de cal: lingotes deformes de una sustancia desconocida, semejantes en algunos casos a los restos hallados en Pompeya.

Richard Vine era un hombre tranquilo y corto de miras, pero también era afable. Se interesaba sinceramente por el cortejo de Jim, preguntaba a menudo por sus progresos y le aseguraba a su primo que, si decidía casarse, podía quedarse con la planta superior de la vivienda por una módica renta, pues a él le bastaba y sobraba con la planta baja. Tener a Jim en la misma casa era muy cómodo para el negocio, y Vine no quería que nada se viera alterado a raíz del cambio en la situación doméstica de su joven primo. Margery lo sabía, como sabía que Jim compartía el mismo deseo, y la idea no le hacía ni pizca de gracia.

Unos cuatro días después del encuentro de Jim con el barón, a mediodía se presentó en casa del joven un carro cargado hasta los topes de cajas y paquetes, grandes y pequeños. Todo iba dirigido al «señor Hayward», y venía de las mejores casas de muebles de esa zona de Inglaterra.

Fueron necesarios tres cuartos de hora para subir las cajas a las habitaciones de Jim. El cauto muchacho no dejó traslucir su asombro ante la munificencia de su benefactor cuando su primo, al volver a casa, le preguntó qué eran todos esos trastos.

—Ah… cosas mías —dijo sin inmutarse.

—Para el futuro enlace, ¿eh?

—Exactamente.

Vine, sorprendido por la cantidad de bultos, se marchó al horno poco después, y Jim se encerró en sus habitaciones a desembalar y abrir cajas con mucho cuidado, tras lo cual salió de la casa con ellas vacías.

Una expresión victoriosa iluminó su rostro cuando, esa misma tarde, se presentó en la granja Silverthorn para invitar a Margery y a su padre a cenar en su casa.

Margery no estaba ese día de humor, pero su padre aceptó la invitación de buen grado, y la muchacha se vio obligada a acompañarlo. Jim volvió a casa, prosiguió con sus misteriosas ocupaciones y, cuando su socio volvió del horno, también lo invitó a sumarse a la cena.

Al caer la tarde, Hayward salió a la puerta y se quedó esperando hasta que oyó las voces de sus invitados que venían del valle, cubierto a esa hora por su acostumbrado vellón de niebla. Las voces se tornaron más claras. Poco después, dos cabezas sin tronco emergieron de la bruma blanca, y de ellas crecieron dos cuerpos, además de un

caballo y un carro, cuando el padre y la hija se aproximaron a la casa.

Una vez dentro, Jim cogió a Margery de la mano y la llevó al piso de arriba, mientras su padre se quedaba en la planta baja charlando con el señor Vine.

—¡Vaya por Dios! —dijo Jim al entrar en la sala de estar—. Se me ha olvidado encender una luz, pero la enciendo en un periquete.

Margery esperó en el centro de la habitación a oscuras mientras Jim prendía un fósforo, y sus ojos tomaron conciencia de un estallido de luz que dejó ver un par de espléndidos candelabros de plata, con dos velas, que Jim se disponía a encender.

—Ah… dónde… ¿tú tienes candelabros así? —dijo. Recorrió la habitación con la mirada cuando las llamas iluminaron otros objetos—. Y cuadros… y porcelana preciosa… Te prometo que no tenía ni idea…

—Sí… cosas que han llegado a mis manos por casualidad —dijo Jim en voz baja.

—Y un reloj de oro con una urna de cristal y un péndulo en forma de Cupido. ¡Y qué mesa tan deliciosa… con maderas de todos los colores… y un arcón a juego! ¿Puedo ver lo que hay dentro del arcón, Jim? ¿De quién es?

—Sí, claro que puedes. Es una pieza modesta, pero es mía, y será de la mujer con la que me case, sea quien sea, como todo lo demás.

—Y cortinas, y espejos: te aseguro que me veo en cien sitios a la vez.

—Ese juego de té —dijo Jim, señalando con satisfacción un exquisito servicio de porcelana y una tetera de plata, colocados en una mesa supletoria—, de momento no lo uso, porque estoy soltero, pero siempre me digo: «Quien se case conmigo lo querrá para dar sus fiestas, y si no lo venderé». Pero de momento no me he decidido…

—Venderlo… No deberías —dijo Margery con sentido reproche—. ¡Espero que no seas así de bobo! En eso pensaba exactamente cuando te hablé de las cosas que les gustaban a las mujeres, aunque por supuesto no me refería a mí en particular. No sabía que tuvieras objetos de tanto valor… —Margery no atinaba a formular una frase coherente, tal era su asombro ante la riqueza de las posesiones de Jim.

En ese momento subieron su padre y el señor Vine, y Margery, con intención de parecer femenina y causar una buena impresión en el primo de Jim, no quiso manifestar más su asombro. En cuanto a los dos hombres mayores y de ojos más lentos, no repararon en el esplendor de la decoración hasta que hubieron entrado en la sala y tomado asiento. Uno de ellos se fijó disimuladamente en alguna pieza, y el otro en otra, pero, como ninguno quería que su vecino notase su sorpresa, ambos reaccionaron como si todo lo encontrasen familiar. El calcinero hacía esfuerzos por comprender qué significaba todo aquello, y el lechero pensó que si el negocio le daba a Jim para acumular a ese ritmo, cuanto antes se casara con Margery tanto mejor. Ella se acercó a la mesa, al arcón y al servicio de té y los admiró con exclamaciones sofocadas.

Un espectáculo que comenzaba de un modo tan fascinante no podía disminuir en su desarrollo posterior. Cada vez que el tosco padre de Margery se veía en la obligación de hacer un comentario cortés, las deslumbrantes posesiones de Jim se lo

inspiraban oportunamente, mientras que el calcinero, tras descartar el ominoso pensamiento inicial de que aquellos lujos se habían comprado con dinero de la empresa, se sintió igual de orgulloso y feliz.

Jim acompañó a sus invitados parte del camino de vuelta antes de que subieran al carro. El señor Tucker, viendo que Jim quería hablar con la muchacha en privado, y que ella se mostraba algo esquiva, se volvió a su hija para decirle:

—Vamos, vamos, jovencita. Ya está bien de tonterías. Tú quédate un rato con ese muchacho, que yo te espero en el carro.

Margery obedeció, algo asustada por el tono imperioso de su padre. Era evidente que Jim se había ganado al anciano con aquel golpe de efecto, aun cuando no hubiera conquistado a la hija.

—Sé lo que vas a decirme, Jim —empezó ella, con menos ardor ahora que ya no estaba bajo la influencia de la plata y los espejos relucientes—. Puesto que tú lo deseas, y mi padre lo desea, supongo que es lo mejor para mí. Fijaré la fecha… no esta noche, pero sí en cuanto pueda pensarlo.

VIII

A pesar de su gran carga de trabajo, Jim encontró un momento para cumplir con su deber y dar las gracias al barón. Éste lo recibió en la cámara donde guardaba sus aparejos de pesca, una sala provista de todos los artilugios que un amante del sedal pudiera necesitar.

—¿Y cuándo será la boda, Hayward? —preguntó el barón, después de que Jim le hubiese dado la noticia.

—Eso todavía no lo sé con seguridad, mi noble señor —contestó Jim alegremente—. Pero confío en que no mucho después del momento en que Dios Todopoderoso bautice las manzanas.

—¿Y eso cuándo es?

—Por San Suintino… a mediados de julio. Ella dice que será ese mes.

El barón se quedó pensativo tras despedirse de Jim. Salió de la casa, subió por la ladera, entró en el cenador y contempló los asientos como si evocara la escena de aquella memorable mañana de niebla. Volvió la vista a la esquina del pabellón por la que Margery apareció ese día de improviso como una visión, y algo en su expresión delataba que no le desagradaría que apareciese de nuevo. La coyuntura en que se hallaba esa mañana era tan crítica que Margery en verdad debió de parecer una enviada del cielo en vez de una lechera, tanto más para un hombre como el barón, quien, pese al misterio que envolvía su vida y sus orígenes, era un individuo sensible y melancólico: el Yago de aquel bosque y aquel arroyo.

El terreno volvía a elevarse por detrás de la cima del monte, hasta un bosquecillo que protegía la casa. Von Xanten llegó a ese punto y posó la mirada en la lejanía. El

valle del Exe se tendía a sus pies, con su río reluciente, los arroyos que lo alimentaban y los manantiales que alimentaban los arroyos. Desde allí se veía el lugar donde se encontraba la casa de Margery, aunque no la propia casa, y el barón estuvo un tiempo infinitamente largo mirando en esa dirección, hasta que volvió en sí y reanudó la marcha.

En vez de regresar a casa, siguió andando por la cumbre hasta el linde de Chillington Wood, y con la misma languidez paseó bajo los árboles, sin detenerse hasta que llegó al cruce de Three-Walks-End y al olmo con el tronco hueco. Se asomó a mirar dentro del árbol. En la suave alfombra de madera que cubría el suelo aún se apreciaban las huellas de Margery del día en que se vistió para el baile.

—¡Pequeña Margery! —murmuró el barón.

Al momento quiso desprenderse de semejante estado de ánimo, y se apartó del árbol para volver a casa. Pero he aquí que alguien estaba detrás de él: la muchacha cuyo nombre acababa de salir de sus labios.

Parecía muy asustada.

—Yo… ¡yo no sabía que usted estaba aquí, señor! He salido a dar un paseo. —No pudo continuar; sus ojos se llenaron de lágrimas. La pátina de terquedad, incluso de dureza, que tenía cuando estaba en compañía de Jim desaparecía como por arte de magia en presencia del barón.

—No te preocupes, no te preocupes —dijo él, ocultando sus sentimientos, fueran los que fueren, bajo una máscara de severidad—. Esta situación es muy embarazosa y no tendría que haberse producido, más aún cuando, tal como supongo, pronto vas a casarte con James Hayward. Pero ahora ya no tiene remedio. Tú no sabías que estaba aquí, eso es verdad. Y yo tampoco esperaba verte. Recuerda que toda prudencia es poca —continuó el barón, en el mismo tono grave—, y te ruego encarecidamente, como amigo, que hagas lo posible por evitar encuentros como éste. Si me habías visto antes que yo, ¿por qué no diste media vuelta?

—No lo había visto, señor. No esperaba encontrarlo. Pasaba por aquí y me he asomado un momento a ver el árbol.

—Eso demuestra que estabas pensando en cosas que no debías —repuso Von Xanten—. Buenos días.

Margery no acertó a decir nada. Una mirada de derrota fue cuanto pudo dirigirle. El barón se alejó despacio, pero de pronto dio media vuelta, se inclinó impulsivamente y le dio un beso en la mejilla, sorprendiendo a la muchacha más de lo que ninguna mujer se había sorprendido en la vida.

Se marchó al punto, ruborizado y dando grandes zancadas, y no aflojó el paso hasta que llegó a su finca.

La recogida del heno estaba en pleno apogeo y las pacas puestas a secar en los prados. Los arroyos bajaban secos y ya no era difícil sortearlos. Von Xanten presenció desde los promontorios cercanos a su casa la actividad que siguió a estos preliminares. Las camisas blancas de los segadores resplandecían bajo el sol, las

hoces refulgían, resonaban las voces, y el aire se llenaba de fragmentos de canciones y de destellos de carretillas rojas, de vestidos morados y de pañuelos de todos los colores.

El barón estaba al corriente de que la boda se celebraría después de la siega, y de haber bajado a la granja en el valle habría podido confirmarlo. La casa del lechero Tucker era un hervidero de actividad, y, entre otros obstáculos, sus ocupantes se enfrentaban al de transformar la quesería en una estancia elegante para el acontecimiento y evitar la molestia de pasar por la lechería para entrar en el salón. Estos inconvenientes parecían absorber el interés de Margery mucho más que vestirse para la ceremonia y la propia ceremonia. En lo tocante a estos asuntos, hizo gala de una incomprensible dejadez que más tarde sería recordada.

—¡Si la novia fuera otra, y yo fuese una de sus damas de honor, creo que me haría más ilusión! —murmuró una tarde.

—¡Anda ya! ¡Eso no es más que timidez! —contestó una de las ordeñadoras.

Se dice que en esos días el barón acusaba vivamente los efectos de la soledad. La soledad reaviva los instintos del hombre primitivo, y los solitarios rincones campestres son un terreno fértil para las emociones díscolas. Además, la ociosidad riega esos impulsos irreflexivos que una breve temporada de ocupación activa basta para aplastar. Es difícil afirmar con exactitud qué influencia tuvieron estas circunstancias en el ánimo de Von Xanten —un hombre del que nunca llegó a saberse gran cosa a ciencia cierta—, pero no cabe duda de que pasaba mucho tiempo pensando en Margery como persona, sin reparar en su posición o en sus cualidades, y tampoco en si debía casarse con Jim Hayward ese verano. Ella era el único ser humano agradable en su horizonte, puesto que vivía completamente aislado, y la imagen de la muchacha le afectaba en exceso.

Conjeturas aparte, permítaseme contar lo que ocurrió. Una tarde de sábado, dos o tres semanas después de aquel encuentro fortuito en el bosque, el barón escribió la siguiente nota:

Querida Margery:

No debes suponer que, porque te hablé con cierta severidad cuando nos encontramos casualmente junto a ese árbol hueco, albergue un sentimiento de hostilidad por ti. Todo lo contrario. Sigo estándote igual de agradecido por tu bondad y tu consideración en un momento de capital importancia, que siempre me abstendré de nombrar.

Hiciste la solemne promesa de acudir si alguna vez te lo pedía. ¿Puedes venir cinco minutos, lo antes posible, y disipar las negras tinieblas que asedian a un ser tan desdichado como yo? Si te niegas, no respondo de las consecuencias. Estaré en el cenador del jardín mañana a las diez y media. Si vienes quedaré muy agradecido. Además, tengo algo para ti.

Tuyo,

X

En sintonía con el tono de esta misiva, abatido y angustiado, el barón subió al cenador el domingo por la mañana y allí se sentó. No había nada que le indicase la hora exacta, pero antes de que sonaran las campanas de la iglesia oyó que alguien se acercaba a sus espaldas. Los pasos leves avanzaron tímidamente de una esquina a la

siguiente, hasta que por fin llegaron a la tercera, donde Von Xanten se resguardaba del sol. La pobre Margery apareció ante él.

Tenía pinta de estar agotada, y llevaba los zapatos y las faldas del vestido cubiertos de polvo. Hacía un calor bochornoso: el sol ya estaba alto, brillaba con fuerza, y hacía semanas que no llovía. El barón, que paseaba muy poco, no había tenido en cuenta la fatiga del calor y la sequía. Un trayecto que en una mañana de niebla habría sido un ejercicio razonable, resultó ese día extenuante para Margery. Venía sin resuello, y llevaba escritas en su expresión la preocupación y la tristeza.

El barón se levantó de un salto y le estrechó la mano. Se reprochó por haberla llamado, al verla en aquel estado.

—¡Mi querida muchacha! —dijo—. Estás cansada. No tendrías que haber venido.

—Usted me llamó, señor, y temí que estuviera enfermo. Y la promesa que le hice es sagrada.

Von Xanten se inclinó sobre ella, observó su rostro alicaído y retuvo su mano. La soltó bruscamente y se alejó unos pasos.

—Era solo un capricho —dijo con pesar—. Quería ver a mi pequeña amiga, expresarle mis buenos deseos y darle esto. —Sacó un pequeño estuche de piel y le indicó cómo abrirlo. Contenía un bonito guardapelo de perlas—. Es mi regalo de bodas —continuó—. Tendrás que devolvérmelo si no te casas con Jim este verano… porque tengo entendido que será este verano, ¿verdad?

—Así era, señor —contestó ella muy agitada—. Pero ya no podrá ser. Y por tanto no puedo aceptarlo.

—¿Qué dices?

—Tenía que haber sido hoy, pero ya no será.

—¿La boda hoy… en domingo?

—La fijamos en domingo para que no nos quitara mucho tiempo en esta época de tanto trabajo.

—¿No irás a decirme que la has anulado?

—Usted me llamó, y aquí estoy —contestó humildemente, como quien está acostumbrado a obedecer las órdenes de un gran mago. Lo cierto es que el poder que el barón ejercía sobre esta inocente muchacha se asemejaba mucho a un hechizo o a una influencia hipnótica. Tan imperioso era que el factor sexual casi quedaba eliminado. Era el poder de Próspero sobre el humilde Ariel. Y al mismo tiempo, era probablemente el del cosmopolita sobre el recluido, el del hombre de mundo sobre la muchacha sencilla.

—¡Has venido… el día de tu boda! ¡Ay, Margery, qué error! No tendrías que haberme obedecido. Aunque pensaba que tu boda sería pronto, no sabía que era hoy.

—Se lo prometí, señor. Y prefiero cumplir mi promesa a casarme con Jim.

—Eso no puede ser… ¡Te equivocas! —murmuró, volviendo la vista a los montes lejanos—. Todo esto parece cosa del destino. Voy de la sartén al fuego. ¡Qué manera de recompensarte por tu bondad! Lo cierto es que no me encontraba bien, ni física ni

anímicamente… pero eso da igual. Tenemos que reparar de inmediato este error garrafal, eso es lo importante. —Guardó silencio y añadió con precipitación—: Baja el monte y sal al camino. Te estaré esperando con un faetón. Llegaremos a tiempo. ¿Qué hora es? Si no llegamos, la boda podrá celebrarse mañana, y todo volverá a ser como tiene que ser. No llores, mi querida niña. Y conserva el guardapelo… porque vas a casarte con Jim.

IX

Von Xanten corrió a los establos mientras Margery se marchaba tal como él había indicado. Debió de enganchar él mismo el caballo, a juzgar por la rapidez con que apareció en el camino con el faetón. Margery se acomodó en silencio, y el barón pareció herido en lo más vivo al percatarse de la indiferencia y la apatía con que ella actuaba. No cabía la menor duda de que en su fuero interno Margery había preferido obedecer su mandato, en apariencia importante, antes que convertirse en la mujer de Jim, pero tampoco era menos obvio que, si el barón la hubiese dejado en paz, ella a esas horas estaría en el altar.

Conducía con furia, levantando una nube de polvo. Había mucho en lo que fijarse esa apacible mañana de domingo: los árboles y los campos inmóviles, el azote del sol y la pausa en los quehaceres de las gentes. Pero nada de esto tenía la menor importancia, y así llegaron a la granja. La primera intención del barón, como había dicho, fue acompañarla a casa; sin embargo, desechó la idea, por parecerle descortés en grado sumo.

—Aún tienes tiempo de sobra —dijo, saltando al suelo y ayudándola a bajar del coche—. Cuenta la verdad: di que te llamé para entregarte un regalo de bodas, que fue un error de mi parte, y un error de la tuya. Creo que te perdonarán… Y, Margery, mi último ruego es éste: si vuelvo a llamarte, no vengas. Promete solemnemente, mi querida amiga, que no prestarás oídos a semejante petición.

Margery movió los labios, pero no formuló la promesa.

—¡Ay, señor, no puedo prometérselo! —dijo al fin.

—Pues tienes que hacerlo. ¡Tu salvación puede depender de eso! —insistió el barón, casi con aspereza—. Tú no sabes quién soy.

—En ese caso, se lo prometo, señor. Y ahora, déjeme, se lo ruego. Entraré en casa y arreglaré las cosas.

El barón se marchó en el faetón, pero no llegó lejos. De buenas a primeras, tiró de las riendas.

«Bastaría con que volviera y se lo pidiera, y ella diría que sí», murmuró.

Estaba de pie en el coche, y veía lo que pasaba al otro lado del seto. Margery seguía, abatida y lánguida, donde se había sentado. No había flor más hermosa en los campos.

—No —dijo Von Xanten—. No, no… ¡nunca! —Tomó asiento, y las ruedas giraron ligeras sobre el suave polvo del camino de Mount Lodge.

Entretanto, Margery no se había movido del sitio. Si el barón disimulaba por el lado de la severidad, ella disimulaba por el lado de la calma. Poco sabía Von Xanten lo que se ocultaba tras la serena promesa de entrar en casa y arreglar las cosas. Pasado un buen rato, la muchacha se levantó y se alejó de la casa, hasta que se acordó del estuche que llevaba en la mano, del que aparentemente se había olvidado, y se detuvo para abrirlo y contemplar el guardapelo. La cajita pareció infundirle valor. Se volvió, se quedó mirando la granja con actitud muy seria y, aunque le palpitó el corazón al acercarse a la cancela, siguió adelante hasta la puerta.

En el umbral se detuvo a escuchar. La casa estaba en silencio. Los preparativos de la boda eran visibles en el zaguán, y también en el sendero bien barrido que conducía a la cancela, por el que tendría que haber desfilado vestida de novia, pero los gorriones brincaban por él como si la casa estuviera abandonada, y todo parecía haberse detenido en el momento del clímax, como un reloj que se para al dar las horas. Hasta ese instante, cuando cayó en la cuenta de que todo parecía paralizado, no pensó en la conmoción que había causado su desaparición. Se sabe con certeza —no solo por las reiteradas afirmaciones de la muchacha en años posteriores— que al salir corriendo esa mañana para cumplir con aquella obligación inesperada, Margery no calculó las consecuencias de sus actos; y asimismo debe señalarse, como atenuante en su favor, que podría haber regresado a tiempo para la ceremonia si el mensaje del barón hubiera resultado no ser grave. De todos modos, en conjunto respondió a esta llamada con la obediencia irracional de un discípulo de tiempos primitivos. El convencimiento de que la vida del barón podía depender de su presencia —pues para entonces Margery ya había adivinado el trágico suceso que evitó con su aparición aquella mañana de niebla— la privó por completo de la facultad de juzgar y analizar la situación con serenidad. Los sencillos asuntos de su vida y la de los suyos parecían nimios ante la posibilidad de hacerle daño a él.

Oyó entonces unas pisadas muy familiares dentro de la casa. Difícilmente puede decirse que viera la cara de su padre, a unos pasos de la puerta, pues lo que tenía delante era más bien una máscara de ira y de reproche.

—¡Cómo te atreves a volver con vida y tan fresca, después de haber engañado a personas honradas! ¡Nos has avergonzado a todos! ¡No quiero verte! ¡No quiero saber nada de ti! —Se puso a dar vueltas por la habitación, incapaz de dominarse—. Solo la muerte podía justificar que no estuvieras aquí para casarte esta mañana; ¡y tienes la desfachatez de volver como si nada! ¿Para qué has venido?

—He venido para casarme con Jim, si él quiere —dijo casi sin voz—. Y si no… pues mucho mejor. Recibí un recado y tuve que salir temprano. Pensé… —Se interrumpió. Decir que pensaba que un hombre podía quitarse la vida si ella no iba a verlo era algo que nadie se creería—. Tenía la obligación de ir. Había dado mi palabra.

—¿Y por qué no lo dijiste, para retrasar la boda sin dejarnos a todos en ridículo?

—Porque tenía miedo de que no me dejaras, y ya había tomado la decisión de ir.

—¿Ir adónde?

Tardó en contestar.

—Se lo explicaré todo a Jim. Y si de verdad me aprecia sabrá perdonarme.

—Jim no. No es tan tonto. Jim lo tenía todo preparado para ti. Jim ha venido a buscarte, con su traje de novio y una sonrisa radiante como el sol; Jim ha hablado con el cura, ha traído los anillos, y el cura ha estado esperando. Pero ¡tú te habías ido! Entonces se puso pálido como un tronco sin corteza y dijo a grito pelado: «¡Si no se casa conmigo hoy no se casará nunca! Ni hablar. —Eso dijo—. Que se busque a otro. Llevo dos años aguantando su altanería, sus caprichos y sus tejemanejes —dijo—. He trabajado como una mula de carga, he ido y venido, he comprado y vendido, todo pensando en ella. He sufrido lo que no está escrito. —Sí, ésas fueron sus nobles palabras—. Pero no pienso sufrir más. ¡Que se vaya!». Yo le dije: «Jim, pórtate como un hombre. Si está viva, te elogio. Si está muerta, apiádate de mis muchos años». «No está muerta —dijo—. Acabo de saber que esta mañana la han visto cruzar los campos, con aire desdeñoso y triunfante.» Y con esto dio media vuelta y se largó con los demás vecinos. Así me dejaron, completamente avergonzado.

—Se ha precipitado —murmuró Margery—. Pero si ha dicho eso ya no podré casarme con él mañana, tal como pensaba. Y puede que así sea mucho mejor.

—¿Y te quedas tan pancha? ¿Es que todo mi esfuerzo no vale de nada, para que lo eches por tierra y digas que lo que no se ha hecho hoy se podría haber hecho mañana? ¡Anda a hacer puñetas! ¡Fuera de mi vista! No quiero oír nada más. No vuelvas a dirigirme la palabra.

—Si me voy te arrepentirás.

—Vete si quieres. ¿Arrepentirme? No seré yo quien se arrepienta.

Le volvió la espalda y se fue a la quesería pisando fuerte. Margery subió a su habitación. A estas alturas también estaba muy alterada, y en lugar de hacerse fuerte en su dormitorio hasta que su padre soltara toda la rabia, como hacía en circunstancias menos graves, cogió unas cuantas cosas, bajó las escaleras con sigilo y salió de la casa. Tenía un refugio para casos de necesidad, y su padre lo conocía, por eso no se alarmó tanto al ver que se marchaba. Este refugio estaba en Rook’s Gate, y era la casa de su abuela, que siempre se ponía de parte de Margery cuando ella obraba especialmente mal.

Tomó un desvío bastante largo, para no pasar cerca de Mount Lodge, y al poco de echar a andar ya estaba agotada. Pero la casa de su abuela era el lugar perfecto para descansar, porque allí podía hacer lo que se le antojaba. Su abuela nunca bajaba a la planta principal, y Edy, la mujer que atendía a la anciana y vivía con ella, era un cero a la izquierda, si exceptuamos su musculatura y su voz. El último tramo del recorrido discurría por un camino abierto, bordeado de árboles desgarbados y doblados por el viento del suroeste, y la escena guardaba un extraño parecido con ciertos paisajes de

la escuela flamenca impresos en la retina gracias a Hobbema y sus discípulos.

Tras explicarle a su abuela que la boda se había anulado, y que quería quedarse en su casa, lo primero que hizo Margery fue envolver con mucho cuidado el guardapelo y su estuche, el regalo de boda del barón. No se habían cumplido las condiciones estipuladas para aceptarlo, y quería devolverlo cuanto antes. Es posible que, en lo más hondo de su ser, la razón para devolver el regalo le procurase una satisfacción mayor que la razón para conservarlo.

No sabía cómo hacerlo llegar. A última hora de la tarde se envolvió en un chal, buscó y encontró un velo de gasa que su abuela se ponía en otro tiempo para atender a las abejas, se ocultó tras él y, con el corazón palpitante, se dirigió al templo de su semidiós, el barón. Se aventuró a llamar por la puerta de atrás, entregó el paquete y se marchó a toda prisa.

Resultó que Von Xanten no había logrado averiguar cómo acabó el intento de dejar a Margery en casa, a tiempo de cumplir con el acontecimiento que él mismo había interrumpido. No queriendo, por razones obvias, enviar un emisario para que indagase directamente, y sintiéndose indispuesto para desplazarse, nada supo de los detalles. Estaba muy pensativo, después de cenar en solitario, cuando le entregaron el paquete que daba cuenta del fracaso. El mayordomo, en quien la extraña llegada de Margery suscitó cierta curiosidad, se asomó a mirar por el ojo de la cerradura, después de retirarse, para ver qué significaba aquel paquete. Nada más abrirlo, el barón se levantó de un salto y maldijo su ruinosa decisión, única causa de aquel desastre, pues la devolución del guardapelo no solo indicaba que ese día no había habido boda, sino que tampoco la habría al siguiente, ni nunca.

—¡Cuánto daño le he hecho a una mujer inocente! —murmuró—. ¡La he privado de la oportunidad, quién sabe si única, de tener un hogar feliz!

X

Sucedió a los referidos hechos una larga etapa de inacción para todos los afectados.

Nada disipaba la oscuridad que envolvía la existencia del barón. Los lugareños lo veían como un individuo en quien el misterio de un personaje legendario se combinaba con las discretas hazañas de un caballero moderno. Y hasta hoy mismo, si alguien se toma la molestia de ir a Silverthorn, en el Bajo Wessex, y preguntar a los vecinos, comprobará que aún perdura cierta superstición en torno al taciturno y melancólico extranjero que vivió en Mount Lodge hace unos cuarenta años.

De dónde venía y adónde iba era una incógnita. Se decía que su madre era una dama inglesa de familia noble, casada con un extranjero no del todo desconocido en esos círculos donde los hombres «han apilado los impuros montones de oro extrañamente adquiridos»[2], y que el hijo había nacido y se había criado en Inglaterra

hasta que la familia se trasladó al extranjero, y cosas por el estilo. Pero los hechos de una vida, en casos como éste, poco cuentan frente a la apariencia de una vida, y así, aun siendo indudable que sus años de existencia habían tenido su cuota de trilladas circunstancias familiares, el velo que ocultaba su pasado nunca llegó a levantarse para satisfacer a un teatro de espectadores como eran los de Silverthorn. En eso residía su encanto. Su vida era una viñeta en la que solo los principales acontecimientos se habían trazado con algo de claridad, mientras que todo lo demás era una zona de sombras o estaba en blanco.

Podía decirse de él que guardaba cierto parecido con la garza real, esa ave solitaria. El arroyo, apacible y apartado, era su lugar predilecto; pasaba horas en sus orillas con su caña de pescar, absorto en la contemplación del agua, observando a sus habitantes de escamas leonadas con los ojos de un filósofo, como si se dijera: «Puedes picar o no picar… a mí me da lo mismo». Los niños lo tomaban a menudo por un fantasma, y los hombres por un sauce desmochado, cuando, de vuelta a casa, al atardecer, lo veían inmóvil junto a una orilla de aguas rápidas, ajeno al declinar del día.

¿Por qué había venido a pescar en la parroquia de Silverthorn? Nunca se explicó. Hasta donde se sabe, no tenía parientes en los alrededores. La zona no era especialmente buena para la pesca, y la alta sociedad decididamente exigua. Que hubiese cometido alguna locura o alguna acción precipitada, o que hubiese sido acusado por error de algún delito, y fuera por tanto aconsejable que se alejara temporalmente del mundo, casaban a la perfección con su frecuente melancolía. Pero tal como era así vivía, bien provisto de aparejos de pesca, como arrendatario de una vivienda amueblada, solo apta para satisfacer las necesidades de un individuo tan excéntrico como él.

El padre de Margery, tras asegurarse en privado de que la joven estaba sana y salva en casa de su abuela, se abstuvo de comunicarse con ella, con la esperanza de que algún día se arrepintiese y volviera a llamar a su puerta. Como es natural, con el tiempo llegó a saberse en Silverthorn que Margery se había negado a casarse con Hayward, escapándose de casa en el último momento. La gente se compadeció de él, aunque tampoco demasiado, pues todos decían que hizo mal en ilusionarse tanto con una mujer que no demostraba ninguna ilusión por él.

¿Y dónde estaba Jim? No debe suponerse que un joven tan táctico como él se hubiera retirado por completo de los ojos del mundo para tirarse de los pelos en silencio, movido por la rabia y la desesperación. A decir verdad, únicamente se retiró al solitario desfiladero entre los valles, a su horno de cal, y a las viejas murallas que lo coronaban, y allí, transcurridas las primeras horas de comprensible turbación, esperó con calma algún acercamiento de la posiblemente arrepentida Margery. Pero no hubo tal acercamiento, y una vez más Jim volvió a enfrascarse en la absorbente incógnita del carácter caprichoso de la muchacha y en la consideración de una manera de emprender una nueva campaña de conquista, pese a su último y estrepitoso

fracaso. ¿Por qué había fracasado? ¿A qué obedecía la extraña conducta de Margery? Era un enigma para Jim.

No había avanzado ni un ápice en la resolución del acertijo cuando, una mañana, se encontró en el valle con un desconocido que al parecer se había desorientado. Era un hombre de abundante pelo negro, con sombrero y un instrumento de música bajo el brazo, guardado en un estuche. Bajó hasta donde se encontraba Jim y le preguntó si conocía algún atajo para ir a Tivworthy, donde iba a celebrarse una fiesta.

—Sí que lo hay —contestó Jim—. Pero está muy lejos.

—Lo sé —replicó el músico—. Tengo intención de alcanzar al coche en la carretera.

El camino más corto pasaba por Rook's Gate, donde, según sabía Jim, estaba viviendo Margery. Como tenía un poco de tiempo libre, no pudo resistir la tentación, con el pretexto de hacerle un favor al músico, de acercarse a inspeccionar por esos barrios. Y así, diciendo que iba en la misma dirección, lo acompañó sin más preámbulos.

Rodearon los prados un buen trecho hasta que por fin llegaron a la parte de atrás de Rook's Gate, donde el camino desembocaba en la carretera principal. Un seto dividía la vía pública de la vivienda. Jim acompañó a su conocido hasta allí para indicarle el camino.

—Siga en línea recta; yo doy la vuelta aquí.

Pero el hombre se quedó paralizado, como si no cupiera en sí de perplejidad. Se alborotó la selva de pelo negro con una mano, y murmuró:

—¡Seguro que es la misma!… ¡Seguro!

Jim siguió la mirada del músico y vio que sus ojos se habían posado en una figura que él no había visto hasta entonces, la de Margery Tucker, que cruzaba el jardín dirigiéndose a una puerta contraria con un queso entre las manos, la cabeza alta y la cara bien visible.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Jim.

—Hace dos meses toqué con la orquesta en el baile que dio lord Toneborough en el condado vecino. Vi a esa joven bailando la polka con un vestido de raso y encaje. ¡Y ahora la veo cargando con un queso!

—¡Eso es imposible! —dijo Jim, con incredulidad.

—Pues yo no me equivoco. ¡Le aseguro que es ella!

Jim se mofó de la ocurrencia, el músico protestó y estuvo a punto de perder los estribos, pero Jim terminó por ceder, como quien puede permitirse despreciar las opiniones ajenas, y el forastero siguió su camino.

Mientras el músico se perdía de vista, Jim empezó a pensar atentamente en lo que acababa de decir. Su excitación creció por momentos al recordar la insólita generosidad del barón, que hasta entonces solo había atribuido a que el caballero le tenía simpatía. ¿Sería posible, por inaudito que pareciese, que el barón estuviera detrás de aquella fechoría y que se hubiera divertido con Margery llevándola a un

baile?

Las dudas y los recelos que llevan a algunos enamorados al borde de la estupidez sacaron a la luz las mejores cualidades de Jim. Cuando creía era el hombre más confiado del mundo; cuando dudada era capaz de servirse de las estrategias más taimadas. Una vez se despertaban sus sospechas, se convertía en uno de esos individuos astutos, vigilantes y sin la menor integridad que llegan a ser buenos ladrones, y con un poco más, buenos intermediarios, y con un poco más, buenos diplomáticos. Jim era honrado, y pensó cómo debía proceder.

Volvió sobre sus pasos y se asomó de nuevo al jardín. Margery había entrado en la quesería, pero no tardaría en salir. Saltaba a la vista que estaba llevando los quesos recién hechos, uno por uno, al carro que esperaba con el caballo al otro lado de la puerta, pues aunque su abuela no se dedicaba asiduamente al negocio del queso, aún conservaba algunas vacas con ayuda de un hombre y una muchacha. Con el sigilo de un gato, Jim se acercó a la puerta, se sacó del bolsillo un trozo de tiza y escribió en la madera: «El barón». Hecho esto se retiró al otro lado del jardín, donde momentos antes había visto a Margery.

Margery apareció poco después con otro queso en la mano, se acercó a la puerta del jardín y se fijó en las letras escritas con tiza. Dio un respingo, y el queso se le cayó al suelo y se hizo añicos.

Miró a un lado y a otro temerosa, con el rostro encendido como el sol poniente, y, al no ver a nadie, se agachó a recoger los trozos de queso. Jim, muy pálido, se marchó a hurtadillas tal como había llegado. Eso demostraba que el músico decía la verdad. En el camino de vuelta tomó una decisión. Desafiaría al león en su propia guarida: iría a ver al barón.

Entretanto, Margery se había recuperado del susto y había recogido el queso. Sin embargo, no se explicaba el mensaje. Jim, por su carácter, era muy capaz de gastarle una broma así en circunstancias normales, pero en ese momento estaba demasiado enfadado con ella, según se imaginaba. Y entonces se preguntó si no sería una señal del propio barón.

No sabía nada de él. Si toda vida está impregnada de monotonía, la suya en Rook’s Gate lo estaba todavía más, y Margery ya empezaba a renunciar a la esperanza de un cambio feliz. Pero es precisamente cuando el ambiente social parece estancado cuando se gestan los más grandes acontecimientos. La tranquilidad de Margery se vio alterada en primera instancia, tal como acabamos de ver, por un sobresalto leve, aunque suficiente para romper un queso en pedazos, y poco después por un asunto más grave.

Un día, estando en el mismo jardín, oyó a dos hombres hablando. La conversación le reveló que el extraño caballero que había alquilado la casa de Mount Lodge para pasar la temporada estaba gravemente enfermo.

—¿Muy enfermo? —gritó Margery desde el otro lado del seto, que impedía que la reconociesen.

—Postrado en cama —dijo uno de los hombres.

—Una inflamación pulmonar —dijo el otro.

—La cogió pescando —añadió el primero.

Margery no oyó nada más. Albergaba en su corazón una admiración ideal, más que una pasión amorosa, y como llevaba algún tiempo sin ver al barón no había podido permitirse que esa incipiente visión que tenía de él como amante alcanzara dimensiones formidables. Su sentimiento era en extremo romántico, delicado como un perfume y capaz de crecer rápidamente hasta convertirse en un principio activo o de apagarse hasta quedar en simple «simpatía sin dolor», según el caso.

Las noticias de la enfermedad, sumadas a la misteriosa inscripción de la puerta, le causaron una honda inquietud y reavivaron la imagen del barón. Se puso a dar vueltas por el jardín y a observar el corazón de las flores sin pensar en lo que hacía. Lo último que él le había pedido era que no fuese a verlo, aunque la llamase, y empezó a preguntarse si el nombre escrito en la puerta no sería una insinuación para que acudiera sin faltar a la letra de su promesa. Tal fue el efecto inesperado de la acción de Jim.

Pasaron diez días. Del barón solo le llegaban las mismas noticias: enfermo y en cama, hasta que una tarde, después de que el médico llegara al galope a la casa de Mount Lodge, el rumor de que el barón se estaba muriendo cayó como un relámpago.

Margery, muy angustiada, se preguntó si le permitirían verlo y decir unas oraciones junto a su lecho, pero no se atrevía a presentarse, y así transcurrieron cuarenta y ocho horas sin que hubiera un desenlace fatal. A pesar de la timidez y del respeto reverencial que le inspiraba el barón, casi había tomado la decisión de ir a su encuentro cuando, una tarde de finales de octubre, a la hora en que empezaba a oscurecer, alguien llamó a la puerta y preguntó por ella.

Margery vio la cabeza del mensajero recortada contra la luna baja. Era un criado. Le explicó que había ido a buscarla a casa de su padre, y allí le habían indicado dónde encontrarla. Traía una nota, que le entregó antes de retirarse.

Querida Margery Tucker:

Dicen que es probable que no viva, y por tanto quiero verte. Te espero esta tarde, a las ocho. Ven sola, por la puerta lateral, y llama cuatro veces suavemente. Mi criado de confianza te abrirá la puerta. Es una ocasión muy importante. Prepárate para una ceremonia solemne que me gustaría celebrar mientras aún esté en mis manos.

VON XANTEN

XI

Las mejillas de Margery se encendieron, y el mismo rubor se contagió al cuello y los brazos. La viva imaginación juvenil y la impulsiva razón femenina lanzaron como una flecha este pensamiento: «¡Quiere casarse conmigo!».

Había oído hablar de ocasiones igualmente singulares, en las que el azahar se

entrelaza con el triste ciprés. A veces, cuando las personas se encontraban en su lecho de muerte, por motivos de afecto, deseaban formalizar un vínculo legal que a lo largo de su vida no se habían tomado la molestia de contraer. A las siete, Margery había tomado una resolución y subió tranquilamente a su dormitorio para vestirse sin tardanza.

Nueve décimas partes de este apresurado acicalamiento las dedicó a sus manos. El verano las había bronceado, y las puso en alto para observarlas con recelo, especialmente el dedo anular de la mano izquierda. Baños calientes y fríos, combinados con ciertos productos de flores y abejas que solo conocían las muchachas campesinas, todo lo que se le ocurrió lo aplicó en aquellas manos quemadas por el sol, hasta que se convenció de que estaban tan blancas como podía desear un marido poseedor de cien títulos nobiliarios. Cuando terminó de vestirse le dijo a Edy que iba a dar un paseo largo, y emprendió el camino de Mount Lodge. Ya no brincaba como una chiquilla sino que andaba como una mujer. Cuando cruzaba la verja del jardín, con su acento particular murmuró para sí: «Baronesa von Xanten». Tal fue la agitación que le causaron estas palabras que tuvo que pararse y llevarse una mano al corazón.

La casa estaba rodeada de árboles por tres costados, y tuvo que dar una vuelta casi completa hasta encontrar la puerta lateral. El valor que le había costado más de una hora reunir se esfumó al verse delante de la puerta. Mientras trataba de infundirse ánimo, vio que un carruaje se acercaba a la puerta principal. Se asomó a mirar por una esquina, y vio bajarse del coche a un cura y a un caballero en el que creyó reconocer a un famoso abogado de la ciudad vecina. Ya no tenía la menor duda sobre la naturaleza de la ceremonia propuesta por el barón. «¡Es muy repentino… pero tengo que obedecerle!», murmuró. Y llamó a la puerta cuatro veces.

La puerta se abrió al instante, como si el criado estuviera esperando al otro lado. Pensó que se trataba del hombre que los había llevado al baile, el hombre discreto en el que se podía confiar. Sin decir palabra, el criado hizo pasar a Margery hasta las escaleras de servicio, y una vez arriba cruzaron una puerta que daba a un amplio pasillo. Le pidió que esperase en un pequeño vestidor, donde había una chimenea, y en la repisa un espejo antiguo con marco de metal en el que la muchacha se miró un momento. Dos manchas rojas ardían en sus mejillas, pero el resto de la cara estaba pálida y sus ojos brillaban como un par de exquisitos diamantes.

Llevaba apenas unos minutos sentada cuando el criado volvió sin hacer ruido, y Margery lo siguió hasta una puerta cubierta por una cortina roja y negra, que el hombre levantó para entrar en una alcoba de gran tamaño. Margery vio una lámpara, encima de una mesa, y a su izquierda las colgaduras de una cama con dosel, alta y oscura, que ocultaba el centro de la estancia. Todo le pareció tan magnífico que se sintió aturdida, menguada hasta la mitad de su estatura, la mitad de sus fuerzas y la mitad de su belleza. El criado que la había acompañado se retiró al punto, y otro hombre se asomó despacio por una esquina de la cama. Levantó una mano amable,

con ademán condescendiente: era el abogado al que Margery conocía de vista. Este caballero la guió como si fuera un cordero en vez de una mujer, hasta que se pudo ver la figura del enfermo.

El barón tenía los ojos cerrados, pues Margery había entrado con tanto sigilo que aún no se había dado cuenta de su llegada. Su palidez casi hacía juego con las sábanas, y el pelo y el bigote negros parecían trazos de tinta sobre un papel en blanco. A su lado estaban sentados el cura y otro caballero, de quien más tarde supo que era un médico de Londres. El cura susurró unas palabras y el barón abrió los ojos. Al ver a Margery, sonrió débilmente y extendió una mano.

Margery habría llorado por él, de no haber sido porque estaba demasiado sobrecogida y palpitante de emoción para hacer nada. Se olvidó por completo de la razón por la que se encontraba allí, le estrechó la mano mecánicamente y apenas pudo responder a su débil saludo.

—Querida Margery, ya ves cómo estoy. ¿Cómo estás tú?

Mientras se preparaba para casarse, no se había imaginado una escena semejante. Su afecto por el barón era demasiado difuso para infundirle confianza en ese momento. Se arrepintió de haber ido. A una señal del barón, el abogado le acercó una silla, y el opresivo silencio se quebró con las palabras del enfermo.

—Estoy a las puertas de la muerte, Margery. Y supongo que no tardaré en cruzarlas… Mi paz se ha visto muy alterada a lo largo de esta enfermedad, porque justo antes de que me atacase recibí… ese regalo que me devolvías, y por eso, además de otros medios, supe que habías perdido la oportunidad de casarte… Todo era culpa mía, y puedes imaginarte lo mucho que me afectó la noticia. Desde entonces no he dejado de preocuparme y no puedo quitarme esa idea de la cabeza… No quiero morir sin reparar el daño que te hice. Tú siempre me has obedecido, Margery. ¿Me obedecerás también esta vez, por extraña que te parezca mi petición?

—Sí —susurró ella.

—Muy bien. Estos caballeros han venido con un propósito especial. Uno para ayudar al cuerpo, porque es un médico; el otro para ayudar al alma… es un cura; y el tercero para ayudar a la concordia… es un abogado. Están aquí en parte por mí y en parte por ti.

El barón hizo entonces una señal al abogado, que abandonó la estancia. Volvió casi al instante, pero no estaba solo. Detrás de este caballero, vestido con sus mejores galas, con una flor en el ojal y aire de novio, apareció Jim.

XII

Margery apenas pudo contener un grito. Y en lo tocante a rubores y sonrojos, ya se había puesto alternativamente colorada y pálida tantas veces a lo largo de la tarde que en verdad no pudo hacer ni lo uno ni lo otro, y el color de su piel siguió siendo el

mismo. ¡Qué ridículo! ¡Su sueño secreto… esa dulce palabra, «baronesa», que le había dado fuerzas para ir hasta allí! En vez de un barón, allí estaba Jim, con chaleco blanco, cara de circunstancias, repeinado, y, si Margery no se equivocaba, incluso con un brillo triunfal en la mirada.

La asombrosa presencia de Jim puede explicarse en pocas palabras. La decisión de pedir cuentas al barón, costara lo que costara, resultó inesperadamente fácil: Von Xanten no puso trabas para recibirlo y, al saber cómo estaban las cosas, confesó toda su culpa y le contó cómo había conocido a Margery. La sinceridad de su declaración, la inocencia de su amistad con Margery y su pesar por la ruptura que había causado eran tan evidentes que, lejos de albergar nuevas dudas sobre su benefactor, Jim le pidió consejo para dar el paso siguiente. Poco después el barón cayó enfermo y, con el deseo de ver a la pareja unida antes de morir, envió recado a Hayward y le propuso el plan que en ese momento se disponían a llevar a cabo: un matrimonio junto al lecho del enfermo, mediante una licencia especial. Se pensó que la influencia en Lambeth de algunos amigos del barón, así como los generosos donativos que su difunta madre había hecho a la Iglesia para distintas obras de caridad, fueron entre otras las razones que permitieron obtener dicha licencia.

Eso, de todos modos, tiene poca importancia. El barón probablemente sabía, al proponer esta manera de celebrar la boda, que su enorme poder sobre Margery eliminaría cualquier obstáculo de índole sentimental, cualquier íntima objeción que, sin su presencia y su firmeza, pesarían demasiado para que ella diese su conformidad. Y, sin lugar a dudas, igualmente previó la ventaja de no revelar la identidad del novio.

Ahora bien, aun cuando las conjeturas de Von Xanten resultaron ciertas en los hechos, erraron en los motivos. Margery podía llegar a ocultar perfectamente sus sentimientos, por ejemplo, cuando quería disimular su vergüenza para no caer en el ridículo. En cuanto se sobrepuso a la sorpresa, su orgullo pugnó para sufrir lo que tuviera que sufrir con tal de no revelar su absurda decepción. Y la escena discurrió como sigue:

—Acércate, Hayward —dijo el enfermo. Hayward se acercó. El barón tomó con una mano la mano de Margery y con otra la del novio—: ¿Quieres casarte con ella, y olvidar tu enfado, si ella te acepta?

—Quiero, señor —dijo Jim sin titubear.

—Y tú, Margery, ¿qué dices? Se trata de enmendar las cosas. Le habías prometido a este joven que serías su mujer, y, como es natural, debes cumplir tu promesa. ¿Jim te desagrada?

—No, señor —contestó en voz baja, con la boca seca.

—A mí me agrada mucho —dijo el barón—. Es un hombre honrado y será un buen marido. Ten presente que el matrimonio es un contrato para toda la vida, y que la afinidad de carácter y posición social es mucho más importante que una pasión fugaz, que nunca dura demasiado. Ahora, puesto que yo te lo pido, antes de emprender mi viaje al sur de Europa para morir allí, ¿aceptas hacer feliz a este buen

hombre? Creo que he expresado bien tu visión de las cosas, ¿no es así, Hayward?

—De maravilla, señor —dijo Jim con mucho énfasis y haciendo ademán de quitarse el sombrero ante su influyente aliado, hasta que recordó que llevaba la cabeza descubierta—. Y, aunque no podía tener la esperanza de que Margery accediese a mi petición, creo que viniendo de usted debería ceder.

—¿Y tú, querida amiga, lo aceptas?

—Sí, señor —murmuró—. Si él acepta dos cosas.

—Seguro que no tiene inconveniente. ¿Qué cosas son?

—Que no me obligará a vivir con él hasta que yo lo decida, y que nuestra boda se guardará en secreto por el momento.

—¿Tú qué dices a eso, Hayward?

—Yo estoy dispuesto a hacer todo lo que desee ella o usted, mi noble señor.

—Bueno —dijo el barón—, su petición es razonable, por la precipitación con que la he avisado. Sigamos adelante. Tú esperabas esto, por la alusión que hacía en mi nota a una ceremonia, ¿no es así, Margery?

—Sí, señor —contestó, con cierto esfuerzo.

—Muy bien. Ya lo suponía. No pareces sorprendida.

Dejaremos aquí la escena en el dormitorio para trasladarnos a un lugar cercano.

El carruaje que Margery, cuando estaba en la puerta, había visto subir en dirección a Mount Lodge, llamó la atención no solo de la muchacha sino también de un hombre que llevaba un buen rato dando vueltas por el jardín, fumando en pipa y ocupado en alguna tarea. Una breve observación de sus movimientos habría bastado para indicar que estaba protegiendo algunas plantas delicadas de la helada prevista y que era el jardinero. Cuando la luz de la entrada iluminó al cura y al abogado —el primero desconocido, el segundo familiar para él—, el jardinero rodeó la casa muy pensativo. Llegó a la puerta lateral y se sorprendió mucho al ver que ésta se abría con sigilo para dar paso a una joven, cuyas facciones momentáneamente iluminadas reconoció como las de Margery Tucker.

Había algo intrigante en todo aquello. El jardinero volvió al jardín delantero y prosiguió con la mecánica tarea de dar cobijo a las plantas, pero se notaba que sus pensamientos estaban puestos en otra parte. Sus pisadas en la hierba eran inaudibles y, como hacía una noche muy tranquila, llegó a sus oídos un murmullo por la ventana del dormitorio.

El jardinero se acercó a un árbol y cogió una escalera que había usado ese mismo día para clavar unos clavos, la colocó debajo de la ventana, subió hasta la mitad y, con el fin de engañar a su conciencia, se agarró a un par de clavos para comprobar su solidez. Quedó muy satisfecho con lo que oyó. A través de la persiana le llegaron fragmentos del servicio que estaba oficiando el sacerdote desconocido: eran palabras que correspondían a la celebración solemne de un matrimonio, tales como «tomas por esposa» o «en la riqueza y en la pobreza», y otras por el estilo, mientras que las partes que le resultaban menos familiares no acertaba a distinguirlas.

Convencido de que allí se estaba celebrando una boda, el jardinero no pensó ni por un momento que el contrayente pudiera ser otro que el barón. Bajó de la escalera, rodeó una vez más la casa y esperó hasta que vio salir a Margery por la misma puerta lateral. Temiendo que ella lo descubriera, se retiró entonces a su casa.

La vivienda se encontraba en la esquina inferior del jardín, y apenas entró el jardinero fue abordado por una mujer hermosa, con una cofia de viuda, que lo llamó padre y le anunció que la cena estaba lista desde hacía un buen rato. Se sentaron a la mesa, pero el hombre estaba tan distraído y callado que su hija ladeó la cabeza con aire encantador.

—¿Qué te pasa, padre? —preguntó.

—¿Qué me pasa? —dijo el jardinero—. Algo que a mí no me afecta gran cosa, pero que puede ser muy importante para ti si sabes jugar bien tus cartas. ¡Ha habido una boda esta noche en la casa! —Y, advirtiendo a su hija de que debía guardar el secreto, le contó todo lo que había visto y oído—. Tenemos que ganarnos la vida —dijo—, y la gente como nosotros no puede ir contando chismes de sus superiores… ¡Dios me perdone por mofarme de esa palabra! Pero podemos sacar provecho de la situación. Ella es una buena muchacha, así que, Harriet, tienes que ser la primera en presentarle tus respetos, antes de que se entere nadie. La boda se ha celebrado en secreto, y se guardará en secreto por algún tiempo… hasta que él haya muerto, sin duda. Supongo que entonces ella tomará posesión de esta casa, y como viuda recibirá diez mil libras de golpe. Como tú también estás viuda, quizá quiera que le hagas compañía, y con un poco de maña podrás tener un hogar.

Mientras tenía lugar esta conversación en casa del jardinero, Margery abandonaba la casa del barón. Se había casado de verdad. Pero, como sabemos, no se había casado con el barón. Concluida la ceremonia se sintió indispuesta, y quiso volver a casa sola, tal como había llegado. Nada pudo objetarse a este deseo, pues estaba en sintonía con las condiciones del acuerdo, y, tras despedirse de Jim con la mayor frialdad, y de Von Xanten con mucha contención, salió por la misma puerta lateral. Una vez a salvo, en la oscuridad del jardín, rompió a llorar, y las lágrimas cayeron en la hierba a su paso. En la alcoba del barón parecía indefensa y asustada, pero había recobrado la razón y las emociones. Cuanto más se alejaba del esplendor de aquella estancia y de la influencia de su ocupante, más se convencía de la estupidez que acababa de cometer. Había desobedecido a su padre y abandonado su casa para terminar obedeciéndolo allí. Había complacido los deseos de todos menos los suyos.

De nada servía pensar en eso; era demasiado tarde. Casi no supo cómo llegó a casa de su abuela, pero se fue a la cama sin cenar y sin decir nada ni a la anciana ni a su criada.

XIII

Al día siguiente, cuando salió al jardín con la extraña sensación de ser otra persona, vio a Jim asomado a la tapia.

—Buenos días, Margery —saludó, con un asentimiento de cabeza y mucha cortesía.

—Buenos días —contestó ella en el mismo tono.

—Discúlpame —añadió Jim—. ¿Adónde pensabas ir esta mañana?

—A ninguna parte por el momento, gracias. Mas tardé iré a casa de mi padre, con Edy —prosiguió con un suspiro—. He hecho lo que él quería, es decir, casarme contigo. Ya no hay ninguna razón para que sigamos enemistados.

—Cierto, cierto. Bueno, yo voy en la misma dirección. Puedo llevarte en el carro si quieres, porque está lejos.

—No, gracias. Estoy acostumbrada a andar.

Guardaron silencio, separados por la tapia, hasta que Jim no pudo conservar la calma por más tiempo.

—¡Mal negocio hemos hecho! —murmuró.

—Pues sí —dijo Margery, con el aire de quien ve adivinados sus pensamientos—. ¡No sé por qué lo he aceptado! —Y se echó a llorar.

—La culpa es nueve veces más mía que tuya —contestó él—. Tendría que haber dicho que no, en vez de ayudar al barón a realizar este plan. Todo fue idea suya, como tal vez sepas. A mí nunca se me habría ocurrido una cosa así. Pero dijo que tú estarías dispuesta, y que todo saldría bien. Y yo quise creerlo.

—La cuestión es cómo remediarlo —dijo Margery con amargura—. Espero, como es natural, que cumplas tu promesa de guardar el secreto y que no me importunes con visitas.

—Cuenta con ello —dijo Jim—. No quiero importunarte. Por lo demás, mi querida señora Hayward…

—¡No se te ocurra llamarme así! —protestó ella—. ¡Nunca seré la señora Hayward!

Jim hizo una pausa antes de hablar con suavidad.

—Bueno —replicó—. Lo eres por ley, y eso es lo que cuenta.

—He dicho que no lo reconocería, y no pienso cambiar de opinión. Una cosa que va en contra de los deseos de las personas no puede ser legal, porque las leyes se hacen para protegerlas. Así que, por favor, no vuelvas a llamarme así nunca más.

—Muy bien, señorita Tucker —dijo Jim con mucha deferencia—. Seguiremos viviendo exactamente igual que antes. No podremos casarnos con nadie, eso es verdad; pero por lo demás nada ha cambiado, ni se hace daño a nadie. Supongo que a tu padre hay que contárselo, aunque nadie más lo sepa. Así se reconciliará contigo en cierta medida, y eso te hará la vida más fácil.

En lugar de responder directamente, Margery exclamó en voz baja:

—¡Es un error! ¡No me di cuenta, porque no tuve tiempo de pensarlo! Acepté con la idea de que al menos así podría reconciliarme con mi padre. Pero puede que él

prefiriese verme soltera antes que casada y separada. ¡Debía de estar hechizada, embrujada, para dar mi consentimiento a esta locura! Lo hice únicamente por complacer a ese hombre bueno y noble que se está muriendo… ¡aunque no entiendo por qué lo deseaba tanto!

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Jim—. Sí, hemos hecho el tonto, Margery —añadió, con extraordinaria seriedad—. Se ha salido con la suya, y ahora tenemos que aguantarnos. Por tratarse de un caballero tan influyente, y después de que me comprase varios carros de cal y me regalase esos muebles tan espléndidos, no podía negárselo.

—¿Cómo? ¿Te regaló todas esas cosas?

—Sí, para ayudarme a conquistarte.

Margery ocultó la cara entre las manos, y Jim se incorporó y la observó con aire crítico.

—¡Ha sido todo una trampa que me habéis tendido entre los dos para cazarme! —gritó Margery—. ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué lo ha hecho él? ¿Me merezco yo que me traten así? ¡Fue él quien compró los muebles! ¡Me han pillado… me han engañado! —La pena y la humillación, al descubrir que desde hacía tanto tiempo, mientras ella creía ilusoriamente que el barón albergaba sentimientos de amor, estaba en realidad conspirando en favor de la causa de Jim, eran superiores a sus fuerzas.

Jim esperó con distante cortesía, mordisqueando un tallo de hierba, hasta que hubo pasado el paroxismo.

—Una cosa, señorita Tuck… señora… Margery —dijo entonces con gravedad—. Verás que soy un hombre como hay que ser, y por tanto respetaré tus deseos y te dejaré en paz para siempre, si eso es lo que quieres. Pero me gustaría darte un consejo. Y es que, antes de que vayas a la granja Silverthorn, permitas que me adelante para hablar con tu padre. Está a buenas conmigo, mientras que contigo está muy enfadado. Le daré la noticia poco a poco. Creo que podré predisponerlo en tu favor, aunque la boda no haya sido una boda natural. En todo caso, veré lo que dice de ti y volveré a contártelo.

Margery asintió con indiferencia, y Jim la dejó paseando por el jardín, a la luz del sol, mientras iba a cumplir con su misión de reconocimiento. No debe suponerse que la obediencia con que el joven se hizo eco del arrepentimiento de Margery por haberse casado con tanta precipitación era del todo sincera, y es indudable que su secreta intención, tras poner al lechero en conocimiento de lo ocurrido, era pedirle que accediese temporalmente a los caprichos de su hija, hasta que con el tiempo entrase en razón, se olvidara de sus fantasías y se aviniera a sentar la cabeza. Lo cierto es que estaba ofendido por la firme oposición de la muchacha, y por lo mucho que ella lamentaba haberse casado solo por complacer a otra persona, pero seguía confiando en que todo se arreglaría.

Pero ¡ay, cuánto se equivocaba Jim en sus cálculos! Llegó a la lechería, cuyas paredes blancas brillaban bajo el sol a esa hora de la mañana. Amarró el caballo en

una argolla que había en la pared y entró en la granja. Antes de llamar a la puerta, vio al lechero saliendo por una puerta en dirección contraria, como si acabara de llegar. Jim fue a su encuentro. Desde el infortunado incidente de la mañana de la boda frustrada apenas habían vuelto a saludarse, pues la situación les resultaba muy embarazosa.

—¿Eres tú? —dijo Tucker, con una voz que asustó a Jim por su aspereza—. ¡Valiente sinvergüenza estás hecho!

Era un mal comienzo para el joven como yerno, y no auguraba nada bueno para la delicada cuestión que se proponía exponer.

—¿Qué pasa? —dijo Jim.

—¿Que qué pasa? Me gustaría que los que queman la cal no quemasen de paso las tierras de la gente. ¡Vergüenza debería darte! Te tienes por un hombre, Jim Hayward, y un honrado trabajador, y un cristiano próspero y respetable, y a las seis de esta mañana, en vez de estar donde tenías que estar, trabajando, ¡no había rastro de ti por ninguna parte!

—Le aseguro que no sé adónde quiere llegar.

—Pues a que han saltado chispas de tu horno a mi almiar, y lo han calcinado. Ahora tendré que pagarlo de mi bolsillo, que está casi seco. Eso es lo que ha pasado, amigo mío. ¡Qué mala cabeza la tuya! Mira que he conocido a gente en Silverthorn en las últimas décadas, pero a nadie con tanto ingenio como tú, querido calcinero, para hacer daño a los demás. Creo que el día en que me libré de acogerte en mi familia fue uno de los más felices de mi vida. Esa hija mía tenía razón; yo estaba equivocado. Se dio cuenta de que eras un granuja de cuidado y tuvo la sabiduría de escaparse esa mañana para librarse de ti. ¡Y bien que hizo! Mañana mismo iré a buscarla para que vuelva a casa.

—No hace falta que se tome la molestia. Vendrá esta noche por su propio pie. He estado con ella esta mañana, y me lo ha dicho.

—Mucho mejor. La recibiré con los brazos abiertos. ¡Señor, qué gente! Prefiero verla casada con el tonto del pueblo antes que contigo. Contigo no… ¡Qué poco te importa mi heno! Seguro que estabas holgazaneando por ahí, en la cama; eso estabas haciendo. No vuelvas a ensuciar mi puerta, y cuanto antes te vayas más me alegraré.

Jim estaba anonado y así lo dio a entender. Si el almiar se había quemado de verdad, sin duda que era culpa suya, pero no entendía cómo había ocurrido. Eso sí, con culpa o sin ella, era evidente que si aún le quedaba un mínimo de dignidad, no podía presentarse ante un viejo cascarrabias como Tucker para decirle que era su yerno tal como estaban las cosas.

Durante meses, incluso años, la única transacción que parecía satisfactoria para estas dos familias había sido la unión de Jim con Margery, y apenas acababa de producirse cuando todos la consideraban el peor de los infortunios. Después de declarar fríamente que se disponía a averiguar qué parte del accidente podía atribuirse a su negligencia, y asegurar que pagaría los daños, Jim salió de la granja y se marchó

por donde había venido.

Margery había estado vigilando, con el deseo especial de que Jim no entrase en casa, por miedo a que alguien pudiera presenciar la gravedad del encuentro, y en cuanto oyó las ruedas del carro salió corriendo a la tapia, donde nadie podría verlos.

—¡Seguro que mi padre te ha tratado mal! —dijo, al ver la cara que traía Jim.

—No te quepa la menor duda.

—Pero ¿sigue enfadado conmigo?

—Ni mucho menos. Te espera con los brazos abiertos.

—¡Ah! Eso es porque me he casado contigo.

—¡Es porque cree que no te has casado! Me ha puesto de vuelta y media. Me odia, y para no perjudicarte no le he dicho nada.

Margery volvió la vista a la casa con ojos tristes y serios.

—Hemos cometido un gran error, y estamos en una situación muy extraña.

—Eso es verdad, pero ¿sabes lo que te digo? No voy a consentirlo. —Se detuvo bruscamente—. Bueno, bueno. Lo he prometido —se apresuró a añadir.

—Tenemos que pagar las consecuencias —continuó ella—. La manera de sufrir menos es no decir nada de lo que pasó anoche, y no vernos. Ahora tengo que volver con mi padre.

Jim contestó con un indiferente asentimiento de cabeza, y Margery entró en la casa y lo dejó solo.

XIV

Margery volvió a su casa, tal como había dicho, y reanudó su antigua vida en Silverthorn. Al ver lo enfadado que estaba su padre con Jim, no le dijo ni media palabra de la boda.

Su vida interior, sin embargo, no volvió a ser la misma. Había recibido un golpe mental y emocional, un fuerte revés que imprimió en su expresión un gesto de desconcierto permanente.

Su enfado con el barón por haberse aliado con Jim, al principio monumental, se fue aplacando con el paso de las semanas y terminó por esfumarse con las noticias que recibió cierto día.

El barón no había muerto, pero ya no estaba en Mount Lodge. Para sorpresa de los médicos, experimentó una mejoría suficiente para permitir su traslado antes de que el frío se echara encima. A la vista de lo mucho que deseaba marcharse, se juzgó aconsejable satisfacer sus deseos a toda costa. El plan consistió en llevarlo en una especie de palanquín hasta la costa, cerca de Idmouth, donde lo esperaba un barco. De este modo le evitarían el ruido y las sacudidas del viaje en coche por caminos llenos de baches. La singular procesión campo a través se puso en marcha de noche y fue presenciada por muy pocos testigos, uno de ellos un jornalero que le describió la

escena a Margery. Una vez en la costa, tendieron una estrecha pasarela entre la embarcación y el muelle, muy empinada, para que el barco pudiera acercarse todo lo posible. Los que llevaban el palanquín subieron con ayuda de unos faroles y acostaron al enfermo en el camarote, y, en cuanto desembarcaron, se retiró la escala, se oyó el restallido de una amarra contra la madera en la oscuridad, el barco dio un bandazo, desplegó sus alas y se hizo a la mar. El velero pronto se convirtió en un pequeño espectro en la amplia extensión del agua.

Se decía que la nave puso rumbo a Argel.

Con la llegada de los desapacibles días del otoño y del invierno, Margery se preguntó si el barón seguiría vivo. Como la casa estaba cerrada y los criados se habían marchado, no tuvo forma de averiguarlo hasta cierto sábado en que su padre la llevó al mercado de Exonbury. Mientrás él se ocupaba de sus negocios, la muchacha se quedó sola. Iba paseando por una calle tranquila del barrio que ocupaban los profesionales en la ciudad cuando vio venir de frente al abogado que había representado al barón en pequeños asuntos durante su breve estancia en Mount Lodge.

Margery se puso como la grana y apartó la mirada, con intención de pasar de largo, pero el caballero le cerró el paso y la miró con amistosa severidad. La calle estaba casi desierta.

—¿Cómo está su marido? —preguntó en voz baja.

—No lo sé, señor.

—¡Vaya! ¿Siguen en vigor las condiciones de guardar el secreto y vivir separados?

—Y así seguirán para siempre —contestó Margery con decisión—. El señor Hayward y yo llegamos a un acuerdo y no tenemos la más mínima intención de hacer cambios.

—Hum. Entonces, a ojos de todo el mundo, usted sigue siendo la señorita Tucker. Solo para mí y para algún otro es la señora Hayward.

Margery asintió con la cabeza. A continuación se armó de valor y, aunque se puso muy colorada, se atrevió a decir:

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? ¿Ha muerto el barón?

—Ha muerto, para usted y para todos nosotros. ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque, si está vivo, me arrepiento de haberme casado con James Hayward. Si está muerto, mi matrimonio no tiene importancia.

—Le repito que para usted está muerto —dijo el abogado, con mucho énfasis—. Le contaré lo que sé. Dejé de prestarle mis servicios cuando se fue del país, pero creo que si siguiera con vida habría tenido noticias suyas. No he sabido nada de él, y eso, sumado a la naturaleza de su enfermedad, me hace pensar que sin duda está muerto.

Margery suspiró y, después de dar las gracias al abogado, se marchó sin poder contener una lágrima. A raíz de este incidente se tranquilizó un poco, y así llegó el momento de su visita periódica a su abuela.

Llevaba unos días en casa de la anciana cuando ésta le pidió que fuese a llevar un recado al jardinero de Mount Lodge (que seguía viviendo en la finca, al cuidado del jardín). Margery aborrecía aquella casa, pero no tuvo más remedio que ir. La residencia asomaba entre los árboles como un cráneo despojado de todo resto de carne viva y palpitante. Empezaba a anochecer cuando llegó a casa del jardinero, en un extremo de la finca. La luz estaba encendida, y Margery vio por la ventana a una mujer a la que no conocía. Era morena y muy hermosa. La mujer abrió la puerta al oír la llamada. Era la hija viuda del jardinero, la que había recibido el consejo de trabar amistad con ella.

Por fin se presentaba su oportunidad. Margery no tardó en cumplir con su misión, muy sorprendida por el incomprensible respeto con que la trataba la joven viuda, quien se ofreció a acompañarla a casa. Agradecía la compañía en la oscuridad, y juntas se pusieron en camino. La señora Peach, que se mostraba muy efusiva y confidencial, le contó a Margery su vida entera. Llevaba poco tiempo viviendo con su padre —había llegado justo cuando el barón cayó enfermo— y su difunto marido era capitán de un queche.

—La vi a usted una mañana, señora —dijo—. Pero usted no me vio. Iba cruzando el monte, por delante de la casa. Se quedó mirando la fachada y suspiró. Las viudas siempre suspiran, ¿verdad, señora?

—Las viudas… sí, supongo. Pero ¿qué quiere usted decir?

La señora Peach bajó la voz.

—No puedo decir más, señora, con todo mi respeto. Por lo visto no hay duda de que el pobre barón ha muerto, y aunque esos príncipes extranjeros pueden tomar (como decía mi pobre marido) lo que ellos llaman mujeres a medias, y abandonarlas cuando se marchan a otro país, la viudez es la viudez, a medias o completa. Además, ser la mujer a medias de un barón extranjero es mucho mejor que estar casada del todo con un hombre corriente. Disculpe mi atrevimiento, señora, pero, como yo también soy viuda, lo he sentido muchísimo por usted. ¡Con lo joven que es, y teniendo que guardarlo en secreto, y (discúlpeme) sin recibir un céntimo de toda su riqueza, porque todo se lo ha quedado la baronesa Número Uno!

Margery no entendía una sola palabra, más allá del hecho evidente de que la señora Peach la tomaba por la desheredada viuda del barón, pero no se molestó en sacarla de su error, y la mujer siguió diciendo:

—Pero, ay, señora, todos sus problemas han quedado bien guardados en su memoria… mientras que yo tengo muchos problemas por delante y una pena por detrás.

—¿Y qué problemas son ésos, señora Peach? —preguntó Margery, con aires de baronesa.

La otra bajó la voz, en tono confidencial:

—¡Me he olvidado de mi primer marido y ahora estoy loca por otro!

—Eso no está bien… Debería usted dominar sus sentimientos.

—Pero ¿cómo voy a dominar mis sentimientos?

—Yendo a la tumba de su difunto marido y haciendo cosas por el estilo.

—¿Usted va a la tumba de su difunto marido?

—¿Cómo voy a ir a Argel?

—¡Sí, claro! Verá, he hecho todo lo posible por curarme… He leído todos los pasajes de la Biblia que me advierten de ese mal, he ido al altar todos los primeros domingos de mes, ¡de todo he hecho! Pero, ni por ésas, como decía mi pobre marido, todo sigue igual. En resumen, que he decidido dar esperanzas al otro. Es muy halagador, para una recién llegada como yo, encontrar tan pronto a un hombre joven.

—¿Quién es? —preguntó Margery con indiferencia.

—Un maestro calcinero.

—¿Un maestro calcinero?

—Ése es su oficio. Es socio de la empresa, y lo cierto es que gana buenos cuartos.

—¿Cómo se llama?

—Eso prefiero no decírselo, porque, aunque es de noche, y la noche oculta las vergüenzas, ¡le aseguro que me arde la cara como un hierro candente! ¡Toque!

Margery acercó una mano a la mejilla de la señora Peach y comprobó que de verdad estaba ardiendo.

—¿Viene a cortejarla? —preguntó al momento.

—Bueno… solo cuando pasa cerca por su trabajo. Nunca viene si nadie pide cal en el vecindario. También es voluntario en el regimiento de caballería del condado, y bien guapo que estará cuando salgan de instrucción en mayo.

—Ah… está en el regimiento de voluntarios —dijo Margery, con un suspiro de alivio—. Entonces no puede ser… ¿es joven, dice usted?

—Sí, asociado en el negocio.

La descripción guardaba un extraño parecido con Jim, de quien Margery llevaba meses sin saber nada. Le había prometido silencio y ausencia y había cumplido su palabra a rajatabla, con un añadido gratuito de lo más increíble, si en verdad era Jim de quien la viuda se había enamorado. Solo un detalle de la descripción desconcertaba a Margery. Jim no era voluntario del regimiento de caballería, a menos que se hubiera incorporado recientemente, y eso le sorprendía mucho.

Se despidió de la viuda con cariñoso interés.

—Me gustaría volver a verla, señora Peach, y saber cómo prospera ese cortejo. ¿Cuándo puede venir a casa?

—Ah… cuando usted quiera, querida baronesa, faltaría más… Siempre que me considere digna de su amistad.

—Eso no lo dude, señora Peach. Venga en cuanto vuelva a ver a su calcinero.

XV

Como Jim vivía a varios kilómetros de la viuda, Margery se asombró mucho, incluso se sintió un poco dolida, cuando su nueva amiga llamó a su puerta la tarde del lunes siguiente. La viuda le propuso dar un paseo, y la muchacha aceptó al punto.

—He venido enseguida —dijo la viuda sin aliento en cuanto se alejaron de la casa —, porque estoy tan emocionada que no podía callármelo. Tengo que contárselo a alguien, ¡aunque sea a un pájaro, a un gato o a un caracol!

—¿Qué ha pasado? —preguntó su compañera.

—He cogido hierba de la tumba de mi marido para curarme… He hecho con las briznas varios nudos de amor; me he descalzado y he pisado la tierra descalza. ¡Y ni por ésas!

—¿Se ha descalzado? ¿Por qué?

—Para sentir la humedad de la tierra en la que yace, y dejar que esa sensación entre en mi alma. Pero como si nada. La cosa va en aumento. Hemos quedado en vernos cuando pase revista el regimiento.

—¿Con el calcinero?

La viuda asintió.

—¿Y cuándo será eso?

—Mañana. ¡Ay, lo guapo que está con su uniforme! Es un soldado fabuloso. Era lo último que me faltaba para darle el sí. Ha venido de Exonbury solo a pasar la noche, porque están de instrucción —prosiguió la señora Peach—. Vuelve mañana, para la revista, y hemos quedado en vernos después… Pero ¡Dios mío, si está ahí!

Lanzó esta exclamación cuando un flamante uniforme rojo surgió súbitamente entre los árboles, a lomos de un caballo. En menos de medio minuto, los soldados torcerían en la esquina y se los encontrarían de frente.

—Será mejor que no me vea —dijo Margery precipitadamente—. Pensará que sé más de la cuenta. Me esconderé allí.

La viuda, que era de la misma opinión, se mostró muy aliviada cuando Margery se escabulló en el bosque, entre un coro de pájaros primaveral. Una vez en su escondite, asomó la cabeza y, antes de ver al jinete, reconoció al caballo: era Tony, el más ligero de los tres caballos de tiro que tenían Jim y su socio para repartir la cal en el carro.

Así pues, Jim se había incorporado al regimiento de voluntarios desde que se distanció de Margery. De un hombre que vestía el uniforme de la joven reina Victoria desde hacía apenas siete días no cabía esperar que lo luciese como si fuera parte de él, a la manera de los soldados veteranos; pero era un joven de excelente constitución y estaba en una edad en la que pocas cosas representan un obstáculo para quien sabe adaptarse a las circunstancias.

Al encontrarse con la ruborizada señora Peach (a quien Margery en su fuero interno negaba rotundamente cualquier derecho a ruborizarse), Jim descabalgó para seguir andando con la viuda, posiblemente a instancias de ella, y Margery no supo qué dijeron, cuánto tiempo pasaron juntos y cómo se despidieron. Habría podido

averiguar alguna de estas cosas si hubiera esperado, pero la presencia de Jim prendió en su corazón una repentina antipatía por la viuda, y una sensación de disgusto general. Se marchó en dirección contraria, volviéndose a mirar por encima del hombro para decirle al inconsciente Jim:

—¡Te vas a meter en un buen lío, caballero, si sigues adelante con ese plan!

El *coup* militar de Jim desconcertó profundamente a Margery. No adivinaba cuál podía ser su siguiente paso. La idea de que él se propusiera impresionarla y llamar su atención podía parecer ridícula, pero lo cierto es que, al incorporarse al regimiento de voluntarios, Jim reveló una capacidad para acometer deslumbrantes hazañas que desaconsejaba subestimar sus facultades.

Margery estaba muy alterada. La audacia del desdichado Jim al vestir la casaca escarlata le causaba tanto asombro como su dudosa amistad con la efusiva señora Peach. ¡Acudir a esa revista, ver a la pareja, eclipsar a la señora Peach, hacerse la encontradiza y pasar de largo con hiriente desprecio…! ¡Ojalá pudiera hacer eso! Pero, por desgracia, era una mujer abandonada. «¡Si el barón estuviera vivo, o en Inglaterra —se dijo (pues a veces pensaba que era posible que siguiera con vida)—, y me llevara a esa revista, ya le demostraría yo a la señora Peach lo que es una dama; frecuentaría únicamente la compañía más selecta, y jamás me mezclaría con la gente corriente!»

Podía parecer, a primera vista, que lo mejor para Margery en esta coyuntura habría sido hablar con Jim, dejarse de contemplaciones y cortar la intriga por lo sano. Pero, según ella misma aseguraría más adelante, quien hubiese afirmado tal cosa distaba mucho de comprender su situación. Era muy difícil romper el hielo que los separaba en ese momento, y el mero hecho de intentarlo habría supuesto un reconocimiento de derrota demasiado humillante. El único plan que se le ocurrió —quizá insensato dadas las circunstancias— fue el de acudir a la revista como la más alegre de las muchachas.

Pronto encontró la manera de llevar a cabo sus propósitos sin faltar al decoro. No se atrevía a pedírselo a su padre, porque despreciaba la costumbre de perder el tiempo en acontecimientos sociales y seguía lleno de animosidad contra el joven, pero podía recurrir a su viejo amigo el señor Vine, el socio de Jim, quien probablemente asistiría con otros vecinos más amigos de fiestas, y pedirle si podía ir con ellos en el carro. Concluyó que el plan era viable, porque estaba en casa de su abuela, y tomó la decisión de abordar al señor Vine a primera hora del día siguiente.

Entretanto, Jim y la señora Peach pasearon despacio por la carretera, Jim con el caballo de la brida, mientras la viuda le contaba que su padre, el jardinero, estaba en el pueblo, y que ella iba a encontrarse con él. Jim, por sus propias razones, pensaba dormir esa noche en casa de su socio, así que iban los dos en la misma dirección. Las sombras del crepúsculo se cerraban a su paso, y cuando llegaron al horno de cal, por donde había que pasar forzosamente camino del pueblo, la noche había caído por completo. Jim se paró en el horno, para asegurarse de que todo había ido bien durante

sus siete días de ausencia, y la viuda, que se pegaba a él como una lapa, también se detuvo, aduciendo que esperaría allí a su padre.

La señora Peach esperó con el caballo mientras el calcinero subía al horno. Jim no tardó en regresar y, como no sabía qué hacer, se quedó con ella contemplando las llamas, que esa noche ardían con fuerza y refulgían en el cielo, alzándose hasta las murallas de la fortaleza y aún más arriba, hasta la panza de las nubes.

Fue en esos momentos cuando un carruaje, tirado por un par de caballos oscuros, se acercó por el camino de postas. La luz del horno asustó a los caballos y el ocupante del vehículo se asomó a mirar por la ventanilla. Vio las llamas azuladas de la cal, como relámpagos que salían por la chimenea del horno, y a pocos metros las siluetas de Hayward, la viuda y el caballo, blancas como espectros en mitad de la noche. La escena tenía todas las trazas de una cita pecaminosa en la capital del infierno, y resultaba aún más impresionante por el hecho de que Jim y la mujer no eran en absoluto conscientes del llamativo espectáculo que ofrecían. El caballero que iba en el carruaje los observó con atención hasta perderlos de vista.

La pareja reanudó la marcha y no tardó en encontrarse con el jardinero, con lo que Jim pudo por fin librarse de la señora Peach. Cuando se despidieron, soltó un suspiro de alivio, se encaminó a casa del señor Vine y, antes de entrar, dejó el caballo en el establo. Su socio estaba sentado a la mesa, solazándose de las fatigas del día con una fastuosa alternancia de su pipa de barro y su jarra de sidra de pera.

—Bueno —dijo Jim con avidez—. ¿Qué noticias hay? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Siéntate, siéntate —dijo Vine—. La cosa va por buen camino. Pero tendrás que recompensarme por el trabajo que me ha dado espiarla. Eso de entrar en el regimiento ha sido una buena baza, pero lo de la mujer es todavía mejor. ¿A quién se le ocurrió?

—A mí mismo —contestó Jim modestamente.

—Pues sí, está ardiendo de celos, y en un par de días la tendrás a tus pies y podrás hacerle tu petición. ¿Cuál será el paso siguiente?

—La viuda está resultando una carga, por desgracia. Pero tengo que aguantar como mínimo hasta mañana. Le he prometido que nos veríamos en la revista, y ahora solo falta que Margery nos vea juntos y sonrientes. A mí de uniforme y blandiendo las armas de guerra. Será un golpe de aúpa, y confío en que baste para resolver el problema. ¿Podrás arreglártelas para llevarla en el carro? Irá, si tú se lo pides.

—De mil amores —dijo el señor Vine, humedeciendo la boquilla de la pipa con un poco de sidra—. Puedo recogerla en casa de su abuela. Me pilla de camino.

XVI

Margery siguió adelante con sus planes, y al día siguiente se puso sus mejores galas y esperó a que el señor Vine apareciese por la carretera, con la certeza de que su carro se sumaría a la procesión de vehículos que esa mañana iban camino de

Exonbury. Jim había salido temprano, y Margery no lo vio pasar. Sus suposiciones se vieron confirmadas con la llegada del señor Vine, a eso de las once, vestido con el mayor esmero, pero se sorprendió al ver que, sin que ella hiciese ademán de pararlo, él se detuvo en la puerta por voluntad propia. La invitación planeada por los socios la noche anterior se formuló con prontitud y, como es de suponer, fue aceptada con la misma prontitud. En su vida había visto Margery semejante coincidencia. Estaba preparada, y sin más preámbulos se marcharon.

La revista de las tropas iba a celebrarse en un promontorio algo apartado de la ciudad, y el señor Vine propuso dejar el caballo en la posada y hacer el resto del camino andando, lo que resultó muy del agrado de Margery, pues de ese modo le sería más fácil hacer sus observaciones preliminares a pie, en vez de subida a un carro a la vista de todo el mundo.

Llegaron justo a tiempo de encontrar un buen sitio, y en pocos minutos apareció en la explanada el oficial de revista. Margery ya había localizado de un vistazo la tropa de Jim, y vio al joven en una de las filas, con un aspecto completamente nuevo y resplandeciente, tanto por su uniforme como por su expresión. Lo cierto es que, si no se hubiera esforzado tanto para alcanzar aquel estado de desesperación, en ese instante se habría sentido orgullosa de él. Erguido y esbelto, destacaba entre los robustos voluntarios a su derecha y a su izquierda, y su caballo Tony, aún más que el propio Jim, sugería con su porte que nada sabía de carros de cal, mientras que de trompetas y esplendor lo sabía todo. Margery no acertaba a adivinar con qué había restregado Jim al caballo para sacarle un negro tan lustroso, porque en su estado natural Tony siempre estaba cubierto de cal, y esta sustancia le quemaba el color de la piel lo mismo que a Jim el pelo. En ese momento brincaba con aire marcial y era un caballo de batalla de los cascos a las crines.

Después de localizar a Jim entre los soldados, Margery buscó a la señora Peach, y a fuerza de miradas de soslayo, muy indignada, por fin la encontró en primera fila, con la cabeza alta y expresión radiante; pero lo que más escandalizó a la muchacha fue ver que la viuda había abandonado el luto y llevaba un sombrero violeta, una alegre chaqueta ceñida a la cintura y un parasol con una profusión de flecos como Margery no había visto en su vida. «¿De dónde habrá sacado el dinero? —se preguntó en voz baja—. ¡Mira que olvidarse tan pronto del pobre capitán!»

Tuvo que relegar precipitadamente estas reflexiones al descubrir que Jim y la señora Peach estaban muy atentos el uno al otro e intercambiaban telegráficas señales de afecto, que por parte de la viuda se manifestaban con pícaras sacudidas de su pañuelo o balanceos del parasol. Richard Vine se había puesto detrás de Margery, para protegerla de la multitud, según dijo, y observaba la escena por encima del sombrero de ella. Margery se habría quedado de piedra de haber sabido que Jim no solo era consciente de la presencia de la señora Peach, sino también de la suya, porque su cómplice, el señor Vine, sacó su pañuelo rojo para hacerle la señal convenida en cuanto hubieron tomado posiciones.

—¿Verdad que mi socio es un soldado muy apuesto, señorita Tucker? —dijo el calcinero—. Me da a mí que está disfrutando de lo lindo, enviando señales a… esa mujer tan guapa y risueña que está ahí, a su derecha.

—Puede ser.

—Se los ve muy cariñosos, si no me equivoco —insistió el implacable señor Vine.

Margery guardó silencio y se mordió el labio. Las tropas se pusieron en marcha, y el intercambio de señales entre el soldado Hayward y su supuesta enamorada cesó por el momento.

—¿Por casualidad tiene un papel para que pueda anotar un recordatorio, señor Vine? —preguntó Margery.

Vine sacó una libreta, arrancó una página y se la dio a Margery con un lápiz.

—No se mueva de aquí… vuelvo enseguida —dijo ella, con la inocencia de una mujer que se propone hacer alguna diablura. Y, retirándose a un extremo, donde no había nadie, escribió las siguientes palabras:

JIM ESTÁ CASADO.

Provista de este documento, se deslizó entre la multitud para acercarse a la viuda por la espalda y, sin que ésta la viera, le metió el papel en el bolsillo, donde guardaba el pañuelo, y regresó disimuladamente junto al señor Vine con aire despreocupado.

Los soldados habían cambiado de posición, y Jim estaba ahora a la izquierda, casi al lado de la viuda. Se inclinó un momento para decirle unas palabras. Por la manera en que ella asintió, a buen seguro estaban acordando dónde se encontrarían al terminar la revista, como pudo confirmar Margery cuando, al concluir la ceremonia y dispersarse la gente hacia otra zona de la explanada, donde iban a celebrarse los juegos deportivos, la señora Peach echó a andar en dirección a la ciudad.

—Voy a hablar con mi socio antes de que se vaya, si me disculpa usted un momento. Espéreme aquí, por favor —dijo el señor Vine. Y salió al encuentro de Jim.

—¿Cómo está? —preguntó Jim.

—Sudando la gota gorda. Y mi consejo es que no sigas adelante con esta farsa. Terminará mal. Está más que dispuesta a hacer las paces contigo, y si insistes lo vas a estropear.

—Ya solo queda el golpe final —dijo Jim—. Te explicaré lo que voy a hacer. He quedado en verme con la señora Peach en cuanto entremos en la ciudad y rompamos filas. En realidad es para decirle adiós, pero ella no lo sabe. Y quiero que a Margery le parezca que vamos a fugarnos. Cuando me haya librado de la viuda, volveré para arreglarme con Margery sin perder un momento. Eso sí, tú no le digas nada, no vaya a ser que le entren tentaciones de dejarme plantado otra vez. Tú insinúale que quizá tenga intención de irme a Londres con la señora Peach.

Vine insistió en que estaba llevando las cosas demasiado lejos.

—Ya verás como no —dijo Jim—. Yo sé cómo tratarla. Cuando vuelva, se habrá

ablandado del todo. Tengo que desarmarla por completo si no quiero fallar esta vez.

El señor Vine terminó por ceder y regresó con Margery. Poco después la banda empezó a tocar, y el regimiento se puso en marcha rumbo a Exonbury.

«Sí, sí, van a verse», pensó Margery, pues era evidente que la viuda había sincronizado su partida para coincidir con Jim en la ciudad cuando éste descabalgara.

—Vayamos a ver los juegos —propuso el señor Vine—. Vale la pena. Hay cucañas, carreras de sacos y pruebas mentales que nadie que quiera estar al día se puede perder.

En su indignación ante el encuentro de Jim con la viuda, que a todas luces iba a producirse a pesar de su escrito anónimo, Margery no podía resistirse a nada, y siguió al señor Vine para que éste no adivinara su estado de ánimo.

Jim siguió su plan al pie de la letra. En cuanto las tropas rompieron filas, llevó a Tony al establo y fue a buscar a la señora Peach, que lo esperaba en la acera. Pero su amistad estaba a punto de concluir: Jim se proponía despedirse de ella para siempre y lo antes posible, aunque con delicadeza, pues tenía que volver con Margery sin pérdida de tiempo. Casi había completado su maniobra satisfactoriamente cuando, al sacarse el pañuelo del bolsillo para enjugarse las lágrimas, la viuda encontró el papel y lo leyó.

—¡Cómo! ¿Es cierto? —dijo, poniéndole el papel delante de los ojos.

Jim se quedó atónito, reconoció que era cierto y empezó a disculparse con una explicación de lo más enrevesada. Pero la señora Peach estaba furiosa y no pudo contenerse.

—¡Está casado, está casado! —exclamó. Entonces se desmayó, o fingió desmayarse, y Jim no tuvo más remedio que sostenerla.

—¡Está casado, está casado! —dijo un niño que estaba cerca y había presenciado la escena con mucho interés.

—¡Está casado, está casado! —coreó alegremente otro grupo de niños, sonriendo de oreja a oreja. Y la exclamación se propagó como el eco por toda la calle.

Jim maldijo su mala suerte. La pérdida de tiempo que acarreaba el dilema empezaba a ser preocupante, pues la viuda se encontraba para entonces en tal estado de histeria que no podía dejarla sola sin faltar a los modales y a los buenos sentimientos. Tuvo que buscar un sitio donde pudiera tranquilizarse, administrarle reconstituyentes, y en conjunto perdió casi media hora. Después de retenerlo cuanto se le antojó, la viuda terminó por perdonarlo, y Jim pudo marcharse al fin con el corazón rebosante de amor por Margery. Echó a correr por la ciudad para reconciliarse con ella.

«¿Qué hago? —se preguntaba—. Volveré a su lado, la cogeré de la mano y haré que me acaricie como quien no quiere la cosa. Entonces me mirará a los ojos, yo la miraré a los ojos, marcharemos victoriosos por el campo y todo se habrá resuelto sin reproches ni lágrimas.»

Llegó a la explanada y se dirigió como una flecha al lugar acordado con Vine,

detrás de una carpa de refrescos, algo alejada de la masa de espectadores y escondida por la propia lona de las miradas curiosas. Rodeó la carpa y vio a su socio en el sitio señalado. Pero Margery no estaba con él.

Vine tenía el sombrero echado hacia atrás. Estaba pálido y parecía muy confundido.

—¿Qué pasa? —dijo Jim—. ¿Dónde está mi Margery?

—¡Has llevado esta pantomima demasiado lejos, señor mío! —exclamó Vine, con el aire del amigo que dice: «Te lo advertí»—. Si hubieras desistido hace días, ella habría vuelto a tu lado embelesada como una paloma. ¡Ahora todo ha terminado!

—¡Oye! ¿Qué dices? ¿Qué ha pasado, por Dios?

—Se ha ido.

—¿Adónde?

—¡Eso no hay quien pueda decirlo! ¡En la vida he visto cosa igual! Fue como un truco de magia negra… como si se esfumara. Cuando llegamos a la zona de los juegos le dije (¡acuérdate de que tú me lo pediste!), le dije: «Jim Hayward piensa irse a Londres con esa viuda». ¡Acuérdate de que tú me lo pediste! No pareció sorprendida, pero sí muy abatida. Entonces me dijo: «No quiero estar en medio de la chusma. Creo que me encontraré mejor en casa, entre gente de alcurnia». Y se fue a donde estaban aparcados los coches. Se acercó a un carruaje espléndido, con leones y unicornios relucientes, tirado por dos caballos negros como el carbón. En ese momento no le di demasiada importancia, y la perdí de vista detrás del coche. Los otros coches se habían marchado, y me pareció que ella seguía allí. Pero no, se había esfumado. Y entonces vi que el espléndido carruaje se alejaba, y que Margery iba dentro, con un caballero muy elegante, de pelo y bigote oscuro y piel muy pálida, como un príncipe. Cuando llegaron a la calzada, los caballos hicieron un ruido de mil demonios y desaparecieron entre una nube de polvo. Y se acabó. Si hubieras llegado un poco antes habrías podido alcanzarla.

Jim se había puesto más blanco que su pipa de arcilla.

—¡Esto es horroroso… horroroso! —gritó angustiado, pasándose una mano por la frente—. No he podido venir antes, por culpa de esa nota y del desmayo de la viuda. ¿Cómo iba a dejarla sola? Pero todo es culpa mía. Le he hecho mucho daño. No tendría que haber llevado las cosas tan lejos.

—No… ya te lo dije yo.

—Piensa que me he fugado con esa viuda melosa, y ¡se ha ido con ese hombre por despecho! ¿Sabes quién es el desconocido de los leones y los unicornios? Pues ¡es ese extranjero que se hace llamar barón y que estuvo seis meses en Mount Lodge el año pasado con las peores intenciones! ¡Un villano! ¡Ay, Margery! ¿Cómo ha podido pasar una cosa así? ¡Está perdida, está arruinada! ¿Por dónde han ido?

Jim volvió la cabeza hacia donde Vine le indicaba, y he aquí que a sus espaldas estaba el padre de Margery, el señor Tucker.

—¡Óyeme bien, jovencito! —dijo el lechero—. He oído tus lamentaciones… y te

ordeno que las cortes de cuajo. Es muy propio de un sinvergüenza como tú ponerse a enredar y lloriquear estando casado con otra mujer. Doy fe de que la he visto desmayarse en tus brazos porque querías abandonarla, y también he visto a la gente honrada que estaba allí y que sabía que estás casado con ella, me lo han dicho. Lo oí todo, aunque tú no me viste. «¡Está casado!», dijeron. Seguro que habéis hecho algún chanchullo en el registro. Pero esos chanchullos siempre terminan por salir a la luz. Por lo que respecta a Margery, a quien de ahora en adelante se la llamará por su título, soy su padre, y me parece muy bien lo que ha hecho. Estoy bien informado de las intrigas, ¿eh? ¿Crees que no sé que la gente noble puede casarse en secreto cuando se encuentra en su lecho de muerte, mediante una licencia especial, lo mismo que los de abajo se casan en las oficinas del registro? ¿Y es que un marido no puede reclamar lo que legítimamente le pertenece cuando se le antoje? Aléjate, muchacho, y deja en paz a las mujeres casadas con un noble. ¡Doy gracias a Dios por haberme librado de un zoquete como tú!

Al punto brotaron de los labios de Jim unas palabras de explicación, pero con la misma premura se detuvieron y murieron en ellos. En el último momento, como marido de Margery, no fue capaz de anunciar la vergüenza que sentían ambos y transformar de golpe en desgracia lo que su padre veía como una victoria.

—Yo… yo… tengo que irme —dijo con voz entrecortada. Y se alejó en dirección contraria a la que habían tomado los fugitivos, pero dio media vuelta en cuanto creyó que no lo veían, y en un brevísimo lapso de tiempo llegó a la ciudad. Allí hizo las oportunas averiguaciones sobre el carruaje blasonado, y por las respuestas que le dieron dedujo cuál era su destino. Al parecer habían tomado la carretera de Londres. Ensilló al pobre Tony, sin dejarle terminar de comerse el maíz, y salió al galope por el mismo camino.

XVII

Ahora bien, Jim se equivocaba al suponer que, al alejarse de la explanada dando un rodeo, había logrado engañar al lechero Tucker. El viejo astuto adivinó de inmediato que Jim se proponía seguir a los fugitivos, en la ignorancia (eso pensaba el padre) de su legítima unión. No tardó en corroborar sus sospechas, pues desde un rincón apartado de la explanada vio a Jim corriendo hacia la ciudad. Jurando venganza contra el joven, por la maldad de interponerse entre un noble y la mujer con la que se había casado en secreto, resolvió frustrar sus planes.

El lechero había llegado a caballo a la explanada, y no tuvo que volver a la ciudad, como el pobre Jim, para emprender la persecución. Desamarró su yegua de la estaca donde la había dejado atada con otros caballos, montó y descendió por un camino de herradura que cruzaba en diagonal y desembocaba en la carretera de Londres a unos dos kilómetros adelante. Como solo tenía que recorrer un lado de un

triángulo equilátero, mientras Jim seguía los otros dos, Tucker llegó a la intersección mucho antes que él.

Una vez allí, se detuvo y echó un vistazo alrededor. La carretera se bifurcaba en ese punto: el brazo izquierdo, el principal, conducía a Londres, pasando por Sherton Abbas y Melchester; el derecho llevaba a Idmouth y a la costa. Nada se divisaba en el blanco camino de Londres, pero en el otro vislumbró la trasera de un vehículo que subía deprisa por un cerro lejano y se perdía entre los árboles. Era el carruaje del barón, quien, de acuerdo con la información ofrecida bajo juramento por el jardinero de Mount Lodge, se había casado con Margery.

Cuando el coche se perdió de vista, el lechero miró en dirección contraria, hacia Exonbury, por donde se aproximaba Jim con su uniforme del regimiento de voluntarios, a lomos de Tony.

El muchacho no tardó en alcanzar la bifurcación, y vio al lechero en la cuneta. No se detuvo. Y Tucker soltó entonces la mentira más grande de su vida.

—Sigue derecho por el camino de Londres, si quieres alcanzarlos —dijo.

—¡Gracias, lechero, gracias! —exclamó Jim; su rostro se iluminó de gratitud, en la creencia de que Vine había sacado a Tucker de su error, y éste había venido en su ayuda. Sin aflojar el paso se empequeñeció por el camino contrario al tomado por la pareja en su fuga. Tucker se frotó las manos con deleite, volvió sobre sus pasos y entró en la ciudad cuando el reloj de la catedral daba las cinco.

Jim siguió adelante levantando una nube de polvo, monte arriba y monte abajo, pero en ningún momento llegó a avistar el carruaje que perseguía, porque se encontraba a muchos kilómetros de allí, en una dirección divergente. Continuó de todos modos, hasta que Tony empezó a dar muestras de agotamiento. Fue entonces, después de preguntar a algunos transeúntes, cuando comprendió que iba por el camino contrario. Cayó en la cuenta de que el lechero, aun cuando ignorase la verdad, le había engañado y, con una pesadumbre indescriptible, hizo retroceder al caballo, que apenas podía sostener la cabeza, con la intención de volver a casa.

Pero Tony estaba exhausto y no pudo llegar muy lejos. Minutos más tarde, Jim se detenía en la fonda de una aldea, al pie del camino, para que el animal pudiera alimentarse y descansar. Para el muchacho no había descanso posible. Se sentó y trató de comer algo, pero era incapaz de estarse quieto. Salió de la fonda y se puso a dar vueltas por la carretera.

Estaba oteando el camino por donde había venido cuando vio que el carruaje que buscaba se acercaba de frente, con sus caballos negros y diabólicos perfilados por el fuego del sol poniente.

No se detuvo a considerar el cómo ni el porqué de esta súbita aparición. Su decisión de interceptar el coche fue instantánea. Echó a correr y se plantó en mitad del camino para impedir el paso del vehículo.

El cochero dio un grito, pero él no se movió, como una roca, y, al ver que el coche se le echaba encima, desenvainó su espada, dispuesto a abatir a los caballos.

Los animales, al frenar, se quedaron casi sentados sobre los cuartos traseros, y en ese mismo instante un caballero se asomó por la ventanilla. Era el barón.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—¡James Hayward! —replicó el joven con fiereza—. Y reclama a su mujer.

Von Xanten bajó de un salto e indicó al cochero que lo esperase a un lado del camino.

—Iba en tu busca —le dijo a Jim—. Tu mujer está donde tiene que estar, y donde deberías estar tú también: al calor del hogar. ¿Qué ha sido de la otra mujer?

Sin responder a esta pregunta, Jim volvió la vista con incredulidad al carruaje, que en ese momento daba la vuelta. Margery no iba en el coche.

—La otra mujer no significa nada para mí —dijo con pesar—. La utilicé para ablandar a Margery. He terminado con ella. La pregunta, mi señor, es: ¿qué se traía hoy usted entre manos con Margery?

—Me proponía ayudarla a recuperar a su marido, a quien al parecer había perdido. Me encontré con ella y me contó que te habías fugado a Londres con otra mujer. Y yo, que siempre me he tomado su felicidad muy a pecho, le prometí que la ayudaría a alcanzarte si así lo deseaba. Se alegró mucho. Nos pusimos en camino, pero nadie supo decirnos que os hubiera visto pasar. Entonces la llevé a tu casa, y allí te está esperando. Le prometí que te enviaría a su lado aunque me fuera la vida en ello, y con esa intención te estaba siguiendo.

—Entonces, ¿me ha seguido?

—A ti y a la viuda.

—¡Y yo les estaba siguiendo a usted y a Margery!… Noble señor, sus actos me hacen ver que debería haber confiado en usted y, cuando dice que se ha tomado muy a pecho la felicidad de Margery, no olvido que ya ha demostrado en otras ocasiones que eso es muy cierto. ¡Dios me libre de volver a pensar mal de usted injustamente! Siempre ha sido usted un misterio para mí, señor, y en este asunto más que en ningún otro.

—Me alegra saber que no tienes nada peor que decir. En menos de una hora tendrás pruebas de mi conducta… buenas y malas. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti? Pide lo que sea, y trataré de complacerte.

Jim reflexionó unos instantes.

—Barón —dijo—, soy un hombre sencillo y solo deseo llevar una vida tranquila en compañía de mi mujer, como cualquier hombre. Usted tiene mucha influencia sobre ella: una influencia absoluta, para lo bueno y para lo malo. Cualquier cosa que usted le pida, ya sea justa o cuestionable, ella la hará sin dudarlo. Por eso, ya que me pregunta si puede hacer algo más por mí, le daré mi respuesta: prométame que no volverá a verla. No es mi intención hacerle daño, señor, pero su presencia no puede traer nada bueno. Nos complicará la vida. Si vuelvo a su lado, ¿me promete usted que se marchará para siempre?

—Te prometo, Hayward, que nunca volveré a molestaros con mi presencia, ni a ti

ni a tu mujer. —Y, tomando la mano de Jim, la estrechó con fuerza hasta rozar la empuñadura de la espada.

En el momento de relatar el incidente anterior al narrador de esta historia, Jim afirmó que, mientras su interlocutor pronunciaba esas palabras, tuvo la fantasía de que la luz rojiza del sol iluminaba el rostro del barón con una llama que no parecía de este mundo, y que había en sus ojos un destello rubí que jamás había visto en los ojos de ningún mortal, ni antes ni después. No había nada más que hacer allí. Jim acompañó a su inolvidable amigo hasta el carruaje, cerró la puerta cuando el barón se hubo instalado, le dijo adiós agitando su sombrero y desde ese día no ha vuelto a verlo.

Unas breves palabras bastarán para explicar la suerte que corrió Margery mientras en otra parte ocurrían estos sucesos. Tras alejarse del señor Vine en la explanada, echó a andar distraída entre los carruajes, más por sustraerse a las miradas del calcinero que con otro propósito. Estando allí le pareció que alguien pronunciaba su nombre y, al volver la cabeza, se encontró con su amigo extranjero, a quien suponía, si no muerto, a miles de kilómetros de distancia. A una señal del barón, Margery se acercó.

—Estás enferma… estás sufriendo —dijo Von Xanten, mirándola fijamente—. ¿Dónde está tu marido?

Margery le contó la triste sospecha de que Jim había huido. El barón se quedó pensativo y se interesó por otros detalles de su vida reciente.

—Tenemos que encontrarlo —dijo entonces—. Ven conmigo.

Bastó esta orden para que subiera al carruaje como una niña obediente y guardara silencio hasta que el barón se decidió a hablar, cosa que no ocurrió hasta un buen rato después de salir de la ciudad, cuando llegaron a la bifurcación y él descubrió que Jim no había tomado, tal como suponían, ese camino en particular que llevaba a Londres.

—Es inútil seguirlo —dijo entonces—. Lo mejor será que te lleve a su casa. Después volveré a buscarlo y lo llevaré a tu lado, si de algo vale la persuasión de un mortal.

—No quiero ir a su casa si él no está allí, señor —replicó Margery con voz temblorosa.

—¡Que no quieres! Permíteme que te recuerde, Margery Hayward, que tu lugar está en casa de tu marido. Mientras no te instales con él no tienes derecho a criticar lo que haga, por desatinado que sea. ¿Por qué no has ido antes?

—No lo sé, señor —murmuró, mientras las lágrimas le caían en silencio sobre una mano.

—¿No crees que es allí donde deberías estar?

Ella no respondió.

—Pues deberías —insistió el barón.

Margery seguía sin decir nada.

Von Xanten se quedó callado, mirando a la muchacha. ¿Qué pensamientos lo

asaltaron de pronto, tras estas palabras de reproche? Margery se había puesto en sus manos sin formular una sola protesta. Su marido aparentemente la había abandonado. El barón era consciente del poder absoluto que ejercía sobre ella, y estaban en mitad de la carretera.

Que su primer impulso al invitarla a acompañarlo había sido legítimo, tal como reflejaban sus palabras, no es razonable dudarlo. Que el segundo fue muy distinto no tardó en revelarse, aun cuando Margery al principio no se diera cuenta, porque estaba demasiado alterada para fijarse en qué rumbo tomaban. En vez de dar la vuelta para dirigirse a casa de Jim, el barón, como si de repente se dejara influir por las reticencias de Margery ante la posibilidad de que Jim se hubiera fugado con otra, le indicó al cochero que siguiese el camino de la derecha, según había visto el señor Tucker.

Pronto llegaron a la costa, cerca de Idmouth. El carruaje se detuvo y Margery despertó de su ensoñación.

—¿Dónde estamos? —preguntó, asomándose por la ventanilla con un sobresalto. Ante sus ojos se extendía una bahía, y en su centro había un barco cuyos mástiles repetían, como si lo hubiesen aprendido de memoria, el balanceo que habían practicado en su bosque original.

—En una bahía, donde está anclado mi barco —dijo Von Xanten con vacilación —. Escucha, Margery, en menos de cinco minutos podemos estar fuera del país, y en media hora navegando por el mundo. ¿Quieres venir conmigo?

—No lo sé —dijo ella en voz baja.

—¿Por qué no?

—Porque…

Y fue en ese momento cuando Margery pareció tomar conciencia de todas las contingencias. Se puso muy pálida, y una expresión de perplejidad asomó a sus ojos. Apretó las manos y se sometió a los deseos del barón.

Von Xanten observó su aspecto ausente, apartó la mirada y tomó una decisión. Abrió la puerta del carruaje, subió al pescante precipitadamente, y en cuestión de segundos el coche dejaba atrás la costa y volvía a subir por el mismo camino.

Una hora más tarde llegaban a casa de Jim Hayward. El barón saltó a tierra y se acercó a la ventanilla.

—Margery, ¿podrás perdonar el mal impulso de un enamorado? Te juro que no ha sido premeditado. Si puedes, dame la mano.

Margery no le dio la mano, pero sí permitió que la ayudase a bajar del coche. Von Xanten parecía muy incómodo, y Margery se dio cuenta.

—Le perdono, señor, porque por un momento yo también he sentido lo mismo. ¿Me traerá a mi marido?

—Lo traeré, si está en mi mano. ¡Es un castigo nimio en comparación con lo que merezco! ¡Dios te bendiga y te conceda felicidad! ¡No volveré a verte! —Dicho esto subió al coche, se marchó y, tras encontrar a Jim, hizo las paces con él, tal como se ha

descrito.

Hayward llegó por fin a casa de su socio. La mujer que cuidaba de la casa en ausencia de Vine le anunció, nada más verlo, que una señora había venido en un carruaje y lo esperaba en la sala de estar. Jim subió muy agitado, y allí, encogida en una butaca y rodeada por los espléndidos objetos que la esperaban desde hacía tanto tiempo, se encontró con la mujer de la que llevaba meses distanciado.

Margery tenía los ojos muy abiertos, de puro susto. Trató de decir algo, pero Jim, por una vez, tomó la palabra.

—Me preguntarás por qué lo he hecho —dijo—. No lo sé. ¿Me perdonas? Ah, Margery… ¡sigues siendo mi Margery! Pero ¿cómo has podido confiar esta tarde en el barón, sin conocerlo bien?

—Me pidió que fuera con él y fui —dijo, luchando por combatir las lágrimas.

—Lo obedeciste a ciegas.

—Sí. Y es posible que no tuviera ninguna justificación para obrar así.

—No sé —murmuró Jim—. Creo que es un buen hombre. —Margery no dio más explicaciones. Poco después un humor más alegre sucedió a los temblores y a las lágrimas, y, cuando llegó el señor Vine, Jim bajó a contarle que todo estaba resuelto y le pidió que fuera a darle la noticia al padre de Margery, que seguía sin saber nada.

El lechero asimiló como buenamente pudo el hecho de que su hija no tuviera un título nobiliario, y pasó varias semanas sin acercarse a ella con la intención de castigarla, aunque al final la perdonó de mala gana y se arregló también con su yerno. La guapa señora Peach se marchó a Plymouth y encontró a otro marinero, no sin quejarse de Jim y de Margery, y con toda la razón, por haberla utilizado.

En cuanto al misterioso caballero que había ejercido una influencia tan incomprensible sobre sus vidas, cumplió su palabra y nunca más volvió a vérselo en el Bajo Wessex. Barón o no barón, inglés o extranjero, demostró un sincero interés por Jim y sufrió de veras por su temeridad en determinada etapa de su amistad con Margery. Estaba fuera de duda que sentía por la muchacha un sentimiento más hondo de lo que dejaba traslucir, delante de ella o de cualquier otra persona. Y es igualmente claro que más de una vez se vio tentado de saltarse, en lo que respecta a Margery, las convenciones, muy especialmente en esa hora decisiva en que iban juntos en el coche tras desistir de la infructuosa búsqueda de Jim. Pero otras veces dominaba su ardor y se imponía un estricto código de conducta, hasta el extremo de mostrarse implacable. En años posteriores se supo que había vuelto a intentar quitarse la vida con una pistola, en una de esas fases de desesperación a las que era dado por naturaleza, y que en esta ocasión no había fallado, aun cuando nadie en Silverthorn pudiera asegurarlo a ciencia cierta.

El barón Von Xanten sigue siendo para los habitantes de esta comarca un personaje mágico y sobrenatural. Respetemos su misterio, porque un hombre, lo mismo que un paisaje que bajo una determinada luz y unos matices enigmáticos suscita cierto interés, puede ofrecer un aspecto muy poco favorecedor al estridente

resplandor del mediodía.

Al saber de las tristes circunstancias de su muerte, Margery se sentó en su mecedora y pasó casi diez minutos absorta en lúgubres meditaciones, olvidándose por completo del recién nacido que estaba en su cuna. Jim le habló desde el otro lado de la chimenea.

—Sé que lo sientes mucho, Margery.

—Sí —murmuró ella—. Lo siento mucho. —Y enseguida añadió—: Ahora que ha muerto, Jim, quiero hacerte una confesión que jamás le he hecho a nadie. Si él me hubiera insistido… aunque no lo hizo… para que me marchara con él esa noche, cuando estábamos en la costa, al lado de su barco, me habría ido. Y me decepcionó que no insistiera.

—¿Y si se presentara de repente y te dijera con voz de mando: «¡Margery, ven conmigo!»?

—Creo que no tendría valor para desobedecer —respondió Margery, con unamirada maliciosa—. Era como un mago para mí. Creo que lo era de verdad. Me atraía como un imán a una mota de hierro… Pero, no —añadió, al oír el llanto del recién nacido—. Ahora no podría atraerme. Sería muy injusto para nuestro hijo.

—Me alegro —dijo Jim, sin demasiada inquietud (porque la *jalousie rétrospective*, como dice George Sand, se había extinguido casi por completo en él) —. Por más que pudiera atraerte, amor mío, nunca volverá. Me lo juró, y era un hombre de palabra.

Verano de 1883

Cuentos fuera de colección (1874-1891)

El destino y una capa azul

I

—¡Buenos días, señorita Lovill! —dijo el joven, haciendo gala de su familiaridad con las campesinas guapas e inexpertas.

Agatha Pollin —la joven a quien así se dirigía— comprendió al instante la causa del error. La señorita Lovill tenía una capa de otoño azul inusitadamente alegre para un pueblo, y Agatha, más por emulación que por originalidad, se había comprado una prenda igual de envidiable que estrenaba ese mismo día. Hay que señalar que las dos muchachas habían salido juntas en el coche de postas para ir a Maiden-Newton esa mañana de niebla del mes de septiembre, y que Agatha siguió luego hasta Weymouth en tren, dejando a su conocida en la primera ciudad. Se encontraba en el paseo marítimo de Weymouth cuando recibió este saludo.

Estaba a punto de contestar con naturalidad: «No soy la señorita Lovill», y hasta se volvió a mirar al joven con esta intención, pero él añadió:

—Esperaba verla por aquí. He oído hablar de su… bueno, no puedo callármelo… de su belleza, desde hace mucho tiempo, aunque no llegué a Beaminster hasta ayer mismo.

Agatha inclinó la cabeza, se abstuvo de aclarar el malentendido, y echaron a andar despacio por el paseo sin decir una sola palabra tras la rotunda observación del joven. Era evidente que nunca las había visto, ni a ella ni a la señorita Lovill, más que de lejos.

Y Agatha se estremeció por dentro, además de inclinar la cabeza. La tal señorita Lovill, Frances Lovill, era la belleza oficial de Cloton Village, una localidad próxima a Beaminster. Tenía veinticinco años y era una mujer elegante, mientras que Agatha no era más que la sobrina del molinero del pueblo, tenía diecinueve años y ninguna fama de hermosura por el momento, aunque ni mucho menos le faltaba. Ahora bien, si a Oswald Winwood, el joven en cuestión, le hubieran dicho que aquélla no era la verdadera Helena, se habría disculpado de inmediato por su error y se habría marchado, y esta posibilidad no habría tenido demasiada importancia de no haber sido por un curiosa circunstancia emocional: Agatha ya estaba perdidamente enamorada de él. Se había interesado en secreto por Winwood, de cuyo talento se hablaba en todas partes, y lo había visto varias veces desde una ventana; pero, al tener conocimiento de que la señorita Lovill deseaba conocer a la misma luminaria la intensidad de sus propios deseos se vio notablemente acrecentada. Nunca somos jueces imparciales, ni siquiera en el amor, y la rivalidad actúa normalmente como acicate del aprecio, pese al obstáculo que entraña para la oportunidad. Y esto es lo que le había ocurrido a Agatha esa mañana, hablando de Oswald Winwood con la señorita Lovill.

La temporada se daba casi por terminada en Weymouth, y apenas había gente en los paseos, menos aún a esa hora tan temprana. Agatha posó su mirada en el mar iridiscente, de donde la neblina empezaba a levantarse poco a poco; en los acantilados blancos, a su izquierda, que comenzaban a brillar bajo el tenue sol de la mañana, y en el barco solitario en mitad de la bahía, y una vez más aplazó su explicación.

—Mire, se está levantando la niebla —señaló su acompañante—. Creo que al final hará buen tiempo. ¿Piensa quedarse todo el día en Weymouth?

—No, voy a Portland en el vapor de las doce. Pero volveré a las seis para coger el tren de las siete.

—Yo voy a Maiden-Newton en el mismo tren, y luego a Beaminster en coche.

—Yo también.

—¿No pensará ir andando de Beaminster a Cloton a esas horas de la tarde?

—Irán a recogerme… aunque no está lejos, como sabe.

Fue así como empezó todo: cómo continuó no es necesario detallarlo por extenso. Los dos eran jóvenes y algo impulsivos, y no seguían escrupulosamente las convenciones sociales. Cuando el vapor empezó a surcar las aguas verde esmeralda de la bahía de Weymouth, Agatha vio que Winwood estaba a bordo, aunque se había despedido de ella formalmente en el muelle. Había cambiado de opinión, dijo, y también iba a Portland. Regresaron juntos en el mismo barco, pasearon por la arena aterciopelada hasta la hora de coger el tren y subieron al mismo vagón.

A lo largo de todo el día, entre las brumas de su felicidad, la sombra de la culpa seguía envolviendo a Agatha, por no haber aclarado la confusión. Es verdad que él no había vuelto a llamarla señorita Lovill más que en un par de ocasiones desde que se encontraron esa mañana, aunque sin duda estaba convencido de que ella era Frances Lovill. Sin embargo, Agatha comprendió que aunque él se le hubiese acercado confundiéndola con otra persona, era a ella a quien estaba empezando a querer sin darse cuenta, y su intuición femenina le insinuaba con indecible felicidad que el rostro de la otra mujer no tendría la fuerza necesaria para apartar a Winwood de ese otro rostro que ya había conquistado su corazón.

Llegaron a Maiden-Newton cuando caía la tarde y fueron a la posada donde esperaba la antigua diligencia que los llevaría a Beaminster. El coche estaba a punto de salir, y en cuanto la pareja subió y se sentó delante, el cochero empezó a subir el cerro, dejando el pueblo atrás.

—¡Ha sido una experiencia deliciosa, señorita Lovill —dijo Oswald—. Los encuentros fortuitos tienen la virtud de resultar mucho más gratos que los planificados.

Esta vez era absolutamente imprescindible para Agatha confesar, aunque su felicidad quedara destruida de un plumazo.

—No soy la señorita Lovill —dijo con voz temblorosa.

—¡Cómo! ¿No es usted esa dama… no es Frances Lovill? —exclamó Winwood,

muy sorprendido.

—¡Perdóneme, señor Winwood! Quería decirle que estaba equivocado, le prometo que llevo todo el día intentándolo… pero no he sido capaz. ¡Sé que he obrado muy mal! Solo soy la pobre Agatha Pollin, del molino.

—¿Y por qué no lo ha dicho?

—Porque tenía miedo de que usted se marchara y no volviera a acordarse de mí, ¡y yo lo quiero tanto!

El cochero iba de pie, pegado al caballo, y como todo estaba a oscuras, y los sentimientos de Oswald eran tan ardientes, por nada del mundo pudo contenerse de besarla en ese instante.

—Da igual. Eres tú de todos modos. Eres tú quien me gusta, nadie más en el mundo… no es tu nombre. Aunque la verdad es que esta mañana estaba buscando a la señorita Lovill. Ayer la vi de espaldas, y había oído hablar mucho de su belleza. ¡Ah, te tomé por ella! Me pregunto…

No terminó la frase, porque el cochero volvió a sentarse y azotó al caballo con el látigo.

—¿Me perdonas? —dijo Agatha.

—Completamente… totalmente… tus razones lo justifican todo. ¡Qué raro que tú me quisieras tanto sin que yo lo supiera!

Llegaron a Beaminster, y Oswald ayudó a Agatha a bajar del coche. No se habían movido cuando otra mujer bajó de la cabina, puso unas monedas en manos del cochero y se escabulló rápidamente.

—¿Quién es? —preguntó Oswald al cochero—. Creía que éramos los únicos pasajeros.

—¿Qué dice usted? —dijo el cochero, que era bastante lerdo.

—¿Quién es esa mujer?

—La señorita Lovill, de Cloton. Cambió de opinión. Iba a quedarse en Beaminster, pero decidió volver a casa.

—¡Ay! —dijo Agatha, al borde del desmayo—. ¡Lo ha oído todo! ¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer?

—No te preocupes en lo más mínimo —la tranquilizó Oswald.

II

El molino se encontraba junto a la carretera principal del pueblo, del que estaba separado por el río que formaba también la frontera del jardín del molino con el huerto y el prado de la otra orilla. Un peatón cruzó el pequeño puente de madera, en cuya humedad proliferaban las plantas acuáticas, y llegó a un espacio donde normalmente había un carro cargado de sacos, rodeado de aves de corral de vivo plumaje.

Aunque ya había caído la noche, el molino no estaba cerrado, y una franja de luz, que como de costumbre salía por la puerta abierta, se extendía sobre el umbral, el río y la carretera, hasta el seto que estaba detrás. En el puente, apartados de la luz, conversaban un joven y una muchacha. Por la manera en que se separaron poco después se adivinaba que hasta entonces habían estado cogidos de la mano. Al alejarse el uno del otro, balancearon los brazos levemente adelante y atrás.

—Acompáñame un poco por el camino, Agatha, ya que es la última vez —dijo él—. No quiero que nos despidamos aquí. Ya sabes que tu tío no pone objeciones.

—No pone objeciones porque no sabe nada —susurró ella. Y los dos se quedaron contemplando la agradable y fornida estampa del susodicho tío, al que veían trajinar dentro del molino a la luz de una vela, envuelto en un tenue halo de harina e impedido por la rueda del molino de oír un rumor tan suave como una conversación de enamorados.

Oswald no había soltado la mano de Agatha, y ella, sometiéndose a un cautiverio que parecía preferir a la libertad, lo siguió por el puente hasta que tomaron el camino enzarzados en un diálogo triste y común en casos como aquél, a media voz e intercalado de observaciones que solo a ellos concernían.

—No es tan horrible como lo pintan —dijo Oswald—. Muchos pasan años allí con excelente salud y regresan felizmente igual de sanos. Yo haré lo mismo.

—Eso espero.

—¿Es que no te alegras de que me vaya? Es mejor buscar fortuna en la India que quedarse aquí de brazos cruzados. Di que te alegras, cariño. Eso me dará fuerzas cuando esté lejos de ti.

—Me alegro —murmuró ella, con un hilo de voz—. Es decir, me alegro con la cabeza. Con el corazón creo que no me alegro.

—¡Gracias al honorable lord Macaulay se me brinda una ocasión tan buena como al mejor! —dijo Oswald lleno de ardor—. Qué buena cosa es ese concurso por oposición. Pone a los que valen en los puestos buenos, y rebaja de categoría a los inferiores. Eso acabará con la corrupción burocrática.

—¿Qué significa burocrática, Oswald?

—Bueno, así es como lo llaman. Es… la verdad es que no lo sé con exactitud. Lo que sí sé es que lo aborrezco, y que es lo contrario del concurso por oposición.

—Debe de ser algo muy malo —concluyó Agatha.

—Muy malo, sí. Te lo aseguro.

Comenzó entonces la escena de la despedida, en la oscuridad, bajo las densas copas de los árboles que ocultaban el cielo y las estrellas.

—Como estaré en Londres hasta la primavera, esta despedida no es tan dolorosa… tan definitiva. Tal vez puedas venir a Londres antes de primavera, Agatha.

—Es posible, pero no lo creo.

—No perdamos la esperanza. Después me presentaré al examen y por fin sabré mi destino.

—¡Ojalá suspendas! ¡Hale… ya lo he dicho! No he podido evitarlo, Oswald —dijo, y se echó a llorar—. ¡Si suspendes volverás a casa!

—¿Cómo puedes desanimarme así y ser tan mala, Agatha? Yo… no me esperaba…

—¡Te deseo lo mejor, lo máximo, lo más grande! No pretendía decir lo contrario, de verdad que no, Oswald. ¿Seguro que volverás a mi lado cuando seas rico? ¿Seguro que volverás?

—Si sigo en este mundo, volveré y me casaré contigo.

Y el adiós siguió a estas palabras.

III

Con la primavera llegó el examen. Una mañana, Agatha recibió un periódico que le enviaba Oswald, y al abrir el sobre vio que era un ejemplar del *Times*. En el centro de la página, en el lugar más destacado, en excelente compañía con los principales artículos, había una lista de nombres encabezada por el de Oswald Winwood. Junto a su nombre, dando fe del lugar donde había cursado sus estudios, figuraba la referencia de una desconocida y modesta institución académica, mientras que los demás integrantes de la lista procedían de universidades y colegios privados. Estos casos se dan a veces, y así fue en esta ocasión.

¡Cuánto aplaudió Agatha! Y es que el deseo egoísta de retener a Oswald en Inglaterra a cualquier precio, incluso al precio del fracaso, no había sido más que un arrebato inducido por el dolor de la separación, y se había extinguido por completo. Las circunstancias se confabularon para impedir que los jóvenes pudieran volver a verse antes de la partida de Winwood, y, preparándose para afrontar lo inevitable de una manera que incluso en una persona de más edad habría sido digna de encomio, Agatha puso sus miras en un futuro luminoso —muy lejano pero en constante acercamiento— y contempló sus posibilidades con inquebrantable esperanza.

Winwood por fin estaba en la India, y ella solo podía trabajar y esperar, y el trabajo le hizo la espera más fácil. En sus ratos libres paseaba por la orilla del río y se adentraba en las arboledas, y allí tejía sus pensamientos sobre Oswald sirviéndose de esos procesos que tan bien conocen las muchachas. Llevaba un diario y, como eran pocos los acontecimientos reseñables de su vida diaria, dibujaba los cambios en el paisaje, anotaba la llegada y la partida de las aves migratorias, de las tormentas y del mal tiempo, y toda esta información, combinada con su vida y coloreada con detalles de ésta, se la enviaba a Oswald en sus cartas, al tiempo que su mayor alegría era recibir las de él.

El joven Winwood escribía a su vez muy a menudo. Sabiendo qué días llegaba el correo de la India, Agatha salía al encuentro del cartero a primera hora de la mañana, y su invariable pregunta, «¿Hay carta para mí?», muy rara vez recibía una respuesta

decepcionante. Así pasó la estación, y Oswald le contó que algún día sería juez, además de otros muchos detalles que Agatha, en su imaginación, relacionaba principalmente con la consumación de sus aspiraciones: la de regresar para casarse con ella.

Entretanto, mientras la muchacha se convertía en una mujer, la mujer cuyo nombre había robado por un día empezaba a convertirse en una solterona y a dar síntomas de marchitarse. Un día, el tío de Agatha, que aunque era un hombre apuesto y en la flor de la vida estaba viudo y tenía cuatro hijos, con los que Agatha hacía en cierto modo el papel de hermana mayor, anunció a su sobrina que iba a casarse con Frances Lovill.

—¡Qué bien! —dijo la muchacha. Aunque en su fuero interno pensó: «¡Qué final para una belleza!».

Sin embargo, la decisión era muy razonable, aun cuando la señorita Lovill pareciese quizá un poco más alta que el molinero. Agatha era consciente de que aquel paso entrañaría importantes cambios en la organización doméstica de la familia, y la idea de tener como tía y gobernante a la mujer con la que en cierta medida estaba en deuda, por culpa de un amor, le causó un ligero estremecimiento de temor. Aun así, nunca se había dicho entre las dos mujeres nada que demostrase que Frances hubiera oído la explicación que aquella noche se dio en la diligencia volviendo de Weymouth, y mucho menos que estuviera resentida por lo ocurrido.

IV

Cierto día se presentó en el molino el granjero Lovill. Pertenecía a la mismafamilia que Frances, aunque era un pariente lejano. Molinero y granjero hacían de vez en cuando buenos negocios con el maíz, aunque este último rara vez iba por casa de Pollin. Lovill era soltero, de lo contrario es posible que nunca hubiera tomado parte en esta historia, y parecía siempre rebosante de una alegría infantil y poco común en un hombre de su edad. El asunto que quería tratar con el molinero tenía la importancia suficiente para acudir en persona, y a juzgar por el diálogo que los dos hombres tuvieron en el molino se trataba del pago de una deuda. Pasaron alrededor de diez minutos enzarzados en una conversación muy seria antes de que Lovill saliera por la puerta y, sin dar los buenos días, se alejara hacia el puente. No era un comportamiento normal en un hombre de buen talante.

Era un hombre mayor, mayor de verdad. Tenía como poco sesenta y cinco años y, aunque no pudiera decirse que estuviera achacoso, se servía de un bastón para andar cuando soplaba el viento. Sus ojos no habían perdido del todo el brillo natural, pero a veces cobraban una humedad vidriosa que no tenía en los días de su juventud. El rostro, sin estar ajado, presentaba inconfundibles arrugas en algunas zonas. Y así, pese a que era un hombre soltero, alegre y con dinero, no despertaba la adoración de

las muchachas de Cloton como en otro tiempo había despertado la de sus madres. El pecho se le doblaba cada año un poco más hacia las puntas de los pies, y la barbilla hacia el pecho, y en general, mientras que él apuntaba con la nariz al suelo, las mujeres hermosas levantaban la suya con desdén al verlo. Podrían haberlo apreciado como amigo de no haber sido porque tenía la anómala ambición de que lo vieran como amante. A Agatha Pollin, este viejo de aire juvenil le desagradaba profundamente.

Sucedió que en el momento de la visita del señor Lovill, Agatha estaba de rodillas en la orilla del río, lavando una prenda blanca. Ajena a la presencia del granjero, siguió removiendo y aclarando con la mayor tranquilidad, hasta que en un momento determinado se quedó muy quieta, contemplando su reflejo en la prenda sumergida bajo el agua. La superficie del río era tan lisa que, para el viejo, que la observaba desde el puente, Agataha existía por duplicado: la boca fruncida en un mohín, la nariz pequeña, el pelo rizado y una punta de lazo azul cobraban en el agua una nitidez aún mayor que en la superficie.

«¡Qué hermosa muchacha!», pensó. Y echó a andar hacia la orilla hasta que se detuvo a su lado.

—¡Uy! —dijo Agatha, dando un respingo de sorpresa. En su atolondramiento, se le escapó la prenda, que empezó a girar despacio, se hundió en el agua y se alejó hacia la compuerta del molino.

—¡Ay… se va a enredar en la rueda y se destrozará! —exclamó.

—La pescaré con mi bastón, querida —se ofreció el señor Lovill y, arrodillándose con cuidado, puso todo su empeño en atrapar la prenda—. ¿Es una prenda de mucho valor?

—Sí. ¡Es la mejor que tengo! —dijo Agatha sin querer.

—¿Y qué es?

—Bueno… es una prenda interior —acertó a decir, justo cuando el granjero pescaba el objeto en peligro, lo sacaba del agua y lo sostenía en alto en el extremo del bastón, chorreando pero a salvo.

—¡Vaya, es un camisón! —dijo.

Agatha se puso roja, y en vez de coger la prenda volvió la cabeza.

—¡Je, je! —rió el granjero—. No tienes que avergonzarte por que haya visto una prenda tan necesaria como inocente. La dejaré en la hierba y podrás cogerla cuando me haya ido.

Hecho esto se retiró, levantando en privado los dedos para expresar cierto asombro al tiempo que murmuraba: «¡Qué jovencita tan encantadora! Ya lo creo que sí. Una muchacha bien guapa… casi una mujer. Una mujer casadera, si vamos a eso. Sin duda».

El deslumbrado señor Lovill se pasó todo el día pensando en Agatha de una manera que la joven no podía imaginar. Tanto pensó en ella que esa noche, en lugar de acostarse, se escabulló en secreto por la puerta de atrás, cruzó un par de sembrados

a la luz de la luna y se plantó en el camino, enfrente del molino, no tanto con la esperanza de captar alguna imagen de la atractiva muchacha como por el simple placer de saber que estaba allí.

Una luz se movió dentro del molino, se acercó y se elevó. La ventana de la escalera era grande, y Lovill vio subir a su diosa con una vela en la mano. El paseo había valido la pena. Temió que ella pudiera verlo y confió en que no fuera así, por el bien de su pasión, pero Agatha cerró el postigo y todo quedó a oscuras, hasta que poco después volvió a aparecer en otra ventana.

El enamorado se acercó. Había identificado el dormitorio. Se apoyó enérgicamente en su bastón y, enderezando la espalda casi hasta alcanzar la vertical, levantó su rostro embelesado.

Agatha se dirigió entonces a la ventana, se detuvo un momento y la abrió.

«¡Bendita sea! ¡Va a hablar conmigo! —se dijo el viejo para sus adentros, humedeciéndose los labios y cargando todo el peso del cuerpo en el bastón para erguirse unos centímetros más—. ¡Me ha visto!»

Pero Agatha no hizo ninguna señal. Se había asomado a la ventana con una intención muy distinta. En el alféizar tenía una jardinera con unas gualdillas tristemente abandonadas desde la partida de su amado, y se disponía a regar las flores como inspirada por un recuerdo repentino. Vertió el agua despacio con una jarra y fue entonces cuando, muy sorprendida, vio al señor Lovill al pie de su ventana.

—¡Viejo grosero! —dijo entre dientes.

Movió un poco la boca de la jarra y, volviendo la cabeza, para que pareciese un accidente, derramó el agua en la cara, el cuello y los hombros de su admirador, que se vio obligado a emprender la retirada. Hecho esto cerró tranquilamente la ventana y echó también la cortina.

«¡Ah! No me ha visto. Es evidente que no me ha visto. ¡Estaba equivocado! —pensó el tembloroso Lovill mientras se secaba apresuradamente la cara y se sacudía los chorros que se colaban por debajo del cuello de la camisa en la medida en que pudo alcanzarlos, ni mucho menos del todo—. ¡Un ser adorable, y tan inocente! Regando sus flores. ¡Cuánto me gusta una muchacha que cuida de sus flores! ¡Ojalá me hubiese hablado y ojalá fuera yo más joven! ¡Ya sé qué voy a hacer con ese ratoncito!» Y, visiblemente emocionado, golpeó varias veces el suelo con su bastón.

V

—Supongo, Agatha, que a estas alturas ya estarás al corriente de la noticia —dijo su tío Humphrey al cabo de dos o tres semanas—. Me refiero a que el señor Lovill ha venido a hablar conmigo.

—No sabía nada —contestó ella.

—Quiere casarse contigo, si lo aceptas.

—¡Eso nunca! —exclamó horrorizada—. ¡Es un viejo!

—¿Viejo? Es fuerte como un roble, y muy acaudalado, además. Te ofrecerá un hogar con todas las comodidades y te vestirá como a una muñeca. Y estoy seguro de que eso te gustará, si eres una mujer que sabe lo que le conviene.

—¡Eso no puede ser, tío! Hay… otras razones que…

—¿Qué razones?

—Pues que estoy prometida con Oswald Winwood… ¡Desde hace años!

—¿Prometida con Oswald Winwood desde hace años?

—Sí. Seguro que lo sabías, tío Humphrey. Nos escribimos con regularidad.

—Bueno, ahora que lo dices, recuerdo que siempre estás escribiendo y recibiendo cartas. ¿Dónde está Oswald? Se me ha olvidado.

—Sigue en la India. ¿De verdad no sabes nada de él y de lo importante que empieza a ser? Se habla de él muy a menudo en el periódico. Lo último que publicaron fue que estaba haciendo una traducción del indostaní. Y pronto vendrá a buscarme.

—Eso lo dudo mucho. Lovill dice que quiere casarse de inmediato.

—Pues no se casará.

—Verás, Agatha, no quiero obligarte a que hagas nada en contra de tu voluntad, pero así están las cosas. Sabes que voy algo atrasado con los pagos de mis negocios con Lovill… nada importante si me da tiempo… pero quiero saldar mis deudas con él para irme a Australia.

—¡Australia!

—Sí. Aquí no hay futuro. No se me ocurre qué negocio emprender. Pero eso da igual. Lo importante es lo siguiente: me ha prometido olvidarse de las deudas si te casas con él, y así no tendré que seguir posponiendo mi boda. En resumidas cuentas, podré marcharme. Es lo que quiero hacer y no hay más que hablar.

—¿Y vas a dejarme aquí sola?

—Sí, pero casada, por supuesto. Los niños se están haciendo mayores. John tiene doce y Nathaniel diez, y las niñas están creciendo muy deprisa. Cuando me case no te necesitaré para que te ocupes de la casa… Lo cierto es que tengo que reducir la familia todo lo posible. Es decir, que si te avinieras a pensar en el señor Lovill como marido, me quitarías un gran peso de encima, después de todos mis esfuerzos para criarte y de lo mucho que he gastado en ti. Si me libro de la deuda que tengo con Lovill podré contar con algo de dinero.

—Pero Oswald será más rico que el señor Lovill —dijo Agatha entre lágrimas.

—Sí, sí. Pero Oswald no está aquí, y no es probable que venga. ¡Mira que eres tonta!

—¡Vendrá pronto, y con mil cien libras al año!

—Ojalá sea verdad. En ese caso podrías casarte con él.

—Entonces, ¿me lo prometes, tío? —dijo Agatha, animándose un poco—. Si viene con mucho dinero antes de tu partida, ten por seguro que se casará conmigo y

con nadie más.

—Tú lo has dicho, si viene. Pero nada de tonterías, Agatha. Piensa en lo que te acabo de decir. Y como mínimo trata a Lovill con cortesía. Si ese Winwood estuviera aquí, y pidiera tu mano y se casara contigo, todo sería muy distinto. Ahora caigo en que sí he visto algo en los periódicos, pero seguro que se ha convertido en un caballero muy elegante y no se rebajará a casarse con una chica como tú. Más te valdría quedarte con el que está dispuesto; a las muchachas jóvenes les convienen los hombres mayores, tal como está el mundo. Nos iremos dentro de nueve meses, tenlo en cuenta. No hay vuelta de hoja. Y para entonces tendrás que haberte casado y vendrás a despedirnos del brazo de tu marido.

—Ese viejo no tiene ni fuerza para darme el brazo.

—Mira que si no te casas con él me estarás quitando varios cientos de libras y arruinarás mis planes. ¡No te digo más!

Dicho esto, el molinero se alejó, y el estruendo del molino ahogó sus pasos.

VI

Agatha no volvió a recibir un ultimátum tan tajante en algún tiempo. El señor Lovill no dejó de rondarla, pero, como estaba al corriente de la reacción de la muchacha al hablar con su tío, evitó apresuramientos que pudieran poner su causa en peligro. Hasta que una tarde, no pudo resistir más.

—Aggy, ¿cuándo puedo hablarte de un asunto importante? —dijo Lovill.

—La semana que viene —contestó ella sin vacilación.

Lovill no esperaba una respuesta tan inmediata, y su sorpresa fue casi tan grande como su alegría. De haber sabido la causa, las emociones del granjero habrían sido muy distintas. Sirviéndose de todas sus artes de mujer, Agatha había enviado a Oswald una carta urgente después de la conversación con su tío, en la que le daba cuenta de su dilema. A finales de la semana en curso, si él contestaba con la puntualidad habitual, la respuesta llegaría sin falta. Estaba segura de que esa carta le daría el valor necesario para enfrentarse con Lovill. Ni por un instante había dudado de Oswald.

No tenía motivos para dudar. La carta llegó el día esperado. Era breve, cariñosa y concisa. Las circunstancias se habían conjugado felizmente, y Winwood estaba en condiciones de anunciar que regresaba para casarse con ella antes de la fecha señalada para la partida de la familia Pollin a Queensland.

Agatha se puso a bailar de contento. No obstante, la carta incluía una posdata, con el ruego de que siguiera guardando el secreto por el momento, si buenamente le era posible, y de que sus intenciones no se supieran en Cloton. Ella sabía que Oswald era un joven pujante y aristocrático, y su petición le pareció muy razonable.

Así, Agatha respondió al señor Lovill con una tajante negativa, y su tío se enfadó

tanto que apenas se aplacó con la revelación de que había llegado la carta de Oswald. Lovill le exigiría el pago de la deuda, dijo, a menos que ella hiciera lo posible por agradarle un poco más.

—No quiero agradarle —dijo ella—. No está bien darle esperanzas cuando mis intenciones son otras.

—¿Te portarás con él como te aconseje el cura?

¡El cura! Eso sí que era una novedad, más todavía viniendo de su tío.

—Estoy dispuesta a escuchar los consejos que el señor Davids pueda darme sobre mi manera de comportarme hasta que venga Oswald, pero nada más —dijo—. Eso solo si estás seguro de que es un hombre bueno y temeroso de Dios y que cumple los diez mandamientos.

—El señor Davids es un hombre temeroso de Dios. Eso te lo puedo asegurar, porque ni siquiera se atreve a nombrarlo fuera del púlpito. Y en eso de cumplir los mandamientos, todo el mundo sabe cómo se puso con los restauradores de la iglesia cuando retiraron del coro el panel donde estaban escritos.

—Siempre te da por gastar bromas cuando yo te hablo en serio, tío.

—Bueno, bueno. De todos modos estará bien contar con su consejo en un caso así.

—¿Por qué se te ha ocurrido que hable con él? —preguntó Agatha, perpleja—. Te he oído despreciarlo muchas veces.

—Ah… bueno —dijo Humphrey, denotando las ganas de zanjar la cuestión—. Es verdad que he hablado mal de él de vez en cuando, pero es posible que estuviera equivocado. ¿Irás a verlo?

—Sí, no tengo inconveniente —dijo ella con languidez.

Una vez en casa del cura, Agatha pasó a exponer su situación con cautela, y no habló de las cartas de Oswald, pero las ganas de encontrar un amigo y confidente la llevaron a revelar más de lo que se proponía, y al final terminó llorando. Su interlocutor, aunque amable, se mostró bastante frío, pues su íntimo empeño apuntaba en otra dirección —que no estaba en sintonía con los intereses de Agatha— de la que hablaremos sin tardanza.

—Entiendo que el dilema está en cómo comportarse en este difícil momento, hasta la llegada del señor Winwood, para que puedas complacer a todas las partes sin ofender a nadie —dijo el cura.

—Sí, señor, eso es —sollozó Agatha, asombrada de que hubiera comprendido su situación con tanta facilidad—. Y mi tío se quiere ir a Australia.

—Una cosa está clara. No debes herir los sentimientos del señor Lovill. Es un hombre muy sensible… un hombre al que respeto mucho por su devoción.

—¿De verdad, señor?

—Sí. Es muy devoto.

—Para el cortejo desde luego que lo es.

—La clave está en que trates al señor Lovill con mucha dulzura… ¡como si fuera

un recién nacido! El amor no correspondido se vuelve más fuerte en los hombres mayores. Conviene que le des esperanzas en apariencia; de esa manera sus sentimientos se irán atenuando y terminarán por extinguirse.

—¿Cómo voy a hacer eso? ¡Qué fácil es dar consejos!

—No digo que le engañes, naturalmente. Dices que tu novio volverá sin falta antes de que tu tío se vaya de Inglaterra.

—Estoy segura.

—Entonces, trata de apaciguar al señor Lovill de la siguiente manera: dile que te casarás con él cuando llegue la fecha de la partida de tu tío si tu prometido no viene a buscarte antes. Con eso se contentará, porque por nada del mundo espera que Oswald vuelva. Ya verás cómo al momento deja de perseguirte.

—Muy bien. Así lo haré —contestó Agatha sin titubear.

El señor Davids no quiso añadir que él tampoco esperaba el regreso de Winwood y por eso le había dado este consejo. Agatha, por su parte, tampoco quiso añadir que tenía buenas razones para esperar lo contrario, y por eso lo había aceptado. De no haber recibido esa última carta, tal vez no habría tenido valor para dejarse acorralar de esa manera.

—Estaría bien que le enviaras al señor Lovill una nota, para explicarle que estás de acuerdo en seguir mis consejos —dijo el cura evasivamente.

—No me gusta escribir.

—No te cuesta nada. «Si el señor Winwood no viene, me casaré con usted, etcétera.» El pobre señor Lovill se pondrá muy contento, porque está seguro de que Oswald no vendrá. Tú también quedarás contenta, porque sabes que sí. Tu tío se pondrá muy contento, porque le da igual cuál de los dos se case contigo, sabiendo que los dos son ricos y que cualquiera de los dos resolverá su difícil situación. Y entonces, si así lo quiere la Providencia, estarás en paz. Aquí tienes pluma y tinta. Escribe esa nota sin más tardanza.

Instada por el cura, Agatha redactó la nota con mano temblorosa. Lo cierto es que la estrategia le parecía en conjunto inteligente dado el caso. El señor Davids cogió la nota fingiendo que no tenía ningunas ganas de hacerlo, y la dejó en la repisa de la chimenea.

—Se la enviaré con uno de los niños —dijo Agatha, mirando su nota con nostalgia y ganas de recuperarla.

—No es necesario —contestó su amable consejero. Ya había tocado la campana. Al momento entró un criado y se llevó la nota en un santiamén.

Al verse en la calle, Agatha recuperó la confianza y, con cierta picardía, disfrutó pensando en cómo había engañado a sus perseguidores, puesto que seguía guardando en secreto la inminente llegada de Oswald. ¡Qué vida esbozarían para ella si supieran que tenía razones más que fundadas para creer firmemente en lo que todos juzgaban improbable! ¡Cuánto molestaría el viejo a su tío para obligarlo a saldar sus deudas, y qué revuelo se organizaría! El consejo del señor Davids era muy astuto, y Agatha se

alegró de haber recurrido a él.

Lovill se presentó esa misma tarde. Estaba radiante y hasta bailó unos compases de danza de marineros al entrar en la casa. Tan animado venía, queAgatha se asustó de su temeridad al comprender la causa de su alegría. Quiso recuperar la nota que le había enviado, deseó no haber escrito nunca esas palabras de promesa y se arrepintió de las condiciones estipuladas.

—Recuerde que he aceptado únicamente con condiciones —se apresuró a decir—. Eso tiene que quedar bien claro.

—Sí, sí —dijo Lovill—. Ya no soy tan joven como antes, querida, y los que mendigan no pueden elegir. Pero, a lo que vamos… ¿Qué te parece el 1 de noviembre?

—Eso no llegará a pasar.

—Pero, si él no viniera, ¿será el 1 de noviembre?

Agatha contestó con un leve asentimiento de cabeza.

—¡Creo que le gusto! —le dijo el viejo en un aparte al tío de Aggy. Pero ella lo oyó con absoluta claridad.

Una de las niñas de Humphrey estaba con ellos, dibujando en una pizarra. Agatha se la quitó de repente y escribió algo a toda prisa.

—Ahora usted tiene que poner su nombre aquí —dijo, con voz traviesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Lovill. Y leyó—: «Si Oswald Winwood vuelve para casarse con Agatha Pollin antes del 1 de noviembre, me comprometo a consentirlo sin objeciones».

—¡Qué chica tan lista!… ¡Con lo joven que es! ¡Je, je! —dijo el pretendiente, pasándole la pizarra al molinero, quien la leyó a su vez antes de devolvérsela.

—Firme… solo por cortesía —le instó Agatha.

—No veo por qué…

—Lo he hecho para poner a prueba su confianza —dijo Agatha—. Ya veo que no tiene ninguna. ¿No ve que iba a borrarlo al momento? Yo también puedo ser muy terca.

Lovill accedió a firmar con su nombre.

—Hale, ya te he demostrado mi confianza —dijo, levantando los dedos con intención de borrar lo escrito. Pero Agatha le quitó la pizarra de las manos a la velocidad del rayo, salió corriendo escaleras arriba y guardó la pizarra en una caja bajo llave.

—¡Caramba… qué astuta! —dijo Lovill.

—No es más que un capricho, un simple recordatorio —contestó Agatha—. Usted tenía mi promesa, pero yo no tenía la suya.

—Dame mi pizarra —protestó la niña.

—Te compraré una nueva, cielo —la tranquilizó Agatha.

Cuando Agatha se marchó, Lovill no dejó escapar la ocasión de comentar el incidente con el molinero, pues, aunque parecía una chiquillada, estaba un poco

desconcertado.

—No ha sido nada —le aseguró Pollin—. No es más que un juego… un juego. Sigue siendo una niña en muchas cosas, y lo ha hecho solo para gastarle una broma. Le ha oído susurrar a usted que creía que le gustaba, y ha querido castigarlo por esa confidencia, pero sin mala intención. Tendrá que aprender a plantar cara a estas cosillas, amigo mío. A la vista de la diferencia de edad, esa chica se permitirá más de una travesura. Ya verá como con el tiempo a usted le harán gracia.

—Sí, seguro que sí. ¡Siempre he sido muy juerguista! ¿Eh, Pollin? ¡Je, je! —Y el pretendiente volvió a ponerse de buen humor.

VII

La vida se volvió mucho más agradable para Agatha. Lovill la trataba bien, y apenas sacaba a colación el asunto que más le interesaba. Ella se vio obligada a recoger las cartas de Oswald furtivamente, y por esta razón salía al encuentro del cartero, tanto si llovía como si hacía sol. Era fácil guardar en secreto estas mañas de puertas afuera, aunque no lo era tanto ocultárselas a su tío. Y un día se descubrió todo.

—¿Cómo… ya habías salido, Agatha? —dijo Humphrey al encontrarse con ella en el camino, al amanecer de una mañana de niebla. Agatha estaba leyendo una carta que acababa de recibir, y no pudo ocultarlo.

—He ido a buscar una carta de Oswald.

—Pues eso no está bien. Si no viene a buscarte deberías olvidarte de él.

—Pero es que viene dentro de seis semanas. Me lo explica todo en esta carta.

—¿Viene a casarse contigo? —preguntó su tío con incredulidad.

—Exactamente.

—Pero ¡si he oído decir que tiene mucho dinero!

—Y es verdad. Por eso viene. No pondrá ningún reparo en saldar tus deudas con el señor Lovill.

—¿Ha dicho eso?

—Todavía no, pero lo dirá.

—Lo creeré cuando lo vea y me lo diga en persona. Es muy raro, si tiene esa intención, que no me haya escrito una línea.

—Pensamos que… me obligarías a casarme con el otro —murmuró ella.

—Ni mucho menos, si es un hombre rico. Pero a mí todo esto me suena a cuento chino. Ha tardado demasiado en decidirse para que ahora yo pueda verlo con buenos ojos. Agatha, más vale que no le digas ni media palabra de esas cartas al señor Lovill. Las cosas se pondrían muy feas si llegara a enterarse. Date cuenta de que has hecho una promesa. A mí me da que ese Oswald es pura filfa. Pero quiero ser justo. Si viene, demuestra que tiene una buena renta y al final se casa contigo, no seré yo

quien ponga impedimentos. Ya veré cómo me las arreglo con el viejo. Aparte de eso… tú cumple con tu palabra al pie de la letra.

—Lo haré tío. Y Oswald vendrá.

—No le escribas. Lovill podría olérselo y se lo tomaría muy mal. No está bien que le envíes cartas de amor a un hombre como si no tuvieras nada con otro. El 1 de noviembre está cada vez más cerca. Espero que Lovill no se entere de nada, por tu propio bien.

Cuanto más clara veía Agatha la disparidad de las expectativas que suscitaba en cada una de las partes esa cláusula del acuerdo, mayor era su alarma. No se había imaginado que la situación pudiera llegar a complicarse tanto. Una influencia maligna parecía dominarlo todo sin que mediara intervención humana. El momento decisivo estaba muy cerca y, aunque no se hacían preparativos ostensibles para la boda, era evidente que Lovill estaba pintando y empapelando su casa con intención de recibir a alguien. Sembró césped en el patio, donde antes tiraba los desperdicios, y compró muebles para decorar una sala a la medida de una mujer. El mayor de los horrores fue que un día insistió en que Agatha se cogiera de su brazo, y ella no tuvo más remedio que aceptar, aunque su disgusto fue indescriptible. Notó el brazo flaco por debajo de la manga, miró por encima de los hombros encorvados del viejo, vio sus pies huesudos y sintió un escalofrío. ¿Y si Oswald finalmente no venía? Faltaba muy poco para la partida de su tío. Cuando volvió a casa subió a su cuarto a todo correr.

Tras sobreponerse mínimamente a sus temores, se asomó a la ventana. John, el chico sordo que ayudaba a su tío en el molino, estaba mirando tranquilamente en esa dirección, y una chispa de amistad iluminó su rostro bondadoso al ver aparecer a la muchacha. Esto le recordó a Agatha que, al fin y al cabo, tenía un amigo con quien contar. John se hallaba al corriente de su situación, y siempre se mostraba dispuesto a ayudarla en todo cuanto estaba en su mano. Así, sacó fuerzas de flaqueza y decidió resistir.

VIII

¡Ay, qué nerviosa estaba! Faltaban solo diez días para el 1 de noviembre, y no había carta de Oswald.

Su tío se había casado, Frances se había instalado en la vivienda familiar y los preparativos para la emigración a Queensland ya estaban en marcha. Agatha se las ingeniaba para ver los periódicos, y buscaba noticias sobre los barcos que venían de la India hasta que le ardían los ojos, pero no sabía qué barco tomaría Oswald ni qué ruta seguiría. No había mencionado nada más que el mes de su llegada, y con esa mínima información Agatha no tenía manera de averiguar algo más.

—Dentro de diez días, Agatha —le recordó Lovill—. No quiero escenas de

ninguna clase. Será una boda íntima, en atención a tus sentimientos y a tus deseos. Iremos a la iglesia como si fuésemos a dar un paseo, y nadie te molestará. ¡Tachín, tachán! —Levantó un brazo y formó una cruz con su bastón, como si tocara el violín, al tiempo que daba un brinco.

—Oswald vendrá, y no podré casarme con usted, aunque me haga mucha ilusión —dijo Agatha, estremecida y con voz entrecortada—. Me he prometido con él y tengo que casarme. Usted lo sabe y aceptó el trato.

—Sí, sí —contestó Lovill con jovialidad—. No debes temer ese infortunio, querida mía. A estas alturas no vendrá para obligarte a que te cases con él cuando tienes un compromiso conmigo. ¡Ya sé que es una broma que me gastas para chincharme, picaruela! Eso dice tu tío.

«Vamos, Agatha, anímate y no pienses más en ese muchacho —le decía Humphrey cuando tenían un momento a solas—. Es ridículo, y tú lo sabes. Siempre supimos que no vendría.»

Pasó el día, y llegaron la mañana, el mediodía y la noche del sexto día. El quinto día concluyó sin noticias de Oswald. Los amigos del joven vivían ahora en Londres, y no había nadie en la parroquia, aparte de la propia Agatha, que tuviera noticias de él, nadie a quien acudir en una situación tan delicada.

La noche de la víspera de la boda, Agatha estaba en la penumbra de su dormitorio, mirando por la ventana el prado que se extendía alrededor del molino. Vio una silueta blanca, y supo que era su buen amigo John, el ayudante delmolinero. Agatha se animó con un impulso repentino. Llevaba varios días luchando desesperadamente por convencerse de que Lovill le agradaba, y a la vista de que Oswald seguía sin dar señales de vida, estaba dispuesta a casarse sin oponer resistencia, solo por el bien de la familia de su tío, a quien en verdad le debía muchas cosas. Pese a todo, los esfuerzos de la muchacha únicamente habían servido para no odiar al viejo. Y de pronto, sin querer, se rebeló contra la situación. John lo sabía todo, y en él se apoyó Agatha. Bajó con sigilo, le hizo una seña y pasaron unos momentos en el espacio iluminado por la franja de luz que salía por la puerta del molino, mientras ella le daba instrucciones, en parte con gestos, en parte por escrito, pues era difícil hablar con él sin que la oyesen desde la casa.

John la miró con expresión cómplice y dijo que lo entendía todo perfectamente. Así se despidieron.

El señor Lovill estaba esa noche en casa de Agatha y, cuando ella se retiró a su cuarto, le dijo «adiós, por el momento», con un sinfín de elocuentes sonrisas. Era todavía temprano cuando Agatha subió a su cuarto, dejando a su pretendiente en la sala de estar. En vez de admirar el vestido nuevo que iba a lucir el día siguiente, se apresuró a hacer un hatillo con unas pocas prendas. A continuación apagó la luz, se tumbó en la cama sin desnudarse y esperó a que llegase la hora convenida.

Aunque era noche cerrada, dedujo que había llegado el momento señalado —las cinco y media— al oír el golpe de un guijarro en el cristal de la ventana. Se levantó

de un salto, se puso su sombrero y su capa, cogió el hatillo y bajó las escaleras a oscuras. En el zaguán se calzó las botas y se acercó a la puerta oyendo el canto de los grillos. No estaba cerrada con llave. Su tío ya se había levantado, tal como ella suponía, y eso la obligaba a actuar con mayor precaución. La madrugada era oscura como una caverna; no se veía una sola estrella. Pero Agatha conocía bien el camino, y echó a andar cautamente hacia el molino. El tenue resplandor que salía del interior iluminaba la silueta del carro en la entrada del molino, con el caballo a punto. Por lo pronto no vio a John, pero se figuró que estaría dentro, con su tío, que en ese momento acababa de poner en marcha la rueda. Agatha subió al carro, se acomodó debajo de la lona y se ocultó con unos sacos vacíos, tal como habían acordado, para evitar ser descubierta. Al cabo de unos minutos de tensión oyó que John se acercaba desde la tapia, donde al parecer había esperado hasta asegurarse de que Agatha estaba a salvo. Subió entonces al carro y arrancó despacio.

El plan de fuga se había trazado en consonancia con la siguiente rutina del molino: tres veces a la semana, John y otro ayudante salían muy temprano, cada cual con un caballo y un carro cubierto, para hacer el reparto en distintas direcciones, después de dejar los carros previamente cargados la noche anterior. Agatha solo le había pedido a John que la llevase a la estación, a unos kilómetros de allí, con el propósito de coger un tren.

«¿Qué hará John a su vuelta, qué dirá, qué excusa pondrá?», se preguntó la muchacha mientras seguían adelante. «¡John!», dijo, con idea de preguntárselo, pero él no la oyó, y ella estaba demasiado aturdida y cansada, porque se había pasado la noche en vela, y sus pensamientos no paraban de saltar de una cosa a otra. De todos modos, se tranquilizó al ver que su tío no se asomaba a inspeccionar el carro, y se dejó arrullar plácidamente por el vaivén del vehículo mientras contemplaba un trozo de cielo gris por una abertura triangular que formaban las cortinas en la parte delantera de la lona, y el codo de John que asomaba por uno de los pliegues, y así se quedó dormida.

Se despertó pasado un rato. Todo seguía igual. Avanzaban a trompicones. Miró entre la abertura de las cortinas y se sorprendió un poco de que John no se hubiera molestado en comprobar qué tal estaba, pero volvió a adormilarse. Y dormida siguió hasta que fue consciente de que el carro se había parado. Se espabiló, se asomó por un resquicio de la lona en la parte de atrás y en la penumbra del amanecer vio que estaban dando la vuelta, y que el caballo emprendía el camino de regreso.

—¿Qué haces, John? —gritó, levantándose de un salto y retirando la cortina que los separaba.

John no volvió la cabeza.

«¡Qué sordo está! —pensó Agatha—. Y qué raro parece visto de espalda, doblado, como si estuviera dormido. Tiene el pelo blanco por culpa de la harina. ¿Es que no se lo lava nunca?» Reptó por encima de los sacos y le dio un manotazo en el hombro. John se volvió al fin.

—¡Je, je! —dijo el viejo risueño, y sus ojos brillaron a la luz del amanecer al ver la expresión horrorizada de Agatha—. No pasa nada. Soy John y te he llevado a dar un agradable paseo para que te refresques con el aire de la mañana antes de acometer las obligaciones de este día tan singular. Y ahora volvemos para la ceremonia, ¡je, je!

Lovill se había puesto un blusón de molinero para la interesante ocasión, y logró suplantar al muchacho en la aventura cogiendo el segundo carro y lanzando un guijarro contra la ventana de Agatha una hora antes que el verdadero John.

Agatha se vino abajo. ¿Cómo narices había descubierto el plan de fuga un viejo tan poco dado a desconfiar? Pero ¡eso qué más daba! Sus esperanzas se habían hecho añicos y su rebelión había fracasado. Tomó conciencia de la realidad cuando el caballo volvió a detenerse. Habían llegado a la puerta del molino.

Agatha oyó vagamente la voz de su tío, muy enfadado, mientras el viejo la ayudaba a bajar del carro, y la alegre respuesta de Lovill, quien se limitó a señalar que las chicas eran chicas y tenían sus rarezas, que no tenía importancia y que todo había sido una broma simpática en aquella auspiciosa mañana. Nunca se había divertido tanto con una jugarreta inofensiva. A continuación tuvo la sensación de que le ordenaban que entrara en casa, comiese algo y se vistiera para casarse con el señor Lovill, tal como había prometido.

Así lo hizo, y a las once se convirtió en la mujer del viejo.

Esa noche, cuando se estaba poniendo el sombrero a oscuras, pues no quería encender una vela para verse la cara, que era la de un fantasma, oyó un ruido en la puerta y se volvió a mirar. Frances, la mujer de su tío, entró en la habitación, y Agatha vio que llevaba puesta la capa azul que había sellado su destino.

La visión se le hizo insoportable. Si, tal como parecía probable, este golpe de efecto era intencionado, Frances había dado en el clavo. La mujer no dijo palabra.

Agatha habló con serena ironía y sin asomo de pesar, tristeza o asombro.

—Así que fuiste tú quien puso sobre aviso al señor Lovill de mi intención de huir esta mañana. Me gustaría saber cómo has descubierto mis planes, porque estoy segura de que ese pobre viejo nunca se habría enterado por sus propios medios.

—Te vi anoche hablando con John, así de fácil —dijo Frances muy complacida—. Se lo conté al señor Lovill y le ayudé a tramar esta broma para impedir que… ¿No te acuerdas, Agatha, de la diligencia, y de cómo utilizaste mi nombre esa vez, hace años?

—Sí. ¿Oíste nuestra conversación esa noche? Siempre creí que no.

—Lo oí todo. Tú estabas muy contenta. ¿Cómo crees que estaba yo? Perdí al hombre al que amaba y he terminado casándome con otro que me importa un comino.

—¡Ay! ¡No has ahorrado esfuerzos para alejarlo de mí!

—¡Y lo he conseguido!

—No has sido tú exactamente. Han sido el cura y el destino.

—El cura te convenció amablemente, porque yo antes lo había convencido amablemente, lo mismo que convencí a tu tío para que te pidiera que fueses a verlo.

El señor Davids es un antiguo admirador mío. ¿Lo entiendes ahora, Agatha?

A esas alturas, Agatha apenas podía conservar la calma, pero acertó a decir:

—Y seguro que también me has quitado cartas de Oswald.

—No, eso no lo he hecho. Pero le dije a Oswald, que anoche desembarcó en Southampton y esta mañana se presentó aquí a las siete, muy apurado, que habías salido a dar un paseo con el hombre con el que ibas a casarte hoy, y que su presencia causaría muchos problemas. Se puso muy pálido y se fue a coger el tren de Londres. Dijo que una enfermedad grave le había impedido hacer el viaje en los últimos doce meses, tal como deseaba y como había prometido.

La novia, aunque se sintió morir al saber la noticia, no quiso desmoronarse en presencia de su adversaria. Contuvo el temblor y dijo con una sonrisa:

—Esa información es muy interesante, pero a mí me trae sin cuidado, porque, como sabes, me he casado con un hombre que me adora, y por nada del mundo querría yo darle celos. —Y con estas palabras bajó las escaleras para subir al faetón.

1874

Los ladrones que no podían dejar de estornudar

Hace muchos años, cuando los robles que hoy son ancianos no eran más altos que un bastón, vivía en Wessex un muchacho llamado Hubert, hijo de un pequeño hacendado. Tenía alrededor de catorce años y era conocido por su inocencia, su buen corazón y su valentía, de la que ciertamente presumía un poco.

Una fría víspera de Navidad, su padre, que no contaba con más ayuda que la de Hubert, lo mandó con un recado importante a una pequeña ciudad situada a algunos kilómetros de su casa. El chico hizo el trayecto a caballo, y sus asuntos lo entretuvieron hasta última hora de la tarde. Cumplida la misión volvió a la posada, ensilló su caballo y emprendió el regreso. El camino pasaba por el valle de Blackmore, una zona fértil, aunque algo apartada, de pistas embarradas y sendas tortuosas, muy boscosa además en esos tiempos.

Debían de ser cerca de las nueve cuando, mientras cabalgaba bajo los árboles a lomos de Jerry —un potro de patas robustas— cantando un villancico, como correspondía a esa época del año, Hubert creyó oír un ruido entre las ramas. Esto le recordó que el bosque que estaba atravesando tenía un nombre maléfico. Más de un hombre había sido asaltado al pasar por él. Miró a Jerry y lamentó que el potro fuera de color gris claro, pues por esta razón la silueta del dócil animal resultaba visible incluso en las zonas de sombra más densas.

—¿Qué más da? —dijo en voz alta, tras unos instantes de reflexión—. Jerry tiene unas patas muy ágiles, y ningún bandolero podrá alcanzarme.

—Ja, ja, ¡que te crees tú eso! —contestó una voz grave. Y en un abrir y cerrar de ojos un hombre salió de la espesura a su derecha, otro a su izquierda y un tercero de detrás de un árbol, unos metros por delante. Los bandidos se apoderaron de las riendas, derribaron al chico del caballo, y aunque Hubert forcejeó con todas sus fuerzas, como haría un muchacho de natural valiente, no pudo con ellos. Le ataron los brazos a la espalda y las piernas juntas, y lo tiraron a la cuneta. Cuando se alejaron con el caballo, Hubert alcanzó a ver en la penumbra que los ladrones llevaban la cara pintada de negro.

En cuanto se hubo recuperado del susto consiguió desatarse las piernas, no sin gran esfuerzo, pero por más que puso todo su empeño seguía teniendo los brazos atados a la espalda. Así las cosas, lo único que podía hacer era levantarse, seguir andando y confiar en que se presentara la ocasión de liberar los brazos. Sabía que era imposible llegar a casa esa noche en tales circunstancias, pero no se detuvo. En el estado de confusión mental que sucedió al ataque, Hubert se desorientó, y de buena gana se habría acostado un rato en el lecho de hojas del bosque para descansar hasta el amanecer, pero era muy consciente del peligro que entrañaba dormir al raso bajo una helada tan severa. Siguió adelante con los brazos retorcidos y entumecidos por la tensión de la cuerda y desolado por la pérdida del pobre Jerry, que jamás había dado una coz o un mordisco, ni muestras de ninguna mala costumbre. Se alegró no poco al

vislumbrar entre los árboles una luz lejana. A ella se encaminó y poco después se encontró delante de una mansión con alas laterales, gabletes, torres, almenas y chimeneas recortadas contra las estrellas.

Reinaba el silencio, pero la puerta estaba abierta de par en par, y por ella salía la luz que lo había atraído. Entró en una sala muy grande, intensamente iluminada y amueblada como un comedor. Las paredes estaban cubiertas por paneles de madera, molduras talladas y puertas de armarios, además de los accesorios propios de una mansión. Pero lo que llamó la atención de Hubert por encima de todo fue la enorme mesa que ocupaba el centro de la estancia, magníficamente servida y con la cena intacta. Las sillas estaban descolocadas, como si algo hubiera interrumpido a los comensales en el instante de sentarse.

Aunque hubiese querido, Hubert no habría podido comer con las manos atadas, metiendo la boca en los platos como un gorrino o una vaca. Quería pedir ayuda, y estaba a punto de adentrarse en la casa con esta intención cuando oyó pasos apresurados en la entrada y la palabra «¡Deprisa!», pronunciada por la misma voz grave que resonó en el bosque cuando lo derribaron del caballo. Apenas tuvo tiempo para esconderse debajo de la mesa antes de que los tres bandidos entrasen en el comedor. Por debajo del mantel les vio las caras, pintadas de negro, lo que puso fin a las dudas de si eran o no eran los mismos ladrones.

—Muy bien —dijo el primero, el de la voz grave—. Tenemos que escondernos. Volverán todos en cualquier momento. Qué buena trampa les hemos tendido para hacerles salir de la casa, ¿eh?

—Sí. Has imitado de maravilla los gritos de un hombre en apuros —dijo el segundo.

—Ya lo creo que sí —corroboró el tercero.

—Pero no tardarán en darse cuenta de que era una falsa alarma. ¿Dónde nos escondemos? Tiene que haber algún sitio donde podamos quedarnos un par de horas, hasta que se acuesten y se queden dormidos. ¡Ya lo tengo! ¡Venid por aquí! Sé que el armario del fondo solo se abre una vez al año. Nos vendrá muy bien para nuestros fines.

El que así hablaba se dirigió a un pasillo al otro lado del recibidor. Asomándose por debajo de la mesa, sin levantarse del suelo, Hubert vio el armario al fondo del pasillo, frente a la puerta del comedor. Los ladrones se escondieron y cerraron la puerta. Sin respirar apenas, el muchacho se deslizó como pudo con la intención de averiguar qué se proponían, si es que era posible, y les oyó susurrar dónde estaban las distintas habitaciones en las que se guardaban las joyas, la plata y otros objetos de valor que planeaban robar.

Poco después sonaba en la terraza el alegre parloteo de un grupo de damas y caballeros. Hubert pensó que, si lo sorprendían merodeando por la casa, lo tomarían por un ladrón, así que volvió sigiloso a la entrada, salió de la casa y se ocultó en un rincón oscuro del pórtico, desde donde podía observarlo todo sin ser visto. Segundos

más tarde la comitiva entraba en la casa. La formaban un caballero y una dama de edad avanzada, ocho o nueve señoritas y otros tantos caballeros jóvenes, además de algunos niños y media docena de criados de ambos sexos. Saltaba a la vista que todos habían salido por alguna razón.

—Y ahora, niños y jóvenes, por fin podremos cenar —dijo el caballero—. No entiendo qué ha sido ese alboroto. Nunca he estado tan seguro de que se estaba cometiendo un crimen a las puertas de mi casa.

Las damas comentaron lo mucho que se habían asustado y cómo la aventura que esperaban presenciar había quedado finalmente en nada.

«No tendrán que esperar demasiado las señoritas para vivir una aventura en toda regla», se dijo Hubert.

Todo indicaba que los jóvenes eran las hijas y los hijos casados de la pareja mayor, y que habían vuelto a casa para pasar la Navidad con sus padres.

La puerta se cerró, y Hubert se quedó en el pórtico. Juzgó entonces que el momento era oportuno para pedir ayuda pero, como no podía llamar con las manos, tuvo la audacia de patear la puerta.

—¡Madre mía! ¿A qué viene ese escándalo? —dijo el mayordomo que salió a abrir. Y, agarrando a Hubert del hombro, lo arrastró hasta el comedor—. He encontrado a este chico haciendo ruido en la puerta, sir Simon.

Todas las cabezas se volvieron.

—Hazle pasar —dijo sir Simon—. ¿Qué hacías, hijo?

—¡Tiene los brazos atados! —señaló una de las señoritas.

—¡Pobrecillo! —dijo otra.

Hubert empezó a explicar que lo habían asaltado de vuelta a casa, le habían robado el caballo y lo habían abandonado sin compasión.

—¡Parece mentira! —exclamó sir Simon.

—Es una historia verosímil —dijo uno de los jóvenes caballeros con gesto incrédulo.

—¿Te parece dudosa? —preguntó sir Simon.

—Podría ser un ladrón —insinuó una señorita.

—Tiene un aspecto tosco y siniestro, ahora que lo veo de cerca —terció la madre.

Hubert se puso colorado y, en vez de terminar su relato y contar que los ladrones estaban escondidos en la casa, se mordió la lengua y casi tomó la decisión de dejar que los dueños de la casa descubrieran el peligro por sus propios medios.

—Bueno, desatadlo —dijo sir Simon—. Lo trataremos bien, ya que estamos en Navidad. Ven, muchacho. Siéntate en esa silla vacía y disfruta de la comida. Cuando te hartes de comer nos contarás más detalles.

Por fin pudo empezar la cena, y Hubert, con los brazos libres, no lamentó acompañar a la familia. Cuanto más comían y bebían, más contentos estaban todos. El vino corría sin restricciones, los troncos ardían en la chimenea y las señoritas reían las anécdotas de los caballeros. En resumidas cuentas, la reunión transcurrió ruidosa

y feliz, como eran las navidades en aquellos tiempos.

Aunque habían herido sus sentimientos al dudar de su honradez, Hubert no pudo dejar de contagiarse física y anímicamente de la alegría y el buen humor de sus anfitriones, y terminó riendo las chanzas y las réplicas con tantas ganas como el anciano barón, sir Simon. Cuando estaba a punto de concluir la cena, uno de los hijos, que había bebido más de la cuenta, como hacían los hombres en ese siglo, se dirigió a Hubert:

—Bueno, chico, dinos quién eres. ¿Te apetece un pellizco de rapé? —Le pasó una de las cajitas que empezaban a ser comunes entre jóvenes y viejos por todo el país.

—Gracias —dijo Hubert, aceptando la invitación.

—Cuéntales a las señoras quién eres, de qué pasta estás hecho y qué sabes hacer —continuó el joven, dando una palmadita en el hombro de Hubert.

—Sí, señor —respondió nuestro héroe, poniéndose en pie y pensando que debía encarar la situación con audacia—. Soy un mago ambulante.

—¡Seguro que sí!

—¡A ver con qué nos sale ahora!

—¿Y puedes convocar a los espíritus de los abismos, joven hechicero?

—Soy capaz de provocar una tempestad en un armario —replicó Hubert.

—¡Ja, ja! —rió el barón, frotándose las manos con deleite—. Eso hay que verlo. No os vayáis, hijas, que aquí va a pasar algo grande.

—¿No será peligroso? —preguntó la baronesa.

Hubert se apartó de la mesa.

—Permítame su caja de rapé, por favor —le dijo al caballero que le había ofrecido un pellizco—. Y ahora —continuó—, síganme todos sin hacer el menor ruido. Si alguno de ustedes habla, renunciaré al conjuro.

Prometieron obediencia. Hubert salió al pasillo, se quitó los zapatos y se acercó al armario de puntillas, seguido a cierta distancia por el sigiloso grupo. A continuación puso un taburete delante del armario y se subió a él para alcanzar la parte superior. Después, con el mismo sigilo, derramó el contenido de la caja de rapé por el resquicio superior de la puerta, tomó aire y de un soplido lo introdujo en el armario. Levantó un dedo para indicar al grupo que guardara silencio.

—¡Ay! ¿Qué ha sido eso? —dijo la baronesa al cabo de unos momentos.

Un estornudo contenido salió del armario.

Hubert volvió a levantar el dedo.

—¡Qué cosa tan extraordinaria! —susurró sir Simon—. Esto es muy interesante.

El muchacho cerró entonces el pestillo con cuidado.

—Más rapé —pidió tranquilamente.

—Más rapé —dijo sir Simon. Dos o tres caballeros ofrecieron sus cajas para repetir el procedimiento. Se oyó otro estornudo, no tan bien contenido como el primero, y otro más, como si nada pudiera contenerlo. Y así se desató una violenta tormenta de estornudos.

—¡Excelente, excelente para un muchacho tan joven! —observó sir Simon—. Me interesa mucho ese truco de la voz… creo que se llama ventriloquia.

—Más rapé —ordenó Hubert.

—Más rapé —repitió el barón. Y el mayordomo trajo un frasco lleno del mejor rapé aromático de Escocia.

Hubert volvió a cargar la ranura de la puerta y a soplar una vez más, y repitió la operación hasta que vació el frasco por completo. El tumulto de estornudos resultó en verdad prodigioso. No había tregua. Era como un enfurecido huracán de viento, lluvia y oleaje.

—Creo que ahí dentro hay gente. ¡Esto no es un truco! —exclamó sir Simon, revelándosele la verdad.

—Así es —dijo Hubert—. Han venido a robar, y son los mismos que me robaron el caballo.

Los estornudos se convirtieron en gemidos espasmódicos. Uno de los ladrones oyó la voz del chico.

—¡Piedad, piedad! ¡Déjennos salir!

—¿Dónde está mi caballo? —preguntó Hubert.

—Atado a un árbol, en la hondonada que está detrás de Short’s Gibbet. ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Déjennos salir o moriremos ahogados!

La familia comprendió por fin que aquello no era una broma sino un asunto muy serio. Se armaron con pistolas y garrotes, avisaron a todos los criados y tomaron posiciones delante del ropero. A una señal, Hubert abrió el pestillo y se puso a la defensiva. Los ladrones, lejos de emprender ningún ataque, se agazaparon jadeando en un rincón. No ofrecieron resistencia y, una vez inmovilizados, fueron confinados en unas dependencias anexas de la mansión hasta la mañana siguiente.

Hubert relató entonces el resto de la aventura y recibió un efusivo agradecimiento por los servicios prestados. Sir Simon insistió en que se quedara a pasar la noche y aceptara el mejor dormitorio de la casa, donde sucesivamente se habían alojado la reina Isabel y el rey Carlos en sus visitas a esta región del país. Pero Hubert declinó la invitación, pues estaba ansioso por encontrar a Jerry y asegurarse de que los ladrones habían dicho la verdad.

Un par de caballeros lo acompañaron hasta el cruce de caminos donde según los bandidos se encontraba el caballo. Desde lo alto de la loma vieron que Jerry efectivamente estaba allí, sano y salvo y tan campante. Al ver a su amo, Jerry relinchó de alegría, y la felicidad de Hubert no tuvo parangón. El muchacho montó en su caballo, dio las buenas noches a sus amigos, se alejó al trote por el camino que le señalaron como el más corto y llegó a casa sin contratiempos alrededor de las cuatro de la madrugada.

1877

La anciana señora Chundle

El cura no llevaba siquiera una semana en la parroquia, pero, viendo que la mañana de otoño era espléndida, quiso plasmar en una pequeña acuarela una panorámica de las ruinas de Corvsgate, a tres kilómetros del pueblo, que había visto al pasar en el camino de ida. El dibujo le llevó más tiempo de lo previsto. Llegó la hora de comer y empezó a notar que tenía hambre.

Estaba muy cerca de una casa de piedra antigua, de aspecto respetable y recio. Llamó a la puerta, y una anciana salió a recibirlo.

—¿Podría darme algo de comer, buena mujer?

La anciana se llevó una mano a la oreja.

—¿Podría darme algo para el almuerzo? —gritó—. Pan y queso, cualquier cosa.

La mujer torció el gesto y negó con la cabeza.

—Es un lástima —murmuró el cura.

La anciana se lo pensó mejor y se mostró más amable.

—Bueno —dijo—. Voy a comer de aquí a un rato. Un revuelto de col con patatas y un poco de tocino. ¿Le gusta? Aunque supongo que preferirá el pan con queso.

—No, la acompañaré. Avíseme cuando esté listo. Estoy ahí mismo.

—Sí, ya lo había visto. Dibujando esas piedras antiguas, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Ya se ve que algunos no tienen nada mejor que hacer. Muy bien. Lo avisaré cuando la comida esté en la mesa.

El cura se fue y siguió dibujando hasta que la mujer le hizo señas desde la puerta al cabo de diez minutos. Limpió sus pinceles, fue al arroyo para lavarse las manos y entró en la casa.

—Ahí tiene su comida —dijo la mujer, señalando la mesa—. Yo comeré aquí —añadió, indicando otro sitio.

—¿Por qué no me acompaña?

—Qué cosas tiene… No me gusta comer con mis superiores… Yo no soy así. —Persistió en su determinación y comió aparte.

La verdura estaba bien hervida en el fuego de leña, que es la única manera de preparar la verdura como es debido, y lo mismo el tocino. El cura comió con ganas, pensando que en la vida había probado una col y unas patatas mejores, y es posible que fuese cierto, porque la anciana acababa de cogerlas del huerto y aún conservaban la frescura de la mañana. Cuando hubo terminado, el sacerdote preguntó cuánto debía por el ágape, que había disfrutado mucho.

—Ah, ¡no voy a cobrarle por tan poca cosa!

—Pues tiene que aceptar algo. Ha sido una comida excelente.

—Lo cultivo todo yo misma, eso es verdad. Pero yo no acepto dinero por unas pocas vituallas. En mi vida he hecho una cosa así.

—Yo me iría más tranquilo si lo aceptara.

La anciana pareció confundida y, como si se sintiera coaccionada, terminó por acceder.

—Bueno, supongo que dos peniques no serán demasiado para usted —dijo.

—¿Dos peniques?

—Sí. Dos peniques.

—Pero, buena mujer, ¡eso no es nada! Estoy seguro de que vale como mínimo esto —dijo el cura, poniéndole un chelín en la mano.

—Le digo que son dos peniques, ¡ni uno más! —insistió la anciana con remilgo —. ¡Jesús! No me ha costado más que un penique y medio, y con eso ya me saco un cuarto de beneficio. El tocino es lo más caro. Eso puede que sí valga un penique. Patatas tengo a montones, y la col se está echando a perder.

El sacerdote no quiso seguir discutiendo. Pagó la modesta suma que se le exigía y se dispuso a salir.

—¿Adónde lleva ese camino? —preguntó, con el ánimo de entablar una conversación cordial antes de despedirse, señalando un sendero que salía de la carretera principal.

—Dicen que a Enckworth.

—¿Y a qué distancia está Enckworth?

—A unos cinco kilómetros, según dicen, pero solo Dios sabe si es verdad.

—¿Hace poco que vive aquí?

—Treinta y cinco años hará por San Martín.

—¿Y nunca ha ido a Enckworth?

—No. ¿Para qué iba a ir a Enckworth? No se me ha perdido nada por allí. El pueblo entero es como una mansión, y la gente de Enckworth es para mí lo mismo que la gente de la luna. No, yo solo voy a dos sitios en todo el año: quince días a Anglebury, para hacer compras, y una vez a la semana a mi iglesia.

—¿Y cuál es?

—Pues la de Kingscreech.

—¡Ah! Entonces es usted de mi parroquia.

—Puede. Estoy en las afueras.

—No sabía que llegaba hasta aquí. Acabo de llegar al pueblo. Bueno, espero que volvamos a vernos. Buenas tardes.

Poco después, hablando con el párroco, el cura señaló:

—Por cierto, he conocido a una anciana muy peculiar que vive camino de Corvsgate… no sé cómo se llama. Una mujer que está sorda.

—Supongo que se refiere a la señora Chundle.

—Dice que lleva treinta y cinco años viviendo allí y nunca ha ido a Enckworth, que está a menos de cinco kilómetros. Va solo a dos sitios en todo el año: al mercado y a la iglesia los domingos.

—A la iglesia los domingos. Hum. Me parece a mí que exagera bastante sus viajes. Soy el párroco de este distrito desde hace treinta años, y le aseguro que nunca

la he visto en la iglesia.

—Qué pilluela. ¿Por qué me habrá engañado?

—No sabía que era usted de aquí y que podría descubrir la mentira. ¡A mí no me habría venido con ese cuento! —dijo el párroco, riendo entre dientes.

El cura reflexionó sobre lo ocurrido, llegó a la conclusión de que el caso requería su atención y, la primera mañana que tuvo libre, fue a ver la señora Chundle. La encontró en casa, como es natural.

—¿Otra vez dibujando? —preguntó la anciana, apartando la vista del hogar, donde estaba limpiando la parrilla.

—No, he venido por un asunto más importante, señora Chundle. Soy el nuevo coadjutor de la parroquia.

—Eso ya me lo dijo la última vez. Cuando se marchó usted, pensé: «Seguro que vuelve, que me aspen si me equivoco». Y aquí está.

—Sí. Espero no molestarla.

—Claro que no. Debemos de parecerle un poco toscos los de por aquí, ¿verdad?

—Bueno, no voy a entrar en eso. Pero creo que fue muy censurable de su parte… muy poco amable, decirme que iba a la iglesia todos los domingos. Me he enterado de que no la han visto por allí en muchos años.

—Ah, ¿eso le dije?

—Eso exactamente.

—No sé por qué lo diría.

—Yo tampoco.

—Bueno, tarde o temprano usted se habría enterado de que no voy a misa. ¿Para qué voy a tomarme la molestia de ir y volver, si estoy sorda como una tapia? Tendría que haber adivinado usted, por sentido común, que era solo un decir, que lo dije al ver que era cura.

—¿Y no cree que si se sentara cerca del púlpito y del altar podría seguir el servicio?

—Seguro que no. Ni media palabra. Ya no oía nada cuando Isaac Coggs gritaba los Amén con una fuerza que hoy no se ve en ninguna parte, y cuando aún estaba el órgano… y de eso hace una pila de años, cuando mis nervios estaban mucho mejor que ahora.

—Vaya… lo siento. Podría hacer algo, y lo haría con mucho gusto si usted quisiera. Podría conseguirle una trompetilla. ¿La usaría?

—Claro que sí. La usaría. No me importaría usarla… eso me da igual.

—¿Y vendría a la iglesia?

—Sí. Supongo que lo mismo me da ir que quedarme aquí.

El celoso sacerdote compró una trompetilla, y el domingo siguiente, con gran sorpresa de los feligreses, la señora Chundle se sentó en el asiento principal de la nave de la iglesia de Kinsgscreech, mirando a la congregación con gesto impasible.

Esa mañana fue el centro de atención mientras duró la misa. La trompetilla, que la

anciana sostenía levantada en ángulo, despedía unos destellos deslumbrantes, como si fuera el objeto más importante del templo.

El cura no pudo hablar con ella esa mañana, pero pasó a verla el día siguiente para interesarse por el resultado del experimento. Nada más verlo llegar, la señora Chundle empezó a negar con la cabeza.

—No, no —dijo tajantemente mientras él se acercaba—. Ya sabía yo que sería en balde.

—¿Qué?

—Ni una miaja oí. Ya lo sabía yo. Tendría que habérselo dicho. Una lástima tirar el dinero en cacharros para una vieja como yo.

—¿No oyó nada? ¡Vaya por Dios, qué decepción!

—Lo mismo que si me gritara usted desde la cima de Creech Barrow.

—Lo siento.

—No pienso volver… para hacer el ridículo otra vez… nunca más.

El cura reflexionó.

—¿Sabe, señora Chundle? Todavía nos queda una cosa por probar, solo una. Si no da resultado, no tendremos más remedio que desistir. Es un plan del que he oído hablar, aunque nunca lo he intentado. Consiste en instalar un tubo, con un extremo en el asiento, justo debajo del púlpito, donde se sentaría usted, y el otro extremo, en forma de campana, al lado del atril. La voz del predicador entra por la campana y sale por el otro extremo del tubo, hasta el oído del receptor. ¿Lo comprende?

—Perfectamente.

—¿Vendrá usted si lo instalo y corro con los gastos?

—Supongo que sí. Lo intentaría, no le digo que no. Digo yo que más vale eso que nada.

Con no pocas dificultades, el bondadoso sacerdote consiguió el tubo y ordenó que lo instalaran tal como se ha descrito, con el extremo superior colocado debajo de la barbilla del predicador, fuera quien fuese, y el domingo siguiente se hizo la prueba. Al salir de la sacristía el sacerdote comprobó con satisfacción que la señora Chundle estaba sentada a los pies del púlpito, erguida y atenta, con la cabeza inclinada hacia el extremo inferior del tubo, muy complacida por el hecho de que la salvación de su alma precisara de un artilugio tan especial, mientras que las almas de los demás podían salvarse de una manera más corriente. El párroco leyó los rezos desde el altar, al otro lado, y la señora Chundle pudo seguir fácilmente esa parte del servicio con ayuda de su libro de oraciones. Llegado el momento, el sacerdote subió los ocho peldaños que llevaban al octágono de madera, desplegó su texto y dio comienzo a su sermón.

Era una mañana helada y clara, de principios de invierno, y el sermón apenas había empezado cuando el cura notó que del extremo del tubo en forma de campana salía una nube de vapor, producida sin lugar a dudas por la respiración de la señora Chundle en el otro extremo, y que el vapor estaba impregnado de un tufillo a cebolla

guisada. Continuó no obstante con su prédica, confiando en que el vapor no tardaría en disiparse, con su mejor pañuelo de batista en la mano izquierda, el que reservaba especialmente para el servicio dominical. Al final, incapaz de soportar el olor, cubrió el extremo del tubo con el pañuelo, lo que tuvo para la anciana el efecto de interrumpir momentáneamente el elocuente flujo del sermón, y para el cura el de sentir que respiraba un aire relativamente puro.

Oyó una ligera tremolina a los pies del púlpito, y poco después llegó a sus oídos un áspero susurro: «¡El tubo se ha atascado!».

—Como bien veis, hermanos —prosiguió el sacerdote, sin hacer caso de la interrupción—, cuando nos aplicamos esta prueba a nosotros mismos, nuestro discernimiento entre…

—¡El tubo se ha atascado! —Volvió a oír, con un susurro más alto y más áspero.

—Nuestro discernimiento entre los actos que son moralmente buenos o los que son indiferentes resulta mucho más fácil, y contamos con una importante ayuda en…

De pronto le vino una violenta ráfaga de aire cálido, y el cura vio que el pañuelo empezaba a flotar desde el extremo del tubo y caía al suelo del púlpito. Los niños que estaban en la galería se echaron a reír, pensando que era un milagro. La señora Chundle había puesto la boca en el otro extremo del tubo para soplar con todas su fuerzas, con intención de desatascarlo. En cuestión de segundos el aire del púlpito volvió a enrarecerse, con gran desconcierto del sacerdote. Pero no se atrevía a tapar el orificio de nuevo, por miedo a que la anciana causara un revuelo aún mayor y llamase la atención de los feligreses sobre la indecorosa situación.

—Si analizáis con atención el pasaje que acabo de citar —siguió diciendo, algo incómodo— veréis que propone tres puntos para su consideración…

(«No es cebolla, es menta», pensó el cura.)

—Que son: la humanidad en la fase previa a su regeneración…

(«Y sidra.»)

—La incidencia de la ley, y la bondad amorosa o la gracia, que ahora vamos a considerar por separado…

(«Y col en vinagre. ¡Qué mezcla tan terrible!»)

—Bajo el doble aspecto de la conciencia externa e interna.

De esta manera continuó el reverendo con denuedo por espacio de otros cinco minutos, hasta que no pudo resistir más. Cubrió desesperadamente el tubo con el dedo pulgar y trató de hilvanar como buenamente pudo su accidentado sermón, sin dejar de oír en ningún momento los enérgicos soplidos de la señora Chundle para desatascar el artilugio. Pero el cura no movió el dedo del sitio hasta que concluyó su perorata, antes de lo previsto.

No fue a ver a la señora Chundle en los días posteriores, pues el empeño con que en un principio acometió el bienestar espiritual de la anciana se había enfriado ligeramente, pero se encontró con ella cuando fue de visita a casa de otro vecino, y pudo ver que la mujer se dirigía de inmediato a él como aliado en la misma empresa.

—Lo oí todo divinamente —dijo—. Palabra por palabra. ¡Nunca había visto una máquina tan prodigiosa como ese tubo! Pero usted se despistó un par de veces, y al poner el pañuelo en el tubo el sonido se fue. Por favor, no vuelva a hacer eso, porque me pierdo muchas cosas. De todos modos, a partir de ahora iré sin falta todos los domingos, si Dios quiere.

El cura se estremeció por dentro.

—¿Y vendrá usted de vez en cuando a mi casa a leerme algo? —añadió la anciana.

—Por supuesto —aceptó el sacerdote.

El domingo siguiente el cura tuvo que pasar por la misma ordalía. Esa noche le contó sus penalidades al párroco, que se rió por lo bajo.

—Usted se lo ha buscado —dijo—. Todavía no conoce como yo a la gente de esta parroquia. Tendría que haber dejado usted en paz a esa mujer.

—¡Más me habría valido!

—Gracias a Dios, mis sermones le traen sin cuidado, y cuando predico yo nunca viene a la iglesia. ¡Ja, ja!

—Bueno —dijo el coadjutor, un poco herido en su orgullo—. Algo tengo que hacer. No lo soporto. Le diré que no venga.

—Eso no puede ser.

—Y para colmo le he prometido que iría a leerle. Pero no pienso ir.

—Quizá se haya olvidado de la promesa.

La visión del próximo domingo en el púlpito se cernía sobre el joven sacerdote como una horrible amenaza, hasta el punto de que resolvió evitarlo a toda costa. Tenía que desmontar el artilugio. A la mañana siguiente dio las órdenes necesarias, y el tubo desapareció.

Un par de días después recibió una nota de la señora Chundle, en la que le decía que quería verlo. Presagiando un ataque terrorífico de la iracunda anciana, pospuso la visita hasta la tarde siguiente y llegado el momento salió para allá de muy mal humor. Aunque era un hombre de exquisita educación, había tomado la firme decisión de no restituir el tubo, y confiaba en hallar un nuevo *modus operandi*, por más que la mujer pudiera enfadarse, para no volver a verse en una situación tan intolerable como la semana anterior.

«Gracias a Dios que se han llevado ese chisme —murmuró para sus adentros cuando iba de camino—. ¡Y por nada del mundo volveré a instalarlo!»

Le sorprendió, al llegar a la casa, que las cortinas estampadas estuvieran cerradas. La puerta estaba entornada, y una niña se asomó por la abertura.

—¿Cómo está la señora Chundle? —preguntó sin interés.

—Ha muerto, señor —susurró la niña.

—¿Ha muerto?… ¿La señora Chundle ha muerto?

—Sí, señor.

Salió entonces una mujer.

—Así es, señor. Se ha ido de repente, hará cosa de dos horas —explicó—. Verá, señor, tenía más de setenta años, y el domingo pasado se le hizo tarde para ir a misa, porque tenía que dejar la comida preparada antes de salir, y estaba muy ansiosa por llegar a tiempo. Se dio mucha prisa, echó a correr monte arriba, y eso a sus años no se debe hacer. Fue un esfuerzo muy grande para su corazón, y ha estado muy mala toda la semana. Por eso le enviamos recado de venir. Varias veces dijo que lo esperaba, que usted se lo había prometido, y que, como estaba usted empeñado en hacerle bien, sabía que si no venía no sería porque no quisiera. Pero no nos dejó insistir. No quería molestarlo, porque pensaba que otras pobres gentes también lo necesitaban a usted. Estaba muy preocupada porque no podría ir a la iglesia el próximo domingo, y temía que usted se enfadara con ella y lo tomara por una falta de consideración. La pobre mujer tenía muchas ganas de oírle predicar. Pero ya ve que Dios tenía otros planes para ella, y se la ha llevado. «Por fin he encontrado un amigo de verdad —eso dijo—. Es un hombre entre mil. No se avergüenza de una vieja como yo, y está convencido de que salvar mi alma es tan importante como salvar la de los ricos.» Me pidió que le diera esto.

Era un papel doblado, dirigido al sacerdote y sellado con lacre. Al abrirlo vio que se trataba de lo que la mujer llamaba su testamento, y en él le dejaba su secreter, su reloj de pie, su cama de cuatro postes y su dechado enmarcado… todas sus pertenencias de algún valor.

El cura se marchó como Pedro antes de que cantara el gallo. Era un joven de buen corazón y no pudo contener las lágrimas. Cuando llegó a un punto solitario del camino, se detuvo y se arrodilló en el polvo, apoyando una mano en el codo y cubriéndose el rostro con la otra.

Así pasó varios minutos, recortada su negra silueta en el sendero blanco y soleado, hasta que se levantó, se sacudió las rodillas y siguió su camino.

1888-1890

La leyenda del doctor

I

A menos de veinte kilómetros de la costa de Wessex (dijo el doctor) hay una casa solariega que parecía más nueva el siglo pasado de lo que parece hoy, tras años de abandono y de ocupación por gentes de modesta posición. El dueño era un caballero de veinticinco años, un personaje ambicioso como no se había conocido otro. No diré su nombre, por respeto a quienes llevan su misma sangre y a otras personas relacionadas con él que aún puedan seguir en este mundo, si es que queda alguna. En palabras de un escritor de la época que lo conoció bien, era «un hombre a quien todo endurecía y nada ablandaba».

Tenía el respetable caballero un carácter tan exquisito y elevado que jamás daba un penique a las mujeres que decían palabras soeces en momentos de apuro o de enfado, o a las que pasaban por delante de su casa con un delantal sucio. A las descarriadas que no lo saludaban con una reverencia y lo llamaban «señor» o «señor hidalgo», las miraba con desprecio, sobre todo cuando lucía sus mejores camisas de chorreras y sus anillos de oro.

Ni sus fincas ni su servicio eran extensos en esa época, si bien sacaba un buen rendimiento de las primeras, vigilándolas con celo sumo, y de lo segundo escatimando en gastos. Y, aunque sus campos y sus bosques estaban bien custodiados por guardas y otros empleados, era tanta su aversión a los intrusos que a todas horas vigilaba a los vigilantes. Cerraba caminos y cercaba tierras. No hacía excepciones con sus propios vecinos, a quienes tenía prohibido la entrada en sus propiedades si no era por una causa urgente.

Junto a los muros de su jardín, cerca de la entrada de la mansión, vivía una pobre viuda con su única hija. La niña tuvo la desgracia de entrar sin permiso más de una vez en el jardín del señor hidalgo, en busca de flores, y de un incidente tan trivial como éste dependieron muchas de las circunstancias que en el futuro afectaron a la casa y el linaje de tan insigne caballero. Parece ser que el hidalgo envió recado a la viuda para ponerle al corriente de la molesta situación. Aun así, días después la niña volvió a entrar en el jardín. Tan injustificable impertinencia, a juicio del dueño y señor de la mansión, sacó al hidalgo de sus casillas, y salió tras la chiquilla blandiendo su bastón, dispuesto a enseñarle con un castigo lo que no aprendía con una advertencia.

Como es natural, al verse perseguida, la niña lanzó un grito y echó a correr como una liebre, pero el caballero tomó posiciones en la única salida de la finca, y la chiquilla, incapaz de escapar, trató de esquivarlo con vueltas y quiebros en su aterrada huida. Comprendiendo que el castigo no iba a ser tan fácil como imaginaba, por la velocidad con que corría la intrusa, el señor hidalgo montó en cólera —cosa

que nunca le costaba demasiado—, y cuanto más gritaba la niña con mayor encono la perseguía. En la vida se había visto una alteración de la paz tan intolerable en un lugar tan hermoso y recóndito.

La carrera prosiguió, y el caballero, jadeando de rabia y agotamiento, acortó las distancias con su víctima. En un momento en que volvió la cabeza por encima del hombro, la niña, horrorizada, vio el rostro de su perseguidor como una máscara carmesí con los ojos de fuego. Esa mirada selló su destino en la persecución. De un salto repentino, el hidalgo la agarró de la falda por detrás. La niña se llevó un susto de muerte, lanzó un grito más agudo que nunca, trató de escapar, y el caballero se quedó con la falda en la mano. Sin embargo, la fugitiva no llegó muy lejos: momentos después sufrió un ataque epiléptico y cayó al suelo.

Esta escena tan extraña, incluso absurda, de no ser por sus dolorosas consecuencias, fue presenciada por uno de los jardineros, que estaba trajinando cerca de allí. El señor le ordenó con altivez que cogiera a la niña convulsa y la llevara a su casa, y dicho esto se marchó, muy disgustado consigo mismo por lo indigno y poco viril de su actuación al calor de un arrebato violento.

La madre sufrió mucho cuando le llevaron a su única hija en aquel estado, y su angustia fue aún mayor cuando, un par de días más tarde, se temió que el susto pudiese haber privado a la pequeña no solo de la salud sino también de la razón. A raíz de la extraña y repentina enfermedad nerviosa, la niña perdió el pelo, se le cayeron los dientes, y nadie habría podido reconocer en el espantajo en que se convirtió a la chiquilla feliz y risueña de semanas antes.

La viuda tenía un temple muy distinto al de su pobre hija. Era una mujer resuelta y apasionada, y nadie que se atreviera a provocarla quedaba impune. Por si esto fuera poco, sus estados de ánimo eran tan duraderos como profundos. Y un buen día, viendo a su adorada hija convertida en una ruina, se presentó en la mansión del señor hidalgo y, en contra de la costumbre de los lugareños, llamó a la puerta principal y exigió ver al rufián responsable de la desgracia de su hija. La respuesta del caballero fue que lo sentía mucho por la niña, pero que no podía recibir a la madre, y acompañó su mensaje con una *solatium* de cinco chelines.

Llena de odio y de amargura, la mujer arrojó la moneda contra los cristales de la ventana del comedor y volvió a su casa, donde siguió rumiando su desesperación por su hija idolatrada.

Poco después de este incidente, cuando la chiquilla ya estaba en condiciones de salir a jugar al camino, un día volvió a casa acompañada por la muchacha que cuidaba de ella.

—La calavera… soy la calavera… ja, ja —dijo la pequeña.

—¿Qué dices? —preguntó la madre, poniéndose muy pálida.

La muchacha que cuidaba de ella explicó a la viuda que los niños le habían puesto el mote de Calavera, porque se había quedado sin pelo.

Una vez a solas con su hija, la madre la observó atentamente y no pudo por

menos que reconocer lo acertado, aunque cruel, que era el apodo. La cabeza calva, los pómulos hundidos —porque no tenía dientes—, los ojos como platos y el tono cadavérico de la piel guardaban sin duda un parecido estremecedor con la citada reliquia de mortalidad.

Por aquel entonces el hidalgo había pedido la mano de una tal lady Cicely, hija de una noble y antigua familia del condado. Las nupcias se celebraron el verano siguiente, y la joven esposa se instaló en la residencia con gran regocijo, repique de campanas y bailes en el jardín, seguidos de una hoguera cuando cayó la noche en la colina. La madre de la niña desfigurada, para quien no había en el mundo nada más grande que su hija, lo presenció todo, y cuanta mejor fortuna caía sobre el hidalgo, más se envenenaba el ánimo de la viuda.

Lady Cicely era en general muy querida por los lugareños, porque se mostraba caritativa con ellos, sabía entrar en su vida con inteligencia y se esforzaba por aliviar sus necesidades. Cierta tarde del otoño siguiente, cuando solo llevaba casada unos meses y volvía a casa tras su ronda de visitas en la parroquia, pasó por delante de la tapia del cementerio. Apenas había empezado a oscurecer, pero la luna llena iluminaba el cielo a oriente. Resultó que, en ese mismo momento, la viuda estaba cruzando el cementerio por un sendero que llevaba de puerta a puerta, en compañía de su hija enferma. El recinto estaba a oscuras, ensombrecido por los tejos. Al ver pasar a la dama, la viuda se apartó apresuradamente del sendero con la niña de la mano, atajó entre las tumbas con intención de esperarla al otro lado de la tapia, y le quitó la capucha a su hija para que se le viera bien la calva. «¡Hazle una mueca, hija!», le susurró al oído. Y levantó a la pequeña por encima del borde de la tapia de manera que se la viese bien desde el camino.

La luz de la luna iluminó aquel rostro sepulcral, y el aspecto que la niña tenía de día se intensificó a tal punto que en verdad hacía honor a su apodo. La asustadiza y desprevenida dama —una necrófoba consumada, por el empeño que habían puesto en alejar de su existencia cualquier experiencia desagradable—, vio el rostro de la muerte, lanzó un grito de terror y perdió el conocimiento. La viuda se escabulló con su hija en dirección contraria y salió del cementerio por la otra puerta.

El grito de lady Cicely alertó a algunos vecinos. La encontraron temblando, aunque no inconsciente, y la llevaron a casa. Allí pasó algún tiempo postrada y bajo vigilancia médica.

II

Llegó la primavera, y se acercaba el momento en que el señor hidalgo iba a tener su primer hijo. Había entre los allegados una honda preocupación por el susto y la caída de lady Cicely a finales del año anterior. Sin embargo, el esperado acontecimiento se produjo sin contratiempos y, para alegría de todos los amigos, se

comprobó que el aterrador incidente no había tenido consecuencias nocivas. Lady Cicely dio a luz a un hijo varón: un heredero.

Entretanto, la madre de la niña enferma lo observaba todo en silencio. Nada, ni siquiera los malignos ardides para hacer daño a sus seres queridos, parecía afectar a la prosperidad del señor hidalgo. Un tío carnal de éste, prestamista en una ciudad del norte, murió sin hijos por aquel entonces, dejando una inmensa fortuna a su sobrino, el marido de lady Cicely, quien, envanecido por la herencia, se empeñó en que necesitaba contar con un linaje propio, para no estar en deuda con su mujer por el reconocimiento ancestral del que sus hijos serían merecedores. Indagando en la historia del condado, hizo el feliz hallazgo de que uno de los caballeros del rey Guillermo el Conquistador tenía un apellido ligeramente parecido al suyo, y a partir de este dato se construyó una ingeniosa y loable genealogía. Su único punto débil residía en cierta fecha del siglo precedente. Se trataba de la fecha con la que debía demostrar que su bisabuelo (un respetable talabartero) era sin duda hijo de un descendiente de la noble familia antes mencionada, aun cuando dicho descendiente hubiese vivido en una parte muy distinta del condado. Esta pequeña manipulación se llevó a cabo con mucho arte, de tal forma que solo los más curiosos habrían podido descubrir el chanchullo.

La prosperidad del caballero siguió en ascenso. Su único hijo creció y se convirtió en un muchacho interesante, aunque, como su madre, impresionable y tímido en exceso. Al verse dueño de tanta riqueza, la sobria residencia campestre empezó a parecerle insuficiente a su padre, de ahí que, cuando tuvo conocimiento de la venta de una abadía con sus correspondientes terrenos, por disputas familiares entre sus propietarios, decidiera adquirirla. La abadía era grande y se encontraba en un valle idílico y fértil, rodeada por muchas otras fincas. Su emplazamiento era digno de un príncipe más que de un arzobispo. Este edificio histórico de pasado monacal, con sus estanques de peces, sus bosques, su aldea, su iglesia y sus abades difuntos enterrados bajo lápidas de mármol, pasó a ser propiedad de nuestro ilustre y egoísta caballero.

Se encontró con su hijo tras formalizar la compra, y le dio una palmada en el hombro.

—Tenemos tierras, ríos, montes, bosques, y una hermosa abadía sin rival en todo Wessex. ¡Ja, ja! —se ufanó.

—A mí no me interesan las abadías —contestó el amable muchacho—. Son tétricas, y ésa lo es todavía más.

—¡Pamplinas! —dijo el padre—. Y el lote incluye también un pueblo, además de la propia iglesia.

—Ya.

—Y docenas de abades mitrados en sus sepulcros de piedra, y toneladas de monjes… todo por el mismo precio. … ¡Sí, hasta el polvo y los huesos de esos granujas me pertenecen! ¡Jo, jo!

El muchacho se puso pálido.

—Muchos de ellos eran santos —murmuró—, aun cuando equivocaran sus creencias.

—Ya crecerás, y te casarás, y tendrás una mujer que te quite de la cabeza esos cuentos de fantasmas.

Menos de un año después de esta conversación, por razones políticas que no vienen al caso, se procedió al nombramiento de nuevos pares del reino. Entre ellos se encontraba el protagonista de esta leyenda, para disgusto de muchos de sus vecinos, convencidos de que un ascenso tan precipitado era de todo punto inmerecido. No voy a pronunciarme sobre esta cuestión.

El hidalgo se instaló en la abadía, honrado por todos sus vecinos de puertas afuera, aunque quizá no tanto en su fuero interno, y eran muchos los que iban a visitarlo llegados de lejos y de cerca. Su hijo siguió creciendo y, a su debido tiempo, se casó con una hermosa mujer, cuyo buen gusto y excelentes cualidades superaban incluso su belleza. Leía en latín y en griego, además de otras dos o tres lenguas modernas, y tenía una destreza incomparable para esculpir el mármol y otros materiales.

La viuda seguía viviendo en el otro pueblo, como borrada de la faz de la tierra por los triunfos de su eterno enemigo. Ninguno de los dos podía prosperar cerca del otro. La pobre mujer envejeció y murió, felizmente precedida por su hija.

Aunque la abadía, con sus celdas y sus pintorescos recovecos, satisfacía plenamente la curiosidad de quienes la visitaban, no complacía al noble señor en que se había convertido el caballero. Exceptuando la sala del abad, las habitaciones tenían un tamaño miserable para un barón de su riqueza que en breve esperaba ser duque y cabeza de un linaje de duques.

La aldea estaba demasiado cerca —llegaba hasta el mismo jardín—, y el caballero, fiel a sus antiguas manías de aislamiento, no soportaba la proximidad de los vecinos. Los domingos acudían en masa a la iglesia abacial, que era parte de la residencia, y además, tal como en su día señalara su hijo, el recinto conventual, con sus pasillos oscuros, sus connotaciones monacales y su olor a osario, resultaba tétrico como vivienda.

Así, el barón se aplicó a su tarea sin reparar en gastos. En primer lugar, tuvo la osadía de trasladar la aldea a más de un kilómetro para construir una nueva; bien es verdad que la dotó de cómodas viviendas además de una iglesia que parecía un establo. Hecho esto incorporó a su finca el terreno que ocupaba la antigua localidad. Pero la gente seguía entrando en sus tierras para tocar el carillón de la iglesia abacial, un instrumento de excelente sonoridad sobre el que los lugareños aseguraban (se cree que con toda justicia) tener derechos reconocidos desde tiempos inmemoriales.

Viendo que persistían en entrar y que se emborrachaban en el campanario, el barón decidió poner fin a la situación. Vendió el carillón a un fundidor de una ciudad lejana, y a la puerta de este artesano se trasladó un buen día el espléndido mecanismo transportado en varios carros, desterrado del lugar donde durante siglos había

resonado y llamado a la oración a tantas almas devotas. Al ver la procesión de carros que se llevaba sus queridas campanas, los vecinos, apostados en las puertas de sus casas, no pudieron contener las lágrimas.

Fue después de esta ocasión cuando la primera sombra oscureció la nueva vida del barón. Su mujer falleció. Las reformas siguieron su curso de todos modos. Se demolieron todas las alas de la abadía y en su lugar se construyó una mansión formidable. Los jardines se ampliaron hasta el lugar que en su día ocupaba el claustro, para lo cual hubo que rebajar y nivelar el terreno. Las tumbas de los abades se eliminaron una por una, por razones estéticas, y se exhumaron sus huesos.

La cantidad de huesos que se encontró al excavar parecía no tener fin. Hubo que abrir zanjas y fosas para enterrarlos en los bosques, y, al ser tantos, tuvieron que cargarlos en carretillas y no pudieron tratarlos con el respeto que merecían.

III

Una mañana, mientras la familia se estaba retirando de la mesa, después de desayunar, llegó un mensaje para el barón, con la noticia de que se habían encontrado más huesos al remover el terreno donde iban a construir el salón de baile y a asentar los cimientos de la nueva sala de naipes.

—Llévenselos a otra parte —dijo el barón.

El capataz volvió por segunda vez.

—Hay algo extraño en esos huesos, mi señor —anunció—. No paramos de sacar carretillas, y parece que no menguan. Cuantos más retiramos, más quedan en el sitio.

El hijo del barón se mostró inquieto, se levantó y salió de la estancia. Estaba muy abatido desde la muerte de su madre, y al parecer sufría de debilidad nerviosa.

—Malditos huesos —blasfemó el barón, enfadado por la extrema sensibilidad de su hijo, pues había advertido el malestar con que acababa de retirarse—. ¿Dice que hay más? Pues tírelos a cualquier hoyo. —Los criados se miraron incómodos los unos a los otros, porque el viejo catolicismo seguía siendo la religión de estas islas, lo mismo que ahora, y buena parte de sus supersticiones y sus ideas estrambóticas aún perduraba por aquel entonces en la imaginación de las gentes sencillas de este lugar tan apartado.

La mujer del hijo, una joven de notable talento y formación como ya se ha dicho, quiso animar el ambiente y le explicó a su suegro que estaba diseñando un sepulcro de mármol para una iglesia de Londres, y que el diseño consistía en una alegoría de la Muerte y la Resurrección: la figura de un ángel en un lado y la de la muerte en el otro (en consonancia con el extravagante simbolismo de la época, cuando este tipo de diseños estaban muy en boga). ¿Podría quedarse con un cráneo para copiar en mármol la cabeza de la muerte?

El barón respondió que por él podía quedarse con todos. Nada le complacería

más.

La joven fue al lugar elegido para instalar los nuevos cimientos, y del montón de huesos escogió una de las tristes reliquias que parecía ofrecer el modelo más perfecto para su cincel.

—Es la del último abad, señora —le dijo el encargado de las obras.

—Me servirá —contestó ella. Y dio instrucciones de que la guardaran en una caja y se la enviaran a la casa de Londres, donde residía con su marido.

Ese día, su marido propuso regresar de inmediato a la ciudad.

—Esto es muy tétrico —dijo—. Y si algún día llega a ser mío no pienso pasar mucho tiempo aquí. Además, he hablado con mi padre de mis deudas, y dice que no piensa pagarlas, ¡ni loco!, al menos hasta que tenga un nieto. Por eso quiero irme.

Volvieron a Londres. El hijo y heredero del barón, aunque callado y nervioso, no era lo que se dice un hombre hogareño. Tenía muchos amigos de ambos sexos a quienes su refinada y talentosa mujer ni siquiera conocía. Así, la joven estaba un poco abandonada a su suerte y encontraba en la escultura verdadero consuelo. Siguió adelante con su proyecto para la tumba de un conocido, sirviéndose como modelo del cráneo del abad, que recibió puntualmente según lo acordado.

Su marido rara vez estaba en casa, y ella pasó el día trabajando, como de costumbre, hasta que llegó la hora de acostarse. Todos dormían en la casa desde hacía horas cuando regresó el marido ebrio, pues en esos tiempos la bebida formaba parte de las habilidades de un noble. Subió las escaleras con una vela y, como no sabía si su mujer se había acostado, fue a buscarla al estudio. Sosteniendo la vela en alto con una mano temblorosa, vio un montón de arcilla de modelar, y detrás una figura cubierta con una sábana y una calavera encima: era el modelo preparado por su mujer para copiar en mármol la alegoría con que pensaba ilustrar la lápida mural.

—¡Lo he visto en alguna parte! —exclamó el joven, en tono desquiciado y sensiblero—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

A las cuatro de la madrugada llegó a la casa la noticia de que el hijo del barón se había quitado la vida con una pistola en una taberna cercana.

Sus razones fueron inexplicables para el mundo exterior. Era el heredero de un inmenso patrimonio y un importante título nobiliario, casado con una mujer tan inteligente como encantadora. De todos los hombres de la buena sociedad inglesa, parecía el menos indicado para cometer un acto tan desesperado. Solo un puñado de personas —entre las que no figuraba su mujer, aunque sí su padre— estaban al corriente de las tristes circunstancias que llevaron a lady Cicely a suicidarse, tras recibir aquel susto mortal meses antes del nacimiento de su hijo, cuando la viuda levantó a la pequeña «Calavera» por encima de la tapia del cementerio.

Algunos vieron en el suceso un justo castigo para el ambicioso barón por su maldad, particularmente por maldecir los huesos de los santos hombres de Dios. Señalo la superstición por si de algo sirviera. Baste añadir, en este sentido, que el barón murió, como Herodes a decir de algunos, por el indigno trato que había dado a

aquellos inofensivos restos humanos. Sea como fuere, el título se extinguió con él, y no queda hoy ningún descendiente de la familia que lleve su apellido.

Un venerable disidente, un asceta del vecindario que nada temía y se había visto privado de sus oportunidades por ciertas objeciones del barón, pronunció el sermón el domingo siguiente a su funeral y, sin mencionar nombres, escogió elocuentemente un pasaje de Isaías, el 14, 10-23:

> También tú has sido anonadado como nosotros, te has hecho a nosotros semejante. Tu esplendor ha caído en el abismo con el susurro de tus arpas. La gusanera te hace cama y te cubren los gusanos. ¡Cómo has caído desde el cielo, oh, Lucifer, hijo de la aurora! ¡Cómo has sido derribado tú, el vencedor de las naciones…! ¡Contra él me levantaré, clamó el Señor de los Ejércitos, y extirparé de Babilonia nombre y resto, vástago y retoño!

Si tenía razones para obrar así, como moralista cristiano, lo dejo a criterio de otros.

Así concluyó el doctor su relato, y el gesto caviloso que veló su semblante se contagió a quienes lo escuchaban sin apartar la vista del fuego.

Marzo de 1891

THOMAS HARDY nació en 1840 en Higher Bockhampton (Dorset), hijo de un maestro de obras. Fue aprendiz y discípulo de un arquitecto en Dorchester y posteriormente delineante en Londres, en pleno fervor del estilo neogótico. En 1872, después de haber publicado tres novelas, *Desperate Remedies* (1871), *Under the Greenwood Tree* (1872) y *Un par de ojos azules* (1873), abandonó la arquitectura, animado por George Meredith, para dedicarse a escribir. *Under the Greenwood Tree* había iniciado el ciclo de «novelas de Wessex», nombre del antiguo reino anglosajón que ocupó gran parte del suroeste de Inglaterra entre los siglos V y X; a este ciclo pertenecen, entre otras, *Lejos del mundanal ruido* (1874), donde el nombre de Wessex aparece explícitamente por primera vez, *El regreso del nativo* (1878), *The Trumpet-Major* (1880), *El alcalde de Casterbridge* (1886) y *Tess la de los d'Urberville* (1891), además de *Jude el oscuro* (1895), cuya escandalosa acogida «curó para siempre» al autor, según sus propias palabras, «de todo interés por seguir escribiendo novelas». Su arte se concentró entonces en la poesía, en una serie de volúmenes publicados en su mayor parte después de 1898. Fue autor también de un gran drama épico, *The Dynasts* (1904-1908). Hardy murió en Dorchester en 1928.

Notas

Los tres desconocidos

[1] Timón de Atenas y el rey Nabucodonosor II vivieron retirados, en condiciones extremas, largos períodos de su vida. Son prototipos tradicionales de misántropo. *[Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique otra cosa, es del editor.]*<<

[2] Robert Burton, *Anatomía de la melancolía* (1621).<<

[3] Eclesiastés, 7, 2-6.<<

[4] Negociaciones.<<

[5] Baile, escocés en su origen, de ritmo muy vivo. *[N. del T]*<<

[6] n medio de un festín sacrílego ofrecido por el rey Baltasar, hijo de Nabucodonosor, apareció una mano que trazó una misteriosa inscripción en la pared. Solo el profeta Daniel pudo descifrarla.<<

[7] Un círculo, en cuyo centro está el diablo.<<

[1] Bonaparte.<<

[1] Mi bienamada.<<

[2] Isaías, 37, 36: «Y salió el Ángel de Jehová, e hirió a ciento ochenta y cinco mil en el campo de los asirios; y, cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo eran cuerpos de muertos».<<

[1] Según el Antiguo Testamento, en Tofet, en el valle de la Gehena, cerca de Jerusalén, los cananeos quemaban niños en ofrenda al dios Moloch. <<

[2] Jantipa, la mujer de Sócrates, tenía fama —según Jenofonte y otros autores posteriores— de tener mal genio y de maltratar a su marido. <<

[3] Cortesía sincera, sin artificio. <<

[1] Gigante de la mitología nórdica. Sus ronquidos no dejaban dormir a Thor. <<

[2] Hoy la han derribado, y ha sido reemplazada por una moderna construcción de ladrillo rojo (1912). *[N. del A.]* <<

[1] Los wesleyanos son los metodistas o seguidores de John Wesley (1703-1791), fundador del metodismo. *[N. del T.]*<<

[2] En el original: *the mixed race which went to church in the morning and to chapel in the evening…* Hardy, al decir simplemente *church*, se refiere a la Iglesia anglicana o establecida *(Church of England)*, y al decir *chapel* se refiere a la Iglesia metodista o disidente, a la que pertenece Stockdale. Así pues, esta «raza mixta» son los *double-minded* o indecisos, que acataban ambas sectas religiosas. *[N. del T.]* <<

[3] Hardy se refiere, como en la vez anterior —que ya expliqué—, a la iglesia anglicana del pueblo, con la que Stockdale no tiene relación. *[N. del T.]* <<

[4] Se refiere a la pertenencia a la Iglesia disidente o metodista. <<

[5] En el original, *broad-arrows*, es decir, unas flechas o saetas de gran anchura, distintivo que llevaban los objetos propiedad del gobierno británico. Tenían, hasta cierto punto, la forma de una horquilla para recoger paja o heno invertida. De ahí que Hardy, más adelante, se refiera a ellas como *pitchforks* u horquillas. *[N. del T.]* <<

[1] Máscara de un rostro barbado y con cuernos, quizá representación del Diablo, que formó parte durante varios siglos del folclore local de la ciudad de Dorchester. <<

[2] En *El guante*, de Schiller, Cunigonde reta al caballero Delorges a recuperar el guante que ha arrojado a un foso en el que hay un león, un tigre y dos leopardos. Delorges cumple la misión, pero luego desprecia a la dama por sus exigencias. <<

[3] Ezequiel, 37, 4 y 7. <<

[1] Boda desigual. <<

[2] Despellejado. <<

[1] Se refiere a *The Speaker* (1774), un manual de oratoria del ministro de la Iglesia unitaria William Enfield (1741-1797), de gran éxito en su época. <<

[1] John Leland (1506-1552), uno de los primeros historiadores de Inglaterra. <<

[1] Izaak Walton (1593-1683), autor del famosísimo tratado de pesca *The Complete Angler* (1653-1676). <<

[1] Edward Hyde, primer conde de Clarendon (1609-1674), historiador y consejero de Carlos i, de cuyo hijo fue tutor. <<

[1] Soldado valiente, o bebedor empedernido. <<

[1] Shakespeare, *Otelo*, acto I, escena iii. <<

[1] El manto de Elías era una prenda divina y obraba milagros. Con él el profeta separó una vez las aguas del río Jordán (2 Reyes, 2, 7-8). <<

[2] Percy B. Shelley, *Prometeo liberado*, acto I. <<

[3] Cantar de los Cantares, 2, 9-12. <<

[4] Dante Gabriel Rossetti, «Stillborn Love», *The House of Life* (1881). <<

[1] Ambiente, entorno. *[N. de la T.]* <<

[2] Sillas, generalmente con dosel, para montar en elefante. *[N. de la T.]* <<

[3] Famoso campo de cricket en St. John's Wood, en Londres. Pertenece al Marylebone Cricket Club, pero se juegan en él toda clase de partidos y torneos. El autor se refiere aquí al torneo anual entre los mejores colegios privados. *[N. de la T.]* <<

[4] Restos. *[N. de la T.]* <<

[1] Los colegios nacionales (National Schools) eran centros de enseñanza primaria para los hijos de los pobres. Fueron una iniciativa de una institución de la Iglesia anglicana, la National Society for Promoting Religious Education [Asociación Nacional para la Promoción de la Educación Religiosa], fundada en 1811. <<

[2] «Sufrió en la cruz, despreciando la humillación», Hebreos, 12, 2. <<

[1] Uno de los cuatro colegios profesionales de Londres, que otorgaba el título para ejercer la abogacía. <<

[2] Conjunto. <<

[1] Intérpretes del *reel*. *[N. del T.]* <<

[1] 2 Samuel, 1, 23. <<

[2] Isaac A. Van Ambrugh (1811-1865), domador de animales, fue el primero en introducir en el circo números con animales salvajes. Nacido en Estados Unidos, hizo giras por Europa y en una de ellas actuó ante la reina Victoria. <<

[3] El gigante de Cerne es un geoglifo de una figura humana, de más de cincuenta y cinco metros de alto, trazada en una colina cerca del pueblo de Cerne Abbas, en Dorset. <<

[1] En inglés, *hall*. <<

[2] De *The Statue and the Bust* (1855), de Robert Browning. <<

[3] Job, 30, 26. El hombre al que alude a continuación es Job. <<

[4] De *Elegiac Stanzas Suggested by a Picture of Peele Castle in a Storm, Painted by Sir George Beaumont* (1805), de William Wordsworth. <<

[5] Shakespeare, *El mercader de Venecia*, acto I, escena i. <<

[1] Walter Scott, *Marmion* (1808), canto VI, estancia 17. <<

[1] En el original, *felo de se*, término jurídico anglolatino que significa *suicidio. [N. del T.]* <<

[1] Alusión a un episodio de *El progreso del peregrino* (1678), de John Bunyan. <<

[1] Los siete reinos (Kent, Sussex, Essex, Wessex, Northumbria, Estanglia y Mercia) que dominaban el sur de Gran Bretaña entre los años 500 y 850 aproximadamente. <<

[1] James Scott (1649-1685), primer duque de Monmouth, hijo natural de Carlos II de Inglaterra, intentó a la muerte de éste ocupar el trono y derrocar a su sucesor, el católico Jacobo II. Fue ejecutado acusado de conspiración. <<

[1] ¡Qué vergüenza! <<

[2] Shakespeare, *Enrique V* (segunda parte), acto IV. escena ii.<<